Digitized by Google

JHS

PERTANY

Á

FRANCISCO CODINA

Y SERT, PBRE.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

HISTORIA UNIVERSAL

DE

LA IGLESIA CATOLICA

Digitized by Google

Digitized by Google

HISTORIA UNIVERSAL

DE

LA IGLESIA CATÓLICA

POR

R. F. ROHRBACHER

PRESBÍTERO

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA POR LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE LOVAINA

PRIMERA EDICION ESPAÑOLA

CON NOTAS, DISERTACIONES Y ADICIONES ORIGINALES

BAJO LA DIRECCIÓN Y CENSURA

DEL

M. I. SR. D. MANUEL GONZÁLEZ PEÑA

Dignidad de Chantre de la S. I. M. de Burgos.

Ἀρχὴ πάντων ἐστὶν ἡ καθολικὴ καὶ ἁγία Ἐκκλησία.
(S. EPIFANIO, *Contra haer.*, l. I, c. V.)

Ubi Petrus, ibi Ecclesia.
(S. AMBROSIO, *In Psalm.*, XL, n. 30.)

TOMO TERCERO

Traducido por D. ANTONIO GARCÍA VAZQUEZ QUEIPO

MADRID

CASA EDITORIAL DE SAN FRANCISCO DE SALES

Calle de la Paz, núm 6, principal.

1901

Digitized by Google

R: 915521

MADRID
IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, núm. 1.
—
1901

Digitized by Google

SUMARIO

1. Duración del imperio de los asirios y del de los persas.—**2.** Vindicta de Dios contra Babilonia, y sus misericordias con Israel, llevadas á cabo por los reyes de Persia.—**3.** Origen de los medos y persas, y principales tribus de los mismos.—**4.** Excelencia de la constitución política y moral de los antiguos persas. Su degeneración y causas de la misma. Su gobierno relativamente suave. Conducta más ilustrada de sus reyes, respecto á religión. Su protección á las letras. —**5.** Origen de los griegos. Paralelo de su carácter con el de los orientales. Bases de la unidad griega.—**6.** Atenas y Esparta. Su historia, Sus instituciones. Oposición de su carácter. Su rivalidad.—**7.** Usurpación de Pisistrato. Causas de la guerra de los persas. Expediciones de Darío y de Jerjes. Resultado de las mismas.—**8.** Preeminencia de Atenas. Siglo de Pericles. Alcibiades. Los treinta tiranos.—**9.** Retirada de los diez mil.—**10.** Expedición de Agesilao al Asia. Pacificación de Grecia. Darío Codomano.—**11.** Retrato y primeras hazañas de Alejandro. Sus conquistas predichas por Daniel. Su expedición al Asia y al Africa Derrotas y muerte de Darío. Penetra Alejandro en la India. Su muerte. Manchas que deshonran su vida. Partición de su imperio. Matanza de su familia. Cumplimiento de las profecías de Daniel.—**12.** Los lagidas en Egipto. Canon de Tolomeo. Sobrenombres que tuvieron.—**13.** Los seleucidas en Siria. Sucesión de los reyes de Siria. Muerte sangrienta y corta duración del reinado de la mayor parte de ellos. Pomposa vanidad de sus sobrenombres. Beneficios de la dominación griega en Africa y en Asia.—**14.** Estado de Judea. Alejandro en Jerusalén, celos, revolución y castigo de los Samaritanos. Los judíos en el mundo griego. Carta del Rey de Lacedemonia. Canon de las Escrituras. La traducción de los Setenta, y fiesta en su aniversario.—**15.** Trabajos ejecutados por Tolomeo Filadelfo. Victorias de Tolomeo Evergetes sobre Antioco Teos. Tolomeo Filopator. Su lucha contra Antioco el Grande. Su sacrilegio. Su castigo. Sus furores contra los judíos, los cuales son, milagrosamente libertados, y edicto del mismo á este propósito.—**16.** Tolomeo Epifanes. Exito infeliz de su lucha contra Antioco el Grande. Protección que concede á los judíos éste. Sus derrotas y su muerte.—**17.** Seleuco Filopator. Aristóbulo. Templo del Dios verdadero en Egipto. Jesús, hijo de Sirac. El Eclesiástico, sus enseñanzas y su objeto.—**18.** Cumplimiento de las profecías de Daniel, repecto á la lucha entre Egipto y Siria y particularmente respecto á Antioco Epifanes. Crápula y extravagancias de dicho Príncipe. Infamias de Jason, de Menelao y de sus afiliados. Prodigios en el cielo. Fin desventurado de Jason.—**19.** Matanzas y profanaciones de Antioco. Su edicto. Servilismo de los samaritanos. La abominación de la desolación en Jerusalén y en el templo. Martirio de Eleazar y de los Macabeos. Juegos públicos en Daphne, y bajezas de Antioco.—**20.** Nobles hechos de Matatías. Sus consejos á sus hijos y su muerte. Legitimidad de su resistencia. De la resistencia de los individuos y de la resistencia de las naciones.—**21.** Judas Macabeo. Su elogio. Sus victorias sobre los generales de Antioco. Purificación del Templo. Nuevas victorias sobre los ejércitos sirios y sus aliados.—**22.** Es rechazado Antioco en el templo de Elimaida. Su

Digitized by Google

furor. Su castigo. Su arrepentimiento. Su carta á los judíos. Su muerte.—**23**. Carta de Judas á Aristóbulo. Su fecha. Advenimiento de Antioco Eupator. Victorias de Judas sobre los idumeos. Derrota milagrosa de Timoteo y de Lisias. Concierto de paces. Solución de una cuestión cronológica.—**24**. Comiénzase de nuevo la guerra. Nuevas victorias de Judas. Oraciones por los muertos. Asedio de la fortaleza de Sión. Invasión de Eupator. Suplicio de Menelao. Heroica muerte de Eleazar. Nuevo tratado de paz.—**25**. Usurpación de Demetrio. Intrigas ambiciosas de Alcimo. Inútiles asechanzas de Baquides. Agresión de Nicanor. Su amistad por algún tiempo con Judas. Su derrota. Sus amenazas. Muerte de Razías. Blasfemia de Nicanor. Sueño de Judas. Derrota, muerte y castigo de Nicanor. Alianza de los judíos y los romanos. Muerte gloriosa de Judas y elogio del mismo. Aflicción de Israel.—**26**. Elección de Jonatás. Agresión de Baquides. Muerte de Alcimo. Inútiles asechanzas y derrota de Baquides. Tratado de paz.—**27**. Pretensiones de Alejandro Balas. Sus cartas y las de Demetrio á Jonatás. Muerte de Demetrio. Honores tributados á Jonatás.—**28**. Pretensiones de Demetrio II. Victoria de Jonatás sobre Apolonio. Conquista de la Siria por Tolomeo. Muerte violenta de Alejandro. Favor de Jonatás con Demetrio. Advenimiento de Antioco. Su carta á Jonatás, que derrota á los generales de Demetrio.—**29**. Renovación de la alianza con los romanos y los espartanos. Nueva victoria de Jonatás. Su cautividad.—**30**. Elección de Simón. Muerte dada á Jonatás y sus dos hijos por Trifon. Su sepultura. Usurpación de Trifón. Paz entre Jonatás y Demetrio. Independencia de Judea. Nuevos éxitos y tranquilidad del reinado de Simón. Embajada á Roma y á Esparta. Monumento público en memoria del gobierno de Simón. Inauguración de la autoridad soberana de Simón y circunstancias que en ella concurren.

Digitized by Google

LIBRO XXI

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO XXI

Cumplimiento de las profecías relativas al imperio de los persas y al de los griegos.—Los Macabeos.

DE 442 Á 141 ANTES DE JESUCRISTO

Habían terminado los profetas sus predicciones; comenzaban los filósofos sus disertaciones, los historiadores sus escritos; y continuaba Dios su obra, cambiando los tiempos y las naciones, suscitando reinos y reyes para enlazar entre sí la Europa y el Asia, el Occidente y el Oriente y preparar el mundo al advenimiento de Cristo.

El imperio de Asur ó de Asiria, que había tenido, según las respectivas vicisitudes, por capital á Babilonia y á Nínive, á Nínive y á Babilonia, había llegado su término. Desde Nabonasar, que reinaba en la última de dichas ciudades, setecientos cuarenta y siete años antes de Jesucristo, hasta Nabonad ó Baltasar, cuenta el geógrafo y astrónomo Tolomeo 18 reyes, con dos interregnos, que componen un total de doscientos nueve años y concluyen en el de 538 antes de Jesucristo. Fué entre dichos reyes el más famoso Nabucodonosor el Grande. Sirvió de vara á la divina justicia para castigar á las naciones, y particularmente al pueblo de Israel. Saliendo de Babilonia y dueño ya del Oriente, recorrió en triunfo, según Megástenes (1), el Egipto, la Libia ó el Africa, España y las Galias, y volvió á entrar, por Macedonia y la Tracia, en Asia. Nunca conquistador alguno hizo después otro tanto; pero al llegar el tiempo predicho quebróse la vara. La dinastía de Nabucodonosor y el imperio de los asirios expiran al morir su nieto.

Con antelación es llamado por su nombre Ciro para ejecutar la sentencia. Toma á Babilonia, liberta á Israel, y hace reedificar el templo de Jerusalén.

(1) Megasth., *Apud Strab.*, lib. XV.

Digitized by Google

He aquí cómo cuenta Tolomeo la sucesión de los reyes de Persia en el imperio universal: Ciro, nueve años; Cambises, ocho, comprendidos los seis meses de la usurpación del mago Smerdis; Darío I, ó sea Darío, hijo de Histarpes, treinta y seis; Jerjes, veintiuno; Artajerjes I, ó sea Artajerjes Longimano, cuarenta y uno, comprendidos los dos reinados de sus hijos Jerjes y Sogdiano, que sólo duraron en junto ocho meses; Darío II, ó sea Darío Notho, diecinueve; Artajerjes II, ó sea Artajerjes Mnemón, cuarenta y seis; Artajerjes Oco, ó á secas Oco, veintiuno; Arogo ó Arsés, dos; Darío Codomano, cuatro; total, doscientos siete años, desde 538 hasta 331 antes de Jesucristo (1).

2. Ciro y el primer Darío dieron, especialmente, cumplimiento á las predicciones de los profetas respecto á Babilonia. Tomóla Ciro con todas las circunstancias anunciadas por ellos. A la muerte de Cambises sacudió dicha capital el yugo de los persas; pero á pesar de que se defendieron lo más desesperadamente, volvió á tomarla Darío, según hemos visto, y le impuso un yugo más duro todavía. Aún hoy, entre las ruinas de Babilonia, se encuentran ladrillos con caracteres en forma de cuña ó de clavos, en los cuales se ha creído reconocer los nombres de Darío y de su hijo Jerjes (2).

Cambises, Artajerjes Longimano, y Artajerjes Oco realizaron las predicciones de los profetas respecto al Egipto. Habiéndole invadido Cambises, le trató con dureza, quemó sus templos y destruyó sus ídolos. A la muerte de Jerjes se sublevó el país. Subyugólo de nuevo Artajerjes Longimano, hijo de aquel monarca. Rebelóse de nuevo bajo su sucesor en el año 414 antes de Jesucristo, y tuvo una serie de nueve reyes indígenas hasta 319 en que nuevamente lo conquistó Artajerjes Oco. Desde aquella época hasta nuestros días, en consonancia con lo profetizado por Ezequiel, no ha vuelto á tener rey ninguno de origen egipcio (3).

Las predicciones de misericordia para con Israel cumpliéronse por

---

(1) Ptolom., *Canon*, edic. del Sr. Halma, presbítero.

(2) Dejamos aquí este texto en la forma dubitativa que el autor le da. No podía el mismo, atendida la época en que escribía, dar noticia del maravilloso vuelo que han tomado después los estudios de la interpretación de los caracteres cuneiformes y de los admirables resultados con que, leídos ya bien (al menos en lo que al Zend corresponde) dichos caracteres, se ha esclarecido, por singular modo, la historia de los antiguos imperios del Oriente; confirmándose con estos nuevos testimonios humanos la divina verdad de los Libros Santos. Entiéndase, pues, reproducida esta observación en análogos pasajes. No sería posible aquí, en estas breves y someras notas, hacer todos los esclarecimientos que relativamente al texto de Rohrbacher suministraría esa nueva y ya extensa rama del saber. Sirva, al menos, esta advertencia para recordar á los lectores el prodigioso adelantamiento que en el sentido indicado ya por nuestro autor, pero en más extendida esfera han alcanzado tales estudios merced á los nuevos descubrimientos, archivo en cierto modo de granito y petrificada arcilla con datos fehacientes sobre la vida y vicisitudes de aquellos antiguos pueblos.—*(N. del T.)*

Véase además lo que acerca de esto se ha añadido en el tomo segundo de la presente traducción.

(3) Ezech., XXX, 13.

Digitized by Google

Ciro, que libertó al pueblo de la cautividad de Babilonia y dispuso la reconstrucción del templo; por el primer Darío que hizo terminar aquel edificio y asignó rentas para los sacrificios que quería se celebrasen allí á favor de él y sus hijos; por Artajerjes Longimano, que hizo reedificar los muros de Jerusalén. De todos los reyes persas son estos tres los más elogiados por los autores griegos.

Tuvo el primero por principal ministro al profeta Daniel, y el tercero á Mardoqueo, y por Esposa á Ester.

3. Los persas ó elamitas descendían de Sem, por Elam, su primogénito. Los medos de Jafet, por Madai, su tercer hijo. Limítrofes estos dos pueblos, habitaban uno y otro países montañosos. Lo más frecuente era que ambos formasen un solo Estado. Aparecen primero los medos como la parte dominante, y al mismo tiempo como dados muy luego al lujo y á los banquetes. Los persas, pobres hasta entonces y asperamente curtidos, como sus montañas, tórnanse los más poderosos y obtienen con Ciro el imperio universal durante dos siglos.

La casta y tribu más celebrada entre los medos eran los magos. A la muerte de Cambises intentaron traer nuevamente la soberanía á manos de los medos. Movido Cambises de celos y prestando fe á un sueño, había hecho dar muerte á su hermano Smerdis. Uno de los magos que tenía el mismo nombre, la misma estatura, y la misma figura, se hizo pasar por Smerdis, hijo de Ciro, y subió al trono. Descubierta su impostura por siete de los principales señores, diéronle muerte á él y á gran número de magos. Uno de aquellos siete, Darío, hijo de Histaspes, fué proclamado rey.

Tenían los persas doce tribus, entre las cuales era la mas ilustre la de los Pasargados, que formaban como la alta nobleza de la nación. La raza real eran los Aquemenidas. El nombre de su ascendiente, *Achemenes* para los griegos, *Dsehemdschid* entre los persas modernos, pudiera muy bien ser *Sem* ó *Schem*.

4. Al principio y antes que hubiesen salido de sus montañas, no tenía el rey de los persas poder absoluto. Estaba obligado á gobernar según la ley y á tenor del consejo de los ancianos. Cada vez que habla de aquel gobierno Jenofonte pone en boca del padre de Ciro: El *concejo* ó la *comunidad* de los persas (1).

El mismo autor, como también Platón y Herodoto, nos traza un admirable cuadro de la educación entre los antiguos persas. Era allí la educación pública, y duraba toda la vida. Había una plaza llamada plaza de la Libertad, donde estaban el palacio real y los edificios de los magistrados. Sitio donde no se consentían mercaderes. Hallábase dividida dicha plaza en cuatro partes: una, para los niños; otra, para los adolescentes; otra, para los hombres formados, y otra, finalmente, para los que habían pasado ya de la edad propia para las armas.

Cada una de las cuales clases estaba gobernada por doce jefes, con-

(1) Xenoph., *Cyrop.*, passim.

Digitized by Google

forme al número de doce tribus. Tenían los niños por jefes, ancianos ó senadores escogidos, entre los que eran mirados como más á propósito para educarlos bien; y los adolescentes, á aquellos, entre los hombres hechos, que parecían más capaces de imbuirlos en la virtud: y los hombres hechos, á aquellos de su clase, á quienes se juzgaba dotados de mayor talento para excitar á los demás á ejecutar las órdenes de la suprema autoridad. Los ancianos mismos, para que cumpliesen ellos también los deberes adecuados á su edad, tenían por vigilantes á algunos de sus iguales.

Desde la edad de cinco á diecisiete años concurrían al nacer el día los niños al lugar para ellos designado. Llevaban su comida, que tomaban á la señal de sus maestros. Y se componía de pan, y berros, y una copa para tomar agua en el río cuando tuviesen sed. Aprendían á manejar el arco y arrojar los dardos. Enseñábaseles sobre todo la justicia, la modestia, la obediencia y la templanza, así como también á decir la verdad. Lo que con más severidad se castigaba eran la ingratitud y la mentira. Para los hijos del rey adoptábase todavía mayor cuidado. Escogíase para instruirlos á los cuatro hombres más virtuosos y sabios de toda la nación.

De los diecisiete á los veintisiete años, correspondían á la clase de los adolescentes. Continuaban los ejercicios de la clase anterior, pero pasaban hasta las noches á la puerta de los magistrados y del rey, ocupados en hacer guardia, ó desempeñar determinadas comisiones, que requieren vigor y rapidez, como la pesquisa de los malhechores y la persecución de los foragidos. A menudo llevaba el rey parte de ellos á la caza, como á aprendizaje de la guerra, para acostumbrarlos á las fatigas y los peligros. Excepto las piezas que en tales ocasiones mataban, tenían sólo la misma clase de alimento que los niños, sino que se les daba mayor porción.

Después de los veintisiete años pasaban á la clase de los hombres formados. Estaban, como los adolescentes, á las órdenes de los magistrados. En la guerra constituían el nervio del ejército. De este orden se sacaban todos los magistrados, excepto los que presidian á la educación de los niños.

Veinticinco años después, mayores ya de los cincuenta, pasaban á la clase de los que llamaban ancianos, y que, en efecto, lo eran. Tenían éstos el privilegio de no servir en las armas fuera de su patria; quedaban para decidir tanto los negocios públicos como los asuntos entre particulares. Hasta sentenciaban á muerte, y escogían también ellos todos los magistrados. Cuando el jefe de su respectiva tribu ú otro cualquiera denunciaba á un adolescente ó á un hombre hecho por quebrantamiento de alguna ley, veían la acusación, y si el delito resultaba probado, arrojaban de su clase al reo, y esta nota le causaba infamia para el resto de sus dias.

Al nacer Ciro, contaba Persia cerca de ciento veinte mil hombres. Nacían todos con igual derecho á los cargos y los honores. Podían todos

Digitized by Google

enviar á sus hijos á las escuelas públicas, donde se enseñaba la justicia. Los que se hallaban en posición de sostener á los suyos sin hacerlos trabajar, los enviaban allí, los demás los guardaban en la propia casa. Necesitábase haber sido educado en dichas escuelas para ser admitido en la clase de los adolescentes, de la cual era excluído todo el que no había recibido la primera educación. Los adolescentes, que habían hecho su carrera completa, habiendo cumplido exactamente los correspondientes deberes, podían ocupar su lugar entre los hombres hechos para compartir con ellos la ventaja de ser promovidos á las dignidades; pero los que no habían pasado por las dos primeras clases no podían entrar en la tercera, que llevaba, cuando en ella se había vivido sin tacha, á la de los ancianos ; la cual resultaba con esto formada de sujetos que habían pasado sucesivamente por todos los grados de la virtud. Tal era entonces la constitución moral y política de los persas.

Jenofonte nos la presenta como vigente en toda plenitud bajo Cambises, padre de Ciro, y bajo el mismo Ciro (1). Para obtener el auxilio de los persas, Ciaxares, rey de los medos, envió embajadores, tanto á la comunidad de aquéllos como al rey de los mismos, Cambises. En medio de las victorias de Ciro, mientras que los medos y los demás auxiliares se entregaban á banquetes, guardaban los persas su antigua frugalidad. En la mesa misma del conquistador bebían sólo agua. Tan alta estimación hacían de la piedad filial, que Ciro, vencedor de toda el Asia, y hombre ya de sesenta años, hizo ex profeso el viaje á Persia á fin de pedir á sus padres el consentimiento para su matrimonio con la hija única del rey de los medos.

Pero llegado que hubieron á la posesión del imperio universal, degeneraron los persas de sus antiguas virtudes. Con el traje más suntuoso de los medos, adoptaron también su vida más voluptuosa. Si conservaron algunas de sus instituciones, no las animaba ya el antiguo espíritu. Por otra parte, dichas instituciones, adecuadas á un pueblo reducido, encerrado en sus montañas, ¿eran igualmente practicables para un pueblo dueño del mundo? Además, el carácter naturalmente sociable, generoso y comunicativo de los persas, los exponía al contagio del mal ejemplo. La corrupción de Babilonia debió serles funesta. Sabemos por Herodoto, que aprendieron de los griegos el pecado de Sodoma (2). Añádase la molicie, las cábalas que fomentaba en los palacios de los reyes la multitud de eunucos y de mujeres. La mayor parte de las muertes que por espacio de dos siglos ensangrentaron la corte de Persia, fueron cometidas por eunucos. El eunuco Mitridates entregó á Jerjes I al capitán de su guardia, que le mató en su lecho, y quería matar con él toda su familia para reinar en lugar suyo. El eunuco Farnacias entregó á Jerjes II al puñal de su hermano Sogdiano, quien á su vez fué condenado á muerte por su hermano

(1) Xenoph., *Cirop.*
(2) Herod., lib. I, cap. CXXXV.

Digitized by Google

Darío Noto. Bagoas, el eunuco favorito de Oco, envenena á su amo, pone en el trono á Arses, hijo del rey, y hace dar muerte á todos sus demás hijos, asesina después á Arsés y á toda su familia, le da por sucesor á Darío Codomano, y se ve por fin obligado á tragar el veneno que para el mismo Darío había preparado.

No obstante todas estas causas de corrupción y todas estas revoluciones de serrallo, el gobierno de los reyes de Persia, exceptuado Oco, fué generalmente bastante blando para los pueblos. Gloriábanse, sobre todo, de recompensar magníficamente los servicios que se les prestaban, sin distinguir para esto entre extranjeros é indígenas. Hasta á las naciones subyugadas por la fuerza de las armas, las trataban con generosidad, antes no vista. Exterminábanlas los asirios, y las trasplantaban de un país á otro; dejábanlas los persas en sus tierras y en sus ciudades con sus costumbres y sus leyes. Lo mismo se portaban con los reyes vencidos. Creso, rey de Lidia, pasa, de cautivo y prisionero que era primeramente, á ser el amigo y consejero de Ciro y de su hijo Cambises. Por poco que los hijos de aquellos príncipes fuesen susceptibles de acomodarse con los vencedores, éstos les dejaban mandar en sus países con casi todas las señales de su antigua grandeza. Aun aquellos enemigos que les habían ocasionado mayores pérdidas, no eran excluídos de semejante generosidad. Así Temístocles, que había destruído en Salamina la flota de Jerjes, viéndose desterrado de Atenas, de la ciudad que él había salvado, se refugió en la corte de Jerjes; el cual, lejos de permitirse venganza alguna, hizo, con objeto de protegerle contra el resentimiento de su propia hermana, cuyos hijos habían perecido en Salamina, que le absolviese un tribunal de señores de Persia, y le dió por mujer una de las principales del reino, y para su sostenimiento tres opulentas ciudades, donde, según Diodoro de Sicilia, acabó en paz sus días (1).

Finalmente, no eran los reyes de Persia ajenos ni indiferentes á las ciencias y artes de los griegos. Hemos visto con qué cortesía el gran Darío, padre de Jerjes, escribió al filósofo Heráclito para moverle á que viniese á la corte á fin de explicar allí ciertos pasajes difíciles de su *Tratado de la naturaleza*. Ni es esto solo. Acerca del artículo más importante de la Filosofía, del artículo de la Divinidad, eran los persas y sus reyes realmente más sabios y filósofos que todos los griegos. Hemos visto al asirio Nabucodonosor, y veremos á los reyes griegos de Egipto y de Siria hacerse adorar como dioses y obligar á sus súbditos á la adoración de los ídolos. Nunca dieron en tales excesos los reyes de Persia. Hacíanse adorar al estilo oriental, con una adoración civil exterior, como soberanos, jamás como dioses. Ni la Escritura ni los autores profanos dicen palabra que tal les atribuya. Muy lejos de adorar ó hacer adorar ídolos, hechos por la mano del hombre, los destruían con religioso celo, tanto en Egipto como en Grecia. Hasta ésa fué la principal queja de los griegos contra ellos.

(1) Diod. Sic., lib. XI, cap. LVII y LVIII.

Digitized by Google

Entre todos los reyes de Persia, Darío Codomano, el último en cuanto á la fecha, no lo era ciertamente en cuanto al mérito. Pero era llegado el tiempo en que el imperio del mundo debía pasar á otro pueblo, á los griegos.

5. Eran los griegos una mezcla de varias colonias, venidas de Egipto las unas, otras de Fenicia y otras de Tracia. En los autores tradicionales de su civilización se traslucen estos tres orígenes. Enseñáronles—se dice—los egipcios Cecrope y Danao las artes de la vida material; el fenicio Cadmo, las letras del alfabeto y los elementos de la literatura; y el tracio Orfeo, la poesía religiosa.

Dos razas dominaban en esta mezcla: los jonios, cuya más célebre ciudad era Atenas, y los dorios, cuya ciudad más importante era Esparta. Los jonios ó *jaones,* como escriben Homero y Esquilo, descendían de Javán, cuarto hijo de Jafet. Los indios llaman generalmente á todos los griegos, Iavanas. Los espartanos, según la carta de uno de sus reyes al sumo sacerdote de los judíos, descendían de Abrahán. Los espartanos y los judíos mirábanse como hermanos. Había, pues, entre los griegos, como entre los persas y los medos, descendientes de Jafet y descendientes de Sem.

En el V siglo antes de Jesucristo ocupaban los griegos no sólo la Grecia propiamente dicha, sino también la parte inferior de Italia, denominada la Magna Grecia, así como también la Sicilia; y en Africa el país de Cirene, y en Asia las costas del Asia Menor, además de lo cual tenían colonias en las costas del Mar Negro y hasta en el Mar Caspio. Según las indicaciones de Herodo, podemos creer que extendían su tráfico hasta la China.

Procedentes de diversos orígenes, emigrados de diferentes regiones, habitando una multitud de islas, penínsulas, costas marítimas y pequeñas comarcas entrecortadas por montañas y bañadas de ríos, ofrecen los griegos un aspecto en todo diferente de los asiáticos. Hállanse éstos como perdidos en un continente tan extenso que la Europa toda parecería una mera provincia del mismo: los ríos, el desierto, el Océano, todo es allí inmenso, inmutable, monótomo. Es la cuna de las grandes monarquías, la patria de las poblaciones innumerables; pero estacionarias inertes, y en la misma situación hoy que hace tres y dos mil años. Entre los griegos, por el contrario, vense Estados y gobiernos tan variados como sus islas y sus costas. No sólo hay allí de todo: monarquías, aristocracias y democracias, sino que todo eso se estudia, se compara y se combina de mil diferentes maneras. Dotados de un ingenio activo, curioso, móvil, lo ejercitan á la continua sobre todas las materias. Divinidad, humanidad, filosofía, gobernación de los Estados, de las familias, de los individuos, palabra, raciocinio, elocuencia, poesía, salud, belleza, fuerza corporal, pintura, escultura, música, guerra, navegación, comercio: todo da motivo á una ciencia, á un arte con sus principios y sus reglas. Y todo esto se discutía libremente tanto en las escuelas como en medio de las plazas, en la tribuna de las arengas, y hasta en las tiendas de los artesanos.

Digitized by Google

Lo que mantenía una especie de unidad en medio de aquella multiplicidad varia era la comunidad de un mismo nombre y una misma lengua: el nombre de griegos ó helenos contrapuesto al de bárbaros, que se convertía por ende en sinónimo de cultura, gloria y patria; la lengua de Homero, Hesiodo, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Menandro, Píndaro, Platón, Aristóteles, Jenofonte, Herodoto, Tucídides y Demóstenes; lengua enriquecida con obras maestras de todo género, lengua eminentemente armoniosa y poética, y en la cual cantaban de una en otra ciudad los rapsodias la Iliada y la Odisea, es decir, el triunfo de la Grecia sobre el Asia. Únanse á esto los juegos y las fiestas que reunían frecuentemente á los moradores todos de una ciudad, pero principalmente los juegos ístmicos y los olímpicos, donde concurría toda la Grecia, donde se disputaban los atletas el premio del salto, de la carrera, del disco, del cesto y del pugilato; donde los vencedores eran coronados en medio de universales aclamaciones, y cantados en las odas de Píndaro y de Simónides, y llevados de vuelta en un carro de triunfo á su ciudad natal, inscribiéndose sus nombres en los fastos públicos para servir de títulos á las épocas cronológicas que de ahí tomaron el nombre de Olimpiadas. Además de estas reuniones generales, de juegos, diversión y gloria, donde concurría indistintamente toda la Grecia, reuníase también dos veces por año en asamblea religiosa ó especie de congreso general junto al templo de Delfos en las personas de sus diputados ó anfitriones.

6. Era Atenas el centro de la cultura, de las Letras y las Bellas Artes. Fundada, dicen, por el egipcio Cécrope en tiempo de Moisés, hacia el año 1582 antes de Jesucristo; aumentada por Teseo hacia el año 1235, algo posterior á Gedeón, reedificada por Temístocles, después de haber sido destruída por los persas en 480; devastada por Sila, reparada por Adriano, saqueada por Alarico, aniquilada por los turcos, sale esta ciudad actualmente de sus ruinas para ser la capital del reino de Grecia. Su primer Gobierno fué la monarquía, su primer rey el egipcio Cécrope. Sucediéronle otros 16 en el término de unos cuatrocientos ochenta años. El más célebre de todos fué el décimo, Teseo. Mas todo lo que de él se ha dicho pertenece á la fábula, y nos hace ver que entonces los griegos carecían aún de historia. Fué el último de dichos reyes Codro, que murió en 1070 antes de Jesucristo. A su muerte se abolió la monarquía, sustituyendo aquella forma de gobierno con el de presidentes ó arcontes perpetuos, pero sujetos á dar cuenta de su administración; magistratura que vino á ser hereditaria en la familia del último rey. En 754 redújose á diez años su duración, por más que se la conservó en la familia de Codro. Por fin, en el año 684, los arcontes fueron ya sólo anuales, y se nombraron nueve cada uno de los que tenía sus especiales funciones y fueron admisibles para el cargo todos los ciudadanos. En 623 quisieron los atenienses tener leyes, y se las formó Dracón, pero demasiado severas; de suerte que no se observaron, y volvió el Estado á caer en la anarquía.

Respondiendo á una nueva petición les formó Solón otras leyes, pero más suaves en 594, y estableció un gobierno casi enteramente democráti-

Digitized by Google

co, que sólo sufrió cortas interrupciones: bajo Pisistrato hacia el año 550 y bajo los treinta tiranos en 404. La institución más célebre de Atenas fué el tribunal del Areópago; conocía de los principales crímenes, se reunía y juzgaba de noche para que no les conmoviese la vista del acusador ó del acusado, y con la misma mira ordenaba á los abogados exponer resueltamente los hechos, sin aparato alguno de elocuencia. Tal fama gozaba de justicia é imparcialidad, que de toda la Grecia acudían en apelación á sus decisiones.

En los siglos V y VI antes de Jesucristo, en el período que va de Ciro á Darío Codomano, fué cuando llegó Atenas al mayor auge de su gloria. Produjo casi á la vez un prodigioso número de hombres grandes en todos los ramos: estadistas y guerreros como Solón, Temístocles, Milciades y Arístides, Pericles, Alcibiades y Jenofonte; filósofos como Sócrates y Platón; poetas como Esquilo, Sofocles, Eurípides y Menandro; artistas como Fidias; oradores como Demóstenes, Esquines y Foción. Atraía, al mismo tiempo, cuantos bellos ingenios había en las otras regiones de Grecia, los poetas Anacreonte y Aristófanes; los filósofos Aristóteles, Teofrasto, Epicuro, Pirrón, Diógenes, Zenón. Era el centro de cuanto descollaba por cultura é ingenio en medio de la más culta é ingeniosa de las razas humanas. Así que considerábase á dicha ciudad como el centro de cuyo arbitrio estaba pendiente la fama y la gloria. Al atravesar allá en el fondo de la India Alejandro un caudaloso río, en medio de la noche y la tempestad exclamaba:—¿Creeríais, ¡oh atenienses, los trabajos á que me expongo por merecer vuestra aprobación y vuestros elogios!? (1)

Algo enteramente opuesto á tal manera de carácter y vida nos presenta Esparta, llamada también Lacedemonia. Podríamos decir que aquello no tanto era una ciudad cuanto un campamento ocupado por una congregación militar, y sometido en su conjunto á severa disciplina por Licurgo. Habíase entronizado allí, por largo espacio, la anarquía: corriendo el siglo IX antes de Jesucristo, propúsose Licurgo desarraigarla. A los dos generales ó reyes hereditarios los puso un Consejo de veintiocho senadores; pero quedándole siempre al pueblo la decisión superior. Dos siglos más adelante estableció un rey, entre el senado y el pueblo cinco *eforos* ó inspectores. Constaba la ciudad de cinco barrios, separados unos de otros y ocupados por sendas tribus. No tenía más muros ni ciudadela que el valor de sus habitantes. A inspirárselo tendían todas las instituciones de Licurgo. Repartió éste el territorio de Esparta en 9.000 hijuelas inalienables, y lo restante del suelo de Laconia, en 30.000. Prohibido estaba á los hombres libres ocuparse en la agricultura, tarea encomendada á los esclavos. Sólo las armas y la guerra habían de constituir el ejercicio de los ciudadanos. Pequeñas eran sus casas ó más bien cabañas, para la construcción de cuyos techos y suelos únicamente se empleaba el hacha, y para las puertas nada más que la sierra. Pena de la

(1) Plut., *Alex.*, c. LX.

Digitized by Google

vida á quien tuviese moneda de oro ó plata; la única clase de moneda en Esparta era de hierro puesto al fuego y sumergido en vinagre, á fin de inutilizarla para todo uso; moneda tan pesada que, para acarrear el valor de dos minas, unas ochocientas pesetas, como quien dice, se necesitaba una pareja de bueyes. Con la misma austeridad estaban reglamentadas las comidas. Tomábanlas los hombres, en común, en los edificios públicos, y no comían sino los manjares prescritos por la ley. Ninguna de estas leyes estaba escrita. Licurgo quiso que se grabasen en los corazones mediante la educación. La cual comenzaba desde antes del nacimiento del niño. Las doncellas, ligeramente vestidas, se ejercitaban en la carrera, en la lucha, en el disco, en lanzar los dardos, á fin de hacerse así más robustas y poder, más adelante, desempeñar mejor el cargo de madres. El niño recién nacido no estaba en poder de sus padres. Examinábale el jefe de la tribu, y si le hallaba bien constituído, le mandaba educar, y en caso contrario, se le arrojaba á una sima destinada á esto. A los siete años comenzaba la educación pública, que venía á ser toda ella un aprendizaje de obediencia. Divididos en cortos pelotones iban los muchachos con los pies descalzos y el pelo al rape, y por la noche dormían sobre cañas que ellos mismos habían arrancado del río, á las cuales, en invierno, mezclaban, como alivio contra el frío, una especie de espadaña. A los doce años no se les daba más que un vestido para todo el año. Sus juegos eran combates. Preparaban ellos mismos sus comidas, para lo cual robaban los mayores leña, y los menores, legumbres, y los más listos manjares hasta de las mesas de los hombres. ¿Se les cogía in fraganti? Pues se les castigaba, no por haber robado, sino por haber sido poco diestros. En ciertas fiestas, y con el solo objeto de hacerlos más duros y fuertes, se les azotaba hasta saltar la sangre, cerca de un altar de Diana: el que daba señal de dolor quedaba deshonrado. Cuando adolescentes, era uno de los principales ejercicios la caza, y no sólo de las fieras, sino también de los ilotas. Eran estos los habitantes de la ciudad de Helos; reducida á esclavitud por los lacedemonios. En épocas dadas, y por orden de los magistrados, se esparcían por los campos los jóvenes espartanos llevando sus armas; escondíanse por el día y mataban de noche á cuantos ilotas sorprendían en casa. Y aun muchas veces no aguardaban á la noche para empezar tal caza. En fin, tan ocupado estaba el ciudadano de Esparta con los ejercicios militares durante la paz, que la guerra venía, hasta cierto punto, á ser para él como tiempo de vacación. En los combates tenían por máxima no perseguir al enemigo que huía, más que hasta donde necesario fuese para asegurar la victoria. Con presentarle la huída exenta de riesgos, miraban á que se despertase en él la idea de tomar semejante partido. Tampoco movían guerra dos veces seguidas contra un mismo pueblo por recelo de enseñarle así á hacerla. Sus victorias eran á menudo crueles. Díganlo si no los ilotas, y los mesenios, á quienes redujeron á esclavitud. No era permitido á los lacedemonios viajar á fuera del país, ni á los extranjeros detenerse mucho tiempo, ni en gran número. Generalmente mirado,

Digitized by Google

hay en el carácter espartano algo de adusto, insociable y hasta bárbaro. Ajeno al comercio con los demás pueblos, sabiendo apenas leer, escribir y calcular, no se ocupa jamás de ciencia ó arte alguna. Esparta, sin historia, sin anales y sin literatura, no produjo nunca un escritor, un poeta, un artista. Era Atenas una academia donde todo, hasta la guerra misma, se estudiaba. Esparta no pasó nunca de ser un cuartel.

Rivales fueron siempre Atenas y Esparta; aspiraba cada una á dominar en toda Grecia. Eran los atenienses naturalmente más suaves y más agradables. Nada más delicioso á la vista que su ciudad, donde fiestas y juegos se sucedían continuamente; donde el ingenio, la libertad y las pasiones, ofrecían cada día nuevo espectáculo. Pero la desigualdad en su conducta disgustaba á sus aliados, y era todavía más insoportable para sus súbditos. La conducta de los lacedemonios era más uniforme, pero demasiado austera é imperiosa. Era su mando tan duro como su modo de vida. Y por otra parte, habiendo sido formada Esparta para la guerra y siéndole preciso, para conservarse, continuarla sin descanso, era necesario para sujetarse á ella renunciar por siempre á la paz. Cuando cinco siglos después de Licurgo, probó á cambiar su índole y humanizarse algo, no lo pudo verificar sin lastimar sus leyes constitutivas y preparar así su propia decadencia.

La rivalidad de ambas ciudades forma, pudiéramos decir, casi toda la historia de Grecia durante los siglos V y IV antes de Jesucristo. Las demás ciudades se ponían cada cual á favor ya de una, ya de otra de las dos. Todo se vuelve guerra, treguas, paz, coaliciones, alianzas juradas, y rotas, vueltas á jurar y vueltas á romper. La invasión de los persas vino á suspender alguna vez este movimiento continuo; pero volvía luego á tomar su curso. En el fondo, siempre Atenas y Esparta querían dominar cada una sin rival, y siempre las demás ciudades griegas repugnaban la dominación de Atenas ó de Esparta, no menos que la de los persas.

7. Había Ciro sometido, por medio de sus lugartenientes, á los griegos de las costas y de las islas del Asia Menor, exceptuados los focenses, que se expatriaron, yendo á fundar á Marsella. Estos grupos del Asia acompañaban á su hijo Cambises cuando invadió el Egipto, que por su parte contaba también otros griegos entre sus auxiliares. El primer Darío, sucesor de Cambises, extendió su dominación á los griegos de Europa, en Tracia y en Macedonia y estuvo á punto de extenderla á todos los demás. Mientras que Ciro bajaba de las montañas de Persia para ir á la conquista del Asia, usurpaba Pisistrato, sobrino de Solón, la soberanía de Atenas. Arrojado dos veces y otras dos vuelto al poder, reinó por treinta y tres años, con gobierno más propio de un padre que de un usurpador. Embelleció la ciudad, hizo florecer las letras y las artes, y fundó una biblioteca pública. Él fué quien por vez primera presentó á los atenienses los cantos de Homero, é hizo reunir en un solo cuerpo los fragmentos dispersos que cantaban los rapsodas. Murió en 527, dejando dos hijos, Hiparco é Hipías que le sucedieron.

Habiendo el primero insultado á la hermana de Harmodio diéronle

Digitized by Google

muerte éste y su amigo Aristogiton el año de 510. Hipías, el hermano de Hiparco, vése, después de algunos actos de venganza, obligado á huir á los dominios de Darío. Entonces el sátrapa del Asia Menor invita á los atenienses á que vuelvan á llamar á Hipías, y éstos en vez de escucharle declaran guerra abierta á los persas, excitan á los jonios á sublevarse y queman la ciudad de Sardes. Jura Darío vengarse. Envía por mar un considerable ejército (1). Habiendo aportado el Atica 110.000 hombres, según Plutarco, adelántanse por las llanuras de Maratón. El ateniense Milciades, que había estado antes al servicio de Darío, pero que se hallaba ahora de regreso en su patria, los derrota al frente de 10.000 atenienses en 490. Dejaron los persas en el campo de batalla unos seis mil cuatrocientos hombres, según Herodoto, autor contemporáneo (2). Justino, seis siglos posterior, hace morir 200.000. Entre los muertos se cuenta Hipías. Propúsose Darío vengar esta afrenta al frente de un ejército más poderoso todavía; pero muere en 485, cuando se ocupaba en los preparativos para tal empresa, los cuales ultimó Jerjes, su hijo. En el entretanto condenan los atenienses á una multa que no puede pagar á su libertador Milciades, y le dejan morir en la prisión, y sentencian á destierro á su compañero de armas y de victoria, Arístides, apellidado *el Justo,* á quien vuelven, sin embargo, á llamar en 480 cuando reciben la noticia de que viene Jerjes á la cabeza de innumerable ejército.

Acaso nunca se vieron reunidos tantos hombres. Al salir de Asia contó Jerjes en una revista 1.700.000 infantes, 80.000 jinetes, 1.207 navíos con 277.600 hombres, que componían un total de más de dos millones de combatientes. Los pueblos de Europa añadieron á su armada 120 bajeles, equipados con 230 soldados cada uno, lo cual suma aún 24.000 hombres. Además de la armada, compuesta de triremes, subían á 3.000 las naves de transporte que llevaban los víveres. Finalmente, Herodoto, autor, como dejamos dicho, contemporáneo, sumando una á una las tropas de Asia y las de Europa, cuando Jerjes llegó por Tracia y Macedonia á las Termópilas, saca 2.641.610 combatientes, á cuyo número juzga que debe agregarse otro igual, por lo menos, de sirvientes, eunucos, mujeres y mercaderes y contar en conjunto, al menos, 5.283.220 hombres (3).

Tenía Jerjes en este ejército, además de los griegos del Asia, á Demarates, rey fugitivo de Esparta; á los descendientes de Pisistrato, fugitivos de Atenas; á los macedonios con su rey Alejandro, cuyos Estados había considerablemente aumentado; á los tesalienses, que le habían enviado embajadores hasta Susa para determinarle á esta expedición; á todos los griegos, en fin, que estaban bajo su imperio ó se encontraban en su camino. Había dicho Daniel que el cuarto rey de Persia sobrepujaría á los demás en riquezas y suscitaría á todos contra el reino de Javán, ó sea contra la Grecia (4).

(1) Plut., *Milliad.*
(2) Herodoto, lib. VI, núm. 117.
(3) Lib. VII, cap. CLXXXIV.
(4) Dan., XI, 2.

Digitized by Google

Pero un peligro tan grande y tan apremiante había unido á los atenienses y los lacedemonios. Leónidas, rey de Esparta, ocupaba el desfiladero de las Termópilas con 300 espartanos y otros 6.000 griegos. Aquel desfiladero que era preciso atravesar para llegar á la Grecia propiamente dicha, y que en su mayor anchura tenía 60 pasos, apenas dejaba en algunos sitios espacio para un carruaje y además lo había fortificado Leónidas con sólidas trincheras. Tres veces atacaron los persas á los griegos para franquear aquel paso, tres veces los rechazaron éstos, haciéndoles perder mucha gente. No sabía Jerjes qué partido tomar, cuando un hombre del país le indicó un sendero por lo alto de la montaña. Avisado Leónidas por unos tránsfugas de que iba á quedar cercado, reconoció que le era ya imposible resistir por más tiempo; despidió á los seis mil griegos y se quedó con los 300 espartanos, hízoles comer por vez postrera, diciéndoles que cenarían en las mansiones de Plutón. Llegado que hubo la noche, lánzanse de improviso sobre el campo de los persas, según Diodoro Sículo (1), esparcen el terror y el tumulto en torno suyo, penetran hasta la tienda de Jerjes, que no se hallaba en ella, y sólo al llegar el día sucumben, por fin, oprimidos del grande número de los contrarios. Herodoto, que escribía más de cuatro siglos antes que Diodoro, y poco después del suceso, nos los presenta combatiendo y muriendo en el desfiladero mismo. Las victorias de los griegos van casi siempre con el tiempo apareciendo más adornadas.

Los persas, que en estos últimos combates habían perdido cerca de veinte mil hombres, avanzaban sin obstáculo por la Grecia y el Atica. Habíanse declarado por ellos los tebanos y la Beocia toda. Abandonada Atenas de sus habitantes, fué entregada á las llamas en castigo del incendio de Sardes. Lo cual era el fin principal de la expedición. De los que rehusaban someterse escondíanse unos en las montañas y las cavernas, mientras que la mayor parte se habían refugiado en el Peloponeso, donde fortificaban apresuradamente el istmo de Corinto, como último baluarte suyo. En el Peloponeso mismo ladeábanse varias ciudades hacia los persas. Un recurso quedaba todavía á los griegos: su flota, reunida en las inmediaciones de Salamina. Mas al contemplar el incendio de Atenas temía cada jefe igual suerte para su ciudad, para su patria. Algunos se habían retirado con sus buques, hablaban otros de hacer lo mismo, y lo hubieran ciertamente realizado si Jerjes hubiera proseguido en derechura al Peloponeso: y quedaría Grecia toda convertida en provincia persa.

Salvóla de ello el ateniense Temístocles. Tenía á sus órdenes 180 buques de Atenas. Hizo presente á los demás jefes, y principalmente al de Esparta, investido del mando superior, que si se separaban no habría esperanza alguna de vencer y habría llegado el fin de Grecia. Al mismo tiempo hizo avisar sigilosamente á Jerjes que, dominados de terror los griegos, habían resuelto huir, y que para someterlos á todos de una vez no había más que atacarlos sin dilación. Al siguiente día por la mañana,

(1) *Hist.*, XI, cap. X.

Digitized by Google

20 de Octubre de 480, supieron los jefes griegos que estaban cercados por todas partes. Era inevitable el combate. Quiso Jerjes presenciarlo desde un monte de la costa. Sus naves ascendían á 2.000; mas como el sitio era estrecho, su misma multitud les servía de mucho impedimento. Los griegos, que sólo tenían 380 y podían por ende maniobrar más libremente, les echaron á pique 200 y se les apoderaron de otras en mayor número. Consternado de esta derrota dejó Jerjes en Grecia á su cuñado Mardonio con 300.000 hombres, de las mejores tropas entre los cuales había 50.000 griegos, y se volvió con los demás al Asia. Al año siguiente Mardonio, después de haber saqueado nuevamente á Atenas, quedó vencido y muerto en la batalla de Platea, donde le derrotaron el lacedemonio Pausanias y el ateniense Arístides (1). Aquel mismo año, combinadas las flotas de Atenas y de Esparta, desbarataron la de los persas en Micala, junto á las costas del Asia Menor.

8. Después de haber salvado y reedificado á Atenas, vióse Temístocles desterrado de ella, y encontró un generoso asilo al lado de Jerjes á quien tamaños reveses había causado. Más deplorable fué aún la suerte de Pausanias. Convicto posteriormente de querer entregar la Grecia al mismo Jerjes, cuyos ejércitos había vencido, fué sentenciado á morir de hambre. Habían llegado Atenas y Esparta al mayor auge de su gloria y poderío. Atenas sobre todo, sobrepujábase en cierto modo á sí misma. Cimón, hijo de Milciades, y el justo Arístides, conquistaban para aquella capital varias ciudades de Macedonia, toda la península de Tracia y la isla de Taxos, entre otras, donde había minas de oro. Levantan contra Artajerjes Longimano á los griegos todos del Asia Menor, le derrotan sus tropas por mar y tierra, le toman en breves días ora 200, ora 80 bajeles, después de haber destruído los demás, y le obligan finalmente á firmar un tratado en que se declara libres á los griegos de la Jonia, y se fijan sus límites, aquende los cuales no podrán pasar en el Mediterráneo los buques del gran rey. Triunfantes así de los persas, triunfaron por otro estilo de los lacedemonios. Habían tenido éstos hasta entonces el mando de los griegos reunidos; su general Euribiades había tenido el mando en Salamina, y no el ateniense Temístocles; y lo mismo en Platea su general Pausanias, y no el ateniense Arístides. Pero en las expediciones marítimas á las costas del Asia después de aquellas victorias, el mismo Pausanias y los espartanos se mostraron altaneros para con los demás confederados griegos; mientras que, por el contrario, Arístides y Cimón juntaban la cortesía y la generosidad al valor y al éxito.

Retiráronse la mayor parte de los confederados del mando de los espartanos y se pusieron bajo el de los atenienses. Y en realidad, jamás tuvo á la vez Atenas dos hombres más capaces de merecerle semejante honor. Orador elocuente y hábil general, Arístides, después de haber tenido una parte preponderante en las victorias de Salamina y Platea, así como en las posteriores á éstas, después de haber sido elegido por las

(1) Plut., *Aristid.*

Digitized by Google

ciudades todas de Grecia para señalar él solo la parte que debía aportar cada una para la guerra con los persas, después de todo esto, decimos, Arístides vivió y murió pobre. El ostracismo á que había sido condenado no envolvía desdoro alguno. Era un destierro de diez años á que el receloso pueblo de Atenas condenaba algunas veces á los más influyentes ciudadanos, no porque les acusase siempre de algún crimen, sino en atención al temor de que su crédito y poder despertase, como antes en Pisistrato, el intento de alzarse con la autoridad soberana. Cimón, después de una juventud borrascosa, había sido traido nuevamente á la senda de la virtud por Arístides, que había visto en él una índole natural generosa. En sus expediciones adquirió inmensas riquezas, pero la mayor parte de ellas las envió á Atenas para reedificar la ciudad, y empleó igualmente bien las restantes. Aunque adherido al partido de la nobleza, estaban abiertos su casa y sus jardines para todo el pueblo; allí encontraban alimento y vestido todos los pobres.

Mientras que estos dos hombres con glorias tan puras hacían que fuese Atenas la ciudad más poderosa de Grecia, hacía otro que sobrepujase también en belleza y esplendor á las demás. Era éste Pericles. Perteneciente á una de las más ilustres familias, dotado de raras prendas, que cultivaron los más hábiles maestros, iniciado en la Filosofía por Anaxágoras, y en la Dialéctica por Zenón de Elea, valiente, circunspecto, magnífico, elocuente hasta lo sumo, gobernó á Atenas durante cuarenta años por la sola persuasión. Cimón se había hecho el cabeza de los nobles: hízose Pericles el cabeza del pueblo, aumentándole el poder y sobre todo las fiestas y diversiones. En el exterior constituía parte de la población una marina formidable, realzaba la gloria de Atenas, fundaba colonias en el Quersoneso, en Tracia, en diversas islas y hasta en Italia. En el interior, la otra parte de la población se ocupaba en hermosear la ciudad. Obras maestras de arquitectura, escultura y pintura se levantaban por doquiera con presteza tal que parecía cosa de encantamiento. Fidias dirigía en su conjunto las obras; Polignoto, Parrasio y Zeuxis eran los pintores. A la par que las obras de arte aparecían también obras maestras de un orden más elevado. Componían sus tragedias Esquilo, Sófocles y Eurípides; enseñaba Sócrates el buen sentido á la juventud; escribía Platón sus *Didlogos*, Jenofonte su *Vida de Ciro*; preparábase Túcidides á describir las guerras del Peloponeso. En una palabra, muy por encima de la preeminencia política, que pronto le había de ser arrebatada, adquiría Atenas una preeminencia literaria que, lejos de perderse, ha ido confirmándose á través de las vicisitudes de los siglos.

Tanto esplendor y poderío despertó los celos de Esparta. Los atenienses, por otra parte, abusaban de su preponderancia para con sus aliados. Anteriormente, al decir Arístides de un proyecto de Temístocles:—Nada sería más útil, pero nada tampoco más injusto,—clamó todo el pueblo que no había que pensar en tal cosa. Más adelante, habiendo dicho el mismo Arístides á propósito de un proyecto parecido:—No sería justo; pero sí útil,—clama el mismo pueblo que se llevase á cabo. En uno y otro caso

Digitized by Google

se trataba de abusar de la confianza de los aliados. Crecía con los éxitos la ambición. Orgulloso de sus colonias y de su marina, el pueblo de Atenas, no obstante la guerra que acababa de declararle Esparta, hablaba de conquistar á Egipto, Cartago, Sicilia y hasta á Italia. Mientras vivió Pericles contuvo con su prudencia tales ambiciones. Mas dejaba un sobrino, Alcibiades. Era éste como una encarnación del pueblo de Atenas. Hermoso, con talento, valiente, magnífico, sensible hasta verter lágrimas á las severas lecciones de Sócrates, y dándose luego con furor á la voluptuosidad, como si hubiera en él sólo varios hombres, superaba á los atenienses en urbanidad, á los espartanos en austeridad y rudeza, á los tracios en la embriaguez, á los tesalienses en la equitación, á los jonios en molicie y á los sátrapas en magnificencia, soñaba Alcibiades la conquista del mundo. Con menos ligereza y más consecuencia en sus planes hubiera podido emprenderla y ejecutarla. Enviado á Sicilia con otros dos generales, toma, apenas desembarca, la ciudad de Catania, y dispone inmediatamente el éxito de la expedición; cuando le mandan volver, acusado de impiedad por haber parodiado en otro tiempo con unos camaradas los misterios de Ceres en un festín. Condenado á muerte huye á Esparta diciendo:—Yo les haré ver que estoy en vida.—Bajo su inspiración los lacedemonios, cuyas armas no habían obtenido hasta tanto grande éxito, triunfan á la vez en Sicilia y en el Peloponeso. El rey Agis y los otros generales de Esparta conciben envidia de su gloria. Para librarse de sus asechanzas refúgiase al lado de Tisafermes, sátrapa persa del Asia Menor, cuya benevolencia se capta al punto y al cual disuade de hacer demasiado poderosos á los lacedemonios. Llamado otra vez á su patria mediante público decreto, no vuelve hasta haber derrotado á los lacedemonios en varios encuentros y haberlos obligado á pedir la paz. Depuesto segunda vez del mando porque uno de sus lugartenientes se había dejado derrotar combatiendo contra sus órdenes, retírase á Tracia. Pronto tuvieron que echarle de menos los atenienses. Sufriendo casi siempre reveses, vieron por último al enemigo á las puertas de la ciudad, viéronse obligados á rendirse, á derribar parte de los muros, á entregar todos los buques de guerra, excepto doce, y á someterse al gobierno de treinta tiranos. Cierto que aquel mismo año los derrocaron; pero costaba trabajo el reponer las cosas, y volverlas á situación más próspera. Esperaban con todo en Alcibiades; y no se equivocaban, porque él á su vez pensaba en ellos. Lo que había hecho á los lacedemonios dueños de Atenas y de Grecia eran los auxilios de Ciro, el joven gobernador general del Asia Menor y hermano de Artajerjes Mnemón, cuyo trono intentaba derribar con el auxilio de los griegos reunidos bajo el mando de Esparta. Penetró Alcibiades sus designios, y estaba á punto de ir en busca del rey para revelarle el peligro que le amenazaba y disponerle á favor de Atenas, cuando fué asesinado por órdenes de un sátrapa persa á petición del general lacedemonio Lisandro.

9. Marchó Ciro contra su hermano con 100.000 bárbaros y 13.000 griegos, que excepto el jefe lacedemonio que los mandaba, ignoraban al

Digitized by Google

pronto el objeto de la expedición. Dióse la batalla no lejos de Babilonia y ganaron los griegos la victoria; pero Ciro fué muerto después de haber él mismo herido á su hermano. No obstante los innumerables obstáculos y los ardides y ataques del general persa, retiráronse los griegos en buen orden atravesando cien leguas en país enemigo, y llegaron á Grecia en número de 10.000. El ateniense Jenofonte, que mandaba esta retirada, escribió la historia de la misma.

10. Tal prodigio del valor y la disciplina griega inspiró á los lacedemonios el atrevimiento de ir á atacar ellos mismos al gran rey en su todavía mal consolidado trono. Obtuvieron sus armas al principio grandes éxitos bajo el mando de su rey Agesilao. Mas Artajerjes envió emisarios con buenas sumas á las ciudades de Beocia y á Atenas, que muy luego hicieron adelantar un ejército en el Peloponeso contra Esparta, mientras que el sátrapa Pharnabazo y Conón, ateniense, le causaban grandes pérdidas por mar. De una y otra parte llegaban al rey diputaciones para pedir la paz. Hízola proponer por medio de uno de sus sátrapas en los siguientes términos: "El rey Artajerjes cree justo que las ciudades del Asia le pertenezcan, así como también las islas de Clazomene y de Chipre; pero que las demás ciudades griegas, tanto grandes como pequeñas, se gobiernen ellas mismas, exceptuadas Lemnos, Imbros y Sciros, que pertenecerán á Atenas como antes. A todos los que no reciban esta paz los combatiré con los que la reciban. Los combatiré por tierra y por mar, ya con bajeles ya con subsidios„ (1).

Propuesto que les fué este plan de pacificación, todas las ciudades consintieron en él. Iban más de cuarenta años que estaban haciéndose la guerra, y debieron con esto la paz y la tranquilidad á la intervención del rey de Persia. Por donde quedaba abierta ya una entrada para reconocerle del todo como soberano. Llamábanle ya los griegos el gran rey ó simplemente el rey. El poder de Esparta, tan aminorado ya, se debilitó aún más por una injusticia. Contra la fe del tratado, apoderáronse por traición de la ciudad de Tebas y establecieron en ella un gobierno tiránico. Pero con el auxilio de Atenas y de otras ciudades limítrofes, dos ilustres tebanos, Pelópidas y Epaminondas, devolvieron la libertad á su patria, batieron por completo dos veces á los lacedemonios y llevaron la guerra y el espanto hasta Lacedemonia misma. En tal estado las cosas, bastábale al rey de Persia aquel valor, generosidad y prudencia ordinarios para convertirse naturalmente en soberano de Grecia. Y Darío Codomano daba indicios de poseer en grado eminente aquellas prendas. En una guerra contra los caduccianos bajó Artajerjes Mnemón, un soldado enemigo, hombre extraordinario, así en talla como en fuerzas, retó á los persas á singular combate. Sólo Darío se atrevió á competir con aquel gigante, y le dió muerte (2). Proclamado desde entonces el más valiente de los persas, fué nombrado sátrapa de Armenia, donde gobernó sabiamente, y fué elevado,

(1) Xenoph., *Hellenic*,, lib. V, cap. I.
(2) Diod., lib. XVII, cap. VI.

Digitized by Google

por último, al trono. El eunuco Bagoas, para deshacerse de él como de su antecesor, le sirvió una copa emponzoñada; pero Darío, que tenía sospechas, se la hizo tragar á él mismo. Conciliábale todo esto el amor de los persas, y los mismos griegos estaban muy lejos de mirarle con odio, tuvo á sueldo más de cincuenta mil (1), y entre ellos un habilísimo general, Mnemón de Rodas.

11. Pero allá en el Norte de Grecia, en un país montañoso, semigriego y semibárbaro, tributario unas veces de los persas y otras de los ilirios, allá en Macedonia, había surgido un rey que medio por astucia, medio á la fuerza, no sólo se había hecho independiente, sino que había conquistado á todos sus vecinos, y se había hecho árbitro de Grecia, y se había hecho nombrar generalísimo de los griegos contra los persas. Iba á conquistar bajo el último sucesor de Ciro, la monarquía universal. Ya ultimaba sus preparativos, ya parte de sus tropas pasaban al Asia, cuando murió asesinado por un joven cuyo honor ultrajado había rehusado vindicar contra uno de sus cortesanos.

Mas Filipo dejaba un hijo, y ese hijo se llamaba Alejandro. Nacido en 355 tenía veinte años al morir su padre. De mediana estatura, pero robusto, incansable en el trabajo y educado por los más hábiles maestros en todos los ejercicios corporales, dotado de un ingenio ávido y penetrante, ardiente y reflexivo, iniciado por Aristóteles en todos los conocimientos humanos, y principalmente en el arte de reinar, tenía Alejandro una sola pasión: la de la gloria. Todavía niño, á cada noticia que venía de haber tomado su padre una ciudad ó de haber conseguido una victoria, decía á sus jóvenes compañeros:—Pues nos lo va tomando todo, no nos va dejar que hacer cosa de provecho.„—Dieciséis años tenía nada más cuando su padre, al partir para el sitio de Bizancio, le confió el gobierno de todo el reino. Mostróse ya desde entonces digno de ejercerlo. Habiéndose rebelado los medaros, pueblo vecino recién sometido, los subyugó nuevamente, tomó por asalto su ciudad, arrojó de ella á los bárbaros y envió otros habitantes, y la llamó de su nombre, Alejandrópolis. Habiendo marchado al lado de su padre, le salvó la vida en una batalla. Cuando subió al trono, considerándole como á un joven, sublevároнse casi á un tiempo todos los pueblos vecinos; mas él los sojuzgó con increible prontitud y hasta allende el Danubio. Su juventud y la falsa noticia de su muerte, dieron también ocasión á varias ciudades de Grecia, y especialmente á los tebanos, para alzarse en armas. Mas apenas habían tenido noticia de que venía contra ellos, cuando le vieron con su ejército acampar ante los muros de la ciudad. Dióles algunos días para que se sometiesen, y después tomó la ciudad por asalto, y á petición de sus aliados, la destruyó de uno á otro extremo, excepto la casa de Píndaro; vendió como esclavos 30.000 de sus habitantes, sobre que ya 6.000 habían perecido en el asalto. Nunca los persas habían maltratado con iguales desastres á nin-

---

(1) Veinte mil en el Granico, treinta mil en Iso, sin contar los de las guarniciones.

Digitized by Google

guna ciudad griega. Aterrorízada Grecia, nombróle su generalísimo contra los persas.

En el mismo año que Alejandro, había subido también al trono Darío Codomano, en el año 355 antes de Jesucristo. El profeta Daniel había descrito su combate dos siglos antes y cuando no habían aún los persas arrebatado el imperio universal á los asirios.

"En el año tercero del reinado del rey Baltasar se me presentó una visión á mí, Daniel, después de aquélla que tuve al principio. Esta visión la tuve hallándome en el alcázar de Susa, que está en el país de Elán; y en la visión parecióme que yo estaba sobre la puerta de Ulai (el río Euleo y Coaspe de los griegos). Y levanté mis ojos, y miré, y he aquí un carnero que estaba delante de una laguna, el cual tenía unas astas altísimas, y la una más que la otra, y que iba creciendo. Después vi al carnero que acorneaba hacia el Poniente, y hacia el Aquilón y hacia el Mediodía, y ninguna bestia podía resistirle ni librarse de su poder: é hizo cuanto quiso y se engrandeció„ (1).

Representa el carnero los reyes ó los reinos unidos de los medos y de los persas, conforme á la interpretación dada al mismo Daniel. Las dos astas son los dos pueblos que hacen ya un solo imperio, desde Ciro hasta Darío, el asta que supera á la otra y que ha crecido después, son los persas, sometidos primero á los medos y después dominadores suyos; pero formando siempre un solo conjunto los unos y los otros. Aun en los últimos tiempos los griegos llamaban medistas á los que entre ellos eran partidarios de los persas. Aquel carnero con dos astas, aquel imperio con dos naciones había dado acometidas al Egipto y á la India hacia el Mediodía, á los escitas hacia el Aquilón, á Grecia hacia Occidente. Y á pesar de espléndidas victorias no podía Crecia misma defenderse de su pujanza, y dependía de él así para la guerra como para la paz.

"Y yo estaba considerándolo: y he aquí que venía un macho cabrío de la parte de Occidente sobre la haz de toda la tierra, y no tocaba la tierra: y el macho cabrío tenía una asta muy notable entre sus ojos. Y llegó hasta aquel carnero bien armado de astas que yo había visto que estaba delante de la puerta, y embistió hacia él con todo el ímpetu de su fuerza. Y al llegar cerca del carnero, le atacó furiosamente, é hirióle; y le rompió ambas astas, y no podía el carnero resistirle: y después de haberle echado por tierra, le holló, y no podía ninguno librar al carnero de su poder (2).

El macho cabrío (le fué dicho á Daniel) es el rey de los griegos (ó de Javán). Y la asta grande que tenía entre sus ojos, es el primer rey„ (3).

Así había trazado el plan de la campaña con dos siglos de anticipación el Dios de los Ejércitos: llevólo á cabo Alejandro como soldado que cumple su consigna. Es aquel animal vigoroso que avanza en atrevido salto y prodigiosa marcha, cuyo ímpetu no detienen las montañas ni los

(1) Dan., VIII, 1-4.
(2) Dan., 5-7.
(3) Ibid., 21.

Digitized by Google

precipicios; cuya asta está colocada entre los ojos, centuplica su fuerza la mirada penetrante de su genio. Parte de Occidente, franquea el Helesponto, llega á las márgenes del Granico; atraviesa aquel río á vista del enemigo, lo deshace, mata él mismo al yerno de Darío, entra en Sardes y en Efeso, recibe la sumisión de Magnesia y de Tralles, toma á viva fuerza á Mileto y á Halicarnaso, conquista la Siria y la Jonia, la Caria, la Panfilia y la Capadocia en menos tiempo que el que habría empleado otro para recorrerlas.

Mas va á ser detenido en su marcha. Entre los generales de Darío, era el más hábil Mnemón de Rodas. Había aconsejado desde el principio no dar la batalla, sino ir merodeando en el país á fin de que Alejandro no hallase allí medios de subsistencia, y en segundo lugar, que se llevase la guerra á la Grecia misma; consejo que no podía ser más oportuno. Los embajadores de Lacedemonia, de Atenas y de otras varias ciudades griegas, solicitaban en aquella sazón el auxilio de Darío para sacudir el yugo de los macedonios; y á la aparición de una armada persa levantaríase toda Grecia para apoyarla. Y, en efecto, aun sin eso realizóse el levantamiento poco después. Las últimas palabras de Tebas no habían dejado de encontrar eco. Invitados por Alejandro á ser de los suyos para gozar la paz común á todos los griegos, clamaron los tebanos desde lo alto de una torre: Que todo el que quisiese con ellos y el gran rey libertar á los griegos y derribar al tirano de Grecia podía unirse á ellos (1). Pero con todo, se desechó el consejo de Mnemón; los sátrapas persas quisieron dar la batalla, y la perdieron á orillas del Granico. Visto este resultado, Darío nombró generalísimo á Mnemón de sus ejércitos de mar y tierra, con plenos poderes para ejecutar el pensamiento que había concebido. Parecía infalible el éxito. Y sobrevino, además, una circunstancia favorable: cayó casi mortalmente enfermo Alejandro. Pero al cabo curó y, al contrario, quien murió fué Mnemón, y con él la fortuna de Darío.

No viendo éste quien pudiese reemplazar al hombre que acababa de perder, pónese él mismo al frente de sus tropas. Parte de Babilonia con un ejército de 600.000 combatientes, y entre ellos 30.000 griegos, y va á acampar á los llanos de Cilicia. El sitio estaba bien escogido. Podía desplegar allí su inmenso ejército y envolver al de Alejandro, que contaba sólo 40.000 hombres. Pero Alejandro, sea por su enfermedad, sea por otras causas, tardaba en pasar adelante. Atribuyéronlo á miedo los cortesanos de Darío é impelieron á éste para que le fuese al encuentro á través del paso que estrechan las montañas de Cilicia y la mar. Allí le esperaba Alejandro, donde el mismo gran número de las tropas vendría á ocasionarle dificultades y confusión; mientras que Alejandro tenía amplitud bastante para hacer maniobrar las suyas. Trabóse la batalla cerca de la ciudad de Iso. Habiendo divisado Alejandro á Darío en su carro, se lanzó á él al frente de su más escogido escuadrón, mientras que á su vez los

(1) Diod. Sic., lib. XVII, cap. IX.

Digitized by Google

más valerosos entre los persas se interpusieron á defender á su rey; combatíase encarnizadamente por una y otra parte; un montón de muertos se alzaba ante el carro. El mismo Alejandro salió herido, y según un autor antiguo, de mano de Darío (1). Pero heridos á su vez los caballos de éste, se encabritaron y tuvo que pasar á otro carro. Ocasionó tumulto tal incidente y vino á ser el comienzo de una fuga que pronto se generalizó. Ciento diez mil asiáticos perecieron en la derrota, ya al hierro enemigo, ya aplastados los unos por los otros y empujados á los precipicios. Darío, perseguido por Alejandro, apenas si pudo salvarse á uña de caballo dejando en su carro el escudo, el arco y el manto real. Fué tomado el campo todo con inmensas riquezas. Entre los cautivos se hallaban las familias de los principales magnates de Persia, y sobre todo, la madre de Darío, su mujer, sus hijas y su hijo, aun jovencito. Sabido es con cuanta humanidad se portó Alejandro respecto á sus reales prisioneras; fueron tratadas con igual respeto y magnificencia que en su palacio. Al saber esta noble conducta conmovióse Darío hasta derramar lágrimas y levantó las manos al cielo suplicando que le conservase el imperio, ó que si absolutamente había de perderlo, que al menos sólo á Alejandro se le concediese. Escribió á su vencedor para tratar de la paz y ofrecerle un rescate considerable por su madre, su mujer y sus hijos. Respondióle Alejandro:—Venid á mí como al señor de toda el Asia, y recibiréis á vuestra madre, vuestra mujer y vuestros hijos, y todo lo demás que pidáis. Mas si me disputáis el imperio, aguardadme para dirimir la contienda y no huyáis. Por lo que á mí toca iré á buscaros dondequiera que estéis„ (2). Envióle Darío más adelante nuevos embajadores; le ofreció su amistad, una de sus hijas en matrimonio, por dote toda el Asia aquende el Eufrates y además, en rescate de su familia, 10.000 talentos, más de 55 millones de nuestra moneda.—Si yo fuese Alejandro—dijo Parmenión—aceptaría esos ofrecimientos.—Y yo también si fuese Parmenión—replicó Alejandro. A los embajadores les dijo: que siendo dueño de todas las posesiones de Darío no necesitaba que éste le cediese parte de ellas; que si le placía se casaría con la hija de Darío, aunque él no se la concediese, y que, en fin, si quería experimentar alguna generosidad de él, no tenía más que venir en persona (3). Oída tal respuesta preparóse Darío de nuevo á la guerra.

Continuaba entretanto Alejandro sus conquistas. Habiendo partido de Iso ocupó la Siria y la Fenicia. Cayó Damasco en su poder por traición del gobernador. Allí había enviado Darío, como á lugar seguro, sus tesoros, sus concubinas y las mujeres de muchos principales persas. Entre las cuales se hallaba la viuda de Mnemón de Rodas, á la cual más adelante tomó por esposa Alejandro. Sidón le abrió sus puertas: No así Tiro, que cerró las suyas y estuvo sitiada por Alejandro siete meses. Durante ese intervalo hizo éste excursiones por el Líbano y Palestina, donde todo

(1) Plut., *Alex.*, núm. 20.
(2) Arrian., *Expedit Alex.*, lib. II, cap. XIV.
(3) Ibid, cap. XXV.

Digitized by Google

se le sometió. Tiro fué tomada después de inauditos esfuerzos. Adelantóse el vencedor hacia Egipto. En su camino se le rindieron todas las ciudades, menos Garza, que fué tomada á viva fuerza después de una valerosa defensa. Egipto no hizo resistencia alguna. Fundó allí Alejandro una ciudad, á la que de su nombre llamó Alejandría. Penetró hasta los desiertos de Libia para consultar el oráculo de Ammón. Atravesando luego otra vez el Egipto, la Palestina y la Siria, pasó el Eufrates, en Tapsaco, el Tigris, cerca de las ruinas de la antigua Nínive, para alcanzar finalmente á Darío, que le esperaba junto á la ciudad de Arbela al frente de más de un millón de combatientes y de doscientos carros falcatos. Asombrados de aquel gran número, propusieron á Alejandro los generales macedonios, acometer de noche.—No quiero llevar robada la victoria—les respondió; y dadas luego las oportunas órdenes, se durmió con profundo sueño.

Dióse la batalla al siguiente día. Habiendo divisado Alejandro á Darío que se hallaba en su carro y rodeado de su más escogida tropa, se precipitó hacia él con sus jinetes. Horrible fué la carnicería. Lanzó Alejandro su dardo contra el mismo Darío, y si bien erró el golpe, mató al cochero que estaba al lado. Esparcióse entre los persas la voz de que había sido muerto el rey, de donde se originó el comienzo de una derrota, que bien pronto arrastró al mismo Darío (1). Perseguíale impetuosamente Alejandro, é iba tal vez á alcanzarle, cuando le llamaron á venir en auxilio de Parmenión, que por su parte retrocedía oprimido del número de los bárbaros, y veía ya en poder de éstos el campamento griego. Sobre el campo de batalla y en la huída perecieron, según Diodoro, más de noventa mil hombres, y según Arriano, cerca de trescientos mil; hubo un número todavía mayor de prisioneros. Desde Arbela pasó Alejandro á Babilonia, que le franqueó las puertas; á Susa, donde había visto sus triunfos dos siglos antes Daniel; á Persépolis, capital de la Persia, propiamente dicha; á Pasagarda, donde estaba el sepulcro de Ciro y de sus sucesores. Desde allí, emprendiendo la persecución de Darío, vuela á Ecbatana, capital de la Media, y á Rages en la opuesta frontera del mismo país. Sabe allí que Beso, sátrapa de la Bactriana, acababa de privar de la libertad al infeliz Darío y le llevaba entre cadenas, en su séquito: acelera su marcha con la esperanza de salvarle, y anda, según Plutarco, 132 leguas en menos de once días. Llegado que hubo á los confines de la Bactriana, divisa una carreta, y tendido en ella un hombre cubierto de heridas; era Darío; acababa de asesinarle Beso. Momentos antes respiraba todavía; un soldado macedón le había llevado agua para beber en el casco. Sus últimas palabras fueron:—El colmo de mis infortunios es recibir un beneficio y no poder mostrar mi reconocimiento; pero Alejandro te recompensará, y los dioses recompensarán á Alejandro de su humanidad para con mi madre, mi mujer y mis hijos; le doy por ti la mano.—Y tomando la mano de aquel soldado, expiró. Lloró Alejandro sobre él, le envolvió en su manto y dis-

(1) **Diod., lib. XVII, cap. LX.**

Digitized by Google

puso que se le hiciesen funerales de rey. Dejaba Darío un hermano; Alejandro le colocó en el número de sus amigos, y más adelante puso en su poder al traidor Beso.

Por lo que á él toca, continuó en sus victorias y conquistas; subyugó la Hircania en el mar Caspio, la Partia, la Bactriana, la Sogdiana; penetró hasta los Escitas, y se lanzó á la India; tomó á la fuerza muchas ciudades, fundó otras varias, pasó el gran río del Indo, conquistó al lado de allá más de un reino, venció al rey indio Poro, y prendado de su valor y magnanimidad, no sólo le restituyó sus Estados, sino que añadió á ellos algunas provincias. Iba á atravesar la India y pasar más allá del Ganges hasta la China, pero sus soldados rehusaron seguir más adelante. Bajó por el Indo hasta el Occéano, donde los griegos vieron por vez primera el flujo y reflujo de la mar. Desde las bocas del Indo, volvió por tierra á Pagasarda y á Persépolis, mientras que su flota seguía á lo largo de las costas del Indo al Eufrates. En todas sus expediciones hacía tanto de soldado como de general. Vémosle subir el primero al asalto de una ciudad de la India; habiéndose roto las escalas, queda solo sobre la muralla; defendióse largo tiempo contra toda la guarnición. Estaba á punto de sucumbir con una grave herida, cuando sus soldados se apoderaron de la ciudad. Lleno así de gloria y de riquezas, regresó triunfante al centro de su vasto imperio. Llegado á Susa casóse con Statira, la hija mayor de Darío, é hizo que la mayor parte de sus generales se casasen con otras princesas persas, á fin de unir más íntimamente á los dos pueblos. Su entrada en Babilonia sobrepujó en magnificencia á cuanto se había visto. Iba él á la cabeza de su victorioso ejército; la población en masa había salido á su encuentro; todo eran festines y voces de alegría en las calles; esperábanle los embajadores de Asia, de Europa y de Africa, con coronas de oro, para felicitarle por sus triunfos; su nombre había resonado hasta en las más distantes regiones. Y su corazón era más grande aún que todo ésto; formaba entonces el proyecto de bajar con su ejército y su flota hasta las bocas del Eufrates, hacer el giro de Arabia, Etiopía y el Africa toda, volver á entrar por el estrecho de Cádiz en el Mediterráneo, conquistar á Cartago y la Libia, penetrar después por el Helesponto en el mar Negro, explorar sus costas, ver si comunicaba aquel mar con el Caspio y éste con el de las Indias, según entonces se creía. Su pasión era no sólo ser conocido, sino también conocer. Todo se hallaba pronto para aquella gigantesca expedición, cuando cayó enfermo, y murió á los treinta y dos años de edad.

"Y el macho de cabrío se hizo muy grande; y cuando hubo crecido fué quebrantada el asta grande„ (1).

Y después de haber vivido como héroe, Alejandro murió como beodo. Su última enfermedad fué efecto de su intemperancia. Dos veces de seguida se había puesto á beber en compañía con un hombre de crápula. Esta intemperancia le había ya hecho cometer más de una indigna

(1) Dan., VIII, 8.

Digitized by Google

acción. En una orgía fué donde, á propuesta de una cortesana ateniense, puso fuego él mismo al palacio de Persépolis. En una orgía fué donde mató á su amigo Clito. Embriagado con el vino y más aún con las adulaciones de ciertos cortesanos, renegaba de padre á Filipo, á fin de pasar por hijo de Júpiter Ammón. Los antiguos macedones estaban indignados; levántase Clito de entre ellos, y hace en alta voz un elogio de Filipo y una sátira de Alejandro. Este grita:—Traición,—y llama á sus guardias, los cuales, viéndoles tomados del vino, no se mueven. Los asistentes se contentan con echar de la sala á Clito; pero éste, traspasando toda mesura, entra por otra puerta, continuando sus invectivas contra Alejandro, que toma por último una lanza y le atraviesa de parte á parte. Apenas había cometido aquel asesinato, cuando le entra tal desesperación, que quiere matarse á sí mismo, y estuvo tres días sin querer beber ni comer.

Fué en esto, como se ve, aún más desgraciado que culpable. Estaba lejos de disculpar lo que embriagado y colérico había hecho. Diferente era el lenguaje que con él usó un filósofo. Anaxarco, viéndole inconsolable de tal suceso, se echó á reir y le dijo que así como á Júpiter se le da por compañera la justicia para dar á entender que cuanto hace Júpiter lo hace con justicia, así también cualquiera cosa que haga un gran rey deben, ese mismo rey el primero, y con él todos los hombres, creer que aquello es justo (1). Este mismo filósofo fué quien indujo á Alejandro á hacerse adorar. Entre los orientales la adoración y el prosternarse podía no pasar de ceremonia civil. Abrahán adoró al pueblo de Hebrón cuando le compró un sepulcro (2). Jacob adoró siete veces á su hermano Esaú cuando se reconciliaron ambos (3). Adorábase en ese sentido á los reyes de Israel y á los de Persia, sin que jamás ninguno de ellos se hiciese pasar por Dios. Alejandro podía exigir esa ceremonia en Oriente, aunque los griegos, y en general todos los occidentales, la reservasen sólo para sus divinidades. También Alejandro valía más que un dios griego; sobrepujaba las fabulosas hazañas de Baco y de Hércules; valía sobre todo más que todos los dioses de Egipto, que el buey de Menfis, al cual había adorado él mismo; que el macho cabrío de Mendes, que el perro de Cynópolis y que los gatos de Bubaste. Quienes tales divinidades adoraban no podían apenas negarse á contar entre sus dioses á Alejandro. Y efectivamente, el filósofo Anaxarco deducía semejante consecuencia. En verdad que tales dioses no merecían honor divino más que Alejandro, ni Alejandro lo merecía más que ellos. Una frase de Alejandro mismo hubiera podido inducir á esta reflexión. Estando en Egipto aprobó mucho lo que le dijo el filósofo Psamón, es á saber: que Dios es el Rey de todos los hombres, ya que lo que domina en todas las cosas es divino, "pero—añade Plutarco—más sabiamente razonaba aun él acerca de esto, pues decía que Dios es el

(1) Arriano, lib. III, cap. IX.
(2) Plut., *Alex.*, núm. 27.
(3) Gen., XXIII, 7.

Digitized by Google

Padre de todas las gentes; pero que adopta especialmente á los más hombres de bien„ (1).

Conocer, pues, y adorar dignamente á ese Dios, á ese Rey y Padre de todos los hombres era lo que sobre todo importaba. Y Alejandro, y sus filósofos y todo su ejército habían tenido para ello la más favorable ocasión. Durante los prolongados asedios de Tiro y de Gaza habían penetrado en sus excursiones y hasta acampaban en medio de un pueblo que conocía y adoraba á ese Dios y que no adoraba á otro ninguno, un pueblo que en sus libros sagrados poseía, con la santa ley de ese supremo Dios, el conjunto de su providencia sobre el género humano, la historia de lo pasado, lo presente y lo porvenir, y en particular la de Alejandro y su monarquía. Veremos cómo Alejandro tuvo conocimiento de todo esto, lo cual podía convertirse para él y los suyos en germen de eterna salvación. Pero fué su infortunio ser demasiado afortunado en este mundo.

Ir desde la edad de veinte á la de treinta y dos años de una en otra victoria, de una en otra conquista, sobrepujar en gloria á los héroes mismos de la fábula, subyugar por la admiración, abatiendo por las armas, ver á sus pies casi todo el universo entonces conocido, todas las delicias del Asia previniendo al deseo, y hasta los sabios de Grecia ocupándose en justificar los crímenes que más pena le causan: ciertamente que cuando consideramos esto; sobre todo dada su edad, es lo que más admira el que haya conllevado tan bien esa terrible prosperidad, y que no haya llegado á ser mucho peor, y concebimos que á su muerte haya sido llorado de todos los pueblos, y en particular de todos aquellos á quienes había vencido. Contentándose con la gloria, les hacía justicia, dice el Texto. A su vuelta de la India castigó con el último suplicio á varios sátrapas que habían abusado de su poder. Pero nadie le lloró con mayor desconsuelo que la madre de Darío. Sysigambis había sobrellevado la matanza de sus 80 hermanos y de su padre por Oco, había sobrellevado su propia cautividad, los espantosos reveses y cruel muerte de su hijo; pero á la muerte de Alejandro envuélvese en luctuoso velo, y se deja morir de hambre y de dolor.

Según un cálculo que explica y concilia admirablemente bien los diversos testimonios de los antiguos, vivió Alejandro once mil seiscientos veintinueve días; treinta y dos años lunares ó macedonios, nueve meses y seis días; treinta y un años solares ó julianos, diez meses y seis días. De donde ha resultado que unos en números redondos le diesen treinta años de vida; otros, treinta y dos, y algunos, treinta y tres. Murió, según el mismo cálculo, el 28 del mes macedonio Doesio, el 6 del mes ateniense Thargelion, cuarto año de la centésima décimatercia olimpiada, el 19 del mes egipcio Phamenoth, el año cuatrocientos veinticuatro de Nabonasar, 30 de Mayo del 323 antes de la Era cristiana (2).

(1) *Ibid.*, XXXIII, 3.
(2) Champolion-Figeac. *Annales des Lagides*, t. I.

Digitized by Google

"Y el macho de cabrío se hizo muy grande; y cuando hubo crecido, fué quebrantada el asta grande, y nacieron cuatro astas debajo de ella hacia los cuatro vientos del cielo„ (1).

Muerto Alejandro dividióse su imperio en cuatro reinos principales: Siria, Egipto, Grecia y Tracia.

En cuanto al modo en que esto se verificó, enséñannos los historiadores profanos que los comienzos de tales sucesos se presentan muy inciertos. He aquí de qué modo podrían conciliarse tal vez los diversos asertos. El autor sagrado del primer libro de los Macabeos dice claramente, que habiendo caído enfermo Alejandro, y conociendo que iba á morir, llamó á sus compañeros nobles que se habían criado con él desde la juventud; y les dividió el reino cuando aún vivía y que sus compañeros obtuvieron reino y tomaron todos la diadema muerto él (2).

Dos hechos distintos hay aquí: Alejandro hace en vida el reparto de su imperio entre los grandes de su corte; después, muerto él esos grandes toman ellos mismos el título de reyes.

En cuanto á lo primero hallamos en Quinto Curcio que otros más antiguos que él aseguraban efectivamente que Alejandro había hecho por testamento esta partición de las provincias (3). Y en realidad Diodoro de Sicilia, más antiguo seguramente que Quinto Curcio, refiere como cosa indudable que dicho testamento había sido depositado en Rodas (4). Amiano Marcelino habla de esto en el mismo sentido (5). ¿Síguese de aquí que se haya cumplido religiosamente el testamento? De ninguna manera. Como Alejandro, de personas que pudiesen sucederle por derecho de nacimiento, sólo dejaba un hermano imbécil, Arideo, hijo de Filipo y de una bailarina, y un hijo aún no nacido, los magnates modificaron, como bien les pareció, su última voluntad. Arideo fué reconocido por rey, y habiendo Rojana, hija de un sátrapa persa, y mujer de Alejandro, dado á luz un hijo, compartió aquel niño el poder nominal con Arideo; pero el poder efectivo estaba en manos de los grandes, cada cual en su provincia. Temiendo Rojana que Estatira, hija de Darío, mujer también de Alejandro, diese á luz igualmente un heredero, la hizo degollar, así como también á su hermana. Después de haber reinado de nombre siete años Arideo, lo hizo matar Olimpias, madre de Alejandro, y también á Euridice, su mujer. A su vez, á Olimpias y Rojana, y al joven Alejandro, después de doce años de un reinado titular; á Barsina, otra viuda de Alejandro, y á Hércules, su hijo, los hizo matar el nuevo rey de Macedonia. Había reinado Alejandro doce años, y á los otros doce después de su muerte, ya toda su familia había desaparecido. Entonces fué cuando los gobernadores de las provincias tomaron abiertamente el título de reyes. Ya antes hacían entre sí la guerra y la paz, como quien no tiene

(1) Dan., VIII, 8.
(2) I Mach., I, 6-10.
(3) Quinto Curcio, lib. X, cap. X.
(4) Diod., lib. XX, n. 81.
(5) Amm., lib. XIII, cap. VI.

Digitized by Google

señor. Desde el año siguiente á la muerte de Alejandro, Perdicas, á quien aquél había al morir entregado su anillo, y que bajo el rey Arideo había sido regente de todo el reino, había perecido en una batalla contra Tolomeo, gobernador de Egipto. Antígono y su hijo Demetrio Poliorcetes sucumbieron asimismo más adelante. Y, finalmente, sólo hubo cuatro que se sostuviesen en el trono y cuyas monarquías se perpetuasen: Antipatro en Macedonia, Lisimaco en Tracia y después en Pergamo, Tolomeo en Egipto, Seleuco en el Asia ó la Siria.

Daniel lo ha dicho: "Mas se levantará un rey fuerte, y extenderá mucho su dominio, y hará lo que quiera. Y cuando esté en su auge, será deshecho su reino, y repartido hacia los cuatro vientos del cielo; mas no entre sus descendientes, ni según el poder con que él dominó. Porque á más de los dichos, todavía será dividido entre otros príncipes extraños„ (1).

En efecto; además de los cuatro reinos poseídos por los lugartenientes de Alejandro, se vió surgir de los retazos de su imperio el reino de Bitinia, que su último rey, Nicomedes III, dejó al pueblo romano, el año 75 antes de Jesucristo; el reino de Capadocia, que cayó en poder de los romanos en el año 42; el del Ponto, invadido por los mismos á la muerte de su más ilustre rey Mitrídates VI, en el año 64. Los cuatro reinos griegos de Macedonia, Tracia ó Pérgamo, Egipto y Siria, á causa de su unidad de origen, de lenguaje y de ideas, formaban hasta cierto punto un solo imperio con el de Alejandro (2).

Es la tercera bestia simbólica de Daniel. La primera era como una leona con alas de águila, imperio asirio; la segunda semejante á un oso, imperio de los persas. "Después de esto, yo estaba observando, y he aquí otra bestia como un leopardo, y tenía en la parte superior cuatro alas como de ave, y tenía esta bestia cuatro cabezas, y le fué dado á ella el poder„ (3). Las cuatro cabezas designan los cuatro reyes, las alas de pájaro la prontitud y ligereza, la piel manchada del leopardo la variedad de su carácter nacional; sin embargo, es una misma bestia, una misma dominación: la dominación griega. Pero todo eso vendrá á ser presa de la cuarta; veremos á Macedonia hecha provincia romana el año 147 antes de Jesucristo, el reino de Tracia ó de Pérgamo el 126, la Siria el 63 y el Egipto el 29.

La Palestina con el pueblo de Dios y su templo estaba situada entre el reino de Egipto y el de Siria, y vendría á depender sucesivamente de uno y otro. Así que Daniel había predicho la historia de estos dos reinos con más pormenores, y los historiadores profanos nos la dan á conocer más por completo.

12. El primer rey macedón de Egipto fué Tolomeo, hijo de Lago, por donde tuvieron sus sucesores el dictado de Lagidas. El nombre de Tolomeo, que se hizo común á todos los reyes de Egipto, significa con

(1) Dan., XI, 3 y 4.
(2) Quator reges de gente ejus consurgent.—Dan., VIII, 22.
(3) Ibid. VII, 6.

Digitized by Google

corta diferencia, en griego, lo mismo que Darío y Jerjes en persa: *guerrero, marcial.* Fué Tolomeo uno de los mejores generales de Alejandro y el capitán de sus guardias. A la muerte de este príncipe le cupo en parte el Egipto y lo gobernó durante treinta y nueve años. Tolomeo el geógrafo, en su canon astronómico, le señala solamente veinte y distribuye los otros diecinueve entre Arideo y Alejandro II; fundado en que, en efecto, sólo después del décimonono año de su gobierno fué cuando el hijo de Lago tomó el título de rey y acuñó moneda en con su nombre y su efigie. El geógrafo astrónomo pone en seguida los sucesores de dicho rey con la duración de sus reinados, en el orden siguiente: Tolomeo Filadelfo, treinta y ocho años; Tolomeo Evergetes, veinticinco; Tolomeo Filopator, diecisiete; Tolomeo Epifanes, veinticuatro; Tolomeo Filometor, treinta y cinco; Tolomeo Evergetes II, veintinueve; Tolomeo Soter, treinta y seis; Dionisio, veintinueve; Cleopatra, veintidós. Lo cual, á contar de la muerte de Alejandro, arroja un total de doscientos noventa y cuatro años. Después de lo cual quedó reducido Egipto á provincia romana por Augusto el año 29 anterior á la Era vulgar.

Habiendo consignado el astrónomo Tolomeo estos reinados no con intento histórico, sino para tener épocas á que referir sus observaciones astronómicas, desprecia los meses y días y cuenta solamente los años completos. Para esto pone al rey presente todo el año de su muerte, y sólo atribuye al sucesor el año siguiente. Por la misma razón menciona solamente diez reyes, cuyos reinados comprenden toda la era macedónica, y forman una sucesión legítima. Pero además de estos diez se nos presentan todavía otros cinco ó seis que reinaron simultáneamente con los primeros y alguna vez entre ellos. Así Evergetes II, á quien el canon astronómico da solamente veintinueve años de reino, había reinado ya antes cuatro durante la ausencia de su predecesor y de su hermano Pilometor, dos con él y dieciocho á su lado en la Libia y la Cirenaica. El mismo canon da á Soter, hijo de Evergetes II, treinta y siete años de reinado continuo; pero después de los once primeros años fué depuesto por su madre Cleopatra y reemplazado durante dieciocho años por su hermano menor Tolomeo Alejandro, á cuya muerte reinó de nuevo ocho años. A Soter le da como sucesor el canon á su hijo ilegítimo Tolomeo Dionisio ó Baco, llamado también Tolomeo Auletes, y le pone veintinueve años de reinado; pero los ocho primeros años fueron ocupados por Tolomeo Alejandro II, hijo de Tolomeo Alejandro I, que subió al trono casándose primeramente con Berenice y haciendo morir después á la misma, hija única y legítima de Soter. Finalmente, en los veintidós años de la última Cleopatra no habla el canon de los dos hermanos Tolomeos con quienes estuvo casada y á quienes hizo morir uno en pos de otro para reinar sola. Según lo cual, si se quisieran sumar todos los reinados de que no habla el canon y añadirlos á los que menciona, saldrían sesenta años más para la dinastía macedona en Egipto. Hay más: á la par del nombre común de Tolomeo llevaba cada rey un sobrenombre y á veces dos; de donde resulta que tal historiador le da un nombre y tal otro le designa con diferente nombre. Con lo cual si por

Digitized by Google

cada uno de estos nombres quisiéramos tomar diferente persona, se aumentaría aún mucho el número de los reyes y la duración de la dinastía. Causas parecidas son las que han embrollado tanto los anales de los antiguos Faraones.

Entre los sobrenombres de los Tolomeos de Egipto hay unos que los tomaron ellos mismos, y otros que se los daba el pueblo. Así el primer Tolomeo lleva á veces el dictado de *Soter*, ó sea salvador, por haber salvado á los rodíos de una irrupción de sus enemigos. Su hijo tuvo, por antífrasis, el de *Filadelfo,* ó sea amante de sus hermanos, pues había hecho morir dos. Su sucesor, el de *Evergetes,* ó bienhechor, por haber restituído á Egipto los ídolos que había llevado Cambises. El siguiente, el de *Filopator,* amante del padre, porque se sospechaba que le había envenenado, y el de *Trifón*, ó disoluto, porque tal era realmente su vida. El quinto el de *Epifanes,* ó ilustre, á causa de la gloria de sus antepasados. El sexto, por antífrasis, el de *Filometor*, que ama á su madre, pues la odiaba de muerte. El séptimo, por antífrasis, el de *Evergetes,* bienhechor, y como apodo *Kakergetes,* malhechor, y *Fiscón*, ó barrigudo. El octavo tomó el sobrenombre de *Soter*, y le dieron el de *Lathyro,* guisante, á causa de excrecencia que tenía en la nariz. Y para terminar, el último tomó el nombre de *Dionisio,* ó sea Baco, y le dieron el de *Auletes*, ó flautista, porque tal era su mayor talento y su más grave ocupación.

13. Algo semejante nos presenta el reino de Siria, ó de Asia. Había sido nombrado gobernador de Babilonia y de los países comarcanos Seleuco, uno de los más valerosos generales de Alejandro. Arrojáronle de allí Antígono y su hijo Demetrio; pero volvió á entrar en otoño del año 312 antes de Jesucristo, y ahí comienza la Era de los seleucidas, que usan hoy todavía los cristianos de Oriente. En otoño del siguiente año, 311, habiendo sido muerto el hijo de Alejandro y de Rojana, último heredero natural, los gobernadores sobrevivientes tomaron generalmente el título de reyes, y fué el comienzo de la Era del imperio de los griegos, mencionada en el libro primero de los Macabeos (1). El autor de este libro primero, así como también el del segundo, usan generalmente esta Era; pero con la diferencia de que el primero cuenta por los años eclesiásticos de los judíos que comenzaban por la primavera, y el segundo por los años civiles, que comenzaban en Otoño. Esto explica por qué los acontecimientos sucedidos de primavera á otoño se computan á un año diferente en uno y otro libro.

Reconquistó Seleuco en breve plazo toda el Asia, y sus felices sucesos le alcanzaron el sobrenombre de *Nicator,* ó vencedor. Para asegurar sus posesiones en la India, trabó alianza con el rey indiano Sandrocoto, y se casó con su hija. Dotado de un carácter bueno y generoso gobernó paternalmente, amaba las artes y las ciencias, restituyó á los atenienses los monumentos que les había llevado Jerjes, y fundó él mismo muchas ciudades, que pobló de colonias griegas, para comunicar su industria á los afeminados habitantes del Asia. A siete de estas ciudades así funda-

(1) **Mach., I, 10 y 11.**

Digitized by Google

das ó restauradas les dió el nombre de su madre, Laodicea; á tres el de su primera mujer, Apamea. A dieciséis las llamó Antioquía, en honor de Antioco, su padre. La más famosa era Antioquía, en las márgenes del Orontes, que vino á ser capital de sus Estados, y donde los discípulos de Cristo se llamaron primeramente cristianos. También á nueve ciudades les nombró de su propio nombre, Séleucia. De ellas la más notable fué Seleucia en las riberas del Tigris, no lejos de Babilonia, que á consecuencia de esta vecindad siguió ya en continua decadencia (1).

He aquí la serie de los reyes de Siria, ó de Asia, según el orden en que fueron sucediéndose desde la muerte de Seleuco I, ó Nicator:

Antioco I, ó Soter, que había reinado ya dos años con su padre, subió al trono en 279 antes de Jesucristo; Antíoco II, ó Teos, en 262; Seleuco II, ó Calinico, en 246; Seleuco III, ó Cerauno, en 225; Antioco III, ó el Grande, en 222; Seleuco IV, ó Filopator, en 186; Antioco IV, ó Epifanes, en 174; Antioco V, ó Eupator, en 164; Demetrio I, ó Soter, en 161; Alejandro Bala, en 150; Demetrio II, ó Nicator, en 146; Antíoco VI, ó Baco, en 144; Diodoto Trifón, en 143; Antioco VII, ó Sidetes, en 139; Demetrio II, ó Nicator, restablecido en 130; Alejandro Zebina, en 126; Seleuco V, en 124; Antioco VIII, ó Gripo, en 124; Antioco IX, ó de Cicico, en 112; Seleuco VI, en 96; Felipe I y Demetrio III, en 94; Antioco X, en 93; Antioco XI, en 93; Antioco XII, en 90; Tigranes, rey de Armenia, en 83; Antioco XIII, ó Asiático, en 69, y habiendo sido éste destronado por Pompeyo el año 63, quedó Siria reducida á provincia romana después de haber subsistido como reino cerca de dos siglos y medio.

Ocupó el trono de Egipto la dinastía de Tolomeo por espacio de doscientos noventa y cuatro años; duró la de Seleuco en el trono de Siria doscientos cuarenta y nueve años, es decir, cuarenta y cinco años menos. Tuvo, sin embargo, Siria, 27 reyes, mientras que Egipto no tiene más que 10 en el canon astronómico, lo cual da para Siria más de un doble de reyes en menos tiempo. Si ahora dividimos los doscientos cuarenta y nueve años por el de los 27 reinados, y los doscientos noventa y cuatro por los 10, tendremos por una parte nueve años con poco más de un mes para cada reinado de los seleucidas, y por otra, más de veinte y nueve años para cada reinado de los lágidas. Cierto es que en la lista de los reyes egipcios conservada por el astrónomo Tolomeo, hay que añadir un reinado intermediario con dos usurpaciones que interrumpieron reinados legítimos; pero quedará siempre una diferencia enorme, habrá siempre 27 reyes en un tiempo menor contra 13 en más largo tiempo, siempre quedarán sólo nueve años para cada reinado de Siria, mientras que habrá cerca de veintitrés por cada reinado de Egipto. Causa de ello son las revoluciones y los asesinatos, que ensangrentaron más á menudo el trono de los Seleucos.

Así, el mismo Seleuco, fundador de la dinastía, fué inmolado por un

(1) Appian., *In Syr.*

Digitized by Google

protegido suyo en medio de un sacrificio; Antioco I, muerto por un galo; Antíoco II, por sobrenombre *Teos*, ó el dios, envenenado por Laodicea, su mujer; Seleuco III, ó Ceranuo, lo fué por uno de sus oficiales; Antioco III, ó el Grande, acabado por sus súbditos de Elimaida, cuyo templo quería saquear; Seleuco IV, envenenado por su ministro Eliodoro; Antioco IV, herido por la mano de Dios; Antíoco V, cuya muerte fué obra de su sucesor Demetrio I, el cual, á su vez, pereció en una batalla; Alejandro Bala, muerto á puñaladas; Demetrio II, asesinado por mandato de su mujer, Cleopatra; Seleuco V, asesinado por mandato de la misma Cleopatra, su madre; Antioco VI, muerto por Diodoto Trifón, que lo fué por Antioco VII, que lo fué por sus súbditos de Elimaida; Alejandro Zebina, muerto por Antioco VIII, que lo fué por sus favoritos; Seleuco VI, quemado vivo por los habitantes de Mopsuesto; Antioco IX, suicidado en una batalla perdida; Filipo, que le mataron; Demetrio III, que murió prisionero de guerra; Antíoco X, que murió fugitivo y en el destierro; Antioco XI, ahogado en el Orontes; Antioco XII, muerto en una batalla; Tigranes, despojado de la Siria por el romano Lúculo, y Antioco XIII, por Pompeyo. Finalmente, en el espacio de dos siglos y medio, apenas si de 27 reyes se encuentran dos que mueran de muerte natural y ocupando el trono. Cuando en la historia de la Edad Media vemos parecidas catástrofes en las dinastías de los godos, de los francos, de los longobardos y de los sajones los tratamos de bárbaros, y sin embargo, eran en ese punto mucho menos bárbaros que aquellos griegos tan cultos del Egipto y de la Siria.

Los seleucidas eran todavía más dados á pomposos títulos que los lágidas. Y entre esos títulos pocos hay que fueran merecidos á no ser por antífrasis. Así Seleuco fué irónicamente llamado *Calínico,* ó sea el de las bellas victorias, á causa de los infortunios de su reinado, á consecuencia de los cuales murió él mismo prisionero de los partos. Su hijo Seleuco recibió el nombre de *Cerauno,* ó el rayo, porque era de un carácter débil, tímido é irresoluto. Antioco IV tomaba el título de *Epifanes*, ó ilustre; pero el pueblo le daba el de *Epimanes,* ó loco, que merecía por sus extravagancias. Demetrio II no supo ni sostenerse en el trono por amor de su pueblo, ni defender su corona contra los usurpadores que quisieron arrebatarla; fué vencido en la guerra, hecho prisionero, expulsado por sus súbditos, muerto de orden de su mujer, y con todo se da el título de *Teos Nicator*, esto es, dios vencedor. Antioco VI, que no pasó de ser un niño y no tuvo durante los dos años de su reinado más que el nombre vano de rey, lleva, sin embargo, los soberbios títulos de dios, de Baco, de *Epifanes* Y en fin, Demetrio III que poseía únicamente una mitad de la Siria y que murió prisionero entre los partos, toma con todo en sus medallas los magníficos nombres de Afortunado, dios, Salvador, bellamente vencedor, Bienhechor. Cuanto más pequeños iban siendo estos reyes, tanto más se daban grandes nombres.

Un bien que trajo la dominación griega en Egipto y Asia, fué naturalizar la lengua, las ciencias y las artes de los griegos. Africa, Asia y

Digitized by Google

Europa, comenzaron á tener una lengua común. Hacíanse, pues, más fáciles la comunicación y comparación de ideas y doctrinas, como también las relaciones comerciales. Preparábanse el Oriente y el Occidente á refundirse en uno. Los reyes de Egipto, especialmente, favorecieron esta tendencia de los sucesos á una especie de comunidad universal. Su capital, Alejandría, era el centro del comercio de Asia y de Europa, siendo numerosa la afluencia desde todas las partes del mundo. Fundaron allí los primeros tolomeos una biblioteca, que pronto llegó á ser la más famosa del universo. Reunieron en ella, sin reparar en gastos, las obras de todas las literaturas conocidas. Más hicieron: consagraron una parte de su propio palacio, con el nombre de Museo, á habitación de literatos, sabios y filósofos, cuya sola ocupación era entregarse por completo al estudio de las ciencias y dar lecciones de ellas á los que venían á escucharlos. Tenía aquel Museo real sus rentas particulares, ya para el cuidado del edificio, ya para la sustentación de las personas que lo habitaban. Quien parece haber inspirado á los reyes de Egipto la idea de tan magnífica institución, fué un ateniense, Demetrio de Falera. Filósofo, orador, hombre de Estado y discípulo de Teofrasto, obtuvo por su elocuencia y la moderación de sus costumbres tan alto crédito en Atenas, que fué elegido arconte decenal el año 317 antes de Jesucristo. Empleó sus cuantiosos bienes en embellecer la ciudad. Prendados de su munificencia los atenienses, le erigieron 360 estatuas de bronce. Llevaba diez años al frente de los asuntos públicos, cuando sus enemigos excitaron una sedición contra él, le hicieron condenar á muerte y derribaron todas sus estatuas. Refugióse en Egipto, donde le hizo muy buena acogida Tolomeo Lago, y le admitió á su más íntima confianza. Demetrio enriqueció con 200.000 volúmenes ó cilindros manuscritos la biblioteca de Alejandría, y es considerado como su primer bibliotecario.

Entre los sabios y literatos que produjo ó reunió el Museo alejandrino, fueron los más célebres los siguientes: En el tercer siglo, antes de Jesucristo, el matemático Euclides, cuyos Elementos de Geometría poseemos aún; el poeta Teócrito, cuyos Idilios tenemos también; el poeta Arato, que describió en verso los fenómenos del cielo, y de quien San Pablo cita una sentencia en su discurso ante el Areópago de Atenas. El poeta Calímaco, y Zoilo, crítico excesivamente rigoroso de Homero: en el siglo segundo, Eratóstenes, gramático y filósofo juntamente, poeta y matemático; Hiparco, el mayor astrónomo de la antigüedad, el primero que después de Tales calculó exactamente los eclipses; Arstarco, juicioso crítico de Homero, de Pindaro y de Arato: en el siglo primero, el filósofo Aristóbulo, el geógrafo Estrabón, el astrónomo Sosígenes, que auxilió á Julio César para la reforma del Calendario: en los dos siglos siguientes, el filósofo Filón, el historiador Apiano, el astrónomo y geógrafo Tolomeo, el matemático Diofante, inventor del Algebra y el gramático Ateneo. El ejemplo de los reyes de Egipto excitó la emulacion de los reyes de Pérgamo. Atalo V fundó en Pérgamo una biblioteca igualmente famosa y un Museo. Concibieron celos de ello los Tolomeos. Como el papiro ó papel

Digitized by Google

vegetal en que se transcribían los libros crecía sólo en los parajes limosos del Nilo, prohibieron exportarlo. Pero Eumenio, rey de Pérgamo, encontró el medio de fabricar papel de piel, conocido después con la denominación de papel de Pérgamo ó pergamino (1).

Entretanto la Filosofía griega se perdía, más que nunca, en vanas sutilezas. Un filósofo del Museo alejandrino, llamado Diodoro, murió de pena por no haber podido responder sobre la marcha á unos sofismas de otro filósofo llamado Estilpón. La sabiduría humana iba á morir en el vacío, cuando la sabiduría divina dejó penetrar hasta ella algunos rayos de su luz. En el Museo mismo de Alejandría trabó la Filosofía de los griegos conocimiento con la Filosofía de los hebreos. Había más de cincuenta mil judíos establecidos con derecho de vecinos en aquella ciudad. Los más célebres filósofos de su escuela fueron dos judíos: Aristóbulo y Filón. Aun sin ir á Egipto, el filósofo Teofrasto, contemporáneo de Alejandro, y como él discípulo de Aristóteles y sucesor suyo, tenía á los judíos en el más alto concepto. Los llamaba "pueblo de filósofos que sólo se complacía en la contemplación de la divinidad.„ Esta noticia nos ha conservado el filósofo Porfirio (2).

14. Había vivido aquel pueblo generalmente dichoso y tranquilo bajo el imperio de los reyes de Persia. Estos reyes, que destruían los templos de los ídolos en Egipto y Grecia, habían vuelto á levantar el templo del verdadero Dios en Jerusalén. Había mandado Ciro reconstruirlo, y Darío, hijo de Histaspes, lo hizo concluir. Artajerjes Longimano hizo reedificar los muros de la ciudad santa. Estos tres monarcas, los mayores que tuvieron los persas, hacían ofrecer en aquel templo sacrificios por ellos y por sus hijos. Así que los judíos les fueron siempre fieles.

Alejandro parece haber tenido conocimiento de los judíos antes de estar en su país. Después de la batalla del Granico permitió á todos los de su ejército que se habían casado aquel año regresar á Macedonia para pasar el invierno al lado de sus mujeres, con tal que volviesen por primavera. Esta práctica tan humanitaria estaba prescrita en la ley de Moisés (3). Y como no se halla en ningún otro pueblo del mundo, es de creer que la había aprendido Aristóteles de aquel judío con el cual tuvo largas y doctas conferencias en Asia, y que encontrándola muy laudable la había aconsejado á su discípulo (4).

Tiro, que el conquistador tuvo sitiada durante siete meses, y Gaza, que sitió durante otros dos, están situadas en los dos extremos de Judea. Imposible es que durante esos nueve meses que estuvo acampado en medio de judíos no tuviese particular noticia, así de ellos como de su religión. Imposible es que los judíos no reconociesen en el mismo al conquistador griego predicho por Daniel, y que no aprovechasen esa circunstancia para conciliarse su favor. Lo que refiere Josefo, historiador judío, es

(1) Mabillon, *De re diplomatica*, cap. I.
(2) Porph., *De abstin.*, lib. II, pár. 26; lib. IV, pár. 11.
(3) Deut., XXIV, 3.
(4) Josefo, *Cont. Appion.*, lib. I.

Digitized by Google

sumamente natural, excepto tal vez algunos accesorios. Hallándose en el sitio de Tiro, Alejandro envió á pedir al Sumo Sacerdote de los judíos tres cosas: tropas auxiliares, víveres para su ejército, y en fin, todos los servicios que antes prestaba á Darío, asegurándole que si así lo practicaba no le habría de pesar. Como el país de Tiro, y en general toda Fenicia, únicamente dada al comercio y no á la agricultura, traía de Palestina todos los medios de subsistencia, compréndese que Alejandro enviase hacia allí para proveer de víveres á su ejército. Respondióle el Sumo Sacerdote que los judíos habían prometido, con juramento, á Darío, no hacer armas contra él, y mientras éste viviese no podían faltar á eso. Irritado Alejandro de tal respuesta, le amenazó con que una vez tomada Tiro marcharía contra él, para que todos aprendiesen á quién había de guardarse el juramento.

Y aun parecería que no aguardó siquiera á la toma de dicha plaza para realizar sus amenazas. Refiérenos Arriano que durante el sitio hizo Alejandro una expedición al Líbano y contra los árabes, y que todo lo sometió de grado ó por fuerza en el espacio de once días (1). Es muy posible que fuera á sorprender á Jerusalén en aquella expedición ó en otra parecida que pudo hacer durante los siete meses que pasó delante de Tiro.

Al tener noticia de que el conquistador avanzaba hacia la Ciudad Santa, el Sumo Sacerdote Jado, que así se llamaba, quedó despavorido. Dispuso oraciones públicas para implorar el auxilio divino. Una visión divina vino á tranquilizarle en la noche siguiente. Dió sus órdenes y las calles se vieron alfombradas de flores, y el pueblo, vestido de blanco, como en los días de las grandes solemnidades; se adelantó con religiosa pompa, seguido de los sacerdotes, con sus ornamentos sagrados, y por último, el Sumo Sacerdote, con sus majestuosos ornamentos y su tiara en la cabeza con la lámina de oro donde estaba grabado el nombre del Eterno. Pasmóse Alejandro desde luego á la vista de aquella santa pompa; mas cuando vió al Sumo Sacerdote con el nombre de Dios en la frente, adelantóse él solo, adoró aquel nombre, y saludó el primero al Sumo Sacerdote. Prorrumpían los judíos en aclamaciones de júbilo y los extranjeros estaban atónitos. Parmenión, uno de los generales de Alejandro, le preguntó, cómo él á quien todos los demás adoraban, adoraba ahora al Sumo Sacerdote de los judíos. A lo cual respondió Alejandro: —No he adorado al Sumo Sacerdote, sino que he tributado honor al Dios cuyo Pontífice es. Cuando yo estaba todavía en Macedonia y recapacitaba cómo podría conquistar el Asia, me apareció en sueños con esas mismas vestiduras, me exhortó á no temer nada, me dijo que pasase atrevidamente el Helesponto y me aseguró que estaría á la cabeza de mi ejército y me haría conquistar el imperio de los persas. Por eso no habiendo visto antes á ninguno que estuviese revestido de esos mismos ornamentos, no puedo dudar que, guiado por Dios, he emprendido esta guerra y que así venceré á Darío, destruiré el imperio de los persas y que en

(1) Arriano. *Exped. Alex.*, lib. II, cap. XX.

Digitized by Google

todo tendré el buen éxito que deseo.—Dicho lo cual ofreció amistosamente la mano al Sumo Pontífice y á los demás sacerdotes; marchó en medio de ellos á Jerusalén y al Templo donde ofreció sacrificios á Dios del modo que el Sumo Sacerdote le dijo que debía hacer. El Pontífice le mostró después el libro de Daniel, donde estaba escrito que un príncipe griego destruiría el imperio de los persas, añadiendo que no dudaba que de él debería entenderse la profecía. Manifestó Alejandro mucho júbilo de esto, hizo reunir al día siguiente todo el pueblo y les mandó decir qué gracias querían obtener. Y habiéndole suplicado el Pontífice que les fuese permitido vivir según las leyes de sus padres, y que el año séptimo ó sabático estuviesen exentos de todo tributo, les otorgó la petición. Rogáronle que otro tanto hiciese con sus hermanos, que estaban en Babilonia y en la Media, lo cual bondadosamente les prometió, y dijo que si algunos querían servir en su ejército les permitiría que viviesen en él según su religión y observasen todas sus costumbres, con lo cual se alistaron muchos.

Viendo los samaritanos con qué mansedumbre había tratado Alejandro á los judíos de Jerusalén, vinieron á suplicarle que dispensase igual honor á su ciudad y templo. Era el templo de la montaña de Garrizin, edificado, á lo que parece, bajo Darío Noto, á quien Josefo confunde malamente con Darío Codomano. Respondióles Alejandro que los vería á su vuelta de Egipto. Pidiéronle entonces la exención del tributo el séptimo año. Eran los samaritanos una mezcla de colonos asiáticos y de judíos apóstatas las más veces. Cuando iban bien los asuntos de los judíos, se daban ellos también por judíos; y cuando los asuntos iban mal, á la inversa. Preguntóles Alejandro de qué nación eran: contestaron que hebreos. Pero interrogados de si eran judíos, no se atrevieron á responder que sí; y Alejandro difirió para otra ocasión el examen de su caso. Con todo, llevóse consigo á Egipto los 8.000 hombres que ellos le habían enviado á Tiro, y los estableció en las guarniciones de la Tebaida, donde les dió tierras (1).

Tal es en substancia el relato de Josefo. Mezcla en él algunas circunstancias secundarias que ofrecen dificultad, pero que en su mayor parte admiten, sin embargo, explicación. Dice, por ejemplo, que Alejandro estaba acompañado, no solamente de fenicios, sino también de caldeos. Y por entonces estaba todavía la Caldea en poder de los persas. Pero como había cogido un sin fin de prisioneros en el paso del Granico y sobre todo en la batalla de Iso, podía haber en su séquito algunos señores persas ó caldeos. También se hace un reparo contra el dicho que pone en boca de Parmenión:—¿Cómo tú, á quien todos los demás adoran, adoras al Sumo Sacerdote?—alegando que Alejandro no exigió homenaje tal sino después de su llegada á Babilonia. Verdad es que no lo exigió hasta entonces de los macedones mismos; pero no vedaba antes á los sirios, los judíos y los demás asiáticos que siguieren respecto á esto su

(1) Josefo. *Antiq.*, lib. XI, cap. VIII.

Digitized by Google

antigua costumbre de prosternarse ante los reyes, lo cual se llamaba adorarlos. Así adoró Jacob siete veces á su hermano Esaú, cuando salió á su encuentro para aplacar su cólera. No es dudoso que en un caso enteramente análogo se prosternaría también ante Alejandro todo el pueblo de Jerusalén, y á esto aludiría Parmenión. Objétase también que Alejandro no quería más que griegos en su ejército, y que Josefo le presenta alistando samaritanos y judíos. Pero vemos en Arriano que los reyes de Arad, de Biblos y de Sidón le llevaron al mismo Alejandro al sitio de Tiro 80 bajeles, y los reyes de Chipre otros 120 (1). Y Quinto Curcio nos refiere de él que, después de la toma de Gaza, envió á hacer nuevas levas en Macedonia, porque sus mismas victorias extenuaban sus fuerzas y no tenía tanta confianza en los soldados que sacaba de las naciones vencidas como en los de la suya propia (2). Tenía, pues, otros soldados además de los griegos, mas no esperaba de ellos la victoria, los empleaba en guarnecer plazas distantes, como hizo con los 8.000 samaritanos que llevó al fondo de la Tebaida. Alégase también ser cosa extraña que los judíos de Jerusalén le suplicasen que tratase por igual á los judíos de Babilonia y de Media. Pero ¿qué tiene de particular que un pueblo sabedor por sus profetas de que el conquistador con quien habla ha de apoderarse de toda el Asia, le pida que trate en todas partes favorablemente á sus compatriotas? Por lo que toca á esto de presentarnos el historiador á Alejandro marchando desde Gaza hacia Jerusalén, es sin duda un error, pues para ir de Tiro á Gaza tuvo necesariamente que atravesar la Judea, y no habría dejado á su espalda una ciudad tan poderosa como Jerusalén si hubiera rehusado sometérsele. Por otra parte Arriano dice positivamente que cuando marchó de Tiro contra Gaza ya tenía sumisa toda la Palestina (3).

Mientras que Alejandro estaba en Egipto amotináronse los samaritanos contra el gobernador que había puesto en Siria y le quemaron vivo en un viaje que hizo á su región. Castigó Alejandro con el último suplicio á los asesinos, pobló á Samaría con una colonia de macedones, y dió las tierras restantes á los judíos (4).

A su vuelta de la India, quiso hacer de Babilonia la capital de todos sus Estados Para hermosearla emprendió principalmente la reconstrucción del templo de Belo, que había destruído Jerjes. Diez mil hombres trabajaban diariamente en limpiar los escombros. Cuando les tocó la vez á los judíos que tenía en su ejército, nunca pudo lograrse que pusiesen mano á tales tareas, en atención á que se trataba de edificar un templo idólatra. En vano se apeló á la violencia y á los castigos. Alejandro admiró su constancia, los licenció, y los envió á su país (5).

A la muerte del conquistador gobernaba la Siria Laomedonte, uno de

(1) Arriano, lib. II, cap. XX.
(2) Quinto Curcio, lib. VI, cap. IV.
(3) Arriano, lib. II, cap. XXV.
(4) Quinto Curcio, lib. IV, cap. VIII; Euseb. *Chronic.*, lib. II; Josefo. *Cont. Appion.*, lib. II.
(5) Josefo, *Contra Appion.*, lib. I.

Digitized by Google

sus capitanes. Tolomeo Lago, que deseaba mucho unir la Siria al Egipto, no habiendo podido ganar á Laomedonte, le declaró la guerra y le hizo prisionero. Sólo Jerusalén resistía aún. Como la ciudad era una plaza muy fuerte, hubiérase prolongado el sitio, cuando Tolomeo reparó que los judíos no tomaban las armas en sábado. Aprovéchase de esta circunstancia para hacerse dueño de la plaza, y "dueño duro„, en frase del historiador griego Agatharcides. El historiador judío cuenta el suceso de una manera algo diferente. Según él, vino Tolomeo á Jerusalén en sábado bajo el pretexto de que quería ofrecer sacrificios, y como no desconfiaban de él los judíos y aquel día era para ellos de descanso, le recibieron sin dificultad (1). Dueño así de la ciudad, la trató en un principio cruelmente; pues llevó del país á Egipto más de cien mil cautivos. Pero después, considerando con qué fidelidad habían guardado los juramentos prestados á sus antiguos señores, les juzgó por ende tanto más dignos de su confianza. Escogió 30.000 de ellos, á quienes confió la custodia de sus más importantes plazas, confirmándoles á todos el derecho de ciudadanos de Alejandría, que les había otorgado ya el mismo Alejandro. Conservábanse aún en tiempo de Josefo los albalaes de estos dos príncipes concediendo ese privilegio (2).

Habiendo conquistado además Tolomeo la Libia y la Cirenaica estableció asimismo allí un gran número de judíos. De éstos descendían los judíos cireneos, entre otros Jasón, que escribió la *Historia de los Macabeos* en cinco libros, de los cuales es un compendio el segundo libro de los Macabeos, y Simón, que llevó la cruz del Salvador.

La benignidad con que Tolomeo trató á los judíos, que al principio había llevado á la fuerza, fué causa de que más adelante le siguiesen á Egipto otros muchos de su libre voluntad. Contábase entre éstos un hombre distinguido, así por su mérito como por su nacimiento, el sacerdote Ezequías. El historiador Hecateo de Abdera hablaba de él en su *Historia* como de un hombre muy estimado por su nación, muy elocuente y tan hábil que ninguno le hacía ventaja en la experiencia de los más importantes negocios. Añadía que habiendo trabado conocimiento con él, habían tenido muchas conversaciones, en las cuales había aprendido de él la religión, el gobierno y la costumbre de los judíos. Todo lo cual tenía Ezequías por escrito: que sería, sin duda, la ley de Moisés. Era este Hecateo, de Abdera, ciudad griega de Tracia. Había sido educado con Alejandro, y lo había seguido en sus espediciones. A su muerte se acogió á la protección de Tolomeo, y le siguió á Egipto. Allí, por la relación que llevó con aquel sabio sacerdote y con otros de la misma nación, se instruyó á fondo de sus leyes, de sus costumbres y de su culto, y compuso una historia de los judíos desde Abrahán hasta su tiempo. Era muy exacta, y la cita frecuentemente Josefo. En ella refería Hecateo, entre otros, el siguiente hecho: "Un día que marchaba yo hacia el mar Rojo iba en nuestra escolta un judío llamado Mosolán, hombre valeroso y reconocido

(1) Josefo, *Ant.*, lib. XII, cap. I.
(2) Josefo, *Cont. Appion.*, lib. II, cap. II.

Digitized by Google

como el mejor arquero que podía hallarse entre los griegos y entre los bárbaros. En medio de la marcha un adivino que tomaba los auspicios invitó á todos á detenerse. Preguntóle Mosolán la causa. Y el adivino le señaló un pájaro y le dijo:—Si para, debemos parar; si va adelante, debemos ir adelante; si vuelve atrás, volver atrás debemos.—El judío, sin decir nada, toma su arco, lanza una flecha y hace venir á tierra el pájaro. El adivino y otros varios, muy irritados, pusiéronse á hacer imprecaciones contra él.—¡Pues no sois fatuos—les dijo Mosolán—en tomar tan á pechos la causa de un miserable pájaro! ¡Cómo no preveyendo lo concerniente á su propia vida, podía él predecirnos lo tocante á nuestro viaje! Ciertamente, que si él hubiese podido conocer de antemano lo porvenir, no hubiera venido á este sitio á encontrar la muerte en la flecha del judío Mosolán„ (1).

Vemos cómo al dispersar á los hijos de Jacob entre los gentiles, facilitaba á éstos la Providencia más de una lección provechosa para que se desengañasen de sus vanas supersticiones y se acordaran del Eterno. Un incidente inesperado vino á facilitar esta reminiscencia entre el pueblo más grave y más morigerado de Grecia. Había muerto el Sumo Sacerdote Jado, el que recibiera en Jerusalén á Alejandro, y le había sucedido su hijo Onías, el primero de ese nombre. Un rey de Esparta envió al nuevo Pontífice un embajador con la siguiente carta: "Ario, rey de los lacedemonios, á Onías, Sumo Sacerdote, salud. Se ha hallado en cierta escritura que los lacedemonios y los judíos son hermanos, y que son del linaje de Abrahán. Y ahora, después que esto hemos sabido, hacéis bien en enviarnos á decir de vuestra paz; y nosotros os respondemos: nuestros ganados y todos nuestros bienes, vuestros son: y los vuestros nuestros; esto es lo que hemos mandado que se os anuncie„ (2).

Acogió Onías honoríficamente al embajador y la carta. Reconocióse por una y otra parte la alianza y amistad. Se rogaba públicamente en Jerusalén por los espartanos. El Sumo Sacerdote Jonatás renovó esta alianza mucho tiempo después, según expresión suya; lo cual muestra bien que se equivoca Josefo al decir que la carta del rey Ario fué dirigida á Onías III; porque éste sólo precedió unos doce años á Jonatás. Y todo induce á creer que lo fué á Onías I; pues hallamos en su tiempo, de 323 á 300 antes de Jesucristo, entre los reyes de Esparta, un Areto ó sea Areo I. Por lo que hace á Onías II y al rey de Esparta, Areto, ó bien Areo II, vivierou también por un tiempo; mas según los cálculos cronológicos, había muerto el rey siete años antes de que el Pontífice entrase en tal cargo. Sea como quiera en lo tocante á la época precisa y á la manera en que se hacía constar el parentesco de ambos pueblos, resulta siempre que había alianza y amistad entre judíos y lacedemonios, y que éstos, y con ellos todos los griegos, podían aprovecharse de eso para conocer á Dios verdadero y su verdadero culto.

Por aquel tiempo escribía Megastenes su *Historia de las Indias*. Había

(1) Josefo, *Cont. Appion.*, lib. I, cap. VIII.
(2) I Mach, XII, 23.

Digitized by Google

acompañado á Seleuco Nicator en sus grandes expediciones, y le había servido de embajador cerca del rey indio Sandocroto. Muy sensible es que no se haya conservado hasta nosotros su historia. El pasaje que cita Estrabón respecto á Nabucodonosor, concuerda maravillosamente con la Escritura. Hablaba muy bien de los judíos y escribía en su libro III: "Todo lo que los antiguos dijeron sobre la naturaleza, lo dicen también los que tratan de Filosofía fuera de Grecia, como los bracmanes, de la India, y los de la Siria, llamados judíos„ (1).

Al primer Onías sucedióle su hijo Simón el *Justo*. Hay quien piensa que éste dió la última mano al canon ó catálogo auténtico de los libros sagrados, formado, dicen, por Esdras. Mas á decir verdad, nada hay de absolutamente cierto acerca de todo esto. Lo más seguro es, que la regla para discernir los libros divinos, era la tradición de la Sinagoga ó Iglesia judaica.

Una nueva fuente de instrucción brotó por entonces para los gentiles: la versión de la Sagrada Escritura del hebreo al griego, conocida con el nombre de versión de los Setenta. Hízose bajo el pontificado de Eleazar, sucesor y hermano de Simón *el Justo*. Entre los antignos que de ella hablan, unos la ponen en el reinado de Tolomeo Soter y otros en el de su hijo Tolomeo Filadelfo. Mas ambos asertos pueden conciliarse muy bien. Como Tolomeo Filadelfo reinó dos años en vida de su padre, que había abdicado en su favor, habríase hecho la aludida versión en tiempo de ambos. Promovió esta obra Demetrio Falereo. Y, en efecto, por entonces estaba aún bien quisto, mientras que á la muerte del primer Tolomeo fué, según se dice, relegado á una especie de destierro. Consultado por el padre respecto á la elección de sucesor, le había aconsejado que escogiese al hijo mayor, Tolomeo Cerauno, más bien que al otro, Tolomeo Filadelfo. Lo cual éste último lo llevó, naturalmente, á mal; y así cayó en desgracia respecto á dicho soberano una vez muerto el padre. Todo induce así á creer que la célebre versión se hizo en vida de Tolomeo Soter y reinando ya su hijo.

Al deseo de enriquecer su biblioteca con una literatura extranjera y antigua, se juntó entonces un grande interés político. Irritado Tolomeo Cerauno al verse privado de la sucesión, había ido á solicitar el auxilio de Lisimaco, rey de Tracia, y de Seleuco, rey de Siria, para hacer valer los derechos que la primogenitura podía darle al trono. Importaba, pues, en sumo grado á Filadelfo asegurar la fidelidad de los judíos que ocupaban el camino de la Siria y del Asia Menor á Egipto, y podían así á su arbitrio, ya facilitar, ya contrariar las empresas de su hermano. Esta grave coyuntura hace del todo natural lo que cuentan Aristeo, Aristóbulo, Josefo y Filón. Tolomeo rescató primeramente todos los judíos que había aún cautivos en Egipto y en Libia á consecuencia de las precedentes guerras en que los soldados habían sido vendidos como esclavos. Y envió luego tres embajadores al Sumo Sacerdote Eleazar con magníficos

(1) Clem. Alex., *Strom*, lib. I, pág. 305.

Digitized by Google

presentes para el templo, y le pidió un ejemplar auténtico de la ley de los judíos, con 72 intérpretes para traducirla al griego. Envió Eleazar un ejemplar escrito en letras de oro con los 72 intérpretes, seis de cada tribu. Por mas que sólo hubiesen vuelto en masa de la cautividad de Babilonia, las tribus de Judá y de Leví volvieron con todo un buen número de individuos de las otras. Acogidos los intérpretes honoríficamente por Tolomeo, se les dió alojamiento lejos del tumulto en la isla de Faros, frente á Alejandría, y allí tradujeron al griego: según unos, solamente los cinco libros de Moisés; según otros, casi todo el Antiguo Testamento. Acabado que fué su trabajo, recompensólos Tolomeo con magnificencia verdaderamente regia. Gastó, ya para el rescate de los cautivos, ya en presentes al templo, ya en recompensas á los intérpretes, cerca de tres millones de nuestra moneda. Suma en realidad extraordinaria, si se tratase tan sólo de la traducción de un libro, pero que se concibe bien, si reflexionamos que era para él cuestión de afianzarse en el trono contra un formidable competidor. Los judíos de Alejandría establecieron una fiesta anual en memoria de aquella traducción; la celebraban aún en tiempo de Filón, que fué testigo de ella al comienzo de la Era cristiana. Hasta añadieron á las antiguas narraciones de este suceso circunstancias más ó menos maravillosas que acabaron por rodear de incertidumbre ciertos detalles. Más adelante convirtieron los judíos ese aniversario en un día de duelo, cuando vieron qué ventaja sacaban de aquella versión contra ellos los cristianos. Efectivamente, la versión griega de los Setenta obtuvo un gran crédito entre los judíos y después entre los cristianos, y según ella, citan generalmente el Antiguo Testamento los Apóstoles, y los primeros Padres de la Iglesia. Es todavía la sola que está en uso entre los griegos.

15. Tolomeo Filadelfo, el rey más magnífico de su tiempo, fundó ó repuso una porción de ciudades. Reedificó, entre otras, al Oriente de la Palestina la ciudad de Rabá, llamada en la Escritura Raba, de los hijos de Amón, y Rabatamana en Polibio, que es como quien dice Rabat Amón (1).

Púsole por nombre Filadelfia. Reconstruyó otra á orillas del mar y le puso por nombre Tolemaida. Era ya conocida en tiempo de Josué bajo el nombre de Acón y la llaman hoy los turcos Acre. También durante el reinado de Tolomeo Filadelfo, de 284 á 246 antes de Jesucristo, fué cuando compuso el sacerdote egipcio Manetón su *Historia de Egipto* de la cual nos han conservado Josefo y Eusebio algunos fragmentos.

Sucedió Evergetes á su padre Filadelfo, y reinó de 246 á 221. Para vengar el asesinato de su hermana Berenice, declaró la guerra á Antioco Teos; recorrió como conquistador Siria, Babilonia, Susiana y Persia, y hasta llegó á la Bactriana, sometiendo sus pueblos y sus jefes é imponiéndoles tributos. "A su vuelta—dice el historiador Josefo—no dió gracias de sus victorias á los dioses del Egipto, sino que vino á Jerusalén á ofrecer á Dios un gran número de víctimas, según nuestros usos, é hizo

(1) Polib., lib. V.

Digitized by Google

ricos presentes al Templo„ (1). Era entonces Sumo Sacerdote Onías II, hijo de Simón el Justo. Durante su menor edad había sido reemplazado sucesivamente por Eleazar, su tío paterno, y por Manasés, su tío abuelo, hijo de Jado. En su ancianidad descuidó el pagar los acostumbrados tributos al rey de Egipto, lo cual iba á traerle malas consecuencias, como también al pueblo todo. Pero habiendo pasado á la corte un sobrino suyo, llamado José, no solamente obtuvo el perdón de su tío, sino que se captó el favor del rey, y llegó á ser arrendatario general de los tributos de Celesiria, Fenicia, Judea y Samaria (2).

Después de Tolomeo Evergetes reinó su hijo Tolomeo Filopator, príncipe cruel y disoluto. Acusábale la voz pública de haber envenenado á su padre, y lo hace bastante creible la circunstancia de que hizo morir á su madre, y después á su mujer. Le movió guerra Antioco, llamado *el Grande*, rey del Asia, con esperanza de recuperar la Siria, la Fenicia y la Judea, y consiguió, en efecto, grandes victorias. Pero, al fin, en una postrera batalla llevó la peor parte, y concluyó la paz. La víspera de aquella batalla decisiva estuvo Tolomeo á punto de ser asesinado en su tienda, y solamente debió su salvación á un judío llamado Dositeo.

Habiendo venido unos senadores judíos á felicitarle por su victoria, le entró un fuerte deseo de pasar á Judea, y sin más deliberar fué á Jerusalén, y ofreció sacrificio al Dios verdadero, y se atuvo á todo lo que el reconocimiento y la santidad del sitio podían exigirle. Entrado que hubo en el templo, admiró su estructura y su magnificencia. Pero quiso penetrar hasta el santuario. En vano le representaron los judíos que aquel era un lugar donde no sólo no podían entrar los de su misma nación, mas ni aun los sacerdotes, excepto el Sumo Pontífice, el cual mismo únicamente podía entrar una vez en el año. En vano le mostraron en los sagrados libros el pasaje donde estaba dicha ley, respondió altivamente que tal ley no se había hecho para él, y que quisiésenlo ó no, había de entrar. Entonces los sacerdotes, revestidos de sus ornamentos, se prosternaron en el suelo, pidiendo á Dios que viniese en su auxilio. Al rumor de sus gemidos alármase toda la ciudad, hasta las doncellas y las jóvenes desposadas dejan su habitual retiro y hacen resonar con sus lamentos plazas y calles; madres é hijos, todo el mundo corre al santo templo; entre los hombres algunos claman que se tomen las armas, y apenas pueden contenerlos los sacerdotes, que continuaban alrededor del príncipe, empleando todos los recursos para apartarlo de tan temeraria empresa; sus propios oficiales añaden sus ruegos á los de ellos. Pero Tolomeo, más irritado por todas aquellas resistencias, da algunos pasos para entrar. Todo el pueblo da gritos de espanto, que los ecos del Templo multiplican. El Sumo Sacerdote Simón, hijo de Onías, ruega en alta voz al Eterno que no se recuerde de las iniquidades de ellos, sino que por su propia gloria vindique el honor del santuario. Al punto el rey, herido de Dios, cae sin fuerzas, sin movimiento y sin voz; llévanle sus guardias, temiendo verle expirar. Cuando

(1) Josefo, *Cont. Appion.*, lib. II, cap. II.
(2) Josefo, *Antiq.*, lib. XII, cap. IV.

Digitized by Google

volvió en sí, quebrantado como estaba, no tuvo pesar de su crimen y se retiró profiriendo horribles amenazas (1).

Esto leemos en una antigua relación, conocida bajo el nombre de libro tercero de los Macabeos. Aunque dicha relación no está recibida en el canon de los sagrados libros nada nos obliga con todo á poner en duda su verdad. Encuéntrase en los más antiguos manuscritos de la Biblia de los Setenta, entre otros en el del Vaticano. Y lo que nos dice de las costumbres de este Tolomeo, es conforme á lo que nos dicen los autores profanos (2). De regreso en Egipto abandonóse más que nunca á la crueldad y á la disolución; acababa su mujer de darle un hijo único, cuando le hizo dar muerte para vivir públicameute con una cortesana. Los judíos de Alejandría se vieron, sobre todo, expuestos á los caprichos de su tiranía.

Para vengarse de la afrenta que creía haber recibido en Jerusalén, prohibió la entrada en su palacio á quienquiera que no sacrificase ante sus dioses, condenó á los judíos todos á ser reducidos á la condición de esclavos y marcados por hierro candente con una hoja de hiedra en prueba de su consagración á Baco y de su servidumbre. Quien rehusase someterse á tal decreto, había de tener pena de muerte. Sin embargo, si álguno de entre ellos quería hacerse iniciar en los misterios de los dioses, gozaría de los mismos privilegios que los ciudadanos de Alejandría. Sólo hubo 300 que abrazasen la religión del príncipe con la esperanza de honores y dignidades. Todos los demás, en número de muchos miles, se mantuvieron incontrastables. Unos se rescataban por dinero ante los magistrados, otros hallaron refugio en la humanidad de los griegos de la ciudad, que los escondieron en sus casas.

Viéndose engañado así en sus crueles designios, púsose Filopator furioso, y resolvió exterminar, no sólo á los judíos de Alejandría, sino también todos los de Egipto. Púsose pena de la vida á cualquiera por uno solo de ellos que ocultase.

Traían, pues, de todas partes á estos infelices, viejos y niños. Los encerraron en el Hipódromo, vasto recinto destinado á las carreras de caballos y de carros. Habían de ser magullados bajo los pies de los elefantes para diversión del rey y del pueblo. El primer día, cuando estaba ya todo preparado, no vino el rey; había bebido tanto á la noche, que no despertó hasta pasada ya la hora del espectáculo. Otro tanto ocurrió el segundo día. El tercer día, en medio de las libaciones y embriagueces de la mesa, preguntó con terrible acento á Hermón, el intendente de los juegos, por qué no le habían libertado ya de las molestias de los judíos. Habiéndole hecho comprender Hermón que no había sido por culpa suya le mandó que preparase los elefantes para el siguiente día por la mañana. Mas al día siguiente, á la hora del espectáculo, no acordándose ya de lo que había dicho, preguntó por qué veía á todos ponerse en camino. Y habiéndole dicho Hermón que todo estaba pronto para el suplicio de los judíos:—¡Infelices!—exclamó de pronto Filopator.—Si se hubiese tratado de algunos

(1) III Mach., I y II.
(2) Polyb.

Digitized by Google

de vuestros hijos ó de vuestros parientes, ¿hubiérais preparado los elefantes con tanto cuidado como ahora contra los judíos, que han guardado siempre para con mis predecesores una inviolable fidelidad? Tened entendido que á no ser por los servicios que me habéis prestado y los estrechos lazos que el haber sido educados juntos ha formado entre vosotros y yo, os haría morir en lugar de ellos.

Retiráronse confusos Hermón y los grandes, y ordenaron al pueblo todo que se volviese á sus casas.

Algunos días después, en medio de la alegría de un festín, apostrofó el rey nuevamente á Hermón:—Indigno servidor, ¿cuándo respetarás por fin mis órdenes? Que mañana sin falta se hallen los elefantes prontos para dejarme libre de los judíos.—Y haciéndole presente los convidados lo impropio y arriesgado de sus frecuentes irresoluciones, juró que haría perecer á todos los judíos bajo los pies de los elefantes, que volviendo luego á Judea lo llevaría todo á sangre y fuego, que destruiría el Templo, cuya entrada le habían vedado y que impediría que se ofreciesen ya en aquel sitio sacrificios de allí en adelante.

Preparó Hermón los elefantes en número de 500, haciéndoles tragar ciertos brebajes para aumentar su natural fiereza. Estaba el pueblo reunido en el Hipódromo, y llegaba el rey. Creyéronse entonces los judíos en el postrer trance de su vida; padres, madres é hijos abrazábanse por última vez, anegados en lágrimas.

Un venerable anciano, el sacerdote Eleazar, levantándose entre la muchedumbre, hizo cesar los clamores de los que le rodeaban, y dirigió á Dios una conmovedora plegaria, pidiéndole que tuviese piedad de aquella multitud de niños, así como también de sus padres y de sus madres. Apenas terminó su oración Eleazar, entró el rey en el Hipódromo con los elefantes y todo su ejército. A este aspecto, los judíos levantaron al cielo sus clamores, y en todos los lugares circunvecinos resonaron sus lamentos; espectáculo triste, que arrancó lágrimas á todo el ejército; vió éste al mismo tiempo dos ángeles que se adelantaban hacia él y esparcieron el terror y el desorden en sus filas; volviéndose los elefantes contra los que los seguían, los hollaban y aplastaban bajo sus pies. El rey mismo, conmovido por los gritos que daban los judíos que se habían prosternado en tierra esperando la muerte, tuvo piedad de los mismos, y se arrepintió de todo lo que contra ellos había hecho, y dirigiéndose á sus favoritos con voz amenazadora y entrecortada de sollozos:—Me habéis engañado—les dijo—y por una crueldad más negra que la de los tiranos y digna, en fin, de vuestra ingratitud, habéis pretendido arrebatarme á un tiempo la vida y la corona, formando secretamente empresas funestas al Estado. ¿Por qué injusta orden se encuentran aquí reunidos de todas partes para perecer entre innobles suplicios hombres que jamás han turbado la tranquilidad de este imperio, y siempre nos han demostrado mayor adhesión y afecto que ningún otro pueblo, exponiéndose por nosotros á extremados é infinitos peligros? Quebrantad cuanto antes esas injustas cadenas, y hondamente pesarosos de lo que ha pasado, enviadlos en paz á sus

Digitized by Google

casas: pues son los hijos del Dios todopoderoso, que habita en lo alto de los cielos, y por quien este imperio ha subsistido firme desde el primero de mis antepasados hasta mí.„

Entrado que hubo en su palacio, hizo el rey venir al intendente de su casa, y le mandó suministrar á los judíos por espacio de siete días vino y todas las demás cosas necesarias para su alimento, queriendo que celebrasen su liberación en el mismo sitio donde se habían hecho los tristes preparativos para el suplicio. Les permitió dar muerte á los apóstatas mirando á que gentes que reniegan de su Dios por atender al vientre, no serán más fieles á su rey. Celebraron los judíos durante siete días su liberación, y perpetuaron aquel recuerdo con una fiesta todos los años. Después de lo cual regresaron cada uno á su país, cantando himnos por el camino y publicando por doquiera el poder y la misericordia de Dios.

Precedíales la siguiente carta del rey: "El rey Tolomeo Filopator á todos los gobernadores y oficiales de Egipto, salud y prosperidad: Nos y nuestros hijos continuamos sin novedad en nuestra salud, habiendo el Soberano Dios hecho prosperar nuestros asuntos según nuestros deseos. Algunos de nuestros favoritos, dominados de un odio injusto contra los judíos, habían obtenido de Nos, después de muchas instancias, permiso para promover una exacta pesquisa de todos los de dicho pueblo que viven bajo nuestra autoridad, y hacerlos perecer como rebeldes con nuevos géneros de suplicios, diciendo que sólo por tal medio podría asegurarse la paz y seguridad del imperio contra un pueblo naturalmente enemigo de todos los demás. Y así después de haberlos reunido aquí de todas partes con inaudito rigor, y haberlos tratado, no ya como á esclavos, sino como á los más criminales de todos los hombres, no observaron respecto á ellos forma alguna de justicia; antes con crueldad más horrible que la de los escitas, han tratado de saciar su odio con la total pérdida de dicha nación. Por lo que á Nos toca, al contrario, según la ternura paternal que abrigamos hacia todos los hombres, hemos concebido una viva indignación contra los autores de esos negros designios, y no hemos perdonado medio para libertar de sus crueles manos á los judíos; porque hemos reconocido en todo que estaban bajo la protección del Dios del cielo, y que les defendía como un padre defiende á sus propios hijos: habiéndonos, pues, recordado de la inviolable fidelidad que han tenido siempre para con Nos y nuestros predecesores, los hemos declarado inocentes y hemos mandado que se les dejase volver á los lugares de su ordinaria residencia sin hacerles el menor insulto, y sin que les puedan parar perjuicio los tratamientos que tan injustamente han sufrido. Sabed, pues, que si formamos contra ellos algún mal designio, ó les inquietamos en cualquiera manera que sea, seremos responsables de ello, no á un hombre, sino á un Dios terrible y todopoderoso, que extenderá contra nosotros su diestra vengadora sin que podamos evitarlo. ¡Adiós, y que os vaya bien!„

Esta carta y los sucesos que á ella dieron ocasión, debieron causar profunda impresión en Egipto y los países limítrofes. Era para los hom-

Digitized by Google

bres que buscaban sinceramente á Dios una ocasión favorable para reconocerle y tributarle el culto debido.

16. Habiendo muerto Filopator en el año 204, sin que nadie lo sintiese, sucedióle su hijo Epifanes, que tenía aún solamente cinco años y medio. Antioco *el Grande*, que había obtenido entretanto brillantes resultados hasta el fondo de la India, quiso aprovechar la coyuntura para volver á tomar á un rey menor de edad la Celesiria y la Palestina: lo cual llevó á cabo en dos campañas. Pero mientras él estaba ocupado contra Atalo, rey de Pérgamo, Scopas, general griego de Tolomeo, recobró varias ciudades, reconquistó la Judea, puso guarnición en la ciudadela de Jerusalén y se enriqueció él mismo con el pillaje. Pero algún tiempo después, habiendo vuelto Antioco sobre sus pasos, le desbarató en una gran batalla cerca de los manantiales del Jordán, y recobró la Celesiria y Samaria. Entonces los judíos se le rindieron voluntariamente, recibieron su ejército en la ciudad, alimentaron sus elefantes, y dieron asistencia á las tropas que atacaban la guarnición puesta por Scopas en la ciudadela.

Polibio, uno de los más sensatos historiadores griegos, y amigo del segundo Escipión, habla así de estos sucesos en su libro sexto: "Después de sus victorias tomó Antioco á Batanea (la antigua Basan). á Samaria, Abila y Gadara. Poco después se le rindieron también los judíos, que habitaban alrededor del Templo, que llaman Jerusalén. Mucho tendría que decir principalmente á causa de la manifestación de la Divinidad en el Templo; pero hablaré de ello en otra ocasión„ (1). Sensible es, ó bien que Polibio hubiese olvidado su promesa, ó bien que su relato se haya perdido con tantas otras partes de su excelente historia.

Para recompensar á los judíos sus servicios, mandó Antioco en un decreto, dirigido á uno de sus gobernadores, llamado Tolomeo, que se les devolviese la libertad y los bienes á todos los que habían sido privados de ellos á causa de la guerra, eximió de todo tributo por tres años á todos los habitantes de Jerusalén, y para siempre á los sacerdotes y los demás ministros del culto divino; asignó rentas para la reparación del Templo y la oblación de los sacrificios, con plena libertad de vivir según sus leyes y su religión. En otro decreto prohibió á todo extranjero entrar en el Templo sin consentimiento de los judíos; lo cual se refiere visiblemente al atentado de Filopator, que había querido entrar en aquel lugar á la fuerza.

Más de un motivo excitaba al rey de Siria á mostrarse favorable con los judíos; habían sido bien tratados por sus predecesores, y atrayéndose á los de Palestina se aseguraba él la posesión de todo aquel país y también de toda la Celesiria, y por último, en sus expediciones de Oriente le habían prestado muy importantes servicios los judíos de Babilonia y de la Mesopotamia. Tenía tan alta opinión de la fidelidad de los mismos, que con ocasión de haberse suscitado una sublevación en sus provincias del Asia Menor, escribió á Zeusis, viejo general, á quien había confiado aquel

(1) **Polyb., Fragm. lib. XVI.**

Digitized by Google

gobierno, y al cual llamaba padre: que habiendo sabido que había agitación en Frigia y Lidia, había juzgado oportuno, con su Consejo, enviar de guarnición á los puntos que más oportunos pareciesen 2.000 familias de los judíos que habitaban en la Mesopotamia y Babilonia, "como gentes de quienes por su piedad para con Dios y las pruebas de afecto y fidelidad dadas á nuestros predecesores es de creer que nos serán allí de suma utilidad. Por lo cual, quiero, pues, aunque veo difícil la emigración, que les permitas usar de sus leyes, y que cuando los hayas trasladado á los propios lugares, se les reparta sitio á cada uno para edificarse casa, y se les dé tierra para cultivar, y se les concedan plantaciones de viña y los tributos de los frutos de la tierra por diez años, y que reciban, hasta la recolección, trigo para su sustento, á fin de que impetrando nuestra clemencia nos cobren mayor afecto, y tomarás cuidado, en lo posible, de su gente para que ninguno los moleste„ (1).

De esta colonia de judíos provenían los que encontraremos en tan gran número en el Asia Menor, sobre todo hacia los tiempos de la predicación del Evangelio. Fueron de este modo, durante dos siglos antes de Jesucristo, un ensayo, como quien dice, de apostolado para las naciones de aquel país.

Empeñado Antioco en otras empresas contra Filipo de Macedonia y contra Roma, hizo la paz con el joven Tolomeo, dándole por mujer á su hija Cleopatra, con la Celesiria y Palestina en dote, salvo las rentas, que habían de partirse por mitad entre ambos reyes. Contaba con que su hija le ayudaría para apoderarse hasta de Egipto. Pero en esto se equivocaba. Porque Cleopatra, al casarse con Tolomeo, adoptó como propios los intereses de su marido. Y no pararon ahí sus reveses. Habiéndola emprendido contra los romanos hasta en el fondo de Grecia, fué Antioco completamente deshecho, y condenado á perder varias provincias y pagar enormes sumas. Para hacer dinero volvióse á Asia, y robó el templo de Elimaida, y pereció de una manera que no se sabe á punto fijo cómo, pues varían los historiadores. Sucedióle su hijo Seleuco Filopator.

17. Por aquel tiempo estaba Jerusalén habitada en profunda paz, y se observaban fielmente las leyes, debido á la piedad y firmeza del Sumo Sacerdote Onías III, hijo y sucesor de Simón II. Los reyes mismos y los príncipes honraban aquel sitio y adornaban el Templo con sus más magníficos dones. Seleuco, siguiendo las huellas de su padre, sostenía de su renta todo el gasto perteneciente al ministerio de los sacrificios. Pero Simón, que era de la tribu de Benjamín y tenía la intendencia del Templo, tuvo un propósito, en que le resistía el príncipe de los Sacerdotes, tocante á la administración de la ciudad. Viendo que no podía vencer á Onías, se fué á Apolonio, que mandaba por entonces en la Celesiria y Fenicia; le anunció que había un tesoro lleno de innumerables sumas de dinero, que eran inmensas las riquezas públicas, que no estaban destinadas para los sacrificios: y que era factible que todo cayese en poder del rey. Habien-

(1) Josefo, *Antiq.*, lib. XII, cap. III.

Digitized by Google

do Apolonio enterado al rey, hizo éste venir á Eliodoro, que era su primer ministro, y lo envió con orden de transportar dicho dinero.

Partió Eliodoro al punto como para visitar las ciudades de Celesiria y Fenicia; pero, en realidad, para llevar á cabo el propósito del rey. Llegado que hubo á Jerusalén, y recibido en la ciudad por el gran Sacerdote con toda atención, le declaró el aviso que habían dado al rey respecto á aquel dinero y el verdadero objeto de su viaje, y preguntó si lo que habían dicho era verdad. Entonces el Sumo Sacerdote le representó que aquel dinero era tan sólo un depósito guardado en el Templo, y el sustento de las viudas y de los huérfanos; que hasta parte de ese dinero, cuya noticia había dado el impío Simón, pertenecía á Hircano, hijo de José, nieto de Tobías, gobernador de los países allende el Jordán, y que toda la suma de plata montaba á 400 talentos y la de oro á 200; que por lo demás, era absolutamente imposible engañar á quienes se habían confiado á un sitio y á un Templo venerado en toda la tierra por su santidad. Pero Eliodoro, insistiendo en las órdenes recibidas, contestó que era preciso llevar aquellas sumas de toda especie al rey. Entró, pues, en el Templo el día que había señalado para ejecutar semejante proyecto.

Llena estaba de temor y espanto la ciudad. Prosternábanse los Sacerdotes con sus blancas vestiduras ante el altar é invocaban al Dios que está en el cielo y que hizo la ley respecto á los depósitos, rogándole que preservase los de quienes los habían confiado á su Templo.

Y especialmente nadie podía mirarle al rostro al Sumo Sacerdote sin quedar penetrado de compasión; pues la alteración de las facciones y lo demudado del color daban clara muestra del interno dolor de su alma. Acudían también muchos en tropel de sus casas clamando á Dios con públicas oraciones que no permitiese que tan santo lugar quedase expuesto al desprecio. Ceñidas las mujeres de cilicios afluían á las calles, y aun las doncellas que antes permanecían en su retiro corrían ahora, unas hacia Onías, bajo los pórticos del Templo; otras hacia las murallas y otras miraban desde lo alto de sus casas, y todas dirigían á Dios sus oraciones, tendidas al cielo las manos.

Proseguía Eliodoro en su designio con sus guardias á las puertas del tesoro. Pero el espíritu de Dios Todopoderoso se manifestó entonces por signos sensibles, de modo que cuantos habían osado obedecer á Eliodoro derribados por virtud divina, quedaron de pronto heridos de temor y abatimiento. Porque se les apareció un corcel enjaezado de magníficos arreos en el cual venía un caballero terrible, é hirió impetuosamente á Eliodoro con las patas de adelante. Y el jinete parecía tener armas de oro. Aparecieron también otros dos jóvenes, apuestos en su fortaleza, brillantes de gloria y vistosos en el traje, que de pie cercaron á Eliodoro y azotándole de uno y otro lado y golpeándole mucho sin cesar. Cayó, pues, Eliodoro repentinamente á tierra, y envuelto en obscuridad lo sacaron y se lo llevaron en una litera. Y aquel que precedido de muchos cursores y satélites había entrado al erario, era llevado sin que nadie le valiese, conocida manifiestamente la virtud de Dios; y por esa virtud yacía mudo

Digitized by Google

y destituído de toda esperanza y salud: y los otros bendecían al Señor porque magnificaba su morada; y el templo que poco antes estaba lleno de temor y de tumulto, lo estaba ahora de gozo y alegría, habiendo el Señor manifestado allí su omnipotencia.

Mas entonces algunos de los amigos de Eliodoro suplicaron á Onías que invocase al Altísimo para que diese la vida al que se hallaba á punto de exhalar el postrer aliento. Y considerando el Sumo Sacerdote que podría el rey sospechar de los judíos algún atentado contra Eliodoro, ofreció por la curación de éste una hostia saludable. Y al orar el Sumo Sacerdote, los mismos jóvenes, revestidos de los mismos trajes, poniéndose al lado de Eliodoro, le dijeron:—Dale las gracias al Sacerdote Onías, pues por amor de él te concede el Señor la vida. Y habiendo sido tú castigado por Dios, anuncia á todos sus maravillas y su poder.—Dicho lo cual, desaparecieron.

Y Eliodoro, ofrecida á Dios una hostia y hechos grandes votos y promesas á quien le había concedido vivir, y dando las gracias á Onías, tomó el ejército y volvió al lado del rey. Y testificaba ante todos las obras de Dios soberano vistas con sus propios ojos. Y como le preguntase el rey quién sería á propósito para ir todavía á Jerusalén, dijo:—Si tienes algún enemigo ó que forme designios contra tu reino, envíalo allá y le verás volver desgarrado á azotes, si es que escapare con vida; porque verdaderamente hay cierta virtud divina en aquel lugar. Pues aquel mismo que tiene su morada en los cielos, es el visitador y protector de aquel lugar, y hiere y mata á los que van con intento de hacer algún mal (1).

Una observación que merece ser tomada en cuenta, es que el texto griego de los Macabeos, para designar aquel maravilloso suceso, emplea la misma expresión que el historiador Polibio en el pasaje en que habla del Templo de Jerusalén; conviene á saber: la voz *Epifania*, esto es, manifestación. Polibio florecía en la época misma de los sucesos, y vino á Egipto poco después.

En dicho país había muerto envenenado Tolomeo Epifanes en 180, á la edad de veintinueve años y después de un reinado de veinticuatro. Dejó por sucesor al mayor de sus hijos, Tolomeo Filometor, que apenas tenía cinco años y que estuvo, como lo había estado su padre, bajo la tutela de una regencia y la protección de Roma hasta los catorce años en que entraban en mayor edad los reyes de Egipto. Reinó treinta y cinco, pero interrumpidos por un interregno de su hermano Evergetes II ó Fiscón. Tuvo Filometor por maestro á Aristóbulo, sacerdote de la raza de Aarón y filósofo de la escuela de Aristóteles. El maestro dedicó á su discípulo una especie de comentario sobre los libros sagrados de los hebreos. Miraba como cosa indudable que de ellos habían tenido conocimiento Pitágoras y Platón. Ya anteriormente á Demetrio Falereo y aun antes del imperio de Alejandro y de los persas, se había traducido en griego lo concerniente á la salida de Egipto, á las manifestaciones ó epifanías de la divinidad, la

(1) II Mach., III, 1-40.

Digitized by Google

entrada en la tierra de promisión y el sumario de toda la ley. "Después—añadía—en tiempo del rey Tolomeo, por sobrenombre *Filadelfo*, tu abuelo, que á todos respecto á esto superó en empeño y magnificencia, trabajaron una versión íntegra de todo lo perteneciente á nuestra ley, principalmente por cuidado de Demetrio Falereo, director de toda aquella obra. Lo de la voz divina conviene lo entendamos en el sentido no de discurso alguno encerrado en conceptos y expresado con palabras, sino de la creación de las mismas obras, en cuyo sentido Moisés dijo... Lo cual creo yo que siguieron Pitágoras, Sócrates y Platón al decir que oían la voz de Dios al contemplar la perfección y uniforme conservación del universo por El creado. Y así también Orfeo...„ Y sigue citando á dicho propósito los versos de este poeta, que ya en otra parte hemos visto, y aduce asimismo los de Arato, á que después aludió San Pablo. "Pues lo que celebraron de Jove aquellos poetas lo recibimos nosotros, en un sentido, como procede, purificado y restringido, en cuanto su pensamiento y sentencia se eleva hacia el único Dios. Cuya consideración nos movió á creer que podríamos insertar en este tratado tal género de discursos y testimonios. En esto convienen todos los filósofos, en que nos preceptúan formar en el ánimo castas y santas nociones de Dios.„ Habla luego de la creación en los seis días y el descanso en el séptimo, mostrándonos cómo la santidad de ese día la han reconocido los profetas. Esto es lo más notable que se contiene en el fragmento que de aquella obra nos ha conservado Eusebio (1).

Cuando piensa uno que todo esto lo escribía un descendiente de Aarón en la corte de los Tolomeos, en el mismo palacio donde estaban reunidos los primeros sabios del mundo, no puede uno menos de admirar los cuidados de la providencia en hacer lucir los rayos de la verdad allí donde mayores males podía causar el error.

Más adelante, bajo el gobierno de Judas Macabeo, del año 166 antes de Jesucristo, al 161, cuando Filometor tenía de veinte á veintiséis años, veremos que Judas y el pueblo de Jerusalén escriben una carta á su profesor Aristóbulo.

Bajo el reinado del mismo príncipe, recibió Egipto un favor del cielo más singular todavía: levantóse en medio de aquel país un templo del Dios verdadero.

A Onías, hijo del Sumo Sacerdote Onías III, le impidieron sus tíos que sucediese á su padre. Desterrado de Antioquía, se retiró á Egipto, donde se captó el favor de Filometor y de Cleopatra, su mujer; mandó los ejércitos y administró importantes negocios con muy buen éxito. En el colmo de su favor pidió y obtuvo permiso de edificar un templo para los judíos de Egipto, parecido al de Jerusalén, y del cual habían de ser Sumos Sacerdotes él mismo y sus descendientes. Como Jerusalén estaba entonces en poder de los reyes de Siria, le tenía cuenta á Tolomeo presentar á los judíos en Egipto mismo, respecto á la religión, las ventajas

(1) Euseb. *Præpar., evang.*, lib. III, cap. XII.

Digitized by Google

que en otro caso irían á buscar en Judea. Era entonces Onías gobernador de la provincia de Eliópolis. Edificó, pues, allí un templo por el estilo del de Jerusalén, aunque algo más pequeño y no tan magnífico; puso un altar de los holocaustos, un altar de los perfumes, una mesa de los panes santificados con todos los enseres necesarios, sino que reemplazó con una lámpara el candelabro de oro de siete brazos. Concluído que fué el Templo, lo cercó con un recinto de muros muy altos; colocó allí los sacerdotes y los levitas para hacer todo en aquel sitio como en Jerusalén. Finalmente, pobló de judíos toda la provincia (1). Cinco siglos antes había predicho este singular acontecimiento el Profeta Isaías en los siguientes términos: "En aquel día habrá cinco ciudades en la tierra de Egipto que hablarán la lengua de Canaán, y que jurarán por el Señor de los ejércitos. Ciudad del sol será llamada una. En aquel día estará en medio de la tierra de Egipto el altar del Señor y el trofeo del Señor hasta sus confines (2).

Mientras que un descendiente de Aarón, el sacerdote Aristóbulo, enseñaba en la corte de los Tolomeos la sabiduría divina y la sabiduría humana, mientras que un legítimo sucesor de Aarón mismo edificaba al Señor un templo en Egipto, vino de Jerusalén al país otro sabio, y compuso allí un libro que la Iglesia reverencia en el número de los divinamente inspirados. Fué Jesús, hijo de Sirac. Había leído mucho la ley y los profetas, como también los otros libros transmitidos por los padres en Israel. Había en diversos viajes observado muchas costumbres diferentes y adquirido mucha experiencia. Había estado varias veces á riesgo de perder la vida, pero Dios le había siempre librado. Después de haber asi mucho tiempo buscado la sabiduría de todos los antiguos, releído los profetas, retenido los relatos de los hombres célebres, penetrado los misterios de las parábolas, estudiado los secretos de los proverbios, experimentado el bien y el mal entre las naciones extranjeras é implorado del Altísimo con asiduas plegarias el don de entendimiento, sintióse al fin henchido él mismo como de un santo arrobamiento y escribió á su vez instrucciones llenas de sabiduría y de ciencia. Las escribió en hebreo. Y uno de sus nietos las tradujo en griego el año treinta y dos del reinado de Tolomeo Evergetes ó Fiscón, que reinó cincuenta y tres, parte de ellos con su hermano y parte solo. El nieto hace observar que la traducción no alcanzaba á la fuerza y belleza de las voces hebreas original y que también se encontraba análoga diferencia respecto á la ley, los profetas y los otros libros, comparados entre sí. Lo cual nos hace ver que en tiempo del traductor, siglo y medio antes de Jesucristo, estaban traducidos al griego no tan sólo los cinco libros sino en general todo el Antiguo Testamento.

Comienza el hijo de Sirac enseñándonos que toda sabiduría viene de Dios, y que está siempre con él, que es ante los siglos, que fué creada, es decir, engendrada antes de todo (1). La voz *creare* que emplea la versión latina, como también en el capítulo VIII de los Proverbios para hablar

(1) Joseph. Antiqu., lib. XIII, cap. VI.
(2) Isaías, XIX, 18 y 19.
(1) Eccli., I, 1.

Digitized by Google

de la generación de la sabiduría eterna, no debe sorprendernos; los mejores autores latinos, Virgilio, Oracio, Ovidio, la emplean á menudo en la significación de *engendrar*. En hebreo la palabra correspondiente del libro de los Proverbios, cap. VIII, ver. 22, es absolutamente la misma que emplea la primera mujer en el nacimiento de su primogénito. "He adquirido un hombre por merced de Dios„ (1).

Mas oigamos á esta misma sabiduría revelándonos quién es, cuál es su imperio, dónde tiene su morada predilecta, cuáles han de ser sus obras:

"Yo salí de la boca del Altísimo, engendrada primero que ninguna criatura. Yo hice que naciese en los cielos la luz que nunca falta, y como una niebla cubrí toda la tierra. En los altísimos cielos puse yo mi morada, y el trono mío sobre una columna de nubes. Yo sola rodeé el giro del cielo, y penetré por el profundo del abismo, me paseé por las olas del mar, y puse mis pies en todas las partes de la tierra; y en todos los pueblos y en todas las naciones tuve el supremo dominio. Yo sujeté con mi poder los corazones de todos, grandes y pequeños; y en todos esos busqué dónde posar, y en la heredad del Señor fijé mi morada. Entonces mandó y me dijo el Criador de todas las cosas; y el que me crió reposó en mi tabernáculo. Y me dijo: Habita en Jacob, y ten tu herencia en Israel, y arraigate en medio de mis escogidos. Desde el principio y antes de los siglos fuí criada, y no dejaré de existir en todos los siglos venideros, y ministré delante de él en la morada santa. Y así fijé mi estancia en Sión, y reposé asimismo en la ciudad santificada y en Jerusalén está mi potestad. Y me arraigué en un pueblo glorioso, y en la porción de mi Dios, que es su heredad, y en la plenitud de los santos, mi mansión. Me he exaltado como cedro sobre el Líbano, y como ciprés en el monte de Sión. Me ensalcé como palma en Cades, y como planta de rosa en Jericó. Me he elevado como oliva vistosa en los campos, y como plátano en las plazas junto al agua. Como cinamomo y bálsamo aromático di fragancia; como mirra escogida di suavidad de olor, y como estoraque y bálsamo, y onique y gota, y como incienso virgen perfumé mi habitación, y como bálsamo no mezclado mi olor. Yo como terebinto extendí mis ramos, y mis ramos son de honor y gracia. Yo como vid eché fruto de suave olor, y mis flores dan frutos de gloria y de riqueza. Yo, madre del amor hermoso y del temor, y de la ciencia y de la santa esperanza. En

---

(1) Gen., IV, 1.

Este pasaje de los Prov., VIII, 22, es muy importante en la historia del dogma cristiano, es, dice Calmet, como una anticipación profética del dogma revelado en el capítulo primero del Evangelio de San Juan, y debe entenderse de la Sabiduría eterna, del Verbo del Padre como lo ha enseñado la tradición católica unánime y perpetua. De los Santos Padres, unos lo entienden de la generación eterna del Verbo y los otros de la temporal, ó de la Encarnación, concepto que expresa bien Suárez, diciendo, que en este texto célebre se trata del Verbo eterno de Dios y del Verbo hecho hombre. Sería muy largo entrar en detalles é impropio, además, de la índole de esta obra. Véanse Petacio, *De Trinitate*, lib. II, y Franzelin, *De Deo Trino*, pág. 14, ed. 3.ª

Digitized by Google

mí toda la gracia del camino y de la verdad, en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que os halláis presos de mi amor, y saciaos de mis frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más que la miel y el panal. Se hará memoria de mí en toda la serie de los siglos. Los que de mí comen tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben. El que me escucha no será confundido, y aquellos que se guían por mí no pecarán. Los que me esclarecen tendrán la vida eterna.

„Todas estas cosas contiene el libro de la vida, que es el testamento del Altísimo y la doctrina de la verdad. Moisés intimó la ley de la justicia en herencia á la casa de Jacob con las promesas hechas á Israel. A su siervo David prometió que había de hacer nacer de él al Rey fortísimo que se sentaría sobre un trono de gloria para siempre; el cual rebosa en sabiduría y como el Tigris en los días de los frutos nuevos. Que hinche, como el Eufrates, el entendimiento; que crece como el Jordán en el tiempo de la siega. Que envía doctrina como luz, é inunda como el Gehón en el día de la vendimia. Este es el primero que la conoce perfectamente, y el menos fuerte no la comprende. Porque son más vastos que el mar sus pensamientos, y sus consejos más profundos que el grande abismo. Yo la sabiduría, derramé ríos. Yo, como canal de agua inmensa derivada del río, y como un acueducto salí del paraíso. Yo dije: Regaré los plantíos de mi huerto y hartaré de agua los frutales de mi padre, y he aquí que mi canal ha salido de madre y mi río se iguala á un mar. Porque la luz de la doctrina con que ilumino á todos es como la luz del alba, y la expondré hasta los tiempos remotos. Penetraré todas las inferiores partes de la tierra, y visitaré á todos los que duermen, é iluminaré á todos los que esperan en el Señor. Yo proseguiré difundiendo la doctrina como profecía, y la dejaré á aquellos que buscan la sabiduría, y no dejaré de anunciarla á toda su descendencia hasta el siglo santo (1).

Así, pues, la Sabiduria divina, ante todos los tiempos nacida, ha pasado á todos los pueblos, y por eso encontramos doquiera vestigios suyos. Pero su mansión ha sido Jacob. Aquél es su jardín de delicias; donde entra como un arroyuelo; pero aquél arroyuelo tórnase un gran río y aquel río un mar sin riberas, y aquel jardín comprende ahora, como otros tantos cuadros, todos los pueblos del mundo.

En la escuela de esa honorífica Sabiduría es donde ha bebido el hijo de Sirac tantas hermosas máximas. "Honra á tu padre, y de los gemidos de tu madre no te olvides. Acuérdate que no hubieras nacido sino por ellos, y correspóndeles del modo qué ellos hicieron también por ti. Con toda tu alma teme á Dios y reverencia á sus sacerdotes. Con todas tus fuerzas ama á Aquel que te hizo, y no desampares á sus ministros„ (2).

Conocía de cuán alto precio es la amistad y cuál es su verdadero fundamento. "El amigo fiel es una defensa fuerte, y quien lo halló halló un

(1) Eccli., XXIV, 5-46.
(2) Eccli., VII, 29-32.

Digitized by Google

tesoro. Nada hay comparable al amigo fiel, ni hay peso de oro ni plata que sea digno de ponerse en balanza con la sinceridad de su fe. Bálsamo de vida y de inmortalidad es un fiel amigo, y aquellos que temen al Señor lo encontrarán. El que teme á Dios, igualmente tendrá buena amistad; porque conforme á él será su amigo„ (1).

Había observado bien el espíritu del mundo. "Caza de león es el asno montés en el desierto; así también los pobres son pasto de los ricos. Así como el soberbio detesta la humildad, así también el pobre es en execración al rico. El rico cuando se bambolea es sostenido de sus amigos; más en cayendo el pobre, aun sus conocidos le echan á empellones. El rico que se engaña tiene muchos que le recobren; ha hablado con arrogancia y ellos le justifican. Engáñase el pobre y además es reprendido; habló cuerdamente, y no le dan oídos. Habla el rico, y callaron tôdos, y ensalzaron su palabra hasta las nubes. Habló el pobre, y dicen: ¿Quién es éste? Y si tropezare le empujarán hasta dar con él en tierra„ (2).

Pero diferente es la moral del sabio: "No hace el Señor acepción de personas en perjuicio del pobre, y escucha las plegarias del injuriado. No desechará los ruegos del huérfano, ni tampoco á la viuda, que le habla con sus suspiros. Las lágrimas de la viuda que corren por sus mejillas, ¿no son otros tantos clamores contra aquel que se las hace derramar? Porque de la mejilla suben hasta el cielo, y el Señor, que la escucha, no tendrá placer en ellas„ (3).

Los filósofos gentiles no tuvieron una palabra de compasión para los esclavos; muy diferentes de esos son los sentimientos del hijo de Sirac: "No trates mal al siervo que trabaja con fidelidad, ni al jornalero que por ti consume su vida. Al siervo cuerdo ámalo como á tu alma, no le defraudes de su libertad, ni le dejes desvalido„ (4).

Los filósofos paganos habían también autorizado la venganza, mas el sabio de Jerusalén, por el contrario, dirá: "El que quiere vengarse experimentará la venganza del Señor; el cual tendrá exacta cuenta de sus pecados. Perdona á tu prójimo cuando te agravia, y así cuando tú implores el perdón te serán perdonados tus pecados. ¿Un hombre guarda ira contra otro hombre, y pide á Dios remedio? ¿No usa de misericordia con otro hombre como él, y pide el perdón de sus pecados? ¿El, siendo carne, retiene la ira, y pide á Dios reconciliación? ¿Quién se la alcanzará por sus pecados? Acuérdate de las postrimerías y deja de enemistarte„ (5).

¿Queremos saber de qué depende la suerte de las naciones? "El juez sabio hará justicia á su pueblo, y será estable el principado del varón sensato. Cual es el juez del pueblo, tales son sus ministros, y cual es el gobernador de la ciudad, tales son sus habitantes. El rey imprudente será la ruina de su pueblo, y la prudencia de los poderosos poblará las ciuda-

(1) Eccli., VI, 14-17.
(2) Eccli., XIII, 23-29.
(3) Eccli., XXXV, 16-19.
(4) Eccli., lib. VII, 22 y 23.
(5) Eccli., XXVIII, 1-6.

Digitized by Google

des. La potestad de la tierra está en manos de Dios, y El, á su tiempo, suscitará quien la gobierne útilmente... Un reino es trasladado de una nación á otra por causa de las injusticias, y violencias, y ultrajes y de muchas maneras de fraudes... Derribó Dios los tronos de los príncipes soberbios y colocó en su lugar á los humildes. Secó Dios las raíces de las naciones soberbias, y plantó los humildes de las mismas naciones. Asoló las tierras de las naciones, y arrasólas hasta los cimientos. A algunas de ellas las desoló, y acabó con sus moradores, y extirpó del mundo su memoria... Los grandes, los magistrados y los poderosos gozan honor; pero ninguno le tiene mayor que aquel que teme á Dios„ (1).

Esas naciones secas hasta en las raíces son los pueblos de Canaán; los humildes puestos en lugar suyo son los hijos de Israel. Todo lleva al hijo de Sirac á glorificar al Señor, tanto la Historia de la tierra como la del cielo. "Hermosura del altísimo cielo es el firmamento: la belleza del cielo en visión de gloria. El sol, al salir, anuncia con su presencia, admirable instrumento, obra del Excelso. Al mediodía quema la tierra, ¿y quién es el que puede resistir de cara el ardor de sus rayos? Como quien mantiene la fragua encendida para las labores que piden fuego muy ardiente, el sol abrasa tres veces más los montes, vibrando rayos de fuego, con cuyo resplandor deslumbra los ojos. Grande es el Señor que lo crió, y de orden suya apresura su carrera. También la luna, con todas sus mudanzas indica los tiempos y señala los años. La luna señala los días festivos, luminar que luego que llega á su plenitud comienza á menguar. De ella ha tomado nombre el mes; crece maravillosamente hasta estar llena. Un ejército hay en las alturas, el cual brilla gloriosamente en el firmamento del cielo. Es belleza del cielo la gloria de las estrellas. El Señor es el que allá desde lo alto ilumina el mundo. A una palabra del santo están prontas á sus órdenes, y no desfallecerán en sus centinelas. Contempla el arco iris y bendice al que lo hizo; es muy hermoso su resplandor. Ciñó el cielo con el cerco de su gloria, las manos del Excelso lo extendieron. El Señor, con su mandato, hace venir con presteza la nieve, y despide con velocidad las centellas según sus decretos. Por esto fueron abiertos sus tesoros, y volaron las nieblas á manera de aves. Con su gran poder condensa las nubes y lanza de ellas piedras de granizo. A una mirada suya se conmueven los montes, y á su querer sopla el ábrego. La voz de su trueno herirá la tierra... A su palabra calmó el viento, y con su pensamiento aplacó el abismo, y plantó el Señor islas en él. Que los que navegan el mar, cuenten sus peligros, y al escucharlos nosotros con nuestros propios oídos quedaremos atónitos. Allí hay obras grandes y admirables; varios géneros de animales y bestias de todas especies, y criaturas monstruosas. Por el mismo se ha establecido el fin de su camino, y por su palabra todo se puso en orden. Por mucho que digamos nos quedará mucho que decir, mas la suma de cuanto se puede decir es: Que El mis-

(1) Eccli., X, 1-27.

Digitized by Google

mo está en todas las cosas (1). Para darle gloria, ¿qué valemos nosotros? Pues siendo El Todopoderoso es superior á todas sus obras. Terrible es el Señor, y grande sobre manera, y su poder es admirable. ¡Glorificad al Señor cuanto más pudiereis, que aún sobrepujará y es admirable su magnificencia. Bendecid al Señor, ensalzadle cuanto podáis; porque es superior á toda alabanza. Para ensalzarle recoged todas vuestras fuerzas, y no os canséis, que jamás llegaréis al cabo. ¿Quién le verá y celebrará? ¿Y quién explicará su grandeza tal cual es ella *ab eterno?* Muchas cosas mayores que éstas están escondidas, porque es poco lo que hemos visto de sus obras. ¡Pero todo lo hizo el Señor, y á los que viven virtuosamente les da la sabiduría!„ (2).

Después de estas magníficas alabanzas á Dios, viene el elogio de los hombres á quienes El ha hecho partícipes de su gloria. Comienza por Adán, Set, Henoc, Noé, Sem, Abrahám, y concluye por el Sumo Sacerdote Simón, hijo de Onías. Alábase á este último por haber ensanchado á Jerusalén, construído canales y fuentes, reparado el Templo, echado los cimientos de un nuevo cercado, libertado al pueblo de un gran peligro. Se le presenta en toda su majestad de Sumo Pontífice cercado de un numeroso acompañamiento de sacerdotes, ofreciendo al Eterno la sangre de las víctimas, y bendiciendo al son de las trompetas á toda la nación prosternada ante El. Todo esto conviene especialmente al Sumo Sacerdote Simón II, hijo de Onías II y padre de Onías III. El segundo año de su pontificado, año 216 antes de Jesucristo, vino Tolomeo Filopator á Jerusalén y ofreció solemnes sacrificios al verdadero Dios; pero quiso luego penetrar hasta el santuario, lo cual, como hemos visto, alarmó á toda la ciudad, y terminó por la humillación del rey y con gloria del Pontífice. No se habla de Onías III, cuyas virtudes vemos, sin embargo, celebradas en el libro de los Macabeos. Y es porque el hijo de Sirac habla sólo de aquellos que en la época en que escribía no vivían ya. Y Onías III vivía todavía, aunque siendo ya blanco de las persecuciones que agobiaron los seis últimos años de su vida, desde 176 á 171 antes de Jesucristo. Lo cual deja inferir que el hijo de Sirac compuso su libro, al menos la última parte de él, en el intervalo de estos seis años.

También al mismo escritor sagrado le tocó su parte en aquellas persecuciones. Lo muestra la plegaria con que da fin á su libro: "Gracias tributaré á tu nombre; porque tú has sido mi auxiliador y mi protector; y has librado mi cuerpo de la perdición y del lazo de la lengua maligna; y de los labios que urden la mentira, y delante de mis acusadores te has manifestado mi defensor. Y por tu gran misericordia, de la cual tomas nombre, me has librado de los que rugían ya prontos á devorarme; de las manos de aquellos que buscaban cómo quitarme la vida, y del tropel de tribulaciones que me cercaron; de la violencia de la llama que me cercó, y en medio del fuego no tuve ardor; del seno profundo del infierno, y de

(1) El griego: τὸ πᾶν ἐστιν αὐτός.
(2) Eccli., XLIII.

Digitized by Google

lengua impura, y de palabra de mentira, de un rey injusto, y de la lengua injusta. Alabará hasta la muerte mi alma al Señor, pues mi vida cerca estaba de la sima del infierno. Me cercaron de todas partes, y no había quien me ayudase. Estaba mirando por el socorro de los hombres y no le había. Me acordé de tu misericordia, Señor, y de tus obras, que son desde el siglo; y de cómo salvas, Señor, á los que en ti esperan, y los libras de las manos de las naciones. Tú ensalzaste mi casa sobre la tierra, y yo te supliqué que me libertaras de la muerte que todo lo disuelve. Invoqué al Señor, padre de mi Señor, para que no me deje sin socorro en el día de mi tribulación y mientras dominaren los soberbios. Alabaré sin cesar tu santo nombre y lo celebraré con acciones de gracias, pues fué oída mi oración. Y me libraste de perdición y me sacaste del tiempo de iniquidad. Por tanto te glorificaré, y te daré alabanzas y bendeciré el nombre del Señor.„ (1)

Vese que el hijo de Sirac había leído con fruto los salmos y los profetas; había comprendido aquellas palabras de David: "Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi diestra mientras que yo pongo á tus enemigos por peana de tus pies... De mis entrañas te engendré antes de existir el lucero de la mañana.„ Ruega por consiguiente al Señor, padre de su Señor, que venga en su auxilio.

Esta oración era por él mismo. Pero había hecho otra por su pueblo y por la ciudad santa donde se ve claramente qué persecución era aquélla: "¡Oh Dios de todas las cosas, ten misericordia de nosotros, y vuelve hacia nosotros tus ojos, y muéstranos la luz de tus piedades! Infunde tu temor en las naciones que no te buscaron, á fin de que entiendan que no hay otro Dios sino tú, y pregonen tus maravillas. Levanta tu brazo contra las naciones extrañas para que experimenten tu poder. Porque así como á vista de sus ojos demostraste en nosotros tu santidad, así también á nuestra vista muestres en ellas tu grandeza, para que te conozcan, como también nosotros hemos conocido que no hay otro Dios fuera de ti, ¡oh Señor! Renueva los prodigios, y haz nuevas maravillas. Glorifica tu mano y tu brazo derecho. Despierta la cólera y derrama la ira. Destruye al adversario y abate al enemigo. Acelera el tiempo, no te olvides de poner fin, para que sean celebradas tus maravillas. Devorado sea por el fuego de la ira el que se escapa, y hallen su perdición los que tanto maltratan á tu pueblo. Quebranta la cabeza de los príncipes enemigos, que dicen: No hay otro fuera de nosotros. Reune todas las tribus de Jacob, para que conozcan que no hay otro Dios sino tú, y publiquen tus grandezas, y sean herencia tuya como lo fueron desde el principio. Apiádate de tu pueblo, que lleva tu nombre, y de Israel, á quien has tratado como á primogénito tuyo. Apiádate de Jerusalén, ciudad que has santificado, ciudad en que tienes tu reposo. Llena á Sión de tus palabras inefables y á tu pueblo de tu gloria. Declárate á favor de aquellos que desde el principio son criaturas tuyas, y verifica las predicciones que anunciaron en

(1) Eccli., LI, 1-17.

Digitized by Google

tu nombre los antiguos profetas. Remunera á los que te esperan con paciencia, para que tus profetas sean hallados fieles y oye las oraciones de tus siervos, según la bendición de Aaron sobre tu pueblo, y enderézanos por el sendero de la justicia, á fin de que los moradores todos de la tierra conozcan que tú eres el Dios disponedor de los siglos„ (1).

Este adversario ó Satán, este príncipe enemigo, este pueblo tiranizado, Jerusalén convertida en objeto de compasión, todo esto indica el comienzo de la persecución de Antioco Epifanes, cuando Onías III, Pontífice legítimo, estaba cautivo en Antioquía, cuando su hermano Jasón usurpó el cargo de supremo sacrificador y fué á su vez suplantado por Menelao, de la tribu de Benjamín, y su hermano Lisimaco. La bendición, la gloriosa promesa que había recibido Aarón de que el sacerdocio no saldría de su casa, se hallaba en riesgo. Por esto el escritor sagrado apremia al Señor para que la palabra de sus profetas resulte cierta.

18. Cierta resultaba esa palabra en aquellos mismos infortunios: que los tenía previstos. Con la muerte de Alejandro y la repartición de su imperio en cuatro reinos, había anunciado Daniel de antemano las guerras, las alianzas y las revoluciones de dos de esos reinos: Egipto y Siria, entre los cuales estaba colocada la tierra de Israel ó el país de gloria.

Había dicho: "Y el rey del Mediodía se hará poderoso; mas uno de los príncipes de aquél podrá más que él, y extenderá sus dominios: porque su señorío será grande. Y al cabo de años se confederarán, y la hija del rey del Mediodía pasará al rey del Norte para hacer paces; mas no detendrá la fuerza del brazo, ni subsistirá su estirpe, y será entregada ella y los jóvenes que la habían acompañado y sostenido en aquel tiempo„ (2).

Y al mediodía de Judea, después de la muerte de Alejandro, uno de esos príncipes, Tolomeo Lago, vino á ser rey de Egipto y de los países circunvecinos; pero al Norte otro de esos príncipes, Seleuco Nicator, rey de Siria ó de Asia, vino á ser todavía más poderoso, porque su reino se extendía desde el Mediterráneo hasta las Indias. Y los reyes de Egipto y de Siria, Tolomeo Filadelfo y Antioco Teos, se hicieron la guerra durante muchos años. Y después concluyeron paces mediante un matrimonio. Y Antioco repudió su primera mujer Laodice, de la cual tenía dos hijos, para casarse con Berenice, hija de Tolomeo. Pero la nueva reina no adquirió grande ascendiente. A la muerte de Filadelfo, su padre, la despidió Antioco, y admitió nuevamente á Laodice. Esta envenenó á su marido, y puso en el trono á su hijo mayor Seleuco Calínico. Berenice huyó con los suyos á Dafne, cerca de Antioquía, como á inviolable asilo, pero allí fué entregada con su hijo y su séquito de egipcios, y le dieron muerte.

Había dicho Daniel: "Y se levantará un rey nuevo de su misma estirpe; y vendrá con un ejército, y entrará en la provincia del rey del Norte: y los maltratará, y se hará señor de ellos. Y además se llevará cautivos á

(1) Eccli., XXXVI, 1-19.
(2) Dan., XI, 5 y 6.

Digitized by Google

Egipto sus dioses y simulacros y los vasos preciosos de plata y de oro. Él prevalecerá contra el rey del Norte. Y el rey del Mediodía entrará en el reino, y se volverá á su tierra„ (1).

Y cumpliendo la palabra de Daniel, Tolomeo Evergetes, hermano de Berenice y sucesor de Filadelfo, marcha en auxilio de su hermana para libertarla, y una vez muerta, para vengarla, entra en Siria, penetra hasta Babilonia, hace dar muerte á Laodice, toma á Seleucia, se apodera de la Media y de la Persia, se adelanta hasta la India, vuelve cargado de tesoros y restituye á los egipcios los ídolos que en otro tiempo les había quitado Cambises.

Había dicho Daniel: "Mas sus hijos se irritarán, y congregarán multitud de ejércitos: y el uno vendrá apresuradamente á manera de inundación, y volverá y se llenará de ardor, y peleará contra las fuerzas de aquél„ (2).

Cumpliendo la palabra de Daniel, los dos hijos de Calínico, Seleuco Cerauno y Antioco, apellidado *el Grande*, levantan ejércitos; uno de ellos, Antioco, después de la muerte de su padre, marcha contra Tolomeo Filopator, hijo y sucesor de Evergetes, recupera á Seleucia y la Celesiria, derrota á los generales de su adversario, se apodera de parte de Fenicia y penetra hasta las fronteras de Egipto.

Había dicho Daniel: "Y provocado el rey del Mediodía saldrá y peleará contra el rey del Norte, y pondrá en campo grandes huestes, y caerá en su mano mucha gente. Y hará gran número de prisioneros, y se engreirá su corazón, y derribará muchos millares, más no prevalecerá. Porque el rey del Norte volverá, y levantará un ejército mucho mayor que el primero: y al fin de los tiempos y de los años vendrá precipitadamente con numeroso ejército y poder grande. Y en aquellos tiempos se levantarán muchos contra el rey del Mediodía: y también los hijos de los prevaricadores de tu pueblo se alzarán para cumplir la visión, y caerán. Y vendrá el rey del Norte, y formará terraplenes, y se apoderará de las ciudades más fortificadas, sin que puedan resistirle las fuerzas del Mediodía; y se levantarán los escogidos de él para resistir, pero se hallarán sin fuerzas. Y viniendo aquél sobre el rey del Mediodía, hará cuanto querrá, sin que haya quien pueda resistirle, y entrará en la tierra ilustre, la cual será por él asolada„ (3).

Y cumpliendo la palabra de Daniel obtiene Tolomeo Filopator una gran victoria contra Antioco, cerca de Rafia, entre Rinocorura y Gaza, y Antioco pierde allí 10.000 muertos y 4.000 prisioneros, y la Celesiria y la Judea se rinden al vencedor, y el rey de Egipto no se sostiene, y muere entre los desórdenes, dejando por sucesor á un niño de cinco años, Tolomeo Epifanes; y Antioco hace alianza con Filipo de Macedonia contra el monarca niño, blanco ya de las facciones intestinas; y Escopas, general de Tolomeo, es vencido en una batalla por Antioco, y vese obligado á

(1) Dan., XI, 7, 8 y 9.
(2) Dan., XI, 10.
(3) Dan., XI, 11-16.

Digitized by Google

rendirse sin armas y desnudo; y las ciudades de Fenicia y de Judea abren sus puertas al monarca sirio; y muchos judíos corren á su encuentro, le reciben en Jerusalén, le ayudan á rendir la ciudadela y dan comienzo así á la dominación de los reyes de Siria, que, favorable en un principio, después, en tiempo de Antioco Epifanes, y conforme á la predicción de Daniel, que en seguida veremos, había de llegar á ser tan funesta á la santa ciudad y al pueblo todo, y hacer caer en la apostasía á un crecido número de personas.

Había dicho Daniel: "Y dirigirá sus miras á venir á ocupar todo el reino de aquél, y tratará con él como de buena fe y le dará su hija, la más hermosa de las mujeres, para arruinarle; pero no le saldrá bien, ni ella estará á favor suyo„ (1).

Y cumpliendo la palabra de Daniel, da por esposa su hija Antioco al joven Tolomeo Epifanes, y además por dote la Celesiria y la Palestina; pero es con la mira de apoderarse de Egipto mismo, y Cleopatra, en lugar de cooperar á la pérfida ambición de su padre, abraza la causa de su esposo.

Había dicho Daniel: "Y volverá su rostro á las islas, y se apoderará de muchas: y hará parar al autor de su oprobio, y su oprobio recaerá sobre él„ (2).

Y cumpliendo la palabra de Daniel, toma Antioco varias ciudades marítimas en Tracia y en Grecia, y también las islas de Rodas, de Samos, de Eubea y de Delos, aliadas de los romanos, y se burla del embajador Lucio Escipión; y pronto ese mismo Lucio Escipión, al frente de un ejército romano, le ataca, le derrota, le obliga á una paz vergonzosa, á evacuar no solamente la Grecia sino también toda el Asia de aquende el monte Tauro.

Había dicho Daniel: "Y tornará su faz al imperio de su tierra, y tropezará, y caerá y no será hallado„ (3).

Y cumpliendo la palabra de Daniel, recorre Antioco sus provincias de Oriente buscando con qué pagar á los romanos, y roba el templo de Elimaida, y le matan los habitantes, según unos, y según otros sus mismos oficiales, sin saberse lo que hay en ese asunto.

Había dicho Daniel: "Y tendrá por sucesor un hombre vilísimo é indigno del honor de rey; pero en pocos días acabará su vida, y no en contienda ni en batalla„ (4).

---

(1) Dan., XI, 17.
(2) Dan., XI, 18.
(3) Ibid., 19.
(4) Ibid., 20. Hemos puesto, como de ordinario, en este versículo la traducción del sagrado texto según se contiene en la Vulgata. Así lo trae también la versión italiana. Rorbacher pone: "Y en su lugar se levantará uno que enviará al exactor y obscurecerá la gloria del reino...„ apoyándose sin duda en el hebreo: cuya traslación trae Calmet así: *Stabit in loco ejus homo transferens exactorem gloriae regni.*„ Análoga es la que aduce A Lapide. Y cierto es, que con esa explicación se realza la maravillosa exactitud de la profecía hasta en ese minucioso detalle, á que alude luego nuestro autor.—(*Nota del traductor.*)

Digitized by Google

Y cumpliendo la palabra de Daniel sucede Seleuco Filopator á su padre Antioco *el Grande,* y reina unos diez años sin gloria, ocupándose sólo en apañar todos los años los mil talentos debidos á los romanos, y envía á Eliodoro á Jerusalén para robar el Templo, y muere por el veneno de ese exactor.

Así había predicho Daniel: Los reyes de Siria y de Egipto cumplen, sin saberlo, la predición, y sin saberlo, Polibio, Diodoro, Tito Livio y Justino tomaron acta de haberse cumplido. Mas donde todo esto se encuentra lo más maravillosamente detallado es en la historia de Antioco Epifanes, ó el perseguidor. Había dicho Daniel: "Y se pondrá en lugar de éste uno despreciable, y no le darán la honra de rey: y vendrá en secreto, y se apoderará del reino con engaño„ (1).

Y cumpliendo la palabra de Daniel, sube Antioco IV al solio de su hermano Tolomeo Filopator, y hácese sumamente despreciable, y según el testimonio de Diodoro, de Tito Livio y de Polibio (2), escápase frecuentemente de su palacio, sin saberlo sus ministros, y seguido de dos ó tres criados recorre las calles de Antioquía, párase en las tiendas de los plateros, disputa con ellos acerca de su arte, que pretende conocer tan bien como ellos, se mete entre los bullicios de las calles, bebe con extranjeros y con gente de la hez del pueblo; cuando sabe que unos jóvenes tienen alguna francachela, va allá, sin decir nada, á tontear, cantar y beber con ellos, sin consideración alguna á su decoro. Otras veces, quitándose la púrpura, y haciendo lo que había visto en Roma con motivo de las elecciones de magistrados, va á la plaza pública, hace sus cortesías á los que encuentra, da la mano al uno, abraza al otro, pídele sus sufragios para los cargos de edil ó de tribuno del pueblo; siéntase después en la silla curul, oye los pleitecillos originados en el mercado, y pronuncia la sentencia con tanta gravedad como si del más importante negocio se tratase. Singular en sus larguezas, regala á las personas de mayor consideración dados para el juego, dátiles y otras fruslerías baladíes, mientras que hace presentes magníficos á otros sin conocerlos. Muchas veces cuando se le sube el vino á la cabeza, corre por las calles arrojando á puñados el dinero y gritando:—A quien lo coja.—Otras veces, coronado de rosas y con un traje á la romana, marcha enteramente solo por la ciudad, y si á alguno le ocurre seguirle, le tira piedras, que había recogido. Gústale bañarse en los baños públicos, y hace que allí le lleven los aceites aromáticos más preciosos. Cierto día, habiendo dicho uno que eran felices los reyes en poder usar semejantes perfumes, hizo que al siguiente le vertiesen en la cabeza un vaso entero de ellos. Había tomado, al ocupar el trono, el sobrenombre de Teos Epifanes (dios presente ó dios manifiesto). Sus extravagancias motivaron que se lo trocasen en el de Epimanes (esto es: loco).

"No le darán la honra de rey.„ En realidad no le correspondía y sí

(1) Dan., XI, 21.
(2) Polyb. Fragm., libr. XXVI, cap. X.

Digitized by Google

á su sobrino Demetrio que estaba en rehenes por él en Roma. Además Heliodoro en Siria y Tolomeo Filometor se habían entendido para excluir así al tío como al sobrino; pero Antioco se presentó á Eumeno, rey de Pérgamo y á su hermano Atalo, los ganó con sus adulaciones, y con su auxilio derribó á Heliodoro y ocupó su lugar.

Algunos años antes, habiendo ido el Sumo Sacerdote Onías á ver al rey Selenco Filopator, había obtenido de éste el extrañamiento de Simón el Benjamita que no cesaba de fraguar cábalas en Jerusalén y de ocasionar hasta homicidios. Mas apenas hubo ocupado el trono Antioco, cuando Josué, indigno hermano de Onías, codiciando el Sumo Sacerdocio, se presentó al nuevo rey; le prometió 360 talentos de plata, cerca de dos millones de nuestra moneda, con una renta de otros 80 talentos ó 444.800 francos; y á más 150 talentos, ó sea 1.668.000 francos, si se le daba facultad de abrir un gimnasio donde los hombres y los jóvenes se ejercitasen desnudos al estilo de los griegos, y de hacer á los habitantes de Jerusalén ciudadanos de Antioquía. El rey, que necesitaba dinero, le otorgó cuanto pedía, y además, que su hermano Onías, el legítimo Pontífice, sería extrañado de Jerusalén y llevado á Antioquía, para que su presencia no molestase al usurpador. El falso Pontífice, pues por tal lo da la Sagrada Escritura (1), trocó su nombre de Josué ó Jesús en el nombre griego de Jasón, echó abajo las leyes de sus conciudadanos, introdujo las costumbres griegas, edificó un gimnasio debajo de la ciudadela misma y cerca del Templo y expuso en lugares infames la flor de la juventud. Hasta los sacerdotes, abandonando los ministerios del altar, despreciando el Templo y olvidando los sacrificios, se apresuraban á tomar parte en los ejercicios de la palestra. Al año siguiente celebrábanse en Tiro, á presencia del rey, juegos públicos en honor de Hércules Tirio, como decían los griegos; pero los tirios mismos le llamaban Melc-Arth, ó sea rey de la ciudad; y según todas las indicaciones, el Baal ó señor cuyo culto trajo Jezabel de Tiro á Samaria (2). El impío Jasón comisionó de Jerusalén para asistir á aquellos juegos, unos hombres á quienes había hecho ciudadanos de Antioquía y que llevaban de su parte 3.300 dracmas para el sacrificio de Hércules. Pero á los mismos enviados les pareció inconveniente tal empleo de aquel dinero y pidieron que se destinase á otros objetos.

Entretanto, habiendo Tolomeo Filometor llegado á los catorce años, fué declarado mayor. Hiciéronse grandes preparativos en Alejandría para la solemnidad de su coronación como se acostumbraba en Egipto. Siendo Antioco tío materno suyo, envió á Apolonio, uno de los señores de su corte, con el carácter de embajador, para felicitar de su parte al joven rey. En realidad era con objeto de averiguar qué designios había respecto á las provincias de Celesiria y Palestina, que ya le habían reclamado.

---

(1) II Mach., IV, 13.
(2) *Manuel d'histoire ancienne de l'Orient*, por F. Lenormant, tomo II, pág. 352, París 1868.

Digitized by Google

Cuando supo que se disponían á la guerra, Antioco vino en persona á Jope, visitó la frontera de Egipto para poner en estado de defensa todo el país, y de paso fué á Jerusalén, donde tuvo de Jasón y de toda la ciudad un espléndido recibimiento, entrando á la luz de las antorchas y entre públicas aclamaciones. Desde allí volvióse con su ejército á Fenicia.

Pasados tres años envió Jasón á Menelao, hermano de Simón el Benjamita, de quien hemos hecho mención, con el encargo de llevar dinero al príncipe y recibir órdenes sobre asuntos importantes. Pero Menelao supo captarse tanto las simpatías de Antioco lisonjeando su vanidad con una pomposa descripción de su poderío, que logró alzarse con el Sumo Sacerdocio ofreciendo 300 talentos más que Jasón. Así, pues, recibidas las órdenes del rey volvió á Jerusalén sin tener nada digno del Sacerdocio, antes sí el ánimo de cruel tirano y la rabia de bestia fiera. Jasón, que había sorprendido á su propio hermano, fué á su vez engañado por un extraño, y tuvo que huir, como desterrado, al país de los amonitas.

Lo que codiciaban estos impíos usurpadores en el cargo de sumo sacrificador no era tanto el ministerio de sacrificador en sí mismo, cuanto la potestad temporal, aneja entonces á él.

Apoderado así Menelao del principado, no se cuidó de enviar el dinero que había prometido, no obstante apremiar Sostrato, comandante de la fortaleza é intendente de los tributos. Fueron por esto llamados ambos á la corte, y dejaron entretanto como sustitutos: Menelao á su hermano Lisímaco, y Sostrato á Crates, gobernador de Chipre.

No encontraron al rey. Había salido para reprimir la sedición de Tarso y Mallo, dos ciudades de la Cilicia, las cuales se habían rebelado porque había hecho donación de ellas como regalo á una de sus concubinas. Había designado para lugarteniente suyo á Andrónico, gobernador de Antioquía, al cual ganó Menelao haciéndole presente de una parte de los vasos de oro que había hurtado del Templo, después que otra parte los vendió en Tiro y en las ciudades comarcanas. El Sumo Sacerdote Onías, que se hallaba retirado en lugar seguro en Antioquía, encargó que hiciesen las más vivas reprensiones al profanador sacrílego. Menelao, yendo de crimen en crimen, persuade al gobernador que dé muerte al santo anciano. Andrónico, con solemne juramento, induce á Onías á salir fuera de su asilo, y al punto le quita la vida. Indignó aquel execrable asesinato, no tan sólo á los judíos, sino también á tódas las demás naciones; tanto era el universal afecto y respeto que gozaba Onías. Y cuando el rey volvió de Cilicia, y se le presentaron los judíos y los griegos á darle sus quejas, él mismo Antioco se contristó de aquella muerte en el fondo de su corazón, y vertió lágrimas, al recordar la sobriedad y moderación del difunto. Y muy encolerizado contra Andrónico, mandó que despojando de la púrpura á este sacrílego, le paseasen así por la ciudad y que fuese muerto en el mismo sitio en que había cometido tal impiedad contra Onías, dándole así el Señor la merecida pena.

Durante este tiempo cometió Lisímaco muchos sacrilegios en el Templo por instigación de Menelao, é hizo sacar de allí una gran cantidad de

Digitized by Google

oro. Esparcido el rumor sublevóse la muchedumbre. Armó Lisímaco cerca de tres mil hombres á las órdenes de cierto tirano, hombre provecto en años y en malicia, y comenzó á ejecutar violencias. Pero encendida en ira la multitud y cogiendo, quienes piedras, quienes palos, y hasta apelando algunos á arrojar ceniza, dieron sobre Lisímaco y los suyos; parte hirieron, parte mataron, y á los restantes pusieron en fuga, y mataron, en fin, al sacrílego mismo junto al erario.

Comenzóse, pues, á acusar á Menelao de todos estos desórdenes. Y habiendo venido el rey á Tiro, tres diputados, enviados por el Senado, le presentaron sus quejas. Convicto estaba ya Menelao, cuando ofreció una considerable suma á un cortesano llamado Tolomeo, el cual aconsejó al rey cambiar la sentencia, declarar inocente á Menelao, reo de toda maldad, y condenar á muerte unos desdichados que hubieran sido declarados inocentes aun ventilándose su causa ante los mismos escitas. Todos, hasta los tirios, se indignaron de semejante iniquidad, y les hicieron muy liberalmente honorífica sepultura á los diputados. Entretanto, Menelao, que de esta suerte se había mantenido en el poder por la avaricia de los cortesanos, crecía en malicia para tender lazos á sus conciudadanos (1).

Hizo Antioco una segunda expedición á Egipto, de cuya guerra hemos dicho ya, al comparar la historia de ella con las predicciones tan detalladas y precisas de Daniel.

Y mientras estaba Antioco en Egipto, viéronse en cuarenta días, por toda la ciudad de Jerusalén, correr de parte á parte por el aire hombres á caballo y armados de lanzas, como escuadrones, y caballos ordenados en filas, que corriendo se atacaban unos á otros, y movimientos de broqueles, y una multitud de gentes armadas con morriones, y espadas desnudas, y tiros de dardos, y el resplandor de armas doradas y de todo género de corazas. Por tanto, rogaban todos á Dios que tales prodigios tornasen en bien.

Mas habiéndose esparcido el falso rumor de que Antioco había muerto, tomando Jasón consigo 1.000 hombres, acometió de improviso la ciudad: y aunque los ciudadanos acudieron al instante á las murallas, al fin se apoderó de ella; y Menelao huyó al alcázar. Pero Jasón, como si creyese ganar un triunfo sobre sus enemigos y no sobre sus conciudadanos, hizo una horrible carnicería en la ciudad, no considerando que es un mal gravísimo el feliz éxito en la guerra contra los suyos. Esto no obstante, no pudo ponerse en posesión del principado, antes bien, todo el fruto que sacó de sus traiciones fué la propia ignominia; y viéndose precisado á huir nuevamente, se retiró al país de los amonitas. Finalmente, puesto en prisión por Aretas, rey de los árabes, que quería acabar con él, y habiendo podido escapar, andaba de ciudad en ciudad, aborrecido de todo el mundo, como prevaricador de las leyes y como un hombre execrable y enemigo de la patria y de los ciudadanos, fué á dar en Egipto; de donde, no creyéndose aun allí seguro, se refugió en Lacedemonia, pensando si allí encontraría algún refugio á título del parentesco entre lacedemo-

(1) II Mach., IV, 1-50.

Digitized by Google

ños y judíos. El que había arrojado á muchos fuera de su patria, murió él desterrado de ella, y el que había mandado arrojar los cadáveres de muchas personas sin darles sepultura, fué arrojado insepulto y sin ser llorado de nadie, no habiendo podido hallar sepulcro ni en su propia tierra ni en la extraña.

19. Así las cosas, entró Antíoco en sospecha de que los judíos abandonarían su alianza. Partió, pues, de Egipto lleno de furor, se apoderó de la ciudad á mano armada, y mandó á los soldados que matasen á quienesquiera encontrasen, y que, penetrando en las casas, continuasen la matanza; de manera que se hizo una carnicería general de jóvenes y de ancianos, y de mujeres con sus hijos, y de doncellas y de niños. En los tres días fueron ochenta mil los muertos, cuarenta mil los cautivos, y no menos los que fueron vendidos como esclavos. Ni aun quedó en esto; guiado por Menelao, traidor á la patria y á las leyes, osó Antíoco entrar en el Templo, lugar más santo de toda la tierra; profanar con sus criminales manos los vasos sagrados que otros reyes y ciudades habían puesto allí para ornamento y gloria de aquel lugar. Tomó del altar de los perfumes el candelero de oro, la mesa de proposición, todos los vasos y ornamentos preciosos, rompió y arrebató todo, como también los tesoros ocultos, hablando á todo esto con extremado orgullo. "Así, Antíoco, perdida toda luz de su entendimiento, no consideraba que si Dios mostraba por un poco tiempo su indignación contra los habitantes de la ciudad, era por causa de los pecados de ellos; y que por lo mismo había experimentado semejante profanación aquel lugar: porque de otra suerte, si no hubieran estado envueltos en muchos delitos, este príncipe, como le sucedió á Heliodoro, enviado del Rey Seleuco para saquear el tesoro, hubiera sido azotado luego que llegó, y precisado á desistir de su temeraria empresa. Pero Dios no escogió el pueblo por ámor del lugar, sino á éste por amor del pueblo. Por cuyo motivo, este lugar mismo ha participado de los males que han acaecido al pueblo, así como tendrá también parte en los bienes„ (1). Son reflexiones del autor sagrado, cuyo relato hemos seguido también en todo lo demás.

Habiendo, pues, Antioco sacado del Templo 1.800 talentos, como unos diez millones de nuestra moneda, se volvió apresuradamente á Antioquía, dominado en tal manera de la soberbia y presunción de ánimo, que se imaginaba poder llegar á navegar por la tierra y á caminar á pie por el mar. Dejó allí gobernadores para vejar á la nación; en Jerusalén, á Filipo, originario de Frigia, aún más cruel que su amo, y en Garicim, á Andrónico y además Menelao, más encarnizado aún que los otros contra los ciudadanos (2).

Fué grande el llanto que hubo entonces en Israel y en todo el país. Gemían los príncipes y los ancianos, quedaban sin aliento las doncellas y los jóvenes, y se alteró la hermosura de las mujeres. Entregáronse al llanto todos los esposos, y sentadas sobre el tálamo nupcial se deshacían

(1) I Mach., I, 51-25.
(2) II Mach., V, 15-23.

Digitized by Google

en lágrimas las esposas. Y extremecióse la tierra como compadecida de sus habitantes, y toda la casa de Jacob fué cubierta de confusión (1).

En su cuarta expedición contra Egipto vió Antioco venir en bajeles de Macedonia embajadores romanos, cuyo jefe era Popilio, los cuales de parte del Senado le significaron que evacuase las tierras del rey de Egipto aliado de Roma. Sabido es con qué altanería le obligó Popilio á responder sin dilación. Sometióse Antioco á despecho y gimiendo, dice Polibio (2). Había predicho Daniel: "Al tiempo prefijado volverá y vendrá al Mediodía, mas esta última expedición no saldrá como la primera. Porque vendrán sobre él las naves y los romanos; y quedará consternado, y se volverá, y encenderase su saña contra el Testamento santo, y la explayará, y se irá, y pondrá su pensamiento en aquellos que abandonaron el Testamento santo. Y los brazos estarán de su parte, y contaminarán el santuario de la Fortaleza, y quitarán el sacrificio perenne, y sustituirán la abominación de la desolación„ (3).

Y cumpliendo la profecía de Daniel, Antioco á instigación del apóstata Menelao envió á Apolonio con 22.000 hombres á Judea con orden de matar todos los adultos y vender las mujeres y los niños. Este al llegar á Jerusalén, habló á la gente con fingida dulzura, simulando paz, y le creyeron. Y se estuvo quieto hasta el día santo del sábado. Mas cuando vió á todos los judíos ocupados únicamente en la fiesta, hizo tomar las armas á sus tropas. Y de repente se arrojó sobre los ciudadanos, quitando la vida á muchísima gente. Y saqueó la ciudad, y entrególa á las llamas, y derribó sus casas y los muros que la cercaban, y llevaron cautivos á una muchedumbre de mujeres y niños. Y fortificaron con grande muralla y con fuertes torres la ciudad de David, y pusieron en ella una guarnición de gente malvada que impidieron con violencia el culto divino, derramaron mucha sangre, y profanaron el santuario. Huyó el resto de los habitantes, y vino á ser Jerusalén morada de extranjeros y como extraña para sus naturales (4).

En esto el rey Antioco expidió cartas por todo su reino, para que todos sus pueblos formasen uno solo, renunciando cada uno á su ley particular; y todas las naciones obedecieron á esta palabra del rey Antioco; y muchos del pueblo de Israel se sometieron á esta servidumbre, y sacrificaron á los ídolos, y violaron el sábado (5).

Los samaritanos que veían á los judíos agobiados de males, escribieron á Antioco, que no debía confundirlos con ellos. Su carta llevaba este encabezamiento: *Al rey Antioco, dios Epifanes*. Representábanle que sus antepasados descendían de los medos y de los persas, que afligidos en otro tiempo por frecuentes pestes se habían comprometido por una antigua superstición á celebrar el sábado de los judíos, y habían erigido

(1) I Mach., I, 26-29.
(2) Polyb. *Legat.*, cap. XCII.
(3) Dan., XI, 29-31
(4) I Mach., I, 31-40; II Mach., V, 24-17.
(5) I Mach., I, 43-35.

Digitized by Google

en el monte de Garizim un templo en honor de un Dios innominado; pero que ahora suplicaban al rey que en adelante se llamase aquel el templo de Júpiter helénico (1). Poco después envió Antioco un senador de Antioquía para obligar á los judíos á abandonar las leyes de Dios y de sus padres; y para profanar el Templo de Jerusalén y consagrarlo á Júpiter Olímpico, como también el de Garizím á Júpiter Hospedador, por ser extranjeros los habitantes de aquel lugar.

Entonces fué cuando los males llegaron á su colmo. Estaba el Templo lleno de lascivias y de glotonerías propias de los gentiles, de hombres impúdicos y prostitutas. Lleno el altar de viandas inmundas. No se guardaban ya los sábados, ni se celebraban las fiestas solemnes del país, y nadie se atrevía á confesar que era judío. El día del cumpleaños del rey los hacían ir con amarga necesidad á los sacrificios profanos y cuando se celebraban las bacanales los precisaban á ir por las calles coronados de yedra en honor de Baco. Y á sugestión de los de Tolemaida salió una orden en las ciudades de los gentiles vecinas para que ellos hiciesen lo mismo, precisando á los judíos á sacrificar. Así, pues; no se veía más que desolación. Habiendo sido acusadas dos mujeres de haber circuncidado á sus hijos, las pasearon públicamente por la ciudad con los hijos colgados á sus pechos. y después las precipitaron desde lo alto de la muralla (2).

Según Porfirio, citado por San Jerónimo, el ídolo que Antioco hizo colocar sobre el altar de Jerusalén era su propia imagen. Habíalo previsto Daniel: "Y hará el rey según su voluntad, y se levantará soberbio é insolente contra todo dios; y hablará con arrogancia contra el Dios de los Dioses, y tendrá buen suceso hasta que se cumpla la ira; porque hecho está el decreto. Y no tendrá respeto al Dios de sus padres, y será codiciador de mujeres, ni se cuidará de ningún dios: porque se levantará contra todas las cosas. Mas honrará al dios Maozím, en su lugar, y al dios que sus padres no conocieron honrará con oro y con plata y con piedras preciosas y joyas de valor. Y fortificará á Maozím con un dios extraño, y á los que á éste le reconozcan, él los colmará de honores y les dará autoridad sobre muchos, y les repartirá gratuitamente la tierra„ (3).

Antioco, en el fondo, no reconocía más Dios ni más ley que la fuerza; y como se creía el más fuerte, se hacía adorar bajo el nombre de Júpiter Olímpico ó de Hércules Tirio. Estos Maozím, ó dioses de la fuerza, ocupaban su lugar. Junto al templo donde estaba el principal de esos ídolos, edificó una fortaleza; y elevaba él á los honores y colmaba de riquezas á los que adoraban su dios.

No sólo en Jerusalén estaba la abominación de la desolación. Veíanse en todas las ciudades de Judá altares levantados á los ídolos, y gentes que en honor suyo quemaban incienso, ante las puertas de las casas y en medio

(1) II Mach., VI. 8-10; Hieron., *In Dan.*, cap. XI.
(2) I Mach., I, 41-52.
(3) Dan., XI, 36-39.

Digitized by Google

de las calles. Rasgaban y echaban al fuego los libros de la Ley de Dios, y despedazaban á aquellos que tuviesen dichos libros ó guardasen sus preceptos. Muchos se dejaron arrastrar á la apostasía; pero muchos también prefirieron morir á quebrantar la Ley de Dios.

Entre éstos resplandece uno de los primeros doctores de la Ley, varón de edad provecta y de venerable presencia. Llamábase Eleazar. Le estrechaban á que comiese carne de cerdo, y llegaron hasta abrirle la boca á la fuerza. Pero él, anteponiendo una gloriosa muerte á una vida criminal, caminaba voluntariamente por su pie al suplicio. Algunos, movidos á una cruel compasión y en atención á la antigua amistad que con él tenían, tomándole aparte, le rogaban que les permitiese traer carnes de las que le era lícito comer, para poder así aparentar que había cumplido la orden del rey, de comer carnes sacrificadas, á fin que de esta manera se libertase de la muerte. Respondió al punto el santo anciano que prefería bajar al sepulcro. "Porque no es lícito á nuestra edad—les añadió—usar de esta ficción, la cual sería causa de que muchos jóvenes, creyendo que Eleazar, en la edad de noventa años, se había pasado á la vida de los gentiles, cayesen en error á causa de esta ficción mía por conservar yo un pequeño resto de esta vida corruptible, además de que echaría sobre mi ancianidad la infamia y execración. Fuera de esto, aun cuando pudiese librarme al presente de los suplicios de los hombres, no podría yo, ni vivo ni muerto, escapar de las manos del Todopoderoso. Por lo cual, muriendo valerosamente, me mostraré digno de la ancianidad á que he llegado, y dejaré á los jóvenes un ejemplo de fortaleza si sufriere con ánimo pronto y constante una muerte honrosa en defensa dc una Ley, la más santa y venerable."

Dicho esto, aquellos que le llevaban, y que poco antes se le habían mostrado muy humanos, pasaron á un extremo de furor, y le llevaron ellos mismos al suplicio. Y estando ya para morir á fuerza de los golpes que sobre él descargaban, gimió y dijo: "Señor, tú que tienes la ciencia santa, tú sabes bien, que habiendo yo podido librarme de la muerte, sufro en mi cuerpo atroces dolores; pero mi alma los padece de buena voluntad por tu temor" (1).

Y no era sólo en Judea donde se encrudecía la persecución; tuvo también Antioquía ilustres mártires, cuyas tumbas se mostraban en el tiempo de San Jerónimo.

Cogieron entre otros á siete hermanos con su madre, y llevados ante Antioco quería éste obligarlos, atormentándolos con azotes y con nervios de toro, á comer carne de cerdo contra la ley. Mas uno de ellos, que era el mayor, le dijo: "¿Qué es lo que así pretendes ó quieres saber de nosotros? Aparejados estamos á morir antes que violar las leyes de Dios y de nuestra patria." Encendióse el rey en cólera, y mandó caldear sartenes y ollas de metal, y cuando estuvieron candentes, ordenó que se cortase la

(1) II Mach., VI, 18-31.

Digitized by Google

lengua al que había hablado el primero, que se le arrancase la piel de la cabeza y se le cortasen las extremidades de las manos y pies á presencia de sus hermanos y de su madre. Y después de haberle hecho mutilar así, mandó traer fuego y que le tostasen en la sartén hasta que expirase. Mientras que sufría en ella este largo tormento, los demás hermanos, con la madre, se alentaban mutuamente á sufrir con valor, diciendo: "El Señor Dios verá la verdad, y será consolado en nosotros, como lo declaró Moisés cuando protestó en su cántico: Y en sus siervos será consolado.„

Y habiendo muerto de esta manera el primero, llevaban el segundo para escarnecerle, y arrancada la piel de su cabeza con los cabellos, le preguntaron si comería antes que ser atormentado en todos sus miembros. Mas él, respondiendo en su lengua nativa, dijo: "No haré tal.„ Y así también este fué en seguida atormentado como el primero. Y cuando estaba ya para expirar dijo: "Tú, oh perversísimo, nos haces perder la vida presente, pero el Rey del universo nos resucitará algún día para la vida eterna por haber muerto en defensa de sus leyes.„

Después de éste vino al tormento el tercero, el cual, al punto que le pidieron la lengua, la sacó al instante y extendió sus manos con valor. Y dijo lleno de confianza: "Del cielo he recibido estos miembros del cuerpo, mas ahora los desprecio por amor de las leyes de Dios y espero que de Él los he de recobrar.„ De manera que el rey y los que con él estaban se maravillaban del espíritu de aquel mancebo que contaba por nada los tormentos.

Muerto éste así, atormentaron de la misma manera al cuarto, el cual, estando ya para morir, dijo así: "Nos es mayor ventaja el ser entregados á muerte por los hombres, esperando firmemente en Dios que de nuevo nos ha de resucitar: pero tu resurrección no será para la vida.„

Y habiendo tomado al quinto le atormentaban. Mas él, mirando al rey, dijo: "Teniendo poder entre los hombres, aunque eres un hombre mortal, haces lo que quieres; mas no te persuadas que Dios ha desamparado á nuestra nación; aguarda sólo un poco, y verás su gran poder, de que manera te atormentará á ti y á tu linaje.„

Después de éste fué conducido al suplicio el sexto, y estando ya para expirar, dijo: "No te engañes en vano; pues nosotros, por nuestra culpa, padecemos esto, habiendo pecado contra nuestro Dios, y cosas terribles nos han acaecido á nosotros; mas no pienses tú quedar impune después de haber osado combatir contra Dios.„

Mas la madre, en extremo admirable y digna de la memoria de los buenos, viendo morir á sus siete hijos en el término de un solo día, lo sufría con ánimo constante por la esperanza que tenía en Dios. Llena de sabiduría exhortaba con valor, en su lengua nativa, á cada uno de ellos en particular, y uniendo un ánimo varonil á la ternura de mujer, les decía: "No sé de qué modo os formasteis en mi seno, porque no fuí yo quien os dí espíritu, ni alma, ni vida, ni tampoco fuí yo la que coordiné los miembros de cada uno de vosotros. Mas el Criador del mundo, que formó al hombre en su origen, y que dió el principio á todas las cosas, misericor-

Digitized by Google

dioso os restituirá el espíritu y la vida, porque vosotros ahora, por amor de sus leyes, os despreciáis á vosotros mismos„ (1).

Antioco, pues, considerándose humillado é insultado, cómo quedase todavía el más pequeño de todos, no sólo le exhortaba con palabras, mas aun con juramento le aseguraba que le haría rico y feliz, y que si dejaba las leyes de sus padres, le tendría por su amigo, y le daría cuanto hubiese menester. Mas cómo al joven ninguna mella le hiciesen estas palabras, llamó el rey á la madre, y la persuadía que salvase la vida á aquel joven. Y después de haberla aconsejado con muchas razones, ella prometió exhortar á su hijo. Con lo que inclinándose á él, burlándose del cruel tirano, le dijo en su propia lengua: "Hijo mío, ten piedad de mí, que te llevé en mi seno nueve meses, y te di el pecho tres años, y te he criado y conducido hasta esta edad. Ruégote, hijo, que mires al cielo y á la tierra y á todas las cosas que allí hay; y entiende que Dios las ha criado todas de la nada, como igualmente al linaje humano. De este modo no temerás á este verdugo; antes bien, haciéndote digno de participar de la suerte de tus hermanos, recibe la muerte, para que yo te recobre con tus hermanos en aquella misericordia que esperamos.„

Y aún no había acabado de hablar esto, cuando el joven dijo: "¿Á quién esperáis? No obedezco al mandato del rey, sino al mandato de la ley que nos fué dada por Moisés. Mas tú, que eres el autor de todos los males contra los hebreos, no escaparás de la mano de Dios. Pues nosotros padecemos esto por nuestros pecados, y si el Señor nuestro Dios se ha airado por un breve tiempo contra nosotros á fin de corregirnos y enmendarnos; mas de nuevo se reconciliará con sus siervos. Pero tú, oh malvado y el más perverso de todos los hombres, no te ensoberbezcas inútilmente con vanas esperanzas, enfurecido contra sus siervos. Porque aún no has escapado del juicio de Dios Todopoderoso y que ve todas las cosas. Porque mis hermanos, habiendo tolerado ahora un poco de dolor pasajero, están ya bajo la alianza de la vida eterna: mas tú, por el juicio de Dios, pagarás las penas debidas á tu soberbia. Por lo que á mí toca, del mismo modo que mis hermanos entrego mi alma y cuerpo por las leyes de mis padres, rogando á Dios que se muestre cuanto antes propicio á nuestra nación, y que tú á fuerza de tormentos y de azotes confieses que él es el solo Dios. Mas en mí y en mis hermanos cesará la ira del Todopoderoso, la que justamente ha venido sobre toda nuestra nación.„

Entonces el rey, ardiendo en cólera, descargó su furor sobre éste con más crueldad que sobre todos los otros, indignado de verse burlado. Con lo que éste también acabó sin contaminarse, con una entera confianza en el Señor. Finalmente, después de los hijos, fué también muerta la madre (2).

Hacia aquel mismo tiempo celebraba Antioco juegos públicos en Daphne, cerca de Antioquía. Había con grandes gastos hecho venir los

(1) II Mach., VI, 18-31.
(2) II Mach., VII, 1-41.

Digitized by Google

mejores actores y los más famosos operarios de Europa y Asia, y había invitado de todas partes innumerable multitud de espectadores. Nunca habían visto los sirios fiesta más magnífica. Comparecieron primero en pomposa parada unas en pos de otras diversas compañías de guerreros, vestidos y armados los de la primera á la romana, y cada cual de las otras al estilo de otra nación. Venían en seguida, llevados por hombres ricamente vestidos, y precedidos de 800 jóvenes con coronas de oro, los ídolos de todos los dioses, genios y héroes, que eran conocidos y honrados en cualquier parte que fuese. Seguían los pajes del rey, que llevaban su vajilla de oro y de plata, entre la cual estaban, sin duda, los vasos sagrados del Templo de Jerusalén; ya que Polibio advierte expresamente con esta ocasión que la mayor parte de aquellas riquezas eran robos sacrílegos de templos. Terminábase aquella pompa con 80 concubinas, llevadas en literas de pies de oro, y con otras 500 llevadas en literas de pies de plata. El mismo rey, caballero en una haca, galopaba de un lado para el otro, como haciendo de bedel en aquella especie de procesión. En los festines él mismo servía, ya á una mesa, ya á otra, y precedía á los que llevaban los platos revestido de los ornamentos reales y con la diadema en la cabeza. Un día hizo que unos bufones le llevasen á la sala y le dejasen posado en el suelo envuelto en lienzos, como un muerto. Mas de pronto, al son de la música, levántase desnudo y danza á la cabeza de los bufones, con actitudes tan indecentes, que los espectadores huyeron avergonzados.

En el orden y magnificencia del conjunto de las fiestas se echaba de ver al rey, pero viéndole á él mismo hacía el efecto de un loco; y no podía concebirse que ambos fuesen una sola y misma persona. Es la reflexión de Diodoro de Sicilia (1). Veremos que el primero y más furioso perseguidor de los cristianos se asemejará al primero y más furioso perseguidor de los judíos. Veremos en Nerón, como en Antioco, una asquerosa mezcla de crueldad, liviandades y extravagancias, con algunas buenas cualidades.

20. Continuaba entretanto la persecución en Jerusalén. Había allí todavía un sacerdote fiel: Matatías, de la familia de Joarib, la primera de las 24 familias sacerdotales. Tenía cinco hijos: Juan, por sobrenombre *Gaddis*, y Simón, por sobrenombre *Tasi*, y Judas, apellidado *Macabeo*, y Eleazar, denominado *Abarón*, y Jonatás, conocido con el sobrenombre de *Apfus*. Al ver los estragos que se hacían en el pueblo de Judá y en Jerusalén, se retiraron á la montaña de Modin, no lejos de Joppe. "¡Infeliz de mí!—exclamó Matatías.—¿Por qué he venido al mundo para ver la ruina de mi patria y la ruina de la santa ciudad, y estarme en ella sentado mientras que es entregada en manos de sus enemigos? Las cosas santas están en manos de extraños, su Templo es como un hombre deshonrado, sus vasos preciosos han sido saqueados y llevados fuera, despedazados por las plazas sus ancianos, y muertos al filo de espada enemiga sus

(1) Polyb., *Fragm.*, lib. XXXI.

Digitized by Google

jóvenes. ¿Qué gente no heredó el reino de ella, y no participó de sus despojos? Todo su atavío ha sido quitado. La que era libre ha sido hecha esclava. Y he aquí nuestras cosas santas, y nuestra hermosura, y nuestro esplendor todo ha sido afeado, y lo han profanado las gentes. ¿Para qué, pues, queremos ya la vida?„ Y hablando así, rasgaron sus vestiduras, y se cubrieron de cilicios, é hicieron grande llanto.

Mas los comisionados de Antioco llegaron hasta la ciudad de Modin para obligar á los allí acogidos á que sacrificasen á los ídolos y abandonasen la Ley de Dios. A lo cual sucumbieron muchos todavía; pero Matatías y sus hijos se mantuvieron firmes. Los comisionados de Antioco dijeron á Matatías: "Príncipe eres muy ilustre y grande en esta ciudad, y adornado de corona de hijos y hermanos. Así, llega tú el primero y cumple el mandamiento del rey, como lo han hecho todas las gentes, y los varones de Judá y los que han quedado en Jerusalén, y serás tú con tus hijos entre los amigos del rey, y te colmará de oro y plata, y de muchos dones.„ Pero Matatías respondió en alta voz: "Aunque todas las gentes obedezcan al rey Antioco, apartándose cada uno del yugo de la ley de sus padres y consintiendo en los mandamientos del rey; yo y mis hijos y mis hermanos obedeceremos á la ley de nuestros padres. Dios nos ampare; no nos es conveniente abandonar la ley y los mandamientos de Dios. No daremos oídos á las palabras del rey Antioco, ni sacrificaremos, traspasando los mandamientos de nuestra ley por seguir otro camino.„

Y aun no bien había acabado, cuando un judío se adelantó á vista de todos para sacrificar á los ídolos en el altar de Modín. Ardió Matatías en santo celo, extremeciéronse sus entrañas, é inflamándose en ira según el juicio de la ley, precipítase sobre aquel hombre y le da muerte, y lo mismo al oficial que obligaba á sacrificar, y derriba el altar animado del celo de la ley, como Finées cuando mató á Zamrí, hijo de Salomi. Después clamó á grandes voces por la ciudad, diciendo: "Todo aquel que tiene celo por la ley, guardando firme su alianza, salga en pos de mí.„ Y huyeron él y sus hijos á los montes y dejaron cuanto tenían en la ciudad.

Entonces, muchos que buscaban la ley y la justicia bajaron al desierto, y permanecieron allí ellos, y sus hijos, y sus mujeres y sus ganados alimentándose de las hierbas del campo, para no ser partícipes de las faltas con que los otros se contaminaban. Avisados de ello los oficiales del rey que ejercían mando en la fortaleza de Jerusalén, fueron á atacarlos á un lugar fortificado, digámoslo así, por la naturaleza, en las montañas. Intimáronles la rendición y la obediencia al mandato del rey, respondieron que ni eso harían ni violarían el mandamiento del sábado. Y en efecto, sin arrojarles una piedra y sin cerrar sus cuevas, exclamando: "Muramos todos en nuestra sencillez: y serán sobre nosotros testigos el cielo y la tierra, de cómo nos matáis injustamente.„ Se dejaron matar ellos, y sus mujeres, y sus hijos y sus ganados, llegando á 1.000 personas las que perdieron la vida. Tomaron de ello gran pesar Matatías y los suyos. Y se dijeron unos á unos: "Si todos nosotros hiciéremos como lo han hecho nuestros hermanos, y no peleáremos para defender nuestras vidas y

Digitized by Google

nuestra ley contra las naciones, en breve tiempo acabarán con nosotros.„ Tomaron, pues, la resolución de pelear contra quien les acometiese en día de sábado, para no morir todos, como sus hermanos.

Vinieron entonces á reunírseles los asideos, esto es, según toda probabilidad, los esenios ó, acaso, los recabitas. Eran de los más valerosos de Israel. Uniéronseles, pues, los celosos de la ley, y también los que huían acosados de las calamidades, y sirviéronles de refuerzo. Formaron así un ejército y cayeron furiosamente sobre los prevaricadores, y los que quedaron, huyeron á ponerse en salvo entre las naciones. Matatías después, con sus amigos, recorría todo el país, destruyendo los altares de los ídolos, haciendo circuncidar los niños, persiguiendo á los impíos; y con prosperidad en todas sus empresas, vindicaron la ley contra el poder de los gentiles y el poder de los reyes.

Pero Matatías era muy entrado en edad. Y acercándose el día de su muerte, dijo á sus hijos: "Ahora ha tomado fuerzas la soberbia, y es tiempo del castigo y de la ruina, y la ira de la indignación. Pues ahora, oh hijos, sed celosos de la ley, y dad vuestras vidas por el testamento de vuestros padres; acordaos de las obras que hicieron en sus tiempos vuestros antepasados, y os adquiriréis una gloria grande y un nombre eterno. ¿Acaso Abrahán no fué hallado fiel en la tentación, y le fué esto imputado á justicia? José en el tiempo de su angustia guardó el mandamiento y fué hecho señor de Egipto. Finées, nuestro padre, celando la honra de Dios, obtuvo la promesa de un sacerdocio eterno. Josué cumpliendo la palabra, fué hecho caudillo de Israel. Caleb, dando testimonio en la congregación del pueblo, alcanzó una herencia. David, por su misericordia, consiguió el trono del reino para siempre. Elías, por su abrasado celo por la ley, fué recibido en el cielo. Ananías y Azarías y Misael, por su fe, fueron librados de las llamas. Daniel, por su sinceridad, fué librado de la boca de los leones. Y á este modo id discurriendo de generación en generación: todos aquellos que ponen en Dios su esperanza, no descaecen. Y no temáis de palabra de hombre pecador; porque su gloria es basura y gusanos. Hoy es ensalzado, y mañana no será hallado; porque se convierte en el polvo de que fué formado, y se desvanecen todos sus designios. Pues vosotros, hijos, esforzaos y obrad con valor por la ley, pues ella será la que os llenará de gloria. Ahí tenéis á Simón, vuestro hermano; yo sé que es hombre de consejo; escuchadle siempre, y él hará para con vosotros las veces de padre. Y Judas Macabeo, de grande valor desde su juventud, sea el general de vuestro ejército y el que conduzca el pueblo á la guerra. Y atraeréis á vosotros todos los que observaren la ley, y haced venganza de vuestro pueblo. Dad á las gentes su merecido, y sed solícitos en guardar los preceptos de la ley.„

Y los bendijo, y fué reunido á sus padres. Murió el año 146 de la Era de los griegos, 166 antes de Jesucristo; y sepultáronle sus hijos en Modín, en el sepulcro de sus padres, y le lloró todo Israel con grande llanto (1).

(1) I Mach., II, 1-70.

Digitized by Google

Tomó Matatías las armas, y las tomó legítimamente. Como jefe de la primera familia sacerdotal, era desde la muerte del último pontífice legítimo, Onías III, el jefe natural de la nación judía. Una nación tiene el derecho natural de defenderse contra quien quiere asesinarla; y Matatías lo que hizo fué usar de ese derecho. "Si los súbditos—dice á este propósito Bossuet—ya no tienen obligación alguna para con un rey que abdica la corona, y que abandona absolutamente el gobierno, ¿qué diremos de un rey que tratase de derramar la sangre de todos sus súbditos y que cansado de matarlos, vendiese al extranjero los restantes? ¿Puede darse más manifiesta renuncia de tenerlos por súbditos ni declaración más patente de ser, no ya rey y padre sino enemigo de su pueblo todo? Tal hizo Antioco respecto á los judíos que se vieron, no solamente abandonados, sino exterminados en junto por su rey; y esto sin haber cometido falta alguna, según el mismo Antioco se ve por fin obligado á reconocer„ (1).

Por otra parte, aun suponiendo con Bossuet que los reyes de Siria fuesen legítimos soberanos, ó superiores con derecho jerárquico de la Judea, había en ello una condición bien sabida. Bajo los asirios, y los persas y los tolomeos de Egipto, los judíos habían vivido siempre según sus eyes. Antioco *el Grande*, padre de Epifanes, les había garantido formalmente ese derecho cuando entró en su país, ó más bien cuando le recibieron allí ellos. Violando su hijo la promesa, no tenía ya derecho á la sumisión, fundada en esa misma promesa.

Hemos dicho "aun suponiendo que los reyes de Siria fuesen legítimos soberanos, ó superiores con derecho jerárquico, de la Judea„, porque el caso es más que dudoso. Sólo iban treinta años que Antioco *el Grande* había ocupado de una manera permanente la Palestina, durante la menor edad del joven rey de Egipto, Tolomeo Epifanes. Y sólo veinticinco iban que se la había devuelto con la Celesiria como dote de su hija Cleopatra. Así, pues, su hijo Antioco la conservaba contra la fe de los tratados.

Tenía con esto Matatías, por más de un concepto, el derecho natural de defender á su nación contra el rey de Siria. No hay necesidad de recurrir para ello á una inspiración extraordinaria. Así que la Escritura no nos muestra que tal hubiese. Háblanos, sí, de que Matatías mostró su celo por la ley; pero ese celo y ese amor, ¿no era un deber para todos? El mismo nos lo da á entender bien claramente al exclamar: "Todo aquel que tiene celo por la ley, salga en pos de mí.„ Y al matar al judío idólatra y al oficial que le obligaba á serlo, no hacía más que cumplir la ley, la cual estaba decisiva en este punto. Los milagros obrados después por Dios, prueban, sí, que la empresa de Matatías era justa y legítima; pero no fueron esos milagros las causas de comenzarla. Ni cuadra aquí al caso el ejemplo de los primeros cristianos que se dejaban matar más bien que empuñar las armas. Porque los cristianos esparcidos por el impe-

(1) Bossuet, ***Política sacada de la Sagrada Escritura***, lib. VI, artículo 3, prop. 2.

Digitized by Google

rio romano, eran individuos en mayor ó menor número; pero sin constituir en modo alguno nación ó cuerpo político. El imperio romano, como lo hace notar muy bien el mismo Bossuet, (1) permaneció idólatra, en cuanto imperio ó sociedad política, hasta su ruina, en el siglo V. Concíbese, pues, que los individuos se dejen matar antes que poner en ruina una nación toda, todo un imperio. Pero que una nación entera haya de dejarse asesinar porque así se le antoje á un individuo llamado rey, nadie lo ha imaginado nunca. Antes tenemos prueba en contrario, desde el tercer siglo de la Era cristiana. La nación de los armenios había abrazado toda ella el cristianismo, y sus príncipes estaban acostumbrados á recibir de los emperadores romanos la diadema, con lo cual se encontraba dicha nación casi en la misma posición que los judíos para con los reyes de Siria. Quiso obligarla el emperador Maximino á volver al paganismo, tomó aquella nación las armas, y le causó una vergonzosa derrota (2). Conforme al mismo derecho, veremos á las naciones cristianas de Occidente, desde que se hallen constituídas como tales, rechazar á los príncipes herejes ó apóstatas, y esto durante más de diez siglos, y con aprobación expresa de los Papas, de los Concilios y hasta de los demás reyes.

Es siempre en el fondo la misma regla. Sólo Dios es Dios, y á El sólo se debe adorar y según El quiere ser adorado. Antioco se pone por dios y dueño absoluto de todos los cultos; quiere que se adore su imagen, que se adoren sus ídolos, que se los adore como él quiere. Una madre y siete hijos, meros individuos aislados, sufren valerosamente antes que adorar á Antioco y sus ídolos. Matatías y sus hijos, jefes que eran de la nación, toman las armas, destruyen los sacrílegos altares de Antioco, y restablecen el culto del Dios verdadero. Como Antioco, hacíanse Nerón y sus sucesores, dioses y soberanos pontífices; querían que se adorasen sus imágenes, según vemos por la carta de Plinio á Trajano. Los cristianos esparcidos por el imperio, meros individuos aislados desde el punto de vista político, sufren con paciencia la muerte antes que reconocerlos por dioses ni Sumos Pontífices. Los armenios, que constituían una nación, toman las armas, y rechazan la violencia con la fuerza. Como Antioco y Nerón, quieren algunos soberanos de la Edad Media erigirse á sí mismos en sumos pontífices, en leyes y en dioses. Los individuos aislados, sufren la muerte antes que condescender á sus impías voluntades; las naciones toman las armas y los arrojan del trono. Los individuos cristianos mueren; las naciones cristianas combaten por la misma causa, por la verdad, el orden y la justicia, y en una palabra, por la ley de Dios, no tal como pretenda cada individuo interpretarla á su antojo, sino tal como desde el origen del mundo viene desenvolviéndose, á través de los siglos, por los patriarcas, por los profetas, por Cristo, por sus Apóstoles, por la Iglesia universal. Querer que cada individuo interprete á su antojo esta ley, pretensión que constituye la esencia de toda herejía, es hacer de cada indi-

(1) Bossuet, *Sobre el Apocalipsis.*
(2) Sozom., lib. II, cap. VIII; Euseb., lib. IX, cap. VIII.

Digitized by Google

viduo un Antioco y un Nerón, es hacer de cada individuo un sumo pontífice y un dios; es destruir toda ley, toda verdad y todo orden, toda justicia, es querer todos los desórdenes y todos los crímenes. El hereje, pues, sea individuo ó nación que muere y combate por la causa de la herejía, sólo muere y combate por la rebelión y la anarquía. El hereje, sea individuo ó nación, que toma las armas para defender sus privados intereses, no es nunca más que un discípulo de Antioco que toma la espada para hacer adorar los suyos. La nación católica que toma las armas para defender la religión de todos los siglos, es la sola que se asemeja á los ilustres Macabeos, y combate, como ellos, las batallas del Señor.

21. Muerto Matatías se levantó en su lugar su hijo Judas, que tenía el sobrenombre de Macabeo; y le ayudaban sus hermanos, y todos cuantos se habían unido con su padre, y peleaban con alegría por la defensa de Israel. Y acrecentó la gloria de su pueblo, y se vistió de coraza como un gigante, y se guarneció de sus armas de guerra para combatir, y protegía con su espada todo el campamento. Fué como un león en sus obras, y como un cachorro de león que ruge en la caza. Persiguió á los malvados, buscándolos por todas partes, y abrasó en las llamas á los que turbaban el reposo de su pueblo. Y rechazó á sus enemigos por el temor que le tenían, todos los malvados se llenaron de turbación, y con su brazo obró la salud. Y exasperaba á muchos reyes, y alegraba á Jacob con sus obras, y su memoria será eternamente en bendición. Y recorrió las ciudades de Judá y exterminó de ellas á los impíos, y apartó de Israel la ira. Su nombradía llegó hasta el cabo del mundo, y reunió alrededor de sí á los que estaban á punto de perecer (1).

Tal es el elogio que la Sagrada Escritura nos hace de este héroe, que comenzó la guerra con 6.000 hombres.

Creyó Apolonio, gobernador de Samaria, poder detener sus progresos, y juntó al efecto un poderoso ejército. Mas habiéndolo sabido Judas, marchó contra él, le batió, y le dió muerte á él y á considerable parte de sus tropas, poniendo en fuga á las demás. Entre los despojos cogió la espada de Apolonio, y la usó en los combates todos los días de su vida.

Oído lo cual por Serón, comandante de la Celesiria, se dijo á sí mismo: "Yo voy á ganarme gran reputación y gloria en todo el reino derrotando á Judas y á los que le siguen, los cuales no hacen caso de las órdenes del rey.„ Y se puso en marcha con un formidable ejército. Salióle al encuentro Judas no con todo su ejército, sino con unos pocos, que además habían ayunado aquel día. Mas cuando éstos vieron al ejército que venía contra ellos dijeron á Judas: "¿Cómo podremos, siendo pocos, pelear contra tantos y tan fuertes, y nosotros estamos hoy debilitados por el ayuno?„ Y Judas les dijo: "Fácil cosa es que muchos sean presa de pocos, pues cuando el Dios del cielo quiere dar la victoria, lo mismo tiene para él que haya poca ó que haya mucha gente; porque no está el vencer en el número del ejército, sino que del cielo viene la fortaleza. Ellos

(1) I Mach., III, 1-9.

Digitized by Google

vienen á nosotros con multitud insolente y con orgullo, para destruirnos á nosotros, y á nuestras mujeres, y á nuestros hijos, y para despojarnos; mas nosotros pelearemos por nuestras vidas y por nuestras leyes. El Señor mismo los hará pedazos en nuestra presencia; y así no los temáis.„ Dicho lo cual, y lanzándose de improviso contra Serón, le derrotó, le mató 800 hombres, y puso en fuga á los demás, que huyeron á la tierra de los filisteos.

Y el terror y miedo á Judas y sus hermanos cayó sobre todas las naciones vecinas, y todos los pueblos hablaban de los combates de Judas.

Al saber estas dos derrotas, enfurecióse Antioco, é hizo reunir todas sus fuerzas. Mas al pagarlas, encontró disminuído su erario por los gastos locos que recientemente hiciera. Además, conforme á la predicción de Daniel, noticias del Oriente y del Aquilón vinieron á inquietarle (1). Al Norte se había rebelado Artaxias, rey de Armenia, y en Oriente, Persia no le pagaba ya con regularidad sus tributos. Resolvió, pues, marchar hacia esta parte él mismo con la mitad de sus tropas para domeñar al rebelde, levantar tributos y acumular tesoros. Y dejó á Lisias, príncipe de la sangre real, por lugarteniente del reino, desde el Eufrates hasta el río de Egipto; confiándole la educación de Antioco, su hijo, que tenía aún sólo siete años. Dejóle la mitad de su ejército, y los elefantes, y órdenes para exterminar hasta la memoria de los judíos, y repartir á extranjeros su tierra. Pasaba esto en el año 147 del imperio de los griegos, 164 antes de Jesucristo.

Nombró Lisias tres generales de entre los amigos del rey, es á saber: Tolomeo, hijo de Dorimeno, Nicanor y Gorgias, y les dió un ejército de 40.000 infantes y 7.000 caballos. Vinieron á acampar en las llanuras de Emmaus. Habíase jactado Nicanor de que pagaría los 2.000 talentos que el Rey debía dar á los romanos con el dinero de la venta de los judíos como esclavos. Hasta había enviado á decir á las ciudades marítimas que daría 90 por un talento; sin hacer caudal del castigo que de parte de Dios le amenazaba, y estaba ya pará caer sobre él.

Había reunido el Macabeo su pequeño ejército y reanimado su valor, recordándoles el poderío del Señor, que podía con su mirada destruir no sólo á los que contra ellos venían, sino también al mundo entero. Trájoles asimismo á la memoria los socorros que había dado Dios á sus padres, y los 185.000 que perecieron del ejército de Senaquerib; como también de la batalla que ellos habían dado á los gálatas (ó galos) en Babilonia, en la cual, luego que se entró en acción, desalentados los macedonios, sus aliados, ellos, en número sólo de 6.000, mataron 120.000 mediante el auxilio que les dió el cielo (2).

No se sabe en qué época tuvo lugar precisamente esa batalla contra los galos. Justino nos dice únicamente que bajo los sucesores de Alejandro los galos inundaron no sólo la Italia, sino también la Macedonia y el

(1) Dan., XI., 24.
(2) II Mach., VIII, 1-20.

Digitized by Google

Asia toda. Los reyes del Oriente no hacían ya guerra alguna sin una tropa de mercenarios galos, y cuando eran arrojados de su reino sólo á los galos recurrían también. Tal era el terror que inspiraba su nombre, tal el éxito invencible de sus armas que los monarcas creían imposible sin su auxilio ni sostener su diadema ni recuperarla cuando la habían perdido. Así, que llamados en auxilio del rey de Bitinia, compartieron con él el reino después de la victoria, y llamaron á aquel país Galo-Grecia (1). Es la Galacia, á cuyos gálatas escribió San Pablo una de sus Epístolas.

Viendo el Macabeo su pequeño ejército pronto á morir por las leyes y por la patria, dividiólo en varios cuerpos, y poniéndose él mismo al frente del primero, dió el mando de los otros á tres de sus hermanos. Tenía cada uno á sus órdenes 1.500 hombres (2). Condújoles á Masfá, frente á Jerusalén, por haber sido Masfá, antes de haberse edificado el Templo, lugar de la oración para Israel Y ayunaron aquel día, y se vistieron de cilicios, y pusieron ceniza sobre su cabeza, y rasgaron sus vestiduras. Y abrieron los libros de la ley en donde los gentiles buscaban semejanza para sus simulacros. Y trajeron los ornamentos sacerdotales, y las primicias, y diezmos: como para suplir á los sacrificios que no podían ofrecer fuera de Jerusalén, é hicieron venir á los Nazarenos que habían cumplido sus días y que no podían presentarse en el Templo, hallándose éste profanado por los gentiles. Y clamando al cielo dijeron: "¿Qué haremos de éstos y adonde los llevaremos? Tu santuario está hollado y profanado, y cubiertos de lágrimas y de abatimiento sus sacerdotes, y he aquí que las naciones se han coligado contra nosotros para destruirnos: tú sabes lo que piensan contra nosotros. ¿Cómo podremos subsistir nosotros delante de ellos, si tú, oh Dios, no nos asistes?„ E hicieron resonar las trompetas con grande estruendo.

Después de lo cual puso Judas caudillos en el ejército con mando unos de 1.000, otros de 100, otros de 50 y otros de 10 hombres. Y aun siendo su ejército tan corto, no por eso dejó de publicar, según lo prevenía la ley, que aquellos que estaban construyendo casa, ó acababan de casarse, ó de plantar viñas, ó eran de un natural tímido, podían tornar cada cual á su casa. A consecuencia de esta proclama quedaron sus 6.000 hombres reducidos á 3.000. Y por añadidura no tenían ni escudos ni espadas, tales como las hubieran querido. No por eso se retrajo de ir á acampar enfrente al enemigo, diciendo á los suyos: "Poneos á punto y tened buen ánimo, y estad prevenidos para la mañana, á fin de pelear contra estas naciones, que se han unido contra nosotros para perdernos y á nuestras cosas santas; porque más nos vale morir en batalla, que ver el exterminio de nuestra nación y del santuario. Y venga lo que el cielo quiera.„ Hízoles después Eleazar una lectura en el sagrado Libro; dióles el general por santo y seña: "El socorro de Dios.„ Y colocose Él en primera fila (3).

(1) Justin., libro XXV, cap II.
(2) II Mach., VIII. 21 y 22.
(3) I Mach., III, 55-60; II Mach., VIII, 22-28.

Digitized by Google

Supo que Gorgias, con 5.000 infantes y 1.000 jinetes escogidos, quería sorprenderlo de noche. Como gran capitán que era, aprovechó aquella circunstancia, salió de su campo, cayó sobre las otras tropas del ejército sirio, los derrotó y les mató 3.000 hombres. Y al volver de perseguirlos no permitió á los suyos que recogiesen los despojos del campo enemigo hasta que hubiesen vencido también á Gorgias. El cual, habiendo venido de noche á los reales de Judas, y no encontrando á nadie, se había dicho: "Estos huyen de nosotros.„ Mas al venir el día divisó desde lo alto del monte la humareda que se levantaba de su propio campamento; y comprendió que había sido incendiado, y que los suyos habían huído. Al mismo tiempo adelantábase Judas con su victoriosa tropa. Ante cuya vista, concibieron los sirios un gran terror y huyeron á la tierra de los extranjeros. Así en esta derrota, como en la otra, hubo 9.000 muertos, y la mayor parte de los que escaparon estaban heridos ó estropeados. Volvió Judas con los suyos á recoger los despojos de los reales, donde encontraron ¡grandes riquezas y principalmente el oro que habían traído los mercaderes; y tales que habían venido como á una feria para comprar judíos, fueron cogidos y vendidos ellos mismos. Celebraron con gran piedad y acción de gracias los vencedores el día siguiente, que era sábado, y pasada la festividad dieron parte de los despojos á los enfermos, á los huérfanos y á las viudas, y se quedaron con el resto para sí y para sus familias (1).

Supo Lisias las noticias de lo acaecido por los que habían huído, entre los cuales se contaba el mismo Nicanor. Este hombre, que había ofrecido pagar el tributo para los romanos con el producto de la venta de los habitantes de Jerusalén, viendo ahora perdido su ejército, se despojó de su brillante uniforme, para disfrazarse con un vestido ordinario y huir como pudo hasta Antioquía, adonde llegó solo del todo. Y publicaba allí que los judíos tenían por protector á Dios y que eran invulnerables porque seguían las leyes que Él les había dado.

Consternado quedó Lisias. Pero no obstante, atendida la importancia que el rey daba á esta empresa, reunió al año siguiente un ejército de 60.000 hombres de infantería y 5.000 de caballería, gente escogida todos; púsose él mismo al frente, y los llevó á Judea resuelto á arruinar el país y exterminar sus habitantes. Y acampó en Betsura, de la tribu de Judá, no lejos de la frontera de Idumea, por donde había entrado.

Salióle Judas al encuentro con 10 000 hombres, é invocando el auxilio de Dios, le dió la batalla, le mató 5.000 hombres y puso en fuga á los restantes. Y viendo Lisias la fuga de los suyos y el ardimiento de los judíos y que estaban resueltos á vivir con honor ó morir valerosamente; se fué á Antioquía y levantó nuevas tropas escogidas para volver con mayores fuerzas á Judea.

"Ved que han sido derrotados nuestros enemigos—dijeron entonces Judas y sus hermanos—vamos ahora á purificar y renovar el santuario.„

(1) I Mach., IV, 1-25; II Mach., VIII, 1-27.

Digitized by Google

Y reunido todo el ejército subieron al monte de Sión, donde vieron desierto el lugar santo, y profanado el altar, y quemadas las puertas, y que en los patios habían nacido matas como en los bosques y montes, y que estaban arruinadas las habitaciones de los ministros del santuario. Y rasgaron sus vestiduras, é hicieron grande llanto, y pusieron ceniza sobre su cabeza, y postráronse rostro por tierra, é hicieron resonar las trompetas con que se daban las señales, y levantaron sus clamores hasta el cielo.

Dispuso entonces Judas una tropa escogida para tener en jaque á la guarnición del alcázar é impedirles de hacer alguna salida mientras que se estaba purificando el Templo. Para cuya purificación escogió sacerdotes sin tacha, amantes de la Ley de Dios, los cuales purificaron el santuario, echaron abajo los altares que allí habían erigido los gentiles, y llevaron las piedras á un lugar inmundo.

Como el altar de los holocaustos había sido profanado, deliberaron qué debería hacerse de él, y resolvieron destruirlo, pero colocar las piedras en sitio á propósito, en la montaña del Templo, hasta que viniese profeta que declarase sobre ellas. Tomaron después piedras intactas, según la ley, y construyeron un altar nuevo, semejante á aquel que había habido antes, y reedificaron el santuario y lo que estaba de la parte de dentro de la casa, é hicieron nuevos vasos sagrados, y nuevo altar de los inciensos, nuevo candelero de oro de siete brazos, nueva mesa de los panes de proposición y nuevo velo para colocar en el santuario. Y cuando todo estuvo preparado colgaron los velos, encendieron las siete lámparas del candelero con nuevo fuego sacado de una piedra, pusieron los panes sobre la mesa y el incienso sobre el altar, y ofrecieron el sacrificio sobre el nuevo altar de los holocaustos, cuya dedicación hicieron al son de cánticos, de cítaras, de liras y de címbalos. Y todo el pueblo se prosternó hasta juntar su rostro con la tierra, y adoraron á Dios, y levantando su voz hasta el cielo, bendijeron al Señor que les había concedido aquella prosperidad. Era el año 148 del imperio de los griegos, 163 antes de Jesucristo, el mismo día que el altar había sido profanado por el ídolo de la abominación tres años antes, tres años y medio después de la desolación de la ciudad y del Templo por Apolonio, y dos años después de haber tomado el mando Judas á la muerte de su padre. Celebróse la dedicación del altar, por espacio de ocho días, con muchos regocijos, y decretaron que se celebraría lo mismo cada año. Caía esta fiesta en invierno, y veremos que el mismo Cristo nuestro Señor habrá de asistir á ella. Al mismo tiempo fortificó Judas la montaña de Sión, rodeóla de altas murallas y fuertes torres para poner el Templo á cubierto de todo riesgo, ya por parte de los enemigos que ocupaban la ciudadela, ya por parte de cualesquiera otros que pudiesen venir. Fortificó igualmente á Betsura para defender al pueblo por la frontera de Idumea.

Cuando las naciones circunvecinas, que habían esperado la ruina de los judíos y la extensión de su propio territorio, oyeron que el altar y el santuario habían sido reedificados como antes, se irritaron sobre manera y resolvieron exterminar á los de la extirpe de Jacob, que vivían entre ellos.

Digitized by Google

Judas parecía multiplicarse para acudir en auxilio de sus hermanos. Atacó á Timoteo y Baquides, que mandaban allende el Jordán, les mató 20.000 hombres, apoderóse de varias plazas fuertes y cogió un inmenso botín, que repartió igualmente entre los enfermos, los huérfanos, las viudas y también á los ancianos. Recogidas luego las armas de los enemigos las depositaron en lugares convenientes, llevando á Jerusalén los otros despojos. Mientras que estaban en Jerusalén dando gracias por esta victoria, sabido que un tal Calistenes que había incendiado las puertas sagradas, se había refugiado en cierta casa, le abrasaron en ella, tornándole el pago que merecían sus impiedades (1). Marchó Judas luego contra los idumeos y los amonitas, y después de brillantes victorias, regresó á Judea.

Mas no bien había llegado, cuando le vinieron cartas de los judíos de Galaad, que reclamaban su auxilio, porque todas las naciones de aquel país se habían reunido para acabarlos, y que ya habían matado 1.000 hombres, y se habían llevado cautivas á sus mujeres é hijos. Aún no habían acabado de leer estas cartas, cuando he aquí que llegaron otros mensajeros, que venían de Galilea, rasgados sus vestidos, trayendo otras nuevas semejantes; pues decían haberse coligado contra ellos los de Tolemaida y los de Tiro y Sidón, y que toda la Galilea estaba llena de extranjeros que querían acabarlos. Y habiendo reunido Judas á los demás para deliberar sobre esto, dijo á su hermano Simón: "Escoge un cuerpo de tropas y ve á librar á tus hermanos que están en Galilea, y yo y mi hermano Jonatás iremos á Galaad.„ Y dejó á José, hijo de Zacarías y á Azarías por caudillos del pueblo, para guardar la Judea con el resto del ejército, y dióles esta orden: "Cuidad de esta gente y no salgáis á pelear contra los gentiles hasta que volvamos nosotros.„

Simón, con 3.000 hombres escogidos, marchó á Galilea, batió varias veces á los enemigos, les mató 3.000 hombres, y persiguió los demás hasta las puertas de Tolemaida, y apoderóse del botín de sus despojos. Tomó después consigo á los judíos de Galilea, con sus mujeres é hijos y todos sus haberes, y condújolos á Judea con grandes regocijos.

Judas Macabeo con su hermano Jonatás y 8.000 guerreros, pasó el Jordán, tomó la ciudad y la ciudadela de Bosor ó Bosra, las ciudades de Masfá, Casbón, Maget y otras de Galaad; batió por segunda vez á Timoteo y á los árabes, tomó por asalto las ciudades de Carnain y de Efrón; reunió todos los israelitas que se hallaban en Galaad, desde el más chico hasta el más grande, con sus mujeres é hijos, y los trajo, sanos y salvos, al monte de Sión, donde ofrecieron holocaustos, en acción de gracias, porque habían vuelto en paz sin que hubiese perecido ninguno de ellos.

Pero mientras Judas y Jonatás estaban en el país de Galaad y Simón en Galilea, delante de Tolemaida, José, hijo de Zacarías, y Azarías, quisieron también ganar renombre, y no obstante la prohibición que se les

(1) II Mach., VIII, 30-33.

Digitized by Google

había hecho, y fueron á atacar la ciudad de Jamnia. Gorgias, que ejercía allí el mando, salió de la ciudad, les mató 2.000 hombres, y puso á los demás en completa derrota. No eran de la estirpe de aquellos varones por medio de los cuales había sido salvado Israel. Por el contrario, las tropas de Judas, se adquirieron gran reputación, tanto en todo Israel como entre las naciones todas adonde llegaba el eco de su fama. Y la gente les salía al encuentro con aclamaciones de júbilo (1).

22. Mientras que esto acontecía en Judea, Antioco, después de haber vencido á Artaxias, rey de Armenia, había pasado á Persia para recoger el tributo cuyo pago habían descuidado. Supo que la ciudad de Elimaida tenía grandes riquezas en plata y oro, que principalmente en su Templo había inmensos tesoros dejados por Alejandro, y allá fué con ánimo de tomar la ciudad y saquearla, y también el templo, como había hecho en Jerusalén. Pero sabedores de su designio los habitantes, tomaron las armas y le hicieron retroceder en vergonzosa derrota; y se retiró á Ecbatana con gran pesar. Allí recibió, para mayor dolor, la noticia de lo que acababa de sucederles en Judea á Nicanor y á Timoteo. Y montando en cólera, pónese en camino y marcha apresuradamente para hacer sentir á aquella nación los terribles efectos de su ira. Y yendo así hacia Babilonia, que se encontraba en su camino, recibe nuevos mensajeros que le traen la noticia de la derrota de Lisias y de cómo los judíos habían vuelto á ocupar el Templo, derrocado los altares y los ídolos que él había colocado, y restablecido su antiguo culto. Redóblase entonces su rabia, ordena á su auriga que le lleve á todo escape, á fin de llegar más pronto para saciar su venganza, y hacer de Jerusalén un cementerio de todos los judíos. Mas al proferir aquellas orgullosas palabras, hirióle la venganza de Dios. Apenas las había dicho, cuando se siente atacado de un mal incurable que le coge las entrañas, con tormentos que nada puede aliviar. Rehusa, con todo, detenerse ni ir más despacio, sino que, al contrario, respirando fuego y llamas contra los judíos, manda acelerar el viaje. Pero en su furiosa carrera, cayó de la carroza, y con el grande golpe que recibió, se quebrantaron los miembros de su cuerpo. Y aquel que lleno de soberbia se lisonjeaba de poder mandar aún á las olas del mar y de pesar en una balanza los montes, era conducido ahora en una silla de manos, cuyo movimiento no puede tampoco resistir por largo tiempo. Forzoso fué detenerse en Tabes, pequeña ciudad de las montañas de la Paretacena, en las fronteras de Persia y Babilonia. Métenle en cama, y padece dolores horribles. Reviéntale un abceso en la parte inferior del cuerpo, saliendo innumerables gusanos que le roen vivo, y se le caían á pedazos las carnes en medio de los dolores, y ni sus tropas podían sufrir el mal olor y fetidez que de sí despedía. Y así, derribado con esto de su grande soberbia, comenzó á entrar en conocimiento de sí mismo, avisado del azote de Dios. Y como ni él mismo pudiese ya sufrir su hedor, dijo así: "Justo es que el hombre se sujete á Dios, y que un mortal no pretenda apostárse-

(1) I Mach. V, 1 64.

Digitized by Google

las con Dios.„ Y rogaba este malvado al Señor, del cual no había de alcanzar misericordia, al menos en este mundo. Aquella misma ciudad contra la cual se apresuraba antes para arrasarla, prometía ahora hacerla populosa y libre; y aquellos mismos judíos, á quienes poco antes juzgaba indignos de sepultura y de quienes había dicho que los arrojaría á las aves de rapiña y á las fieras para que los despedazasen, prometía asimismo igualarlos con los atenienses; y aquel Templo que antes había despojado, prometía ahora adornarlo con preciosos dones y aumentar en él los vasos sagrados, y costear de sus rentas los gastos necesarios para los sacrificios; y además de esto, hacerse él judío é ir por todo el mundo ensalzando el poder de Dios. Mas como no cesasen sus dolores, perdida toda esperanza, escribió á los judíos en forma de súplica una carta del tenor siguiente:

"A los judíos, buenos ciudadanos:

„Mucha salud, y bienestar y toda prosperidad, el rey y príncipe Antioco.

„Si gozáis de salud, tanto vosotros como vuestros hijos, y si os sucede todo según lo deseáis, Nos damos por ello muchas gracias.

„Yo, pues, aunque me hallo enfermo, acordándome benignamente de vosotros, en esta grave enfermedad de que he sido sorprendido cuando volvía de Persia, he creído necesario, atendiendo al bien público, disponer las cosas; no porque desespere de mi salud, antes confío mucho que saldré de esta enfermedad. Mas atendiendo á que mi padre, cuando andaba con su ejército por las provincias altas, declaró quién había de tener el principado después de él, para que si acaeciese alguna desgracia ó viniese alguna mala nueva, los que estaban en las provincias, sabiendo á quién se había dejado el mando, no se turbasen. Además, considerando que cada uno de los confinantes y vecinos poderosos están á espera de ocasiones y aguardando coyunturas, he declarado por rey á Antioco, mi hijo, que yo muchas veces, al pasar á las provincias altas de mis reinos, recomendé á muchos de vosotros, y al cual he escrito lo que más abajo veréis. Por tanto, os ruego y pido que, acordándoos de los beneficios que habéis recibido de mí en común y en particular, cada uno guarde el vasallaje debido á mí y á mi hijo. Porque espero que él se portará con moderación y humanidad, y que, siguiendo mis intenciones, os dará muestras de su afabilidad.„

Después de haber escrito esta carta y haber confesado en los tormentos que sólo Dios es Dios, según se lo había predicho el más joven de los siete mártires, aquel homicida y blasfemo, malamente herido, y según él había tratado á otros, acabó su vida en los montes, lejos de su patria, con una muerte infeliz (1).

23. Por la fama llegó pronto la noticia de esta muerte á los judíos de Jerusalén. Las primeras voces añadían ciertas circunstancias que

---

(1) II Mach., IX, 1-28.

Digitized by Google

no resultaron del todo exactas. Decíase que había perecido en el templo mismo de Nanea, engañado por la astucia de los sacerdotes de aquel ídolo. Nanea parece ser una denominación de Diana, por otro nombre Anais ó Anai, á quien se honraba en el templo de Elimaida. Dicho templo era extremadamente rico, y en especial por los donativos de Alejandro Magno; fué allá Antioco para desposarse con la diosa y recibir grandes riquezas como dote. Mostráronselas los sacerdotes; pero cuando hubo entrado en el templo con unos cuantos de los suyos, cerraron las puertas, acabaron con él y sus acompañantes bajo una granizada de piedras, desgarraron sus cuerpos, cortáronles la cabeza, y los arrojaron fuera. Esta era la fama que corrió en los primeros momentos. Judas Macabeo, y el senado y el pueblo de Jerusalén escribieron de esto al sacerdote Aristóbulo, preceptor del rey de Egipto, Tolomeo Filometor, invitándole á dar gracias al Señor por su liberación y á celebrar también la fiesta de la purificación del templo y de la dedicación del nuevo altar. Había un poderoso motivo para enviar pronto tal noticia á Egipto, pues Filometor había tenido que sufrir de parte de Antioco, y podía esperar, muerto ahora éste, recuperar la Palestina y la Celesiria. Así que el ser los primeros á comunicarle la noticia, era no solamente complacerle, sino asegurarse su benevolencia.

Cítase esta carta en el primer capítulo del segundo libro de los Macabeos, á continuación de otra escrita más adelante por los judíos de Jerusalén y de la Judea á sus hermanos de Egipto. Entre las dos cartas se encuentra la fecha del año 188 del imperio de los griegos, 123 antes de Jesucristo. Como los antiguos no ponían la fecha al principio de las cartas, el año 188 no es la fecha de la segunda, escrita por Judas Macabeo el año mismo de la muerte de Antioco, 149 del imperio de los griegos, sino la de la primera, escrita treinta y nueve años después, á los treinta y cinco años de la muerte de Judas. Los que aplicaron la fecha 188 á la segunda se procuraron descaminados una dificultad insoluble de cronología.

Poco antes de su muerte llamó Antioco á Filipo, su colactáneo, y le nombró regente del reino, y le entregó la diadema, el manto y el anillo y le encomendó la educación de su hijo Antioco, que tenía nueve años (1).

Mas no era el ejecutar esto fácil empresa. Antes de partir para Oriente había Antioco nombrado á Lisias lugarteniente de las provincias, desde el Eufrates hasta Egipto, le había recomendado á su hijo y confiado la mitad de su ejército. No juzgó, pues, Filipo cosa prudente volver en derechura á Antioquía, y en vez de eso, tomando consigo el cuerpo del rey se marchó á Egipto junto á Tolomeo Filometor, cuya madre, Cleopatra, había sido hermana de Antioco Epifanes. Esperaba que Tolomeo le daría ayuda contra Lisias, el cual, por su parte, no retardó, tan pronto supo la muerte del padre, el poner en el trono al joven Antioco con el sobrenombre de Eupator, esto es, hijo de padre ilustre. A la verdad aquel trono no correspondía al hijo, como tampoco había correspondido al padre, sino

(1) I Mach., VI, 14-16.

Digitized by Google

á Demetrio, hijo de Seleuco Filopator, que estaba aún en Roma, adonde su padre lo había enviado en rehenes, á la edad de diez años. Y habiendo Seleuco muerto aquel mismo año, á Demetrio hubiera debido pasar la corona. Mas los romanos favorecieron á Antioco, hermano del difunto rey, porque había sido educado en Roma y era grande admirador de las costumbres romanas. Dejáronle por lo tanto subir al trono á pretexto de que su sobrino Demetrio era un niño. Y ahora que ven en aquel mismo Demetrio un joven de veintitrés años, de mucho talento y valor, favorecen al niño de nueve años, rehusan á Demetrio licencia para pasar al Asia, declaran á Antioco Eupator pupilo del pueblo romano, y hasta envían embajadores, ó más bien tutores, para arreglar los asuntos del reino de Siria.

Tolomeo Macron, hijo de Dorimenes, gobernador de la Celesiria, que había sido antes enemigo encarnizado de los judíos, reflexionó sobre la injusticia que se les había hecho, y aconsejó la paz. Pero sus enemigos lo hicieron sospechoso á la corte de Siria. Había entregado por traición al difunto rey la isla de Chipre, cuyo gobierno le había confiado el rey de Egipto; y es castigo natural de los traidores que no se fíen de ellos aquellos mismos en cuyo favor han faltado á la fidelidad. Quitósele el mando para conferirle uno de menos categoría; lo cual le afectó, y le llevó á terminar su vida con veneno. Nombraron en su lugar á Gorgias.

Los idumeos, reforzados con judíos apóstatas, comenzaron al mismo tiempo á inquietar nuevamente á los verdaderos israelitas y les tomaron algunas fortalezas. Pero Judas les sorprendió, les quitó muchas plazas fuertes, y les mató cerca de veinte mil hombres. Mas habiéndose refugiado nueve mil idumeos en dos castillos sumamente fuertes, envió contra ellos tres capitanes con sendos cuerpos de tropas. Pero una de estas tropas se dejó sobornar por el enemigo, siendo esto causa de que no se lograse la empresa; sabido lo cual por Judas, castigó á los culpables, y tomó por asalto los dos fuertes.

Entonces Timoteo, aquel general sirio á quien anteriormente había vencido ya Judas, vino con un considerable ejército contra Jerusalén. Judas y su gente oraban al Señor cubierta de ceniza la cabeza, ceñidos de cilicios y postrados al pie del altar, á fin de que les fuese propicio y se mostrase, como dice la ley, enemigo de sus enemigos y adversario de sus adversarios. Hecho lo cual salieron contra el enemigo. Mas mientras se estaba en lo recio de la batalla vieron los enemigos aparecer del cielo cinco jinetes en caballos con bridas de oro, que precedían á los judíos. Tenían dos de ellos en medio al Macabeo, y le cubrían con sus armas, guardándole de recibir daño; pero lanzaban dardos y rayos contra los enemigos, quienes, envueltos en obscuridad y confusión, iban cayendo por tierra, habiendo sido muertos 20.500 de á pie y 600 de caballería. Huyó Timoteo á Gazara, plaza fuerte, cuyo gobernador era su hermano Quereas. Sitiólos Judas. Entretanto, los sitiados, confiados en la fortaleza de la plaza, insultaban á los judíos y vomitaban expresiones abominables. Veinte jóvenes, irritados con tales blasfemias, se acercaron valerosa-

Digitized by Google

mente al muro y con ánimo denodado suben por él, matan á cuantos les salen al encuentro, síguenles otros, y es tomada la ciudadela. Timoteo, que se había escondido en una cisterna, fué muerto y también Quereas y cierto capitán llamado Apolofanes. Y llevadas á cabo estas hazañas, los vencedores, entre himnos y aclamaciones, bendijeron al Señor, que había obrado tan grandes cosas en Israel y les había concedido la victoria.

Lisias, regente del reino de Siria y pariente del rey, había sentido gravemente estos sucesos. Y así se puso de nuevo en marcha él mismo contra los judíos, á la cabeza de un formidable ejército, compuesto de 80.000 peones y toda la caballería siria y 80 elefantes, con designio de tomar á Jerusalén y darla á los gentiles para que la poblasen, y de sacar del Templo grandes sumas de dinero, como hacía de los templos paganos, y vender anualmente el sumo sacerdocio. Estableció su campamento en Betsura, á unas seis leguas de Jerusalén.

Cuando el Macabeo y su gente supieron que los enemigos habían comenzado á sitiar las fortalezas, rogaban al Señor con lágrimas y suspiros que enviase un buen ángel para salvación de Israel. Y salieron con denodado ánimo de Jerusalén. Y apareciósele á poco un caballero con vestidura blanca y armas de oro, que vibraba su lanza. A cuya aparición bendijeron la misericordia del Señor, y cobraron nuevo aliento, prontos á pelear no sólo con los hombres sino con las más feroces bestias y á penetrar muros de hierro. Arrojáronse impetuosamente como leones sobre el enemigo, mataron 11.000 de á pie y 1.600 de á caballo y pusieron en fuga á todos los demás, de los cuales la mayor parte escaparon heridos y sin armas, salvándose el mismo Lisias por una vergonzosa fuga.

Después de esta derrota, Lisias, que no era lerdo, no pudo menos de conocer que aquel pueblo se hallaba al amparo de la protección de Dios; y así les envió comisionados á ofrecer la paz, prometiendo condiciones equitativas y la amistad del rey. Y en efecto, las peticiones todas que hizo Judas para el pueblo le fueron concedidas. Escribió Lisias á los judíos una benévola carta, y también el rey mismo, permitiendo á los que quisiesen, pasar á las provincias de su imperio para tratar los asuntos que pudiesen convenirles, y que siguiesen sus usos sin ser molestados. Hasta los embajadores de Roma les escribieron en los siguientes términos: "Quinto Memmio y Tito Manilio, legados de los romanos, al pueblo de los judíos, salud. Las cosas que Lisias, pariente del rey, os otorgó, nosotros del mismo modo os las otorgamos. Y por las otras que él juzgó deber comunicar al rey, después de haberlo bien deliberado entre vosotros, enviad cuanto antes alguno para que determinemos según os convenga, pues estamos para marchar á Antioquía. Y por tanto, daos priesa á responder, para que nosotros también sepamos lo que queréis. Pasadlo bien. A quince del mes de Xántico, del año ciento cuarenta y ocho„ (1).

Hállase fechada esta carta, así como también la del rey, no al prin-

(1) II Mach., XI, 1-38.

Digitized by Google

cipio sino al fin del 15 del mes de Xántico del año 148; la de Lisias lleva la fecha del 24 del mes de Dióscoro del mismo año. Este nombre de Dióscoro, equivalente á Géminis, parece ser un sobrenombre que los macedonios daban al mes de primavera, que empezaba al entrar el sol en el signo de Géminis. El año 148 de la Era de los griegos designa el año 163 antes de Jesucristo, habiendo comenzado dicha Era el año 311. Pero preséntase aquí una dificultad harto grave en apariencia. En el primer libro de los Macabeos se dice que Antioco Epifanes murió el año 149 de los griegos, que resultaría el año 163 antes de Jesucristo; y ahora, en el segundo libro, la carta de su hijo, que habla de esa muerte, lleva la fecha del año 148, es decir, el anterior. Pero tal dificultad se desvanece al punto, si recordamos que el autor del primer libro comienza sus años en la primavera y el autor del segundo en el otoño. Habiendo muerto Antioco á la entrada de la primavera, murió para el autor del primer libro al principio del año 149, al paso que los seis meses siguientes, durante los cuales se hizo la paz con los judíos en breve plazo sin duda, tanto á causa de la voluntad expresa del difunto rey, cuanto por la situación incierta del sucesor, pertenecen aún enteramente, para el autor del libro segundo al año 148 (1).

24. Hecha esta paz, se marchó Lisias y los judíos se aplicaban al cultivo de sus tierras. Mas pronto pudo conjeturarse que aquella paz no sería muy duradera, porque los gobernadores sirios de aquellas provincias no les dejaban en quietud y sosiego. Los habitantes de Jope, que sin duda contaban con la impunidad por parte de los tales, anegaron traidoramente en la mar á 200 judíos de diferentes sexos y edades, á quienes habían invitado á entrar en unos esquifes, probablemente á pretexto de alguna fiesta pública ó algún banquete á que les convidasen. Lo cual, sabido por Judas, marchó contra los asesinos de su gente, les incendió de noche el puerto, les quemó los esquifes y pasó á cuchillo á los que habían escapado de las llamas. Habiendo sabido después que los de Jamnia, ciudad marítima de los filisteos, querían hacer otro tanto con los judíos que moraban entre ellos, sorprendió igualmente de noche aquel puerto, le puso fuego é incendió los bajeles. Desde allí marchó contra el general sirio Timoteo, que se cree fuese hijo del Timoteo muerto en Gazara, y en el camino le asaltaron unos árabes en número de 5.500, los batió, les concedió la paz que, vencidos, le pidieron, tomó á Hesbón, llamada también Casphis, y alcanzó á Timoteo que venía contra él con un ejército considerable. Mas al dejarse ver el primer batallón de Judas, dominado el ejército enemigo de repentino terror, dióse á escapar en desordenada fuga y los judíos le mataron 30.000 hombres. Cayó Timoteo en manos de dos capitanes de Judas, Dositeo y Sosipatro, los cuales, á sus encarecidas súplicas, le dejaron la vida, haciéndole empeñar su fe y palabra de que devolvería la libertad á los prisioneros judíos qne en su poder tenía. Con

(1) Gilbert, ***Chronologie des Machabées***, ***Memoires de l'Académie des Inscriptions***, t. XLIII.

Digitized by Google

esta victoria quedó Judas dueño de todo el país de Galaad. Conquistó además otras ciudades, y perdonó, y aun dió las gracias, á la ciudad de los Escitas ó Escytópolis por la humanidad que aquellas gentes habían mostrado siempre con los judíos que allí habitaban; y volvióse á Jerusalén para celebrar la fiesta de Pentecostés.

Pasada la fiesta, marchó contra los idumeos y su gobernador sirio, Gorgias. El cual, en un combate, fué cogido por un militar de caballería, que se llamaba Dositeo, que le asió por el manto; pero un jinete tracio se arrojó á éste y le cortó un hombro, y con esto escapó Gorgias. Su ejército resistía todavía; pero Judas invocó al Señor, y animando á los suyos con himnos guerreros, puso en fuga á los enemigos. Más, sin embargo, algunos judíos habían perecido en el combate. Y Judas, recogiendo su ejército, lo llevó á la ciudad de Odollam, donde se purificaron, según la costumbre, y solemnizaron el sábado.

Al día siguiente, habiendo ido á recoger los cadáveres para enterrarlos con sus parientes en las sepulturas de sus padres, encontraron, bajo las túnicas de los que habían sido muertos, algunas ofrendas de las consagradas á los ídolos que había en Jamnia, prohibidas por la ley á los judíos; y se hizo, por lo tanto, manifiesto á todos, que ésa había sido la causa de su muerte. Así que bendijeron todos el justo juicio del Señor, que había descubierto las cosas ocultas, y le suplicaron que echase en olvido aquel delito. Y Judas exhortaba al pueblo á preservarse del pecado, teniendo á la vista lo que había acontecido por los pecados de aquellos que habían sido muertos. Y hecha una colecta, envió á Jerusalén 12.000 dracmas de plata, para que se ofreciese sacrificio por los pecados de los que habían muerto, pensando con rectitud y piedad de la resurrección. Pues si no esperara que habían de resucitar aquellos que habían muerto, tendría por cosa vana é inútil el orar por los muertos. Y porque consideraba que los que habían muerto en la piedad, tenían reservada una grande misericordia. Es, pues, un pensamiento santo y saludable el rogar por los difuntos, á fin de que sean libres de sus pecados (1).

Tales son las palabras y reflexiones del escritor sagrado. Vese en ellas, á la par que la fe en la resurrección de la carne, la piedad para con los muertos; tierna piedad que encontramos reflejada, en cuanto á la práctica, entre los paganos mismos, y en cuanto á la teoría, en sus más grandes filósofos, Sócrates y Platón; y que se manifiesta con toda su belleza en la Iglesia católica. Comprende ésta los vivos y los muertos, el tiempo y la eternidad. Entre sus hijos, los que se hallan triunfantes en el cielo, oran por los que combaten aún en la tierra, y éstos, por sus hermanos, que expían con las penas lo que no han satisfecho aún enteramente por sus pecados en el lugar de purificación. Es verdaderamente la comunión ó la común y fraternal unión de los santos. Así que en esta Iglesia, á la fiesta de Todos los Santos, sigue inmediatamente la de la

(1) II Mach., XII, 1 46.

Digitized by Google

Conmemoración de los fieles difuntos. Los herejes, que han calumniado esta universal piedad, lo único que con eso han probado es que se hallan, no sólo lejos de la verdad, sino ajenos de la caridad.

Completa era la caridad de Judas Macabeo. Después de haber orado por aquellos hermanos suyos, que aunque algo culpables, habían muerto, sin embargo, por Dios y la patria, emprendió libertar por completo la santa ciudad. Seguían siempre los sirios ocupando el alcázar, desde donde molestaban en extremo á los que venían al Templo. Resolvió Judas sitiarlos é hizo levantar terraplenes y fabricar ballestas é ingenios. Algunos judíos apóstatas que se hallaban en aquella plaza, viéndola tan reciamente combatida, y sabiendo que para ellos no habría cuartel si llegaba á ser tomada, hallaron medio de evadirse, y se fueron á Antioquía para hacer presente al rey la extremidad á que se hallaban reducidos. Reunieron el rey y Lisias un ejército de 100.000 infantes, 20.000 caballos, 300 carros de guerra y 32 elefantes adiestrados para el combate. Estaban estos animales repartidos por legiones. A cada uno de ellos acompañaban 1.000 hombres con cota de malla y capacetes de metal, y 500 hombres de á caballo, escogidos. Y sobre cada animal torres fuertes de madera, que lo protegían, y también máquinas, y sobre cada torre 32 hombres de valor que peleaban desde lo alto, y un indio que gobernaba la bestia.

Plinio nos habla de 20 elefantes que César hizo combatir en la arena contra 500 infantes y 500 jinetes. Llevaba cada elefante una torre con 60 combatientes (1).

El pérfido Menelao se hallaba en el campo sirio, procurando captarse el favor del joven rey, con la esperanza de que á él se le daría el principado. Pero Lisias, convencido ya de quién era aquel malvado, hizo entender al rey que era ése la causa de todos los males. Fué condenado á un suplicio tomado de los persas. Se le arrojó en una torre hueca, que estaba llena de ceniza hasta cierta altura, y donde una rueda ponía en movimiento la ceniza hasta que el criminal quedaba ahogado. Y así pereció entre la ceniza aquel sacrílego, que tantos crímenes había cometido contra el altar de Dios, cuyo fuego y ceniza era santa.

Sabida la llegada del rey, mandó Judas al pueblo que, de noche y de día, invocasen al Señor; pues temían verse privados de su ley, y de su patria y de su santo Templo. Después, con el consejo de los ancianos, resolvió salir al encuentro del rey, exhortando á los suyos á combatir valerosamente y hasta la muerte en defensa de sus leyes, de su Templo, de su ciudad, de su patria y de sus conciudadanos, é hizo acampar el ejército en las cercanías de Modín. Y dada á los suyos por señal *La victoria de Dios*, escogió los jóvenes más valientes, asaltó de noche el cuartel del rey y mató en el campamento 4.000 hombres. Con el día comenzó la acción á reguralizarse, y en ella Eleazar, uno de los hermanos de Judas, murió como mueren los héroes. Reparó entre los elefantes uno cubierto

(1) Plinio, lib. VIII, cap. VII.

Digitized by Google

con las armas del rey, y que era más alto que los otros. Y creyendo que en él estaría el rey, y resuelto á sacrificarse por libertar á su pueblo y granjearse un nombre eterno, corrió animosamente hacia el elefante por entre la legión, matando á diestro y siniestro, y fué á meterse debajo del vientre del elefante y lo mató; pero, cayendo la bestia encima de él, lo dejó muerto.

Mataron los judíos aún 600 sirios. Cediendo, sin embargo, al número, se retiraron en buen orden hacia Jerusalén. El rey puso sitio á Betsura. Los habitantes rechazaron varias veces sus tropas y quemaron sus máquinas. Por dos veces les ofrecio una capitulación honrosa, que aceptaron por fin atendida la falta de víveres, por ser el año séptimo, el año sabático y de descanso para la tierra.

Antíoco llevó su ejército ante Jerusalén, que resistió un largo sitio; mas por la misma razón que en Betsura, faltaban víveres. Un incidente inesperado vino á dar el triunfo á los judíos. Lisias recibió de pronto noticia de que Filipo, nombrado por Antíoco Epifanes, poco antes de su muerte, gobernador, regente del reino y de su hijo, venía hacia Antioquía. Había ido á Egipto á buscar auxilio contra Lisias; pero le había salido fallida tal esperanza á causa de la discordia entre los dos Tolomeos, Filometor y Fiscón, que reinaban á la vez. No pudiendo contar ya con auxilio extranjero, se había puesto al frente del ejército que Epifanes había llevado á Oriente, y se adelantaba hacia la capital. Semejante noticia dejó á Lisias consternado. A fin de poder reprimir á Filipo antes de que se hiciese demasiado poderoso, persuadió al joven rey que hiciese la paz con los judíos. Así que, empleando sólo súplicas y sumisiones para con ellos, se les juraron todas las condiciones que parecieron justas, y hecha esta reconciliación, ofreció el rey un sacrificio, honró el Templo, hizo donativos, abrazó al Macabeo, le entregó la fortaleza, y le declaró gobernador y príncipe desde Tolemaida hasta la frontera de Egipto. Sin embargo, antes de partir, mandó derribar, contra la palabra dada, los muros que había alrededor del monte Sión, y que eran muy fuertes. Volvióse á toda prisa á Antioquía, donde Filipo se había declarado rey, y tomó la ciudad é hizo dar muerte á Filipo. Corría el año 150 de los griegos, 161 antes de Jesucristo (1).

Entretanto el pueblo romano había enviado al joven rey de Siria tres embajadores, ó mejor, tres tutores; de los cuales era el primero Octavio, un ascendiente del emperador Octavio ó Augusto. Encontró que Siria tenía más buques y elefantes de lo que consentía el tratado celebrado entre Antioco, *el Grande*, y los romanos, é hizo cortar el nervio á los elefantes que había sobre el número é incendiar los buques que se hallaban en igual caso. Sublevó tal conducta la pública indignación, y un tal Leptino le cogió de sorpresa y le mató. Suscitáronse sospechas de complicidad respecto á Lisias. Envió éste una embajada á Roma para justifi-

(1) I Mach., VI, 48-63; II Mach., XIII, 1-24.

Digitized by Google

car al rey respecto de toda participación en aquel asesinato; pero el Senado les despidió sin darles respuesta alguna.

25. Demetrio, legítimo heredero del trono de Siria, pero detenido en rehenes en Roma, juzgó aquella ocasión favorable. Pidió por segunda vez al Senado licencia para volver al reino de su padre, y por segunda vez le negó el Senado tal permiso. Entonces, según el consejo del historiador Polibio, que era al mismo tiempo un hombre de Estado y militar, se escapó secretamente y fué á desembarcar en Trípoli, en Siria. Difundióse al punto la voz de que el Senado mismo le enviaba á tomar posesión de sus Estados. Consideraron perdido á Eupator, y todo el mundo le abandonó para seguir el partido de Demetrio. Por último, sus mismos soldados le arrestaron, y también á Lisias para llevárselos al nuevo rey, y habiendo rehusado éste verlos, les dieron muerte. De manera que en pocos días ocupó, sin oposición Demetrio el trono de sus mayores. Diéronle los babilonios el dictado de Soter, ó Salvador, por haberlos libertado de los dos tiranos que Antioco Epifanes les había impuesto.

Apenas había subido al trono, cuando algunos apóstatas de Israel vinieron á implorar su auxilio. Al frente de éstos estaba un tal Alcimo, que había sido antes Sumo Sacerdote; pero voluntariamente se había contaminado en los tiempos de la mezcla. Viendo que por parte de los judíos no había para él remedio ni acceso al altar, pasó á ver al rey Demetrio, presentándole una corona de oro y una palma y unos ramos de olivo que parecían ser del Templo. Y el primer día calló; pero pronto llamado al Consejo del rey, le representó á Judas y sus hermanos como enemigos de su imperio, que habían hecho perecer á todos sus amigos. "Porque aun yo mismo, despojado de la gloria de mis padres, digo, del Sumo Sacerdocio, me vine acá: primeramente por guardar lealtad á los intereses del rey, y después por mirar también por el bien de los ciudadanos... Porque en tanto que viva Judas, es imposible que haya allí paz.„ A estas palabras unieron las suyas los cortesanos que odiaban al Macabeo, y animaron así contra éste al rey.

Designó Demetrio á Baquides gobernador de la otra parte del Eufrates, y lo envió con Alcimo, á la cabeza de un ejército, á Judea. Intentaron los dos jefes sorprender á Judas y á sus hermanos con falsas negociaciones de paz; pero éstos no dieron asenso á sus palabras, visto que habían venido con un poderoso ejército. Sin embargo, muchos sacerdotes y escribas, y otros hombres piadosos, se dejaron engañar por Alcimo, porque decían: "Un sacerdote de la estirpe de Aarón es el que viene á nosotros; no nos engañará.„ Y en efecto, Alcimo les decía con juramento: "No os haremos mal á vosotros, ni á vuestros amigos.„ Mas luego que los tuvo en su poder, hizo dar muerte á sesenta. Esta perfidia desoló á todo el pueblo, pues decían: "No hay en ellos verdad ni justicia, pues han quebrantado el tratado y el juramento que hicieron.„ Y muchos se retiraron de su partido. Baquides hizo prender á algunos del pueblo, les dió muerte y los arrojó en un profundo pozo. Sitió luego una fortaleza llamada Betzeca, probablemente con poco éxito; pues le vemos volver pronto al lado del rey,

Digitized by Google

dejando el ejército á Alcimo, en torno del cual se agruparon todos los judíos apóstatas. De suerte que este Alcimo vino á ser el azote de su patria. Pero Judas en poco tiempo logró reprimir sus violencias y tenerle tan á raya, que él se volvía á excitar al rey con nuevas acusaciones contra los judíos.

Envió Demetrio á Nicanor, que era un ilustre magnate, con orden de apoderarse de Judas y poner á Alcimo por Sumo Pontífice del Templo. Nicanor, que sería probablemente el mismo á quien hemos visto ya en Judea en tiempo de Antioco Epifanes, intentó primeramente coger á Judas por astucia; pero no le salió bien. Trabóse una acción entre las tropas de Simón, hermano de Judas, y las de Nicanor, en la cual, después de un empeñado combate, parecía haberse declarado la victoria por los sirios; pero de tal suerte, que á Nicanor no le quedó voluntad de fiar nuevamente el éxito al resultado de una batalla. Admirado del denuedo de los judíos, les envió tres diputados para que se diesen recíprocamente las diestras, esto es, para tratar de la paz. Y habiendo durado largo tiempo las deliberaciones, dió el Macabeo parte de ellas al pueblo; y todos, unánimemente, fueron de parecer que se aceptase la paz. Señalaron los dos generales un día para conferenciar entre sí; á cuyo fin se llevó y puso una silla para cada uno. No obstante lo cual, mandó Judas apostar algunos soldados en lugares oportunos, no fuera que los enemigos intentasen de repente hacer algún atropello. Pero la conferencia se celebró como debía. Vino Nicanor á habitar en Jerusalén sin hacer vejación alguna, y despidió aquella multitud de tropas que se le habían juntado. Mostraba gusto en ver á Judas, y le tenía inclinación; y hasta le rogó que se casase y pensase en crearse una familia. Y Judas, en efecto, se casó, vivía tranquilo, y los dos se trataban familiarmente.

Mas viéndose Alcimo chasqueado en su criminal esperanza por la amistad y buena inteligencia de ambos generales, se fué á ver á Demetrio, y le dijo que Nicanor favorecía los intereses de los enemigos, y que tenía destinado por sucesor suyo á Judas, insidiador del reino. Escribió el rey á Nicanor que llevaba muy á mal la amistad que había contraído, y que le mandaba que luego, al punto, se lo enviase preso á Antioquía. Quedóse consternado de esto Nicanor y sentía mucho tener que romper lo convenido con aquel varón, sin haber recibido de él daño alguno. Mas no pudiendo resistir al rey, aguardaba coyuntura favorable para ejecutar la orden. Mas observando el Macabeo que Nicanor le trataba con aspereza, y que en las visitas acostumbradas se le mostraba con cierto aire duro é imponente, consideró que aquella aspereza no podía nacer de nada bueno. Así que, reuniendo algunos pocos de los suyos, se ocultó de Nicanor y luego apareció á la cabeza de su heroico ejército. Atacóle Nicanor, fué batido, perdió cerca de cinco mil hombres, y los restantes huyeron á la ciudadela de Jerusalén.

Algún tiempo después subió Nicanor al monte de Sión, y salieron á saludarle pacíficamente algunos sacerdotes, y le mostraron los sacrificios que se ofrecían por el rey. Mas él los recibió con desprecio y los trató

Digitized by Google

como á personas profanas, y lleno de cólera les juró, diciendo: "Si no me entregáis atado á Judas arrasaré este Templo de Dios, derribaré este altar y consagraré este Templo al padre Baco.„ Y marchóse sumamente enfurecido. Y los sacerdotes entraron en el Templo á presentarse ante el altar, y llorando dijeron: "Señor, tú has escogido esta casa para que se invocase en ella tu nombre y fuese un lugar de oración y de plegarias para tu pueblo; haz venganza sobre este hombre y su ejército y perezcan al filo de la espada; ten presentes sus blasfemias y no permitas que subsistan„ (1).

En este tiempo uno de los ancianos de Jerusalén, por nombre Razías, hombre amante de la ciudad, de buena reputación, y que por el afecto con que los miraba era llamado el padre de los judíos, fué acusado á Nicanor. Había perseverado en el judaísmo por la época de la confusión y estaba pronto á dar su vida por perseverar en él hasta el fin. Queriendo Nicanor manifestar su odio contra los judíos, envió quinientos soldados para que le prendiesen. Porque creía que si llegaba á seducirle á él, haría un daño gravísimo á los judíos. Pero al tiempo que la turba se precipitaba á la casa tratando de romper la puerta y ponerle fuego, así que estaban ya para prenderle, se hirió él con una espada, escogiendo morir generosamente antes que verse siervo de los impíos y sufrir ultrajes indignos de su nacimiento. Mas como por la precipitación con que se hirió no fué mortal la herida, y entrasen ya las turbas en la casa, corriendo atrevidamente al muro se precipitó con denuedo encima de las gentes, y retirándose al punto éstas para que no se le cayese encima, vino á dar de cabeza contra el suelo. Y respirando todavía, cobrando alientos, se puso en pie, y aunque le corría la sangre á borbotones y estaba herido gravísimamente, pasó corriendo por medio de la gente, y subiéndose sobre una roca escarpada, y ya casi desangrado, sacando y tomando sus propias entrañas con ambas manos, las arrojó sobre la multitud, invocando al Señor de la vida y del alma para que se las volviese á él otra vez, y de esta manera acabó la vida (2).

Diversos juicios ha merecido esta acción de Razías, pues mientras unos la condenan como homicidio de sí mismo, justificanla otros suponiéndole una particular inspiración de Dios, y otros la disculpan por la turbación y exasperación que aquel repentino acometimiento le produjo; pero convienen todos en que el quitarse á sí mismo la vida, sin mandato del que nos la ha dado, es el mismo crímen que quitarla al prójimo.

Habiendo tenido Nicanor noticia de que Judas estaba en tierra de Samaria, resolvió acometerle con todas sus fuerzas en un día de sábado. Los judíos, que por necesidad le seguían, le dijeron: "No quieras hacer una acción tan feroz y bárbara como ésa; mas honra la santidad de este día y respeta á Aquel que ve todas las cosas.„ Y el desdichado les preguntó si había en el cielo algún poderoso que hubiese mandado guardar

(1) I Mach., VII, 1-38; II Mach., XIV, 1-36.
(2) II Mach., XIV, 37 46.

Digitized by Google

el sábado. "Hay—respondiéronle—un Señor vivo, poderoso en el cielo, el cual mandó guardar el día séptimo.„ "Pues yo—replicó él—poderoso soy también en la tierra, y mando tomar las armas y que se haga el servicio del rey.„ Mas al cabo no pudo ejecutar su designio.

Mientras que estaba acampado en Bethoron, pequeña ciudad de la tribu de Efrain, recibió refuerzos de Siria, que hicieron subir su ejército á 35.000 hombres. Judas vino á acampar frente por frente con una reducida fuerza de 3.000. Y oraba con fe. Y al mismo tiempo exhortaba á los suyos para que no temiesen el encuentro de las naciones, sino que antes bien, trajesen á la memoria la asistencia que otras veces habían recibido del cielo, y que al presente esperasen también que el Todopoderoso les concedería la victoria. Les dió igualmente instrucciones sacadas de la ley y de los profetas y les infundió así nuevo aliento. Y les ponía delante además los engaños de los gentiles y la violación de los juramentos. Y armó á cada uno de ellos no tanto con pertrechos de escudos y de lanzas, como con palabras y exhortaciones excelentes, contándoles un sueño digno de fe con que les dió á todos alegría. He aquí su visión: se le representó que estaba viendo á Onías, el sumo sacerdote, sin duda el tercero de este nombre, que había sido muerto en Antioquía, el cual, levantadas las manos, oraba por todo el pueblo de los judíos, y después había aparecido también otro varón venerable por su edad y glorioso aspecto, cercado de grande majestad. Y que Onías había dicho: "Este es el amador de sus hermanos y del pueblo de Israel; este es el que ruega mucho por el pueblo y por toda la santa ciudad, Jeremías, profeta de Dios.„ Y Jeremías extendió su diestra y dió á Judas una espada de oro, diciéndole: "Toma esta santa espada como don de Dios, con que derribarás los enemigos de mi pueblo de Israel.„

Animados así por las excelentes exhortaciones de Judas, decidieron combatir y pelear valerosamente; porque peligraban la santa ciudad y el Templo. Pues por las mujeres, y los hijos, y los hermanos y los parientes era la menor solicitud. Y los que estaban en la ciudad estaban no poco sobresaltados por la suerte de aquellos que iban á entrar en batalla.

Estaba ya en frente el ejército sirio. Y el Macabeo, viendo el vario aparato de las armas enemigas y los elefantes y la caballería oportunamente colocados, levantó las manos al cielo é invocó á aquel Señor que obra prodigios, á aquel que, no según el poder de las armas, sino según á El le place, da la victoria á los que son dignos, y orando, dijo: "Tú, Señor, que enviaste tu ángel en tiempo de Ezequías, rey de Judá, y mataste 185.000 del campo de Sennaquerib, ahora también, Señor de los cielos, envía tu ángel bueno delante de nosotros con el temor y terror de la grandeza de tu brazo, para que teman los que con blasfemia vienen contra tu santo pueblo.„

Entretanto venía Nicanor marchando con su ejército al son de trompetas y de canciones. Y Judas y los que con él estaban, invocando á Dios con preces, entraron en el combate con el esfuerzo en sus brazos, con la plegaria en sus corazones. Y Nicanor cayó el primero en el combate, y

Digitized by Google

viéndole muerto sus soldados arrojaron las armas y echaron á huir. Y los judíos les fueron persiguiendo camino de un día, desde Adazer hasta la entrada de Gazara, haciendo resonar las trompetas en señal de que los enemigos huían vencidos. Y las gentes de todos los lugares de Judea salían y cargaban sobre los fugitivos, tomándoles las salidas, de manera que fueron todos pasados á cuchillo, sin quedar ninguno. No menos de treinta y cinco mil fueron los muertos de aquella jornada.

Y cuando cesó el combate y se volvían con gozo, supieron que Nicanor con sus armas yacía tendido en el suelo. Por lo que, alzándose al instante una gritería y estrépito, bendecían al Señor Todopoderoso en su nativo idioma. Judas mandó cortar la cabeza y la mano con el hombro á Nicanor. Llegado que hubo á Jerusalén, convocó á sus conciudadanos, y á los sacerdotes, é hizo llamar también á los del alcázar, mostróles la cabeza de aquel impío y aquella su execrable mano que había levantado contra la morada santa de Dios Todopoderoso, é hizo arrojar para pasto de las aves la lengua que había proferido sus blasfemias. Y todos bendijeron al Señor del cielo, diciendo: "¡Bendito sea el que ha conservado exento de profanación su Templo!„

Y unánimes resolvieron que se celebrase todos los años esta victoria á 13 del mes de Adar; como lo hacen todavía los restos dispersos de Israel (1).

Estuvo entonces en reposo la tierra de Judá algún poco de tiempo. Pero cuanto más brillante había sido la victoria de Judas, tanto más era de temer que Demetrio, joven, ardoroso y capaz, cuando no se abandonaba á la intemperancia, haría nuevos y más poderosos esfuerzos para cumplir su propósito de subyugar á los judíos. Así, pues, Judas, no menos prudente que valeroso, buscó un apoyo para su pueblo en la alianza de los romanos, cuyos embajadores ya una vez se habían interesado por su causa.

Publicaba la fama por doquiera sus victorias contra los españoles, contra los galos, contra Filipo y Perseo, rey de Cetim, ó de Macedonia, contra Antioco, *el Grande*, á quien había reducido á pagar tributo y dar rehenes, y contra otros reyes y pueblos que desde las extremidades de la tierra habían venido á atacarlos. Habían, en fin, asolado y sometido á su imperio los otros reinos é islas que habían tomado las armas contra ellos. Al mismo tiempo, con sus amigos y con los que se entregaban con confianza en sus manos, guardaban amistad. Aquellos á quienes ellos querían dar auxilio para que reinasen, reinaban en efecto, y al contrario, quitaban el reino á quien querían. Con todo esto, ninguno entre ellos ciñe la corona, sino que han establecido una asamblea de 320 senadores, que cada día decidían sobre los asuntos públicos. Confían cada año la magistratura ó supremo gobierno á un sólo hombre, y así todos obedecen á uno solo, sin que haya entre ellos envidia ni celos. Tales eran las

(1) I Mach., VII, 43-49; II Mach., XV, 1-37.

Digitized by Google

circunstancias que de ellos publicaba la fama. Su voz como de ordinario no era acaso completamente exacta. Sin embargo, lo que se decía de la magistratura anual de uno solo, es aplicable á los cónsules; pues aunque eran dos, mandaba cada cual cuando le tocaba su vez.

Escogió, pues, Judas á Eupolemo, hijo de Juan, y á Jasón, hijo de Eleazar, y los envió á Roma para establecer con ellos paz y confederación, á fin de que los libertasen del yugo de los griegos; pues estaban viendo cómo tenían éstos reducido á esclavitud el reino de Israel. En efecto; después de un viaje muy largo, llegaron aquéllos á Roma, y habiéndose presentado al Senado, dijeron: "Judas Macabeo, y sus hermanos y el pueblo de los judíos nos han enviado á establecer alianza y paz con vosotros, y á que nos alistéis entre vuestros aliados y amigos.„ Parecióles bien á los romanos esta proposición. Y he aquí la respuesta que enviaron, en tablas de bronce, para que pudiese servir como un monumento de paz y de alianza. "Dichosos sean por mar y tierra eternamente los romanos y la nación de los judíos, y aléjense de ellos la guerra y el enemigo. Pero si sobreviniere alguna guerra á los romanos ó sus aliados en todos sus dominios, los auxiliará la nación de los judíos de todo corazón, según se lo permitiesen las circunstancias, y á los combatientes no darán ni suministrarán trigo, armas, dinero, navíos, porque así ha parecido á los romanos, y estarán sujetos á sus órdenes, sin tomar nada de ellos. De la misma manera, si primero sobreviniese alguna guerra á los judíos, los auxiliarán de corazón los romanos, según la ocasión se lo permitiere, y á los que fueren en su socorro no se dará trigo, armas, dinero, navíos, porque así ha parecido á los romanos, y obedecerán sus órdenes de buena fe. Este es el pacto que hacen los romanos con los judíos. Y si después de este tratado los unos ó los otros quisiesen añadir ó quitar á esto alguna cosa, lo harán de común consentimiento, y cuanto así añadieren ó quitaren quedará firme. Y acerca de los males que el rey Demetrio ha hecho contra ellos, le habemos escrito, diciendo: ¿Por qué has agravado tu yugo sobre los judíos, nuestros amigos y aliados? Por lo que si de nuevo vinieren ellos á quejarse, les haremos justicia contra ti, y te declararemos guerra por mar y por tierra„ (1).

Un antiguo senador pagano, Justino, habla de esta negociación en los siguientes términos: "Habiéndose separado los judíos de Demetrio, y habiendo solicitado la amistad de los romanos, fueron los primeros entre todos los orientales á obtener la libertad, mostrándose entonces los romanos fácilmente dadivosos de lo ajeno„ (2).

Mientras que esta alianza se concluía en Roma, había enviado Demetrio á Judea un escogido ejército á las órdenes de Baquides y de Alcimo. Tenían estos dos jefes 20.000 hombres y 2.000 caballos ante Jerusalén. Y había acampado cerca Judas con 3.000 hombres solamente, sacados de sus mejores tropas. Y al ver la multitud del ejército enemigo, se ame-

(1) I Mach., VIII, 1-32.
(2) Justin., lib. XXXVI, cap. II.

Digitized by Google

drentaron. Y este temor descompuso el ejército, y no quedaron más que 800 hombres. Judas, cuyo ejército se había desbandado, estrechado á pelear así, sin tener tiempo de recoger su gente, perdió ánimos: es el primer movimiento natural; pero que puede vencerse con la virtud. Dijo, pues, á los que le quedaban: "Levantémonos y vamos á pelear contra nuestros enemigos.„ Y procuraban disuadirle diciendo: "No podremos; pongámonos más bien en salvo, yéndonos á incomporar con nuestros hermanos, y después volveremos á pelear con ellos; ahora somos nosotros pocos.„ Pero Judas repuso: "No permita Dios que hagamos tal cosa de huir delante de ellos; si ha llegado nuestra hora, muramos valerosamente por nuestros hermanos, y no echemos un borrón á nuestra gloria.„ Dicho lo cual sale del campo, y marchan al combate en buen orden. El ala derecha de Baquides era la más fuerte. Atácala Judas con sus mejores soldados, y con ellos rompió aquella ala derecha y la hizo huir. Mas los que estaban en el ala izquierda, cuando vieron desordenados á sus compañeros, fueron por la espalda en seguimiento de Judas y de su gente; y encendiéndose con más vigor la pelea, perdieron muchos la vida de una y otra parte. Y murió Judas, y huyó el resto de su gente.

Recogieron después Jonatás y Simón el cuerpo de su hermano Judas, y le enterraron en el sepulcro de sus padres en la ciudad de Modin. Y lo lloró todo el pueblo de Israel con grande duelo, y lo endecharon muchos días y decían: "¡Cómo cayó el campeón que defendía al pueblo de Israel„ (1).

Así vivió y murió el modelo de los héroes, generoso, valiente, audaz, circunspecto, infatigable, y que prefirió á la vida una gloriosa muerte. Luchó por sus hermanos, por la patria, por las leyes, por la libertad, por la religión. Su valor y su patriotismo sobrehumanos, tenían su apoyo en Dios, manantial primero de toda fuerza y de toda patria. Juntando la prudencia al valor, tan sólo de Dios esperaba, sin embargo, el buen éxito. Al combatir y morir por su patria, como otros muchos hicieron también, combatió y murió asimismo por toda la humanidad; honor de que pocos han participado. Si Antioco Epifanes hubiera logrado su impío proyecto de hacer cambiar á su arbitrio de creencias y culto á todos los pueblos y de que viniesen á no reconocer en substancia más dios que él; si el pueblo judío, único que con el conocimiento del verdadero Dios y los anales auténticos del género humano, guardaba en depósito aquel conjunto de verdades religiosas y morales destinadas á obrar un día la redención universal, se hubiese, como los demás, prosternado cobardemente ante el ídolo del tirano monarca, entonces ¡ay del género humano! Hubiéranse para siempre embrutecido los pueblos como viles rebaños, bajo la vara de los dioses Antioco y Nerón. No lo permitió el verdadero Dios. Pero después de él, á Judas Macabeo y á sus hermanos deben los hombres el haberse salvado de ese hondo abismo.

---

(1) Mach., IX, 1-21.

Digitized by Google

26. Muerto Judas, alzaron la cabeza los enemigos de la patria y de la religión. Sobrevino, por añadidura, una muy grande hambre, y el país, abatido, se sujetó á Baquides, el cual escogió hombres perversos, y los puso por comandantes de aquella tierra; y andaban en pesquisa de los verdaderos israelitas que habían sido adictos á Judas, y los llevaban á Baquides, que tomaba venganza de ellos. Juntáronse entonces todos los amigos de Judas, y dijeron á Jonatás: "Después que murió tu hermano Judas, no hay ninguno como él que salga contra nuestros enemigos, Baquides, y los que son enemigos de nuestra nación. Por tanto, te elegimos hoy en su lugar, para que seas nuestro príncipe y el caudillo en nuestras guerras.„

Recibió así Jonatás el mando, y entró en lugar de su hermano Judas. Sabedor de esto Baquides, buscaba medios para quitarle la vida. Pero Jonatás, acompañado de sus hermanos y de todos los suyos, se retiró al desierto de Thecué. Y habiendo enviado á su hermano Juan para pedir favor á sus amigos los nabuteos sobre su equipaje de guerra, que era muy crecido, los hijos de Jambri, tribu de árabes que ocupaban entonces á Madaba, ciudad de los antiguos moabitas, se echaron sobre Juan y su escolta, y los mataron y se llevaron cuanto traía. No se hizo esperar la venganza. Pronto supieron Jonatás y su hermano Simón que aquellos mismos árabes celebraban las bodas de uno de sus príncipes. Esperáronles escondidos en las espesuras de un monte. Cuando el cortejo del esposo venía á encontrarse con el de la esposa, al son de tambores é instrumentos músicos, salieron ellos de su emboscada, mataron la mayor parte, y tomaron todos sus despojos, y cambiaron así las bodas en duelo por vengar la sangre de su hermano: y se volvieron á la ribera del Jordán.

Noticioso de esto Baquides, vino á atacarlos con un considerable ejército un día de sábado. Y dijo Jonatás á los suyos: "Salgamos á pelear con nuestros enemigos, porque no es hoy como ayer y antes de ayer. Ved que tenemos el enemigo á la frente, y las aguas del Jordán de una y otra parte, y sus riberas y pantanos y bosques, y no hay medio de escapar. Ahora, pues, clamad al cielo para que seáis librados de las manos de vuestros enemigos.„ Dióse la batalla, y Jonatás extendió la mano para herir á Baquides, que hurtó el cuerpo retrocediendo. Jonatás y los suyos, después de haberle matado al enemigo 1.000 hombres, se arrojaron al Jordán, y lo pasaron á nado á la vista de sus enemigos. Baquides no se atrevió á seguirlos, sino que volvió á Jerusalén, donde fortificó el alcázar y además otras varias ciudades, y tomó en rehenes los hijos de las principales familias de los judíos.

El año 153 del imperio de los griegos, 158 antes de Jesucristo, el segundo mes del año religioso, que comenzaba en la primavera, Alcimo, elevado al cargo de Supremo Sacrificador por el poder de los gentiles, mandó derribar los muros de la parte interior del Templo que separaban á los gentiles de los judíos, y destruir las obras de los profetas Ageo y Zacarías. Mas apenas había comenzado cuando le hirió la mano del Señor: perdió el habla, quedó baldado de perlesía, sin poder articular una pala-

Digitized by Google

bra más, ni dar disposición alguna en los asuntos de su casa, y murió con grandes dolores.

Por lo que hace á Baquides, cuando vió que Alcimo, en cuyo favor se le había enviado, era muerto, se tornó para el rey Demetrio á Antioquía, y quedó el país en reposo por dos años. Pudo contribuir mucho á ello la carta del Senado romano en favor de los judíos. Demetrio debía haberla recibido, y le importaba tanto más mostrarse deferente con el Senado romano, cuanto que, no obstante sus embajadas y sus instancias, no había sido aún reconocido como rey.

Pero al cabo de aquel tiempo los judíos de la defección, viendo á Jonatás en sosiego, sugirieron á Baquides que sería fácil sorprenderlos á él y á los suyos en una noche. Baquides, en consecuencia de esto, dió aviso á sus amigos en Judea, y vino luego en persona con un fuerte ejército. Pero se descubrió la maquinación: y Jonatás prendió á 50 jefes de aquel complot y les quitó la vida, y después se retiró con los suyos á Bethbesen, ciudad en el desierto, cuyas ruinas repararon, poniéndola en estado de defensa. Baquides, por su parte, vino á sitiarlos allí con todo su ejército y los judíos de su partido. Pero Jonatás, encomendando la defensa de la plaza á su hermano Simón, atacó á los judíos partidarios de los sirios, mientras que Simón hizo una salida, quemó las máquinas de los sitiadores y consiguió contra Baquides una decisiva victoria. Profundamente contristado éste, se irritó contra los perversos que le habían incitado á venir á su tierra, hizo matar muchos de ellos y resolvió volverse á su país con el resto de las tropas. Sabedor de lo cual Jonatás le envió embajadores para ajustar la paz con él y canjear los prisioneros. Consintió de buen grado Baquides en lo que Jonatás le proponía, juró que en todos los días de su vida no volvería á hacerle mal ninguno, devolvióle los prisioneros, regresó á su país y no volvió más.

Con esto cesó la guerra en Israel, y Jonatás fijó su residencia en Macmas, y comenzó á juzgar al pueblo y exterminó de Israel á los impíos. Varias revoluciones en el exterior vinieron inopinadamente á consolidar y aumentar su poder.

27. Habíase atraído Demetrio con su pereza y sus embriagueces el desprecio de sus súbditos, y por otra parte, su carácter voltario y singular había indispuesto contra él á los reyes de Egipto, de Pérgamo y de Capadocia; y los romanos, que le habían al fin reconocido como rey, no por eso le eran más favorables. En tales circunstancias preséntase un individuo llamado Balas, hombre de baja extracción, según los autores griegos y latinos, hijo de Antíoco Epifanes, según Josefo y el libro primero de los Macabeos. No quita esto último que sea cierto lo primero; compatibles son ambos asertos; pues pudo el adúltero Antíoco dejar hijos entre la ínfima plebe. Como quiera que sea, Balas se anuncia como Alejandro, hijo de Antíoco Epifanes, reconócenle por tal los tres monarcas ofendidos por Demetrio; el Senado romano, ante quien se presenta, no sólo le permite revindicar sus derechos al trono de Antíoco, sino que le promete también su apoyo. Y ya con esto no le cuesta trabajo á Alejandro encon-

Digitized by Google

trar soldados; desembarca en Tolemaida, le reciben en la ciudad y comienza á reinar como monarca de Siria.

Semejante noticia hizo á Demetrio sacudir la pereza, y marchó contra él con un poderoso ejército. En tal coyuntura, tornábase importante el apoyo de Jonatás. Demetrio, que tenía mayores motivos para temer su desafecto, por el mal que había hecho, como también á todos los judíos, le escribió el primero una carta con muchas alabanzas, le dió poder para juntar un ejército, para fabricar armas y hasta para ser aliado suyo, y mandó que se le entregasen los rehenes que estaban en el alcázar. Y vino Jonatás á Jerusalén, y leyó las cartas, oyéndolo todo el pueblo, y los que estaban en el alcázar. Y éstos tomaron grande temor cuando oyeron que el rey le había dado facultad para poner en pie un ejército; y entregaron los rehenes á Jonatás, que los devolvió á sus padres. Huyeron los extranjeros que estaban en las fortalezas que Baquides había hecho edificar, cada uno á su país. Solamente las guarniciones de Betsura y del alcázar de Jerusalén permanecieron, porque se componían casi en su totalidad de judíos apóstatas, para quienes no había otro lugar de refugio. Y fijó su morada Jonatás en Jerusalén, hizo reedificar la ciudad y que se levantasen los muros. Hizo también edificar alrededor del monte Sión las murallas que había hecho destruir Antíoco Eupator.

Alejandro, á quien habían contado las batallas y acciones de los Macabeos, así como los grandes males que habían sufrido, tuvo noticia de las grandes promesas que Demetrio había hecho á Jonatás, y dijo: "¿Acaso podremos hallar un hombre tal como éste? Pues veamos cómo le hacemos ahora nuestro amigo y aliado.„ Y le envió con la púrpura y la corona de oro, una carta concebida en estos términos: "El rey Alejandro á Jonatás, su hermano, salud. Hemos oído decir, que tú eres un hombre poderoso en fuerzas, y digno de ser nuestro amigo. Y ahora te constituimos hoy Sumo Sacerdote de tu nación, y que seas llamado amigo del rey, y que unas tus intereses con los nuestros y que guardes amistad con nosotros.„

El año 160 del reino de los griegos, 161 antes de Jesucristo, en el séptimo mes, en la fiesta solemne de los Tabernáculos, se puso Jonatás, no la púrpura que había recibido de Alejandro, sino la estola santa que tenía derecho de llevar como Sumo Sacerdote que por derecho era, según lo había sido también su hermano Judas, como jefe de la primera familia sacerdotal. La carta del rey únicamente sirvió para asegurarle mayor respeto exterior. Levantó al mismo tiempo un ejército é hizo fabricar gran cantidad de armas.

Habiendo llegado estas cosas á noticia de Demetrio, lo sintió mucho. "¿Cómo—dijo—hemos dado lugar á que Alejandro se nos haya adelantado á conciliarse la amistad de los judíos, para fortificarse? Yo también quiero escribirles rogándoles, y ofreciéndoles dignidades y dádivas, para que estén conmigo en mi socorro.„ Escribióles, pues, en estos términos: "El rey Demetrio á la nación de los judíos, salud. Hemos oído que habéis guardado la amistad hecha con nosotros, y permanecido en ella, y que no os habéis coligado con nuestros enemigos, de lo que nos alegramos

Digitized by Google

Perseverad, pues, ahora, como hasta aquí, en guardarnos la misma fidelidad, y os recompensaremos ampliamente lo que hicisteis con nosotros, y os perdonaremos muchos impuestos y os haremos muchas mercedes. Y desde ahora á vosotros, y á todos los judíos, os eximo de tributos (sigue explicando estos tributos de que eximía). Y Jerusalén sea santa y libre con todo su territorio, y los diezmos y los tributos sean suyos. Y renuncio también al señorío del alcázar que hay en Jerusalén, y lo doy al Sumo Sacerdote para que ponga en él la gente que él mismo escogiere para su defensa. Y doy libertad sin rescate alguno á todos los judíos cautivos de la tierra de Judá... Y todos los días solemnes... y tres días antes de un día solemne, y tres días después, sean todos de inmunidad y de exención para todos los judíos que están en mi reino, de modo que nadie podrá proceder contra ellos ni llamarlos á juicio por ningún motivo. Y sean alistados de los judíos en los ejércitos del rey hasta 30.000 hombres... Y de ellos se sacarán para guarnecer las plazas del grande rey. Y de éstos se tomarán para encargarles los negocios del reino que piden fidelidad... Y las tres ciudades que han sido adjudicadas á la Judea, del territorio de Samaria sean reputadas de la Judea, para que no dependan sino de uno solo, ni reconozcan otra potestad que la del Sumo Sacerdote. Hago donación de Tolemeida con su territorio al Templo de Jerusalén para los gastos necesarios del santuario.„ Añadía de sus propias rentas 15.000 siclos de plata, 30.000 francos de nuestra moneda, y protestaba que el Templo de Jerusalén sería un inviolable asilo. "Y para edificar ó reparar las obras del santuario, se hará el gasto de cuenta del rey, como también lo que se gaste para restaurar los muros de Jerusalén y fortificarlos por todo alrededor, y para las murallas que deben levantarse en la Judea.„

Cuando Jonatás y el pueblo oyeron estas palabras, no las creyeron sinceras ni las quisieron aceptar, porque se acordaban de los grandes males que había hecho en Israel, y cuán duramente los había oprimido. Y así se inclinaron más bien á complacer á Alejandro, pues había sido el primero que les había hablado de paz, y con efecto, le auxiliaron en todo tiempo.

Diéronse los dos reyes una primera batalla en que Demetrio llevó ventaja. Pero Alejandro, apoyado por los reyes de Capadocia, de Bérgamo y de Egipto, como también por los romanos y los judíos, se halló muy pronto en disposición de dar una segunda batalla, en la cual, después de algunas acciones de valor, perdió Demetrio la corona y la vida.

A fin de consolidar los frutos de su victoria, envió Alejandro embajadores á Tolomeo Filometor, rey de Egipto, para notificarle su advenimiento al trono de Siria y pedirle por esposa á su hija Cleopatra. Concedióselá su padre, y la llevó él mismo hasta Tolemaida, donde se celebraron las bodas. Alejandro convidó para asistir á ellas á Jonatás, el cual fué allá con grande pompa, é hizo á los dos reyes valiosos presentes, como también á sus amigos, y se aseguró su favor. Conjuráronse para presentar una acusación contra él algunos hombres pestilenciales y malvados; mas el rey no quiso darles oídos. Antes, por el contrario, man-

Digitized by Google

dó Alejandro que quitasen á Jonatás su traje ordinario y le revistiesen de púrpura, y le mandó sentar á su lado, y le contó entre sus principales amigos, hízole general y gobernador de provincia. Después de lo cual se volvió Jonatás á Jerusalén en paz y lleno de gozo. Era el año 162 del imperio de los griegos, 149 antes de Jesucristo.

28. Tres años después, en 165, estalló en Siria una nueva revolución. Demetrio I, ó Soter, temiendo el resultado de la guerra, en la cual efectivamente pereció, había enviado sus dos hijos, Demetrio y Antíoco, con buenos tesoros á Gnido, ciudad de Caria, al lado de un amigo, llamado Lastenes. Entretanto, Alejandro, una vez asegurado ya en el trono, dióse al lujo, á la ociosidad y á la disolución, dejando que su favorito Anmonio ejerciese todo género de crueldades; conducta que muy luego le atrajo el desprecio y el odio de los pueblos. Juzgó el joven Demetrio favorable la ocasión, y con algunos mercenarios cretenses que le había procurado Lastenes, desembarcó en Cilicia, donde pronto los descontentos que de todas partes afluían le formaron un ejército. Hallábase en Fenicia Alejandro cuando le llegaron tales noticias. Volvióse desde luego á Antioquía para anticiparse al enemigo. Mas al punto también el gobernador que había dejado en la Celesiria se declaró en favor de su rival. Reúne un ejército, viene á poner su campo delante de Jamnia y comenzó á reprochar á Jonatás que sólo él se mantenía á favor de Alejandro, confiado en la defensa de sus montañas, y á desafiarle insolentemente que bajase al llano. Púsose Jonatás en marcha con 10.000 hombres escogidos, y le siguió su hermano Simón, y acamparon delante de Jope, donde Apolonio había puesto guarnición; y Jonatás combatió dicha ciudad, y atemorizados los que estaban dentro, le abrieron, y se apoderó de aquella plaza. Y entonces Apolonio se presentó en frente á Jope con numerosa infantería y 3.000 caballos y sitió á Jonatás. Y aparentó marchar sobre Azoto, para atraer fuera á Jonatás, el cual salió en su seguimiento, pero en orden de batalla, y con el auxilio de Simón hizo infructuosa una emboscada de 1.000 jinetes, derrotó el ejército de los sirios, tomó á Azoto y quemó el famoso templo de Dagón, donde se habían refugiado muchos enemigos. La pérdida total de los sirios fué de cerca de ocho mil hombres. Ascalón abrió también sus puertas á Jonatás. Así que el rey Alejandro supo todos estos sucesos, le colmó de nuevos honores, y le envió una hebilla de oro, como las solían usar los reyes para sujetar el manto de púrpura sobre el hombro, y le dió en propiedad otra ciudad de los filisteos, Acarón, con todo su territorio (1).

Había implorado Alejandro Balas el auxilio de su suegro Tolomeo Filometor. Púsose éste en marcha con un grande ejército y envió una poderosa armada. Pero era para apoderarse con astucia del reino de Alejandro y añadirlo al suyo. Todas las ciudades de Siria le abrieron las puertas y le recibieron con grandes honores, porque así lo había orde-

(1) Mach., X, 1-89.

Digitized by Google

nado Alejandro en atención á ser Tolomeo suegro suyo. Pero entretanto, el suegro iba poniendo guarnición egipcia en todas las ciudades. Cerca de Azoto le mostraron el templo de Dagón reducido á cenizas, los cadáveres tendidos por tierra y los túmulos de los que habían perecido en la batalla. Y dijéronle que era Jonatás el autor de tales desastres. Pero nada respondió, y recibió amistosamente á Jonatás, que vino á verle á Jope y á acompañarle hasta el río Eleutero, desde donde el mismo Jonatás regresó tranquilamente á Jerusalén.

Alzóse así Tolomeo con el dominio de las ciudades hasta Seleucia, junto al mar. Y de allí despachó embajadores á Demetrio, diciendo: "Ven, hagamos entre los dos alianza, y te daré á mi hija, que está desposada con Alejandro, y reinarás en el reino de tu padre. Porque estoy pesaroso de haberle dado á mi hija, porque ha intentado matarme." Acusábale, porque deseaba alzarse con su reino. Tomó, pues, á su hija y la dió á Demetrio, y se extrañó de Alejandro, y se manifestó el odio que le tenía. Entrado que hubo en Antioquía puso sobre su cabeza dos coronas, la de Egipto y la de Siria.

Hallábase Alejandro á aquella sazón en Cilicia; porque se le habían rebelado los de aquellas provincias. Y al saber lo que había pasado vino á combatir con su suegro, mas fué vencido y huyó á Arabia, cerca de un jefe de árabes llamado Zabdiel, y éste le cortó la cabeza y se la envió á Tolomeo. El cual manifestó su alegría; mas no fué ésta de larga duración, porque murió él también tres días después de resultas de las heridas recibidas en el combate. Elevado así al trono Demetrio, tomó el sobrenombre de *Nicator,* ó sea vencedor, hizo pasar á cuchillo todas las guarniciones egipcias de Siria y Fenicia, y conservó sólo los elefantes. Era el año 167 de la Era de los griegos, 144 antes de Jesucristo.

No podía Jonatás prometerse nada favorable de parte del nuevo rey de Siria, reunió un ejército y levantó máquinas ante el alcázar para combatirlo. Y algunos judíos apóstatas lo denunciaron á Demetrio, que vino muy irritado á Tolemaida, y escribió á Demetrio, que cesase en el sitio del alcázar y que viniese al punto á hablar con él. Recibida esta carta ordenó Jonatás que se continuase el sitio, y luego, tomando consigo algunos de los ancianos de Israel y de los sacerdotes, así como también valiosos presentes en oro, plata y otros objetos preciosos, y arriesgándose, fué á ver á Demetrio: quien, cambiado de repente en su ánimo respecto á él, no sólo le confirmó en todos sus honores, sino que le declaró el primero de sus amigos. Y hasta le pidió Jonatás que concediese franquicia é inmunidad á Judea, y á las tres toparquías que tenían por capitales á Lidda, Ramata y Aferema, y á Samaria con todo su territorio, mediante la entrega de un capital de 300 talentos. Consintió en ello el rey é hizo expedir respecto á todos estos asuntos las siguientes cartas: "El rey Demetrio á su hermano Jonatás y á la nación de los judíos, salud. Os hemos enviado copia de la carta que hemos escrito á Lastenes, nuestro padre, acerca de vosotros para que estéis sabedores." (Era este Lastenes aquel amigo fiel á quien su padre le había confiado antes de morir). "El

Digitized by Google

rey Demetrio á Lastenes, su padre, salud: Hemos tenido á bien hacer mercedes á la nación de los judíos, que son nuestros amigos, y que guardan la fidelidad que nos deben á causa de la buena voluntad que nos tienen. Hemos, pues, decretado que todos los términos de la Judea, que las tres ciudades Aferema, Lydda y Ramata, agregadas á la Judea de la provincia de Samaria, y todos sus territorios sean separados para todos los sacerdotes de Jerusalén, en cambio de lo que el rey cobraba de ellos cada año y de los frutos de la tierra y de los árboles. Y lo demás que nos pertenecía de diezmos y de tributos desde ahora se lo perdonamos, y las eras de las salinas y las coronas que se le ofrecían. Todo se lo concedemos y nada de esto será anulado desde ahora y para siempre. Ahora, pues, tened cuidado de que se haga una copia de este decreto y se entregue á Jonatás y se ponga en el monte santo en lugar público.„

Al igual de sus predecesores, Demetrio parece haber mirado el trono, desde que lo tuvo asegurado, como el lugar de la ociosidad y de la licencia. Dejó hacer lo que quiso á Lastenes, el cual hizo mucho mal, licenció su ejército sirio, se confió á mercenarios griegos y se enajenó las simpatías de sus súbditos con investigaciones crueles contra todos aquellos que en los anteriores disturbios políticos habían seguido otras banderas que las de su padre y las suyas.

Entretanto Jonatás le escribió y rogó que hiciese por fin retirar las guarniciones que había en el alcázar de Jerusalén y algunas otras. Demetrio le prometió eso y más luego que el tiempo se lo permitiese; pero que por el pronto rogaba que enviase tropas en su auxilio; porque todo su ejército le había abandonado y se encontraba en peligro. Entonces Jonatás le envió 3.000 hombres de los más valientes. Contento el rey con la venida de los mismos, emprendió un golpe de estado bastante azaroso, es á saber, el desarme de los habitantes de Antioquía. Levantáronse éstos en número de 120.000, y le atacaron en su palacio con intento de matarle.

Los judíos llamados á su socorro rechazaron el asalto y acometiendo por varias partes á la ciudad mataron en aquel día 100.000 hombres. Atemorizados los demás pidieron la paz, arrojando las armas. Concedióselo el rey y restablecióse el orden y los judíos se volvieron á Jerusalén llenos de gloria y riquezas. No obstante lo cual, Demetrio, asegurado ya en el trono, no cumplió ninguna de las promesas que á Jonatás había hecho, antes al contrario, volvióle mal por bien; pero pronto tuvo ocasión de arrepentirse.

Un cierto Diodoto, llamado por sobrenombre *Trifón*, que había sido general de Alejandro Balas y gobernador por el mismo de Antioquía, había ido á verse con aquel jefe de los árabes, en cuyo poder estaba el joven Antíoco, hijo de Alejandro. Y le había referido cómo Demetrio se había atraído el odio de su ejército y le había instado para que le entregase el joven príncipe para colocarlo en el trono de Siria. Habiéndolo conseguido volvió al país con aquel niño y le ciñó la diadema. El ejército licenciado por Demetrio se pasó al joven rey. Dióse una bata-

Digitized by Google

lla. Derrotado, deshecho y obligado á huir Demetrio; hízose Trifón dueño de los elefantes y se apoderó de Antioquía.

Escribió el jóven Antíoco á Jonatás diciéndole: "Te confirmo en el sacerdocio y te pongo sobre las cuatro ciudades (eran éstas las tres antes nombradas y Tolemaida) para que seas de los amigos del rey.„ Y al mismo tiempo le envió unos vasos de oro para su servicio y le dió facultad de beber en copa de oro y de vestir de púrpura y de llevar la hebilla de oro y además nombró á su hermano Simón por gobernador desde las costas de Tiro hasta las fronteras de Egipto.

Salió Jonatás en auxilio de Antioco contra las tropas de Demetrio. Todo el ejército de Siria se puso á su lado para sostenerle. Abrióle sus puertas Ascalón, y le recibió con grandes honores; vióse sitiada Gaza y tuvo que rendirse, y Jonatás tomó rehenes y los envió á Jerusalén, y recorrió en seguida todo el país hasta Damasco. Supo allí que los generales de Demetrio habían hecho una irrupción en la Galilea para apartarle de los negocios del reino de Siria, y marchó contra ellos, dejando en la Judea á su hermano Simón, el cual tomó á Betsura y puso guarnición en ella. Cerca del lago de Genezaret fueron derrotados los judíos por los enemigos, parte de los cuales se habían puesto en emboscada. Abandonado Jonatás de todos los suyos, menos de dos hombres, rasgó sus vestidos y echó tierra sobre la cabeza, é hizo oración, y se arrojó contra el enemigo. Sus tropas, que huían, volvieron al lado de su jefe, consiguieron la victoria, y dieron muerte á 3.000 hombres. Después de lo cual se volvió Jonatás á Jerusalén (1).

29. Para consolidar aún más la tranquilidad de que gozaba en aquella sazón, envió embajadores á Roma, donde se renovó la alianza formada en tiempo de su hermano Judas. Hizo otro tanto con otros pueblos, señaladamente con los espartanos. La carta para estos últimos se hallaba concebida en los términos siguientes:

"Jonatás, Sumo Sacerdote, y los ancianos de la nación, y los sacerdotes y el resto del pueblo de los judíos á los lacedemonios, sus hermanos, salud. Tiempo ha que fueron enviadas cartas á Onías, Sumo Sacerdote, por Ario, que reinaba entre vosotros, sobre que sois hermanos nuestros, como se contiene en el escrito que va adjunto. Y Onías recibió con grande honra al mensajero, y recibió las cartas en que se hablaba de esta alianza y amistad. Nosotros, aunque no teníamos necesidad de esto, teniendo para nuestro consuelo los santos libros, que están en nuestras manos; todavía hemos querido enviar á vosotros para renovar esta hermandad y amistad, no sea que os parezca habernos extrañado; habiendo pasado mucho tiempo desde que enviasteis á visitarnos. Nosotros, empero, en todo este intermedio jamás hemos dejado de hacer conmemoración de vosotros en los sacrificios que ofrecemos en los días solemnes, y en los demás que corresponde, y en todas nuestras oraciones. pues es justo y debido acordarse de los hermanos. Asimismo nos holgamos de

(1) I Mach., XI, 1-74.

Digitized by Google

vuestra gloria. Mas á nosotros nos han cercado muchas tribulaciones, y muchas guerras, y nos han invadido los reyes que están en nuestros contornos. Mas no hemos querido seros molestos en estas guerras ni á otros aliados nuestros. Porque hemos recibido socorro del cielo, y hemos sido librados, y nuestros enemigos han sido abatidos. Por tanto, habiendo elegido á Numenio, hijo de Antíoco, y á Antipatro, hijo de Jasón, para enviarlos á los romanos á fin de renovar con ellos la antigua amistad y alianza, les hemos dado también la orden de pasar á veros, y saludaros de nuestra parte y llevaros nuestras cartas sobre la renovación de nuestra hermandad. Y ahora haréis bien si nos respondiéreis á esto.„

Así, pues, ciento cuarenta años antes de Jesucristo eran los judíos aliados y amigos de los romanos, de los espartanos y de otros varios pueblos; hacían memoria de estos aliados en sus sacrificios y en sus preces solemnes; no temían decirles en las instrucciones de sus embajadores que sus Libros Santos, libros, por añadidura, traducidos al griego, eran su principal consuelo. Y según todas las apariencias había ya desde entonces judíos establecidos en Roma y en las principales ciudades de la Grecia; los judíos, y lo atestiguan los nombres griegos que muchos de ellos llevan, no tenían reparo en dar conocimiento á los gentiles de lo que contenían dichos libros, y los gentiles no se mostraban indiferentes respecto á su lectura. Hemos visto antes que unos buscaban en ellos el origen y la semejanza de sus simulacros; podían otros buscar y encontrar allí al verdadero Dios y su verdadero culto. Era una gracia más para los hombres de buena voluntad.

Jonatás había gozado de un breve descanso, cuando supo que los generales de Demetrio habían vuelto, con fuerzas mayores que antes, para sorprenderle. Siguiendo la práctica prudente y atrevida de los Macabeos, cuidó de adelantarse al enemigo. No habiendo podido los sirios sorprenderle por la noche, se retiraron allende el río Eleutero. Jonatás se volvió contra los árabes que seguían el partido de Demetrio, y los batió. Pasó después á la provincia de Damasco, mientras que Simón fué hacia Ascalón y otras ciudades, y se apoderó de Jope, en la cual puso guarnición.

De vuelta á Jerusalén, convocó Jonatás á los ancianos del pueblo, para deliberar acerca de los medios de defensa. Fortificaron varias plazas, levantaron los muros de Jerusalén y construyeron una nueva y alta muralla entre la ciudad y el alcázar, para asegurar aquélla contra los ataques de la guarnición siria é interceptarle á ésta los víveres. Y al mismo tiempo construía Simón fortalezas por el lado de los filisteos, eternos enemigos del nombre judío.

No satisfecho Trifón con reinar en nombre del joven rey, ambicionaba mayor esplendor y más duradero poder. Proyectó, pues, quitar la vida al joven Antíoco. Mas como sabía que Jonatás se horrorizaría de tal crimen y no reconocería nunca por rey al asesino de su aliado, parecióle prudente deshacerse primero de él, y marchó contra el mismo hacia Bethsan, ciudad de la tribu de Manasés. Pero habiéndole salido al encuentro

Digitized by Google

Jonatás con 40.000 hombres, recibióle Trifón con grandes honores, le recomendó á sus amigos, le hizo regalos, y mandó á sus tropas que le obedeciesen como á él mismo. Y luego le dijo: "¿Para qué has hecho cansar á toda tu gente no teniendo nosotros guerra? Ahora bien; despídelos para sus casas, y escógete algunos pocos de ellos que queden contigo, y ven conmigo á Tolemaida, y la pondré en tus manos con las otras fortalezas, y el ejército, y todos los que están encargados del gobierno, y hecho esto, me volveré: pues por esto he venido acá.„

Dió crédito Jonatás á Trifón; licenció sus tropas, á excepción de 3.000 hombres, de los cuales envió 2.000 á Galilea, reteniendo consigo 1.000 solamente. Mas apenas entró en Tolemaida, cuando Trifón cerró las puertas, le prendió y mandó pasar á cuchillo el exiguo ejército que le acompañaba. Después envió tropas de infantería y de caballería contra los 2.000 que estaban en Galilea. Pero éstos, con las noticias de lo que había pasado á Jonatás y á sus compañeros, se armaron á defenderse hasta la muerte, y marcharon contra el enemigo, con tal denuedo, que no se atrevió á atacarlos, y se volvió por donde había venido. Volvieron, pues, á Judea sanos y salvos los 2.000, llorando á Jonatás, y todo Israel le lloraba con ellos. Las naciones circunvecinas intentaron, por el contrario, acabarlos. Porque dijeron: "No tienen caudillo, ni quien les asista; ahora es tiempo de echarnos sobre ellos y de borrar su memoria de entre los hombres„ (1).

30. Pero los Macabeos eran una familia de héroes. Viendo Simón, hermano de Jonatás, que Trifón se hallaba á punto de invadir la Judea con un poderoso ejército, subió á Jerusalén, convocó al pueblo consternado, y exhortándolos, les dijo: "Vosotros sabéis cuánto hemos peleado yo y mis hermanos, y la casa de mi padre, por las leyes y las cosas santas, y en qué angustias nos hemos visto. Por amor de estas cosas han perecido todos mis hermanos en defensa de Israel, y yo he quedado solo. Mas no me acontezca que yo perdone á mi vida mientras estemos en tribulación, pues no soy mejor que mis hermanos. Vengaré, pues, mi gente y el santuario, y á nuestros hijos y mujeres, porque todas las gentes se han congregado para oprimirnos, por el odio que nos tienen.„ Inflamaron estas palabras el valor de todo el pueblo, y todos en alta voz respondieron: "Tú eres nuestro caudillo en lugar de Judas y Jonatás, tus hermanos; dirige nuestra guerra, que nosotros haremos todo cuanto nos mandares.„ Con esto Simón hizo juntar todos los hombres de guerra y se dió prisa á acabar los muros de Jerusalén, y envió á Jope un cierto Jonatás, hijo de Absalomi, que arrojó de allí los enemigos y se apoderó de la ciudad.

Salió Trifón de Tolemaida con un numeroso ejército para sorprender la tierra de Judá, trayendo consigo prisionero al nuevo caudillo. Salió Simón á su encuentro. Y Trifón le envió á decir: "Por el dinero que debía tu hermano Jonatás en las cuentas del rey, á causa de los negocios que

(1) I Mach., XII, 16-54.

Digitized by Google

manejó, le hemos detenido. Mas ahora envía cien talentos de plata y sus dos hijos en rehenes, para seguridad de que luego que esté libre no se vuelva contra nosotros, y le dejaremos ir.„

Bien conoció Simón que le hablaba con doblez; pero con todo mandó que se le entregase el dinero y los niños por no atraer sobre sí el odio del pueblo de Israel, el cual hubiera dicho: "Por no haberse enviado el dinero y los niños, por eso ha perecido.„ Bien advertía Simón la impostura en lo que Trifón alegaba de las deudas de Jonatás; preveía tal vez también que no le soltaría; pero ¿podía prever que aquel pérfido griego haría degollar á la vez á los hijos y al padre?

Trifón no devolvió á Jonatás, y marchó adelante; pero Simón le seguía á todas partes con su ejército, adondequiera que quisiese ir encontraba en frente á Simón. La guarnición siria del alcázar de Jerusalén le envió á decir que acudiese prontamente en su auxilio y les procurase víveres. Quiso ir por una vía más apartada con su caballería; pero cayó por la noche copiosa nieve que se lo impidió, y tuvo que ceñirse al país de Galaad. Allí hizo matar á Jonatás y sus dos hijos en un lugar llamado Bascamán, donde se les dió sepultura. Después de lo cual se volvió á Siria.

Envió á buscar Simón los huesos de su hermano, y los puso en Modín, en el sepulcro de sus padres, y todo Israel lloró á Jonatás por muchos días. Mandó después Simón levantar sobre los sepulcros de su padre y hermanos un elevado monumento, que se descubría desde lejos, de piedras labradas por uno y otro lado, y allí levantó siete pirámides, una en frente de otra, para su padre, y para su madre y para sus cuatro hermanos, la séptima era, sin duda, para él mismo. Alrededor de ellas colocó columnas, y sobre las columnas armas para eterna memoria, y junto á las armas navíos esculpidos. Atestiguan Eusebio y San Jerónimo que subsistía aún este monumento en sus días, es decir, en el siglo IV de nuestra Era. Se veía desde el mar, aunque distaba tres leguas de la orilla.

Después de tantos crímenes para llegar al trono, cometió Trifón el último: mató al joven Antíoco. Este niño, que fué sólo una sombra de rey, no por eso deja de ostentar en sus medallas los pomposos títulos de dios Epifanes y dios Baco. El pérfido asesino ciñó la diadema y juntó el nombre de rey al poder de tal que ejercía ya.

Nada debía Simón á este usurpador del trono de los seleucidas, asesino del rey pupilo, asesino de su hermano. Para precaverse contra su tiranía, fortificó muchas ciudades en Judea, y las proveyó de copiosos víveres. Al mismo tiempo envió embajadores á Demetrio con valiosos presentes para tratar de la paz, y le respondió éste con la siguiente carta.

"El rey Demetrio á Simón, sumo sacerdote y amigo de los reyes, y á los ancianos y al pueblo de los judíos, salud. Recibimos la corona de oro y el ramo que enviasteis, y estamos dispuestos á hacer con vosotros una paz sólida, y á escribir á nuestros intendentes que os perdonen los tributos de que os hemos hecho gracia. Porque cuanto os hemos acordado firme os permanece. Las plazas que habéis fortificado quedarán para vos-

Digitized by Google

otros. Os perdonamos también todas las faltas y yerros que hayáis podido cometer hasta el día de hoy, como igualmente la corona de que érais deudores, y queremos que si se pagaba algún otro pecho en Jerusalén, no se pague ya más en adelante. Y si entre vosotros hay algunos aptos para ser alistados entre los nuestros, que se alisten, y haya paz entre nosotros.„

Así fué como después de muchas guerras en que más de una vez se halló la nación judía al borde de su ruina, llegaron los judíos á una completa libertad. Desde el cautiverio de Babilonia, habíanse visto obligados á pasar más ó menos sin ella. A comenzar de este año de su completa independencia, que era el año 170 del imperio de los griegos y 141 antes de Jesucristo, cesaron de usar la Era de los extranjeros y empezaron á escribir en los monumentos y registros públicos: año primero de Simón, Sumo Sacerdote, gran caudillo y príncipe de los judíos.

Hácia este tiempo sitió Simón á Gaza, que habiendo sabido la muerte de Jonatás, se había revelado contra él. Hizo dar el asalto. Ya se había apoderado de una torre, ya los soldados que estaban en una máquina de guerra habían entrado en la ciudad, cuando una turba de todo sexo y edad acudieron desolados á las murallas, clamando: "No nos trates como merece nuestra maldad, sino según tu grande clemencia.„ Compadecióse de ellos, los dejó salir de la ciudad, y entró él bendiciendo con himnos al Señor; la purificó, la pobló de judíos fieles, é hizo en ella para sí una casa.

Continuaban los sirios ocupando el alcázar de Jerusalén; pero desde que Jonatás había levantado aquel alto muro, tan estrechamente bloqueados, que muchos de ellos habían perecido de hambre. Rindiéronse los demás á Simón, que los dejó marchar. Purificó el alcázar, é hizo su entrada solemne en el mismo, loando á Dios entre ramos de palmas, al son de arpas, de címbalos y de liras, con himnos y cánticos. Era el día 23 del mes segundo, el año 171 del imperio de los griegos, 140 antes de Jesucristo. Y dispuso que todos los años se celebrasen aquellos días con alegría. Y fortificó el monte del Templo, y moró él allí y los que con él estaban. Por último, viendo que su hijo Juan era un hombre de guerra, muy valiente, le puso por general de todas las fuerzas. Estableciόse el nuevo general en Gazara, la misma ciudad que Estrabón llama Gadaris (1).

Bajo el gobierno de Simón estuvo toda la tierra de Judá en pacífica quietud. Estaban abatidos los reyes, y no tenía enemigos; habíanse ensanchado las fronteras del país. Jope era un puerto de mar que los ponía en comunicación con los pueblos de Europa; hallábanse las ciudades provistas de armas y víveres; sentados los ancianos en las plazas públicas, trataban de los bienes del país, y los jóvenes se engalanaban con ricos trajes y con vestiduras de guerra; sentábase cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, sin tener quien los aterrase (2).

A fin de asegurar cada vez más aquel estado de sosiego y de dicha,

(1) I Mach., XIII, 1-54; Strab., lib. XVI.
(2) I Mach., XIV, 4-15.

Digitized by Google

había el prudente Simón enviado embajadores á Roma, con un gran escudo de oro, para renovar la antigua amistad y alianza. También había enviado allá los suyos el usurpador Trifón, con una estatua de oro de la Victoria, lisonjeándose que el Senado, aceptando aquel don, le reconocería por rey. Más ladino el Senado, recibió la Victoria como de buen augurio; pero en vez del nombre de Trifón, hizo grabar en ella el del joven Antíoco, á quien él había dado muerte y cuyo trono usurpaba.

Muy diferente acogida obtuvieron los embajadores de Simón. Al saberse su llegada, enviaron quien saliese á recibirlos. Y al partir, les dió el cónsul unas cartas para los reyes y los pueblos, concebidas en los términos siguientes: "Lucio, cónsul de los romanos, al rey Tolomeo, salud. Los embajadores de los judíos, nuestros amigos, vinieron cerca de nosotros enviados por Simón, príncipe de los sacerdotes, y por el pueblo de los judíos, para renovar la antigua amistad y alianza. Y nos trajeron también un escudo de oro de mil minas. Por tanto, hemos tenido á bien escribir á los reyes y á las provincias, que no les hagan mal, ni muevan guerra á ellos, ni á sus ciudades, ni á sus tierras, ni den tampoco socorro á los que pelearen contra ellos. Y así, hemos tenido á bien aceptar de ellos el escudo. Por tanto, si algunos hombres malignos de su tierra se han retirado á vosotros, entregadlos á Simón, príncipe de los sacerdotes, para que los castigue según su ley." Y otro tanto escribieron á Demetrio, rey de Siria; Atalo, rey de Pérgamo; Ariarates, rey de Capadocia; Arsaces, rey de los Partos; y á todas las provincias; y á Lampsaco, á los espartanos, á Delos, á Mindos, á Sicione, á Caria, á Samos, á Panfilia, á Licia, á Alicarnaso, á Coo, á Sidén, á Aradón, á Rodas, á Gortina, á Gnido, á Chipre y á Cirene.

Los mismos embajadores habían ido á Esparta. Cuando se supo allí, y lo mismo en Roma, la muerte de Jonatás, tuvieron de ella un gran sentimiento; mas luego que entendieron que su hermano Simón había sido elegido Sumo Sacerdote en su lugar, y que gobernaba el país y todas sus ciudades, le escribieron en láminas de bronce para renovar la amistad y alianza que habían hecho con Judas y con Jonatás, sus hermanos.

Y habiendo sido leídas en Jerusalén estas cartas de Roma y de Esparta, dijo el pueblo: "¿Con qué acciones de gracias pagaremos á Simón y á sus hijos? Porque él, con sus hermanos y con la casa de su padre dió firmeza á Israel, y á fuerza de armas abatieron á sus enemigos y le aseguraron la libertad." Hízose, por lo tanto, una inscripción grabada en tablas de bronce, y la pusieron en columnas en el monte Sión. Y he aquí la copia de esta escritura: "A los 18 días del mes de Elul, el año 172, el tercero del sumo pontificado de Simón, fué hecha la siguiente declaración en Asaramel, en la grande asamblea de los sacerdotes, y del pueblo, y de los príncipes de la nación y de los ancianos del país: Que habiendo habido en nuestra tierra continuas guerras, Simón, hijo de Matatías, de la estirpe de Joarib, y asimismo sus hermanos se expusieron al peligro é hicieron frente á los enemigos de su gente para que se conservasen su santuario y su ley, y acrecentaron mucha gloria á su nación.

Digitized by Google

„Y Jonatás levantó á los de su nación, y fué establecido Sumo Sacerdote de ellos, y fué reunido á su pueblo. Y sus enemigos quisieron hollar y destruir su tierra y extender las manos á su santuario.

„Entonces se opuso Simón, y peleó en defensa de su pueblo, y distribuyó mucho dinero, y armó á los hombres más valientes de nuestra nación y les dió sueldo. Y fortificó las ciudades de la Judea y á Betsura, situada en sus fronteras, la cual antes era plaza de armas de los enemigos y puso allí guarnición de judíos. Asimismo fortificó á Jope, en la costa del mar, y á Gazara, situada en los confines de Azoto, ocupada antes por los enemigos, y puso allí judíos, y puso en ellas todo cuanto era conveniente para su defensa.

„Y el pueblo vió los hechos de Simón, y cuánto hacía para acrecentar la gloria de su nación, y lo eligieron por su caudillo y príncipe de los sacerdotes por haber hecho todo lo referido, y por su justificación, y por la fidelidad que guardó para con su pueblo y por haber procurado por todos los medios el ensalzar á su nación. Y en sus días todo prosperó en sus manos, de manera que los gentiles fueron echados de su tierra, y también los que estaban en Jerusalén, en la ciudad de David, en el alcázar, del cual hacían sus salidas para profanar todo lo que hay en el contorno del santuario, y hacían un grande ultraje á su santidad: y puso allí soldados judíos para seguridad de la tierra y de la ciudad, y alzó los muros de Jerusalén. Y el rey Demetrio le confirmó el Sumo Sacerdocio, é hízole en seguida su amigo y ensalzóle con grandes honores. Porque oyó que los romanos habían llamado á los judíos amigos, y aliados y hermanos, y que habían recibido á los embajadores de Simón con grande honor. Y que los judíos y sus sacerdotes habían consentido en que él fuese su caudillo y Sumo Sacerdote para siempre, hasta que se levantase un profeta fiel, y que fuese caudillo sobre ellos, y que estuviese encargado de las cosas santas, y estableciese inspectores sobre las obras públicas, y sobre el país, y sobre las cosas de la guerra y sobre las fortalezas, y que él tuviese á su cargo el santuario, y que todos le obedeciesen, y que todos los instrumentos públicos del país se autorizasen con su nombre, y que vistiese púrpura y oro. Y que no fuese lícito á ninguno del pueblo ni de los sacerdotes quebrantar alguna de estas cosas, ni contradecir á lo que él ordenase, ni convocar ayuntamiento en el país sin su autorización, ni vestir púrpura, ni usar hebilla de oro. Y que todo aquel que hiciere contra estas cosas ó quebrantase alguna de ellas sea tenido por reo.

„Y aprobó todo el pueblo dar á Simón esta autoridad, y que se ejecutase todo según lo dicho.

„Y aceptó Simón y consintió en entrar á ejercer el ministerio de Sumo Sacerdote, y de ser caudillo y príncipe del pueblo de los judíos, y de los sacerdotes y de tener suprema potestad.

„Y acordaron que esta acta se escribiese en láminas de bronce, las cuales fuesen colocadas en la galería del Templo, en un lugar público, y que una copia de todo fuese archivada en el tesoro, á fin de que la tuviese Simón y sus hijos.„

Digitized by Google

Tal es el relato que los divinos libros nos presentan de la inauguración de la autoridad soberana de Simón Macabeo. Documento único en la Historia. Vemos en él cómo una familia, un hombre, llega natural y legítimamente á la soberanía. Todo contribuye á ello: la nobleza y antigüedad de su linaje, las funciones que ejerce, la gloria de las armas, la sangre derramada por la patria, conquistas útiles, administración prudente, alianza con las naciones extranjeras, renuncia del soberano ó jefe jerárquico anterior, que otorga lo que ya se tiene, y en fin, sobre todo esto, el formal consentimiento de todas las clases de la nación: de los sacerdotes, de los senadores, de los magistrados y de los demás.

He ahí cómo se establece en algunos casos la legitimidad humana. Pero los judíos conocían otra. Cuando quisieron por primera vez tener un rey, se dirigieron á un profeta fiel al Señor, á Samuel. Previsto estaba ese caso en la Ley de Moisés; donde se decía que los hijos de Israel sólo tomarían por rey aquel que el Señor mismo les hubiese escogido. De ese modo es elegido Saúl y reprobado después por ministerio del profeta Samuel. David es consagrado por el ministerio del mismo profeta y confirmado después en el trono, él y su raza, por ministerio del profeta Natán. En el reino de Israel otros profetas designan y consagran las nuevas dinastías, y predicen y preceptúan su destrucción cuando se hallan pervertidas. Todo esto sabían los judíos, sabían que, según la Ley, sólo á Dios tocaba la elección de un soberano; sabían que Dios en esto se había explicado siempre por ministerio de los profetas. Por eso, al conferir á Simón la autoridad soberana, ponen la notable cláusula: *Hasta que se levantase un profeta fiel* para declarar la voluntad del Señor en tal asunto.

Dichas palabras presentan también otro sentido: *Hasta que se eleve el profeta fiel*, el profeta por excelencia, el gran profeta, el profeta como Moisés, el profeta á quien, bajo pena de muerte, hay que escuchar, el Profeta anunciado y figurado por todos los profetas, el Rey de Israel, el gran Rey, de quien todos los otros eran figura, el Príncipe, el caudillo de quien eran figura todos los otros príncipes, el Rey, el Pontífice eterno, Cristo, en una palabra, al cual ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, y del cual sólo, por consiguiente, se deriva toda potestad en la tierra y en el cielo.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO XXII

Digitized by Google

SUMARIO

1. Profecía de Daniel acerca del imperio romano. Duración de la dominación romana comparada con la de los otros tres grandes imperios. Parte que le correspondió en el conjunto de la historia humana.—**2.** Origen de Roma. Los Reyes. La república. Historia de la constitución romana. Conmociones interiores. Lucha contra Porsena.—**3.** Devastaciones de los galos. Reducción de los samnitas Guerra de Pyrro. Origen cananeo de los cartagineses. Tratado entre Roma y Cartago.—**4.** Primera guerra púnica. Los romanos en el mar. Régulo. Guerra de los mercenarios en Cartago.—**5.** Segunda guerra púnica. Aníbal. Entra en Italia. Triunfos de Levino en Macedonia, de Marcelo en Italia y Sicilia, de los Escipiones en España y en África. Conclusión de la paz. Victorias de la república contra Perseo y Antíoco.—**6.** Tercera guerra púnica. Destrucción de Cartago, Corinto y Numancia.—**7.** Diferencias que se observan entre el imperio romano y los tres grandes imperios que le precedieron. Misión de la Roma pagana. Su cumplimiento sucesivo en la historia de su vida externa, índole y variaciones de su constitución y carácter de sus conquistas. Misión paralela y superior del pueblo judío.—**8.** Sube al trono Antíoco Sidetes. Su carta á Simón. Muerte de Trifón. Candebeo es derrotado por el hijo de Simón. Simón es muerto por Tolomeo.—**9.** Antíoco entra en Judea. Tratado de paz y amistad entre los sirios y Juan Hircano. Nueva independencia de Judea. Humillación de los samaritanos. Conversión de los idumeos. Renuévase la alianza entre judíos y romanos. Disturbios en Siria. Derrota de Antíoco. Conquista de Samaria y Galilea por Juan Hircano. Carta de los judíos de Palestina á los de Egipto. Favor de Onías y de sus hijos en la corte de los Tolomeos.—**10.** Saduceos, fariseos y esenios.—**11.** Carácter de Aristóbulo. Conquista y conversión de los itureos. Asesinato de Antígono. Crueldad de Alejandro Janeo Agitación durante su reinado. Regencia de Alejandra. Violencias de los fariseos.—**12.** Lucha pasajera entre Aristóbulo é Hircano. Funestas consecuencias de las intrigas y crímenes de los fariseos. Dos hermanos negocian con Pompeyo, vencedor de Mitrídates. Cautiverio de Aristóbulo. Toma de Jerusalén. Pompeyo en el Templo. Su indiferencia tocante á la verdad. Decae su poderío. La Judea tributaria. Facilidad que tuvieron los romanos para conocer la verdad.—**13.** Saqueo del Templo por Craso. Muerte violenta de Aristóbulo y de su hijo Alejandro. Favor de Hircano y los judíos con César. Observación acerca de un pasaje de Cicerón relativo á los judíos. Poder y popularidad del idumeo Antípatro y de sus hijos. Muerte violenta de César y Antípatro. Fin de la república romana. Antígono, rey por los parthos, y Herodes por los romanos. Mutilación y cautiverio de Hircano. Muerte violenta de Antígono. Judá pierde el cetro.—**14.** Regreso de Hircano á Jerusalén. Pontificado del sacerdote Ananel. Reproches y tentativas de Alejandra. Pontificado y muerte violenta de Aristóbulo. Comparece Herodes delante de Antonio. Furor envidioso de Herodes entre Mariamne. Remordimientos y enfermedad de Herodes. Muerte violenta de Alejandra y de Costobaro.—**15.** Servilismo é impopularidad de Herodes. Su barbarie con los complicados en una conjuración. Ciudades fundadas por él y edificios que levantó. Cásase con otra Mariamne. Trata de calmar la irritación del pueblo. Sus obras en el Templo. Se traslada á Roma. Su adulación á Agripa. Su magnificencia con los extranjeros. Profana el sepulcro de los reyes de Judá. Tiene envidia de sus hijos. Guerrea contra los árabes. Mata á sus dos hijos. Extínguese el linaje de los Macabeos. Proximidad del Mesías.—**16.** Consúmase la gran unidad material de los pueblos. Esperanza universal en el Mesías, sobre todo entre los judíos, esparcidos entonces por todo el imperio romano.

Digitized by Google

LIBRO XXII

DESDE EL AÑO 141 AL 7 ANTES DE LA ERA CRISTIANA

Cumplimiento de las profecías acerca del imperio romano. Preparación del mundo para el advenimiento de Jesucristo.

En el año primero de Baltasar, rey de Babilonia, Daniel, estando en su lecho, tuvo una visión en un sueño, que escribió, resumiéndolo en estos términos:

"Yo veía en mi visión durante la noche, y he aquí que los cuatro vientos del cielo luchaban entre sí sobre el gran mar. Y cuatro grandes bestias, diferentes las unas de las otras, salieron del mar. Era la primera como un león, y tenía alas de águila, y mientras yo miraba, sus alas le fueron arrancadas, y fué en seguida levantada, y se tuvo sobre sus pies como un hombre, y un corazón de hombre le fué dado. Y vi una segunda bestia, semejante á un oso, que se sostenía sobre un lado y tenía en su boca y entre sus dientes tres grandes defensas, y se le decía: Levántate, come carnes en abundancia. Aun después, yo miraba, y he aquí otra como un leopardo, que tenía sobre la espalda cuatro alas como las de un pájaro; esta bestia tenía también cuatro cabezas, y el poder le fué concedido„ (1).

El gran mar, ya lo hemos dicho, es todo el género humano; las olas son los pueblos; las tempestades, grandes revoluciones políticas, y los cuatro vientos ó espíritus del cielo que remueven y agitan este vasto océano, se hallan en las manos de cuatro ángeles, á los que ha sido dado poner obstáculos á la tierra y al mar (2). Las cuatro grandes bestias que surgían de este agitado mar, son los cuatro grandes imperios, asimilados

(1) Dan., VII, 1-6.
(2) Apocal., VII, 1 y 2.

Digitized by Google

á bestias, porque su instinto político es la brutalidad de la fuerza y no la inteligencia y el amor. Hemos visto el primero, el imperio asirio-babilónico, fiero y potente como el león, rápido en sus conquistas como el águila, privado de sus alas cuando Nabucodonosor fué despojado de su poder, levantándose con éste, tomando una actitud humana y recibiendo corazón de hombre. Hemos visto también el segundo, el imperio medo-persa, soliviantado por los caldeos, descender de sus ásperas montañas como un oso irritado por los cazadores, apoyándose más de un lado que de otro, más sobre los persas que sobre los medos, y teniendo tres defensas, el triple poder de los persas, de los medos y de los caldeos. Por último, hemos visto el tercero, el imperio macedónico, dividirse, á la muerte de Alejandro Magno, en cuatro poderosas monarquías y sufrir las revoluciones anunciadas por el profeta. Nos queda ver ahora la cuarta y última.

"Yo seguía mirando en esta visión nocturna, y ve ahí una cuarta bestia, terrible, espantable y prodigiosamente fuerte. Tenía grandes dientes de hierro, y comía, y trituraba y hollaba con sus pies todo cuanto sobraba. Esta, que era muy diferente de las otras bestias que yo había visto antes de ella, tenía 10 astas. Pero mientras yo consideraba estas astas, ve aquí que otro pequeño cuerno surgía de entre ellas, y tres de las primeras le fueron arrancadas de su faz, y he aquí que este cuerno tenía ojos, como ojos de hombre, y una boca que decía grandes cosas.

„Y seguía mirando, hasta que fueron colocados tronos, y el Anciano de días tomó asiento; su vestidura era blanca como la nieve, y los cabellos de su cabeza, como lana purísima. Su trono era de espléndidas llamas, y las ruedas de este trono, un fuego ardiente. Un rápido río de fuego corría delante de su faz, millares de millares le servían de ministros, y diez mil veces cien mil se hallaban en pie delante de él. El juicio tuvo lugar, y los libros fueron abiertos.

„Y miraba atentamente á causa del ruido de las grandes palabras que este cuerno pronunciaba, y miraba hasta que la bestia estuvo muerta, su cuerpo destruído y entregado al fuego, para ser quemado y el poder de las otras bestias le hubo sido quitado, porque la duración de su vida le había sido dada hasta un tiempo y un tiempo.

„Yo miraba en esta visión nocturna, y ve aquí que con las nubes del cielo venía el Hijo del hombre que se adelantaba hacia el Anciano de días y se presentó delante de él, y éste le concedió el poder, el honor y la realeza, y todos los pueblos, todas las naciones y todas las lenguas le sirvieron. Su poder es un poder eterno, que nunca le será quitado, y su reino es imperecedero.

„Mi espíritu tembló entonces en mi cuerpo. Yo, Daniel, yo me espanté, y las visiones de mi cabeza me turbaron. Y aproximándome á uno de los asistentes le pregunté la verdad de todo esto. Me habló y me enseñó la significación de estas cosas.

„Esas cuatro grandes bestias son cuatro reinos que dominarán en la tierra; pero los santos del Dios altísimo obtendrán el imperio y lo poseerán por los siglos de los siglos.

Digitized by Google

„Tuve en seguida un gran deseo de saber la significación de la cuarta bestia, que era muy diferente de todas las otras, espantosamente horrible, con dientes de hierro y garras de bronce (1), que comía, pulverizaba y hollaba con sus pies lo que sobraba, así como lo que expresaban las 10 astas que tenía en la cabeza y esa otra que le brotara y á cuya presencia habían caído tres cuernos, y por qué esta asta, más grande que las otras, tenía ojos y una boca que pronunciaba grandes cosas. Y vi este cuerno haciendo la guerra á los santos y prevaleciendo sobre ellos, hasta que vino el Anciano de días y dió sentencia favorable á los santos del Excelso y llegó el tiempo en el cual los santos obtuvieron el imperio.

„Y me habló así: la cuarta bestia será el cuarto reino que se levantará en la tierra. Muy diferente de todos los reinos, devorará toda la tierra y la menospreciará y triturará con sus pies. Las 10 astas significan 10 reyes que dominarán este mismo reino. Después de elloss e elevará otro, que será más poderoso que los primeros y humillará á otros tres reyes. Este proferirá palabra contra (sobre ó tocante á) el Excelso, y combatirá á los santos del Altísimo y se imaginará que podrá cambiar los tiempos y las leyes de que dispondrá hasta un tiempo, dos tiempos y la mitad de un tiempo. En seguida tendrá lugar el juicio donde el poder le será quitado, de suerte que será destruído y perecerá por siempre. Y el imperio, y el poder y la grandeza de todos los reinos que existen bajo del cielo, será entregado al pueblo de los santos del Altísimo, y su imperio será un imperio eterno, y todos los soberanos le servirán y obedecerán.

„Aquí acabó su respuesta. Mas yo quedé muy turbado en mis pensamientos, y aunque mi rostro se alteró, conservé en mi corazón este discurso„ (2).

Cuando Daniel veía estas cosas, en el año 955 antes de Jesucristo, ya vivía la cuarta bestia desde hacía dos siglos. Roma había sido fundada el año 753, según la opinión corriente; pero, á juicio de los sabios, su origen es aún más antiguo. Su imperio ha subsistido, en Occidente, hasta 476 después de Jesucristo, en junto mil doscientos treinta y nueve años; en Oriente hasta 1453, ó sea, dos mil doscientos siete años, próximamente dos mil más que el imperio de los griegos y el de los persas. Unicamente Babilonia, que á contar desde su fundación por Nemrod hasta su entera decadencia bajo los sucesores de Alejandro, ha subsistido cerca de veinte siglos, puede, por su duración, compararse con Roma. Hay, sin embargo, entre ambos imperios grandes diferencias. Roma, como ciudad, subsiste después de veintiséis siglos y ha llegado á ser, después de dieciocho, la capital de un imperio espiritual que no tendrá fin ni término. Al contrario, Babilonia, como imperio, después de haber brillado cien años á lo más, desde el padre del gran Nabucodonosor hasta Ciro, pereció como un árbol sin raíces, incapaz de producir ningún retoño. En cambio, Roma, antes de sucumbir en Occidente como imperio material

(1) Las garras de bronce son así expresadas en el texto original.
(2) Dan., VII, 7-28.

Digitized by Google

é idólatra, engendra una decena de astas ó de potencias, y así hallamos una decena de reyes bárbaros que, tomados á sueldo y recibiendo de ella los títulos romanos de condes, duques, cónsules y patricios, transforman sus provincias en otros tantos reinos, que subsisten aún y se gobiernan todavía, en su mayor parte, según sus leyes. Entre esta decena de astas ó de poderes, uno veremos que, aunque más pequeño y nacido más tarde que los otros, humillará bien pronto tres de ellos. Tal es el pueblo sarraceno, el cual, empleado algún tiempo en los ejércitos romanos, se constituyó bajo Mahoma en 622 en potencia independiente, que aniquiló la de los persas en Asia, la de los visigodos en España y la de los griegos de Constantinopla. Este nuevo cuerno ó poder tendrá ojos. Mahoma se dará á sí mismo como vidente y como profeta, proferirá palabras por, sobre y contra el Altísimo (porque el texto original puede tener estos diversos sentidos) y hablará de Dios, ó hará hablar á Dios elocuentemente; pero sólo para hacerle condenar á los cristianos como corruptores de su ley, proclamase su más grande profeta y sacrificar á todo el que no le crea bajo su palabra. Hablará también dignamente de Jesucristo como Mesías, Verbo, Profeta; pero condenará como impíos é idólatras á cuantos le reconozcan como Hijo de Dios. Porque el único fin de la Religión y el poder mahometanos será el exterminio de los que adoran á Cristo. Los imperios idólatras de Babilonia y de Roma, eran imperios, por decirlo así, *anti-Dios,* contrarios á Dios, en cuanto que en lugar del Dios verdadero, adoraban falsos dioses. En cambio, el imperio mahometano será por su esencia misma el imperio anticristiano. Se trata siempre de la guerra contra Dios, pero desde que Dios se ha manifestado en el Cristo, esta guerra se manifiesta en una nueva forma anticristiana ó de anticristo. Esta asta hará la guerra á los santos y prevalecerá sobre ellos. El mahometismo no cesará de hacer la guerra á los cristianos, llamados santos en el lenguaje de las Escrituras y triunfará en todo el Oriente, y así esta nueva potencia, este nuevo rey, se imaginará poder cambiar los tiempos y las leyes. El mahometismo introducirá, en efecto, una nueva manera de contar los años, en lugar de celebrar el sábado como los judíos, ó el domingo como los cristianos, celebrará el viernes. A la ley de Moisés y á la ley de Jesucristo sustituirá el Corán como reforma de la una y de la otra. Este cuerno, este imperio, tendrá también el poder hasta un tiempo, dos tiempos y la mitad de un tiempo, es decir, en el lenguaje Apocalíptico, un año, dos años y la mitad de un año. El profeta de la nueva alianza, San Juan, se sirve de las mismas expresiones traduciéndolas ora por cuarenta y dos meses, ora por mil doscientos sesenta días. Pero los mahometanos hallándose con el embarazo de su cómputo, emplean un período ó un ciclo de treinta años ó sea un mes de años. Bajo este supuesto, los cuarenta y dos meses ó mil dos cientos sesenta días, á los cuales Daniel y San Juan limitan la duración del último cuerno ó potencia, harían mil dos cientos sesenta años.

Hay más; según ya hemos notado en otra parte, en estas expresiones de Daniel y de San Juan, *un tiempo, dos tiempos y la mitad de un tiem-*

Digitized by Google

po, se podría descubrir para el poder mahometano tres épocas diferentes. Una primera de crecimiento, una segunda de lucha y otra tercera de decadencia. Durante *un tiempo,* doce meses de años, ó trescientos sesenta años, desde 622 hasta 982, hacia el fin del siglo X, el mahometismo triunfará en todas partes sin muchos obstáculos. Durante *dos tiempos*, dos años de años, ó setecientos veinte años, desde el fin del siglo X, cuando los cristianos de España rechazaban á los mahometanos y nacieron las Cruzadas, hasta el final del siglo XVII, habrá una lucha igual entre el mahometismo y el cristianismo. Desde el fin del siglo XVII, cuando Carlos de Lorena y Subieski de Polonia, acabando lo que Pío V había comenzado en la jornada de Lepanto, destruyeron enteramente la preponderancia de los sultanes, el mahometismo entrará en su período de decadencia.

Entonces tendrá lugar el juicio. Ya hemos visto al Excelso con sus santos juzgar al rey de Babilonia. Igualmente le veremos en el Apocalipsis juzgar, con los ángeles y los santos, á Roma idólatra, embriagada con la sangre de los mártires, y aquí le vemos juzgando al imperio anticristiano y á los demás restos políticos de la cuarta bestia ó de Roma idólatra. Cuando la sentencia contra esta última fué ejecutada por la mano de los bárbaros, el poder le fué concedido á los santos del Altísimo, á los cristianos, los cuales formaron desde entonces nuevos reinos, y un nuevo género humano llamado cristiandad. Cuando se ejecute la sentencia final contra el imperio anticristiano de Mahoma y contra los otros restos políticos de la cuarta bestia, entonces será dado al pueblo de los santos la soberanía, el poder y la grandeza de todos los reinos que son bajo el cielo.

Tal es, pues, en el conjunto de la historia humana, la parte que corresponde al imperio romano.

2. En cuanto á su primer origen, varían los antiguos autores; pero hay medio de conciliarlos. Véase cómo se explica á este respecto uno de los más célebres, Salustio:

"Según lo que yo he sabido, la ciudad de Roma tuvo por fundadores y primeros señores, á los troyanos fugitivos, que bajo la dirección de Eneas, erraban sin patria y sin hogar cierto; y con ellos, los aborígenes, nación agreste, sin ley, sin gobierno y enteramente libre é independiente. Estos dos pueblos, de diverso origen, de lenguaje diferente, de costumbres opuestas, desde que se juntaron en el mismo recinto, se fundieron en uno con una facilidad increible. Pero cuando llegaron á ser más numerosos, más cultos y poseedores de más grandes dominios, su fortuna y su opulencia, demasiado sólidas y prósperas, dado el curso ordinario de las cosas mortales, excitó los celos de los otros pueblos. Los reyes y los pueblos vecinos le hicieron la guerra. Algunos de sus amigos vinieron en su auxilio, y los otros, cogidos por el terror, se mantuvieron lejos del peligro. Mas los romanos, atentos á las cosas interiores como á las exteriores, usaban de diligencia, hacían sus preparativos, se animaban los unos á los otros, marchaban delante de los enemigos, y poniéndolo todo á cubierto salvaron, con sus armas, la libertad, la patria y la familia. Después de haber alejado con su valor todo peligro, enviaban soco-

Digitized by Google

rros á sus aliados y á sus amigos, haciendo más por los servicios que devolvían que por los que habían recibido.

Tenían un gobierno legítimo ó regulado por leyes y constituído por la dignidad real. Un número de ancianos elegidos, si débiles físicamente por sus años, fortificados en su espíritu por el saber y la experiencia, formaban el Consejo público. A causa de su edad, ó por la analogía de sus empleos, se les dió el nombre de *Padres*. Más tarde, cuando el gobierno real, que había sido establecido desde luego para la conservación de la libertad y el acrecentamiento de la cosa pública, degeneró en orgullo y en tiranía, cambiaron estos usos y se dieron gobiernos anuales, constituídos por dos gobernantes. Entendían que de esta manera el corazón humano se halla menos expuesto á dejarse arrebatar por aquellos sentimientos de altanería que pueden inspirar un poder ilimitado„ (1).

Lo que refiere Dionisio de Halicarnaso, en sus *Antigüedades romanas,* explica y confirma la relación de Salustio. Aquél nos enseña que, según se leía en los anales sagrados de Roma, Eneas tuvo tres hijos, Ascagnus, Romus y Rómulus; que Ascagnus edificó á Alba y algunas otras ciudades; que Romus fundó á Capua y á Roma, y que habiéndose quedado esta última desierta más tarde, Alba envió allí una nueva colonia, bajo la dirección de otros Rómulo y Remo, que la edificaron nuevamente. De esta suerte, Roma fué fundada dos veces; la primera, poco después de la guerra de Troya; la segunda, quince generaciones después de la primera (2). Como esta segunda fundación fué la que dió origen al imperio romano, se concibe que la mayor parte de los historiadores, no hablen más que de ésta.

Por los aborígenes, que según Salustio se unieron á los troyanos fugitivos para levantar la ciudad de Roma, se entiende generalmente los antiguos habitantes del país. Dionisio de Halicarnaso distingue entre ellos varias emigraciones de la Grecia; los pelasgos, los arcadios y los sículos ó sicilianos.

En cuanto á la segunda fundación de esta famosa ciudad, la historia no nos refiere sino una especie de alegoría política de ella. Rómulo y Remo (Romo en los autores griegos) nacen de una violenta unión del dios de la guerra con una vestal ó virgen sagrada, y fueron expuestos en las aguas desbordadas del Tibre por orden de su tío Amulio, el usurpador del trono de su abuelo Numitor. Al retirarse el Tibre, los deja sobre la ribera. Una loba viene á amamantarlos, y son recogidos por unos pastores. Pasan su juventud luchando con las fieras y con los bandidos, convirtiéndose ellos mismos en tales, hasta que siendo después reconocidos por su abuelo Numitor, matan al usurpador Amulio y fundan una ciudad en los mismos lugares en que fueron expuestos. Entonces disputan sobre quién debe darle el nombre á la nueva ciudad. Con tal motivo Rómulo mata á Remo, abre un asilo á todos los descontentos y un refugio á los

(1) Sallus, *Catilin.*, núm. 6.
(2) Dion. Halic., lib. I, cap. LXIII.

Digitized by Google

esclavos fugitivos y á los deudores insolventes, estableciendo un Senado y las Asambleas populares. Para procurar mujeres á los recién venidos, arrebata en una fiesta las hijas de los pueblos vecinos. A este acto se sigue la guerra. Con su mano misma Rómulo quita la vida á uno de los reyes, y se apodera además de tres ciudades, cuyos habitantes incorpora al pueblo romano. Los sabinos invaden á Roma y se hacen dueños del Capitolio. La nueva ciudad se ve inundada de sangre; mas las sabinas, que habían llegado á ser mujeres romanas, se interponen entre sus padres y sus maridos. Los dos pueblos se reconcilian así, y poco después, fundiéndose ambos, no forman sino uno solo. De este modo, en el momento de mayor peligro y á punto de perecer, Roma se levanta dos veces más potente. Tacio, rey sabino, muere asesinado. Rómulo reina solo nuevamente hasta que desaparece en medio de una tempestad bajo el puñal de los senadores, los cuales hacen del mismo un dios.

Con estos primeros rasgos, ¿quién no reconocerá ya la cuarta bestia de Daniel, aquella bestia horrible y espantosa? Apenas nacida, ya su lecho rebosa de sangre y carnicería, ya absorbe en su seno cuatro pueblos y ciudades, y hace pedazos á su primer conductor. El segundo, que fué el sabino Numa Pompilio, trató de dulcificar por medio de la religión la natural ferocidad de su pueblo, pero apenas hubo muerto, Roma atacó, bajo la dirección de su tercer rey, Tulo Hostilio, á su propia madre, la ciudad de Alba. Tres hermanos combatieron con otros tres hermanos por el triunfo y el imperio de la madre ó de la hija. Alba fué destruída, descuartizado su dictador y sus habitantes transportados á Roma, que vió así duplicada su población.

Bajo Auco Marcio, su cuarto señor, la terrible bestia cogió entre sus garras otras cuatro ciudades latinas, que se las incorporó también como su propio alimento. Bajo su quinto, Tarquino *el Antiguo*, que murió asesinado por los hijos de su predecesor, Roma se apoderó de otras ocho ciudades. Servio Tulio se halló ya con 80.000 ciudadanos en estado de llevar las armas, y ensanchó considerablemente su recinto. Servio murió asesinado por su yerno y sucesor Tarquino *el Soberbio*, y por su propia hija Tulia.

Tarquino, que fué el primer rey dado á la bestia sin consultarla, no pensó sino en afilarle sus dientes de hierro y sus garras de bronce. Los principales senadores fueron asesinados, las asambleas populares dejaron de reunirse, y todo se hacía por la sola voluntad del señor. El ejército formábanlo sólo la parte de población que le era adicta, y los demás ciudadanos eran empleados en trabajos públicos, y en cavar y construir las inmensas cloacas que aún subsisten. Las potencias aliadas le aseguran contra los émulos interiores. La bestia murmura, sin embargo, se disgusta de cavar la tierra, y se hace necesario llevarla á la guerra contra tres ó cuatro ciudades. Pero Lucrecia es violada por un hijo de Tarquino, y se da la muerte á sí misma. Bruto jura vengar la afrenta y subleva todo el pueblo. La monarquía es abolida y los Tarquinos proscritos para siempre. De este modo la bestia, después de haber ejercitado su infancia du-

Digitized by Google

rante doscientos cuarenta y cuatro años en hacer su presa en las ciudades circunvecinas, termina su primera edad expulsando á sus conductores.

En su segunda edad, en su adolescencia de dos siglos, extenderá sus garras de bronce por toda la Italia. Sus luchas serán aún más terribles y tenaces, y varias veces habrá de hallarse á punto de sucumbir en ellas. Una vez expulsados Tarquino *el Soberbio,* y su familia, los romanos, en lugar de elegir un rey vitalicio, eligieron dos anuales bajo el nombre de Cónsules. Los primeros fueron Bruto y el marido de Lucrecia. Contra este gobierno se formó una conspiración que pretendía restaurar á los Tarquinos. En el número de los conjurados se hallaban dos hijos del primer cónsul y dos sobrinos del segundo. Delante de todo el pueblo, sentado en su tribunal, Bruto hizo comparecer á sus dos hijos, y leyéndoles las pruebas de su complicidad les exigió contestación sobre su conducta. Como no respondieran sino con sus lágrimas, el cónsul, sobreponiéndose á su ternura paternal ordenó á los lictores decapitarlos después de haberlos azotado. Por su parte el otro cónsul, que era pariente de los Tarquinos, habiendo querido salvar á sus sobrinos, se hizo sospechoso y fué obligado á desterrarse. Poco tiempo después, Bruto, á la cabeza del ejército romano, y Arun, hijo del rey destronado, al frente del suyo, se encontraron y combatieron con tal ímpetu que se atravesaron el uno al otro con sus lanzas. Porsena, rey de la Etruria, acudió en socorro de los Tarquinos y estuvo á punto de tomar á Roma. El valor de Horacio Cocles salvó la ciudad, y Mucio Scevola erró en su intento de asesinar á Porsena en su propio campo. Roma capituló y se rindió al fin. Tácito nos lo dice así expresamente (1). Las condiciones fueron muy duras, según vemos por estas palabras de Plinio: "En el tratado que después de la expulsión de los reyes concedió Porsena al pueblo romano, hallamos terminantemente acordado, que éste no haría uso del hierro sino en el cultivo del campo. Muy antiguos autores añaden que hasta le fué prohibido servirse de *estilos* de hierro para escribir„ (2). Estos hechos, tan claramente confesados por estos dos escritores, aunque disimulados por Tito Livio, muestran la extremidad á que se vió reducida Roma.

En los tiempos que siguieron, se la ve casi siempre en guerra con los pueblos vecinos; pero sin hacer durante muchos años ningún progreso considerable, á causa de las divisiones intestinas.

El tránsito de la infancia á la adolescencia, es para todos los seres vivientes una época de crisis y de cambio. La voz, las formas, las proporciones, el gusto, los pensamientos mismos vienen á ser otros distintos. Todo el organismo se halla en fermentación, hasta que sus diversos elementos recobran cierto equilibrio. Roma sintió esta crisis natural.

Desde el principio, el poder público se hallaba allí dividido en tres: el rey, el Senado y el pueblo. El rey nombraba á los senadores; pero á su muerte, el Senado proponía el sucesor que el pueblo nombraba y ratifi-

(1) Tácito, *Hist.*, libro II, núm. 72, *Dedita urbe.*
(2) Plinio, *Hist. nat.*, libro XXXIV, cap. XIV.

Digitized by Google

caba el mismo Senado. En los procesos en que se imponía la pena capital, era necesario acudir al pueblo.

Los comicios ó asambleas del pueblo romano tenían lugar de tres maneras diferentes: 1.° Por tribus ó distritos territoriales que ascendieron, sucesivamente, de tres á treinta y cinco, que comprendían todos los ciudadanos Cada tribu no tenía más que su voto, y no había más que cuatro tribus urbanas.—2.° Por curias, en número de treinta, donde los ciudadanos de Roma eran sólo llamados á dar su voto y se contaban por cabezas.—3.° Por centurias, que eran ciento ochenta y nueve, divididos en seis clases, según su mayor ó menor riqueza. La primera clase, compuesta de los que poseían al menos cien mil *as*, moneda romana cuyo valor fué al principio de ocho y después de cinco céntimos, de la moneda decimal. Esta clase estaba subdividida en noventa y ocho centurias, cada una de las cuales tenía su voto. La segunda, tercera y cuarta clase, formadas por ciudadanos que poseían setenta y cinco, cincuenta y veinticinco mil *as*, comprendía cada una veinte centurias. La quinta, compuesta de los que tenían diez mil *as*, incluía treinta. En fin, la sexta clase, que abarcaba á todos los que no poseían nada ó sólo lo suficiente para alimentar su familia, formaba una centuria que sobrepujaba en número á todas las otras clases reunidas. De este modo, en los comicios por centurias de ciento ochenta y nueve votos, la clase de los pobres, que constituía la masa de la población, no disponía más que de uno, mientras que la clase de los ricos tenía por sí sola noventa y ocho. Por donde, desde el momento en que ésta se hallaba de acuerdo, estaba segura de la mayoría, que no era más que noventa y cinco votos.

Después de la expulsión de los reyes, los cónsules que los reemplazaron, eran elegidos en los comicios por centurias, y no podían ser elegidos sino de entre los patricios ó familias senatoriales. Los ricos y los nobles venían á ser así dos veces dueños de estas elecciones, ya porque no se podía elegir más que entre ellos, ya porque en el fondo eran ellos mismos los electores. Demás de esto, ellos solos ocupaban las dignidades de sacerdotes, pontífices y augures; ellos solos mandaban los ejércitos, administraban justicia y conocían las leyes y las fórmulas de la jurisprudencia, de tal suerte, que los plebeyos, para poder defenderse delante de los tribunales, estaban obligados á ponerse bajo el patronato de algún patricio ó hacerse clientes de los mismos. Pero era imposible que los patricios, siendo hombres, no abusaran de sus prerrogativas. Para acallar las murmuraciones de los plebeyos, los empeñaban sin cesar en nuevas guerras. Por lo común éstas aumentaban el mal, porque frecuentemente, al regreso de una campaña desgraciada, el plebeyo que estaba obligado á servir á sus expensas, se veía agobiado de deudas y entregado á las manos de un desapiadado usurero, que tenía el derecho de venderle como esclavo, y aun el de matarle y despedazarle. En varias ocasiones, después de haber vanamente solicitado del Senado la rectificación de tales agravios, el pueblo, sin entregarse á otros excesos, se retiró tres veces fuera de Roma. Así obtuvieron la abolición de las deu-

Digitized by Google

das y la de la ley que permitía al acreedor vender á su deudor, y la creación de cinco primero, y después diez magistrados inviolables, llamados tribunos del pueblo, y elegidos de entre ellos para defender sus derechos. Los tribunos obtuvieron, sucesivamente, que todas las leyes romanas fuesen redactadas por escrito y expuestas públicamente en doce tablas, á fin de que todo el mundo pudiese conocerlas; que los decretos del pueblo, reunido por tribus, en las cuales los ricos se confundían con los pobres, y en las que luchaban treinta y un tribus de los campos contra las cuatro urbanas, tuviesen por sí mismos fuerza legal; que los plebeyos fueran admitidos á todas las magistraturas de la república, y que fueran permitidos los matrimonios entre patricios y plebeyos, etc. De otro lado, para apaciguar la clase tan numerosa de los pobres, que en un principio se hallaba exenta del servicio militar, el Senado le distribuyó en diferentes ocasiones tierras procedentes de la conquista, ora en las cercanías de Roma, ó ya en las más apartadas colonias; pero, sobre todo, se estableció una paga regular para la infantería, que remedió, en gran manera, la mayor parte de los males engendrados hasta entonces por las usuras y las deudas. Los caballeros, por su parte, eran elegidos de entre las clases acomodadas, y sus caballos eran mantenidos á expensas de los fondos públicos. Fué así como se formó aquel vigoroso temperamento del poder romano, que le hizo soportar las más rudas pruebas y domar al fin todas las naciones.

En este crítico período, la primera magistratura sufrió algunas variaciones. Los dos cónsules fueron algunas veces reemplazados por tres y otras por seis tribunos militares, y durante dos años, por los decenviros.

Eran estos diez, elegidos por el pueblo de entre los patricios, para redactar el Código de las leyes romanas. Con el fin de que tuviesen todas las facilidades posibles para llevar á cabo su cometido, se les concedió un poder absoluto sobre todos los ciudadanos. Todos los magistrados fueron suspendidos en sus funciones y se les nombró administradores únicos de la república. Revestidos así de las dos dignidades, consular y tribunicia, por la una tuvieron el derecho de convocar el Senado, y por la otra, el de reunir las asambleas populares. Además, para que pudieran más fácilmente rectificar y completar la antigua legislación romana, una embajada solemne fué enviada para recoger en Grecia las leyes de Solón y las de otros célebres legisladores. Con semejantes recursos, los decenviros redactaron el primer año un Código en diez títulos, cuyas disposiciones, ratificadas por el consentimiento del pueblo y aprobadas por los sacerdotes y los augures, fueron en seguida grabadas en diez tablas de bronce. Tan satisfecho quedó el pueblo con este trabajo y del gobierno de los decenviros, que al año siguiente fueron nombrados otros diez para completar la legislación con dos nuevas tablas, que hicieron el número de doce. Poco más ó menos fueron elegidos los mismos ciudadanos. Pero esta vez, al fin del segundo año, ni abdicaron su poder, ni reunieron al pueblo ni al Senado. Antes al contrario, rodeados de una guardia formidable, ahogaron todas las protestas, considerándolas como sediciosas. Su jefe,

Digitized by Google

Apio Claudio, habiendo intentado vanamente corromper una virgen plebeya, trató como magistrado de declararla esclava de uno de sus clientes. No hallando otro medio de salvar el honor de su hija, el padre la dió muerte al pie del mismo tribunal. El pueblo y el ejército se sublevaron y los decenviros viéronse obligados á abdicar y á desterrarse, y entonces fueron restablecidos nuevamente los cónsules y los tribunos.

En las circunstancias extraordinarias los romanos instituían frecuentemente un magistrado también extraordinario. Se le llamaba dictador, porque todos los ciudadanos obedecían lo que él había una vez dicho ú ordenado. Era nombrado por uno de los cónsules y él mismo nombraba al general de la caballería que había de servirle de lugarteniente. Tan pronto como el dictador designado, los cónsules y los demás magistrados, excepto los tribunos de la plebe, deponían su autoridad.

El dictador, no reconocía ninguna clase de superior en la república y aun estaba por encima de las leyes. Tenía el derecho de hacer la paz y declarar la guerra, de levantar los ejércitos y de conducirlos á la batalla y licenciarlos á su gusto. Distribuía las penas y los castigos y tenía derecho de vida y muerte sin apelación. El pueblo, sin embargo, se reservaba el derecho de exigirle cuentas al finalizar en sus funciones, que por otra parte no debían nunca durar más de seis meses.

La multiplicación de los negocios hizo necesario con el tiempo que algunas de las funciones de los cónsules fuesen conferidas á nuevos magistrados. Así, cuando los cónsules se ausentaban para mandar los ejércitos, eran reemplazados en la ciudad por el pretor, principalmente en lo relativo á la administración de la justicia. Los ediles estaban encargados de cuidar de los edificios públicos y particulares. Pero la magistratura más importante que se instituyó para sustituir á los cónsules, fué la de los censores. Estos eran dos, elegidos primitivamente por cinco años y más adelante por sólo dieciocho meses. Sus principales atribuciones consistían en la formación del censo y empadronamiento del pueblo, que entre los romanos, como otras veces entre los hebreos, tomaba un carácter de solemnidad religiosa. Después de ciertas ceremonias expiatorias para purificar la ciudad y el pueblo, los censores, sentados en sillas de marfil, en el Campo de Marte, pasaban revista tribu por tribu á todo el pueblo romano. Cada uno les declaraba el estado de su familia y de sus bienes, y si aquéllos encontraban algo de reprensible en su conducta, tenían el derecho de degradarlos de su rango, excluirlos del Senado, si era senador, quitarles el caballo, si era caballero, y aun de privarles de todos sus privilegios de ciudadanos sin dar á nadie cuenta de sus actos. Tenía lugar en estas revistas la división de los ciudadanos en clases y en centurias, según el estado de la fortuna de cada cual. Eran estos magistrados también los que repartían los impuestos y determinaban las formalidades conforme á las que debían hacerse los empadronamientos particulares de las colonias.

Los cuestores eran los magistrados que tenían á su cargo la administración de las rentas públicas.

Digitized by Google

Mientras la constitución romana se elaboraba así, en medio de las revueltas intestinas, Roma, aparte aquel de los decenviros, corrió más de un peligro serio. Un joven patricio, Marcio Coroliano, orgulloso por la gloria que había conquistado en las armas, á causa de no haber sido nombrado cónsul, mostró tanta insolencia con el pueblo, que fué obligado al destierro. Para vengarse, se puso á la cabeza de los vosgos, enemigos de los romanos, derrotó al ejército y arrasó las tierras de su patria. Entonces el pueblo tuvo á bien decretar su llamamiento, el Senado enviarle sus principales miembros, y los sacerdotes y los pontífices se le presentaron con todas las insignias de sus dignidades; pero nada pudo lisonjearle tanto como la presencia de su madre y de su mujer, seguidas de todas las damas romanas. Más tarde, Spucio-Cosio, que había sido ya cónsul, aspiraba á hacerse rey de Roma lisonjeando al pueblo y ayudado por extranjeros, pero como fuera convencido de ello fué castigado con la muerte. Spurio Melio fué castigado también con la misma pena y por el mismo delito. En fin, Manlio, que siendo cónsul había salvado el Capitolio contra los galos, y por lo que adquirió el glorioso renombre de *Capitolino*, habiéndose dejado arrastrar por idéntica ambición, fué precipitado desde lo alto del Capitolio, del cual había sido el salvador.

3. Con todo, el mayor peligro de cuantos Roma corriera, fué el que procedió de los galos, y que acabamos de indicar. Estos pueblos, llamados galos por los latinos, celtas y gálatas por los griegos, eran, según Josefo, Eustaquio de Antioquía, San Jerónimo y San Isidoro de Sevilla, la posteridad de Gomer, primogénito de Jafet, y se llamaban originariamente gomerianos ó gomeritas. A creer á los autores ingleses de una *Historia universal,* los galos, de Inglaterra, se dan á sí mismos el nombre de gomeritas (1). Por lo demás, el nombre de cimbrios ó de cimerianos, que significa guerreros, fué uno de los sobrenombres de esta raza aventurera. La cual se nos presenta en la historia humana como la vanguardia de aquellas emigraciones de pueblos, que desde el centro del Asia y las llanuras de Senaar inundan, unos después de otros, toda la Europa. Por muy alto que nos remontemos en la historia de Occidente, siempre nos encontramos á los galos ó celtas ocupando todo el país conocido hoy con el nombre de Francia, al que los latinos llamaban Galia y los griegos Galacia. Desde aquí, los innumerables enjambres de su exuberante población, se reparten por todas partes, por Italia, Grecia y Asia. Los hemos ya encontrado en la historia de los sucesores de Alejandro, y hemos sabido por Justino, el profundo terror que inspiraban su nombre y sus armas. Tito Livio nos habla de cuatro invasiones de galos en Italia bajo el reinado de Trasquino *el Antiguo,* cerca de seiscientos años antes de Jesucristo. La primera, compuesta de galos de Bourges, de Auvergnes, de Sens, de Autum, de Chalons sur Saône, de Chartres y de Mans, atravesaron los Alpes, mandados por Belloveso, arrojaron los etruscos, fundaron la ciudad de Milán y designaron los alrededores con el nombre de Insubria,

(1) *Hist. univ.*, lib. IV, cap. XIII, secc. I, tom. XXX, pág. 386.

Digitized by Google

tomado de un barrio del país de Autum. Las tres siguientes, compuestas principalmente de habitantes del Maine, del Bourbonnais, y del Langres, edificaron la ciudad de Como, de Verona, de Bérgamo, de Trento, de Vicennes (1). Los nombres de estos pueblos galos se han conservado en esta parte de Italia bajo las denominaciones latinas de *Cenomanisi*, *Boii* y *Lingones*. Los galos ocupaban todo este país, de tal suerte, que los romanos no le llamaban Italia, sino Galia cisalpina ó de más acá de los Alpes.

Doscientos años después de esta primera invasión, tuvo lugar la quinta; la de los sanoveses ó galos de Sens. Estos penetraron hasta la Etruria y sitiaron la ciudad de Clusio, que imploró el socorro de los romanos. Los cuales enviaron embajadores que preguntaron á los galos con qué derecho invadían la Etruria. Breno respondió que su derecho estaba en la punta de su espada, que era el único derecho con el cual los romanos habían arrebatado á los sabinos, á los fidenates y á los volcos la mejor parte de su territorio; que en el fondo, los galos no pedían á los clucenses más que el sobrante de tierras que éstos no podían cultivar. Mas los embajadores, olvidando su carácter de mediadores, combatieron en el mismo territorio enemigo. Breno, entonces, después de haber solicitado vanamente satisfacción del Senado, marchó sobre Roma, venció los ejércitos romanos en las riberas del Alio, y tomó la ciudad por asalto. A excepción del Capitolio ó ciudadela, quedó dueño de Roma por espacio de siete meses, obligando á los romanos á aceptar las condiciones más onerosas, antes de devolver la ciudad. Sólo á costa de ellas recobraron contra toda esperanza, su patria. El rescate subió á la suma de mil libras pesadas de oro. Y lo que determinó á los galos á retirarse, fué la noticia de que los vénetos habían hecho una irrupción en su propio territorio.

Tal es la relación del juicioso Polibio, que fué de todos los historiadores el que vivió en tiempos más próximos á estos sucesos (2). Justino recuerda igualmente que los romanos recobraron su ciudad de manos de los galos, no por el hierro sino por el oro (3). Suetonio refiere la misma tradición (4). Tito Livio pone en boca de las sannitas el mismo lenguaje (5), y por su parte añade, que los galos estuvieron á punto de tomar el Capitolio mismo; que la guarnición, rendida por el hambre y la fatiga, resolvió rendirse ó rescatarse; que el precio del rescate fué de mil libras de oro pesadas, y que mientras se realizaba el peso, Breno, arrojando en la balanza su espada, exclamó:—¡Desgraciados los vencidos!;—pero que habiendo llegado en este momento Camilo, nombrado dictador en su mismo destierro, prohibió pagar el rescate, atacando á los galos, de los cuales no quedó uno solo que pudiera referir la noticia.

Razón hay, sin embargo, para creer que estas últimas circunstancias

---

(1) Tito Livio, lib. V, cap. XXXIV y XXXV; Justin., lib. XX.
(2) Polib., lib. I, cap. VI; lib. II, cap. XXII.
(3) Just., lib. XXXVIII, cap. V.
(4) Suet., *Trib.*, núm. 3.
(5) Tito Liv., lib. X, cap. XVI.

Digitized by Google

son una invención de Tito Livio para paliar los desastres de su patria. El mismo refiere, que á consecuencia de la toma de la ciudad por los galos, el nombre romano cayó en el más grande menosprecio, y que todos los pueblos vecinos, incluso los aliados, se insubordinaron á la vez. Pero si hubiera sido verdad que Roma en lugar de rescatarse á peso de oro había exterminado por el hierro hasta el último galo, el nombre romano, lejos de caer en menosprecio, habría inspirado más terror que nunca. Pero, al contrario, en el mismo Tito Livio vemos que durante un siglo, el nombre que inspiraba mayor terror en Roma y en toda Italia, era el de los galos. Cada vez que cundía la noticia—lo que sucedió seis ó siete veces—de que un ejército galo se ponía en movimiento más acá ó más allá de los Alpes, el Senado romano proclamaba, no la guerra, sino lo que los latinos llamaban el tumulto ó la consternación. Todos los negocios se suspendían y se alistaban todos los que se hallaban en condiciones de tomar las armas, así de los romanos como de los aliados. En una de estas ocasiones se alistaron, según la enumeración de Polibio, hasta setecientos mil infantes y setenta mil caballeros (1). Ordinariamente se creaba un dictador. Dos veces, estando ya preparados ó en campaña los ejércitos, se sabía que la noticia había sido falsa y que las tropas de los galos no se habían movido (2). Nada hace ver mejor que esto el terror que dicha nación inspiraba á los romanos. Así Salustio asegura que desde los primeros tiempos hasta los que él alcanzaba, los romanos tenían esta persuasión: "Que todo era cosa fácil para su valor; pero que con los galos tenían que combatir, no por la gloria, sino por su propia existencia„ (3). Cicerón no es menos explícito.

"La naturaleza—dice—ha fortificado á Italia por los Alpes, no sin una especial providencia de la divinidad, porque si ese camino hubiera estado abierto á la ferocidad y á la muchedumbre de los galos, nunca Roma hubiera llegado á ser el asiento del imperio„ (4).

Acostumbrados largo tiempo á ser batidos por los galos, como dice Polibio (5), los romanos aspiraron por fin á batirlos, permaneciendo siempre unidos mientras los galos se desunían y frecuentemente se hacían la guerra entre sí, y perseverando en sus designios, en sus planes, con una constancia que contrastaba con la inquieta y variable conducta de los galos. Y una vez que aprendieron á vencer á semejantes indomables enemigos y aun á hacerlos sus aliados, no tuvieron ya nada que temer. Desde entonces, en efecto, nada pudo ya resistir al empuje de sus armas. El pueblo más indomable de Italia, los samnitas, que habían vencido un ejército romano y un cónsul, obligándole á rendir las armas, acabó también por ser totalmente subyugado después de una guerra sangrienta de

(1) Polib., lib. II, cap. XXIV.
(2) Tito Liv., lib. VIII, cap. XVII y XX.
(3) Salust., *Jug.*, núm. 114.
(4) Cicer., *Prov. cons.*, núm. 14.
(5) Polib., libro II, cap. XX.

Digitized by Google

setenta y dos años, que valió á los generales romanos treinta y un triunfos. Pirro, rey del Epiro, atravesó el mar para socorrer á Tarento, y con enseñar á los romanos el arte de la guerra, perfeccionado por Alejandro y sus sucesores, no pudo, sin embargo, impedir que Tarento cayese en poder de Roma, de igual manera que las demás comarcas de Italia hasta el estrecho de Sicilia. En fin, desde el año 267 antes de Jesucristo, el poder romano, la bestia terrible que había visto Daniel, sujetaba ya con sus garras todos los pueblos de Italia y amenazaba dominar el resto del mundo. Por entonces entraba en su edad viril.

Frente á frente de Italia y de Roma existía y habitaba una raza de cananeos, escapados de la espada de Josué. Eran los fenicios ó púnicos de Africa, porque á los que los latinos llamaban púnicos, los griegos los llamaban fenicios.

Cinco siglos y medio después de esta época que historiamos, interrogados por San Agustín acerca de su origen, aún contestaban que eran cananeos (1). Más tarde todavía y según, el testimonio de Procopio, se veía en Tingis de Mauritania una columna con esta inscripción: *Nosotros fuimos los que huyeron del bandido Josué, hijo de Navé* (2). La capital de estos emigrados de Canaán era Cartago, y además tenían inmensas colonias á lo largo de las costas de Africa, en Sicilia, en Cerdeña y en Córcega y sobre las costas españolas. Canaán, en hebreo ó fenicio, significa mercader. Los fenicios de Cartago eran en este sentido también verdaderos cananeos. No vivían sino para el comercio. El único fin de cada individuo como el de la república entera, era la plata y la riqueza. Y así, cuando peleaban, no era precisamente por extender su poder, y menos por alcanzar la gloria, sino para conseguir nuevos mercados y aumentar de este modo su dinero y su provecho. A éste le llamaban Maumón, que constituía en el fondo su único dios y su exclusiva ley. Dueños de Cerdeña, prohibieron cultivar las tierras de esta isla, para vender mejor su trigo de Sicilia. Para hacer la guerra tomaban á sueldo guerreros de todas las naciones: españoles, galos, italianos, griegos, africanos, y cuando alguna expedición no reportaba beneficios, crucificaban ordinariamente á su general, y procuraban pagar la soldadesca en moneda parecida. En épocas de calamidades y cuando los negocios no prosperaban, quemaban á sus hijos en el altar de Baal ó Moloch, y hasta prostituían sus hijas en honor de Astarté, que eran sus dos ídolos principales. Su verdadero dios era, sin embargo, Manmón, en cuyo honor se hacían todas estas cosas.

Noé había dicho: *Maldito sea Canadn, él será entre sus hermanos el esclavo de los esclavos* (3). Y la sentencia, que había sido ejecutada ya en parte por la cuchilla de Josué, lo será completamente por la espada de los romanos.

Roma y Cartago se conocían hacía largo tiempo. Desde el consulado

---

(1) San Agustín, *Exposition in cap. IV Epist. ad Rom.*
(2) Procop., *Hist. Vandal.*, lib. II, cap. X.
(3) Genes., IX, 25.

Digitized by Google

de Junio Bruto, en quinientos nueve años antes de Jesucristo, ambos pueblos habían hecho un tratado de comercio.

Ocurría esto, según Polibio, veintiocho años antes de la irrupción de Jerjes en la Grecia, ó sea el año segundo del reinado de su padre Darío, hijo de Histaspe (1). Según este tratado y conforme á otro segundo que, con los cartagineses, comprendía también á los tirianos y á los de Utica, todo romano podía hacer en la Sicilia cartaginesa y en Cartago mismo todo lo que podía hacer un ciudadano, y á su vez, un cartaginés gozaba de los mismos derechos en Roma. No era permitido, sin embargo, á los romanos traficar ni en la Cerdeña, ni en el Africa, ni hacer en ellas ninguna clase de edificaciones.

No podían tampoco desembarcar en dichos lugares sino para hacerse de víveres y para reparar sus buques. Si eran arrojados allí por la tempestad, debían partir á los cinco días. Otra cláusula regulaba las condiciones en que el uno y el otro pueblo podían ejercer la piratería. Hasta aquí se nota que era Cartago quien dictaba los tratados. Más tarde, cuando Pirro desembarcó en Italia, los cartagineses, que temieron por sus posesiones de Sicilia, á las cuales este rey atacó en efecto, envió al socorro de los romanos una flota de ciento veinte navíos. Los romanos no aceptaron estos ofrecimientos, mas, sin embargo, renovaron los antiguos tratados, añadiendo en ellos los siguientes artículos: "Que en el caso de que los romanos ó los cartigeneses por su parte celebraran un tratado con Pirro, se determinaría expresamente que los dos pueblos podrían auxiliarse mutuamente cuando cualquiera de ellos fuera atacado. Los cartagineses suministrarían entonces los navíos y cada pueblo pagaría sus ejércitos, y aunque aquéllos deberían ayudar á los romanos por mar, no podían, sin embargo, desembarcar en ningún caso„ (2).

La buena inteligencia entre estos dos pueblos duró así dos siglos y medio.

4. Pero cuando Roma hubo conquistado la Italia hasta el estrecho de Sicilia, Cartago aspiraba á la conquista de esta isla. Los mamertinos, soldados mercenarios de Campania, apoderáronse deslealmente de la ciudad de Mesina. Fueron sitiados por Hieron, rey de Siracusa, y reducidos á la última extremidad. Habían convenido ya rendirse, cuando el general cartaginés les envió un cuerpo de ejército, que situaron en la ciudadela. Entonces los unos querían entregarse á Cartago, los otros á Hierón y un tercer partido quería implorar el socorro de los romanos. El Senado, que acababa de condenar á muerte á algunos de sus conciudadanos, que se habían apoderado de un modo semejante de Reghum, no sabía qué partido tomar. Si la socorrían, imitaban aquella conducta por ellos castigada, y si no la socorrían, Mesina caería en poder de los cartagineses, quienes no tendrían que hacer grandes esfuerzos desde entonces para penetrar en Italia, á la que ya, violando los antiguos tratados, habían enviado una

(1) Polib., libro III, cap. XXII.
(2) Ibid., libro II, cap. XXII, XXIV y XXV.

Digitized by Google

flota en auxilio de Tarento cuando los romanos sitiaban esta ciudad para vengarse de la ofensa que en ella habían recibido sus embajadores. El pueblo acordó que Mesina fuese socorrida. Un simple tribuno de Legión desembarcó con una flotilla en la ciudad y arrojó de ella audazmente á los cartagineses.

Cartago crucificó al general que se había dejado intimidar de tal modo y envió otro, que hizo alianza con Hierón con el fin de recuperar la ciudad de Mesina de los romanos. Tales desavenencias hubieran podido tener aún arreglo amistoso; ni el Senado ni el cónsul habían tomado parte en este negocio y la marcha del tribuno habría podido ser desaprobada. Pero como éste rehusara entregar la ciudad, el general cartaginés se vengó atrozmente matando á todos los italianos que servían en su ejército. Uno de los cónsules desembarcó entonces rápidamente en Mesina y atacó de un lado á Hierón y á los cartagineses de otro. Viéndose aquél entre dos pueblos enemigos, hizo paces con los romanos, quienes ya no tuvieron que combatir sino á los cartagineses. En el interior de la isla la mayor parte de las ciudades abrieron sus puertas á los romanos y en alguna de ellas dieron muerte á la guarnición africana.

Con todo, las ciudades del litoral y de la costa no eran tan fáciles de conquistar, porque los cartagineses eran por entonces dueños de los mares. Los romanos hubieran necesitado para ello muchos navíos, y sin embargo, no tenían ni uno solo. Una galera cartaginesa naufragó, chocando en las costas de Italia; los romanos se apoderaron de ella, y tomándola por modelo, en el espacio de dos meses, según el testimonio de Polibio, fabricaron ciento veinte navíos. Diecisiete de éstos, con el cónsul que los mandaba, fueron cogidos por el enemigo en una emboscada. Pero el resto de la flota, después de un primer combate afortunado, consiguió, bajo la dirección del otro cónsul Duilio, una victoria tan completa, que el almirante cartaginés se salvó milagrosamente en una lancha. En esta primera batalla naval, y en el primer combate que le había precedido, los romanos mataron siete mil hombres, hicieron siete mil prisioneros y echaron á pique treinta navíos, apoderándose de otros ochenta. Se erigió entonces, por acuerdo del Senado y del pueblo, y en honor de Duilio, una columna rostral, esto es, una columna adornada de todas las insignias de la marina. Esta subsiste aún en Roma con su inscripción, en la que se hace constar que Duilio fué el primer cónsul que triunfó en el mar y el primero que en el espacio de *sesenta días* preparó una flota y formó un cuerpo de remeros.

Con esta primera victoria ya fué fácil á Roma apoderarse de Córcega y de Cerdeña, después de cuya conquista los romanos enviaron una flota á África bajo el mando del cónsul Régulo, quien batió á los cartagineses y se vió en pocos días dueño de ochenta ciudades, que se le entregaron voluntariamente. La consternación reinaba en Cartago, pero entre sus aliados había un lacedemonio, llamado Xantipo, que con claridad exponía á todo el mundo las causas por las cuales los cartagineses habían sido vencidos. Fueron atendidas sus razones, y puesto á la cabeza del

Digitized by Google

ejército batió á Régulo, haciéndole prisionero. Por premio de sus servicios los cartagineses le enviaron á Lacedemonia con orden de ahogarle en la travesía, pero él escapó á esta pérfida ingratitud. Cartago sufrió bien pronto nuevos reveses, crucificó á uno de sus mejores generales, llamado Asdrúbal, y envió á Roma su cautivo Régulo para concertar la paz. Régulo aconsejó al Senado la continuación de la guerra y volvió á su prisión para sufrir la muerte que le aguardaba. Roma, sin embargo, había sufrido por entonces otras pérdidas. Dos de sus flotas perecieron por la tempestad, el cónsul Claudio perdió una tercera por sus faltas, y aun la cuarta fué destruída por una nueva tempestad. El Senado no quiso ya levantar más escuadras á costa de la renta pública; pero, con su permiso, los particulares equiparon una quinta, que, después de brillantes éxitos, pereció también á impulsos del temporal. Todavía los ciudadanos equiparon una sexta flota que, bajo el mando del cónsul Lutacio, sorprendió una cartaginesa cargada de armas y de dinero, hechó á pique cincuenta navíos de ella y se apoderó de setenta, con más de diez mil prisioneros.

La guerra duraba ya desde hacía veinticuatro años. Los romanos habían perdido setecientos navíos, los cartagineses, en cambio, no habían perdido más que quinientos, y contaban aún en la Sicilia con un formidable ejército de mercenarios, bajo el mando de Amílcar, digno padre de Annibal.

No tuvieron, sin embargo, la constancia de los romanos y, en su consecuencia, solicitaron la paz, que les fué concedida bajo las siguientes condiciones: que evacuarían toda la Sicilia, pagarían inmediatamente mil talentos, ó sea cinco millones y medio de francos, y en el espacio de diez años otros dos mil doscientos talentos; que devolverían á los romanos, sin rescate, sus prisioneros y rescatarían, en cambio, los suyos; que abandonarían todas las islas situadas entre Sicilia é Italia, á las cuales no se aproximarían jamás con los navíos de guerra, ni alistarían soldados de las mismas, y por último, que no harían la guerra ni á Hierón, rey de Siracusa, ni á sus aliados. Los romanos les obligaron aún, poco después, á evacuar la Cerdeña y á pagar otros mil doscientos talentos.

Después de esta paz, Roma cerró el templo de Jano el año 233 antes de Jesucristo. Este templo había sido edificado por Numa; se abría en tiempo de guerra y se cerraba en tiempo de paz; no había sido cerrado nunca más que una vez, bajo el reinado de su fundador, porque desde entonces Roma no había cesado de hacer la guerra, ya á los unos ya á los otros, durante cinco siglos.

Cartago había comprado la paz con los romanos, pero sufrió en seguida la más atroz de las guerras intestinas. Los mercenarios, á su regreso de Sicilia, pidieron el sueldo y las recompensas que se les había ofrecido. Giscón, sucesor de Amílcar, tuvo la prudencia de enviarlos banda por banda, á fin de que pagándoles con mayor facilidad, pudieran ser despedidos fraccionariamente.

El amor del dinero cegó á Cartago, que, deseando rebajar algo del

Digitized by Google

precio convenido, quiso juntarlos á todos para tratar sobre este asunto. Cuando los aventureros se vieron reunidos en la capital en número de más de veinte mil, y se dieron cuenta de las inmensas riquezas en ella atesoradas, su avaricia se acrecentó con sus deseos, las violencias y los crímenes se sucedieron de noche y de día, y comenzó á temerse un saqueo permanente y universal. Cartago suplicó al jefe de los mercenarios que los condujera á Sicca, dando á cada individuo una moneda de oro para las necesidades más urgentes. La ceguedad de Cartago llegó hasta el punto de obligarles á llevarse también á sus mujeres y á sus hijos, que hubiera podido conservar como rehenes.

En la más completa inacción aquella muchedumbre de descontentos, se agitaban murmurando y exagerando lo que se les debía y lo que en ocasiones parecidas se les había ofrecido. Hannón, uno de los dos sufretas, ó primeros magistrados de Cartago, jefe del partido mercantil, fué enviado para tratar con ellos. Expúsoles la situación precaria de la república, la imposibilidad de aumentar los impuestos y de abonarles lo que habían convenido, y les suplicó humildemente la condonación de una parte de lo que se les debía. Creyó así obligarlos con tales confesiones, pero esto produjo los efectos contrarios. Tumultuosamente marcharon los mercenarios sobre Cartago en número de veinte mil hombres y acamparon en Túnez, á cuatro ó cinco leguas de la ciudad. Espantados los cartagineses y reconociendo demasiado tarde su imprudencia, hicieron los mayores esfuerzos para reducirlos; se les mandó toda clase de víveres y al precio que ellos quisieron; todos los días se les enviaban diputados del Senado para suplicarles pidieran alguna cosa, y esto porque se tenía miedo de que lo tomaran por medio de la fuerza. La audacia de los mercenarios llegó entonces á su colmo. Una vez que se les ofreció su soldada completa, pidieron que se les indemnizase por la muerte de sus caballos, y en seguida que les pagasen los víveres que se les debían al precio exhorbitante que tuvieran en tiempo de la guerra, y en fin, no dejaron de pedir nuevas cosas, hasta hacer imposible todo arreglo. En esta extremidad se les envió no ya á Hannón, quien jamás los había visto combatir ni tenía noticia de las promesas que les habían sido hechas, sino á Giscón, uno de sus generales de Sicilia, que los había siempre mirado con interés. Dicho general llegó á Túnez bien provisto de dinero, los arengó separadamente á españoles, galos, ligurios, baleares, griegos, italianos, africanos, éstos últimos componían el mayor número, afeó lo pasado, los instruyó sobre el presente y los exhortó y preparó para el porvenir, y en fin, se dispuso á pagarles su sueldo por naciones. Así iba á terminar dichosamente este desgraciado negocio cuando de repente vino todo abajo.

Un cierto Espendio, campanio, esclavo fugitivo de Roma, de una fuerza y una audacia extraordinarias, temiendo ser entregado á su señor, trabajó de palabra y de obra cuanto pudo por impedir la transacción y el acomodamiento. El africano Mathos se unió á él por miedo de ser castigado como uno de los principales autores de la insurrección, llamó aparte á los africanos, haciéndoles entender que una vez fuesen pagadas las otras

Digitized by Google

naciones, los cartagineses se vengarían en ellos y los castigarían para atemorizar á sus compatriotas.

En seguida se levantaron gritos de protesta; si alguno quería oponerse á nuevos trastornos todos se preparaban con piedras para hacerle callar, según hablase en pro ó en contra. Se produjo una revuelta espantosa y la confusión era tanto más grande cuanto menos se entendían los amotinados, y en medio de tantas lenguas no se dejaba oir sino la frase:—*Hiere.*— Y cuando alguno la pronunciaba, la acción se seguía tan rápida que no había medio de escapar. Viendo á su patria amenazada de los últimos y más grandes peligros, Giscón quiso salvarla á costa de su vida, reuniéndose ora con los jefes, ora con la multitud, para exhortarla y apaciguar los ánimos. Y llegó á tanto su decisión que en ocasiones respondía á los africanos que solicitaban los víveres con altivez:—Id á pedirlos á Mathos. —Entonces se arrojaban furiosos sobre el dinero de Giscón y sobre sus cartagineses, á los cuales encadenaban.

No era esto aún más que la mitad del mal. Spondio y Mathos enviaron emisarios á toda el Africa para excitar á las ciudades á socorrerlos y á recobrar su libertad. Tal llamamiento fué escuchado y los africanos se reunieron á ellos en número de setenta mil. El gobierno de Cartago, habitualmente duro, había venido á ser intolerable durante la última guerra exigiendo la mitad de los frutos y duplicando los impuestos. Por tal causa, la defección fué espontánea y general. Utica é Hippona, que al principio dudaron sublevarse, acabaron por matar la guarnición que tenía en ellas Cartago, dejando los cadáveres insepultos. Otro tanto sucedió en Cerdeña y en Córcega. El general que allí mandaron fué crucificado por las tropas y los naturales de la isla llamaron en su socorro á los romanos, que no aprovecharon por el pronto, sino algo más tarde, este oportuno momento de su conquista.

Acostumbrados los cartagineses á vivir de los tributos del Africa y hacer la guerra valiéndose de soldados extranjeros, vieron entonces al Africa y á todos los pueblos levantarse contra ellos. Para colmo de desgracias sus dos mejores generales, Hannón y Amílcar, se odiaban de tal suerte, que por recíprocos celos no sólo dejaron escapar más de una vez la ocasión de vencer al enemigo, sino que le suministraban motivos para sostenerse. Hannón, después de una primera ventaja, con la que creyó haberlo hecho todo, se abandonó algún tanto á la imprevisión, y los mercenarios, volviendo de repente, dividieron su ejército y ocuparon su campo, tomándole todas sus provisiones y máquinas. Amílcar, encargado solo, por último, de la guerra, la llevó con más acierto y vigor. Puso de su parte á los *númidas*, consiguió sobre los mercenarios una victoria, trató á los prisioneros con dulzura, admitió en la fila de su ejército á los mejores y dejó á los otros enteramente libres, bajo la sola condición de no hacer armas contra Cartago. Tal humanidad, unida á un valor universalmente reconocido, produjeron las consecuencias naturales y bien pronto tuvo fin la insurrección. Spondio, Mathos y los demás jefes, resolvieron empujar nuevamente á la multitud á los más extremos excesos, con obje-

Digitized by Google

to de que no pudiera tener lugar ninguna clase de avenencia. Por falsos é insidiosos discursos y mentiras exasperaron de tal modo los ánimos que setecientos prisioneros fueron asesinados, conduciéndolos fuera del campamento, con las manos y las orejas cortadas, las piernas rotas y arrojándolos vivos á una fosa. Cuando Amílcar solicitó que se le entregaran al menos los cadáveres, los bárbaros declararon que los diputados serían tratados de igual manera; y proclamaron como ley que todo prisionero cartaginés debía perecer en el suplicio y todo aliado de Cartago sería entregado con las manos cortadas. Comenzaron entonces espantosas represalias. Amílcar hizo aplastar bajo los pies de los elefantes á todos los prisioneros. Cartago recibió socorros de Hierón y aun de Roma. Arrojando á los mercenarios con su caballería númida y empujándolos hacia las montañas, Amílcar consiguió encerrar uno de los dos cuerpos de ejército enemigo en un desfiladero, llamado *El Hacha*, donde no podían huir ni combatir y donde se hallaron reducidos por el hambre á la extrema necesidad de comerse los unos á los otros. Los esclavos y los prisioneros sucumbieron desde luego, pero cuando este recurso faltó, fué necesario que Spondio y los otros jefes, amenazados por la multitud, solicitasen un salvoconducto para ir á tratar con Amílcar. Este no lo rehusó y convino con ellos en que salvo diez hombres á su elección, los demás quedarían libres con sus propios vestidos.

Una vez concluído el tratado, Amílcar dijo á los enviados:—*Puesto que sois diez, vosotros sois los prisioneros.*—Y como tales los detuvo. El ejército, no viendo volver á su jefe, corrió á las armas, pero estaba todo tan bien dispuesto y se hallaban tan bien cercados, que de cuarenta mil hombres no se salvó ninguno de ellos. Spondio fué crucificado á la vista del otro ejército, pero bien pronto fué sorprendido un general cartaginés con treinta de los principales de la ciudad, que fueron degollados en el lugar mismo donde fué Spondio crucificado. Este revés inesperado produjo en Cartago inmensa consternación; los diputados del Senado obligaron más vivamente que nunca á Amílcar y á Hannón á reconciliarse y á obrar de concierto. Hiciéronlo así éstos y ganaron sobre los insurgentes una gran batalla, que puso fin á la insurrección. Esta guerra, de la que Polibio nos ha conservado tan horribles detalles, había durado cerca de tres años y medio, y desde entonces, recordándose las inauditas atrocidades que en ella se cometieron, es llamada la *guerra inexpiable* (1).

5. Amílcar, cuyo crédito llegó á ser entonces más grande que nunca, era en Cartago el jefe del partido de la guerra. Fué á su pesar como se hizo la paz con Roma, y su despecho se cambió en odio implacable cuando los romanos obligaron á los cartagineses á evacuar la Cerdeña y á pagar mil doscientos talentos más. Después que fueron sofocadas por completo las revueltas de los mercenarios, Amílcar pasó á España, subyugó los pueblos más belicosos de esta comarca y edificó, según se dice, á Bar-

(1) Polib., lib. I, caps. LXVI-LXXXVIII. Michelet, *Hist. romain.*

Digitized by Google

celona, que se llamó así del nombre de su familia Barca. Muerto en una batalla, fué reemplazado por su yerno Asdrúbal, que continuó sus éxitos y edificó á Cartago la Nueva (hoy Cartagena). Pero habiendo sido éste asesinado por un esclavo galo, cuya madre había ordenado matar Asdrúbal, fué proclamado general Anníbal, hijo de Amílcar, que contaba apenas veinticinco años de edad. Tenía sólo nueve cuando, habiendo suplicado á su padre que le llevase con él á España, éste le hizo jurar al pie de los altares una enemistad eterna y un odio implacable á Roma. Una vez general, Anníbal cumplió su palabra. Dueño de toda España por la toma y destrucción de Sagunto, ciudad aliada de los romanos, dejó en este país á su hermano Asdrúbal con un cuerpo de ejército, envió á su hermano Magón con otro á Africa, y poniéndose él al frente de un tercero, atravesó los Pirineos, la Galia y los Alpes y llegó inopinadamente á Italia con sólo treinta mil hombres de los cincuenta y nueve mil que había sacado de España. Una vez en Italia se apoderó en tres días de Turín, y recibiendo un refuerzo considerable de galos, derrotó al cónsul Escipión en las riberas del Tesino, al cónsul Sempronio en las del Trevia y al cónsul Flaminio cerca del lago Trasimeno. Fué detenido entonces algún tiempo por las temporizaciones de Fabio el dictador, pero en seguida derrotó á los dos cónsules Paulo-Emilio y Terencio-Varrón en la batalla de Cannas, donde cincuenta mil romanos murieron con el cónsul Paulo-Emilio y ochenta senadores. Al punto se extendió en Roma la noticia de que los dos cónsules habían perecido y que de setenta y ocho mil hombres apenas quedaba uno sólo con vida.

Fué entonces cuando el Senado romano se mostró en toda su grandeza. Roma se hallaba consternada, Italia parecía quedar en poder de Anníbal, y se supo también que Sicilia era amenazada por una flota cartaginesa. En semejante situación, el Senado procedió con una calma y una grandeza de alma, que apenas pueden comprenderse. El cónsul Varrón, plebeyo, que se elevara á la suprema magistratura á despecho del Senado, había perdido la batalla por su imprudencia. En Cartago hubiera sido crucificado. En Roma y en circunstancias tan solemnes, fué recibido por todo el Senado, que le dió las gracias por no haber desconfiado de la salud de la república. El resto del ejército de Cannas fué conducido por Marcelo, antiguo cónsul, contra aquel mismo Anníbal que le había derrotado, y que se adormecía ya en las delicias de Capua. En poco tiempo y sólo en la ciudad de Roma se formaron cuatro legiones, compuestas de cinco mil hombres y diez mil caballos cada una. En circunstancias semejantes, Cartago habría abandonado todos sus aliados y se hubiera reducido á sus propias murallas. No lo hizo así Roma. Y por su parte, los aliados, las colonias y los municipios, fieles en la desgracia, le enviaron sus respectivos contingentes de tropa. Más aún: la república, comprándolos á sus dueños, alistó unos ocho mil esclavos de los más robustos. Antes de inscribirlos como soldados se les preguntaba si tomaban las armas voluntariamente, y á causa de esto fueron llamados voluntarios. Algún tiempo después, estos voluntarios derrotaron una división de car-

Digitized by Google

tagineses, y fueron manumitidos en el mismo campo de batalla. Anníbal tenía en su poder gran número de prisioneros romanos. Nada hubiera sido más fácil que rescatarlos. Pero el Senado rehusó comprarlos, y antes dió á entender que en esta guerra, más que en ninguna otra, todo romano debía vencer ó morir en la esclavitud.

Y no es que la república hubiera esperado hasta aquí para desplegar esta extraordinaria é indomable fiereza. En medio de los reveses del Tesino, de Trebia y del lago Trasimeno, había enviado ya á España un ejército bajo el mando de Escipión, quien conquistó en poco tiempo la mayor parte de este país. Por entonces también, habiéndose sabido que Filipo, rey de Macedonia, había hecho un tratado de alianza con Anníbal, Roma envió allá otro ejército mandado por el cónsul Levinio, que derrotó á Filipo, obligándole á aceptar la paz bajo las condiciones que quiso imponerle. Anníbal, por su parte, queriendo atemorizar á Roma, vino á acampar delante de los muros de la ciudad. En la cual, sin embargo, se vendían en aquellos momentos los terrenos sobre que estaban asentadas las tiendas de Anníbal en el mismo precio que pudieran alcanzar cuando no estuvieran ocupados por los cartagineses. Todavía envió el Senado nuevas tropas á España, y los ejércitos romanos recuperaban, á la vista de Anníbal, Capua y Tarento, y se apoderaban de Siracusa á pesar de las invenciones de Arquímedes.

Esto, no obstante, los dos Escipiones, sin que fueran parte á evitarlo los prodigios de su valor, sucumbieron en dos batallas. Las asambleas populares se reunieron para designarles sucesor, y como no se presentase en condiciones para sucederles más que un joven de veinticinco años, hijo y sobrino, respectivamente, de los dos generales cuya muerte se trataba de vengar, el joven Escipión fué elegido procónsul por la completa unanimidad de cuantos gozaban del sufragio. Una vez al frente de las tropas y habiendo llegado á España, se apoderó de Cartagena en un solo día, mató en una sola batalla cincuenta y cuatro mil cartagineses mandados por un hermano de Anníbal, y sometió á España en cuatro años, menos por la fuerza de las armas que por la admiración que producía su noble y generoso carácter. Poco después, Escipión pasó secretamente á Africa, donde empeñó á dos reyes númidas, Sifax y Masinisa, en la amistad de Roma. La cual le llamó entonces para combatir á Anníbal, en Italia. Nombrado cónsul por voto unánime de todos, y cuando aún no tenía sino veintinueve años, trasladó la guerra al Africa misma, deshizo completamente los ejércitos cartagineses, incendió su campo durante la noche é hizo prisionero al rey Sifax, que se había vuelto nuevamente contra los romanos. Alarmada con estas pérdidas, Cartago solicitó una tregua bajo pretexto de enviar embajadores á Roma para concertar la paz, pero en el fondo para dar tiempo á nuevos preparativos de guerra, llamar á Anníbal y obligar á Filipo de Macedonia á tomar las armas. Cuando se creyó esto conseguido, Cartago hizo matar traidoramente los embajadores enviados por Escipión. Este se vengó á su manera de semejante afrenta. Teniendo en su poder los embajadores que Cartago enviara á Roma, los

Digitized by Google

protegió contra los resentimientos de sus soldados y los despachó libres después de haberlos tratado con toda clase de atenciones. Ya Anníbal, por su parte, había abandonado á Italia, degollando todos los soldados italianos que no quisieron seguirle. En cuanto desembarcó en Africa recibió orden de detener los progresos de Escipión, que continuaba asolando el territorio de Cartago y tomando las ciudades por asalto.

Anníbal acampó cerca de la ciudad de Zama, desde donde envió espías que reconocieran los movimientos del enemigo. Los espías fueron conocidos y presos; pero Escipión, lejos de maltratarlos, ordenó que se les dejara verlo y examinarlo todo á su gusto, despidiéndolos en seguida con algún dinero para subvenir á los gastos del viaje. Tal proceder llenó de admiración á Anníbal, que pidió á Escipión una entrevista para negociar la paz. La conferencia tuvo lugar á presencia de los dos ejércitos. Los dos generales no se habían visto nunca. Anníbal propuso que Cartago conservara para sí el Africa, quedando todo lo demás en poder de Roma. Escipión contestó que era demasiado tarde para esto y que la paz sólo podría llevarse á cabo sometiéndose Cartago á todas las condiciones que Roma tuviera á bien imponerle. En este punto los dos generales se separaron para decidir la cuestión por medio de las armas. La batalla tuvo lugar al día siguiente. Los cartagineses fueron deshechos, perdiendo cuarenta mil hombres entre muertos y prisioneros. En el número de éstos se hallaban varios macedonios con Sacipater, su general. Anníbal mismo se salvó trabajosamente á favor de las tinieblas, y después de dos días y dos noches de continuas penalidades, se refugió en la ciudad de Adrumeta, acompañado de un solo hombre.

Una vez rendida Cartago, no quedó otro recurso que la paz. Treinta ciudadanos de los principales de la ciudad fueron á solicitarla de Escipión, que dictó las condiciones siguientes: 1.ª Los cartagineses conservarían sus leyes y quedarían en posesión de las ciudades y provincias que les pertenecieran en Africa antes del comienzo de la guerra; pero los romanos guardarían para sí España y todas las islas del Mediterráneo. 2.ª Los cartagineses entregarían á los romanos todos los prisioneros y tránsfugas, en unión de aquéllos que Anníbal había llevado consigo y á la fuerza desde Italia.—3.ª Excepto diez galeras de tres filas de remos, entregarían á Escipión todos los navíos de guerra y todos los elefantes domados, obligándose también á no domar más en adelante.—4.ª No podrían hacer la guerra, ni en el Africa ni fuera de ella, sin el expreso consentimiento del pueblo romano.—5.ª Devolverían, además, á Masinisa (el fiel aliado de Roma) todo cuanto le hubieran arrebatado á él mismo ó á sus antepasados, concertando una alianza con este príncipe.—6.ª Suministrarían trigo á las legiones romanas y pagarían sus tropas auxiliares hasta el regreso de los embajadores que debían ir á Roma para obtener la ratificación del presente tratado.—7.ª Pagarían á los romanos diez mil talentos (cincuenta y cinco millones de francos) abonados en porciones iguales.—8.ª Como garantía de su fidelidad, entregarían cien rehenes que Escipión elegiría entre la juventud cartaginesa, desde catorce á

Digitized by Google

treinta años.—9.ª Por el momento no se suspenderían las hostilidades ni se concedía tregua á los cartagineses mientras no se entregaran los navíos de guerra y los efectos cogidos á los romanos durante la última suspensión de hostilidades. — 10. Los ejércitos romanos abandonarían el Africa, lo más tarde, dentro de los cincuenta días después de la conclusión del tratado.

Dictadas tales condiciones fueron escuchadas por el Senado de Cartago, en el cual declaró Anníbal que después de todo había que dar las gracias al cielo y adorar la fortuna por haberlas obtenido tan favorables. Fueron, pues, aceptadas y ejecutadas. Quinientos navíos de guerra fueron entregados á Escipión, quien los hizo quemar á la vista de Cartago. Así tuvo fin la segunda guerra púnica el año 201 antes de Jesucristo, después de una duración de dieciocho años.

Cuando el joven vencedor hubo desembarcado en Italia, su marcha hasta Roma, en medio de las aclamaciones y la afluencia de todos los pueblos, fué un triunfo continuado. Los romanos quisieron concederle honores extraordinarios; pero él se contentó con tomar el sobrenombre de *Africano*.

6. Domada así Cartago, bien puede decirse que Roma tenía dominado el mundo entero. Las guerras que se siguieron fueron sólo tomas de posesión. Filipo de Macedonia había por segunda vez enviado socorros á los cartagineses. A causa de esto, Filipo fué atacado y vencido por el cónsul Flaminio y su sucesor Perseo, por el cónsul Paulo-Emilio, hasta que, en fin, Macedonia y Grecia fueron reducidas á provincias romanas. Antíoco, *el Grande*, rey de Siria, acudió en socorro de los griegos; Antíoco fué vencido, y tanto en Grecia como en Asia su reino quedó tributario de los romanos y sus sucesores puestos bajo la tutela de Roma. Los reyes de Egipto se habían ellos mismos colocado en esta situación. Sólo Cartago continuaba en pie y con cierta independencia; pero una voz se hacía escuchar en el Senado romano que repetía sin cesar: *Delenda est Cartago*. Era la voz de Catón. Y Cartago será destruída. Los dos cónsules hacen formidables preparativos de guerra, y temiendo Cartago, que sean hechos contra ella, envía una humilde embajada para ponerse á discreción del Senado romano. Este pidió entonces trescientos rehenes, que fueron entregados. Cartago creyó haber escapado así al peligro por su sumisión, cuando vió llegar al pie de sus muros á los dos cónsules con sus flotas y sus ejércitos. Los dos cónsules ordenaron desde luego que los cartagineses entregaran las armas, en atención á que, estando bajo la protección de Roma, no tenían ninguna necesidad de ellas. La entrega de las armas se hizo acompañada de gran número de venerables ancianos y de sacerdotes, vestidos de ceremonia, para excitar la compasión de los romanos. Entonces uno de los cónsules dijo estas palabras: "Estamos satisfechos de las primeras muestras de vuestra obediencia y os felicitamos por haberlas dado. No tengo ahora más que una cosa que exigiros en nombre del pueblo romano. Roma me manda declararos su última voluntad, que es ésta: Todos saldréis de Cartago, que será destruída, y os estableceréis

Digitized by Google

en el sitio que os convenga de vuestros dominios, con tal que esto sea á diez millas del mar y en lugar sin murallas ni fortificaciones. Un poco de valor os bastará para sobreponeros al afecto que sentís por vuestro antiguo pueblo, porque ese afecto más se funda en la costumbre que en la razón.„

La desesperación dió valor á los cartagineses. Resolvieron defender su ciudad ó perecer bajo sus ruinas. En seguida pusieron en libertad los prisioneros y los esclavos para hacerlos soldados. Y como faltaran armas, los templos, los palacios y las plazas públicas quedaron convertidas en talleres para fabricarlas. Cada día se construían ciento cuarenta broqueles, trescientas espadas, quinientas picas y mil flechas. Su industria les suministró materiales para las máquinas de guerra. A falta de hierro y de cobre sirviéronse de oro y de plata, fundiendo las estatuas, los vasos y los mismos utensilios de los particulares. Los más avaros vinieron á ser así pródigos, y fueron sacrificados hasta los ornamentos, y cuando faltaron materiales para las cuerdas, las mujeres las suministraron, con sus cabellos, abundantemente.

Entretanto, los dos cónsules nada sospechaban de todo esto. Habían querido sólo dejarles tiempo y espacio para resignarse á su suerte. Halláronse, pues, sorprendidos cuando, al aproximarse á la ciudad, vieron sus muros llenos de combatientes. Los romanos asaltaron dos veces la ciudad y otras tantas fueron rechazados. Su flota fué quemada en gran parte y su ejército entero habría perecido sin el valor del joven Escipión, nieto de Escipión el Africano. Dicho joven, que andando el tiempo, debía adquirir el mismo sobrenombre de su abuelo, fué nombrado cónsul sin alcanzar la edad legal. La desgraciada ciudad de Cartago se vió entonces bloqueada por mar y por tierra. Todo concurría á su perdición. De los tres generales que tuvo en esta ocasión, uno de ellos se pasó á los romanos con su cuerpo de ejército. El segundo fué acusado por el tercero de querer hacer lo mismo que el primero y fué asesinado en pleno Senado. Quedó dueño de todo Asdrúbal (tal era su nombre), el cual se condujo como un tirano. Mientras sus conciudadanos, movidos por el hambre, se entregaban por millares á los romanos, él se hacía servir una espléndida mesa, y cuando Escipión se apoderó de la ciudad, irritado hasta el exceso, hizo llevar á las murallas de la ciudadela todos los prisioneros, haciéndolos mutilar bárbaramente en presencia del ejército romano, y arrojándolos después, aún vivos, desde lo alto de las murallas. Semejante atrocidad horrorizó aun á los cartagineses mismos, y lejos de reanimar su valor acabó por anonadarlo enteramente. Los senadores que osaron manifestar su indignación fueron también á su vez degollados. Dueño ya Escipión de la ciudad, atacó la ciudadela, y los sitiados en ella, viéndose tan estenuados por el hambre que apenas podían sostener las armas, pidieron se les concediese la vida. Así lo acordó Escipión, exceptuando á los tránsfugas. Más de cincuenta mil cartagineses escaparon de este modo de una muerte segura. La mujer de Asdrúbal suplicó á éste le permitiera aprovechar para sí y para sus dos hijos la clemencia del vencedor. Asdrúbal

Digitized by Google

no lo consintió y se retiró con ellos y los tránsfugas, en número de nuevecientos, á un templo elevado para resistirse. Bien pronto, sin embargo, este miserable, abandonando su mujer y sus hijos, fué él solo, con un ramo en la mano, á prosternarse á los piés de Escipión y á pedirle la vida. Habiéndole visto su desgraciada mujer desde lo alto del templo, al cual los tránsfugas acababan de prender fuego, lo llenó de imprecaciones y se arrojó con sus dos hijos en medio de las llamas.

Así pereció Cartago, el año 146 antes de Jesucristo. Había subsistido cerca de setecientos años. Su población ascendía á setecientas mil almas. Fué entregada al saqueo, después á las llamas y arrasada por completo; el país quedó reducido á provincia romana.

El mismo año Corinto corrió la misma suerte en Grecia, y poco despues Numancia en España.

7. Fácil es ver ahora la exactitud de lo que Daniel había visto en su sueño. Una bestia terrible, espantable y prodigiosamente fuerte, con dientes de hierro y garras de bronce, comiendo, triturando y hollando con sus pies, cuanto sobraba. "Esta cuarta bestia—se le había dicho—será el cuarto imperio que dominará en la tierra, y muy diferente de los otros, lo devorará y lo hollará todo con sus pies„ (1).

Y para nosotros, esto se halla confirmado desde el punto en que hemos visto cómo esta cuarta bestia ha devorado Italia, Sicilia, Cerdeña, Córcega, todas las islas y á España toda. Grecia, patria de tantos héroes, es una de sus provincias; la Macedonia, dueña otras veces del universo, es también una de sus provincias; el último sucesor de Alejandro el Grande, Perseo, era llevado con sus hijos y con los pies y las manos ligadas con cadenas, delante del carro triunfal del cónsul Paulo-Emilio. El primogénito de sus hijos, que debió heredar el trono de Alejandro, gana su vida como escribano de la municipalidad de Alba. Los sucesores de Nemrod, de Nabucodonosor, de Ciro; los reyes de Babilonia ó Siria, así como los sucesores de los Faraones, los Tolomeos, de Egipto, se hallan bajo la tutela de Roma; todo se halla entre las garras de esta terrible bestia, como juguetes, con los cuales se distrae, mientras resuelve declarar también provincias romanas los antiguos imperios de Asur y de Mizraim. Cartago parecía poder defenderse; pero Cartago será destruída y quemada y hollada con los pies, no ya con brutal violencia, sino con la más amarga irrisión. Cuando invocó la fe de los tratados que garantizaban la ciudad, la terrible bestia respondió con una sonrisa horrible, que había prometido respetar la ciudad, es decir, los ciudadanos; pero no la villa, la cual fué destruída hasta en sus cimientos.

Esta bestia, con dientes de hierro y garras de bronce, devora, en efecto, en el verdadero sentido de la frase. Absorbe las riquezas de Asia, la abundancia de Egipto, las obras maestras de Grecia y hasta los leones de Africa, de que se sirve en sus públicas diversiones. Los pueblos mis-

(1) Dan., VII, 23.

Digitized by Google

mos, destrozados entre sus garras, debilitada su firmeza, son absorbidos en su seno siempre hambriento; porque de ellos se alimenta para identificárselos y ser ella sola universal.

Mas si esta bestia devora, también engendra y produce colonias, las cuales, constituídas á su imagen, le sirven de otras tantas garras para aprisionar el mundo. Cartago, á la que había destruído y á la que prohibió levantarse, será edificada por ella misma treinta años más tarde, siendo desde entonces una colonia romana, estancia del procónsul, que desde allí regía el Africa como una provincia.

Esta cuarta bestia de Daniel difiere de las otras, en que las tres primeras conservaron siempre una misma forma, mientras que la forma de aquélla no tuvo de permanente sino lo que tenía de terrible. Bajo los reyes, bajo los cónsules, bajo los tribunos, bajo los decenviros, bajo los dictadores, bajo los triunviros, bajo los emperadores, Roma es, en efecto, siempre terrible. Sus espectáculos y diversiones consistirán siempre en carnicerías sangrientas. Para distraer sus ocios, los leones, los tigres, los osos, serán cogidos en todas partes para luchar en el circo, y multitud de gladiadores se matarán en él los unos á los otros. Aún será necesario que millares de cristianos, hombres, mujeres y niños, sean martirizados durante tres siglos, para satisfacerle su terrible sed de sangre.

Pero en lo que principalmente se distingue esta cuarta bestia de las otras, es en esto. En los imperios asirio, persa y griego, todo depende de un solo hombre: el rey. Frecuentemente se deja gobernar éste por los eunucos y las mujeres, y sobre todo y aparte de esto, necesariamente el rey envejece y muere. De otro lado, un rey perfecto y bueno, podía ser reemplazado por un imbécil, un loco ó un niño, y las empresas mejor concertadas, podían así fácilmente convertirse en desastres. Por el contrario, en Roma, existe un consejo y una dirección que no envejece ni muere: el Senado. Este se constituye y se renueva sin cesar con todo lo que el pueblo romano produce de superior en palabra y en obras. Y así como el pueblo romano se incorpora al mundo, así el Senado absorbe al pueblo y con él se identifica.

Como el Senado no envejece ni muere, sus consejos abrazan y se extienden á todos los lugares y á todos los tiempos y negocios. Su fin es la gloria y el imperio; sus designios y proyectos, vastos y combinados en todos sus detalles. Los sentimientos que le dominan y empujan, son el valor, la constancia, la grandeza de alma, la generosidad, por medio de los cuales se propone abatir al fuerte, aun perdonando al débil. Sus medios de ejecución son preparados por la más hábil experiencia y por generales consumados en el arte de la guerra, por los más profundos jurisconsultos, por los oradores más elocuentes y por los más hábiles administradores. Los particulares ejecutores de los acuerdos son sus mismos presidentes, los cónsules elevados á esta dignidad por pública decisión é iniciados en el secreto de los negocios nacionales. Todos ellos gozan de un poder absoluto al frente de los ejércitos, los cuales no se componen, como en Cartago, de mercenarios extranjeros que trafican con su vida y con su

Digitized by Google

sangre, sino de los mismos ciudadanos que respiran idénticos sentimientos que el Senado, es decir, el imperio y la gloria. Roma no es como Cartago, un pueblo de mercaderes que sólo sueña con su utilidad y provecho, sino un pueblo conquistador que anhela sujetar el mundo á su dominio. A causa de esto, sólo le preocupa la guerra, y en el espacio de setecientos años, no se cierra más que tres veces, y por poco tiempo, el templo de Jano. Su táctica sobrepuja á todo lo que le había precedido. Los asirios y los persas triunfaban por el número; los macedonios por la falange, especie de batallón de seis mil hombres, dispuestos en forma de cuadro, invencible por su masa, pero difícil de reconstituir, cuando una vez era roto.

Los romanos triunfaban por la legión, compuesta de tres, cuatro y cinco mil hombres de infantería, armada de cuatro modos diferentes, y de trescientos soldados de caballería, y combinados todos de manera que se unieran la fuerza y la sorpresa. El general y el ejército que habían conseguido grandes victorias, dilatado los límites del imperio ó terminado dichosamente una campaña, seguros estaban de obtener aquella extraordinaria recompensa que sólo en Roma encontramos; tal premio era el triunfo. El Senado y el pueblo acordaban este honor. Y una vez llegado el día, el general, engalanado con la ropa triunfal, con una corona de laurel sobre la cabeza, montado en un carro magnífico, tirado por cuatro caballos blancos, era llevado en pompa al Capitolio, á través de toda la ciudad y precedido del Senado y de una muchedumbre de ciudadanos vestidos de blanco. Delante de él eran llevados los despojos de los enemigos y cuanto pudiera mostrar las ciudades y las provincias subyugadas. Al frente de su carro triunfal marchaban también cargados con cadenas de oro y plata, los reyes y jefes enemigos por él vencidos y hechos prisioneros. Inmediatamente seguían al triunfador su familia y sus clientes y aliados, y en seguida marchaba el ejército con todas las insignias de honor que cada combatiente había recibido del general. Entre todas las grandezas del mundo, no ha habido nada ni tan hermoso ni tan brillante. Y por si acaso el triunfador, desvanecido, se sintiera superior á la condición humana é intentara elevarse sobre los demás, un esclavo que le acompañaba, estaba encargado de decirle de cuando en cuando estas palabras: "Mira detrás de ti, y acuérdate que eres hombre."

Y este Senado, y este pueblo, y este triunfo, no se ve más que en un solo lugar del universo; en Roma. De otro lado, el imperio asirio había tenido sucesivamente dos capitales: Nínive y Babilonia; el imperio persa tuvo también tres ó cuatro: Babilonia, Susa, Ecbatana y Persépolis; el imperio macedonio, dividido en cuatro reinos, no tenía capital común. Estos tres imperios eran sólo aptos para mezclar las diversas naciones. Sólo los romanos tienen una capital, y no tienen más que una. Sólo ella era apta también para unir estrechamente lo que los otros imperios no habían hecho más que juntar. Y de hecho Roma ha dado al universo cierta unidad material; en la ciudad una idea de patria común; en los ciudadanos, una idea del hombre. No eran éstos más que elementos, pero al

Digitized by Google

menos eran elementos, con los cuales la Providencia preparaba la gran *unificación* espiritual.

Ya en su tiempo, escribía Polibio—y ésta es una de las más notables observaciones de este grande observador—que la fortuna, mejor dicho la Providencia, por medio de la fuerza, había llevado á la unidad todas las cosas humanas antes desunidas, y que la Historia venía á ser una desde entonces. Este historiador fija la época de esta maravillosa operación en los cincuenta años que transcurrieron desde la expedición del primer Escipión el Africano, hasta la del segundo, que terminó con la ruina de Cartago (1). Es, en efecto, en este intervalo, cuando Iliria, Macedonia, Grecia, Asia, Egipto, Africa, España, en una palabra, toda la tierra entonces poblada, cayó bajo el poder único de Roma.

Esta tendencia irresistible á la unidad continuó bajo otros aspectos, según Polibio. La guerra de los aliados, la de los esclavos y gladiadores, las guerras civiles, en fin, fueron otras tantas crisis de aquélla. Roma era una, era la ciudad soberana, el pueblo rey. Toda Italia quiso ser este pueblo, aspiró á ser esta misma ciudad y deseó absorberse en su unidad. Una parte de ella tomó las armas para obtener por la fuerza ese supremo privilegio; pero fué vencida, y el privilegio le fué sólo concedido á la parte que había permanecido fiel. Poco después, sin embargo, le fué otorgado también á la otra parte; y así, Italia vino á ser Roma y Roma llegó á ser toda la Italia. Desde entonces las ciudades y los pueblos no cesaran de ambicionar esta prerrogativa hasta que el universo entero llegue á ser Roma, y Roma el universo entero. A la vista de este hombre libre y en presencia de este ciudadano rey, los gladiadores y los esclavos, que constituían entonces la gran masa de lo que nosotros llamamos hoy pueblo, se irritaron por no serlo y tomaron las armas para conseguirlo; pero sucumbieron y debieron esperar á que Roma se transformara y adquiriera otra clase de imperio para poder participar todos de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad universal y cristiana.

En fin, si Roma en el comienzo de su desarrollo sintió en lo profundo de su ser el trabajo de la unidad, más aún lo sentirá en su superficie y durante su perfeccionamiento. Viniendo á ser el universo uno con Italia, y la Italia una con Roma, la naturaleza de las cosas quería que Roma viniera á ser enteramente una por la unidad de su jefe. Hasta allí había tenido habitualmente dos, que sólo lo eran por un año. Esta dualidad y la corta duración de la suprema magistratura, engendraban de un lado una emulación conveniente, y de otro una actividad prodigiosa. Así era necesario para ejecutar la gran obra que Roma debía llevar á cabo, reduciendo por la fuerza á todos los pueblos á la unidad. Los reyes vitalicios que en un principio la habían gobernado, no hubieran tenido la energía necesaria y

(1) Pol., l. I, c. IV. Τὸ γὰρ τῆς ἡμετέρας πραγματείας ἴδιον, καὶ τὸ θαυμάσιον τῶν καθ' ἡμᾶς καιρῶν, τοῦτό ἐστινς ὅτι, καθάπερ ἡ τύχη σχεδὸν ἅπαντα τὰ τῆς οἰκουμένης πράγματα πρὸς ἓν ἔκλινε μέρος, καὶ πάντα νεύειν ἠνάγκασε πρὸ. ἕνα καὶ τὸν αὐτὸν σκοπόν· οὕτω καὶ διὰ τῆς ἱστορίας ὑπὸ μίαν σύνοψιν ἀγαγεῖν τοῖς ἐντυγχάνουσι τὸν χειρισμὸν τῆς σύγης, ᾧ κέχρηται πρὸς τὴν τῶν ὅλων πραγμάτων συνέλειαν.

Digitized by Google

continua que necesitó durante cuatro siglos. Mas terminado ese trabajo, aquella energía y tal dualidad de jefes más era perjudicial que otra cosa, porque á un estado de reposo conviene más un solo jefe.

Roma se dará este jefe, ó mejor dicho; en ella se formará á su manera; es decir, de una manera horrible y sangrienta, durante cuya formación no dejará de mostrarse terrible en el exterior, acabando de sojuzgar todos los pueblos y destruyendo todos los reyes que aún quedaban. Mario, que hace sus primeras armas á las órdenes del último Escipión, comenzará aquel trabajo, y Sila, que peleó al principio á las órdenes de Mario, le continuará. Enemigos implacables el uno del otro, ambos sangrarán con sus discordias intestinas á la terrible bestia para cambiarle el temperamento é irla haciendo dócil al yugo. Mario, ignorante plebeyo, general victorioso, hombre feroz, matará en Roma á los ciudadanos como un furioso. Sila, elegante patricio, general afortunado, hombre fríamente cruel, proscribirá á sus conciudadanos con orden y método. El primero perecerá en la lucha; pero el segundo podrá abdicar sin peligro para morir tranquilamente en su lecho. Después de éstos aparecerán Creso, Pompeyo y César; Creso no se distinguió más que por sus riquezas. Pompeyo reinó por el favor y los éxitos, y por su parte, César era la encarnación de Roma, Roma hecha hombre; activo, vigilante, osado, infatigable, elocuente, ambicioso, firme y tenaz en sus propósitos, disoluto, generoso y soberbio. A causa de esto triunfa de sus rivales, pero sucumbe en el Senado bajo el puñal de Bruto. La terrible bestia conserva aún su ferocidad nativa. Los nuevos triunviros Lepido, Octavio, Antonio, continuaron sacando sangre á la bestia, hasta que, vencedor de sus colegas Octavio, que llegó á ser César-Augusto, encontrándola más humilde y más tratable, la acomodará con su prudencia á dos siglos de sumisión y aun de servidumbre. Augusto pudo entonces cerrar el templo de Jano, y gobernar en paz el mundo entero, que vino á ser así uno por haberse hecho romano.

Pero si el pueblo romano debía reducir al mundo á la unidad material, otro pueblo debía insensiblemente prepararlo para la unidad espiritual. Este era el pueblo judío. En él todo conduce é inclina á la comunión de inteligencias. Una sola capital, un solo Templo, un solo Pontífice, un solo cuerpo de escrituras y de doctrinas, traducido desde entonces á la lengua más universal. En este libro único se reconoce un solo Dios que ha creado todas las cosas con su poder, que todo lo gobierna con su sabiduría, que á todos los juzgará en su justicia, que abraza con una sola mirada todos los siglos, todos los pueblos y todos los acontecimientos, haciendo concurrir los obstáculos mismos y los males al cumplimiento de sus designios. Todo el género humano nace de un solo hombre, y las diversas ramas de esta familia forman las diversas naciones; una caída común en su origen y una esperanza común también para el porvenir; un Redentor, Dios-Hombre, Hombre-Dios, á quien todas las naciones esperan para reunirse en la casa de Jacob, para no hacer más que un solo pueblo, reconocer la vanidad de los ídolos y adorar al solo Dios verdadero, cuyo

Digitized by Google

conocimiento se extenderá desde entonces por toda la tierra. Y este pueblo con sus escrituras, con sus esperanzas, es dispersado entre todos los pueblos, en la Persia, en la India, en Babilonia, en el Egipto, en la Etiopía, en la Cirenaica, en el Asia Menor, en la Grecia, donde los esparciatas se reconocen sus hermanos. Y como lo hace notar Justino, es el primero de todos los pueblos de Oriente que, haciendo amistad con el pueblo rey, con el pueblo romano, obtiene de éste su completa libertad é independencia (1). Era justo y natural que los dos pueblos que debían contribuir más á preparar la regeneración divina del universo, se dieran desde luego la mano. Esta alianza se concluyó la primera vez por Judas Macabeo, y fué renovada por su hermano Jonatás y después por su hermano Simón. Desde entonces los judíos se establecieron en Roma, donde llegaron á ser considerados como amigos y hermanos. Un antiguo compendiador de Valerio Máximo nos enseña que los judíos fueron perseguidos el año 139. El pretor Cornelio-Hispalo les obligó á regresar á su país, á causa de haber emprendido la tarea de convertir á los romanos al culto de Jehovah Sabaoth (2). Pero más tarde los encontramos tan numerosos y tan osados en Roma que pusieron pavor en el ánimo del orador romano (3).

8. El pueblo judío había conferido el poder soberano á Simón y á sus descendientes. Simón era digno de este cargo. Bajo su gobierno, la Judea, gozando de consideración en el exterior, disfrutó de una profunda paz interior. No sucedía igual en el reino de Siria. Aquí las revoluciones sucedían á las revoluciones. Trifón mataba á su pupilo Antíoco VI y reinaba en su lugar tiránicamente. Demetrio Nicator, después de haber llevado muchos años una vida relajada, había despertado un instante y había conseguido algunas ventajas contra los partos, cuando su rey le hizo prisionero y acabó por darle á su propia hija Rodaguna por esposa. Su primera mujer, Cleopatra, viéndose así abandonada, ofreció entonces al hermano segundo de su marido, Antíoco Sideto, *el Cazador,* su mano y la corona de Siria. Antíoco, que se hallaba en la isla de Rodas, aceptó estos ofrecimientos y tomó el título de rey, con las medidas necesarias para sostenerlo. Comprendiendo cuánto le convenía para ello la alianza de los judíos, escribió desde Rodas la carta siguiente:

"El rey Antíoco á Simón, gran sacerdote y etnarca, y al pueblo judío, salud: Habiéndose hecho dueños del reino de nuestros padres hombres pestilenciales, quiero recobrarlo y restablecerlo tal como antes se encontraba. Para ello he reclutado gran número de tropas y preparado navíos de guerra. Deseo desembarcar en el país para vengarme de aquellos que han arrasado nuestras provincias y asolado algunas ciudades de mi reino. Ahora, pues, yo ratifico todos los tributos y dones que os fueron concedidos por mis predecesores. Os permito acuñar moneda de vuestro cuño

(1) Justin., libro XXXVII, cap. III.
(2) *Scriptorum veterum nova collectio,* ab Angelo Maio, tomo III, pars 3. Julii Paridis, *Epitome*, p. 7.
(3) Cic., *Pro Flacco*, n. 28.

Digitized by Google

en vuestro país. Jerusalén y el santuario serán libres, todas las armas que habéis fabricado y las fortalezas que edificasteis subsistirán. Todo cuanto debáis ó podáis deber al rey, os es perdonado desde ahora para siempre. Y cuando hayamos conquistado nuestro reino, realzaremos de tal suerte vuestra gloria, y la de vuestro pueblo y vuestro Templo que brillará en toda la tierra„ (1).

Esta revolución tuvo lugar el año 174 del imperio de los griegos, y 137 antes de Jesucristo. Una vez desembarcado Antíoco, todas las tropas se le unieron. Persiguió á Trifón y le sitió en Dora, ciudad marítima, á la que atacó con ciento veinte mil infantes y ocho mil caballos por tierra, y con sus navíos por mar, sin dejar salir ni entrar en ella á nadie.

Simón envió al socorro de Antíoco dos mil hombres escogidos, con mucho oro, plata y máquinas de guerra. Pero Antíoco, que probablemente no había esperado tan rápido éxito, se mostró enteramente cambiado; y arrepentido, sin duda, de haber prometido tanto á los judíos, no aceptó ni las tropas ni los presentes de Simón, antes al contrario, despachó á Jerusalén un emisario llamado Atenobio, que usó allí un lenguaje tan inesperado como inconveniente: "Ocupáis—dijo,—ocupáis las ciudades de Joppe y Gazara y la ciudadela de Jerusalén, que son ciudades de mi reino; habéis también desolado sus cercanías, habéis hecho gran estrago en el país y os habéis hecho dueños de muchos lugares de mi imperio. Ahora bien, ó devolvéis las ciudades que no os pertenecen y los tributos de los lugares sobre los cuales habéis dominado fuera de las fronteras de Judea, ó entregadme quinientos talentos de plata, y otros quinientos más por los tributos de las ciudades y por los estragos que causarais; de lo contrario vendremos á haceros la guerra.„

Simón dió una respuesta corta y precisa. "No hemos usurpado el país de nadie, ni retenemos bienes ajenos; sólo hemos recuperado, cuando hemos podido, la herencia de nuestro padre, injustamente poseída por nuestros enemigos durante algún tiempo. Por lo que hace á vuestras quejas tocante á Joppe y Gazara, sólo debo decir que estas ciudades causaban grandes males al pueblo y á todo nuestro país; sin embargo, dispuestos estamos á daros por estas ciudades cien talentos.„

Atenobio nada replicó, pero volviendo colérico cerca del rey le refirió las palabras de Simón, exponiéndole la real magnificencia con que éste vivía. Esto irritó extraordinariamente á Antíoco. Pero Trifón, mientras tanto, se había escapado de Dora; Antíoco tuvo que perseguirle y le alcanzó en la ciudad de Apamea, donde le hizo matar, si bien hay quien afirma que huyó aún más lejos y acabó por darse la muerte á sí mismo (2).

Decidiéndose á perseguir por sí mismo á Trifón, Antíoco nombró á Cendebeo gobernador de las costas marítimas, dejándole un ejército con orden de fortificar á Gedor y arrasar la Judea. Juan, hijo de Simón, que

---

(1) Mach., XV, 1-9.
(2) Front., *Stratag.*, lib. II, cap. XIII; Joseph., lib. XIII, c. Strab., libro XIV.

Digitized by Google

se hallaba en Gazara, no lejos de Gedor, fué á advertir á su padre de los peligros que corría el país (1). Simón entonces, llamando á sus dos hijos mayores, Judas y Juan, les habló de este modo: "Yo y mis hermanos y la casa de mi padre hemos combatido contra los enemigos de Israel desde nuestra juventud hasta hoy. Los negocios han prosperado en nuestras manos y hemos libertado á Israel varias veces. Ahora, sin embargo, ya soy viejo, pero vosotros tenéis la edad conveniente. Ocupad, pues, mi lugar y el lugar de mi hermano. Id á combatir por nuestro país y que Dios os ayude.„ Al mismo tiempo eligió en la comarca veinte mil combatientes y caballeros.

Los dos hermanos marcharon con sus tropas contra el enemigo y pasaron la noche en Modín, ciudad de sus padres, donde se veían los trofeos de sus tíos. Al siguiente día, desde que pisaron la llanura, Cendebeo avanzó contra ellos con un ejército considerable de infantería y caballería. Un torrente los separaba. Juan resolvió atacar, y notando que su gente dudaba atravesar el agua, les dió el primero su ejemplo; sus tropas le siguieron y colocándolos en orden de batalla en la ribera, hizo sonar las trompetas sagradas, hizo huir al enemigo y lo persiguió hasta Gedor. Judas fué herido en el combate y Juan, incendiando varias ciudades, mató aún dos mil hombres al enemigo y volvió en paz á Judea. El país gozó entonces de tres años de reposo, sea porque Antíoco se hallase ocupado en los negocios interiores de su reino ó porque temiera á los romanos, terribles aliados de los judíos.

Tres años después de esa victoria de los judíos sobre Cendebeo, el anciano Pontífice visitó las ciudades de Judea, arreglando cuidadosamente cuanto pudiera interesarles. Dos de sus hijos, Matatías y Judas, le acompañaron á Jericó, donde había casado una de sus hijas con Tolomeo, gobernador de la provincia. Enorgullecido de su alianza con el gran Sacerdote y príncipe del pueblo, Tolomeo aspiraba á la soberanía. Y en medio de un festín que dió á su suegro y sus cuñados en una pequeña fortaleza, los degolló traidoramente con toda su comitiva.

Así murió Simón, hombre tan grande como gran Pontífice, príncipe y general; brillante luz del santuario, padre del pueblo y baluarte contra los enemigos de Israel.

9. Tolomeo mandó en seguida hombres á Gazara para matar á Juan y los suyos y tropas para apoderarse de Jerusalén y de su Templo. Pero ya Juan había sido avisado de cuanto sucediera, y aprisionando á los asesinos, una vez convencidos de su delito, ordenó su muerte. En seguida se apresuró á regresar á Jerusalén, confiando justamente en el pueblo que tanto debía á su padre. Póco después, Tolomeo llegó á las puertas de la ciudad, pero fué rechazado de ella. Había escrito también á Antíoco pidiéndole auxilios y ofreciéndole ponerle en posesión del país y de las ciudades (2).

(1) I Mach., XV, 25-41.
(2) I Mach., XVI, 1-22.

Digitized by Google

Juan, apellidado *Hircano*, sucedió á su padre en la doble dignidad de príncipe y gran Sacerdote. Ignórase el origen del sobrenombre con que es conocido. Por su parte Tolomeo, no habiendo conseguido apoderarse de Jerusalén y no encontrándose fuerte para emprender ninguna campaña sin el socorro de Siria, se encerró en su fortaleza de Jericó, donde fué sitiado por Juan. El traidor pudo, sin embargo, escapar, refugiándose en los dominios de Zenón, tirano de Filadelfia, la antigua Rabat-Ammón. No se conoce su suerte posterior ni lo que después fué de él.

Por lo que respecta á Antíoco, éste no se interesó gran cosa por el traidor, pero se aprovechó de la traición; porque al siguiente año penetró en Judea con un numeroso ejército, arrasó el país y sitió la ciudad. De una y otra parte se hicieron prodigios de valor en esta lucha hasta que llegó el día de las fiestas del Tabernáculo. Entonces Hircano pidió una tregua de siete días para celebrar dignamente las fiestas. No solamente le fué concedida sino que el rey manifestó su veneración á la divinidad del Templo, enviando para los sacrificios gran número de bueyes con los cuernos dorados y varios vasos de oro y plata llenos de perfumes preciosos, añadiendo aún presentes para los soldados. A causa de esto los judíos le dieron el sobrenombre de *Piadoso*. Hircano, conmovido por tan generosa conducta y considerándose por ella obligado, entabló negociaciones de paz. En ellas solicitaba, principalmente, permiso para que los judíos pudieran vivir según las leyes de sus padres. Diodoro de Sicilia y Josefo aseguran que los amigos de Antíoco le aconsejaron que se aprovechara de esta ocasión para exterminar la nación entera, ó al menos para hacerla cambiar de culto. Todo esto era fácilmente hacedero en atención á hallarse la ciudad falta de víveres en absoluto (1). Pero Antíoco no lo consintió, antes al contrario, accedió á la demanda de Hircano bajo las condiciones siguientes: Que los sitiados entregarían sus armas; que se le pagaría un tributo anual por la ciudad de Joppe y por las otras plazas colocadas fuera de Judea, y en fin, que aceptarían una guarnición de soldados sirios. Hircano y el gran consejo aceptaron las primeras, pero rechazaron esta última, ofreciendo, en cambio, rehenes y quinientos talentos, de los cuales trescientos serían pagados inmediatamente. En consecuencia de esto, fueron destruídas las almenas de las murallas y uno de los hermanos de Hircano formó parte de los rehenes.

Este tratado de paz acabó por ser un tratado de amistad y de alianza. Hircano recibió al rey en la ciudad, donde le trató magníficamente, así como á todo el ejército sirio. En seguida llevó á cabo una expedición contra los partos en unión de Antíoco, al que hizo entonces grandes servicios. Nicolás de Damasco, contemporáneo y amigo particular de César Augusto, decía hablando de esta expedición: "Habiendo erigido el rey Antíoco un arco de triunfo en el río Lico, donde había conseguido una victoria sobre Indate, general de los partos, permaneció allí dos días á

(1) Dion., *Frag.*, lib. XXXIV; Phot., *Biblioth.*, pág. 1150; Joseph., *Antiq.*, lib. XIII, cap. XVI.

Digitized by Google

instancia de Hircano, judío, á causa de una fiesta de esta nación que en este tiempo se celebraba, y durante la cual, les era prohibido pelear á los judíos.„ Josefo, que cita estas palabras, añade que esta fiesta era la de Pentecostés, que este año sucedía inmediatamente al sábado (1). Poco después Antíoco fué derrotado y muerto. Hircano, de regreso á Jerusalén, tomó á Alepo y la hizo tributaria. Las revueltas de Siria le determinaron á hacer una incursión en ella para apoderarse de cuantas ciudades pudiera conquistar. La primera plaza que ocupó, después de un sitio de seis meses, fué Madeba. En seguida se apoderó de Samega y de otras muchas ciudades de Arabia y de Fenicia. Fué entonces cuando los judíos sacudieron el yugo extranjero. Ninguno de los sucesores de Hircano prestó tributo á los reyes de Siria. Después de esta gloriosa expedición, volvió sus armas contra los samaritanos, se apoderó de Sichén y demolió el templo de Garizim, que había subsistido dos siglos. Al siguiente año conquistó á los idumeos, á los que dejó, sin embargo, en su país, bajo la condición de que abrazarían la religión judaica. Consintieron éstos en ello, y recibiendo la circuncisión, se fundieron con los judíos de tal modo, que ambos llegaron á formar un solo pueblo. Además del historiador Josefo, el geógrafo Estrabón habla también de esta conversión de los idumeos al judaísmo, añadiendo que éstos se llamaban también nabateos; lo cual es muy creible. Los nabateos ó descendientes de Ismael, por Nabatos, su primogénito, bien pudieron mezclarse fácilmente con los idumeos, descendientes de Edón, ó sea de Esaú.

En el octavo año de su gobierno, Hircano envió á Simón, hijo de Dositeo, á Apolonio, hijo de Alejandro, y á Diodoro, hijo de Jasón, á renovar su alianza con los romanos. Estos embajadores consiguieron su propósito, con tanta mayor facilidad, cuanto más ricos fueron los presentes con que acompañaron su demanda. El Senado consintió no sólo en renovar el pacto de amistad y de alianza, sino que concedió á los judíos la posesión de Joppe, Gazara y otras plazas, que el rey de Siria les había arrebatado, contra los precedentes decretos del Senado, acordando también costear, con los fondos públicos, los gastos de la embajada. Todavía se extremaron más las atenciones, dándoles cartas para los gobernadores de todas las provincias que tenían que atravesar á su regreso, en las cuales se recomendaba que fuesen tratados con la distinción debida á su alto carácter. Los sirios recibieron además, orden de reparar todos los perjuicios que causaran á los judíos. El Senado llevó su benevolencia para con esta nación, hasta el extremo de recomendarla á todos los pueblos con los cuales la República se hallaba aliada.

Hircano, y con él toda la nación judía, recibió con gran contento estas favorables nuevas, y al siguiente año, noveno de su reinado, envió otros tres embajadores; Alejandro, hijo de Jasón, Numenio, hijo de Antíoco, y Alejandro, hijo de Doroteo, con nuevos presentes, entre los cuales, se

(1) Strab., lib. XVI, cap. II, *Initio Judeae.*

Digitized by Google

contaba un broquel de cincuenta mil escudos de oro, para dar las gracias al Senado por los beneficios del año anterior, y ratificar los tratados favorables á la nación. Este segundo acto, que el Senado concedió voluntariamente, se halla descrito en Josefo; pero como realizado en el reinado de Hircano II. Los sabios reconocen, sin embargo, que se trata aquí de una transposición, y que este suceso corresponde al año noveno de Hircano I.

La alianza con los romanos robusteció la autoridad del príncipe de los judíos, mientras guerras continuas debilitaban el Egipto y la Siria. Alejandro Zebina, que reinaba por entonces en Antioquía, procuró la amistad de Hircano. Su reino fué de corta duración, y murió asesinado. Antíoco Gripo, su sucesor, indignado por las negociaciones entabladas entre Hircano y Zebina, se preparó á invadir la Judea; pero Antíoco de Cirica, su hermano, hizo fracasar este proyecto, declarándole la guerra. Hircano no tomó parte alguna en esta querella, antes procuró enriquecerse con los tributos que recibía, tanto de su propio pueblo como de aquellos que había conquistado. Algunas hostilidades llevadas á cabo por los samaritanos contra los habitantes de Maresa, amigos entonces de los judíos, le hicieron renovar la guerra contra aquéllos. Estos samaritanos, de que aquí se trata, eran una colonia macedoniana establecida allí por Alejandro el Grande. Hircano, pues, acompañado de sus dos hijos, Aristóbulo y Antígono, se puso á la cabeza de un ejército y sitió á Samaria. Para obligar á los samaritanos á rendirse, hizo cavar alrededor de la ciudad un foso profundo, que cortando toda comunicación é impidiendo el aprovisionamiento de la plaza, obligó á los sitiados á alimentarse de perros, gatos y otros animales. En tal situación, hallaron medio de implorar el socorro de Antíoco de Cirica, que á la sazón ocupaba el trono de Siria. Conmovido este príncipe por su situación, púsose, con un grueso ejército, en camino de Samaria.

Mas como se aproximara el día de la fiesta de la gran expiación, Hircano se vió obligado á regresar á Jerusalén para llenar sus funciones de gran Sacerdote. Antes, sin embargo, dispuso que sus dos hijos continuasen el sitio. Cuando éstos notaron la aproximación de Antíoco, Aristóbulo se apresuró á salirle al encuentro con parte de sus tropas. Y apenas los dos ejércitos se hallaron frente el uno del otro, los sirios fueron derrotados y perseguidos hasta Scitópolis. El mismo Antíoco estuvo á punto de perder la vida. El sitio de la ciudad fué más vigorosamente sostenido después de esta batalla y los samaritanos se vieron obligados á dirigirse por segunda vez á Antíoco. No osando este monarca aventurar una nueva campaña, se contentó con enviar seis mil hombres á hacer una incursión en la Judea con la esperanza de obligar á los judíos á levantar el sitio. Este cuerpo de ejército no era compuesto de tropas sirias, sino de soldados egipcios, cuyo rey los había concedido con repugnancia. Muerto en un combate, temerariamente empeñado, uno de los dos comandantes de aquella tropa, el otro acabó por entregar á los judíos la ciudad de Scitópolis y algunas otras. Samaria fué tomada. Hircano llegó á ser omnipo-

Digitized by Google

tente, haciéndose dueño, no sólo de toda la Palestina, sino también de Samaria y Galilea, conquistas de que gozó pacíficamente el resto de sus días. Su reinado no fué menos notable por su sabiduría que por sus triunfos y hazañas. Jamás la Religión del Estado de los judíos había brillado con más esplendor desde el regreso de la cautividad; pero lo que hace á este hombre superior á sus antepasados y sucesores es, como afirma Josefo, el haber reunido en su persona tres altos dones que no se hallaron reunidos en ningún otro; á saber: la dignidad real, la soberanía sacerdotal y el don de profecía (1).

Los judíos de Egipto gozaban igualmente, por su parte, de paz y prosperidad. Los de Jerusalén les escribieron, bajo el reinado de Hircano, una carta, referida en estos términos en el libro segundo de los Macabeos: "Los judíos residentes en Jerusalén y en el país de la Judea, á los judíos, sus hermanos, que habitan en Egipto, salud y paz dichosa. Que Dios os colme de bienes y se acuerde de la alianza que hizo con Abrahán, Isaac y Jacob, sus fieles servidores. Que os conceda un corazón capaz de adorarle y cumplir su voluntad con alegría y ardor. Que abra vuestro corazón á sus preceptos y á su ley y os dé también la paz. Que oiga favorablemente vuestras oraciones y se reconcilie con vosotros y no os abandone en los malos tiempos. Por nuestra parte, quedamos orando por vosotros. Bajo el reinado de Demetrio, el año 169, os escribimos en la tribulación y las angustias que nos sobrevinieron durante algunos años, después que Jasón se retiró de la tierra santa y del reino. Entonces quemaron la puerta del Templo y derramaron la sangre inocente. Y suplicamos al Señor y fuimos escuchados y ofrecimos el sacrificio y la flor de harina, y encendimos las lámparas, y expusimos los panes. Y ahora os escribimos á fin de que celebréis la fiesta de los Tabernáculos. El año ciento ochenta y ocho„ (2).

El año 188 del imperio de los griegos, correspondiente al 123 antes de Jesucristo, undécimotercero del reinado de Hircano. Tal es la fecha de la carta anterior. Por lo que hace al año 169, cuando escribieron la otra carta á que se hace referencia en la anterior, corresponde al 142 antes de Jesucristo, segundo del reinado de Simón, quien este mismo año tomó la ciudadela de Jerusalén. La fiesta de los Tabernáculos, á que se hace referencia, es la fiesta de la Purificación del Templo instituída por los Macabeos.

Ya anteriormente, bajo Judas Macabeo, hemos visto á los judíos de Jerusalén dirigir una carta semejante al sacerdote Aristóbulo, preceptor del rey de Egipto, Tolomeo Filomenor, uno de los principales filósofos de Alejandría. Por este tiempo otro sacerdote de la raza de Aarón gozaba allí también del favor real. Era Onías, hijo del gran Sacerdote de este nombre, quien mandó los ejércitos, gobernó las provincias y edificó un Templo al Dios verdadero en su gobierno de Heliópolis. Sus dos hijos,

(1) Joseph., *Antiq.*, lib. XIII.
(2) II Mach., I, 1-10.

Digitized by Google

Heleías y Annanías, no gozaron de menos crédito. Cleopatra, viuda de Tolomeo Fiscón y madre de Tolomeo Latiro, hizo de ellos sus principales consejeros, y un autor pagano, citado por Josefo, nos asegura que nunca tuvo que arrepentirse de esta confianza, sino al contrario, alabó siempre su fidelidad y la de los judíos. Hacia este tiempo también Jesús, hijo de Sirac, el nieto, encontró en Egipto la obra de su abuelo, conocida por nosotros bajo el título del *Eclesiastes*, y la tradujo del hebreo al griego (1).

10. Fué también en tiempo de Hircano cuando comienzan á aparecer los saduceos, los fariseos y los esenios. Lo que las diversas sectas de filósofos eran entre los griegos, fueron los saduceos, los fariseos y los esenios entre los judíos. Por esto Josefo los llama tres especies de filósofos Nada cierto se sabe acerca del origen de estas tres sectas.

Los saduceos eran los epicúreos del judaísmo. Admitían las escrituras divinas, con excepción de los cinco libros de Moisés; pero rechazaban la tradición, que comprobaba su autenticidad y sentido, y se arrogaban el derecho de interpretarlas y juzgarlas según su razón particular. De este modo acabaron como los epicúreos, por no admitir más que un Dios indiferente á las acciones humanas, por negar la existencia de los espíritus creados, la inmortalidad del alma y por no reconocer otra especie de felicidad que la que procede de los sentidos y corresponde á la vida presente. Por lo demás, no eran muy numerosos ni formaban una escuela propiamente dicha que divulgara sus doctrinas. Estaba compuesta la secta por los ricos y los dichosos, que, respetando exteriormente las creencias públicas, se formaban en su corazón una doctrina conforme á sus deseos particulares.

Los fariseos, en general, no tenían una creencia diferente de las creencias comunes. Como todo el pueblo, creían en la Providencia divina, en la existencia de los espíritus, en la inmortalidad del alma, en la resurrección de los cuerpos y en las recompensas y castigos de la otra vida. Con las Escrituras admitían también la tradición, no ya sólo la tradición pública y universal que garantizaba la autenticidad de las Escrituras mismas y su sentido verdadero, sino las tradiciones ú opiniones particulares de sus doctores, y esto hasta tal extremo que en más de una ocasión contradijeron las Escrituras y la tradición divina por su apego á las tradiciones humanas. Más tarde se hizo de estas tradiciones una colección bajo el nombre de Talmud, ó doctrina, que los modernos fariseos y rabinos ponen por encima de la Biblia. Su gran pretensión consistía en creer que conocían y observaban la ley mucho mejor que los otros, y por consiguiente, que eran mucho más santos y perfectos. Por donde miraban á los demás judíos como pecadores y profanos, y, separándose de ellos, no querían ni comer ni beber con los mismos. De aquí les sobrevino el nombre de *fariseos*, de *pharas*, que en hebreo significa *separados*. Tal afectación hipócrita de una santidad y perfección superiores á la del común

(1) Joseph., *Antiq.*, lib. XIII, cap. XVIII.

Digitized by Google

de los hombres, imponía al pueblo, inspirándole veneración. Por su parte, ellos acabaron por no tener otro punto de vista en todas sus acciones.

Los esenios formaban propiamente lo que se llama una orden religiosa; habitaban juntos, pero cada uno de ellos ocupaba su celda, llamada por Filón *monasterio*. No tenían nada particularmente propio, y practicaban la castidad y la obediencia. Cuantos aspiraban á ingresar en su seno eran sometidos á pruebas durante tres años. El trabajo, el descanso, los ejercicios de piedad, todo estaba entre ellos regulado. De las tres partes de la Filosofía, ellos desdeñaban la Lógica, ó el arte del razonamiento, en cuanto no es necesaria para la adquisición de la virtud, y en tanto estudiaban la Física, ó ciencia de la naturaleza, en cuanto nos revela la existencia de un Dios creador de todas las cosas. Su principal estudio era, por consiguiente, la moral, tal como se revelaba y contenía en las leyes de sus padres. Sus máximas fundamentales se hallaban contenidas en estos tres preceptos: Ama á Dios, ama la virtud y á tu prójimo. Tales son las palabras de Filón. Había cerca de cuatro mil en Judea y un número mayor en Egipto, sobre todo en los alrededores de Alejandría. Estos últimos, dedicados principalmente á la contemplación, eran llamados terapeutas. Existían en la mayor parte de la tierra; porque, según el mismo, "era necesario que la Grecia y las regiones bárbaras participasen también de tan gran perfección y beneficio„ (1). Además de los esenios, que vivían en comunidad y guardaban el celibato, había otros que se casaban, procurando, sin embargo, practicar tanto cuanto les fuera posible la perfección religiosa.

Tres autores nos hablan de los esenios; dos judíos, Josefo y Filón, y un pagano, Plinio (2). Y es de notar que todos tres han escrito después del advenimiento de Jesucristo, y durante el primer fervor del cristianismo. Los dos primeros, que no procuraban sino realzar las glorias de su nación, ¿no habrán atribuído á sus antiguos compatriotas las perfecciones que veían practicar en su tiempo á los primeros cristianos? Esto parece muy probable. Eusebio y San Jerónimo han pensado no que los esenios en general, pero que los terapeutas de Alejandría ó de Egipto fueran cristianos á quienes Filón tomó por judíos por ser, en efecto, judíos de origen y por guardar aún en estos primeros tiempos las observancias judaicas (3). Las comunidades de esenios más bien parecen una imitación de las antiguas escuelas de los profetas. Bajo la persecución de Antíoco Epifanio muchos piadosos israelitas se refugiaron en el desierto. Allí pudieron concebir la idea de una vida más perfecta, como veremos á los cristianos, bajo la persecución de los emperadores romanos, retirarse igualmente á los desiertos y hacer en ellos vida de anacoretas y cenobitas. Filón y Josefo encontraron estos hechos en el fondo de la Historia y los embellecieron, sin duda, con las ideas cristianas. Como los esenios

(1) Filon., *De vita contempl.*
(2) Josefo, *Antiq.*, lib. XVIII, cap. II; Plinio, lib. V, cap. XVII.
(3) Euseb., *Hist. Eclesiast.*, lib. II, cap. XVII.

Digitized by Google

desaparecen á medida que el cristianismo se propaga, es de presumir que todos le abrazarían, y de hecho la vida que se les atribuye era una excelente preparación para ello. En cuanto á los saduceos y fariseos es indudable que se han reproducido hasta nuestros días. Los judíos incrédulos son en el fondo saduceos, y la masa de la nación y los rabinos se hallan afiliados al fariseísmo.

Los fariseos y los saduceos, divididos como se hallaban en materia religiosa, lo estaban aún más en las cuestiones políticas. A este respecto formaron desde su origen dos partidos, enemigos el uno del otro. Hircano elevó y protegió siempre á los primeros. Hacia el fin de su vida se puso, sin embargo, de parte de los saduceos. Josefo, que era fariseo, refiere la causa de tal cambio de la siguiente manera. Habiendo reunido en un festín á los jefes del partido, Hircano llevó su confianza con ellos hasta decirles que si notaban alguna cosa de irregular en su conducta, ó en su gobierno, les conjuraba á advertírselo. Los asistentes le colmaron de elogios; pero uno más osado, de nombre Eleazar, le dijo: "Puesto que deseáis conocer la verdad y queréis ser justo, deponer la soberanía sacerdotal y contentaos con ser príncipe del pueblo.„ Hircano le preguntó entonces la razón por la cual le proponía esto. "Es—respondió—porque hemos sabido por nuestros mayores que vuestra madre fué esclava bajo el reinado de Antíoco Epifanio.„ Josefo asegura que esto era una calumnia. Hircano se consideró muy ofendido, y los fariseos testimoniaron no estarlo menos. Pero un saduceo llamado Jonatás, íntimo amigo de Hircano, le insinuó que aquella respuesta no había sido una impertinencia de Eleazar, sino un golpe concertado por toda la cábala. Para convencerse de ello no necesitaba otra cosa que consultarla acerca del castigo que merecía el calumniador, que entonces vería, el miramiento que guardaban con el criminal, de quien todos eran cómplices. Hircano siguió este parecer, y les preguntó qué castigo merecía un hombre que así había difamado al príncipe y al Supremo Sacerdote de su pueblo. Esperaba que le condenarían á muerte; mas su respuesta fué: "Que la calumnia no era un crimen capital, y por lo tanto, el castigo que merecía era el de azotes y prisión.„ Semejante lenidad en una cosa tan grave hizo creer á Hircano cuanto Jonatás le había insinuado. Desde entonces fué enemigo declarado de todo el partido de los fariseos, que le pagaron en la misma moneda, y trabajaron en hacer odioso al pueblo tanto su nombre como el de sus hijos.

Hircano murió poco después, á los veintinueve ó treinta años de su reinado, el año 107 antes de la Era cristiana. Dejó cinco hijos, de los cuales Josefo no nombra más que cuatro. Aristóbulo, que llevaba también el nombre de Judas y el sobrenombre de *Filheleno,* ó amigo de los griegos; Antígono, Alejandro y Absalón, que era el más joven. Nada dice de cómo se llamara el quinto,

11. El primogénito, Aristóbulo, sucedió á su padre en todas sus dignidades. Fué el primero que abiertamente tomó el título de rey y ciñó la diadema. No reinó más que un año. Estrabón, citado por Josefo, decía de

Digitized by Google

él, siguiendo á un historiador griego llamado Timageno: "Era un hombre dulce y justo, á quien los judíos deben mucho, por haber dilatado los límites de su país, al que juntó una parte de la Ituria, uniendo este pueblo al suyo por los lazos de la circuncisión.„ Josefo, por el contrario, le atribuye un carácter muy diferente (1).

Su madre, conforme á la voluntad de Hircano, fué nombrada regente; pero Aristóbulo la puso en prisión y en ella la dejó morir de hambre. De sus cuatro hermanos, á los tres menores los tuvo presos mientras vivió, y sólo amó al mayor, Antígono, con quien compartió el gobierno.

Desde el comienzo de su reinado hizo la guerra á los iturios, descendientes de Itur, hijo de Ismael, que habitaban una parte de la Celesiria, al Nordeste de la tierra prometida. Una enfermedad le obligó á regresar, dejando á su hermano Antígono la dirección de la guerra. Una vez vencido este pueblo, fué tratado por Aristóbulo, como Hircano había tratado á los idumeos, es decir, obligándole á evacuar su país ó á dejarse circuncidar, sometiéndose á la ley, y adquiriendo así los mismos derechos que los judíos. Antígono encontró enfermo á Aristóbulo á su regreso de esta expedición. Celebrábase precisamente por aquellos días las fiestas de los Tabernáculos en Jerusalén. Antígono, vestido aún con su armadura y rodeado de su guardia, subió al Templo tanto para celebrar la fiesta con el pueblo, cuanto para pedir á Dios la curación de su hermano. Este paso fué, sin embargo, mal interpretado cerca de Aristóbulo por sus enemigos, á cuya cabeza se hallaba la reina. "Antígono—decían ellos—ha penetrado en el Templo con pompa real á la vista de todo el pueblo reunido. ¿Podría dudarse de sus miras ambiciosas? No satisfecho con compartir la dignidad real, atentará contra la vida misma de su hermano.„ No creyó Aristóbulo desde luego estas insinuaciones; pero hicieron alguna mella en su ánimo. Por lo cual, aunque no quiso inmolar la vida de su hermano sin pruebas ulteriores, tomó, sin embargo, algunas precauciones, colocando sus guardias en una entrada subterránea de su palacio, con orden de dejar pasar á todo el que se presentara sin armas; pero de matar al mismo Antígono si se presentaba armado. En seguida ordenó al mensajero decir á su hermano que viniera sin armas. A instigación de la reina se le dijo al contrario, en nombre de Aristóbulo, que se presentara con su bella armadura. Así lo hizo, y fué muerto por la guardia.

Apenas muerto su hermano, Aristóbulo, se sintió acometido del más profundo pesar. Su atormentada conciencia le representaba á la vez la injusta muerte de su hermano y de su madre. A causa de esto, su enfermedad se agravó, hasta el punto de vomitar sangre. Un criado, que llevaba una vasija llena de ésta, resbaló, vertiéndola en el lugar mismo donde aún se veían las señales de la de Antígono. Los asistentes, creyendo que lo había hecho á propósito, gritaron indignados. Aristóbulo los oyó, y quiso saber la causa de todo ello. Nadie se atrevió á decírselo; pero su curiosidad fué tan viva, que temiendo sus amenazas, le manifes-

(1) Joseph., *Antiq.*, lib. XIII, cap. XIX.

Digitized by Google

taron la verdad. Aterrado entonces, vertiendo muchas lágrimas, exclamó con profundos sollozos: "Muy claro se manifiesta que no he podido ocultar á Dios una acción tan detestable, puesto que tan pronto ejecuta en mí su justicia vengadora. ¿Hasta cuándo este miserable cuerpo retendrá mi alma criminal? ¿No valdría más morir de repente que repartir así mi sangre, gota á gota, para ofrecerla como un sacrificio de expiación á la memoria de aquellos á quienes tan cruelmente hice perder la vida?„ Así dijo, y expiró al año de su reinado.

A su muerte, su hermano Alejandro, llamado Janno, fué sacado de su prisión y elevado al trono. Quedábanle dos hermanos, al mayor de los cuales hizo morir, porque conspiraba contra él, mientras protegió al menor, que sólo aspiraba á una vida dulce y tranquila. La obscuridad de éste fué tan grande, que la historia no hace mención de su nombre sino una sola vez; cuando fué prisionero de Pompeyo, cuarenta y dos años después de la época que nos ocupa.

Alejandro reinó desde el año 106 al 79 antes de Jesucristo, esto es, unos veintisiete años, que se pasaron en guerras permanentes. En Siria dos pretendientes se disputaban el trono. En Egipto, Cleopatra había arrojado á su primogénito Tolomeo Satirio, y puesto en su lugar á su segundo hijo. Alejandro se aprovechó de estas circunstancias para extender sus dominios y sus conquistas. En éstas consiguió grandes victorias y sufrió terribles derrotas, de las cuales, sin embargo, siempre se repuso. Pero á las guerras exteriores se juntaron las guerras civiles que le suscitaron los fariseos, sus enemigos. Estos indispusieron de tal manera al pueblo contra él, que le insultaron aun en medio de sus funciones de Pontífice, y cuando les preguntó un día qué querían que hiciese para contentarlos, todos respondieron gritando, que para ello no podía hacer otra cosa que darse la muerte. Las revueltas llegaron á tal extremo, que los fariseos acabaron por llamar en su auxilio á uno de los reyes de Siria. Pero Alejandro, con los pocos súbditos que le quedaban fieles y con seis mil hombres de tropas extranjeras, consiguió al fin poner término á la rebelión, y comenzó sus represalias. En el espacio de seis años mató cerca de cincuenta mil ciudadanos, y se vengó algunas veces de ellos de una manera bárbara y cruel, como cuando hizo crucificar ochocientos, mientras degollaban, ante sus ojos, á sus hijos y á sus mujeres. La fatiga y los excesos le acarrearon una fiebre que le duró tres años. Pero esto no le impidió continuar la guerra con energía y actividad.

Sitiábase la fortaleza de Rabaga, en las fronteras de Judea, cuando, estando á punto de rendirse la plaza, se agravó la enfermedad del rey, no dejando ninguna esperanza de salvarle. Su mujer, Alejandra, le dijo entonces: "Ya sabéis los motivos de enemistad que existen entre vos y los fariseos. Los dos hijos que me dejáis son aún niños y por mi parte yo no soy más que una mujer. No estamos en situación de resistir á nuestros enemigos, ¿qué consejo, pues, me dais?„ Alejandro le respondió: "Lo que os aconsejo es continuar por de pronto el sitio de esta ciudad hasta que caiga en vuestro poder y cuando la hayáis conquistado, deberéis arreglar sus

Digitized by Google

negocios conforme visteis hacerlo con las otras ciudades. Después de esto, y de acuerdo con los aquí presentes, fingiréis que estoy retenido en la cama por mi enfermedad, pero que en todos los asuntos os atenéis á mis órdenes y obráis por mi consejo. Descubriréis mi muerte, sin embargo, á aquellos servidores en quien tengáis confianza y en seguida regresaréis á Jerusalén, teniendo antes cuidado de embalsamar mi cuerpo á fin de que la corrupción no se apodere de él. En este estado me haréis llevar á Palacio, como si estuviera aún enfermo, y una vez allí, llamaréis á los príncipes de los fariseos, á los cuales, después de haberlos recibido con el honor debido, les diréis: Alejandro ha muerto y yo os lo entrego á fin de que le tratéis como creáis conveniente y después haréis de mí lo que os agrade. Porque yo estoy seguro—añadió el rey—que si tomáis este partido los fariseos no tendrán otro sentimiento por vos y para mí que sentimientos de humanidad, y por su parte el pueblo imitará su ejemplo; de este modo restableceréis vuestros asuntos y reinaréis en paz hasta que vuestros dos hijos se hallen en estado de sucederme.„

Momentos después de este discurso, Alejandro murió. Su mujer tuvo oculta su muerte, y tan pronto como la ciudad de Rabaga fué tomada, regresó á Jerusalén, donde habiendo reunido á los príncipes de los fariseos, les habló según el consejo de Alejandro. Ellos respondieron á la reina, con gran sumisión, que Alejandro había sido su rey, y por lo tanto, que, siendo sus súbditos, la prometían ponerla al frente de los negocios. En efecto; una vez fuera, representaron al pueblo las grandes acciones de este príncipe, asegurando que habían perdido en él un rey excelente y excitaron en su espíritu tal duelo por su muerte, que se le hicieron los funerales más magníficos que hasta entonces se habían hecho á sus predecesores (1).

Así es como nos pinta á los fariseos el fariseo Josefo y el cuarto libro de los Macabeos. Este libro no ha sido recibido en el Canon de las Escrituras. Ignórase también quién fuera su autor y no tiene más que una mediana autoridad. Cuando se halla, como aquí sucede, de acuerdo con otros historiadores, su testimonio puede, sin embargo, servir de comprobación y confirmar el de éstos.

Habiendo sido reconocida reina ó regente, Alejandra dió la soberanía sacerdotal á su primogénito Hircano, cuyo carácter era dulce y humilde, y á su segundo hijo, Aristóbulo, de carácter firme y valeroso, le confió el mando de los ejércitos. Al mismo tiempo envió diputados á todos los reyes que habían sido tributarios de Alejandro, su marido. Estos entregaron sus hijos para que sirvieran de rehenes, y fieles á la obediencia que la debían, pagaban todos los años los ordinarios tributos. Así gobernó el pueblo con justicia, cuidándose de que en todas partes se administrase exactamente, por todo lo cual consiguió el amor de sus súbditos y vivió siempre en paz con ellos. Un momento hubo en que pudo temer una irrup-

(1) IV Mach.. XXX: Joseph., *Antiq.*, lib. XIII, caps. XXIII y XXIV.

Digitized by Google

ción extranjera. Tigrano, rey de Armenia, que se titulaba rey de los reyes y arrastraba tras sí otros varios reyes cautivos, había entrado en la Siria á la cabeza de quinientos mil hombres, disponiéndose por entonces á atacar á Judea. La reina, que no disponía de tropas suficientes para resistir las de este príncipe, le envió embajadores cargados de ricos presentes. Tigrano los recibió con aparente satisfacción y prometió la amistad que se le solicitaba. La verdadera razón que tenía para ello no era otra que la de verse obligado él mismo á correr á la defensa de sus propios Estados, que acababan de ser invadidos por el general romano Lúculo.

La Judea habría así gozado de paz interior y exterior si los fariseos hubieran querido permanecer ellos mismos en paz. Su vengativa política promovió una guerra civil que acabó por hacer de la Judea una provincia romana.

Fortalecidos con el crédito y el favor que la reina les había otorgado, obtuvieron el restablecimiento de sus tradiciones y observancias particulares, proscritas por el rey Hircano I, lo que aumentó, aún más su crédito en el espíritu del pueblo. Consiguieron también que fueran llamados todos cuantos fueron desterrados por el delito de rebelión. Y no fué esto sólo, sino que además emprendieron la destrucción de los saduceos. Uno de los principales de éstos, llamado Diógenes, favorito del difunto rey, fué acusado de haber aconsejado la crucifixión de los ochocientos rebeldes de que hemos hablado. Los fariseos exigieron su muerte y esta fué la señal de una persecución general contra cuantos se habían acarreado su odio. Tales violencias duraron varios años, hasta que, en fin, el jefe del partido oprimido, en unión de Aristóbulo, acudieron á la reina, representándole los servicios que habían hecho al rey, su marido, y la persecución que sufrían á causa de esto mismo. Querían ellos olvidar el pasado, pero al menos debía garantizárseles el porvenir contra la rabia de los fariseos. Suplicaron, pues, á la reina que si no podía conseguir esto con su autoridad, les permitiera retirarse á cualquier otro país, ó les confiara la guarda de algunas plazas fuertes donde nada tuvieran que temer de sus enemigos. Aristóbulo apoyó, por su parte, esta demanda con tanta energía, que la reina los distribuyó en las diferentes fortalezas de la Judea, á excepción de tres principales, donde ella había depositado cuanto tenía de más precioso.

12. En el noveno año de su reinado, Alejandra cayó gravemente enferma; su hijo Aristóbulo, considerando que no se levantaría más, se fué secretamente, acompañado de un solo servidor, á tratar con los amigos de su padre, que mandaban en las plazas fuertes. Estas se declararon unas tras otras en su favor, y Aristóbulo tomó las insignias de la dignidad real. Consternados con esta noticia los fariseos, llevando consigo al débil Hircanio, acudieron á importunar con sus lágrimas é inquietudes á la reina moribunda, quien les contestó que tenían para obrar soldados, armas y dinero, pero que, por su parte, no se hallaba ya en estado de ocuparse en los negocios de este mundo. Y diciendo estas palabras expiró á la edad de setenta y tres años.

Digitized by Google

La guerra estalló entonces entre sus dos hijos. Libróse una batalla y Aristóbulo quedó triunfante; mas bien pronto, con la mediación de los senadores y de los más venerables sacerdotes, los dos hermanos concluyeron la paz y se abrazaron en presencia del pueblo. Aristóbulo conservó la dignidad real, é Hircano, según el testimonio del cuarto libro de los Macabeos, la dignidad sacerdotal ó sacrificadora; pero según Josefo, se contentó con vivir como un particular, gozando de todos sus bienes y habitando el palacio que había ocupado precedentemente su hermano (1).

Como Hircano era de natural dulce y pacífico, la paz pudo ser duradera, y la nación podía haber gozado de una larga prosperidad. Un tal Antipater, idumeo de origen, aunque judío de religión, sostenido por el partido fariseo, encendió de nuevo la guerra é hizo caer la Judea en poder de los romanos.

Este idumeo fué padre del famoso Herodes, que á la sazón contaba ya siete años. El padre de aquél, llamado Antipas, había sido nombrado gobernador de Idumea por el difunto rey Alejandro y por su mujer Alejandra, de los cuales había recibido grandes beneficios y favores. Su hijo Antipater, persuadido que Hircano sucedería á su padre y á su madre, había defendido siempre los intereses de este príncipe. Tan activo y astuto como simple é indolente era el príncipe, esperaba gobernar en su nombre. Cuando en lugar de Hircano, vió sobre el trono á Aristóbulo, de quien siempre se había mostrado adversario, se unió con los otros fariseos que estaban en el mismo caso que él, y puso todo su empeño en aumentar su desconfianza. Les presentaba á Aristóbulo como un usurpador que no se creía seguro sino con la muerte de su hermano, y en tales sugestiones los decidió á volver á colocar á Hircano sobre el trono. Toda la dificultad de este negocio estaba en hacer consentir en ello al príncipe, quien era demasiado bueno para creer que su hermano quisiese quitarle la vida, y muy poco ambicioso para envidiarle la corona. El diestro Antipater supo, sin embargo, engañarle. Tanto le repitió y le hizo repetir tantas veces por sus aliados que su vida se hallaba expuesta á un continuo peligro y que debía resolverse á reinar ó á morir, que el débil príncipe consintió, al fin, en refugiarse cerca de Aretas, rey de Arabia, cuya alianza y socorros había ya negociado Antipater. Véase cuál fué el resultado de esta guerra (2).

Aretas, á la cabeza de cincuenta mil hombres, tomó el camino de Judea. Aristóbulo, vencido en la primera batalla, se retiró á Jerusalén. El vencedor le siguió allí, sitiándole en el Templo, donde se había encerrado. Todo el pueblo, dejándose guiar por los fariseos, se declaró en favor de Hircano.

Los judíos principales, no pudiendo celebrar durante el sitio del Templo, la fiesta de la Pascua, con la solemnidad acostumbrada, se retiraron á Egipto para celebrarla. Y faltos de víctimas los sitiados, se dirigieron

(1) IV Mach., XXXIV; Joseph, *Antiq.*, libro XIV, cap. I.
(2) Joseph., *Antiq.*, libro XIV, cap. II.

Digitized by Google

á los sitiadores suplicándoles se las entregaran, bajo la promesa de pagar mil dracmas, ó sea quinientos francos, por cada animal, obligándose á entregar el dinero de antemano. Mas cuando hubieron descendido con una cuerda la suma convenida, los pérfidos sitiadores rehusaron entregar las víctimas. Los sacrificadores, indignamente engañados, presentáronse delante del altar con las manos vacías y levantándolas al cielo para pedir venganza. Por su parte, los sitiadores juntaron á este crimen otro, que no quedó impune.

Un santo y piadoso varón, de nombre Onías, vivía por entonces en Jerusalén. Decíase que sus oraciones habían obtenido la lluvia durante una extrema sequía. Viendo á su patria entregada á los horrores de las guerras civiles, se había ocultado en un desierto. Allí se le encontró y se le condujo al campamento para que hiciese imprecaciones contra Aristóbulo. Cuando no pudo ya defenderse, dirigió á Dios esta oración: "¡Oh Tu, Soberano Señor del Universo, puesto que los que me rodean son tu pueblo y los que están sitiados son los sacrificadores, te ruego no escuches ni á éstos ni á aquéllos en las oraciones que te dirijan los unos contra los otros!„ Apenas hubo pronunciado estaspalabras cuando fué lapidado por los sitiadores. Mas este doble crimen fué seguido de un doble castigo. Un viento impetuoso destruyó poco á poco todos los frutos de la tierra, y este castigo no hizo sino preceder á uno más terrible. Los romanos impusieron á los judíos un yugo que no pudieron romper jamás y bajo el cual gimieron hasta que su Templo y su ciudad fueron destruídos y ellos mismos dispersos por toda la superficie de la tierra (1).

Roma extendía su mano de hierro sobre el Asia con más rudeza que nunca. Un enemigo digno de ella se encontraba allí; Mitrídates, rey del Ponto, sostenido por su yerno Tigrano, rey de Armenia. Mientras Roma combatía en su propio país contra toda la Italia, que solicitaba los derechos de ciudadanía romana, Mitrídates, al frente de un ejército formidable de escitas, tracios, sármatas y cimerianos, batía los procónsules y sus legiones, invadía el Asia Menor, las islas, la Grecia, Atenas, y era recibido en todas partes como un libertador. Tan fatigados se hallaban los pueblos con la dominación romana. Para hacer toda reconciliación imposible, los asiáticos, conforme á las órdenes secretas de Mitrídates, degollaron en un solo día más de cinco mil romanos, establecidos en sus provincias. Roma, que en Italia sostuvo casi á la vez las guerras de los aliados, de los esclavos, de los gladiadores y la guerra civil, llevó al mismo tiempo la guerra contra Mitrídates. Sila arrojó sus ejércitos de la Grecia y le batió él mismo en el Asia Menor, obligándole á pedir la paz. Lúculo le arrebató después sus propios Estados, y Pompeyo llegó á acabar las conquistas de Lúculo y á someter al dominio de Roma toda el Asia hasta el Eufrates. Mitrídates entretanto había desaparecido, mas cuando se le creía muerto reapareció á la cabeza de un nuevo ejército de bárbaros, con el ambicioso proyecto de marchar por tierra á Italia, atravesar los

(1) Joseph., *Antiq.*, lib. XIV, cap. III.

Digitized by Google

Alpes y atacar al imperio en su cabeza, en Roma. Mas la sola noticia de esta expedición hizo amotinar sus soldados, y uno de sus hijos, precisamente el que más quería, se puso al frente de los revoltosos. Mitrídates, abandonado y traicionado por los suyos, se hizo matar por uno de sus oficiales galos, después de cincuenta y siete años de reinado y de guerras. Su indigno hijo entregó su cadáver á Pompeyo, quien le hizo sepultar honoríficamente en Sinope, en la tumba de sus antepasados. Tigrano, por su parte, tuvo una suerte menos funesta. La Siria, una vez abandonadas las interminables guerras que se hacían los últimos seleuducidas, se le sometió completamente, pero Pompeyo se la arrebató con todos los países colocados más acá del Eufrates. Sin embargo, cuando se rindió á discreción, se le dejó la Armenia y la Mesopotamia con el título de rey de los reyes. Tigrano fué desde entonces un fiel aliado de Roma.

Pompeyo llevó sus conquistas desde el mar caspiano hasta el mar Rojo. Quitaba y daba los reinos y hacía y deshacía reyes. Viéronse una vez hasta doce en su comitiva, que constituían una especie de corte regia, que á todas partes le seguía. Y mientras devolvió la Armenia á Tigrano, que había sido enemigo de los romanos, negó la Siria al último de los seleuducidas, Antíoco, *el Asiático,* que había sido su amigo, haciendo de ella una provincia romana. Dispuso aún de los reinos de Albania, de Iberia, del Ponto, del Bósforo, de Capadocia y de Bitinia. La Judea tuvo también su vez.

Mientras los dos hermanos se hacían la guerra en Jerusalén y Aristóbulo se hallaba sitiado en el Templo por Hircano, dos lugartenientes de Pompeyo, Solio y Metelu, tomaron posesión de Damasco, que dieciocho años antes se había separado del reino de Siria y había elegido por rey á Aretas, que gobernaba la Arabia-Petrea. Emilio Escauro dirigió los negocios de este reino en nombre de Pompeyo, de quien era cuestor, ó tesorero. Fué á él á quien los dos hermanos enviaron embajadores para reclamar su socorro; Aristóbulo ofreció cuatrocientos talentos, ó sea dos millones doscientos mil francos. No ofreció menos Hircano, pero Aristóbulo era rico y generoso, mientras Hircano era pobre y avaro. Aristóbulo además estaba resuelto á defenderse hasta el último extremo. Hircano, poco guerrero, no tenía por su parte otra fuerza que la de los árabes, más aptos para hacer correrías que para combatir á pie firme. Escauro juzgó, pues, más acertado admitir los ofrecimientos de Aristóbulo y terminar este asunto antes de la llegada de Pompeyo. Otro lugarteniente, Gabinio, aceptó también, por su parte, trescientos talentos, ó sea un millón seiscientos cincuenta mil francos, y ambos hicieron saber á Aretas, que si no levantaba el sitio le declararían enemigo del pueblo romano. Con esto Aretas levantó el sitio y se retiró; pero apenas Aristóbulo se vió desembarazado, marchó en persecución de los árabes y de su hermano, les dió la batalla y les mató siete mil hombres, entre los cuales se halló Cefalión, hermano de Antipater (1).

(1) Joseph., *Antiq.*, libro XIV, cap. IV.

Digitized by Google

Hacia este tiempo Pompeyo llegó á Damasco, donde recibió los embajadores de los Estados vecinos, sobre todo de Judea, de Siria y de Egipto. Todos los príncipes de este país se esforzaron en ganar su voluntad por la magnificencia de los presentes. Aristóbulo le envió una vid de oro, de un valor extraordinario, que había hecho construir su padre Alejandro. Habiéndola llevado á Roma, Pompeyo la colocó en el Capitolio. Estrabón asegura haberla visto allí y dice que se la estimaba en quinientos talentos, esto es, en dos millones setecientos cincuenta mil francos. Mas no queriendo el Senado reconocer á Aristóbulo como rey de Judea, hizo poner en el regalo esta inscripción: *Alejandro, rey de los judíos.* Poco después, cuando el general romano llegó á Celesiria, los dos hermanos enviaron cada uno una embajada para pedirle su protección. Antipater vino de parte de Hircano, y Nicodemus de Aristóbulo. Pompeyo los escuchó con benevolencia, y ordenó después que los dos hermanos le expusieran personalmente su causa, con el fin de hacerles más cumplida justicia. Desgraciadamente para Aristóbulo, su embajador le enemistó con Escauro y Gabinie, á quienes acusó de haber recibido algunas sumas. El autor del cuarto libro de los Macabeos añade que Pompeyo prometió decidirse en favor de Aristóbulo, pero que en el fondo favorecía á Hircano. Al siguiente año, como Pompeyo regresara á Damasco, los dos hermanos volvieron á suplicarle en su presencia. Oyó, además, á gran número de judíos, que le declararon no querer obedecer sino los antiguos usos y á los sacerdotes del Dios de sus padres; que, en verdad, los dos hermanos eran de la raza sacerdotal, pero que habían procurado cambiar la forma tradicional del gobierno para reducirlos á la servidumbre. Hircano se quejó en seguida de que su hermano Aristóbulo, despojándole de sus derechos de primogenitura, le había reducido á una condición poco honrosa; que hacía continuas excursiones por mar y por tierra, y que él solo era la causa de las turbulencias y divisiones. Más de mil judíos ganados por Antipater confirmaron estas quejas con su testimonio. Aristóbulo respondió que su hermano había abdicado de su dignidad real á causa de su inhabilidad natural, que le había hecho despreciable; que por su parte sólo el temor de ver la autoridad real pasar á una familia extraña, le había obligado á apoderarse de ella, y que si se había condecorado con el título de rey sólo había seguido en esto el ejemplo de su padre, y presentó como testimonio de la verdad por él afirmada á una muchedumbre de jóvenes, cuyo excesivo adorno y vanidosa conducta no pudieron menos de perjudicar su causa. Después de haber escuchado á los dos recurrentes, Pompeyo defirió decidirse por el pronto, temiendo que Aristóbulo, contra el que quería declararse, frustrase la expedición que se proponía hacer contra los nabateos. En su virtud, despidió á los dos hermanos, recomendándoles vivir en paz, y diciéndoles que después que hubiera visto á los árabes, volvería á Judea para terminar sus diferencias. Comprendiendo Aristóbulo el sentido de este discurso y dudando de volver á ver á Pompeyo en sus Estados, partió bruscamente de Damasco y se dispuso á la guerra.

Digitized by Google

Ofendido de esta retirada, Pompeyo tomó las armas que había destinado contra los nabateos, y con las tropas auxiliares de Damasco y de Siria y las otras legiones romanas á sus órdenes entró en la Judea. Llegado que hubo al pie de las murallas de una fortaleza llamada Alejandrión, supo que Aristóbulo se había retirado allí. Mandóle entonces presentarse, y Aristóbulo, obligado por sus amigos á no empeñarse en una guerra con los romanos, fué á verle hasta dos ó tres veces, prodigando siempre las promesas y los presentes para obligar á Pompeyo en favor de sus intereses. Por su parte, este general le despidió siempre amistosamente y le permitió, por último, recuperar su fortaleza. Obligóle, sin embargo, á entregarle todas las plazas fuertes y á escribir de su propia mano á los gobernadores á fin de que no pusieran ninguna clase de dificultades. Aunque con gran trabajo, Aristóbulo obedeció, pero se retiró á Jerusalén resuelto á defenderse en esta ciudad.

Pompeyo le siguió de cerca, y bien pronto Aristóbulo, arrepentido de lo que acababa de hacer, ó como asegura el cuarto libro de los Macabeos, movido por una nueva invitación de Pompeyo, acudió á ver á éste nuevamente, prometiéndole una suma considerable de dinero é invitándole á entrar en Jerusalén para evitar la guerra que rehusaba. Pompeyo, accediendo á sus deseos, envió á Gabinio para recibir el dinero y entrar en la ciudad. Volvió, no obstante, sin hacer nada de esto. El dinero no se le entregó, y al contrario, se le cerraron las puertas bajo pretexto de que los soldados de Aristóbulo no querían aceptar el tratado. Pompeyo se irritó de tal manera que encadenó á Aristóbulo y marchó personalmente contra Jerusalén.

La ciudad estaba tan bien fortificada por la naturaleza y por el arte, que á haberse hallado de acuerdo consigo mismos sus habitantes, hubiera sido difícil á los romanos apoderarse de ella. Pero aquéllos se hallaban divididos. Los amigos de Aristóbulo querían combatir, hasta verter la última gota de su sangre, contra un general, pues tenía á su rey encadenado. En cambio, los partidarios de Hircano pretendían abrir las puertas de la ciudad para prevenir las funestas consecuencias de un sitio. Los sacerdotes se declararon por el primero de estos sentimientos, pero la mayor parte del pueblo se determinó por el segundo. No quedándole otro recurso, el partido de Aristóbulo se retiró al Templo, que por sí mismo constituía una temible fortaleza, destruyendo el puente que unía el edificio con la ciudad. Los amigos de Hircano abrieron entonces las puertas á Pompeyo, entregándole la ciudad con el palacio de sus reyes. El procónsul comenzó por ofrecer condiciones de paz á los que habían resuelto defenderse y persuadido de que todas habían de ser rechazadas, fortificó con murallas los alrededores del Templo. Hircano suministraba con gusto todo lo que para ello era necesario. El lado septentrional del Templo, que era el más débil, aunque defendido por altas torres y rodeado de buenas murallas, fué batido con máquinas que Pompeyo había hecho traer de Tiro.

Aun después de tres meses, los sitiados se defendían con un valor in-

Digitized by Google

domable y hubieran quizá obligado á Pompeyo á abandonar la empresa á haber podido oponerse los sábados á los trabajos de los romanos. Pero en dicho día, y según una decisión tomada por los Macabeos en tiempo de Antíoco Epifanio, los judíos sólo podían defenderse de los ataques. Pompeyo se aprovechó de esta circunstancia para aproximar sin obstáculo sus máquinas á las murallas; destruyó una gran torre, cuya caída abrió una buena brecha, y tomó el Templo por asalto.

Una horrible carnecería se siguió entonces; cerca de doce mil judíos perecieron, gran número de ellos bajo la cuchilla de sus compatriotas, del partido contrario. Otros se precipitaron desde las almenas y algunos pusieron fuego á las casas, arrojándose en medio de las llamas.

Durante el sitio, los sacerdotes no habían nunca dejado de ofrecer al Señor el sacrificio de la mañana y de la noche ni habían abandonado ninguna de las santas ceremonias; ni aun el asalto, ni la toma del Templo, ni la matanza que se verificaba á su alrededor los desanimaba ni los distraía en este punto. Varios de ellos fueron degollados mientras ponían incienso en el fuego. Pompeyo quedó sorprendido de la constancia de estos hombres, que antes querían caer bajo la cuchilla, cerca del altar, que omitir nada de lo que la ley santa les prescribía como un deber. Tito Livio, Estrabón y Nicolás de Damasco hablan expresamente de este hecho en aquellos de sus libros que no han llegado hasta nosotros (1).

Con tanto celo por su ley los verdaderos israelitas, debieron sufrir profundas aflicciones con lo que Pompeyo se permitió hacer entonces. Porque el cónsul no solamente entró en el Templo, sino en el santuario; no sólo en el lugar santo, donde los sacerdotes solamente podían entrar, sino también en el Santo de los Santos, donde el gran Sacerdote únicamente entraba una vez al año, el día de la gran expiación. Sin embargo, ora fuese movido por la extraordinaria conducta de los sacerdotes en medio de este desastre, ó porque la santidad del lugar le inspirase un respeto involuntario, Pompeyo no tocó ni á los vasos de oro y de plata ni al tesoro del Templo, donde se hallaban en depósito cerca de dos mil talentos, ó sean once millones de francos. Cicerón habla particularmente y con grande elogio de esta conducta moderada de Pompeyo (2).

Este general y los que le acompañaban se vieron, sin duda, sorprendidos cuando no hallaron ni en el Templo ni en el santuario la imagen de ninguna divinidad. Esta circunstancia llamó, en efecto, muy singularmente la atención de los romanos. Más de ciento cincuenta años después de estos sucesos, Tácito hablaba de ello en estos términos: "Pompeyo fué el primer romano que dominó á los judíos, y entró en su Templo por derecho de conquista, fué entonces cuando se supo que ninguna imagen de divinidad alguna llenaba el vacío de aquel lugar, y que su misterioso recinto no ocultaba nada„ (3).

(1) Joseph., *Antiq.*, lib. XIV, caps. V-VIII; *De bello judaico*, lib. I, cap. V.
(2) Cicer., *Pro Flacco*, n. 28.
(3) Tacito, *Hist.*, lib. V, n. 9.

Digitized by Google

No hay duda que fué entonces también cuando se supo lo que el mismo Tácito refiere igualmente: "Los judíos no conciben á Dios más que por el pensamiento, y no reconocen más que uno sólo, tratando de impíos á los que con materias deleznables se fabricaban dioses semejantes al hombre. El suyo es el Dios Supremo, Eterno, que no se halla sujeto ni al cambio ni á la destrucción, por lo cual no toleran ninguna efigie en sus ciudades y menos aún en sus Templos„ (1). No puede dudarse, en efecto, que estos sacerdotes, cuya constancia religiosa había chocado tanto á Pompeyo, viéndole más extrañado aún de no hallar la imagen de ninguna divinidad en su Templo, le explicarían con santo ardor lo que por otra parte, los judíos, repartidos en toda la tierra, enseñaban á todo el que quería oirlos: que Dios no puede ser concebido más que por el pensamiento; que no hay más que un solo Dios, Eterno, Inmutable, Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, con todo lo que ésta encierra, y por último, que es una impiedad adorar á otro dios que á El.

Pompeyo alcanzaba por entonces el más alto punto de su gloria. Desde los veinte años no había cesado de combatir ni de vencer con invariable fortuna. En los comienzos de su carrera había reconquistado la Sicilia, el Africa y España contra los parciales de Mario; había exterminado en ochenta días la innumerable multitud de piratas que infestaban el Mediterráneo. Actualmente triunfaba de toda el Asia, desde el mar Caspio hasta el mar Rojo, y en este momento podía conquistar una gloria aún más alta y más pura, podía llevar á Roma y repartirla en el resto del mundo una cosa infinitamente más preciosa que todas las riquezas del Asia; la verdadera sabiduría, el conocimiento completo del verdadero Dios y de su verdadero culto, la historia cierta del origen y de los destinos del hombre. Había penetrado en el secreto del Templo, el gran Sacerdote Hircano era su amigo y durante los tres meses de sitio debió necesariamente hacerle reconocer al Dios que allí se adoraba y la naturaleza de su ley. Se le había mostrado también un ejemplar del libro que contenía esta ley, que por lo demás habría podido leer en griego. Con algún celo por la verdad, fácil le hubiera sido sobrepujar la gloria de todos los filósofos y preparar más eficazmente que todos ellos juntos el próximo reinado de Cristo. Para que nada le falte, será durante diez años el dueño casi absoluto de Roma. El más elocuente de los romanos, Cicerón, bajo cuyo consulado penetró en el Templo del Dios verdadero, es su amigo; el más sabio de los romanos, Varrón, es también su amigo y su antiguo lugarteniente. Que estos tres ilustres romanos, Pompeyo, el más poderoso, Varrón, el más sabio, y Cicerón, el más elocuente, hubiesen reunido sus esfuerzos para conocer y hacer conocer la verdad que se abría de repente á sus ojos, y ¿cuántas maravillas no hubieran podido producirse? No se aprovecharon, sin embargo, de este favor del cielo. Así la gloria de Pompeyo se detuvo, su victoria sobre los judíos es su

(1) Tácito, *Hist.*, lib. V, n. 5.

Digitized by Google

última victoria, su fortuna le abandonó después, y constituyó un triunvirato con César y Craso, no por amor de la verdad, sino por amor del poder, y después de tantos triunfos acabará por ser vencido en Farsalia y asesinado en las riberas del Nilo.

Antes de abandonar á Jerusalén, Pompeyo hizo derribar las murallas y puso á Hircano en posesión de la dignidad de Soberano Pontífice con el título de príncipe tributario de Roma. Le prohibió, sin embargo, tomar el título de rey y extender sus dominios más allá de los límites de la Judea. Todas las ciudades de que sus predecesores se habían apoderado en la Celesiria y en la Fenicia fueron adicionadas á Siria, cuyo gobierno fué dado por Pompeyo á Escauro. En seguida tomó el camino de Roma, llevando consigo á Aristóbulo, á sus dos hijos, Alejandro y Antígono, y á sus dos hijas para adornar su triunfo. No teniendo ya que temer nada de su hermano, Hircano cayó en su indolencia natural y abandonó los negocios á Antipater, que se aprovechó de ellos para engrandecer á su familia. Pero el hábil idumeo, no despreció ninguna ocasión para agradar á aquellos que hacían y deshacían reyes. Sirvió eficazmente á Escauro en una guerra contra los árabes. Ayudó á Gabinio á combatir á un hijo de Aristóbulo, Alejandro, que se había escapado de la prisión antes de llegar á Roma. Aristóbulo mismo, después de haber aparecido en el triunfo de Pompeyo, se escapó con su otro hijo, Antígono. Fué vencido, sin embargo, y encarcelado por el resto de sus días. Los judíos de Roma, que ya entonces eran muy numerosos, tenían así entre ellos uno de sus Pontífices y de sus príncipes, un sucesor de Aarón, un descendiente de los Macabeos. ¡Cuán fácil era entonces á cualquiera conocer en la capital del mundo al verdadero Dios y su ley!

13. Pompeyo, César y Craso habían convenido entre sí dividirse el mundo romano. César tuvo las Galias del lado de acá y allá de los Alpes. Pompeyo la España y el Africa. Craso la Siria. El más rico y ávido de los romanos, Craso, codiciaba los tesoros del Templo de Jerusalén, que Pompeyo había dejado intactos. Uno de sus primeros cuidados fué ir á apoderarse de ellos. El tesorero del Templo, temiendo que lo recogiera todo, le ofreció un lingote de oro en forma de viga, de trescientas minas de peso, más de trescientas libras, á condición que no tocaría á lo demás. Craso lo prometió bajo juramento, pero cuando tuvo en su poder el precioso lingote, tomó todo el oro que pudo descubrir, y cuyo valor ascendía á diez mil talentos, ó sean cincuenta y cinco millones de francos. Además de Estrabón, citado por Josefo (1), ya veremos más tarde, por Cicerón mismo, que nada había de increible en esta grandeza de los tesoros del Templo de Jerusalén. Craso había solicitado hacer la guerra á los partos, pero fué derrotado, hecho prisionero y muerto. El rey de los partos le hizo llenar la boca de oro fundido, diciendo: "Sáciate por último de este metal, del cual has sido tan aficionado„ (2).

(1) Joseph., *Antiq.*, lib. XIV, cap X.
(2) Dion., *Casio.*, lib. XL.

Digitized by Google

A la muerte de Craso, César y Pompeyo se hicieron la guerra para saber cuál de los dos había de ser dueño de Roma. Habiéndose apoderado de la ciudad, César hizo salir de la prisión á Aristóbulo, enviándole á Palestina para impedir que la Siria se declarase en favor de Pompeyo, pero los amigos de éste le envenenaron y su cuerpo, embalsamado con miel por los partidarios de César, fué enviado á Judea para que se le enterrara en el sepulcro de sus antepasados. No fué más dichosa la suerte de su hijo Alejandro. El cual, desde que supo el regreso de su padre, comenzó á preparar sus tropas, pero Pompeyo, que vigilaba sobre él, envió orden á su yerno Escipión, que gobernaba en Siria, de hacerle morir, y el desgraciado príncipe perdió la cabeza en Antioquía. Tolomeo Mennóo, príncipe de Calcida, instruído de la muerte de Aristóbulo y de la de Alejandro, solicitó de Alejandra, viuda de Aristóbulo, que se había retirado á Ascalón, que le confiase á su hijo Antígono y á sus dos hijas. Tal proposición fué recibida con agrado y Filipón, hijo de Mennóo, casó con una de las hijas, llamada Alejandra, como la madre.

Antipater é Hircano fueron más felices en esta revolución y prestaron grandes servicios á César, sobre todo en su expedición á Egipto; así se echa de ver, entre otros, por el decreto siguiente: "Julio César, emperador, dictador por segunda vez y Soberano Pontífice: Después de haber tomado consejo, hemos ordenado lo que sigue: Como Hircano, hijo de Alejandro, judío de nación, nos ha dado pruebas de afecto en todo tiempo, tanto en la paz como en la guerra, según nos lo han hecho saber varios generales, y en la última guerra de Alejandría condujo por nuestra orden, en auxilio de Mitrídates, 1.500 soldados que no cedieron en valor á ningunos otros, queremos que él y sus descendientes sean á perpetuidad príncipes y Pontífices de los judíos, según las leyes y costumbres de sus antepasados, y que sean nuestros aliados y del número de nuestros amigos; que gocen de todos los derechos y privilegios pertenecientes al gran Pontífice, y que si surgiera alguna diferencia tocante á la disciplina que debe observarse entre los de su nación, sea juez de ella; y en fin, que no esté obligado á dar cuarteles de invierno á la gente de guerra ni á pagar tributo alguno.„ Este decreto fué grabado en tablas de bronce, en el Capitolio, en Roma, en Tiro Sión, Ascalón y en los Templos, y notificado en todas partes.

Mitrídates de Pérgamo, del que aquí se habla, era un lugarteniente de César, que debía conducir á Egipto, donde este se hallaba como bloqueado, las tropas de Siria y de Cilicia. Estas tropas, sin embargo, no bastaban para forzar el paso. Antipater envió en su socorro un cuerpo de 3.000 judíos, bien armados, con algunos otros refuerzos sacados de Armenia, de Siria y del Monte Líbano. Según el decreto de César y el testimonio de dos historiadores, Assinio é Hipsícrates, citados por Strabón en Josefo (1), Hircano mismo en persona tomó parte en esta expedición. Otros servicios prestó éste también á César, como fué determinar

(1) Joseph., *Antiq.*, lib. XIV, cap. XV

Digitized by Google

en su favor á todos los judíos de Egipto por medio de su autoridad y de sus cartas como Soberano Pontífice. Por ello César le concedió aún otras varias gracias; el poder de gobernar la Judea como lo creyera conveniente, el permiso para levantar las murallas de Jerusalén, destruídas por Pompeyo, y la exención de tributos durante el séptimo año ó sea el año sabático. Para los judíos de Alejandría en particular hizo grabar en una columna de bronce sus derechos de ciudadanía romana.

César manifestó igual benevolencia á los judíos de todos los países. Así se ve por sus cartas á los magistrados, al Consejo y al pueblo de Paros: "Los judíos han venido á Delos desde diversos lugares á quejársenos, en presencia de vuestros embajadores, de la prohibición que les habéis hecho de seguir la ley y el culto de sus antepasados. No me agrada que se acuerden decretos parecidos contra nuestros amigos y aliados, ni que se les impida seguir sus leyes y costumbres, ni dar dinero para sus festines públicos y objetos del culto, atendiendo á que se les permite en la misma Roma, y á que en el mismo edicto en el cual Cayo César, cónsul, prohibió reunir tales asambleas y hacer colectas de este género en las ciudades, exceptuó á los judíos y á ellos solos. De la misma manera, aunque nosotros prohibimos también estas asambleas, permitimos, sin embargo, á los judíos, y á ellos solos, continuar las suyas según las costumbres y leyes de sus antepasados. Si, pues, habéis ordenado alguna cosa que mortifique á nuestros amigos y aliados, haréis bien en revocarla en consideración á sus virtudes y á su afecto por nosotros„ (1).

Así, pues, durante toda la dominación romana, por los decretos de César, cónsul primero y en seguida dictador, sólo los judíos gozaban del privilegio de reunir públicamente sus asambleas religiosas y hacer colectas de dinero. Josefo nos ha conservado el texto mismo de estos decretos, y aparte de esto, hallamos una prueba notable de ellos en Cicerón.

Bajo el primer consulado de César, el año 59 antes de Jesucristo, cuatro después de la toma del Templo, el año segundo del triunvirato de César Pompeyo y Craso, un procónsul del Asia Menor, Flaco, fué acusado en Roma por Lelio, lugarteniente de Pompeyo, de varias malversaciones, y en particular, de haber prohibido á los judíos transportar el oro y la plata que habían recogido en Asia. Aquél eligió por abogados los dos más famosos oradores, Ortensio y Cicerón. Véase cómo este último se expresa acerca del punto que nos ocupa: "Viene en seguida esa acusación insidiosa del oro judaico; porque es á causa de ella por lo que esta causa se litiga no lejos de la plaza Aureliana (era el cuartel de los judíos). Es también á causa de este crimen por lo que tú, oh Lelio, has buscado este lugar y esta multitud.

„Tú sabes cuán numerosa es, cuán unida se halla y cuánto poder tiene en las asambleas. Yo hablaría en voz baja para no ser oído más que de

(1) Joseph., *Antiq.*, lib. XIV, c. XVI.

Digitized by Google

los jueces, porque sería cosa fácil amotinar estas gentes contra mí, como contra cualquier hombre de bien, y yo no quiero suministrarles medios de hacerlo más fácilmente. Como todos los años, en nombre de los judíos, se acostumbra á exportar el oro de Italia y de todas las provincias á Jerusalén, Flacco prohibió por un edicto exportarlo fuera del Asia. ¿Y hay alguno que pueda no alabar esta medida? Que el oro no debiera ser exportado, el Senado varias veces, cuando yo era cónsul y aun antes que yo lo fuera, siempre lo pensó así, por graves razones. Resistir á esta bárbara superstición, propio es de un hombre dignamente severo; despreciar, por el honor de la República, á la multitud de judíos, tan frecuentemente borrascosa, en las asambleas, es digno de un hombre soberanamente grande. Pero cuando Pompeyo tomó á Jerusalén, no tocó á nada de lo de este pueblo, donde entró como vencedor; en lo cual, como en otras muchas cosas, obró prudentemente no dejando en una ciudad tan suspicaz y maldiciente, nada que pudiera servir de pretexto á los detractores. Porque no es, á juicio mío, la religión de los judíos, nuestros enemigos, la que decidiera á tan excelente general á seguir esta conducta, sino antes bien, el pudor de su renombre. ¿Dónde está, pues, aquí el delito? Porque tú no acusas de robo, apruebas el edicto y confiesas que se ha procedido jurídicamente; no niegas tampoco que las pesquisas y los embargos se hayan hecho públicamente; todo demuestra que la operación ha sido hecha por los hombres más distinguidos. El oro cogido en Apamea en pleno día, ha sido pesado á presencia del pretor en la plaza pública, hallándose que pesaba algo menos de cien libras, y esto se hizo por Sesto Casio, caballero romano, hombre de la más perfecta delicadeza é integridad. En la Laodicea se recogió poco más de veinte libras por Lucio Peduceo, que se halla aquí, entre nuestros jueces; en Adramita por Casio Demicio, lugarteniente, y en Pérgamo no hubo mucho que recoger. En cuanto lo que se refiere á este oro, no hay nada que sospechar, puesto que se halla en el Tesoro público; pero si no se habla de robo, es claro que se trata sólo de soliviantar los ánimos, y no es entonces á los jueces á quien se habla, sino que se dirige la voz á la muchedumbre que nos rodea. Cada ciudad tiene su religión, Lelio; nosotros tenemos la muestra; Jerusalén estaba en pie, los judíos en paz y ya su religión aborrecía el esplendor de este imperio, la majestad de nuestro nombre y las instituciones de nuestros antepasados. Después, y mucho más ahora, esa nación ha mostrado por las armas lo que pensaba de nuestro imperio, y haciendo ver cuán querida es de los dioses inmortales en lo que ha tenido de vencida, y en lo que de ella ha sido conservada„ (1).

En este discurso del orador romano, hay más de una cosa digna de ser notada. Se ve, desde luego, cuán numerosos y preponderantes eran los judíos en Roma, cuando un lugarteniente de Pompeyo, para obtener más fácilmente la condenación de un procónsul, cuida que el juicio tenga lugar cerca del barrio de aquéllos, y cuando Cicerón, que cuatro años

(1) Cic., *Pro Flacco*, n. 28.

Digitized by Google

antes había sido cónsul y salvado á Roma de la conjuración de Catillina, toma sus precauciones, para no indisponerse con ellos por sus palabras. Se ve que desde entonces era una costumbre antigua y conocida, el que los judíos transportasen á Jerusalén el oro y la plata de todas las partes del mundo, y que estas sumas eran muy considerables, porque en cuatro ciudades solamente, el procónsul confiscó cerca de ciento cincuenta libras, pesadas, de oro, lo que siendo la libra romana de diez onzas, y valiendo la onza de oro cien francos, arrojaba un total de ciento cincuenta mil francos por la colecta de un sólo año. Se concibe así la inmensidad de riquezas que debían acumularse en los tesoros del Templo. Se echa de ver también en este discurso, que Lelio había hablado ventajosamente de la religión de los judíos, atribuyendo á un sentimiento de piedad la conducta de Pompeyo, al no tocar á ninguna de las riquezas de su santuario, puesto que Cicerón trata expresamente de destruir esta impresión. Se ve, en fin, que el orador y los que le escuchaban, sabían muy bien la diferencia que había entre la religión de los judíos y la de los romanos. Como Tácito sabían también que los judíos no concebían á Dios sino por el pensamiento, no conocían más que uno solo, y trataban de impíos á todos los que con materiales deleznables fabricaban dioses á semejanza del hombre; que su Dios era el Dios Supremo y Eterno, no sujeto á ningún cambio ni á la destrucción, y que era por esto por lo que no toleraban ninguna efigie, ni en las ciudades ni en sus templos; nada de estatuas, ni para lisonjear á sus reyes, ni para honrar los Césares. Si todos los romanos no sabían así, al menos podían aprenderlo sin trabajo, porque allí estaba un pueblo entero para enseñárselo. La sabiduría verdadera se mostraba con él en las plazas y en las encrucijadas de Roma. Y Cicerón es enteramente imperdonable é inexcusable en este punto, ya que en lugar de reconocerla en la plaza Aureliana, cierra los ojos, para buscarla lastimosamente á tientas, en sus obras filosóficas, con los tratadistas de la sabiduría griega.

En cuanto á César, que á la sazón era cónsul, parece que fué este mismo proceso el que le hizo dar su primer decreto en el que se exceptuaba á los judíos de la prohibición general de reunirse en asambleas y de hacer semejantes colectas. Ya hemos visto que los judíos habían acudido á Egipto en su socorro, y entonces renovó, como dictador, su privilegio, añadiendo á él nuevas mercedes. Antipater, sobre todo, tuvo gran parte en su favor. Antes de dejar á Alejandría le honró con un cargo distinguido en el ejército y le nombró procurador de la Judea, haciéndole ciudadano de Roma, con los privilegios ligados á este título. De regreso á Jerusalén, Antipater hizo levantar los muros de la ciudad, de la cual nombró gobernador á su hijo primogénito Farael. Su segundo hijo, Herodes, fué nombrado gobernador de Galilea. Antipater é Hircano recorrieron entonces la Judea á fin de tomar las medidas necesarias para consolidar el orden y la paz. Herodes comenzó su gobierno haciendo prender al jefe de una cuadrilla de bandoleros, al cual hizo morir con sus cómplices. Esta acción útil á la patria le valió grandes elogios y la amistad de Sesto César, gobernador de Siria. Su hermano Farael no abandonó tam-

Digitized by Google

poco nada que pudiera granjearle el afecto de los habitantes de Jerusalén. Y Antipater tuvo entonces la satisfacción de verse á sí mismo y á sus hijos objeto del cariño de la nación, sin que el gran Sacerdote perdiese nada, al menos en la apariencia, de su prestigio y autoridad.

Tantas prosperidades excitaron la envidia y se intentó una acusación contra Herodes por haber hecho ejecutar á los ladrones sin forma alguna de proceso. Herodes se refugió entonces cerca de Sesto César, quien le dió el gobierno de la Celesiria, y este negocio quedó así por el momento; los judíos continuaron gozando de paz bajo la protección decidida del dictador romano. Esta dichosa situación duró, sin embargo, bien poco tiempo; dos funestos accidentes obraron una súbita revolución. Sesto César fué asesinado á traición por orden de Baso, y Julio César mismo pereció en medio del Senado bajo el puñal de Casio y de Bruto; era el año cuarenta y cuatro antes de la Era vulgar. Los judíos sintieron bien pronto tan funesta pérdida, y en adelante no consiguieron sino una sola gracia. Un cierto número de judíos de Asia habían sido alistados á la fuerza. Hircano se quejó de ello á Dolabela, cónsul y colega de Marco Antonio, y el gobernador de Efeso recibió la orden de poner en libertad á los judíos, y de concederles el goce de todos sus privilegios.

Un segundo triunvirato se formó el año 43 para vengar la muerte de César, entre Octavio, Marco Antonio y Lepido. Octavio obtuvo en la división del imperio el Occidente; Antonio, el Oriente, y Lepido, el Africa. Octavio y Antonio derrotaron el año siguiente á Filipo en Macedonia, y á Bruto y Casio, que ocuparon hasta allí, el primero toda la Grecia, y el segundo, toda el Asia romana. Casio había impuesto á los judíos una contribucción de guerra de setecientos talentos, es decir, tres millones ochocientos cincuenta mil francos. Herodes fué el primero que pagó los cien talentos en que estaba tasado su gobierno. Encantado de esta prontitud, Casio le dió el mando de su ejército, y habiendo muerto por entonces Antipater, su padre, envenenado por un cierto Mansonus, que deseaba ocupar su plaza de primer ministro cerca de Hircano, Herodes, con la aprobación de Casio, hizo dar de puñaladas al envenenador. Pero más grandes vicisitudes de fortuna debieron suceder por entonces.

Después de la derrota de Bruto y Casio, mientras que Marco Antonio perdía su tiempo en los locos amores con Cleopatra, reina de Egipto, ó en acomodarse con Octavio en Italia, un ejército formidable de partos, bajo el mando de Pacoro, hijo del rey, y de un general romano, pasaba el Eufrates é invadía toda el Asia. Antígono, el único hijo que quedaba del rey Aristóbulo, hermano de Hircano, supo granjearse los favores del jefe de los partos. Con un socorro de caballería y un número considerable de judíos descontentos, marchó sobre Jerusalén y ocupó el Templo. Herodes y Farael eran dueños de la ciudad. Después de varios combates de una y otra parte se propuso un acomodamiento bajo la mediación de Pacoro. Farael é Hircano se rindieron después de celebrado; pero fueron hechos prisioneros ambos. A Hircano, conforme á los deseos de Antígono, se le cortaron las orejas á fin de que, en razón á este defecto,

Digitized by Google

no pudiera llenar las funciones de gran Sacerdote. Farael, que esperaba alguna cosa peor, se destrozó la cabeza contra los muros de su prisión.

Había orden de detener igualmente á Herodes; pero éste se escapó y huyó, corriendo grandes peligros, y después de haber estado primero en Arabia y en seguida en Egipto, llegó, por fin, á Roma. Allí contó sus infortunios á Antonio é imploró su auxilio. Poco tiempo antes se había casado con Mariana, mujer de incomparable belleza y extraordinaria virtud, nieta del rey Aristóbulo, por su padre, y del gran Sacerdote Hircano, por su madre. Mariana, á quien Herodes amaba entrañablemente y había quedado en una fortaleza sitiada, tenía un hermano llamado Aristóbulo, que, así como su hermana, reunía en su persona las dos ramas de los Macabeos. Herodes solicitó que fuera elevado al trono y se le nombrase á él su primer ministro, como su padre lo había sido de Hircano. Pero Antonio le concedió mucho más, y resolvió, de acuerdo con Octavio, hacerlo á él mismo rey. Convocado el Senado, Herodes fué introducido en él por dos senadores, que representaron elocuentemente los grandes servicios que la familia de Antipater había prestado al pueblo romano, así como el carácter sedicioso de Antígono, enemigo declarado de Roma, que había osado aceptar la corona de manos de los partos. Antonio añadió que sería una ventaja en su empresa contra esta nación el que hubiera sobre el trono de Judea un amigo tan fiel como Herodes. Desde que habló así, el Senado admitió un decreto por el cual Antígono era declarado enemigo del pueblo romano, y Herodes rey de los judíos. Y saliendo de la Asamblea Octavio y Antonio, llevando en medio de ellos á Herodes, y acompañado de los cónsules y de los senadores, le condujeron al Capitolio para ofrecer allí sacrificios y depositar en él el decreto del Senado. En fin, Herodes, que había llegado fugitivo á Roma, regresa siete días después hecho rey de los judíos. Esto ocurría el año 40 antes de Jesucristo.

Después de tres años de guerra consiguió apoderarse de Jerusalén con el socorro de Sosio, uno de los generales de Antonio. Antígono se rindió al general romano. Antonio quiso guardarle para su triunfo; pero Herodes, que se había casado con Mariana, sobrina de Antígono, obtuvo de Antonio, á fuerza de dinero, que se le condenara á muerte. Fué, pues, atado á un poste, azotado y decapitado. Tres historiadores griegos, Plutarco, Dion Casio y Estrabón, han notado que fué éste el primer rey tratado así por parte de los romanos (1).

Así acabó el último de los reyes Macabeos. Esta ilustre casa gobernó la Judea durante ciento treinta años, no era de la tribu de Judá, á la cual, según el profeta Jacob, debería pertenecer el cetro hasta la venida del Mesías esperado por todas las naciones. Pero no obstante, esta tribu real le había confiado voluntariamente el cetro en la persona de Simón

(1) Plut. *in Anton.*, Dion. Cass., lib. XLIX; Strab., *apud Joseph.*, libro XV, c. I.

Digitized by Google

Macabeo y de sus descendientes. Mientras no saliera, pues, de las manos de éstos bien puede decirse que no salía de las de Judá. Esta tribu era, por otra parte, de tal manera dominante que, formando la masa de la población, dió su nombre á todo el país, que se llamó Judea, y á todos los hijos de Israel, que no fueron ya conocidos sino por el nombre de judíos. Pero cuando el cetro de Judá fué quitado á los herederos directos de la familia elegida, para ser transferido á quien no era más que aliado de ella, cuando esta traslación se hace no solamente sin contar con la nación, sino á pesar suyo; cuando el nuevo rey no es de la tribu de Judá ni de ninguna otra tribu, sino un idumeo, judío solamente de religión, entonces el cetro comienza por lo menos á salir de Judá, y no queda en ella más que de nombre en cuanto que el nuevo soberano lleva el nombre de judío. Todo esto lo encontramos ya realizado con el reinado de Herodes. No estaba, pues, lejos el tiempo en que debía aparecer Cristo para reunir en él á todas las naciones.

Los Macabeos habían recobrado á Jerusalén de manos de los extranjeros con el auxilio de los judíos. Herodes toma á Jerusalén de los judíos con el socorro de los extranjeros. Los judíos habían escogido voluntariamente por soberanos á los Macabeos. Herodes les fué impuesto por la fuerza. La soberanía de los Macabeos había sido confirmada por aquellos que podían tener sobre ella una apariencia de legítimas pretensiones, los reyes de Siria. Herodes, al contrario, para afirmar la suya, comenzó por comprar el suplicio del último rey Macabeo. Todos los del Sanedrín ó Gran Consejo de la nación se habían opuesto á su usurpación, exceptuando dos de sus miembros y era necesario degollar todo el Sanedrín, á excepción de estos dos. Más fué esto, sin embargo, por apoderarse de sus bienes que porque fueran amigos del último rey.

14. Herodes tenía aún otro competidor que aunque prisionero de los partos, podía llegar á ser peligroso. Este rival era Hircano, á quien Pacoro había llevado consigo cargado de cadenas. Fraates, el nuevo rey, conociendo el rango de este ilustre prisionero, quitándole las cadenas, le permitió vivir en Babilonia, donde los numerosos judíos de este país le respetaban como su soberano legítimo y su gran Sacerdote. Su veneración se acrecentó aún más cuando se supo que Herodes había conferido el Pontificado á un sacerdote obscuro, llamado Ananel, á quien hizo venir de Babilonia.

Podría creerse que viéndose tratado como Pontífice y rey en Babilonia, Hircano no pensara ya en regresar á la Judea, pero no fué así. Amaba, naturalmente, los suyos; Mariana, la esposa querida de Herodes, era su nieta, y él mismo había salvado también la vida á este rey, cuando estuvo á punto de ser condenado cuando la ejecución de los ladrones. Luego que vió rey á Herodes, concibió un violento deseo de ir á reunírsele, persuadido que nada había que no pudiera prometerse de su reconocimiento. Para retenerlo en Babilonia, sus amigos le expusieron vanamente los honores y respetos de que allí estaba rodeado como Pontífice y como rey. En Jerusalén no podría ya ejercer la soberanía Pontifical, á causa de la muti-

Digitized by Google

lación de sus orejas. De otro lado, Herodes rey, no pensaría apenas en reconocer los servicios prestados á Herodes particular. El bondadoso anciano no desistía por esto de volver á su patria. Su deseo llegó al colmo cuando Herodes mismo le escribió reconociendo las obligaciones que con él tenía por haberle salvado la vida. Por su parte, Herodes hizo aún más que esto, pues que envió también á Fraates un embajador con grandes presentes para obtener la libertad de su bienhechor. Hircano, engañado por tantos artificios, dejó su asilo y volvió á Jerusalén, donde fué recibido con grandes demostraciones de amistad, propias para ocultar la perfidia que se meditaba (1).

Por entonces atormentaron á Herodes algunos disgustos domésticos. Alejandra, hija de Hircano y madre de Aristóbulo y de Mariana, mujer de un carácter altanero, sufría impacientemente que Ananel, un simple sacerdote, venido de Babilonia, fuese revestido, con perjuicio de su hijo, de la dignidad de gran Sacerdote, que Hircano no podía ya ejercer. Reprochaba sin cesar á Herodes del agravio que hacía á su hijo, quien, como descendiente de Alejandro Janneo, tanto por parte de su padre como de su madre, tenía el derecho á la soberanía pontifical. No ignoraba Herodes los derechos que al joven príncipe le había arrebatado, por lo que temió que cediéndole una de estas cosas se apoderase también de la otra. Su negativa, á concedérsela, obligó á su suegra á escribir á Cleopatra, para que esta reina obligase á Antonio en favor de su hijo. Tuvo noticia Herodes de este paso secreto, y para parar el golpe consintió en deponer á Ananel y en revestir á Aristóbulo de la primera dignidad sacerdotal y fingió no haber concedido este rango al primero más que para esperar que la edad permitiese al príncipe ocuparse en ella. Tal condescendencia de Herodes, aunque sospechosa, produjo una especie de reconciliación, que, sin embargo, no fué sincera, ni de una parte ni de la otra, sobre todo de la de Herodes. Conocía el carácter intrigante de su suegra y el mérito de Aristóbulo, que reunía, á su alto nacimiento, la belleza de su figura y algunas otras cualidades propias para obtener la estimación del pueblo. Para impedir á Alejandra mezclarse en los negocios del reino, Herodes la acusó y la hizo vigilar en su palacio. Cleopatra, á quien ella había enterado de su situación, le mandó salvarse con su hijo, yéndose á Egipto. Y para ejecutar un consejo que tanto le agradaba, Alejandra mandó á dos de sus más fieles servidores hacer dos cofres, en los cuales se encerrarían ella en uno y su hijo en otro para que las llevaran de noche á un navío pronto á partir para Egipto. La desgracia quiso que uno de estos servidores hablase á un tercero, quien deseando hallar ocasión de adular á Herodes, le descubrió el proyecto de Alejandra; los cofres fueron cogidos por orden de este príncipe, quien para no incurrir en el resentimiento de Cleopatra, afectó per-

(1) Joseph., *Antiq.*, lib. XV, c. II; *De bello jud.*, I-1.

Digitized by Google

donar á la madre y al hijo, sin renunciar á su designio de perder á Aristóbulo, de cualquier modo que fuese.

Un acontecimiento inesperado, apresuró la muerte de este último. Habían llegado las fiestas de los Tabernáculos, una de las tres más grandes que los judíos celebran con la mayor solemnidad, y el nuevo gran Sacerdote, que no tenía entonces más que diecisiete años, apareció en el altar revestido de los ornamentos pontificales, y se acomodó á su sagrado ministerio con tanta gracia y majestad, que atrajo hacia sí las miradas y el afecto de todos los espectadores, los cuales, no pudiendo contener los transportes de su alegría, hicieron resonar el Templo con sus votos y aclamaciones. Tal indiscreción del pueblo, irritó más á Herodes, que resolvió no diferir ya el cumplimiento de su horrible designio. Poco después Alejandra le dió un banquete en Jericó, donde Herodes colmó á Aristóbulo de caricias, y paseándose amigablemente con él en los jardines de palacio, llegó como por azar cerca de un estanque donde los jovenes se bañaban después del calor de la siesta. Herodes le invitó á hacerles compañía y ejercitándose Aristóbulo en nadar con los otros, algunos, apostados por el rey, se aproximaron á él y le sumergieron á manera de divertimiento; pero no lo dejaron sino cuando ya estaba ahogado. Para impedir que se supusiera que había tomado parte en un tan horrible crimen, Herodes afectó el más vivo dolor y honró á Aristóbulo con magníficas exequias (1). Así murió este príncipe, último vástago varón de la casa de los Macabeos, á los dieciocho años, después de haber ejercido uno la soberanía sacerdotal, que fué nuevamente conferida á Ananel.

Nadie dudó de la fingida tristeza de Herodes, que se hizo desde entonces más odioso al pueblo y á su familia. Cuando Alejandra supo la muerte de su hijo, su primer impulso fué el de suicidarse; pero moderando al fin los excesos de su desesperación, resolvió ocultar su resentimiento para vengarse más seguramente. Informó á Cleopatra del atroz crimen que acababa de cometer Herodes, suplicándole obtener su castigo de Marco Antonio. Cleopatra dió los pasos para ello, menos por compasión que por ambición, lisonjeándose de obtener la Judea, después de la muerte de Herodes. Antonio se avino á ello, y por de pronto envió órdenes á Herodes para que viniera á justificarse á su presencia en Laodicea, donde pensaba trasladarse con Cleopatra. Herodes se vió obligado á someterse á tan humillante requerimiento, y llevó presentes tan magníficos, que pudo seducir con ellos á su juez. El cual, para que Cleopatra nada perdiese tampoco en ello, concedió á ésta la Celesiria en vez de la Judea.

Como Herodes, á pesar de su prudencia y precaución ignoraba si sería absuelto ó condenado, dejó orden á su tío Josefo, que debía gobernar durante su ausencia, para que en el caso de que se le diese la muerte, hiciese él también morir á su querida Mariana. El amor que tenía por esta princesa le dictó esta bárbara orden. Sabía que Antonio se había

(1) Joseph., *Antiq.*, lib. XV, c. III.

Digitized by Google

enamorado de su belleza á la sola vista de su retrato, y el pensamiento de dejarla expuesta á tal rival, aun después de su muerte, le atormentaba de tal modo, que obligó á su tío á prometerle solemnemente, que ejecutaría la horrible comisión de que estaba encargado. Durante la ausencia de Herodes, Josefo, que veía todos los días á Mariana, le hablaba frecuentemente de la violenta pasión que inspiraba á su esposo, y como se mofara de ello la princesa y más aún su madre Alejandra, Josefo tuvo la imprudencia de convencerlas revelándoles la orden que se le había dejado, que era, según él, una prueba evidente del cariño de su esposo.

Alejandra y Mariana no vieron en dicha orden más que una muestra del celoso furor de un tirano que quería ser cruel, aun después de su muerte, con los que más había amado. La noticia esparcida por los enemigos de Herodes, y tal vez por sus mismos agentes, para hacer creer que Antonio le había hecho morir en afrentoso suplicio, produjo la consternación en Jerusalén. Alejandra obligó entonces á Josefo á salir con ella y con Mariana para ponerse bajo la protección de las águilas romanas, de una legión acampada fuera de la ciudad. Las cartas de Herodes hicieron renunciar á este proyecto. En ellas anunciaba á su familia que no solamente había ganado su causa, sino que Antonio le colmaba de favores y que bien pronto regresaría á su reino más poderoso que nunca.

Por más secreta que hubiera sido la resolución de ponerse bajo el amparo de las águilas romanas, tal resolución llegó, sin embargo, á oídos de Salomé, hermana del rey, la cual, como odiara á Mariana, que había tenido la indiscreción de reprocharle la bajeza de su nacimiento, se apresuró á informar á su hermano en cuanto estuvo de regreso. Para completar su venganza acusó á la reina de haber tenido un trato demasiadamente familiar con Josefo, aunque este último fuera su tío y marido, respectivamente.

Mariana se justificó de estos cargos, pero en el momento en que Herodes le hacía las más grandes protestas de amor, tuvo la imprudencia de objetarle la orden bárbara que había dado á Josefo. Este reproche fué un rayo de luz para el celoso monarca, quien dedujo de esto que Mariana y su tío eran culpables y que la acusación de Salomé era fundada. En el primer transporte estuvo á punto de inmolar la reina á su furor, pero Josefo y Alejandra acabaron por ser sus primeras víctimas; hizo matar á su tío sin querer verle ni oirle y encarceló á Alejandra, considerándola como causa de su desgracia (1).

Mientras tanto, Octavio y Antonio, desunidos, se habían declarado la guerra. En ésta se trataba del imperio del mundo. Octavio había obligado ya á Lépido, el tercer triunviro, á retirarse á la vida privada. Herodes reunió tropas para sostener á Antonio, su protector, quien le mandó ir contra Malco, rey de los árabes. Así lo hizo, pero contrariado por la traición de un cuerpo de auxiliares que la reina Cleopatra le había en-

(1) Joseph., *Antiq.*, lib. XV; *De bello jud.*, lib. I.

Digitized by Google

viado con este pérfido designio, sufrió varios reveses. Acabó, sin embargo, por regresar triunfante á Jerusalén, después de haber obligado á los árabes á pedirle la paz, que concedió bajo las condiciones que quiso imponerles.

La alegría que le causó tan afortunado éxito fué turbada por la victoria que Octavio consiguió sobre Antonio en Accio, el año 31 antes de la Era vulgar. Esta victoria, destruyendo por completo el poder de su protector, le exponía á los resentimientos del vencedor, su enemigo; entonces se creyó perdido y todos lo creyeron con él así. Aconsejó á Antonio que hiciese matar á Cleopatra y se apoderara de sus tesoros para poder disputar el imperio por segunda vez á su afortunado rival, ó para obtener al menos la paz en condiciones más favorables, en el caso que siguiera este consejo, Herodes se obligaba á suministrarle dinero, tropas, plazas fuertes y víveres. Pero Antonio, una vez perdida la batalla naval, abandonó su ejército de tierra para seguir á Egipto á su prostituta real y darse después la muerte como un héroe de comedia. Herodes resolvió entonces hacer la paz con Octavio, más conocido después bajo el nombre de César Augusto.

Como la empresa fuera aventurada, procuró antes tomar sus precauciones. El viejo Hircano, último varón de la raza de los Macabeos, había sido otras veces reconocido rey de los judíos, y como tal, había llegado á ser aliado de los romanos. El afecto del pueblo por el último representante de una ilustre raza podía despertarse en las presentes circunstancias. Para evitar todo peligro de este lado, Herodes hizo cortar la cabeza al débil anciano, que alcanzaba ya la edad de ochenta años, bajo pretexto de haber sostenido cierta correspondencia con el rey de los árabes. Confió á su propia madre Cipros y á Salomé su hermana á los cuidados de su hermano Feroras, con orden á este último de gobernar el reino tan pronto como recibiese noticias de su muerte. En cuanto á Mariana y á su madre Alejandra las confinó en la fortaleza de Masada, cuya custodia confió á su tesorero, llamado Josefo, y á Sohemo, uno de sus más íntimos confidentes, al cual renovó la orden inhumana de matar á la una y á la otra si su viaje le era fatal.

Una vez tomadas estas medidas sanguinarias embarcó para la isla de Rodas, donde á la sazón se hallaba Augusto, al que se presentó revestido de todos sus ornamentos reales, á excepción de la diadema, y hablándole con tanta confianza como si estuviera seguro de obtener lo que deseaba. No disimuló ni sus relaciones con Antonio ni los socorros que le había prestado. Confesó también que le había aconsejado la muerte de Cleopatra, á fin de que, apoderándose de sus reinos y de sus tesoros, se viese en estado de exigir condiciones favorables. "Ahora bien—concluyó,—si los resentimientos contra Antonio os fuerzan á condenar mi afecto por él, no negaré por esto lo que he hecho, ni publicaré menos cuánto le amé; pero si, sin atender á la persona, consideráis cuánto hice siempre por mis amigos y cuánto es mi reconocimiento por mis bienhechores, podéis hacer la prueba de ello y no habrá más que cambiar los nombres, la misma

Digitized by Google

amistad merecerá iguales alabanzas y atenciones.„ Así habló Herodes, y como antes de haber venido á hablar con César había tenido ya la prudencia de enviar socorros á Quinto Didio contra los gladiadores de Antonio, Augusto quedó muy satisfecho de su discurso y de su proceder, le dió las gracias, le recibió en el número de sus amigos y le ordenó conservar la diadema. Encantado Herodes de tan feliz éxito hizo magníficos presentes á Augusto y á su favorito, y desde esta época fué considerado más que ningún otro príncipe tributario. Su favor aumentó tanto cuanto sabía merecerle. Cuando poco después Augusto atravesó la Siria para volver á Egipto, no se limitó á presentarse á él, sino que suministró á su ejército pan, vino y otros víveres mientras atravesaba los áridos desiertos, y añadió un presente de ochocientos talentos, acompañándole hasta Pelusa. Tan noble proceder hizo pensar á Augusto y á su ejército que el reino de Herodes no era proporcionado á su grandeza (1).

Si el poder y la gloria pudieran hacer dichosos, no hay duda que Herodes debía serlo tanto más cuanto había llegado á esta gloria y á este poder de una manera poco común. Siendo un simple idumeo había sido colocado sobre el trono de David y nombrado rey cuando estaba fugitivo; había sido confirmado en su soberanía por el mismo adversario del poderoso amigo á quien debía la corona, y esto en momentos que desesperaba de salvar su propia vida. César Augusto era su amigo, y este amigo era dueño sin rival del imperio romano, sin ser esclavo de ninguna Cleopatra, cuyo odio tanto había temido Herodes.

Después de la caída de Antonio, el hijo de Antipater se veía más seguro que nunca, y parecía que había sonado la hora de recoger tranquilamente los frutos maduros del árbol que su padre había plantado con tanto cuidado y que él mismo había regado con las lágrimas y la sangre de tantos millares de hombres, y sobre todo, con la noble sangre de los últimos Macabeos. "Pero no hay paz para los impíos„, ha dicho el Eterno (2). ¿Y dónde hubiera hallado la paz este hombre? Odiado del pueblo, que no veía en él más que una hechura de los idólatras romanos, un tirano manchado con la muerte de príncipes, sacerdotes y ancianos, él mismo procuraba afirmar su trono por la crueldad, que aumentaba aún más el odio público. En el interior de su palacio no encontraba tampoco ninguna clase de consuelos. Su casta y virtuosa mujer le miraba sólo como al matador de su hermano y de su abuelo, que había pronunciado también contra ella la sentencia de muerte; porque había sabido igualmente por Sohemo la orden que le había dado de matarla en el caso de que Herodes muriera.

Cuando, pues, volvió triunfante de su entrevista con Augusto y refirió el brillante éxito de su viaje, su esposa le escuchó fríamente y no respondió á sus caricias más que con suspiros y el silencio. Conociendo He-

---

(1) Joseph., *Antiq.*, lib. XV, cap. IX, X.
(2) Isaías, XLVIII, 22.

Digitized by Google

rodes que Mariana ya no le amaba, se arrebataba frecuentemente hasta el furor, y algunas veces también tomó la resolución de vengarse, pero el solo aspecto de su esposa, aun estando irritada, le desarmaba de tal modo que fluctuaba entre los transportes del odio y del amor. Cypros y Salomé, su madre y hermana, envenenaron su espíritu por medio de insidiosas palabras y calumnias. Mariana, por su parte, las secundó quizá más de una vez con la impetuosidad de su carácter. Su pérdida iba á consumarse, cuando un incidente vino á suspenderla.

Herodes supo la victoria de Augusto, la muerte de Antonio y de Cleopatra, y la reducción del Egipto á provincia romana, el año 30 antes de la Era cristiana. Resolvió entonces hacer un viaje á este país, donde César le recibió con mucho honor y amistad, haciéndole además un presente de 400 galos, que habían servido de guardias á Cleopatra. Le entregó además el territorio de Jericó, que Antonio había dado á dicha princesa, y añadió á todo esto la ciudad de Gadara, de Hipone y de Samaria, y sobre el mar, Gaza, Antedón, Joppe y la Torre de Estratón, llamada más tarde Cesárea.

Después de haber acompañado á Augusto hasta Antioquía, Herodes volvió á Jerusalén, donde encontró nuevamente, con los celos, los motivos de su furor y de su cólera. Un día en que hubo llamado á Mariana y en que le prodigaba los testimonios más apasionados de su amor, ella se defendió reprochándole la muerte de su hermano y de su abuelo. Herodes se enfureció de tal manera que en poco estuvo que no la matara inmediatamente. Salomé no quiso dejar pasar una ocasión tan favorable para su venganza. Había ganado al copero del Rey, que estaba pronto á acusar á la Reina del crimen convenido. Para ejecutar este negro proyecto, el copero se presentó delante de Herodes, aún furioso, llevando en la mano una copa envenenada, y en la otra una suma de dinero que aseguraba haber recibido de Mariana porque le hiciera beber dicha copa. En su rabia, Herodes condenó á la más cruel tortura al eunuco favorito de la Reina. Nada confesó, sin embargo, este hombre; pero se le escapó decir en medio de los tormentos, que la aversión de Mariana procedía de lo que había sabido por Sohemo. A estas palabras Herodes gritó que Sohemo le había sido siempre tan fiel que no habría jamás revelado su secreto á no haber tenido un comercio criminal con Mariana. Fué asesinado inmediatamente. Y entonces se formó el proceso contra la Reina.

Como Herodes había designado por jueces sus más devotos cortesanos, y él mismo hizo el oficio de acusador, la infortunada princesa fué bien pronto condenada, y condenada á muerte. Los jueces, sin embargo, y el mismo rey, opinaron por diferir la ejecución de la sentencia; pero la execrable Salomé, que temía que su infernal trama fuera descubierta antes de morir Mariana, obtuvo una orden para hacerla ejecutar sin dilación, bajo pretexto de que el pueblo comenzaba á sublevarse en su favor.

Mariana recibió la sentencia con firmeza heroica, y marchó al lugar

Digitized by Google

de la ejecución con una serenidad que no perdió ni un momento. Su madre Alejandra, que esperaba seguir la misma suerte, creyó evitarla ganándose la benevolencia de Herodes. Para conseguirla llegó hasta la bajeza de insultar á su desgraciada hija, fingiendo querer arrancarla el cabello y colmándola de los insultos más groseros. Mariana no se dignó contestarle siquiera, y hasta su muerte dió testimonio de la nobleza de su carácter.

Perseguido por la imagen de una mujer á quien idolatraba, Herodes no tuvo ya en adelante más que remordimientos que le hicieron odiosa la vida. En vano pretendió calmar sus inquietudes por medio de la variedad de diversiones. Siempre y en todas partes veía á su querida Mariana, la llamaba en alta voz y ordenaba que se le presentara. Su dolor aumentó aún más con los estragos de una terrible peste que excitó los clamores del pueblo. Tal azote fué considerado como un intérprete del cielo, que le pedía cuentas de la sangre inocente que había derramado, y sobre todo de la de Mariana. Entonces se retiró á un desierto vecino, bajo pretexto de cazar; pero realmente para evitar las miradas de los hombres. Sintiéndose atacado de violentos dolores intestinales, se marchó á Samaria, donde sus médicos hicieron vanos esfuerzos para devolverle la salud; porque su caprichosa conducta de enfermo era causa de que le irritasen los remedios que debían curarle. La energía de su temperamento le devolvió, por fin, la salud, mas desde entonces su agriado carácter llegó á ser más feroz, y su barbarie no respetó en adelante ni á sus amigos ni á sus enemigos.

Una de sus primeras víctimas fué Alejandra, la indigna madre de la virtuosa Mariana.

La esperanza de que el rey muriera de su enfermedad, movió á dicha princesa á persuadir al gobernador de las dos principales fortalezas de la Judea, á entregárselas, juntamente con los hijos de Herodes. Una de estas fortalezas se llamaba Antonia, y dominaba el templo; la otra dominaba la ciudad. Alejandra fingió no haber tenido otro objeto con aquel deseo que el de querer asegurar la corona á los hijos que Herodes había tenido de su hija en el caso de que este príncipe llegara á morir; pero los gobernadores, conociendo muy bien su carácter intrigante, informaron de todo al rey. Este ordenó hacerla morir, lo que fué ejecutado seguidamente. La segunda víctima fué un idumeo, llamado Costobaro, que había casado con Salomé después que Herodes había hecho matar su primer marido. Esta mujer, cansada de su segundo esposo, le acusó á él y á otros tres más, de un complot contra su hermano, añadiendo también el crimen de haber alimentado secretamente á los hijos de un proscrito. Todos ellos fueron condenados á muerte.

15. Una vez extinguida la raza de los Macabeos y sus más fieles partidarios, Herodes se mostró tan pagano como judío. Si se habían levantado templos á Julio César después de su muerte, templos se erigieron también á César Octavio durante su vida, donde se le ofrecían sacrificios como á un dios. En este último, sin embargo, se admira un cierto grado de modestia, pues que no quiso recibir estos honores en Roma, sino sola-

Digitized by Google

mente en las provincias donde según Suetonio, se acostumbraba erigir templos aun á los procónsules(1).

El Senado, para dar á entender que el nuevo César poseía una dignidad superior á la de hombre, le dió el sobrenombre de *Augusto*, que tanto quiere decir como sublime, divino; y con este nombre fué llamado en adelante. Herodes fué uno de los más decididos adoradores de este dios. Edificó un teatro en el interior mismo de Jerusalén, y un anfiteatro para los combates de hombres y fieras, fuera de los muros de la ciudad. Como los paganos acostumbraban á consagrar estos combates y espectáculos á una divinidad, así Herodes estableció en honor de Augusto juegos que debían celebrarse cada cinco años. Presidió él mismo su primera celebración, para la cual hizo venir de las más apartadas regiones atletas, histriones, músicos y otras gentes de esta especie, y además de estos combates y espectáculos, se realizaban allí carreras de caballos y carros. El teatro estaba rodeado de inscripciones en honor de Augusto y de trofeos de las naciones vencidas por éste. En el anfiteatro no se verificaban solamente combates de fieras, sino también de las fieras contra los hombres, que debían luchar con ellas á la manera que se hacía en Roma. Aunque entre los extranjeros adquirió Herodes gran consideración por la magnificencia de estos juegos, escandalizó á los judíos bajo más de un respecto. Los honores divinos tributados á Augusto eran para éstos una abominación y les horrorizaban los juegos homicidas del anfiteatro, y la desnudez desvergonzada de los atletas, era para ellos un escándalo. Y lo que más chocó al pueblo eran los trofeos, á los que consideraban como ídolos. Herodes hizo quitar las decoraciones de algunos para mostrar que no eran más que postes recubiertos; el murmullo se convirtió en risa, pero esto no quitaba el justo escándalo que daban en general los juegos idólatras, y el descontento subió hasta el punto de que diez hombres conspiraron contra Herodes, llevando puñales bajo sus vestiduras. Entre éstos se hallaba un ciego, que sabía muy bien que no podía tomar parte en la acción de los otros, pero que quería compartir con ellos el peligro, é inflamar así su valor. Estos conspiradores se dirigieron al teatro con la esperanza de matar al rey ó á alguno de sus cortesanos, ó por lo menos, si no lo conseguían, hacerle más odioso por su suplicio. Un espía descubrió semejante designio á Herodes, que castigó á sus autores haciéndoles morir en los más horribles tormentos. El odio del pueblo contra el delator fué tan violento, que no satisfecho con matarle, le hizo pedazos y le dió de comer á los perros. Herodes no supo hasta más tarde el nombre de los que habían cometido esta barbarie, y sólo los conoció por algunas mujeres, á quien la violencia de los tormentos les obligó á confesarlo.

Una vez conocidos, los hizo matar á todos ellos y á sus familias. Este último acto de crueldad colmó la medida. Él mismo comprendió que habiéndose hecho tan odioso debía temerlo todo de una sedición, y creyó poder defenderse contra su pueblo por medio de murallas y baluartes. No

(1) Suet., *Octav.*, 52.

Digitized by Google

contento con las dos ciudadelas que dominaban á Jerusalén y de las considerables fortalezas que había en el país, fortificó aún otras ciudades, principalmente á Samaria, que no distaba de Jerusalén sino una jornada. Esta ciudad, destruída por Hircano, hijo de Simón, había sido reedificada por Gabinio, rey de Siria, quien le dió su nombre, llamándola *Gabinium*. Herodes puso en ella la última mano, haciéndola tan fuerte como bella, y la llamó Sebasto, del nombre griego de Augusto. Llevó su adulación hasta la idolatría, erigiendo en ella un templo á Augusto; otro tanto hizo con otro lugar sobre el borde del mar, llamado la Torre de Estratón. De ella hizo una ciudad magnífica, que denominó Cesarea, en honor del nuevo César (1). Allí se veía igualmente un templo consagrado á Augusto con dos estatuas: la una de Roma y la otra de este príncipe, el cual, según Suetonio (2), no quería ser adorado sino conjuntamente con Roma.

Hacia el año décimotercio del reinado de Herodes, la Judea fué desolada por dos azotes: el hambre y la peste. El príncipe, cuyo tesoro estaba agotado por las sumas empleadas en la construcción de tantas fortalezas, hizo fundir todo cuanto oro y plata tenía, y le envió á Egipto, donde Petronio, su amigo, era gobernador, para comprar trigo é impedir que el pueblo muriera de hambre, teniendo cuidado también de suministrar vestidos á los más indigentes, siendo esto último tanto más difícil de conseguir, cuanto más escaseaba la lana por haber muerto todos los animales á causa de una grande y permanente sequía. Este proceder generoso, cambió el odio de los judíos en admiración. Bien pronto, sin embargo, perdió este cariño por nuevos accesos de furor.

Poco tiempo después levantó en Jerusalén un magnífico y brillante palacio de oro y mármol, donde, entre sus departamentos, se distinguía uno que llevaba el nombre de Augusto y otro el de Agripa, su yerno. Y no era solamente por estas atenciones lisonjeras por cuyo medio pretendía conciliar el favor de Roma. Gelio, enviado á la conquista de Arabia, recibió también de él considerables socorros, entre otros, quinientos de sus más valientes guardias. Es verdad que esta expedición no tuvo éxito, pero no por ello dejó César de reconocer el servicio hecho á los romanos. En este mismo año se casó Herodes con otra Mariana, de una belleza incomparable, hija de un sacerdote judío de Alejandría, llamado Simón. Para contraer honrosamente esta alianza, quitó la soberanía sacerdotal á Jesús, hijo de Phabeth, y la dió á su futuro suegro. Después de la boda levantó en su honor propio un magnífico palacio, que llamó *Herodión*, en el sitio mismo donde diecisiete años antes había vencido á Antígono. La situación de este palacio era tan ventajosa, que los judíos y aun los extranjeros se establecieron allí en tal número, que bien pronto llegó á ser el centro de una ciudad.

Herodes parecía haber llegado entonces al colmo de sus deseos. La

(1) Joseph., lib. XV, c. XIII.
(2) Suet., *Octav.*, n. 52.

Digitized by Google

estimación declarada de Augusto le hacía ser amado ó temido de sus súbditos y de sus vecinos. Para conciliarse aún más el favor de César envió á Roma los dos hijos que había tenido de Mariana, á fin de que fueran educados bajo su dirección. Su íntimo amigo Polión, recibió orden de prepararles habitación, mas el emperador le ahorró este trabajo dándoles alojamiento en palacio; tan encantado quedó de la confianza que Herodes le demostraba, dejando á su elección el determinar cuál de sus hijos debía sucederle. Por todo ello aún añadió varias provincias á su reino contra la voluntad de Zenodoro, que cobraba las rentas de ellas. Y habiendo llegado por entonces el emperador á Siria, Zenodoro aprovechó la ocasión de añadir á sus propias quejas las que los habitantes de Gadara le representaron contra Herodes. Después de haberlos dado audiencia Augusto, señaló un día para que Herodes pudiera contestar á sus acusadores. Obedeció éste, y el emperador le escuchó con tal complacencia y con una tan favorable disposición, que sus enemigos, temiendo ser entregados á sus resentimientos, se dieron la muerte la noche siguiente. El mismo Zenodoro quedó tan asustado que tomó un veneno tan fuerte que, devorándole las entrañas, le hizo morir á la siguiente mañana. Todavía dió Augusto una nueva prueba de afecto al rey de los judíos, prohibiendo á los gobernadores de Siria acordar nada importante sin oir su parecer. Por su parte Herodes aprovechó ocasión tan favorable para obtenerle una tetrarquía á su hermano Feroras, que pudo desde entonces sostener su rango sin acudir á la generosidad de nadie. Después de esto, Herodes acompañó al emperador hasta el lugar donde debía embarcarse, y más tarde erigió en su honor, cerca de Panneas, donde tiene sus fuentes el Jordán, un soberbio templo de mármol blanco, y otros varios en distintas partes de su reino fuera de la Judea, disculpándose de esto con los judíos, asegurándoles que tal era la voluntad de Augusto, á quien era necesario obedecer.

En realidad, él cortejaba el favor de Augusto y de los romanos para sostenerse en el trono contra el odio de su pueblo. Hacia este tiempo disminuyó en una tercera parte los impuestos de sus súbditos, pretextando ayudarles en la deplorable situación á que por entonces se hallaban reducidos. Pero su verdadero objeto era dulcificar un poco el espíritu público algún tanto agriado por el poco respeto que tenía á su religión. El descontento respecto á este punto habíase manifestado varias veces con evidente claridad. Por lo cual, para dar á entender que no desconocía la secreta predisposición de ánimos á la revuelta, prohibió severamente las asambleas y los grandes festines en Jerusalén. Y como tenía espías en todas partes, y él mismo se convertía por las noches en tal, con objeto de saber lo que pasaba en su reino, para asegurar la fidelidad de sus súbditos, consideró necesario hacerles prestar juramento de guardarla; pero Polión ó Hilel y Sameas, á la cabeza de los esenios, y los mismos jefes de los fariseos se opusieron tan resueltamente á esta novedad, que Herodes se vió obligado á renunciar á tal proyecto, sin atreverse ni aun á manifestar su resentimiento por semejante oposición.

Digitized by Google

Para calmar el espíritu público é inmortalizarse, halló, sin embargo, un medio más feliz, que fué la restauración del Templo de Jerusalén. El libro cuarto de los Macabeos nada dice á este respecto, pero Josefo habla de ello en varios lugares (1). Cuando Herodes hizo por primera vez esta proposición, el pueblo desconfió de sus buenos deseos, pero, sin embargo, se reunieron los materiales y los sacerdotes comenzaron por restaurar ellos mismos, hasta en sus cimientos, la parte interior del Templo ó el santuario, que acabaron en dieciocho meses. Las obras de restauración de las otras partes duraron ocho años, y todavía continuaron durante mucho tiempo con el fin de embellecerle y añadirle nuevos atrios; porque Josefo refiere que cinco años antes de la ruina del Templo por los romanos, se hallaban sin ocupación dieciocho mil obreros á causa de haberse acabado las obras del Templo. De donde puede deducirse que la restauración completa duró algo más de ochenta años. Hacía cuarenta y seis años que se estaba restaurando cuando los judíos dijeron á Cristo: "Hay ya cuarenta años que se está levantando este Templo„ (2). Así puede traducirse el texto griego.

En esta empresa desplegó Herodes su magnificencia ordinaria. Pero jamás este Templo, reedificado sobre los mismos cimientos que el de Zorobabel, y con los mismos materiales, fué considerado como un tercer Templo, sino sólo como el segundo. Nunca los judíos han hablado más que de dos. Josefo mismo dice, en términos expresos, que el segundo Templo edificado en tiempos de Ciro y destruído en los de Vespasiano, había durado seiscientos treinta y nueve años (3).

Mientras se trabajaba en esta restauración, Herodes hizo un viaje á Roma para rendir homenaje á su protector y para ver allí á sus hijos. Quizá el motivo de su viaje fuera para alejarse de las murmuraciones que excitaba una nueva ley que acababa de publicar. Conforme á ella, podían ser vendidos como esclavos, en los países extranjeros, los ladrones ó asaltantes de las casas. Pero tal ley desagradaba á la nación, por cuanto disponía que semejante esclavitud fuera eterna, contrariamente á la ley divina, que la terminaba el año sabático, para aquéllos que fueran vendidos á sus hermanos. Estos desgraciados se hallaban así expuestos, por dicha ley, al peligro casi inevitable de olvidar ó abandonar su religión. Parecía, pues, que Herodes, que había querido reprimir los robos, muy frecuentes por entonces, se ausentó para no exponerse á importunas solicitudes. Cuando llegó á Roma, Augusto le recibió con todas las muestras de la más viva amistad, regalándole espléndidamente y enviándole sus hijos. A su llegada á Jerusalén, éstos fueron recibidos con marcadas manifestaciones de alegría, no viendo el pueblo en ellos á los hijos de Herodes, sino los de la infortunada y virtuosa Mariana, y por ella los últimos retoños de los Macabeos. Por su parte, Herodes pareció quedar

(1) Joseph., *De bello jud.*, lib. XV, c. XIV.
(2) Joan., II, 20.
(3) Joseph., *De bello jud.*, lib. VI, c. XXVI.

Digitized by Google

muy satisfecho por esos homenajes tributados á sus hijos, y él mismo los hizo honrar convenientemente y los casó, á Alejandro con Glafira, hija de Arquelao, rey de Capadocia, y Aristóbulo con Berenice, hija de su hermana Salomé (1).

La admiración y el amor que el pueblo manifestaba á estos dos hijos de Herodes, excitaron la envidia y el temor de la inquieta Salomé y de los cómplices que habían contribuído á la muerte de Mariana, temiendo, con razón, la venganza de estos príncipes. Para asegurarse contra tal peligro, emplearon los mismos artificios de otras veces, haciendo correr el rumor de que Aristóbulo y Alejandro odiaban á Herodes, considerándolo como asesino de su madre. No dudaron que estas calumnias, llegando á oídos del rey, le llevarían á sacrificar sus hijos á su sombría suspicacia política.

Agripa, yerno de Augusto, había llegado al Asia propiamente dicha. Herodes le invitó á venir á Judea, donde después de haberle hecho visitar las ciudades de Sebaste, Cesarea y otras de las que había edificado, le condujo á Jerusalén. Los habitantes de la capital, saliendo espléndidamente ataviados, le recibieron en la ciudad con los honores proporcionados á su alto rango. Después de haber ofrecido una hecatombe entera en el Templo, Agripa, á causa del invierno, partió pero muy satisfecho de la acogida que había tenido, y sobre todo, de la generosidad de Herodes. Filón, añade que hizo magníficos presentes á los judíos, y que no olvidó nada de cuanto podía obligarlos, sin desagradar á su soberano. La primavera siguiente, Agripa arribó con su flota á las costas del Bósforo, quedando agradablemente sorprendido de ver llegar á Herodes con un considerable refuerzo de hombres, armas y víveres. Semejante atención le agradó hasta tal punto, que no emprendió ya nada sin consultarle, y dividió con él todos sus placeres. Al mismo tiempo dió varios decretos favorables á los judíos de la Jonia, inquietos á la sazón por el riesgo que corrían sus privilegios (2).

A su regreso, Herodes reunió al pueblo para hacerle conocer el feliz éxito de su expedición y de la de Agripa. Añadió que les condonaba la cuarta parte de los impuestos, y tal generosidad debilitó el descontento causado por la severa y desusada ley contra los ladrones. Pero mientras que Herodes podía lisonjearse del estado de los negocios del reino, el odio de Salomé contra sus dos hijos llenaba su palacio de turbulencias. Es verdad que los dos príncipes, jóvenes y ardientes, no disimulaban su aversión contra ella y su hermano Feroras, quienes por su parte, para perderlos más seguramente, trabajaban por exasperarlos aún más. Y en su imprudencia, llegaron hasta á quejarse de la muerte que se había hecho sufrir á su madre. En fin, dieron tales muestras del poco afecto que tenían á su padre, que fácilmente consiguió Salomé hacérselos odiosos al rey. Herodes, quien para castigarlos, hizo venir á la corte otro de sus hijos]

(1) Joseph., *Antiq.*, lib. XVI, c. I, II.
(2) Ibid, c. II y III.

Digitized by Google

llamado Antipater, y afectó colmarlo de caricias. Esta conducta extinguió en el corazón de Aristóbulo y Alejandro el poco cariño y ternura que sentían aún por su padre. Su indiscreción llegó entonces hasta el extremo de proferir palabras, que si en el fondo no eran más que imprudentes, parecían, con todo, verdaderas injurias.

Entre las muestras de afecto que Herodes prodigó á su hijo favorito, obtuvo de Agripa permiso para que este príncipe pudiese acompañarle á Roma y presentarse al emperador. Desde entonces fué mirado como el sucesor de su padre. Antipater marchó al fin; pero para impedir que sus hermanos se aprovechasen de su ausencia para recobrar el afecto de su padre, procuró, por medio de sus cartas, hacerlos de tal manera sospechosos, que Herodes resolvió conducirlos á Roma para acusarlos en presencia del emperador.

Augusto se hallaba entonces en Aquilea. Herodes fué á encontrarle allí y le pidió venganza de la conspiración de sus dos hijos contra su vida. Semejante odiosa acusación hizo verter lágrimas á los dos príncipes, y Alejandro defendió con tanta elocuencia su causa y la de su hermano, que Augusto, convencido de su inocencia, no pudo menos de asegurar á su padre que los había acusado muy ligeramente, y esto produjo por el pronto una reconciliación. Pero Herodes era demasiado sombrío, sus hijos demasiado imprudentes y sus enemigos demasiado diestros para que esta reconciliación fuese duradera. Herodes mismo aumentó la discordia en su familia con un discurso que dirigió á los habitantes de Jerusalén á su regreso de Roma, en el que les declaró que su intención era que sus hijos reinasen después de su muerte, y que el trono fuera ocupado primero por Antipater, en seguida por Alejandro, en fin, por Aristóbulo; pero que él no abandonaría mientras viviese las riendas del gobierno. Fué éste, pues, un medio de hacer á sus tres hijos enemigos irreconciliables (1).

Era Herodes tan cruel con su familia, como magnánimo y generoso con los extraños. En muchas ocasiones hizo magníficos regalos á varias ciudades de Siria y de Grecia, y generalmente las hacía á todas aquellas por donde pasaba, pagándoles sus deudas, y elevando suntuosos edificios ó ayudando á terminar los que ya estaban comenzados. En Antioquía pavimentó las calles con piedra muy pulimentada y rodeó su gran plaza de galerías cubiertas. En Rodas reedificó el templo de Apolo y donó considerables sumas para la construcción de navíos. Y como los juegos olímpicos á que asistió en uno de sus viajes no correspondieran á su antigua reputación por la falta de fondos para los gastos, les asignó una renta anual para celebrarlos dignamente, por lo cual, agradecidos los griegos, le discernieron el cargo de presidente perpetuo de estos juegos (2).

Honrado por los extranjeros, temido, si no respetado, por los judíos, y protegido por el pueblo romano, Herodes podía estar satisfecho. Pero las infernales maquinaciones de su hermana y de su hermano y el agotamien-

(1) Joseph., *Antiq.*, c. VIII á XI.
(2) Ibid, c. IX.

Digitized by Google

to de sus tesoros turbaban su reposo. Los remedios de que se valió para curar estos males fueron peores que los males mismos. La necesidad que tenía de dinero y oro era tan grande, que le hizo poner sus ojos en las tumbas de David y de Salomón, de las que fingió saber que Hircano había sacado otras veces sumas considerables. Fué, pues, al sitio señalado con algunos de sus principales confidentes, y en lugar de hallar el oro y la plata que esperaba encontrar, sólo halló vasos preciosos artísticamente trabajados, de los cuales se apoderó. Semejante descubrimiento no le sirvió sino para excitar la sed de su codicia. Tal fué ésta, que le llevó hasta hacer cavar en los sepulcros de David y de Salomón, pero un vapor emponzoñado, ó según Josefo, una llama milagrosa, que hizo morir á dos de sus guardias, detuvo esta profanación. Para expiar su sacrilegio hizo construir, á la entrada del sepulcro, un soberbio monumento de mármol blanco. Los judíos, sin embargo, consideraron esta obra antes como un monumento de su crimen que de su arrepentimiento (1).

El odio de la nación se acrecentó aún más por la barbarie con que trató á sus hijos y á sus amigos. La detestable Salomé había irritado de tal modo su cólera contra ellos, que dejó de ser padre y rey para no ser más que un tirano furioso que inundó de sangre la ciudad é hizo una carnicería de su palacio. Alejandro fué acusado de haber corrompido y comprado á dos de sus más queridos favoritos: su maestro y su copero. Herodes les hizo atormentar, arrancándoles por este medio la confesión de que habían recibido algunos presentes del príncipe, pero no que les hubiera manifestado designio alguno contra el rey. No se disiparon con esto las sospechas de Herodes, quien hizo castigar de nuevo á aquellos desgraciados hasta arrancarles, á fuerza de tormentos, motivos suficientes para aprisionar al príncipe. Desesperado éste al verse cargado de cadenas, envió á su padre cuatro confesiones diferentes, en las cuales confesaba mucho más que lo que habían confesado aquéllos en los tormentos. Acusó también á Salomé, á Feroras y á los dos primeros ministros del rey de haber tomado parte en el complot. Añadió aún que Salomé había venido por la noche secretamente á su cama para convencerle de que no habría para ellos felicidad mientras su padre viviera.

El objeto de esta acusación no era otro que el de aumentar la turbación de Herodes. Y en efecto; no sabiendo ya éste de quien fiarse, vino á ser juguete de sus sospechas y de su furor. Su imaginación le pintaba á todas horas, tanto de noche como de día, á sus hijos armados de puñales y prontos á herirle. Tal era la situación de este infortunado monarca, cuando Arquelao, rey de Capadocia, llegó á Jerusalén. Conociendo este príncipe el carácter bárbaro y violento de Herodes, afectó condolerse de su situación y condenó la pérfida conducta de su hijo, amenazándole con quitarle su hija y entregarle al justo resentimiento de su padre. Tuvo, sin embargo, bastante habilidad para disminuir poco á poco los efectos que habían producido en Herodes las confesiones arrancadas por los tormen

(1) Joseph., c. XI.

Digitized by Google

tos, llegando por fin á convencerle de que jamás su hijo había formado el proyecto de arrebatarle la corona y la vida. Una vez sabiendo que Alejandro había vuelto á la gracia de su padre, Feroras, que por entonces se hallaba desterrado de la corte, queriendo aplacar las iras de Herodes, presentósele vestido de luto y se confesó autor de todas las acusaciones tramadas contra los dos príncipes. Herodes, después de haberse reconciliado con sus hijos, partió para Roma á fin de informar de ello al emperador. En su marcha acompañó á Arquelao hasta Antoquía (1).

Durante su estancia en Roma, los bandidos que había arrojado de la Traconitida, provincia que había recibido de Augusto, se retiraron á la Arabia Petrea bajo la protección del rey Obodas, ó mejor dicho, de su ministro Sileo. Sus devastaciones en la Judea fueron tan terribles, que Herodes hizo morir á todos los parientes y familias de los mismos que cayeron en sus manos y su furor fué más violento que nunca. La primavera siguiente, Herodes se dirigió á Saturnio y Volturnio, gobernadores de Siria, para suplicarles que obligaran á Sileo á pagarle sesenta talentos que le había prestado. Condenado este último á devolverlos, se retiró á Roma. Por su parte, Herodes, habiendo obtenido el permiso de hacerse justicia por medio de las armas, marchó á Arabia y derrotó á los facinerosos, demolió sus fortalezas y volvió á Jerusalén. Pero esta expedición estuvo á punto de hacerle perder el favor de Augusto, á quien Sileo había tenido la habilidad de persuadir que los árabes habían sido atacados injustamente. Herodes envió dos embajadores al emperador, pero ninguno logró obtener audiencia. De esta delicada comisión encargó entonces á Nicolás de Damasco, quien hallando á Augusto prevenido contra su señor, para conseguir su objeto se valió de medios indirectos. Como hubieran llegado al mismo tiempo los embajadores de los árabes nabateos para acusar á Sileo de haber querido envenenar al rey Obodas, Nicolás, que era muy elocuente y muy bien visto del emperador, se les ofreció para ser su intérprete y hablar en su nombre. De este modo, acusando á Sileo, consiguió justificar incidentalmente á Herodes. Desengañado Augusto, iba á reparar el agravio que creyó haber causado á este último, pero las nuevas querellas de este infortunado monarca contra sus hijos le desviaron de su propósito (2).

Salomé y Feroras, fieles siempre á sus odios, habían vuelto á inspirar nuevas sospechas á Herodes contra sus hijos. El más severo examen no había hallado, sin embargo, contra ellos más que el designio de retirarse á cualquier país vecino para substraerse á la tiranía de su padre. Esto fué lo bastante para que el suspicaz monarca creyese todo lo demás. Envió dos ministros á Roma con carta para el emperador, en la cual formulaba contra sus dos hijos las acusaciones más atroces. Augusto le contestó que si, en efecto, habían atentado contra su vida, debía castigarlos como parricidas, pero que si no habían pensado más que en huir, propio era de

(1) Joseph., *Antiq.*, c. XI y XII.
(2) Ibid, lib. XVI, c. XIII-XV.

Digitized by Google

la ternura paternal el contentarse con un ligero castigo. Aconsejábale hacer examinar este asunto en Berito, por sus amigos y otras personas respetables, por los gobernadores de Siria y de las provincias vecinas, y principalmente por Arquelao, rey de Capadocia.

Herodes convocó las personas designadas, excluyendo, sin embargo, á Arquelao, al cual le atribuía cierta parcialidad por sus hijos. No olvidó, con todo, designar entre los jueces á Salomé y Feroras. Los acusados no estaban presentes. Se les tenía en una isla vecina bajo pretexto de poder ser fácilmente conducidos cuando se juzgara conveniente. El padre defendió él mismo su causa delante de una asamblea de más de quinientas personas, con tal cólera y arrebato, que todos los oyentes quedaron indignados. Hizo toda clase de esfuerzos para hacer condenar á sus hijos á muerte, añadiendo que en su cualidad de rey los habría ya hecho morir á no haber preferido instruir formalmente su proceso á fin de que no se le acusase de injusticia. Dividiéronse las opiniones de los jueces. Saturnio, cónsul en otro tiempo, declaró que los príncipes merecían algún castigo, pero no el de muerte. Sus tres hijos, lugartenientes suyos á la sazón, opinaron como él; pero Volunio condenó á los dos príncipes al último suplicio. Su parecer fué seguido por todos los otros jueces, que permitieron á Herodes hacer ejecutar la sentencia cuando y como lo juzgara conveniente.

Nicolás de Damasco, á su regreso de Roma, trató vanamente de apartarle del sanguinario proyecto de hacer matar á sus hijos. De nada sirvió asegurarle que tal proyecto era condenado en Roma. El furor de Herodes fué implacable. Todo el mundo le tenía horror, pero nadie osaba contradecirle. Un viejo soldado, llamado Tirón, se atrevió, con todo, á darle á entender que su crueldad para con sus hijos sublevaría de indignación al pueblo y á los jefes del ejército. Inmediatamente fueron éstos detenidos y muertos. Tirón mismo. por la malicia de Salomé, fué acusado de haber inducido al barbero de Herodes á cortarle la garganta. Herodes ordenó que se diese tormento á este barbero y á Tirón y su hijo, joven de la edad de Alejandro. Los horribles tormentos de Tirón conmovieron de tal manera á su hijo que éste se acusó de haber formado, sin saberlo su padre, el designio de matar á Herodes para salvar á Alejandro. Sólo el rey dió crédito á tal deposición. Los dos príncipes fueron llevados á Sebaste, ó Samaria, y estrangulados allí por orden de su padre, el séptimo año antes de la Era cristiana. Sus cuerpos fueron depositados de noche en el castillo de Alejandrión, y enterrados en la tumba de su abuelo materno y de la mayor parte de sus antepasados (1).

Así un extranjero vertió hasta la última gota de sangre de los Macabeos, á los que el pueblo de Judá había confiado el cetro mientras se levantaba el Profeta fiel. Así un idumeo, Herodes, tan cruel con su pueblo como con su familia, reinaba por la sola voluntad de Roma sobre súbditos que le aborrecían, mostrando á los menos perspicaces que el

(1) Joseph., *Antiq.*, c. XVI y XVII.

Digitized by Google

cetro salía de Judá, y por consiguiente, que se aproximaba el tiempo en que había de venir el Mesías, el Príncipe de la paz, para someter todas las naciones á su imperio.

16. De este modo el universo parecía marchar delante de este rey de los siglos. Roma, después de setecientos años de guerras, apenas interrumpidas dos veces, acababa de cerrar el templo de Jano por mano de Augusto. Salvo algunos combates en las fronteras, estaba en paz todo el mundo romano. Y este mundo comprendía entonces Italia, que le servía de centro, Africa, España, las Galias, una parte de la Gran Bretaña y de la Germanía, la Grecia, el Asia Menor, el Egipto, la Judea, la Fenicia y la Siria hasta el Eufrates. El resto del universo si no se hallaba también directamente sometido á Roma, solicitaba, al menos, su amistad y alianza. Candace, reina de Etiopía, enviaba embajadores á Augusto para pedirle la paz; Aretas, nuevo rey de los árabes, para ser confirmado en el trono; Tigrano, rey de Armenia, venía con el mismo objeto en persona; Fraates, rey de los partos, para obtener la paz y aun el apoyo de César, le enviaba las enseñas y prisioneros del ejército de Craso, con sus cuatro hijos como rehenes. La nación de los medos, por su propia solicitud, recibía de sus manos por rey á Arhabán, hijo de Artabaze (1). Los escitas y los sármatas, sólo conocidos de oídas, solicitaron también su amistad. Los reyes de la India le diputaron hasta dos embajadas para hacer con él tratos de amistad y alianza. Uno de ellos, llamado Poro, decía en su carta que aun siendo él, como era, jefe de seiscientos reyes, concedía gran valor á la amistad de César, y le ofrecía voluntariamente un libre paso á través de sus tierras y su asistencia en todas partes donde conviniera (2). Ni aun los pueblos más apartados de Oriente, los Seres, ó chinos, dejaron de solicitar la amistad de Roma y de Augusto. Un autor romano lo dice expresamente (3), y los anales de China nos muestran cómo esto debió suceder. Hacia el tiempo donde Pompeyo extendía la dominación romana hasta el borde occidental del mar Caspio, los ejércitos chinos se aproximaban al borde oriental del mismo. Los dos imperios estuvieron á punto de chocar el uno con el otro. Los chinos llegaron así á conocer el imperio romano, del que formaron tan alta idea que en sus historias le designan con el nombre de Ta-Thsin, ó la Gran China. "Todo lo que hay de precioso y admirable en los otros reinos extranjeros —se dice en aquéllas—viene de este país. Allí se fabrica moneda de plata y oro. Diez piezas de plata valen una de oro. Los negociantes de Ta-Thsin trafican por mar con la Persia y la India y ganan en su comercio diez por uno; son sencillos y rectos y no tienen dos precios para las mercancías. Los granos se venden entre ellos á muy bajo precio, y hay grandes capitales en circulación. Cuando los embajadores llegan á las fronteras de su imperio se les suministran carros para ser conducidos á la ca-

(1) *Tablas de Augusto.*
(2) Strab., lib. V, c. II. Dion Cass., lib. LIV, n. 9.
(3) Floro, lib. IV, c. XII.

Digitized by Google

pital; y una vez en ella se les entrega el dinero suficiente para sus gastos„ (1). Tal es la idea que los chinos tuvieron de los romanos. Por su parte éstos miraron á los Seres, ó chinos, como los más justos de los hombres. Los griegos y los latinos los conocían bajo el nombre de *Seres,* porque la seda que originariamente les vino de ellos se llamaba y se llama aún con este mismo nombre, ó con otro parecido, en la mayor parte de Asia. Los partos servían de intermediarios en este comercio entre los romanos y los chinos (2).

Así, pues, en el momento en que Augusto cerraba el templo de la guerra, dos imperios inmensos, Roma en Occidente y la China en Oriente, estimándose recíprocamente, se daban la mano, por decirlo así, para dominar el universo entero y sojuzgarlo. Una misma esperanza reinaba en ambos imperios. La China, con Confucio, esperaba el Santo del lado de Occidente; Roma aguardaba un Dominador del lado de Oriente. Ni uno ni otro se engañaban. Y esto mismo, que era como el fondo de las inmensas epopeyas de la India, la encarnación de la Divinidad estaba realmente para cumplirse entre el Oriente y el Occidente: en la Judea.

La esperanza general de las naciones era, en efecto, la especial esperanza del pueblo judío, y este pueblo, repartido en todas partes, aumentaba aún más la general esperanza. Hemos visto uno de sus Pontífices-reyes, Aristóbulo, aprisionado en Roma por Pompeyo, puesto en libertad por Julio César; otro, Hircano II, honrado en Babilonia por el rey de los partos y venerado por los judíos de la Persia, de la Media y del resto del Asia. Sólo los judíos tenían el privilegio en todo el imperio romano de reunirse en asambleas públicas y hacer colectas para su Templo. Hemos visto también cuán numerosos eran en Roma. Su misma religión, lejos de ser desconocida no dejaba de extenderse y de hacer prosélitos. Uno de los más grandes poetas de su tiempo, Horacio, nos representa á uno de sus amigos que, por seguir la religión de los judíos, dificultaba entablar un negocio en la época de su trigésimo sábado, ó su fiesta de Pascua (3). Nos los muestra además, por otra parte, usando de cierta violencia para atraer á los demás á su culto (4). César Augusto asignó de sus rentas propias, y para ofrecer diariamente en el Templo de Jerusalén, un toro y dos corderos en holocausto al Dios altísimo invisible (5). La emperatriz, su mujer, que tenía una esclava judía, honró el mismo Templo con un gran número de vasos de oro. Después de Roma, Atenas era siempre la ciudad más influyente sobre las opiniones humanas. Pero los judíos tenían una sinagoga en Atenas; las relaciones entre Atenas y Jerusalén eran tan cordiales y amistosas que los atenienses honraron con una corona de oro y una estatua de bronce al Pontífice y príncipe de los judíos, Hircano II, en reconocimiento de la benevolencia con que había recibido no

(1) Klaproth., *Tableaux hist. de l'Asie*, p. 68.
(2) Ibid, p. 58.
(3) Hart., *Sat.*, IX.
(4) *Sat.*, IV.
(5) Philon., *Legat. ad cai.*

Digitized by Google

solamente sus embajadores sino á todos los particulares que iban allí á verle (1). Por lo que hace á Alejandría, capital de Egipto, y la ciudad más comercial entonces del universo, ya hemos podido observar más de una vez cuán numerosos eran y de cuánto crédito gozaban en ella, viéndoles, como los vemos frecuentemente, mandar los ejércitos. En fin, Estrabón decía en general "que los judíos se hallaban repartidos en todas las ciudades, y que no era fácil encontrar un lugar en toda la tierra que no los hubiese recibido y donde no se hubieran sólidamente establecido; que el Egipto, la Cirenaica y otras varias comarcas habían abrazado sus costumbres„ (2). Estrabón escribía en tiempo de Pompeyo y de César.

Mas los judíos, así repartidos en todas las ciudades del universo, esperaban al Redentor con esperanza siempre creciente. Daniel les había enseñado que antes del establecimiento del imperio de Jesucristo, cuatro imperios se sucederían en el mundo; pero el cuarto, que debía ser de hierro, y que lo era en efecto, el imperio romano, acababa de hollar y devorar toda la tierra. Hay más: el mismo Daniel había anunciado que desde el decreto para reedificar los muros de Jerusalén hasta Cristo, pasarían sesenta y nueve semanas de años, ó sean, cuatrocientos ochenta y tres años. Desde que Nehemías hubo comenzado á reedificar los muros de la ciudad santa, bajo el reinado de Artajerjes Longimano, habían ya transcurrido cerca de cuatrocientos cincuenta años. Era, pues, dentro de los treinta y tres años siguientes cuando Jesucristo debía manifestarse como Redentor de Israel. La profecía de Jacob venía en apoyo de esto. El santo patriarca había predicho que el cetro no saldría de Judá hasta el advenimiento del Mesías, que sería el esperado de las naciones. Mas el cetro de Judá, á pesar de Judá mismo, había pasado ya á las manos de un idumeo, Herodes, aunque éste no le tuviera sino por la influencia y el consentimiento de Roma. Todo, pues, se juntaba para convencer á los judíos que los tiempos predichos por los profetas, figurados por los patriarcas, deseados por todos los justos, estaban á punto de cumplirse. Ya, en efecto, un santo varón había tenido una revelación de que no moriría sin antes haber visto el Cristo del Señor.

Ahora, pues, los judíos que afluían todos los años á Jerusalén con sus ofrendas, no ya solamente de todas las partes del país de Canaán, como otras veces, sino de todas las partes del mundo, de Italia, de la Grecia, del Asia Menor, de Africa, de Egipto, de la Etiopía, de la Arabia, de Babilonia, de Persia y de más apartadas regiones, ¡con cuánta diligencia y en cuánto número no acudirían cuando todos esperaban ver allí pronto á Aquel que aguardaban hacía tantos siglos! ¡Con qué santa alegría, con qué ardiente curiosidad no deberían entretenerse con esta común y próxima esperanza, en el seno de la familia y durante el camino, en la misma ciudad santa y á su regreso! Este movimiento extraordinario, esta conversación siempre resonante de un pueblo repartido por toda la tie-

(1) Joseph., *Antiq.* lib. XIV, c. XVI.
(2) Ibid, lib. XIV, c. XII.

Digitized by Google

rra, que en todas partes tenía prosélitos, debió despertar en todos los otros pueblos las antiguas tradiciones, los recuerdos medio borrados de un Redentor prometido desde el origen del mundo; de este hijo de la mujer que debía aplastar la serpiente; el hijo de Abrahán, en quien debían ser benditas todas las naciones de la tierra; de esta escala de Jacob, de este cetro ó Rey de Israel, que un profeta de la gentilidad, Balaán, había anunciado quince siglos antes sobre los bordes del Tigris y del Eufrates.

El estado intelectual del mundo facilitaba el recuerdo de estas antiguas tradiciones. Corría un siglo en el cual, tanto en la China como en la India y en Roma, florecían las letras, las ciencias y las artes. En China, donde á la sazón escribía su gran historiador, Ssema-Thsian, la historia antigua, podía recordarse más fácilmente que Confucio esperaba al *Santo* del lado de Occidente, y que, según los antiguos jeroglíficos, el Santo debía nacer de una Virgen. La India, que veía entonces brillar más de un poeta, podía también más fácilmente recordar el pensamiento que domina en sus inmensos poemas, la encarnación de la Divinidad. Las sibilas, tan acreditadas en el Occidente, aunque no designaran ninguna persona ciertamente conocida, eran probablemente, al menos en parte, las profecías verdaderas repartidas entre los griegos y romanos por los judíos y sus prosélitos. Cuando Virgilio, apoyado en estas predicciones, cantaba á un niño que nacería para hacer cesar el siglo y volver la Edad de oro, que iba á borrar todos los vestigios de nuestro crimen, librar la tierra del terror y reinar sobre el mundo pacificado; cuando mostraba toda la naturaleza, alegrándose en la esperanza del siglo que iba á empezar, cantaba la verdad sin saberlo (1). Y lo mismo Cicerón cuando por el mismo tiempo decía: "No habrá una ley en Roma, otra en Atenas, una ahora, otra después; sino que una misma ley eterna, inmutable, regirá todos los pueblos y todos los tiempos, y su autor, el promulgador de esta ley, Dios, será sólo Señor común y soberano monarca de todos; cualquiera que rehusara obedecerle huirá de sí mismo, y renunciando á la naturaleza humana por esto sólo, sufrirá muy grandes penas, aunque escapase á los suplicios de aquí abajo„ (2). ¿No parecen estas palabras un comentario á estas profecías de Isaías: "Y en los últimos tiempos todas las naciones acudieron y la muchedumbre de pueblos se puso en camino, y dirá: Venid y subamos á la montaña del Eterno y á la casa del Dios de Jacob; que él nos enseñará sus vías y marcharemos por sus senderos, porque la ley saldrá de Sión y la palabra del Eterno de Jerusalén„? (3). ¿No parecía, en fin, que la humanidad entera se juntaba á la posteridad de Jacob para exclamar con los patriarcas y los profetas: "Cielos, teñiros de color de rosa y que las nubes lluevan el Justo. ¡Que la tierra se abra y produzca al Salvador!„? (4).

---

(1) Eglog. VI.
(2) Cic., *De rep.*, lib. III, apud Lact. *Institut. div.*, lib. VI, c. VIII.
(3) Isaias, II, 2 y 3.
(4) Ibid, XLV, 5.

Digitized by Google

LIBRO XXIII

Digitized by Google

SUMARIO

1. Principio del Evangelio de San Juan. Los emblemas de los cuatro evangelistas. El Verbo. Su generación eterna. Diferencias entre su ser y el de las criaturas. Parte que le corresponde en la creación del universo. Su poder vivificante é iluminativo y vida de todas las cosas que se da en El. Sus destellos en el orden moral y embotamiento culpable de los hombres. Eminentes prerrogativas de los que le atienden. Su Encarnación Caracteres que le distinguen de las anteriores manifestaciones de la Divinidad.—**2.** San Juan Bautista, anunciado por los profetas Visión de su padre Zacarías. Presagios de su sublime destino. **3.** La Anunciación. Eva y María. De la devoción á la santísima Virgen La Visitación.—**4.** Nacimiento, circuncisión y primeros años de San Juan Bautista. **5.** Inquietudes y visión de San José.—**6.** Edicto de César Augusto. María y José en Belén. Natividad de nuestro Señor. Visión y adoración de los pastores. **7.** La Circuncisión de nuestro Señor. La adoración de los Reyes Magos.—**8.** La Purificación de nuestra Señora. Cántico de Simeón. Ana la profetisa.—**9.** La huída á Egipto. Degollación de los santos Inocentes. Crueldad y muerte desventurada de Herodes. Regreso á Judea Del título de Nazareno dado á Jesucristo. **10.** Jesús disputa en el Templo con los doctores. Su vida oculta. Epoca de la muerte de San José. La familia de Herodes.—**11.** Predicación de San Juan Bautista. Bautismo de nuestro Señor. Manifestación de la Beatísima Trinidad. Efectos del Bautismo.—**12.** De cuándo empezó la Era cristiana.—**13.** La genealogía de nuestro Señor, según San Mateo y según San Lucas Explicación.—**14.** Ayuno y tentación de Cristo y reflexiones que sugieren.—**15.** Confesión de San Juan Bautista. Primeros discípulos de Jesucristo.—**16.** Las bodas de Caná. De la intercesión de la santísima Virgen.—**17.** Cristo arroja del Templo á los mercaderes y anuncia á los judíos su Resurrección.—**18.** Su conversación con Nicodemo.—**19.** Nueva confesión de San Juan Bautista. Cristo habla á la samaritana en el pozo de Jacob. Curación del hijo de un señor de Cafarnaum.—**20.** Principio de la predicación de nuestro Señor. Vocación de San Pedro, San Andrés y los dos hijos del Zebedeo. Los grandes y los pequeños en el reino de Cristo. Libra del demonio á un poseído en la Sinagoga de Cafarnaum. Curación de la suegra de Simón. Nueva predicación. Más curaciones y otras liberaciones de endemoniados. La pesca milagrosa, símbolo de la historia de la Iglesia.—**21.** Curación de un leproso, y física y moral de un paralítico. Vocación de San Mateo. Respuesta á las acusaciones de los fariseos.—**22.** Curación del paralítico de la piscina. Persecución de los judíos contra Cristo y justificación de nuestro Señor. Justifica á sus discípulos que recogían espigas en sábado. Curación de un hombre que tenía la mano seca. Nueva predicación y nuevas curaciones. Elección de los doce Apóstoles.—**23.** Sermón de la montaña. Curación de un leproso. **24.** El centurión de Cafarnaum. Resucita el hijo de la viuda de Naím. Respuesta que obtuvieron los enviados de San Juan Bautista. Elogio del mismo. Maldición contra las ciudades incrédulas.—**25.** La Magdalena. Sana Cristo á un endemoniado que estaba sordo y mudo. Respuesta á las envidiosas calumnias de los fariseos En qué consiste el pecado contra el Espíritu Santo y en qué sentido es irremisible. La Madre y los hermanos de Jesucristo —**26.** Parábolas del sembrador, del trigo y la cizaña, del grano de mostaza, del tesoro, de la perla y de la red. Por qué Cristo hablaba á los judíos solamente en parábolas. Nuestro Señor calma una tempestad y libra del demonio á un poseído del país de los gerasenos. Curación de la hija de Jairo, de la mujer que padecía de flujo de sangre, de dos ciegos y de un endemoniado mudo. Incredulidad de los moradores de Nazaret.—**27.** Misión é instrucciones dadas á los doce Apóstoles y reflexiones que sugieren. Muerte de San Juan Bautista.—**28.** Multiplicación de los panes. Cristo camina sobre el agua y anuncia la institución de la Pascua cristiana. Incredulidad de algunos de sus discípulos. Reflexiones acerca de la Eucaristía.—**29.** Refutación de las acusaciones de los fariseos. Qué cosas son las que manchan al

Digitized by Google

hombre. Por qué condenó nuestro Señor con tanta energía las vanas tradiciones de los fariseos. Es oída la Cananea y curado un sordo-mudo.—**30**. Nueva multiplicación de los panes. Contestación á las preguntas indiscretas de los saduceos y fariseos. La levadura de los fariseos. Curación de un ciego.—**31**. Confesión de San Pedro y promesa de Jesucristo Nuestro Señor anuncia su Pasión á los Apóstoles. Necesidad y dicha de renunciarse á sí mismo. La Transfiguración. Observaciones acerca de este misterio. Curación de un endemoniado. Cristo anuncia nuevamente á los discípulos su Pasión y Resurrección.—**32**. Milagro para el pago del tributo. La humildad enseñada á los Apóstoles. Anatema contra los escandalosos. La conversión de los pecadores. Objeto de la Encarnación. La autoridad de la Iglesia. Parábola del deudor insolvente. La dulzura enseñada á los Apóstoles Necesidad del renunciamiento absoluto.—**33**. Son elegidos y reciben instrucciones setenta y dos discípulos. De qué debemos gozarnos más. Poder del Hijo de Dios. Suavidad del yugo del Evangelio. Parábola del samaritano.—**34**. Marta y María. La vida activa y la contemplativa. La oración dominical. Necesidad de perseverar en la oración. Anatema contra los fariseos y los doctores de la Ley. A quién se ha de temer. Providencia de Dios. Autoridad judicial de Jesucristo. Inutilidad de la avaricia y de los cuidados materiales. Que se ha de vivir vigilantes. La caridad y la división traídas al mundo por Jesucristo. La paz de la conciencia es obligatoria. Parábola de la higuera estéril.—**35**. Secta de Judas gaulonita. Impenitencia de los judíos. Curación de una mujer enferma. Corto número de los elegidos. Quejas de nuestro Señor acerca del endurecimiento de Jerusalén y anuncio de la Pasión. Curación de un hidrópico. Parábola de los primeros y los últimos lugares. Exhortación al desinterés en la invitación á los banquetes. Parábola del festín del padre de familia, figurativa de la historia de la Iglesia. Que no se ha de acometer lo que no se puede consumar.—**36**. El pastor que perdió una oveja y la mujer que perdió una dracma. Parábolas del hijo pródigo y del mayordomo infiel. Indisolubilidad del matrimonio. Abusos de la Sinagoga en esta materia. Tres clases de eunucos. Parábola del rico avariento y de Lázaro. Anatema contra el escándalo. Poder de la fe. Siervos inútiles somos.—**37**. Jesucristo en la fiesta de los tabernáculos. División de los judíos tocante á Cristo Predica en el Templo. Diversos pareceres del pueblo acerca de nuestro Señor Inútilmente envían soldados á que le prendan. La mujer adúltera. Jesucristo, luz del mundo. Verdad de su testimonio. Su misión. La verdadera libertad. Los hijos de Dios y los hijos del demonio. Jesucristo, anterior á Abrahán. Huye de los judíos. El ciego de nacimiento.
38. El verdadero pastor y el ladrón. El buen pastor y el mercenario. Cristo vuelve á anunciar su Resurrección á los judíos. Los diez leprosos. Futura venida de Cristo. Parábolas del juez inicuo y la viuda, y del fariseo y el publicano. Jesucristo declara su divinidad á los judíos y huye de ellos Nuestro Señor bendice á los niños.—**39**. Medios de alcanzar la perfección. Dificultad para los ricos de entrar en el reino de Dios. Promesas á los Apóstoles y sus imitadores Parábola de los jornaleros y del padre de familia. Resurrección de Lázaro. Decreta contra Jesús la asamblea de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos.
40. Nuevamente anuncia Cristo á sus Apóstoles su Pasión y Resurrección. Ambición de los hijos del Zebedeo. Grandeza de la Iglesia cristiana. El ciego de Jericó. Jesucristo en casa de Zaqueo. Parábola de los talentos. Dos ciegos recobran la vista. María unge los pies de nuestro Señor, de lo que murmura Judas. Respuesta de Jesucristo.—**41**. El día de Ramos. Jesús llora sobre Jerusalén. Cojos y ciegos sanados. Murmuran de ello los príncipes de los sacerdotes y Cristo les reprende. Anuncia sus padecimientos y sus efectos. Incredulidad de la mayor parte de los judíos Veracidad y cumplimiento de la palabra de Cristo. La higuera estéril, imagen de la Sinagoga. Jesucristo arroja del Templo á los vendedores. Poder de la fe. Necesidad del perdón de las ofensas para obtener misericordia.—**42**. Bautismo de San Juan. Apartamiento de los judíos del reino de Dios. Parábola de los vendimiadores homicidas. La piedra angular Parábola del festín de boda. Del tributo debido al César. Dos objeciones de los saduceos á la resurrección y respuesta á las mismas. La resurrección está considerada en la Sagrada Escritura como una consecuencia del dogma de la inmortalidad del alma. El mayor de todos los Mandamientos.—**43**. Cristo, hijo y Señor de David. Que se debe hacer lo que dicen los fariseos, mas no lo que hacen. Anatemas de Jesucristo contra los fariseos. Corrupción de la Sinagoga. El óbolo de la viuda.—**44**. Predicción de la destrucción del Templo. Señales del fin del mundo. Anuncio de la ruina de Jerusalén. Los falsos profetas del porvenir.

Digitized by Google

Exhortación á permanecer vigilantes. Relación y diferencia entre la ruina de Jerusalén y el fin del mundo. El siervo negligente. Las vírgenes prudentes y las vírgenes necias. Parábola de los talentos. Separación de los buenos y los malos en el juicio final.—**45.** Consejo que tuvieron los príncipes de los sacerdotes para prender á Jesús. Traición de Judas. Celebración de la Pascua. Cristo lava los pies á los Apóstoles. Institución de la Eucaristía. La Eucaristía. Cumplimiento y figura. Cristo anuncia la traición de Judas.—**46.** La manera de ser grande en la grey cristiana. San Pedro recibe la promesa de la indefectibilidad. La caridad mutua recomendada á los cristianos. Jesucristo anuncia á San Pedro sus negaciones. Unión de los hombres con Dios Padre por medio del Hijo. Vida y unidad de todos en Jesucristo. Odio del mundo al divino Maestro y sus discípulos. El mundo convicto de iniquidad por el Espíritu Santo. Promesas del mismo Espíritu.—**47.** Relaciones de las tres divinas Personas. Nuevo anuncio de persecución. Exhortaciones á orar y tener confianza. Protestas de San Pedro. Oración de Cristo á su Eterno Padre.—**48.** Jesucristo en el Huerto de las Olivas. Su agonía. El beso de Judas. Jesucristo se entrega á los soldados. Abnegación de San Pedro. Curación de Malco. Huída de los discípulos. Jesucristo en casa de Anás y Caifás. Caída y arrepentimiento de San Pedro. Jesucristo es llevado á Pilato. Arrepentimiento y desesperación de Judas. Las dos realezas de Cristo. Es llevado de Pilato á Herodes y de Herodes á Pilato. Es pospuesto á Barrabás. Los azotes. La coronación de espinas. Debilidad de Pilato. Doble manera de contar las horas entre los romanos.—**49.** Jesucristo con la cruz á cuestas. Simón el Cirineo. Las santas mujeres de Jerusalén. Por qué se negó Jesucristo á beber. La crucifixión. Cumplimiento de las figuras y las profecías. Ruega Cristo por sus verdugos. La inscripción de la santa Cruz. Echan suertes sobre las vestiduras de Cristo. Blasfemias de los sacerdotes y del pueblo. El buen ladrón. La Virgen queda confiada á San Juan. El eclipse de sol. El Salmo XXI. Dan á beber á Cristo hiel y vinagre. Su muerte. Prodigios que siguieron. Conversión del centurión. Atraviesan el costado de Cristo con una lanza. El santo sepulcro. Cristo desciende á los infiernos.—**50.** Terremoto. Las santas mujeres y los dos Apóstoles en el sepulcro. Se aparece Cristo á María Magdalena y á las otras santas mujeres. Artificios de los sacerdotes para ocultar la Resurrección de Cristo. Los discípulos de Emaus. Cristo en medio de los Apóstoles. Les confiere autoridad para perdonar los pecados. Incredulidad de Santo Tomás. **51.** La pesca milagrosa. San Pedro es instituído Pastor universal. Nueva aparición á los Apóstoles en Galilea. Su misión. Promesa de enviarles el Espíritu Santo. La Ascensión.

Digitized by Google

LIBRO XXIII

Jesucristo.

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.

„El estaba en el principio en Dios.

„Por El fueron hechas todas las cosas, y sin El no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas.

„En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y esta luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la han recibido.

„Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan. Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, á fin de que por medio de él todos creyesen. No era él la luz, sino enviado para dar testimonio de la luz.

„Era *(el Verbo)* la luz verdadera, que alumbra á todo hombre que viene á este mundo (1). En el mundo estaba, y el mundo fué por El hecho, y el mundo no le conoció. Vino á su propia casa, y los suyos no le recibieron. Pero á todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar á ser hijos de Dios; los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios.

---

(1) Para precaver el abuso que algunos han hecho de este texto por varias maneras, téngase presente el notable pasaje de San Cirilo Alejandrino, que en su admirable comentario de San Juan, dice así: "Dei Verbum illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum, non docendo, ut Angeli, verbi gratia, vel homines, sed potius ut Deus, creando, unicuique rei in ortum eductae sapientiae, sive cognitionis divinae semen indit et intelligentiae radicem inserit atque ita rationale animal efficit, naturae illud suae participem reddens et inneffabilis sui splendoris lucidos veluti quosdam vapores ejus animo immitens ea ratione ac modo, quo ipse novit... iluminat igitur ut *Opifex* Filius... scilicet, creando animam illuminare, per naturale lumen rationis.„ Cp. Perrone, *De analogia rationis et fidei*, núm. 129, in nota.—*(Nota del Censor de la presente edición.)*

Digitized by Google

„Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros: y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual el unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad„ (1).

Así comienza su Evangelio, ó sea su narración de la buena nueva, San Juan, Apóstol, el discípulo amado del Salvador. Había descansado sobre el corazón de su Maestro cuando en la última cena instituyó Este el Sacramento del infinito amor; habíanse abierto los cielos ante su profética mirada cuando se hallaba desterrado en la isla de Patmos; pero ahora, cuando escribe su Evangelio, diríase que penetran sus ojos los arcanos mismos de la Divinidad.

Suelen compararse los cuatro Evangelistas á las cuatro simbólicas figuras con que Ezequiel nos describe el carro de Dios; parecen ser allí: el hombre, emblema de San Mateo, el cual comienza con la genealogía humana de Cristo; el león, emblema de San Marcos, que principia por la voz del que clama en el desierto; el buey, animal del sacrificio, emblema de San Lucas, que empieza con el sacrificio de Zacarías, y el águila, emblema de San Juan, que con atrevido vuelo se eleva sobre todas las criaturas hasta el seno de la Divinidad, como si de frente la contemplase. Habiendo leído un filósofo platónico las palabras de esta águila divina, exclamó que merecían ser grabadas en letras de oro y colocadas en los sitios más conspicuos en todas las iglesias (2). ¡Con cuánta más razón no deberemos nosotros, con singular estima, escribirlas y meditarlas en nuestras almas!

Primeras palabras de Moisés refiriendo la creación del mundo: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra.* Primeras palabras de San Juan refiriendo la generación del Verbo Eterno: *En el principio era el Verbo.* Las tres palabras: *En el principio creó Dios,* y estas otras tres: *En el principio era el Verbo,* ofrecen manifiesta correspondencia. La primera: *En el principio,* es la misma en Moisés que en San Juan.

Hemos visto con los santos Padres, que la primera palabra de Moisés: *En el principio*, tiene tres sentidos igualmente verdaderos: en el principio ó el comienzo de los tiempos, en el principio ó el comienzo de las cosas, en el principio ó el Verbo Eterno, Dios creó el cielo y la tierra.

Vemos con los santos Padres también que la primera palabra de San Juan: *En el principio*, tiene los tres sentidos igualmente verdaderos: en el principio ó el comienzo de los tiempos, en el principio ó el comienzo de las cosas, en el principio, ó el Padre, *era el Verbo* (3).

El Padre es el principio del Hijo, porque el Hijo procede del Padre; el Padre y el Hijo son el principio del Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Hecha nuestra alma á imagen de

---

(1) Joann., I, 1-14.
(2) August., *De Civit. Dei*, lib. X, cap. XXIX.
(3) Clem Alex., *Ad gent.*, pár. V; Orig., *in Joann.*, tract. I; Cyrill, *in Joann.*, lib. I, cap. I; Greg. Niss., *Orat. ad Simplicium.*; Aug., *De Trin.*, lib. VI, cap. III; Beda, etc.

Digitized by Google

Dios, nos presenta cierta semejanza de la adorabilísima Trinidad. El alma es, se conoce á sí propia, se ama; se conoce, porque es; su conocimiento, su idea, su palabra interior, su verbo, proceden de su ser; se ama, porque es y se conoce; su amor procede de su ser y de su conocimiento. Y su ser, y su pensamiento, y su amor, aunque realmente distintos, son substancialmente la misma cosa, la misma alma. Y este pensamiento que procede del ser, queda en él, sin embargo; y este amor que procede del ser y del pensamiento, queda en uno y en otro. Misterio que no comprendemos; pero que nos hace comprender cómo, no pudiendo comprendernos á nosotros mismos, no debe maravillarnos el que no podamos comprender á Dios.

El Padre es el principio generador del Hijo, que es coeterno con él; el Hijo es el principio creador del mundo, que fué creado en el tiempo. La fuerza de nuestra alma es el principio de nuestro pensamiento, que es distinto é inseparable de ella; nuestro pensamiento es el principio de las obras que realizamos á lo exterior, conforme al modelo que es nuestro mismo pensamiento. De modo que el mismo apóstol (1) llama al Verbo divino: *El principio de las criaturas de Dios;* el principio de las criaturas que Dios ha realizado á lo exterior. En este principio, según el santo doctor, creó Dios el cielo y la tierra.

Además de este sentido más alto, que los Padres de la Iglesia reconocen en la primera palabra de Moisés y de San Juan, hay todavía otro ú otros dos igualmente dignos de atención. Dijo Moisés: *En el principio*—es decir, en el comienzo de los tiempos y de las cosas—*crió Dios el cielo y la tierra.* San Juan dice, por contraposición: *En el principio*—en el comienzo de los tiempos y de las cosas—*era el Verbo.* No ha habido jamás tiempo en que el Verbo no fuese; pues que al comienzo de los tiempos, cuando el cielo y la tierra fueron creados, *era el Verbo;* no comenzaba, *era;* no se le creaba, no se le hacía, *era.* ¿Y qué era? *El Verbo,* la palabra interior, el pensamiento, la razón, la inteligencia, la sabiduría; *el Verbo,* la palabra, el pensamiento eterno y substancial de Dios.

Y el Verbo estaba en Dios, con Dios, permaneciendo en Dios, como una persona que era en Dios como una persona, y persona distinta, que era Dios. Y su persona era persona divina, pues el Evangelio añade: *Y el Verbo era Dios.* Dios en Dios, Dios de Dios, engendrado de Dios, subsistente en Dios, Dios como El, *bendito sobre todas las cosas por siempre jamás. Amén.* "Así es„, dice San Pablo (2).

Insiste el Evangelio: *El estaba en el principio en Dios.* Subid al comienzo de todas las cosas, penetrad con el pensamiento tan lejos como podáis, llegad al comienzo del género humano, *era el Verbo;* retroceded al primer día, cuando Dios dijo: "Sea hecha la luz„, *era el Verbo;* pasad, seguid hasta antes de todos los días más allá de ese primer día, cuando todo estaba en confusión y tinieblas, *era el Verbo.* Cuando fueron crea-

(1) Apoc., III, 14.
(2) Rom., IX, 5.

Digitized by Google

dos los ángeles en la verdad, en la cual Satanás y los compañeros de su maldad no permanecieron, *era el Verbo*. Al principio, antes de todo lo que tuvo principio, *era el Verbo*. Era solo, en su Padre, con su Padre, en el seno de su Padre: *era*. ¿Y qué era él? ¿Quién podrá decirlo? ¿Quién nos relatará, quién nos explicará, su generación? *Era*, porque, como su Padre, *es el que es;* el perfecto, el existente, el subsistente, el ser mismo. ¿Pero qué era El? ¿Quién lo sabe? Lo que sabemos es que existía, que era, pero que era engendrado de Dios, consustancial al Padre, esto es: que era Dios y que era Hijo.

Por Él fueron hechas todas las cosas, y sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas. Concibamos, si nos es posible, la diferencia que va del que era, á todo cuanto ha sido hecho. ¡Cuán inmensa distancia de lo uno á lo otro! *Ser:* he aquí lo que le cuadra al Verbo; *ser hecho,* eso es lo que corresponde á la criatura. Era, pues, como procedía que fuese Aquel por quien debían ser hechas todas las cosas, y sin el cual no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas. "Pues por él—dice San Pablo—fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, ora sean tronos, ora dominaciones, ora principados, ora potestades; todas las cosas fueron creadas por el mismo y en atención á él mismo; y así El tiene ser ante todas las cosas y todas subsisten por El„ (1). *Sin Él no se ha hecho cosa alguna. Sin Él;* luego otra persona hacía con El, y El hacía con otra persona. Esa otra persona es el Padre, *porque todo lo que Éste hace lo hace igualmente el Hijo* (2). Es la sabiduría eterna que el Padre ha engendrado en su seno, que ha sido concebida y nacida antes que los collados, que está con El, y con El ordena y dispone todo, que se huelga en su presencia, y se deleita con la variedad de sus designios y de sus obras (3). Por eso nos pone Moisés aquella palabra del Padre al Hijo y al Espíritu Santo, palabra de igual á igual: "Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra„ (4).

En El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres. Llamamos vida en las plantas al crecer y producir hojas, yemas y frutos. ¡Vida grosera! ¡Vida muerta! Llamamos vida al ver, gustar, sentir, ir acá y allá, según el impulso recibido. ¡Vida animal y muda ésta! Llamamos vida al entender, conocer, conocerse á sí mismo, conocer á Dios, desearle, amarle, querer ser feliz en El, serlo por su posesión; ésa es la vida verdadera. Mas ¿dónde está su fuente?

¿Quién sino el Verbo es el que se conoce, se ama á sí mismo, y goza de sí mismo? En El estaba, pues, la vida. Mas ¿de dónde dimana ésta sino de su eterna y viva generación? Procediendo vivo de un Padre vivo, del cual dijo El mismo: *Porque así como el Padre tiene en sí mismo la vida; así también ha dado al Hijo el tener la vida en sí mismo* (5). No

(1) Coloss., I, 16-17.
(2) Joann., V, 19.
(3) Prov., VIII, 22.
(4) Gen., I, 26.
(5) Joann., V, 26.

Digitized by Google

le dió la vida como quien la saca de la nada; le dió la vida de su vida y propia substancia, y como El es fuente de vida, dió á su Hijo ser fuente de vida. Así, esta vida de la inteligencia es *la luz que ilumina á todo hombre*. De la vida de la inteligencia, de la luz del Verbo, ha provenido toda inteligencia y toda luz (1).

Brilló esta luz de vida en el cielo en los esplendores de los santos, en las alturas, en los espíritus elevados, en los ángeles; pero quiso lucir también entre los hombres, tornados en tinieblas por el pecado. Esa misma luz y eterna sabiduría nos dice: "Yo salí de la boca del Altísimo, engendrada primero que existiese ninguna criatura. Yo hice nacer en los cielos la luz indeficiente, y como con una niebla cubrí toda la tierra. En los altísimos cielos puse yo mi morada, y el trono mío sobre una columna de nubes. Yo sola hice todo el giro del cielo, y penetré por el profundo del abismo, me paseé por las olas del mar, y puse mis pies en todas las partes de la tierra, y en todos los pueblos y en todas las naciones tuve el supremo dominio. Yo sujeté con mi poder los corazones de todos, grandes y pequeños, y en todos esos busqué donde posar, y en la heredad del Señor fijé mi morada. Entonces el Criador de todas las cosas dió sus órdenes y me habló, y el que á mí me dió el ser estableció mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob, y sea Israel tu herencia„ (2).

Hay en el versículo de San Juan, *In ipso vita erat,* una variedad de puntuación no sólo en nuestros ejemplares sino también en los de los Padres. Varios de éstos han leído: *Quod factum est in ipso vita erat*. Aprovechemos todas las luces que nos presenta el Evangelio. Vemos aquí que todo, y hasta las cosas inanimadas que no tienen vida en sí mismas, era vida en el Verbo divino por su idea y por su pensamiento eterno. Así también un templo ó un palacio, no siendo más que un montón de madera y piedra donde nada hay de vivo, tienen algo de vivos en la idea y el plan de su arquitecto. Todo es, pues, vida en el Verbo, que es la idea, según la cual el grande arquitecto hizo el mundo. Todo es allí vida porque todo es allí sabiduría. Todo es allí sabiduría porque todo está allí ordenado y colocado en su puesto. Es el orden una especie de vida del universo: y esa vida se halla difundida en todas sus partes, y la correspondencia mutua de las mismas entre sí, y en su conjunto es como el alma y la vida del mundo material, que lleva el sello de la vida y de la sabiduría divinas (3).

Así, pues, en El, en el Verbo, todo es vida, todo luz, todo inteligencia. Allí está la verdadera inteligencia, la verdadera luz, la verdadera vida de los hombres. Allí está la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Por su irradiación en nuestras almas se hace efectivamente razonable cada uno de nosotros. Todas las verdades, de cualquier orden que sean, de dondequiera que nos lleguen, y todas las

---

(1) **Bossuet.** *Elevat. sur les myst.*
(2) **Eccli.**, XXIV, 5-13.
(3) **Bossuet,** *Elevat. sur les myst.*

Digitized by Google

ciencias, por lo tanto, son rayos de esta luz una é infinita. "De un solo Verbo—dice un piadoso autor (1)—proceden todas las cosas, y uno predican todas, y este es el principio que nos habla. Nadie sin El entiende ó rectamente juzga.„ Como hecho que fué por El y para El es el universo entero un libro en que incesantemente les habla á nuestros ojos. Y es el libro de las Sagradas Escrituras otro universo en que más claramente todavía nos habla. Y es, sobre todo, su Iglesia un libro, un universo donde nos habla no ya un lenguaje mudo é inanimado sino una palabra viva y eficaz, que penetra en lo hondo del alma. Siempre estaba el Verbo en el mundo por esencia como creador, pues el mundo fué hecho por El, y El es quien le sostiene por una palabra de su poderío. Y el mundo, sin embargo, no le conoció. Conociéronle los patriarcas, los profetas, los justos y creyeron y esperaron en El y le amaron. Pero el mundo en general no le conoció, aquel mundo que, según el Apóstol, yace todo en el mal; aquel mundo de quien dijo un autor pagano que "el corromper y ser corrompido lo llaman mundo„ (2). Brilló la luz aun en medio de las tinieblas, pero las tinieblas no le comprendieron ó, mejor, los hombres, cegados por sus pasiones, no quisieron comprenderla y le prefirieron las tinieblas porque las obras de ellos eran malas. Veían, en efecto, á la claridad de la luz divina lo que era mejor y hasta lo aprobaban, pero seguían, no obstante, lo peor. En medio de la gentilidad, algunos de aquellos que se llamaban filósofos, no solamente vieron muchas importantes verdades á la claridad de esa luz que brilla en las tinieblas, sino que hasta entrevieron el Verbo, de cuyos esplendores proviene esa luz. Prueba de ello encontramos en sus libros: dice San Agustín (3). Hemos, efectivamente, visto que, según Heráclito, el constitutivo de la razón individual es la participación de la razón común y divina; que siendo en definitiva esta razón común el cuadro del orden universal, siempre que tomamos de la memoria común, poseemos la verdad, y cuando interrogamos tan sólo á nuestra razón individual caemos en el error (4). Difícil es dejar de reconocer en estas palabras la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Hemos visto que, según Platón, hizo Dios el mundo conforme al modelo que hay en su inteligencia. Modelo ejemplar, idea perfecta, eterna, siempre la misma. Todas las cosas están allí de un modo más verdadero y más real que en sí mismas. Son allí inteligibles, eternas, inmutables como Dios; son aquí imperfectas, temporales, sujetas á continua variación. Por tanto, el hombre no conoce perfectamente la verdad, sino á proporción que su entendimiento comunica con el entendimiento divino, y que contempla en él los tipos eternos de todas las cosas. El conocimiento experimental de

(1) *De Imitat. Christi*, libro I, cap. III.
(2) Tacit. *Germ.*: *nec illic corrumpere et corrumpi saeculum vocatur.*
(3) *In Joan. ev.*, trat. 2, núm. 4.
(4) Téngase muy presente para no caer en error, que la razón individual "absque consensus generis humani subsidio potest sibi in pluribus certitudinem comparare.„ (Perrón, *De analogia rationis et fidei*, sect. I, p. II.)—Véase el Conc. ecum. Vaticano. Cons. Dei Filius.—*(Nota del Censor de la presente edición.)*

Digitized by Google

las criaturas en su existencia propia produce sólo una ciencia de segundo orden, porque esta existencia no tiene por sí misma nada de fijo y estable, sino que se halla en un continuo cambio (1). Conocían, pues, á Dios aquellos hombres, como lo advierte San Pablo, y hasta conocían algo á su Verbo; eran, pues, efectivamente, inexcusables, como lo dice el mismo Apóstol, en no haber glorificado á Dios como Dios, en no haberle confesado valerosamente ante los hombres, y en haberse, por el contrario, desvanecido en sus pensamientos hasta el punto de prostituir sus adoraciones á dioses hechos por la mano del hombre. La luz resplandece en las tinieblas; pero las tinieblas—¿qué digo, las tinieblas?—aun los mismos que eran lumbreras no la comprendieron, no la abrazaron con amor, no quisieron seguirla como regla suprema de toda su vida.

Vino el Verbo á su casa, á su patrimonio, á Jacob; apareciόse allí á los patriarcas, habló á los profetas, se prefiguró en todas las ceremonias de la ley y en todos los sacrificios; pero los suyos mismos, los hijos de Israel, los judíos, no le recibieron, en general, con fe viva; se glorificaban de su ley, y le deshonraban á El con la transgresión de su ley; se glorificaban de su nombre, y las obras de ellos hacían que ese nombre fuese blasfemado entre las naciones. No obstante, á todos los que le recibieron, ora entre los judíos, ora entre los gentiles, á todos los que le recibieron como Abrahán y David en el pueblo escogido, como Job en la raza de Esaú, como Melquisedec en la de Canaán, les dió la potestad de hacerse hijos de Dios, hijos y herederos de Dios, hermanos y coherederos de su único Hijo, de su Verbo eterno. Son ellos los que creyeron en su nombre, en el nombre del Hijo, en el nombre del Verbo; que creyeron y esperaron en su nombre, en su poder, en su misericordia, en su redención, en su advenimiento; los que, con Abrahán y con muchos reyes y profetas, desearon ver su día, y que aguardándole así, le amaron con todo su corazón y con toda su alma, éstos nacieron tales, no de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, ni de la generación carnal de Jacob, de Esaú ó de Canaán, sino de Dios, de una inefable participación en la naturaleza divina, participación infinitamente superior á toda criatura, y que se llama gracia.

Y el Verbo se hizo carne, se hizo hombre, tomó la naturaleza humana, no solamente en cuanto á su porción más noble, el alma, sino también en cuanto á lo que tiene de más bajo, al cuerpo, á la carne mísera. Y *habitó entre nosotros,* no ya como entre los hijos de Israel, de una manera invisible ó en figuras, en la nube del santuario, en el propiciatorio del arca santa; sino visible y corporalmente, como uno de entre nosotros, de suerte que pudiesen verle nuestros ojos, escucharle nuestros oídos y tocarle nuestras manos. *Y nosotros hemos visto su gloria,* la hemos visto especialmente en el Tabor; con El estaban allí en la gloria Moisés y Elías; pero la gloria de El superaba infinitamente la de éstos; hemos

(1) Platón, *Repub.*, I, VII.

Digitized by Google

visto allí su gloria como la del único Hijo, gloria de que dió testimonio el Padre cuando dijo: "Este es mi querido Hijo, en quien tengo mis complacencias. A El escuchad.„ *Y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad*, no ya como entre los de Jacob, lleno de la terrible majestad que hacía estremecer la tierra, humear los montes, estallar el rayo y brotar de la boca de todo el pueblo palabras de terror, sino lleno de gracia, de bondad, de mansedumbre, de amor, de humildad y de modestia, no ya envuelto en sombras y figuras, sino patente, en plenitud de verdad, la verdad misma. Todo en El es verdadero, verdadera alma, verdadera carne, verdadero hombre, verdadero Dios, verdadero nacimiento, verdadera Pasión, verdadera muerte, verdadera resurrección. Sus palabras son verdad y vida. Las sombras mismas, las figuras, las promesas de la ley, efectúan su verdad, cumpliéndose en El. Realízanse, en fin, los preceptos. Dióse á Moisés la ley, la regla, la verdad; pero verdad imperiosa, regla amenazadora, ley temor. Ahora, habiendo habitado entre nosotros el Verbo hecho carne, lleno de gracia y de verdad, hemos nosotros recibido de su plenitud gracia sobre gracia, y observamos la ley por amor, y esa ley se torna en nosotros gracia y verdad por el Verbo encarnado.

2. Hasta en su santo precursor se mostró entre nosotros el Verbo encarnado, lleno de gracia y de verdad. Si el sol de justicia hubiese aparecido de repente en todo su esplendor, hubiéranos deslumbrado: envía, pues, una suave aurora que lo prenuncia. *Hubo un hombre, enviado de Dios, que se llamaba Juan. Este vino como testigo para dar testimonio de la luz, á fin de que por medio de él todos creyesen; no era él la luz, sino enviado para dar testimonio de la luz.* Vemos aquí, en efecto, el alba, la aurora, que poco á poco va disipando las tinieblas y prepara nuestros ojos á la contemplación del naciente sol. Y también ese mismo hombre estaba anunciado cuatrocientos cincuenta años hacía.—*He aquí*—había dicho el Eterno por el postrero de sus profetas,—*he aquí que yo envío mi ángel, el cual preparará el camino delante de mí. Y luego vendrá á su Templo el Dominador, á quien buscáis vosotros, y el ángel del Testamento de vosotros deseado. Vedle hoy que viene, dice el Señor de los Ejércitos* (1).

Había dicho un arcángel á Daniel en Babilonia que se había fijado el plazo de setenta semanas de años para acabarse la prevaricación y tener fin el pecado, y borrarse la iniquidad, y venir la justicia sempiterna, y cumplirse la visión, y la profecía, y ser ungido el Santo de los Santos. Había añadido que desde la orden para la reedificación de Jerusalén hasta el Cristo-Príncipe pasarían sesenta y nueve semanas, ó sean cuatrocientos ochenta y tres años. Cúmplense estos años: el mismo arcángel es enviado para anunciar que va á nacer el Precursor, y pronto después el Mesías mismo.

---

(1) **Mal., III, 1.**

Digitized by Google

Cuando el cetro había sido quitado de Judá y había pasado, á pesar de Judá, á manos de un idumeo, en el tiempo por lo tanto en que, según la profecía de Jacob, debía venir el Mesías, el Cristo, siendo Herodes rey de Judea, hubo un sacerdote llamado Zacarías, de la familia de Abía, cuya mujer, llamada Elisabet, era del linaje de Aarón. Ambos eran justos á los ojos de Dios, andando en sus mandamientos de una manera irreprensible. Y no tenían hijos, porque Elisabet era estéril y ambos de avanzada edad. Sucedió, pues, que sirviendo él las funciones del sacerdocio, en orden al culto divino, por su turno, le cupo en suerte, según el estilo que había entre los sacerdotes, entrar en el Templo del Señor á ofrecer el incienso: y todo el concurso del pueblo estaba orando de parte de afuera durante la oblación del incienso. Entonces se le apareció á Zacarías un ángel del Señor, puesto en pie á la derecha del altar del incienso. Y Zacarías se turbó al verlo y quedó sobrecogido de espanto. Mas el ángel le dijo: "No temas, Zacarías, pues tu oración ha sido bien despachada, y tu mujer, Elisabet, te parirá un hijo á quien pondrás por nombre Juan, el cual será para ti objeto de gozo y júbilo y muchos se regocijarán en su nacimiento. Porque ha de ser grande en la presencia del Señor; no beberá vino ni cosa que pueda embriagar y será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre. Y convertirá á muchos de los hijos de Israel al Señor Dios suyo. Y asímismo irá delante de El en el espíritu y en la virtud de Elías para convertir los corazones de los padres á los hijos y los incrédulos á la prudencia de los justos, para aparejar al Señor un pueblo perfecto.„

Pero Zacarías respondió al ángel: "¿Por dónde podré yo certificarme de eso? Porque soy yo viejo y mi mujer de edad muy avanzada.„ El ángel, replicándole, dijo: "Yo soy Gabriel, que asisto al trono de Dios, de quien he sido enviado á hablarte y á traerte esta feliz nueva. Y desde ahora estarás mudo, y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, por cuanto no has creído á mis palabras, las cuales se cumplirán á su tiempo.„ Entretanto estaba el pueblo esperando á Zacarías y maravillándose de que se detuviese tanto en el Templo. Salido, en fin, no podía hablarles palabra, de donde conocieron que había tenido en el Templo alguna visión. Él procuraba explicarse por señas, y permaneció mudo. Cumplidos los días de su ministerio volvió á su casa. Poco después, Elisabet, su esposa, concibió y estuvo cinco meses ocultando el preñado, diciendo: "Esto ha hecho el Señor conmigo ahora, que ha tenido á bien borrar mi oprobio delante de los hombres„ (1).

Todo anuncia aquí un niño extraordinario. Son el padre y la madre descendientes ambos de una ilustre familia, la de Aarón. Parecen sus mismos nombres indicar algo de divino; Zacarías, significa memoria del Eterno; Elisabet, Dios del juramento, y son ambos entrados en años, como Abrahán y Sara, y Elisabet, ó sea Isabel, es estéril, como la ma-

(1) Luc., I, 5-25.

Digitized by Google

dre de Isaac y la de Samuel. El padre es sacrificador en una de las veinticuatro clases ó familias sacerdotales en que David había repartido todos los descendientes de Aarón, á fin de que sirviesen por turno en el Templo. Y, cosa que los realza más aún, son justos, no sólo ante los hombres, sino también ante Dios, fieles en guardar todos los Mandamientos. El anuncio del hijo se verifica en el mismo Templo, en el santuario, al pie del altar, donde se eleva el incienso ante el Santo de los Santos. Es un ángel quien lo anuncia, un arcángel cuyo nombre es Gabriel, ó *fuerza de Dios*, porque es enviado para anunciar grandes cosas. Y aquel niño habrá de llamarse Juan, ó lleno de gracia. Será grande ante el Eterno, lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre, desde antes de nacer; convertirá en Israel una gran multitud, reconciliará los padres con los hijos y los hijos con los padres, y preparará al Señor Dios, delante del cual irá, revestido del espíritu y la virtud de Elías, un pueblo dispuesto á recibirle. El padre, que duda por un instante, no del poder de Dios, sino de la misión divina del emisario que le habla, quedase sordo y mudo hasta que se cumpla todo; viniendo á ser éste un signo más para excitar la atención del pueblo fiel y prepararle á las maravillas futuras. Al hallarse fecunda en su estéril vejez, ocúltase la madre por alegría y pudor. Pero una nueva alegría, un milagro mayor patentizarán su dicha.

3. Es, á saber, aquel milagro que por Isaías anunciara el Eterno á la casa de David: "Por lo tanto, el mismo Señor os dará la señal; sabed que una virgen concebirá un hijo, y su nombre será Emanuel.„ *(Dios con nosotros.)*

"Estando ya Elisabet en su sexto mes, envió Dios al ángel Gabriel á Nazaret, ciudad de Galilea, á una virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado José, y el nombre de la virgen era María„ (1).

No en Jerusalén, la ciudad real, ni en el Templo, florón de su grandeza, ni en el santuario, que era la parte más sagrada de él, ni entre los más santos ejercicios de una función peculiar del servicio divino, no á un hombre tan célebre por su virtud como por la dignidad de su cargo y el lustre de su estirpe sacerdotal, fué enviado ahora el arcángel Gabriel; sino que vino á un pueblo de Galilea, provincia de las menos estimadas, á una poblacioncita cuyo nombre, apenas conocido, es preciso señalar, y se presentó á la mujer de un varón que, como ella, era, en efecto, de familia real, pero se hallaba reducido á un oficio mecánico. No era aquella mujer una Isabel, cuyas virtudes hacía resplandecer la consideración de su marido. No era así el caso respecto á la mujer de José, la elegida para madre de Jesús; mujer de un artesano desconocido, de un pobre carpintero, dícenos una antigua tradición que ganaba también su vida con su labor. No se trata de la mujer de un hombre célebre y cuyo nombre fuese conocido; estaba desposada con cierto varón llamado José, y

(1) Luc., I, 26 y 27.

Digitized by Google

el nombre suyo era María. Así, en cuanto á lo exterior, esta segunda embajada del ángel se presenta menos ilustre que la anterior. Pero miremos al fondo de las cosas y hallaremos que es, en efecto, mucho más excelsa (1).

"Y habiendo entrado el ángel adonde ella estaba, le dijo: Dios te salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres.„

Este discurso, que comienza por un humilde saludo, es de una entonación mucho más alta que el dirigido á Zacarías. A éste se comienza por decirle: *No temas.* Añadiendo: *Tu oración ha sido bien despachada.* Pero lo que se anuncia á María no podía ni aun haberlo rogado; tan sublime y excelente cosa era. María, humilde, retirada, pequeña á sus propios ojos, no pensaba siquiera que pudiese saludarla un ángel, y menos con tan subidas palabras. Así que "al oir tales palabras„, al ver al que se las dice "la Virgen se turbó, y púsose á considerar qué significaría una tal salutación. Mas el ángel le dijo: "Oh María, no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios. Sábete que has de concebir en tu seno, y parirás un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin„ (2).

Ciertamente que jamás podía hacerse anuncio más glorioso á una criatura. No temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios, concebirás y darás á luz un hijo, le pondrás por nombre Jesús, porque ha de salvar el mundo, ha de quebrantar la cabeza de la serpiente; porque en El serán benditas todas las naciones de la tierra; será grande, es El la grandeza misma, será llamado Hijo del Altísimo. Jehová, Dios, le dará el trono de David, su padre, aquel trono que veía en espíritu el mismo David, cuando decía: "Jehová dijo á mi Señor: Siéntate á mi diestra.„ Reinará en la casa de Jacob eternamente, no por unos cuantos siglos, sino por todos los siglos, eternamente; y su reino no tendrá fin ni límite, ese reino se extenderá sobre todas las naciones, de un confín al otro de la tierra. Y ese Salvador por tanto tiempo esperado, ese Rey eterno, ese Hijo del Altísimo será tu hijo. ¡Qué gloria! ¡Qué dignidad! ¡Qué dicha! ¿Y que va á responder á esto la bendita entre todas las mujeres?

"Pero María dijo al ángel: ¿Cómo ha de ser eso, pues yo no conozco varón?„

Estaba desposada con José, era su esposa, y dice: "No conozco varón„; es decir: He hecho voto de ello. He hecho voto de permanecer virgen; mi esposo lo sabe y ha consentido en esto. Así lo han entendido los Padres, así ha de entenderse. Ya que, en otro caso, la dificultad que opone no lo sería, pues podría realizarse naturalmente lo anunciado. Pero el mismo Emanuel, que debía nacer de una virgen, había inspirado á María

(1) Bossuet, *Elevation.*
(2) Luc., I, 30 á 33.

Digitized by Google

desde su infancia, consagrar su virginidad á Dios. Al mismo tiempo para que no estuviese expuesta á las injuriosas sospechas del mundo, es confiada esta virginidad bajo el sagrado velo del matrimonio á un esposo virgen también. He aquí por qué María vacila. Se le anuncia que será Madre de Dios; pero ha prometido á Dios permanecer virgen, y no querría ni aun llegar á ser su Madre, si ha de dejar de ser su purísima virgen. Su amor á la virginidad tiene en suspenso el cielo y la tierra, la encarnación del Verbo eterno y la redención de los hombres.

Y el ángel, en respuesta, le dijo: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Y por esto, lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes á tu parienta Elisabet, que en su vejez ha concebido también un hijo, y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes. Porque nada es imposible para Dios.„

Así la omnipotencia de Dios lo concilia en María todo, la pureza virginal con la maternidad divina. Será madre permaneciendo virgen. El Espíritu Santo, autor de su pureza, descenderá sobre ella, y la hará todavía más pura. La virtud del Altísimo la amparará con su sombra, y aquel Hijo que El engendra siempre en su seno con infinita pureza, lo engendrará con la misma pureza en el seno de María.

Entonces dijo María: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.„

Este humilde consentimiento esperaban las tres divinas personas de la adorabilísima Trinidad. El Padre para comunicarle el inefable honor de engendrar en el tiempo á aquel que engendra El desde toda la eternidad, el Hijo para tomar en su seno virginal la carne inocente que había de inmolar sobre la Cruz, y el Espíritu Santo para obrar en ella el más asombroso de todos los misterios. Este es el día, este el momento que esperaban hacía tantos siglos nuestros primeros padres Adán y Eva para ver al cabo reparada su falta.

¡Cuán admirables son los designios de la divina Providencia! Por Eva comienza la obra de nuestra corrupción, por María la de nuestra reparación; oyó Eva la palabra de muerte, y oyó María la palabra de vida. Eva era entonces virgen aún, y virgen es María. Eva, todavía virgen, tenía esposo, y esposo tiene María, la Virgen de las vírgenes. Eva llevó la maldición, y María obtiene la bendición: "Bendita Tú eres entre todas las mujeres.„ Dirígese á Eva un ángel de las tinieblas, habla á María un ángel de luz; el ángel de las tinieblas quiere deslumbrar á Eva con una falsa grandeza, haciéndola codiciar honores divinos: "Seréis como dioses„, le dice el demonio; el ángel de luz coloca á María en la verdadera grandeza por una santa sociedad con Dios. "El Señor es contigo„, le dice Gabriel. El ángel de las tinieblas, al hablar con Eva, le inspira un designio de rebelión. Pregúntale por qué motivo les ha mandado Dios que no comiesen de aquel tan hermoso fruto; mientras que el ángel de luz, al hablar con María, le persuade á la obediencia, diciéndole que no tenga temor y que para Dios nada es imposible. "Eva había creído á la serpien-

Digitized by Google

te, María cree al ángel„, dice Tertuliano; de suerte que, según advierte el mismo, una fe piadosa borra los resultados de una temeraria credulidad, y María repara, creyendo á Dios, lo que Eva ha arruinado creyendo al diablo (1). En fin, para colmar el misterio, á Eva, seducida por el demonio, la vemos después esconderse de la vista de Dios, al paso que María, instruída por el ángel, se hace digna de llevar á Dios. Habiéndonos presentado Eva el fruto de la muerte, nos presenta María el fruto de vida, "á fin—dice San Ireneo (2)—de que fuese la Virgen María la abogada de la virgen Eva„.

Vemos á cristianos extraviados escandalizarse de nuestra devoción á María. ¡Oh ceguedad! Pues ¿quién fué el primero á darnos ejemplo en esto? ¿Quién el que comenzó primero á honrar á esta inmaculada Virgen? ¿Acaso alguna buena mujer llevada de la sencillez de su corazón? ¿Alguna tierna madre á quien, viendo en peligro á su hijo, se le ocurrió por primera vez implorar á la Madre de Jesús, con la dulce ilusión de que siendo también madre tomaría interés en su maternal aflicción? ¿Algún moribundo en las angustias de la muerte que se dirigió el primero á la Madre Dolorosa pidiendo le asistiese en la última agonía? No por cierto; fué un ser más importante y admirable. ¿Quién, pues? ¿Por ventura un Padre de la Iglesia, un Apóstol de Jesucristo, un profeta inspirado por el Espíritu Santo? Más alto que eso. No fué un débil mortal, no un habitante de esta tierra de destierro, es más que un Santo Padre, que un Apóstol, que un profeta. Es uno de aquellos espíritus puros que ven á Dios continuamente cara á cara, una de aquellas celestiales inteligencias que, noche y día, asistiendo ante el Trono del Altísimo, cantan sin fin sus eternas alabanzas. Es un ángel del Altísimo, un ángel, no de grado inferior, antes bien, uno de los jefes poderosos de la milicia celestial, uno de los príncipes en la corte del Rey de reyes, que ya muchos siglos antes había anunciado á Daniel la venida del Salvador del mundo: es, en una palabra, San Gabriel, arcángel.

¿Y en qué ocasión este príncipe de los Ejércitos del Señor presenta sus homenajes á la santísima Virgen? ¿Acaso cuando entra ésta triunfante en el cielo el día de su gloriosa Asunción? ¿Cuando se le abrieron las puertas eternales como á Reina de los ángeles y de los hombres? No por cierto; fué cuando vivía en su modesto retiro, desconocida para el mundo y para sí misma, cuando permanecía aún oculta en la casa de sus humildes padres. Allí, á aquella pobre casita, bajó desde lo alto de los cielos, el poderoso arcángel para honrar el primero á aquella Virgen pudorosa y tímida, celebrar el primero sus alabanzas, y dirigirle el primero este respetuoso saludo: "Dios te salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo, bendita Tú eres entre todas las mujeres.„

Y además, ¿este bienaventurado arcángel viene por casualidad, digá-

---

(1) *De carne Christi*, n. 17.
(2) *Cont. haeres.*, lib. V, cap. XIX.

Digitized by Google

moslo así, ó en su propio nombre? Fué enviado por Dios, nos responde el Evangelio. Viene como heraldo del Altísimo en nombre de todos los ángeles y de todos los arcángeles, en nombre de todos los tronos y de todas las dominaciones, en nombre de todos los principados y de todas las potestades, en nombre de todos los querubines y de todos los serafines, y —¡qué digo!—viene en nombre de la santísima y adorabilísima Trinidad. En nombre de Dios, uno y trino, y de todos los moradores del cielo, saluda con tanto respeto á aquella Virgen de Israel, á aquella hija de Adán. Dios mismo, con sus ángeles, nos da el primer ejemplo de honrar á la más pura de las vírgenes.

¿Y por qué este mensajero del Todopoderoso es enviado á aquella humilde doncella de Nazaret? Pásmense los cielos, asómbrese la tierra. Para tratar con ella del eterno designio que había de reparar lo pasado, lo presente y lo porvenir, dejar atónitos á los ángeles, á los hombres y los demonios; consolar la tierra, abrir nuevamente ante sus habitadores las puertas del cielo, y abatir al infierno. Para tratar con la Virgen de aquella promesa de misericordia, única esperanza de Adán y Eva en su caída, único objeto de todos los deseos de los patriarcas y de las predicciones de los profetas, esperanza general de todas las naciones, gozo del cielo, terror del infierno; para tratar con la Virgen de la Encarnación del Hijo de Dios y de la redención de los hombres. Para tratar, digo, de esto con la Virgen, y obtener su consentimiento. Hemos efectivamente visto cómo cuando el celestial heraldo le expone el objeto de su misión y le anuncia que concebirá en sus purísimas entrañas y dará á luz al Salvador del mundo, titubea, delibera, opone el obstáculo de la virginidad que á Dios ha prometido. Y es preciso que el arcángel le asegure, de su parte, que por un milagro único de su omnipotencia, habrá de ser ella madre sin dejar de ser virgen. Sólo entonces consiente en el honor incomparable de la maternidad divina; sólo entonces se realiza la Encarnación del Verbo y la redención nuestra.

¿Y habrá todavía quien se atreva á decir que honramos demasiado á la santísima Virgen? Pues ¿quién la honra más, Dios ó nosotros? Tiene el Padre la incomunicable prerrogativa de engendrar eternamente á su Hijo; y la comunica, sin embargo, á María, que lo engendrará en el tiempo. El Hijo de Dios será verdaderamente Hijo suyo y ella será verdaderamente su Madre. Para obrar tal prodigio, desciende el Espíritu Santo sobre la Virgen, la colma de todas las gracias, se hace esposo suyo. Así la honra Dios. Y nosotros, á nuestra vez, ¿qué es lo que hacemos en su obsequio? ¿Qué hacemos con todas nuestras alabanzas, nuestros cánticos y nuestras fiestas? Representarnos, como podemos, de una manera imperfecta, y acaso grosera, el incomprensible honor que Dios le concede, congratularnos y bendecir por él á la Santísima Trinidad.

¿Y vendrán á reprocharnos que mostramos, respecto á la Virgen, demasiada confianza y amor? ¿Pues cuáles eran respecto á ella los sentimientos del Hijo de Dios? ¿Qué nombre la daba? ¿No es un nombre lleno enteramente de confianza, amor, respeto y sumisión, el nombre dulcísimo

Digitized by Google

de Madre? ¿No le estuvo sometido los treinta años de su vida oculta, como el más tierno de los hijos?

¡Y se nos acusará porque imploramos su auxilio por lo que mira á nuestra salvación! Pues ¿no ha dado Dios mismo, en cierta manera, ejemplo para esto? Cuando se trataba de la redención general de los hombres, ¿no buscó, digámoslo así, el consentimiento de la Virgen de Nazaret? Y si El le ha dado tanta parte en el fondo mismo de esta obra cuando la Virgen gemía aún como nosotros en este valle de lágrimas, ¿qué parte no le concederá en los resultados de la misma obra, ahora que reina junto á su Hijo sentada en un trono de misericordia y de gracia? ¡Ah! Si el cielo aguardó el consentimiento de su humildad, ¿con cuánta confianza no debe esperar la tierra en la poderosa intercesión de su caridad?

Pero, ¿y cómo sabrá ella nuestras oraciones? Como supo la voluntad de Dios, cuyo mensaje le trajo un ángel. ¡Y qué! ¿Ese mismo Dios no ha encomendado á sus ángeles el velar por cada uno de nosotros? ¿No les ha ordenado guardarnos en todos nuestros caminos? ¿llevarnos hasta en sus manos para que no tropecemos acaso en una piedra? ¡Cuánto más no se apresurarán á llevar nuestras oraciones á quien es Reina suya y también nuestra, para que uniendo ella su ruego obtengamos de su adorable Hijo llegar á verlo para siempre en su compañía y en la de esos bienaventurados espíritus! (1).

¡Ah! No: medítese con fe y amor lo que el Evangelio nos enseña respecto á la santísima Virgen, y no se espantará nadie de nuestra devoción á María; no se espantará nadie de vernos celebrar con tanto júbilo y piedad todos los acontecimientos de su vida. No se asombrará ya nadie de que llamemos milagrosa la manera como fué concebida, porque según una piadosa tradición venida de Oriente y difundida en todas las iglesias, Dios la concedió por milagro á su padre San Joaquín y á Santa Ana, su madre, que era estéril. No se espantará nadie que aun antes de haberse declarado auténticamente el dogma de su inmaculada Concepción encontrase doquier adhesión esta fe universal de los cristianos que nos dice haber sido concebida María sin pecado original (2). Siendo su Hijo Dios eterno, y amándola como á Madre aun antes de que ella existiese, la dispensó de la ley común, la separó del universal contagio y la previno con su gracia, preservándola de la mancha que originariamente traemos todos los hijos de un linaje cuya primera culpa mereció las iras de Dios. Cumplió así plenamente en ella lo que había dicho á la serpiente: "Pondré enemistades entre ti y la mujer y entre tu raza y la suya; ella quebrantará tu cabeza.„ Esta mujer, por excelencia, es María; la raza de esta

---

(1) Hemos variado aquí algo el original, que, escrito sin duda antes de la declaración dogmática de este Misterio de nuestra fe, y no corregido oportunamente después, resultaba hoy manifiestamente erróneo; enmienda que ya se ve por el contexto cuán de veras la agradecería el piadoso autor.—(*Nota del traductor.*)

(2) Véase á Santo Tomás *in Suppl.*, quaest. LXXV, a. 1. An sancti in patria cognoscant orationes nostras.

Digitized by Google

mujer, es Jesús. La enemistad, la oposición de la Madre y del Hijo contra la serpiente, es la misma y ha existido siempre; y es en el Hijo un efecto de su naturaleza, y en la Madre un efecto de la gracia. Nadie se espantará tampoco de que celebremos la Natividad de la bienaventurada Virgen, como la aurora del día de la redención, como las primeras irradiaciones del Sol de justicia. Ni se hará dificultoso el concebir lo que nos asegura una piadosa tradición, y que nos permite también en parte inferirlo el Evangelio, es á saber: que prevenida de Dios con tantos favores, María fué presentada en el Templo desde su primera niñez; que consagró allí á Dios su virginidad, y que allí estuvo como bajo la protección de sus alas, como templo vivo en que había de habitar su Hijo.

Y cuán admirables efectos puede producir en los corazones la voz sola de María, va á mostrárnoslo la continuación del Evangelio.

"Por aquellos días partió María y se fué apresuradamente á las montañas á una ciudad de Judá.„ La cual se cree que sea Hebrón, ciudad sacerdotal de aquella tribu. Allí estaban los sepulcros de los patriarcas. Allí Abrahán, Isaac y Jacob habían tantas veces recibido la promesa de que en uno de su raza serían benditas las naciones todas de la tierra.

"Y habiendo entrado en la casa de Zacarías, saludó á Elisabet. Lo mismo fué oir Elisabet la salutación de María, que la criatura dió saltos de placer en su vientre, y Elisabet se sintió llena del Espíritu Santo. Y exclamando en alta voz, dijo: Bendita Tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde á mí tanto bien que venga la Madre de mi Señor á visitarme? Pues lo mismo fué penetrar la voz de tu salutación en mis oídos, que dar saltos de júbilo la criatura en mi vientre. ¡Oh bienaventurada Tú que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor!„ (1).

Después de San Gabriel, arcángel, enviado por Dios, se presenta ahora Santa Isabel, ó mejor, el Espíritu Santo que la inspira; se presenta, digo, á enseñarnos también á alabar y bendecir á María. Y los acontecimientos mismos la alaban más todavía. A la sola voz de su saludo es santificado Juan, y se estremece de gozo en el vientre de su madre; á la sola voz de su saludo Santa Isabel es inspirada del Espíritu Santo, y reconoce á la Madre de su Señor. Sin duda que Jesús, oculto en las purísimas entrañas de María, es quien obra todas estas maravillas, pero las obra á la voz de María. ¡Oh, en qué me paro, pues que no uno cuanto antes mi voz á la del ángel y á la de Santa Isabel para decir: "Dios te salve, María, Dios te salve; te felicito, te bendigo y te amo! Dios te salve, oh llena de gracia, y que llenas de tu plenitud á los que tienen la dicha de oirte. El Señor es contigo, el Señor está en ti, el Señor es tuyo. Bendita Tú eres entre todas las mujeres, querida sobre todas las madres, ensalzada sobre todas las reinas. Y bendito, alabado, amado y adorado por siempre es el fruto de tu vientre, Jesús, Dios tuyo y nuestro, Salvador tuyo y nues-

(1) Luc., I, 39-45.

Digitized by Google

tro, amor tuyo y nuestro también. ¡Oh María, que la dulce voz de vuestra salutación y de vuestra paz resuene á menudo en los oídos de nuestro corazón para que seamos nosotros también santificados, para que nosotros también nos estremezcamos de un santo gozo, para que á nosotros venga también el Espíritu Santo!„

"Entonces María dijo: Mi alma glorifica al Señor. Y mi espíritu está transportado de gozo en el Señor Salvador mío. Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava; por lo tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mi cosas grandes Aquel que es poderoso, cuyo nombre es santo, y cuya misericordia, de generación en generación, está sobre los que le temen. Hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las miras del corazón de los soberbios. Derribó del solio á los poderosos y ensalzó á los humildes. Colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos los despidió sin nada. Acordándose de su misericordia, acogió á Israel, su siervo, según la promesa que hizo á nuestros padres, á Abrahán y su descendencia, por los siglos de los siglos„ (1).

Aprendamos aquí á conocer é imitar las virtudes de la Virgen María. Había oído de boca del arcángel: "Lo Santo que nazca de ti será llamado Hijo de Dios„; respondió solamente que Ella es la humildísima esclava del Señor. Revela el Espíritu á Santa Isabel la incomprensible gloria de María, y admira aquella santa su incomparable dignidad. "¿De dónde—exclama—me viene á mí tanta dicha, que la Madre de mi Dios me honre con su visita?„ Preconiza el milagroso efecto de su voz: "Apenas la voz de vuestro saludo sonó en mis oídos, el niño en mi vientre se ha estremecido de alegría.„ La felicita de su fe viva: "¡Oh, cuán feliz sois en haber creído con tan pronta docilidad, porque se cumplirán sin falta las grandes maravillas que el Señor os ha enviado á decir!„ Tenemos aquí grandes y magníficas alabanzas, y verdaderas además, pues son inspiradas por el Espíritu Santo. Pues María nada de ellas guarda para sí, sino que su piadosa humildad lo refiere todo á Dios, cuyas infinitas misericordias ensalza. Vos —viene á responder, —vos glorificáis á la Madre del Señor; mas mi alma glorifica al Señor mismo. Vos decís que al sonido de mi voz se ha estremecido de gozo vuestro niño. También mi alma se ha conmovido de extraordinario gozo, pero en Dios mi Salvador y mi Jesús. Vos me llamáis dichosa, porque he creído; pero esta fe y esta dicha, efecto son sólo de la misericordia del Señor, que ha mirado benignamente la bajeza de su esclava. Y he aquí el motivo por qué me llamarán dichosa todas las gentes. El que es poderoso por sí mismo es quien ha hecho en mí cosas grandes, Aquel cuyo nombre es la santidad misma. Su misericordia no para en mí, sino que se extiende de raza en raza sobre todos los que le temen. Hará lo que ha hecho ya. Desplegará el poder de su brazo, disipará á los soberbios, depondrá á los poderosos y exaltará á los humildes,

(1) Luc., I, 46-55.

Digitized by Google

saciará á los hambrientos, despedirá vacíos á los ricos, recibirá benignamente á su siervo Israel acordándose para él de sus antiguas misericordias, de las promesas que ha hecho á Abrahán y á su posteridad, promesas de misericordia que no se vuelven atrás, promesas de misericordia que subsisten para siempre, *in saecula.*

De tal suerte María, alabada de los ángeles y de los santos refiere á Dios todas esas alabanzas. Cuanto más se la alaba, más alabanzas da ella á Dios. No vacilemos, pues, en tributárselas y en bendecirla por los siglos de los siglos, porque es bendecir á Dios en María y por María.

4. "Y detúvose María con Elisabet cosa de tres meses, y se volvió á su casa„ (1). Si habrá asistido allí al nacimiento de San Juan: cosa es que no nos dice el Evangelio; pero que es muy posible. Oponen que no era propio que la más pura de las vírgenes se encontrase en tales actos. Pero aquella purísima Virgen era también madre y esposa, su presencia había sido un manantial de bendiciones para el hijo y la madre antes del nacimiento, podía su presencia ser también manantial de bendiciones para el hijo y la madre en el nacimiento mismo.

„Mas á Elisabet se le cumplió el tiempo del parto, y dió á luz un hijo. Supieron sus amigos y vecinos la gran misericordia que Dios le había hecho, y se congratulaban con ella. El día octavo vinieron á la circuncisión del niño, y llamábanle Zacarías, del nombre del padre. Pero su madre, oponiéndose dijo: No por cierto, sino que se ha de llamar Juan. Dijéronle: ¡No ves que nadie hay en tu familia que tenga ese nombre? Al mismo tiempo preguntaban por señas al padre del niño cómo quería que se le llamase. Y él, pidiendo la tablilla, escribió así: Juan es su nombre. Lo que llenó á todos de admiración. Y al mismo tiempo recobró el habla y uso de la lengua, y empezó á bendecir á Dios. Con lo que un temor se apoderó de todas las gentes comarcanas, y divulgáronse todos estos sucesos por todo el país de las montañas de Judea. Y cuantos los oían los meditaban en su corazón, diciéndose: ¿Quién pensáis que ha de ser este niño? Porque la mano del Señor estaba con él„ (2).

Zacarías, su padre, después de haber estado largo tiempo mudo, desahogó su alma en un admirable cántico donde celebra el reino del Cristo, que había venido, y que iba bien pronto á presentarse; y al mismo tiempo la parte que tendrá su hijo en tan grande obra. "Quedó llenó del Espíritu Santo, y profetizó diciendo: Bendito sea el Señor Dios de Israel, porque ha visitado y redimido á su pueblo. Y nos ha suscitado un poderoso Salvador en la casa de David, su siervo, según lo tenía anunciado por boca de sus santos profetas, que han florecido en todos los siglos pasados, para librarnos de nuestros enemigos y de las manos de todos aquellos que nos aborrecen, ejerciendo su misericordia con nuestros padres y teniendo presente su alianza santa. Conforme al juramento con que juró á nuestro padre Abrahán que nos otorgaría que, libertados de las manos

(1) Lucas, I. 56.
(2) Ibid., 57-63.

Digitized by Google

de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, con santidad y justicia ante su acatamiento todos los días de nuestra vida. Y tú, oh niño, serás llamado el Profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor á preparar sus caminos, para dar ciencia de salud á su pueblo en remisión de los pecados de ellos, por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, en las cuales nos visitó el Oriente de lo alto, para alumbrar á los que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte, para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz„ (1).

Este cántico aplicado, como en efecto procede, á Cristo y su precursor, es fácil de entender. En cuanto á *el Oriente que nos visitó de lo alto,* es uno de los nombres de Jesucristo, á quien siglos antes designaba así un profeta: "He aquí el varón cuyo nombre es Oriente„ (2). Ese profeta era Zacarías, y ahora, estotro Zacarías, padre de Juan, repite y explica su oráculo. Jesucristo es el verdadero Oriente, de donde nace para nosotros el verdadero Sol de justicia, como decía Malaquías (3).

Y por lo que mira al prodigioso niño, iba, mientras tanto, creciendo "y se fortalecía en el espíritu, y habitó en los desiertos hasta el tiempo en que debía darse á conocer á Israel„ (4).

¡Cuán diferentes son los caminos de Dios de los caminos de los hombres! Nace un niño predecido por los profetas. Ha de ser el precursor de Cristo. Son dos santos su padre y su madre, ensalzados al grado de profetas. Y no obstante, los dejará desde su tierna edad para retirarse al desierto y hacer allí una vida más austera aún que la de Elías y la de Eliseo. Más todavía: El que había sentido ya desde el vientre de su madre al Verbo encarnado venido al mundo, y del cual, según el anuncio paterno, había de ser profeta y precursor, no dejará su desierto para ir á verle entre los hombres. Le conocerá tan poco que será preciso que el Espíritu Santo le dé una señal para conocerle, el día que haya llegado el tiempo para presentarlo á los hombres. Tan cierto se experimenta que en el retiro y en el silencio es donde Dios se comunica á los que llama El para suscitarlos entre las gentes como hombres poderosos en obras y en palabras. En esa escuela había retenido á Moisés por cuarenta años: en ella retendrá por treinta á San Juan Bautista.

5. No menos sorprendentes son los caminos de Dios respecto á María y José. ¡En qué prueba los colocó á ambos! Verse José en la ocasión de abandonar como á esposa infiel á aquella que había tomado como la más pura de las vírgenes, y estar en pensamiento de ejecutar designio tan desfavorable para la pureza de la virgen y para la vida del niño. Porque no pudiendo pasar mucho tiempo sin que echase de ver el embarazo de la santísima Virgen, ¿qué podía hacer, una vez advertido, sino creerlo un

(1) Luc., I, 67-79.
(2) *Ecce vir, Oriens nomen ejus.*—Zach., VI, 12 (*).
(3) Mal., IV, 2.
(4) Luc., I, 80.

(*) Y también el mismo Zach., III, 8; *Adducam servum meum Orientem.* (Yo haré venir á mi siervo el Oriente.)—*(Nota de la traducción española.)*

Digitized by Google

embarazo natural? Porque ¿cómo sospechar siquiera lo que había sucedido por obra y gracia del Espíritu Santo? Era un milagro de Dios sin ejemplo, y que naturalmente no podía ocurrirse al pensamiento del hombre.

"Estando desposada su Madre María con José, sin que antes hubiesen estado juntos, se halló que había concebido en su seno del Espíritu Santo. Mas José, su esposo, siendo, como era, justo, y no queriendo infamarla, deliberó dejarla secretamente„ (1).

Era José justo y no le permitía su justicia permanecer en la compañía de la que no podía creer inocente. Lo más benigno que podía esperarse de la buena opinión que fundadamente había formado de su casta esposa era, según lo meditaba, dejarla secretamente. Era, decimos, lo más benigno que podía esperarse. Porque con poco que se hubiese dejado llevar de los celos, que son duros como el infierno, ¿á qué extremos no hubiera podido arrebatarse? Su misma justicia le hubiera lisonjeado en su pasión, y bajo una ley sumamente rigurosa todo hubiera podido emprender para vengarse. Pero Jesús comenzaba á esparcir el espíritu de mansedumbre y le comunicó á aquel que había escogido para padre putativo.

José, el más moderado y más justo de los hombres, no pensó siquiera en tomar una decisión extrema, y quería sólo dejar en secreto á la que no podía, sin crimen, conservar. Pero ¡qué dolor el verse engañado en la opinión que tenía formada de su castidad y virtud! El perder á la que amaba, y dejarla sin auxilio sujeta á la calumnia y á la vindicta pública. Dios hubiera podido ahorrarle todas estas penas, revelándole con mayor antelación el misterio del embarazo de su casta esposa; pero su virtud entonces no hubiera sido puesta al crisol de esta prueba, y no hubiéramos visto á San José victorioso de la pasión más indómita entre todas y de los más justos celos que hollara triunfante la virtud (2).

Ni hubiéramos visto tampoco sin esto en ese mismo trance la fe de

---

(1) Matth., I. 18 y 19.

(2) Hay gran diversidad de pareceres en la explicación de la prueba del benditísimo San José de que aquí se habla. Rohrbacher copia casi literalmente á Bossuet. Por mi gusto preferiría la explicación del doctísimo Padre A. Salmerón, uno de los primeros compañeros de San Ignacio, y á los veintiocho años teólogo Pontificio en el Concilio de Trento, quien sostiene que San José quiso por reverencia dejar á la Santísima Virgen por creerse indigno de vivir en su compañía como esposo de tan gran Señora. Tal vez sea preferible la opinión del P. Colevidge en su gran obra *Vida de nuestra Vida*, tomo II, cap. 13, publicada no ha mucho. Este docto autor sostiene, apoyado en San Jerónimo y San Juan Crisóstomo, que el Santo Patriarca conoció el misterio de la Encarnación en lo relativo á la Santísima Virgen, pero que nada se le había revelado por lo que hacía á los grandes oficios que él debía desempeñar respecto de nuestro Señor. Esta ignorancia le angustiaba y le movía á pensar en separarse de la Santísima Virgen como reputándose indigno de tan altos ministerios. Pero Dios nuestro Señor, que prueba á los justos, no niega, sino que aplaza, el consuelo para universal enseñanza y ejemplo; y así hizo con San José enviándole un ángel, según dice el Evangelio.—(*Nota del Censor de la presente edición.*)

Digitized by Google

María. Veía ella la pena que tendría su esposo y todos los inconvenientes de su santo embarazo, pero sin mostrar inquietarse, sin pensar en prevenir al amado esposo, á riesgo de verse no sólo hecha blanco de sospechas y abandonada, sino también acabada y sentenciada, lo deja todo en manos de Dios y permanece en su paz (1).

Así las cosas "estando El en este pensamiento, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no tengas recelo en recibir á María, tu esposa; porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo„ (2). A tales palabras, ¡qué sosiego, qué encanto y qué humildad en José! Dejémoslo considerar á aquellos á quienes Dios se digna ilustrar en esto con sus luces.

"Así que parirá un hijo, á quien pondrás el nombre de Jesús; pues El es el que ha de salvar á su pueblo de sus pecados„ (3). A quien pondrás el nombre de Jesús. ¿Y por qué, oh José, le habéis de poner el nombre? ¿Pues qué, no sois su padre? Cierto que no tiene más padre que á Dios; pero Dios os ha transmitido sus derechos, y vos haréis las veces de padre para Jesucristo; seréis, en cierto modo, efectivamente su padre, pues que formado por obra y gracia del Espíritu Santo, en vuestra esposa os pertenece El también por ese título. Tomad, pues, con la autoridad y los derechos de padre, un corazón paternal para Jesús. Dios, que forma en particular el corazón de los hombres, forma en vos hoy un corazón de padre; ¡feliz vos, ya que al mismo tiempo da á Jesús un corazón de hijo para con vos! Sois verdadero esposo de la santísima Virgen, y compartís con ella ese Hijo amado y las gracias que á su amor van unidas.

"Todo lo cual—añade San Mateo—se hizo en cumplimiento de lo que pronunció el Señor por el profeta, que dice: Sabed que una virgen concebirá y parirá un hijo, á quien pondrán por nombre Emanuel, que traducido significa Dios con nosotros.„ Esta predicción de Isaías hecha á la casa de David, cuya mayor gloria constituye, no la ignoraba, sin duda José, hijo de David, y que tan sólo esta magnífica promesa había heredado de sus antepasados. Y naturalmente, debió venirle á la memoria. Hasta piensan varios que esas palabras pertenecen aún al discurso del ángel.

Ilustrado así respecto al gran misterio, "con eso José, al despertarse, hizo lo que le mandó el ángel del Señor y recibió á su esposa. Y sin haberla conocido, dió á luz su hijo primogénito: y le puso el nombre de Jesús„.

Siempre ha tenido la santa tradición, como verdad de fe, que María no solamente fué virgen antes del parto y en el parto, sino que vivió después siempre virgen perpetuamente. En vano ciertos herejes pretendieron abusar de algunas locuciones hebraicas del Evangelio para sostener lo contrario. Su blasfemia ha sido siempre rechazada con horror. No lo-

(1) Bossuet, *Elevation*.
(2) Mat h , I 20.
(3) Matth., I, 21.

Digitized by Google

graron más que poner de manifiesto su ignorancia y su mala voluntad. Al objetar que el Evangelio habla de los hermanos y de las hermanas de Jesús, ¿ignoran, pues, que la Escritura llama hermanos y hermanas á todos los próximos parientes; que Abrahán dijo á Lot, su sobrino: "Somos hermanos„, y que Jacob dijo á Raquel que era hermano de su padre Labán, es decir, su sobrino? Y cuando de las palabras: "Y no la conoció hasta que parió á su hijo primogénito„, quieren sacar que no fué así después ¿han olvidado aquellas palabras del Señor á sus Apóstoles: "Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo„? O bien, ¿deducirán que en la consumación del siglo, en el juicio final, no estará ya Jesucristo con sus Apóstoles, los cuales, sin embargo, han de juzgar con El al mundo? ¿Han olvidado aquellas otras palabras del Padre al Hijo: "Siéntate á mi derecha hasta que ponga á tus enemigos por peana de tus pies„? O bien, ¿deducirán que cuando al Hijo le hayan sido sometidos sus enemigos, no estará ya sentado á la diestra de Dios Padre, ni reinará ya con El? Cuando, en fin, de ser Jesús llamado Hijo primogénito de María quieren inferir que tuviese otros después, ¿ignoran que la Escritura misma define por primogénito al que sale por primera vez del vientre de la madre y manda que como tal se rescate (1), sin atender á si vendrán ó no vendrán otros á lo sucesivo? Nosotros, pues, hijos fieles de la Iglesia, confesaremos siempre, de boca y de corazón, la fe que esa misma Iglesia nos ha transmitido del honor virginal de la Madre de Jesús. Con esa Iglesia tenemos por fiadores de nuestra fe á Jesús mismo y á María. Cuando el ángel anuncia á María que concebirá y dará á luz al Hijo del Altísimo, opone ella el obstáculo de la promesa que ha hecho de permanecer virgen. „*¿Cómo será esto, porque no conozco varón?* ¿Y después que con aquel parto virginal se aumentó, si es posible, su virginidad, violaría su santa promesa? Lejos de nosotros tan abominable suposición. Jesús mismo nos lo exhorta. ¿Por qué desde lo alto de la Cruz dice á su Madre mostrándole á San Juan: "Mujer, he ahí á tu hijo?„ ¿Por qué en aquéllos últimos momentos le da un hijo adoptivo, sino porque iba á perder al que es su Hijo único, como también el unigénito de Dios?

6. Parecían indicar todas las probabilidades que el Cristo iba á nacer allí, en Nazaret de Galilea, pues que allí moraba José. Con todo, existía el anuncio del profeta de que, de la pequeña Belén, en tierra de Judá, saldría el dominador en Israel, que extendería su poder hasta los últimos confines de la tierra. Allí era donde debía desprenderse de la montaña, sin impulso de manos, sin intervención humana, la misteriosa piedra que, según la predicción de Daniel, había de herir en los pies la grande estatua de los cuatro metales, el coloso de los cuatro grandes imperios, y reducirla, finalmente, á menudo polvo. Pues el mismo coloso vendrá, sin saberlo, á hacer que se cumpla literalmente la profecía, y que el Cristo nazca en Belén.

---

(1) Exod., XIII, 12-13.

Digitized by Google

Lo que entonces prevalecía en el coloso de los cuatro imperios ó metales, no eran ya los asirios, representados por la cabeza de oro, ni los persas, significados en el pecho y brazos de plata, ni los griegos, simbolizados en el vientre y muslos de bronce, sino los romanos, figurados en las piernas de hierro. Semejante al hierro,había el poder romano aplastado el universo. El universo era Roma y Roma era César Augusto, y á César Augusto le placía tener un cuadro estadístico del mundo romano. Un cuadro por este estilo ha llegado, en parte, hasta nosotros. Varios censos se hicieron al efecto. Uno de estos censos de población dió causa á que José y María fuesen á Belén.

"Por aquellos días—dice San Lucas, después de haber hablado del nacimiento de San Juan Bautista—se promulgó un decreto de César Augusto, mandando empadronar á todo el mundo. Este primer empadronamiento fué hecho por Cirino, gobernador de la Siria„ (1).

De otro modo, según el griego, en cuya lengua escribió San Lucas, este primer empadronamiento se hizo al tiempo que Cirino gobernaba la Siria; ó también: éste empadronamiento se hizo primero que Cirino gobernase la Siria. Esta última versión se acomoda enteramente al estilo de los Evangelios (2). Cuando Juan dice del Cristo: *El que ha de venir después de mí, ha sido preferido á mí; por cuanto era antes que yo;* la letra del original suena: *Era primero de mí* (3). Así es la frase que usa San Lucas, que hasta la hallamos en antiguos autores franceses. Preséntanos la Historia un Cirino ó Quirino, cónsul el año 12 antes de Jesucristo, gobernador de Siria después y preceptor del nieto del emperador. Hizo este Quirino un segundo censo de la Judea cuando quedó reducida á provincia romana, ocho ó nueve años después de la muerte de Herodes, al tiempo que su hijo Arquelao fué depuesto y desterrado. Mas pudo ser que presidiese ya, por comisión extraordinaria, al primer censo. Los eruditos adoptan diversos rumbos para explicar todo esto en sus pormenores.

En el primer censo "todos iban á empadronarse, cada cual á la ciudad de su estirpe. José, pues, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazaret, ciudad de Galilea, á la ciudad de David, llamada Betlehem, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, la cual estaba en cinta. Y sucedió que hallándose allí le llegó la hora del parto. Y parió á su hijo primogénito, y envolvióle en pañales, y recostóle en un pesebre, porque no hubo lugar para ellos en el mesón„ (4).

De este modo entra en el mundo Cristo, Rey inmortal de los siglos. Por palacio tiene un establo, un portal; por manto real unos pañales, por cuna un pesebre; y El mismo hecho niño. Cuando considero, oh Señor, cuánta es vuestra grandeza, me parecéis infinitamente admirable, y qui-

---

(1) **Luc., II, 2.**
(2) **Refiérese, sin duda, el autor al uso del positivo πρῶτος, en vez de πρότερος, comparativo.—*(Nota de la traducción española.)***
(3) **Joan., I, 15.** ὅτι πρῶτός μου ἦν.
(4) **Luc., II, 3 7.**

Digitized by Google

siera tener todas las lenguas de los hombres y de los ángeles para celebrar vuestra glor a. Pero cuando contemplo hasta qué punto por amor nuestro os hicisteis pequeño, pobre y humilde, os hallo infinitamente amable, y quisiera tener los corazones todos para dignamente amaros y responder así á vuestro amor.

María, su Madre, le pare, como hubiera parido Eva en el estado de gracia é inocencia, sin dolor, le pare con inefable gozo. Fájale ella misma, pónele en el pesebre; le adora, que él es su Dios; le ama, que él es su hijo. ¿Quién podría comprender las delicias de su corazón maternal?

Jesús, María y José, sagrada familia, no hay sitio para vosotros en el mesón, la gente es mucha y vosotros demasiado pobres para que allí os acojan. Un establo donde tienen al buey y al asno, es todo lo que para Vos queda en la ciudad de David, vuestro padre. ¿Y podrá haber quien viendo esto se atreva á quejarse de no ser más rico que lo erais Vos, de no ser mejor tratado que lo fuisteis Vos? (1)

---

(1) De la nueva edición de esta *Historia,* por Mgr. Fevre (París 1898), traducimos la siguiente nota:

A causa de su título de Padre nutricio del Hombre-Dios, ha sido declarado San José, por Pío IX, *Patrono de la Iglesia universal.* Vamos á presentar aquí algunas consideraciones acerca de esta nueva aureola del santo y acerca de la devoción que de ella debe seguirse.

"Hay—dice el P. Faber—flores que exhalan en la sombra su perfume, y cuyo aroma se torna más suave, á medida que el sol se eleva más en las alturas del cielo. Ocultas entre la alfombra del fresco y verde césped, bajo la sombra de robustos y majestuosos árboles; y no obstante, cuando el aliento ardoroso del Mediodía ha entibiado la frescura de la floresta, exhalan dulcemente su suave incienso que, á través del follaje, embalsama la atmósfera á lo lejos. Presta su aroma un carácter de poesía á la campestre escena, cuyas bellezas vendrá á recordarnos después aquella suave esencia. Así es el suave olor de San José en la Iglesia. Es este santo como amoroso césped crecido á la sombra de todos los misterios de la santa infancia. Cuando agitamos esas flores, las hacemos exhalar su perfume, y aunque parece que las reparamos poco (ya que tan bellos son y tan dulcemente atraen nuestras miradas el Niño y la Madre), quedaríamos, con todo, sorprendidos, si ese aroma llegase á faltar„ (*Betlehem*, por el P. Faber).

Danse á conocer algunos santos más pronto que otros, brillan como una exhalación, álzanse de súbito ante nuestros ojos, como el sol sobre el jubiloso Océano; su resplandor ofrece patente al punto toda su historia. En otros aparece la santidad como velada por una reserva casi impenetrable; no podríamos, según las apariencias, tomarlos por héroes; sabemos sólo que lo son, por el culto que la Iglesia les tributa. Así sucede con San José. Cada época ha expresado su sorpresa de descubrir en él nueva sublimidad, á manera de aquellas montañas que van sucesivamente presentando una altura mucho mayor de la que á primera vista se les calculaba.

Podemos comparar á este nuestro santo con las nebulosas, en las cuales las primeras Edades veían sólo una mancha blanquizca, cuya mitológica explicación designa el nombre mismo de la vía lactea; divisaron después otras generaciones allí grupos de estrellas, mientras que la ciencia moderna mira ya en esas aglomeraciones soles y mundos, sistemas enteros de planetas y de estrellas, la mínima de las cuales deja insignificante á nuestro sol, y eso que la ciencia no ha pronunciado aún su veredicto definitivo.

Y he aquí que ahora la admirable grandeza de San José, más bien presentida que probada, antes velada que resplandeciente, esta grandeza

Digitized by Google

"Estaban velando en aquellos contornos unos pastores, y haciendo centinela de noche sobre su grey. Cuando de improviso, un ángel del Señor apareció junto á ellos, y cercólos con su resplandor una luz divina, lo cual les llenó de sumo temor. Díjoles entonces el ángel: "No tenéis que temer, pues vengo á daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo; y es que hoy os ha nacido en la ciudad de David el que es Cristo, el Señor. Y sírvaos de seña que hallaréis al niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre.„ Al punto mismo se dejó ver con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando á Dios y diciendo; "¡Gloria á Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!„ (1)

¡Gloria á Dios! ¡Sí, gloria á Él solo, al que es, al solo poderoso, al solo bueno, al solo digno de amor! ¡Gloria á Dios, que tan admirablemente nos colma de sus misericordias! Su único Hijo se ha humillado y anonadado, para alabarle y bendecirle por siempre como se merece. ¡Gloria á este Dios anonadado! Humíllase á estas bajas regiones de la tierra; ¡gloria al mismo en lo excelso de los cielos! Paz en la tierra á los hombres.

á la cual fué cada siglo tributando sus elogios gradualmente más relevantes, acaba de irradiar con divinos resplandores en una manera solemnísima. El sucesor de Pedro, á quien el Espíritu Santo asiste con sus luces, ha puesto fin á las indecisiones y tranquilizado á las almas amantes que pudieran temer pecar de exageración al seguir el vuelo de sus sublimes afectos, y ha colocado á San José en su verdadero lugar, declarando que, así como en la tierra seguía inmediatamente á Jesús y María, sea también en el cielo, después de ellos, glorioso patrono de la universal Iglesia.

¿Y por qué la nueva aureola de este santo, el más escondido de todos, habrá sido reservada para nuestra época? Varias razones aducen los autores. Las almas, aun recientemente convertidas, no eran aún capaces de sobrellevar, sin falso escándalo, la gloria de San José; se hubieran inclinado á confundir esa gloria con la de la incomparable Madre de Dios. "Dios—añaden los autores—quiso realizar las palabras proféticas de Jacob moribundo á su hijo en quien se hallaba figurado el padre nutricio de Jesús: *Filius accrescens Joseph, filius accrescens.* (Hijo, que va en auge José, hijo que siempre va en auge.)„ (Génes., XLIX, 22.) Dicen también, y nos parece la principal razón, que el Señor, en sus diversos designios respecto al gobierno de su Iglesia, ha reservado ciertas gracias para determinados tiempos á cuya necesidad son más esencialmente acomodadas.

(Pasa después el escritor de esta nota á hacer especial aplicación de esto al estado actual de Francia; reflexiones que, aunque muy acertadas, no ofrecen igual interés para los lectores españoles. Por eso saltamos el párrafo ése, y pasamos á traducir el final, que es no menos aplicable que á aquella nación á nuestra amada España.) Así, pues, San José se nos presenta como faro de salvación en este gran naufragio; varón pobre, casto y humilde, santo cuya vida se conservó oculta, y á quien se ha llamado el hombre más digno de todos, porque nunca ambicionó los honores; noble y divino trabajador, esposo de una Virgen, padre nutricio de Dios, protector de Jesús contra los aceros de Herodes, patrono de los moribundos y de los muertos, en una palabra, patrono especial y providencialmente de nuestra época, 1.°, ora para los individuos, 2.°, ora para las familias; 3.°, ora para la sociedad y la patria, 4.°, ora, en fin, para la Iglesia.

(1) Luc., I, 8-14.

Digitized by Google

Paz de los hombres con Dios, paz de los hombres entre sí, paz de los hombres consigo mismos. Paz á los hombres de buena voluntad, es decir, según la propiedad del vocablo original, á los hombres de buena voluntad divina, á los hombres en quienes Dios se complace hasta hacerse por ellos hombre (1). Algo difiere la lección que hoy siguen los griegos. Pero todos los Padres latinos y los Padres más antiguos entre los griegos, como Orígenes y San Cirilo, de Jerusalén, leyeron como leemos y cantamos todavía nosotros (2).

Unámonos nosotros á la innumerable multitud de los celestiales ejércitos, y alcemos hasta el cielo nuestra voz, entonando en coro con toda la Iglesia: *Gloria in excelsis Deo!* Y siempre que oigamos resonar este cántico angélico acompañemos la armonía de los ángeles con el acorde concierto de nuestros deseos. Recordemos el nacimiento de nuestro Señor, que dió origen á ese cántico. Digamos de corazón las palabras que, para interpretar el cántico de los ángeles, añade la Iglesia. Alabámoste, adorámoste: *Laudamus te, adoramus te,* y sobre todo: *Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam.* (Gracias os damos por vuestra gran gloria.) Estimamos vuestros beneficios, porque os glorifican, y los bienes que nos hacéis porque con ellos resalta en honor vuestro vuestra bondad (3).

"Luego que los ángeles se apartaron de ellos y volaron al cielo, los pastores se decían unos á otros: "Vamos hasta Betlehem, y veamos este suceso prodigioso que acaba de suceder, y que el Señor nos ha manifestado.„ Vinieron, pues, á toda priesa y hallaron á María, y á José y al Niño reclinado en el pesebre. Y viéndole se certificaron (ó conforme al griego, hicieron conocer) (4) de cuanto se les había dicho de este Niño. Y todos los que supieron el suceso se maravillaron igualmente de lo que los pastores les habían contado. María, empero, conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón. En fin, los pastores se volvieron, no cesando de alabar y glorificar á Dios por todas las cosas que habían oído y visto, según se les había anunciado (5).„

¡Felices pastores de Belén! Apacentaban sus ganados en aquellas mismas campiñas donde Jacob había pastoreado los suyos, en aquellos campos donde David traía las ovejas de su padre, cuando le llamaron para ser consagrado rey y pastor de Israel; en aquellos campos donde el mismo David ahogaba los leones y los osos, y ensayaba en el arpa los primeros cantos que el Espíritu de Dios le inspiraba. ¡Felices pastores! Recordarían, sin duda, que algún día su padre Jacob soportaba como ellos el calor del día y el hielo de la noche, sin dar descanso á sus párpados (6). Recordaban y cantaban acaso en sus prolongadas vigilias algu-

(1) Εὐδοκιας.
(2) Orig., *in Luc.*, hom. 13; Cyrill., *Catech.*, XII, 33.
(3) Bossuet, *Elevation.*
(4) Διεγνώρισαν.
(5) Luc., II, 15-20.
(6) Gen., XXXI, 40.

Digitized by Google

nos cánticos de su compatriota el rey David. Como no estaban lejos de la ciudad de Zacarías, habrían oído acerca del nacimiento de su hijo y de la próxima venida del Redentor, los maravillosos relatos que se habían difundido por todas las montañas de Judea. Tal vez en aquel momento platicaban de aquella buena nueva, de aquel hijo de David, de aquel gran pastor de Israel que iba á venir luego. ¡Felices pastores! Son los primeros llamados al portal de Belén. Los magos, los sabios vendrán después; mas los primeros son ellos, por ser pobres, por ser humildes de corazón. No ya una estrella es quien los avisa, sino el ángel mismo del Señor, una innumerable muchedumbre de ángeles. Son ellos, humildes pastores, los primeros en oir aquel celeste himno que continuamos cantando ahora en la tierra.

Y María no decía nada, escuchaba y admiraba: conservaba cuidadosamente todas estas palabras, todas estas cosas, comparándolas en su corazón con lo que había oído, con lo que ella y sólo ella sabía, y con las palabras también de los profetas. Y tan inefable efecto causaba en su alma esta contemplación, que sólo podían corresponder á él la admiración y el silencio.

7. "Llegado el día octavo, en que debía ser circuncidado el Niño, le fué puesto por nombre Jesús, nombre que le puso el Angel antes que fuese concebido„ (1).

¡Cuán bueno es el Señor! Entre todos los nombres que en el cielo y en la tierra hay, toma el nombre de Jesús. Otros nombres de él había anunciado Isaías: "Ahora que ha nacido un Párvulo para nosotros y se nos ha dado un hijo... y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de Paz„ (2). Llevará, en efecto, todos estos nombres. Pero el suyo propio es Jesús, el Salvador; porque viene á este mundo, no á llamar á los justos, sino á los pecadores; no para condenarlos, sino para salvarlos; no para ser su Juez, sino su Salvador, su Jesús. Nombre es que ha de costarle su sangre toda; que ya el día que se lo imponen comienza á derramarla en la circuncisión. Habiéndose puesto en lugar de los pecadores que viene á salvar, cumple por ellos y con ellos todo el rigor de la ley. Reos eran de muerte, y El la soportará por ellos en la Cruz; como Jesús suyo que es. Nombre será para El de todo coste; pero nombre también de todo valor para nosotros. Lo que en su nombre pidamos, lo obtendremos del Padre. Y si el infierno nos ataca, con ese nombre le rechazaremos. Es un nombre sobre todo nombre, al cual toda rodilla se dobla, de las cosas celestes, terrestres é infernales. ¡Oh adorable, amable, deleitoso nombre, dulcísimo nombre de Jesús, que os tenga yo siempre en la boca y en el corazón!

"Habiendo, pues, nacido Jesús en Belén de Judá, reinando Herodes, he aquí que unos Magos vinieron de Oriente á Jerusalén, preguntando: ¿Dónde está el nacido Rey de los judíos? Porque nosotros vimos en Orien-

(1) Luc., II, 21.
(2) Isaías, IX, 6.

Digitized by Google

te su estrella, y hemos venido con el fin de adorarle. Oyendo esto el rey Herodes, turbóse, y con él toda Jerusalén. Y convocando á todos los príncipes de los sacerdotes y á los escribasdel pueblo, les preguntaba en dónde había de nacer el Cristo. A lo cual ellos respondieron: En Belén de Judá, que así está escrito en el profeta: Y tú Belén, tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre las principales ciudades de Judá; porque de ti es de donde ha de salir el caudillo que rija mi pueblo de Israel. Entonces Herodes, llamando en secreto á los Magos, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo en que la estrella les apareció; y encaminándolos á Belén, los dijo: Id, é informaos puntualmente de lo que hay de ese Niño, y en habiéndolo hallado, dadme aviso para ir yo también á adorarle. Luego que oyeron esto al rey, partieron: y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente, iba delante de ellos, hasta que, llegando sobre el sitio donde estaba el Niño, se paró. A la vista de la estrella se regocijaron en extremo. Y entrando en la casa, hallaron al Niño con María, su Madre, y postrándose le adoraron; y abiertos sus cofres, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido en sueños aviso para que no volviesen á Herodes, regresaron á su país por otro camino„ (1).

Después de las primicias de Israel vienen las primicias de la gentilidad; después de los pobres é ignorantes, los sabios y ricos; después de los pastores, los reyes. Eran los Magos, entre los persas, lo que los mandarines en la China y los brahmanes en la India: la casta docta y el primer cuerpo político. En su orden debían ser iniciados, esto es, hacerse Magos, antes de subir al trono, los antiguos reyes de Persia. En la época á que nos referimos, hallamos establecido el reino de los persas con la denominación de reino de los Partos; y partía límites, por un lado, con el imperio romano, y por otro, con el imperio chino. Ocupando siempre allí el primer lugar los Magos, podían algunos, entre ellos, ser gobernadores, príncipes, reyes de algunas determinadas regiones. Los judíos hallaban favorable acogida entre los nuevos persas, como la habían experimentado entre los antiguos. Hemos visto no ha mucho la veneración que del rey de los partos obtuvo en Babilonia Hircano II, Sumo Sacerdote del Dios de Israel, con igual benevolencia para todos los judíos esparcidos por su imperio. Así, pues, los Magos, cuyo jefe había sido mucho tiempo el profeta Daniel, tenían siempre á la vista al pueblo depositario de las Sagradas Escrituras. Habían tenido siempre facilidad de conocer las profecías, tenían, sin duda, noticia de las principales. Lo cual es tanto más creible, cuanto en países más lejanos, en la India y en la China, hemos encontrado vestigios incontrovertibles de ellas. Una, sobre todo, debía presentar para ellos especial interés: la de Balaán, el cual había venido de aquellas tierras, y parece haber sido Mago también. Quince siglos antes había dicho: "Yo le veré, mas no ahora; yo le contemplaré, mas no de cerca. De Jacob nacerá una estrella, y brotará de Israel una vara...

(1) Matth., II, 1-12.

Digitized by Google

¡Ay! ¿Quién vivirá cuando Dios haga todas estas cosas?„ (1). Dábase, además, una circunstancia que había podido despertar la atención de los Magos respecto á estas predicciones. No pasaba de cuarenta años que había venido el rey de los partos á Jerusalén para reponer en el trono de los Macabeos y en la dignidad de Sumo Sacrificador á Antígono, hijo de Aristóbulo II, último príncipe reinante de aquella ilustre familia. Todo esto podía haber familiarizado á los Magos con la esperanza, cada vez más viva en los judíos, de ver pronto á su Mesías.

Calcidio, filósofo platónico del siglo tercero, y San Jerónimo los hacen venir de Caldea, otros de Persia, otros de Arabia. Como la Caldea y Persia y Arabia están en una misma dirección, con respecto á la Judea, y como esos tres países estaban entonces, ya total, ya parcialmente, sujetos á los partos, concíliase bien todo. En cuanto al número de ellos, si tomamos la palabra griega en su rigor gramatical, como está en plural y no en dual, podemos deducir que eran tres al menos, y tal es la opinión común. Ocupándose los sabios de Persia y Caldea, especialmente en el estudio de los astros, advirtieron al punto la estrella profética. Habla de ella Calcidio en su *Comentario al Timeo de Platón*. Cita primero algunos pasajes de Homero en que se trata de estrellas funestas, y añade luego: "Hay otra historia más santa y venerable que refiere la aparición de cierta estrella anunciadora, no de enfermedades y muertes, sino del descendimiento de un Dios adorable para la conservación y dicha de los mortales. Dícese que los sabios de Caldea, muy versados en la contemplación de las cosas del cielo, tomando esta estrella por guía en su viaje, se pusieron á buscar ese Dios recién nacido, y que habiendo hallado aquella majestad infantil, le tributaron sus homenajes y le hicieron los ofrecimientos que á tan gran rey convenían„ (2). Varios eruditos están en que Calcidio era pagano.

"*Vimos*—dicen los Magos—y *vinimos*.„ Al paso que la estrella les daba su luz en lo exterior, iluminábalos y movíalos interiormente Dios, y obedecieron sin demora á la inspiración divina. Ofrecen presentes al estilo de los orientales, que nunca se presentan con las manos vacías á sus monarcas. Y son presentes que tienen algo de simbólico, acomodándose también en eso al genio oriental. Según la explicación común de los Padres le ofrecieron los Magos á Jesús: oro, como á rey; incienso, como á Dios; mirra, como á hombre mortal. Comenzaban á cumplirse así aquellas palabras de los profetas: que todos los reyes y todas las naciones de la tierra se volverán hacia el Eterno.

Por su ciencia misma son llevados á Cristo los Magos. Y así corresponde. Los mayores sabios de Grecia, Sócrates y Platón, reconocen que las ideas, las verdades, los seres y, por consiguiente, las ciencias que de ellos tratan, no tienen realidad y certeza absoluta sino en el pensamiento de Dios, en su inteligencia, en su razón, en su Verbo. Con arreglo á ese

---

(1) Núm., XXIV, 17 y 23.
(2) Calcid., *In Tim.*, n. 125, edic. Fabric.

Digitized by Google

fondo subsistente, con arreglo á ese modelo, han sido formados el universo, el cielo, la tierra, el hombre. Toda ciencia, pues, digna de tal nombre, debe conducir hacia el Verbo de Dios, hacia Cristo. ¡Ojalá que los modernos magos de Occidente, los sabios y los artistas que buscan lo verdadero, lo bueno y lo bello, progresen lo suficiente para encontrar nuevamente el primitivo manantial de la verdad, del bien y de la belleza!

Habían anunciado los profetas que en Belén nacería el Cristo y allí nace; habían anunciado que vendría al segundo Templo, y que se ofrecería El mismo á Dios Padre en lugar de los antiguos sacrificios. Y Cristo va á cumplir lo que habían vaticinado los profetas. Saldrá de Belén para venir á Jerusalén á su Templo.

8. "Cumplido asimismo el tiempo de la purificación de la Madre, según la ley de Moisés, llevaron al Niño á Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que nazca el primero será consagrado al Señor, y para presentar la ofrenda de un par de tórtolas ó dos palominos, como está ordenado en la ley del Señor„ (1).

Dos cosas prescribía la ley de Moisés á los padres de los recién nacidos. Una, que si esos recién nacidos eran los primeros, los presentasen y consagrasen al Señor, de la cual pone la ley dos razones. La primera general: *Conságrame todo primogénito... porque mías son todas las cosas,* y en la persona de los primogénitos se me da en propiedad el resto de la familia. La segunda razón era peculiar al pueblo judío. Dios había exterminado en una noche todos los primogénitos de los egipcios, y dejando á los de los judíos quiso que en lo sucesivo le quedasen consagrados sus primogénitos por inviolable ley, de suerte que sus padres no pudiesen reservarse la facultad de disponer de ellos ni derecho alguno sobre los mismos, sin haberlos de antemano rescatado de Dios por el precio marcado. Esta ley se extendía hasta á los animales y, en general, todos los que primero nacían, ó según la expresión de la ley, "todo primogénito que abría el seno de la madre„ pertenecía á Dios.

La otra prescripción se refería á la purificación de las madres, que eran impuras desde que habían dado á luz. Estábales prohibido durante cuarenta ó sesenta días, según el sexo de la criatura, tocar cosa santa alguna, ni entrar en el santuario. Desde que daban á luz estaban como excomulgadas por su propia fecundidad, ¡tan tristes circunstancias acompañaban por reato de estigma inevitable al nacimiento del hombre! Y he aquí que Jesús y María fueron á purificarlo, sujetándose voluntariamente á una ley que no les comprendía, sino á causa de no saberse el secreto de aquel parto virginal.

En la purificación debían también los padres ofrecer un cordero, y si sus facultades no alcanzaban á esto, *dos tórtolas ó dos pichones, el uno para holocausto y el otro* (según el rito del sacrificio) *por el pecado.* Y

---

(1) Luc., II, 22-24.

Digitized by Google

he ahí lo que disponía la ley de Moisés en oprobio perpetuo de los hijos de Adán y su culpable linaje (1).

La primera de estas dos leyes parecía manifiestamente haber sido puesta en figura de Jesucristo, que siendo—como dice San Pablo—*el primogénito de toda criatura* era en quien todo debía ser santificado y eternamente consagrado á Dios. Así fué que su primer acto al entrar en el mundo fué consagrarse enteramente al Padre, poniéndose en lugar de las víctimas, cualesquiera que éstas fuesen, para cumplir en todo su voluntad. Lo que, con el afecto de su corazón, había hecho desde el vientre de su Madre, lo lleva á efecto realmente hoy, presentándose en el Templo, y entregándose al Eterno como cosa enteramente suya. Unámonos, ya que por nosotros se ofrece, unámonos á él á fin de formar con El también nosotros una sola oblación, ofrenda, por mérito de El, acepta á Dios.

Aprendamos de Jesús y María á no buscar pretextos para eximirnos de guardar la ley. Por los términos mismos de la de la purificación, aparece que de ella estaba exenta la santísima Virgen, pues no había contraído ni la impureza de las concepciones naturales, ni la de la sangre y demás consecuencias de los partos ordinarios. Sométese, no obstante, á la ley y se considera obligada á ello para edificación de los demás, como su Hijo se había sometido á la ley servil de la circuncisión.

"... Por hijo y por hija traerá—decía la ley,—á la entrada del Tabernáculo del Testimonio, un cordero primal para holocausto, y un pichón ó una tórtola por el pecado.—Pero si sus facultades no alcanzan para poder ofrecer un cordero, tomará dos tórtolas ó dos pichones, el uno para holocausto y el otro para sacrificio por el pecado„ (2). Dios mitigaba su ley según las necesidades; su rigor, aunque normal, sabe acomodarse á las circunstancias y permite al pobre que, en vez de un cordero, demasiado costoso para sus cortos posibles, le ofrezca aves de bajo precio; pero agradables á sus ojos por la sencillez y la mansedumbre. Como quiera que sea, tenemos que las tórtolas y los pichones son las víctimas para los pobres. En la oblación del Salvador, el Evangelio, omitiendo el cordero y mencionando sólo la alternativa de las palomas ó los palominos, quiso expresamente notar que el sacrificio de Jesucristo fué el de los pobres. Tanto se complace él en la pobreza y tanto es su amor á la humildad que en todo y por todo lo hace ver así.

"Reputo—dice Orígenes—muy felices á estas tórtolas y estas palomas en haber sido ofrecidas por su Salvador„ (3), pues El salva á los hombres, y á El deben las bestias salud y aliento de vida. Id mansas tortolillas, id inocentes víctimas á morir por Jesús. Nosotros éramos quien, por nuestros pecados, debiéramos morir; salvemos, pues, de la muerte á Jesús, sufriendo la que habíamos merecido. De ella nos liberta Dios por Jesús, que por nosotros muere; y en figura de Jesús, nuestra verdadera

(1) Bossuet, *Elévat.*
(2) Levit., XII, 6, 8.
(3) Orig., *in Luc.*, homil. 14.

Digitized by Google

víctima, son inmolados animales; mueren, pues, por El, en cierta manera, hasta que llegue su advenimiento, y á nosotros nos exime de la muerte su oblación (1).

"Había á la sazón en Jerusalén un hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeón, el cual esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo moraba en él. El Espíritu Santo le había revelado que no había de morir antes de ver al Cristo del Señor. Así vino inspirado de él al Templo. Y al entrar con el Niño Jesús sus padres para practicar con él lo prescrito por la ley, tomándole Simeón en sus brazos, bendijo á Dios, diciendo: Ahora, Señor, sacas en paz de este mundo á tu siervo, según tu promesa. Porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado; al cual tienes destinado para que, expuesto á la vista de todos los pueblos, sea luz que ilumine á los gentiles y la gloria de tu pueblo de Israel„ (2).

Lo que Simeón veía, todos los Patriarcas, desde Adán hasta Noé, desde Noé hasta Abrahán, desde Abrahán hasta Simeón, habían deseado presenciarlo. Pero fuéles revelado que no sería en su tiempo, sino para más adelante. Simeón fué el primero y el único á quien se dijo que vería al Salvador, no ya de lejos, sino de cerca; no solamente con los ojos del alma, sino con los propios ojos corporales. Ya de antemano el Espíritu Santo estaba en él, guiaba sus pasos, le guiaba al Templo. Pero ¡cuánta abundancia de las gracias y luces de este divino Espíritu debió alcanzar cuando recibió en sus brazos al que es la misma salvación, al Salvador, cuando una y otra vez le besó reverente y vertió sobre El sus lágrimas de gozo! Juzguémoslo por los efectos. Lo que los Apóstoles mismos tuvieron dificultad en comprender, lo proclama anticipadamente el santo anciano diciendo: como aquel Niño es, no sólo la gloria de Israel, sino también el Salvador de todos los pueblos, la luz de todas las naciones. En cuanto á él ya sólo le queda un deseo, el de ir al seno de Abraham á decir á los Patriarcas y los profetas lo que acaba de ver.

El Padre y la Madre del Niño "escuchaban con admiración las cosas que de El se decían„. ¿Y por qué esa admiración, cuando ellos estaban más enterados que los que les hablaban de El? Cierto es que el ángel no les había todavía anunciado la vocación de los gentiles; á María se le había hablado sólo del trono de David y de la casa de Jacob. Había sentido, no obstante, por un presentimiento manifiestamente profético y sin limitación que todas las generaciones, todas las razas, todas las edades la proclamarían dichosa, en lo cual se divisan comprendidos todos los pueblos y los tiempos todos, y la adoración de los Magos era un presagio de la conversión de los gentiles. Como quiera que sea, Simeón parece presentarse el primero á anunciarla, y motivo de grande admiración era. Con este prodigio más, después de los que María y José sabían ya, admiradas sus almas, penetradas, dominadas de la magnificencia y majestad de todas

(1) Bossuet. *Elévat.*
(2) Luc., II, 25-32.

Digitized by Google

estas cosas, permanecían en silencio ante Dios, sin hallar palabras adecuadas, y acudiendo tal vez á aquella exclamación del rey-profeta: "A ti el silencio es la alabanza, oh Dios, en Sión„ (1).

Simeón bendijo á entrambos y dijo á María, la Madre del Niño: "Mira, este niño que ves está destinado para ruina y para resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción; lo que será para ti misma una espada que traspasará tu alma, á fin de que sean descubiertos los pensamientos en los corazones de muchos„ (2).

Materia para nueva y singular admiración en María. El Hijo del Altísimo, que viene á salvar á su pueblo de Israel, será ocasión de ruina para muchos en Israel. El Hijo querido, alabado y bendecido hasta entonces por los ángeles y los hombres, adorado por los pastores y los reyes, habrá de ser el blanco de toda especie de contradicciones: contradicciones á su persona y á su doctrina; contradicciones tan violentas que atravesarán con una espada de dolor el alma de la Madre santísima; contradicciones que descubrirán el fondo de los ánimos, con lo cual se verá quiénes eran de verdad piadosos y justos, y quiénes sólo en apariencia lo eran.

"Vivía entonces una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, que era ya de edad muy avanzada: y la cual, casada desde la flor de ella, vivió con su marido siete años. Y habíase mantenido viuda hasta los ochenta y cuatro de su edad, no saliendo del Templo, y sirviendo día y noche con ayunos y oraciones. Esta, pues, sobreviniendo á la misma hora, alababa igualmente al Señor: y hablaba de El á todos los que esperaban la redención de Israel„ (3).

Tenemos en Ana, la profetisa, el modelo de una santa viuda. Guardó, cuando doncella, la castidad virginal; cuando casada, la conyugal, y en su viudez, la castidad propia de una viuda consagrada á Dios. No salía de su Templo. Las delicias de ella eran la oración y el ayuno. No quedó sin recompensa su perseverancia. Hállase allí al punto en que Simeón tiene en sus brazos al Niño y está, profetizando su historia, reconoce en aquel Niño al Señor mismo, y habla de El á todos los que esperan el libertador de Israel, á aquellas almas santas que gemían al ver la ilustre familia de los Macabeos destruída ya hasta el último vástago, invadido el trono de David, y tomado el cetro de Judá por un extranjero, por un esclavo idólatra del poder romano y áspero tirano, no menos de su propia familia que de su pueblo.

9. "Cumplidas todas las cosas ordenadas en la ley del Señor—añade San Lucas,—regresaron á Galilea, á su ciudad de Nazaret„ (4). Volvieron á Nazaret, pero no en seguida. Pasaron en ese intervalo sucesos de que no habla San Lucas, pero que los trae San Mateo. Y viene aquí al caso recordar que los Evangelistas no se propusieron en manera alguna

---

(1) Psalm. LXIV, 2, según el hebreo.
(2) Luc., II, 33-35.
(3) Luc., II, 36-38.
(4) Ibid., 39.

Digitized by Google

escribirlo todo; uno de ellos expresamente nos dice, que si se hubiera querido escribir todas las cosas una por una, le parecía que no cabrían en el mundo los libros. Motivo más para no espantarnos de que se pase en silencio lo que otro ha referido ya.

"Después que ellos (los Magos) partieron, un ángel del Señor apareció en sueños á José, diciéndole: Levántate, toma al niño, y á su madre, y huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te avise. Porque Herodes ha de buscar al niño para matarle. Levantándose José, tomó al niño y á su madre de noche, y se retiró á Egipto, donde se mantuvo hasta la muerte de Herodes; de suerte que se cumplió lo que dijo el Señor por boca del profeta: Yo llamé de Egipto á mi Hijo„ (1).

Esa profecía es de Oseas. Hela aquí: "Por cuanto Israel era niño, y yo le amé: y de Egipto llamé á mi Hijo„ (2). Si nos atenemos á la corteza de la letra, este pasaje del profeta dice referencia á la salida de Egipto del pueblo de Israel; pero en un sentido más íntimo refiérese á Cristo. Porque tomando las cosas en su fuente, Israel y toda su familia eran figura del Hijo de Dios. Egipto había de servirles de refugio durante la época del hambre: y pasada ésta había de ser su perseguidor; y Dios había de sacarlos de aquel lugar de cautividad para transportarlos á la tierra prometida á sus padres, y solamente allí había de encontrar descanso. Acontecíales todo esto en figura. La tierra de Egipto, refugio un tiempo del pueblo de Israel, había también de ofrecer asilo á Jesucristo, y á su hora había de sacarle Dios de allí. Tenemos, pues, aquí una de aquellas profecías que contienen dos sentidos: así como bastantes otras se refieren únicamente á Jesucristo. Aquí, para adunar la figura y la realidad, escogió el Espíritu Santo un término aplicable á ambas y aun, si se atiende á los términos precisos, más todavía á Jesucristo que al pueblo de Israel.

Marchad, pues, á Egipto, divino Niño. Dichoso el país que ha de serviros de refugio contra la persecución de Herodes; sentirá algún día los efectos de vuestra presencia. Ya desde ahora, estremécense los ídolos, y tiemblan los demonios á quienes en ellos se reverenciaba. Vendrá un día en que esa tierra y los gentiles todos se conviertan; Jesús, que ha de nacer en Judea, saldrá de aquel país para volverse hacia los gentiles, y Pablo dirá: *A vosotros debía ser primeramente anunciada la palabra de Dios; mas ya que la rechazdis, y os juzgdis vosotros mismos indignos de la vida eterna, de hoy en adelante nos vamos á los gentiles* (3). Id, pues, divino Niño, á refugiaros en Egipto, y manifestadnos por vuestro Evangelio el sentido recóndito de las antiguas profecías, á fin de acostumbrarnos á encontrarlo doquiera, y considerar la ley toda y la profecía, como respirando de vos doquiera, y prontas, digámoslo así, á manifestaros (4).

---

(1) Matth., II, 13-15.
(2) Oseas, XI, 1.
(3) Act., XIII, 46.
(4) Bossuet, *Elevat.*

Digitized by Google

"Entretanto Herodes, viéndose burlado de los Magos, se irritó sobre manera, y mandó matar á todos los niños que había en Belén y en toda su comarca, de dos años abajo, conforme al tiempo que había averiguado de los Magos. Vióse cumplido entonces lo que predijo el profeta Jeremías, diciendo: En Ramá se oyeron las voces, muchos lloros y alaridos: Raquel que llora sus hijos, sin querer consolarse, porque ya no existen„ (1).

Iban unos treinta y siete años que Herodes había llegado fugitivo á Roma. Había dejado en Judea, en una fortaleza, á su querida esposa Mariamna, de la familia de los Macabeos. Tenía Mariamna un hermano, Aristóbulo III. Iba Herodes á pedir á Roma que Aristóbulo fuese reconocido rey y Pontífice, conforme á los tratados de alianza entre el pueblo romano y la familia de los Macabeos. Antonio hace que le den á él mismo la corona de Judea, la cual recibe en el Capitolio ante un ídolo de Júpiter. Toma á Jerusalén con el auxilio de los romanos; consigue que Antígono, último príncipe reinante de los Macabeos, sea entregado al suplicio de la más ignominiosa manera; hace degollar todo el Senado de la nación; hace arrojar al agua á Aristóbulo III, el hermano de Mariamna; hace morir á su tío José y á sus mejores amigos, al Sumo Sacerdote Hircano, bienhechor suyo y abuelo de Mariamna, á Mariamna misma y á su madre Alejandra, á sus propios hijos habidos en Mariamna, Alejandro y Aristóbulo. Su hijo Antipater„ al cual había enviado á Roma como futuro sucesor suyo, conspira para envenenarle: pónele á la vuelta preso Herodes. Pero cae entonces enfermo él mismo. En el fondo no tenía otro Dios que á sí propio. Había levantado templos en honor de Augusto y en honor de Apolo, había restaurado el Templo de Jerusalén; pero todo por interés propio, á fin de sostenerse en el trono á despecho del pueblo, que le aborrecía. Y así y todo, en la puerta principal del Templo había puesto un ídolo romano, un águila de oro. Mientras estaba enfermo, la echaron abajo. Hizo quemar vivos cuarenta jóvenes que declararon haberlo efectuado por obedecer á la ley de Dios. Y él, continuando su enfermedad, sufría espantosos dolores, caíanle podridas á pedazos las carnes y hervía en gusanos. El arte de los médicos sólo servía para agravar el mal. En tan desesperada situación una cosa vino á regocijarle, el permiso que le enviaba Augusto para hacer morir á su hijo. Pero en un acceso de dolor más terrible intenta matarse él mismo. Sabiendo después que su hijo en aquel momento se había lisonjeado de evitar la muerte, lo hace estrangular en seguida, y cinco días después muere él. Mas ni con su muerte terminó su crueldad. Bien penetrado de que el día de su muerte sería un día de júbilo para los judíos, había hecho reunir á todos los magnates de la nación en el Hipódromo de Jericó, y tenía prevenida á su digna hermana Salomé y al marido de ésta, para que en cuanto muriese los degollasen, obligando con esto á los judíos á llorarle á despecho suyo. Tal es el retrato que de Herodes nos pinta el historiador Josefo, judío celoso como el que más de

(1) Matth., II, 16-18.

Digitized by Google

la gloria de su nación, tal es el retrato que nos traza siguiendo á Nicolás de Damasco, amigo y favorito de Herodes (1). Lo que dicen ambos autores da á entender bastante lo que callan.

Compréndese que un tirano de esa laya se turbase ante la pregunta de los Magos: ¿Dónde está el nacido Rey de los judíos? Compréndese asímismo que se turbase con él Jerusalén, que había visto asesinada la familia de los Macabeos, su Senado, la flor y nata de su nación. Cada sospecha de Herodes traía consigo arroyos de sangre, y con mayor razón podría temerse esto ahora al anuncio de un nuevo Rey, de aquel Rey de Israel esperado por tanto tiempo. Compréndese que un monstruo de barbarie y de artificio quisiese emplear la astucia y portarse como un hipócrita con los Magos, á fin de deshacerse más arteramente del recién nacido. Compréndese que al verse burlado en sus sanguinarias esperanzas, haya hecho dar muerte, no sólo en Belén, sino también en todas sus cercanías, á todos los niños de dos años abajo, para asegurarse más de alcanzar al que era objeto de sus recelos. Compréndese todo esto en un padre que por entonces, desde su lecho de muerte, no tuvo otro consuelo que el poder hacer matar á su tercer hijo; de un tirano que, para celebrar sus propias exequias, dispone por su última voluntad que se degüelle á todos los cabezas del pueblo. Porque esos trágicos sucesos fueron el año mismo de la matanza de los inocentes. Lo sabemos por un autor pagano. Hablando de los donaires del emperador Augusto, dice Macrobio: "Habiendo oído que entre los niños menores de dos años que Herodes, rey de los judíos, había hecho matar en Siria, había sido muerto su propio hijo, exclamó: Vale más ser cerdo de Herodes que hijo suyo„ (2).

Vemos en Herodes lo que es la política de un soberano ateo ó impío. El cual no tiene más Dios que á sí mismo ni más religión ni ley que su voluntad ó su pasión; esposa, hijos, hermanos, amigos, pontífices, reyes, pueblo, todo lo sacrifica á su egoísmo. Para esto, todos los medios halla buenos: retocar el Templo del verdadero Dios ó los templos de los ídolos, guerrear contra César ó erigirle altares. Por matar á un niño, inmolará mil. Vivió en la sangre, y en la sangre morirá.

Vemos aquí también cómo Dios burla los proyectos de los malvados. Con tantos asesinatos quería Herodes poner paz en su familia y paz en su corazón, y no hace más que acrecentar en su familia odios, furores, venganzas, calumnias, envenenamientos, asesinatos, y acrecentar en su corazón turbación y despecho; consigue sólo comenzar en este mundo su infierno. Con matar á los niños de Belén, quiere matar al Rey recién nacido, y ése precisamente es el que se le escapa; quiere ahogar en la cuna á ese Monarca anunciado por el cielo, y logra sólo dar nuevo brillo á su nacimiento. Así también Faraón había hecho sumergir todos los niños de los hebreos, y uno de ellos lo salvó la hija misma de Faraón y ése llegó á ser el salvador de todo su pueblo.

---

(1) Josefo, *Antiq.*, libro XIV y XV; *De bello jud.*, libro I.
(2) Macrobio, *Saturnal.*, lib. II, cap. IV.

Digitized by Google

La de los inocentes conmueve profundamente el sentimiento natural, y ofrece extenso campo á las consideraciones de la fe. Aflígese el corazón al verlos así tronchados en los umbrales de la vida por el furor del cruel tirano. Pero por otra parte, inspíranos la fe amoroso gozo al mostrárnoslos como primicia de los mártires, los primeros en dar la sangre por Cristo y puestos al frente de aquellas almas vírgenes que siguen al Cordero en la celestial Sión y cantan el inefable cántico. Algo de semblanza y figura de éste suceso tiene otro acontecido diecisiete siglos antes en el camino de Belén. Expiró allí Raquel al dar á luz su último hijo. Próxima á expirar dióle el nombre de Benoni, ó sea: hijo de mi dolor; más Jacob le cambió el nombre y le llamó Benjamín, es á saber: hijo de mi diestra. Lo mismo pasa con los santos inocentes. Desconsoladas de perderlos están las madres, y los llaman, en más de un sentido, hijos de mi dolor; pero Abrahán, que los recibe en su seno con Isaac y Jacob y los demás Patriarcas, los llama hijos de mi gloria. Era Raquel la más afectuosa de las madres; iban renovándose en la sucesión del tiempo sus pesares. Había llorado ya, con inconsolables lágrimas, la cautividad de las dos tribus de Benjamín y Efraín, hijas suyas, cuando las llevó Salmanazar: y ése es el principal sentido de las palabras del Profeta. Alzase ahora de nuevo de su sepulcro en el camino de Belén para unir su llanto al de estas desoladas madres: llega la voz de su lamento hasta Ramá, en la tribu de Benjamín, ó si queremos traducir el vocablo en su sentido apelativo, hasta las alturas. Mas si acompañamos á las madres en su llanto, regocijémonos ahora con los niños. Sigamos con nuestros vítores aquel bienaventurado escuadrón hasta el seno de Abrahán, acompañémoslos hasta el cielo bendiciéndolos y glorificándolos y celebrando su triunfo; saludemos con toda la Iglesia á estas primeras flores, y escuchemos la voz inocente de estas criaturas, primicias venturosas del martirio. Y al paso que los contemplamos, como jugando con sus palmas y sus coronas, unámonos á esa inocente grey por la sencillez y la inocencia de nuestra vida y seamos, por lo que toca á malicia, verdaderos niños en honor á la santa infancia de Jesucristo.

"Luego después de la muerte de Herodes un ángel del Señor apareció en sueños á José en Egipto, diciéndole: Levántate y toma al niño y á su madre, y vete á tierra de Israel; porque ya han muerto los que atentaban á la vida del niño. José, levantándose, tomó al niño y á su madre, y vino á tierra de Israel. Mas oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá: y avisado entre sueños, retiróse á tierra de Galilea. Y vino á morar en una ciudad llamada Nazaret, cumpliéndose de este modo el dicho de los profetas: Será llamado Nazareno„ (1), en hebreo, Notzer ó Notzri.

En dos lugares de los más importantes de la Escritura encontramos este nombre. La persona divina que aparece á Moisés, y que se llama

(1) Matth., II, 19-23.

Digitized by Google

Jehovah, Dios, misericordioso, clemente, sufrido, verídico, toma también el nombre *Notzer*. Y en todas las Biblias hebreas va ese nombre con una mayúscula para indicar, dicen los doctores judíos, que encierra un profundo misterio. Y ese misterioso nombre es el principio de la continuación de la misma invocación: *que conservas la misericordia para millares, que borras la iniquidad, y los delitos y los pecados*„(1) No es difícil entrever que es fundado el aserto de los judíos, y que ese nombre encierra, en efecto, un gran misterio relativo á Cristo. El otro pasaje es aquel de Isaías, en que dice: "Y saldrá un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz se elevará una flor„ (Notzer.) (2). De este renuevo, de este germen, de este Notzer, hallamos escrito: que reposará sobre El el Espíritu del Señor, que será puesto como señal, *ó estandarte de salud,* para los pueblos, que será invocado de las naciones, y que su sepulcro será glorioso. Como Jesús habitó en Nazaret, los judíos le llamaron por irrisión Notzer, Notzri ó el Nazareno. Clavado estuvo en la Cruz este título. Y la Cruz ha llegado á ser el estandarte de las naciones, y el universo entero adora aquel Nazareno, y ve en El al Notzer de Moisés, al Dios clemente y verídico que conserva la misericordia para mil generaciones, etc., que quita, que borra los pecados del mundo. Hay, sin duda, en ese nombre un gran misterio, pero misterio cumplido y aclarado.

10. "Entretanto el Niño iba creciendo, y fortaleciéndose, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con El. Iban sus padres todos los años á Jerusalén por la fiesta solemne de la Pascua. Y siendo el Niño ya de doce años cumplidos, habiendo subido á Jerusalén, según solían en aquella solemnidad, acabados aquellos días, cuando ya se volvían, se quedó el Niño Jesús en Jerusalén sin que sus padres lo advirtiesen. Y creyendo que vendría con los de la comitiva, anduvieron camino de un día, y buscábanle entre los parientes y conocidos. Mas como no le hallasen retornaron á Jerusalén en busca suya. Y al cabo de tres días le hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores, que ora los escuchaba, ora les preguntaba. Y cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verle, pues, sus padres quedaron maravillados. Y su Madre le dijo: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando. Y él les respondió: ¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabiais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre? Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta. En seguida se fué con ellos y vino á Nazaret, y les estaba sujeto. Y su madre conservaba todas estas cosas en su corazón. Jesús entretanto crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres„ (3).

Habiendo querido el Hijo de Dios hacerse semejante á nosotros en todas las cosas, excepto en el pecado, procedía que, como los demás

(1) Exodo, XXXIV, 7.
(2) Isai., IX, 1-10.
(3) Luc., II, 40-52.

Digitized by Google

niños, se viesen en El los progresos de la edad. La misma sabiduría de que estaba lleno, aparecía creciendo con la edad; se declaraba gradualmente. Sin embargo de que desde el seno de su Madre estaba en El la plenitud de la sabiduría. Unida su santa alma desde su concepción en unidad de persona á la eterna Sabiduría, era por ésta íntimamente dirigida, y de ella recibió desde luego un don de Sabiduría, cuya eminencia sobrepujaba todo, como alma que era del Verbo divino, alma suya; de suerte que, aun según la humanidad, todos los tesoros de ciencia y sabiduría estaban guardados en El. Tenía, pues, en sí estos tesoros, pero ocultos, para irse declarando á su tiempo. *Y la gracia de Dios estaba en El;* no cabe dudarlo, pues que tan íntimamente unido se hallaba al manantial de la gracia y de la santidad. Mas el santo Evangelista quiere decir que al paso que iba creciendo el Niño se dejaba ver en todo su exterior un no sé qué, propio para inspirar recogimiento y atraer las almas á Dios; tanta era la sencillez, mesura y arreglo de sus acciones y de sus palabras.

Iban José y María todos los años, según el precepto de la ley, á celebrar la Pascua en el Templo de Jerusalén. Llevaban allá al amadísimo Hijo, el cual dejaba que le informasen de esta santa práctica y aun, tal vez, que le instruyesen del misterio de aquella fiesta. En ella asistía El antes de ir, como que era Aquel á quien allí se significaba; el verdadero cordero, que había de ser inmolado y tomado en alimento para memoria de nuestro tránsito á la vida futura. Pero Jesús, siempre sometido á sus padres de aquí durante su niñez, mostró un día que, no de la flaqueza, incapacidad é ignorancia ordinarias en los niños, sino de más alto principio, se originaba aquella sumisión.

Escogió para realizar este misterio la edad de doce años, cuando ya empiezan los niños á raciocinar y reflexionar con más solidez; pues quiso en esto aparecer más bien acomodándose sin violencia á la naturaleza y al curso y adelantamiento ordinarios de la edad.

El haberse apartado Jesús de su Madre santísima y de San José, no es un castigo, sino una prueba. No leemos que se los acuse de haberle perdido por negligencia ó falta en ellos; fué, pues, una humillación y una prueba. Sorprendiéronse al principio, y apesadumbráronse luego al ver que no le hallaban entre los parientes y amigos, en cuya compañía le suponían. ¡Cuántas veces, si nos es lícita semejante conjetura, cuántas veces el santo anciano se reprendería á sí mismo de poco cuidado en la custodia de aquel celestial tesoro! ¿Y quién podría menos de afligirse con él y con la más tierna de las madres y la más excelente de las esposas?

Admirable encanto había en el santo Niño, y es de creer que todos procurasen tenerle consigo: por donde fácilmente José y María creerían cada cual que iba con otro grupo de viajeros; porque las gentes de una misma comarca que iban á Jerusalén para la fiesta, reuníanse por grupos para ir juntos. Fué esto ocasión de que fácilmente se apartase Jesús, y anduviesen sus padres un día sin advertir su pérdida.

Vuelta, pues, á Jerusalén: que á Jesucristo no se le hallará entre los parientes y conocidos y entre los hombres, sino en la santa ciudad, en el

Digitized by Google

Templo, ocupado de las cosas que á su Padre tocan. Y, en efecto, al cabo de tres días de laboriosas pesquisas, cuando ya se había llorado bastante por El y se había andado bastante en busca suya, dejó al cabo que le encontraran en el Templo.

Sentado estaba en medio de los doctores, ya escuchándolos, ya preguntándoles, y cuantos le oían quedaban pasmados de su prudencia y de sus respuestas. Helo allí; por una parte está sentado entre los doctores, como doctor que es El y destinado á enseñarlos, y por otra parte no vemos que allí esté, como más adelante, enseñando exprofeso. Escuchaba y preguntaba á los que eran reconocidos por maestros en Israel, y esto no oficialmente, digámoslo así, ni de aquel modo auténtico con que más adelante lo efectuó. Era allí, si se nos permite la expresión, era un Niño, y aparecía como si hubiese querido instruirse. Por esto vemos escrito que ya preguntaba, ya respondía á los doctores que le interrogaban, y admirábanse de sus respuestas, como de un niño modesto, afable y bien instruído, presintiendo, sin embargo, como era justo, algo superior en El; de suerte que le dejaban tomar su asiento entre los maestros.

Admiremos aquí la manera con que Jesús, con un prudente temperamento, sabe conciliarlo todo, y cómo deja traslucir algo de lo que El era, sin querer perder del todo el carácter de Niño. Buen ejemplo tenéis aquí, niños cristianos; id al Templo, consultad á los doctores, preguntadles, respondedles, y contemplad en este misterio el comienzo de la catequesis y de la escuela cristiana. ¿Y vosotros, padres cristianos, al ver que Jesús no se desdeña de preguntar, de responder y de escuchar, podriais, por ventura, apartar vuestros niños del Catecismo y de la instrucción pastoral?

Admiremos también con todos los demás la prudencia de Jesús, prudencia no sólo superior á su edad, sino también superior á lo humano, superior á lo que dictan la carne y la sangre; prudencia verdaderamente espiritual. ¡Oh, si tuviésemos algunas de aquellas respuestas de Jesús que, por lo prudentes, tantas admiraciones le atrajeron! Una nos ha conservado el Evangelió, y por ella podremos inferir la índole y alteza de las demás.

Maravilláronse sus padres de hallarle entre los doctores, á quienes tenía pasmados. Y esto indica que en la vida cotidiana no veían en él nada extraordinario, porque todo se hallaba como envuelto bajo el velo de la niñez, y María, que era la primera en el sentimiento por la pérdida de un tan querido hijo, fué también la primera en la queja por su ausencia. *Hijo* —le dice,—*¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando.* Nótese: *Tu padre y yo.* Llámale su padre, porque en cierto sentido lo era; padre, no sólo por adopción del santo Niño, sino también verdaderamente padre por el afecto, por los cuidados, por la ternura; lo cual hace que diga María: *Tu padre y yo, llenos de aflicción;* iguales en la aflicción, ya que sin tener parte en tu nacimiento, no por eso comparte menos conmigo el gozo de poseerte y la pena de perderte. Sin embargo, como mujer obe-

Digitized by Google

diente y respetuosa, nombra en primer lugar á José: *Tu padre y yo,* y le honra lo mismo que si en realidad hubiese sido tal padre, en el sentido común de la palabra. ¡Oh Jesús, y cuán bien regulado se halla todo en vuestra familia! ¡Cómo en ella cada cual, sin afectar de su propia dignidad, atiende á lo que la edificación y el buen ejemplo piden! Familia bendita, la Sabiduría Eterna es quien te dirige.

¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre? Tal fué la sublime respuesta del Niño. ¿Desaprueba tal vez á María que había llamado padre suyo á José? No en verdad, sino que les propone el suave recuerdo de su verdadero Padre, que es Dios, cuya voluntad, á la cual alude, es lo que debe ocuparle. Era la voluntad de su Padre que diese entonces una muestra de la sabiduría que plenamente poseía y que venía á manifestar al mismo tiempo, de la superioridad con que debía considerar á sus padres mortales, sin seguir la carne y la sangre, quién era de derecho su señor, sometido ahora por dispensación á ellos.

Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta. No sutilicemos desacertadamente respecto al texto del Evangelio. Dícese, no sólo de José, sino también de María, que no comprendieron lo que quería decir Jesús. María entendía, sin duda, lo que El decía de Dios, su Padre, ya que el ángel le había anunciado este misterio; lo que no penetró tan hondamente en toda su vasta extensión, fué lo relativo á las cosas que miraban al servicio de su Padre, en las cuales debía El ocuparse. Aprendamos que la perfección no consiste en la ciencia, sino en la sumisión. Para que no podamos dudarlo, se nos representa aquí á la misma Virgen María como no enterada del misterio á que aludía aquel amado Hijo. No fué curiosa, permaneció en la sumisión; vale más ésta que la ciencia. Así, pues, acostumbrémonos á que Jesucristo obre como Dios que es, y haga y diga cosas altas é impenetrables; mirémoslas, como hizo María, con una santa admiración, conservémoslas en nuestro corazón para meditarlas y rumiarlas interiormente en todos sus aspectos y entenderlas cuando Dios lo disponga y en el grado que á Dios le plazca.

En seguida se fué con ellos, y vino á Nazaret. Después de esta breve salida para emplearse en los asuntos tocantes al servicio de su Padre, entra de nuevo en su norma de vida ordinaria, en la de sus padres, en la obediencia. Tal vez á esto alude místicamente la palabra *descender* que usa aquí el Evangelio; mas como quiera que sea, resulta que, puesto de nuevo en sus manos hasta la edad de cerca de treinta años, no hizo ya otra cosa que obedecerles.

Atónito me quedo ante esto. ¿Todo se ocupa en esto Jesucristo, el Hijo de Dios? ¿Se emplea y ejercita todo en obedecer á dos criaturas suyas? ¿Y en qué les obedece? En los más humildes empleos, en el ejercicio de un arte mecánico. ¿Y habrá aún quienes se quejen y murmuren cuando sus empleos no corresponden á su capacidad ó mejor dicho á su orgullo? Vayan estos tales á la casa de José y María, á la casita de Nazaret, y vean allí á Jesucristo trabajando. No leemos que sus padres

Digitized by Google

tuviesen nunca criados, ya se sabe que en casa de los pobres suelen ser los hijos los sirvientes. Jesús dijo de sí mismo que *vino á servir*. Los ángeles se vieron obligados, digámoslo así, á venir á servirle ellos mismos en el desierto; y no hallamos en parte alguna que tuviese sirvientes en su séquito. Lo cierto es que trabajaba El mismo en el taller de su padre. Y hay—¿lo diremos?—hay indicios de que perdió á José antes de empezar su ministerio público. Cuando su Pasión, encomendó su Madre al discípulo amado; lo cual no hubiera hecho si viviera aún entonces su casto esposo José. Desde el comienzo de su ministerio público vemos á María convidada con Jesús á las bodas de Caná, y de José no se habla. Poco después vemos á Jesús ir á Cafarnaún, El, su Madre, sus hermanos y sus discípulos, y de José no se hace mención en esa enumeración completa. En otros parajes aparece con frecuencia María; mas después de lo escrito de San José á propósito de la educación y cuidado de Jesús, no vuelve á hacerse memoria de aquel varón santo. Por esto, al comenzar Jesucristo su ministerio público, cuando llegó á predicar en su patria, decían las gentes: *¿No es este el artesano, el Hijo de María?* Así como de uno á quien, y no lo tengamos á mengua, se le había visto, por decirlo así, tener taller, sostener con su trabajo á una madre viuda, y atender á un oficio que proveía á la subsistencia de ambos. *¿No es... el Hijo de María, hermano de Santiago, y de José, y de Judas y de Simón? ¿Y sus hermanas no están aquí con nosotros?* No se habla de su padre; parece, pues, que lo había perdido ya: Jesucristo le había asistido en su última enfermedad. Feliz padre aquel á quien cerró los ojos tal Hijo, murió verdaderamente en brazos de Dios y como en el ósculo del Señor. Quedaba Jesús para consuelo y servicio de su Madre. En eso se ocupó enteramente.

¡Oh, Dios mío! Atónito, sí, atónito nuevamente quedo. Afuera todo orgullo; disípese ante esta vista. Jesús reputado hijo de un carpintero, y carpintero también El, conocido por este oficio, sin que se hable de ningún otro oficio ni otra acción alguna. Guardábase en su naciente iglesia el recuerdo de arados hechos por El, y se ha conservado esa tradición en los más antiguos autores. Consolaos y regocijaos los que vivís de un oficio manual, Jesucristo es de vuestro gremio; aprended á acompañar el trabajo con las alabanzas de Dios, con salmos y cánticos espirituales. Dios bendecirá vuestra labor, y aparaceréis ante El engalanados con la semejanza de Jesucristo.

No faltaron quienes se hayan avergonzado, en cierto modo, por el Salvador de verle en tales ocupaciones, y le suponen desde su infancia haciendo milagros como al desbarate. ¿Qué no se dice de las maravillas que hizo en Egipto? Pero todo eso está sólo escrito en los libros apócrifos. El Evangelio compendia toda la vida de Jesús durante treinta años, en las palabras: *Y les estaba sujeto*. Y también: *Es el carpintero, Hijo de María*. Hay en la obscuridad de San Juan Bautista algo que ofrece aparente mayor grandeza; no se presentó entre los hombres *y habitó en los desiertos*. Pero Jesús, en una vida tan ordinaria, conocido ciertamente

Digitized by Google

más por un oficio humilde, ¿podía ocultar mejor lo que era? ¡Qué dichos ni qué acciones bastarían á alabarle! No nos queda, en verdad, más que la admiración y el silencio.

Aquellos á quienes causa disgusto y vergüenza, por Jesucristo, el representárselo pasando una vida tan obscura, conciben análogo disgusto respecto á la santísima Virgen, y quisieran atribuirle continuos milagros. Pero oigamos al Evangelio: *María, empero, conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón.* El quehacer de Jesús era ocuparse en su oficio, el de María meditar día y noche el secreto de Dios.

Y por ventura, ¿mudó de ocupación después de la muerte de su Hijo? ¿Dónde se la ve mostrarse en los actos ó en la tradición de la Iglesia? Se la enumera entre los que entraron en el Cenáculo y recibieron el Espíritu Santo, y eso es todo lo que se nos dice. Y en efecto, ¿qué ocupación más digna que la de conservar en su corazón cuanto había visto en aquel amadísimo Hijo? Y si tan suavemente la ocuparon los misterios de su infancia, ¿cuánto que considerar no hallaría también en lo restante de su vida? María meditaba acerca de Jesús; María, con San Juan, en quien está figurada la vida contemplativa, permanecía en perpetua contemplación, derritiéndose, por decirlo así, en amor y deseo (1).

¡Oh sagrada familia Jesús, María y José! ¡Ah, si todas las familias se pareciesen á vosotros, comenzaría ya el cielo aquí en la tierra. No más guerras entonces, no más violencias, no más injusticias, no más pleitos, no más odios; reinarían doquiera paz, unión, concordia y caridad. Amarían todos á todos en Dios, y á Dios en todos.

Pero hay otra familia bien diferente, y no una sola. Son: una la de Herodes, que pesa sobre Palestina, y otra la de los Césares, que pesa sobre el mundo.

Había fundado Herodes la suya sobre la perfidia y el asesinato, y hereditarios puede decirse que fueron en ella el asesinato y la perfidia. Distribuyó él por su último testamento sus Estados entre tres hijos suyos, llevando el reino de Judea, Arquelao; el tetrarcado de Galilea, Antipas, y el de la Traconitide, Filipo. Cada uno de estos tres hijos se llamaba también Herodes por el nombre de su padre. Pero dicho testamento tenía aún que pasar por una ratificación. Aquel rey tan temible, y tan cruel con el pueblo, era esclavo del César. Sometióse el testamento á Augusto. Arquelao, acusado de tirano, sólo obtuvo la mitad del reino y el título de etnarca ó jefe de la nación, con promesa, sin embargo, de recibir más adelante el título de rey, si se mostraba digno de ello. Después de nueve años de gobierno, acúsanle sus súbditos nuevamente ante el César, que le depone y le destierra á Viena, en las Galias, y reduce la Judea á provincia romana, por el intermedio de Cirenio ó Quirino, gobernador á la sazón de Siria. Salió, entonces, por completo de la casa de Judá el cetro.

---

(1) Bossuet, *Elevation.*

Digitized by Google

Habíase casado Filipo con su sobrina Herodiades, nieta de Herodes el Viejo, como hija que era de Aristóbulo. Prendóse Antipas de la mujer de su hermano Filipo y se la hizo abandonar, aunque ya tenía hijos, y, hollando todas las leyes, la tomó por esposa. Otro tanto había hecho por su parte Arquelao. Esta famosa Herodiades es aquella á cuyo ruego y al de su hija Salomé hará Herodes Antipas en un banquete cortar la cabeza de San Juan Bautista. Y ese mismo Herodes tratará de sandio á Cristo. Mas un hermano de Herodiades, Herodes Agripa, aprovechando el favor de Calígula, la hará desterrar á ella y al marido, á León, en las Galias, obtendrá para sí la Judea, hará degollar al Apóstol Santiago, pondrá preso á San Pedro, y le sobrevendrá la muerte en castigo de su orgullo. Su hijo, que llevará el mismo nombre, ayudará á Tito en la toma y destrucción de Jerusalén. He ahí cuál era la familia impuesta á los judíos como preludio de su ruina.

En cuanto á la otra familia á que hemos también aludido, la familia que pesaba sobre el mundo, la de Tiberio y Nerón, más adelante hablaremos de ella. Pero por aquel mismo tiempo asomaba ya otro espíritu, otra familia, otra sociedad, otro imperio, otra humanidad. Oigamos.

11. "El año décimoquinto del imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes tetrarca de la Galilea, y su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la provincia de Traconite, y Lisanias tetrarca de Abilina, hallándose de Sumos Sacerdotes Anás y Caifás, el Señor hizo entender su palabra á Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. El cual vino por toda la ribera del Jordán, predicando un bautismo de penitencia para la remisión de los pecados, como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías: Voz de uno que clama en el desierto; preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas; todo valle será terraplenado; todo monte y cerro allanado, y los caminos torcidos serán enderezados, y los escabrosos igualados, y verán todos los hombres al Salvador de Dios."

Hemos visto cómo se formaron, cómo se gobernaron los reinos de la tierra, los imperios fundados por el hombre, los de los asirios, los persas, los griegos, los romanos. Tócanos ver ahora cómo se forma, cómo se gobierna el reino del cielo, el imperio de Dios.

"Traía Juan un vestido de pelos de camello, y un cinto de cuero á sus lomos, y la comida suya eran langostas y miel silvestre. Iban, pues, á encontrarle las gentes de Jerusalén y de toda la Judea, y de toda la ribera del Jordán, y recibían de él el bautismo en el Jordán, confesando sus pecados; pero como viese venir á su bautismo muchos de los fariseos y saduceos, díjoles: ¡Oh raza de víboras! ¿Quién os ha enseñado á huir de la ira que os amenaza? Haced, pues, frutos dignos de penitencia. Y dejaos de decir interiormente: Tenemos por padre á Abrahán; porque yo os digo que poderoso es Dios para hacer que nazcan de estas mismas piedras hijos de Abrahán. Mirad que ya la segur está aplicada á la raíz de los árboles. Y todo árbol que no produce buen fruto será cortado y echado al fuego."

Digitized by Google

Nada dijeron los fariseos y los saduceos; pero la muchedumbre le preguntó: "¿Qué es lo que debemos, pues, hacer? Les respondía diciendo: El que tiene dos vestidos dé al que no tiene ninguno, y haga otro tanto el que tiene que comer. Vinieron asimismo los publicanos á ser bautizados y le dijeron: Maestro, ¿y nosotros qué debemos hacer? Respondióles: No exijáis más de lo que os está ordenado. Preguntábanle también los soldados: Y nosotros ¿qué haremos? A éstos dijo: No hagáis estorsiones á nadie, ni uséis de fraude, y contentaos con vuestras pagas„ (1).

Los fariseos y los saduceos, los doctos y los ricos, no consultaron; parecíales no necesitar consejo. Los pecadores, los publicanos, los soldados, la gente menuda son quienes, con sencillez, preguntaron y recibieron respuestas de salud. No dominaba en ellos la envidia, sino la admiración.

"Mas opinando el pueblo que quizá Juan era el Cristo y prevaleciendo esta opinión en los corazones de todos, Juan la rebatió diciendo públicamente: Yo, en verdad, os bautizo con agua, pero está para venir otro más poderoso que yo, al cual no soy digno de desatar la correa de sus zapatos; El os bautizará con el Espíritu Santo y con el fuego. Tomará en su mano el bieldo y limpiará su era, metiendo después el trigo en su granero y quemando la paja en un fuego inextinguible. Muchas otras cosas, además de éstas, anunciaba al pueblo en las exhortaciones que les hacía„ (2).

Bien pronto Aquel de quien acababa de hablar se presenta á él entre la muchedumbre de los pecadores. "Vino Jesús de Galilea al Jordán en busca de Juan; para ser de él bautizado.„

Sucedió entonces lo que Juan manifiesta en otra ocasión á los judíos: *Yo no le conocía.* Habla desde luego del tiempo que precedió al bautismo de Jesucristo, pues en su bautismo harto bien le había conocido y con señales demasiado extraordinarias para olvidadas nunca. Pero cuando San Juan le vió por primera vez pudo con razón decir: *Yo no le conocía, pero yo he venido á bautizar con agua para que Él sea reconocido en Israel.* Porque además de que Juan, al bautizar al pueblo, anunciaba, como hemos visto, un bautismo mejor, había de acontecer que al presentarse Jesucristo al bautismo con los demás, iba á ser reconocido por la manifestación siguiente: "Y dió Juan este testimonio diciendo: Yo he visto al Espíritu descender del cielo en forma de paloma y reposar sobre El. Yo antes no le conocía, mas el que me envió á bautizar con agua me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu y reposa sobre El, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi: y di testimonio que éste es el Hijo de Dios„ (3).

De suerte que el Espíritu Santo, bajando del cielo y reposando sobre Jesucristo, había de ser la señal para conocerle. Esta señal fué dada á todo el pueblo en el bautismo de Jesucristo; pero San Juan, que era el

(1) Matth., III, 1-10; Marc., I, 1-6; Luc., III, 1-14.
(2) Matth., III. 11 y 12; Marc., I, 7 y 8; Luc., III, 15-20.
(3) Joann., I, 32-34.

Digitized by Google

amigo del Esposo, la vió antes que los otros, y reconociendo á Jesucristo, cuyos pies se consideraba indigno de tocar, así que antes de bautizarle "Juan se resistía á ello, diciendo: ¿Yo debo ser bautizado de ti y Tú vienes á mí? A lo cual respondió Jesús, diciendo: Déjame hacer ahora, que así es como conviene que nosotros cumplamos toda justicia„. Era disposición de lo alto, que Jesús, víctima por los pecados y que había de quitarlos tomándolos sobre sí, se colocase voluntariamente en las filas de los pecadores; esa era la justicia que debía cumplirse. Y así como Juan le obedecía en esto, obedecía el Hijo de Dios las órdenes del Padre. *Juan entonces condescendió con Él* y se cumplió así toda la justicia en una completa sumisión á las órdenes de Dios.

Así, pues, Jesucristo se oculta en las aguas, sumergiéndose en ellas su cabeza bajo la mano de Juan. Está en la situación adecuada al pecador, no se le divisa; los pecadores merecen ser sumergidos; para ellos vinieron las aguas del diluvio. Pero si las aguas muestran la justicia divina por esa fuerza que devasta y sepulta, tienen también otra virtud: la de purificar y lavar. El diluvio lavó el mundo y las aguas purificaron y salvaron á los sobrevivientes del humano linaje. Jesucristo, sumergido en las aguas, les concede una nueva virtud: la de lavar las almas. El agua del bautismo es un sepulcro donde somos con Jesucristo arrojados vivos, mas para resucitar allí con El.

Y he aquí que al instante que Jesús salió del agua en que se había sumergido se le abrieron los cielos, y el Espíritu Santo, no visto antes más que por San Juan Bautista, bajó públicamente sobre el Salvador, á manera de paloma, y posó sobre El y se oyó del cielo una voz como de trueno, y sonaron fuertes y distintas estas palabras: "Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo puestas todas mis delicias.„ Así estaba designado el Unigénito. "He aquí mi siervo—decía Isaías,—... mi escogido, en quien se complace el alma mía.„ Pero este siervo es al mismo tiempo el unigénito á quien se dijo: Mi Hijo eres Tú, Yo te he engendrado hoy. Y también: Del seno, antes del lucero, te engendré. Mas lo que estaba separado en la profecía se reúne ahora, y en la declaración del Padre: "Tú eres mi Hijo amado, en ti tengo puestas todas mis delicias„. En El sólo están mis complacencias, como en mi Unigénito que es, y tengo mis complacencias en los miembros que ha escogido, porque en El me complazco y no amo cosa alguna en la tierra sino en este único objeto de mis complacencias.

Manifiéstase aquí por entero la Santísima Trinidad. En el momento de la transfiguración vemos la intervención del Padre; pero el Espíritu Santo no se mostró: mostróse sí en la ocasión en que descendió en forma de paloma; pero allí no vimos al Padre: y en los demás casos se nos presenta el Hijo, pero solo. En el bautismo de Jesucristo, de donde nace el nuestro, y donde había de invocarse á la Santísima Trinidad, muéstrase el Padre por la voz, el Hijo por su presencia en carne mortal, y el Espíritu Santo en forma de paloma (1).

(1) Bossuet, *Elevat.*

Digitized by Google

Lo que sucedió de una manera visible en el bautismo de Jesucristo, sucedió de una manera invisible en el nuestro. Abriéronse los cielos sobre nuestra cabeza para que supiéramos que eran ya en adelante herencia nuestra. Dios Padre nos dijo como á su Hijo un día: Tú eres mi hijo querido, en quien de hoy en adelante me complazco. Muertos y sepultados en las aguas del bautismo, hemos renacido en ellas, y en ellas hemos resucitado con El como miembros suyos, como incorporados á El conforme á aquellas palabras suyas: "Que todos sean una misma cosa, y que como Tú, oh Padre, estás en mí, y Yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros„ (1). Y en conformidad también á lo que dice San Pablo: "¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?„ (2). Y por último, el Espíritu Santo ha venido sobre nosotros y ha hecho su morada en nosotros, de suerte que somos templos suyos, según aquellas otras palabras de San Pablo: "¿Por ventura no sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo?„ (3). He aquí, pues, que hemos sido hechos hijos de Dios, herederos suyos; sí, herederos de Dios y coherederos de Jesucristo. Glorifiquemos, pues, á Dios en nuestro cuerpo, como en templo suyo, y en nuestra alma como en su santuario. Gloria siempre en nosotros al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, según era en el principio, y ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

12. Dícenos el Evangelio que comenzó su predicación San Juan el año décimoquinto del imperio de Tiberio, y de Jesucristo cuando vino á recibir el bautismo, que *tenía Jesús al comenzar cerca de treinta años.* Así que el trigésimo año de la edad de Jesucristo correspondería aproximadamente al décimoquinto del reinado de Tiberio. Pero el principio de este reinado podemos tomarlo de dos épocas, bien después de la muerte de Augusto, año de Roma 767, el catorce de la Era vulgar, ya cuatro años antes, cuando su antecesor le asoció al imperio. Si contamos los quince años de Tiberio desde la época en que empezó á reinar solo, los treinta años que entonces tenía Jesucristo subirán al principio de la Era cristiana y Jesucristo habrá nacido el primer año de dicha Era, ó más bien, como nosotros comenzamos los años ocho días después del nacimiento de Jesucristo, habrá nacido en 25 de Diciembre del año anterior. En cuanto al día, la tradición está, digámoslo así, unánime y señala el 25 de Diciembre; mas no sucede lo mismo respecto al año. Hay, tocante á esto, cinco ó seis diferentes opiniones. Lo más probable hoy es que ese décimoquinto año de Tiberio que dice San Lucas debe contarse desde aquel en que fué asociado al imperio, lo cual hace subir los treinta años de Jesucristo á cuatro antes de la Era vulgar. Las principales razones para ese cómputo son las siguientes:

Vemos por el Evangelio que Herodes el mayor murió después del nacimiento de Jesucristo. Ahora bien; según las fechas del historiador

(1) Joann., XVII, 21.
(2) I Cor., VI, 15.
(3) Ibid., 19.

Digitized by Google

Josefo, Herodes murió el año 750 de Roma, que es el cuarto antes de nuestra Era (1). Añade que hacia el tiempo de su muerte hubo un eclipse de luna, lo cual, según el cálculo astronómico, se verificó el 13 de Marzo, á las tres de la mañana, del año de Roma 750. Además, Josefo y Dión están acordes en que Arquelao, su hijo, fué desterrado el año de Roma 759, el décimo de su reinado, según lo cual habría sucedido á su padre en el año 750 (2). Según el mismo Josefo, Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, fué desterrado el año de Roma 793. Corrían entonces cuarenta y tres años del reinado de dicho príncipe, como se ve por sus medallas, que llegan hasta esa fecha; habría, por consiguiente, empezado á reinar desde el año 750. Lo mismo se deduce de otras medallas relativas á su hermano el tetrarca Filipo. Parece, pues, casi seguro que Herodes el mayor murió en la primavera del año 750 de Roma, y que Jesucristo nació el 25 de Diciembre del año anterior, cuatro años y ocho días antes de la Era vulgar. Lo cual no debe sorprendernos excesivamente. La costumbre de contar los años por los de Jesucristo comenzó tarde; no se introdujo en Italia hasta el siglo sexto, por la particular iniciativa del monje Dionisio el Exiguo; en Francia comenzó dicha costumbre en el siglo séptimo, y aun no la vemos muy firme allí hasta el octavo, bajo el gobierno de Pipino y Carlo-Magno. Además, no todos comenzaban el año en un mismo día. Dábanle principio unos el 25 de Marzo, ó sea el día de la Encarnación, otros el día de Pascua, otros el de Navidad, y, por último, los más en 1.° de Enero. Concíbese que habiéndose introducido en tales circunstancias la Era cristiana, haya podido no comenzar precisamente en el año del nacimiento de Jesucristo. Como ahora dicha Era está comunmente conocida, universalmente adoptada, y son sabidas sus relaciones con otras Eras bien averiguadas, no quedará por ende menos cierta la cronología, aunque Jesucristo hubiese realmente nacido algunos años más temprano ó más tarde.

13. Al ser bautizado Jesucristo, dió Dios Padre testimonio de su eterna y divina generación con aquellas palabras: "Tú eres mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias.„ Añade, á renglón seguido, San Lucas su genealogía temporal y humana, que sube también hasta Dios. "Tenía Jesús, al comenzar su ministerio, cerca de treinta años; hijo, como se creía, de José, que lo fué de Helí, que lo fué de Mathat, que lo fué de Leví, que lo fué de Melquí, que lo fué de Janne, que lo fué de Joseph, que lo fué de Mathatías, que lo fué de Amós, que lo fué de Nahúm, que lo fué de Heslí, que lo fué de Nagge, que lo fué de Mahath, que lo fué de Mathatías, que lo fué de Semeí, que lo fué de Joseph, que lo fué de Judas, que lo fué de Joanna, que lo fué de Resa, que lo fué de Zorobadel, que lo fué de Salathiel, que lo fué de Neri, que lo fué de Melchi, que lo fué de Addí, que lo fué de Cosán, que lo fué de Elmadán, que lo fué de Her, que lo fué de Jesús, que lo fué de Eliezer, que lo fué

(1) Joseph., *Antiq.*, lib. XVII, cap. VIII.
(2) Dión, lib. LV.

Digitized by Google

de Jorím, que lo fué de Mathat, que lo fué de Leví, que lo fué de Simeón, que lo fué de Judas, que lo fué de Joseph, que lo fué de Jonás, que lo fué de Eliakín, que lo fué de Melea, que lo fué de Menna, que lo fué de Mathatha, que lo fué de Nathán, que lo fué de David, que lo fué de Jesse, que lo fué de Obed, que lo fué de Booz, que lo fué de Salmón, que lo fué de Naasón, que lo fué de Aminadab, que lo fué de Arám, que lo fué de Esrón, que lo fué de Pharés, que lo fué de Judas, que lo fué de Jacob, que lo fué de Isaac, que lo fué de Abrahán, que lo fué de Tharé, que lo fué de Nacor, que lo fué de Sarug, que lo fué de Ragán, que lo fué de Phaleg, que lo fué de Heber, que lo fué de Salé, que lo fué de Cainán, que lo fué de Arphaxad, que lo fué de Sem, que lo fué de Noé, que lo fué de Lamech, que lo fué de Mathusalén, que lo fué de Henoch, que lo fué de Jared, que lo fué de Malaleel, que lo fué de Cainán, que lo fué de Henós, que lo fué de Seth, que lo fué de Adám, que lo fué de Dios (1).„

Por otro lado, trae San Mateo, al principio de su Evangelio, la genealogía de una manera diferente, no subiendo, sino bajando desde Abrahán. "Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán. Abrahán engendró á Isaac, é Isaac engendró á Jacob, y Jacob engendró á Judas y sus hermanos. Y Judas engendró á Pharés y á Zara de Thamar, y Pharés engendró á Esrón, y Esrón engendró á Arám. Y Arám engendró á Aminadab, y Aminadab engendró á Naasón, y Naasón engendró á Salmón. Y Salmón engendró á Booz de Rahab, y Booz engendró á Obed de Ruth, y Obed engendró á Jesse, y Jesse engendró á David, el rey. Y David, el rey, engendró á Salomón de aquella que fué mujer de Urías. Y Salomón engendró á Roboám, y Roboám engendró á Abías, y Abías engendró á Asá. Y Asá engendró á Josaphat, y Josaphat engendró á Jorám, y Jorám engendró á Ozías. Y Ozías engendró á Joathám, y Joathám engendró á Acad, y Acad engendró á Ezequías. Y Ezequías engendró á Manassés, y Manassés engendró á Amón, y Amón engendró á Josías. Y Josías engendró á Jeconías y sus hermanos en la transmigración de Babilonia. Y después de la transmigración de Babilonia Jeconías engendró á Salathiel, y Salathiel engendró á Zorobabel. Y Zorobabel engendró á Abiud, y Abiud engendró á Eliacím, y Eliacím engendró á Azor. Y Azor engendró á Sadoc, y Sadoc engendró á Achím, y Achím engendró á Eliud. Y Eliud engendró á Eleazar, y Eleazar engendró á Mathám, y Mathám engendró á Jacob. Y Jacob engendró á Joseph, esposo de María, de la que nació Jesús, que se llama Cristo. Así son catorce todas las generaciones desde Abrahán hasta David, y las de David hasta la transportación á Babilonia catorce generaciones, y también catorce las generaciones desde la transportación de Babilonia hasta Cristo„ (2).

Convienen todos en que para igualar sus tres series de catorce generaciones, omitió San Mateo los reyes Ocosías, Joas y Amasías, entre Jorám y Osías. Júzgase que en esto no hizo más que conformarse al estilo

(1) Luc., III, 28 38.
(2) Matth. I, 1-17.

Digitized by Google

de los judíos, para los cuales escribía, y que no habían admitido en sus listas los tres primeros descendientes de Jorám y de Atalía, hija de Achab y de Jezabel, á causa de la maldición pronunciada contra la posteridad de Achab, maldición que, según la ley mosaica, debía extenderse hasta la tercera generación.

En cuanto al modo de conciliar ambas genealogías, el más sencillo y común es el siguiente: San Mateo da la genealogía de San José y San Lucas la de la santísima Virgen, y ambas muestran que Jesucristo es hijo de David. Desde luego que siéndolo José, lo es ya de derecho Jesús, por ser Hijo de la esposa de José, conforme á las costumbres de los judíos, según las cuales seguía el hijo la condición del padre. Y lo era también de hecho, porque siendo de tal linaje José, Jesús, hijo de su esposa, era también realmente hijo de David. Porque, según hizo notar un docto rabino, convertido al cristianismo, un hombre de la casa de David no podía casarse fuera de su familia, se hubiera, ciertamente, opuesto á ello aquella nación, tan celosa, como era, de conservar en toda su pureza el linaje real de David, de la dinastía que era su gloria, y por cuya pronta restauración pide hoy aún varias veces cada día. Así, pues, San Mateo, para dar á los judíos la genealogía de Jesucristo, les presenta los ascendientes de José: con lo cual bastaba añadir que éste era el esposo de María, de la cual nació Cristo; siguiéndose naturalmente que Jesús era Hijo de David, toda vez que su Madre era esposa de José, que descendía de David por la línea de Salomón.

En la genealogía de San Lucas, Helí, que es quien primero se presenta, es el padre de la santísima Virgen. Hállase la prueba hasta en el Talmud de los judíos, donde á María se la llama hija de Heli (1). Helí, Heliachín, Joachím son sinónimos en hebreo. Las palabras de San Lucas: *que fué de Helí,* pueden, en el texto original, entenderse de José y de Jesús; de José, como yerno, y de Jesús, como nieto por María. Esas palabras: *que fué de Helí,* y aun más en el griego, no indican por sí mismas una filiación propia y directa, como lo vemos por lo que se dice de Adán: *Que fué de Dios.* Podría traducirse el griego de una manera tal vez aún más literaria en esta forma: Jesús, reputado hijo de José, lo era de Helí, de Mathat, de Zorobabel, de Nathán, de David, de Judá, de Jacob, de Isaac, de Abrahán, de Noé, de Seth, de Adán, de Dios.

La genealogía de María se remonta á David por su hijo Nathán, mientras que la de San José llega á David por su hijo Salomón. Pero habiéndose reunido estas dos ramas en Salathiel y Zorobabel, síguese que la Sagrada Familia: Jesús, María y José son descendientes de David por Nathán y Salomón á la vez.

14. Jesucristo, al recibir el bautismo de Juan, se había colocado en las filas de los pecadores y profesado, digámoslo así, la penitencia; va, pues, á darles ejemplo de ella. Guiado del Espíritu Santo, que había reposado sobre El bajo la forma sensible de una paloma, partió del Jordán y fué

(1) *Talmud Hieros.*, cap. *Chagigah.*

Digitized by Google

conducido por el Espíritu al desierto para que fuese tentado por el diablo. Pasó allí cuarenta días y cuarenta noches, en cuyo tiempo no comió nada. Allí fué tentado de Satanás, y moraba entre las fieras, y al cabo de aquellos días tuvo hambre (1). "Entonces, acercándose el tentador le dijo: Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. Mas Jesús le respondió: Escrito está: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Después de esto le transportó el diablo á la santa ciudad, y le puso sobre lo alto del Templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo. Pues está escrito: Que te ha encomendado á sus ángeles, los cuales te tomarán en sus manos para que tu pie no tropiece contra alguna piedra. Replicóle Jesús: También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios. Y le condujo el diablo á un elevado monte, y le puso á la vista en un instante todos los reinos de la redondez de la tierra, y díjole: Yo te daré todo este poder y la gloria de estos reinos; porque se me han dado á mí, y los doy á quien quiero. Si tú quieres, pues, adorarme, serán todos tuyos. Respondióle entonces Jesús: Apártate de ahí, Satanás. Porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo y á El sólo servirás. Con eso le dejó el diablo, y he aquí que se acercaron los ángeles y le servían„ (2).

No será coronado sino quien legítimamente combatiere; milicia y combate es la vida del hombre en la tierra. El primer Adán fué sometido á prueba. Colocado en un paraíso de delicias, solo al principio, entre animales, con una compañera luego, se le impuso un precepto de abstinencia, y después sobrevino el tentador. Y sucumbió el primer Adán. Ahora el segundo Adán, al salir de las aguas del bautismo, es llevado no á un paraíso de delicias, sino á un espantoso desierto, solo, sin compañía, y entre fieras, para ser también á su vez sometido á la prueba. Fué ésta, no la fácil abstinencia de determinado fruto, sino la abstinencia completa de todo alimento por cuarenta días y cuarenta noches. Y durante todo ese tiempo le tienta Satanás. Porque las tres tentaciones de que hablan San Mateo y San Lucas parecen ser sólo las últimas y principales. Juegan en ellas, como en la tentación del primer hombre, las tres concupiscencias que invaden el mundo: la concupiscencia de la carne, ó la sensualidad; la concupiscencia de los ojos, ó la curiosidad; y la ambición, por último, y el orgullo de que se halla impregnada la vida.

Así que después de haber ayunado cuarenta días con cuarenta noches, tuvo hambre, ya que había querido someterse á esta necesidad. Hallándose, pues, El apretado del hambre, según el desfallecimiento de

(1) Según la tradición, el desierto de la tentación es el monte llamado de la Cuaresma ó Cuarentena, donde pasó nuestro Señor Jesucristo cuarenta días de oración, mortificación y ayuno. Este desierto está situado al oeste de Jericó. Es muy accidentado y sus montañas son calcáreas y están llenas de cavernas: es verosímil que se ocultaron en ellas los exploradores enviados por Josué á Jericó (Jos., II. 22). En un tiempo estuvieron pobladas de anacoretas, después de la Era cristiana, en recuerdo del ayuno del Salvador.—*(Nota del Censor de la presente edición.)*

(2) Matth., IV, 1-11; Marc., I, 12 y 13; Luc., IV, 1-13.

Digitized by Google

la carne mortal que había tomado, aprovechó el diablo semejante ocasión para tentarle. "Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes.„ O como lo expresa San Lucas: "Di á esta piedra que se convierta en pan.„ Extraña tentación esta de querer persuadir al Salvador que mostrase ser el Hijo de Dios é hiciese uso de su poder por satisfacer al gusto y á las necesidades del cuerpo. Entendamos que este es también el primer cebo del mundo; nos ataca por los sentidos, estudia las disposiciones de nuestros cuerpos y nos hace caer en el lazo. Tal es, pues, la primera tentación, la de la sensualidad.

La segunda tentación, según la refiere San Mateo, es transportar á Jesucristo á la santa ciudad y ponerle sobre lo alto del Templo, diciéndole: "Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo. Pues está escrito: Que te ha encomendado á sus ángeles, los cuales te tomarán en sus manos para que tu pie no tropiece con alguna piedra.„ Tentación es ésta que experimentamos cuando, seducidos por nuestros sentidos, sin temor de nuestra flaqueza, nos arrojamos al precipicio de la ocasión del pecado, con la esperanza temeraria de un extraordinario y milagroso socorro. Tal acontece á todos los pecadores cuando desprecian las precauciones debidas para evitar los peligros en que á menudo sucumbieron: lo cual es tentar á Dios de la manera más insolente.

La tercera tentación viene á lisonjear directamente el orgullo. Levántanos el demonio sobre una montaña desde donde nos muestra todos los reinos del mundo, y promete dárnoslos si cayendo le adoráremos. Reparemos cómo lisonjea la sensualidad, la temeridad y la ambición: y véase cómo sabe escoger el tiempo; ataca por los manjares á quien está como extenuado por un largo ayuno; excita á una temeraria confianza en Dios á quien acababa de hacer al Señor el sacrificio de un ayuno tan acepto; y en la prueba de una tan admirable virtud, tienta por la ambición de dominar sobre todos á quien, dominándose tan excelsamente á sí mismo, merece ver el universo rendido á sus plantas y gobernado por sus órdenes.

Tales y tantas son las profundas malicias de Satanás. "Mas temo—dice el santo Apóstol—que, como la serpiente engañó á Eva con su astucia, así sean viciados vuestros sentidos„, también el mismo Apóstol procuraba que "Satanás no arrebate á ninguno de nosotros, pues no ignoramos sus maquinaciones„, sus mañas y sus artificios; cómo sabe aprovechar las ocasiones y prevalecerse de nuestra flaqueza (1).

"Velad y orad para no caer en la tentación„, dice el Señor. Velemos, estemos alerta como soldados en presencia del enemigo, vigilemos de continuo, porque de continuo ronda en rededor de nosotros el enemigo para sorprendernos; velemos con tanto más motivo cuanto que el enemigo tiene secretas connivencias con nuestro interior; velemos y oremos, porque esas connivencias con que el enemigo cuenta en nuestro interior, las tiene en nosotros mismos, y nuestro mayor peligro somos nosotros; velemos y

(1) Bossuet, *Elevation.*

Digitized by Google

roguemos á Dios que nos proteja contra el demonio y contra nosotros. Velemos y oremos, cualesquiera que sean las gracias que hayamos ya recibido, ó los lugares en que habitemos; osó el enemigo acometer á Jesucristo á poco de haber nuestro Señor salido de su bautismo y de haber el Espíritu Santo reposado sobre El; osó acometerle en medio del más profundo retiro y después de un ayuno de cuarenta días. Velemos y oremos aun después de haber rechazado al enemigo. "Acabadas todas estas tentaciones—dice San Lucas,—el diablo se retiró de El, hasta otro tiempo.„ Retírase, pero para volver, y tal vez con otros siete peores que él. Velemos y oremos sin acobardarnos jamás. Jesucristo venció por nosotros, aun habiendo dejado al tentador transportar su cuerpo, como dejará más adelante que lo crucifiquen los sayones; velemos y oremos sin acobardarnos nunca; Jesucristo vencerá por nosotros, aunque hasta abandonase nuestro cuerpo al poder del enemigo, como hizo con el de Job. "Por lo demás, hermanos—exclama San Pablo, como un capitán en un campo de batalla,—confortaos en el Señor y en su virtud poderosa. Revestíos de toda la armadura de Dios para poder contrarrestar á las asechanzas del diablo: porque no es nuestra pelea contra carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos en los aires. Por lo tanto, tomad las armas todas de Dios, para poder resistir en el día aciago, y sosteneros apercibidos en todo. Estad á pie firme, ceñidos vuestros lomos con el cíngulo de la verdad, y armados de la coraza de la justicia, y calzados los pies prontos al Evangelio de la paz: embrazando en todos los encuentros el broquel de la fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno. Tomad también el yelmo de la salud: y empuñad la espada del espíritu (que es la palabra de Dios), haciendo en todo tiempo con espíritu continuas oraciones y plegarias, y velando por lo mismo con todo empeño.„ (1).

Nada dice Jesucristo sobre la baladronada de Satanás de que todos los reinos le han sido entregados, y que los da á quien quiere con toda la gloria de ellos. Que en esto no todo era falso. Cierto es que en alguna manera tiene dominio en el universo, por el pecado que en él introdujo, por el reino de la idolatría que era como universal. Sin el pecado, observan los Santos Padres, no habría habido ni reinos ni imperios; no se hubiera visto en la tierra otra autoridad más que la suave y puramente directiva de los padres y los patriarcas. El pecado es quien hizo necesario el uso de la fuerza. A esta necesidad, remedio molesto de un mal mayor, añadió el orgullo del hombre las pompas del fausto y la dominación. Satanás es, pues, en cierto sentido la causa de las soberanías temporales; pero sobre todo, del fausto que las rodea (2). Es cierto también que, removiendo las pasiones y la ambición de los hombres, da motivos á la mayor parte de las conquistas y de los imperios por ellas formados. Además, Roma pagana,

---

(1) Ephes., VI, 10-18.
(2) S. August., *De Civit. Dei*, l. V, c. XII; l. III, c. XIV; l. XIX, c. XV; Greg. Magn., l. XXI; *In Job.*, c. XV, n. 22.

Digitized by Google

señora y diosa de los pueblos, como uno de sus poetas la llama, se hacía adorar con sus emperadores, pontífices y dioses, y era así el imperio de la idolatría misma, es decir, el imperio de Satanás. Otro tanto, aproximadamente, pasaba con los otros pueblos que el tentador podía indicar á diestra y siniestra desde lo alto de la montaña. Así, pues, le estaba hasta cierto punto entregado el universo, y era Satán el fuerte armado que poseía sus dominios en paz. Las cortes de los monarcas, como las de Tiberio, Nerón y Herodes, eran, en el lenguaje de la Escritura, las puertas del infierno, los sitios de reunión donde amotinaba Satanás los reyes y los príncipes contra el Señor y su Cristo. He ahí por qué Jesucristo mismo le llama: El príncipe de este mundo, y San Pablo: El dios de este siglo. Pero mentía Satanás al vanagloriarse de dar imperios. Porque las más violentas pasiones de los hombres y aun la furia toda de los infiernos no alcanzan más que lo que permite Dios; El es quien da la victoria y quien traslada de uno á otro pueblo el imperio. Jesucristo dejó, pues, á Satanás regodearse de su falsa gloria, pero recordándole, sin embargo, lo que pronto había de arruinarla; pues á medida que observen los hombres el mandamiento de que *Adorarás al Señor Dios tuyo, y á Él sólo servirás,* será destruído el imperio de Satanás, ó de la idolatría, y él mismo lanzado fuera.

Tal es la grande obra en que ha de ocuparse Cristo. Para prepararse á ella, en cierto modo, ha ayunado cuarenta días y cuarenta noches; como antiguamente Moisés, cuando dió la ley á los israelitas, y como Elías, cuando iba á recordarla á los israelitas prevaricadores.

15. Durante el retiro de Jesucristo en el desierto y después también, continuaba Juan dando testimonio de El. Y entonces fué cuando, asombrada Jerusalén de la predicación del santo precursor, le envió, digámoslo así, oficialmente, sacerdotes y levitas que le preguntasen: "¿Tú quién eres? El confesó y no negó, antes protestó: Yo no soy el Cristo. ¿Pues quién eres? le dijeron: ¿Eres tú Elías? Y dijo: No lo soy. ¿Eres tú el profeta? Respondió: No. ¿Pues quién eres tú, le dijeron, para que podamos dar alguna respuesta á los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo? Yo soy dijo, la voz del que clama en el desierto. Enderezad el camino del Señor, como lo tiene dicho el profeta Isaías. Es de saber que los enviados eran de la secta de los fariseos. Y le preguntaron de nuevo, diciendo: ¿Pues cómo bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? Respondióles Juan, diciendo: Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno á quien no conocéis, El es el que ha de venir después de mí, el cual ha sido preferido á mí, y á quien yo no soy digno de desatar la correa de su zapato. (1) Todo esto sucedió en Betania, á la otra parte del Jordán, donde Juan estaba bautizando.„

---

(1) Era costumbre entre los hebreos, y aun entre griegos y romanos, llevar detrás un criado ó esclavo para atar y desatar las sandalias y poner otras al entrar en las habitaciones al hacer las visitas. — *(Nota del Censor de la presente edición).*

Digitized by Google

"Al día siguiente vió Juan á Jesús, que venía á encontrarle, y dijo: "He ahí el cordero de Dios, ved aquí el que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: En pos de mí viene un varón, el cual ha sido preferido á mí, por cuanto era antes que yo. Yo no le conocía, pero yo he venido á bautizar con agua para que El sea reconocido en Israel.„ Y dió Juan este testimonio, diciendo: "Yo he visto al Espíritu descender del cielo en forma de paloma y reposar sobre El. Yo antes no le conocía, mas el que me envió á bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu y reposa sobre El, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi, y doy testimonio que éste es el Hijo de Dios„ (1).

Para comprender bien las palabras: "He aquí el Cordero de Dios, ved aquí el que quita el pecado del mundo„, conviene recordar que todos los días á la tarde y á la mañana se inmolaba en el Templo un cordero, que es lo que se llamaba sacrificio continuo ó perpetuo.

Dió esto ocasión á Juan para pronunciar las referidas palabras, y tal vez se acercó Jesús á él á la hora en que, según era notorio al pueblo, se ofrecía dicho sacrificio. Como quiera que sea, en este testimonio que da del Salvador, él que lo había dado á conocer como Unigénito en el seno del Padre, cuyas sublimidades venía á declarar, lo proclama ahora como víctima por el mundo. No imaginéis que ese cordero que se ofrece por la tarde y por la mañana en perpetuo sacrificio sea el verdadero Cordero, la verdadera víctima para ofrecer á Dios; he aquí al que, entrando en el mundo, se sustituye á todas las víctimas; El es la víctima pública del género humano, y el único que puede expiar y quitar aquel gran pecado, que es fuente de todos los demás, y puede, por lo tanto, llamarse el pecado del mundo, es, á saber, el pecado de Adán, que es el del universo todo. Mas al quitar este pecado quita también todos los demás. Este Cordero ha sido ya inmolado en figura, y puede, en verdad, decirse que ha sido muerto desde el origen del mundo. Fué asesinado en el justo Abel; cuando Abrahán quiso sacrificar á su hijo, dió comienzo en figura á lo que se cumplió en Jesucristo. Y en El mismo vemos cumplido lo que comenzaron los hermanos de José. Jesús fué odiado, vejado y perseguido de muerte por sus hermanos, arrojado en una cisterna, es decir, destinado á muerte. Con Jeremías estuvo en el profundo lago, con los niños en el horno, con Daniel en el foso de los leones. Era el inmolado en espíritu en todos los sacrificios. Estaba en el sacrificio que ofreció Noé al salir del arca, cuando vió en el iris la prenda de la paz, en los que sobre las montañas ofrecieron los Patriarcas, en los que Moisés y su pueblo durante la antigua ley, ofrecieron en el Tabernáculo y más tarde en el Templo, é inmolado incesantemente en figura viene á serlo ahora en realidad (2).

"Al día siguiente otra vez estaba Juan allí con dos de sus discípulos. Y viendo á Jesús que pasaba, dijo: He aquí el Cordero de Dios. Los dos

(1) Joann., I.
(2) Bossuet, *Elevat.*

Digitized by Google

discípulos, al oirle hablar así, se fueron en pos de Jesús. Y volviéndose Jesús, y viendo que le seguían, díjoles: ¿Qué buscáis? Respondiéronle ellos: Rabbí (que quiere decir Maestro), ¿dónde habitas? Díceles: Venid y lo veréis. Fueron, pues, y vieron donde habitaba, y se quedaron con El aquel día; era entonces como la hora de las diez„ (1).

El cordero del sacrificio perpetuo ofrecíase por la mañana á las nueve y por la tarde á las tres. Ora entendamos por la hora décima las diez de la mañana, porque, según después veremos, todo induce á creer que San Juan Evangelista conocía esa manera de contar; ora entendamos la décima hora del día desde la salida del sol, esto es, las cuatro de la tarde, siempre resulta haber sido hacia la hora del sacrificio cuando Juan dijo á sus discípulos, mostrándoles á Jesucristo: "He aquí el Cordero de Dios.„

"Uno de los dos que, oído lo que dijo Juan, siguieron á Jesús, era Andrés, hermano de Simón Pedro. El primero á quien éste halló fué Simón, su hermano, y le dijo: Hemos hallado al Mesías (que quiere decir el Cristo). Y le llevó á Jesús. Y Jesús fijos los ojos en El, dijo: Tú eres Simón, hijo de Jona; tú serás llamado Cefas, que quiere decir piedra„ (2). Jesús le conoce desde el primer momento y sabe á qué lo destina. Comienza á formar su Iglesia y designa la piedra fundamental: Tú te llamarás Pedro. Tú serás esta inmutable roca sobre la cual edificaré mi Iglesia. Cuando Dios impone un nombre sigue el efecto al nombre; algo se efectuó entonces, sin duda, en San Pedro (3); pero algo oculto por entonces, y que más adelante se manifestará, porque todo esto no era aún más que un comienzo, y ni San Pedro siguió ya por completo á Jesucristo, ni San Andrés se detuvo con él más que un día. Basta con que entendamos que se ultiman los preparativos y que se empieza la grande obra, ya que los discípulos de Juan aprovechan su testimonio para reconocer á Jesucristo y traerle otros discípulos.

"Al día siguiente determinó Jesús encaminarse á Galilea, y encontró á Felipe, y díjole: Sígueme. Era Felipe de Betsaida, patria de Andrés y de Pedro. Felipe habló á Nathanael, y le dijo: Hemos encontrado á aquel de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas: á Jesús de Nazaret, el hijo de José. Respondióle Nathanael (que se cree era San Bartolomé): ¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena? Dícele Felipe: Ven y lo verás. Vió Jesús venir hacia sí á Nathanael, y dijo de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay doblez. Dícele Nathanael: ¿De dónde me conoces? Respondióle Jesús: Antes que Felipe te llamara, yo te vi cuando estabas debajo de la higuera. Al oir esto Nathanael le dijo: ¡Oh Maestro! ¡Tú eres el Hijo de Dios! ¡Tú eres el Rey de Israel! Replicóle Jesús: Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees: mayores cosas que éstas verás. Y le añadió: En verdad, en verdad os digo, que veréis

---

(1) Joann., I, 35-39.
(2) Joann., I, 40-42.
(3) Las palabras de los hombres dicen lo que es; las palabras de Dios hacen lo que dicen. (*Fenelón*).

Digitized by Google

el cielo abierto y los ángeles de Dios subir y descender sobre el Hijo del hombre„ (1).

Alude Jesucristo en estas últimas palabras á la misteriosa escala que el Patriarca Jacob había visto en sueños, en la cual subían y bajaban los ángeles desde él á Jehovah. En aquella escala profética que unía así la tierra con el cielo estaba significada la unión de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en el que es juntamente Hijo de Dios é hijo de Jacob, que ha reconciliado en su persona el cielo con la tierra, y por quien suben nuestras oraciones á Dios y descienden á nosotros las gracias de Dios. Como no todo se halla escrito en los Evangelios, pudieron los apóstoles, además de las apariciones de ángeles relativas á nuestro Señor, mencionadas allí, ver otras de que nada se dice.

16. "Tres días después se celebraron unas bodas en Caná, de Galilea, donde se hallaba la Madre de Jesús. Fué también convidado á las bodas Jesús con sus discípulos. Y como viniese á faltar el vino, dijo á Jesús su Madre: No tienen vino. Respondióle Jesús: Mujer, ¿qué nos va á mí y á ti? Aún no es llegada mi hora. Dijo su Madre á los sirvientes: Haced lo que él os diga. Estaban allí seis hidrias de piedra, destinadas para las purificaciones de los judíos; en cada una de las cuales cabían dos ó tres cántaras. Díjoles Jesús: Llenad de agua aquellas hidrias. Y llenáronlas hasta arriba. Díceles después Jesús: Sacad ahora, y llevadle al maestresala. Hiciéronlo así. Apenas probó el maestresala el agua convertida en vino, como él no sabía de donde era, bien que lo sabían los sirvientes que la habían sacado, llamó al esposo, y le dijo: Todos sirven al principio el vino mejor, y cuando los convidados han bebido ya á satisfacción, sacan el más flojo; tú, al contrario, has reservado el buen vino para lo último. Así en Caná, de Galilea, hizo Jesús el primero de sus milagros, con que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él„ (2). No ya solamente por el testimonio de San Juan Bautista, sino también por El mismo y por los efectos de su poder.

Gran misterio de piedad se advierte en todo esto. A la voz de María se encarna el Hijo de Dios en sus purísimas entrañas. A la voz de María levántase profetisa Santa Isabel, y salta de gozo en su seno su hijo. Y ahora también á la caridad y á los ruegos de María se debe este gran milagro, que manifiesta la gloria de Jesús, que arraiga la fe de sus Apóstoles, que robustece estas futuras columnas de la Iglesia. Bien advierte San Agustín á tal propósito que al paso que María es Madre corporalmente de Cristo, nuestra cabeza; lo es, en sentido espiritual, de los miembros, que somos nosotros; pues que cooperó con su caridad al nacimiento espiritual de los fieles en la Iglesia (3). Jesús parece á primera vista no haber accedido al ruego, y hace, sin embargo, lo que ella pide. ¿Qué dejará, pues, de obtener semejante Madre, á la cual concede Dios todo, aun

(1) Joann., I, 43-51.
(2) Joann., II, 1-12.
(3) *De sancta Virg.*, núm. 6, tomo VI, col. 313 (potius 599).

Digitized by Google

en este caso en que parece tratarla asperamente? ¿Y qué no le concederá cuando llegue el momento de glorificarla con El en todo el mundo, ya que en su favor anticipa, como dice San Juan Crisóstomo, la hora que tenía determinada? (1). ¿Y quién no admirará que sólo mediante la intercesión de la santísima Virgen haya querido hacer Jesús su primer milagro, y milagro por una cosa no necesaria? ¿Qué gran necesidad era el que hubiese vino en el banquete? Pero María lo desea así, y eso basta. Invoquémosla, pues, confiadamente. Pero escuchemos también lo que dice á aquellos en cuyo favor ha rogado: "Haced lo que mi Hijo os ordene.„ Yo he rogado, he intercedido; pero haced lo que El os diga; esa es la condición para que logréis ver el efecto de mis preces. Así que, esperemos todo de María, si estamos firmemente resueltos á hacer lo que Jesús nos mande. Tal es la norma que ella misma nos propone.

A la edad de doce años había dicho Jesús: "¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?„ Dice aquí en el mismo sentido: "Mujer, ¿qué nos va á ti y á mí? Aún no es llegada mi hora.„ Porque de allí en adelante va á hablar y obrar, no ya como hijo de una virgen mortal, de la cual ha tomado una naturaleza sujeta á la muerte, sino como autor de la vida, como supremo Señor de todas las cosas, como Hijo del Altísimo, como Dios, á quien María y José y las criaturas todas deben alabanza y adoración.

17. Después de las bodas de Caná pasó Jesús á Cafarnaún con su Madre, sus parientes y sus discípulos. Aquella población fué después su residencia ordinaria y como el centro de sus misiones. Cafarnaún era ciudad opulenta y muy poblada, situada en los confines de las tribus de Zabulón y de Nephthalí, á la desembocadura del Jordán en el mar de Galilea ó de Tiberiades (2). La estancia de Jesús allí, y el sublime esplendor que de allí difundió en torno suyo fué el cumplimiento de aquella profecía de Isaías: "La tierra de Zabulón y la tierra de Nephtalí... la costa del mar, la Galilea de las naciones, más allá del Jordán. El pueblo que andaba entre tinieblas vió una gran luz: amaneció el día á los que moraban en la sombría región de la muerte„ (3).

Mas la primera vez que fué Jesús á dicha ciudad no se detuvo allí muchos días. Estaba ya cerca la Pascua de los judíos, y Jesús subió á Jerusalén, la ciudad del gran rey, á cumplir lo que había dicho el profeta: "He aquí que yo envío mi ángel, el cual preparará el camino delante de mí.„ Ya todo el pueblo y los príncipes del pueblo sabían de una manera

---

(1) *In Joann.*, homil. 23.

(2) El sitio de Cafarnaún, tantas veces citado en los Evangelios, es todavía un problema. La maldición contra esta ciudad culpable ha tenido un efecto tan completo, que es difícil precisar sus ruinas. Dicen unos que Cafarnaún estaba en Khan Miraleh; otros en Tell Hun, sobre los bordes del lago de Tiberiades, al extremo N. O. de la llanura, á tres cuartos de hora, poco más ó menos, de la embocadura del Jordán en el lago.—(*Nota del Censor de la presente edición.*)

(3) Isa., IX, 1 y 2.

Digitized by Google

cierta y jurídica que este primer aserto se había cumplido en la persona de Juan. Mas el profeta añade: "Y luego vendrá á su Templo el Dominador, á quien buscáis vosotros y el Angel del Testamento de vosotros deseado. Vedle ahí que viene.„ Este segundo anuncio va á cumplir Jesús, va á mostrarse con irresistible autoridad dominador y dueño del Templo. encontrando en el patio exterior, donde podían entrar también los gentiles, gentes que vendían bueyes, y ovejas y palomas, y cambistas sentados en sus mesas para el cambio de monedas extranjeras, y esto por comodidad de los que venían á ofrecer sacrificios. Y habiendo formado de cuerdas como un azote, los echó á todos del Templo juntamente con las ovejas y bueyes, y derramó por el suelo el dinero de los cambistas, derribando las mesas. Y á los que vendían las palomas les dijo: "Quitad eso de aquí y no queráis hacer de la casa de mi Padre una casa de tráfico.„

Casa de su Padre es el Templo, y como Hijo que es suyo, despliega allí una autoridad que ya por sí sola es un milagro. Entre tantos mercaderes interesados, que allí estaban con permiso ó connivencia de los sacerdotes, ninguno le resiste, ni uno solo le repone palabra. Tal vez Jesús dejaría vislumbrar ya en su rostro y voz un rayo de aquella soberana majestad que aterrará á los pecadores en el postrero día. Esta autoridad inexplicable hacía ver al esperado Dominador, y el celo por la santidad del Templo mostraba al que dice á Dios en los Salmos: "El celo de tu casa me devoró.„ Sus discípulos supieron efectivamente reconocerlo.

No sucedió lo mismo con los principales de los judíos, como los sacerdotes y los pontífices. Eran ellos los más obligados á velar por la santidad del Templo, quien había dejado introducir aquel profano comercio.

En un principio los animales necesarios para los sacrificios se vendían en la ciudad; mas la connivencia de los sacerdotes dió lugar á que se viniesen á vender en el patio exterior, y acaso hasta se cobrarían por ello algunos derechos. Lo menos que de aquí podía resultar era un tumulto impropio del lugar santo, y que no podía menos de escandalizar á los gentiles que venían á orar allí. Ofendidos los judíos por el celo de Jesucristo, que era una reprensión para ellos, "se dirigieron á El y le preguntaron: ¿Qué señal nos das de tu autoridad para hacer estas cosas? Respondióles Jesús: Destruid este Templo, y Yo en tres días lo reedificaré. Los judíos le dijeron: Cuarenta y seis años se han gastado en la reedificación de este Templo, ¿y Tú lo has de levantar en tres días? Mas El les hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, acordáronse los discípulos que por esto lo decía, y creyeron á las Escrituras y á la palabra que dijo Jesús.„ Esto es, que comprendieron todo el sentido de ella.

Para reconocerle derecho de impedir la profanación del Templo, pidiéronle los judíos un milagro. Harto mala disposición para obtenerlo era. Jesús les propone en cierto sentido un milagro condicional. Destruid este Templo, que dejáis ya profanar, y Yo en tres días lo reedificaré. No habiendo los judíos aceptado la condición, no tenían derecho á quejarse. Cumpliráse, sin embargo, en otro sentido la palabra del Señor.

Digitized by Google

Aquel Templo de piedras era figura de un templo mucho más santo, figura del cuerpo virginal y del alma santísima á que en las entrañas de la Virgen María se unió el Verbo eterno, templo adorable donde habita corporalmente la Divinidad, donde la naturaleza divina y la naturaleza humana están para siempre unidas en una sola persona divina. A este verdadero santuario se refería principalmente Jesucristo. Destruid este Templo, matad el cuerpo, ó más bien, lo mataréis; pero Yo lo levantaré en tres días. Es el gran milagro que en otra ocasión anunció más abiertamente, como respuesta á la curiosidad de los judíos: "Esta raza mala y adúltera pide un prodigio; pero no se le dará sino el prodigio de Jonás profeta. Porque así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra.„

18. Aunque Jesús emplazó, digámoslo así, á aquellos mal intencionados judíos para el gran prodigio de su resurrección, hizo, no obstante, otros varios milagros durante las fiestas de aquella misma Pascua; y muchos, al verlos, creyeron en su nombre. Mas eran de aquellos que creen por un tiempo y al llegar el de la prueba se retiran. Así que Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía á todos, y no necesitaba que nadie le diera testimonio acerca de hombre alguno, porque sabía El mismo lo que hay dentro de cada hombre (1).

Entre los que viendo los milagros que hacía Jesús creyeron en El, pero con una fe imperfecta, estaba un hombre de los fariseos, por nombre Nicodemo, príncipe de los judíos, es decir, uno de los principales de la nación. Este fué á ver á Jesús; pero de noche, porque el temor á los hombres le impedía aún presentarse en plena luz del día. Y le dijo: "Maestro, nosotros conocemos que eres un Maestro enviado de Dios, porque ninguno puede hacer los milagros que Tú haces, á no tener á Dios consigo.„

Se echa de ver que no consideraba todavía á Jesús más que como á un doctor aprobado por Dios, y aun en eso creía extenderse mucho. No dice "conozco„, sino "conocemos„; lo cual prueba que había también otros de su categoría que pensaban como él; pero que aún osaban menos declararse. Jesús, que no quiebra la caña rajada, ni apaga el tizón que todavía humea, no da una reprensión á este discípulo imperfecto y tímido; antes se aplica á elevarle á la inteligencia de las más altas verdades. Nicodemo le reconocía por Maestro y le pedía, sin duda, que le instruyese acerca de los misterios relativos al Mesías y á su imperio.

Respondióle Jesús: "Pues en verdad, en verdad te digo, que quien no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.„ Nicodemo, tomando estas palabras en un sentido enteramente material, aunque era uno de los principales doctores de la Sinagoga, le dijo: "¿Cómo puede nacer un hombre, siendo viejo? ¿Puede acaso volver otra vez al seno de su ma-

(1) Joann., II, 23 25.

Digitized by Google

dre para renacer? En verdad, en verdad te digo—respondió Jesús,—que quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que ha nacido de la carne, carne es; mas lo que ha nacido del espíritu, es espíritu. Por tanto, no extrañes que te haya dicho: Os es preciso nacer otra vez. Pues el espíritu sopla donde quiere: y tú oyes su sonido; mas no sabes de dónde sale, ó adónde va: eso mismo sucede al que nace del espíritu„ (1).

Pensaba Nicodemo en el nacimiento carnal; pero Jesús le instruye acerca del nacimiento espiritual. Creado fué de tierra y agua el primer hombre, el hombre nuevo será creado del agua y del Espíritu Santo. Ambos son un milagro. Bajo la mano de Dios la tierra, humedecida por el agua, ó sea el limo, se convirtió en nervios, hueso, carne, sangre, venas, piel, cabeza, brazos, manos y pies. Todavía hoy la misma tierra, humedecida con agua, se vuelve vino en la vid, azúcar en la caña, miel en la flor, harina en el trigo y otras cosas en otras plantas. ¿Quién comprende esto? ¿Cómo se hace esto? Dios dijo una palabra: *Produzca la tierra.* Y ya antes el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas, les comunicaba desde entonces esas maravillosas virtudes que vemos siempre y no comprendemos nunca. Ahora bien; si ésta energía del Espíritu de Dios, comunicada desde el principio á la tierra, de suyo inerte, y al agua, de suyo insípida, las hace nacer y renacer cada día á una vida sobre su estado natural, á la vida vegetal, á la vida de la planta, ¿será increible que el mismo Espíritu, comunicándose al agua del bautismo, haga nacer ó renacer el hombre á una vida sobre su estado natural, á una vida divina, á una vida de hijo de Dios? Si la carne produce algo carnal, ¿no producirá el Espíritu algo espiritual? Mira las Escrituras, mira los profetas, como Elías y los demás: El Espíritu sopla donde quiere, inspira y hace hablar á quien quiere; óyese su voz, percíbense sus efectos, pero á él no se le ve, no se sabe de dónde viene y adónde va. Aun el soplo del aire mismo nos presenta alguna imagen de esto; le oímos, le sentimos pero no le vemos, no se saben sus caminos. Así sucede con el nacimiento espiritual.

Sujeto Nicodemo aún á su primera impresión, le respondió: "¿Cómo puede hacerse esto? Respondióle Jesús: ¿Y tú eres maestro en Israel é ignoras estas cosas?„ Como quien dice: ¿No concibes lo que puede ser un nacimiento espiritual, tú, doctor de Israel; tú que recurres continuamente al agua para borrar las impurezas legales y renacer puro; tú que sabes que Naamán entró leproso en las aguas del Jordán y salió como un recién nacido; tú que has leído en el profeta: "Y derramaré sobre vosotros agua pura, y quedaréis purificados de todas las inmundicias... Y os daré un nuevo corazón, y pondré en medio de vosotros un nuevo espíritu, y pondré el Espíritu mío en medio de vosotros?„ Y si así y todo no lo entiendes, cree á lo menos en mi palabra. Porque en verdad, en verdad te digo, que

---

1) Joann, II, 3-8

Digitized by Google

nosotros no hablamos sino lo que sabemos bien, y no atestiguamos sino lo que hemos visto, y vosotros no admitís nuestro testimonio. Si os he hablado de cosas de la tierra y no me creéis, ¿cómo me creeréis si os hablo de cosas del cielo? Si no creéis ni comprendéis cuando os hablo de la generación espiritual del hombre, ¿cómo comprenderéis cuando os hable de la generación eterna del Verbo? Y, sin embargo, ¿de quién otro podrías aprenderlo? Ello es así, que nadie subió al cielo para saber lo que allí hay, sino el que ha descendido del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo. A El, pues, hay que creer. Y al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente de bronce, así también es menester que el Hijo del hombre sea levantado en alto para que todo aquel que crea en El no perezca, sino que logre la vida eterna. Que amó tanto Dios al mundo que no paró hasta dar á su Hijo unigénito, á fin de que todos los que creen en El no perezcan, sino que vivan vida eterna. Pues no envió Dios su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que por su medio el mundo se salve. Quien cree en El no es condenado, pero quien no cree ya tiene hecha la condena, por lo mismo que no cree en el nombre del Hijo unigénito de Dios. Este juicio de condenación consiste en que la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, por cuanto sus obras eran malas. Porque quien obra mal aborrece la luz y no se arrima á ella para que no sean reprendidas sus obras. Al contrario, quien obra según la verdad se arrima á la luz á fin de que sus obras se vean, como que han sido hechas según Dios (1).

Había acudido Nicodemo á Jesús como á doctor. Jesús le manifiesta que lo es efectivamente: y más aún, que lo es solamente El: que siendo á la vez del cielo y de la tierra, Hijo de Dios é Hijo del hombre, sólo El conoce las cosas del cielo y de la tierra, los misterios de Dios y del hombre: que así como la serpiente de bronce fué colocada en alto en el desierto, para que con mirarla curasen los mordidos por las serpientes venenosas, así será El levantado en la Cruz para salvar, sacándolos de la eterna muerte á la eterna vida, á todos los que creyeren en El: que no venía ahora para juzgar al mundo, sino para salvarle, ¡tanta era la misericordia de su Padre! Que con todo, quien no creyere en El estaba ya juzgado y condenado, por no querer creer al que es más digno de ser creído, al Hijo de Dios, dando crédito á quien infinitamente menos lo merece, á los hombres y á sí propio; que la causa de semejante incredulidad es la corrupción del corazón que odia la verdad, porque ella le condena y le amenaza con la llegada del gran día. No fué completamente perdido para Nicodemo el fruto de estas sublimes lecciones. Si no se atreve á mostrarse declaradamente discípulo suyo, lo será en secreto, le defenderá indirectamente ante el Gran Consejo de la nación, y por último, cuando le haya visto expirar en la Cruz, no temerá ya mostrarse abiertamente para darle la más honrosa sepultura.

19. "Después de esto se fué Jesús con sus discípulos á la Judea, y allí

(1) Vide Joann., III, 9-21.

Digitized by Google

moraba con ellos y bautizaba. Juan, asimismo, continuaba bautizando en Ennón, junto á Salím; porque allí había mucha abundancia de aguas, y concurrían las gentes y eran bautizadas. Que todavía Juan no había sido puesto en la cárcel. Y se movió una cuestión entre los discípulos de Juan y los judíos acerca de la purificación, es decir, acerca del Bautismo. Y acudieron á Juan y le dijeron: Maestro, Aquel que estaba contigo á la otra parte del Jordán, de quien diste testimonio, he aquí que se ha puesto á bautizar, y todos se van á El. Parecióles, sin duda, que habiendo venido El á ser bautizado por Juan no procedía que se dejase á éste por ir á El. Permitió Dios esta disputa y esta especie de celos de los discípulos de San Juan Bautista para dar lugar á la admirable instrucción que con esta ocasión les dió el santo precursor: "No puede—les respondió—atribuirse el hombre nada si no le es dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que he dicho: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de El. El esposo es aquel que tiene la esposa; mas el amigo del esposo que está para asistirle y atenderle, se llena de gozo con oir la voz del esposo. Mi gozo, pues, es completo„ (1).

¿Quién podría comprender la dulzura de estas últimas palabras? Muéstranos San Juan un nuevo carácter de Jesucristo, el de mayor suavidad y dulzura: Jesucristo es el Esposo. Se ha desposado con la naturaleza humana, que no era la suya, y en ella ha tomado por esposa á la santa Iglesia, esposa inmortal, sin mancha ni arruga. Es Esposo de las almas santas, á las cuales llama á la participación no sólo de su reino, sino también de su divino consorcio, colmándolas de dones y de castas delicias, gozando con el amor de las almas, dándoles no sólo todas sus riquezas, sino también á sí mismo, su cuerpo, alma y divinidad, preparándoles para la vida futura una unión incomparablemente superior. He ahí, pues, el carácter de Jesús. Es un Esposo tierno, cariñoso, apasionado, cuyo amor se muestra por inauditos efectos. ¿Y cuál es el carácter de Juan? Juan es el amigo del Esposo, que oye su voz. No le había acontecido todavía esto antes. Hasta ahora habíale anunciado, ó sin conocerle, ó sin oir su voz. Ahora que, después de haberse hecho bautizar por el mismo San Juan, ha comenzado su predicación, ahora que á los oídos del Precursor llegan ya los ecos, siempre deseados, de aquella voz, no sabe, arrobado éste, como expresar su gozo (2).

"Conviene—añadió—que El crezca y que yo mengüe. El que ha venido de lo alto es superior á todos. Quien trae su origen de la tierra á la tierra pertenece, y de la tierra habla. El que ha venido del cielo es superior á todos. Y atestigua cosas que ha visto y oído: y nadie presta fe á su testimonio. Mas quien ha adherido á lo que él atestigua, testifica que Dios es verídico. Porque éste, á quien Dios ha enviado, habla las mismas palabras que Dios: pues Dios no le ha dado su espíritu con medida. El

(1) Joann., III, 22.
(2) Bossuet, *Élevation.*

Digitized by Google

Padre ama al Hijo: y ha puesto todas las cosas en su mano. Aquel que cree en el Hijo tiene vida eterna: pero quien no da crédito al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre su cabeza„ (1).

"Luego que entendió Jesús que los fariseos habían sabido que él juntaba más discípulos, y bautizaba más que Juan (si bien Jesús no bautizaba por sí mismo, sino por sus discípulos), dejó la Judea y partió otra vez á Galilea. Debía, por tanto, pasar por Samaria.„ Este país, después de la transmigración de las diez tribus, en tiempo del rey Salmanasar, había sido repoblado por una colonia babilonense, cuya mayor parte se llamaban cuteos. Habían recibido el culto del verdadero Dios, y los cinco libros de Moisés; pero reteniendo varias supersticiones paganas. Algunos israelitas rezagados en el país al tiempo de la cautividad ó restituídos al mismo después de ésta, se unieron á ellos más adelante, viniendo á formar una población mixta, conocida con el nombre de samaritanos. Como hemos tenido ya ocasión de ver, éstos, cuando los judíos iban prósperamente, se daban por judíos; pero cuando la suerte de los judíos era adversa, negábanse de tales. Y era ésta una de las razones por las cuales los judíos los miraban con aversión.

"Llegó, pues, á la ciudad de Samaria, llamada Sichar (2), vecina á la heredad que Jacob dió á su hijo José. Aquí estaba la fuente de Jacob. Jesús, pues, cansado del camino, sentóse así sobre el brocal de este pozo. Era ya cerca de la hora sexta. Vino una mujer samaritana á sacar agua. Díjole Jesús: Dame de beber. (Es de advertir que sus discípulos habían ido á la ciudad á comprar de comer.) Pero la mujer samaritana le respondió: ¿Cómo Tú, siendo judío, me pides de beber á mí que soy samaritana? Porque los judíos no se comunican con los samaritanos. Respondióle Jesús: Si tú conocieses el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, puede ser que Tú le hubieras pedido á él, y él te hubiera dado agua viva. Dícele la mujer: Señor, tú no tienes con qué sacarla, y el pozo es profundo, ¿dónde tienes, pues, esa agua viva? ¿Eres tú, por ventura, mayor que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo, del cual bebió él mismo, y sus hijos y sus ganados? Respondióle Jesús: Cualquiera que beba de esta agua tendrá otra vez sed; pero quien bebiere del agua que yo le daré nunca jamás volverá á tener sed; antes el agua que yo le daré vendrá á ser dentro de él un manantial de agua que manará hasta la vida eterna„ (3). Esta agua viva es el Espíritu Santo, que, recibido en el alma fiel, viene á ser para ésta manantial inagotable de gracias, y la hace elevarse en piadosas aspiraciones hasta Dios, sumo bien y fuente única, donde pueden colmarse nuestros anhelos. La samaritana, que no com-

---

(1) Joann., III, 30-36.

(2) Sichar es según unos Sichem, hoy Naplousa, á tres kilómetros de los pozos de Jacob; según otros era una aldea situada entre los pozos y Naplousa, quizá el Askar actual.—(*Nota del Censor de la presente edición.*)

(3) Joann., IV, 5-14.

Digitized by Google

prendía aún tal misterio, dijo á Jesús: "Señor, dame de esa agua para que no tenga yo más sed, ni haya de venir aquí á sacarla. Pero Jesús le dijo: Anda y llama á tu marido, y vuelve acá. Respondió la mujer, y díjole: No tengo marido. Díjole Jesús: Bien dijiste: no tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso verdad has dicho. Díjole la mujer: Señor, yo veo que tú eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar. Respondióle Jesús: Mujer, créeme á mí, ya llega el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; pero nosotros adoramos lo que conocemos; porque la salud procede de los judíos. Pero ya llega el tiempo, ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y por lo mismo los que le adoran, en espíritu y en verdad deben adorarle. Dícele la mujer: Sé que está para venir el Mesías (esto es, el Cristo); cuando venga, pues, él nos declarará todo. Y Jesús le responde: Ese soy yo, que hablo contigo.

„En esto llegaron sus discípulos, y extrañaron que hablase con aquella mujer. No obstante, nadie le dijo: ¿Qué le preguntas, ó por qué hablas con ella? Entretanto la mujer, dejando allí su cántaro, se fué á la ciudad y dijo á las gentes: Venid y veréis á un hombre que me ha dicho cuanto yo he hecho. ¿Será quizá éste el Cristo? Con eso salieron de la ciudad y vinieron á encontrarle.

Entretanto instábanle los discípulos, diciendo: Maestro, come. Díceles El: Yo tengo para alimentarme un manjar que vosotros no sabéis. Decíanse, pues, los discípulos unos á otros: ¿Si le habrá traído alguno de comer? Jesús les dijo: Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento á su obra. ¿No decís vosotros: Dentro de cuatro meses estaremos en la siega? Pues ahora os digo yo: Alzad vuestros ojos, tended la vista por los campos, y ved ya las mieses blancas y á punto de segarse. Aquel que siega recibe su jornal y recoge frutos para la vida eterna, á fin de que igualmente se gocen así el que siembra como el que siega. Y en esta ocasión se verifica aquel refrán: Uno es el que siembra, y otro el que siega. Yo os he enviado á vosotros á segar lo que no labrásteis; otros hicieron la labranza, y vosotros habéis entrado en sus labores.

„El hecho fué que muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él, por las palabras de la mujer que aseguraba: Me ha dicho todo cuanto yo hice. Y venidos á él los samaritanos, le rogaron que se quedase allí. En efecto; se detuvo dos días en aquella ciudad. Con lo que fueron muchos más los que creyeron en él por haber oído sus discursos. Y decían á la mujer: Ya no creemos porque tú lo has dicho: pues nosotros mismos le hemos oído, y hemos conocido que este es verdaderamente el Salvador del mundo.

„Pasados, pues, dos días, salió de allí: y prosiguió su viaje á Galilea. Así que llegó á Galilea fué bien recibido de los galileos, porque habían

Digitized by Google

visto todas las cosas que había hecho en Jerusalén durante la fiesta: pues también ellos habían concurrido á celebrarla„ (1).

"Y fué Jesús nuevamente á Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había en Cafarnaún un señor de la corte, que tenía un hijo enfermo. Este señor, habiendo oído decir que Jesús venía de Judea á Galilea, fué á encontrarle, suplicándole que bajase á curar á su hijo, que estaba muriéndose. Pero Jesús le respondió: Vosotros si no veis milagros y prodigios no creéis.„ Opone aquí á la fe imperfecta de este hombre, que creía, que Jesús necesitase ir á los sitios, la fe tan pronta de los samaritanos, que sin haber visto milagro alguno reconocieron en él al Salvador del mundo "Instábale de nuevo el de la corte: Ven, Señor, antes que muera mi hijo. Dícele Jesús: Anda, que tu hijo está bueno. Creyó aquel hombre á la palabra que Jesús le dijo, y se puso en camino. Yendo hacia su casa le salieron al encuentro los criados, con la nueva de que su hijo estaba ya bueno. Preguntóles á qué hora había sentido la mejoría. Y le respondieron: Ayer á las siete le dejó la calentura. Reflexionó el padre que aquella era la hora misma en que Jesús le dijo: Tu hijo está bueno; y así creyó él y toda su familia. Este fué el segundo milagro que hizo Jesús después de haber vuelto de Judea á Galilea„ (2). El primero, de cambiar el agua en vino, lo había obrado ya en su primer regreso.

20. Dejando la ciudad de Nazaret, próxima á Caná, fué á habitar á Cafarnaún, donde había estado ya algún tiempo antes de su último viaje á Jerusalén. Comenzó entonces á predicar y á decir: "Se ha cumplido ya el tiempo, y el reino de Dios está cerca; haced penitencia y creed al Evangelio„, esto es, en la Buena Nueva que El les anunciaba. "Y corrió luego su fama por toda la comarca y enseñaba en las Sinagogas, y era aclamado de todos„ (3).

Y "caminando Jesús por la ribera del mar de Galilea, vió á dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano, echando la red en el mar (pues eran pescadores) y les dijo: Seguidme á mí, y yo haré que vengáis á ser pescadores de hombres. Al instante los dos, dejadas las redes, le siguieron. Pasando más adelante, vió otros dos hermanos, Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, recomponiendo sus redes en la barca con Zebedeo su padre, y los llamó. Y ellos, dejando á su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, se fueron en pos de El„ (4).

Ahí tenemos á los que habrán de cumplir las profecías, anunciar la Nueva Alianza, hacer triunfar la Cruz y establecer por doquiera el imperio de Jesucristo. ¿Pues qué? ¿Rechaza acaso á los grandes de la tierra,

---

(1) Joann., IV, 15-43, 45.
(2) Ibid., IV, 46-54.
(3) Vide; Matth. IV, 13 17, y Marc. I, 14, y Luc. IV, 14 y 15.
Las sinagogas eran lugares destinados á asambleas religiosas los sábados y días de fiesta: en ellas se reunían los judíos para orar, oir la lectura de la ley y para otras prácticas del culto mosaico.—(*Nota del Censor de la presente edición.*)
(4) Matth. IV, 18-22; Marc. I, 16-20.

Digitized by Google

á los ricos, los nobles, los poderosos y aun también á los doctos, los oradores y los filósofos? No tal. Volvamos la vista á las épocas posteriores. Veremos entonces los grandes venir numerosos á agregarse á la humilde grey del Salvador. Doblarán los reyes su altivo cuello para llevar ese yugo, y veremos á las fasces romanas postrarse ante la Cruz de Jesús. Darán los judíos ley á los romanos, y éstos recibirán en sus Estados leyes extrañas que prevalecerán sobre las de ellos, y verán, sin celos, levantarse sobre el suyo otro más excelente imperio y leyes superiores á las suyas. Vendrán también los oradores, y los veremos preferir la sencillez del Evangelio y el místico lenguaje de las verdades cristianas á la magnificencia y vana pompa de sus propios discursos. Y los cultos ingenios de Roma y de Atenas vendrán á aprender la elocuencia en los escritos de los bárbaros. Vendrán también los filósofos, y después de largo forcejear y revolverse, darán por fin en las redes de nuestros celestiales pescadores, y, felizmente aprisionados allí, abandonarán las redes de las vanas y peligrosas sutilezas en que trataban de enredar las almas de los ignorantes y los curiosos. Aprenderán, no ya á sofistiquear, sino á creer y á encontrar la luz en la noble sumisión de la inteligencia.

Jesús no desecha, pues, á los grandes, los poderosos y los sabios; no los rechaza, dice San Agustín (1), pero difiere la venida de los mismos. Quieren los grandes que su poder dé el impulso á las empresas; los sabios, que su razonamiento gane los ánimos. Quiere Dios desarraigarles el orgullo, curarles el tumor de la hinchada presunción. Ya vendrán á su tiempo, cuando todo esté cumplido, cuando se halle establecida la Iglesia, cuando sea manifiesto al mundo y conste claramente que la obra se acabó sin ellos, cuando puedan haber aprendido á no apropiarse la gloria de Dios, á bajar de la altura en que se suponen, á dejar en la Iglesia al pie de la Cruz esa primacía que pretenden; cuando se reputen á sí mismos los últimos entre todos, primeros doquiera, pero últimos en la Iglesia, ellos á quien sus propias grandezas alejan más del cielo, á quien sus peligros y sus tentaciones acercan más al abismo (2).

Bajó Jesús con sus discípulos después á Cafarnaún y comenzó luego en los sábados á enseñar al pueblo en la sinagoga. Y estaban asombrados de su doctrina, porque su modo de enseñar era como de persona que tiene autoridad, y no como los escribas. Hallábase en la sinagoga cierto hombre poseído de un demonio inmundo, el cual gritó con grande voz diciendo: Déjanos, ¿qué tienes tú con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido á exterminarnos? Ya sé quién eres, el Santo de Dios. Mas Jesús, increpándole, le dijo: Enmudece y sal de ese hombre. Y el demonio, habiéndole arrojado al suelo en medio, salió de él sin hacerle daño alguno. Y quedaron todos atónitos, tanto que se preguntaban unos á otros: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es ésta? El manda con imperio aun á los espíritus

(1) Aug. *Serm.* LXXXVII, núm. 12.
(2) Bossuet. *Paneg. de S. André.*

Digitized by Google

inmundos, y le obedecen. Con esto creció luego su fama por toda la Galilea.

Así que salieron de la sinagoga, fueron con Santiago y Juan á casa de Simón y de Andrés. Hallábase la suegra de Simón en cama con calentura y habláronle luego de ella. Y acercándose la tomó por la mano y la levantó; y al instante la dejó la calenturas y se puso á servirles.

Por la tarde, puesto ya el sol (pues era un día de sábado, en el cual los judíos no hacían nada antes de esta hora), le traían todos los enfermos y endemoniados; y toda la ciudad se había juntado delante de la puerta. Y El los curaba con poner sobre cada uno las manos, verificándose con eso lo que predijo el profeta Isaías, diciendo: El mismo ha cargado con nuestras dolencias, y ha tomado sobre sí nuestras enfermedades. Y de muchos salían los demonios gritando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios; y con amenazas les prohibía decir que sabían que él era el Cristo„ (1). Que como el diablo es el padre de la mentira, no quiso Cristo su testimonio, aun resultando entonces dicho testimonio verdadero.

"Por la mañana, muy de madrugada, salió luego á un lugar solitario, y hacía allí oración. Pero Simón y los que estaban con él fueron en su seguimiento. Y habiéndole hallado, le dijeron: Todos te andan buscando. A lo cual respondió: Vamos á las aldeas y ciudades vecinas para predicar yo también en ellas, porque para eso he venido. E iba Jesús recorriendo toda la Galilea, enseñando en sus sinagogas, y predicando el Evangelio del reino, y sanando toda dolencia y toda enfermedad en los del pueblo. Con lo que corrió su fama por toda la Siria, y presentábanle todos los que estaban enfermos y acosados de varios males y dolores, los endemoniados, los lunáticos, los paralíticos, y los curaba, é íbale siguiendo una gran muchedumbre de gentes de Galilea, y Decápoli, y Jerusalén, y Judea, y de la otra parte del Jordán„ (2). Era la Decápoli un país de diez ciudades, tras el lago ó mar de Genezaret ó de Tiberiade.

"Sucedió que hallándose Jesús junto al lago de Genezaret, las gentes se agolpaban alrededor de El, ansiosas de oir la palabra de Dios. En esto vió dos barcas á la orilla del lago: cuyos pescadores habían bajado y estaban lavando las redes. Subiendo, pues, en una de ellas, la cual era de Simón, pidióle que la desviase un poco de tierra. Y, sentándose dentro, predicaba desde la barca al numeroso concurso. Acabada la plática, dijo á Simón: Guía mar adentro y echad vuestras redes para pescar. Replicóle Simón: Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos y nada hemos cogido; no obstante, sobre tu palabra echaré la red. Y habiéndolo hecho, recogieron tan grande cantidad de peces, que la red se rompía. Por lo que hicieron seña á los compañeros de la otra barca que viniesen y les ayudasen. Vinieron luego, y llenaron tanto de peces las dos barcas, que faltó poco para que se hundiesen. Lo que viendo Simón Pedro, se arrojó á los pies de Jesús, diciendo: Aparta de mí, Señor, que

(1) Matth., VIII, 14-17; Marc., I, 21-34; Luc., IV, 38-41.
(2) Matth., IV, 23-25; Marc., I, 35-39; Luc., IV, 42-44.

Digitized by Google

soy un hombre pecador. Y es que el asombro se había apoderado de él como de todos los demás que con él estaban, á vista de la pesca que acababan de hacer: lo mismo que sucedía á Santiago y á Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simón. Entonces Jesús dijo á Simón: No tienes que temer; de hoy en adelante serán hombres los que has de pescar. Y ellos, sacadas las barcas á tierra, dejando todas las cosas, le siguieron„ (1).

La primera vez Simón había sido llevado por su hermano Andrés á Jesús, que le había puesto de nombre Pedro. Más adelante llamó Jesús á su seguimiento á los dos hermanos, como también á Santiago y á Juan. Dejaron entonces sus redes y le siguieron habitualmente. Pero como vivían de la pesca, volvían todavía algunas veces á sus barcas. Tal vez se ocupaban en esto por la noche, para poder de día seguir al Señor. Después de esta pesca milagrosa, dejaron no ya meramente sus redes, sino todas las cosas; expresión que da á entender que fué aquélla su vocación última y definitiva, y que de allí en adelante se consagran, para no separarse ya más de El, á Jesús.

En las circunstancias de esta pesca milagrosa veremos, si atentamente las consideramos, dibujada con los más vivos rasgos, la historia toda de la Iglesia. Jesús sube á la barca de Pedro, y en la barca de Pedro está sentado, enseñando á los pueblos, y desde esa barca instruye al género humano. Manda á Pedro que se interne en alta mar, en esta mar del mundo, profunda, procelosa, tumultuosa toda y en perpetua agitación, donde pueblos é individuos fluctúan á todo viento de doctrina, y se devoran como los peces unos á otros. A Pedro manda Jesús echar la red en ese abismo. Y á Pedro le es dado coger esa innumerable muchedumbre de toda tribu y lengua, sabios é ignorantes, ricos y pobres, pueblos y reyes; peces enormes, monstruos marinos que hienden las aguas con gran tumulto y hervor. En esa gran muchedumbre habrá también espíritus inquietos que no se avendrán á ceñirse ni á plegarse á la obediencia. Agitados por la curiosidad, aguijados de la inquietud, llevados del orgullo, rompen las redes, escapan, suscitan cismas y herejías, envuélvense en infinidad de cuestiones y se pierden en el abismo de las opiniones humanas. Pero no por eso la muchedumbre dejará de llenar las dos barcas, la Sinagoga y la gentilidad; la Sinagoga, desde la cual ha echado su red Pedro; la gentilidad, vacía hasta entonces, pero que se llena ahora de la pesca de Pedro. Hasta se verán tan colmadas, que en apariencia se las verá oscilar como si estuviesen á punto de sumergirse. Será tan grande la muchedumbre de fieles, estarán entre éstos tan mezclados los buenos con los malos, sobrevendrán á veces tamaños escándalos, será tan difícil aplicarles la debida corrección, que la Iglesia parecerá estar casi á punto de ser sumergida por su propio peso; pero no, que abordará segura á las riberas de la eternidad; Jesús está con esa barca.

---

(1) Luc., V, 1-11.

Digitized by Google

21. Y aconteció que estando en una de aquellas ciudades, vino un hombre cubierto de lepra, el cual, así que vió á Jesús, postróse rostro por tierra y le rogaba, diciendo: Señor, si Tú quieres, puedes curarme Jesús, compadeciéndose de él, extendió la mano y tocándole, le dice: Quiero: Sé curado. Y acabando de decir esto, al instante desapareció de él la lepra y quedó curado. Y Jesús le despachó luego conminándole y diciéndole: Mira que no lo digas á nadie; pero ve y preséntate al príncipe de los Sacerdotes y ofrece por tu curación lo que tiene Moisés ordenado, para que esto les sirva de testimonio. Mas aquel hombre, así que se fué, comenzó á hablar de su curación y á publicarla por todas partes, de modo que ya no podía Jesús entrar manifiestamente en las ciudades, sino que andaba fuera por lugares desiertos, donde oraba, y acudían á El de todas partes (1). Al cabo de algunos días volvió secretamente á Cafarnaún, y corriendo la voz de que estaba en la casa (que, sin duda, sería la de Pedro, donde tenía costumbre de hospedarse), acudieron muchos, en tanto número, que no cabían ni aun delante de la puerta, y les anunciaba la palabra. Y estaban asimismo, sentados allí, varios fariseos ó doctores de la ley, que habían venido de todos los lugares de Galilea y de Judea y de la ciudad de Jerusalén, y la virtud del Señor se manifestaba en sanar enfermos. Cuando he aquí que llegan cuatro hombres que traían tendido en una camilla á un paralítico y hacían diligencias por meterle dentro y ponérsele delante. Y no hallando por donde introducirse, á causa del gentío, subieron sobre el terrado (que, según la costumbre de Judea, era una plataforma con una escalera á la parte exterior) y abierto el techo, con quitar unos ladrillos ó baldosas, le descolgaron con la camilla, al medio de la reunión, delante de Jesús. El cual, viendo su fe, dijo: ¡Oh hombre, tus pecados te son perdonados! Entonces los escribas y fariseos empezaron á pensar, diciendo para consigo: ¿Quién es éste que así blasfema? ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios? Mas Jesús, que comprendió sus pensamientos, respondiendo, les dijo: ¿Qué es lo que andáis revolviendo en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: Tus pecados te son perdonados, ó decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar los pecados: levántate—dijo al paralítico,—yo te lo mando, coge tu camilla y vete á tu casa. Y levantándose al punto, á vista de todos, cargó con la camilla en que yacía y marchóse á su casa, dando gloria á Dios. De forma que todos estaban pasmados y daban gloria á Dios por haber dado tal potestad á los hombres, y llenáronse de temor, diciendo: Hoy hemos visto cosas maravillosas, jamás habíamos visto cosa semejante„ (2).

Si al ver en el Hijo del hombre la facultad de perdonar los pecados se quedaba el pueblo admirado, no menos debía estarlo de su caridad para con los pecadores. Otra vez salió hacia el mar, y todas las gentes se iban en pos de El y las adoctrinaba. Al paso vió á un publicano, á Leví, hijo

(1) Marc., I, 40 46; Luc., V. 12-16.
(2) Vide: Matth., IX, 1 8, Marc., II, 1-12; Luc., V, 17-26.

Digitized by Google

de Alfeo, llamado también Mateo, sentado al banco de los tributos, y díjole: Sígueme. Y Leví, abandonándolo todo, se levantó y le siguió. Dióle Leví después un gran convite en su casa. Aconteció después, estando á la mesa, en casa de éste, que muchos publicanos y pecadores se pusieron á ella con Jesús y sus discípulos, porque eran no pocos los que le seguían. Pero los fariseos y los escribas, viendo que comía con los publicanos y con los pecadores, murmuraban, diciendo: ¿Por qué vuestro Maestro y vosotros coméis con los publicanos y pecadores? Donde vemos que enorgullecidos aquéllos con su aparente devoción, despreciaban á los demás. Mas oyéndolo Jesús, les dijo: No son los que están sanos, sino los enfermos, los que necesitan de médico. Id, pues, á aprender lo que significa: Más estimo la misericordia que el sacrificio. No son los justos, sino los pecadores, los que he venido yo á llamar á penitencia (1).

Confundidos así los fariseos en cuanto á esto, salieron con otra objeción. Practicaban ellos de buen grado ayunos de supererogación, que se imponían ellos ó que se los imponían sus maestros. Y también lo practicaban así los discípulos de San Juan Bautista. Vinieron, pues, á Jesús, con estos últimos, que enviaron delante, y que le dijeron: ¿No nos dirás por qué razón ayunando los discípulos de Juan y los fariseos, no ayunan tus discípulos, antes comen y beben? Había dicho Jesús que había venido á llamar á los pecadores á penitencia, y no les imponía, sin embargo, ni los ayunos frecuentes ni las largas oraciones de los fariseos. ¿No aparecía pues aquí una contradicción? De ahí el reproche, que por boca de los discípulos de Juan, le dirigieron los fariseos. Para responderles, recuérdales Jesús una imagen que el mismo Juan les había recientemente explicado: la imagen de las bodas y del esposo. ¿Cómo es posible que los compañeros del esposo ayunen, ínterin que el esposo está en su compañía? ¿Acaso los amigos del esposo pueden andar afligidos mientras el esposo está con ellos? Ya vendrá tiempo en que les será arrebatado el esposo y entonces ayunarán. Nadie echa un remiendo de paño nuevo á un vestido viejo; de otra suerte rasga lo nuevo parte de lo viejo y se hace mayor la rotura. Ni tampoco echan el vino nuevo en cueros viejos; de otra suerte el vino nuevo hará reventar los cueros, y se derramará el vino, y echaránse á perder los cueros Sino que el vino nuevo se debe echar en cueros nuevos, y así entrambas cosas se conservan. Del mismo modo, ninguno acostumbrado á beber vino añejo quiere inmediatamente del nuevo, porque dice: mejor es el añejo (2).

Es Jesús la vid de la verdad que produce un vino nuevo, de un mérito incomparable, vino que para desplegar sus fuegos requiere vasos que puedan sostener su fuerza. Viene Jesús á traer una nueva doctrina más perfecta que la de los escribas y fariseos; pero es menester que las almas se preparen á ella poco á poco hasta estar enteramente renovadas. La

---

(1) Conf.: Matth., IX. 9-12; Marc., II. 13 17; Luc., V 27-32.
(2) Matth., IX, 14 17; Marc., II, 18-22; Luc., V, 33 39.

Digitized by Google

víspera misma de su muerte le escuchamos decir á sus discípulos: "Aún tengo otras muchas cosas que deciros; pero por ahora no podéis comprenderlas.„ Cuando haya venido el Espíritu de verdad que os convertirá en vasos nuevos, El os enseñará todas las verdades y os infundirá lo más sublime de mi doctrina. Vemos aquí siempre aquella sabiduría que alcanza vigorosamente de uno al otro extremo, pero que lo dispone todo blanda y suavemente por insensibles grados, desde el más imperfecto acto de arrepentimiento, hasta el más perfecto acto de amor.

22. Después de esto, siendo la fiesta de los judíos, créese que era la de la Pascua, partió Jesús á Jerusalén. Y había en Jerusalén, junto á la puerta de las Ovejas, una piscina, llamada en hebreo Bethsaida ó Betesda, casa de pesca ó casa de misericordia, "la cual tenía cinco pórticos. En ellos, pues, yacía una gran muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, aguardando el movimiento de las aguas. Pues un ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo á la piscina, y se agitaba el agua. Y el primero que después de movida el agua entraba en la piscina, quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese. Allí estaba un hombre que treinta y ocho años hacía que estaba enfermo. Como Jesús le viese tendido y conociese que ya llevaba mucho tiempo, dícele: ¿Quieres ser curado?„ Palabras muy propias para despertar su atención é inspirarle confianza. "Señor—respondió el doliente,—no tengo una persona que me meta en la piscina, así que el agua esté agitada; y mientras que yo voy, ya otro ha bajado antes. Dícele Jesús: Levántate, coge tu camilla y anda. De repente se halló sano este hombre, y cogió su camilla é iba caminando. Era aquél un día de sábado. Por lo que decían los judíos al que había sido curado: Hoy es sábado, no te es lícito llevar la camilla. Respondióles: El que me ha curado, ese mismo me ha dicho: Toma tu camilla y anda. Preguntáronle entonces: ¿Quién es ese hombre que te ha dicho: Toma tu camilla y anda? Mas el que había sido curado no sabía quién era. Porque Jesús se había retirado del tropel de gentes que allí había. Hallóle después Jesús en el Templo y le dijo: Bien ves cómo has quedado curado, no peques, pues, en adelante, para que no te suceda alguna cosa peor. Aquel hombre fué y declaró á los judíos que Jesús era quien le había curado. Pero éstos, por lo mismo, perseguían á Jesús, por cuanto hacía tales cosas en sábado. Entonces Jesús les dijo: Mi Padre hoy como siempre está obrando y yo ni más ni menos.„ Como si dijera: no habiendo cesado de obrar mi Padre, desde el principio del mundo hasta ahora, sin distinción del día del sábado, también yo obro con él continuamente. Y no podéis reprender al Hijo sin reprender al Padre. Dios descansó al séptimo día, en el sentido de que cesó de crear nuevas obras; mas no por eso cesó de obrar en todos los momentos por la sabiduría de su Providencia, que gobierna todas las cosas y por su Omnipotencia que las sostiene. Porque, ¿no es El quien hace levantarse el sol cada día para todos los hombres? ¿no es El quien hace caer sobre la tierra las lluvias, que han de fertilizarla para que produzca alimentos, y quien hace crecer los frutos tanto los días de sábado como los demás de la semana? Y así

Digitized by Google

como por su Verbo ha creado Dios todas las cosas, por El mismo las sostiene y gobierna después de criadas.

Pero los judíos, esto es, los jefes del pueblo, los individuos del Consejo Supremo, lejos de penetrarse de esta sublime doctrina, por esto mismo con mayor empeño andaban tramando el quitarle la vida, porque no solamente quebrantaba el sábado, sino porque también decía que Dios era su Padre, haciéndose igual á Dios. Por lo cual, tomando la palabra, les dijo: "En verdad, en verdad os digo, que no puede hacer el Hijo por sí cosa alguna, fuera de lo que viere hacer al Padre, porque todo lo que éste hace lo hace igualmente el Hijo. Y es que como el Padre ama al Hijo, le comunica todas las cosas que hace„, comunicándole, con su esencia divina, su sabiduría y su poder, y le manifestará obras mayores que éstas, de suerte que quedéis asombrados. Porque así como el Padre resucita á los muertos, y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida á los que quiere. Ni el Padre juzga á nadie: sino que todo el poder de juzgar lo dió al Hijo, con el fin de que todos honren al Hijo de la manera que honran al Padre: que quien al Hijo no honra, tampoco honra al Padre que le ha enviado. En verdad, en verdad os digo que quien escucha mi palabra y cree á Aquel que me ha enviado, tiene la vida eterna y no incurre en sentencia de condenación, sino que ha pasado de muerte á vida„, del pecado á la gracia. "En verdad, en verdad os digo que viene tiempo, y ya estamos en él, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y aquellos que la escucharen revivirán. Porque así como el Padre tiene en sí mismo la vida, así también ha dado al Hijo el tener la vida en sí mismo. Y le ha dado la potestad de juzgar en cuanto es Hijo del hombre„, y puede así verificarlo de una manera sensible y apropiada á la naturaleza del hombre. No tenéis que admiraros de esto, pues vendrá tiempo en que todos los que están en los sepulcros serán resucitados. Y saldrán los que hicieron buenas obras á resucitar para la vida; pero los que las hicieron malas resucitarán para ser condenados. "No puedo yo de mí mismo hacer cosa alguna„, siendo una misma cosa con mi Padre. "Yo sentencio según oigo, y mi sentencia es justa, pórque no pretendo hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me ha enviado. Si Yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio„, según la ley humana, "no es idóneo. Otro hay que da testimonio de mí, y sé que es testimonio idóneo el que da de mí. Vosotros enviasteis á preguntar á Juan, y él dió testimonio á la verdad. Bien que yo no he menester testimonio de hombre, sino que digo esto para vuestra salvación. Juan era una antorcha que ardía y brillaba. Y vosotros, por un breve tiempo, habéis querido mostrar regocijo á vista de su luz. Pero yo tengo á mi favor un testimonio superior al testimonio de Juan. Porque las obras que el Padre me puso en las manos para que las ejecutase, estas mismas obras que yo hago, dan testimonio en mi favor de que me ha enviado el Padre. Y el Padre que me ha enviado, El mismo ha dado testimonio de mí„ en las riberas del Jordán, "vosotros no habéis oído jamás su voz ni visto su semblante„, aquella voz y aquella majestad terrible que vuestros padres, en Horeb, pidieron no ver, por recelo de morir, y Dios

Digitized by Google

les prometió suscitarles unprofeta, un mediador de entre vosotros. Cumplida está su palabra. Pero "no tenéis su palabra dentro de vosotros, pues no creéis á quien él ha enviado. Registrad las Escrituras, pues creéis encontrar en ellas la vida eterna; ellas son las que están dando testimonio de mí. Y con todo no queréis venir á mí para alcanzar la vida. Yo no me pago de la gloria de los hombres. Pero Yo os conozco, que el amor de Dios no habita en vosotros. Yo vine en nombre del Padre, y no me recibís; si otro viniere de su propia autoridad, á aquel le recibiréis. Y ¿cómo es posible que creáis, vosotros que andáis mendigando alabanzas unos de otros; y no procuráis aquella gloria que de solo Dios procede? No penséis que Yo os he de acusar ante el Padre; vuestro acusador es Moisés mismo, en quien vosotros confiáis. Pues si creyeseis á Moisés, acaso me creeriais también á mí, pues de mí escribió él. Pero si no creéis lo que él escribió, ¿cómo habéis de creer lo que yo os digo?„ (1).

Buscaban los judíos medio de hacer morir á Jesús, porque había obrado una curación en día de sábado. Jesús se justifica con un razonamiento enteramente divino. Argumenta que estuvo en su lugar al curar un hombre en sábado, toda vez que desde la creación del mundo no ha cesado, ni aun los sábados, de obrar con el Padre todo lo necesario para la conservación del universo. Un profeta, reprendido por haber curado en sábado, habría podido justificarse diciendo que no obraba por sí mismo. Pero solamente el Verbo, el Hijo, igual á su Padre, pudo decir que no hace por sí cosa alguna fuera de lo que viere hacer al Padre, y que todo lo que el Padre hace, lo hace igualmente el Hijo, esto es, que ha recibido todas las ideas y toda la potestad del Padre, y que así como el Padre tiene en sí la vida y esencia divinas, así también ha dado al Hijo el tener esa vida y esencia divinas. De El había dado Juan testimonio: "El Padre ama al Hijo y ha puesto todas las cosas en su mano. Aquel que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero quien no da crédito al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre su cabeza.„ De El había dado testimonio el Padre, ya con los milagros, ya con aquella voz en la orilla del Jordán: "Este es mi querido Hijo, en quien tengo puesta toda mi complacencia.„ Llenas están de El las Escrituras. De El había dicho Moisés á Israel: "Tu Señor Dios te suscitará un profeta de tu nación y de entre tus hermanos. A él oirás. Conforme se lo pediste al Señor Dios tuyo en Horeb, cuando se juntó todo el pueblo diciendo: No oiga yo otra vez la voz del Señor Dios mío, ni vea más este fuego espantoso porque no muera. A lo que me contestó el Señor: En todo lo que ha dicho ha hablado bien ese pueblo. Yo le suscitaré un profeta de en medio de sus hermanos semejante á ti, y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que yo le mandare. Mas el que no quisiere escuchar las palabras que hablará en mi nombre, experimentará mi venganza„ (2).

Aconteció también en el sábado segundo-primero *(llamado así por*

(1) Joann., V. 1-47.
(2) Deut., XVIII, 15 19.

Digitized by Google

caer en la octava de Pentecostés, segunda de las tres grandes fiestas de los judíos) que pasando Jesús por unos sembrados, sus discípulos, teniendo hambre, arrancaban espigas y, estregándolas, comían los granos. Algunos de los fariseos les decían: ¿Por qué hacéis lo que no es lícito en sábado? Y á él: Mira que tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado. Pero él les respondió: ¿No habéis leído lo que hizo David cuando él y los que le acompañaban se vieron acosados del hambre; cómo entró en la casa de Dios, en tiempo de Abiatar, príncipe de los sacerdotes, y comió los panes de la proposición, que no era lícito comer ni á él ni á los suyos, sino á solos los sacerdotes? ¿O no habéis leído en la ley cómo los sacerdotes en el Templo trabajan en el sábado, y con todo eso no pecan? (1) Pues yo os digo que aquí está uno que es mayor que el templo. Que si vosotros supiérais lo que significa: Más quiero la misericordia que no el sacrificio, jamás hubiérais condenado á los inocentes. El sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado. Y así el Hijo del Hombre aun del sábado es dueño (2).

Justifica aquí el Salvador á sus discípulos con el ejemplo de David y los sacerdotes; su propio proceder lo había justificado con el ejemplo de su Padre. A los hombres los compara con los hombres, á Dios con Dios. Alega además, por último, esa otra razón: Que siendo el Hijo del Hombre Hijo de Dios, y habiendo creado al hombre y establecido el día de descanso para el hombre, para la salud corporal y espiritual de éste, es dueño absoluto de dicho día, y aun, si posible fuera, con mayor motivo cuando se trata de la salud corporal ó espiritual del hombre, criatura suya.

Sucedió que entró un día en la sinagoga, y púsose á enseñar. Hallábase allí un hombre que tenía seca la mano derecha. Y los escribas y fariseos le estaban acechando á ver si curaba en sábado, y preguntaron á Jesús si era lícito curar en día de sábado, para tener de qué acusarle. Pero Jesús, que calaba sus pensamientos, dijo al que tenía seca la mano: Levántate y pónte en medio. Levantóse y se puso en medio. Díjoles entonces Jesús: Tengo que haceros una pregunta: ¿Es lícito en los días de sábado hacer bien ó hacer mal? ¿Salvar la vida ó quitarla? Mas ellos callaban. Y él les dijo: ¿Qué hombre habrá entre vosotros que tenga una oveja, y si ésta cae en una fosa en día de sábado no la levante y saque fuera? (3) ¿Pues cuánto más vale un hombre que una oveja? Luego es permitido hacer el bien en día de sábado. Nada respondieron. Entonces mirándolos alrededor con indignación y deplorando la ceguedad de su corazón, dice al hombre: Extiende esa mano. Extendióla, y quedó tan sana como la otra. Pero llenos de furor los fariseos, saliendo de allí, se juntaron

---

(1) Era esto permitido en la ley antigua. (Deut., XXIII, 25).—(*Nota del Censor.*)

(2) Matth., XII, 1-8; Marc., II, 23-28; Luc., VI, 1-5.

(3) En tiempo de Nuestro Señor les era permitido hacerlo á los judíos.—(*Nota del Censor.*)

Digitized by Google

luego en consejo contra El con los herodianos sobre la manera de perderle (1). ¡Desventurados! Cura Jesús á un hombre en día de sábado, no con trabajo alguno, sino con sólo su palabra, cosa que ciertamente no prohibía la ley, y ellos se lo achacan á crimen. Y entretanto no escrupulizan en tramar complot para su muerte en el mismo día. Los fariseos modernos, los rabinos judíos, han recargado todavía la dosis más que sus antecesores, y prohiben sacar de la fosa en día de sábado al animal que en ella haya caído.

Pero Jesús, entendiendo esto, es á saber, los malos designios de sus enemigos, se retiró con sus discípulos á la ribera del mar. Y le fué siguiendo mucha gente de Galilea, y de Judea, y de Jerusalén, y de la Idumea, y del otro lado del Jordán; también los comarcanos de Tiro y de Sidón, en gran multitud, vinieron á verle, oyendo lo que hacía. Y dijo á sus discípulos que le tuviesen dispuesta una barquilla para que el tropel de la gente no le oprimiese. Pues curando, como curaba, á muchos, echábanse á porfía encima de El, á fin de tocarle todos los que tenían males. Y á todos ellos les curó previniéndoles fuertemente que no le descubriesen. Y los espíritus inmundos, al verle, se arrodillaban delante de El, y gritaban diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Mas él los apercibía con graves amenazas para que no le descubriesen. Con lo cual se cumplió la profecía de Isaías que dice: Ved ahí al siervo mío, á quien yo tengo elegido, al amado mío, en quien mi alma se ha complacido plenamente. Pondré sobre él mi espíritu y anunciará la justicia á las naciones. No contenderá con nadie, no voceará, ni oirá ninguno su voz en las plazas: no quebrará la caña cascada, ni acabará de apagar la mecha que aún humea, hasta que haga triunfar la justicia; y en su nombre pondrán las naciones su esperanza„ (2).

"Por este tiempo se retiró á orar en un monte, y pasó toda la noche haciendo oración á Dios. Así que fué día llamó á sus discípulos y llegados que fueron escogió doce de entre ellos, los que le plugo (á los cuales dió el nombre de Apóstoles„ que significa enviados), "dándoles potestad de curar enfermedades y de expeler demonios.„ Eran Simón, á quien puso el nombre de Pedro, y Andrés, su hermano, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, á quienes apellidó Boanerges, ó hijos del trueno; Felipe y Bartolomé, Mateo y Tomás, Santiago, hijo de Alfeo, y Judas, su hermano, llamado Tadeo; Simón el cananeo, llamado el Celador, y Judas Iscariote, el mismo que le vendió. "Y al bajar con ellos se paró en un llano, juntamente con la compañía de sus discípulos, y de un grande gentío de toda la Judea, y de Jerusalén y del país marítimo de Tiro y Sidón, que habían venido á oirle y ser curados de sus dolencias. Asimismo los molestados de espíritus inmundos eran curados. Y todo el mundo procuraba tocarle; porque salía de él una virtud que daba la salud á todos„ (3).

---

(1) Vide: Matth., XII, 9-14; Marc., III, 1-6; Luc., VI, 6-11.
(2) Cf.: Math., XII, 15-21; Marc., III, 7-12.
(3) Marc., III, 13-19; Luc., VI, 15-16.

Digitized by Google

23. "Mas Jesús, viendo todo este gentío, se subió á un monte, (1) donde habiéndose sentado se le acercaron los discípulos. Entonces, levantando los ojos hacia sus discípulos, los adoctrinaba, y con ellos á la muchedumbre, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren falsamente toda clase de mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos; del mismo modo persiguieron á los profetas que ha habido antes de vosotros.

„Mas ¡ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros los que andáis hartos, porque sufriréis hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque os lamentaréis y lloraréis! ¡Ay de vosotros cuando los hombres os aplaudieren, que así lo hacían sus padres con los falsos profetas!

„Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se hace insípida, ¿con qué se le volverá el sabor? Para nada sirve ya sino para ser arrojada y pisada de las gentes. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte; ni se enciende una luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero, á fin de que alumbre á todos los de la casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, á fin de que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos.

No penséis que yo he venido á destruir la ley ni los profetas: no he venido á destruirla sino á darle su cumplimiento. Que con toda verdad os digo que antes faltarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse perfectamente cuanto contiene la ley, hasta una sola jota ó ápice de ella. Por lo cual quien quebrantare uno de estos mandamientos muy pequeños y enseñare así á los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas quien hiciere y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque yo os digo que si vuestra justicia no es más llena y mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

„Habéis oído que se dijo á vuestros mayores: No matarás, y que quien matare será condenado en juicio.„ Era éste el segundo grado de juris-

---

(1) El texto griego dice—sobre la montaña.—Según una tradición muy antigua este monte es el que lleva hoy el nombre, tomado de su singular configuración, de Kouroum Hahín, situado al noroeste del lago de Tiberiades, no lejos del lago.—(*Nota del Censor.*)

Digitized by Google

dicción entre los judíos. "Yo os digo más: Quienquiera que tome ojeriza con su hermano merecerá que el juez le condene, y el que le llamare raca (1) merecerá que le condene el Concilio (el Consejo de la nación ó Sanhedrín). Mas quien le llamare fatuo, será reo del fuego del infierno. Por tanto, si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda delante del altar, y ve primero á reconciliarte con tu hermano: y después volverás á presentar tu ofrenda. Componte luego con tu contrario, mientras estás con él todavía en el camino, no sea que te ponga en manos del juez, y el juez te entregue en las del alguacil, y te metan en la cárcel. Asegúrote de cierto que de allí no saldrás hasta que pagues el último maravedí.

„Habéis oído que se dijo á vuestros mayores: No cometerás adulterio. Yo os digo más: Cualquiera que mirare á una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón.

„Que si tu ojo derecho es para ti una ocasión de pecar, sácale y arrójale fuera de ti; pues mejor te está el perder uno de tus miembros que no que todo el cuerpo sea arrojado al infierno. Y si es tu mano derecha la que te sirve de escándalo, córtala y tírala lejos de ti; pues mejor te está que perezca uno de tus miembros que no el que se vaya todo el cuerpo al infierno.

„Hase dicho también: Cualquiera que despidiere á su mujer, dele libelo de repudio. Pero yo os digo: que cualquiera que despidiere á su mujer, si no es por causa de adulterio, la expone á ser adúltera; y el que se casare con la repudiada, es así mismo adúltero.

„También habéis oído que se dijo á vuestros mayores: No jurarás en falso; antes bien, cumplirás los juramentos hechos al Señor. Yo os digo más, que de ningún modo juréis; sin motivo ni por el cielo, pues es el Trono de Dios; ni por la tierra, pues es la peana de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la corte del gran Rey, ni tampoco juraréis por vuestra cabeza, pues no está en vuestra mano el hacer blanco ó negro un sólo cabello. Sea, pues, vuestro modo de hablar, sí, sí, no, no: que lo que pasa de esto, de mal principio proviene.

„Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo y diente por diente. Yo, empero, os digo, que no hagáis resistencia al agravio; antes, si alguno te hiere en la mejilla derecha vuélvele también la izquierda, y al que te armare pleito para quitarte la túnica, alárgale también la capa: y á quien te forzare á ir cargado mil pasos, ve con él otros dos mil. Al que te pide, dale, y no tuerzas tu rostro al que pretende de ti algún préstamo. Perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará, y se os echará en el seno una buena medida, apretada y bien colmada, hasta que se derrame. Tratad á los hombres de la misma manera que quisierais que ellos os tratasen á vosotros. En eso estriba la Ley y los profetas.

---

(1) Raca es una palabra derivada del arameo y significa hombre sin seso.—*(Nota del Censor.)*

Digitized by Google

„Habéis oído que fué dicho: Amarás á tu prójimo y tendrás odio á tu enemigo (1). Yo os digo más: Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian: para que seáis hijos de vuestro Padre celestial: el cual hace nacer el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos y pecadores. Que si no amáis sino á los que os aman, ¿qué premio habéis de tener? ¿no lo hacen así aun los publicanos? También los pecadores aman á quien los ama á ellos. Y si saludáis tan solamente á vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? por ventura, ¿no hacen también eso los gentiles? Y si hacéis bien á los que bien os hacen, ¿qué mérito es el vuestro? puesto que aun los pecadores hacen lo mismo. Y si prestáis á aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? pues también los malos prestan á los malos á trueque de recibir de ellos otro tanto. Empero, vosotros amad á vuestros enemigos, haced bien y prestad sin esperanza de recibir nada por ello, y será grande vuestra recompensa, y seréis hijos del Altísimo, porque El es bueno aun para con los ingratos y malos. Sed, pues, también vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto„ (2).

"Guardaos bien de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres, con el fin de que os vean: de otra manera no recibiréis su galardón de vuestro Padre que está en los cielos. Y así cuando hagas limosna, no quieras publicarla á son de trompeta, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles á fin de ser honrados de los hombres. En verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Mas tú cuando des limosna, haz que tu mano izquierda no perciba lo que hace tu derecha, para que tu limosna quede oculta y tu Padre, que ve en lo oculto, te recompensará (en público).

Asimismo cuando oráis no habéis de ser como los hipócritas, que de propósito se ponen á orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser vistos de los hombres. En verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, al contrario, cuando hubieres de orar entra en tu aposento, y cerrada la puerta ora en secreto á tu Padre, y tu Padre, que ve lo secreto, te premiará (en público). En la oración no afectéis hablar mucho, como hacen los gentiles, que se imaginan haber de ser oídos á fuerza de palabras. No queráis, pues, imitarlos, que bien sabe vuestro Padre lo que habéis menester antes de pedírselo. Vosotros, pues, así habéis de orar: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudo-

---

(1) Por más que éste es libro para lectores instruídos, nos ha parecido todavía que no holgará copiar aquí, en esta traducción española, la siguiente nota, que á la segunda parte de este versículo pone el P. Scio en su tan conocida versión de la Sagrada Biblia: "Esta era una de las máximas torcidas de los falsos intérpretes de la Ley, los cuales entendían por prójimos, á solos los parientes, amigos y conocidos.„

(2) Matth., V, 1-48; Luc., VI, 17-36.; y Matth., VII, 12.

Digitized by Google

res; y no nos dejes caer en la tentación, más líbranos de mal. Amén. Porque si perdonáis á los hombres las ofensas que cometen, también vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados. (1) Pero si vosotros no perdonáis á los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará los pecados.

Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Porque todo aquél que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abrirá. ¿Hay, por ventura, alguno entre vosotros que pidiéndole pan un hijo suyo, le dé una piedra? ¿O que si le pide un pez le dé una culebra? ¿Si pide un huevo, por ventura, le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas cosas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas á los que se las pidan (2).

„Cuando ayunéis no os pongáis caritristes, como los hipócritas, que desfiguran sus rostros para mostrar á los hombres que ayunan. En verdad, os digo, que ya recibieron su galardón. Tú, al contrario, cuando ayunes, unge tu cabeza, y lava tu cara, para que no conozcan los hombres que ayunas, sino únicamente tu Padre, que está presente á todo lo que hay de secreto: y tu Padre, que ve en lo secreto, te dará por ello la recompensa (en público) (3).

„Antorcha de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo fuere sencillo todo tu cuerpo estará iluminado. Mas si tienes malo tu ojo todo tu cuerpo estará obscurecido. Que si lo que debe ser luz en ti es tinieblas, las mismas tinieblas, ¿cuán grandes serán? (4) (Ojo y mirada del alma es la intención. Buena ó mala, es, digámoslo así, lo que principalmente pone el sello á nuestras acciones.)

„No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban. Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo: donde no hay orín ni polilla que los consuma: ni tampoco ladrones que los desentierren y roben. Porque donde está tu tesoro allí está también tu corazón.

„Ninguno puede servir á dos señores, porque ó tendrá aversión al uno y amor al otro; ó si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo. No podéis servir á Dios y á las riquezas. En razón de esto os digo: No os acongojéis por el cuidado de hallar qué comer para sustentar vuestra vida, ó de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo. ¿Qué? ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo cómo ni siembran, ni siegan ni tienen graneros; y sin embargo, el Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho más sin comparación que ellas? Y ¿quién de vosotros á fuerza de discurso puede añadir un codo á su estatura? Y acerca del vestido, ¿á qué propósito inquietaros? Contemplad los lirios del campo cómo crecen; ellos no labran ni tampoco hilan. Sin embargo, yo os digo que ni Salomón en

(1) Matth., VI, 1-15.
(2) Matth., VII, 7-11; Luc., XI, 9-12.
(3) Matth., VI, 15-18.
(4) Matth., VI, 22 y 23.

Digitized by Google

medio de toda su gloria se vistió como uno de éstos. Pues si á una hierba del campo que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe? Así que no vayáis diciendo acongojados: ¿Dónde hallaremos que comer y beber? ¿Dónde hallaremos con que vestirnos? Como hacen los paganos, los cuales andan tras todas estas cosas; que bien sabe vuestro Padre la necesidad que de ellas tenéis. Así que buscad primero el reino de Dios y su justicia; y todas las demás cosas se os darán por añadidura. No andéis, pues, acongojados por el día de mañana, que el día de mañana harto cuidado traerá por sí; bástale ya á cada día su propio afán (1).

„No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados. Porque con el mismo juicio que juzgareis seréis juzgados, y con la misma medida que midiereis seréis medidos vosotros. Mas tú, ¿con qué cara te pones á mirar la mota en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que está dentro del tuyo?. O ¿cómo dices á tu hermano: deja que yo saque esa pajita de tu ojo, mientras tú mismo tienes una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás cómo has de sacar la mota del ojo de tu hermano.

„No deis á los perros las cosas santas, ni echéis vuestras perlas á los cerdos, no sea que las huellen con sus pies y se vuelvan contra vosotros y os despedacen.

„Entrad por la puerta angosta; porque la puerta ancha y el camino espacioso son los que conducen á la perdición y son muchos los que entran por él. ¡Oh, cuán angosta es la puerta y cuán estrecha la senda que conduce á la vida eterna, y pocos son los que atinan con ella!

„Guardaos de los falsos profetas que vienen á nosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cogen uvas de los espinos ó higos de las zarzas? Así es que todo árbol bueno produce buenos frutos, y todo árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo darlos buenos. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego. Por sus frutos, pues, los podréis conocer. El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas, así como el mal hombre las saca malas del mal tesoro de su corazón. Porque de la abundancia del corazón habla la boca.

„¿Por qué, pues, me estáis llamando, ¡Señor, Señor!, siendo así que no hacéis lo que Yo digo? No todo aquel que me dice: ¡Oh, Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ése es el que entrará en el reino de los cielos. Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor! Pues no hemos nosotros profetizado en tu nombre, y lanzado en tu nombre los demonios y hecho muchos milagros en tu nombre. Mas entonces Yo les protestaré: Jamás os he conocido; apartaos de mí, operarios de la maldad.

„Quiero mostraros á quién es semejante cualquiera que viene á mí y

(1) Matth., VI, 19-21; 24-34.

Digitized by Google

escucha mis palabras y las practica. Es semejante á un hombre que fabricando una casa cavó muy hondo, y puso los cimientos sobre peña viva, y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos y dieron con ímpetu contra la casa, mas no fué destruída, porque estaba fundada sobre piedra. Pero cualquiera que oye estas instrucciones que doy y no las pone por obra, es semejante á un hombre loco insensato que fabricó su casa sobre arena, y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos y dieron con ímpetu contra aquella casa, la cual se desplomó, y su ruina fué grande.

„Al fin, habiendo concluído Jesús este razonamiento, los pueblos que le oían no acababan de admirar su doctrina. Porque su modo de instruirlos era con cierta autoridad soberana y no á la manera de los escribas y fariseos„ (1). Los cuales procedían por glosas y razonamientos al estilo casi de los filósofos gentiles.

Este sermón de Jesús en la montaña es un compendio de toda la doctrina cristiana.

Todo el fin del hombre es ser feliz. Para darnos los medios de conseguirlo ha venido precisamente Jesucristo. Poner la felicidad en aquello en que verdaderamente consiste, es el manantial de todo bien, y el origen de todo mal es ponerla en lo que no se debe poner. Digamos, pues: Quiero ser feliz. Veamos cómo; veamos el fin en que consiste la felicidad; veamos los medios de alcanzarla.

El fin está en cada una de las ocho bienaventuranzas; porque es siempre bajo diversos nombres la felicidad eterna. En la primera bienaventuranza, como reino; en la segunda, como la tierra prometida; en la tercera, como la verdadera y perfecta consolación; en la cuarta, como hartura de todo deseo; en la quinta, como la última misericordia que quitará todos los males y dará todos los bienes; en la sexta, con su propio nombre, que es la vista de Dios; en la séptima, como la perfección de nuestra adopción divina; en la octava, otra vez también como reino de los cielos. Ahí tenemos, pues, doquiera el fin; pero como hay varios medios, cada bienaventuranza nos propone uno, y todos juntos hacen feliz al hombre.

Si el sermón de la montaña es el resumen de toda la doctrina cristiana, las ocho bienaventuranzas son el compendio del sermón de la montaña.

Enséñanos Jesucristo que nuestra justicia debe ser mayor que la de los escribas y fariseos, y comprendido vemos eso en las palabras: "Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia.„ Porque si ellos la desean como su verdadero alimento, si están verdaderamente hambrientos de justicia, ¡cuán abundosa la recibirán, pues que por doquiera se presenta para colmarnos! Guardaremos entonces hasta el menor precepto, como hombres hambrientos que nada dejan ni aun, por decirlo así, una migaja de su pan.

---

(1) Matth., VII, 1-29; Luc., VI, 37-49.

Digitized by Google

Recomiéndasenos que no maltratemos de palabra al prójimo, en conformidad á aquella mansedumbre y aquel espíritu de paz á que está prometido el reino y la dignidad de hijos de Dios.

No miraréis á una mujer con mal deseo. *Bienaventurados los limpios de corazón.* Pues perfecta limpieza tendrá el vuestro cuando le hayáis purificado de todos los deseos sensuales.

Dichosos son los que pasan su vida más bien en duelo y saludable tristeza, que entre la embriaguez de los placeres.

No juréis, decid: esto es, esto no es. Hay en esto también un efecto de la mansedumbre; el que es manso y humilde de corazón, no se apega demasiado á su parecer, cosa que hace al hombre excesivamente afirmativo; sino que dice sencillamente lo que piensa en espíritu de sinceridad y mansedumbre.

Fácilmente perdonará las injurias quien se halle imbuído de aquel espíritu de misericordia que atrae sobre nosotros otra misericordia mucho mayor. El no resistir á la violencia, el dejarse llevar aún más allá de lo prometido: de la mansedumbre y espíritu de paz proviene.

El amar á los amigos y á los enemigos proviene, no sólo de ser uno manso y pacífico, sino también del hambre y sed de justicia, del deseo de hacer que abunde en nosotros mismos más de lo que en los fariseos y en los gentiles.

Esa hambre de la justicia hace también que queramos tenerla para la necesidad y no para la ostentación.

Y así hay afición al ayuno en los que tienen por principal alimento la verdad y la justicia.

Con el ayuno se conserva limpio el corazón y se purifica de los apetitos sensuales.

Entre los limpios de corazón está quien reserva para los ojos de Dios el bien que hace, y se contenta con que El tan sólo le vea y no hace de la virtud un afeite con que engañar al mundo, y atraerse las miradas y el amor de la criatura.

Tienen los limpios de corazón claridad de vista y reetitud de intenciones.

Evita la avaricia y el afán de los bienes terrenos quien es verdaderamente pobre de espíritu.

No se entromete á juzgar el que es manso y pacífico, porque tal mansedumbre destierra el orgullo.

La pureza de corazón nos habilita para recibir dignamente la Eucaristía, para que ese divino Sacramento, ese Pan celestial no sea en nosotros como el pan de los hijos arrojado á los perros.

Los que tienen hambre y sed de justicia ruegan, piden, llaman, así como pide á Dios los verdaderos bienes, y de El los espera, quien sólo anhela por su reino y por la tierra de los vivos.

Acomódanse de buen grado á entrar por la puerta estrecha los que se juzgan dichosos con la pobreza, con las penas, con padecer persecución por la justicia.

Digitized by Google

Los que han hambre y sed de justicia no se limitan á decir de boca: ¡Señor, Señor!, sino que viven interiormente para El y por El.

En tales casos se edifica sobre la roca, y se encuentra terreno firme para cimentar sólidamente todo el edificio.

Son, pues, las bienaventuranzas la cifra de todo el sermón; pero cifra agradable; porque va la recompensa unida al precepto; el Reino de los cielos bajo diferentes admirables denominaciones, á la justicia, y la felicidad al cumplimiento práctico de esas lecciones (1).

24. Después de haber proclamado así su doctrina en lo alto del monte, baja Jesús nuevamente de allí para confirmarla con milagros. Poderoso, tanto en obras como en palabras, obra como enseña, con soberana autoridad.

"Habiendo bajado Jesús del monte, le fué siguiendo gran muchedumbre de gentes. En esto viniendo á El un leproso le adoraba, diciendo: Señor, si Tú quieres, puedes limpiarme. Y Jesús, extendiendo su mano, le tocó, diciendo: Quiero. Queda limpio. Y al instante quedó curado de su lepra. Y Jesús le dijo: Mira que no lo digas á nadie, pero ve á presentarte al sacerdote y ofrece el don que Moisés ordenó, para que les sirva de testimonio„ (2).

"Quiero. Queda limpio.„ Bien se echa de ver; es el Dueño que da órdenes. La ley prohibía tocar á los leprosos, por temor de que la enfermedad se propagase por el contacto. Jesús toca al leproso y éste queda curado. No se muestra aquí Jesús contrario á la ley, sino superior á ella: si traspasa la letra, cumple y en mucho mayor grado el espíritu y objeto de la ley. Quería ésta evitar el contagio de la enfermedad, y no vedar aquel maravilloso contagio de la salud. Disponía la ley que el sacerdote se certificase de la curación. Jesús lo observa fielmente, y manda al hombre que acababa de curar que se presente al sacerdote.

Poco después se entró en Cafarnaum. "Hallábase allí, á la sazón, un Centurión, que tenía enfermo y á la muerte un criado á quien estimaba mucho. Habiendo oído hablar de Jesús, envióle algunos de los ancianos de los judíos á suplicarle que viniese á curar á su criado. Ellos, en consecuencia, llegados que fueron á Jesús le rogaban con grande empeño que condescendiese. Es un sujeto—le decían—que merece le hagas este favor, porque es afecto á nuestra nación y nos ha fabricado una sinagoga. Iba, pues, Jesús con ellos, y estando ya cerca de la casa, el centurión le envió á decir: Señor, no te tomes esa molestia, que no soy digno de que entres dentro de mi morada: por cuya razón, tampoco me tuve por digno de salir en persona á buscarte; pero di tan solo una palabra y sanará mi criado. Pues aun yo, que soy un oficial subalterno, como tengo soldados á mis órdenes; digo á este: Ve, y va, y al otro: Ven, y viene; y á mi criado: Haz esto, y lo hace. Cuando lo oyó Jesús quedó maravillado, y vuelto ha-

(1) Bossuet, *Medit. sur l'Ev.*
(2) Matth., VIII, 1-4.

Digitized by Google

cia el pueblo, que le iba siguiendo, dijo: En verdad os digo que ni en Israel he hallado una fe tan grande. Así Yo os declaro que vendrán muchos del Oriente y del Occidente y estarán á la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos: mientras que los hijos del reino serán echados fuera á las tinieblas: allí será el llanto y el crujir de dientes. Después dijo Jesús al centurión *(bien en la persona de sus amigos, bien al mismo que entretanto hubiese también llegado):* Vete y sucédate conforme has creído. Y vueltos á casa los enviados, hallaron sano al criado que había estado enfermo„ (1).

Este centurión, cuya admirable fe alaba Jesús, no era judío, sino gentil, y acaso romano. Se nos presenta en él un anuncio de la muchedumbre de los gentiles, que bien pronto habrían de afluir de todas partes para reemplazar á los incrédulos judíos en la posteridad espiritual de Abrahán, de Isaac y de Jacob.

"Al siguiente día, iba Jesús camino de la ciudad llamada Naím: y con él iban sus discípulos y mucho gentío. Y cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban á enterrar á un difunto, hijo único de su madre, la cual era viuda: é iba con ella grande acompañamiento de personas de la ciudad. Así que la vió el Señor, movido á compasión, la dijo: No llores. Y se acercó y tocó el féretro. (Y los que lo llevaban se pararon.) Y dijo: Mancebo, á ti digo, levántate. Y luego se incorporó el difunto, y comenzó á hablar. Y Jesús le entregó á su madre. Con esto quedaron todos penetrados de temor, y glorificaban á Dios, diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo. Y esparcióse la fama de este milagro por toda la Judea y por todas las regiones circunvecinas„ (2).

"No llores.„ ¡Cuán entrañables y sencillas palabras; pero cuán sublimes unidas al hecho que las sigue! ¡Felices aquellos á quienes Jesús dice: "No llores„! Hacen notar santos Padres que en estos tres milagros consecutivos manifiéstase la misericordia de Jesús por tres diferentes conceptos: con el leproso, por el ruego del mismo; con el criado enfermo, por intercesión de otros, y con la madre, por las lágrimas de ésta.

"De todas estas cosas informaron á Juan *(que estaba en la prisión)* sus discípulos: Y Juan, llamando á dos de ellos, enviólos á Jesús para que le hiciesen esta pregunta: ¿Eres Tú aquel que ha de venir ó debemos esperar á otro?„ Miraba en esto Juan á remediar las malas disposiciones que respecto á Jesús se habían suscitado en sus discípulos, dándoles ocasión de que por sí propios reconociesen que era Aquél el esperado Mesías, según el testimonio que ya el mismo Juan le había tributado. "Llegados á él los tales, le dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado á ti para preguntarte: ¿Eres tú aquel que ha de venir ó debemos esperar otro? (En la misma hora curó Jesús á muchos de sus enfermedades y llagas, y de espíritus malignos, y dió vista á muchos ciegos). Respondióles, pues, di-

(1) Matth., VIII, 5 13; Luc., VII, 1-10.
(2) Luc., VII, 11-17.

Digitized by Google

ciendo: Id y contad á Juan las cosas que habéis oído y visto; cómo los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, á los pobres se les anuncia el Evangelio. Y bienaventurado aquel que no se escandalizare de mi proceder„ (1).

Muestra su respuesta el cumplimiento de aquellas palabras de Isaías: "Dios mismo vendrá, y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y quedarán expeditas las orejas de los sordos. Entonces el cojo saltará como el ciervo, y se desatará la lengua de los mudos... El Señor me ha enviado para evangelizar á los mansos„ (2). Añade un aviso para ellos y para los judíos: que no se escandalicen, que no tropiecen en El, piedra angular de salvación para unos, pero de tropiezo y escándalo para otros.

"Así que hubieron partido los enviados de Juan, Jesús se dirigió al numeroso auditorio, y hablóles de Juan en esta forma: ¿Qué salisteis á ver en el desierto? ¿alguna caña sacudida del viento? ¿O qué es lo que salisteis á ver? ¿algún hombre de ropas delicadas? Ya sabéis que los que visten preciosas ropas y viven en delicias en palacio de reyes están. En fin, ¿qué salisteis á ver? ¿un profeta? Sí, ciertamente; yo os lo aseguro, y aún más que profeta. El es de quien está escrito: Mira que yo envío delante de ti mi ángel, el cual vaya preparándote el camino. Por lo que os digo: Entre los nacidos de mujeres ningún profeta es mayor que Juan Bautista; si bien aquel que es el más pequeño en el reino de Dios es mayor que El.„ Tal era, por lo tanto, Jesús menor que Juan en edad, pero mayor en todo lo demás. "Y desde los días de Juan Bautista hasta ahora el reino de los cielos padece fuerza, y los que se la hacen, lo arrebatan. Porque todos los profetas y la ley hasta Juan prenunciaron lo porvenir. Mas él ha mostrado el cumplimiento. Y si queréis admitirlo, él mismo es aquel Elías que debía venir. El que tiene oídos para entender, entiéndalo.

„Todo el pueblo y los publicanos, habiéndole oído, entraron en los designios de Dios, recibiendo el bautismo de Juan. Pero los fariseos y doctores de la ley despreciaron, en daño suyo, el designio de Dios, no habiendo recibido dicho bautismo. Ahora bien—concluyó el Señor,—¿á quién diré Yo que es semejante esta raza de hombres? Y ¿á quién se parecen? Parécense á los muchachos sentados en la plaza y que parlan con los de enfrente, y les dicen: Os cantamos al son de la flauta, y no habéis danzado; entonamos lamentaciones, y no habéis llorado. Vino Juan Bautista, que no comía pan ni bebía vino, y habéis dicho: Está endemoniado. Ha venido el hijo del hombre, que come y bebe, y decís: He aquí un hombre voraz y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Mas la sabiduría ha sido justificada por todos sus hijos„ (3), que la reconocieron así en la extraordinaria penitencia de Juan, como en la vida común del hijo del hombre.

---

(1) Matth., XI, 2-6; Luc., VII, 19-23.
(2) Isai., XXXV, 4 6, LXI. 1.
(3) Matth., XI, 7-19; Luc., VII, 24-35.

Digitized by Google

"Entonces comenzó á reconvenir á las ciudades donde se habían hecho muchísimos de sus milagros, porque no habían hecho penitencia. ¡Ay de tiCorazaín! ¡Ay de ti Bethsaida! Que si en Tiro y Sidón se hubiesen hecho los milagros que se han obrado en vosotras, tiempo ha que hubieran hecho penitencia, cubiertas de ceniza y de cilicio. Por tanto os digo que Tiro y Sidón serán menos rigurosamente tratadas en el día del juicio que vosotras. Y tú Cafarnaum, ¿piensas acaso levantarte hasta el cielo? Serás, sí, abatida hasta el infierno, porque si en Sodoma se hubiesen hecho los milagros que en ti, Sodoma quizá subsistiera aún hoy día. Por esto te digo que el país de Sodoma en el día del juicio será con menos rigor que tú castigado„ (1).

Eran Corozaín y Betsaida ciudades situadas en las orillas del lago de Genezaret. La última de ellas había sido recientemente embellecida por el tetrarca Felipe y se le había dado el nombre de Juliade, en honor de Julia, la mujer de Tiberio. De tal manera se arruinaron estas ciudades que hoy no estamos ciertos de su verdadera situación. Igual suerte cupo á Cafarnaum, lo mismo que á Tiberiade, edificada también á orillas del mismo lago, en honor de Tiberio, por Herodes el mayor.

25. "Rogóle uno de los fariseos que fuera á comer con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se puso á la mesa. Y una mujer pecadora que había en la ciudad, cuando supo que estaba en la mesa en casa del fariseo, llevó un vaso de alabastro lleno de ungüento. Y poniéndose á sus pies en pos de él, comenzó á regarle con lágrimas los pies, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y le besaba los pies y derramaba sobre ellos el perfume. Y cuando esto vió el fariseo que le había convidado, decía para consigo: Si este hombre fuera profeta bien conocería quién y cuál es la mujer que le toca; porque pecadora es. Jesús, respondiendo, dícele: Simón, una cosa tengo que decirte. Di, Maestro—respondió él.—Cierto acreedor tenía dos deudores, uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó á entrambos la deuda. ¿Cuál de ellos le amará más? Respondióle Simón: Hago juicio que aquel á quien se perdonó más. Y díjole Jesús: Haz juzgado rectamente. Y volviéndose hacia la mujer, dijo á Simón: ¿Ves esta mujer? Yo entré en tu casa y no me has dado agua con que se lavaran mis pies; mas ésta ha bañado mis pies con sus lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo; pero ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ha derramado sobre mis pies perfumes. Por todo lo cual te digo que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho; que ama menos aquel á quien menos se le perdona. En seguida dijo á la mujer: Perdonados te son tus pecados. Y luego, los convidados empezaron á decir interiormente: ¿Quién es éste que aun los pecados perdona? Mas El dijo á la mujer: Tu fe te ha salvado; vete en paz„ (2).

(1) Matth., XI, 20-24.
(2) Luc., VII, 36-50.

Digitized by Google

Amar á Dios, amar al infinitamente amable es la mayor dulzura y la mayor felicidad; amar á Dios es la felicidad de los santos, la dicha del cielo. Y con todo, tal viene á ser en el fondo la única penitencia que pide Dios al pecador; ya que todas las demás miran sólo á hacernos llegar á ésta. Sí; la gran pena que Dios nos impone para perdonarnos al instante todos los pecados que hayamos podido cometer, es lo más dulce y lo más fácil, lo que hace la felicidad de los santos en la tierra y en el cielo, el amarle con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma. Desde el punto en que amamos así, nos tornamos de pecadores en justos, nos cambiamos de malos en buenos, nos trasladamos del infierno al paraíso. ¡Oh, y cómo no amar á un Dios tan bueno!

"Y aconteció después que Jesús caminaba por ciudades y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios, y los doce con él. Y también algunas mujeres que había él sanado de espíritus malignos y de enfermedades: María, que se llama Magdalena, de la cual había echado siete demonios, y Juana, mujer de Chusa, procurador de Herodes, y Susana y otras muchas que le asistían de sus haciendas.„ (1)

Era costumbre entre los israelitas, según San Jerónimo nos lo enseña (2), que las mujeres piadosas sostuviesen con víveres y vestidos á los profetas que andaban de uno á otro lado anunciando la palabra de Dios. Y ya hemos visto ejemplos de ello en Elías y en Eliseo.

"Y vinieron á casa, y concurrió de nuevo tanta gente, que ni aun podían tomar alimento. Y cuando lo oyeron los suyos, salieron para echarle mano, porque decían: Se ha puesto enajenado„ (3). Aquellas nuevas y divinas enseñanzas de Jesús podían parecer una locura á las almas groseras. Debe, con todo, repararse que el texto griego puede decir también: "Y los suyos salieron para recogerle, porque: Está—decían—desfallecido.„

"Fuéle á la sazón traído un endemoniado ciego y mudo, y le curó, de modo que habló y vió. Con lo cual todo el pueblo quedó asombrado, y decía: ¿Es éste tal vez el Hijo de David? Pero los fariseos, oyéndolo, decían: Está poseído de Belzebú; no lanza los demonios sino por obra de Belzebú, príncipe de los demonios. Mas Jesús, habiéndoles convocado, les decía en parábolas: ¿Cómo puede Satanás expeler á Satanás? Todo reino dividido en facciones contrarias, será desolado, y cualquier ciudad ó casa dividida en bandos no subsistirá. Y si Satanás echa fuera á Satanás es contrario á sí mismo. ¿Cómo, pues, ha de subsistir su reino? No podrá durar, antes está cerca su fin. Y si yo lanzo los demonios en virtud de Belzebú, vuestros hijos, ¿en qué nombre los echan? Por tanto, esos mismos serán vuestros jueces.„ Aludía á los exorcistas judíos que arrojaban á los demonios por la invocación del nombre de Dios. "Mas si Yo echo los demonios en virtud del espíritu de Dios, síguese, por cierto,

(1) Luc., VIII, 1-3.
(2) Hieron., *In cap. XXVII Matth.*
(3) Marc., III, 20 y 21.

Digitized by Google

que ya el reino de Dios ha llegado á vosotros. O si no decidme: ¿Cómo puede alguno entrar en la casa del fuerte y saquear sus alhajas si primero no hubiese echado al fuerte? Y entonces le despistará la casa. El que no es conmigo contra mí es, y el que no allega conmigo, esparce. Por lo cual os declaro que cualquier pecado y cualquier blasfemia se perdonará á los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu no se perdonará. Y todo el que dijere palabra contra el Hijo del Hombre perdonada le será; mas el que la dijere contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en este siglo ni en el otro. No tendrá jamás perdón, sino que será reo de eterno delito.„ Hablábales así: "Por cuanto decían—escribe San Marcos:—Tiene espíritu inmundo.„ Y Jesús continuó: "O bien decid que el árbol es bueno, y bueno su fruto, ó si tenéis el árbol por malo, tened también por malo su fruto; ya que por el fruto se conoce el árbol. Raza de víboras, ¿cómo podéis hablar cosas buenas, siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno del buen tesoro saca buenas cosas; mas el hombre malo del mal tesoro saca malas cosas. Y dígoos que toda palabra ociosa que hablaren los hombres darán cuenta de ella en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado„ (1).

En todas épocas han estado divididas las opiniones acerca de lo que es el pecado contra el Espíritu Santo, y en qué sentido se dice irremisible. El parecer más común y mejor fundado en las circunstancias es que ese pecado designa la malicia refinada de quien, como los fariseos, combaten con pertinaz orgullo y envidia la verdad reconocida; y que este pecado es irremisible en el curso ordinario de las cosas, y que es necesaria una extraordinaria y milagrosa gracia para convertir á un pecador que en tanto grado ha abusado de la gracia. No podían los escribas y fariseos negar los milagros de Jesús, pero en lugar de sacar, como los demás, aquella conclusión: "¿No es éste el Cristo, el Hijo de David?„, oponen aquel dicho de infernal maldad: Está poseído del espíritu inmundo, y por arte del príncipe de los demonios es como lanza El los demonios. Y llevarán adelante esa maldad hasta hacerle morir.

En vez de temblar de las reprensiones que acababan de oir y de los milagros que acababan de ver, algunos de los escribas y fariseos le dijeron por tentarle: "Maestro, quisiéramos verte hacer algún milagro.„ Y como concurriesen las turbas á oirle, comenzó á decir: "Esta raza mala y adúltera pide un prodigio; pero no se le dará sino el prodigio de Jonás, profeta. Pues á la manera que Jonás fué un prodigio para los ninivitas, así el Hijo del Hombre lo será para los de esta nación. Porque así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así el Hijo del Hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra. Los ninivitas se levantarán en juicio con esta generación, y la condenarán; porque hicieron penitencia por la predicación de Jonás, y he aquí en este

(1) **Matth., XII, 22-37; Marc., III, 20-30; Luc., XI, 23.**

Digitized by Google

lugar más que Jonás. La reina del Austro se levantará en juicio con esta generación; porque vino de los fines de la tierra á oir la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón. Cuando el espíritu inmundo ha salido del cuerpo de un hombre anda por lugares áridos buscando reposo y no lo halla. Entonces dice: Me volveré á mi casa, de donde salí. Y cuando viene hállala desocupada, barrida y alhajada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entran dentro y moran allí, con que viene á ser el postrer estado de aquel hombre más lastimoso que el primero. Así también acontecerá á esta pésima generación.„

Y en realidad, habiendo la nación judía, tan á menudo culpable, y tan á menudo penitente, puesto el colmo á sus iniquidades con la muerte de Cristo, ha venido á un estado peor que el primero.

"Estando diciendo estas cosas„, y mientras estarían murmurando los fariseos, "he aquí que una mujer, levantando la voz de en medio del pueblo, exclamó: Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron. Pero Jesús respondió: Bienaventurados más bien los que oyen la palábra de Dios y la ponen en práctica„ (1).

No niega Jesús con su respuesta lo dicho por aquella piadosa mujer, no niega que sea feliz María en ser Madre suya, sino que nos enseña en qué otro concepto era todavía más feliz y de qué modo podemos nosotros imitarla en tal felicidad. Porque fué como decir: Bienaventurado quien, como ella, escucha mis palabras; bienaventurado quien, como ella, las conserva todas cuidadosamente, repasándolas, comparándolas, meditándolas con asiduidad en su corazón.

"Todavía estaba él platicando al pueblo, y he aquí que su Madre y sus hermanos *(esto es, sus parientes)* estaban fuera, que querían hablarle, y no pudiendo acercarse á El á causa del gentío, quedándose fuera, enviaron á llamarle. Estaba mucha gente sentada alrededor de El, cuando le dicen: Mira que tu madre y tus hermanos ahí afuera te buscan. A lo que respondió, diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y dando una mirada á los que estaban sentados alrededor de él, y mostrando con la mano á sus discípulos, dijo: ¿Veis aquí á mi madre y mis hermanos? Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana y mi madre„ (2).

Glorioso parentesco de Jesucristo, en el cual María es también su Madre sobre todos los santos, pero donde podemos también nosotros llegar á ser sus hermanos y sus hermanas.

26. "En aquel día, saliendo Jesús de casa, fué y sentóse á la orilla del mar de Galilea.„ Y se puso alrededor de El un concurso grande de gentes que le fué preciso entrar en una barca, y tomar asiento en ella, y todo el pueblo estaba en la ribera. Y les enseñaba muchas cosas usando de parábolas, y decíales así, conforme á su manera de enseñar: He aquí que salió un sembrador á sembrar. Y al esparcir los granos algunos cayeron

(1) Luc., XI, 27 y 28.
(2) Matth., XII, 46-49; Marc., III, 31-35; Luc., VIII, 19-21.

Digitized by Google

cerca del camino, y vinieron las aves del cielo y se los comieron. Otros cayeron en pedregales donde había poca tierra, y luego brotaron por estar muy someros en la tierra; mas nacido el sol se quemaron y se secaron, porque casi no tenían raíces. Otros granos cayeron entre espinas, y crecieron las espinas y los sofocaron. Otros, en fin, cayeron en buena tierra, y dieron fruto, dónde ciento por uno, dónde sesenta y dónde treinta. Quien tenga oídos para entender, entienda.

„Acercándose después sus discípulos, le preguntaban: ¿Por qué causa les hablas por parábolas? El cual les respondió: Porque á vosotros os es dado conocer los misterios del reino de los cielos; pero á ellos no les es dado. Porque al que tiene dársele ha y estará sobrado; mas al que no tiene le quitarán aún lo que tiene *(ó imagina tener)*. Por eso les hablo con parábolas; porque ellos, viendo no miran, y oyendo no escuchan ni entienden. Con que viene á cumplirse en ellos la profecía de Isaías, que dice: Oiréis con vuestros oídos y no entenderéis, y por más que miréis con vuestros ojos no veréis. Porque ha endurecido este pueblo su corazón, y ha cerrado sus oídos y tapado sus ojos, á fin de no ver con ellos, ni oir con los oídos, ni comprender con el corazón por miedo de que, convirtiéndose, yo le dé la salud. Dichosos vuestros ojos porque ven, y dichosos vuestros oídos porque oyen. Pues, en verdad, os digo que muchos profetas y justos ansiaron ver lo que vosotros estáis viendo, y no lo vieron, y oir lo que oís, y no lo oyeron. Escuchad ahora la parábola del sembrador. Cualquiera que oye la palabra del reino, y no para en ella su atención, viene el mal espíritu y le arrebata aquello que se había sembrado en su corazón; éste es el sembrado junto al camino. El sembrado en tierra pedregosa es aquel que oye la palabra, y por el pronto la recibe con gozo: mas no tiene interiormente raíz, sino que dura poco, y en sobreviniendo la tribulación y persecución por causa de la palabra, luego le sirve ésta de escándalo. El sembrado entre espinas es el que oye la palabra, mas los cuidados de este siglo y el embeleso de las riquezas la sofocan y queda infructuosa. Al contrario, el sembrado en buena tierra, es el que oye la palabra de Dios y la medita, y produce fruto, parte ciento por uno, parte sesenta y parte treinta.

„Otra parábola les propuso, diciendo: El reino de los cielos es semejante á un hombre que sembró buena simiente en un campo; pero al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo, y sembró cizaña en medio del trigo, y se fué. Estando ya el trigo en hierba y apuntando la espiga descubrióse asimismo la cizaña. Entonces los criados del padre de familia acudieron á él y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? Pues ¿cómo tiene cizaña? Respondióles: Algún enemigo mío la habrá sembrado. Replicaron los criados ¿quieres que vayamos á cogerla? A lo que les respondió: No, porque no suceda que arrancando la cizaña, arranquéis juntamente con ella el trigo. Dejad crecer uno y otro hasta la siega, que al tiempo de la siega yo diré á los segadores: Coged primero la cizaña y haced gavillas de ella para el fuego, y meted después el trigo en mi granero.

Digitized by Google

„Decía asimismo: El reino de los cielos viene á ser á manera de un hombre que siembra su heredad, y ya duerma ó vele noche y día, el grano va brotando y creciendo sin que él lo advierta. Porque la tierra de suyo produce primeramente el trigo en hierba, y luego la espiga y, por último, el grano lleno en la espiga. Y después que está el fruto maduro inmediatamente se le echa la hoz, porque llegó ya el tiempo de la siega.

„Y proseguía diciendo: ¿A qué cosa compararemos el reino de Dios ó con qué parábola lo representaremos? Es como el granito de mostaza, que cuando se siembra en la tierra es la más pequeña entre las simientes que hay en ella; mas, después de sembrado, sube y se hace mayor que todas las legumbres, y echa ramas tan grandes que las aves del cielo pueden reposar debajo de su sombra.

„Y añadió esta otra parábola: El reino de los cielos es semejante á la levadura que cogió una mujer, y mezclóla con tres sacos de harina, hasta que toda la masa quedó fermentada.

„Todas estas cosas dijo Jesús al pueblo en parábolas, y no les hablaba sin parábolas, cumpliéndose lo que había dicho el profeta: Abriré mi boca para hablar con parábolas, y publicaré cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo„ (1).

Misericordia era por parte del Señor lo de hablarles en parábolas á aquellos hombres, cuyo endurecido corazón se cerraba para la verdad. Por eso les daba la simiente de la palabra divina bajo una envoltura que la ocultaba, pero que al mismo tiempo la protegía, á fin de que pudiese un día germinar en algunas almas y llevar fruto.

"Entonces Jesús, despedido del auditorio, volvió á casa, y rodeándole sus discípulos, le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña sembrada en el campo. El cual les respondió: El que siembra la buena simiente es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo, la buena simiente son los hijos del reino; la cizaña, los hijos del maligno. El enemigo que la sembró es el diablo. La siega es el fin del mundo. Los segadores son los ángeles. Y así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo. Enviará el Hijo del Hombre á sus ángeles, y quitarán de su reino á todos los escandalosos y á cuantos obran la maldad: y los arrojarán en el horno del fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. Al mismo tiempo los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para entenderlo, entiéndalo.

„Es también semejante el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo, que si lo halla un hombre, lo encubre, y gozoso del hallazgo va y vende todo cuanto tiene, y compra aquel campo.

„El reino de los cielos es asimismo semejante á un mercader que trata en perlas finas. Y viniéndole á las manos una de gran valor va y vende todo cuanto tiene y la compra.

„También es semejante el reino de los cielos á una red barredera que

---

(1) Matth., XIII, 1-35; Marc., IV, 1-34; Luc., VIII, 4-13.

Digitized by Google

echada en el mar, allega todo género de peces: la cual, en estando llena, sácanla los pescadores y, sentados en la orilla, van escogiendo los buenos y los meten en sus cestos, y arrojan los de mala calidad. Así sucederá en el fin del siglo; saldrán los ángeles y separarán á los malos de entre los justos, y arrojarlos han en el horno de fuego; será allí el llanto y el crujir de dientes.„

Y Jesús les dijo: "¿Habéis entendido bien todas estas cosas? Sí, Señor, le respondieron. Y El añadió: Por eso todo doctor instruído en lo que toca al reino de los çielos, es semejante á un padre de familias que va sacando de su reposo cosas nuevas y cosas antiguas„ (1); quiere decir: las verdades del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Ya veremos el cumplimiento de estas diversas parábolas; veremos el Evangelio, escondido como una levadura en las tres partes del mundo, comunicar muy luego su secreta virtud á la masa toda del universo; le veremos como un granito de mostaza sepultado en la tierra, hacerse insensiblemente un gran árbol á cuya sombra reposarán los pueblos y los reyes. Veremos miles de personas de todo país, condición, edad y sexo, una vez descubierto este tesoro, esta inestimable perla, venderlo todo, sacrificarlo todo por adquirir tan inestimable joya.

¡Ojalá que cuando de la red del tiempo seamos trasladados á las riberas de la eternidad, los ángeles nos encuentren dignos de ser contados en el número de los elegidos!

Después que Jesús explicó así estas parábolas á sus discípulos, "dispuso pasar á la ribera opuesta del lago. Y llegando á él un escriba, le dijo: Maestro, te seguiré dondequiera que fueres. Y Jesús le respondió: Las raposas tienen madrigueras y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene sobre qué reclinar la cabeza. Otro de sus discípulos le dijo: Señor, permíteme que antes vaya á dar sepultura á mi padre. Mas Jesús le respondió: Sígueme tú, y deja que los muertos entierren á sus muertos„ (2). Como quien dice: Deja á los que están espiritualmente muertos el cuidado de sepultar á los que lo están corporalmente. Tu presencia ya no es necesaria allí, sígueme á la vida.

"Y entrando él en un barco, le siguieron sus discípulos. Y le iban acompañando otros barcos. Y mientras ellos iban navegando se durmió Jesús. Levantóse entonces una gran tempestad de viento, que arrojaba las olas en la barca de manera que ésta se llenaba de agua. Entretanto El estaba durmiendo en la popa sobre un cabezal. Despiértanle, pues, y le dicen: Señor, sálvanos, que perecemos; ¿no se te da nada que perezcamos? Y Jesús les dice: ¿Qué teméis, hombres de poca fe? Y levantándose amenazó al viento y dijo á la mar: Calla tú, sosiégate. Y calmó el viento y sobrevino una grande bonanza. Entonces les dijo: ¿De qué teméis? ¿Aún no tenéis fe? Y quedaron sobrecogidos de grande espanto, di-

(1) Math., XIII, 36-53.
(2) Matth., VIII, 18-22.

Digitized by Google

ciéndose unos á otros: ¿Quién piensas es éste, que aun el viento y la mar le obedecen?„ (1).

"Desembarcado en la otra ribera del lago, en el país de los Gesarenos, fueron al encuentro de El, saliendo de los sepulcros dos endemoniados tan furiosos, que nadie osaba transitar por aquel camino, Y empezaron luego á decir á gritos: ¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús Hijo de Dios? ¿Has venido aquí á atormentarnos antes de tiempo?„

Así lo refiere San Mateo; hablan San Marcos y San Lucas de un poseído solo, sin duda porque, como vamos á ver, le atormentaban mucho los espíritus malignos, "el cual tenía su morada en los sepulcros, y no había hombre que pudiese refrenarle, ni aun con cadenas; pues muchas veces, aherrojado con grillos y cadenas, había roto las cadenas y despedazado los grillos, sin que nadie pudiese domarle. Ya de muchos tiempos atrás, endemoniado, que ni sufría ropa encima, ni moraba en casa, y andaba siempre, día y noche, por los sepulcros y por los montes, gritando y sajándose con piedras. Este, pues, viendo de lejos á Jesús, corrió á él y le adoró. Y clamando á voz en grito, dijo: ¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. Y es que Jesús le decía: Sal de ese hombre, espíritu inmundo. Y preguntaba Jesús: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Mi nombre es legión, porque somos muchos. Y le suplicaba con ahinco que no le mandase ir al abismo y que no le echase de aquel país. Estaba paciendo en la falda del monte vecino una gran piara de cerdos. Y los espíritus le rogaban diciendo: Envíanos á los cerdos para que vayamos y entremos dentro de ellos. Y El les dijo: Id; y habiendo ellos salido, entraron en los cerdos; y he aquí que toda la piara corrió impetuosamente á despeñarse por un derrumbadero en el mar, y quedaron ahogados en las aguas. Los porqueros echaron á huir y, llegados á la ciudad, lo contaron todo, especialmente lo de los endemoniados. Las gentes salieron á ver lo acontecido. Y llegando donde estaba Jesús, ven al que antes era atormentado del demonio, vestido y en su sano juicio, y quedaron espantados. Los que se habían hallado presentes les contaron lo que había sucedido al endemoniado y el azar de los cerdos. Y le rogó toda la gente del territorio de los Gerasenos que se retirase de ellos, porque tenían grande miedo Y El subió en el barco y se volvió.

Y al ir Jesús á embarcarse se puso á suplicarle el que había sido atormentado del demonio que le admitiese en su compañía; mas Jesús no le admitió, sino que le dijo: Vete á tu casa, y con tus parientes, y anuncia á los tuyos la gran merced que te ha hecho el Señor y la misericordia que ha usado contigo. Fuése aquel hombre, y comenzó á publicar por la

---

(1) Matth., VIII, 22 27. Marc., IV, 25-40; Luc., VIII, 22 25.
La configuración de las riberas del lago explica estas tempestades furiosas; pero fué un milagro de primer orden que á imperio de la voz de Jesús se sosegase la tempestad de repente y quedase el mar terso como un cristal.—*(Nota del Censor.)*

Digitized by Google

Decápolis cuantos beneficios había recibido de Jesús, y todo quedaban pasmados„ (1).

De creer es que el rogar los Gerasenos á Jesús que se marchara, fuese un efecto de su primera impresión de espanto, y que con el tiempo y la reflexión vendrían á sentimientos mejores. Es probable que fuesen paganos. Habiendo visto á los demonios que ellos adoraban reconocer á Jesús como unos criminales á su juez y pedirle como una gracia alojarse en inmundos animales, fácilmente se desengañarían de su falso culto. Con la pérdida temporal de su piara habrán obtenido la eterna salvación. La predicación del hombre libertado les cambió el miedo en admiración. Y, en fin, vemos que al volver á pasar Jesús por aquel país de la Decápolis le traerán enfermos de todas partes, y la muchedumbre del pueblo le seguirá hasta en lugares desiertos, olvidándose de beber y comer, y que Jesús alimentará á miles de ellos con unos cuantos panes.

"Habiendo pasado Jesús otra vez con el barco á la opuesta orilla *(del lado de Cafarnaum)* concurrió gran muchedumbre de gente á su encuentro, porque todos estaban esperándole. Entonces se le presentó un jefe de la Sinagoga, llamado Jairo, el cual, luego que le vió, se arrojó á sus pies y con muchas instancias le hacía esta súplica: Mi hija (que era su hija única) está á los últimos; ven y pon sobre ella tu mano para que sane y viva. Fuese Jesús con él y en su seguimiento gran tropel de gente que le apretaba.

„En esto una mujer que padecía flujo de sangre doce años hacía, y había sufrido mucho en manos de varios médicos y gastado toda su hacienda sin el menor alivio, antes lo pasaba peor; oída la fama de Jesús se llegó por detrás entre la muchedumbre de gente y tocó su ropa. Porque decía ella entre sí: Con que pueda solamente tocar su vestido, me veré curada. Y en el mismo instante cesó su flujo de sangre y sintió en su cuerpo que estaba ya curada de su enfermedad. Al mismo tiempo Jesús, conociendo la virtud que había salido de El, vuelto á los circunstantes decía: ¿Quién ha tocado mi vestido? A lo que respondían los discípulos: Estás viendo la gente que te comprime por todos lados, y dices: ¿Quién me ha tocado? Pero Jesús replica: Alguno me ha tocado, pues yo he sentido salir de mí cierta virtud. En fin, viéndose la mujer descubierta, llegóse temblando, y echándose á sus pies declaró, en presencia de todo el pueblo, la causa porque le había tocado, y cómo al momento había quedado sana. Y Jesús le dijo: Hija, tu fe te ha curado; vete en paz y queda libre de tu mal.

„Estando aún hablando, llegaron de casa del príncipe de la Sinagoga á decirle á éste: Tu hija ha muerto, no tienes que cansar ya al Maestro. Pero Jesús, así que lo oyó, dijo al padre de la niña: No temas, basta que creas y ella vivirá. Llegado á casa, no permitió entrar consigo á nadie, sino á Pedro, á Santiago y á Juan y al padre y madre de la niña. Entre

(1) Matth., VIII, 28-34; Marc., V, 1-20; Luc., VIII, 26-39.

Digitized by Google

tanto todos lloraban y plañían por la niña. Mas El dijo: No lloréis, pues la niña no está muerta, sino dormida. Y se burlaban de El sabiendo bien que estaba muerta. Pero Jesús, haciéndoles salir á todos fuera, tomó consigo al padre y á la madre de la muchacha y á los que estaban con El y entró adonde la muchacha yacía. Y tomándola de la mano, le dice: *Talita cumi;* es decir: Muchacha, levántate, yo te lo mando. Y se levantó luego la muchacha y echó á andar, y tenía doce años, y quedaron atónitos de un grande espanto. Pero Jesús les mandó muy estrechamente que nadie lo supiera y dijo que diesen de comer á la muchacha„ (1).

"Partiendo Jesús de allí le siguieron dos ciegos, gritando y diciendo: Hijo de David, ten compasión de nosotros. Luego que llegó á casa se le presentaron los ciegos. Y Jesús les dijo: ¿Creéis que yo puedo hacer eso que me pedís? Dícenle: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos, diciendo: Según vuestra fe, así os sea hecho. Y se les abrieron los ojos; mas Jesús los conminó, diciendo: Mirad que nadie lo sepa. Ellos, sin embargo, al salir de allí, lo publicaron por toda la comarca„ (2).

"Salidos éstos le presentaron un endemoniado. Y arrojado el demonio, habló el mudo, y las gentes se llenaron de admiración, y decían: Jamás se ha visto cosa semejante en Israel. Los fariseos, al contrario, decían: Por arte del príncipe de los demonios expele los demonios„ (3).

"Partido de aquí se fué á su patria y le seguían sus discípulos. Llegado el sábado comenzó á enseñar en la sinagoga, y muchos de los oyentes, admirados de su sabiduría, decían: ¿De dónde saca éste todas estas cosas? ¿y qué sabiduría es ésta que se le ha dado? ¿y de dónde tantas maravillas como obra? ¿No es éste aquel artesano, hijo de María, hermano de Santiago y de José y de Judas y de Simón? ¿y sus hermanas no moran aquí entre nosotros? Y estaban escandalizados de él. Mas Jesús les decía: Cierto que ningún profeta está sin honor sino en su patria, en su casa y en su parentela. Por lo cual no podía obrar allí milagro alguno; curó solamente algunos pocos enfermos imponiéndoles las manos. Y admirábase de la incredulidad de ellos„ (4).

"Entró, según su costumbre, el día de sábado en la sinagoga y se levantó á leer. Y le fué dado el libro del profeta Isaías. Y cuando desarrolló el libro, halló el lugar donde estaba escrito: El Espíritu del Señor sobre mí: por lo que me ha ungido para evangelizar á los pobres, para sanar á los contritos de corazón, para anunciar á los cautivos redención y á los ciegos vista, para poner en libertad á los quebrantados, para publicar el año favorable del Señor y el día de la retribución. Y arrollado el libro, entregóselo al ministro y sentóse. Y todos en la Sinagoga tenían fijos en él los ojos. Y comenzó diciéndoles: La Escritura que acabáis de

---

(1) Matth., IX, 18-26; Marc., V, 21-43; Luc., VIII, 40-56.
(2) Matth., IX, 27-31.
(3) Matth., IX, 32-34.
(4) Matth., XIII, 54-58; Marc., VI, 1-6.

Digitized by Google

oir hoy, se ha cumplido. Y todos le daban elogios y estaban pasmados de las palabras de gracia que salían de sus labios, y decían: ¿No es éste el hijo de José? Díjoles El: Sin duda que me aplicaréis aquel refrán: Médico, cúrate á ti mismo; todas las grandes cosas que hemos oído que has hecho en Cafarnaum, hazlas también aquí en tu patria. Mas, añadió luego, en verdad os digo, que ningún profeta es bien recibido en su patria. Por cierto os digo que muchas viudas había en Israel en tiempo de Elías, cuando el cielo estuvo sin llover tres años y seis meses, cuando hubo una grande hambre por toda la tierra. Y á ninguna de ellas fué enviado Elías, sino que lo fué á una mujer viuda en Sarepta de Sidonia. Había asimismo muchos leprosos en Israel en tiempo del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fué curado, sino que lo fué Naamán de Siria. Al oir estas cosas, todos en la sinagoga montaron en cólera. Y levantándose le arrojaron fuera de la ciudad y condujéronle á la cima del monte, sobre el cual estaba su ciudad edificada, con ánimo de despeñarle. Mas él, pasando por medio de ellos, iba su camino„ (1).

27. "Y Jesús iba recorriendo todas sus ciudades y villas, enseñando en las Sinagogas, y predicando el Evangelio del reino, y curando toda dolencia y toda enfermedad. Y al ver aquellas gentes, se compadecía entrañablemente de ellas, porque estaban malparadas y tendidas, como ovejas que no tienen pastor. Sobre lo cual dijo á sus discípulos: La mies es verdaderamente mucha; mas los operarios, pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies, que envíe á su mies operarios„ (2).

"Y habiendo convocado á sus doce discípulos, les dió potestad sobre los espíritus inmundos para lanzarlos y para sanar toda dolencia y toda enfermedad. Y los nombres de los doce Apóstoles son éstos: El primero Simón, que es llamado Pedro, y Andrés, su hermano; Santiago de Zebedeo, y Juan, su hermano; Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo, el publicano; Santiago de Alfeo, y Tadeo; Simón, cananeo, y Judas Iscariote, aquel que lo entregó. A estos doce envió Jesús, dos á dos, dándoles las siguientes instrucciones: No vayáis á tierra de gentiles, ni tampoco entréis en poblaciones de samaritanos, mas id antes en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel. Id y predicad, diciendo que se acerca el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios; graciosamente recibisteis, dad graciosamente. No llevéis oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos. Ni alforja para el viaje, ni más de una túnica y un calzado, ni tampoco palo: porque el que trabaja merece que le sustenten. En cualquiera ciudad ó aldea en que entrareis informaos quién hay en ella que sea digno de alojaros, y permaneced en su casa hasta vuestra partida. Al entrar en la casa, la salutación ha de ser: La paz sea en esta casa. Y si aquella casa fuere digna, vendrá vuestra paz á ella; mas si no fuere digna vuestra paz se volverá

(1) Luc., IV, 16-30.
(2) Matth., IX, 35-38.

Digitized by Google

á vosotros. Caso de que no quieran recibiros ni escuchar vuestras palabras, saliendo fuera de la tal casa ó ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo que Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor en el día del juicio que la tal ciudad. Mirad que Yo os envío como ovejas en medio de lobos. Por tanto, habéis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas.

„Guardaos empero de los hombres, porque os harán comparecer en sus audiencias y os azotarán en sus sinagogas. Y seréis llevados ante los gobernadores y ante los reyes por causa de mí, en testimonio á ellos y á los gentiles. Si bien cuando os hicieren comparecer no os dé cuidado lo que habéis de hablar; porque os será dado en aquella misma hora lo que hayáis de decir. Puesto que no sois vosotros quien habla entonces, sino el Espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros. Entonces un hermano entregará á su hermano á la muerte, y el padre al hijo: y los hijos se levantarán contra los padres y los harán morir. Y vosotros vendréis á ser odiados de todos por causa de mi nombre; pero quien perseverare hasta el fin éste se salvará. Entretanto cuando en una ciudad os persigan huid á otra. En verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel hasta que venga el Hijo del Hombre. No es el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su amo. Baste al discípulo el ser como su maestro, y al siervo como su amo. Si al padre de familias le han llamado Belzebú, ¿cuánto más á sus domésticos? Pero por eso no les tengáis miedo, porque nada está encubierto que no se haya de descubrir, ni oculto que no se haya de saber. Lo que os digo de noche, decidlo á la luz del día, y lo que os digo al oído predicadlo desde los terrados. Nada temáis á los que matan el cuerpo y no pueden matar al alma; temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno. ¿No es así que dos pájaros se venden por un cuarto, y no obstante, ni uno sólo de ellos caerá en tierra sin que lo disponga nuestro Padre? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No tenéis, pues, que temer; valéis vosotros más que muchos pájaros. Todo aquel, pues, que me confesare delante de los hombres le confesaré yo delante de mi Padre, que está en los cielos. Y el que me negare delante de los hombres le negaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos. No penséis que vine á meter paz sobre la tierra; no vine á meter paz sino espada. Pues he venido á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre y á la nuera de su suegra. Y los enemigos del hombre son los de su casa. El que ama á padre ó á madre más que a mí no es digno de mí. Y el que ama á hijo ó á hija más que á mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. Quien conserva su vida la perderá, y quien perdiere su vida por amor mío la volverá á hallar.

„Quien á vosotros recibe, á mí me recibe; y quien á mí me recibe, recibe á aquel que me ha enviado á mí. El que hospeda á un profeta, en atención á que es profeta, recibirá premio de profeta; y el que hospeda á un justo, en atención á que es justo, tendrá galardón de justo. Y cualquiera que diere de beber á uno de estos pequeñuelos un vaso de agua

Digitized by Google

fresca solamente, por razón de ser discípulo mío, os doy mi palabra, que no perderá su recompensa„ (1).

Tales son las órdenes que á su ejército dicta este nuevo conquistador. Y ese ejército son doce hombres pobres y sin fama. De ellos, cuatro son pescadores, otro publicano, y hasta hay un traidor; y se trata de conquistar, no ya una aldehuela, un lugarejo, una ciudad, una provincia, sino el universo entero: por de pronto van á hacer en Judea un ensayo, digámoslo así, un ensayo de la conquista del mundo. Un arma sola tienen: la predicación, la palabra; arma cuyo manejo no conocen, como ignorantes que son y sin letras; y con todo, se les prohibe inquietarse en los más graves peligros; y con esa única arma deberán realizar prodigios que ni los Platones ni los Cicerones osaron soñar con su elocuencia toda: fundar el reino del cielo en la tierra, el reino de Dios en los hombres, el triunfo de la verdad sobre todos los errores, de la virtud sobre todos los vicios; y hacer esto predicando á los pueblos y á los reyes, á los sabios y á los ignorantes, un Dios crucificado, cuya moral consiste en llevar su cruz. Mándaseles anunciar y desear la paz; pero esa paz es la verdad y la justicia, á la cual todos los errores y todas las pasiones le harán guerra; paz que les traerá por solo galardón la espada. Habrán de ser odiados, perseguidos, azotados, llevados á la muerte, no solamente por los magistrados y los príncipes, sino por sus parientes y sus amigos; y serán blanco del odio de todos los hombres. ¿Y cuál será su defensa contra peligros tantos? La mansedumbre del cordero, la sencillez de la paloma, la fuga de una á otra ciudad. Tal se nos presenta este nuevo general, tal su ejército, tal su táctica, tal su empresa. ¡Increible aparece todo eso! Sin duda; pero una cosa más increible hay todavía, y es lo que contemplan hoy nuestros ojos; el mundo convertido por aquellos doce pescadores, el sucesor de su jefe puesto á la cabeza del género humano renovado, y los sucesores de los demás puestos á la cabeza de nuevos pueblos; postrado, en fin, el universo al pie de la Cruz. ¿Cómo comprender, cómo concebir esto? Un medio hay para ello, y uno solo: postrarnos con el universo cristiano al pie de la Cruz, adorando en ella al que quiso que por la Cruz fuese su triunfo y su reinado.

"Y acaeció que cuando Jesús acabó de dar estas instrucciones á sus doce discípulos, pasó de allí á enseñar y predicar en las ciudades de ellos. Los cuales por su parte, habiendo partido, iban de lugar en lugar anunciando el Evangelio, predicando la penitencia, y sanaban, ungiendo con óleo, los enfermos y obrando curaciones por todas partes (2).„

"Por aquel tiempo Herodes el tetrarca oyó lo que la fama publicaba de Jesús (pues se habia hecho célebre el nombre de Jesús) y no sabía á qué atenerse porque unos decían: Sin duda que Juan ha resucitado y por eso tiene la virtud de hacer milagros. Otros decían: No es sino que ha aparecido Elías. Otros, en fin, que uno de los profe-

(1) Matth., X, 1-42; Marc., VI, 7 13; Luc., IX, 1-6.
(2) Matth., XI, 1; Marc., VI, 12 y 13; Luc., IX, 6.

Digitized by Google

tas antiguos había resucitado. Y decía Herodes: A Juan yo le corte la cabeza. ¿Quién será, pues, éste de quien tales cosas oigo? Y buscaba cómo verle. Y dijo á sus cortesanos: Este es Juan el Bautista, que ha resucitado de entre los muertos. Porque el mismo Herodes había enviado á prender á Juan y le había hecho aherrojar en la cárcel á causa de Herodias, mujer de Filipo, su hermano, porque la había tomado por mujer. Porque Juan decía á Herodes: No te es lícito tener por mujer á la que lo es de tu hermano. Y Herodes bien quería hacerle morir; pero no se atrevía por temor del pueblo, porque todos tenían á Juan como un profeta. Y Herodias le armaba lazos, y le quería hacer morir, pero no podía. Porque Herodes, sabiendo que Juan era un varón justo y santo le miraba con respeto, y hacía muchas cosas por su consejo, y le oía con gusto.

„Mas, en fin, llegó un día favorable en que por la fiesta del nacimiento de Herodes convidó éste á cenar á los grandes de su corte y á los primeros capitanes de sus tropas, y á la gente principal de Galilea. Entró la hija de Herodias, bailó, y agradó tanto á Herodes y á los convidados que dijo el rey á la muchacha: Pídeme cuanto quisieres, que te lo daré. Y le añadió con juramento: Sí, te daré todo lo que me pidas; aunque sea la mitad de mi reino. Y habiendo ella salido, dijo á su madre: ¿Qué pediré? Respondióle: La cabeza de Juan Bautista. Y el rey se puso triste; mas en atención al juramento y á los que con él estaban á la mesa, no quiso disgustarla, sino que, enviando á un alabardero, mandó traer la cabeza de Juan en una fuente. El alabardero le cortó la cabeza en la cárcel. Y trájola en una fuente, y se la entregó á la muchacha, que se la dió á su madre„ (1).

Veían los Apóstoles en los sucesos de Juan un vivo comentario de lo que Jesús acababa de decirles. Había venido Juan para anunciar la paz, reconciliar los padres y los hijos, y prepararlos á todos para el advenimiento de Cristo. Cree en su palabra el pueblo, y lo reverencia como á un profeta; pero los fariseos dicen que está poseído del demonio. Tiénele por un justo el tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, pero siente miedo de él, porque el santo le reprende sus crímenes, y en particular su incesto. Habíase casado Herodes con la hija de Aretas, rey de los árabes; mas habiendo visto á Herodias, mujer de su hermano Herodes Filipo, dió abrigo á una criminal pasión y le prometió despedir á su primera mujer para tomarla por esposa en lugar de ella. La ley de Moisés mandaba al hermano casarse con la viuda de su hermano muerto sin hijos. Pero Herodias no era viuda, vivía su marido y tenía, entre otras, una hija, Salomé, la que danzó. Era, pues, por todos estilos, un enorme escándalo. Originóse además una guerra entre Aretas y Herodes, en la cual sufrieron los judíos una sangrienta derrota. Defendía, pues, Juan la causa de Dios y la de la humanidad al decir: "No te es lícito tener por mujer á la que lo es de tu hermano.„ Mas el culpable puso en prisión al justo. Y Herodes hubiera

(1) Matth., XIV, 1-11; Marc., VI, 14-28; Luc., IX, 7-9.

Digitized by Google

querido hacerle morir desde luego, mas una cosa le detiene; el miedo al pueblo. Llega la fiesta de su natalicio, día de regocijos y de gracias; siéntase en el festín entre delicias; una jovencita, la misma en pro de cuyo honor iban las represiones de Juan, oye la promesa de que obtendrá todo lo que pida. Va tal vez á pedir la libertad de Juan, su vindicador, su bienhechor. Pues lo que pide es su cabeza; y sin dilación, y al momento le traen la cabeza de Juan en una fuente entre los demás manjares del banquete. Al público procuróse decirle, según lo vemos por el historiador Josefo, que se había obrado así por razón de Estado, por altas miras políticas de seguridad del reino, mientras que no había más que un asesinato en apoyo del adulterio y del incesto. Y he ahí la historia de todas las oposiciones con que el Evangelio ó la verdad tropieza en el mundo.

"Lo cual sabido vinieron sus discípulos (de Juan), y recogieron su cuerpo y le dieron sepultura, y fueron á dar noticia á Jesús.

28. „Los Apóstoles, pues, reuniéndose con Jesús le dieron cuenta de todo lo que habían hecho y enseñado. Y él les dijo: Venid á retiraros conmigo en un lugar solitario, y reposaréis un poquito. Porque eran tantos los yentes y vinientes, que ni aun tiempo de comer les dejaban. Embarcándose, pues, fueron á buscar un lugar desierto del territorio de Bethsaida, al otro lado del mar de Galilea, que es de Tiberiades. Mas como al irse los vieron y observaron muchos de todas las ciudades, acudieron por tierra á aquel sitio y llegaron antes que ellos. Y le seguía una gran multitud de gente, porque veían los milagros que hacía sobre los enfermos. Y al desembarcar vió Jesús una grande multitud y tuvo compasión de ellos; porque eran como ovejas que no tienen pastor. Y recibiólos Jesús, y subió á un monte, y se sentó allí con sus discípulos. Y estaba cerca la Pascua, que es la fiesta de los judíos. Y comenzó á enseñarles muchas cosas y les hablaba del reino de Dios, y daba salud á los que carecían de ella.

„Pero haciéndose ya muy tarde se llegaron á El sus discípulos y le dijeron: Este es un lugar desierto, y ya es tarde; despáchalos á fin de que vayan á las alquerías y aldeas cercanas á comprar qué comer. Mas El les respondió: Dadles vosotros de comer. Y ellos replicaron: Iremos á comprar pan por doscientos denarios, y les daremos de comer.„ En moneda romana los doscientos denarios harían más de ciento sesenta pesetas. "Y habiendo Jesús alzado los ojos, y viendo que venía hacia él una tan gran multitud, dijo á Felipe: ¿Dónde compraremos panes para dar de comer á toda esa gente? Mas esto lo decía por probarle, pues bien sabía él mismo lo que había de hacer. Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un bocado. Díjole Jesús: ¿Cuántos panes tenéis? Id y miradlo. Habiéndolo visto, dícele uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; mas ¿qué es esto para tanta gente? A no ser que vayamos nosotros á comprar viandas para toda esta gente. Es de notar que eran como unos cinco mil hombres, sin contar

Digitized by Google

mujeres y niños. Entonces dijo á sus discípulos: Hacedlos sentar por cuadrillas de cincuenta en cincuenta: les mandó que hiciesen sentar á todos sobre la hierba verde. Pues el sitio estaba cubierto de hierba. Así lo ejecutaron, y los hicieron sentar á todos en diversas cuadrillas, de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta. Y después, tomados los cinco panes y los dos peces, levantando los ojos al cielo los bendijo, y partió los panes, y diólos á sus discípulos para que los distribuyesen, igualmente distribuyó los dos peces entre todos. Y todos comieron y se saciaron. Después que quedaron saciados dijo á sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado para que no se pierdan. Hiciéronlo así, y llenaron doce cestos de los pedazos que habían sobrado de los cinco panes de cebada, después que todos hubieron comido, y de los peces. Visto el milagro que Jesús había hecho, decían aquellos hombres: Este sin duda es el Profeta que ha de venir al mundo. Por lo cual conociendo Jesús que habían de venir para llevarle á la fuerza y levantarle por rey, inmediatamente obligó á sus discípulos á subir en la barca para que pasasen antes que él al otro lado del lago hacia Bethsaida, mientras él despedía al pueblo. Así que le despidió huyóse él solo otra vez al monte á orar, y entrada la noche se mantuvo allí solo.

„Siendo ya tarde, sus discípulos bajaron á la orilla del mar. Y habiendo entrado en un barco, iban atravesando el mar hacia Cafarnaum; y era ya obscuro y no había venido Jesús á ellos. Entretanto la barca estaba en medio del mar, batida reciamente de las olas, y se levantaba el mar con el viento recio que soplaba. Viéndolos remar con gran fatiga (por cuanto el viento les era contrario) á eso de la cuarta velada de la noche vino hacia ellos, caminando sobre el mar, é hizo ademán de pasar adelante. Después de haber remado como unos veinticinco ó treinta estadios *(sobre una legua)* ven venir á Jesús andando sobre las olas y arrimarse á la nave y se asustaron. Y viéndole los discípulos caminar sobre el mar se conturbaron y dijeron: Es una fantasma. Y llenos de miedo comenzaron á gritar. Al instante Jesús les habló diciendo: Cobrad ánimo; soy yo; no tengáis miedo. Y Pedro respondió: Señor, si eres Tú, mándame ir á ti sobre las aguas. Y él le dijo: Ven. Y Pedro, bajando de la barca, iba caminando sobre las aguas para llegar á Jesús. Pero viendo la fuerza del viento se atemorizó; y empezando luego á hundirse, dió voces diciendo: ¡Señor, sálvame! Y luego extendiendo Jesús la mano trabó de él y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? Quisieron, pues, recibirle *(á Jesús)* consigo á bordo y se metió con ellos en la barca. Y luego que subieron *(Jesús y Pedro)* á la barca calmó el viento; y más se pasmaban en su interior porque no habían hecho reflexión sobre lo de los panes; por cuanto su corazón estaba ofuscado. Y la barca tocó luego en el punto adonde se dirigían. Y los que estaban en la barca vinieron y le adoraron diciendo: Verdaderamente Hijo de Dios eres.

„Atravesado, pues, el lago, arribaron á tierra de Genezaret, y abordaron allí. Apenas desembarcaron cuando luego fué conocido; y recorriendo toda la comarca, empezaron á sacar en andas todos los enfermos

Digitized by Google

llevándolos adonde oían que paraba. Y dondequiera que llegaba, fuesen aldeas ó alquerías ó ciudades, ponían los enfermos en las calles, suplicándole que les dejase tocar siquiera el ruedo de su vestido; y cuantos le tocaban quedaban sanos„ (1).

El milagro de la multiplicación de los panes, realizado, hacia la época de la Pascua judía, figuraba otro milagro mayor, el de la Pascua cristiana, cuya institución iba á anunciar Jesús.

"Al día siguiente, aquel gentío que se había quedado de la otra parte del mar, advirtió que allí no había más que una barca, y que Jesús no se había metido en ella con sus discípulos, sino que éstos habían marchado solos. Arribaron á la sazón otras barcas de Tiberiades, cerca del lugar donde el Señor, después de haber dado gracias, les dió de comer con los cinco panes. Pues como viese la gente que Jesús no estaba allí ni tampoco sus discípulos, entráronse en dichos barcos y fuéronse á Cafarnaum en busca de Jesús. Y habiéndole hallado al otro lado del lago, le preguntaron: Maestro, ¿cuándo viniste acá? Jesús les respondió y dijo: En verdad, en verdad que vosotros me buscáis, no por los milagros que habéis visto, sino porque os he dado de comer con aquellos panes hasta saciaros. Trabajad por tener no el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna. el cual os lo dará el Hijo del Hombre, pues en este imprimió su sello el Padre, que es Dios. Preguntáronle luego ellos: ¿Qué es lo que haremos para ejercitarnos en obras del agrado de Dios? Respondió Jesús y dijo: Esta es la obra de Dios: que creáis en Aquel que El envió. Dijéronle: ¿Pues qué milagros haces Tú para que nosotros veamos y creamos? ¿Qué cosas haces? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según está escrito: Dióles á comer pan del cielo. Respondióles Jesús: En verdad, en verdad os digo; Moisés no os dió pan del cielo, mi Padre es quien os da á vosotros el verdadero pan del cielo. Porque pan de Dios es aquel que ha descendido del cielo, y que da la vida al mundo. Dijéronle ellos: Señor, danos siempre de ese pan. A lo que Jesús respondió: Yo soy el pan de vida; el que viene á mí no tendrá hambre: y el que cree en mí no tendrá sed jamás. Mas Yo os he dicho que me habéis visto y no creéis. Todos los que me da el Padre vendrán á mí: y al que viniere á mí no lo desecharé: pues he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me ha enviado. Y la voluntad de mi Padre que me ha enviado es que yo no pierda ninguno de los que me ha dado, sino que los resucite á todos en el último día. Por tanto, la voluntad de mi Padre, que me ha enviado, es que todo aquel que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.

„Los judíos entonces comenzaron á murmurar de él, porque había dicho: Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo. Y decían: ¿No es éste aquel Jesús, hijo de José, cuyo padre y cuya madre nosotros conocemos? ¿Pues cómo dice él: Yo he bajado del cielo? Mas Jesús les respon-

(1) Matth., XIV, 13-36; Marc., VI, 30-56; Luc., IX, 10-17; Joann., VI, 1-21.

Digitized by Google

dió, y dijo: No andéis murmurando entre vosotros: nadie puede venir á mí, si el Padre que me envió no le atrae: y yo le resucitaré en el postrimero día. Escrito está en los profetas: Todos serán enseñados de Dios. Cualquiera, pues, que ha escuchado al Padre y aprendido viene á mí. No porque algún hombre haya visto al Padre, excepto el que es de Dios, éste ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo que quien cree en mí tiene la vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que desciende del cielo á fin que quien comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo, que he descendido del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo.

„Comenzaron entonces los judíos á altercar unos con otros, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne? Jesús, empero, les dijo: En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre en mí mora y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come también él vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo. No como el maná que comieron vuestros padres, y murieron. Quien come este pan vivirá eternamente.

„Estas cosas dijo Jesús enseñando en la Sinagoga de Cafarnaum. Y muchos de sus discípulos, habiéndolas oído, dijeron: Dura es esta doctrina, ¿y quién puede escucharla? Mas Jesús, sabiendo por sí mismo que sus discípulos murmuraban de esto, díjoles: ¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba? El Espíritu es quien da la vida; la carne de nada sirve; las palabras que Yo os he dicho, espíritu y vida son. Pero entre vosotros hay algunos que no creen. Que bien sabía Jesús desde el principio cuáles eran los que no creían, y quién le había de entregar. Así decía: Por esta causa os he dicho que nadie puede venir á mí, si mi Padre no se lo concediere. Desde entonces muchos de sus discípulos dejaron de seguirle: y ya no andaban con él. Por lo que dijo Jesús á los doce: ¿Y vosotros queréis también retiraros? Respondióle Simón Pedro: Señor, ¿á quién iremos? tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. Replicóle Jesús: Pues qué, ¿no soy yo el que os escogí á todos doce: y con todo uno de vosotros es un diablo? Decía esto por Judas Iscariote, hijo de Simón; que no obstante ser uno de los doce le había de vender„ (1).

Aquí tenemos el misterio de la gracia y del amor de Dios. Dios ama á su criatura con incomprensible amor. Entre Dios y la criatura, aun la más perfecta, hay una distancia infinita, que la criatura se halla en infinita imposibilidad de franquear. Así, pues, unirse inmediatamente á Dios;

(1) Joann., VI, 22-72.

Digitized by Google

verle no ya á través del velo de la creación, sino en sí mismo; es para el hombre, aun en su estado de naturaleza íntegra, infinitamente imposible. Sin embargo, llama Dios al hombre á verle en sí mismo, cara á cara, tal como es, tal como El mismo se ve; le llama á ser feliz con su felicidad, á formar eternamente una misma inmediata sociedad con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Llámale, en resumen, á una felicidad infinitamente sobre toda criatura, sobre toda criatura existente y aun sobre toda criatura posible. ¿Quién colmará, pues, este inmenso intervalo? ¿Quién hará posible para el hombre lo que naturalmente le es del todo imposible? Dios mismo, también por su amor. No pudiendo el hombre subir hasta Dios, bajará Dios hasta el hombre por cierta emanación de su poder, de su inteligencia y de su amor. Esta inefable condescendencia de Dios para con el hombre es lo que llamamos gracia, don que supera infinitamente la naturaleza, ya que por la naturaleza Dios nos hace á nosotros el don de nosotros mismos y por la gracia Dios se nos da á nosotros El mismo. Esta donación, cuando plena y perfecta, se llama gloria. Y es así la gloria la consumación de la gracia, y la gracia el comienzo de la gloria. Ahí está el reino de Dios, el reino de los cielos. La gracia nos educa, nos establece, nos hace vivir en ese reino, en ese mundo sobrenatural, por la fe la esperanza y la caridad. El alma del hombre debía, finalmente, ser transfigurada en la gloria de Dios, su cuerpo debía tener participación en la gloria del alma; y como su cuerpo corresponde al universo material, debía ese mismo universo participar, tener por el hombre participación en la gloria de Dios y venir á ser un variado resplandor de la luz eterna.

Rompió el primer hombre esta admirable armonía. Levantado hasta Dios por la gracia, cayó por el pecado más abajo de su propia esfera. Entre Dios y él se abrió un invadeable abismo, quedó obscurecida su inteligencia, inclinada al mal su voluntad, y lleno de bajas pasiones su cuerpo. En vez de dominar á la criatura material para levantarla hasta Dios, esclavizóse á ella. Fué el universo profanándose y prostituyéndose á los demonios: y hasta el pan y el vino fueron atributos de dioses falsos.

Ahora bien; lo que el hombre había roto reanúdalo, y con indisoluble soldadura, el Hijo de Dios, haciéndose hombre. Tornando un cuerpo y un alma como los nuestros, une á la divinidad en su persona el mundo de las almas y el mundo de los cuerpos, y tórnase en centro connatural de todas las cosas. En El, por El y con El, regenérase la creación entera, levántase sobre sí misma y se diviniza; en El, con El y por El, es glorificado Dios en todas las criaturas, y todas las criaturas en Dios.

Tomando un alma y un cuerpo, el Hijo de Dios se unió en general toda la creación y á toda la creación. Mas el hombre es una criatura libre; preciso es que libremente entre en esa unión. Pero esa unión supera á la naturaleza humana, y no puede el hombre entrar en ella por las propias fuerzas; preciso es que el Padre le atraiga al Hijo, para que allí tome por la fe la esperanza y el amor, una existencia, una vida sobrenatural y divina. Pero el hombre puede resistir á esa atracción, y entonces queda en las tinieblas exteriores.

Digitized by Google

Para elevarse á una altura superior á la de sí mismo necesita el hombre una fuerza superior á la suya; pero para bajar, por elevado que se halle, bástale dejarse caer.

Como se ha unido el Verbo en general á la naturaleza humana, tomando un cuerpo y alma semejantes á los nuestros, quiere unirse igualmente á cada uno de nosotros en particular: darnos su carne y su sangre para transformarnos en sí, á fin de que, haciéndonos como una misma cosa con El, entendamos con su entendimiento, queramos con su voluntad, vivamos con su vida y seamos glorificados con su gloria. Las maravillas del alimento corporal reprodúcelas más admirables aún en el alimento espiritual. Dijo en un principio: Produzca la tierra plantas, y las plantas frutos, y desde entonces aliméntanse de la tierra el trigo y la vid, y aliméntase el hombre del fruto de la vid y del trigo. Y esta nutrición se verifica por transubstanciación. El trigo y la vid cambian en su propia substancia la substancia de la tierra; cambia el hombre en su propia substancia la substancia del pan y del vino. Por este misterio cambió la substancia de la tierra, inerte en su estado natural, insípida é incolora, toma una cierta vida, belleza y sabor en el vegetal; el pan y el vino toman en el hombre una vida no sólo animal, sino racional. La causa de esta progresiva supernaturalización es un principio más alto en la planta que en la tierra, más alto en el animal que en la planta, más alto en el hombre que en todos los mencionados seres. Así, pues, cuando por una transubstanciación análoga, el pan y el vino se cambian en cuerpo y sangre, no ya de un hombre, sino de un Hombre-Dios, participan de una vida verdaderamente divina, tórnanse espíritu y vida. Y entonces, dándosele al hombre en alimento este cuerpo y sangre, principio infinitamente más alto que el hombre, no han de cambiarse en él, sino que le han de cambiar á El en sí mismos, hacerle venir á ser el cuerpo de un Dios, hacerle morar en ese mismo Dios, y ese Dios en él. Natural es, entonces, que ese Dios le resucite en el postrero día, no para el juicio y la condenación, sino para la gloria, para su gloria, como que es miembro de su cuerpo.

No sospechaban los judíos de Cafarnaum la sublimidad de este misterio. Considerábanlo no con los ojos de la fe, sino con los ojos del cuerpo. Cuando Jesús habla de darles en alimento su carne, no lo entienden sino de la carne de un hombre, de la carne del hijo de José, una carne muerta, hecha pedazos y que, en tal sentido, de nada sirve; no veían el Espíritu, la Divinidad que la vivificaba con una vida inefable y divina. No consideraban que quien con el pan y el vino nos da en alimento nuestra sangre futura, podía darnos su propia carne y su propia sangre bajo las formas accidentales de esos manjares. Vida y espíritu son sus palabras; pero ellos sólo veían en ellas grosera materia y muerte.

Levantemos el pensamiento y el corazón. Creamos y, sobre todo, amemos, y concebiremos algo de este misterio. Quien apasionadamente ama querría estar siempre junto á lo que ama, y si ama dos objetos, quisiera estar simultáneamente al lado de ambos. Quien apasionadamente ama querría hacerse semejante á lo que ama, y hacer lo que ama seme-

Digitized by Google

jante á sí mismo, su amor no conoce distancia, antes anhela la igualdad. Quien apasionadamente ama querría hacerse semejante á lo que ama y hacer lo que ama semejante á sí mismo; su amor no conoce distancia, antes anhela la igualdad. Quien apasionadamente ama, querría ser en lo amado, y que lo amado fuese en él; quisiera ser dos, para amarse mutuamente, y uno para amarse más íntimamente y tener sólo un mismo poder, sólo una misma inteligencia, sólo un mismo amor, sólo una misma vida, sólo una misma felicidad. La Eucaristía no es otra cosa que este misterio de amor. Sino que aquí el amante es Dios, es decir, uno que ama con un poder, una inteligencia y un amor infinitos. Y entonces ya se concibe todo, ya se entiende todo, hasta lo que hay aquí de inconcebible é incomprensible, porque se concibe y se comprende que debe haberlo cuando es Dios quien ama.

29. "Después de esto—dice el evangelista San Juan—andaba Jesús por Galilea, porque no quería ir á Judea, visto que los judíos procuraban su muerte. (1)

Los evangelistas son muy breves en sus narraciones. Probable es, hallándose, como hemos visto, próximo el tiempo de la Pascua, que Jesús fué á Jerusalén, donde los judíos, es decir, el Gran Consejo, le armaron asechanzas; lo cual le impidió recorrer de allí en adelante la Judea y le hizo volver á Galilea.

„En esta sazón ciertos escribas y fariseos que habían llegado de Jerusalén, acercáronse á Jesús; y habiendo observado que algunos de sus discípulos comían con las manos comunes, esto es, sin habérselas lavado, se lo vituperaron. Porque los fariseos, como todos los judíos, nunca comen sin lavarse muchas veces las manos, siguiendo la tradición de sus mayores; y si han estado en la plaza, no se ponen á comer sin lavarse primero, y observan otras muchas ceremonias que han recibido por tradición, como las purificaciones de los vasos, de las jarras, de los utensilios de metal y de los lechos. Preguntábanle, pues, los escribas y fariseos: ¿Por qué razón tus discípulos no se conforman con la tradición de los antiguos, sino que comen sin lavarse las manos? Y El les respondió: ¿Y por qué vosotros mismos traspasáis el mandamiento de Dios por seguir vuestra tradición? Pues que Dios tiene dicho: Honra al padre y á la madre, y también: Quien maldijere á padre ó madre sea condenado á muerte. Mas vosotros decís: Cualquiera que dijere al padre ó la madre: *Corbán* (esto es, don), todo aquello con que yo puedo ayudarte (fórmula de interdición que se halla en el Talmud) (2), queda con esto desobligado de hacer más á favor de su padre ó de su madre; aboliendo así la palabra de Dios por una tradición inventada por vosotros mismos. ¡Hipócritas! Con razón profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de mí. En vano, pues, me honran, enseñando doctrinas y ordenanzas de hombres. Porque vosotros,

(1) Joann., VII, 1.
(2) *Talmud*, tratado *Nedarin*, folio 47.

Digitized by Google

dejando el mandamiento de Dios, observáis con escrupulosidad la tradición de los hombres en lavatorios de jarros y de vasos, y en otras muchas cosas semejantes que hacéis.

„Entonces, llamando de nuevo al pueblo, les decía: Escuchadme todos y entendedlo bien: Nada de afuera que entra en el hombre puede hacerle inmundo; mas las cosas que proceden del hombre, ésas son las que dejan mácula en el hombre. No lo que entra por la boca es lo que mancha al hombre, sino lo que sale de la boca, eso es lo que mancha al hombre. Si hay quien tenga oídos para oir, oigalo. Entonces, llegándose sus discípulos, le dijeron: ¿Sabes que los fariseos se han escandalizado cuando han oído esta palabra? Mas Jesús respondió: Toda planta que mi Padre celestial no ha plantado, arrancada será de raíz. Dejadlos; ciegos son y guías de ciegos, y si un ciego guía á otro ciego, entrambos caen en el hoyo. Y luego que dejó la gente y entró en casa, le preguntaban sus discípulos de la parábola. Pedro, tomando la palabra, le dijo: Explícanos esa parábola. A lo que Jesús respondió: ¡Qué! ¿También vosotros tenéis tan poca inteligencia? ¿Pues no comprendéis que todo lo que de afuera entra en el hombre no es capaz de contaminarle; supuesto que nada de esto entra en su corazón, sino que vá á parar en el vientre, de donde sale con todas las heces de la comida y se echa en lugares excusados? Mas las cosas—decía—que salen del hombre, esas son las que manchan al hombre. Porque del interior del corazón del hombre es de donde proceden los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las malicias, los fraudes, las deshonestidades, la envidia, la blasfemia, la soberbia, la locura. Todos estos vicios proceden del interior y ellos son los que manchan al hombre. Mas el comer sin lavarse las manos, eso no le mancha„ (1).

Sorprenderá tal vez que Jesucristo se exprese tan enérgicamente contra las vanas tradiciones de los fariseos y sus purificaciones excesivas. Hay que considerar que, en realidad, ese fué el camino por donde fueron obcecándose cada vez más, y obcecando á los judíos, yendo á caer unos y otros en el hoyo en que los vemos sumergidos. Han ahogado la ley de Dios bajo una balumba de vanas observancias, de purificaciones materiales, de increibles sutilezas. Esta á que se refería Jesucristo está todavía en uso. El que quiere impedir á otro que saque de él servicio alguno, no tiene más que pronunciar la fórmula: *Corbán;* es decir, don consagrado, todo lo que de mí pudiera seros útil. Y desde aquel punto sería un sacrilegio en el primero prestar servicio alguno al segundo, como también en éste el recibirlo. Esta interdicción de utilidad, como la llaman los rabinos ó fariseos modernos, se extiende al padre y á la madre. Cita el Talmud un ejemplo de esto. Un hombre que había hecho dicha interdicción á su padre iba á casar un hijo. Deseando que su padre pudiese asistir al banquete de la boda, apeló al siguiente medio: Dijo á su amigo: "Te

(1) Matth., XV, 1-20; Marc., VII, 1-23.

Digitized by Google

regalo la sala del banquete á condición de que convides á mi padre.„ Declararon los doctores nula la donación y el padre permaneció excluído de la casa (1).

Digno de notar es que entre los males que salen del corazón y manchan al hombre enumera Jesucristo, inmediatamente después de la soberbia, la locura. Porque la locura es las más veces un efecto de la soberbia, y el hombre se torna loco por el mismo principio por que es orgulloso: por preferirse á los demás.

¿Y será necesario decir á los que abusan de las palabras de Jesucristo para violar los preceptos de su Iglesia, respecto á la abstinencia y el ayuno, que no es el alimento que entra en el cuerpo del hombre lo que mancha su alma, sino lo que sale de su corazón, la soberbia y la rebeldía contra la Iglesia? Rebeldía á que en tales casos se añade el sacrilegio, cuando para defender la falta, se abusa de las palabras de la Escritura.

"Partiendo de aquí se dirigió hacia los confines de Tiro y de Sidón, y habiendo entrado en una casa deseaba que nadie lo supiese, mas no se pudo encubrir. Porque luego que lo supo una mujer cananea, venida de aquel territorio, cuya hija estaba poseída del espíritu inmundo, empezó á dar voces, diciendo: Señor, hijo de David, ten lástima de mí; mi hija es cruelmente atormentada del demonio. Jesús no le respondió palabra. Y sus discípulos, acercándose, intercedían diciéndole: Despáchala, porque viene gritando en pos de nosotros. A lo que Jesús, respondiendo, dijo: Yo no soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel. Mas ella vino y le adoró, diciendo: Señor, valedme. Y le suplicaba que lanzase de su hija al demonio. Díjole Jesús: Aguarda que primero se sacien los hijos; que no parece bien hecho tomar el pan de los hijos para echarlo á los perros. Mas ella dijo: Es verdad, Señor, pero los cachorrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entonces Jesús, respondiendo, le dijo: ¡Oh mujer, grande es tu fe; hágase conforme tú lo deseas! Por eso que has dicho, vete, que ya el demonio salió de tu hija. Y en la hora misma su hija quedó curada. Y habiendo vuelto á su casa, halló á la muchacha reposando sobre la cama y libre ya del demonio. Era esta mujer gentil y siro-fenicia de nación„ (2).

Había dejado Jesús la Judea, donde los judíos maquinaban su muerte; había dejado la Galilea, donde los fariseos le perseguían con sus lazos y calumnias; habíase dirigido hacia los confines de la gentilidad. Allí una mujer de la raza maldita de Canaám le da muestras de una fe y una humildad tan grandes como no se habían visto nunca iguales. Figura era de la gentilidad toda, que cuando los judíos rechazarían el Evangelio, había de recibirlo con la fe y la humildad de la cananea.

"Dejando Jesús otra vez los confines de Tiro, fué por Sidón hacia el mar de Galilea, atravesando el territorio de Decápolis„, el país donde

---

(1) *Talmud*, tratado *Nedarim*, fol. 48.
(2) Matth., XV, 21-29; Marc., VII, 24-31.

Digitized by Google

aquel hombre que había sido libertado de una legión de espíritus inmundos, había publicado sus maravillas. "Y presentáronle un hombre sordo y mudo, suplicándole que pusiese sobreél su mano. Y apartándole Jesús de la gente, le metió los dedos en las orejas, y con la saliva le tocó la lengua. Y alzando los ojos al cielo, arrojó un suspiro, y díjole: *Ephpheta*, que quiere decir sé abierto. Y al momento se le abrieron los oídos, y se le soltó el impedimento de la lengua, y hablaba claramente. Y mandóles que no lo dijeran á nadie. Pero cuanto más se lo mandaba, con tanto mayor empeño lo publicaban. Y tanto más crecía su admiración y decían: Todo lo ha hecho bien; á los sordos ha hecho oir y á los mudos hablar.„ (1).

30. Después Jesús, "subiendo á un monte sentóse en él y se llegaron á El muchas gentes trayendo consigo mudos, ciegos, cojos, baldados y otros muchos, y los echaron á sus pies y los sanó. Por manera que las gentes estaban asombradas viendo hablar á los mudos, andar á los cojos y ver á los ciegos; y loaban en gran manera al Dios de Israel.

„En aquellos días, como el pueblo hubiese concurrido otra vez en grande número, y no tuviesen qué comer, llamando Jesús á sus discípulos les dijo: Me da compasión esta multitud de gentes; porque tres días ha que están conmigo, y no tienen qué comer; y no quiero despedirles en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino. Pero sus discípulos le respondieron: ¿Cómo podremos encontrar en este lugar desierto bastantes panes para saciar á tanta gente? Jesús les dijo: ¿Cuántos panes tenéis? Respondieron: Siete con algunos pececillos. Entonces mandó á la gente que se sentase en tierra. Y él cogiendo los siete panes y los peces, dadas las gracias, los partió y dió á sus discípulos, y los discípulos los repartieron al pueblo. Y comieron todos, y quedaron satisfechos; y de los pedazos que sobraron, llenaron siete espuertas. Los que comieron eran cuatro mil, sin contar los niños y mujeres. E inmediatamente, embarcándose con sus discípulos, pasó al territorio de Dalmanuta, á los términos de Magedan„ (ó sea Magdalá) (2).

"Y salieron los fariseos y saduceos, y empezaron á disputar con él, pidiéndole, para tentarle, que les hiciese ver algún prodigio del cielo. Mas El les respondió: Cuando va llegando la noche decís: Hará buen tiempo, porque el cielo está arrebolado. Y por la mañana: Tempestad habrá hoy, porque el cielo está cubierto y encendido. ¿Conque sabéis adivinar por el aspecto del cielo, y no podéis conocer las señales de estos tiempos? Esta generación mala y adúltera pide un prodigio. Y ¿por qué pedirá esta raza de hombres un prodigio?—dijo gimiendo en su interior.—Mas no se le dará sino el prodigio del profeta Jonás. Y dejándolos se fué„ (3).

Enemigos irreconciliables unos de otros eran los fariseos y los saduceos; júntanse, con todo, para perder al Salvador. Jesús obraba de continuo en la tierra prodigios de misericordia, anunciados por los profetas, y

(1) Marc., VII, 31-37.
(2) Matth., XV. 29-39; Marc., VIII. 1 10.
(3) Matth., XVI, 1-4; Marc., VIII, 11-13.

Digitized by Google

ellos piden un prodigio de curiosidad en el cielo. Jesús rechaza su hipocresía, atacándoles por los propios filos. Ya que se las echan de sabios, ¿por qué no reconocen los tiempos marcados por los profetas? En cuanto al prodigio que para tentarle piden, antes de un año se les dará más aún de lo que piden; pues en los días de su muerte y resurrección habrá prodigios manifiestos en el cielo y en la tierra.

"Y pasando sus discípulos á la otra ribera, se habían olvidado de tomar panes, ni tenían más que un solo pan consigo en la barca. Y Jesús los amonestaba diciendo: Estad alerta, y guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes. Mas ellos discurriendo entre sí se decían uno al otro: Porque no hemos tomado panes. Lo cual, habiéndolo conocido Jesús, les dijo: ¿Qué andáis discurriendo sobre que no tenéis pan? ¿Todavía estáis sin conocimiento ni inteligencia? ¿Aún está obscurecido vuestro corazón? ¿Tendréis siempre los ojos sin ver y los oídos sin percibir? ¿Ni os acordáis ya? Cuando partí los cinco panes entre cinco mil. ¿cuántos cestos alzasteis llenos de pedazos? Doce—le respondieron—Y cuando los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas espuertas alzasteis de pedazos? Siete—le dijeron.—¿Cómo no conocéis que no por el pan os he dicho: Guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos? Entonces entendieron que no quiso decir que se guardasen de la levadura que se pone en el pan, sino de la doctrina de los fariseos y saduceos„ (1).

"Habiendo llegado á Bethsaida, presentáronle un ciego suplicando que lo tocase. Y él, cogiéndole por la mano, le sacó fuera de la aldea, y echándole saliva en los ojos, puestas sobre él las manos, le preguntó si veía algo. El ciego, abriendo los ojos, dijo: Veo los hombres como árboles, que andan. Púsole segunda vez las manos sobre los ojos, y empezó á ver, y recobró la vista, de suerte que veía claramente todos los objetos. Con lo que le remitió á su casa, diciendo: Vete á tu casa, y si entras en el lugar á nadie lo digas„ (2).

"Desde allí partió Jesús con sus discípulos por las aldeas de Cesarea de Filipo„, antes *Paneas,* pero llamada Cesarea por Filipo, el tetrarca, que quería ser cortesano grato al emperador Tiberio. Diósela el sobrenombre de Filipo para distinguirla de otra Cesarea, reedificada y magníficamente adornada por Herodes, el Mayor, en honor del emperador Augusto. Esta, que se hallaba situada en la ribera del Mediterráneo, se llamaba antes *Torre de Stratón.*

31. "En el camino sucedió un día que, habiéndose retirado á hacer oración, teniendo consigo á sus discípulos, les hizo esta pregunta: ¿Quién dicen las gentes que es el Hijo del Hombre? Respondieron ellos: Unos dicen que Juan Bautista; otros, Elías; otros, Jeremías ó alguno de los profetas que ha resucitado. Y vosotros—replicó Jesús,—¿quién decís que soy Yo? Respondió Simón Pedro, y dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús, respondiendo, le dijo: Bienaventurado eres, Simón,

(1) Matth., XVI, 5-12; Marc., VIII, 14-21.
(2) Marc., VIII, 22-26.

Digitized by Google

hijo de Joná, porque no te ha revelado eso la carne y sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á ti te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que atares sobre la tierra será también atado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra será también desatado en los cielos„ (1).

Habla uno solo á uno solo: Jesucristo, Hijo de Dios, á Simón, hijo de Joná. Jesucristo, verdadera piedra y fuerte por sí mismo, á Simón, que sólo es piedra por la fuerza que Jesucristo le comunica. A éste habla Jesucristo, y al hablarle obra en él los efectos de lo que habla, imprímele los caracteres de su firmeza." Y yo—pronuncia—te digo á ti: Tú eres Pedro; y sobre esta piedra—añade—edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno—concluye—no prevalecerán contra ella.„ Para prepararle á tal honor, Jesucristo, que sabe que la fe en él es el fundamento de su Iglesia, da á Pedro una fe digna de ser fundamento de este admirable edificio. "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.„ Por esta franca y noble proclamación de la fe obtiene la inviolable promesa que le hace fundamento de la Iglesia. La palabra de Jesucristo, que de la nada saca cuanto quiere, da semejante fuerza á un mortal. Ni cabe decir ni pensar que ese ministerio de Pedro acabará en él, lo que ha de ser sostén de una Iglesia eterna no puede nunca concluir. Pedro vivirá en sus sucesores, Pedro hablará siempre en su cátedra: eso dicen los Padres, eso confirman seiscientos treinta Obispos en el Concilio de Calcedonia. Jesucristo prosigue su designio, y después de haber dicho á Pedro, eterno predicadorde la fe: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia„, añade: "Y á ti te daré las llaves del reino de los cielos.„ Tú, que tienes la prerrogativa de la predicación de la fe, tendrás también las llaves que designan la autoridad del gobierno; "todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en el cielo, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en el cielo„ Todo está sometido á esas llaves; todo, reyes y pueblos, pastores y grey„ (2).

Así comentaba ante la asamblea de sus colegas el más docto y elocuente Obispo de Francia la promesa de Jesucristo á San Pedro. Promesa, predicción. conviene notarlo, inviolable promesa predicción infalible; pero no cumplidas entonces todavía. Dice en futuro: "Edificaré„, te daré. No tendrán esas palabras su pleno efecto hasta que diga: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.„ Lo que hasta entonces pueda mostrarse en Pedro de flaqueza no afecta en modo alguno á las prerrogativas que se le han anunciado, y que no había recibido aún. No estaba todavía instituído jefe de la Iglesia, sino designado tan sólo para serlo.

Después que Pedro hubo confesado tan abierta y noblemente la divinidad de su Maestro y recibido tan magníficas promesas "les prohibió

(1) Matth., XVI, 13-19; Marc., VIII, 27 29; Luc., IX, 18 20.
(2) Bossuet, *Sermón de la unidad de la Iglesia.*

Digitized by Google

rigurosamente á sus discípulos decir á ninguno que El era el Cristo. Y desde luego comenzó á manifestarles que convenía que fuese él á Jerusalén, y que allí padeciese mucho de parte de los ancianos, y de los escribas y de los príncipes de los sacerdotes, y que fuese muerto, y que resucitase al tercer día. Y hablaba de esto muy claramente. Pedro, entonces, tomándole aparte comenzó á reprenderle, diciendo: ¡Ah, Señor! de ningún modo; no, no ha de verificarse eso en ti. Pero Jesús, vuelto á él, le dijo: Quítateme de delante, Satanás, que me escandalizas; porque no tienes gusto de las cosas que son de Dios, sino de las de los hombres Después, convocando al pueblo con sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue con su cruz y sígame. Porque el que quisiere salvar su vida, la perderá; mas el que perdiere su vida por mí y por el Evangelio, la salvará. Por cierto, ¿de qué le servirá al hombre el ganar el mundo entero si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? Y quien se avergonzare de mí y de mi doctrina en medio de esta nación adúltera y pecadora, igualmente se avergonzará de él el Hijo del Hombre cuando venga en la gloria de su Padre, acompañado de los santos ángeles. Porque el Hijo del Hombre ha de venir revestido de la gloria de su Padre, acompañado de sus ángeles, y entonces dará el pago á cada cual conforme á sus obras. Y añadió: En verdad os digo que algunos de los que aquí están no han de morir sin que vean el reino de Dios que viene con poder, y al Hijo del Hombre venir en su reino„ (1).

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, y cargue con su cruz, y sígame. Dura es esta palabra; dura, sí, á primera vista; pero en el fondo es sólo gloria y recompensa. Si un rey mortal dijese á unos proletarios: "Si cualquiera de vosotros quiere venir en pos de mí á mi palacio, que renuncie á lo que él es para venir á ser lo que yo soy, que deje sus harapos para tomar mis vestidos y mis armas y que me siga como fiel amigo, que comparta mis trabajos para compartir mi gloria y mi reino,„ ¿quién de aquellos hombres no se juzgaría en el colmo de la felicidad? Y he aquí al Rey de los reyes, al Señor de los señores que nos dice á todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, no sólo al combate, sino también á la victoria, y á victoria cierta, á triunfo eterno, en pos de mí al cielo, en pos de mí á mi gloria; que se renuncie á sí mismo, para encontrarse en mí; que renuncie á ser malo, para tornarse bueno; que renuncie á ser pecador, para tornarse justo; que renuncie á sus imperfecciones, para alcanzar la perfección; que renuncie á su espíritu limitado é incierto, para apoyarse en lo infinito é infalible; que renuncie á su voluntad depravada, é impotente para recobrarla recta y todopoderosa; que renuncie á ser carne terrestre y corruptible, para ser cuerpo celeste glorioso é incorruptible; y en resumen: que renuncie á sí mismo como hombre, para recobrarse en Dios, para recobrarse en Jesucristo. Al efecto, que tome

(1) Matth., XVI, 20-28; Marc., VIII, 30-39; Luc., IX, 21-27.

Digitized by Google

su cruz, que lleve con paciencia los trabajos y los padecimientos, la especie de muerte que será precisa para esta divina transformación de sí propio. Que me siga, guiado de mi ejemplo, sostenido por mi fuerza. Tal es el misterio de la abnegación cristiana. No lo comprendía aún Pedro. Por una adhesión demasiadamente humana á su Maestro, le aparta de lo que debe obrar la gloria de Dios y la salud de los hombres; por eso se oye llamar Satanás, esto es, adversario. Pero más adelante comprenderá, y entonces se regocijará de haber sido hallado digno de padecer ultrajes por el nombre de Jesús y de morir como El en una Cruz.

Había añadido el Señor que algunos de los que allí estaban no gustarían la muerte sin haber antes sido testigos de su gloria. Y no tardó en cumplirse esta palabra.

"Sucedió que cerca de ocho días después (habían pasado seis cumplidos) tomó consigo á Pedro y á Santiago y á Juan su hermano y condújolos solos á un elevado monte en lugar apartado, adonde subió á orar. Y mientras estaba orando apareció diversa la figura de su semblante y se transfiguró en presencia de ellos. De modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos se tornaron resplandecientes y en extremo blancos como la nieve, tanto que ningún batanero sobre la tierra los puede hacer tan blancos. Y he aquí que hablaban con El dos varones y estos eran Moisés y Elías. Que aparecieron en majestad y hablaban de su salida (de este mundo) que había de cumplir en Jerusalén. Mas Pedro y sus compañeros se hallaban cargados de sueño. Y despertando vieron la gloria de Jesús y á los dosvarones que con El estaban. Y así que éstos iban á despedirse de él, díjole Pedro: Maestro, bien estamos aquí; hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Porque él no sabía lo que se decía, por estar sobrecogidos del pasmo. En esto se formó una nube que los cubrió, y viéndolos entrar en esta nube quedaron aterrados, y salió de la nube una voz que decía: Este es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias: escuchadle. Y al salir esta voz, hallaron solo á Jesús. Y cuando lo oyeron los discípulos, cayeron sobre su rostro en tierra y quedaron poseídos de un grande espanto. Mas Jesús se llegó á ellos, los tocó y les dijo: Levantaos y no tengáis miedo. Y alzando los ojos, no vieron á nadie sino á solo Jesús„ (1).

Dios y los hombres, el cielo y la tierra son testigos de la transfiguración de Jesucristo. Deja oir su voz el Padre Eterno. Aparécense Moisés y Elías. Moisés, por quien había sido dada la ley que Jesús consumaba. Elías, el máximo taumaturgo entre los profetas de la antigua alianza, de aquella alianza cuyas promesas consumaba Jesús. Moisés y Elias, que uno y otro habían visto en el monte Horeb la gloria de Dios. Moisés y Elías, aquellos varones de los cuales, el uno no había gustado la muerte, y el otro había sido llevado á la muerte de misteriosa manera y sepultado por Dios mismo. En los tres testigos que lleva Jesús consigo, y á quie-

(1) Matth., XVII, 1-8; Marc., IX, 2-9; Luc., IX, 28-36.

Digitized by Google

nes acostumbra distinguir, tenemos á Pedro, la piedra, á quien ocho días antes había prometido fundar sobre ella su Iglesia, á Pedro, cabeza de los Apóstoles; tenemos á los hijos del trueno, Santiago, el primero de los doce en el martirio, y Juan, aquel á quien amaba Jesús, y que estaba destinado á ver el cumplimiento de los juicios de Dios sobre Jerusalén y recibir las más sublimes revelaciones acerca de la futura historia de la Iglesia y del mundo. Más adelante escribió Pedro: "Por lo demás, no os hemos hecho conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, siguiendo fábulas ingeniosas: sino como testigos oculares de su grandeza. Porque al recibir de Dios Padre honra y gloria, cuando descendió á él, de la magnífica gloria, una voz de esta manera: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido, escuchadle; nosotros oimos también esta voz venida del cielo, estando con El en el monte santo„ (1). He ahí lo que Pedro dirá un día en su segunda Epístola. Mas allí, sobre el Tabor, en el momento de la transfiguración, el júbilo, la sorpresa, el asombro le enajenan, y exclama sin saber lo que dice: "Formemos aquí tres pabellones.„ Querría colocar á Jesucristo y Moisés y Elías, cada uno aparte. Dios reúne todo bajo un mismo pabellón, bajo una misma luminosa nube; todo lo refiere á su Hijo y á esta palabra: "Este es mi Hijo amado en quien me he complacido: escuchadle.„ Desaparecen Moisés y Elías y sólo se ve á Jesús, fin de la ley y de los profetas: á Jesús, de cuya pasión y muerte habían hablado momentos antes Moisés y Elías, á Jesús que ha de ser crucificado; asunto único de que querrán saber en su predicación los Apóstoles.

"Y al bajar ellos del monte "que se cree era el Tabor, no lejos de Nazaret y de Caná, en Galilea„ les mandó Jesús, diciendo: No digáis á nadie lo que habéis visto hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos.„ Y tuvieron el caso secreto, preguntándose entre sí qué sería aquello: Cuando hubiere resucitado de entre los muertos. Y le preguntaron: "¿Pues cómo dicen los fariseos y los escribas que ha de venir primero Elías? Y El les respondió: Elías ha de venir antes, y restablecerá entonces todas las cosas, y como está escrito del Hijo del Hombre ha de padecer mucho y ser vilipendiado. Si bien os digo que Elías ha venido ya (y han hecho con él todo lo que les plugo) según estaba escrito. Entonces entendieron los discípulos que les había hablado de Juan Bautista„ (2).

Lo que hacía dificultad á los apóstoles era que, como tampoco los judíos, no distinguían dos venidas de Cristo: de padecimientos la una, de gloria la otra. Antes de la segunda vendrá Elías en persona; antes de la primera vino Juan en la virtud y en el espíritu de Elías.

"Al llegar donde estaban sus demás discípulos, viólos rodeados de una gran multitud de gente, y á los escribas disputando con ellos. Y todo el pueblo, luego que vió á Jesús, se llenó de asombro y de pavor, y acudieron corriendo á saludarle. Y les preguntó á los escribas: ¿De qué alter-

(1) II Petr., I, 16-18.
(2) Matth., XVII, 9-13; Marc., IX, 8-13; Luc, IX, 28 36.

Digitized by Google

cabais entre vosotros? Y vino un hombre, é hincadas las rodillas delante de El, le dijo: Señor, ten compasión de mi hijo, que es el único que tengo, porque es lunático y padece mucho, poseído de cierto espíritu mudo; y dondequiera que le toma le tira contra el suelo, y le hace echar espumarajos por la boca, y crujir los dientes y que se vaya secando; y con dificultad se aparta de él después de desgarrarle. Y le he presentado á tus discípulos y les he rogado que le echen, mas no han podido. Y Jesús, en respuesta, dijo: ¡Oh raza incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de vivir con vosotros? ¿hasta cuándo habré de sufriros? Traédmele acá. Trajéronsele, y apenas vió á Jesús, cuando el demonio empezó á agitarle con violencia, y tirándose contra el suelo se revolcaba echando espumarajos. Jesús preguntó al padre: ¿Cuánto tiempo ha que le sucede esto? Desde la niñez—respondió.—Y muchas veces le ha precipitado en el fuego y en el agua, á fin de acabar con él; pero, si puedes algo, socórrenos, compadecido de nosotros. A lo que Jesús le dijo: Si tú puedes creer, todo es posible para el que cree. Y luego el padre del muchacho, bañado en lágrimas, exclamó diciendo: ¡Oh, Señor! yo creo, ayuda tú mi incredulidad. Viendo Jesús el tropel de gente que iba acudiendo, amenazó al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando, sal de este mozo y no vuelvas á entrar más en él. Y dando un gran grito, y atormentando horriblemente al joven, salió de él, dejándole como muerto, de suerte que muchos decían: Está muerto. Pero Jesús, cogiéndole de la mano, le ayudó á alzarse, y curó al mozo y volvióle á su padre. Entrado que hubo el Señor en la casa, sus discípulos le preguntaban á solas. ¿Por qué motivo nosotros no lo hemos podido lanzar? Respondióles Jesús: Porque tenéis poca fe. Pues ciertamente os aseguro, que si tuviereis fe como un granito de mostaza, podréis decir á ese monte: Trasládate de acá á allá y se trasladará, y nada os será imposible. Y además que esta casta de demonios no se lanza sino mediante la oración y el ayuno.

„Y habiendo marchado de allí, atravesaron la Galilea, y no quería darse á conocer á nadie. Y mientras que todo el mundo no cesaba de admirar las cosas que hacía, él dijo á sus discípulos: Grabad en vuestro corazón lo que voy á deciros: El Hijo del Hombre está para ser entregado en manos de los hombres, y le darán muerte, y después de muerto resucitará al tercero día. Pero ellos no entendían esta palabra, y les era tan obscura que no la comprendían, y temían de preguntarle sobre lo dicho. Y se entristecieron en extremo„ (1).

"Habiendo llegado á Cafarnaum, se acercaron á Pedro los recaudadores del tributo de los dos dracmas, y le dijeron: Qué, ¿no paga vuestro Maestro las dos dracmas? Sí, por cierto, respondió. Y habiendo entrado en casa, se le anticipó Jesús, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quién cobran tributo ó censo? ¿De sus hijos ó de los extraños? De los extraños, dijo él. Replicó Jesús: Luego los hijos están exen-

(1) Matth., XVII, 14-22; Marc., IX, 13-32; Luc., IX, 37-45.

Digitized by Google

tos. Con todo eso, por no escandalizarlos, ve al mar, y tira el anzuelo y coge el primer pez que saliere, y abriéndole la boca, hallarás una pieza de cuatro dracmas; tómala y dásela por ti y por mí„ (1).

32. Había prescrito Dios, por medio de Moisés, que cada vez que se formase el censo de los hijos de Israel pagase cada hombre medio siclo, ó dos dracmas, de capitación, que debía destinarse al sostenimiento del Tabernáculo, y que se destinó después al sostenimiento del Templo. Hasta parece que tiempos andando pagaron los judíos esta capitación todos los años. De aquí las grandes sumas que, según el testimonio de Cicerón (2), enviaban cada año á Jerusalén de todas las comarcas de la dominación romana. Todas las apariencias son que ésa era la colecta de que en nuestro caso se trataba. La Galilea, donde estaba situada Cafarnaum, no estaba aún reducida, como la Judea propiamente dicha, á provincia romana, sino que era todavía gobernada por el tetrarca ó rey Herodes Antipas. No se percibía aún, por lo tanto, allí tributo directo para los emperadores romanos, como en Jerusalén y la Judea, sometidas al gobierno de Poncio Pilato; pero se cobraba, como en todas partes, el didracma para el Templo. Lo cual hace comprender toda la exactitud del razonamiento que dirigió Jesucristo á San Pedro; ya que los reyes no reciben tributo sino de los extraños, y no de sus propios hijos, el tributo que se percibía para el Templo, para la casa de su Padre, no le comprendía á El, propio y único Hijo.

Después que Jesús hubo pagado así el didracma por sí y por Pedro, estando ya en casa, los otros discípulos se acercaron á Jesús "y le hicieron esta pregunta: ¿Quién será el mayor en el reino de los cielos? Y él les preguntó: ¿De que ibais tratando en el camino? Mas ellos callaban, y es que habían tenido en el camino una disputa entre sí sobre quien de ellos era el mayor de todos„. Habíales anunciado Jesús su muerte y resurrección, entrevefan el restablecimiento del reino de Israel: ¿quién debería de tener allí el primer lugar? Santiago, hijo de Alfeo, y Judas, su hermano, podían aspirar á ello como próximos parientes de Jesús; Juan, como discípulo amado; Andrés, como el primero á quien llamara; Pedro, en fin, tenía á favor suyo una promesa. "Mas Jesús, viendo lo que pensaban en su corazón, les dijo: Si alguno pretende ser el primero, hágase el último de todos y el siervo de todos. Y cogiendo un niño, le puso en medio de ellos, y después de abrazarle, díjoles: En verdad os digo que si no os volviereis é hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ése será el mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiere á un niño tal en nombre mío, á mí me acoge, y cualquiera que me acoge no tanto acoge á mí, como al que á mí me ha enviado. Y así aquel que es el menor entre vosotros ése es el mayor.

„Entonces Juan, tomando la palabra, dijo: Maestro, hemos visto á

(1) Matth., XVII, 24-26.
(2) Cicer., *Pro Flacco.*

Digitized by Google

uno lanzar los demonios en tu nombre; pero se lo hemos vedado porque no anda con nosotros en vuestro seguimiento. Díjole Jesús: No se lo vedéis; porque no hay ninguno que haga milagro en mi nombre y pueda luego decir mal de mí. Porque quien no está contra vosotros, por vosotros está. Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, atento á que sois de Cristo, en verdad os digo que no será defraudado en su recompensa. Y al que escandalizare á alguno de estos pequeñitos que creen en mí, mucho mejor le fuera que le ataran al cuello una de esas ruedas de molino que mueve un asno, y le echaran al mar.

„¡Ay del mundo por los escándalos! Porque, si bien es forzoso que haya escándalos, ¡ay del hombre que causa el escándalo! Que si tu mano te es ocasión de escándalo, córtala; más te vale entrar manco en la vida, que tener dos manos é ir al infierno, al fuego inextinguible, en donde el gusano que les roe nunca muere y el fuego nunca se apaga. Y si tu pie te es ocasión de pecado, córtale; más te vale entrar cojo en la vida eterna, que tener dos pies y ser arrojado al infierno, al fuego inextinguible, donde el gusano que les roe nunca muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te sirve de escándalo, arráncalo; más te vale entrar tuerto en el reino de Dios, que tener dos ojos y ser arrojado al fuego del infierno, donde el gusano que les roe nunca muere, ni el fuego jamás se apaga. Porque la sal con que todos ellos serán salados es el fuego; así como todas las víctimas deben ser de sal rociadas. La sal es buena; mas, si la sal perdiere su sabor, ¿con qué la sazonaréis? Tened en vosotros sal y guardad la paz entre vosotros. Mirad que no despreciéis á alguno de estos pequeñitos, porque os hago saber que sus ángeles en los cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial. Y el Hijo del Hombre ha venido á salvar lo que se había perdido.

„¿Qué os parece? Si tuviere alguno cien ovejas, y se descarriase una de ellas, ¿por ventura no deja las noventa y nueve en los montes, y va á buscar aquella que se extravió? Y si por dicha la encuentra, en verdad os digo que ella sola le causa mayor complacencia que las noventa y nueve que no se le han perdido. Así que no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos, el que perezca uno solo de estos pequeñitos.

„Que si tu hermano pecare contra ti, ve y corrígele estando á solas con él; si te oyere, habrás ganado á tu hermano. Si no hiciere caso de ti, todavía válete de una ó dos personas, á fin de que todo sea confirmado con la autoridad de dos ó tres testigos. Y si no los escuchare, díselo á la Iglesia; pero si ni á la Iglesia oyere, tenle por gentil y publicano. En verdad os digo que todo aquello que ligareis sobre la tierra, ligado será también en el cielo; y todo lo que desatareis sobre la tierra, desatado será también en el cielo. Mas: que si dos de vosotros se convinieren sobre la tierra, de toda cosa que pidiesen les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos„ (1).

(1) Matth , XVIII, 1 20; Marc., IX, 32 50; Luc., IX, 46-50.

Digitized by Google

"Entonces Pedro, llegándose á El, dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí, y le perdonaré? ¿Hasta siete veces? Respondióle Jesús: No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete. Por esto el reino de los cielos viene á ser semejante á un rey que quiso tomar cuentas á sus siervos. Y habiendo empezado á tomarlas le fué presentado uno que le debía diez mil talentos *(más de cincuenta millones de nuestra moneda)* (1). Y como éste no tuviese con qué pagar, mandó su señor que fuesen vendidos él y su mujer y sus hijos con toda su hacienda y se pagase así la deuda. Entonces el criado, arrojándose á sus pies, le rogaba, diciendo: Ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo. Movido el señor á compasión de aquel criado, le dió por libre, y le perdonó la deuda Mas apenas salió este criado de su presencia, encontró á uno de sus compañeros, que le debía cien denarios (cerca de cincuenta francos) (2) y agarrándole por la garganta le ahogaba, diciéndole: Paga lo que me debes. El compañero, arrojándose á sus pies, lé rogaba, diciendo: Ten un poco de paciencia conmigo, que yo te lo pagaré todo. El, empero, no quiso escucharle, sino que fué y le hizo meter en la cárcel hasta que le pagase lo que le debía Al ver los otros criados, sus compañeros, lo que pasaba, se contristaron por extremo, y fueron á contar á su señor todo lo sucedido. Entonces le llamó el Señor, y le dijo: Oh criado inicuo, yo te perdoné toda la deuda porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, justo que tú tuvieras también compasión de tu compañero, como yo la tuve de ti? E irritado el señor le entregó en manos de los verdugos hasta que satisficiese la deuda toda por entero. Así, de esta manera, se portará mi Padre celestial con vosotros, si cada uno no perdonase de corazón á su hermano„ (3).

Habían disputado los Apóstoles sobre quién sería el mayor; enséñales Jesús á tener emulación de quién ha de ser menor y más humilde, á imitar la sencillez de los niños, á respetarlos como pupilos de los santos ángeles, á evitar como la mayor desgracia el inducirlos al pecado por el mal ejemplo, á perdonar de buen grado las injurias, á ejercitar la corrección fraterna. A este propósito asienta la soberana autoridad de la Iglesia en las contiendas que se susciten entre los fieles; quien no la escuche ha de ser mirado como un gentil y un publicano. La razón de ello estriba en el poder que Jesucristo ha conferido á sus Apóstoles con aquellas palabras: Todo aquello que ligareis sobre la tierra, ligado será también en el cielo; y todo lo que desatareis sobre la tierra, desatado será también en el cielo. Estas palabras habían sido dirigidas anteriormente á San Pedro. "Era—dice Bossuet—manifiestamente designio de nuestro Señor Jesucristo poner primero en uno lo que luego había de poner en varios; pero la continuación no revoca el comienzo y el primero no pierde su lugar.

---

(1) En efecto; calculan algunos en unos doscientos sesenta y dos millones y medio de reales.—*(Nota de la edición española.)*

(2) Unos ciento veinte reales calculan otros.—*(Nota de la edición española.)*

(3) Matth,, XVIII, 21-35.

Digitized by Google

Esta primera palabra: Todo lo que ligares, dicha á uno solo, colocó ya bajo su poder á cada uno de aquellos á quienes había de decirse después: Todo lo que ligareis; porque las promesas de Cristo, lo mismo que sus dones, no tienen vuelta, y lo que una vez se da indefinida y universalmente, es irrevocable; además de que el poder dado á varios lleva su restricción en su coparticipación, mientras que el poder dado á uno solo y sin excepción, lleva consigo la plenitud„ (1).

"Habiendo concluído Jesús estos discursos, partió de Galilea, y vino á los términos de Judea del otro lado del Jordán. Y le siguieron gran muchedumbre de gentes, y curó allí sus enfermos, y se puso otra vez á enseñarlos, como tenía de costumbre„ (2).

33. "Y como se acercase el tiempo de su salida de este mundo, hizo firme semblante de ir á Jerusalén. Y envió delante de sí mensajeros, los cuales, habiendo partido, entraron en una ciudad de samaritanos á prepararle hospedaje. Y no le recibièron por cuanto hacía semblante de ir á Jerusalén. Viendo esto sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: ¿Quieres que mandemos que llueva fuego del cielo y los devore? Pero Jesús, vuelto á ellos, los reprendió, diciendo: No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del Hombre no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas. Y con esto se fueron á otra aldea.

„Y aconteció que yendo ellos por el camino, dijo uno á Jesús: Yo te seguiré á dondequiera que fueres. Jesús le dijo: Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo, nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recline la cabeza. Y á otro dijo: Sígueme. Y él respondió: Señor, déjame antes ir á enterrar á mi padre. Y Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren á sus muertos; mas tú ve, y anuncia el reino de Dios. Y otro le dijo: Te seguiré, Señor, mas primeramente déjame ir á dar disposición de lo que tengo en mi casa. Jesús le dijo: Ninguno que pone su mano en el arado y mira atrás es apto para el reino de Dios„ (3).

"Y después de esto eligió el Señor otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de sí á cada lugar y ciudad adonde él había de venir. Y les decía: La mies ciertamente es mucha; mas los trabajadores, pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros á su mies. Id: He aquí que yo os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado, ni saludéis á ninguno por el camino. En cualquiera casa en que entrareis, primeramente decid: Paz sea á esta casa. Y si hubiere allí hijo de paz reposará sobre él vuestra paz, y donde no, volveráse á vosotros. Y permaneced en la misma casa comiendo y bebiendo lo que ellos tengan, porque el trabajador digno es de su salario. No paséis de casa en casa. Y en cualquier ciudad en que entrareis y os recibieren, comed lo que os pusieren delante. Y curad á los enfermos que en ella hubiere, y decidles: Se ha acercado á vosotros el reino de Dios. Mas

(1) Bossuet, *Unité.*
(2) Matth., XIX, 1 y 2; Marc., X, 1.
(3) Luc., IX, 51-62.

Digitized by Google

si en la ciudad en que entrareis no os recibieren, saliendo por sus plazas, decid: Aun el polvo que se nos ha pegado de vuestra ciudad sacudimos contra vosotros: sabed, no obstante, que se ha acercado el reino de Dios. Os digo que en aquel día habrá menos rigor para Sodoma que para aquella ciudad. ¡Ay de ti, Corozaín! ¡Ay de ti, Bethsaida! Que si en Tiro y Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que, cubiertas de cilicio y yaciendo sobre la ceniza, hubieran hecho penitencia. Y tú, Cafarnaum, ensalzada hasta el cielo, hasta el infierno serás sumergida. Quien á vosotros oye, á mí me oye: y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia. Y el que á mí me desprecia, desprecia á aquel que me envió„ (1).

"Y volvieron los setenta y dos con gozo, diciendo: Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre. Y él les dijo: Veía á Satanás como un relámpago que caía del cielo. Veis que os he dado potestad de pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre todo el poder del enemigo, y nada os dañará. Con todo eso, no tanto habéis de gozar porque se os rinden los espíritus, cuanto porquevuestros nombres están escritos en los cielos.

„En aquella misma hora se regocijó en el Espíritu Santo, y dijo: Doy á ti loor, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas á los sabios y entendidos, y las has revelado á los pequeñitos. Así es, Padre, porque así ha sido de tu agrado. Todas las cosas me han sido entregadas del Padre. Y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo y aquel á quien el Hijo quisiere revelarlo.

„Y volviéndose hacia sus discípulos, dijo: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis. Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oir lo que oís, y no lo oyeron„ (2).

Y por fin, dirigiendo la palabra á la muchedumbre: "Venid á mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas. Porque suave es mi yugo, y mi carga, ligera„ (3).

Dulce es el yugo del Señor y ligera su carga, porque consisten ambos en el amor de Dios y del prójimo.

"Y se levantó un doctor de la ley, y le dijo por tentarle: Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna? Y él le dijo: ¿En la ley qué hay escrito? ¿Cómo lees? El respondiendo dijo: Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todas tus fuerzas, y de todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz eso, y vivirás. Mas él queriéndose justificar á sí mismo, dijo á Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Y Jesús, tomando la palabra, dijo: Un hombre bajaba de Jerusalén á Jericó, y dió en manos de unos ladrones, los

(1) Luc., X, 1-16.
(2) Luc., X, 17-24.
(3) Matth., XI, 28-30.

Digitized by Google

cuales le despojaron; y después de haberle herido, le dejaron medio muerto, y se fueron. Aconteció, pues, que pasaba por el mismo camino un sacerdote y, cuando le vió, pasó de largo. Y asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó también de largo. Mas un samaritano, que iba su camino, se llegó cerca de él, y cuando le vió se movió á compasión. Y acercándose, le vendó las heridas, echando sobre ellas aceite y vino: y poniéndolo sobre su bestia, lo llevó á una venta y tuvo cuidado de él. Y al otro día sacó dos denarios, y los dió al mesonero y le dijo: Cuídamele, y cuanto gastares de más, yo te lo abonaré á mi vuelta. ¿Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel que dió en manos de los ladrones? Aquel—respondió el doctor—que usó con él de misericordia. Pues ve—le dijo entonces Jesús,—y haz tú lo mismo„ (1).

Consideraban los judíos á los samaritanos no tan sólo como extranjeros, sino como enemigos. Así que es en extremo de admirar la prudencia con que Jesucristo en esta historia ó parábola (que no sabremos con exactitud definirlo) trae al doctor judío á deducir que también el samaritano es su prójimo.

34. "Y aconteció que como fuesen de camino„ para Jerusalén, donde iba, entendemos, á celebrar su última Pascua de Pentecostés, "entró Jesús en una aldea; y una mujer que se llamaba Marta lo recibió en su casa. Y ésta tenía una hermana llamada María, la cual también, sentada á los pies del Señor, oía su palabra. Pero Marta estaba afanada de continuo en las haciendas de la casa, la cual se presentó y dijo: Señor, ¿no ves cómo mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa? Dile, pues, que me ayude. Y el Señor le respondió y dijo: Marta, Marta, tú te afanas y acongojas en muchísimas cosas. En verdad que una sola cosa es necesaria María ha escogido la mejor suerte, que no le será quitada„ (2).

Tenemos en Marta la imagen de la vida activa, y la de la contemplativa en María; hermanas son, unidas entre sí, un mismo objeto llevan: agradar á Jesús. Pero caminan á ese fin, por muchas acciones exteriores la una, por sendero más directo la otra, por la vista de Jesús mismo, por el amor de su palabra. El fin último de toda vida cristiana es ver y contemplar eternamente á Dios en sí mismo. La vida, pues, que toma por su principal ocupación ejercitarse ya desde aquí en esa contemplación divina es la mejor parte, es una hijuela que á quien la posea no se la arrebatará la muerte misma, sino que continuará más perfecta en la eternidad. La vida que hace su principal ocupación de servir á Dios por las obras exteriores, es una parte ciertamente buena; pero expone al hombre á las turbaciones y las dificultades, y bajo este aspecto no se continuará así en el cielo. No hemos de imaginar, sin embargo, que la vida contemplativa carezca de acción, ni la activa de contemplación: distínguelas por el carácter dominante de cada una. ¿Qué vida más activa que la de los Apóstoles? Y, sin embargo, ¿qué vida más altamente contemplativa?

(1) Luc., X, 25-37.
(2) Luc., X, 38 42.

Digitized by Google

Nosotros atenderemos de continuo—dijeron—á la oración y á la predicación de la palabra. A la oración para contemplar la verdad divina, á la predicación para hacerla contemplar á los demás. Ocúpanse los santos ángeles en guardarnos: he ahí una acción continua; ven siempre la faz de nuestro Padre que está en los cielos: he ahí una continua contemplación. Dios, sobre todo, une en sí ambas cosas. No sólo obra siempre conservando el mundo, sino interiormente en sí mismo. El Padre, contemplándose, produce al Hijo; el Padre y el Hijo, contemplándose y amándose, producen el Espíritu Santo: el Hijo es el acto de la inteligencia del Padre; el Espíritu Santo, el acto del amor del Padre y del Hijo; y todo esto es la acción infinita de una infinita contemplación. Tanto más perfecta será la vida del cristiano, cuanto más se asemeje á la vida de Dios.

"Y aconteció que estando orando en cierto lugar, cuando acabó, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos á orar, como también Juan enseñó á sus discípulos. Y él les dijo: Cuando orareis decid: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día (ó también: sobresubstancial) dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amén.

„Les dijo también: Quién de vosotros tendrá un amigo, é irá á él á media noche y le dirá: Amigo, préstame tres panes. Porque acaba de llegar de viaje un amigo mío, y no tengo qué ponerle delante. Y el otro respondiese de dentro diciendo: No me seas molesto; ya está cerrada la puerta, y mis muchachos están conmigo en la cama; no me puedo levantar á dártelos. Y si el otro perseverase llamando á la puerta, os digo que ya que no se levantase á dárselos por ser su amigo, cierto por su importunidad se levantará y le dará cuantos panes hubiese menester. Y yo os digo á vosotros: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca halla; y al que llama se le abrirá. Y si alguno de vosotros pidiese pan á su padre, ¿le dará él una piedra? O si un pez, ¿por ventura le dará una serpiente en lugar del pez? Ó si pide un huevo ¿por ventura le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el espíritu bueno (en el griego *el Espíritu Santo)* á los que se le piden?„ (1).

"Y cuando estaba hablando, le rogó un fariseo que fuese á comer con él. Y habiendo entrado, se sentó á la mesa. Y el fariseo comenzó á pensar y decir dentro de sí, por qué no se habría lavado antes de comer. Y el Señor le dijo: Vosotros los fariseos limpiais lo de fuera del vaso y del plato; mas vuestro interior está lleno de rapiña y de maldad. Necios, ¿el que hizo lo que está de fuera no hizo también lo que está de dentro? Esto no obstante; dad limosna de lo que tenéis, y todas las cosas estarán limpias

(1) Luc., XI, 1-13.

Digitized by Google

en orden á vosotros. (Trátase aquí principalmente de la pureza legal que procuraban los fariseos por sus frecuentes abluciones.) Mas ¡ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de la hierba buena y de la ruda y de toda hortaliza, y no hacéis caso de la justicia y el amor de Dios! Pues era necesario hacer estas cosas, sin omitir aquéllas. ¡Ay de vosotros, fariseos, que amáis los primeros asientos en las sinagogas y ser saludados en las plazas! ¡Ay de vosotros, que sois como los sepulcros que están encubiertos, y son desconocidos de los hombres que pasan por encima de ellos!

„Entonces uno de los doctores de la ley le dijo: Maestro, hablando así también nos afrentas á nosotros. Y él dijo: Y ¡ay de vosotros, doctores de la ley, que cargáis á los hombres de cargas que no pueden llevar, y vosotros ni aun con uno de vuestros dedos tocáis las cargas! ¡Ay de vosotros que edificáis los sepulcros de los profetas y vuestros padres los mataron! Verdaderamente dais á entender que consentís en las obras de vuestros padres; porque ellos, en verdad, los mataron, mas vosotros edificáis sus sepulcros *(para obrar luego peor que vuestros padres)*. Por eso dijo también la sabiduría de Dios: Les enviaré profetas y Apóstoles, y de ellos matarán y perseguirán, para que sea pedida también á esta generación la sangre de todos los profetas, que fué derramada desde el principio del mundo, desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, que pereció entre el altar y el templo. Sí, yo os lo digo; á esta generación se le pedirá de ello cuenta. ¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os alzasteis con la llave de la ciencia! Vosotros no entrasteis, y habéis prohibido á los que entraban.

„Y diciéndoles estas cosas, los fariseos y los doctores de la ley comenzaron á instar porfiadamente, y á importunarle con muchas preguntas, armándole lazos y procurando cazar de su boca alguna cosa, para poderle acusar„ (1).

„Y como se hubiesen juntado alrededor de Jesús muchas gentes, de modo que unos á otros se atropellaban, comenzó á decir á sus discípulos: Guardaos de la levadura de los fariseos, que es hipocresía. No hay cosa encubierta que no se haya de descubrir, ni cosa escondida que no se haya de saber. Porque las cosas que dijisteis en las tinieblas, á la luz serán dichas; y lo que hablasteis al oído en las alcobas, se pregonará sobre los terrados. A vosotros, pues, amigos míos, os digo que no os espantéis de aquellos que matan el cuerpo y después de esto no tienen más que hacer. Mas yo os mostraré á quién habéis de temer: temed á aquel que, después de haber quitado la vida, tiene poder de arrojar al infierno. Así os digo, á éste temed. ¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos, y ni uno solo de ellos está en olvido delante de Dios? Y aun los cabellos de vuestra cabeza todos están contados. Pues no temáis, porque de más estima sois vosotros que muchos pajarillos. Y también os digo que todo aquel

(1) Luc., XI, 37-54.

Digitized by Google

que me confesare delante de los hombres, el Hijo del Hombre le confesará también á él delante de los ángeles de Dios. Mas el que me negare delante de los hombres, negado será también delante de los ángeles de Dios. Si alguno habla contra el Hijo del Hombre, perdonado le será; mas aquel que blasfemare contra el Espíritu Santo no le será perdonado. Y cuando os llevaren á las sinagogas y á los magistrados y á las potestades, no andéis cuidadosos cómo ó qué habéis de responder ó decir. Porque el Espíritu Santo os mostrará en aquella hora lo que debéis decir.

„Y uno del pueblo le dijo: Maestro, di á mi hermano que parta conmigo la herencia. Mas él le respondió: Hombre, ¿quién me ha puesto por juez ó repartidor entre vosotros?„ (1).

¿Quién me ha puesto por juez?—respondió aquí Jesús.—También dijo en otra ocasión: *¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios.* Y así como no puede inferirse de esta última frase que no reconociese en sí bondad, tampoco de aquella en que no se reconociese autoridad para juzgar. Lo que podremos inferir, con los intérpretes, es que Jesús no quería ocuparse en tal asunto entonces. Era, en efecto, harto importuna la pretensión. Estaba predicando el Salvador cuando aquel peticionario vino á interrumpirle. Así que el Salvador con su pregunta le da á entender, que no habiéndole obligado nadie á mediar en semejante asunto, no iba á dejar la predicación por un litigio. Pero estaba al mismo tiempo tan lejos de prohibir á sus ministros el juzgar sobre tales asuntos, cuando el bien de las almas lo exigiese, que San Pablo había de darlo como regla á los corintios, y como consecuencia de esas palabras del Apóstol, había de reconocer San Agustín que no podían los Obispos decir como Jesucristo: *Hombre, ¿quién me ha puesto por juez ó repartidor entre vosotros?* (2)

Aprovechó Jesús aquella importuna petición para predicar una doctrina que destruía la causa misma de aquel litigio. "Y les dijo (á la multitud que le cercaba): Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida de cada uno no está en la abundancia de las cosas que posee. Y les propuso esta parábola: El campo de un hombre rico había llevado abundantes frutos, y él pensaba entre sí mismo y decía: ¿Qué haré, porque no tengo en donde encerrar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros y los haré mayores, y allí recogeré todos mis frutos y mis bienes, y diré á mi alma: Alma, muchos bienes tienes allegados para muchísimos años; descansa, come, bebe, ten banquetes. Mas Dios le dijo: Necio, esta noche han de exigir de ti la entrega de tu alma; lo que has allegado ¿para quién será? Esto es lo que sucede al que atesora para sí y que no es rico en Dios.

„Y dijo á sus discípulos: Por tanto os digo: No andéis solícitos para vuestra alma qué comeréis, ni para el cuerpo qué vestiréis. Más es el

---

(1) Luc., XII, 1-14.
(2) Ang., *In Psalm. CXVIII, serm. XXIV.*

Digitized by Google

alma que la comida, y el cuerpo más que el vestido. Mirad los cuervos que no siembran, ni siegan, ni tienen despensa, ni granero, y Dios los alimenta. ¿Pues cuánto más valéis vosotros que ellos? ¿Y quién de vosotros, por mucho que lo piense, puede añadir á su estatura un codo? Pues, si ni aun para las cosas más pequeñas tenéis poder, ¿por qué andáis afanados por las demás? Mirad los lirios cómo crecen: que ni trabajan ni hilan; pues os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de éstos. Pues si á la hierba que hoy está en el campo y mañana se echa en el horno, Dios viste así, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poquísima fe? Así que no andéis afanados por lo que habéis de comer ó beber: y no andéis elevados. Porque todas éstas son cosas por las que andan afanadas las gentes del mundo. Y vuestro Padre sabe que de éstas tenéis necesidad. Por tanto: buscad primeramente el reino de Dios y su justicia; que todo lo demás se os dará por añadidura.

„No temáis, pequeña grey; porque á vuestro Padre plugo daros el reino. Vended lo que poseéis y dad limosna. Haceos bolsas que no se envejecen, tesoro en los cielos que jamás falta; adonde el ladrón no llega, ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón. Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos. Y sed vosotros semejantes á los hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas, á fin de abrirle prontamente luego que llegue y llame á la puerta. Dichosos aquellos siervos á los cuales el amo, al venir, encuentra así velando. En verdad os digo, que se ceñirá, y los hará sentar á la mesa, y pasando los servirá. Y si viene á la segunda vela, y si viene á la tercera, y los hallare así prontos, dichosos son tales siervos. Mas esto sabed, que, si el padre de familia supiese la hora en que vendría el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría minar su casa. Vosotros, pues, estad apercibidos, porque á la hora que no pensáis vendrá el Hijo del Hombre.

„Preguntóle entonces Pedro: Señor, ¿dices esta parábola á nosotros ó también á todos? Y dijo el Señor: ¿Quién crees que es el mayordomo fiel y prudente, que puso el señor sobre su familia para que les dé la medida de trigo en tiempo? Dichoso el tal siervo si su amo, á la vuelta, le halla ejecutando así su deber. En verdad os digo que le dará la superintendencia de todos sus bienes. Mas si dijere el tal siervo en su corazón: Mi amo no piensa en venir tan pronto. Y comenzare á maltratar á los criados y á las criadas, y á comer y á beber y á embriagarse; vendrá el amo de aquel siervo el día que no espera y á la hora que no sabe, y le apartará, y darle ha el pago debido á los infieles. Porque aquel siervo que supo la voluntad de su señor, y no se apercibió, y no hizo conforme á su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla, hizo cosas que de suyo merecen castigo, recibirá menos. Porque se pedirá cuenta de mucho á aquel á quien mucho se le entregó, y á quien se han confiado muchas cosas, más cuenta le pedirán. Fuego vine á poner en la tierra *(el fuego de la caridad divina)*, ¿y qué quiero sino que arda? Con un bautismo tengo de ser yo bautizado *(era el bautismo de su Pasión y muerte)*; ¡y cómo me

Digitized by Google

angustio hasta que se cumpla! ¿Pensáis que he venido á poner paz á la tierra? Os digo que no, sino división. Porque de aquí en adelante estarán cinco en una casa divididos: los tres estarán contra los dos, y los dos contra los tres. Estarán divididos el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre, la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra su nuera y la nuera contra su suegra.

„Y decía también al pueblo: Cuando veis asomar la nube de parte de poniente, luego decís: Tempestad viene, y así sucede. Y cuando sopla el austro, decís: Calor hará, y así es. Hipócritas, sabéis distinguir los aspectos del cielo y de la tierra, ¿pues cómo no sabéis distinguir el tiempo presente? ¿Y cómo no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo? Cuando vas con tu contrario al magistrado, haz lo posible por librarte de él en el camino, porque no te lleve al juez, y el juez te entregue al alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel. Porque yo te aseguro que de ella no saldrás hasta que hayas pagado el último maravedí„ (1).

El adversario aludido parece ser aquí la ley de Dios y la conciencia, á las cuales debemos procurar satisfacer durante la vida, para evitar que á nuestra muerte nos traten como á criminales llevados ante un juez inexorable. Y esa muerte vendrá cuando menos la esperemos.

"Y en este tiempo estaban allí unos que le decían nuevas de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios de ellos. Y Jesús les respondió, diciendo: ¿Pensáis que aquellos galileos fueron más pecadores que todos los otros, porque fueron castigados de esta suerte? Os digo que no; mas si no hiciereis penitencia, todos pereceréis de la misma manera. Así como también aquellos dieciocho hombres sobre los cuales cayó la torre de Siloé y los mató, ¿pensáis que ellos fueron más deudores que todos los hombres que moraban en Jerusalén? Os digo que no; mas si no hiciereis penitencia, todos pereceréis de la misma manera.

"Y decía también esta semejanza: Un hombre tenía una higuera plantada en su viña, y fué á buscar fruto de ella, y no lo halló. Y dijo al que labraba la viña: Mira, tres años ha que vengo á buscar fruto en esta higuera y no lo hallo; córtala, pues, ¿para qué ha de ocupar aún la tierra? Mas él respondió, y dijo: Señor, déjala aún este año, y la cavaré alrededor y le echaré estiércol. Y si con esto diere fruto: y si no, la cortarás después„ (2).

35. Tres años iban ya que Jesucristo continuaba sus divinas enseñanzas, y á excepción de un corto número, no había su pueblo hecho penitencia. Pueblo maduro ya para el juicio de Dios. Y siniestros síntomas anunciaban que ese juicio no estaba ya lejano. Después de la época en que Arquelao fué desterrado, y la Judea reducida á provincia romana, habíase formado en Galilea, bajo la dirección de Judas de Gaulón, una secta numerosa que miraba como criminal idolatría el pagar á los romanos cualquier tributo. Tal vez á ella pertenecían los galileos que Pilato hizo ma-

(1) Luc., XII, 22-59.
(2) Luc., XIII, 1-9.

Digitized by Google

tar en el Templo al tiempo mismo de sus sacrificios. Esta ejecución sacrílega sirvió sólo para aumentar la fermentación en los ánimos. Con un tirano tal como Tiberio, con un gobernador cruel é injusto como Pilato, podía surgir de un momento á otro una rebelión que llevase consigo la ruina del templo y del Estado. Pero las misericordias de Dios y la intercesión del Pontífice eterno suspendían todavía aquel juicio. ¡Y no lo suspendían en vano! En el cuarto año, luego al punto después de la Ascensión del Hijo de Dios, salió de la seca raíz de Jerusalén una admirable Iglesia, madre de todas las iglesias de la cristiandad. Y cuando, al llegar su tiempo, fué cortado y quemado el antiguo tronco, ya nobles retoños daban frutos de salud en las tres partes del mundo.

"Y estaba enseñando en la sinagoga de ellos los sábados. Y he aquí una mujer que tenía espíritu de enfermedad dieciocho años había y estaba tan encorvada que no podía mirar hacia arriba. Cuando la vió Jesús, la llamó á sí y le dijo: Mujer, libre estás de tu enfermedad. Y puso sobre ella las manos y al momento se enderezó, y daba gloria á Dios. Y tomando la palabra el jefe de la sinagoga, indignado de que Jesús hiciera esta cura en sábado, dijo al pueblo: Seis días hay en que se puede trabajar; en éstos, pues, venid, y que os cure, y no en sábado. Y respondiéndole el Señor, dijo: Hipócritas, ¿cada uno de vosotros no desata en sábado su buey ó su asno del pesebre, y lo lleva á abrevar? Y esta hija de Abrahán, á quien tuvo ligada Satanás dieciocho años, ¿no convino desatarla de este lazo en día de sábado? Y diciendo estas cosas se avergonzaban todos sus adversarios; mas se gozaba todo el pueblo en sus gloriosas acciones. E iba por las ciudades y aldeas enseñando, y caminando hacia Jerusalén„ (1).

"Y le dijo un hombre: Señor, ¿son pocos los que se salvan? Y él les dijo: Esforzaos á entrar por la puerta angosta; porque en verdad os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán. Y cuando el padre de familias hubiere entrado y cerrado la puerta, vosotros estaréis fuera y comenzaréis á llamar á la puerta, diciendo: Señor, ábrenos; y él os responderá diciendo: No sé de dónde sois vosotros. Entonces empezaréis á decir: Delante de ti comimos y bebimos, y en nuestras plazas enseñaste. Y él os dirá: No sé de dónde sois vosotros: apartaos de mí todos los obradores de la iniquidad. Allí el llorar y el crujir de dientes, cuando viereis á Abrahán, y á Isaac, y á Jacob y á todos los profetas en el reino de Dios, y que vosotros sois arrojados fuera. Y vendrán de Oriente y de Occidente, y de Aquilón y de Austro, y se sentarán á la mesa en el reino de Dios. Y ved aquí que los que son los últimos serán los primeros, y los que son los primeros serán los últimos„ (2).

Al decir Jesús que muchos procurarán entrar por la puerta angosta y no podrán, habla de aquellos que, como los judíos, á quienes directa-

(1) Luc., XIII, 10 17 y 22.
(2) Luc., XIII, 23-30.

Digitized by Google

mente se dirige, querrán entrar por ella sin cesar de hacer obras de iniquidad.

"En el mismo día vinieron algunos fariseos á decirle: Sal de aquí y vete; porque Herodes te quiere matar. Y él les dijo: Id y decid á ese raposo que yo lanzo demonios y doy perfectas sanidades hoy y mañana, y al tercero día soy consumado. Pero es necesario que yo ande hoy, y mañana y otro día; porque no cabe que un profeta muera fuera de Jerusasalén. Jerusalén, Jerusalén, que matas á los profetas, y apedreas á los que son enviados á ti, ¿cuántas veces quise juntar tus hijos como el ave su nidada debajo de sus alas, y no quisiste? He aquí que os será dejada desierta vuestra casa. Y os digo que no me veréis hasta que llegue el día en que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor„ (1).

"Y sucedió que habiendo entrado Jesús en casa de uno de los principales fariseos á comer, en un día de sábado, le estaban éstos acechando. Y he aquí que se puso delante de él un hombre hidrópico. Y Jesús, dirigiendo su palabra á los doctores de la ley y á los fariseos, les dijo: ¿Si es lícito curar en sábado? Mas ellos callaron. El entonces le tomó, le sanó y le despidió. Dirigiéndose después á ellos les dijo: ¿Quién hay de vosotros que viendo su buey ó su asno caído en un pozo, no lo saque luego en día de sábado? Y no le podían replicar á estas cosas.

„Y observando también cómo los convidados escogieron los primeros asientos en la mesa, les propuso una parábola, y dijo: Cuando fueres convidado á bodas no te sientes en el primer lugar, no sea que haya algún otro convidado de más distinción que tú, y que venga el que te convidó á ti y á él, y te diga: Haz lugar á éste, y entonces, con sonrojo, te veas precisado á ponerte el último. Antes bien, cuando fueres convidado vete á poner en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó te diga: Amigo, sube más arriba. Lo que te acarreará honor delante de los que estuvieren contigo á la mesa. Porque todo aquel que se ensalza, humillado será, y el que se humilla será ensalzado.„

El consejo que da el Salvador á aquellos hombres hinchados de una vanidad más difícil de curar que el tumor de un hidrópico, parece una especie de ironía. Hacíales comprender que su vanidad erraba á menudo el camino, y que el más infalible medio de adquirir una verdadera gloria, sobre todo ante Dios, es una verdadera humildad.

"Y decía también al que le había convidado: Cuando das una comida ó una cena, no llames á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á tus parientes, ni á tus vecinos ricos: no sea que te vuelvan ellos á convidar, y te sirva esto de recompensa. Mas cuando haces convite llama á los pobres, lisiados, cojos y ciegos: y serás afortunado, porque no pueden pagártelo; pues así serás recompensado en la resurrección de los justos„ (2).

Hacían todo los fariseos con la mira de una recompensa temporal, para ser vistos y honrados por los hombres: enséñales Jesús á ejecutar

(1) Luc., XIII. 31-35.
(2) Luc., XIV, 12-14.

Digitized by Google

todo con la mira de una recompensa eterna. Tal es el espíritu de esta instrucción. De suerte que quien invite á sus amigos, á sus parientes, á sus vecinos, aun siendo ellos ricos, no por ser á su vez invitado, sino por mantener la unión y caridad cristiana, cumplirá la intención de Jesús. Pero más seguro y más perfecto será todavía el obsequiar así á los pobres, cuando se hace con sencillez de ánimo y sin ostentación.

"Cuando uno de los que comían á la mesa oyó esto, le dijo: ¡Bienaventurado el que comerá pan en el reino de Dios! Y él le dijo: Un hombre hizo una grande cena, y convidó á muchos. Y cuando fué la hora de la cena envió uno de sus siervos á decir á los convidados que viniesen, pues ya todo estaba dispuesto. Y todos á una comenzaron á excusarse. El primero le dijo: He comprado una granja, y necesito ir á verla; te ruego que me tengas por excusado. Y dijo otro: He comprado cinco yuntas de bueyes, y quiero ir á probarlas; te ruego que me tengas por excusado. Y dijo otro: Acabo de casarme, y así no puedo ir allá. Y volviendo el siervo dió cuenta á su amo de todo esto. Entonces, airado el padre de familias, dijo á su siervo: Sal luego á las calles y plazas de la ciudad, y tráeme aquí cuantos pobres y lisiados y ciegos y cojos hallares. Y dijo el siervo: Señor, está hecho como lo mandaste, y aún hay lugar. Respondióle el amo: Sal á los caminos y cercados, é impele á los que halles á que vengan, para que se llene mi casa. Pues os protesto que ninguno de los que antes fueron convidados ha de probar mi cena„ (1).

El hombre aquel es Dios Padre; y la cena, la vida eterna; los invitados, los judíos, principalmente los jefes del pueblo; el siervo es Jesucristo, que ha tomado naturaleza de tal; los diferentes pretextos aducidos por los primeros invitados son las diversas ligaduras de apego á las cosas de este mundo que impidieron á los sacerdotes, los fariseos y los ricos el recibir la gracia de la salvación; los pobres de la ciudad son el pobre pueblo de Israel, al cual anunció particularmente Jesús su Evangelio; aquellos á quienes se les va á buscar por los caminos y los cercados y que se les compele á entrar por una amistosa violencia, son los gentiles, que Dios por su omnipotente palabra ha llamado á la eterna salvación al mismo tiempo que ha excluído á los primeros convidados.

"Y muchas gentes iban con él, y volviéndose les dijo: Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre y madre, y mujer é hijos, y hermanos y hermanas, y aun también su vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz á cuestas, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no cuenta primero de asiento los gastos que son necesarios, viendo si tiene para acabarla? No sea que después que hubiere puesto el cimiento y no la pudiere acabar, todos los que le vean comiencen á hacer burla de él, diciendo: Ved ahí un hombre que comenzó á edificar y no pudo rematar.

---

(1) Luc., XIV, 15-23. — Quos proximo novimus tiligamus et quos adversarios in via Dei patimur odiendo et pegiendo nesciamus. (San Gregorio Magno).

Digitized by Google

¿O qué rey, queriendo salir á pelear contra otro rey, no considera antes de asiento, si podrá salir con diez mil hombres á hacer frente al que viene contra él con veinte mil? Que si no puede, despachando una embajada, cuando el otro está todavía lejos, le ruega con la paz. Pues así cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. Buena es la sal. Mas si la sal desvirtuase su sabor, ¿con qué será sazonada? No es buena para la tierra ni para servir de estiércol; mas la echarán fuera. Quien tiene oídos para escuchar, atienda„ (1).

Combate continuo es la vida del cristiano. Son los enemigos el demonio, el mundo y la carne. El demonio y el mundo intentan á menudo seducirnos por medio de nuestros amigos y allegados; y mayor aún es el riesgo de ser seducidos por nosotros mismos, es decir, por lo corrompido de nuestra naturaleza: que á nuestra propia carne no la podemos echar de nosotros. En cuanto, pues, nosotros y nuestros amigos somos de Dios y para Dios, debemos amarnos en Dios; pero en cuanto vamos contra Dios, debemos aborrecernos, y estar tan enteramente desligados de nosotros como de una cosa que se aborrece. Tal debe ser la sal, el vivo vigor del cristiano; y sin esto, para nada sirve más que para ser hollada por los pies.

Las diversas comparaciones que nuestro Señor saca de la sal, nos hacen creer que se empleaba la sal en Judea para los mismos usos á que hoy se dedica aún en la Bretaña: donde todavía para activar la vegetación de un campo ó de un prado, esparcen sal, como el yeso en otras partes, y el mejor abono es la marga salina de la mar.

36. "Y se acercaban á él los pecadores y publicanos para oirle. Y los fariseos y escribas murmuraban diciendo: Este recibe pecadores y come con ellos. Y entonces les propuso esta parábola: ¿Quién de vosotros es el hombre que tiene cien ovejas, y si perdiere una de ellas no deja las noventa y nueve en el desierto y va á buscar la que se había perdido hasta que la halle? Y cuando la hallare la pone sobre sus hombros gozoso; y viniendo á casa llama á sus amigos y vecinos diciéndoles: Dadme el parabién, porque he hallado mi oveja que se había perdido. Os digo que á este modo habrá más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no han menester penitencia. ¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si perdiera una dracma, no enciende el candil, y barre la casa, y busca con cuidado hasta hallarla? Y después que la ha hallado junta las amigas y vecinas, y dice: Dadme el parabién porque he hallado la dracma que había perdido. Así os digo que harán fiesta los ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia„ (2).

¡Ah! ¡Cómo no amar á un Dios tan bueno y que tan misericordiosamente se expresa! Pero oigámosle:

"Añadió también: Un hombre tuvo dos hijos. Y dijo el menor de ellos á su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me toca. Y el padre

(1) Luc., XIV, 25-35.
(2) Luc., XV, 1-10.

Digitized by Google

repartió entre los dos la hacienda. Y no muchos días después aquel hijo menor se fué lejos, á un país muy distante, y allí malrotó todo su haber viviendo disolutamente. Y cuando todo lo hubo gastado, vino una grande hambre en aquella tierra, y él comenzó á padecer necesidad. Y fué, y púsose á servir á uno de los ciudadanos de aquella tierra; el cual lo envió á su cortijo á guardar puercos. Y deseaba henchir su vientre de las mondaduras que los puercos comían, y ninguno se las daba. Mas volviendo sobre sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo me estoy aquí muriendo de hambre! Me levantaré, é iré á mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: trátame como á uno de tus jornaleros. Y levantándose, se fué para su padre. Y como aún estuviese lejos le vió su padre y se movió á misericordia, y corriendo á él le echó los brazos al cuello y le besó. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Mas el padre dijo á sus criados: Traed aquí prontamente la ropa más preciosa, y vestidle, y ponedle el anillo en su mano y calzado en sus pies. Y traed un ternero cebado, y matadlo, y comamos, y celebremos un banquete; porque este hijo mío era muerto y ha revivido, se había perdido y ha sido hallado. Y comenzaron á celebrar el banquete. Y el hijo mayor estaba en el campo: y cuando vino y se acercó á la casa, oyó la sinfonía y el coro. Y llamando á uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Y éste le dijo: Tu hermano ha venido, y tu padre ha hecho matar un ternero cebado, porque le ha recobrado salvo. El entonces se indignó, y no quería entrar; mas saliendo el padre comenzó á rogarle. Y él respondió á su padre y dijo: He aquí tantos años ha que te sirvo, y nunca he traspasado tus mandamientos, y nunca me has dado un cabrito para merendar con mis amigos. Mas cuando vino este tu hijo, que ha gastado su hacienda con rameras, le has hecho matar un ternero cebado. Entonces el padre le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo y todos mis bienes son tuyos. Pero razón era celebrar un banquete y regocijarnos; porque este tu hermano era muerto y revivió, se había perdido y ha sido hallado„ (1).

¿Cuál no debió ser al escuchar tales palabras el gozo de los publicanos y de los pecadores que seguían á Jesús? Los mismos fariseos que murmuraban recibían también por su parte una instrucción impregnada aun de misericordia.

"Y decía también á sus discípulos: Había un hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fué acusado delante de él como disipador de sus bienes. Y le llamó y le dijo: ¿Qué es esto que oigo de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ser mi mayordomo. Entonces el mayordomo dijo entre sí: ¿Qué haré? Porque mi señor me quita la mayordomía. Cavar no puedo, de mendigar tengo vergüenza. Pero ya sé lo que he de hacer para que cuando fuere removido de la mayordomía me reciban

(1) Luc., XV, 11-32.

Digitized by Google

en sus casas. Llamó, pues, á cada uno de los deudores de su señor y dijo al primero: ¿Cuánto debes á mi señor? Y éste le respondió: Cien barriles de aceite. Díjole: Toma tu obligación, siéntate y haz al instante otra de cincuenta. Dijo después á otro: Y tú, ¿cuánto me debes? Respondió: Cien coros de trigo. Díjole: Toma tu obligación y escribe otra de ochenta. Y loó el señor al mayordomo infiel, porque lo hizo sagazmente; porque los hijos de este siglo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz. Y yo os digo que os ganéis amigos de las riquezas de la iniquidad; para que cuando fallecieréis os reciban en las eternas moradas. El que es fiel en lo menor, también lo es en lo mayor, y el que es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho. Pues si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os fiará lo que es verdadero? Y si no fuisteis fieles en lo ajeno, lo que es vuestro, ¿quién os lo dará? Ningún siervo puede servir á dos señores; porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó se aficionará al primero y no hará caso del segundo: no podéis servir á Dios y á las riquezas„ (1).

Los fariseos no servían á Dios sino por las riquezas temporales. Llámanse injustas esas riquezas, porque injustamente llevan el nombre de riquezas. No son del hombre ni en el hombre están. Las verdaderas riquezas de éste son el mismo Dios, su gracia, su espíritu. Para estas riquezas ha sido creado. Jesús amonesta á los fariseos al buen uso de las riquezas terrenales por la limosna, á fin de merecer así las riquezas celestiales: los amonesta á imitar la prudencia, no la infidelidad, del mayordomo infiel. No se aprovecharon de sus consejos, ya que el Evangelio añade: "Mas los fariseos, que eran avaros, oían todas estas cosas, y se burlaban de él. Y les dijo: Vosotros sois los que os vendéis por justos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones, pues que *(muchas veces)* lo que los hombres tienen por sublime, abominación es delante de Dios. La ley y los profetas hasta Juan; desde entonces es anunciado el reino de Dios, y todos entran en él á viva fuerza. Y más fácil cosa es pasar el cielo y la tierra que caer un solo tilde de la ley„ (2).

"Y se llegaron á él los fariseos para tentarle, y le dijeron: ¿Es lícito á un hombre repudiar á su mujer por cualquier causa? Jesús, en respuesta, les dijo: ¿No habéis leído que aquel que al principio crió el linaje humano, crió un hombre y una mujer? y dijo: Por tanto dejará el hombre á su padre y á su madre, y unirse ha con su mujer y serán dos en una sola carne. Así que ya no son dos sino una sola carne. Lo que, pues, Dios ha unido no lo desuna el hombre. Pero ¿por qué, replicaron ellos, mandó Moisés dar libelo de repudio y despedirla? Díjoles Jesús: A causa de la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar á vuestras mujeres; mas desde el principio no fué así. Así, pues, os declaro que cualquiera que despidiere á su mujer, sino en caso de adulterio, y se casare con

---

(1) Luc., XVI, 1-13.
(2) Luc., XVI, 14-17.

Digitized by Google

otra, este tal comete adulterio, y que quien se casare con la divorciada, también lo comete.

„Después en casa le tocaron otra vez sus discípulos el mismo punto. Y él les inculcó: Cualquiera que desechase á su mujer, y tomare otra, comete adulterio contra ella. Y si la mujer se aparta de su marido, y se casa con otro, es adúltera„ (1).

Habían preguntado los fariseos si era lícito á uno repudiar á su mujer por cualquier motivo. Y es que, en efecto, ellos hasta ese punto llevaban las cosas. Según su Talmud, es permitido despedir á la mujer por tan sólo haber quemado la sopa, y el historiador Josefo, sacerdote y fariseo, cuenta de sí mismo que, después de haber tenido tres hijos de la suya, la despidió, porque sus maneras no le convenían, y se casó con otra (2). Jesucristo responde incidentalmente á esta cuestión, que no era permitido despedir á la mujer sino por causa de infidelidad. Pero hace entender al mismo tiempo lo que repite después con más precisión todavía á sus discípulos, que aun aquel que repudia á su mujer por esa causa, es culpable de adulterio si se casa con otra; como asimismo quien se casa con una repudiada, y la mujer que repudiare á su marido y se casare con otro. Restablecía con esto no sólo la indisolubilidad del matrimonio, sino también su unidad. Porque si fuere permitido todavía tener muchas mujeres, quien despidiese á una para casarse con otra, no cometería en ello adulterio. No destruye Jesús la ley; devuélvela á su primitiva perfección. El primer matrimonio nos muestra la voluntad del creador. En ninguna ocasión pudo ser tan conveniente la multiplicación del género humano como al principio, y si á algún hombre quiso Dios dar mayor cúmulo de felicidades en esta vida y en la otra, fué, sin duda, al primero; y con todo, le dió una sola mujer, y sacada además de una de las costillas del mismo Adán para mejor denotar la indisoluble unidad del vínculo. La Iglesia católica, indisolublemente desposada con Jesucristo, ha comprendido este gran misterio y ha mantenido siempre la unidad inviolable del vínculo conyugal. La sinagoga judía, que tantas veces se prostituyó á dioses falsos, y que mereció, por último, el repudio de Dios verdadero, toleraba la poligamia y el divorcio. Las sectas heréticas, desde que se apartaron de la unidad de la Esposa única de Cristo, permiten, como en otro tiempo los fariseos, despedir á la mujer propia por cualquier causa. Cada sociedad religiosa considera la unión conyugal según lo que siente ella misma en cuanto á su unión al Hijo de Dios. Es verdaderamente un gran misterio.

"Sus discípulos le dijeron: Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse. El les dijo: No todos son capaces de esto, sino aquellos á quienes es dado. Porque hay unos eunucos que nacieron tales del vientre de sus madres; hay eunucos que fueron castrados por los hombres; y eunucos hay que se castraron á sí mismos por amor del reino de los cielos. El que puede ser capaz de eso, séalo„ (3).

(1) Matth., XIX, 3-9; Marc., X, 2 12; Luc., XVI, 18.
(2) Josephus, *In vita sua*, sub fin.
(3) Matth., XIX, 10-12.

Digitized by Google

De los expresados eunucos, nos dice San Hilario (1), hácelos tales, á los primeros, la naturaleza; á los segundos, la fuerza, y á los terceros, la voluntad. Son aquellos que, sin desconocer que el matrimonio es santo, prefieren el estado más perfecto de que tenemos ejemplo en Jeremías, en San Juan Bautista y en el mismo Jesucristo nuestro Señor, á fin de ganar con más seguridad el reino de los cielos, ó predicarlo con mayor eficacia á los otros. Millares de éstos veremos en la Iglesia de la tierra; y millares en la Iglesia del cielo, donde cantan un cántico que los otros santos no pueden cantar.

Habían propuesto los fariseos la cuestión del matrimonio para sorprender á Jesús en sus palabras, y vengarse así de la reprensión indirecta que, respecto á su avaricia, les había dado en la parábola del mayordomo infiel. Renuévales los mismos avisos en la parábola, ó más bien, historia, siguiente, según la consideraron los antiguos Padres:

"Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino finísimo, y cada día tenía espléndidos banquetes. Y había allí un mendigo llamado Lázaro, que yacía á la puerta del rico, lleno de llagas, deseando hartarse de las migajas que caían de la mesa del rico, y ninguno se las daba; mas venían los perros, y le lamían las llagas. Y aconteció que cuando murió aquel pobre lo llevaron los ángeles al seno de Abrahán. Y murió también el rico, y fué sepultado en el infierno. Y alzando los ojos cuando estaba en los tormentos, vió de lejos á Abrahán, y á Lázaro en su seno; y él, levantando el grito, dijo: Padre Abrahán, compadécete de mí, y envía á Lázaro para que, mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas. Y Abrahán le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tú bienes en tu vida, y Lázaro también males; pues ahora él es aquí consolado, y tú atormentado. Fuera de que hay una sima impenetrable entre nosotros y vosotros; de manera que los que quisieren pasar de aquí á vosotros, no pueden, ni de ahí pasar acá. Y dijo: Pues te ruego, Padre, que lo envíes á casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, no sea que vengan ellos también á este lugar de tormentos. Y Abrahán le dijo: Tienen á Moisés y los profetas, óiganlos. Mas él dijo: No, Padre Abrahán; pero si alguno de los muertos fuere á ellos, harán penitencia. Y Abrahán le dijo: Si no oyen á Moisés y los profetas, tampoco creerán, aunque alguno de los muertos resucitare„ (2).

"Dijo también á sus discípulos: Imposible es que no vengan escándalos, mas ¡ay de aquel que los causa! Más le valdría que le pusiesen al cuello una piedra de molino y le lanzasen al mar, que escandalizar á uno de estos pequeñitos. Mirad por vosotros. Si pecare tu hermano contra ti, corrígele, y si se arrepintiere, perdónale. Y si pecare contra ti siete veces al día y siete veces al día se volviere á ti diciendo: Me pesa; perdónale. Y dijeron los Apóstoles al Señor: Auméntanos la fe. Y dijo el Señor:

(1) Hil., *In hunc locum.*
(2) Luc., XVI, 19-31.

Digitized by Google

Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis á este moral: Arráncate de raíz y transplántate en el mar, y os obedecerá. ¿Quién hay entre vosotros que teniendo un criado de labranza ó pastor, luego que vuelve del campo, le diga: Ven, ponte á la mesa, y que, al contrario, no le diga: Disponme la cena, cíñete y sírveme mientras yo como y bebo, que después comerás tú y beberás? ¿Por ventura, debe agradecimiento á aquel siervo porque éste hizo lo que le mandó? Pienso que no. Así también vosotros, cuando hiciereis todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos inútiles somos, lo que debíamos hacer hicimos„ (1).

37. "Mas estando próxima la fiesta de los judíos, llamada de los Tabernáculos, sus hermanos le dijeron: Sal de aquí y vete á Judea, para que también aquellos discípulos tuyos vean las obras que haces. Puesto que nadie hace las cosas en secreto si quiere ser conocido: ya que haces tales cosas date á conocer al mundo. Porque ni aun sus hermanos creían en él.„ Debe sobreentenderse aquí: con una fe perfecta, y circunscribirlo á algunos; porque había entre los Apóstoles dos de sus hermanos, esto es, de sus próximos parientes, y aquellos que le animaban á darse á conocer al mundo, mostraban con esto mismo que creían de él algo grande. Esperaban que de ello les redundase también alguna gloria.

„Jesús, pues, les dijo: Mi tiempo aún no ha venido; mas vuestro tiempo siempre está preparado. No puede el mundo aborreceros á vosotros; mas á mí me aborrece; porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas. Subid vosotros á esta fiesta; yo no subo todavía á esta fiesta, porque mi tiempo no es aún cumplido. Y habiendo dicho esto, se quedó él en la Galilea. Mas después que sus hermanos hubieron subido, él subió también á la fiesta, no públicamente, mas como en oculto.

„En efecto; los judíos en el día de la fiesta le buscaban y decían: ¿En dónde está aquél? Y era mucho lo que se susurraba de él entre el pueblo. Porque unos decían: Bueno es. Y los otros: No; antes engaña las gentes. Pero ninguno hablaba abiertamente de él por miedo de los judíos *(ó sea del Consejo Supremo de éstos)*. Y en medio de la fiesta subió Jesús al Templo, y enseñaba. Y se maravillaban los judíos y decían: ¿Cómo sabe éste letras, no habiéndolas aprendido? Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me ha enviado. Quien quisiere hacer la voluntad de éste, conocerá si mi doctrina es de Dios, ó si yo hablo de mí mismo. El que de sí mismo habla, busca su propia gloria; mas el que busca la gloria de aquel que le envió, éste veraz es, y no hay en él injusticia. Por ventura, ¿no os dió Moisés la ley y ninguno de vosotros hace la ley? ¿Por qué me queréis matar? Respondió la gente y dijo: Demonio tienes; ¿quién te quiere mátar? Jesús les respondió: Hice una obra, y todos lo habéis extrañado. Mientras que habiéndoos dado Moisés la circuncisión (no que traiga de él su origen sino de los patriarcas), no dejáis de circuncidar al hombre aun en día de sábado. Pues si recibe el hombre la

(1) Luc., XVII, 1-10.

Digitized by Google

circuncisión en sábado porque no se quebrante la ley de Moisés, ¿os habéis de indignar contra mí porque he curado á un hombre todo su cuerpo en día de sábado? No juzguéis por las apariencias, sino juzgad por un juicio recto.

„Comenzaron entonces á decir algunos de Jerusalén: ¿No es éste el que buscan para matarle? Pues ved aquí que habla en público, y no le dicen nada. Por ventura, ¿han reconocido los príncipes que éste es el Cristo? Mas éste sabemos de dónde es; y cuando viniere el Cristo, nadie sabe de dónde sea. Y Jesús alzaba la voz en el Templo enseñando y diciendo: Vosotros me conocéis, y sabéis de dónde soy; pero yo no he venido de mí mismo; mas es veraz el que me envió, á quien vosotros no conocéis. Yo le conozco, porque de él soy, y él me envió. Y le querían prender; mas ninguno le echó la mano, porque todavía no era llegada su hora. Y muchos del pueblo creyeron en él y decían: Cuando viniere el Cristo, ¿hará más milagros que los que éste hace?

„Oyeron los fariseos estos murmullos que había en el pueblo acerca de él, y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos enviaron ministros para prenderle. Y Jesús les dijo: Aún estaré con vosotros un poco de tiempo, y voy á aquel que me envió. Me buscaréis, y no me hallaréis; y donde yo estoy vosotros no podéis venir. Dijeron los judíos entre sí mismos: ¿Adónde se ha de ir éste, que no le hallemos? ¿Iráse por entre las naciones esparcidas por el mundo á predicar á los gentiles? ¿Qué palabra es ésta que dijo: Me buscaréis, y no me hallaréis; y donde estoy yo, vosotros no podéis venir?

„En el último día de la fiesta, que es el más solemne, estaba allí Jesús y decía en alta voz: Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Del seno de aquel que cree en mí manarán, como dice la Escritura, ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él, porque aún no había sido dado el Espíritu, por cuanto Jesús no había sido aún glorificado.

„Muchas, pues, de aquellas gentes, habiendo oído estas palabras, decían: Este verdaderamente es el profeta. Otros decían: Este es el Cristo. Mas algunos decían: Pues qué, ¿de la Galilea ha de venir el Cristo? ¿No dice la Escritura que del linaje de David y del lugar de Belén, en donde estaba David, ha de venir Cristo? Así que había discusión en el pueblo acerca de él. Y algunos de ellos le querían prender; mas ninguno puso las manos sobre él.

„Volvieron los ministros á los príncipes de los sacerdotes y á los fariseos, y éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído? Respondieron los ministros: Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre. Dijéronles los fariseos: ¿Pues qué, vosotros habéis sido también seducidos? ¿Por ventura, ¿ha creído en él alguno de los príncipes ó de los fariseos? Sólo ese populacho, que no entiende la ley; malditos son. Entonces Nicodemo, aquel que vino á Jesús de noche, que era uno de ellos, les dijo: Por ventura, ¿nuestra ley juzga á un hombre sin haberle oído primero, y sin informarse de lo que ha hecho? Le respondieron y dijeron: ¿Eres tú también

Digitized by Google

galileo? Escudriña las Escrituras, y entiende que de la Galilea no se levantó jamás profeta. Y se volvieron cada uno á su casa„ (1).

"Y Jesús se retiró al monte de los Olivos; y al romper el día, volvió al Templo, y vino á él todo el pueblo, y, sentado, los enseñaba.

Cuando he aquí que los escribas y fariseos traen una mujer sorprendida en adulterio; y poniéndola en medio dijeron á Jesús: Maestro, esta mujer ha sido ahora sorprendida en adulterio. Y Moisés nos mandó en la ley apedrear á estas tales Pues tú, ¿qué dices? Y esto lo decían tentándole para poderle acusar *(ó de cruel á los ojos del pueblo, si la condenaba á muerte; ó de contraventor á la Ley, si le conservaba la vida).* Mas Jesús inclinóse hacia el suelo y con el dedo escribía en la tierra. Y como porfiasen en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero. É inclinándose de nuevo continuaba escribiendo en tierra. Ellos cuando esto oyeron, salieron los unos en pos de los otros, y los más ancianos los primeros: y quedó Jesús solo, y la mujer, que estaba en pie en medio. Y enderezándose Jesús le dijo: Mujer, ¿en dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Ella respondió: Ninguno, Señor. Y dijo Jesús: Ni yo tampoco te condenaré; vete, y no peques ya más„ (2).

De esta suerte quedó, por la virtud de una sola palabra, ejercida la misericordia y respetada la ley, libertada la pecadora y justificado su libertador, desenmascarada la hipocresía y confundida la malicia, victorioso Jesús y ahuyentados sus enemigos.

"Y otra vez les habló Jesús, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. Replicáronle los fariseos: Tú das testimonio de ti mismo, tu testimonio no es verdadero. Respondióles Jesús, y dijo: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, verdadero es mi testimonio; porque sé de dónde vine y adónde voy; mas vosotros no sabéis de dónde vengo ni adónde voy. Vosotros juzgáis según la carne; mas yo no juzgo á ninguno. Y si juzgo yo, mi juicio es verdadero, porque no soy solo, mas yo y el Padre, que me envió. Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero (ó digno de fe). Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y testimonio da de mí el Padre, que me envió. Y le decían: ¿En dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni me conocéis á mí ni á mi Padre; si me conocieseis á mí, en verdad conocierais también á mi Padre„ (3).

Como un hombre puede equivocarse, exige la ley humana dos ó tres testigos para acreditar un hecho. Pero quien es más que un hombre, aquel que es infalible por esencia, está sobre esa ley. Basta su solo testimonio. Y es más, no son verdaderos los demás testimonios sino en cuanto al suyo se conforman. Así como en el universo es el sol quien nos hace ver al mismo sol y á todas las demás cosas; así sucede con Dios, de quien

(1) Joann., VII, 2-53.
(2) Joann., VIII, 1-11.
(3) Joann., VIII, 12-19.

Digitized by Google

es ese sol tenuísima sombra. Es Dios Padre, luz eterna; y es eterno esplendor del Padre, Dios Hijo; y es Dios Espíritu Santo, el calor vivífico de la divinidad. En Dios radica la subsistencia, el conocimiento y la vida de todo. Del dicho de estos tres testigos depende todo.

"Estas palabras dijo Jesús enseñando en el Templo, en el atrio del tesoro: y nadie le prendió, porque aún no era llegada su hora. Y en otra ocasión les dijo Jesús: Yo me voy, y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado. Adonde yo voy no podéis venir vosotros. Y decían los judíos: Por ventura, ¿se matará á sí mismo, pues ha dicho: Adonde yo voy no podéis venir vosotros? Y les decía: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis en vuestros pecados, porque si no creyereis ser lo que yo soy, moriréis en vuestro pecado. Replicábanle: Pues ¿quién eres tú? Jesús les dijo: El principio, el mismo que os hablo *(en otros términos:* Lo primero, el que os he dicho que era; *es á saber: la luz del mundo).* Muchas cosas tengo que decir y condenar en cuanto á vosotros. Mas el que me envió es verdadero: y yo, lo que oí de él eso hablo en el mundo. Y no echaron de ver que decía que Dios era su Padre. Jesús, pues, les dijo: Cuando alzareis al Hijo del Hombre entonces entenderéis que yo soy, y que nada hago de mí mismo, sino que hablo lo que mi Padre me ha enseñado. Y el que me envió, conmigo está, y no me ha dejado solo: porque yo hago siempre lo que es de su agrado.

„Cuando Jesús dijo estas cosas muchos creyeron en él. Y decía Jesús á los judíos que en él habían creído: Si vosotros perseverareis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos: y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Respondiéronle ellos: Linaje somos de Abrahán, y nunca servimos á ninguno; pues ¿cómo dices tú: Seréis libres? Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo que todo aquel que hace pecado esclavo es del pecado. Es así que el esclavo no queda para siempre en la casa: el hijo sí que permanece siempre en ella. Pues si el hijo os hiciere libres, verdaderamente seréis libres. Ya sé yo que sois hijos de Abrahán; pero tratáis de matarme porque mi doctrina no halla cabida en vosotros. Yo digo lo que vi en mi Padre, y vosotros hacéis lo que visteis en vuestro padre. Respondieron y le dijeron: Nuestro padre es Abrahán. Jesús les dijo: Si sois hijos de Abrahán haced las obras de Abrahán. Mas ahora pretendéis quitarme la vida, siendo yo un hombre que os he dicho la verdad que oí de Dios: no hizo eso Abrahán. Vosotros hacéis lo que hizo vuestro padre. Ellos le replicaron: Nosotros no somos de raza de fornicadores; un solo padre tenemos, que es Dios. Y Jesús les dijo: Si Dios fuere vuestro padre ciertamente me amaríais. Porque yo de Dios salí y vine, y no de mí mismo, sino que él me ha enviado. ¿Por qué no entendéis este mi lenguaje? Porque no podéis oir mi palabra. Vosotros sois hijos del diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre; él fué homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad: porque no hay verdad en él: cuando dice mentira habla como quien es, por ser de suyo mentiroso y padre de la mentira. Mas aunque yo os digo la verdad, no

Digitized by Google

me creéis ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si os digo verdad ¿por qué no me creéis? El que es de Dios oye las palabras de Dios. Por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Los judíos le respondieron y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que eres samaritano, y tienes demonio? Jesús respondió: Yo no tengo demonio, mas honro á mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado. Y yo no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue. En verdad, en verdad os digo que el que guardare mi palabra no verá muerte para siempre. Los judíos le dijeron: Ahora conocemos que tienes demonio. Abrahán murió, y los profetas, y tú dices: El que guardare mi palabra no gustará muerte para siempre. Por ventura, ¿eres tú mayor que nuestro Padre Abrahán, el cual murió; y los profetas, que también murieron? Tú, ¿por quién te tienes? Jesús les respondió: Si yo me glorifico á mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios. Y no le conocéis; mas yo le conozco: y si dijere que no le conozco, seré mentiroso como vosotros. Mas le conozco, y guardo su palabra. Abrahán, vuestro Padre, deseó con ansia ver mi día, le vió, y se gozó. Y los judíos le dijeron: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto á Abrahán? Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que antes que Abrahán fuese yo soy. Tomaron entonces piedras para tirárselas; mas Jesús se escondió, y salió del Templo, pasando por medio de ellos, y así pasó (1).

Consiste la verdadera libertad en estar libre de todo error en la inteligencia, de toda corrupción en la voluntad, de toda pasión desordenada en el cuerpo, en estar sometido y unido á Dios, verdad suprema y bien sumo. Esa unión del alma con Dios es la vida verdadera. En ella fué creado el primer hombre. Hízosela perder Satanás, y le hizo esclavo de la ignorancia y de la concupiscencia. En esa muerte y en esa esclavitud nacen todos los descendientes del primer hombre. De la cual sólo pueden salir renaciendo en Jesucristo por la fe, la esperanza y la caridad. Sólo él, como Dios que es, puede dar de nuevo la vida que antes había dado, rehacer su criatura tal como al principio la había hecho. He ahí por qué insiste tanto sobre su eterna divinidad. En verdad, en verdad que antes que Abrahán fuese, yo soy. Echase de ver que habla Aquel mismo que dijo á Moisés: Yo soy el que soy.

"Al pasar vió Jesús á un hombre ciego de nacimiento; y sus discípulos le preguntaron: Maestro, ¿qué pecados son la causa de que éste haya nacido ciego, los suyos ó los de sus padres? Respondió Jesús: No es por culpa de éste ni de sus padres, sino para que las obras de Dios resplandezcan en él. Conviene que yo haga las obras de aquel que me ha enviado, mientras dura el día; vendrá la noche, cuando nadie puede obrar. Mientras que estoy en el mundo, luz soy del mundo. Cuando esto hubo dicho, escupió en tierra, é hizo lodo con la saliva, y ungió con el lodo sobre los ojos del ciego. Y le dijo: Ve, lávate en la piscina de Siloe (que quiere decir enviado).

(1) Joann., VIII, 20-59.

Digitized by Google

Se fué, pues, y se lavó, y volvió con vista. Por lo cual los vecinos y los que le habían visto antes pedir limosna, decían: ¿No es éste el que estaba sentado y pedía limosna? Los unos decían: Este es. Y los otros: No es ése, sino que se le parece. Mas él decía: Yo soy. Y le decían: ¿Cómo te fueron abiertos los ojos? Respondió él: Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo y ungió mis ojos y me dijo: Ve á la piscina de Siloe y lávate. Y fuí, y me lavé, y veo. Y le dijeron: ¿En dónde está aquél? Respondió él: No sé. Llevaron á los fariseos al que había sido ciego. Y era sábado cuando hizo Jesús el lodo y le abrió los ojos. Y de nuevo le preguntaban los fariseos cómo había recibido la vista. Y él les dijo: Lodo puso sobre mis ojos, y me lavé, y veo. Y decían algunos de los fariseos: Este hombre no es de Dios, pues no guarda el sábado. Y otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos milagros? Y había discusión entre ellos. Y vuelven á decir al ciego: Y tú, ¿qué dices del que te abrió los ojos? Y él dijo: Que es profeta. Mas los judíos no creyeron de él que hubiese sido ciego, y que hubiese recibido la vista, hasta que llamaron á sus padres. Y les preguntaron y dijeron: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Pues cómo ve ahora? Sus padres les respondieron y dijeron: Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego. Pero cómo ahora ve, no lo sabemos; ó quién le haya abierto los ojos, nosotros no lo sabemos: preguntádselo á él: edad tiene; que hable él por sí mismo. Esto dijeron los padres del ciego, porque temían á los judíos; porque ya habían acordado los judíos que si alguno confesase á Jesús por Cristo, fuese echado de la sinagoga. Por eso dijeron sus padres: Edad tiene; preguntadle á él. Volvieron, pues, á llamar al hombre que había sido ciego y le dijeron: Da gloria á Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es pecador. Mas él les respondió: Si es pecador, yo no lo sé: sólo sé que yo antes era ciego, y ahora veo. Y ellos le dijeron: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? Les respondió: Ya os lo he dicho, y lo habéis oído: ¿por qué lo queréis oir otra vez? ¿por ventura queréis vosotros también haceros sus discípulos? Y le maldijeron y dijeron: Tú seas su discípulo; que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que habló Dios á Moisés; mas éste no sabemos de dónde sea. Respondió aquel hombre y les dijo: Aquí está la maravilla; que vosotros no sabéis de dónde es éste, y con todo, ha abierto mis ojos. Y sabemos que Dios no oye á los pecadores; mas si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, á éste oye. Desde que el mundo es mundo no se ha oído jamás que abriese alguno los ojos á un ciego de nacimiento. Si éste no fuese de Dios, no pudiera hacer cosa alguna. Respondieron y le dijeron: ¿En pecado eres nacido todo, y tú nos enseñas? Y le echaron fuera.

„Oyó Jesús que le habían echado fuera: y cuando le halló le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios? Respondió él, y dijo: ¿Quién es, Señor, para que yo crea en él? Díjole Jesús: Le viste ya, y es el mismo que está hablando contigo. Y él dijo: Creo, Señor. Y postrándose, le adoró. Y dijo Jesús: Yo vine á este mundo para juicios; para que vean los que no ven, y los que ven sean hechos ciegos. Y le oyeron algunos fariseos que esta-

Digitized by Google

ban con él y le dijeron: Pues qué, ¿nosotros somos también ciegos? Jesús les dijo: Si fueseis ciegos, no tendríais pecado; pero por lo mismo que decís: Nosotros vemos, por eso persevera en vosotros vuestro pecado„ (1).

Sucedióles á los fariseos lo que á los filósofos; diciéndose sabios, se tornaron necios; diciéndose ilustrados se tornaron ciegos. Y al contrario, aquellos que, como los publicanos y los pecadores, reconocían su ceguedad y error, abrieron los ojos á la verdadera luz y la verdadera sabiduría.

38. "En verdad, en verdad os digo que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, mas sube por otra puerta, aquel es ladrón y salteador. Mas el que entra por la puerta, pastor es de las ovejas. A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y á las ovejas propias llama por su nombre, y las saca. Y cuando ha sacado fuera sus ovejas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Mas al extraño no le siguen; antes huyen de él: porque no conocen la voz de los extraños. Este símil les puso Jesús; pero no entendieron lo que les decía„ (2).

Aquí el aprisco es la Iglesia; las ovejas son los fieles y particularmente los elegidos; la puerta es Jesucristo. El portero es Dios mismo, que recibe á todos los que entran por Jesucristo, es decir, en su nombre, por orden suya y por la moción de su espíritu. El verdadero pastor es el que entra por Jesucristo; el extraño, el ladrón, aquel que no tiene vocación legítima para conducir las ovejas.

"Por eso Jesús les dijo segunda vez: En verdad, en verdad os digo que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que hasta ahora han venido *(sin ser enviados, se entienda, tales como los falsos profetas y los falsos doctores)* ladrones son y salteadores, y no los oyeron las ovejas. Yo soy la puerta. Quien por mí entrare, será salvo, y entrará y saldrá, y hallará pastos. El ladrón no viene sino para hurtar, y para matar, y para destruir. Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en mayor abundancia.

„Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor da su vida por sus ovejas. Mas el mercenario y que no es el pastor, del que no son propias las ovejas, ve venir al lobo, y deja las ovejas, y huye; y el lobo arrebata y esparce las ovejas. Y el mercenario huye por la razón de que es asalariado, y no tiene interés alguno en las ovejas. Yo soy el buen Pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen. Como el Padre me conoce á mí, así conozco yo al Padre. Y doy mi vida por mis ovejas Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco; es necesario que yo las traiga, y oirán mi voz, y se hará un solo rebaño y un solo pastor.

Por eso el Padre me ama: porque doy mi vida, para tomarla otra vez. Nadie me la arranca, sino que yo la doy de mi propia voluntad, y soy dueño de darla, y dueño de recobrarla. Este es el mandamiento que recibí de mi Padre.

---

(1) Joann., IX, 1-41.
(2) Joann., X, 1-6.

Digitized by Google

„Y hubo nuevamente disensión entre los judíos por estas palabras. Y decían muchos de ellos: Demonio tiene, y está fuera de sí: ¿por qué le escucháis? Otros decían: Estas palabras no son de endemoniado; por ventura, ¿puede el demonio abrir los ojos de los ciegos? (1).

Más adelante "se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Dedicación„, establecida bajo el gobierno de los Macabeos, "y era invierno. Y aconteció que yendo Jesús á Jerusalén, pasaban por medio de Samaria y de Galilea. Y entrando en una aldea, salieron á él diez hombres leprosos, que se pararon de lejos. Y alzaron la voz, diciendo: Jesús, maestro, ten misericordia de nosotros. El, cuando los vió, dijo: Id, mostraos á los sacerdotes. Y aconteció que mientras iban quedaron limpios. Y uno de ellos, cuando vió que había quedado limpio, volvió glorificando á Dios á grandes voces. Y se postró en tierra, á los pies de Jesús, dándole gracias: y éste era samaritano. Jesús dijo entonces: Pues qué, ¿no son diez los curados?, y los nueve, ¿dónde están? No ha habido quien volviese y diese gloria á Dios, sino este extranjero. Y le dijo: Levántate, vete, que tu fe te ha hecho salvo.

„Y preguntándole los fariseos: ¿Cuándo vendrá el reino de Dios?, les respondió y dijo: El reino de Dios no ha de venir con muestras de aparato. Ni dirán: Helo aquí ó helo allí. Porque el reino de Dios está dentro de vosotros.

„Con esta ocasión dijo á sus discípulos: Tiempo vendrá en que desearéis ver un día del Hijo del hombre, y no lo veréis. Y os dirán: Vedle aquí ó vedle allí. No vayáis tras ellos, ni los sigáis. Porque como el relámpago que, relumbrando en la región inferior del cielo, resplandece de una á otra parte, así se dejará ver el Hijo del Hombre en el día suyo. Mas primero es menester que él padezca mucho, y sea desechado de esta generación. Y como fué en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del hombre. Comían y bebían, los hombres tomaban mujeres, y las mujeres, maridos; hasta el día que entró Noé en el arca, y vino el diluvio y acabó con todos. Asimismo como fué en los días de Lot. Comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y hacían casas. Y el día que salió Lot de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo, y los mató á todos. De esta manera será el día en que se manifestará el Hijo del hombre. En aquella hora quien se hallare en el terrado, y tiene también sus alhajas dentro de casa, no descienda á tomarlas; y el que en el campo, asimismo no torne atrás. Acordaos de la mujer de Lot. Todo aquel que procurare salvar su vida, la perderá, y quien la perdiere, la vivificará. Os digo que en aquella noche dos estarán en el lecho; el uno será tomado, el otro dejado: dos mujeres estarán moliendo juntas; la una será tomada, la otra dejada: dos en el campo; el uno será tomado y el otro dejado. Respondieron, y le dijeron: ¿En dónde, Señor? Y él les dijo: Doquiera que estuviere el cuerpo, allí también se congregarán las águilas„ (2).

---

(1) Joann., X, 7-21.
(2) Luc., XVII, 11-37; Joann., X, 22.

Digitized by Google

Hay dos venidas de Cristo: la primera sin aquel brillo temporal de conquistador y monarca, que se figuraban los judíos carnales, sino comenzando por lo interior del hombre; la segunda, muy gloriosa, pero de súbito, en la cual se hará la separación de los escogidos y los réprobos, y en donde los escogidos se juntarán como las águilas en rededor de Jesucristo.

"Propúsoles también esta parábola para hacer ver que conviene orar perseverantemente, y no desfallecer, diciendo: Había un juez en cierta ciudad que no temía á Dios, ni respetaba á hombre alguno. Y había en la misma ciudad una viuda, la cual solía ir á él, diciendo: Hazme justicia de mi contrario. Y él, por mucho tiempo, no quiso; pero después de esto dijo entre sí: Aunque no temo á Dios, ni á hombre tengo respeto; todavía, porque me es importuna esta viuda, le haré justicia, porque no venga tantas veces que al fin me muela. Y dijo el Señor: Oid lo que dice el injusto juez. ¿Pues Dios dejará de hacer justicia á sus escogidos, que claman á él día y noche, y ha de sufrir que se les oprima? Os digo que presto los vengará. Mas cuando viniere el Hijo del Hombre, ¿pensáis que hallará fe en la tierra?

„Y dijo también esta parábola á unos que fiaban en sí mismos, como si fuesen justos, y despreciaban á los otros. Dos hombres subieron al Templo á orar, el uno fariseo y otro publicano. El fariseo, estando en pie, oraba en su interior de esta manera: Dios, gracias te doy porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros; así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana; doy diezmos de todo lo que poseo. Mas el publicano, puesto allá lejos, no osaba ni aun alzar los ojos al cielo, sino que hería su pecho, diciendo: Dios, muéstrate propicio á mí, pecador. Os digo que éste, y no aquél, descendió justificado á su casa; porque todo hombre que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado„ (1).

Habiendo, pues, llegado á Jerusalén durante la fiesta de la dedicación, "Jesús se paseaba en el Templo por el pórtico de Salomón. Y los judíos le cercaron y le dijeron: ¿Hasta cuándo has de traer suspensa nuestra alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente. Jesús les respondió: Os lo digo y no me creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí. Mas vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen. Y yo les doy la vida eterna, y no perecerán jamás y ninguno las arrebatará de mi mano. Lo que me dió mi Padre es sobre todas las cosas, y nadie lo puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y mi Padre somos una misma cosa.

„Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas obras buenas os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreáis? Los judíos le respondieron: No te apedreamos por la

---

(1) **Luc., XVIII, 1-14.**

Digitized by Google

buena obra, sino por la blasfemia, y porque tú, siendo hombre, te haces Dios á ti mismo. Replicóles Jesús: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije: Dioses sois? Pues si llamó dioses á aquellos á quien vino la palabra de Dios, y la Escritura no puede faltar, ¿cómo de mí, á quien ha santificado el Padre, y ha enviado al mundo, decís vosotros que blasfemo porque he dicho, soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Mas si las hago, aunque á mí no me queráis creer, creed á las obras, para que conozcáis, y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre. Quisieron entonces prenderle; mas se salió de entre sus manos. Y se fué á la ribera del Jordán, á aquel lugar en donde primero estuvo bautizando Juan, y se estuvo allí. Y vinieron á él muchos, y decían: Juan, en verdad, no hizo ningún milagro. Mas todas las cosas que Juan dijo de éste eran verdaderas. Y muchos creyeron en él„ (1).

¿A quién no espantara la mala fe de los judíos? Piden á Jesús que les diga claramente si es el Cristo. Respóndeles más claramente de lo que ellos se esperaban: "Yo y mi Padre somos una misma cosa.„ Y en lugar de quedar satisfechos, quieren apedrearlo. No niega Jesús lo que ellos le reprochaban: el decir que era Dios; limítase á manifestarles que, según su misma ley, no tenían derecho de apedrearle por lo que había dicho. Apela al testimonio de sus obras para traerlos á reconocer que el Padre está en él, y él en el Padre, ó en otros términos, que él y el Padre son una misma cosa. Yo y mi Padre *somos*—he ahí la distinción de las personas—*una misma cosa*—he ahí la unidad de la substancia.

"Y le presentaron unos niños para que pusiese sobre ellos las manos y orase; mas los discípulos les reñían. Y Jesús les dijo: Dejad á los niños venir á mí, y no se lo estorbéis, porque de los tales es el reino de Dios. En verdad os digo que el que no recibiere el reino de Dios como niño, no entrará en él. Y abrazándolos y poniendo sobre ellos las manos, los bendecía.

39. Y cuando salió para ponerse en camino, corrió uno á él, é hincándosele de rodillas, le preguntaba: Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir la vida eterna? Y Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno es bueno, sino sólo Dios. Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. El le dijo: ¿Cuáles? Y Jesús le dijo: No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra á tu padre y á tu madre; y amarás á tu prójimo como á ti mismo. El mancebo le dice: Yo he guardado todo eso desde mi juventud, ¿qué me falta más? Y Jesús, poniendo en él los ojos, le mostró agrado, y le dijo: Una cosa te falta aún. Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme. Y cuando oyó el mancebo estas palabras, se fué triste, porque tenía muchas posesiones. Y Jesús, mirando alrededor, dijo á sus discípulos: ¡Con cuánta dificultad entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! En verdad os digo que con

---

(1) **Joann., X, 23-42.**

Digitized by Google

dificultad entrará un rico en el reino de los cielos. Y los discípulos se asombraban de sus palabras. Mas Jesús les respondió otra vez, diciendo: Hijitos, ¡cuán difícil cosa es entrar en el reino de Dios los que confían en las riquezas! Más fácil es el pasar un camello por el ojo de una aguja, que el entrar un rico en el reino de los cielos (1). Ellos se maravillaban más, y se decían unos á otros: ¿Y quién podrá salvarse? Entonces, mirándolos Jesús, dijo: Para los hombres es esto imposible, mas no para Dios: porque para Dios todas las cosas son posibles (2).

„Aquí Pedro, tomando la palabra, le dijo: He aquí que nosotros hemos dejado todas las cosas, y te hemos seguido, ¿qué es, pues, lo que tendremos? Y Jesús les dijo: En verdad os digo que vosotros, que me habéis seguido, cuando en la regeneración se sentará el Hijo del Hombre en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce sillas para juzgar á las doce tribus de Israel. Y cualquiera que dejare casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó tierras por mi nombre y por el Evangelio, recibirá cien tantos, ahora en este tiempo en bienes más sólidos en medio de las persecuciones, y en el siglo venidero la vida eterna. Pero muchos de los que habrán sido los primeros, serán los últimos; y muchos de los que habrán sido los últimos, serán los primeros„ (3).

Sólo Dios es por sí mismo bueno. Lo demás no lo es sino en cuanto que participa de la bondad divina. El joven á quien se dió aquella respuesta miraba á Jesucristo solamente todavía como á un profeta, si hubiera seguido el consejo de la perfección, bien pronto habría reconocido y adorado en él á su Dios, y recibido desde luego el céntuplo en gozo.

"Semejante es el reino de los cielos—continuó Jesús—á un hombre, padre de familias, que salió muy de mañana á ajustar trabajadores para su viña. Y habiendo concertado con los trabajadores darles un denario *(como quien dice, diez piezas de vellón romanas)* los envió á su viña. Y saliendo cerca de la hora de tercia, vió otros en la plaza que estaban ociosos. Y les dijo: Id también vosotros á mi viña, y os daré lo que fuere justo. Y ellos fueron. Volvió á salir cerca de la hora de sexta y de nona, é hizo lo mismo. Y salió cerca de la hora undécima, y halló otros que estaban allí, y les dijo: ¿Qué hacéis aquí todo el día ociosos? Y ellos respondieron: Porque ninguno nos ha llamado á jornal. Díceles: Id también vosotros á mi viña. Y al venir la noche, dijo el dueño de la viña á su mayordomo: Llama á los trabajadores y págales su jornal, comenzando desde los postreros hasta los primeros. Cuando vinieron los que habían

---

(1) Un autor moderno dice que había en Jerusalén una puerta llamada Ojo de la aguja, por la cual no podía pasar un camello, sino con gran dificultad, arrodillado y sin carga.—(*Nota del Censor de la presente edición.*)

(2) Discant et ivites non in facultatibus crimen haerere, sed in iis qui uti nesciant tuultatibus, nam est sunt impedimenta improbis, ita pro bis sunt adjuntenta virtutis. (*S. Ambr. in Lucam.*)

(3) Matth., XIX, 13-30; Marc., X, 13-31.

Digitized by Google

ido cerca de la hora undécima, recibió cada uno su denario. Y cuando llegaron los primeros creyeron que les darían más; pero no recibió sino su denario cada uno. Y tomándole, murmuraban contra el padre de familias, diciendo: Estos postreros sólo una hora han trabajado, y los has hecho iguales á nosotros, que hemos llevado el peso del día y del calor. Mas él respondió á uno de ellos, y le dijo: Amigo, no te hago agravio, ¿no te concertaste conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo y vete, pues yo quiero dar á este postrero tanto como á ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero? ¿Ó ha de ser tu ojo malo, porque yo soy bueno? Así serán los postreros, primeros; y los primeros, postreros. Porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos„ (1).

Dios es el padre de familias; la Iglesia, la viña; los obreros, los hombres llamados á la Iglesia por la fe; las doce horas del día, las diferentes épocas del género humano, en que los diversos pueblos, judíos y gentiles, son llamados á la Iglesia, y también las diferentes edades de la vida humana en que cada individuo es llamado á conversión; la plaza pública, el mundo entero; el denario, la vida eterna; la noche, el fin del mundo; el mayordomo, el Juez de vivos y muertos.

"Y había un enfermo llamado Lázaro, de Betania, aldea de María y de Marta, su hermana. (Y María era la que había ungido al Señor con ungüento, y limpiado sus pies con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo.) Enviaron, pues, sus hermanas á decir á Jesús: Señor, he aquí, el que amas está enfermo. Y cuando lo oyó Jesús les dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella. Jesús tenía particular afecto á Marta, y á María su hermana, y á Lázaro. Y cuando oyó que estaba enfermo se detuvo aún dos días en aquel lugar. Y pasados éstos, dijo á sus discípulos: Vamos otra vez á Judea. Los discípulos le dijeron: Maestro, ahora querían apedrearte los judíos, ¿y vas allá otra vez? Jesús respondió: Por ventura, ¿no son doce las horas del día? El que anduviere de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; mas si anduviere de noche, tropieza porque no hay luz en él. Esto dijo, y añadióles después: Lázaro, nuestro amigo, duerme; mas voy á despertarle del sueño. Y dijeron sus discípulos: Señor, si duerme, será sano. Mas Jesús había hablado de su muerte, y ellos entendieron que decía del dormir de sueño. Entonces Jesús les dijo abiertamente: Lázaro es muerto. Y me huelgo por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Mas vamos á él. Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, á los otros condiscípulos: Vamos también nosotros y muramos con él. Llegó, pues, Jesús, y halló que ya había cuatro días que estaba en el sepulcro. (Y Betania distaba de Jerusalén como unos quince estadios) *[es decir, casi media legua]*. Y habían ido muchos de los judíos á consolar á Marta y á María de la muerte de su hermano. Marta, pues, cuando oyó que venía Jesús, le salió á recibir; mas María se quedó en casa. Y Marta dijo á Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hu-

(1) **Matth., XX, 1-16.**

Digitized by Google

biera muerto. Mas también sé ahora que todo lo que pidieres á Dios, te lo otorgará Dios. Jesús le dijo: Resucitará tu hermano. Marta le dice: Bien sé que resucitará en la resurrección en el último día. Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá. Y todo aquel que vive, y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto? Ella dijo: Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo. Y dicho esto, fué y llamó en secreto á María, su hermana, y dijo: El Maestro está aquí, y te llama. Ella cuando lo oyó, se levantó luego y fué á encontrarle. Porque Jesús aún no había llegado á la aldea, sino que se estaba en aquel lugar donde Marta salió á recibirle. Los judíos, pues, que estaban en la casa con ella, y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado apresurada, y había salido, la siguieron diciendo: Al sepulcro, va á llorar allí. Y María, cuando llegó adonde Jesús estaba, se postró á sus pies, y le dice: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. Jesús, cuando la vió llorando, y que también lloraban los judíos que habían venido con ella, gimió en su ánimo, y se turbó á sí mismo. Y dijo: ¿En dónde le pusisteis? Le dijeron: Ven, Señor, y lo verás. Y lloró Jesús. Y dijeron entonces los judíos: Ved cómo le amaba. Y algunos de ellos dijeron: Pues éste que abrió los ojos del que nació ciego, ¿no pudiera hacer que éste no muriese? Mas Jesús, gimiendo otra vez en sí mismo, fué al sepulcro. Era una gruta; y habían puesto una losa sobre ella. Dijo Jesús: Quitad la losa. Marta, hermana del difunto, le respondió: Señor, ya hiede, porque es muerto de cuatro días. Jesús le dijo: ¿No te he dicho que, si creyeres, verás la gloria de Dios? Quitaron, pues, la losa, y Jesús, alzando los ojos á lo alto, dijo: Padre, gracias te doy porque me has oído. Yo bien sabía que siempre me oyes; mas por el pueblo que está alrededor lo dije, para que crean que tú me has enviado. Y habiendo dicho esto, gritó en alta voz diciendo: Lázaro, sal afuera. Y en el mismo punto salió el que había estado muerto, atados los pies y las manos con vendas, y cubierto el rostro con un sudario. Jesús les dijo: Desatadle y dejadle ir. Muchos, pues, de los judíos que habían venido á ver á María y á Marta, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él. Mas algunos de ellos se fueron á los fariseos y les dijeron lo que había hecho Jesús. Y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos juntaron concilio, y decían: ¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchos milagros. Si lo dejamos así, creerán todos en él: y vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nación. Mas uno de ellos, llamado Caifás, que era el Sumo Pontífice de aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nación perezca. Mas esto no lo dijo de sí mismo, sino que siendo Sumo Pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación; y no solamente por la nación, sino también para juntar en uno los hijos de Dios que estaban dispersos. Y así desde aquel día pensaron cómo le darían muerte„ (1).

(1) Joann., XI, 1-53.

Digitized by Google

Este hombre hace muchos milagros —dicen los pontífices y los fariseos. No niegan el hecho que tan manifiesto era. *¿Qué hacemos?* Fácil parecía la respuesta: pues creer en él; pero la avaricia, el falso celo, la hipocresía, la ambición, la tiranía sobre las conciencias; estos defectos de ellos, que Jesús descubría, por más que los ocultasen bajo el antifaz de celo por la religión, los cegaban. En tal estado *no pueden creer,* como luego lo veremos; y prefieren resistir á Dios antes que renunciar al propio poderío.

Vendrán los romanos, y arruinarán nuestra ciudad, nuestro Templo y toda nuestra nación. Vense aquí todos los caractéres de la falsa política, y una imitación, pero en sentido inverso, de la buena.

La verdadera política es previsora, y con ello se muestra prudente. Echanselas éstos también de prudentes y previsores. Vendrán los romanos, sí, vendrán ciertamente; mas no como vosotros pensáis, porque se haya reconocido al Salvador, sino al contrario, por haber dejado de reconocerle. Perecerá la nación; previsteis bien; perecerá, en efecto, pero por los medios de que pretendíais valeros para salvarla, que tan ciegas van vuestra política y vuestra previsión.

La política es hábil y capaz. De capaces blasonan éstos. Obsérvese con que tono de suficiencia dice Caifás: "Vosotros no sabéis nada„, y él era quien nada sabía. Conviene que muera un hombre por el pueblo. Decía verdad; pero no en el sentido que él pensaba.

Sacrifica la política el bien particular al bien público, y esto es justo hasta cierto punto. Conviene que muera un hombre por el pueblo: significaba él que se podía condenar al último suplicio á un inocente con pretexto del bien público; lo cual no puede ser lícito jamás. Porque, al contrario, la sangre inocente clama venganza contra los que la derraman.

Es la grande habilidad de los políticos dar aparentes pretextos de sus malos designios. No hay pretexto más especioso que el bien público que los pontífices y sus adherentes aparentaban proponerse. Mas Dios les confundió, y la política de ellos arruinó el Templo, la ciudad y la nación que aparentaban querer salvar. Y á ellos mismos les dijo Jesucristo: He aquí que vuestra casa va á quedar desierta, vosotros y vuestros hijos llevaréis el peso de vuestra iniquidad, y todo perecerá por los romanos, á quienes aparentáis querer contemplar (1).

40. "Por lo cual no se mostraba ya Jesús en público entre los judíos, sino que se retiró á un territorio cerca del desierto, á una ciudad llamada Efrém, y allí moraba con sus discípulos. Y estaba ya cerca la Pascua de los judíos; y muchos de aquella tierra subieron á Jerusalén antes de la Pascua, para purificarse. Y buscaban á Jesús y se decían, estando en el Templo: ¿Qué os parece de que no haya venido á la fiesta? Y los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado mandamiento que si alguno sabía en dónde estaba, lo manifestase para prenderle„ (2).

Desde que Herodes, el mayor, se había abrogado el derecho de nom-

(1) Bossuet. *Médit. sur l'Ev.*
(2) Joann., XI, 54-56.

Digitized by Google

brar sumo sacerdote y deponerlo, habían venido las cosas á tal punto que el pontificado se daba sólo por un año. De ahí el número de sumos sacerdotes ó pontífices que figuran en el Evangelio. Como todos se nombraban de la raza de Aarón eran legítimos desde ese punto de vista, y gozaban del don de profecía, que estaba como anejo al cargo. Mas esta instabilidad continua, desconocida antes, era síntoma bastante manifiesto de que llegaba á sus postrimerías aquel sacerdocio.

"Continuaban su viaje subiendo á Jerusalén, y Jesús iba delante de ellos, y se maravillaban, y le seguían con miedo. Y volviendo á tomar aparte á los doce, comenzó á decirles las cosas que habían de venir sobre él. Mirad, vamos á Jerusalén, y serán cumplidas todas las cosas que escribieron los profetas del Hijo del hombre. Será entregado á los príncipes de los sacerdotes, y á los escribas y á los ancianos, y le sentenciarán á muerte, y le entregarán á los gentiles. Y le escarnecerán, y le escupirán, y le azotarán y le quitarán la vida: y al tercero día resucitará. Mas ellos no entendieron nada de esto, y esta palabra les era escondida, y no entendían lo que les decía. Entonces se acercó á él la madre de los hijos del Zebedeo, con sus hijos Santiago y Juan, que se prosternaron y dijeron: Maestro, queremos que nos concedas todo lo que te pidiéremos. Y él les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Ella le dijo: Di que estos mis dos hijos se sienten en tu reino, el uno á tu derecha y el otro á tu izquierda. Y respondiendo Jesús, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Dícenle: Podemos. Díjoles: En verdad beberéis mi cáliz; mas el estar sentados á mi derecha ó á mi izquierda no me toca concederlo á vosotros, sino á los que están preparados por mi Padre„ (1).

Ofreciéronse á todo los Apóstoles ambiciosos, mas Jesús, que veía bien que se ofrecían á los padecimientos sólo por ambición, no quiso acceder. Acepta su palabra en cuanto á la Cruz; mas tocante á la gloria, los remite á los eternos decretos de su Padre y á sus secretos consejos. En lo cual es necesario no perder nunca de vista aquella palabra dirigida por el Salvador á su mismo Padre: Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías.

"Y cuando los diez oyeron esto, comenzaron á indignarse contra los dos hermanos Santiago y Juan. Mas Jesús los llamó y les dijo: Sabéis que aquellos que se ven dominar á las gentes las tratan con imperio: y los príncipes de ellas tienen potestad sobre ellas. Mas no es así entre vosotros; antes, el que quisiere ser el mayor será vuestro criado. Y el que quisiere ser el primero entre vosotros, será siervo de todos. Porque el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida por rescate de muchos„ (2).

"Y aconteció que, acercándose á Jericó, estaba un ciego sentado cerca del camino, pidiendo limosna. Y cuando oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquéllo. Y le dijeron que pasaba Jesús Naza-

(1) Matth., XX, 17-23; Marc., X, 32-40; Luc., XVIII, 31-34.
(2) Matth., XX, 24-28; Marc., X, 41-45.

Digitized by Google

reno. Y dijo á voces: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí. Y los que iban delante le reñían para que callase. Mas él gritaba mucho más: Hijo de David, ten misericordia de mí. Y Jesús, parándose, mandó que se lo trajesen. Y cuando estuvo cerca, le preguntó, diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él respondió: Señor, que vea. Y Jesús le dijo: Ve, tu fe te ha hecho salvo. Y luego vió, y le seguía glorificando á Dios. Y todo el pueblo, cuando vió esto, dió loor á Dios„ (1).

"Y habiendo entrado Jesús, pasaba por Jericó. Y he aquí un hombre llamado Zaqueo, y éste era uno de los principales entre los publicanos y rico, y procuraba ver á Jesús quién fuese, y no podía por la mucha gente, porque era pequeño de estatura. Y corriendo delante, se subió en un árbol sicomoro para verle, porque por allí había de pasar. Y cuando llegó Jesús á aquel lugar, alzando los ojos, le vió y le dijo: Zaqueo, baja luego; porque conviene que yo me hospede hoy en tu casa. Y él descendió apresurado, y le recibió gozoso. Todo el mundo al ver esto murmuraba, diciendo, que había ido á posar á casa de un pecador. Mas Zaqueo, presentándose al Señor, le dijo: Señor, la mitad de mis bienes doy á los pobres, y si en algo he defraudado á alguno le vuelvo cuatro tantos más. Y Jesús le dijo: Hoy ha venido la salud á esta casa; porque él también es hijo de Abrahán. Pues el Hijo del Hombre vino á salvar y á buscar lo que había perecido.

„Oyendo ellos esto, prosiguió diciéndoles una parábola, con ocasión de estar cerca de Jerusalén, y porque pensaban que luego se manifestaría el reino de Dios. Dijo, pues: Un hombre noble fué á una tierra distante para recibir allí un reino y después volverse. Y habiendo llamado á diez de sus siervos, les dió diez marcos y les dijo: Traficad entretanto que vengo. Mas los de su ciudad le aborrecían, y enviando en pos de él una embajada, la dijeron: No queremos que reine éste sobre nosotros. Y cuando volvió, después de haber recibido el reino, mandó llamar á aquellos siervos á quienes había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno. Llegó, pues, el primero, y dijo: Señor, tu marco ha ganado diez marcos. Y le dijo: Está bien, buen siervo; pues que en lo poco has sido fiel, tendrás potestad sobre diez ciudades. Y vino otro, y dijo: Señor, tu marco ha ganado cinco marcos. Y dijo á éste: Tú tenla sobre cinco ciudades. Y vino el tercero, y dijo: Señor, aquí tienes tu marco, el cual he tenido guardado en un lienzo, porque tuve miedo de ti, que eres hombre recio de condición; llevas lo que no pusiste, y siegas lo que no sembraste. Entonces él le dijo: Mal siervo, por tu propia boca te condeno; sabías que yo era hombre recio de condición, que llevo lo que no puse, y siego lo que no sembré; pues ¿por qué no diste mi dinero al banco, para que cuando volviese, lo tomara con las ganancias? Y dijo á los que estaban allí: Quitadle el marco y dádselo al que tiene los diez marcos. Y ellos le dijeron: Señor, que tiene diez marcos. Pues yo os digo que á todo aquel

---

(1) **Luc., XVIII, 35-43.**

Digitized by Google

que tuviere, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, se le quitará aun lo que tiene. Y en cuanto á aquellos mis enemigos que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traedlos acá, y quitadles la vida en mi presencia. Y dicho esto, iba delante subiendo á Jerusalén„ (1).

Ese hombre de elevada alcurnia es Jesucristo, Hijo de Dios, Hijo de David; el reino de que va á tomar posesión es el cielo; los diez marcos ó minas, cada una de las cuales valía como cien libras, que distribuye á sus siervos, son las diversas gracias y dones que reparte á sus ministros para ganarle almas; los compatriotas que no quieren que reine sobre ellos y cuya muerte se ordena, son los judíos, que le han rechazado y que son á su vez rechazados.

"Y saliendo ellos de Jericó, les siguió mucha gente. Y he aquí que dos ciegos, sentados junto al camino, oyeron que Jesús pasaba, y comenzaron á gritar, diciendo: Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros. Y la gente les reñía para que callasen. Pero ellos alzaban más el grito, diciendo: Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros.„ Y se paró Jesús y los mandó llamar. Llamaron, pues, á los ciegos y les dijeron: Tomad buen ánimo; levantaos, que os llama. Ellos arrojaron las capas y al instante se pusieron en pie y vinieron á él. "Y Jesús se paró y los llamó y dijo: ¿Qué queréis que os haga? Señor—le respondieron,—que sean abiertos nuestros ojos. Y Jesús, compadecido de ellos, les tocó los ojos. Y vieron en el mismo instante, y le siguieron„ (2).

"Jesús, pues, seis días antes de la Pascua vino á Betania, en donde había muerto Lázaro, al que resucitó Jesús. Y le dieron allí una cena en casa de Simón el Leproso [*llamado así por haberlo sido*], y Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados con él á la mesa. Entonces María tomó una libra de ungüento de nardo puro de gran precio, y ungió los pies de Jesús, y le enjugó los pies con sus cabellos, y quebrando el vaso derramó el bálsamo sobre la cabeza de él estando recostado á la mesa, y se llenó la casa del olor del ungüento. Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que le había de entregar: ¿Por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos denarios, y se ha dado á los pobres? Y dijo esto, no porque él pasase algún cuidado por los pobres; sino porque era ladrón, y llevando la bolsa, llevaba el dinero que se echaba en ella. Y algunos de los discípulos [*á su ejemplo*] lo llevaban muy á mal entre sí mismos, y decían: ¿A qué fin es este desperdicio de ungüento? Pues pudiera venderse este ungüento por más de trescientos denarios, y darse á los pobres. Y bramaban contra ella. Mas entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿Por qué sois molestos á esta mujer? pues ha hecho conmigo una buena obra. Porque siempre tendréis los pobres con vosotros y cuando quisiereis les podéis hacer bien; mas á mí no siempre me tenéis. Hizo ésta lo que pudo; porque derramando este ungüento sobre mi cuerpo, para sepultarme lo hizo; se adelantó á ungir mi cuerpo para la sepultura. En ver-

(1) Luc., XIX, 1-28.
(2) Matth., XX, 29-34; Marc., X, 46-52.

Digitized by Google

dad os digo, que dondequiera que fuere predicado este Evangelio por todo el mundo, también lo que ésta ha hecho será contado en memoria de ella (1).

„Entretanto una gran multitud de judíos, luego que supieron que Jesús estaba allí, vinieron, no sólo por Jesús, sino también por ver á Lázaro, á quien había resucitado de entre los muertos. Por eso los príncipes de los sacerdotes pensaron quitar también la vida á Lázaro: porque muchos por él se separaban de los judíos, y creían en Jesús (2).

41. „Al día siguiente, cuando iban acercándose á Jerusalén, y llegaron á Betfage, al pie del monte de los Olivos, envió entonces Jesús á dos de sus discípulos, diciéndoles: Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis un asna atada, y un pollino con ella atado, sobre el que no ha subido aún ningún hombre, desatadlo y traedlo. Y si alguno os preguntare: ¿Por qué lo desatáis?, respondedle que el Señor lo ha menester: y luego os le dejará. Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijo el profeta: Decid á la hija de Sión: Mira que viene á ti tu Rey, lleno de mansedumbre, sentado sobre un asna y un pollino hijo de la que está acostumbrada al yugo. Y fueron los discípulos, é hicieron como les había mandado Jesús. Y fueron y hallaron el pollino atado fuera, á la puerta, en la encrucijada, y lo desatan. Y cuando desataban el pollino le dijeron: ¿Por qué desatáis el pollino? Y ellos respondieron como Jesús les había mandado: Porque el Señor lo ha menester, y se lo dejaron. Y trajeron el asna y el pollino y pusieron sobre ellos sus vestidos, y se sentó encima; como está escrito: No temas, hija de Sión; he aquí tu Rey, que viene sentado sobre el pollino de una asna. Esto no entendieron sus discípulos al principio; mas cuando fué glorificado Jesús, entonces se acordaron que estaban estas cosas escritas de él, y que le hicieron estas cosas. Y una grande muchedumbre de gente que había venido á la fiesta, cuando oyeron que Jesús venía á Jerusalén, tomaron ramos de palma y salieron á recibirle, y clamaban: ¡Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel! Y muchos tendieron sus vestiduras por el camino y otros cortaban ramos de los árboles y los ponían por donde había de pasar. Y cuando se acercó á la bajada del Monte de los Olivos, todos los discípulos, en gran número, transportados de gozo, comenzaron á alabar á Dios en alta voz por todos los prodigios que habían visto, diciendo: ¡Bendito el Rey que viene en el nombre del Señor, paz en el cielo y gloria en las alturas! Y las gentes que iban delante y las que seguían detrás gritaban, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David; bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! Y daba testimonio la mucha gente que estaba con Jesús, de cuando llamó á Lázaro del sepulcro, y le resucitó de entre los muertos. Y por esto vinieron á recibirle las gentes; porque habían oído que él había hecho este milagro. Mas los fariseos dijeron unos á otros: ¿No veis que nada adelantamos? Mirad que todo el mundo se va

(1) Matth., XXVI, 6-13; Marc., XIV, 3-9; Joann., XII, 1-8.
(2) Joann., XII, 9-11.

Digitized by Google

en pos de él. Y algunos de los fariseos que estaban entre la gente, le dijeron: Maestro, reprende á tus discípulos. El les respondió: Os digo que si estos callasen, las piedras darán voces.

„Y cuando llegó cerca, al ver la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡Ah, si tú reconocieses siquiera en este tu día lo que puede atraerte la paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días contra ti, en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes; y te derribarán en tierra, y á tus hijos que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación„ (1).

"Y cuando entró en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es éste? Y los pueblos decían: Este es Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea.

„Y entró Jesús en el Templo de Dios... Y vinieron á él ciegos y cojos en el Templo y los sanó. Y cuando los príncipes de los sacerdotes y los escribas vieron las maravillas que había hecho, y los muchachos en el Templo gritando y diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David!, se indignaron y le dijeron: ¿Oyes lo que dicen éstos? Y Jesús les dijo: Sí. ¿Nunca leisteis que de la boca de los infantes y niños de pecho sacaste la perfecta alabanza?„ (2).

"Y había allí algunos gentiles [*ó helenos*] de aquellos que habían subido á adorar en el día de la fiesta. Estos, pues, se llegaron á Felipe, que era de Bethsaida de Galilea, y le rogaban diciendo: Señor, queremos ver á Jesús. Vino Felipe, y lo dijo á Andrés, y Andrés y Felipe lo dijeron á Jesús. Y Jesús les respondió diciendo: Viene la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, él solo queda; mas si muriere, mucho fruto lleva. Quien ama su alma la perderá; mas quien aborrece su alma en este mundo, para vida eterna la guarda. Si alguno me sirve, sígame; y en donde yo estoy, allí tambien estará mi ministro. Y si alguno me sirviere, le honrará mi Padre. Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Mas por eso he venido á esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo que dijo: Ya lo he glorificado, y otra vez lo glorificaré. Las gentes que estaban allí, cuando oyeron la voz decían que había sido un trueno. Otros decían: Un ángel le ha hablado. Respondió Jesús y dijo: No ha venido esta voz por mi causa; sí por causa de vosotros. Ahora es el juicio del mundo; ahora será lanzado fuera el príncipe de este mundo. Y si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré á mí mismo. (Y decía esto para demostrar de qué muerte había de morir)„ (3).

Al acercarse los gentiles que deseaban verle, pone al punto Jesús su pensamiento en la vocación de los gentiles, que debía ser el fruto de su

---

(1) Matth., XXI, 1-9; Marc., XI, 1-10; Luc., XIX, 29-44; Joann., XII, 12-19.
(2) Matth., XXI, 10-16.
(3) Joann., XII, 20-33.

Digitized by Google

muerte. Presentes tiene aquellas grandes profecías en que se le dan por herencia las naciones, y en lo poco ve lo mucho. Lo que al tiempo de su nacimiento habían comenzado los Magos, la conversión de la gentilidad en sus personas, lo continúan y figuran éstos también, próxima ya su muerte; y viendo el Redentor coincidir este deseo de verle en los gentiles con el deseo en los judíos de perderle, ve á un mismo tiempo en aquella muestra iniciarse el gran misterio de la vocación de los unos, con la ceguedad y reprobación de los otros. Por eso dice: "Viene la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre„. Van á venir los gentiles, y va á extenderse su reino por todos los ámbitos de la tierra.

Y más veía: veía que, según las antiguas profecías, ese nuevo pueblo y esa numerosa posteridad prometida habrá de adquirirla por su muerte. "Traspasaron mis manos y mis pies„, había dicho David antes de añadir que "todos los confines de la tierra recordarán y se convertirán al Señor„. Y la dilatada descendencia se la promete Isaías para después de haber entregado su alma. Penetrado Jesús de esta verdad, después de haber dicho: "Viene la hora en que sea glorificado el Hijo del Hombre„, añade: "Si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, él solo queda; mas si muriere, mucho fruto lleva.„ Vemos así en las palabras de Jesús el fiel comentario y la verdadera explicación de las profecías.

Ahora mi alma está turbada. He aquí el comienzo de su agonía, de aquella agonía que había de padecer en el Huerto de los Olivos, de aquel combate interior en que tendrá contra sí el suplicio, y á su Padre mismo en cierta manera, y á sí propio. *¿Y qué diré? ¡Padre, sálvame de esta hora!* Mas no, *por eso he venido á esta hora. Padre, glorifica tu nombre.* Y así, abnegándose por la devoción á su Padre, lanzará fuera al príncipe de este mundo, y atraerá desde lo alto de la Cruz todas las cosas hacia sí mismo.

"La gente le respondió: Nosotros habemos oído de la ley, que el Cristo permanece para siempre; ¿pues cómo dices tú, conviene que sea alzado el Hijo del hombre? ¿Quién es este Hijo del hombre? Jesús les dijo: La luz aún está entre vosotros un poco de tiempo. Andad mientras que tenéis luz, porque no os sorprendan las tinieblas; y el que anda en tinieblas, no sabe adonde va. Mientras que tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz.

"Estas cosas les dijo Jesús, y fué y se escondió de ellos. Mas aunque había hecho á presencia de ellos tantos milagros, no creían en él; de suerte que vinieron á cumplirse las palabras que dijo el profeta Isaías: Señor, ¿quién ha creído á lo que oyó de nosotros? ¿Y de quién ha sido conocido el brazo del Señor? Por eso no podían creer, pues ya Isaías dijo también: Cegó sus ojos y endureció su corazón: para que con los ojos no vean y no perciban en su corazón, por temor de convertirse y de que yo los cure. Esto dijo Isaías cuando vió su gloria y habló de él„ (1).

---

(1) Joan., XII, 34-41.

Digitized by Google

Endurece Dios al hombre, como el sol hiela y endurece la tierra, cuando ésta se aparta de él. El hombre que no se reconoce enfermo, no puede creer en el médico que viene á curarlo. Tales eran las disposiciones de los judíos.

"Con todo eso, aun de los principales, muchos creyeron en él; mas por causa de los fariseos no lo manifestaban, por no ser echados de la sinagoga. Porque amaron más la gloria de los hombres, que la gloria de Dios.

„Y Jesús alzó la voz y dijo: Quien cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado. Y el que me ve á mí, ve á aquel que me ha enviado. Yo, que soy la luz, he venido al mundo para que todo aquel que en mí crea, no permanezca en tinieblas. Y si alguno oyere mis palabras y no las guardare, no le juzgo yo. Porque no he venido á juzgar al mundo, sino á salvar al mundo. El que me desprecia, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado ella le juzgará en el día postrimero. Porque yo no he hablado de mí mismo, mas el Padre que me envió, él me dió mandamiento de lo que tengo de decir y de lo que tengo de hablar. Y sé que su mandamiento es la vida eterna. Pues lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho, así lo hablo„ (1).

"Así entró Jesús en Jerusalén al templo, donde, después de haberlo reconocido todo, como fuese ya tarde, se salió á Betania con los doce, y se estuvo allí. Y por la mañana, cuando volvía á la ciudad, tuvo hambre. Y viendo á lo lejos una higuera que tenía hojas, fué allá por si hallaría alguna cosa en ella: y llegando, nada encontró, sino follaje: porque no era tiempo de higos. Y hablando á la higuera, le dijo: Nunca jamás coma ya nadie fruto de ti. Lo cual oyeron sus discípulos. Y la higuera quedó luego seca„ (2).

El tiempo de la madurez de los higos en la tierra prometida, como también en nuestro país, es propiamente á fin del verano. Hay, sin embargo, una casta de higos que maduran tres veces al año. De éstos ya podía haberlos maduros por Pascuas. En esta higuera han visto los Santos Padres la imagen del pueblo judío. Y tanto más natural es esta explicación, cuanto que ya aquel año había comparado el Salvador á aquel pueblo con una higuera cuyo dueño había en vano por tres años buscado frutos en ella y ordenado, en vista de ello, derribarla, pero por intercesión la había dejado todavía aquel año, por ver si daba frutos. Semejante á tal árbol, enorgullecíase la sinagoga con el follaje; pero sin dar fruto alguno. Continuaban observándose en el magnífico templo las santas y significativas ceremonias; pero se atendía sólo á las ceremonias exteriores. El Dominador que los padres habían buscado y el ángel del Testamento que habían querido, vino á su Templo, y aquella generación le desconoció. Madura estaba para ser juzgada.

"Habiendo entrado Jesús en el templo de Dios, echó fuera de él á todos los que vendían allí y compraban, y derribó las mesas de los ban-

(1) Joann., XII, 42-50.
(2) Matth., XXI, 17-19; Marc., XI, 11-14.

Digitized by Google

queros, y las sillas de los que vendían las palomas. Y no consentía que nadie transportase mueble alguno por el Templo. Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa, casa de oración será llamada de todas las gentes? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y cada día enseñaba en el Templo. Mas los príncipes de los sacerdotes, y los escribas y los principales del pueblo le querían matar. Y no sabían qué hacerse con él. Porque todo el pueblo estaba maravillado de su doctrina, embelesado cuando le oía. Y cuando vino la tarde se salió de la ciudad„ (1).

"Y al pasar por la mañana vieron que la higuera se había secado de raíz. Con lo cual, acordándose Pedro, le dijo: Maestro, mira cómo la higuera que maldijiste se ha secado. Y respondiendo Jesús, les dijo: Tened fe de Dios. En verdad os digo que cualquiera que dijere á este monte: Levántate y échate en el mar; y no dudare en su corazón, mas creyere que se hará cuanto dijere, todo le será hecho. Por tanto os digo que todas las cosas que pidiereis en la oración, tened fe de conseguirlas, y se os concederán. Y cuando estuviereis para orar, si tenéis alguna cosa contra alguno, perdonadle: para que vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone también vuestros pecados. Porque si vosotros no perdonareis tampoco vuestro Padre, que está en los cielos, os perdonará vuestros pecados„ (2).

Preséntase aún á nuestra contemplación el milagro de la higuera seca. Es el pueblo judío, pueblo sin rey, sin altar, sin sacrificio, sin forma de pueblo: higuera muerta, pero monumento vivo de los juicios de Dios. Mientras que vemos por otro lado alzarse la Iglesia católica, protegiendo bajo su sombra á las naciones y alimentándolas con sus frutos: monumento de las misericordias de Dios y de la alianza eterna jurada á los patriarcas.

42. "Y aconteció un día que estando él en el Templo enseñando y evangelizando, se juntaron los príncipes de los sacerdotes y los escribas con los ancianos, y le hablaron de esta manera. Dinos, ¿con qué autoridad haces estas cosas, ó quien te dió esta potestad? Respondiendo Jesús, les dijo: Quiero también preguntaros una palabra, y si me la dijereis, también yo os diré con qué potestad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿era del cielo ó de los hombres? Respondedme. Y ellos estaban entre sí pensando, y decían: Si dijéremos que del cielo, nos dirá: ¿Por qué no le creisteis? Si dijéremos de los hombres, tememos al pueblo, nos apedreará. Porque todos estaban persuadidos que Juan era verdaderamente profeta. Y respondieron á Jesús, diciendo: No lo sabemos. Y Jesús les respondió y dijo: Pues ni yo tampoco os diré con qué autoridad hago estas cosas„ (3).

He ahí confundidos el orgullo y la hipocresía de aquellos preguntadores de mala fe. No merecían ellos que el Salvador les dijese de nuevo lo

---

(1) Matth., XXI, 12 y 13; Marc., XI, 15-19, Luc., XIX, 45-48.
(2) Matth., XXI, 20-22; Marc., XI, 20-26.
(3) Matth., XXI, 23-27; Marc., XI, 27-33; Luc., XX, 1-8.

Digitized by Google

que cien veces les tenía dicho, y que otras tantas habían rehusado creer.

"Mas ¿qué os parece?—continuó Jesús.—Un hombre tenía dos hijos, y llegando al primero le dijo: Hijo, ve hoy y trabaja en mi viña. Y respondiendo él, le dijo: No quiero. Mas después se arrepintió, y fué. Y llegando al otro, le dijo lo mismo, y respondiendo él, dijo: Voy, señor. Mas no fué. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Dicen ellos: El primero. Jesús les dice: En verdad os digo que los publicanos y las rameras os precederán en el reino de Dios. Porque vino Juan á vosotros en camino de justicia y no le creisteis. Y los publicanos y las rameras le creyeron, y vosotros, ni con ver esto os movisteis después á penitencia para creer en él„ (1).

"Luego comenzó á decir al pueblo esta parábola: Había un padre de familias, que plantó una viña, y la cercó de vallado, y cavando hizo en ella un lagar, y edificó una torre, y la dió en renta á unos labradores, y marchóse lejos de su tierra por una larga temporada. Y á su tiempo envió uno de sus siervos á los labradores para que recibiese de los labradores el fruto de la viña. Mas ellos, asiendo de él, le apalearon, y le despacharon con las manos vacías. Y volvió á enviarles otro siervo y le trataron de la misma manera, le apedrearon, le descalabraron y, llenándole de baldones, le remitieron sin nada. Y volvió á enviar otro tercero, á quien ellos del mismo modo hirieron, y le echaron fuera, y le mataron; y envió otros muchos, de los cuales á unos hirieron y á otros mataron. Y dijo el dueño de la viña: ¿Qué haré? Enviaré á mi amado hijo; puede ser que cuando le vean le respeten. Como tuviese, pues, aún un hijo á quien amaba tiernamente, se lo envió también el postrero, diciendo: Tendrán respeto á mi hijo. Cuando le vieron los labradores pensaron entre sí y dijeron: Este es el heredero; matémosle para que sea nuestra la heredad. Y sacándole fuera de la viña, le mataron. Pues cuando viniere el dueño de la viña, ¿qué hará á aquellos labradores? Hará—dijeron ellos—que esta gente tan mala perezca miserablemente, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen los frutos á sus tiempos. Vendrá [dijo Jesús] y destruirá estos labradores y dará su viña á otros. Y como ellos lo oyeron le dijeron: Nunca tal sea [*reparando que de ellos se trataba*]. Y él mirándolos, dijo: ¿Pues qué es esto que está escrito? ¿Nunca leisteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificantes esa misma vino á ser la clave del ángulo? El Señor es el que ha hecho esto, y es una cosa admirable á nuestros ojos. Por tanto os digo, que quitado os será el reino de Dios, y será dado á un pueblo que haga los frutos de él. Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere le desmenuzará„ (2).

El padre de familias en esta parábola es Dios Padre; su viña el reino de los cielos en la tierra; los labradores son los pontífices, hijos de Aaron, los reyes de Israel, los doctores de la ley; los siervos diversas veces enviados, los profetas; el hijo único, Jesucristo, el cual es muerto fuera de

(1) Matth., XXI, 28-32.
(2) Matth, XXI, 33 34; Marc., XII, 1 12; Luc., XX, 9-19.

Digitized by Google

la viña, fuera de Jerusalén. Y aquella piedra desechada por los arquitectos, vendrá á ser la clave principal del ángulo, reuniendo en uno los dos pueblos, los judíos y los gentiles.

"Oídas estas parábolas de Jesús, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos entendieron que de ellos se hablaba. Y queriendo prenderle, temieron al pueblo; porque era mirado como un profeta„ (1).

"Entretanto Jesús, prosiguiendo la plática, les habló de nuevo por parábolas, diciendo: En el reino de los cielos acontece lo que á cierto rey que celebró las bodas de su hijo. Y envió sus siervos á llamar á los convidados á las bodas; mas no quisieron ir. Envió de nuevo otros siervos diciendo: Decid á los convidados: He aquí que he preparado mi banquete, mis terneros y los animales cebados están ya muertos, todo está pronto; venid á las bodas. Mas ellos lo despreciaron y se fueron el uno á su granja, y el otro á su tráfico. Y los otros echaron mano de los siervos y, después de haberlos llenado de ultrajes, los mataron. Y el rey, cuando lo oyó, se irritó, y enviando sus ejércitos, acabó con aquellos homicidas, y puso fuego á su ciudad.

„Entonces dijo á sus siervos: Las prevenciones para las bodas están hechas; mas los que habían sido convidados no fueron dignos. Pues id á las salidas de los caminos, y á cuantos hallareis, llamadlos á las bodas. Y habiendo salido sus siervos á los caminos, congregaron cuantos hallaron, malos y buenos, y se llenaron las bodas de convidados. Y entró el rey para ver á los que estaban á la mesa, y vió allí un hombre que no estaba vestido con vestidura de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado tú aquí, sin vestidura de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo á sus ministros: Atado de pies y manos, arrojadle en las tinieblas exteriores; allí será el llorar y el crujir de dientes. Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos„ (2).

El esposo en esa boda es Jesucristo, Hijo de Dios, que vino para desposarse con su Iglesia, recogerla con su sangre, darle en dote su reino, asociarla á su gloria. Un gran festín hace dando su santa palabra para alimento de las almas, y dándose á sí mismo á su pueblo todo, como pan de la eterna vida. Fueron los primeros invitados los judíos. Llamados después los gentiles. Mas para entrar al festín preciso es llevar la vestidura de boda. Era costumbre en Oriente que los personajes de viso, y, con mayor razón, los reyes, regalasen vestidos blancos á sus convidados en los banquetes solemnes. Entre los antiguos era un vestido blanco y sin mancha el adorno de los hombres. De ahí en la Escritura las comparaciones del pecado con una vestidura sucia, de la justicia con una vestidura de fiesta. Y de ahí la confusión del convidado que no se había cuidado de tomar la vestidura nupcial con que le habían brindado. Imagen patente del cristiano que va al banquete eucarístico sin haber purificado su túnica bautismal por el Sacramento de la Penitencia.

---

(1) Matth., XXI, 45 y 46.
(2) Matth., XXII, 1-14.

Digitized by Google

"Entonces los fariseos se fueron y consultaron entre sí, cómo le sorprenderían en lo que hablase. Entretanto, como andaban acechándole, enviaron malsines que se fingiesen justos, sus discípulos juntamente con los herodianos [*los últimos serían políticos, cortesanos, probablemente, de Herodes Agripa, que estaba entonces en Jerusalén por la fiesta de la Pascua*], para cogerle en alguna palabra, á fin de entregarle á la potestad y jurisdicción del gobernador. Estos, pues, le preguntaron, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios en verdad, y que no te cuidas de cosa alguna, porque no miras á la persona de los hombres. Dinos, pues, ¿qué te parece? ¿Es lícito dar el tributo á César ó no?„ (1).

Cuestión delicada entre los judíos. Después del destierro de Herodes Arquelao, cuando fué reducida la Judea á provincia romana, estaban obligados á pagar un tributo al emperador romano. Hubo un levantamiento de consideración, cuando Quirino, gobernador de Siria, hizo el primer empadronamiento para establecer el censo. Judas Gaulonita, jefe de la insurrección, decía que no debía reconocerse á otro señor que á Dios. Fué reprimida su empresa, pero sus partidarios estaban bien vistos entre el pueblo, que echaba de menos su libertad. Los herodianos, al contrario, lo mismo que los Herodes, eran serviles aduladores de los romanos, por sólo cuyo favor se sostenían en el poder. Así que, si respondía el Salvador: "Es lícito„, los fariseos le desconceptuaban para con el pueblo, presentándole como adulador de gentiles y de los emperadores infieles; y si decía: "No es lícito„, entregábanle, por sedicioso, á Pilato.

"Mas Jesús, conociendo la malicia de ellos, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del censo. Y ellos le presentaron un denario. Y Jesús les dijo: ¿Cuya es esta figura é inscripción? Dícenle: De César. Entonces les replicó: Pues dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios. Y cuando esto oyeron se maravillaron, callaron, y dejándole se retiraron„ (2).

Y es, en efecto, admirable la respuesta. Habíanle propuesto una pregunta sumamente insidiosa, y la contesta en tal forma que los maliciosos mismos no encuentran nada en que reprenderle.

Acerca de cuál sea el sentido preciso de la misma respuesta, hay dos opiniones. Según la primera, no hay aquí una decisión propiamente dicha, sino que habiéndole hecho los fariseos una pregunta capciosa, confundió Jesús la malicia de éstos por una respuesta general, que viene á decir: Dad á cada cual lo que le es debido. Conforme á la segunda, que es la más común, Jesús prueba á los fariseos, por la propia confesión de ellos, que César era su soberano, pues que su moneda era la moneda legal del país. Y tenemos entonces una decisión acerca del caso particular de los judíos con respecto á los emperadores romanos.

Vese en la respuesta de Jesucristo la distinción de lo que se nombra:

(1) Matth., XXII, 15-17; Marc., XII, 13-14; Luc., XX, 20-22.
(2) Matth., XXII, 18-22; Marc., XII, 15-17; Luc., XX, 23-26.

Digitized by Google

las dos potestades, la temporal ó secular, la de César; y la espiritual, ó sea la de Dios, de Jesucristo, de su Iglesia. Dando á César lo que Dios puso bajo su jurisdicción, reserva Jesús á Dios y á su Iglesia lo que Dios se ha reservado, es decir: la religión y la conciencia. Cuánto, pues, interesa á la Religión y la conciencia, ya de los individuos, ya de los pueblos, en lo que deben al soberano temporal, toca á la Iglesia decidirlo en último término. Y esa es la conducta que le veremos observar en todos los siglos. En los primeros, cuando pretendían los Césares romanos ser reputados dioses y sumos pontífices y exigían como tributo principal la adoración á sus imágenes y la obediencia á sus edictos respecto á religión, la Iglesia enseñará á los cristianos á morir antes que someterse á aquellas órdenes impías, y tratará de apóstatas á los que presten aquel sacrílego tributo. Más adelante, cuando haya, no ya meramente individuos cristianos, sino naciones cristianas, esas naciones le someterán igualmente sus dudas de conciencia respecto á sus jefes temporales, y ella les responderá con la misma autoridad, y esto en virtud también de la palabra de Jesucristo: "Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.„ Porque los hombres y los pueblos no deben á todo César, ni siempre, ni todo: la ley de Dios es general; menester es que la autoridad encargada de interpretarla haga la aplicación de esa ley á los tiempos, á los lugares y á las personas.

"Aquel mismo día vinieron los saduceos, que niegan la resurrección, á proponerle este caso, diciendo: Maestro, Moisés ordenó que si alguno muere sin hijos, el hermano se case con su mujer, para dar sucesión á su hermano. Pues había entre nosotros siete hermanos, y habiéndose casado el primero murió, y por no haber tenido sucesión dejó su mujer á su hermano. Y lo mismo el segundo y el tercero, hasta el séptimo. Y después de todos murió también la mujer. Ahora, pues, así que llegue la resurrección, ¿de cuál de los siete ha de ser mujer, supuesto que lo fué de todos? Y respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, no sabiendo las Escrituras ni el poder de Dios. Los hijos de este siglo se casan y son dados en casamiento; mas los que serán juzgados dignos del otro siglo y de la resurrección de entre los muertos, ni se casarán, ni serán dados en casamiento, porque no podrán ya más morir, por cuanto son iguales á los ángeles, é hijos son de Dios, cuando son hijos de la resurrección. Ahora, sobre que los muertos hayan de resucitar, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, cómo Dios le habló sobre la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abrahán, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? Y no es Dios de muertos, sino de vivos; porque todos viven para él. Y así estáis vosotros en un grande error. Y respondiendo algunos de los Escribas, le dijeron: Maestro, bien has dicho. Lo que habiendo oído el pueblo, estaba admirado de su doctrina„ (1).

Entre muchas pruebas de la inmortalidad del alma que el Hijo de Dios

---

(1) **Matth., XXII, 23-33; Marc., XII, 18-27; Luc., XX, 27-39.**

Digitized by Google

hubiera podido sacar del Antiguo Testamento, escoge la más sublime y la que más honor hace á nuestro linaje, ya que Jehová se llama el Dios de aquellos difuntos que viven ante él. Aquellos míseros ciegos que intentaban cogerle en las palabras, no sabían que se hallaban en presencia del mismo que desde la zarza ardiente había hablado á Moisés.

Pudiera ocurrirse á alguno que Jesús prueba solamente la inmortalidad del alma, y no la resurrección de los cuerpos. Pero costumbre es de la Escritura mirar una de estas cosas como consecuencia de la otra. Porque, si nos remontamos al origen, Dios antes de crear el alma le preparó el cuerpo. No infundió en nosotros este hálito de vida, esta alma hecha á su semejanza, sino después de haber dado al barro que tan artísticamente modeló su omnipotente diestra, la forma del cuerpo humano. Si, pues, hizo el alma para ponerla en un cuerpo, no quiere que esté eternamente separada del mismo. También quiso de primero que estuviese eternamente unida al cuerpo, ya que había hecho al hombre inmortal; y la muerte vino á la tierra por el pecado. Mas el pecado no puede destruir para siempre la obra de Dios; pues el pecado y su imperio habrán de ser ellos mismos destruídos. Entonces, pues, será restablecido el hombre á su primer estado, y la muerte morirá, y el alma se reunirá á su cuerpo para no perderle jamás. Porque el pecado, causa que fué de esa desunión, no lo habrá ya. Les probó, por lo tanto, á los saduceos más de lo que ellos querían, pues que les probó, no sólo la resurrección de los cuerpos, sino también la subsistencia eterna de las almas, que es la raíz y causa fundamental de esa resurrección, ya que el alma debe al fin atraer á sí misma el cuerpo, que desde su origen le fué dado para eterno compañero (1).

"Mas los fariseos, cuando oyeron que había hecho callar á los saduceos, se juntaron á consejo. Y uno de ellos, doctor de la ley, que los había oído disputar, viendo que les había respondido bien, se acercó y le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el grande mandamiento en la ley, el primero de todos? Y Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Escucha, Israel, el Señor tu Dios un solo Dios es. Y amarás al Señor tu Dios, de todo tu corazón, y de toda tu alma, y de todo tu entendimiento, y de todas tus fuerzas. Este es el mayor y primer mandamiento. Y el segundo semejante es á él: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. No hay mandamiento mayor que éstos. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas. Y le dijo el escriba: Maestro, en verdad has dicho bien; que uno es Dios, y no hay otro fuera de él. Y que amarle de todo corazón, y de todo entendimiento, y de toda el alma, y de todas las fuerzas, y amar al prójimo como á sí mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios. Viendo Jesús que había respondido sabiamente, díjole: No estás lejos del reino de Dios. Y ya ninguno se atrevía á preguntarle„ (2).

---

(1) Bossuet. *Medit. sur l'Evang.*
(2) Matth., XXII, 34-40; Marc., XII, 28 34.

Digitized by Google

He aquí, pues, toda la ley traída á sus dos principios generales, donde el hombre tiene perfecta instrucción de todos sus deberes, pues abarca en un momento de una sola mirada sus deberes para con Dios, su creador, y para con los hombres, sus semejantes. Ahí se comprende todo el Decálogo, pues en el precepto de amar á Dios queda comprendida toda la primera tabla, y en el de amar al prójimo se encierra la segunda. Y no solamente se comprende en estos dos preceptos el Decálogo, sino también toda la ley y los profetas todos: porque todo mira á tener las convenientes disposiciones para con Dios y para con los hombres, y que Dios nos enseña aquí no sólo los deberes externos, sino también el principio íntimo que ha de ser el móvil de nuestra actividad, que es el amor. Porque el que ama no falta á nada para con el amado. Vemos, pues, cuánto facilita hoy Jesús nuestra instrucción, ya que sin obligarnos á leer y penetrar toda la ley, cosa que no podrían hacer los débiles y los ignorantes, reduce toda la ley á seis renglones, y que, para no disipar nuestra atención, si nos fuere necesario ir recorriendo en particular todos nuestros deberes, los encierra todos, tanto los tocantes á Dios como los relativos á los hombres, en el solo principio de un amor sincero, diciendo que es menester amar á Dios de todo corazón, y al prójimo como á nosotros mismos. En estos dos mandamientos, dice, está cifrada toda la ley y los profetas (1).

43. Preguntado tan á menudo, pregunta ahora á su vez Jesús: "Estando aquí juntos los fariseos, Jesús les hizo esta pregunta: ¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo? Dícenle: De David. Y respondiendo Jesús, decía enseñando en el Templo: ¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? Siendo así que el mismo David, inspirado por el Espíritu Santo, dice: Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi derecha, hasta que yo haya puesto á tus enemigos por tarima de tus pies. Pues el mismo David le llama Señor, ¿por dónde ó cómo es su hijo? Y nadie le podía responder palabra, ni hubo ya quien desde aquel día osare hacerle más preguntas. Y una gran multitud de pueblo le oía con gusto„ (2).

Hijo es de David el Cristo según su humanidad; Señor suyo según la divinidad. Y los milagros, y las profecías, y la voz del pueblo proclamaban á Jesús como ese hijo de David. No tenían, pues, los doctores más que deducir que era, según David mismo, el Señor de David, el Hijo de Dios, conforme á lo que el Eterno mismo le había dicho: "Entre los resplandores de los santos, de mis entrañas te engendré, antes de existir el lucero de la mañana.„ Este salmo, á que Jesús los remitía, les enseñaba todo lo que él era: Dios y Señor, nacido de Dios; Rey, pero Rey más excelso que David, pues que está sentado á la diestra de Jehová; Pontífice, pero Pontífice mayor que Aarón, pero Pontífice eterno, á quien Dios dijo con juramento: Tú eres Sacerdote sempiterno, según el orden de Melquisedec; el cetro de su invencible poderío, que saldrá de Sión, dominará en medio de sus enemigos, quebrantará á los reyes, juzgará á las nacio-

(1) Bossuet, *Medit.*
(2) Matth., XXII, 41-46; Marc., XII, 35-37; Luc., XX, 41-44.

Digitized by Google

nes: allí, asimismo, sus padecimientos y sus humillaciones; beberá del torrente en el camino. Beberá el cáliz de su Pasión; pero después levantará la frente (1).

Después de haber confundido á los saduceos, á los fariseos y á los doctores de la ley, "Jesús habló á la multitud y á sus discípulos, diciendo: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y los fariseos. Practicad, pues, y haced todo lo que os dijeren; mas no hagáis según las obras de ellos, porque dicen y no hacen. Guardaos de los escribas. Pues atan cargas pesadas é insoportables, y las ponen sobre los hombros de los hombres, mas ni aun con su dedo las quieren mover. Y hacen todas sus obras para ser vistos de los hombres, y así ensanchan sus filacterias y extienden sus franjas. Y aman los primeros lugares en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, gustan de andar con ropas largas y que los saluden en las plazas, y que los hombres los llamen Rabbí; devoran las casas de las viudas con pretexto de largas oraciones; éstos serán juzgados con más rigor. Mas vosotros no queráis ser llamados Rabbí; porque uno solo es vuestro maestro, y vosotros todos sois hermanos. Y á nadie llaméis padre sobre la tierra, porque uno es vuestro Padre, que está en los cielos. Ni os llaméis maestros, porque uno es vuestro maestro, el Cristo. El que es mayor entre vosotros será vuestro siervo. Porque el que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será enzalzado. Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que cerráis el reino de los cielos delante de los hombres, pues ni vosotros entráis, ni á los que entrarían dejáis entrar. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que devoráis las casas de las viudas, con el pretexto de hacer largas oraciones; por eso llevaréis un juicio más riguroso. ¡Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas! porque rodeáis la mar y la tierra por hacer un prosélito, y después de haberle hecho, le hacéis dos veces más digno del infierno que vosotros. ¡Ay de vosotros, guías ciegos! que decís: Todo el que jurare por el Templo, nada es; mas el que jurare por el oro del Templo, deudor es. ¡Necios y ciegos! ¿Qué es mayor, el oro ó el Templo, que santifica el oro? Y todo el que jurare por el altar, nada es; mas cualquiera que jurare por la ofrenda que está sobre él, deudor es. ¡Ciegos! ¿Cuál es mayor, la ofrenda ó el altar, que santifica la ofrenda? Aquel, pues, que jura por el altar, jura por él y por cuanto sobre él está. Y todo el que jura por el Templo jura por él y por el que mora en él. Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por aquel que está en él sentado. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que diezmáis la hierba buena y el eneldo y el comino, y habéis dejado las cosas que son más importantes de la Ley, la justicia, y la misericordia y la fe. Estas debierais observar, sin omitir aquéllas. Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, y por dentro estáis llenos de rapiña y de

(1) Psalm. CIX.

Digitized by Google

inmundicia. Fariseo ciego, limpia primero lo interior del vaso y del plato, si quieres que lo de afuera sea limpio. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que sois semejantes á los sepulcros blanqueados, que parecen de fuera hermosos á los hombres, y dentro están llenos de huesos muertos y de toda suciedad. Así también vosotros de fuera os mostráis justos á los hombres; mas de dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! que edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos. Y decís: Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no hubiéramos sido sus compañeros en la sangre de los profetas. Así dais testimonio vosotros mismos, que sois hijos de aquellos que mataron á los profetas. Y llenad vosotros la medida de vuestros padres. ¡Serpientes, raza de víboras! ¿cómo huiréis del juicio de la gehenna? Por esto he aquí que yo envío á vosotros profetas, y sabios y escribas, y de ellos mataréis y crucificaréis, y de ellos azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad: para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha vertido sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al cual matasteis entre el Templo y el altar. En verdad os digo que todas estas cosas vendrán sobre esta generación.

„Jerusalén, Jerusalén, que matas á los profetas, y apedreas á aquellos que á ti son enviados, ¿cuántas veces quise allegar tus hijos, como la gallina allega sus pollos debajo de las alas, y no quisiste? He aquí que os quedará desierta vuestra casa. Porque os digo, que desde ahora no me veréis hasta que digáis: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!„ (1).

Cuanto más se acerca el Señor á su fin, con tanta mayor autoridad y poder habla. Ha reducido al silencio á los escribas, y ahora previene al pueblo contra los ejemplos de ellos. Como sentados que estaban todavía en la cátedra de Moisés, cuanto desde lo alto de aquella cátedra, y de común acuerdo, enseñaban, debía observarse; mas lo que ellos como particulares hacían no debía hacerse. Todo lo que Jesús reprende se reduce á ostentación, superstición, hipocresía, rapiña, avaricia, corrupción, en una palabra, hasta alterar la sana doctrina, dando preferencia á la ofrenda del templo sobre el templo y el altar mismo. Mas, ¿cómo entonces tendrá cabida aquí lo de "Haced todo lo que os dijeren„? Porque decían cosas que estaban mal, y tenían además muchas falsas tradiciones que en otros pasajes reprende el Hijo de Dios. Pues: todos esos dogmas particulares no habían pasado aún á decretos públicos, á dogmas de la sinagoga. Jesucristo vino á sazón en que todo iba á corromperse. Mas hasta entonces era cierto que la cátedra de Moisés no estaba todavía inficionada ni entregada al error, aunque estuviese en la pendiente del mismo. Conspiraban para la muerte de Jesús; pero no había decreto público contra su doctrina, ni aun contra su persona. Enseñaba en las sinagogas y en el

(1) Matth., XXIII, 1 39; Marc., XII, 38-40; Luc., XX, 45-47.

Digitized by Google

Templo. Otro tanto sucederá con los Apóstoles. Los perseguirán, pero no habrá decreto público contra su doctrina ni contra sus personas; enseñarán en el Templo y en las sinagogas hasta que el Templo sea destruído, y la Iglesia cristiana se alce semejante á una montaña que llena toda la tierra. Y cuando haya desaparecido ya la Cátedra de Moisés, todo el mundo verá la Cátedra del Cristo, donde se sientan los Apóstoles y sus sucesores, entre los cuales ninguno debe ser llamado padre ó doctor sino en tanto que es delegado de Dios y de su Cristo.

"Y estando Jesús sentado de frente al arca de las ofrendas, estaba mirando cómo echaban las gentes el dinero en el arca. Y muchos ricos echaban mucho. Y vino una pobre viuda, y echó dos piezas del valor de un cuadrante. Y llamando á sus discípulos les dijo: En verdad os digo, que más echó esta pobre viuda que todos los otros que echaron en el arca. Porque todos han echado de lo que les sobraba; mas ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento (1).

44. "Y habiendo salido Jesús del Templo se retiraba, y se llegaron á él sus discípulos, para mostrarle los edificios del Templo. Como algunos dijesen del Templo que estaba fabricado de hermosas piedras y adornado de dones, le dijo uno de sus discípulos: Maestro, mira qué piedras y qué fábrica. Y respondiendo Jesús, le dijo: ¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada.

„Y estando sentado en el Monte del Olivar, de cara al Templo, se llegaron á él sus discípulos, y en secreto, le preguntaban aparte Pedro, y Santiago, y Juan, y Andrés: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas? ¿y qué señal habrá de que todas estas cosas están á punto de cumplirse? ¿y qué señal habrá de tu venida y de la consumación del siglo?

„Y Jesús respondiendo, les dijo: Guardaos que no os engañe alguno. Porque vendrán muchos en mi nombre y dirán: Yo soy el Cristo: y el tiempo está cercano. Y á muchos engañarán. Guardaos, pues, de ir en pos de ellos. Y también oiréis guerras y rumores de guerras. Mirad que no os turbéis. Porque conviene que esto suceda; mas aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación y reino contra reino, y habrá pestilencias y hambres y terremotos por los lugares, y habrá cosas espantosas y grandes señales del cielo.

„Y todas estas cosas principio son de dolores.

„Mas guardaos á vosotros mismos. Porque os prenderán y perseguirán, entregándoos en las sinagogas y á las cárceles; os entregarán en los concilios, y seréis azotados en las sinagogas, y compareceréis ante los gobernadores y reyes por mí, para que deis delante de ellos testimonio. Y cuando os llevaren para entregaros, tened, pues, fijo en vuestros corazones, no premeditéis lo que habéis de hablar; mas decid lo que os fuere dado en aquella hora. Pues yo pondré las palabras en vuestra boca, y una sabiduría á que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros

(1) Marc., XII, 41-44; Luc., XXI, 1-4.

Digitized by Google

enemigos. Porque no sois vosotros los que habláis sino el Espíritu Santo. Y seréis entregados de vuestros padres y hermanos y parientes y amigos, y harán morir á algunos de vosotros. Y el hermano entregará al hermano á la muerte, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres y los matarán. Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre. Mas no perecerá un cabello de vuestra cabeza. Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

„Y muchos entonces serán escandalizados, y se entregarán unos á otros y se aborrecerán entre sí. Y se levantarán muchos falsos profetas, y engañarán á muchos. Y porque se multiplicará la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos. Mas el que perseverare hasta el fin, ése será salvo. Y será predicado este Evangelio del reino por todo el mundo, en testimonio á todas las gentes, y entonces vendrá el fin.

„Pues cuando viereis á Jerusalén cercada de un ejército, entonces sabed que su desolación está cerca. Por tanto, cuando viereis que la abominación de la desolación que predijo el profeta Daniel, está en el lugar santo (quien lea esto, nótelo bien) entonces los que están en la Judea huyan á los montes, y los que estén en medio de ella, sálganse; y los que en los campos, no entren en ella. Y el que en el terrado, no baje á tomar alguna cosa de su casa. Y el que esté en el campo no vuelva atrás para tomar su vestido. Porque éstos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. Pero ¡ay de las que estén en cinta ó criando en aquellos días! Porque habrá grande apretura sobre la tierra é ira para este pueblo. Y caerán á filo de espada, y serán llevados en cautiverio á todas las naciones, y Jerusalén será hollada de los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones.

„Rogad, pues, que vuestra huída no suceda en invierno ó en sábado. Porque habrá entonces tan grande tribulación cual no fué desde el principio del mundo hasta ahora, ni será. Y si el Señor no hubiera abreviado aquellos días, no se salvaría ninguna carne; mas por amor de los escogidos, que escogió, abreviará aquellos días.

„Entonces si alguno os dijere: Aquí está el Cristo, ó hételo allí, no lo creáis. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y darán señales y portentos para seducir, si ser pudiese, aun á los escogidos. Estad, pues, vosotros sobre aviso. Así, aunque os digan: He ahí que está en el desierto, no salgáis; ó bien: Mirad que está en lo más retirado de la casa, no lo creáis. Porque como el relámpago sale del Oriente, y se deja ver hasta el Occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre. Dondequiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán también las águilas.

„Y luego después de la tribulación de aquellos días, habrá señales en el sol, y en la luna y en las estrellas; y en la tierra consternación de las gentes por la confusión que causará el ruido del mar y de sus ondas; secándose los hombres de temor y de sobresalto por las cosas que han de sobrevenir á todo el universo: el sol se obscurecerá y la luna no dará su lumbre, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes del cielo serán conmovidas.

Digitized by Google

„Y entonces parecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo, y entonces plañirán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes del cielo con gran poder y majestad. Y enviará á sus ángeles que, con trompeta y con grande voz, congregarán á sus escogidos de los cuatro vientos desde lo sumo de los cielos hasta los términos de ellos.

„Cuando comenzaren á cumplirse estas cosas, mirad y levantad vuestras cabezas, porque cerca está vuestra redención. Y de la higuera aprended una semejanza. Cuando sus ramos están ya tiernos y las hojas nacidas, conocéis que está cerca el estío. Pues así también cuando viereis la ejecución de estas cosas, sabed que cerca está el reino de Dios; que *(el Hijo del hombre)* está cerca, á las puertas. En verdad os digo que no pasará esta generación que todo esto no sea cumplido. El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán. Mas de aquel día y de aquella hora nadie lo sabe ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre.

„Estad sobre aviso, vigilad y orad, porque no sabéis cuándo será el tiempo. Mirad, pues, por vosotros, no sea que vuestros corazones se carguen de glotonería, y de embriaguez y de los afanes de esta vida, y que venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque así como un lazo, vendrá sobre todos los que están sobre la haz de toda la tierra. Velad, pues, orando en todo tiempo á fin de merecer evitar todos estos males venideros, y comparecer ante el Hijo del hombre. Y así como en los días de Noé, así será también la venida del Hijo del hombre. Porque así como en los días antes del diluvio se estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casamiento hasta el día en que entró Noé en el arca, y no lo entendieron hasta que vino el diluvio y los llevó á todos, así será también la venida del Hijo del hombre. Entonces estarán dos en el campo, el uno será tomado y el otro será dejado. Dos mujeres molerán en un molino, la una será tomada y la otra dejada. Velad, pues, porque no sabéis á qué hora ha de venir vuestro Señor. Mas sabed que si el padre de familias supiese á qué hora había de venir el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría minar su casa. Por tanto estad apercibidos también vosotros, porque á la hora que menos penséis ha de venir el Hijo del Hombre„ (1).

Englobaban los Apóstoles en su pregunta juntamente la ruina de Jerusalén y la del universo todo, al fin de los siglos. Esto da lugar á que Jesucristo les hable juntamente de la una y de la otra. Había además para ello un profundo motivo. Hemos visto en otro lugar que Jerusalén y su Templo eran una imagen del universo, el cual es también una ciudad y un templo de Dios con diferentes atrios. La ruina del uno era, pues, naturalmente figura de la ruina del otro. Debe, pues, haber en estos dos acontecimientos, el último día de Jerusalén y el día final del mundo, algo peculiar á cada uno de ellos, y algo común á ambos.

Peculiares á la ruina de Jerusalén son estas circunstancias: será em-

(1) Matth., XXIV, 1-44; Marc., XIII, 1-33; Luc., XXI, 5-36.

Digitized by Google

bestida por un ejército; la abominación de la desolación estará en el lugar santo; entonces se podrá todavía huir y librarse de los males que amenazarán á Jerusalén; aquella ciudad se verá reducida á un hambre grandísima; la ira de Dios será terrible con aquel pueblo determinado, esto es, con el pueblo judío, de suerte que no habrá jamás habido desastre que iguale al suyo; aquel pueblo perecerá por la espada, será arrastrado en cautividad por todas las naciones, y Jerusalén hollada por los pies de los gentiles; serán destruídos la ciudad y el Templo, y no quedará allí piedra sobre piedra; aquella generación, aquella en que estaban, no pasará que no sucedan todas estas cosas, y los vivientes las verán.

Las circunstancias peculiares al día último del universo serán: el obscurecerse el sol, el no dar su resplandor la luna, el caer de las estrellas, y el sobrevenir cosas temerosas á todo el universo; la aparición de la señal del Hijo del hombre, la venida del mismo en majestad; el reunir sus gentes de los cuatro vientos de la tierra, á sus escogidos, y los demás que se expresa en el Evangelio; el ser desconocidos el día y la hora, y el coger á todos de sorpresa.

De donde resulta la gran diferencia entre estos dos acontecimientos que quiere Jesucristo que observemos. Por lo que mira á Jerusalén da una señal cierta. Cuando veáis á Jerusalén embestida, y lo que es lo mismo, según veremos al cumplirse, cuando viereis la abominación de la desolación en el lugar santo, sabed que está pronta su ruina, y aconseja ponerse en salvo. Era, por lo tanto, posible huir de aquel tríste acontecimiento. Mas, en cuanto al otro, que mira al fin del mundo; como habrá de ser, no un acontecimiento parcial, como la caída de Jerusalén, antes sí un cataclismo universal é inevitable, no dice que huyamos, sino que nos preparemos.

Será común á ambos acontecimientos el espíritu de seducción y lo de los falsos profetas, la persecución del pueblo de Dios, las guerras por todo el universo y una conmoción en los imperios, con terrible expectación de lo que irá á suceder (1).

La gran lección que Jesús saca de todo esto es que debemos velar, orar, estar preparados, ya que de aquel día y de aquella hora nadie sabe. Y cuando añade que ni aun el Hijo, se refiere al Hijo en cuanto hombre, ya que no lo sabe por su humanidad, sino por su divinidad; ó bien al Hijo en cuanto enviado del Padre para instruirnos de lo que nos conviene saber: lo que no está en sus instrucciones de embajador no lo sabe en cuanto tal, pues que no lo sabe para decírnoslo. Por lo cual, cuando sus Apóstoles le preguntan de nuevo acerca del tiempo en que había de restablecer el reino de Israel, veremos que les responde: No toca á vosotros saber los tiempos.

Tan necesaria nos es, pues, la vigilancia, que Jesucristo insiste todavía en ella al continuar su discurso.

---

(1) Bossuet, *Medit.*

Digitized by Google

"¿Quién creéis que es el siervo fiel y prudente constituído por su señor sobre su familia para repartir á cada uno el alimento á su tiempo? Bienaventurado aquel siervo á quien hallare su señor así haciendo cuando viniere. En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes. Mas si dijere aquel siervo malo en su corazón: Se tarda mi señor en venir; y comenzare á maltratar á sus compañeros, y á comer y á beber con los que se embriagan, vendrá el señor de aquel siervo el día que no sabe y á la hora que no espera; y lo separará y le dará la pena que á los hipócritas. Allí será el llorar y el crujir de dientes. A la manera de un hombre que saliendo á un viaje largo dejó su casa, y encargó á cada uno de sus siervos todo lo que debía hacer, y mandó al portero que velase. Velad, pues (porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa; si de tarde ó á media noche, ó al canto del gallo ó á la mañana). No sea que cuando viniere de repente os halle durmiendo. Y lo que á vosotros digo, á todos digo: Velad„ (1).

"Entonces será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa. Mas las cinco de ellas eran fatuas, y las cinco prudentes. Y las cinco fatuas, habiendo tomado sus lámparas, no llevaron consigo aceite. Mas las prudentes tomaron consigo aceite en sus vasijas juntamente con las lámparas. Y tardándose el esposo, se adormecieron todas, y se quedaron dormidas. Cuando á la media noche se oyó gritar: Mirad que viene el esposo; salid á recibirle. Entonces se levantaron todas aquellas vírgenes, y aderezaron sus lámparas. Y dijeron las fatuas á las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Respondieron las prudentes diciendo: No sea que no alcance para nosotras y para vosotras; mejor es que vayáis á los que venden, y compréis el que os falta. Y mientras que ellas fueron á comprarle, vino el esposo; y las que estaban apercibidas entraron con él á las bodas, y se cerró la puerta. Al fin vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, señor, ábrenos. Mas él respondió y dijo: En verdad os digo que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que viene el Hijo del hombre„ (2).

Es aquí el reino de Dios, la Iglesia tomada en toda su extensión, como la sociedad de todos los fieles, ya sean justos, ya pecadores. El esposo es Jesucristo; y la esposa, la Iglesia predestinada y triunfante. Las diez vírgenes son la totalidad de los fieles. Las vírgenes prudentes, los justos; mientras que los pecadores están representados por las necias. Las lámparas son la fe; y el aceite, las obras. El sueño mientras se aguarda al esposo es el olvido de la muerte, provenido de que la imaginamos siempre lejana. Esta especie de sueño viene también á los justos; mas éstos, cuando son sorprendidos, no son engañados, porque aguardaban esa sorpresa. La imprevista llegada del esposo es el momento de la muerte y del juicio que viene en pos. La fe, acompañada de las obras, entra con él en la

(1) Matth., XXIV, 45 51; Marc., XIII, 34-37.
(2) Matth., XXV, 1-13

Digitized by Google

sala nupcial; la fe sin las obras queda excluída irremisiblemente. Esta verdad es como el fin de toda la parábola, y la principal instrucción que nos suministra la misma. En ella vemos á unas vírgenes ser reprobadas, no obstante ser verdaderamente vírgenes. Y es que hay vírgenes soberbias, envidiosas, murmuradoras; ángeles por la pureza de su cuerpo, demonios por la malignidad de su corazón, justamente llamadas fatuas, porque, victoriosas de un enemigo más fuerte, se dejan vencer por otro mucho más débil. Como aquel mosquito vencedor del león, y muerto después en una tela de araña.

"Porque así es—continúa el Salvador—como un hombre que al partirse lejos, llamó á sus siervos y les entregó sus bienes. Y dió al uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro dió uno, á cada uno según su capacidad, y se partió luego. El que había recibido los cinco talentos se fué á negociar con ellos, y ganó otros cinco. Asimismo, el que había recibido dos, ganó otros dos. Mas el que había recibido uno, fué y cavó en la tierra y escondió allí el dinero de su señor. Después de largo tiempo vino el amo de aquellos siervos y los llamó á cuentas. Y llegando el que había recibido los cinco talentos presentó otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; he aquí otros cinco que he ganado de más. Su amo le dijo: Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Y se llegó también el que había recibido los dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes otros dos que he ganado. Su amo le dijo: Bien está, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres un hombre de recia condición, siegas donde no sembraste y allegas en donde no esparciste; y temiendo, fuí y escondí tu talento en tierra; he aquí tienes lo que es tuyo. Y respondiendo su amo le dijo: Siervo malo y perezoso, sabías que siego en donde no siembro, y que allego en donde no he esparcido; pues debiste haber dado mi dinero á los banqueros, y viniendo yo hubiera ciertamente recibido con los intereses lo que era mío. Quitadle, pues, el talento y dádselo al que tiene diez talentos: Porque á quien tiene, dársele ha, y estará abundante; mas á quien no tiene quitarásele aun lo que parece que tiene. Y al siervo inútil echadlo en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crujir de dientes.

„Y cuando viniere el Hijo del Hombre en su majestad y todos los ángeles con él, se sentará entonces sobre el trono de su majestad. Y serán todas las gentes ayuntadas ante él, y apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas á su derecha y los cabritos á la izquierda. Entonces dirá el Rey á los que estarán á su derecha: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el principio del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedasteis; desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; encarcelado, y vinisteis á verme. Entonces le responderán los justos y dirán:

Digitized by Google

Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer; sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos peregrino y te hospedamos, ó desnudo y te vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo ó en la cárcel, y te fuimos á ver? Y respondiendo el Rey les dirá: En verdad os digo que en cuanto lo hicisteis á uno de estos mis más pequeños hermanos, á mí lo hicisteis. Entonces dirá también á los que estarán á su izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que fué destinado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era peregrino, y no me hospedasteis; desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, ó sediento, ó peregrino, ó desnudo, ó enfermo, ó encarcelado, y dejamos de asistirte? Entonces les responderá diciendo: En verdad os digo, que siempre que dejasteis de hacerlo á uno de estos pequeñitos, dejasteis de hacerlo conmigo. E irán éstos al suplicio eterno; y los justos á la vida eterna„ (1).

Tal fué la que podemos llamar última predicación de Jesucristo, la ruina de Jerusalén, el fin del mundo, el juicio final, la eternidad de las penas para los malos y la eternidad de las recompensas para los justos. "Y estaba enseñando de día en el Templo: y saliendo á la noche, la pasaba en el Monte llamado de los Olivos. Y todo el pueblo acudía muy de madrugada al Templo para oirle„ (2). Mas después de estas formidables instrucciones, queda terminada su predicación pública. Conversa ya sólo con sus apóstoles. Predicará todavía al pueblo, pero en otra forma: con su Pasión y con su muerte.

45. "Acercábase ya la fiesta de los Azimos, que es la que se llama Pascua; era dos días después. Y aconteció que cuando Jesús hubo acabado todos estos razonamientos, dijo á sus discípulos: Sabéis que de aquí á dos días será la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado.

„Entonces se juntaron los príncipes de los sacerdotes y los magistrados del pueblo en el atrio del príncipe de los sacerdotes, que se llamaba Caifás. Y tuvieron consejo para prender á Jesús con engaño y hacerle morir. Y de miedo de que se alborotara el pueblo, decían: No conviene que se haga esto durante la fiesta (3).

„Y Satanás entró en Judas, que tenía por sobrenombre Iscariote, uno de los doce. Y fué y trató con los príncipes de los sacerdotes y con los magistrados de cómo se lo entregaría. Y les dijo: ¿Qué me queréis dar y yo os le entregaré? Ellos cuando le oyeron se holgaron, y le señalaron treinta monedas de plata. Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarle sin tumulto (4).

---

(1) Matth., XXV, 14-46.
(2) Luc., XXI, 37-38.
(3) Matth., XXVI, 1-5; Marc., XIV, 1-2; Luc., XXII, 1-2.
(4) Matth., XXVI, 14 16; Marc , XIV, 10 11; Luc., XXII, 3 6.

Digitized by Google

„Y el primer día de los Azimos acudieron los discípulos á Jesús y le preguntaron: ¿En dónde quieres que dispongamos para que comas la Pascua? Y envió á dos de sus discípulos, á Pedro y á Juan, diciendo: Id á prepararnos la Pascua para que comamos. Y ellos dijeron: ¿En dónde quieres que la preparemos? Id á la ciudad. Luego que entréis en la ciudad encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en donde entrare. Y decid al padre de familias de la casa. El Maestro dice: Mi tiempo está cercano, en tu casa hago la Pascua con mis discípulos. ¿En dónde está el aposento donde he de comerla con ellos? Y él mostrará un cenáculo grande aderezado; disponed allí para nosotros. Y partieron los discípulos, y fueron á la ciudad, y lo hallaron como les había dicho, y aderezaron la Pascua.

„Al caer la tarde, fué Jesús allá con los doce. Y cuando fué hora, se sentó á la mesa, y los doce Apóstoles con él. Y les dijo: Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca. Porque os digo, que no comeré más de ella hasta que sea cumplida en el reino de Dios. Y tomando el cáliz dió gracias, y dijo: Tomad y distribuidlo entre vosotros. Porque os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios.

Y cuando ellos estaban comiendo, dijo: En verdad os digo, que uno de vosotros me ha de entregar. Y ellos, muy llenos de tristeza, cada uno comenzó á decir: Por ventura, ¿soy yo, Señor? Y él respondió y dijo: El que mete conmigo la mano en el plato, ese es el que me entregará. El Hijo del hombre va ciertamente como está escrito de él; pero ¡ay! de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre; más le valiera á aquel hombre no haber nacido. Y respondiendo Judas, que le entregó, dijo: ¿Soy yo, por ventura, Maestro? Dícele: Tú lo has dicho„ (1).

Trátase aquí aún de la Pascua de los judíos, la Pascua figurativa, la Pascua instituída en Egipto en aquella memorable noche en que el ángel exterminador hirió á los primogénitos de los egipcios, y procuró así la libertad del pueblo de Dios. Al ver la sangre del cordero sobre las puertas de los hijos de Israel, *pasaba* el ángel adelante sin causar el menor daño en sus casas. De ahí el nombre de *phasé, Pascua,* esto es, *trdnsito*, dado al cordero y á la fiesta. Cordero, Pascua, liberación figurativa de otro Cordero, de otra Pascua, de otra liberación que va á cumplirse ahora, no ya en figura, sino en realidad, en el reino de Dios, en el Cristo. Considerémoslo con recogimiento. Van á hacerse otros preparativos.

"Antes del día de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre; habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, á lo extremo los amó. Y acabada la cena, como ya el diablo hubiese puesto en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregarle; sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que de Dios había salido y á Dios iba, se

(1) Matth., XXVI, 17-25; Marc., XIV, 12-21; Luc., XX II, 7-18.

Digitized by Google

levantó de la cena y tomando una toalla se la ciñó. Echó agua después en un lebrillo, y comenzó á lavar los pies de los discípulos, y á limpiarlos con la toalla que se había ceñido. Vino, pues, á Simón Pedro, y Pedro le dice: Señor, ¿tú me lavas á mí los pies? Respondió Jesús, y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora; mas lo sabrás después. Pedro le dice: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Simón Pedro le dice: Señor, no solamente mis pies, sino las manos también y la cabeza. Jesús le dice: El que está lavado no necesita sino lavar los pies, pues está todo limpio, y vosotros limpios estáis, mas no todos. Porque sabía quién era el que le había de entregar; por esto dijo: No todos estáis limpios. Y después que les hubo lavado los pies, y hubo tomado su ropa, volviéndose á sentar á la mesa, les dijo: ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y bien decís: porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y Señor, os he lavado los pies; vosotros también debéis lavar los pies los unos á los otros. Porque ejemplo os he dado, para que, como yo he hecho con vosotros, vosotros también hagáis„ (1).

¡Ah! Verdaderamente amó Jesús á los suyos, no sólo hasta el fin de su vida, sino también hasta lo extremo del amor. Ordinaria era en Oriente la costumbre del baño. Al salir de él no era menester más que lavarse los pies, ministerio propio de los más humildes sirvientes. Desempéñalo Jesús para con sus discípulos. Y esta amorosa humillación para procurarles una completa limpieza de cuerpo, no era sino la imagen de una humillación, de un amor mucho mayor para procurarles una entera pureza de alma, y ambas cosas á fin de darse él mismo á ellos en el Sacramento de su abnegación y de su amor. Escuchemos:

"Y cenando ellos, tomó Jesús el pan, y lo bendijo, y lo partió, y lo dió á sus discípulos, diciendo: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que es dado por vosotros; esto haced en memoria de mí. Y tomando asimismo el cáliz, después de haber cenado, dió gracias, y diósele, diciendo: Bebed de éste todos. Porque esta es mi sangre del nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados. Haced esto cuantas veces lo bebiereis, en memoria de mí. Y bebieron de él todos„ (2).

Tenemos aquí el cumplimiento de aquella promesa: "Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo... En verdad, en verdad os digo: Que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna: y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él„ (3).

---

(1) Joann., XIII. 1-15.
(2) Matth., XXV, 26-29; Marc., XIV, 22-25; Luc., XXII, 19-21; I Cor., XI, 25.
(3) Joann., VI, 51-57.

Digitized by Google

Claras son las palabras de la promesa. También las de la institución: "Tomad y comed; este es mi cuerpo. Bebed de éste todos. Porque esta es mi sangre.„ Y como si aun eso no bastase: Este es mi cuerpo, dado por vosotros, roto, quebrantado por vosotros. Esta es mi sangre, que será derramada, ó según el texto original, que es derramada, que se derrama por vosotros. Así, pues, es el mismo cuerpo, que será agobiado de golpes, atravesado de llagas, clavado, desencajándole, en una cruz y entregado á la muerte; la misma sangre que va á derramarse en el pretorio de Pilatos y en el Calvario. Dice Jesús que ya se derrama; habla en presente, porque ya habían resuelto perderle: tramado lo tenían para el siguiente día, y dentro de dos horas iban á dar comienzo á la ejecución de esos planes; y á fin también de que en cualquier tiempo que recibiésemos su cuerpo y su sangre mirásemos como presente su muerte.

Cumplimiento y memoria de lo pasado, es también este Sacramento figura y preparación del porvenir. Todos los antiguos profetas y los antiguos patriarcas figuraban y anunciaban á Jesucristo: y Jesucristo, en su estado de humillación, donde tan sólo se ve en él al hombre, anuncia y prepara su estado de gloria, donde se le verá tal como es. Así también todos los antiguos sacrificios y comuniones en que el fiel participaba de la carne de la víctima, eran figura y profecía de este sacrificio y de esta Comunión, en que Jesucristo se nos da á sí mismo bajo las especies y formas del pan y del vino; y este sacrificio y esta Comunión, en que se nos da bajo el velo del Sacramento, es un comienzo y preparación de aquella Comunión eterna en que se dará á nosotros sin velo. Por esto, después de haber consagrado el cáliz, añade Jesús: "Y dígoos, que desde hoy más no beberé de este fruto de la vid, hasta aquel día cuando le beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre.„ Aguardemos, pues, aquel banquete eterno, en que el pan de los ángeles nos será dado al descubierto, donde seremos embriagados y transportados del torrente de delicias del amor divino y de los esplendores del Señor. Mas para alcanzarlo aprovechémonos de las instrucciones y ejemplos con que acompañó la institución de este sacratísimo Misterio.

46. "En verdad, en verdad os digo que no es el siervo más que su amo, ni el enviado es mayor que aquel que le envió. Si esto sabéis, bienaventurados seréis si lo hiciereis. No hablo de todos vosotros; yo sé los que escogí; mas ha de cumplirse la Escritura: El que come el pan conmigo levantará contra mí su calcañar. Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando sucediere, me reconozcáis por lo que soy. En verdad, en verdad os digo: El que recibe al que yo enviare, á mí me recibe, y quien me recibe á mí, recibe á aquel que me envió.

„Cuando esto hubo dicho Jesús, se turbó en el espíritu, y declaró y dijo: Pero ved ahí que la mano del que entrega, conmigo está á la mesa. Y en verdad que el Hijo del Hombre va según está decretado, mas ¡ay de aquel hombre por quien será entregado! Y los discípulos se miraban los unos á los otros, dudando de quién decía. Inmediatamente comenzaron á preguntarse unos á otros quién de ellos podía ser el que tal hiciese.

Digitized by Google

Y uno de sus discípulos, al cual amaba Jesús, estaba recostado á la mesa en el seno de Jesús. A éste, pues, hizo una seña Simón Pedro, y le dijo: ¿Quién es ése de quien habla? El entonces, recostándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es? Jesús le dijo: Aquel es á quien yo daré pan mojado. Y mojando el pan se le dió á Judas, hijo de Simón Iscariote. Y tras el bocado entró en él Satanás. Y Jesús le dijo: Lo que piensas hacer hazlo cuanto antes. Mas ninguno de los que estaban á la mesa supo por qué se lo decía. Porque, como Judas tenía la bolsa, pensaban algunos que Jesús le hubiese dicho: Compra lo que necesitamos para la fiesta, ó que diese algo á los pobres. Y cuando él hubo tomado el bocado se salió luego fuera. Y era de noche.

„Y como hubo salido, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará á él en sí mismo: y luego le glorificará„ (1).

"Y se movió también entre ellos contienda cuál de ellos parecía ser el mayor. Mas él les dijo: Los reyes de las naciones las tratan con imperio, y los que tienen poder sobre ellas son llamados bienhechores (ó *evergetes).* Mas vosotros no así; antes, el que es mayor entre vosotros hágase como el menor, y el que precede como el que sirve. Porque ¿cuál es mayor, el que está sentado á la mesa ó el que sirve? ¿No es mayor el que está sentado á la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros, así como el que sirve. Mas vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones. Y por eso yo os preparo el reino, como mi Padre me lo preparó á mí. Para que comáis y bebáis á mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar á las doce tribus de Israel.

„Dijo también el Señor: Simón, Simón, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo. Mas yo he rogado por ti para que no falte tu fe, y tú, una vez convertido (2), confirma á tus hermanos„ (3).

Habían contendido los Apóstoles sobre quién ocuparía el primer lugar. Enséñales Jesús en su respuesta que su ambición los exponía al mayor peligro, que en El únicamente debían poner su esperanza, y que Pedro era su futuro jefe. A él es á quien se dirige: "Simón, Simón, mira que Satanás os ha pedido„; *os* en plural, á todos vosotros que disputáis preeminencia: Satanás ha pedido cribaros, agitaros, arrojaros al aire, precipitaros al suelo, en una palabra, hacer de vosotros todo lo que quiere. ¡Qué peligro! Mas yo he rogado por ti, por ti en particular, por ti singularmente. No porque Jesús haya olvidado á los otros, sino que, según lo explican los santos Padres, al fortalecer la cabeza, quiso proveer con esto á que no vacilasen los miembros. Por eso dice: He rogado por ti; y no dice: He rogado por vosotros. Y que el efecto de esta oración suya por Pedro alcanzaba á los otros Apóstoles, muéstralo manifiestamente la

---

(1) Joann.. XIII, 16-32; Luc., XXII, 21-23.

(2) Según doctos intérpretes, tenemos aquí un hebraísmo que quiere decir: *Y tú á tu vez, y tú volviéndote hacia ellos;* como cuando David dice á Dios: *Deus tu conversus vivificavis nos.*—Jansen, Maldonado.

(3) Luc., XXII, 24-32.

Digitized by Google

continuación del discurso, pues que se añade: "Y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos.„

Cuando dice: "He rogado por ti que no falte tu fe„, no habla de aquella fe muerta que puede quedar en los pecadores, pues que ésta no impide el ser cribado por Satanás, sino de aquella fe que obra por la caridad, la cual — dice — he pedido que no falte en ti. Así lo pedía Jesucristo, Jesucristo que dijo: Sé, Padre, que siempre me oyes. ¡Quién puede dudar de que San Pedro haya recibido por esa oración una fe constante, invencible, inconmovible y tan abundante además que fuese él capaz de confirmar no sólo al común de los fieles, sino también á sus hermanos los Apóstoles y los pastores de la grey, impidiendo que logre Satanás cribarlos! (1).

Y estas palabras se enlazan manifiestamente á las otras en que había dicho: *Tu est Petrus,* he cambiado tu nombre de Simón en el de Pedro en señal de la firmeza que quiero comunicarte, no solamente para ti sino también para toda mi Iglesia: porque sobre esta piedra quiero edificarla. Quiero poner en ti de un modo particular y eminente la predicación de la fe, que ha de ser el fundamento de ella, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; es decir, que será afirmada contra todos los esfuerzos de Satanás, de manera que nada sea capaz de derrocarla. ¿Y no es esto mismo lo que Jesús repite aquí? Satanás ha pedido cribaros, pero yo he rogado por ti, Pedro, tu fe no faltará, y tú confirma tus hermanos.

Se le encarga, pues, nuevamente de toda la Iglesia, se le encarga de todos sus hermanos; pues que Jesucristo le ordena confirmarlos en esta fe que, con su oración, había hecho invencible.

Este dicho: "Confirma tus hermanos„, no es un mandato dado en particular á San Pedro, es un oficio que funda é instituye perpetuamente en su Iglesia. La forma que ha dado Jesucristo á los discípulos que en torno suyo reunía, es el modelo de la Iglesia hasta la consumación de los siglos. Desde el momento en que Simón fué puesto al frente del Colegio apostólico, desde que fué llamado Pedro, desde que Jesucristo le constituyó en fundamento de su Iglesia, por la fe que en ella debía anunciar á nombre de todos, desde aquel momento quedó establecido, ó más bien designado, un primado en la Iglesia en la persona de San Pedro. Al decir á sus Apóstoles: Estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos, mostró que la forma de régimen que había establecido entre ellos pasaría á la posteridad. Destinósele á San Pedro una eterna sucesión, como también á los otros Apóstoles. Debía haber siempre un Pedro en la Iglesia para confirmar á sus hermanos; era el medio más propio para establecer la unidad de sentir que el Salvador deseaba sobre todo; y tanto más necesaria era esa autoridad para los sucesores de los Apóstoles, cuanto que su fe no se hallaría tan confirmada como la de aquellos sus primeros antecesores.

---

(1) Bossuet, ***Medit.***

Digitized by Google

Una vez que Jesús hubo advertido así á sus Apóstoles contra el peligro, y que les hubo dado la seguridad de su auxilio para fortalecerlos, empleó un lenguaje todavía de mayor ternura. Vese allí al padre que conversa por última vez con los hijos queridos.

"Hijitos, aún estoy un poco con vosotros. Me buscaréis, y así como dije á los judíos: Adonde yo voy, vosotros no podéis venir: lo mismo digo ahora á vosotros. Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado, para que vosotros os améis también entre vosotros mismos. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos á otros.

„Simón Pedro le dijo: Señor, ¿adónde vas? Respondió Jesús: Adonde voy no me puedes ahora seguir, mas me seguirás después. Pedro le dice: ¿Por qué no te puedo seguir ahora? Yo daré por ti mi vida; pronto estoy á ir contigo á la cárcel y aun á la muerte. Respondióle Jesús: ¿Tú darás la vida por mí? En verdad, en verdad te digo que no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces„ (1).

"Y les dijo: Cuando os envié sin bolsa, y sin alforja, y sin calzado, ¿por ventura os faltó alguna cosa? Y ellos respondieron: Nada. Luego les dijo: Pues ahora quien tiene bolsa, tómela, y también alforja; y el que no tiene espada, venda su túnica, y cómprela. Porque os digo que es necesario que se cumpla en mí aún esto que está escrito: Y fué contado con los inicuos. Porque las cosas que de mí fueron pronunciadas están á punto de cumplirse. Mas ellos respondieron: Señor, he aquí dos espadas. Y él les dijo: Basta„ (2).

Como estas palabras alegóricas, cuyo sentido no comprendían tal vez completamente los Apóstoles, les anunciaban bastante á las claras una época de padecimientos y persecuciones, Jesucristo cuida de reanimar su confianza.

"No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Si así no fuera, ya os lo hubiera dicho. Pues voy á prepararos el lugar. Y si me fuere, y os prepararé lugar, vendré otra vez, y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros. Que ya sabéis adonde voy, y sabéis asimismo el camino.

„Tomás le dice: Señor, no sabemos adónde vas; pues ¿cómo podemos saber el camino? Jesús le dice: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí. Si me conocieseis á mí, ciertamente conoceriais también á mi Padre; pero le conoceréis luego, y le habéis visto.

„Felipe le dice: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. Jesús le dice: Tanto tiempo ha que estoy con vosotros: ¿y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve á mí, ve también al Padre. ¿Cómo, pues, dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No creéis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?

(1) Joann., XIII, 33-38; Luc., XXII, 33.
(2) Luc., XXII, 35 38.

Digitized by Google

Las palabras que yo os hablo no las hablo de mí mismo. Mas el Padre que está en mí, él hace las obras. Creedme, que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí. Y si no creedlo por las mismas obras. En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él también hará las obras que yo hago, y mayores que éstas hará. Porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre yo lo haré, para que sea el Padre glorificado en el Hijo. Si algo me pidiereis en mi nombre, lo haré. Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y os dará otro consolador, para que more siempre con vosotros. El Espíritu de verdad, á quien el mundo no puede recibir, porque ni le ve ni le conoce; mas vosotros le conoceréis, porque estará en vosotros, y morará con vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré á vosotros. Aún resta un poco de tiempo: después del cual el mundo ya no me verá. Pero vosotros me veréis, porque yo vivo, y vosotros viviréis. Entonces conoceréis vosotros que yo estoy en mi Padre, y que vosotros estáis en mí, y yo en vosotros. Quien tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama. Y el que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré, y yo mismo me manifestaré á él.

"Dícele Judas, no el Iscariote: Señor, ¿qué es la causa que te has de manifestar á nosotros y no al mundo? Jesús respondió y le dijo: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos á él, y haremos morada en él. El que no me ama, no guarda mis palabras. Y la palabra que habéis oído, no es mía; sino del Padre que me envió. Estas cosas os he hablado estando con vosotros. Y el Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo os hubiere dicho. La paz os dejo; mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde. Ya habéis oído que os he dicho: Voy, y vengo á vosotros. Si me amaseis, os gozaríais ciertamente, porque voy al Padre: porque el Padre es mayor que yo. Yo os lo digo ahora, antes que suceda, á fin de que cuando sucediere, os confirméis en la fe. Ya no hablaré con vosotros muchas cosas, porque viene el príncipe de este mundo, y no tiene nada en mí. Mas para que el mundo conozca que amo al Padre, y como me dió el mandamiento el Padre, así hago. Levantaos, y vamos de aquí„ (1).

"Y dicho el himno *(de la acción de gracias)* salió, pues, Jesús, como solía, al Monte de los Olivos, y siguiéronle asimismo sus discípulos„ (2).

El Hijo está en el Padre, el Padre está en el Hijo. Quien ame al Hijo será amado del Padre; y el Hijo le amará también, y se le manifestará, y por consiguiente también el Padre. Y el Padre y el Hijo vendrán á él y morarán en él. Y el Padre les enviará también otro consolador, el Espíritu Santo, que les enseñará todas las cosas. He aquí en lo que pone Jesucristo la confianza, la paz de sus Apóstoles. El fundamento de esa paz y de esa confianza es el amor á Jesús. Y como el mundo no le ama, no

(1) Joann., XIV, 1-31.
(2) Matth., XXVI, 30; Marc., XIV, 26; Luc., XXII, 39.

Digitized by Google

participará ni de esa manifestación ni de esa paz de lo alto. El Padre es mayor que el Hijo, en cuanto hombre, el Hijo está en nosotros y nosotros en él; y en cuanto Dios, está en el Padre y el Padre en él; y por fin, en cuanto Dios y hombre; estamos nosotros con él en el Padre. Unión inefable, de la cual vuelve á hablar Jesús en esta misma plática, mientras que iba adelantando hacia el Monte de los Olivos, atravesando probablemente por entre viñas.

"Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que no diere fruto en mí, lo quitará, y todo aquel que diere fruto lo limpiará, para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios, por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede en sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid; así ni vosotros si no estuviereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que está en mí y yo en él éste lleva mucho fruto: porque sin mí no podéis hacer nada. El que no estuviere en mí, será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo cogerán, y lo meterán en el fuego, y arderá. Si estuviereis en mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, pediréis cuanto quisiereis y os será hecho. En esto es glorificado mi padre, en que llevéis mucho fruto y seáis mis discípulos.

„Como el Padre me amó, así también yo os he amado. Perseverad en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, perseveraréis en mi amor; así como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre, y persevero en su amor. Estas cosas os he dicho, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido.

„Este es mi mandamiento: Que os améis los unos á los otros, como yo os amé. Ninguno tiene amor más grande, que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hiciereis las cosas que yo os mando. No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Mas á vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre. No me elegisteis vosotros á mí; mas yo os elegí á vosotrós, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto; y que permanezca vuestro fruto: para que os dé el Padre todo lo que pidiereis en mi nombre. Esto os mando: que os améis los unos á los otros.

"Si el mundo os aborreció, sabed que me aborreció á mí antes que á vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; mas porque no sois del mundo, antes yo os escogí del mundo; por eso os aborrece el mundo. Acordaos de mi palabra que os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si á mí me han perseguido, también os perseguirán á vosotros; si mi palabra han guardado, también guardarán la vuestra. Mas todas estas cosas os harán por causa de mi nombre: porque no conocen á aquel que me ha enviado. Si no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado. El que me aborrece, también aborrece á mi Padre. Si no hubiese hecho entre ellos obras que ninguno otro ha hecho, no tendrían pecado; mas ahora, y las han visto, y me aborrecen á mí y á mi Padre. Por donde se viene á cumplir la palabra escrita en su ley: Que me aborrecieron sin causa

Digitized by Google

alguna. Pero cuando viniere el consolador que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Y vosotros daréis testimonio, puesto que desde el principio estáis en mi compañía„ (1).

"Esto os he dicho, para que no os escandalicéis. Os echarán de las sinagogas, y aun va á venir tiempo en que quien os matare se persuada hacer un obsequio á Dios. Y os harán esto porque no conocieron al Padre ni á mí. Mas esto os he dicho para que cuando viniere la hora, os acordéis de ello, que yo os lo dije. No os dije estas cosas al principio, porque estaba con vosotros. Mas ahora voy á aquel que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Adónde vas? Antes porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha ocupado vuestro corazón. Mas yo os digo la verdad; os conviene que me vaya; porque si no me fuere, no vendrá á vosotros el Consolador; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él viniere, convencerá al mundo en orden al pecado, en orden á la justicia, y en orden al juicio. En orden al pecado, porque no han creído en mí. Respecto á la justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis. Y tocante al juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado„ (2).

Ya la serie de los sucesos vendrá á mostrarnos el profundo sentido de estas palabras. El Espíritu Santo convencerá el mundo respecto al pecado de no haber creído en Jesucristo. Este mismo divino Señor había convencido á los judíos de este pecado en dos maneras: una con el cumplimiento de las profecías, que es el modo más eficaz de explicarlas; y la otra con hacer milagros que nadie había jamás hecho, lo cual les quitaba toda excusa: de manera que nada faltaba para la convicción. Y con todo, el Espíritu Santo añadirá aún nuevo argumento, cuando, descendiendo sobre los discípulos del Salvador, les comunique el don de profecías, el don de milagros, el don de lenguas, el don de entendimiento y el don de fortaleza.

Convencerá el Espíritu Santo al mundo respecto á la justicia, á la verdadera justicia, que procede de la fe, y de la fe viva. Y la piedra de toque de la fe es creer lo que no vimos. Mientras Jesucristo estaba en la tierra, su presencia sostuvo la fe de sus discípulos; tan pronto fué preso y condenado á muerte, cayó la fe de ellos y murió, digámoslo así, con él. Mas cuando el Espíritu Santo la resucitó, de suerte que eran más constantes y perfectamente adictos á la persona y doctrina de su Maestro de lo que lo habían sido durante su vida, se vió en ellos una verdadera fe, y en aquella fe, la verdadera justicia, la cual, siendo obra del Espíritu Santo, síguese que él dió al mundo una perfecta convicción respecto á la justicia.

El Espíritu Santo convencerá también al mundo respecto al juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. Había dicho antes Jesucristo: Ahora es el juicio del mundo, ahora será lanzado fuera el

(1) Joann., XV. 1-27.
(2) Joann., XVI, 1-11.

Digitized by Google

príncipe de este mundo. ¿Pues cómo juzga Jesucristo al mundo en el tiempo de su Pasión? Dejándose juzgar, y haciendo ver, por el inicuo juicio del mundo respecto á Jesucristo, que son nulos tales juicios. El Espíritu Santo en su venida confirma este juicio contra el mundo. ¿Qué ha logrado el juicio del mundo contra Jesucristo? Tan sólo una demostración de la iniquidad de semejante juicio. La doctrina de Jesucristo, que creían dejar sepultada bajo su cruz, se levanta más poderosa que nunca: declárase el cielo á su favor, y en defecto de los judíos vendrán los gentiles á recibirla y formar el nuevo pueblo. Obra es ésta del Espíritu Santo, que, bajando en forma como de lenguas, muestra la eficacia de la predicación apostólica. Entiéndenla todas las naciones. De todas las lenguas se forma una sola para mostrar que el Evangelio va á reunirlo todo. Juzgado está ya el príncipe de este mundo, y en su condena van á consentir los pueblos todos. La vida que el Espíritu Santo inspira á los fieles, condena todas las máximas del mundo. Ya no hay avaricia allí, donde cada uno depone sus bienes á los pies de los Apóstoles; no hay ya divisiones ni celos, donde hay en todos un corazón y un alma; no ya placeres sensuales, donde reina el gozo de ser azotados por Jesucristo; ni orgullo tampoco, donde todo está sometido á los superiores de la Iglesia, en cuya mano se ponen todos los deseos, y á quienes se hace dueños más aún de la propia persona que de las haciendas entregadas„ (1).

47. Las últimas palabras de Jesucristo eran difíciles de comprender, á causa de su brevedad y profundidad. Así añade:

"Aún tengo que deciros muchas cosas; mas no las podéis llevar ahora. Mas cuando viniere aquel Espíritu de verdad, os enseñará toda verdad. Porque no hablará de suyo, sino que dirá todas las cosas que habrá oído, y os prenunciará las venideras. El me glorificará, porque recibirá de lo mío, y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho que recibirá de lo mío y os lo anunciará„ (2).

Todos estos oficios del Espíritu Santo le igualan manifiestamente al Hijo, cuya obra lleva á cabo. Si da en ella los últimos toques, si Jesucristo le da, por expresarnos así, toda la gloria de ella, es porque la gloria del Espíritu Santo es la del Hijo de Dios, como la del Hijo de Dios es la del Padre, pues una é indivisible es la gloria de la Santísima Trinidad.

Si lo que se reserva para el Espíritu Santo son cosas de tal grandeza que los Apóstoles no hubieran podido llevarlas, aun anunciándoselo Jesucristo, no hay, pues, desigualdad en las obras de la Trinidad, por lo que mira á las tres divinas personas, sino una dispensación diversificada, solamente con respecto á nosotros; pero Jesucristo va á levantarnos todavía á mayor altura, y después de haber expuesto la igualdad del Espíritu Santo al Padre y al Hijo por sus obras, va á mostrarnos además su perfecta igualdad por su origen.

El me glorificará: porque tomará de lo mío. El Hijo ha tomado todo

(1) Bossuet. *Medit.*
(2) Joann., XVI, 12-15.

Digitized by Google

del Padre, y glorifica al Padre. El Espíritu Santo toma del Hijo, y glorifica al Hijo. Parece que tal sea el fin de esta palabra. Pero escuchemos de qué manera se expresa Jesucristo. No dice: Tomará de mí, sino: Tomará de lo mío.

El Espíritu Santo toma del Padre, de quien primitivamente procede, y tomando del Padre, toma lo que es del Hijo; pues que todo es común entre el Padre y el Hijo, excepto, ya se entiende, el ser Padre, porque eso propio del Padre es, y no común al Padre y al Hijo. Así, pues, el Hijo tiene todo lo que tiene el Padre, menos el ser Padre; tiene, pues, también el ser principio del Espíritu Santo, ya que eso no es ser Padre; y el Padre, que, engendrándole en su seno, le comunica todo, excepto el ser Padre, comunícale, por consiguiente, el ser principio del Espíritu Santo. Por eso el Espíritu Santo es el Espíritu del Padre como del Hijo, enviado en unidad del uno y del otro, procediendo del uno y del otro como de un solo y mismo principio, porque el Hijo ha recibido del Padre el ser principio del Espíritu Santo. Por eso no dice Jesucristo: Tomará de mí; pues eso sería decir, en cierta manera, que él sólo era ese principio, y que el Espíritu Santo procede del Hijo como el Hijo procede del Padre, esto es, de él solo. Pero no es así, porque el Espíritu Santo procede del Padre radicalmente, y si procede del Hijo, éste, del Padre ha tomado el producirlo. Y por eso dice más bien: De lo mío tomará; que no: De mí tomará. Porque aunque en realidad tome de él, no toma de él sino lo que él mismo ha tomado del Padre. Procede, pues, del Padre y del Hijo; mas procede del Padre por el Hijo, porque, eso mismo de proceder el Espíritu Santo del Hijo, éste lo ha recibido del Padre, de quien todo lo ha recibido.

Explica esto la razón mística y profunda del orden de la Trinidad. Si el Hijo y el Espíritu Santo procediesen igualmente del Padre sin relación alguna entre sí ambos, se pudiera decir tanto: El Padre, el Espíritu Santo y el Hijo, como: El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y no habla así Jesucristo. El orden de las personas es inviolable, porque si se nombra al Hijo después del Padre por venir de él, el Espíritu Santo procede también del Hijo, después del cual se le nombra; es el Espíritu del Hijo como el Hijo es el Hijo del Padre. Este orden no puede alterarse, es el que se sigue al bautizarnos. Y como no se puede poner primero el nombre del Hijo, así tampoco en segundo lugar el del Espíritu Santo.

Adoremos este orden de las tres divinas personas y las mutuas relaciones que entre ellas hay y constituyen su igualdad como su distinción y su origen. El Padre se conoce á sí mismo, se habla á sí mismo y engendra á su Hijo, que es su Verbo. Ama este Verbo que ha engendrado de su seno y que en él conserva, y este Verbo, que es asimismo su concepto, su pensamiento, su imagen intelectual eternamente subsistente, y por tanto, su único Hijo, le ama también como un Hijo perfecto ama á un Padre perfecto; y el amor de ambos es esa tercera persona, Dios todo amor, don común y recíproco del Padre y del Hijo, su lazo, su vínculo, su mutua unión en que se terminan las procesiones y las operaciones de la

Digitized by Google

Trinidad. Porque todo está completo, todo perfecto, donde Dios es infinitamente expresado en el Hijo é infinitamente amado en el Espíritu Santo; y donde el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo constituyen una simplicísima y perfectísima unidad, volviendo todo al principio de donde todo viene radical y primitivamente, que es el Padre, con un invariable orden, multiplicándose la fecunda unidad en dualidad, es decir, hasta el número de dos, para terminarse en Trinidad; de manera que todo es uno, y que todo vuelve á un solo y mismo principio (1).

Después de haber levantado el espíritu de sus discípulos á las sublimidades de estos adorables misterios, tráelos de nuevo á la tierra, al recuerdo de los combates y de las pruebas.

"Un poco, y ya no me veréis; y otro poco, y me veréis; porque yo voy al Padre. Entonces algunos de sus discípulos se dijeron unos á otros: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco, y no me veréis; y otro poco, y me veréis, y porque voy al Padre? Decían pues: ¿Qué es esto que nos dice: Un poco? No sabemos lo que dice. Y entendió Jesús que le querían preguntar, y les dijo: Disputáis entre vosotros de esto que dije: Un poco, y no me veréis; y otro poco, y me veréis. En verdad, en verdad os digo que vosotros lloraréis, y gemiréis, mas el mundo se gozará; y vosotros estaréis tristes, mas vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando pare está triste, porque ha llegado su hora; mas cuando ha parido un niño, ya no se acuerda del apuro, por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. Pues también vosotros ahora ciertamente tenéis tristeza; mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón: y ninguno os quitará vuestro gozo. Y en aquel día no habréis de preguntarme cosa alguna„ (2).

Dos sentidos ofrecen estas palabras de Jesús. Primero: Todavía un poco, y ya no me veréis porque he de morir y ser sepultado; y otro poco, y me veréis con la nueva vida que volveré á tomar para volver á mi Padre. Segundo: Todavía un poco, y no me veréis en cuanto á mi presencia visible, porque debo volver al cielo á prepararos allí sitio; y otro poco, aun al fin de vuestra vida, y más todavía al fin del mundo, me veréis en mi gloria, participaréis de mi gloria y de mi gozo. Nada podrá arrebataros ese gozo, porque será destruído el pecado. No habréis de preguntarme cosa alguna; porque veréis al descubierto la verdad misma. Mas, y entretanto, ¿qué harán en medio de tantas necesidades y tanta indigencia?

"En verdad, en verdad os digo que os dará el Padre todo lo que le pidiereis en mi nombre. Hasta aquí no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. Estas cosas os he hablado en parábolas. Viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas, sino que abiertamente os anunciaré las cosas del Padre. En aquel día pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros. Porque el mismo Padre os ama, porque vos-

(1) Bossuet, *Medit.*
(2) Joann., XVI, 16-23.

Digitized by Google

otros me amasteis, y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre y vine al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre. Sus discípulos le dicen: He aquí ahora hablas claramente, y no dices ningún proverbio. Ahora conocemos que sabes todas las cosas, y que no es menester que nadie te pregunte; en esto creemos que has salido de Dios. Jesús les respondió: ¿Ahora creéis?„

Y añadió: "He aquí que, viene y ya es venida, la hora en que seáis esparcidos cada uno por su parte, y que me dejéis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo (1). Entonces Jesús les dijo: Todos vosotros padeceréis escándalo por ocasión de mí esta noche. Porque escrito está: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño. Mas después que resucitare, iré delante de vosotros á Galilea (2). Esto os he dicho para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis apretura; mas tened confianza, que yo he vencido al mundo (3).

„Respondió Pedro y le dijo: Aunque todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo. Jesús le dijo: En verdad te digo que tú, hoy en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces. Pero él con mayor porfía decía: Aunque sea menester morir yo contigo, no te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo (4).

Sinceramente hablaban los Apóstoles. No conocían aún toda la flaqueza, toda la debilidad humana. Habíales dicho Jesús: Pedid y alcanzaréis. Olvídanse de pedir nada; créense bastante fuertes, no obstante las advertencias de su Maestro. Serán dejados en manos de su presunción, para aprender que sin él nada pueden, que solamente por él vencerán al mundo.

Ahí termina el último discurso, y, como quien dice, la última despedida de Nuestro Señor á sus Apóstoles; ahora, después de haberles hablado á ellos, va también á hablar por ellos y por todos nosotros á su Padre.

"Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, viene la hora, glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á ti. Como le has dado poder sobre todo el linaje humano, para que dé la vida eterna á todos los que le has señalado. Y esta es la vida eterna: Que te conozcan á ti solo Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien enviaste. Yo te he glorificado sobre la tierra; he acabado la obra cuya ejecución me encomendaste. Ahora, pues, Padre, glorifícame en ti mismo, con aquella gloria que tuve en ti antes que fuese el mundo. He manifestado tu nombre á los hombres que me diste del mundo; tuyos eran y me los diste á mí, y guardaron tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me diste, de ti son. Porque les he dado las palabras que me diste: y ellos

(1) Joann., XVI, 23 32.
(2) Matth., XXXI, 31 32; Marc., XIV, 27-28.
(3) Joann., XVI. 33.
(4) Matth., XXVI, 33-35; Marc., XIV, 20-31.

Digitized by Google

las han recibido, y han conocido verdaderamente que yo salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por éstos que me diste, porque tuyos son. Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías; y en ellas he sido clarificado. Y ya no estoy en el mundo, mas éstos están en el mundo, y yo voy á ti. Padre Santo, guarda, por tu nombre, á aquellos que me diste: á fin de que sean una misma cosa, así como nosotros lo somos. Mientras yo estaba con ellos, los guardaba en tu nombre. Guardé á los que me diste, y no pereció ninguno de ellos, sino el hijo de perdición, cumpliéndose así la Escritura. Mas ahora voy á ti, y hablo esto en el mundo, á fin de que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les di tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes de mal. No son del mundo, así como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos con tu verdad. Tu palabra es la verdad. Como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo. Y por ellos yo me santifico á mí mismo, para que ellos sean también santificados en verdad. Mas no ruego solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que sean todos una misma cosa; y que como tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros, para que crea el mundo que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean una misma cosa, como lo somos nosotros. Yo en ellos y tú en mí, á fin de que sean consumados en la unidad; y que conozca el mundo que tú me has enviado, y que los has amado como también me amaste á mí. Padre, quiero que aquellos que tú me diste estén conmigo donde yo estoy: para que vean mi gloria que tú me diste, porque me has amado antes de que el mundo fuese mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, mas yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y les he dado y daré á conocer tu nombre, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos„ (1).

Es el último discurso de Jesucristo la substancia de todo su Evangelio; es su última plegaria la substancia de todo su discurso, y el efecto de esta plegaria es que, unidos á Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, y por él á Dios Padre, nos unamos en ellos con los fieles todos y con todos los hombres para ser ya sólo, en cuanto está de nuestra parte, una misma alma y un mismo corazón. Para consumar esta obra de unidad, debemos ya mirarnos solamente en Jesucristo; y creer que cualquiera luz de fe, por pequeña que sea, cualquiera centellica del amor de Dios vienen á nosotros procedidas del amor inmenso que el Padre eterno tiene á su Hijo, á causa de que, estando en nosotros este mismo Hijo, nuestro Salvador, el amor con que le ama el Padre se extiende también á nosotros por una efusión de su bondad; porque esto resulta de toda la plegaria de Jesucristo.

---

(1) Joann., XVII, 1 26.

Digitized by Google

48. Después de esa plegaria, vayamos con Jesucristo al sacrificio en que se santifica, se consagra, se inmola por nosotros, unámonos á él. Sigámosle á aquellos dos montes: al de los Olivos y al Calvario. Vayamos á estos dos montes y pasemos de uno á otro; del de los Olivos, que es el de la agonía, al Calvario, que es el de la muerte; desde el de los Olivos, que es el monte de la resignación, al Calvario, que es el monte del sacrificio actual; de aquel, en fin, donde el hombre devoto se dispone para todo, á aquel en que muere á todo con Jesucristo.

"Cuando Jesús hubo dicho estas cosas, salió con sus discípulos á la otra parte del torrente de Cedrón, y fué con ellos al huerto de una granja llamada Getsemaní. Y Judas, que lo entregaba, sabía también aquel lugar, porque muchas veces concurría allí Jesús con sus discípulos„ (1).

Su ascendiente, é imagen profética de él, David, había atravesado ese mismo torrente cuando huía ante el propio hijo Absalón.

"Y dijo Jesús á sus discípulos: Sentaos aquí, mientras yo voy más allá y hago oración. Orad para que no entréis en tentación.

Y llevó consigo á Pedro y á Santiago y á Juan: y comenzó á atemorizarse y á angustiarse. Y les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte; esperad aquí y velad conmigo.

„Y se apartó de ellos como un tiro de piedra, y puesto de rodillas se postró sobre su rostro, é hizo oración, y dijo: Padre mío, si es de tu agrado aleja de mí este cáliz: mas no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y entrando en agonía oraba con mayor vehemencia. Abba, Padre, todas las cosas te son posibles, traspasa de mí este cáliz; mas no lo que yo quiero sino lo que tú. Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz. Mas no como yo quiero, sino como tú. Y fué su sudor como gotas de sangre, que corría hasta tierra. Y le apareció un ángel del cielo que le confortaba

„Y como se levantó de orar vino á sus discípulos, y los halló durmiendo de tristeza. Y dijo á Pedro: ¿Simón, duermes? ¿Así no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no entréis en la tentación. El espíritu, en verdad, pronto está; mas la carne es flaca.

---

(1) Matth., XXVI, 36; Marc., XIV, 32; Luc., XXII, 40; Joann., XXVIII, 1 y 2.

Gethsemaní está situado á orillas del torrente Cedrón, no lejos de su nacimiento, al Oriente de Jerusalén. En el jardín de las Olivas se ve el lugar donde el Señor sudó sangre. Es de forma irregular, profundo y alto. Tiene esta gruta dos cavidades, que comunican por un conducto subterráneo, donde hay colocados altares. El jardín de las Olivas tiene una cerca de piedra sin cemento. Hay en él ocho olivos que le cubren con su sombra, y separados unos de otros por cuarenta pasos: son de los árboles más grandes que se conocen. La tradición cree que bajo de ellos oró nuestro Señor y sufrió la agonía que le hizo sudar sangre. Aunque, según algunos autores, Vespasiano y Tito, en el cerco de Jerusalén, talaron los árboles para plantar su campamento, sin embargo la tala no fué por la parte de Gethsemaní; de forma que los olivos que allí había y que parecen ser los que hoy se ven, no fueron cortados. Nótese además que los olivos tienen tan larga vida, que Chateaubriand los califica de inmortales. Gethsemaní es uno de los lugares más venerandos de Tierra Santa.—(*Nota del Censor de la presente edición.*)

Digitized by Google

Y fué otra vez á orar, diciendo las mismas palabras: Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. Y vino otra vez y los halló dormidos, porque sus ojos estaban cargados y no sabían qué responderle. Y los dejó y fué á orar tercera vez, diciendo las mismas palabras. Entonces vino á sus discípulos y les dijo: Dormid ya y reposad, (de otro modo: Dormis y reposáis); basta, la hora es llegada; ved aquí que el Hijo del Hombre va á ser entregado en manos de pecadores. Levantaos, vamos. He aquí, el que me ha de entregar está cerca (1).

„Y cuando estaba aún él hablando, se dejó ver una cuadrilla de gente, y el que era llamado Judas, uno de los doce, iba delante de ellos. Y con él una grande tropa de gente con espadas y con palos, que habían enviado los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo. Y el que lo entregó les dió señal, diciendo: El que yo besare, el mismo es; prendedlo. Y se llegó á Jesús, y dijo: Dios te guarde, Maestro, y lo besó. Y Jesús le dijo: Amigo, ¿á qué has venido? Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?„ (2).

Parece que la manera inesperada en que le habló Jesús desconcertó al traidor, que se volvió hacia la cuadrilla.

"Mas Jesús, sabiendo todas las cosas que habían de venir sobre él, se adelantó, y les dijo: ¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús Nazareno. Jesús les dice: Yo soy. Y Judas, que lo entregaba, estaba también con ellos. Luego, pues, que les dijo: Yo soy, volvieron atrás y cayeron en tierra. Mas les volvió á preguntar: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús Nazareno. Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis á mí, dejad ir á éstos. Para que se cumpliese la palabra que dijo: De los que me diste, á ninguno de ellos perdí. Entonces ellos le echaron las manos y le prendieron.

Y cuando vieron los que estaban con él lo que iba á suceder, le dijeron: Señor, ¿herimos con la espada? Mas Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó é hirió á un criado del Pontífice, y le cortó la oreja derecha. Y el criado se llamaba Malco. Pero Jesús, tomando la palabra, dijo: Dejadlo, no paséis adelante. Y habiendo tocado la oreja del herido le sanó. Entonces le dijo Jesús: Vuelve tu espada á su lugar; porque todos los que tomaren espada, á espada morirán. El cáliz que me ha dado el Padre, ¿no lo tengo de beber? ¿Por ventura piensas que no puedo rogar á mi Padre, y me dará ahora mismo más de doce legiones de ángeles? Mas ¿cómo se cumplirán las Escrituras, según las cuales conviene que suceda así?

„Y dijo Jesús á los príncipes de los sacerdotes, y á los magistrados del Templo, y á los ancianos que habían venido allí: ¿Como á ladrón habéis salido con espadas y con palos? Habiendo estado con vosotros cada día en el Templo, no extendisteis las manos contra mí; mas esta es vues-

(1) Matth., XXVI, 36-46; Marc., XIV, 32-42; Luc., XXII. 41-46.
(2) Matth., XXVI, 47-50; Marc., XIV, 43-45; Luc., XXII, 47 48.

Digitized by Google

tra hora y el poder de las tinieblas. Mas esto todo fué hecho para que se cumplan las Escrituras de los Profetas.

„La cohorte, pues, y el tribuno y los ministros de los judíos prendieron á Jesús, y lo ataron. Entonces, desamparándole sus discípulos, huyeron todos. Y un mancebo iba en pos de él, cubierto de una sábana sobre el cuerpo desnudo, y le asieron. Mas él, soltando la sábana, desnudo se escapó de ellos„

"Y lo llevaron primero á Anás, porque era suegro de Caifás, el cual era Pontífice de aquel año (1). Y Caifás era el que había dado el consejo á los judíos, que convenía que muriese un hombre por el pueblo. (2)„. Anás se lo envió asi atado como estaba. "Le condujeron á casa de Caifás que era Sumo Pontífice, donde se juntaron todos los sacerdotes, y los escribas y los ancianos (3).

Simón Pedro y otro discípulo seguían á Jesús. Y aquel discípulo era conocido del Pontífice, y entró con Jesús en el atrio del Pontífice, quedándose Pedro fuera en la puerta. Por eso el otro discípulo conocido del Pontífice, salió á la puerta y lo dijo á la portera, é hizo entrar á Pedro. Los criados y ministros estaban á la lumbre, porque hacía frío, y se calentaban. Y habiendo encendido fuego en medio del atrio, y sentándose ellos alrededor, estaba también Pedro en medio de ellos, que, habiendo entrado, se estaba sentado con los sirvientes para ver el fin, y calentándose.

„El Pontífice, pues, preguntó á Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Jesús les respondió: Yo manifiestamente he hablado al mundo, yo siempre he enseñado en la sinagoga y en el Templo, adonde concurren todos los judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á aquellos que han oído lo que yo les hablé, pues ésos saben cuales cosas haya dicho yo.

„Cuando esto hubo dicho, uno de los ministros que estaban allí dió una bofetada á Jesús, diciendo: ¿Así respondes al Pontífice? Jesús le respondió: Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas si bien, ¿por qué me hieres? Habíale enviado Anás atado al Pontífice Caifás„ (4).

---

(1) Según San Juan, llevaron primeramente al Señor á casa de Anás y después á la de Caifás. La casa de Anás estaba junto á la de Caifás, separadas ambas sólo por un patio, ya fuese la casa de Caifás propia, ó fuese la casa de los Sumos Sacerdotes. Estaba situada en el monte Sión ó parte alta de la ciudad, donde hoy se ve un convento de armenios. Se cree que en el patio de esa casa se hallaba San Pedro cuando negó tres veces al Señor. No lejos se encuentra una caverna, á la cual se retiró San Pedro cuando le miró nuestro Señor y oyó cantar al gallo, y se arrepintió y lloró sus negaciones. Cerca ó sobre ella se edificó, según Nicéforo, una iglesia que se llamó "Gallicinium„ ó sea del canto del gallo. Esta iglesia estaba dedicada al Príncipe de los Apóstoles. — (*Nota del Censor de la presente edición.*) — Matth., XXVI, 50 56; Marc., XIV, 46-52; Luc., XXII, 49-54; Joann., XVIII, 3 12.

(2) Joann., XVIII, 13 y 14.

(3) Matth., XXVI 57; Marc., XIV, 53.

(4) Joann., XVIII, 15-24; Matth., XXVI, 58; Marc., XIV, 54; Luc XXII, 55.

Digitized by Google

"Mas los príncipes de los sacerdotes y todo el Concilio buscaban algún falso testimonio contra Jesús para entregarle á muerte. Y no le hallaron aunque se habían presentado muchos falsos testigos, porque muchos decían testimonio falso contra él, mas no concordaban sus testimonios. Mas, por último, llegaron dos testigos falsos, y dijeron: Nosotros mismos le hemos oído decir: Puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días. Yo destruiré este Templo hecho de mano, y en tres días edificaré otro no hecho de mano. Y levantándose en medio el Sumo Sacerdote, preguntó á Jesús, diciendo: ¿No respondes nada á lo que éstos deponen contra ti? Mas él callaba, y nada respondió. Le volvió á preguntar el Sumo Sacerdote, y le dijo: Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios bendito. Respondióle Jesús: Tú lo has dicho, Yo soy. Y aún os digo que veréis después al Hijo del hombre sentado á la diestra de la majestad de Dios, venir sobre las nubes del cielo. Entonces el Sumo Sacerdote, rasgando sus vestiduras, dijo: Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos de testigos? He aquí, ahora acabáis de oir la blasfemia. ¿Qué os parece? Y ellos respondiendo, dijeron: Reo es de muerte. Y algunos comenzaron á escupirle. Y aquellos que tenían á Jesús le escarnecían hiriéndole, y le vendaron los ojos y le maltrataron á puñadas, y otros le dieron bofetadas en el rostro, diciendo: Adivínanos, Cristo, quién es el que te ha herido. Y decían otras muchas cosas blasfemando contra él„ (1).

"Llegó una de las criadas del Sumo Sacerdote (la portera), y cuando vió á Pedro que se calentaba, clavando en él los ojos, le dijo: Y tú con Jesús Nazareno estabas. Mas él lo negó, delante de todos, diciendo: Ni le conozco, ni sé lo que dices. Y se salió delante del atrio, y cantó el gallo. Y saliendo él á la puerta, le vió otra criada, y dijo á los que estaban allí: Este estaba también con Jesús Nazareno. Y un poco después, viéndole otro, dijo: Y tú de ellos eres. Y le dijeron: ¿No eres tú también de sus discípulos? Y negó otra vez con juramento, diciendo: No soy, no conozco tal hombre. Y pasada como una hora, dícele uno de los criados del Pontífice, pariente de aquel á quien Pedro había cortado la oreja: ¿No te vi yo en el Huerto con él? Y afirmaba otro y decía: En verdad con él estaba, porque es también galileo. Y de allí á un poco se acercaron los que estaban allí, y dijeron á Pedro: Seguramente tú también eres de ellos, porque tu misma habla te da bien á conocer. Y otra vez negó Pedro; comenzó á hacer imprecaciones y á jurar: No conozco ese hombre que decís. Y en el mismo instante, cuando él estaba aún hablando, cantó el gallo la segunda vez. Y volviéndose el Señor miró á Pedro. Y Pedro se acordó de la palabra que le había dicho Jesús: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Y habiendo salido fuera, lloró amargamente„ (2).

„Y venida la mañana, todos los príncipes de los sacerdotes y los an-

(1) Matth., XXVI, 59-68; Marc., XIV. 55-65: Luc , XXII, 63-65.
(2) Matth., XXVI, 69-75; Marc., XIV, 66-72; Luc. XXII, 55-62; Joann., XVIII, 25-27.

Digitized by Google

cianos del pueblo entraron en consejo contra Jesús para entregarle á la muerte. Y lo llevaron á su Concilio y le dijeron: Si tú eres el Cristo, dínoslo. Y les dijo: Si os lo dijere no me creeréis. Y también si os preguntare, no me responderéis, ni me dejaréis. Mas desde ahora os declaro que veréis á este Hijo del hombre sentado á la diestra de la virtud de Dios. Dijeron todos: Luego ¿tú eres el Hijo de Dios? Respondióles él. Así es, que yo soy como vosotros decís. Y replicaron ellos: ¿Qué necesitamos ya buscar otros testigos cuando nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca? Y levantándose luego todo aquel congreso, le condujeron atado desde casa de Caifás al pretorio y lo entregaron al presidente Poncio Pilato. Y era por la mañana (1).

„Entonces Judas, que le había entregado, cuando vió que había sido condenado, movido de arrepentimiento, volvió las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, diciendo: He pecado entregando la sangre inocente. Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa á nosotros? Allá te las hayas Y arrojando las monedas de plata en el Templo, se retiró, y fué y se ahorcó con un lazo. Y los príncipes de los sacerdotes, tomando las monedas de plata, dijeron: No es lícito meterlas en el Tesoro, porque es precio de sangre. Y habiendo deliberado sobre ello, compraron con ellas el campo de un alfarero para sepultura de los extranjeros. Por lo cual fué llamado aquel campo Haceldama, esto es, campo de sangre, hasta el día de hoy. Entonces se cumplió lo que fué dicho por el profeta Jeremías *(con Zacarías)*, que dice: Y tomaron treinta monedas de plata, precio apreciado, al cual apreciaron de los hijos de Israel. Y los dieron por el campo del alfarero, así como me lo ordenó el Señor„ (2).

Los pontífices, los ancianos y los escribas que llevaban al Salvador "no entraron ellos en el pretorio por no contaminarse, y poder comer la Pascua. Pilato (3), pues, salió fuera á ellos, y dijo: ¿Qué acusación traéis

---

(1) El Sanedrín, designado en los Evangelios con los nombres de príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos del pueblo, porque éstos le constituían, era el tribunal superior de los judíos; le componían setenta y dos miembros y le presidía el Sumo Sacerdote. Los príncipes de los sacerdotes ó sea los jefes de las veinticuatro familias sacerdotales representaban el elemento sacerdotal; los escribas la ciencia de la ley; los ancianos el resto del pueblo. Los judíos hacían subir á Moisés el origen de este tribunal, pero en la forma que tenía en tiempo de nuestro Señor, databa de un tiempo posterior á la gran cautividad de Babilonia. Ya carecía del *jus gradii*, porque, según las profecías, el cetro había salido de la tribu de Judá, pasando primero á Herodes, idumeo, y después á los romanos —*(Nota del Censor de la presente edición.)*

(2) Zach.. XI, 12; Matth., XXVII, 3-10.

(3) Pilato fué el quinto gobernador romano de la Judea: gobernó esta provincia desde el año 26 al 36 de la Era cristiana, bajo la dependencia del legado de Siria. Pilato era hechura de Sejano, favorito de Tiberio. Por consideración á los judíos residía en Cesarea de Palestina, plaza fuerte en las riberas del mar Mediterráneo; pero, como Antipas, subía á Jerusalén en las grandes fiestas y habitaba en el Pretorio, que estaba junto con la Torre Antonia. Poco le duró el mando, porque tres años después de la inicua sentencia que dió contra el Señor, Vitelio, defiriendo á las que-

Digitized by Google

contra este hombre? Respondieron y dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado. Pilato les dijo entonces: Tomadle allá vosotros y juzgadle según vuestra ley. Y los judíos dijeron: No nos es lícito á nosotros matar á alguno. Para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, señalando de qué muerte había de morir.

„Y comenzaron á acusarle, diciendo: Este hemos hallado pervirtiendo á nuestra nación, y vedando dar tributo á César, y diciendo que él es el Cristo Rey. Volvió á entrar Pilato en el pretorio, y llamó á Jesús y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Respondió Jesús: ¿Dices tú eso de ti mismo, ó te lo han dicho otros de mí? Respondió Pilato: ¿Soy acaso yo judío? Tu nación y los pontífices te han puesto en mis manos, ¿qué has hecho? Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo. Si de este mundo fuera mi reino, mis ministros, sin duda, pelearían para que yo no fuera entregado á los judíos; mas ahora, mi reino no es de aquí. Entonces Pilato le dijo: ¿Luego Rey eres tú? Respondió Jesús: Así es como dices, yo soy Rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio á la verdad; todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz. Pilato le dice: ¿Qué cosa es la verdad? Y cuando esto hubo dicho, salió otra vez á los judíos (1).

"Dos realezas tiene Jesucristo—dice Bossuet,—de las cuales la una le conviene en cuanto Dios, y la otra en cuanto hombre. Como Dios, es Rey y soberano de todas las criaturas por él hechas, y además, como hombre es Rey particularmente de todo el pueblo que ha rescatado, sobre el cual ha adquirido un derecho absoluto por el precio que dió para redimirlo„ (2).

En su respuesta á Pilato habla el Salvador de esta segunda realeza; dice que para ejercerla ha nacido en el tiempo, ha venido á este mundo. Es aquel reino de Dios que habían anunciado los profetas, y predicado los Apóstoles, y cuyo advenimiento pedimos todos los días: divino reino que comienza aquí, en la tierra, para completarse en el cielo.

Este reino es, pues, la Iglesia, la sociedad de los fieles. Entrase en él por la fe. Eso nos hace comprender Jesucristo cuando dice á Pilato: "Yo soy Rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo aquel que es de la verdad escucha mi voz„, "creyendo de corazón y practicando de obra—añade un intérprete,—y en estos tales es donde espiritualmente reino„ (3). Y también San Agustín

---

jas de los samaritanos, en concepto de gobernador de Siria, delegó á Marcelo para los asuntos de la Judea y mandó á Pilato que se presentase en Roma para responder á las acusaciones que contra él se hacían. El recuerdo de la injusta sentencia dada contra nuestro Salvador llenaba de horribles terrores el alma de Pilato y le condujo, después de haber sido desterrado á las Galias y privado de sus bienes, á darse la muerte en Viena, en las riberas del Ródano, donde se ve una pirámide, llamada todavía sepulcro de Pilato. En Abisinia, al contrario, hay una tradición, según la cual nuestro Señor otorgó á Pilato la gracia del arrepentimiento.—(*Nota del Censor de la presente edición.*)

(1) Joann., XVIII, 28-38; Luc., XXIII, 2.
(2) *Œuvres de Bossuet*, t. XVII, pág. 193; edic. Vers.
(3) Véanse los coment. de la *Biblia Máxima.*

Digitized by Google

dice: "Venid al reino que no es de este mundo, venid creyendo en él, porque ¿qué otra cosa es este reino de Jesucristo sino los mismos que en él creen?„ (1).

No siendo ese reino sino el imperio de la verdad, divinamente promulgado por una parte, y eficazmente creída por otra, muy lejos de impedir cualquier imperio legítimo, los robustece todos, ofreciéndoles continuamente una regla infalible para conservar la justicia de la paz.

Es ese reino espiritual de Cristo el cumplimiento de un deseo formado por todos los hombres y por todos los siglos. Lo que los pueblos anhelaban era ser gobernados según justicia, verdad, ley y razón; lo que anhelaban los reyes verdaderamente dignos de tal nombre, era regir según razón, ley, justicia y verdad. ¿Mas qué es la verdad? Es esto, es aquello, es lo de más allá. Y acerca de esto, discordias y revoluciones. Para disipar las tinieblas y las dudas, la razón, la justicia, la verdad misma, se encarnó en la persona de Jesucristo, estableció su imperio sobre la tierra, y por su Iglesia responde á quien le pregunta.

Ese reino no es de este mundo. en el mismo sentido en que la verdad que lo ha fundado, y que lo sostiene, Jesucristo nuestro Señor, no es de este mundo, sino del cielo, en el mismo sentido en que los Apóstoles sus principales ministros. no son de este mundo, no habiendo tomado de él ni su doctrina ni sus miras, si no habiendo recibido todo esto de su Maestro, á quien pertenece todo poder en la tierra y en el cielo. "No son de este mundo—dice Cristo á su Padre, como tampoco yo soy de este mundo.„ Ahora bien; de que el reino de Jesucristo, su Iglesia, no es de este mundo, no toma de él ni su origen ni su autoridad, ni su enseñanza, ni su fin; todo lo que puede deducirse es que este mundo nada tiene que ver en ello. Jesucristo, y es la observación de San Agustín, no dice: Mi reino no está en este mundo; sino que dice: "No es de este mundo.„ Y cuando para probarlo añade: "Si de este mundo fuera mi reino, mis ministros, sin duda, pelearían para que yo no fuera entregado á los judíos„; no dice: Mas ahora mi reino no está aquí, sino que dice: "Mas ahora mi reino no es de aquí.„ Pues efectivamente; su reino está aquí hasta la consumación de los siglos (2).

Pilato, que sin duda conocía las ideas de los filósofos griegos y latinos sobre la preeminencia del sabio, que sólo él es feliz, que sólo él es verdadero rey, comprendió sin dificultad que Jesucristo hablaba de un imperio intelectual, y no de un imperio material, de un imperio de fuerza como el de los Césares. Fué, pues, á los judíos, los príncipes de los sacerdotes y la multitud, y les dijo: "Ningún delito hallo en este hombre.

Y los príncipes de los sacerdotes y los ancianos le acusaban de muchas cosas. Y Pilato les preguntó otra vez diciendo: ¿No respondes nada? Mira de cuantas cosas te acusan. Mas Jesús ni aun con eso respondió; de modo que se maravillaba Pilato. Mas ellos insistían diciendo: Tiene alborotado el pueblo con la doctrina que esparce por toda la Judea, comenzando

(1) *In Joann.*, Tract. CXV, 2.
(2) *In Joann.*, Tract. CXV, 2.

Digitized by Google

desde la Galilea hasta aquí. Pilato, que oyó decir Galilea, preguntó si aquel hombre era galileo. Y cuando entendió que era de la jurisdicción de Herodes lo remitió á Herodes, el cual á la sazón se hallaba también en Jerusalén. Y Herodes cuando vió á Jesús se holgó mucho. Porque de largo tiempo le había deseado ver por haber oído decir de él muchas cosas, y esperaba verle hacer algún milagro. Le hizo, pues, muchas preguntas; mas él nada le respondía Y estaban los príncipes de los sacerdotes y los escribas acusándole con grande instancia. Y Herodes con todos los de su séquito le despreció y, escarneciéndole, le hizo vestir de una ropa blanca, y le volvió á enviar á Pilato. Y aquel día quedaron amigos Herodes y Pilato, porque antes eran enemigos entre sí. Pilato, pues, llamó á los príncipes de los sacerdotes, y á los magistrados y al pueblo, y les dijo: Me habéis presentado este hombre como pervertidor del pueblo, y ved que preguntándole yo delante de vosotros, no hallé en él culpa alguna de aquellas de que le acusáis. Ni Herodes tampoco, pues os remití á él, y he aquí que nada se ha probado que merezca muerte. Y así, le soltaré después de haberle castigado„ (1).

"Pero acostumbraba en el día de la fiesta dar libertad á uno de los presos, cualquiera que ellos quisiesen. Y debía soltarles uno en el día de la fiesta. Y á la sazón tenía un preso muy famoso, que se llamaba Barrabás, ladrón, preso con otros sediciosos por haber hecho una muerte en una revuelta. Y como concurriese el pueblo, comenzó á pedirle la gracia que siempre les hacía. Preguntó Pilato á los que habían concurrido, y les dijo: Costumbre tenéis vosotros que os suelte uno en Pascua; ¿á quién queréis que os suelte, á Barrabás, ó á Jesús, que es llamado Cristo? Porque sabía que por envidia le habían entregado los príncipes de los sacerdotes. Y Pilato les habló de nuevo, queriendo soltar á Jesús: ¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?

„Y estando él sentado en su tribunal, le envió á decir su mujer: No te mezcles en las cosas de ese justo, porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa (2). Entretanto los príncipes de los sacerdotes y los ancianos indujeron al pueblo á que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Y el presidente les respondió y dijo: ¿A cuál de los dos queréis que os entregue libre? Y dijeron ellos: A Barrabás. Pilato les dice: ¿Pues qué haré de Jesús, que es llamado el Cristo? Dicen todos: Sea crucificado. El presidente les dice: ¿Pues qué mal ha hecho éste? Yo no hallo en él delito ninguno de muerte; le castigaré, pues, y le soltaré. Y ellos levantaban más el grito diciendo: Sea crucificado„ (3).

---

(1) Marc., XV, 3-5; Luc., XXIII, 4-16.

(2) Esta mujer se llamaba, según la tradición, Claudia Prócula. Los griegos, en su Menologio, la colocan en el número de los santos.

Los romanos no permitían á los gobernadores de provincias llevar consigo á sus mujeres; pero, según parece, Tiberio derogó ó quitó esta prohibición.—(*Nota del Censor de la presente edición.*)

(3) Matth., XXVII, 15-23; Marc., XV, 6 14; Luc., XXIII, 17 33; Joann., XVIII, 40.

Digitized by Google

"Tomó entonces Pilato á Jesús y mandó azotarle. Entonces los soldados del presidente, tomando á Jesús para llevarle al Pretorio, hicieron formar alrededor de él toda la cohorte (1). Y desnudándole le vistieron un manto de grana. Y tejiendo una corona de espinas se la pusieron sobre la cabeza y una caña en la mano derecha. Y doblando ante él la rodilla le escarnecían diciendo: Salve, oh Rey de los judíos. Y escupiéndole, tomaban la caña y le herían en la cabeza.

„Pilato salió otra vez fuera, y les dijo: Ved que os lo saco fuera, para que sepáis que yo no hallo en él delito ninguno. (Y salió Jesús llevando la corona de espinas y el manto de púrpura.) Y Pilato les dijo: Ved aquí el hombre. Y cuando le vieron los pontífices y los ministros daban voces diciendo: Crucifícale, crucifícale. Pilato les dice: Tomadle allá vosotros y crucificadle, que yo no hallo en él crimen. Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos ley, y según la ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios. Cuando Pilato oyó estas palabras temió más. Y volvió á entrar en el Pretorio, y dijo á Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le dió respuesta. Y Pilato le dice: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y que tengo poder para soltarte? Respondió Jesús: No tendrías poder alguno sobre mí, si no te hubiese sido dado de arriba. Por tanto, el que á ti me ha entregado mayor pecado tiene. Y desde entonces procuraba Pilato soltarle. Mas los judíos gritaban diciendo: Si á éste sueltas, no eres amigo de César. Porque todo aquel que se hace rey contradice á César„ (2).

"Pilato, pues, cuando oyó estas palabras, sacó fuera á Jesús, y se sentó en su tribunal, en el lugar que se llama Lithostrotos *(empedrado, podríamos decir)* y en hebreo Gabbata *(altura)*. Y era el día de preparación de la Pascua, y como la hora sexta, y dice á los judíos: Ved aquí vuestro Rey. Y ellos gritaban: Quita, quita, crucifícale. Les dice Pilato: ¿A vuestro Rey he de crucificar? Respondieron los pontífices: No tenemos Rey sino á César. Y viendo Pilato que nada adelantaba, sino que crecía más el alboroto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; allá os lo veáis vosotros. Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre. Al fin Pilato se resolvió á otorgar lo que ellos pedían. En consecuencia, dió libertad, como ellos pedían, al que por causa de homicidio y sedición había sido encarcelado, y á Jesús le entregó para que le crucificasen„ (3).

---

(1) La cohorte romana se componía de 625 hombres.
El Pretorio, que era la tienda del general en jefe en campaña, fué después la residencia del gobernador de la provincia. En el edificio llamado Pretorio residía y administraba justicia. En uno de los patios del Pretorio de Pilato hay hoy un cuartel turco; el Pretorio estaba al Nordeste del templo. La escalera está hoy en Roma, cerca de San Juan de Letrán.—(*Nota del Censor de la presente edición.*)
(2) Matth., XXVII; Joann., XIX, 1 12.
(3) Matth., XXVII, 24-26; Marc., XV, 15: Luc., XXIII, 24-25; Joannis, XIX, 13-16.

Digitized by Google

Acabamos de oir á San Juan que, cuando Pilato subió la últiva vez á su tribunal, era como la hora de sexta. Y veremos muy luego en San Marcos, que Jesús fué crucificado á la hora de tercia, que las tinieblas se esparcieron sobre la tierra á la hora sexta y que duraron hasta la de nona, en que expiró Jesús. Varios intérpretes de la Escritura resuelven la dificultad de la siguiente manera. Según un antiguo manuscrito de San Juan, y según antiguos autores citados en la Biblia de Vence, leíase antiguamente en San Juan como en San Marcos, hora de tercia en lugar de hora de sexta. Pero tomando los dos textos como actualmente se leen, puédese todavía conciliarlos del siguiente modo. Tenían los romanos dos maneras de contar las horas del día: una como los judíos, desde la salida á la puesta del sol, y otra como nosotros, de media noche á mediodía y de mediodía á media noche. Esta última estaba principalmente en uso en los tribunales y entre los jurisconsultos. Parece de toda verosimilitud que San Juan, escribiendo después de los otros evangelistas y para los cristianos del Asia Menor, se sirvió del segundo de los indicados cómputos. Eran, pues, según nuestra manera de contar, cerca de las seis de la mañana, las seis y media probablemente, cuando Pilato subió por última vez á su tribunal. La sentencia habrá sido pronunciada sobre las siete. Jesús fué crucificado á la tercera hora según el estilo de contar de los judíos, las nueve de la mañana según el nuestro. Y el tiempo que resulta intermedio lo habrá llenado el proceso de los dos criminales crucificados con Jesús, la construcción de las cruces (1) y de los letreros y el camino. Ni hay que asombrarnos de ver pronunciar una sentencia tan por la mañana. Conviene saber que, en general, los jurisconsultos y los magistrados romanos daban audiencia muy temprano (2). Había además aquí una razón especial. Según el mandato mismo de Dios, consignado en el Éxodo (3), la noche de la Pascua era para los judíos una noche solemne y la parte principal de la fiesta, y velaban como de día. Los jefes del pueblo debieron regularmente de aprovechar esa circunstancia para apresurar la muerte de Jesús, y celebrar lo restante del día con mayor satisfacción. Jesucristo fué, pues, crucificado á la tercera hora de los judíos y expiró hacia la nona; es decir, según nuestra manera de contar, fué crucificado á las nueve de la mañana y murió á las tres de la tarde.

---

(1) Ha habido diferentes opiniones sobre la madera de la Cruz. Hoy parece averiguado, después de un examen científico de diferentes del *Lignum crucis*, que pertenecía á la familia de plantas coníferas y era de pino. Según una tradición la altura de la Cruz era de cuatro metros y ochenta centímetros; el travesaño, de dos metros sesenta centímetros; su peso total, setenta y cinco kilogramos. El Señor no podía soportar tanto peso, porque los tormentos le habían debilitado, el terreno era accidentado y montuoso, y hasta el Calvario, desde el Pretorio, había 600 metros de distancia.—(*Nota del Censor de la presente edición.*)

(2) Magistratus post mediam noctem auspicantur et post exortum solem agunt. (Macrob. *Saturnal*, I, cap. III.) Haec tot millia ad forum prima luce properantia quam turpes lites, quanto turpiores advocatos habent. Senec. (*De ira*, lib. II, cap. VI.)

(3) Exod., XII, 42.

Digitized by Google

Permaneció así seis horas en la cruz, como lo han hecho notar algunos antiguos. Lo que es, sobre todo, digno de atención, es que los dos corderos del sacrificio perpetuo se inmolaban todos los días en el Templo, uno á las nueve de la mañana, y otro á las tres de la tarde. Jesucristo, que venía á reemplazar todas las víctimas, subirá sobre el altar de la cruz al tiempo que se inmola el primero de esos corderos, y consumará su sacrificio mientras se inmola el segundo.

49. "Y después de haberle escarnecido, lo desnudaron de la púrpura, y le vistieron sus ropas, y le sacan fuera para crucificarle. Y llevando su cruz á cuestas, salió para aquel lugar que se llama Calvario. Y al salir fuera hallaron un hombre de Cirene, por nombre Simón, que venía de una granja, padre de Alejandro y de Rufo. A éste obligaron á que cargase con la cruz de Jesús. Y le cargaron con la cruz, para que la llevase en pos de Jesús.

Y le seguía una gran multitud de pueblo y de mujeres; las cuales lo plañían y lloraban. Mas Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no dieron de mamar. Entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Sepultadnos. Porque si al árbol verde hacen esto, en el seco, ¿qué se hará?

„Y llevaban con él también otros dos, que eran malhechores, para hacerlos morir. Y vinieron al lugar que se llama Calvario *(ó lugar de la Calavera)*, y en hebreo, Gólgotha (1). Y le dieron á beber vino mezclado con mirra y mezclado con hiel. Y habiéndolo probado, no lo quiso beber„ (2).

Enséñanos la tradición judía que cuando iba á ser ejecutado un reo de muerte se le daba á beber algunas gotas de incienso en un vaso de vino, para que sintiese menos sus violentos dolores. Y eran las principales señoras de Jerusalén las que voluntariamente proporcionaban esta bebida (3). La mirra produce el mismo efecto que el incienso, sino que es más cara. No la quiso el Salvador, porque no quería disminuir nada de sus padecimientos. Había además otra razón: El sacerdote, cuando desempeñaba las funciones de su ministerio, no debía beber vino ni nada que pudiese embriagar. Y Jesucristo, Sacerdote eterno, en el momento de ofrecer el sacrificio que iba á consumar y reemplazar todos los demás, quiso observar esa ley.

"Era, pues, la hora de tercia cuando le crucificaron. Y crucificaron

---

(1) El Gólgota está dentro de la Basílica del Santo Sepulcro y tiene una elevación de cuatro metros ochenta centímetros. En tiempo de nuestro Señor estaba fuera de Jerusalén, pero ya desde tiempos antiguos está dentro de la ciudad por haberse ésta extendido fuera de sus antiguas murallas.—(*Nota del Censor de la presente edición.*)

(2) Matth., XXVII, 31-34; Marc., XV, 20-23; Luc., XXIII, 26 33; Joann., XIX, 16-18.

(3) Gemar, *Babyl. in Mischn.*, cap. VI, vers. 1.

Digitized by Google

con él dos ladrones; el uno á su derecha, y el otro á su izquierda. Y se cumplió la Escritura, que dice: Y fué contado con los malos„ (1).

El suplicio de la cruz era particularmente usado entre los romanos, que condenaban á él principalmente á los esclavos. Lo que de él nos dicen los autores profanos concuerda con el Evangelio. El desgraciado que era sentenciado á dicho suplicio, era sometido desde luego al de la flagelación. Llevaba después él mismo su cruz. En fin, le sujetaban á ella con clavos por las manos y por los pies. Muchas veces añadíanse además cuerdas para que las convulsiones del dolor no viniesen á ocasionar cualquier inconveniente. David había predicho este suplicio cuando dice en un salmo, que luego veremos recordado por Jesucristo: "Han taladrado mis manos y mis pies.„

Cumplíanse entonces las profecías y las figuras. Y hasta esto sobre aquel monte Moria, donde Abrahán iba á inmolar á Isaac, su único hijo, que debía ser solamente una figura del único Hijo de Dios, inmolado realmente por su Padre. En aquel mismo monte había construído David un altar y ofreció un sacrificio para detener el brazo del ángel exterminador. A aquella hora se ofrecía en el Templo el sacrificio perpetuo matutino. Mas una figura hay sobre todo que se cumplía entonces. Todos los años, en el gran día de la expiación, entraba el Sumo Sacerdote en el *Sancta Sanctorum* con la sangre de las víctimas á fin de interceder por los pecados. He aquí ahora al Pontífice eterno que entra en el verdadero *Sancta Sanctorum*, ante Dios Padre, no ya con la sangre de los animales, sino con su propia sangre, á fin de interceder eficazmente por los pecados del mundo. Así que su primera palabra desde la cruz es ésta: "Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen„ (2).

"Y Pilato escribió también un título, y lo puso sobre la cruz. Y lo escrito era: Jesús Nazareno, Rey de los judíos. Y muchos de los judíos leyeron este título, porque estaba cerca de la ciudad el lugar en donde crucificaron á Jesús. Y estaba escrito en hebreo, en griego y en latín. Y decían á Pilato los Pontífices de los judíos: No escribas: Rey de los judíos, sino que él ha dicho: Rey soy de los judíos. Respondió Pilato: Lo escrito, escrito„ (3).

"Los soldados, después de haber crucificado á Jesús, tomaron sus vestiduras (y las hicieron cuatro partes, para cada soldado su parte) y la túnica. Mas la túnica no tenía costura, sino que era toda tejida desde arriba. Y dijeron unos á otros: No la partamos, mas echemos suertes sobre ella, para que se cumpliese la Escritura, que dice: Se repartieron mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suerte. Y los soldados ciertamente esto hicieron. Y sentados le hacían la guardia„ (4).

---

(1) Marc., XV, 25, 27, 28 —Según las leyes romanas el suplicio de la cruz era propio de esclavos, de ladrones, homicidas y sobre todo de los sediciosos. Según Maimónides los judíos no crucificaban sino después de matar á los criminales y descolgaban sus cuerpos antes de ponerse el sol. (*Nota del Censor de la presente edición.*)

(2) Luc., XXIII, 34.

(3) Joann., XIX, 19 22; Luc., XXIII, 38.

(4) Joann., XIX, 23, 24; Matth., XXVII, 35, 36.

Digitized by Google

"Y los que pasaban le blasfemaban moviendo sus cabezas, y diciendo: Bah, tú, el que destruyes el Templo de Dios, y lo reedificas en tres días, sálvate á ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. Y el pueblo estaba mirando, y á una con él los principales le denostaban, y decían: A otros hizo salvos, sálvese á sí mismo; si este es el Cristo, el escogido de Dios. Y de esta manera, escarneciéndole también los príncipes de los sacerdotes con los escribas, se decían el uno al otro: A otros salvó, á sí mismo no puede salvar. Si es Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y le creemos. Confió en Dios; líbrelo ahora, si lo ama; pues dijo: Hijo soy de Dios. El Cristo, el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos. Le escarnecían también los soldados, acercándose á él y presentándole vinagre, y diciendo: Si tú eres Rey de los judíos, sálvate á ti mismo.

„Y los ladrones que estaban crucificados con él, le improperaban. Uno de éstos le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate á ti mismo y á nosotros. Mas el otro, respondiendo, le reprendió, diciendo: Ni aun tú temes á Dios, estando en el mismo suplicio. Y nosotros, en verdad, por nuestra culpa; porque recibimos lo que merecen nuestras obras; mas éste ningún mal ha hecho. Y decía á Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado á tu reino. Y Jesús le dijo: En verdad te digo: Que hoy serás conmigo en el paraíso (1).

„Y estaban junto á la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Y como vió Jesús á su Madre y al discípulo que amaba, que estaba allí, dijo á su Madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la tuvo consigo en su casa„ (2).

"Y cuando fué la hora de sexta (nuestro mediodía) se cubrió de tinieblas toda la tierra hasta la hora de nona, y se obscureció el sol. Y á la hora nona exclamó Jesús con grande voz, diciendo: *Eloi, Eloi, lamma sabacthani?* Que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?„ (3).

Son las palabras con que comienza el salmo XXI de David, que Jesucristo se aplicó de esta suerte á sí mismo, y que, en efecto, parece más bien historia que profecía de la Pasión: "Dios, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?—Mas yo soy gusano y no hombre; oprobio de los hombres y desecho de la plebe. Todos los que me miran hacen mofa de mí con palabras y con meneos de cabeza. Esperó en el Señor, líbrele: sálvele, puesto que le ama.—Por cuanto me rodearon muchos perros, y concilio de malignos me sitió. Horadaron mis manos y mis pies: contaron todos mis huesos. Pusiéronse á mirarme despacio y á observarme. Repartieron entre sí mis vestidos y sobre mi túnica echaron suerte.—Anunciaré tu nombre á mis hermanos; en medio de la Iglesia te alabaré.—Delante de ti mi

(1) Matth., XXVII, 39-44; Marc., XV, 29 32; Luc., XXIII, 35-43.
(2) Joann., XIX, 25-27.
(3) Matth., XXVII, 45 46; Marc., XV, 33-34; Luc., XXIII, 45.

Digitized by Google

alabanza en la Iglesia grande; en presencia de los que le temen cumpliré yo mis votos.—Se acordarán y se convertirán al Señor todos los términos de la tierra, y adorarán en su presencia las familias todas de las gentes. Por cuanto del Señor es el reino, y el mismo se enseñoreará de las gentes.„

Los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la ley, los ancianos, que conocían este salmo, que hasta parecían tomar de él sus palabras de insulto contra Jesucristo, que veían cumplirse por los soldados, por el pueblo, por ellos mismos, las circunstancias más singulares, aquellos maestros en la ley hubieran podido fácilmente, sobre todo después del indicio que el Señor les da, abrir los ojos, ver lo que ante su vista se presentaba, la profecía que ellos cumplían, y el próximo reinado del Mesías. Pero viendo, no veían. Sólo algunos de los asistentes, habiendo oído á Jesús decir: *Eloi* ó *Elí*, que quiere decir en hebreo: Dios mío; se imaginaron que llamaba al profeta Elías. "Mirad, á Elías llama„, decían.

"Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas eran ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura (aquellas palabras del salmo LXVIII: "Y en mi sed me dieron á beber vinagre„), dijo: Sed tengo. Había allí un vaso lleno de vinagre. Y corriendo uno y empapando una esponja en vinagre, y envolviéndola á una caña de hisopo, dábale á beber. Y los otros decían: Dejad; veamos si viene Elías á librarlo.„ Y el otro decía con ellos: Dejad; veamos si viene Elías á quitarlo. Y luego que Jesús tomó el vinagre, dijo: Consumado es. Y clamando de nuevo con una grande voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto é inclinando la cabeza, dió el espíritu.

„Y he aquí que se rasgó el velo del Templo en dos partes, de alto á bajo. Y tembló la tierra, y se hendieron las piedras. Y se abrieron los sepulcros; y muchos cuerpos de santos, que habían muerto, resucitaron. Y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él vinieron á la santa ciudad y aparecieron á muchos.

„Y cuando el centurión, que estaba enfrente, vió que así clamando había expirado, dijo: Verdaderamente, este hombre era justo. Verdaderamente era Hijo de Dios. Y el centurión y los que con él estaban guardando á Jesús, visto el terremoto y las cosas que pasaban tuvieron grande miedo, y decían: Verdaderamente, Hijo de Dios era éste. Y todo el concurso de los que se hallaban presentes á este espectáculo y veían lo que pasaba, se volvían dándose golpes de pecho.

Y todos los conocidos de Jesús, y las mujeres que le habían seguido de Galilea estaban de lejos mirando estos sucesos. Entre las cuales estaba María Magdalena y María, madre de Santiago el Menor y de José (la misma María, mujer de Cleofás), y Salomé, la madre de los hijos del Zebedeo. Las cuales, cuando estaba en Galilea, le seguían y le servían: y otras muchas que juntamente con él habían subido á Jerusalén.

„Y los judíos (porque era la Parasceve) para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado (porque aquél era el grande día de sábado), rogaron á Pilato, que les quebrasen las piernas y que fuesen quitados. Vi-

Digitized by Google

nieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero y al otro que fué crucificado con él. Mas cuando vinieron á Jesús, viéndole ya muerto, no le quebrantaron las piernas; mas uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y salió luego sangre y agua. Y el que lo vió dió testimonio, y verdadero es el testimonio de él. Y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis. Porque estas cosas fueron hechas para que se cumpliese la Escritura: No le quebraréis ni un hueso. Y también dice otra Escritura: Dirigirán sus ojos hacia aquel á quien traspasaron„ (1).

Así se expresa el apóstol San Juan, que se hallaba presente en el Calvario.

"Siendo ya tarde, vino un hombre rico de Arimathea, llamado Josef, ilustre senador, varón bueno y justo, que era discípulo de Jesús, aunque oculto, por miedo de los judíos, que no había consentido en el consejo ni en los hechos de ellos, que también él esperaba el reino de Dios; y entró osadamente á Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Y Pilato se maravillaba de que tan pronto hubiese muerto. Y llamando al centurión, le preguntó si era ya muerto. Y habiéndole asegurado que sí el centurión, dió el cuerpo á Josef; el cual vino, pues, y quitó el cuerpo de Jesús. Y Nicodemo, aquel mismo que en otra ocasión había ido de noche á encontrar á Jesús, vino también, trayendo una confección de mirra y de áloe, cosa de cien libras Y Josef compró una sábana, y quitándole, le envolvieron en la sábana, y lo ataron en lienzos con aromas, así como los judíos acostumbran sepultar.

„Y en aquel lugar en donde fué crucificado, había un huerto y en el huerto un sepulcro nuevo, donde hasta entonces ninguno había sido sepultado. Allí, pues, por causa de la Parasceve de los judíos, porque estaba cerca el sepulcro, pusieron á Jesús. Lo puso Josef en aquel sepulcro suyo nuevo, que había hecho abrir en una peña. Y arrimó una grande losa á la entrada del sepulcro, y se fué. Y era el día de Parasceve, y ya rayaba el sábado.

„Y María Magdalena y la otra María, que habían seguido á Jesús desde Galilea, estaban allí sentadas enfrente del sepulcro; vieron el sepulcro y cómo fué depositado el cuerpo. Y volviéndose prepararon aromas y ungüentos; bien que durante el sábado se mantuvieron quietas conforme al mandamiento (2).

„Y otro día, que es el que sigue al de la Parasceve, los príncipes de los sacerdotes acudieron juntos á Pilato, diciendo: Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor cuando todavía estaba en vida: Después de tres

---

(1) Joann., XIX, 26-37; Matth., XXVII, 50-56; Marc., XV, 37-41; Luccae, XXIII, 45-49.

Parece que San Juan escribió este particular de la lanzada para que á todos fuese patente que Jesucristo había muerto verdaderamente.—*(Nota del Censor de la presente edición.)*

(2) Matth., XXVII, 57-61; Marc., XV, 42-47; Luc., XXIII, 50-56; Joann., XIX, 38 42.

Digitized by Google

días resucitaré. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero día; no sea que vengan sus discípulos y lo hurten, y digan á la plebe: Resucitó de entre los muertos; y será el postrer error peor que el primero. Pilato les dijo: Guardas tenéis, id y guardadlo como sabéis. Ellos, pues, fueron, y para asegurar el sepulcro sellaron la piedra y pusieron guardas (1).

Había dicho Cristo al ladrón penitente: Hoy serás conmigo en el Paraíso. Es lo que llama en otra parte el seno de Abrahán, y que nosotros denominamos limbo, lugar de reposo donde los justos, muertos anteriormente, desde Abel hasta San Juan Bautista, esperaban que el Salvador del mundo viniese á franquearles las puertas del cielo. Estaban en el gozo; pero su gozo no era aún completo: no gozaban todavía de la clara visión de Dios. Jesucristo fué, pues, á visitarlos cuando murió, cuando su alma se separó de su cuerpo. Mientras que el sol estaba obscurecido, y temblaba la tierra, é iba á descansar en el sepulcro el cuerpo de Jesucristo, descendió él á los infiernos, es decir, á los sitios inferiores de la tierra, anunció á las almas de los justos la buena nueva, la redención consumada y la próxima entrada de ellos en el cielo; extendió los efectos de su misericordia á las que concluían de purificarse en el lugar de expiación; hizo sentir hasta á los demonios y á los réprobos del infierno, propiamente dicho, el poder del vencedor del infierno y de la muerte. Como él se humilló á sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, debe doblarse al nombre de Jesús toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos. "Porque también Cristo—dice San Pedro—murió una vez por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrecernos á Dios, siendo á la verdad muerto en la carne, mas vivificado por el espíritu. En el que también fué á predicar á aquellos espíritus que estaban en cárcel; los que en otro tiempo habían sido incrédulos, cuando en los días de Noé contaban sobre la paciencia de Dios, mientras que se fabricaba el arca„ (2).

Vese por estas palabras que un gran número de los que habían perdido la vida temporal en el diluvio, obtuvieron la eterna salvación por el efecto anticipado de la redención de Cristo. Entre varios pasajes del Antiguo Testamento que anuncian este triunfo del Redentor en las profundidades de la tierra, tenemos uno del profeta Zacarías. Después de haber descrito su entrada en Jerusalén: "Regocíjate, oh hija de Sión; he aquí que tu Rey vendrá á ti, el Justo, el Salvador.„ Concluye dirigiendo estas palabras al Salvador: "Tú también, por la sangre de tu testamento, hiciste salir tus cautivos de la fosa en que no hay agua„ (3).

Y la sabiduría misma había dicho por el hijo de Sirach: "Penetraré todas las partes más hondas de la tierra, y visitaré á todos los que duermen, é iluminaré á todos los que esperan en el Señor„ (4).

---

(1) Matth., XXVII, 62 66.
(2) I Petr., III, 18-20.
(3) Zach., IX. 9-11.
(4) Eccl., XXIV, 45.

Digitized by Google

50. Vemos por San Lucas que las santas mujeres se mantuvieron quietas durante el sábado. Comenzaba el descanso del sábado á la postura del sol, á las seis de la tarde del viernes, y terminaba á la postura del sol, á las seis de la tarde del sábado. Desde las seis hasta la noche cerrada no quedaba tiempo bastante para ir á embalsamar el cuerpo; pero había sí el suficiente para ir á ver el sepulcro y para preparar perfumes. Esto hicieron, en efecto, aquellas piadosas mujeres. "Mas en la tarde del sábado—dice San Mateo—al amanecer *(según el cálculo de los judíos)* el primer día de la semana, vino María Magdalena y la otra María á ver el sepulcro.„ Añade San Marcos: "Y como pasó el sábado, María Magdalena, y María, madre de Santiago *(ó sea la otra María)* y Salomé, compraron aromas para ir á embalsamar á Jesús.„ Concíbese que ambos preliminares los hicieron desde el sábado por la tarde. Y hasta costaría trabajo comprender que no lo practicasen así. Todo debía estar previsto y preparado para embalsamar el cuerpo al día siguiente.

"Y había habido un gran terremoto; porque bajó del cielo un ángel del Señor, y llegando revolvió la piedra y sentóse encima. Y su aspecto era como un relámpago, y su vestidura como la nieve. Y de temor de él se asombraron los guardas, y quedaron como muertos„ (1).

"Y partiendo muy de madrugada, el *(domingo ó)* primer día de la semana (María Magdalena, y María, madre de Santiago, y Salomé), llegaron al sepulcro, salido ya el sol. Y decían entre sí: ¿Quién nos quitará la piedra de la entrada del sepulcro? La cual realmente era muy grande. Mas echando la vista repararon que la piedra estaba apartada. Y entrando en el sepulcro se hallaron con un joven sentado al lado derecho, vestido de un blanco ropaje, y se quedaron pasmadas. Pero él les dijo: No tenéis que asustaros; buscáis á Jesús Nazareno, el que fué crucificado; ha resucitado, no está aquí; ved aquí el lugar donde había sido puesto el Señor. Mas id, y decid á sus discípulos y á Pedro, que va delante de vosotros á Galilea; allí le veréis, como os dijo. He aquí que os lo he avisado de antemano. Y ellas saliendo, huyeron del sepulcro; porque las había tomado temor y espanto, y á nadie dijeron nada *(en el camino)* porque estaban poseídas de miedo„ (2).

Pero antes que el Angel se hubiese presentado en forma visible á aquellas mujeres, María Magdalena, que había venido con ellas, se había apartado. "Y fué corriendo, á Simón Pedro y al otro discípulo á quien amaba Jesús, y les dijo: Han quitado al Señor del sepulcro y no sabemos en dónde le han puesto. Salió, pues, Pedro y aquel otro discípulo, y fueron al sepulcro. Y corrían los dos á la par; mas el otro discípulo se adelantó, corriendo más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Y habiéndose bajado vió los lienzos puestos; mas no entró dentro. Llegó pues, Pedro Simón, que le venía siguiendo, y entró en el sepulcro y vió los lienzos puestos, y el sudario que había tenido sobre la cabeza, no

(1) Matth., XXVIII, 2-4.
(2) Marc., XVI, 2-8; Matth., XXVIII, 5-8.

Digitized by Google

puesto con los lienzos, sino envuelto en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo que había llegado primero al sepulcro, y vió y creyó *(que efectivamente le habían quitado)*. Porque aún no entendían la Escritura, que era menester que él resucitara de entre los muertos. Y se volvieron otra vez los discípulos á su casa.

„Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro. Y estando así llorando, se abajó y miró hacia el sepulcro; y vió dos ángeles vestidos de blanco, sentados el uno á la cabecera y el otro á los pies, en donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Díceles: Porque se han llevado de aquí á mi Señor, y no sé dónde lo han puesto. Y cuando esto hubo dicho se volvió á mirar atrás, y vió á Jesús, que estaba en pie; mas no sabía que era Jesús. Jesús le dice: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has quitado, dime donde lo has puesto, y yo lo llevaré. Jesús le dice: María. Vuelta ella, le dice: Rabboni (que quiere decir: Maestro). Jesús le dice: No me toques, porque aún no he subido á mi Padre; mas ve á mis hermanos y diles: Subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios„ (1).

Mientras tanto las compañeras de Magdalena "salieron al instante del sepulcro con miedo y con gozo grande, y fueron corriendo á dar las nuevas á sus discípulos. Y he aquí Jesús les salió al encuentro diciendo: Dios os guarde. Y acercándose ellas abrazaron sus pies, y le adoraron. Entonces les dijo Jesús: No temáis; id, avisad á mis hermanos para que vayan á Galilea, que allí me verán„ (2).

Otro grupo de piadosas mujeres, entre las cuales estaba Juana, "fueron muy de mañana al sepulcro, llevando los aromas que habían preparado, y hallaron la losa revuelta del sepulcro. Y entrando no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. Y aconteció que estando consternadas por esto, he aquí dos varones que se pararon junto á ellas con vestiduras resplandecientes. Y como estuviesen medrosas y bajasen el rostro á tierra, les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, mas ha resucitado. Acordaos de lo que os habló estando aún en Galilea, diciendo: Conviene que el Hijo del hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado y resucite al tercero día. Entonces se acordaron de las palabras de él„ (3).

"Y mientras ellas iban, he aquí algunos de los guardas fueron á la ciudad y dieron aviso á los príncipes de los sacerdotes de todo lo que había pasado. Y habiéndose juntado con los ancianos y tomado consejo, dieron una grande suma de dinero á los soldados, con esta instrucción: Habéis de decir: Estando nosotros durmiendo, vinieron de noche sus discípulos, y le hurtaron. Que si eso llegase á los oídos del presidente, nosotros le aplacaremos, y os sacaremos á paz y á salvo. Ellos, recibido el

(1) Joann., XX, 1 17.
(2) Matth., XXVIII, 8-10.
(3) Luc., XXIV, 1 8.

Digitized by Google

dinero, hicieron según estaban instruídos; y esta voz ha corrido entre los judíos hasta el día de hoy„ (1).

En cuanto á los discípulos, estaban afligidos y llorando, "vino María Magdalena dándoles las nuevas: Que he visto al Señor y esto me ha dicho. Y ellos cuando oyeron que estaba vivo y que ella le había visto, no lo creyeron„ (2). Mas no sólo María Magdalena sino que "las que refirieron á los apóstoles estas cosas eran María Magdalena, y Juana, y María madre de Santiago, y las demás que estaban con ellas. Y ellos tuvieron por un desvarío estas sus palabras, y no las creyeron„ (3).

"Mas levantándose Pedro, corrió al sepulcro, y bajándose, vió sólo los lienzos que estaban echados, y se fué, admirando entre sí lo que había sucedido„ (4). Poco después se le apareció el Señor, según encontraremos luego la prueba de ello, y la tenemos también en San Pablo. Así que de las santas mujeres, la primera á quien apareció el Salvador fué María Magdalena, de la cual había lanzado siete demonios; y de sus discípulos, el primero á quien concede igual favor es Pedro, que le había negado, pero que lloraba su falta.

"Y dos de ellos aquel mismo día iban á una aldea llamada Emaús, que distaba de Jerusalén sesenta estadios *(unas dos leguas)*. Y ellos iban conversando entre sí de todas las cosas que habían acaecido. Y como fuesen hablando y conferenciando el uno con el otro, se llegó á ellos el mismo Jesús y caminaba en su compañía. Mas sus ojos estaban como deslumbrados para que no le reconociesen. Y les dijo: ¿Qué pláticas son ésas que tratáis entre vosotros caminando, y por qué estáis tristes? Y respondiendo uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: ¿Tú sólo eres forastero en Jerusalén, y no sabes lo que allí ha pasado estos días? Replicó él: ¿Qué? Y respondieron: Lo de Jesús Nazareno, que fué un varón profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo: y cómo le entregaron los Sumos Sacerdotes y nuestros príncipes á condenación de muerte, y le crucificaron. Mas nosotros esperábamos que él era el que había de redimir á Israel: y ahora, sobre todo esto, hoy es el tercer día que han acontecido estas cosas. Bien es verdad que algunas mujeres de entre nosotros nos han sobresaltado, las cuales antes de ser día fueron al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo que habían visto allí visión de ángeles, los cuales dicen que él vive. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro: y lo hallaron así como las mujeres lo habían referido; mas á él no le hallaron.

„Y Jesús les dijo: ¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! Pues qué, ¿no era menester que el Cristo padeciese estas cosas y que así entrase en su gloria? Y comenzando por Moisés, y discurriendo por todos los profetas, les interpretaba en todas

(1) Matth., XXVIII, 11-15.
(2) Marc., XVI, 9 11; Joann, XX, 18.
(3) Luc., XXVI, 10 y 11.
(4) Luc., XXVI, 12.

Digitized by Google

las Escrituras los lugares que hablaban de él. Y se acercaron al castillo: y él dió muestras de ir más lejos.

„Mas lo detuvieron por fuerza, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y declina ya el día. Y entró con ellos. Y estando juntos á la mesa, tomó el pan y le bendijo, y habiéndole partido, se le daba. Y fueron abiertos los ojos de ellos, y le conocieron, y él entonces se desapareció de su vista. Y dijeron uno á otro: Por ventura, ¿no ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando en el camino nos hablaba, y nos explicaba las Escrituras? Y levantándose á la misma hora, volvieron á Jerusalén: y hallaron congregados á los once y á los que estaban con ellos, que decían: Ha resucitado verdaderamente el Señor, y ha aparecido á Simón. Y ellos contaban lo que les había acontecido en el camino, y cómo le habían conocido al partir el pan. Pero ni tampoco los creyeron„ (1) algunos.

„Mientras estaban hablando de estas cosas, la tarde de aquel día primero de la semana, y estando cerradas las puertas en donde se hallaban juntos los discípulos, por miedo de los judíos, apareció á los once, cuando estaban á la mesa, y les dijo: La paz sea con vosotros; soy yo, no temáis. Y les afeó su incredulidad y dureza de corazón por no haber creído á los que le habían visto resucitado. Mas ellos, turbados y espantados, pensaban que veían algún espíritu. Y les dijo: ¿Por qué estáis turbados y suben pensamientos á vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies que yo mismo soy; palpad y ved; que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo. Y dicho esto les mostró las manos y los pies y el costado.

„Llenáronse de gozo los discípulos con la vista del Señor. Mas como aún no lo acabasen de creer y estuviesen maravillados de gozo, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Y ellos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel. Y habiendo comido delante de ellos, tomó las sobras y se las dió.

Y otra vez les dijo: La paz sea con vosotros. Como el Padre me envió, así también yo os envío. Y dichas estas palabras, alentó hacia ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A los que perdonareis los pecados, perdonados les son; y á los que se los retuviereis, les son retenidos.

„Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos, cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le dijeron: Hemos visto al Señor. Mas él les dijo: Si no viere en sus manos la hendedura de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no lo creeré.

„Y al cabo de ocho días estaban otra vez los discípulos dentro y Tomás con ellos. Vino Jesús, cerradas las puertas, y se puso en medio, y dijo: La paz sea con vosotros. Y después dijo á Tomás: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano y métela en mi costado: y no

(1) Luc., XXIV, 13-35; Marc., XVI, 12-13.

Digitized by Google

seas incrédulo sino fiel. Respondió Tomás, y le dijo: Señor mío y Dios mío. Jesús le dijo: Porque me has visto has creído, Tomás. Bienaventurados los que no vieron y creyeron„ (1).

Añade San Juan á este relato que "otros muchos milagros hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Mas éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo tengáis vida en su nombre„ (2).

51. "Después se mostró Jesús otra vez á sus discípulos en el mar de Tiberiades. Y se mostró así: Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo, y Nathanael, que era de Caná de Galilea, y los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dice: Voy á pescar. Le dicen: Vamos también nosotros contigo. Salieron, pues, y subieron en un barco, y aquella noche no cogieron nada. Mas cuando vino la mañana, se apareció Jesús en la ribera. Pero no conocieron los discípulos que era Jesús. Y les dijo: Muchachos, ¿tenéis algo que comer? Respondiéronle: No. Les dice: Echad la red á la derecha del barco, y hallaréis. Echaron la red, y ya no la podían sacar por la muchedumbre de los peces. Dijo entonces á Pedro aquel discípulo á quien amaba Jesús: El Señor es. Y Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó su túnica (porque estaba desnudo), y se echó al mar. Y los otros discípulos vinieron con el barco (porque no estaban lejos de tierra, sino como doscientos codos) tirando la red. Y luego que saltaron en tierra, vieron brasas puestas y un pez sobre ellas, y pan. Jesús les dice: Traed de los peces que cogisteis ahora. Entonces subió Simón Pedro, y trajo la red á tierra llena de grandes peces: ciento y cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: Venid, comed. Y ninguno de los que comían con él osaba preguntarle: ¿Tú, quién eres? Sabiendo que era el Señor. Llega, pues, Jesús, y tomando el pan se le da, y asimismo del pez. Esta fué ya la tercera vez que se manifestó Jesús á sus discípulos, después que resucitó de entre los muertos.

„Y cuando hubieron comido, dice Jesús á Simón Pedro: ¿Simón, hijo de Juan, me amas más que éstos? Le responde: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos. Le dice segunda vez: ¿Simón, hijo de Juan, me amas? Le responde: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos. Le dice tercera vez: ¿Simón, hijo de Juan, me amas? Pedro se entristeció porque le había dicho la tercera vez: ¿Me amas?, y le dijo: Señor, tú sabes todas las cosas. Tú sabes que te amo. Le dijo: Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo que cuando eras mozo te ceñías, é ibas adonde querías; mas cuando ya fueres viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará adonde tú no quieras. Esto dijo, señalando con qué muerte había de glorificar á Dios.

„Y habiendo hablado esto, le dice: Sígueme. Volviéndose Pedro vió que le seguía aquel discípulo á quien amaba Jesús, y que en la cena estu-

(1) Luc., XXIV, 36-45; Joann., XX, 19-29.
(2) Joann., XX, 30 y 31.

Digitized by Google

vo recostado sobre su pecho, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te entregará? Y cuando Pedro le vió, dijo á Jesús: Señor, ¿y éste qué? Respondióle Jesús: Si yo quiero que así se quede hasta mi venida, ¿qué te va á ti? Tú sígueme. Y de aquí se originó la voz que corrió entre los hermanos de que este discípulo no moriría. Mas no le dijo Jesús: No morirá; sino: Si yo quiero que así se quede hasta mi venida, ¿á ti que te va?

„Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas, y las ha escrito; y sabemos que su testimonio es verdadero. Otras muchas cosas hay que hizo Jesús: que si se escribiesen una por una, me parece que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir„ (1).

Así concluye San Juan su Evangelio. El último hecho que refiere es la prerrogativa conferida á su amigo. Son Pedro y Juan los discípulos que más amaba Jesús. Confíale á éste su madre, á aquél su esposa, la Iglesia adquirida con su sangre. Hacía un año aproximadamente que le había dicho: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan. Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Y á ti te daré las llaves del reino de los cielos.„ Hablaba en futuro; era una promesa. Hoy dice en presente: "Simón, hijo de Juan, apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.„ Es una instalación imperativa. Hoy es cuando Pedro es efectivamente instituído por Jesucristo supremo pastor de su única grey: y ovejas y corderos, madres y crías, pastores y ovejas, todo queda sometido á su cayado; á él le toca apacentarlos, esto es, instruirlos, gobernarlos; según el estilo de la antigüedad sagrada y profana, donde los reyes son llamados pastores de pueblos. Solamente hoy es investido de su soberana dignidad y de las gracias que el Señor quiso unir á la misma. Cuando negó tres veces á su Maestro, no era aún jefe actual de la Iglesia, sino que estaba designado para serlo un día. Cayó el hombre, no el Pastor. Y hay más: vemos que no es instituído Pastor supremo sino cuando expía sus negaciones por tres actos de un amor mayor que el de los otros. Vicario de Jesucristo por la autoridad, lo será también por el género de su muerte: morirá como él en la cruz; extendidas las manos y atravesadas de clavos.

"Mas los once discípulos partieron para Galilea al monte que Jesús les había señalado„ (2). Era tal vez el Tábor. Entonces fué, sin duda, cuando lo vieron más de quinientos hermanos juntos, "de los cuales aun hoy día viven muchos, aunque han muerto algunos„ (3). Porque añade el Evangelista: "Y cuando le vieron le adoraron; mas algunos dudaron.„ Lo cual malamente puede entenderse de los once, que lo habían visto ya varias veces, sino más bien de algunos de aquella muchedumbre. Tal vez también dudaban, no precisamente de la resurrección, sino de si aquel que veían, tal vez á cierta distancia, era verdaderamente resucitado. Ello es

---

(1) Joann., XXI, 1-25.
(2) Matth., XXVIII, 16 y 17.
(3) I Cor., XV, 6.

Digitized by Google

que Jesús no les hace reproche alguno de incredulidad. Leemos por el contrario:

"Y llegando Jesús les habló diciendo: Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo. Id por todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere, y fuere bautizado se salvará; mas el que no creyere, será condenado. Y á los que creyeren acompañarán estos milagros: en mi nombre lanzarán los demonios; hablarán nuevas lenguas; manosearán las serpientes: y si algún licor venenoso bebieren, no les hará daño: pondrán las manos sobre los enfermos, y quedarán curados„ (1).

Enséñanos San Pablo que Jesucristo, después de haberse mostrado á más de quinientos discípulos juntamente, apareció en particular á Santiago, y se cree fuese á Santiago el Menor, llamado comunmente hermano del Señor, y que fué después Obispo de Jerusalén.

Habiendo vuelto á la Ciudad Santa los Apóstoles, les dijo el Salvador en una de sus apariciones: "Estas son las palabras que os hablé estando aún con vosotros; que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, y en los profetas, y en los Salmos. Entonces les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras. Y les dijo: Así estaba ya escrito, y así era necesario que el Cristo padeciese, y que resucitase de entre los muertos al tercero día, y que en su nombre se predicase la penitencia y el perdón de los pecados á todas las naciones, empezando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas. Y yo envío el prometido de mi Padre sobre vosotros; mas vosotros permaneced en la ciudad, hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto„ (2).

"Así se mostró Jesús á sus discípulos lleno de vida después de su Pasión. Les convenció de esta resurrección con muchas pruebas, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios. Y comiendo con ellos les mandó que no partiesen de Jerusalén, sino que esperasen el cumplimiento de la promesa del Padre: la cual—dijo—oisteis de mi boca. Porque Juan en verdad bautizó en agua; mas vosotros seréis bautizados en Espíritu Santo no mucho después de estos días.

„Entonces los que se hallaban presentes le hicieron esta pregunta: Señor, ¿si restituirás en este tiempo el reino de Israel? Y les dijo: No toca á vosotros saber los tiempos ó los momentos que puso el Padre en su propio poder. Mas recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén y en toda la Judea y Samaria y hasta las extremidades de la tierra„ (3).

Y Jesucristo nuestro Señor, después de haberles hablado así "los sacó

(1) Matth., XXVIII, 18 20; Marc., XVI, 15 18.
(2) Luc., XXIV, 44 49.
(3) Act., I, 3 8.

Digitized by Google

fuera camino de Bethania *(sobre el monte de las Olivas),* y alzando sus manos los bendijo. Y mientras los bendecía, se partió de ellos, y á su vista se fué elevando, y le recibió una nube que le ocultó á sus ojos, y fué elevado al cielo, y está sentado á la diestra de Dios. Y estando atentos á mirar cómo iba subiéndose al cielo, he aquí se pusieron al lado de ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que, separándose de vosotros, se ha subido al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo„ (1).

---

1) **Luc., XXIV, 50 y 51; Act., I, 9-12; Marc., XVI, 19.**

Digitized by Google

LIBRO XXIV

Digitized by Google

SUMARIO

1. Jesucristo es un judío crucificado; el universo adora á Jesucristo. Explicación de estos dos hechos —**2.** Estado actual del mundo. Los dogmas indicados, ó entrevistos, por Platón y las antiguas tradiciones son hoy universalmente conocidos y enseñados. La sociedad ideal de los antiguos sabios realizada en la Iglesia católica. La moral antigua simplificada, perfeccionada y vivificada. La elocuencia llega á ser en la cátedra cristiana lo que Sócrates deseaba que fuera. La antigua Europa bárbara transformada en reina del mundo.—**3.** Contraste entre la grandeza, la indestructibilidad y el rápido planteamiento de estas consecuencias, y la abyección de la causa que las produjo, considerada desde el punto de vista meramente humano —**4.** Paralelo entre la propagación del cristianismo y del islamismo. De la explicación, que pretende ser natural, de estos hechos, formulada por Gibbon. Opinión de Bayle y de J. J. Rousseau. – **5.** Imposibilidades y contradicciones que desde el punto de vista humano se observan en el establecimiento del cristianismo. Conciliación de todo desde el punto de vista sobrenatural. Conclusión. — **6.** Los principales hechos evangélicos estan reconocidos por los mahometanos, los paganos y los judíos.—**7.** Pasaje de Josefo relativo á Jesucristo. Que todo el universo esperaba un Salvador que había de salir de Judea en la época de Jesucristo. Que desde hace diecinueve siglos ha dejado de esperar el universo. Conclusión.—**8.** Prueba sacada del carácter intrínseco del Evangelio. Sentir de Napoleón acerca de la divinidad de Jesucristo.

Digitized by Google

LIBRO XXIV

Historia natural del cristianismo, ó, en otros términos, partiendo de dos hechos bien notorios, ¿cuál es la manera más natural de explicar el cristianismo y su historia?

Hay dos hechos bien sabidos de todos: el uno nos lo atestiguan los cristianos, los judíos y los gentiles; el otro, nosotros mismos lo vemos.

Es el primero que Jesucristo es un judío crucificado. Unánimes nos lo dicen todos los autores cristianos, que suben como en cadena desde nuestros días hasta el tiempo de los Apóstoles. Lo mismo nos dicen en su Talmud los judíos, enemigos de los cristianos, y leemos en Josefo, su historiador, "que Jesús, ó sea el Cristo, fué sentenciado á muerte de cruz„ (1). Refiere Tácito que el Cristo, fundador de los cristianos, murió en el último suplicio durante el reinado de Tiberio, bajo el poder de Poncio Pilato, gobernador de la Judea (2). Dice el filósofo Celso, que el Maestro de los cristianos fué clavado en la cruz (3). El emperador Juliano les echa en cara que dejaban los dioses eternos por adorar el madero de la cruz de un judío que en ella había sido muerto (4). Así, pues, aquí tenemos el primer hecho: un judío crucificado.

El otro hecho lo tenemos nosotros á la vista, es, á saber, que el universo es cristiano, que el mundo adora como á su Dios á aquel judío crucificado. El primero de estos hechos es causa del segundo, y éste, á su vez, efecto del primero.

---

(1) Josefo. *Ant.*, lib. XVIII, cap. VI.
(2) *Annal.*, lib. XI, cap XLIV.
(3) Orígenes, *Cont Cels.*, lib. VI, núm. 1.
Non recte locum referre videtur. Sed passim VIII laudatis libris, de facto hoc evidentissimo sermo est. NOTULA HUIUS HISPANIENSIS VERSIONIS.
(4) Cyril., *Cont. Jul.*, libs. V y VI.

Digitized by Google

He aquí, pues, el problema: ¿Cómo tal causa ha podido producir tal efecto? ¿Cómo éste ha podido surgir de tal causa? ¿Cómo el universo ha venido á adorar á un judío crucificado, y ha llegado, adorándole, á ser lo que hoy es? Explíquese esto de suerte que la razón humana conciba en ello proporción exacta entre la causa y el efecto, entre el efecto y la causa.

Para facilitar la solución consideremos bien primeramente dicho efecto y resultado, más inmediato á nosotros. ¿Qué significa esto de ser el mundo cristiano? Para comprenderlo bien, miremos lo que era el universo pagano. Comparemos el uno con el otro, y para mayor seguridad comparemos lo mejor y lo mayor, lo más perfecto y sublime que ha producido el universo pagano en punto á religión, moral y sociedad, con lo que es común y vulgar en el universo cristiano.

Entre todas las naciones paganas era, sin duda, Grecia aquella cuyos hijos sobresalían en inteligencia y genio: entre todos los pueblos de Grecia tenían, sin duda, la primacía del ingenio los atenienses, y entre los atenienses eran los más distinguidos por su talento Sócrates y Platón, el maestro y el discípulo, que hasta vienen á fundirse en uno. De suerte que en Platón y Sócrates tenemos la inteligencia pagana elevada á su más alta potencia.

Pues bien; al tratar de asentar la primera y más importante de todas las verdades, la existencia y la naturaleza del Ser Supremo, decía Platón: "En cuanto al Criador y Padre de este universo, es difícil el encontrarlo, y cuando se le ha encontrado es imposible el decirlo al público.„ (1) Y en efecto; su maestro Sócrates, en el momento más solemne de su vida, preguntado por los magistrados de la ciudad, no supo ó no osó explicarse terminantemente sobre este punto. Y por doquiera hoy el público, el pueblo cristiano canta en la Misa: *Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem.* Creo en Dios Padre, todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles é invisibles. Y lo que hasta los niños cantan con todo el pueblo, lo oyen luego explicado en el Catecismo: resumen é instrucción que nos parece lo más sencillo; pero que por su claridad y por su sencillez misma y sobre todo por su conjunto moral y religioso hubiera arrebatado de admiración á Platón y á Sócrates, Oye, pues, el niño en el Catecismo: "En el principio y ante todos los siglos, desde toda la eternidad, era Dios; y era Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Espíritu puro, bienaventurado y omnipotente. Como bienaventurado que es, no necesita de nadie fuera de sí mismo; y como omnipotente que es, puede crear de la nada cuanto le plazca. Así que nada había, mas que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Todo lo demás, cuanto vemos y cuanto no vemos, no era absolutamente nada. Dios crió, pues, en el principio, el cielo y la tierra, las cosas visibles y las invisibles, la criatura espiritual y

(1) *Timeo,* tomo IX, edic. bip., pág. 303.

Digitized by Google

la corporal, los ángeles como también los hombres. Mandó Dios, y á su voz surgió todo de la nada. Bastóle querer, y al punto fueron creadas todas las cosas y colocadas en su respectivo lugar: la luz, el firmamento, el sol, la luna, los astros, la tierra y la mar, las plantas, los animales, y finalmente, el hombre. Plúgole hacer el mundo en seis días; y al fin del sexto día hizo al hombre á su imagen y semejanza, dándole un alma capaz de inteligencia y de amor; y quiso que fuera eternamente feliz, si se aplicaba enteramente á conocer y á amar á su Criador; y dióle al mismo tiempo la gracia para poder practicarlo así. Y la eterna dicha del hombre debía ser el poseer á Dios, que le había criado. Si no hubiera pecado, no hubiera conocido la muerte; y Dios había resuelto conservarlo inmortal en cuerpo y alma„ (1).

En fin, lo que ni Sócrates ni Platón se atrevieron á manifestar francamente, la vanidad de los ídolos, proclámanlo hasta sencillas mujeres al cantar en las vísperas: "Mas el Dios nuestro está en el cielo; todo cuanto quiso hizo. Los simulacros de las naciones, plata y oro, obra de manos de hombres. Boca tienen y no hablarán; ojos tienen, y no verán. Orejas tienen, y no oirán; narices tienen, y no olerán. Manos tienen, y no palparán; pies tienen, y no andarán; no gritarán con su garganta. Sean semejantes á ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos„ (2).

Preguntado Platón por Dionisio, rey de Siracusa, acerca de la naturaleza del primer ser, habla de un segundo personaje en Dios; pero en términos enigmáticos, por temor respecto á que su carta, cayendo en poder de algún otro, pudiera ser comprendida. Y el pueblo cristiano publica este gran misterio al cantar en el símbolo: *Et in unum Dominum.* Creo también en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios; luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero y nacido del padre ante todos los siglos, Dios de Dios, engendrado, no hecho; consubstancial con el Padre; por quien todas las cosas han sido hechas; que, por nosotros hombres y por nuestra salud, descendió de los cielos, y encarnó por obra y gracia del Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen María; y se hizo hombre. Crucificado también por nosotros bajo Poncio Pilato; padeció y fué sepultado; y resucitó al tercero día, según las Escrituras; y subió á los cielos, y está sentado á la diestra del Padre, y de nuevo vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos; y su reino no tendrá fin.

En la misma carta al rey Dionisio habla Platón de un tercer personaje en Dios; pero con la misma obscuridad, con el mismo recelo respecto á ser comprendido. Y en todas partes el pueblo cristiano alza la voz cantando: *Et in Spiritum Sanctum.* Creo asimismo en el Espíritu Santo, Señor y vivificante, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo juntamente es adorado y conglorificado; que habló por los profetas.

En el fondo de las tradiciones religiosas ó filosóficas de la China, de la India y el Egipto, volvemos á encontrar, como ya lo hemos visto, la noción

(1) *Catecismo de Meaux.*
(2) Psalm. CXIII, 11-16.

Digitized by Google

más ó menos imperfecta de un Dios supremo, uno y trino á la vez; de un Redentor que participa del hombre y de Dios. Y finalmente, en los jeroglíficos de Egipto, una cruz es el símbolo de la vida divina. Pero estas nociones, misteriosas de suyo, y además muy incompletas, estaban expresadas en un lenguaje inaccesible al pueblo, á quien los sabios no comunicaban de ello más que groseras alteraciones. Y hoy en todo lugar y en todo tiempo el pueblo cristiano, hombres, mujeres, y hasta niños, recuerdan con fe, esperanza y amor tan adorables misterios; comienzan y concluyen sus principales acciones en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y por la señal de la redención y de la vida divina; uniéndose así en todo y por doquiera al Dios uno y trino, por la gracia y mediación del Redentor, del Hijo de Dios hecho hombre.

Considerando la imperfección de las sociedades y de las leyes humanas, Confucio, Platón y Cicerón concibieron, como en otro lugar (1) hemos visto, una sociedad perfecta, donde Dios sería el supremo Monarca; su razón y su palabra, la suprema ley; y todas las magistraturas y todas las leyes humanas asimiladas á esta soberanía divina. Confucio esperaba para esto la venida del Santo. Sócrates, sólo de un favor especial de la Divinidad lo esperaba para la tierra. Cicerón, que vivía cuarenta años antes del nacimiento de Jesucristo, habla de ello como de cosa que debía realizarse un día (2). Y doquiera en el universo, en la patria de Cicerón, y en la de Platón y en la de Confucio, canta el pueblo cristiano esta divina sociedad de los hombres: *Et unam sanctam catholicam et apostolicam Ecclesiam*: Creo también en la santa Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Una en su fe y en su gobierno; santa en su doctrina, en su culto y en un gran número de sus individuos; católica, universal, que abraza todos los tiempos y todos los lugares; apostólica, que viene de los apóstoles por la no interrumpida sucesión de sus pastores. Iglesia, sociedad de Dios con los ángeles y con los hombres, que se le asemejan; sociedad cuyo supremo Monarca es Dios, su Cristo, el santo por excelencia, cuya ley no es otra que la razón divina, la eterna sabiduría que creó el universo y lo gobierna, que alcanza del uno al otro término con fortaleza y disponiéndolo todo con suavidad; ley verdadera, no esclavizada á fórmulas inflexibles, no sepultada en unas letras muertas, sino viva y reinando en la palabra; ley una, santa, universal y perpetua que enlaza todos los lugares y todos los tiempos, el cielo y la tierra, en sociedad una, santa, universal y perpetua, bajo Dios todopoderoso.

2. Sólo ésta es la verdadera sociedad, porque sólo en ella están unidos todos los espíritus en la misma verdad, todos los corazones en la misma caridad; todas las voluntades en la esperanza y seguimiento de unos mismos bienes; bienes eternos é inmutables, comunes á todos y propios al mismo tiempo de cada cual; bienes que todos y cada uno pueden poseer íntegros, y para alcanzar los cuales tienen todos la misma regla, la

(1) Lib. VII.
(2) Cic., *De republica*, lib. III, núm 16.

Digitized by Google

misma piedad para con Dios, la misma justicia respecto al prójimo, la misma pureza en cuanto á sí mismos. Comparadas á esta grande comunión humana, por designarla con la frase de Platón, á esta sociedad universal, única que tiene por fin directo los intereses comunes á todos los hombres; lo que se llama pueblos y naciones no aparentan ser ni son, en efecto, más que asociaciones locales para intereses materiales y particulares, Las leyes que con esta mira hacen no son leyes propiamente dichas, sino meros reglamentos. "Porque—dice Cicerón—lo que los pueblos decretan según los tiempos y las circunstancias recibe nombre de ley, más por lisonja que por realidad. En cuanto á los decretos injustos—añade—no merecen más el nombre de leyes que los complots que fraguan entre sí los ladrones„ (1). En análogos términos se expresa Platón.

En esta divina constitución de la humanidad, la forma de gobierno es tal como Platón y Cicerón la deseaban (2). Tres formas de gobierno distinguen ellos. El gobierno de uno solo, el de unos cuantos, y el del gran número, buenos todos tres cuando en todos ellos se observa la verdadera ley, y que cuando así no sucede degeneran también los tres en tiranía. Un cuarto gobierno les parece, sobre todo al cónsul romano, infinitamente preferible, por reunir las ventajas de los otros sin sus peligros: una monarquía templada por aristocracia y democracia, es decir, un gobierno tal que uno solo tenga autoridad general y preeminente en él, tomando también, no obstante, algunos parte en él hasta cierto punto, sin que ni aun tampoco la muchedumbre se halle completamente excluída del mismo. Ahora bien; según los más autorizados escritores eclesiásticos, tal es el gobierno de la Iglesia„ (3).

Bajo el Cristo, Monarca eterno é invisible, hay un monarca visible y mortal, su vicario el Papa, que ha recibido de él la plena potestad de apacentar y regir la Iglesia universal. Por conducto suyo otros príncipes y pastores llamados á compartir su solicitud reciben, para apacentarlas y regirlas, iglesias particulares, no como vicarios ó tenientes suyos, sino como verdaderos príncipes y pastores. Además ni el Papado ni el Episcopado ni el mero sacerdocio son hereditarios. Todos salen del pueblo, que es toda la humanidad cristiana. Puede aquí el último llegar á ser el primero. Un pescador de Galilea será el primer Papa, San Pedro; un tracio llegará á ser el Papa Conón; el hijo de un carpintero toscano, el Papa Gregorio VII; el hijo de un criado inglés, el Papa Adriano IV, y un pastorcillo de Montalto, el Papa Sixto V.

En la manera de reclutar esta milicia santa vense realizados los deseos de Platón. Quería que se dedicasen á esto desde sus primeros años aquellos á quienes pareciese haber concedido Dios cualidades á propósito (4). Y la Iglesia admite sin distinciones de nacimiento á quienquiera que ha reci-

---

(1) Cic., *De Leg.*, lib. II; Plato, *Minos.*
(2) Cic., *De rep.*, lib. I, núm. 45; Plato, *Politic.*, tomo VI, págs. 90-101.
(3) Bellarm., *De Rom. Pont.*, lib. I, cap. III.
(4) *De rep.*, lib. III, pág. 319 y sig.

Digitized by Google

bido de Dios la aptitud y vocación correspondientes. Deseaba que los futuros vigilantes ó pastores—pues este nombre les da más de una vez—fuesen educados con especial atención (1). Y la Iglesia los educa con especial atención en los *Seminarios*. Lo que exigía como principal, es que conociesen bien al Ser eterno, inmutable. al Bien supremo, á Dios, en una palabra, y su celestial gobierno, para conformar á ese divino modelo el gobierno de la tierra (2). Que en tal manera se aplicasen á las cosas divinas que viniesen á convertirse en divinos ellos mismos, tanto cuanto es posible al hombre. Son sus palabras. Y añadía que no habría salvación para el mundo mientras que no lo gobernaran filósofos de esta clase, ó que aquellos que lo gobernasen no fueran de esta clase de filósofos (3). Ahora, pues, ¿dónde se ha trabajado para la formación de unos magistrados así con tanto ardor como en el reino de Cristo? Deseaba, en fin, que estuviesen libres de todo cuidado doméstico, desnudos de todo afecto particular, á fin de que se consagrasen con las potencias de su alma al bien común de todos. Parécele esto tan importante y al mismo tiempo tan difícil, que en su *Tratado de la República* llega á proponer un medio antinatural: la comunidad de mujeres y de hijos; medio cuya nauseabunda repugnancia é imposibilidad práctica percibió también él mismo, pues que en su *Tratado de las Leyes* nada absolutamente habla ya de eso. Ahora, lo que á Platón le parecía necesario, pero también imposible, lo ha realizado la Iglesia por un medio, no contra la naturaleza, sino superior á la misma, por el celibato religioso.

En cuanto á la moral, la ciencia de los deberes, de los deberes para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos, disertaron los antiguos filósofos larga y sutilmente en pro y en contra, sin llegar nunca á resultado alguno que tuviese autoridad entre el público. Y hoy por doquiera el pueblo cristiano, hombres, mujeres y niños, resumen en una plegaria de amor cuanto la moral tiene de más sublime, perfecto y extenso: Os amo, Dios mío, de todo corazón y con todas mis fuerzas, porque sois infinitamente bueno, infinitamente perfecto, infinitamente amable, y amo á mi prójimo como á mí mismo por amor vuestro. Toda la Ley y los profetas se incluyen ahí, así como también los verdaderos fundamentos de toda legislación política y civil (4). En cuanto á la aplicación de este divino compendio de toda ley á los detalles de la vida, tiene el pueblo cristiano en su memoria los diez mandamientos, de los cuales halla en el Catecismo una explicación exacta, clara y precisa, que hubiera arrebatado de admiración á Sócrates, y que los niños aprenden de memoria. Y hay más: El primer día de la semana es el día del Señor, el día de Dios; cesa el hombre en los trabajos del hombre y de la tierra para ocuparse más completamente de las cosas de Dios y del cielo, presentarse en su templo,

(1) Ibid., libs. I, II y III.
(2) Ibid., libs. V y VI, pág. 71 y sig.
(3) Ibid., lib. VI, tít. VII, págs. 100-101.
(4) Domat., *Introducción á las leyes civiles.*

Digitized by Google

cantar allí sus alabanzas, oir explicar su palabra, su santa ley y tener participación en su adorable sacrificio y alegrarse santamente de tantos beneficios como el Señor nos hace.

No es ya una enseñanza puramente verbal, sino una enseñanza religiosamente práctica; enseñanza que se repite en toda suerte de formas sublimes, sencillas, severas, graciosas. Las fiestas de Dios y sus santos vienen á hacer de todo el año un cuadro animado y variado de lecciones y de ejemplos. Preséntase la fiesta de la Trinidad, fiesta de un solo Dios en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Padre que nos crió, el Hijo que nos redimió, el Espíritu Santo que nos santifica; fiesta que tiende á unirnos con Dios y entre nosotros, como hijos del mismo Padre, miembros del mismo Hijo, templos del mismo Espíritu Santo, para que así como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, aunque tres personas distintas, son un solo Dios con una sola naturaleza, un solo entendimiento y una voluntad, también nosotros, aunque seamos muchos, formemos una sola Iglesia con un mismo espíritu, un mismo corazón y una misma alma. Tenemos las fiestas del Salvador, del Hijo de Dios hecho hombre; su Encarnación, donde se hace semejante á nosotros; su Natividad, donde viene al mundo en un portal; su Circuncisión, donde toma por nosotros el nombre de Jesús; su Epifanía, donde se manifiesta á los Magos; los cuarenta días de su ayuno; la semana de su Pasión, de su crucifixión y de su muerte, donde vemos por doquiera cuánto nos ama Dios y cómo debemos nosotros amarle á El, al prójimo y á nosotros mismos, evitar el mal y hacer el bien. Síguese su gloriosa Resurrección, donde nos muestra otra vida después de ésta, no sólo para el alma, sino también para el cuerpo; vida gloriosa, inmortal, incorruptible, en que el cuerpo mismo en cierto modo como que se espiritualizará. Luego su triunfal Ascensión, donde va á prepararnos un sitio en la patria celestial, á fin de que en donde él esté estemos tambien nosotros eternamente, á fin de que seamos eternamente felices con su felicidad. La fiesta de su sacratísimo Cuerpo, la fiesta del Sacramento de su amor, donde, aun cuando subió á los cielos respecto á su presencia visible, permanece, sin embargo, con nosotros y se da realmente á nosotros, á fin de unirnos más íntimamente á él y comenzar nuestra bienaventuranza en la tierra. La fiesta del Espíritu Santo, que viene sobre los apóstoles, los cambia en otros hombres, renueva por ellos el mundo, y funda en él su Iglesia, una, santa, católica y apostólica, con la fe, la esperanza y la caridad de Cristo.

Tenemos también las fiestas de la Madre de Dios, de nuestra Señora, de nuestra Madre, las fiestas de María santísima: su Inmaculada Concepción, su santa Natividad, su Presentación en el Templo, su Anunciación, ó sea la Encarnación del Hijo de Dios, su Visitación á Santa Isabel, su Purificación, sus Dolores al pie de la Cruz, su gloriosa Asunción á los cielos; fiestas que respiran todas humildad, modestia, mansedumbre, pureza, piedad, bondad maternal y amor filial.

Tenemos las fiestas de los santos ángeles, que velan por nosotros y presentan á Dios nuestras oraciones. Las fiestas de los apóstoles, donde

Digitized by Google

éstos nos muestran, por su ejemplo, que con la gracia de Dios pueden los últimos entre los hombres llegar á ser los mayores santos, los heraldos del cielo, los bienhechores de la tierra. Las fiestas de los innumerables mártires que, en medio de los más atroces suplicios, han hecho con gozo aquello que no se atrevieran á llevar á cabo Sócrates y Platón: confesar públicamente el culto del verdadero Dios y la vanidad de los ídolos. Las fiestas de las vírgenes, de quienes en un cuerpo mortal han llevado la vida pura de los ángeles. Los santos de toda tribu, de toda lengua, de toda buena obra, tales como San Juan de Mata y San Pedro Nolasco, que se consagran á la redención de cautivos; San Juan de Dios y San Camilo de Lelis, al servicio de los enfermos en los hospitales; San José de Calasanz, á la instrucción de los niños en las escuelas; San Vicente de Paúl, al alivio de todas las miserias; ejemplos admirables que han tenido por imitadores Congregaciones sin número de religiosos y de Hermanas de la Caridad. Y finalmente, para completar esta enseñanza práctica de la moral divina, lleva cada cristiano el nombre de un santo, cuya intercesión para con Dios implora y cuyas virtudes toma por modelo.

Y aun hay más. Si por una parte el pueblo cristiano invoca á los santos, imita los santos del cielo y procura imitar sus virtudes; ruega además por las benditas ánimas que expían el residuo de sus faltas en el purgatorio y aprende, con la consideración de ellas, cuánto importa evitar los menores pecados. ¿Puede darse una enseñanza moral más perfecta, sencilla, continua y eficaz?

Sostenía Sócrates que el arte de persuadir, ó la elocuencia, debía solamente emplearse en atraernos hacia el bien y apartarnos del mal, y en el caso de que se haya cometido el mal, excitarnos á ir á acusarse al juez para recibir el castigo (1). Tiene esto el aire de una paradoja como cosa de una perfección ideal. Y esta paradoja de perfección ha llegado á ser para los cristianos una realidad tan común, que nadie repara en ello. En las asambleas cristianas sólo puede, sin sacrilegio, emplearse la elocuencia y la palabra para persuadir el bien y disuadir el mal, é inducir á los que han hecho el mal á que vayan á acusarse ellos mismos al juez de la Iglesia para recibir de él la penitencia y la absolución. Y el pueblo cristiano se somete á estos singulares consejos, y los que han cometido el mal son los primeros en acusarse de ello y pedir penitencia, y una vez hecho, experimentan un consuelo indecible; de manera que Sócrates aún se quedaba corto al afirmar que el culpable castigado por su crimen es menos desgraciado que si no hubiese recibido castigo (2). Porque el cristiano penitente que se acusa de su pecado y pide penitencia por él, no solamente es menos desgraciado, sino que siente una alegría que se comunica hasta á los ángeles del cielo. Tanto que hoy mismo vemos á muchos retirarse á las soledades de los trapenses y los cartujos para gozar la dicha de hacer penitencia.

---

(1) Plato, *Gorgias*.
(2) Ibidem.

Digitized by Google

Da la clave de esta maravilla, añadiendo otra mayor todavía, el considerar que el pecador convertido es admitido al divino banquete, á recibir el Pan de los ángeles, á nutrirse con el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, á participar así de su naturaleza divina y á comenzar en la tierra los goces del cielo.

He aquí lo que hoy ofrece á nuestras miradas el universo cristiano, el universo católico. Y este nuevo género humano está en gran parte formado de lo que un contemporáneo de Sócrates y Platón llamaría esclavos y bárbaros. En el pequeño estado ateniense, el más civilizado de todos los estados griegos, había, como hemos ya dicho, cuatrocientos mil esclavos para veinte mil ciudadanos, es decir, veinte esclavos por cada hombre libre. Por Atenas podemos juzgar de los demás países. La masa de la población, lo que hoy llamamos pueblo, no era entonces tal pueblo, no alcanzaba la consideración de ciudadano, ni aun en absoluto la de hombre, sino que entraba en la categoría de las cosas, de las propiedades que se compran y venden. Y Aristóteles, con su acostumbrada exactitud, definía el esclavo: una propiedad viviente, un instrumento animado (1). Por otra parte, en aquel mismo tiempo la alta Italia, España, las Galias, Inglaterra, la Germania, en una palabra, la mayor parte de Europa, eran países bárbaros. Y aquellos esclavos son hoy libres, y aquellos bárbaros son hoy pueblos civilizados. Y en toda la Europa cristiana no hay ya un esclavo en el sentido que daba á esa palabra Aristóteles. Hay ricos y pobres, amos y sirvientes, reyes y súbditos; pero unos y otros reconocen todos un mismo Dios por Padre, un mismo Jesucristo por Salvador y juez, una misma fe por norma; frecuentan todos unos mismos templos, se acercan allí á un mismo divino convite, y esperan un mismo cielo, donde los primeros serán los últimos, y los últimos, los primeros. Esta glorificación de la humanidad comienza ya en la tierra. Una humilde pastorcita, Santa Genoveva, es la celestial protectora de la capital de Francia; un humilde labrador, San Isidro, el celestial patrono de la capital de España. Y aquellos esclavos, aquellos bárbaros de otro tiempo, habitan ciudades, pueblos y casas de su propiedad; y una armonía desconocida en la antigüedad, el sonido majestuoso de las campanas, los llama á los templos, donde la arquitectura, la escultura y la pintura rivalizan en obras maestras, donde el canto, la música, los órganos, la pompa de las santas ceremonias elevan el alma á regiones superiores, por encima de los hombres y de la tierra. Y aquellos esclavos y bárbaros de otro tiempo forman hoy la Europa cristiana, la patria de las artes, la reina del mundo; la Europa cristiana, que lleva en pos de sí un nuevo mundo por ella descubierto y civilizado, América, y trabaja bajo el divino impulso para la regeneración del Asia y del Africa.

Y todo esto venlo nuestros ojos. Y tan maravilloso es, que Platones y Cicerones no imaginaron en sus sociedades ideales nada tan bello. Y lo

(1) κτῆμάτι ἔμψυχον.

Digitized by Google

más admirable es que nosotros no admiramos esto, porque hasta tal punto nos es familiar tan alto espectáculo, y hasta tal punto se elevan nuestros pensamientos sobre las más levantadas ideas de los antiguos filósofos.

Y todo esto es la obra póstuma de un judío crucificado.

3. Ahora bien: ¿y qué es un judío? Hoy mismo, y desde hace siglos, cuando se quiere pintar de un solo rasgo á un usurero, un bribón, un traidor, se dice:—Es un judío.—Esta sola palabra se ha hecho sinónima de codicioso, cobarde, abyecto é incorregiblemente degradado (1). Y, en realidad, ni el tiempo ni los esfuerzos humanos han podido sacar de ese pantano al judío. El mismo se avergüenza de llamarse tal, comprendiendo cuán envilecido se halla ese nombre; procura, con preferencia, el de israelita, nombre más honroso por ser poco usado.

Y prosiguiendo ahora: ¿qué es un crucificado? Era entre los romanos y los judíos algo más ignominioso todavía que entre nosotros un ahorcado. Sólo á los esclavos y á los más viles malhechores se los condenaba á la cruz. Un judío crucificado reúne, pues, según las ideas humanas, los últimos términos de la degradación y de la ignominia.

Y, sin embargo, un judío crucificado es quien ha hecho, y eso después de su muerte, esta maravillosa regeneración del universo, como la ven nuestros ojos, y que se llama la sociedad cristiana, la Iglesia católica. ¿Cómo explicar esto?

Y aumenta la singularidad del problema la circunstancia de que esta obra póstuma resiste invencible á todos los ataques. Ha sesenta años sintiéronse molestados unos hombres de oir decir que doce pescadores de Galilea, enviados por un judío crucificado, habían establecido el cristianismo en el mundo. Apostaron destruirlo ellos. Se hallaban dotados de ingenio y elocuencia, ingenio travieso y elocuencia seductora. Ciencias, bellas artes, literatura; prosa y poesía, á todo se apeló. El mundo que había pervertido á aquellos hombres, y pervertido á su vez aún más por ellos mismos, aplaudió sus esfuerzos. Príncipes, grandes, magistrados, y aun hasta hombres de Iglesia se hicieron cómplices suyos. Uno de sus jefes decía: "Si tuviera cien mil hombres, bien sé lo que haría.„ Obtuvo más que pedía. Francia toda fué entregada á sus discípulos, con un millón de soldados para regenerar á Europa. Vese al punto proscrita la Religión, profanados sus templos, escarnecidas sus ceremonias, muertos ó desterrados sus ministros, arrastrado, de prisión en prisión, y muriendo en la cautividad su jefe.

Y en seguida, ¿qué vemos? Los sucesores de aquellos empresarios de la destrucción reconocen que la empresa ha fracasado, y hasta comienzan á comprender que se ha vuelto contra ellos mismos. Vense reducidas á temblar por la propiedad de sus casas, sus tierras y sus tesoros; porque de los principios imaginados por ellos contra la Iglesia de Dios, han surgido doctrinas y sociedades que les piden ya el reparto igual de

(1) Hállase en esto conforme á la idea de los incrédulos, tales como Voltaire y Rousseau.

Digitized by Google

todos los bienes, y que tal vez un día les arrancarán á la fuerza ese reparto. Los príncipes, los nobles, humillados, despojados de sus privilegios, expuestos á trocar á cada momento el trono por el destierro y aun por el cadalso, buscan un consuelo para sus desgracias y un apoyo para los restos de su poder en aquella misma Religión cuya anunciada caída habían acogido sonrientes. La Religión sola ha salido de esa tormenta sin auxilio ajeno, libertada de los escándalos y de los ministros indignos que ofuscaban su brillo á los ojos del mundo, y como renovada en su eterna juventud. Ve siempre á su Pontífice sentado en la silla de Pedro el pescador, instruyendo desde aquella Cátedra á los pueblos y á los reyes, mientras que el más poderoso de los monarcas que de siglos á esta parte se había visto, no pudo, una vez caído de su trono, ni aun constituirse en sucesor de sí mismo.

Otros ataques tuvieron lugar en tiempos anteriores. En los siglos quinto y sexto sucumbió el Imperio romano, anegado por las oleadas de los pueblos bárbaros. Sufrió también el cristianismo los mismos embates, y no sucumbió. Habían aquellos bárbaros incendiado sus templos y sus monasterios y degollado á sus fieles; pronto llegó á amansarlos y convertirlos en generosos cristianos. Y cuando la invasión musulmana amenazaba al mundo con una perpetua barbarie, aquellos bárbaros, convertidos al Crucificado, la rechazaron en una lucha de varios siglos, salvando así la civilización.

Antes de esto habíase verificado una lucha más singular todavía. El universo había sido vencido por el Imperio romano, el cual en toda su fuerza ataca al cristianismo naciente, ataca al cristianismo en sus primeros vagidos, y le ataca por todos los medios de la violencia y la seducción. Los cristianos no rechazan la fuerza con la fuerza; algunos de ellos á la vista de los suplicios renuncian á Cristo; un mayor número mueren en ellos confesándole por Dios. Y el Imperio romano, después de haber matado así durante siglos, declárase vencido, abate sus águilas y sus fasces ante el Crucificado, y le adora como Dios, con cristianos más numerosos que nunca.

Que así haya sucedido nos lo atestiguan autores paganos. El décimo año del imperio de Nerón consumió un incendio las dos terceras partes de Roma. Creyóse que el emperador había sido la causa de aquel desastre. De aquí que el emperador hiciese todo lo posible para alejar de sí esa nota. "Mas ni con auxilio humano, ni con liberalidades del príncipe, ni con aplacaciones á los dioses cedía la infamia originada de creerse haber sido voluntario el incendio. Y así Nerón, para extinguir aquel rumor, sacó á plaza como reos, y castigó con refinados tormentos, á unos hombres que, aborrecidos por sus maldades, llamábales el vulgo cristianos. Autor de este nombre fué Cristo, el cual, imperando Tiberio, había sido ajusticiado por Poncio Pilato, procurador de Judea. Y reprimida al pronto aquella perniciosa superstición, nuevamente se había desbordado, no sólo por Judea, cuna de este mal, sino también por Roma, adonde de todas partes confluyen y hallan acogida las cosas atroces y vergonzosas. Fue-

Digitized by Google

ron, pues, castigados al principio los que se confesaban cristianos, y luego, por indicios de aquéllos, una gran multitud, convictos, no tanto de incendio cuanto de odio al género humano. Añadióse al suplicio la irrisión. A unos vestían de pieles de fieras para que de esta manera los despedazasen los perros; á otros crucificaban, ó los preparaban á ser quemados, de modo que, al acabar el día, sirviesen de nocturnas luminarias. Había Nerón ofrecido para tal espectáculo sus jardines, y celebraba las fiestas circenses, mezclado con la plebe en traje de auriga, ó guiando el triunfal carro. Por donde, aun yendo esto contra culpados y merecedores de los últimos suplicios, despertábase la compasión, como hacia quienes, no por el bien público, sino por la crueldad de uno, fuesen sacrificados„ (1).

Así (á letra en gran parte) se expresa Tácito. Había, pues, el año décimo del imperio de Nerón, treinta y un años después de la muerte de Jesucristo, una gran muchedumbre de cristianos en Roma. Respecto á las infamias que vagamente se les imputaban, otro pagano, un procónsul, va á decirnos lo que eran.

Cuarenta años después de la persecución de Nerón, setenta después de la muerte de Jesucristo, Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, escribía al emperador Trajano (2):

"Señor: Por norma constante tengo el exponerte los asuntos que me ocasionan dudas. Pues ¿quién mejor podrá ya enderezar mis dilaciones, ya instruir mi ignorancia?

„Nunca he intervenido en procesos de cristianos, y no sé, por lo tanto, qué y hasta dónde se acostumbra á castigar ó inquirir. Y no poco he vacilado sobre si ha de hacerse diferencia de años, ó si por muy tierna que sea la edad, se los ha de tratar al igual de los más fuertes. Como también sobre si se ha de dar perdón al arrepentimiento, ó si á quien del todo fué cristiano, no le aprovecha el haberlo dejado, y si hemos de castigar ese mismo nombre, aunque no le acompañen maldades, ó las maldades asociadas á ese nombre. Entretanto, con aquellos que eran traídos ante mi como cristianos, he observado el siguiente proceder: Les pregunté si eran cristianos; confesando ellos, volví por segunda y tercera vez á preguntárselo, amenazándoles con el suplicio, y si perseveraban mandé se les llevase á él. Pues no dudaba que, como quiera que fuese eso que confesaban, debía ser castigada su terquedad é inflexible obstinación. Hubo otros de semejante demencia, á los cuales, por ser ciudadanos romanos, los anoté para ser enviados á Roma. Y luego en estos procesos, difundiéndose, como suele, el crimen, ocurrieron varias especies. Presentóse un escrito anónimo que contenía los nombres de muchos, los cuales niegan ser cristianos, ó haberlo sido, ya que, precediéndolos yo, invocaban á los dioses y ofrecían incienso y vino á tu imagen, que al efecto había hecho llevar con las estatuas de los dioses, y maldecían además á Cristo, cosas á ninguna de las cuales es posible, dicen, obligar á los que son verdadera-

(1) Amal., lib. XV, núm. 44.
(2) Plin, *Epist.*, lib. X, cap. XCVII y XCVIII.

Digitized by Google

mente cristianos, y, por lo tanto, juzgué que debía dejárselos libres. Otros de los nombrados en el índice, dijeron ser cristianos y luego lo negaron, que lo habían sido, pero que habían desistido, quién tres años antes, quién más, quién hasta veinte también. Todos los cuales veneraron tu imagen y las estatuas de los dioses, y estos maldijeron también á Cristo.

„Afirmaban, pues, que el total de su culpa ó error había sido éste: que en día determinado se reunían antes de amanecer y decían unos con otros un himno á Cristo, como á Dios, y que se habían obligado con sagrada promesa, no á crimen alguno, sino á no cometer hurtos, latrocinios ni adulterios, á no faltar á la fe prometida, á no negar el depósito; concluídas las cuales cosas acostumbraban á separarse, y volvían después á reunirse para tomar la comida, pero sin distinción é inocente, y que aun esto habían dejado de hacerlo después de mi edicto, en el cual, conforme á tus órdenes, había prohibido las asociaciones. Por lo cual creí más necesario explorar, hasta con el tormento, de dos siervas que se decía ser ministras, lo que hubiese de verdad. Pero nada más hallé que una mala é inmoderada superstición, y dilatando por ende la causa, acudo á ti en consulta. Pues me ha parecido digno de ella el asunto, principalmente por el número de los que correrían riesgo. Pues son y serán citados muchos de toda edad y condición de uno y otro sexo. Porque no sólo por las ciudades, sino también por las aldeas y los campos se ha extendido el contagio de esta superstición, que parece poder contenerse y corregirse. Desde luego consta lo bastante que los templos, ya casi desolados, han comenzado á ser visitados, y á repetirse las solemnidades sagradas, largo tiempo interrumpidas, y á venderse en cualquiera ocasión las víctimas, que ya poquísimos compradores hallaban. De lo cual fácil es conjeturar la mucha gente que se podría enmendar, si se da cabida al arrepentimiento.„

Así escribía Plinio á Trajano, y éste le respondió lo siguiente: "Has obrado debidamente, Segundo mío, en el examen de las causas de los que te fueron delatados como cristianos. Pues, en general, no puede establecerse algo que tenga forma determinada (1) No hay que investigarlos, pero

(1) San Agustín ha expuesto, con la concisión sublime propia de su gran talento, este argumento con que confundía á los impíos é incrédulos de su tiempo: "Si vero per Apostolos Christi, ut iis crederetur, resurrectionem atque ascensionem praedicantibus Christi, etiam ista miracula facta esse non credunt; hoc unum grande miraculum sufficit, quod eam terrarum orbis sine ullis miraculis credidit.„ *De Civitate Dei*, lib. XXII, cap. V.—Aigne, *Patrolog.*, vol. 41, pág. 755.—El Cardenal Palavicini, ha comentado muy bien este pensamiento en el *Arte de la perfección cristiana*, lib. I, cap. XVI.

El gran poeta Dante dijo también:

"Si il mondo vi rivolse al cristianesimo
Dissi' io senza miracoli questo uno
E' tal, che gli altri non sono il centessimo.„

Pard. Eant., XXIV, vv. 116 y siguientes.

De lo más admirable en este asunto, es el elocuentísimo San Juan Crisóstomo en el incomparable libro *Quod Cristus sit Deus*.—(*Nota del Censor de la presente edición.*)

Digitized by Google

si los presentan y resultan tales, hay que castigarlos; mas de suerte, sin embargo, que quien negase ser cristiano, y lo hiciese efectivamente manifiesto, esto es, con suplicar á nuestros dioses: aunque haya sido sospechoso en lo pasado, alcance, por el arrepentimiento, perdón. Y en cuanto á los escritos que se presenten sin nombre, no deben dar lugar á proceso criminal ninguno, pues es cosa de pésimo ejemplo é impropia de nuestro siglo.„

Así, pues, antes de que Plinio entrase á gobernar el Ponto y la Bitinia, sesenta á setenta años después de la muerte de Jesucristo, hallábase abandonado el culto de los ídolos en aquellas provincias, y eran allí numerosos los cristianos, y en las ciudades, en los pueblos y en el campo adoraban como á Dios al Crucificado, y se comprometían no á crimen alguno, sino á todas las virtudes, y con todo, Plinio, aquel filósofo y literato tan culto, hacía atormentarlos cruelmente, hacía darles muerte porque no querían ya adorar á los dioses del imperio, al incestuoso Júpiter, á la impúdica Venus, al ladrón Mercurio; porque no querían ya adorar al mismo emperador Trajano, que deshonraba sus grandes cualidades con las más crapulosas embriagueces y los más infames desórdenes. Y Trajano, el mejor de los emperadores romanos, halló bueno lo que Plinio hacía.

He aquí, pues, el problema reducido á su más sencilla expresión. Un judío crucificado establece, después de su muerte, una sociedad religiosa en el universo, y treinta años después de su muerte, cuenta, según nos lo atestigua Tácito, esa sociedad un número inmenso de discípulos, hasta en la capital del imperio romano; y setenta años después tiene, como lo refiere Plinio en su carta á Trajano, en las apartadas provincias del Ponto y de la Bitinia, un tan grande número de adeptos que se halla abandonado allí el culto de los ídolos, y trescientos años después de su muerte esa sociedad triunfa del imperio romano con la paciencia, y reúne su primer Concilio general, que consigna para siempre la fe de los siglos y de los pueblos; y seiscientos años después de su muerte esa sociedad recibe en su seno y hace hijos suyos para la civilización á los pueblos bárbaros, que acababan de derribar el imperio de la Roma idólatra; y hoy, diecinueve siglos después de su muerte, esa sociedad está ahí victoriosa, tanto del paganismo, como de la herejía, como de la impiedad, y de la barbarie y de la falsa ciencia; ahí está y ahí continúa enseñando y profesando por todo el universo mundo una alteza de doctrina, una perfección de moral, de las que los más sublimes entre los filósofos antiguos alcanzaban apenas algún vislumbre. ¿Cómo explicar esto? ¿Cómo descubrir aquí causas proporcionadas á los efectos?

4. En la propagación del mahometismo vemos un conquistador, vemos ejércitos, vemos el poder del sable, y hallamos allí una mezcla de cristianismo, judaísmo y paganismo, con una moral y un paraíso á lo epicúreo. Compréndese que los hombres hayan abrazado una religión tal y de tal manera predicada. Así, después que el entusiasmo del sable fué extinguiéndose, el mahometismo agoniza, hácese menester que los reyes de la cristiandad lo sostengan en su agonía por temor de verse demasiado

Digitized by Google

pronto enredados con su cadáver. Pero en un judío crucificado, ¿dónde hallar semejante proporción para con la sociedad cristiana?

Un judío crucificado, crucificado por los romanos, y á instancia de los judíos mismos, objeto, por consiguiente, de aversión para judíos y romanos, convierte á los romanos por medio de los judíos, y hace de Roma la sede de su imperio, que abarca la tierra toda. Explíquesenos esto. Aguardamos la explicación.

Intentó presentarla un autor inglés.

Conviene advertir que, protestante primero, católico después, y apóstata más tarde por cobardía, fué Gibbon por esto mismo un enemigo del cristianismo y de Jesucristo. Aquellas primeras palabras del Salmo XXI: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*, que el Salvador recita en la cruz para advertir que aquel Salmo, profetizador de su Pasión y de su muerte, se cumple, impútaselas Gibbon como una blasfemia de desesperación final. Difícil es unir mayor ignorancia á peor voluntad.

Gibbon, pues, intentó explicar por causas naturales el establecimiento del cristianismo. Cinco son las que presenta: Primera, el celo de los Apóstoles; segunda, el dogma de la inmortalidad del alma; tercera, el poder de hacer milagros; cuarta, las virtudes de los primeros cristianos; quinta, la perfección del gobierno de la Iglesia (1).

Sin duda que, supuestas esas causas, explícanse por las mismas los efectos á ellas debidos. Pero y esas mismas causas, ¿de dónde proceden? ¿De dónde viene el celo de los Apóstoles? ¿De dónde que en sus labios el dogma vulgar de la inmortalidad del alma tenga más eficacia que en los de Platón y de Sócrates? ¿De dónde les viene el poder que tienen de hacer milagros? Porque si no lo tienen, no puede enumerarse esa causa entre las del establecimiento del cristianismo. ¿De dónde nacen las virtudes tan admirables de los primeros cristianos? ¿De dónde ese gobierno tan perfecto de la Iglesia? ¿Cómo todo eso ha podido ser la obra póstuma de un judío crucificado?

En cuanto á los hechos éstos en sí mismos, los mayores enemigos del cristianismo los confiesan como Gibbon. Mahoma, en su Alcorán, atribuye á Dios aquellas palabras: "Hemos puesto en el corazón de los discípulos de Jesús la compasión y la misericordia„ (2). Juliano el Apóstata, que tanto se afanaba por restaurar la idolatría, proponía por modelo á los sacerdotes de los falsos dioses la caridad y las virtudes de los galileos (3). Mas queda siempre en pie la cuestión: Cómo un judío crucificado ha podido levantar tal edificación después de muerto. ¿Es esto natural? ¿Cabe en fuerzas humanas?

He aquí lo que sobre esto han pensado dos hombres no sospechosos de

---

(1) Gibbon, *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, cap. XVI.
(2) Alcorán, cap. LVII.
(3) Bullet, *Hist. de l'établ. du christ. prouvée par les seuls anteurs juifs et païens.*

Digitized by Google

benevolencia. Es el primero, como Gibbon, un protestante convertido al catolicismo y apóstata después y jefe luego de los incrédulos modernos. Pues he aquí lo que dice Bayle: "El Evangelio, predicado por gentes sin fama, sin estudios, sin elocuencia, cruelmente perseguidas y destituídas de todo apoyo humano, no dejó de propagarse en poco tiempo por toda la tierra. Es un hecho que nadie puede negar, y que prueba que es obra de Dios„ (1).

Así se expresa Bayle. Y á Rousseau de Ginebra, otro protestante que se hizo católico, y después apóstata, y después sin saber lo que quería ser, no le hace menos impresión este maravilloso hecho.

"Después de la muerte de Jesucristo—dice,—doce pobres artesanos y pescadores acometieron la empresa de instruir y convertir al mundo. Sencillo era su método; predicaban sin arte, pero con un corazón penetrado, y de todos los milagros con que Dios honraba su fe, era el más admirable la santidad de su vida. Sus discípulos siguieron este ejemplo y el éxito fué prodigioso. Alarmados los sacerdotes paganos, clamaron á los príncipes que se perdía el Estado, porque las ofrendas disminuían. Surgieron las persecuciones, y no lograron los perseguidores otra cosa que acelerar el progreso de aquella Religión que pretendían ahogar. Corrían al martirio todos los cristianos, al bautismo todos los pueblos; un continuo prodigio es la historia de aquellos primeros tiempos„ (2).

Tenemos, pues, aquí tres hombres que forcejearon toda su vida para explicar el establecimiento del cristianismo por causas naturales y humanas; y que los tres, sin embargo, lo explican sólo por causas sobrenaturales y divinas: reconoce el uno, que fué aquello un continuo prodigio, el otro, que es obra de Dios, y el tercero, que es efecto de un poder milagroso. Y eso que no consideraban aún el problema en los términos precisos de su inconmensurable antítesis: un judío crucificado y la sociedad cristiana. Planteado así, sería mucho más vivo el contraste.

5. En efecto; si Jesucristo no fuese más que un judío crucificado, es inexplicable que sus Apóstoles, al menos después de su muerte, hayan creído en él; hayan creído que era el Mesías, el Hijo de Dios; creído que había resucitado de entre los muertos, que les había aparecido durante cuarenta días, que había subido al cielo, y que les había enviado el Espíritu Santo. Es inexplicable entonces, que hayan intentado persuadir esas mismas cosas, tanto á los judíos que habían pedido su muerte, como á los romanos que le habían clavado en la Cruz. Inexplicable que hayan perseverado en afirmar estas cosas, así en Jerusalén como en Judea, y en el Ponto y en la Bitinia, y en Grecia y en Italia, y en Roma misma, en medio de persecuciones, cadenas, ultrajes y suplicios. Inexplicable que haya surgido de eso una sociedad cuya moral, cuyas virtudes, cuyo gobierno no han podido menos de admirar sus mismos enemigos; una sociedad que ha salvado y regenerado el mundo y que abarca la tierra toda; una sociedad

(1) Bayle, *Diet. crit.*, art. ***Mahomet,*** nota O.
(2) Respuesta al rey de Polonia.

Digitized by Google

que de todo triunfa, de la astucia y de la violencia, de la prosperidad y de la adversidad, del saber y de la barbarie, de los tiempos y de los lugares, y que ella sola sobrevive siempre á cuantos la atacan. Inexplicable, en una palabra, todo cuanto la Historia nos enseña, todo cuanto con nuestros ojos vemos. Esto es, entonces, no sólo inexplicable, sino absurdo, contradictorio. Entre los dos términos del problema, un judío crucificado y la sociedad cristiana, hay no sólo inconciliable oposición, sino un abismo de absurdo y contradicción.

Si, por el contrario, ese judío crucificado es al mismo tiempo el Mesías anunciado por los profetas; si ese Hijo del hombre es al mismo tiempo el Hijo de Dios; si ha dicho que lo era, y lo ha probado por milagros; si ha predicho que moriría en la Cruz, que resucitaría de entre los muertos, que enviaría al Espíritu Santo, y ha cumplido su palabra, entonces, pero solamente entonces, todo se explica. Concíbese, entonces, que los Apóstoles hayan creído en él y que hayan predicado por toda la tierra su resurrección y su divinidad, y que se hayan regocijado de sufrir por él toda clase de ultrajes; concíbese que el universo se haya vuelto cristiano, que la sociedad cristiana triunfe de todos los obstáculos, y que sobrepuje con tanta ventaja los más elevados idealismos de Platón y de Sócrates.

En una palabra, si el Antiguo y el Nuevo Testamento son verdaderos, concíbese y explícase lo que vemos: el mundo prosternándose ante un judío crucificado. Pero si el Antiguo y el Nuevo Testamento no fuesen verdaderos, si Jesucristo no fuese Dios, eso que vemos del universo prosternándose ante un judío crucificado, sería inexplicable, eso que vemos sería absurdo y contradeciría por todas las leyes de la inteligencia; y sería menester desesperar de comprender jamás cosa alguna, y ahogar la razón humana.

Dedúcese, pues, de lo expuesto la siguiente conclusión. Si para formar el raciocinio partimos de estos dos indubitables hechos, que Jesucristo es un judío crucificado, y que el mundo es cristiano; la manera más natural de explicar el cristianismo y su historia, ó mejor, la única manera natural de explicarlo, la única conforme á la naturaleza de las cosas, la sola adecuada á la idea de causa y efecto, la sola ajustada á las leyes del raciocinio, es la que el Evangelio nos refiere, la que hemos visto y continuaremos viendo: que Cristo ha sido anunciado por los profetas, que Cristo ha hecho milagros, que Cristo es Dios.

Así, pues, las profecías, los milagros, la divinidad de Jesucristo, muy lejos de ser una dificultad, son la solución de una dificultad, fuera de eso, insoluble, la conciliación de dos hechos, fuera de ahí, contradictorios y destructivos de la humana razón.

6. ¿Y habremos de añadir todavía, que los principales hechos del Evangelio los confiesan los mahometanos, los paganos y los judíos?

Los mahometanos, en su Alcorán, reconocen á Jesucristo como el Verbo de Dios y el Mesías, nacido milagrosamente de la inmaculada Virgen María, á quien llaman la *fuente de toda pureza*, y le reverencian

Digitized by Google

como un gran profeta que tenía el Espíritu de Dios, resucitaba los muertos y subió al cielo para venir al fin del mundo á juzgar á todos los hombres, y á quien pertenecen la justificación del alma y la conversión del pecador (1), hasta tal punto que en el Código penal de los turcos hay *pena de muerte sin remisión ni dilaciones* contra quienquiera *negare la misión divina de Jesucristo* (2).

Los paganos, como Juliano el Apóstata, Hierocles, Celso y Porfirio, en los mismos escritos que compusieron contra la Religión cristiana, están contestes en decir que Jesucristo nació de una mujer pobre de Judea y que era él también un pobre artesano; que huyó á Egipto; que, vuelto á su país, reunió una compañía de pescadores, gente sin letras, groseros é ignorantes; que se daba por Dios, enseñaba una moral dura y austera y fué enclavado en la Cruz, y que, en fin, él y sus discípulos hacían milagros, curaban los enfermos; solamente que esos milagros los atribuyen estos paganos á la magia, siempre á un poder sobrehumano (3).

Los judíos, en las historias que han hecho de Jesucristo, refieren "que nació de María en Belén; que se retiró á la Galilea alta y permaneció allí bastantes años; que arrebató del Templo el nombre inefable de Jehová, y por la virtud de ese nombre obraba toda clase de milagros; que decía:—Mi Madre me dió á luz sin dejar de ser virgen, soy el Hijo de Dios, yo he criado el mundo, de mí hablaba Isaías cuando dijo: "He aquí que concebirá una Virgen y parirá un Hijo, y será llamado su nombre Emmanuel.„ Refieren ellos que para probar lo que decía resucitó muertos, curó leprosos y fué adorado de muchos que le dijeron:—Tú eres verdaderamente el Hijo de Dios; que entró triunfante en Jerusalén montado sobre un asno y que clamaba al pueblo: Yo soy aquel cuya venida predijo Zacarías diciendo: "He aquí que tu Rey vendrá á ti justo y salvador: él vendrá pobre y sentado sobre una asna y su pollino.„

Que habiendo resuelto los doctores y los ancianos que se le diese muerte, Judas, que figuraba entre sus discípulos, le entregó á aquéllos durante las fiestas de Pascua. Que habiendo sido preso Jesús, fué condenado por el Sanhedrín magno, y por el menor, y atado á una columna de mármol, azotado y coronado de espinas; que habiendo tenido sed, pidió un poco de agua y le dieron vinagre. Habiéndolo bebido, dió una gran voz y dijo:—De mí escribió David, mi abuelo: "Me dieron hiel por comida y en mi sed me dieron á beber vinagre.„ En seguida se echó á llorar y dijo quejándose:—Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?—Dijéronle los doctores:—Si eres el Hijo de Dios, ¿por qué no te libertas de nuestras manos?—Respondióles Jesús:—Mi sangre debe expiar los pecados de los hombres, como lo predijo Isaías en aquellas palabras: "Con sus cardenales fuimos sanados.„—Por último, fué ajusticiado y en-

(1) Véase *Bibliotheq. orient.*, por d'Herbelot, particularmente los artículos *Issa* y *Miriam*, y el Alcorán traducido por Du Ryer, entre otros el capítulo titulado *María*.
(2) *Tableau genéral de l'empire ottoman*, por M. D'Ohson, t. III in-fol.
(3) Bullet, *Hist. de l'établissement du christianisme.*

Digitized by Google

terraron su cuerpo á la tarde. Al tercero día, habiendo venido sus discípulos al sepulcro y no habiendo encontrado su cuerpo, pusiéronse á clamar:—No está en el sepulcro, ha subido al cielo, como en vida nos había dicho.—Es que Judas había quitado el cuerpo por burlarse de ellos.

Entretanto, doce hombres que se decían los enviados del ajusticiado, recorrían los reinos para ganarle prosélitos. Se atrajeron un gran número de judíos, porque tenían mucha autoridad y confirmaban la Religión de Jesús. Afligidos los doctores de este progreso recurrieron á Dios, y le dijeron:—¿Hasta cuándo toleraréis, Señor, que prevalgan los nazarenos contra nosotros y maten una infinidad de vuestros siervos? Sólo somos ya muy pocos.—Entonces Simón Cefas, que tenía entre los nazarenos mucha autoridad, porque resucitaba muertos y hacía otros milagros, dijo á los nazarenos reunidos en su metrópoli: —Jesús, cuyo enviado soy, me ha ordenado lo que viniese á vosotros; prometedme con juramento hacer cuanto yo os mandare.—Lo haremos—exclamaron.—Díjoles entonces Simón:—Preciso es que sepáis que ese ajusticiado ha sido el enemigo de los judíos y de la ley de ellos, y que según la profecía de Oseas, no son su pueblo. Por más que en sus manos esté destruirlos en un instante, no quiere hacer tal, sino que desea, al contrario, que permanezca en la tierra ese pueblo para que sea eterno monumento de su suplicio. Además, Jesús ha sufrido sólo por rescataros del infierno; y os manda por mi boca que no hagáis mal á los judíos, que les hagáis, al contrario, todo el bien que esté en vuestras manos.—Respondiéronle ellos:—Cumpliremos exactamente cuanto nos has ordenado, y únicamente te pedimos que te quedes con nosotros.—Quedaré — les dijo—si queréis edificarme en medio de la ciudad una torre que me sirva de morada.—Edificósele una torre, en la cual se encerró, viviendo á pan y agua por espacio de seis años, y al cabo de ellos murió, y fué enterrado en la misma torre, según había dispuesto. Vese todavía en Roma la torre, que se llama *Peter,* que es el nombre de la piedra, porque Simón estaba sentado sobre una piedra, hasta el día de su muerte (1).„

He ahí un resumen textual de la historia de Jesucristo, tal como la han arreglado los rabinos y como los judíos acostumbran á leerla en manuscrito la noche de Navidad para blasfemar del Salvador. Aparte de las insinuaciones impías y algunas circunstancias ridículas, como que el ajusticiado fué atado á un tronco de berza, porque había encantado todos los árboles y todos se rompían cuando se le quería clavar en ellos, vemos en esta relación de los enemigos los mismos hechos que en el Evangelio. Vemos hasta el viaje de San Pedro á Roma y el reconocimiento que deben los judíos á la protección de los Papas.

7. Si consideramos las confesiones que encierra esta historia rabínica, así como otras tales que corren entre los judíos, no nos admiraremos de

---

(1) *Toldoht Jesu.*—Bullet.

Digitized by Google

lo que en Josefo se lee. Escribía este autor, unos sesenta años después de la muerte de Jesucristo y poco antes del reinado de Trajano. Hemos visto ya por Tácito y por Plinio que el Cristo y los cristianos eran muy conocidos entre los romanos. El objeto que se propone el historiador judío es realzar la gloria de su nación. Con esta mira no vacila en disimular algunas cosas que le parecía harían impresión desfavorable en el espíritu del lector, como la matanza de los siquemitas por los hijos de Jacob; mientras que, por otra parte, aplica á Vespasiano los oráculos que anunciaban las grandezas del Mesías. Había en su tiempo muchos judíos semicristianos, como los nazareos y los ebionitas, que reconocían á Jesucristo por el Mesías, y confesaban sus milagros y su resurrección. Por otra parte, la separación de los judíos y de los cristianos no era todavía completa, y en concepto de los gentiles, pasaban todavía los cristianos por una rama del judaísmo. Entraba, pues, en las miras de Josefo el hablar de ellos como lo hace en el siguiente pasaje.

Después de haber referido una sedición bajo el gobierno de Pilato, añade: "De aquellos mismos tiempos fué también Jesús, hombre sabio, si es lícito llamarle hombre. Pues hacía obras maravillosas, y era doctor de aquellos hombres que oyen de buen grado la verdad. Y ciertamente, allegó á sí muchos judíos y muchos también de los gentiles. Este era el Cristo. Al cual, como por acusación de los notables de nuestra gente le hubiera sentenciado Pilato á muerte de cruz, no le abandonaron los que desde el principio le habían amado. Apareciósele, pues, al tercer día otra vez vivo, según los profetas, divinamente inspirados, habían predicho de él: que habían de suceder, ya esos, ya otros innumerables milagros. Y asimismo hasta hoy persevera el nombre y género de gentes que son, por él, llamados cristianos."

Este pasaje, que hemos traducido lo más literalmente posible, se halla en todos los manuscritos, y ha sido citado en toda su extensión por Eusebio, San Jerónimo y muchos otros antiguos. Todo prueba que es auténtico. Para hallar en él dificultades es menester crearlas. Eso han hecho ciertos críticos protestantes. Admíranse de que un judío diga de Jesús que era el Cristo. Y sin embargo, nada más sencillo. Todo el mundo, según por Tácito, Suetonio y Plinio lo vemos, conocía entonces aquel hombre extraordinario con el nombre de Cristo. Habiendo Josefo comenzado á hablar de él bajo el nombre de Jesús, era natural añadir que aquel Jesús era el Cristo que todos conocían, y del cual habían tomado su nombre los cristianos. No se dice que Josefo lo reconozca como el Mesías anunciado por los profetas. Y aunque así fuese, no hubiera hecho en eso más que hablar como los judíos ebionitas. Cuando duda en llamarle hombre, no es que piense en llamarle Dios, sino profeta (1). No dice precisamente que haya resucitado, sino que apareció vivo al tercer día. A más de que, aun hasta creyendo su resurrección, como los judíos ebionitas,

(1) Josefo usa la palabra ἀνὴρ, *vir*, y no ἄνθρωπος, *homo*.

Digitized by Google

podía continuar siendo igualmente judío. En fin, cuando se piensa por un lado en las historias que los rabinos han hecho de Jesucristo, y por otro en qué circunstancias escribía Josefo, se halla muy natural lo que dice.

Mas ¿á qué detenernos en estas minucias de crítica, cuando el género humano entero se levanta para decirnos que el Mediador, después de haber sido esperado durante unos cuatro mil años, ha venido hace unos dieciocho siglos, y que ese Mediador es Jesucristo?

Es un hecho que, desde el principio del mundo, todos los pueblos esperaban un Rey, un Legislador, un Santo, un Salvador, un Mediador, un Reparador de todas las cosas; y hasta que esperaban verle aparecer dieciocho siglos hace, y en Judea. Además de las pruebas que en otra parte hemos visto ya, tenemos el testimonio no sospechoso de Suetonio y de Tácito, entre los antiguos, y de tres incrédulos, Boulanger, Voltaire y Volney, entre los modernos.

Primeramente, tanto Suetonio como Tácito, cuentan en la vida de Vespasiano que *una antigua y constante tradición extendida por todo el Oriente anunciaba que debía en aquel tiempo salir de la Judea el Dominador del mundo.* "Los romanos—dice Boulanger—con todo su republicanismo, esperaban, en tiempo de Cicerón, un Rey predicho por las sibilas, según se ve en el libro *Sobre la adivinación,* de aquel orador filósofo; las desgracias de su república habían de servir de anuncios, y la monarquía universal sería su resultado.„ Muestra después que de esa esperanza del advenimiento de un varón extraordinario participaban no sólo los *hebreos,* sino también los *griegos,* los *egipcios,* los *chinos,* los *japoneses,* los *siameses,* los *americanos,* los *mejicanos. En fin*—concluye—*no hay pueblo alguno que no haya tenido su expectativa de esta especie.*„ (1). Lo mismo atestigua Voltaire, y muestra además de qué región esperaban los diversos pueblos á ese Deseado de las naciones todas. He aquí sus palabras: "Era máxima de tiempo inmemorial entre los indios y los chinos, que el *Sabio* vendría del Occidente. La Europa, al contrario, decía que había de venir del Oriente. Todas las naciones han tenido siempre necesidad de un Sabio„ (2). Esto dice Voltaire. Sobre lo cual es fácil reparar que la Judea, de donde, según Tácito y Suetonio, debía salir ese Dominador del mundo, está precisamente al Occidente de los indios y de los chinos, y al Oriente de Europa. Conforme á estas declaraciones es la de Volney. Recuerda además éste bajo qué títulos ó cualidades esperaba la creencia universal al Salvador del mundo. He aquí sus palabras: "Las tradiciones sagradas y mitológicas de los tiempos anteriores (á la Era cristiana) habían esparcido en toda el Asia la creencia de un *gran Mediador* que había de venir, de un *Juez final,* de un *Salvador futuro, Rey, Dios conquistador y legislador.* que renovaría la Edad de Oro en la tierra y libraría á los hombres del imperio del mal (3).

---

(1) *Recherches sur l'orig. du desp. orient.*, sect. X.
(2) *Addition à l'Hist. gen.*, pág. 15, édit. 1763.
(3) *Ruines*, pág. 226.

Digitized by Google

Así, pues, durante cuatro mil años esperaban al Mediador los pueblos todos con esperanza creciente hasta dieciocho siglos hace, que vino Jesucristo á hacerse reconocer como el esperado Salvador; y desde aquel momento, al menos desde que oye hablar de Jesucristo, ningún pueblo lo espera ya más. De manera que desde hace dieciocho siglos, todos los pueblos, sin excepción, están acordes en proclamar, ó bien que el Mediador ha venido y que es Jesucristo; ó bien que el género humano entero se ha equivocado esperando ese Mediador durante cuatro mil años y cesando de esperarle desde que Jesucristo apareció en la tierra; es decir, desde hace diecinueve siglos, todos los pueblos del mundo están acordes en proclamar altamente que Jesucristo es el Mediador esperado tan largo tiempo, ó bien que es necesario negar la razón humana. En cuanto á los pueblos del todo salvajes, como los caníbales y otros antropófagos que no se hacen hombres sino haciéndose cristianos, que sólo salen de su profundo embrutecimiento á medida que comienzan á conocer á este Hombre-Dios y á creer en él, le tributan con esto mismo un testimonio más brillante todavía.

Finalmente, los judíos, más que todos los otros pueblos, esperaban ver la venida del Mesías ha diecinueve siglos; así que cuando en aquella época apareció Jesucristo, una gran parte de ellos le reconocieron como el esperado Salvador, otros le tomaron como alguno de diversos varones más ó menos conocidos en la Historia: y si ahora el resto de los judíos esperan todavía, sin señalar ya término, no dejan de convenir con el universo entero en que los tiempos en que el Mediador ha debido venir, según los profetas, están cumplidos desde hace unos mil novecientos años; además que, como esta su vana expectación y prodigiosa ceguedad fueron también predichas por los profetas que anunciaron la época de la venida del Mesías con sus circunstancias y consecuencias, muy lejos de ser una dificultad, son una prueba más, una prueba permanente. A la verdad, los judíos no esperan ya que venga el Mesías, sino que se manifieste; convienen generalmente en que ha venido al tiempo predicho por los profetas, pero que continúa escondido á causa de sus pecados, y que el profeta Elías lo manifestará. Lo cual, aplicado á ellos, resulta muy cierto. Ha venido el Mesías; pero para ellos está oculto á causa de sus pecados, y vendrá Elías á hacérselo reconocer.

Así, pues, los hechos principales del Evangelio se prueban sin valerse del Evangelio, así por ese contraste de que el género humano haya esperado durante cuatro mil años, y que desde hace mil novecientos años no espera ya; como por el testimonio de los mahometanos, de los paganos y de los judíos, y por la consecuencia necesaria de estos dos indubitables hechos: Jesucristo es un judío crucificado y el universo es cristiano.

8. ¿Con qué fe y con qué amor no deberemos, pues, leer el mismo Evangelio? El Evangelio, del cual ha dicho un hombre no sospechoso de favorecerlo: "Este libro, único necesario para un cristiano, el más útil de todos aun para quien no lo fuere, sólo necesita ser meditado para infun-

Digitized by Google

dir en el alma el amor de su autor y la voluntad de cumplir sus preceptos. Jamás ha hablado la virtud tan suave lenguaje; jamás la más profunda sabiduría se ha expresado con tanta energía y sencillez. Después de su lectura conoce uno haber mejorado de lo que antes era (1).„ Si el impío habla así del Evangelio, ¿qué hará el cristiano?

Para el hombre de buena voluntad que busca á Dios en humildad de corazón, el Evangelio lleva en sí mismo su prueba. En cada una de sus páginas respira el espíritu de verdad, de caridad, de vida y de amor. Cuentan allí los Apóstoles, con una grandeza y sencillez inimitables, sus propios defectos, sus propias faltas, los padecimientos, las humillaciones de su Maestro, sin invectiva alguna contra sus enemigos. Hay á veces en sus relatos diferencias, como la de las dos genealogías, que hubieran evitado ó explicado unos autores que se hubiesen concertado de acuerdo. Vese que cada uno escribía de la abundancia del corazón y de la abundancia de las cosas, no como quien hace un libro, sino un recuerdo de piedad para amigos y hermanos, cuya memoria suplía las lagunas. Enséñanos, en efecto, la tradición que San Mateo escribió su Evangelio para los cristianos de Palestina, San Marcos para los de Roma, San Lucas para los de Grecia y San Juan para los del Asia Menor. Siendo diferentes las personas y las circunstancias, no es de sorprender que entre una infinidad de cosas que decir, diga el uno lo que el otro no dice, ó bien diga las mismas cosas, pero en diferente orden. En lo que todos los Apóstoles están concordes, es en dar su vida para atestiguar lo que han visto y oído. Alguien ha dicho: "Creo de buena gana á testigos que se hacen degollar.„ Y todo el mundo pensará eso mismo.

Leamos, pues, con fe y amor este libro divino; meditémoslo noche y día; este libro, escrito por testigos oculares, que lo han rubricado con su sangre, recibido en depósito por otros testigos que no han cesado de publicarlo por toda la tierra; este libro, por el cual han muerto más testigos que letras hay en todas sus páginas; este libro, cuya simple lectura ha arrancado las siguientes palabras de admiración á uno de los jefes de la incredulidad moderna: "Os confieso que la majestad de las Escrituras me asombra, la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Ved los libros filósofos con toda su pompa; ¡cuán pequeños son al lado de éste! ¿Es posible que un libro tan sublime y tan sencillo á la vez sea obra de los hombres? ¿Es posible que aquel cuya historia relata sea él mismo meramente un hombre? ¿Es aquel el tono de un entusiasta ó de un sectario ambicioso? ¡Qué conmovedora gracia en sus instrucciones! ¡Qué mansedumbre y pureza en sus costumbres! ¡Qué elevación en sus máximas! ¡Qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡Qué presencia de espíritu, qué habilidad y qué exactitud en sus respuestas! ¡Qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde el sabio capaz de sufrir y morir sin debilidad y sin ostentación? Cuando pinta Platón su justo imaginario, cubierto

(1) Rousseau, *Réponse au roi de Pologne.*

Digitized by Google

de todo el oprobio del crimen, y digno de todos los premios de la virtud, retrata exactamente á Jesucristo; tan notable es el parecido, que todos los Padres lo han echado de ver y no cabe error en ello. ¡Qué de preocupaciones, qué de ceguedad se necesita tener para atreverse á comparar al hijo de Sofronisa con el Hijo de María! ¡Cuánta distancia del uno al otro! Sócrates murió sin dolor, sin ignominia; sostuvo fácilmente su papel hasta el fin, y si esa fácil muerte no hubiera honrado su vida, dudaríamos si Sócrates, con todo su talento, había sido otra cosa que un sofista. Inventó—dicen—la moral. Otros anteriores á él la habían puesto en práctica. No hizo él más que decir lo que otros habían hecho; no hizo más que poner en lecciones sus ejemplos. Arístides había sido justo antes que Sócrates dijese lo que era la justicia; Leonidas había muerto por la patria antes que Sócrates presentase como un deber el amarla; antes que éste definiese la virtud, abundaba Grecia en hombres virtuosos. Pero ¿de dónde había tomado Jesús entre los suyos esa moral elevada y pura, de la cual sólo él ha dado ejemplo? Del seno del más furioso fanatismo (1) se hizo oir la más alta sabiduría, y la sencillez de las más heroicas virtudes honró al más vil de los pueblos (2). La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la más suave que desearse puede; la de Jesús, expirando entre los tormentos, injuriado, mofado, maldecido de todo un pueblo, es la más horrible que temerse puede. Sócrates, al tomar la emponzoñada copa, bendice al que, llorando, se la presenta. Jesús, en medio de un horroroso suplicio, ruega por sus encarnizados verdugos. Ciertamente, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios (3).

Después de estos testimonios, no sospechosos, citaremos ya sólo un hombre, pero uno de aquellos muy pocos que la Providencia suscita de tarde en tarde para castigar y reformar pueblos y reyes, y cambiar la faz del universo; un hombre que en la Historia de la humanidad figura con los Nabucodonosor, Ciro, Alejandro, César y Carlo-Magno. Es, á saber, Napoleón. Después de haber servido de vara de hierro para quebrantar ó levantar los reyes y los tronos, atrevióse á poner su mano sobre la Iglesia de Dios. Bien pronto se vió derrocado él mismo, y recluído á una solitaria roca del Océano. Allí, considerando en calma toda la diferencia que va de las obras de los hombres á las de Dios, sacaba siempre como deducción la divinidad de Jesucristo. "Conozco los hombres—decía,—y os aseguro que Jesús no es un mero hombre„ (4). Luego después de haber explicado los motivos de su convicción, motivos que, según resumen hecho por un escritor conforme al relato de testigos oculares, eran en

---

(1) Con *furioso* fanatismo han declamado todos los filósofos del último siglo contra los judíos. Ese pueblo les causa estorbo.

(2) ¿Será *el más vil de los pueblos* porque él solo daba culto al Dios verdadero?

(3) Rouseau, en el *Emilio*, lib. IV.

(4) *Conversations religieuses de Napoleon*, por el caballero de Beauterne, pág 116, en nota.

Digitized by Google

el fondo los mismos que acabamos de consignar en el presente libro de esta HISTORIA, dijo un día á uno de sus antiguos compañeros de armas: "¿No veis que Jesucristo es Dios? Pues entonces me equivoqué en haceros general„ (1).

El mismo Napoleón refería en otra ocasión en Santa Elena que habían hecho respecto á él tentativas para decidirle á declararse jefe de la Religión, echando á un lado al Papa. "No se limitaban á esto—decía,—querían que hiciese yo mismo una religión á mi modo, afirmándome que podía estar seguro de que, así en Francia como fuera, no me faltarían partidarios y devotos del nuevo culto. ¿Qué había de responder uno á semejantes necedades? Un día, sin embargo, que me apretaba sobre esta materia un personaje que veía en ello un gran pensamiento político, le atajé de pronto, diciéndole:—Basta, basta, caballero, ¿quiere Ud. también que me haga yo crucificar?—Y como él se quedó mirándome con extrañeza,—No es tal vuestro designio—añadí—ni el mío tampoco. Pues bien, caballero; ahí está el sello de la Religión verdadera. Y después de ella no conozco ni quiero conocer otra„ (2).

Tan profundamente grabados estaban en todo su ser estos sentimientos, que cuando entre las personas de su intimidad tropezaba con asertos monstruosos, imprudentes, cínicos, que excitaban su indignación ó su sorpresa, sin llegar á irritarlo, exclamaba:—¡Jesús!... ¡Jesús!—Y se santiguaba, es decir, hacía sobre sí mismo la señal de la cruz (3).

---

(1) Ibidem en la misma nota.
(2) Ibid., pág. 111 y 112.
(3) *Memorial de Sainte Helene*, tomo II, pág. 161, edic. 1840.

En el deseo de que la traducción española no desaproveche ninguno de los datos que puedan contribuir á mantener esta obra al nivel de las más modernas investigaciones, ha creído conveniente el traductor del presente tomo trasladar aquí la siguiente nota que se halla en la novísima edición francesa por Mons. Fevre, nota que en nada disminuye la fuerza de las razones propuestas por el autor; y que, aun respecto al mismo Napoleón, deja en pie y confirma sus sentimientos católicos y buena muerte.

Dice así:

"No debe ciertamente dudarse de los sentimientos piadosos y de las convicciones religiosas de Napoleón: era demasiado grande para ser incrédulo ó impío. Nosotros mismos hemos publicado una carta de Montholon á Mons. Haffreingue, carta en que el general afirma como testigo, que Napoleón se había conservado siempre adicto á la fe católica, y que murió como buen cristiano. Con todo, las pruebas de la fe de Napoleón tomadas del opúsculo del caballero de Bauterne, no pueden ya considerarse como auténticas. A la muerte de M. Amadeo Thayer, que se había casado con la hija del general Bertrand, se descubrieron y publicaron en la biografía del senador papeles de los cuales resulta que M. Beauterne prestó á Napoleón todos aquellos bellos discursos contra la pretendida incredulidad de Bertrand. El hacer de Napoleón uno de los apologistas del cristianismo es una ficción que debe borrarse de la Historia.„

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO XXV

Digitized by Google

Digitized by Google

SUMARIO

1. El Cenáculo. El primado de San Pedro. Venida del Espíritu Santo. Don de lenguas. Sermón de San Pedro. Babel y la Pentecostés. Elección de Matías. Cumplimiento de las profecías.—**2.** San Pedro cura á un cojo en la puerta del Templo. Su segunda predicación. San Pedro y San Juan en la cárcel. Su fortaleza. Nueva efusión del Espíritu Santo. Vida edificante de los primeros cristianos. San Bernabé. Castigo de Ananías y de Safira.—**3.** Curaciones obradas por los Apóstoles. Su popularidad. Son encarcelados y un ángel les liberta. Razonamiento de Gamaliel. Los Apóstoles azotados. Murmuran los griegos de los hebreos Elección de los siete diáconos. Celo y poder de San Esteban. Es acusado. Su defensa ante el Sanhedrín y su martirio.—**4.** Persecución contra los fieles. San Felipe en Samaria. Simón Mago. Bautiza San Felipe al eunuco de la reina Candace. Conversión de San Pablo. Paz de la Iglesia. San Pedro cura al paralítico Eneas, resucita á Tabita y bautiza al centurión Cornelio.—**5.** El símbolo. Dispersión de los Apóstoles. Que la Virgen santísima siguió habitando en Jerusalén. San Pedro en Antioquía, en Asia y en Roma. San Pablo y San Bernabé en Antioquía. Hambre predicha por Agabo. Revoluciones políticas en Judea. Martirio de Santiago. Un ángel da libertad á San Pedro. Muerte infeliz de Agripa.—**6.** Misión y viaje de San Pablo y San Bernabé. Primera Epístola de San Pedro.—**7.** Roma y Babilonia. Infamia de los emperadores y abyección del Senado. Decadencia de la Filosofía. Inconsecuencia, deseos y tentativas de Séneca.—**8.** Propagación del cristianismo. San Pedro y Séneca. El Evangelio según San Marcos. Roma, Antioquía y Alejandría.—**9.** San Pablo convierte á Sergio Paulo y deja ciego á Elimas. Predica en Antioquía de Pisidia y en Iconio. Persíguenle los judíos. Santa Tecla. Curación del cojo de Listra. Niégase San Pablo á recibir honores divinos. Los judíos mueven otra persecución. Continúa la predicación de San Pablo. Su regreso á Antioquía y su viaje á Jerusalén. Cuestión de la circuncisión de los gentiles. Actitud de San Pedro en este asunto. **10.** Primer Concilio de Jerusalén. La Sede de Roma juzga en última instancia. Sepáranse San Pablo y San Bernabé. De la carta atribuída á San Bernabé. Nuevo apostolado de San Pablo en el Asia Menor. Timoteo. San Pablo pasa á Macedonia. Sus predicaciones en Filipos, Tesalónica y Berea. Sus triunfos comparados con los de Aristóteles.—**11.** San Pablo ante el Areópago de Atenas. Su proceder comparado con el de Sócrates. Del Dios desconocido de Atenas. San Pablo en Corinto. Sus triunfos comparados con los de los siete sabios.—**12.** Primera Epístola á los tesalonicenses.—**13.** Las cartas de San Pablo comparadas con las de Plutón. Segunda Epístola á los tesalonicenses. Trabajos de San Pablo. Voto que hizo.—**14.** El Evangelio según San Lucas. San Pablo regresa al Asia Menor. Predicaciones de Apolo. Ineficacia del bautismo de Juan.—**15.** Empresas, milagros y tribulaciones de San Pablo en Efeso. Judíos exorcistas que fueron maltratados por el demonio.—**16.** Epístola á los gálatas.—**17.** Primera Epístola á los corintios. Sedición promovida por Demetrio el Platero.—**18.** Jui-

Digitized by Google

cio que debe formarse de Apolonio de Tiane. San Pablo vuelve á Macedonia. Llegada de Tito. Segunda Epístola á los corintios. Viaje á Corinto.—**19.** Epístola á los romanos. Verdadero sentido de las palabras *Rationabile obsequium vestrum,* así como de estas otras: *Omne quod non est ex fide, peccatum est.* **20.** Salida de San Pablo para Jerusalén. Resucita á un muerto en Troade. Su adiós á los ancianos de Efeso. Profecías de Agabo Llegada á Jerusalén.—**21.** El tribuno Lisias libra á San Pablo de las manos de los judíos. Habla el Apóstol á los judíos en el Sanhedrín. Es llevado á Cesarea y se defiende delante de Félix. Júzgale Festo nuevamente y el Apóstol apela al César. Su justificación delante de Agripa.- **22.** Viaje del Apóstol á Roma. Naufraga en la costa de Malta. Milagros que obró en esta isla. Llegada á Roma. Predica á los judíos de la ciudad. Incredulidad de la mayoría de ellos.—**23.** Epístola á los filipenses. Conversión de Onésimo y Epístola á Filemón. Epístola á los colosenses Epístola á los efesios. Epístola á los hebreos.—**24.** Martirio de Santiago el Menor. Su Epístola católica. Su liturgia.—**25.** Viaje de San Pablo por Creta, Palestina, Asia y Macedonia. Epístolas á Tito y Timoteo.—**26.** Incendio de Roma por Nerón. Persecución contra los cristianos. Prisión de San Pablo. Segunda Epístola á Timoteo. **27.** San Pedro vence á Simón Mago. Nueva persecución. Aparécese Cristo á San Pedro cuando el Apóstol iba á salir de Roma. Segunda Epístola de San Pedro.—**28.** Martirio de los dos Apóstoles. Sus reliquias é imágenes. Testimonios de San Clemente y de Hermas. Martirio de San Alejandro de Brescia y otros. Inscripciones en honor de Nerón. -**29.** Las instituciones humanas y la Iglesia. Descripción de las costumbres cristianas de esta época en la carta de Diogneto.

Digitized by Google

LIBRO XXV

DESDE EL AÑO 29 AL 66 DE LA ERA CRISTIANA

Los apóstoles establecen la Iglesia.

CUATRO grandes imperios pasaron por la tierra, uno en pos de otro: los asirios, los medos y los persas, los griegos, los romanos. Habían señalado de antemano los profetas el diferente carácter de esos imperios; y ahí tenemos la Historia, tanto sagrada como profana, que nos demuestran la exactitud de la predicción. Estos cuatro imperios ó estas cuatro dinastías de un mismo imperio, debían ceder el puesto á un imperio nuevo, que bajo el emblema de una piedra desprendida de la montaña sin mano de hombre alguno, llenaría muy luego el mundo todo. Diferente es su destino del de los otros; no pasará jamás á otro pueblo, será eterna su duración (1). Ese nuevo reino, ese imperio inmortal es la Iglesia, cuya historia escribimos.

Doce hombres, reducidos por entonces á once, habían de implantar ese nuevo imperio. Los hemos dejado con los demás discípulos en el Monte de los Olivos, adonde Jesús los había conducido cuarenta días después de su resurrección, y desde donde, después de bendecirlos, había subido, en presencia de ellos, al cielo Una luminosa nube lo había robado á su vista. Y estaban todavía mirando, cuando he aquí que se pusieron al lado de ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales les dijeron: ¿Varones galileos, qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que de vuestra vista se ha subido al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo. Volvieron entonces llenos de gozo de la montaña á Jerusalén, y cuando entraron subieron á una habitación alta donde tenían su morada Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santia-

(1) Dan., II.

Digitized by Google

go, hijo de Alfeo, y Simón, el Celador, y Judas, hermano de Santiago. Todos los cuales, animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en las oraciones con las mujeres piadosas y con María, Madre de Jesús, y con sus hermanos ó parientes (1).

A Pedro se le nombra aquí en primer lugar, lo mismo que en otros pasajes. Llamábase primitivamente Simón, hijo de Joná, ó sea Juan. La primera vez que le vió Jesús le dió el nombre de Cefas, ó Pedro (2). Vióse más adelante el motivo. Habiendo respondido Pedro á su Maestro: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.„ Jesús le respondió á su vez: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Joná, porque no te ha revelado eso la carne y sangre, sino mi Padre que está en los cielos, y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á ti daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos„ (3). En las vísperas de su pasión le decía todavía Jesús: "Simón, Simón, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo. Mas yo he rogado por ti que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos„ (4). Hasta aquí son promesas y recomendaciones para el porvenir. Algunos días antes de su Ascensión, ya Jesús le encarga de presente: "Simón, hijo de Juan, apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas„ (5). Solamente entonces recibió la investidura de su cargo. A este mismo Pedro y con él á los otros Apóstoles, cuyo jefe era, les dijo Jesucristo al dejarlos: "Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos„ (6).

Tales son las promesas de Jesucristo á sus Apóstoles. Cristianos hay descaminados que se asustan mucho de ellas. En sus historias eclesiásticas, los protestantes hacen como que no las ven, ó bien aseguran no ver de manera alguna en ellas lo que en todo tiempo y lugar han visto los cristianos. Puede suceder esto. Dios dijo: Hágase la luz, y la luz fué hecha; y sin embargo, cuando se cierran los ojos, no se ve la luz. Lo cierto es que esta piedra, convertida en montaña que llena toda la tierra, les ofusca. Presentan como un abuso su compacta unidad, su inmutable solidez: quisieran que hubiera permanecido piedra movediza. No piensan como ellos los siglos cristianos.

Jesús había mandado á sus Apóstoles que no saliesen de Jerusalén, sino que esperasen allí la promesa del Padre, la virtud del Espíritu

(1) Act., I, 9-14
(2) Joann., I, 42.
(3) Matth., XVI. 17-19.
(4) Luc., XXII, 31 y 32.
(5) Joann., XVI, 15.
(6) Matth., XXVIII, 18.

Digitized by Google

Santo, que había de venir sobre ellos. En aquellos días de espectación fué cuando Pedro usó, por primera vez, la autoridad de que estaba revestido. Había el Salvador escogido doce Apóstoles, en consonancia con las doce tribus de Israel. Estaba ya incompleto este sagrado número desde que el traidor Judas se había ahorcado. Tratábase de nombrar un sucesor. Pedro, según lo explica el más célebre doctor de todo el Oriente, San Crisóstomo, tenía facultad para hacer él la elección, ya que el Señor había puesto á los demás bajo su jurisdicción con aquellas palabras: "Confirma á tus hermanos„; pero quiso, con todo, por condescendencia, dejar esta elección á la multitud, para que les fuera más venerable el elegido por ellos mismos, y á fin de evitar celos (1). Celebró, pues, una asamblea, en la cual estaban juntos como unos ciento veinte hombres, les recordó la funesta suerte de Judas, como también el campo de sangre, comprado con el precio de su iniquidad, y decidió que tomase otro su obispado: dispuso que debía elegírsele de entre los que habían estado siempre con Jesucristo para que pudiese dar también testimonio de su resurrección. Presentó la asamblea dos: á José, llamado Barsabás, por sobrenombre, el Justo, y á Matías. Como ambos parecían igualmente dignos, resolvióse, después de haber orado con fervorosa plegaria, que se echasen suertes; y cayó la suerte sobre Matías, y fué contado con los doce Apóstoles, y se hizo partícipe de todas sus prerrogativas (2).

Aproximábase la fiesta de Pentecostés, ó sea del quincuagésimo día después de la Pascua. Era fiesta tan solemne como la misma Pascua. Recordaba aquel memorable día en que siete semanas después de la salida de Egipto publicó el Eterno su Ley entre rayos y relámpagos, y la escribió después en dos tablas de piedra, que Moisés rompió al pie de la montaña, al ver al pueblo adorando el becerro de oro. Este acto de romper Moisés las primeras tablas de la ley, daba á entender que la legislación que él entonces comunicaba sería sólo para cierto plazo, y que habría de ser sustituída por otra.

Poco antes de su muerte habló del futuro libertador á los hijos de Israel, en estos términos: "El Señor Dios tuyo te suscitará un Profeta de tu nación y de entre tus hermanos, como yo. A él oirás„ (3).

Jeremías había asimismo anunciado esa nueva ley: "He aquí que vendrá el tiempo, dice el Señor, y haré una nueva alianza con la casa de Israel y con la casa de Judá; no según el pacto que hice con los padres de ellos en el día que los tomé de la mano para sacarlos de tierra de Egipto... Mas este será el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Imprimiré mi ley en sus entrañas, y la grabaré en sus corazones; y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo„ (4).

---

(1) San Juan Cris., lib. III, *In Act. Apost.* Puede verse también otra omilia que se cree ser de San Gregorio de Nyssa. Combefis, *Biblioth. PP. Concionat.*, t. VII, pág. 222.
(2) Act., I, 9-14.
(3) Deut., XVIII, 15.
(4) Jerem., XXXI, 31-33.

Digitized by Google

Iba á cumplirse esta predicción á vista de la innumerable muchedumbre que la solemnidad de la fiesta y la expectación más viva que nunca de la venida del Mesías había atraído á Jerusalén de todas las partes de la tierra.

Y los Apóstoles, "cuando se cumplían los días de Pentecostés, estaban todos unánimes en un mismo lugar„. En el monte Sión según se cree· "Y vino de repente un estruendo del cielo, como de viento impetuoso que soplaba, y llenó toda la casa donde estaban sentados, y se les aparecieron unas lenguas repartidas como de fuego, y reposó sobre cada uno de ellos„; símbolo del ardor y de la nueva luz que el Espíritu Santo infundía en sus corazones y de la divina elocuencia que les comunicaba. Con aquel extraordinario suceso acudieron al santo monte una gran multitud de judíos. Los cuales quedaron pasmados de aquellos nuevos prodigios. Pues aunque eran de diversas naciones y hablaban diferentes lenguas, oyó, sin embargo, cada cual á los Apóstoles hablar distintamente su lengua. Así la oyeron los partos, medos y elamitas y los moradores de Mesopotamia, Judea y Capadocia, Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y tierras de la Libia confinante con Cirene. Y también los cretenses, los árabes y los romanos, residentes los unos en Jerusalén, transeuntes los otros venidos con motivo de la fiesta. Judíos los unos de origen y otros sólo de religión. "Se pasmaban, pues, todos y se maravillaban, diciendo unos á otros: ¿Qué quiere ser esto? Mas otros, burlándose, decían: Estos llenos están de mosto.

„Mas Pedro, en compañía de los once, puesto en pie, alzó su voz. y les dijo: Varones de Judea y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oid con atención mis palabras. Porque éstos no están embriagados como vosotros pensáis.„ Y les manifestó que no estaban ebrios ni él ni sus compañeros, sino que se cumplía la promesa que Dios había hecho por el profeta Joel de derramar un día sobre sus siervos y siervas la abundancia de su Espíritu. Les recordó los prodigios y milagros obrados en medio de ellos por Jesús de Nazaret. "A éste - les dijo—...lo matasteis crucificándolo por manos de malvados. Al cual Dios ha resucitado.„ Y pasó á probarles, con varios pasos de los Salmos, la promesa de aquella resurrección. "A este Jesús—concluyó—Dios ha resucitado, de lo cual somos testigos todos nosotros. Así que, ensalzado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, le ha derramado sobre nosotros del modo que estáis viendo y oyendo. Porque David no subió á los cielos, y dice con todo eso: Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi diestra; hasta que ponga tus enemigos por tarima de tus pies. Por tanto, sepa certísimamente toda la casa de Israel, que Dios hizo Señor y Cristo á este Jesús, á quien vosotros crucificasteis.

„Y oídas estas cosas, se compungieron de corazón, y dijeron á Pedro y á los otros Apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? A lo que Pedro les respondió: Haced penitencia y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa

Digitized by Google

y para vuestros hijos, y para los que están lejos, y para cuantos llamare á sí el Señor nuestro Dios. Con otras muchas razones lo atestiguó, y los exhortaba diciendo: Salvaos de esta generación depravada. Y los que recibieron su palabra fueron bautizados, y fueron añadidas aquel día cerca de tres mil personas„ (1).

Cuando levantaban los hijos de los hombres la torre de Babel, confundió Dios sus lenguas; no pudieron entenderse y tuvieron que separarse. Cuando edificó Dios su Iglesia para reunirlos en ella, los descendientes de Sem, Cham y Jafet, que habían concurrido de todas partes, oyeron en una misma lengua todas las suyas. Dióse la ley de Moisés, escrita en hebreo, á Israel; en una sola lengua y á un solo pueblo. La ley de Jesucristo pregónala y publícala su Iglesia desde el primer día á todos los pueblos y en todas las lenguas, y, cosa no menos digna de notarse, la publica así, se publica á sí misma, se manifiesta desde el primer día á todos los pueblos y en todas las lenguas por la voz de su Jefe, y se publica y manifiesta de este modo en la memorable época en que los dos extremos de la tierra, el imperio de la China y el de Roma, se daban la mano por encima del mar Caspio.

2. Había venido el Espíritu Santo sobre los Apóstoles hacia la tercera hora del día, cuando se ofrecía el sacrificio de por la mañana. Subían Pedro y Juan al templo á la hora de nona, cuando se ofrecía el sacrificio de por la tarde. Pasaron por junto á un hombre cojo desde el vientre de su madre, el cual era traído á cuestas y puesto todos los días á la puerta del templo llamada la Hermosa "Pues como éste viese á Pedro y Juan que iban á entrar en el templo, les rogaba que le diesen limosna. Pedro entonces, fijando con Juan la vista en este pobre, le dijo: Míranos. Y él los miraba con atención, esperando recibir de ellos alguna cosa. Y Pedro dijo: No tengo oro ni plata; pero lo que tengo, esto te doy: En el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda. Y tomándole por la mano derecha, le levantó, y en el mismo punto se le consolidaron las piernas y las plantas. Y, dando un salto, se puso en pie y echó á andar, y entró con ellos en el Templo.„ El rumor de semejante prodigio atrajo una multitud de pueblo que estaba atónita, porque reconocían en él al cojo. "Y viendo esto Pedro, dijo al pueblo: Varones israelitas, ¿por qué os maravilláis de esto, ó por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestra virtud ó poder hubiéramos hecho andar á éste? El Dios de Abrahán, y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado á su Hijo Jesús, á quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilato, juzgando éste que debía ser puesto en libertad. Mas vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diese un hombre homicida. Y matasteis al autor de la vida, al cual Dios resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos. Su poder es el que, mediante la fe en su nombre, ha consolidado á éste que vosotros habéis visto y conocéis, y la fe, que de él proviene, es la que ha causado esta

(1) **Act., II, 1 41.**

Digitized by Google

perfecta curación delante de todos vosotros. Y ahora, hermanos, yo sé que lo hicisteis por ignorancia, como también vuestros príncipes. Pero Dios, lo que de antes tenía anunciado por boca de los profetas, que padecería su Cristo, así lo ha cumplido. Arrepentíos, pues, y convertíos, á fin de que se borren vuestros pecados; para cuando vinieren los tiempos del refrigerio delante del Señor, y enviare al mismo Jesucristo que á vosotros fué predicado, al que ciertamente es menester que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que antiguamente Dios habló por medio de sus santos profetas. Porque Moisés dijo: Profeta os levantará el Señor Dios vuestro de entre vuestros hermanos, como á mí; á él oiréis en todo cuanto os dijere. Y acontecerá que toda alma que no oyere á aquel Profeta, será exterminada del pueblo. Y todos los profetas desde Samuel, y cuantos después han hablado, anunciaron estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas y del testamento que ordenó Dios á nuestros padres, diciendo á Abrahán: Y en tu nombre serán benditas todas las naciones de la tierra. Para vosotros en primer lugar es para quienes ha resucitado Dios á su Hijo, y le ha enviado á llenaros de bendiciones: á fin de que cada uno se convierta de su mala vida.„ (1).

No menos eficaz que la primera fué esta segunda predicación, ya que, descontando mujeres y niños, que no debían ser pocos, se convirtieron cinco mil hombres.

"Mientras ellos estaban hablando, sobrevinieron los sacerdotes, con el magistrado *(ó sea comandante)* del Templo, y los saduceos, pesándoles de que enseñasen al pueblo y de que predicasen en Jesús la resurrección de los muertos. Y les echaron mano, y los metieron en la cárcel para el otro día: porque era ya tarde. Y acaeció que al día siguiente se juntaron en Jerusalén los príncipes de ellos, y los ancianos y los escribas. Y Anás, príncipe de los sacerdotes, y Caifás, y Juan, y Alejandro y todos cuantos eran del linaje sacerdotal. Y habiéndoles hecho comparecer en medio, les preguntaron: ¿Con qué poder ó en nombre de quién habéis hecho vosotros esto? Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: Príncipes del pueblo, y vosotros ancianos, escuchad: Puesto que hoy se nos pide razón del beneficio hecho á un hombre tullido, y se quiere saber por virtud de quién ha sido curado, sea notorio á vosotros y á todo el pueblo de Israel que en el nombre de nuestro Señor Jesucristo Nazareno, á quien vosotros crucificasteis, y á quien Dios resucitó de entre los muertos, por virtud de él está sano éste delante de vosotros. Esta es la piedra que vosotros desechasteis al edificar, la cual ha venido á ser la piedra principal del ángulo. Y no hay salud en ningún otro. Pues no se ha dado á los hombres otro nombre debajo del cielo por el cual debamos salvarnos.

„Viendo ellos la firmeza de Pedro y de Juan, constándoles, por otra parte, que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban, y los co-

(1) Ibidem, III, 1 26.

Digitized by Google

nocían que habían estado con Jesús; y viendo estar también con ellos el hombre que había sido sanado, no podían decir nada en contra. Mas los mandaron salir fuera de la junta, y conferían entre sí, diciendo: ¿Qué haremos á estos hombres? Porque han hecho un milagro notorio á cuantos moran en Jerusalén: patente es, y no lo podemos negar. Todavía, para que no se divulge más en el pueblo, amenacémosles que en adelante no hablen más á hombre alguno en este nombre. Y llamándoles, les intimaron que nunca más hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús. Entonces Pedro y Juan, respondiendo, les dijeron: Si es justo delante de Dios, oiros á vosotros antes que á Dios, juzgadlo vosotros. Pues no podemos dejar de hablar las cosas que hemos visto y oído. Ellos entonces, amenazándoles, les dejaron ir libres, no hallando achaque para castigarlos por miedo del pueblo, porque todos ensalzaban este glorioso hecho en lo que había acontecido; pues el hombre en quien se había obrado esta cura milagrosa pasaba ya de cuarenta años. Puestos ellos en libertad, vinieron á los suyos, y les contaron cuanto les habían dicho los príncipes de los sacerdotes y los ancianos. Y cuando lo oyeron, todos, unánimes, levantaron la voz á Dios y dijeron: Señor, tú eres el que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos: el que, hablando el Espíritu Santo por boca de nuestro padre David, tu siervo, dijiste: ¿Por qué bramaron las gentes y los pueblos pensaron cosas vanas? Se levantaron los reyes de la tierra y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor y contra su Cristo. Porque verdaderamente se juntaron á una en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, á quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y con los pueblos de Israel, para hacer lo que tu mano y tu consejo decretaron que se hiciese. Y ahora, Señor, pon tus ojos en sus amenazas, y concede á tus siervos que con toda libertad hablen tu palabra, extendiendo tu mano á sanar las enfermedades, y á que se hagan maravillas y prodigios en el nombre de tu santo Hijo Jesús. Y cuando hubieron orado, tembló el lugar donde estaban congregados: y fueron todos llenos del Espíritu Santo y anunciaban con firmeza la palabra de Dios„ (1).

Habíase acrecentado ya notablemente la naciente Iglesia, habiendo convertido Pedro tres mil hombres en su primera predicación y cinco mil en la segunda sin contar mujeres y niños. Por otra parte, es de creer que los otros Apóstoles y los principales discípulos no habían permanecido ociosos, sino que habían trabajado con parecido fervor y buen éxito para aumentar el número de los fieles. Y con todo, aquella gran muchedumbre tenía un solo corazón y una sola alma, ni había entre ellos quien considerase como suyo nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Ni había ninguno entre ellos necesitado. Porque cuantos tenían campos ó casas las vendían y traían el precio de lo que vendían y lo ponían á los pies de los Apóstoles. Y se repartía á cada uno según lo que había menester.

---

(1) Act., IV, 1-31.

Digitized by Google

Eran sus ejercicios religiosos de dos clases: unos que les eran comunes con los judíos, como frecuentar el templo á las horas de la oración y de los sacrificios, en que se reunían todos bajo el pórtico de Salomón. Pero además de esto, se reunían particularmente en los cenáculos ú oratorios de las casas más cómodas y más espaciosas. Oían allí con docilidad suma las instrucciones de los Apóstoles, perseverando muy fervorosamente en larga oración y en la comunión de la fracción del pan, es decir, de la Eucaristía, según más ampliamente lo veremos explicado por San Justino, mártir, en el siguiente siglo. Después de lo cual, tomaban la comida con alegría y sencillez de corazón, más aún que para nutrir el cuerpo, para alimentar el espíritu de mutua caridad. Dióseles á estas comidas, en adelante, la denominación de *agapes,* nombre griego, que significa caridad y dilección. Tal era la vida de los primeros cristianos. Así que todo el pueblo los respetaba y amaba.

Entre los que vendían sus posesiones y traían el precio á los Apóstoles, en virtud de un ofrecimiento que libremente habían hecho, según lo explican los santos Padres, mereció particular alabanza la fidelidad de Josef, levita y natural de Chipre, á quien los mismos Apóstoles dieron el sobrenombre de Bernabé ó hijo de la consolación. Pero se hace también mención del castigo que por el fraude que cometieron dió Dios á Ananías y su mujer Safira. Habiendo vendido uno de sus campos, resolvió dicho Ananías, de acuerdo con su mujer, retener secretamente para sí una parte del precio y ofrecer el resto á los pies de los Apóstoles, como si fuese el total. "Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué tentó Satanás tu corazón, para que mintieses tú al Espíritu Santo, y defraudases del precio del campo? ¿No es verdad que conservándolo quedaba para ti, y vendido lo tenías en tu poder? ¿Por qué, pues, pusiste en tu corazón esto? No mentiste á los hombres, sino á Dios. Al oir Ananías estas palabras, cayó en tierra y expiró. Y vino un gran temor sobre todos los que lo oyeron. Y levantándose unos mancebos, le sacaron y llevaron á enterrar. Y de ahí, como al cabo de tres horas entró también su mujer, no sabiendo lo que había acaecido, y Pedro le dijo: Dime, mujer, ¿vendisteis por tanto la heredad? Y ella dijo: Sí, por tanto. Y Pedro á ella: ¿Por qué os habéis concertado para tentar al Espíritu del Señor? He aquí á la puerta los pies de los que han enterrado á tu marido y te llevarán también á ti. Al punto cayó á sus pies, y expiró, y habiendo entrado los mancebos, la hallaron muerta, y la llevaron á enterrar con su marido. Y sobrevino un gran temor en toda la Iglesia y en todos los que oyeron estas cosas.

3. Y por las manos de los Apóstoles se hacían muchos prodigios y milagros en el pueblo. Y todos, unidos en un mismo espíritu, se juntaban en el pórtico de Salomón. De los otros nadie osaba juntarse con ellos; pero el pueblo hacía de ellos grandes elogios Con esto se aumentaba más y más el número de los que creían en el Señor, así de hombres como de mujeres. Tanto que sacaban los enfermos á las calles y los ponían en camillas y lechos para que cuando pasase Pedro, al menos su sombra tocase á alguno de ellos, y quedasen libres de sus enfermedades. Y acudía

Digitized by Google

también á Jerusalén mucha gente de las ciudades comarcanas trayendo enfermos y endemoniados, los cuales eran curados„ (1).

Vemos aquí al pueblo, á la muchedumbre, dejada á sí misma, ir hacía los Apostóles, hacía los primeros fieles, amarlos y bendecirlos. Así se había conducido también para con Jesucristo, mientras tanto que no fué inducida por los escribas y los fariseos. El miedo al pueblo era lo que contenía á los enemigos de los discípulos, como había contenido á los enemigos del Divino Maestro.

"Mas levantándose el príncipe de los sacerdotes„, que lo era aún Caifás, "y los que con él estaban (que es la secta de los saduceos) se mostraron llenos de celo. Y prendieron á los Apóstoles y los pusieron en la cárcel pública. Mas el ángel del Señor, abriendo de noche las puertas de la prisión, y sacándolos fuera les dijo: Id al Templo, y puestos allí, predicad al pueblo la doctrina de esta vida. Ellos, oído esto, entraron al despuntar el alba en el Templo, y se pusieron á enseñar.

„Entretanto vino el príncipe de los sacerdotes y los que con él estaban, y convocaron el concilio y á todos los ancianos del pueblo de Israel, y enviaron por los presos á la cárcel. Mas cuando fueron los ministros y abriendo la cárcel, no les hallaron, volvieron á dar el aviso, diciendo: La cárcel ciertamente hallamos muy bien cerrada, y los guardas que estaban delante de las puertas; mas habiéndolas abierto, no hallamos dentro á ninguno. Cuando esto oyeron el magistrado del Templo y los príncipes de los sacerdotes estaban en duda de lo que se habría hecho de ellos. Pero al mismo tiempo llegó uno que les dijo: Mirad, aquellos hombres que metisteis en la cárcel, están en el Templo, y enseñan al pueblo. Entonces fué el magistrado con su gente, y los trajo sin violencia; porque temían al pueblo que no los apedrease. Y luego que los trajeron, los presentaron en el concilio, y el príncipe de los sacerdotes les preguntó, diciendo: Con expreso mandato os mandamos que no enseñaseis en este nombre, y ved que habéis llenado á Jerusalén de vuestra doctrina y queréis echar sobre nosotros la sangre de este hombre. Y respondiendo Pedro y los Apóstoles, dijeron: Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó á Jesucristo, á quien vosotros matasteis, colgándolo en un madero. A este ensalzó Dios con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar arrepentimiento á Israel y remisión de pecados. Y nosotros somos testigos de estas palabras, y también el Espíritu Santo que ha dado Dios á todos los que le obedecen.

„Cuando esto oyeron se desatinaban y enfurecidos trataban de matarlos. Mas levantándose en el concilio un fariseo llamado Gamaliel (2),

---

(1) Act., V, 1 16.

(2) Gamaliel era fariseo, doctor de la ley, y fué maestro de San Pablo. Se cree que era el Gamaliel de quien hace el Talmud grandes elogios. Fué presidente del Sanedrín bajo los reinados de Tiberio, Calígula y Claudio. Según la tradición se convirtió al cristianismo, y murió dieciocho años antes de la toma de Jerusalén por Tito. — *(Nota del Censor de la presente edición.)*

Digitized by Google

doctor de la ley, hombre de respeto en todo el pueblo, mandó que saliesen fuera aquellos hombres por un breve rato. Y les dijo: Varones israelistas, mirad bien por vosotros, y atended á lo que váis á hacer con estos hombres. Sabéis que poco ha se levantó un tal Theodas, diciendo que él era alguien (1); al cual se asociaron cerca de cuatrocientos hombres; él fué muerto, y todos los que le creían se dispersaron y redujeron á nada. Después de esto alzó bandera Judas Galileo en tiempo del empadronamiento y arrastró tras sí al pueblo; éste pereció también, y todos sus secuaces quedaron disipados. Pues, ahora os digo, que no os metáis con esos hombres, y que los dejéis; porque si este consejo ó esta obra viene de los hombres, se desvanecerá; mas si viene de Dios, no la podréis deshacer, porque no parezca que queréis resistir á Dios. Y ellos siguieron este parecer. Y habiendo llamado á los Apóstoles; después de haberlos hecho azotar, les mandaron que no hablasen más en el nombre de Jesús, y los soltaron. Pero ellos salieron gozosos de delante del concilio, porque habían sido hallados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesús. Y no cesaban todos los días en el Templo y por las casas de enseñar y de predicar á Jesucristo„ (2).

Por aquellos días, creciendo el número de los discípulos, se suscitó una queja de los judíos helénicos ó griegos contra los judíos hebreos, porque no se hacía caso de sus viudas en el servicio diario, esto es, en la distribución de lo que se daba cada día. "En atención á esto los doce, convocando á todos los discípulos, les dijeron: No es justo que nosotros descuidemos la palabra de Dios por tener cuidado de las mesas. Por lo tanto, hermanos, nombrad de entre vosotros siete sujetos de buena fama, llenos del Espíritu Santo y de inteligencia, á quienes encarguemos este ministerio. Y nosotros atenderemos de continuo á la oración y á la predicación de la palabra. Y pareció bien á toda la junta esta proposición; y eligieron á Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo, y á Felipe, y á Procoro, y á Nicanor, y á Timón, y á Parmenas, y á Nicolás, prosélito antioqueno. Presentáronlos á los Apóstoles: los cuales, haciendo oración, les impusieron las manos„ (3). Así fueron ordenados los primeros diáconos ó ministros. Sus nombres son todos griegos, lo cual induce á pensar que fuesen la mayor parte judíos helénicos, es decir, de los que vivían entre los griegos y hablaban su lengua. El oficio de estos diáconos era tener cuidado del sustento de los pobres y de la distribución de lo necesario para la subsistencia de cada uno en aquella Iglesia, donde todos los bienes tenían en comunidad. Pero además servían en la Sagrada Mesa, esto es, en la administración de la Eucaristía, y aun predicaban el Evangelio en ocasiones, según luego hemos de ver.

Entretanto la palabra de Dios iba creciendo y multiplicándose sobre manera el número de los discípulos en Jerusalén, y sujetábanse también á

---

(1) Que se vendía por persona de mucha importancia.
(2) Act., V, 17-42.
(3) Ibidem, VI, 1-6.

Digitized by Google

la fe muchos de los sacerdotes. Son las palabras de San Lucas. Aquellos dignos descendientes de Aarón seguían el ejemplo que les había dado otro de su clase, San Juan Bautista, el Precursor de Cristo.

"Mas Esteban, lleno de gracia y de fortaleza, obraba grandes prodigios y milagros entre el pueblo.„ Pero se levantaron contra él algunos judíos de las provincias. Había entonces muchas sinagogas en Jerusalén. Hácenlas subir los rabinos á cuatrocientas ochenta (1). Cada provincia tenía allí la suya. Los que disputaban con Esteban eran de la sinagoga de los *Libertinos,* es decir, en latín emancipados (2), y créese que se les llamaba así por haber sido llevados á Italia esclavos de los romanos y haber sido después puestos en libertad. También la había de los cireneos, descendientes de los judíos, que los primeros Tolomeos habían trasladado á aquella región de Africa. Y las había asimismo de Alejandría, de Cilicia y de Asia. Pero aquellos contradictores no podían contrarrestar á la sabiduría y el Espíritu que hablaba en Esteban. "Entonces sobornaron á algunos que dijeron haberle oído proferir blasfemias contra Moisés y contra Dios. Con eso arrebataron á la plebe y á los ancianos y á los escribas; y echándose sobre él le arrebataron, y le llevaron al Concilio, y produjeron testigos falsos que afirmasen: Este hombre no cesa de proferir palabras contra este lugar santo y contra la ley, pues nosotros le hemos oído decir: Que aquel Jesús Nazareno ha de destruir este lugar y mudar las tradiciones que nos dejó ordenadas Moisés. Entonces fijando en él sus ojos todos los del Concilio, vieron su rostro como el rostro de un ángel„ (3).

"Entonces el príncipe de los sacerdotes dijo: ¿Es esto así? Respondió él: Varones hermanos y padres, escuchad: El Dios de la gloria apareció á nuestro padre Abrahán, cuando estaba en la Mesopotamia, antes que morase en Carán. Y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven á la tierra que te mostraré. Entonces salió de la tierra de los caldeos, y moró en Carán. Y después que murió su padre, le traspasó á esta tierra, en donde vosotros moráis.„ Sigue Esteban explanando así todas las misericordias de Dios para con sus padres, y deteniéndose luego particularmente en Moisés, respecto á quien le acusaban de blasfemia, continuó: "A este Moisés á quien desecharon diciendo: ¿quién te hizo príncipe y juez? A este mismo envió Dios para ser el caudillo y libertador de ellos, por mano del ángel que le apareció en la zarza. Este mismo los sacó, haciendo milagros y prodigios en tierra de Egipto, y en el mar Rojo y en el Desierto por cuarenta años. Este es el Moisés que dijo á los hijos de Israel: Profeta os suscitará Dios de entre vuestros hermanos como á mí; á él

---

(1) Según los rabinos había en Jerusalén 480 sinagogas; es una cifra al parecer exagerada. La sinagoga de los libertos probablemente había sido construída por los prisioneros de guerra que fueron de Pompeyo, que, después de manumitidos, se fijaron la mayor parte en Roma y otros en Jerusalén.—(*Nota del Censor de la presente edición.*)

(2) La verdadera denominación que éstos recibían entre los romanos era la de *libertos* (liberti). A los hijos de los *libertos* era á quien propiamente se aplicaba el vocablo *libertinos* (libertini).—(*N. del T.*)

(3) Act., VI, 7-15.

Digitized by Google

debéis obedecer. Moisés es quien mientras el pueblo estaba congregado en el Desierto, estuvo tratando con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí; es aquel que estuvo con nuestros padres, el que recibió palabras de vida para comunicároslas. A quien no quisieron obedecer nuestros padres; antes le desecharon, y con su corazón se volvieron á Egipto, diciendo á Aarón: Haznos dioses que nos guíen, ya que no sabemos qué le ha acontecido á este Moisés, que nos sacó de Egipto. E hicieron un becerro de oro en aquellos días, y ofrecieron sacrificio á este ídolo, y se alegraban en las obras de sus manos. Entonces Dios les volvió las espaldas y los abandonó á que sirviesen á la milicia del cielo, así como está escrito en el libro de los Profetas: ¿Por ventura me ofrecisteis víctimas y sacrificios cuarenta años en el Desierto, oh casa de Israel? Y recibisteis la tienda de Moloc y el astro de vuestro dios Renfám, figuras que hicisteis para adorarlas (1). Pues yo os transportaré más allá de Babilonia. El tabernáculo del testimonio estuvo con nuestros padres en el Desierto, así como lo ordenó Dios, diciendo á Moisés, que lo fabricase según el modelo que había visto. Y nuestros padres, habiéndolo recibido, lo llevaron bajo la dirección de Josué á la posesión de las naciones, que fué Dios expeliendo delante de ellos.„ Y duró el tabernáculo "hasta el tiempo de David. El cual halló gracia ante Dios; y pidió poder fabricar un tabernáculo al Dios de Jacob. Pero el Templo quien lo edificó fué Salomón. Pero el Altísimo no mora en hechuras de manos, como dice el profeta. El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me fabricaréis?—dice el Señor—O ¿cuál es lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas? Duros de cerviz, y de corazón y oído incircuncisos, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Ellos mataron á los que anunciaban la venida del Justo, del cual ahora habéis sido traidores y homicidas; vosotros que recibisteis la ley por ministerio de los ángeles„, ó sea entre las compañías de éstos, "y no la habéis guardado„.

"Al oir tales cosas, reventaban en su interior, y crujían los dientes contra él. Mas como él estaba lleno del Espíritu Santo, mirando al cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesús que estaba á la diestra de Dios. Y dijo: He aquí que veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre á la diestra de Dios Entonces, clamando ellos con gran gritería, se taparon los oídos, y todos á una arremetieron contra él. Y sacándole fuera de la ciudad, le apedrearon, y los testigos depositaron sus ropas á los pies de un mancebo que se llamaba Saulo. Y apedreaban á Esteban, que oraba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, clamó en voz alta, diciendo: Señor, no les imputes este pecado. Y cuando esto hubo dicho, durmió en el Señor, y Saulo era consenciente en su muerte. Mas algunos hombres timoratos cuidaron de dar sepultura á Esteban, en cuyas exequias hicieron gran duelo„ (2). Así murió el primer mártir, ó sea testigo, que dió la vida por Jesucristo.

(1) Amos, V, 25.
(2) Act., VII y VIII, 2.

Digitized by Google

4. "Por aquellos días se movió una gran persecución en la Iglesia que estaba en Jerusalén, y todos fueron esparcidos por las provincias de Judea y Samaria, salvo los Apóstoles.„ Y quien se señalaba con más furor en esta persecución, era Saulo, que había consentido en la muerte de Esteban, y que "asolaba la Iglesia, entrando por las casas, y sacando con violencia hombres y mujeres, los hacía poner en la cárcel.

„Y los que habían sido esparcidos iban de una parte á otra anunciando la palabra de Dios. Y Felipe *(el segundo de los diáconos)*, descendiendo á una ciudad de Samaria, les predicaba á Cristo. Y las gentes escuchaban atentamente lo que decía Felipe, oyéndole todos con el mismo fervor, y viendo los milagros que hacía. Porque muchos espíritus inmundos salían de los espiritados, dando grandes voces. Y muchos paralíticos y cojos fueron curados. Por lo cual hubo grande gozo en aquella ciudad.

„Había allí un hombre llamado Simón, que antes había sido mago en la ciudad, engañando las gentes de Samaria, diciendo que él era un gran personaje, y le daban oídos todos, desde el menor hasta el mayor, diciendo: Este es la virtud grande de Dios. Y le atendían, porque con sus artes mágicas los había entontecido mucho tiempo. Mas habiendo creído lo que Felipe les predicó del reino de Dios, se bautizaban en el nombre de Jesucristo hombres y mujeres. Entonces creyó también el mismo Simón: y habiendo sido bautizado, seguía y acompañaba á Felipe. Y viendo los grandes prodigios y milagros que se hacían, estaba atónito de admiración.

„Y cuando oyeron los Apóstoles, que estaban en Jerusalén, que los samaritanos habían recibido la palabra de Dios, les enviaron á Pedro y á Juan. Los cuales, en llegando, hicieron oración por ellos, á fin de que recibiesen el Espíritu Santo. Porque no había venido aún sobre ninguno de ellos, sino que habían sido solamente bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo.

„Y como vió Simón que por la imposición de las manos de los Apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, diciendo: Dadme á mí también esta potestad; que reciba el Espíritu Santo cualquiera á quien yo impusiere las manos. Y Pedro le dijo: Tu dinero sea contigo en perdición, porque has creído que el don de Dios se alcanzaba por dinero. No tienes tú parte ni suerte en este ministerio, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Por tanto, haz penitencia de esta perversidad tuya, y ruega de tal suerte á Dios, que te sea perdonado este pensamiento de tu corazón Porque veo que tú estás en hiel de amargura y en lazo de iniquidad. Y respondiendo Simón, dijo: Rogad vosotros por mí al Señor para que no venga sobre mí ninguna cosa de las que habéis dicho. Y ellos, después de haber dado testimonio y anunciado la palabra del Señor, regresaron á Jerusalén y predicaban por muchos lugares de los samaritanos.

„Y el Angel del Señor habló á Felipe, y dijo: Levántate y ve al me-

Digitized by Google

diodía por la vía que lleva de Jerusalén á Gaza, ésta es desierta. Partió luego Felipe, y se fué hacia allá. Y he aquí que un etíope, eunuco, valido de Candace, reina de Etiopía, el cual era superintendente de todos sus tesoros. había venido para adorar en Jerusalén: y se volvía sentado en su carro, é iba leyendo al profeta Isaías. Y el Espíritu dijo á Felipe: Acércate y llégate á ese carro. Y acercándose Felipe le oyó que leía en el profeta Isaías, y le dijo: ¿Te parece á ti que entiendes lo que vas leyendo? El respondió: ¿Y cómo puedo, si no hay alguno que me lo explique? Y rogó á Felipe que subiese, y se sentase con él. Y el lugar de la Escritura que leía era éste: Como oveja fué llevado al matadero, y como cordero que está sin balar en mano del que le trasquila, así él no abrió su boca. Después de sus humillaciones, ha sido libertado del poder de la muerte, á la cual fué condenado. ¿Su generación quién la contará, puesto que quitada será su vida de la tierra? Y respondiendo el eunuco á Felipe, dijo: Ruégote, ¿de quién dice esto el profeta, de sí ó de algún otro? Entonces Felipe, tomando la palabra, y comenzando por este texto de la Escritura, le evangelizó á Jesús. Y yendo por el camino, llegaron á un lugar donde había agua, y dijo el eunuco: Aquí hay agua, ¿qué impide que yo sea bautizado? Y dijo Felipe: Si crees de todo corazón, bien puedes. Y él respondió, y dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Y mandó parar el carro, y descendieron los dos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Y cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató á Felipe, y no le vió más el eunuco. Y se fué gozoso por su camino„, y llegado que hubo á Etiopía, predicó allí el Evangelio de Jesucristo (1). "Y Felipe se encontró en Azoto, y, pasando, predicaba el Evangelio á todas las ciudades, hasta que llegó á Cesarea„ (2).

Saulo, pues, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al príncipe de los sacerdotes. Y le pidió cartas para la sinagoga de Damasco, con el fin de llevar presos á Jerusalén á cuantos hallase de esta profesión, hombres y mujeres. Y yendo por el camino aconteció que de repente una lumbre del cielo que sobrepujaba al resplandor del sol, le rodeó á él y á los que con él estaban. Y habiendo caído todos ellos en tierra, oyó una voz que, en lengua hebrea, le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro empeño es para ti el dar coces contra el aguijón. El dijo: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesús, á quien tú persigues. Y él entonces, temblando y despavorido, dijo: Señor, ¿qué quieres que haga? Y el Señor: Levántate y ponte en pie; porque para esto te he aparecido, á fin de constituirte ministro y testigo de las cosas que has visto y de otras que te mostraré, apareciéndome á ti de nuevo. Y yo te libraré de este pueblo y de los gentiles, á quienes ahora te envío, á abrirles los ojos para que se conviertan de las tinieblas á la luz y del poder de Satanás á Dios, y con esto reciban la remisión de sus pecados, y tengan parte en la herencia de los santos mediante la fe en mí. Leván-

(1) Iren., lib. III, cap. XII; lib. IV, cap. XL.
(2) Act., VIII.

Digitized by Google

tate, pues, y entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que debes hacer (1).

Los que venían acompañando estaban asombrados oyendo, sí, sonido de voz, pero sin entender la voz del que hablaba con él; habían visto la luz pero no habían distinguido á nadie y estaban atónitos. Y Saulo se levantó de tierra, y abiertos los ojos no veía nada. Y ellos, llevándole por la mano, le metieron en Damasco. Y estuvo allí tres días sin ver, y no comió ni bebió.

Y en Damasco había un discípulo por nombre Ananías. Y le dijo el Señor: Ananías. Y él respondió: Heme aquí Señor. Y el Señor á él: Levántate, y ve á la calle llamada Recta; y busca en casa de Judas á uno de Tarso, llamado Saulo; porque he aquí que está orando. Y veía Saulo á un hombre llamado Ananías, que entraba, y que le imponía las manos para que recobrase la vista. Y respondió Ananías: Señor, he oído decir á muchos, de este hombre, cuántos males hizo á tus santos en Jerusalén. Y aun aquí está con poderes de los príncipes de los sacerdotes para prender á todos los que invocan tu nombre. Mas el Señor le dijo: Ve, porque este me es un vaso escogido para llevar mi nombre delante de las naciones y de los reyes y de los hijos de Israel. Porque yo le mostraré cuantas cosas le es necesario padecer por mi nombre. Y fué Ananías, y entró en la casa, y poniendo las manos sobre él, dijo: Saulo, hermano, el Señor, que te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Y al instante se cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista. Y Ananías le dijo: El Dios de nuestros padres te ha predestinado para que hicieres su voluntad y vieses al Justo, y oyeses la voz de su boca. Porque tú serás testigo suyo delante de todos los hombres de las cosas que has visto y has oído. Y ahora, ¿qué te detienes? Levántate, y bautízate, y lava tus pecados invocando su nombre. Y levantándose fué bautizado, y después que tomó alimento recobró las fuerzas. Y estuvo algunos días con los discípulos que habitaban en Damasco. Y desde luego empezó á predicar en las sinagogas á Jesús, afirmando que éste era el Hijo de Dios. Todos los que le oían estaban pasmados y decían: ¿Pues no es éste aquel mismo que perseguía en Jerusalén á los que invocaban este nombre, y que vino acá de

---

(1) Este es uno de los acontecimientos más notables de la primitiva Iglesia, ya porque *digitus Dei est hic,* ya por los resultados que tuvo en en la propagación del cristianismo, cuya divinidad demuestra, según se ha probado en un libro especial sobre este punto. Según las mejores cronologías, tuvo lugar en el año 34 ó 35 de nuestra Era.

Saulo llevaba cartas á lo que se cree de Caifás, que aún era Pontífice, para perseguir á los cristianos, é iba *spirans* minarum et coedis. Seguía el camino más directo de Jerusalén á Damasco por Naplusa, vadeando el Jordán al Sud del lago de Tiberiades; de aquí se iba á Gadara y luego por camino recto á Damasco. El viaje se hacía en una semana. Damasco distaba de Jerusalén al N. E. unas sesenta leguas. Según San Agustín el sitio de la aparición de Nuestro Señor está á 500 pasos de la ciudadela de Damasco, y los cristianos le visitan en procesión el 25 de Enero de cada año. El *vicus reetus* existe todavía en su totalidad, y en dirección de Oriente á Occidente atraviesa la ciudad de Damasco de un extremo á otro.—(*Nota del Censor de la presente edición.*)

Digitized by Google

propósito para conducirlos á los príncipes de los sacerdotes? Saulo, empero, cobraba cada día nuevo vigor y esfuerzo, y confundía á los judíos que habitaban en Damasco, demostrando que Jesús era el Cristo„ (1).

Después de algún tiempo fué Saulo á la vecina Arabia, de donde volvió otra vez á Damasco y habitó allí. Tres años después de su conversión, los judíos de aquella ciudad, en el colmo de su paroxismo, se conjuraron de mancomún para quitarle la vida. Por recelo de que se les escapara, obtuvieron del gobernador, puesto en dicha ciudad por Aretas, rey de los árabes, colocar centinelas que custodiasen las puertas. Como había guerra entre Aretas y Herodes, tetrarca de Galilea, fácil fué que hiciesen pasar á Saulo por espía. Mas Saulo tuvo noticia de sus asechanzas. En vista de lo cual los discípulos, tomándole una noche, le descolgaron por el muro, metido en un serón. Así se halló en salvo, y fué á Jerusalén. Fué allá, según él mismo lo dice, *para ver á Pedro,* y según la fuerza del vocablo griego en el original, para verle con la especial atención que se consagra á las cosas admirables y dignas de ser buscadas (2); contemplarle, estudiarle; dice San Juan Crisóstomo: verle como á mayor y más anciano que él; dice también el mismo Padre (3): verle, sin embargo, no para ser instruído; él, á quien Jesucristo instruyera por sí mismo con tan expresa revelación, sino á fin de dar norma á las futuras edades, y de que permaneciese establecido para siempre que, por muy docto, por muy santo que uno sea, y aunque llegase á ser otro San Pablo, preciso es ver á Pedro. Así se expresa Bossuet (4).

"Así que llegó á Jerusalén procuraba unirse con los discípulos, mas todos se temían de él, no creyendo que fuese discípulo: hasta tanto que Bernabé, tomándole consigo, les contó cómo el Señor se le había aparecido en el camino, y las palabras que le había dicho, y con cuánta firmeza había procedido en Damasco, predicando en el nombre de Jesús. Estuvo, pues, con Pedro quince días, y no vió á otro alguno de los Apóstoles, sino á Santiago, el primo hermano del Señor. Un día, estando orando en el Templo, fué arrebatado en éxtasis y vió á Jesús que le decía: Date priesa, y sal luego de Jerusalén, porque éstos no recibirán el testimonio que les dieres de mí. Señor, ellos saben, respondió Saulo, que yo era el que andaba por las sinagogas metiendo en la cárcel y maltratando á los que creían en ti: y mientras se derramaba la sangre de tu mártir Esteban, yo me hallaba presente consintiendo en su muerte, y guardaba las ropas de los que le mataban. Pero el Señor le dijo: Ve, porque yo te quiero enviar lejos de aquí hacia las naciones. En efecto; los helénicos, ó judíos griegos, con quienes disputaba, buscaban medio para matarle. Lo que sabido por los hermanos, le condujeron á Cesarea, y de allí le enviaron á Tarso. Pasó algún tiempo en Siria y en Cilicia. Las Iglesias de

(1) Act., IX, 1 22; comparado con XXII, 4 16, y XXVI, 9 18.
(2) Ἱστορῆσαι, Gal., I. 18.
(3) In epist. ad Gal., cap. I. núm. 11.
(4) *Discours sur l'unité de l'Eglise.*

Digitized by Google

Judea no le conocían de vista; solamente habían oído decir: Aquel que antes nos perseguía, ahora predica la fe, que en otro tiempo combatía„ (1).

Tarso, capital de la Cilicia, era la patria de Saulo. Esta ciudad, una de las más antiguas, era, en sentencia de Estrabón, contemporáneo de Augusto, la mejor escuela ó academia, sin exceptuar á Alejandría ni aun á Atenas: y allí había estudiado Saulo la Filosofía y las Bellas Letras, antes de ir á Jerusalén para profundizar la ley de sus padres á los pies de Gamaliel. El célebre Longino, uno de los mejores críticos en la antigüedad profana, cuenta á Pablo de Tarso entre los grandes oradores, y le pone en compañía de Demóstenes, Lisias, Esquines, Isócrates, Jenofonte y otros (2).

La Iglesia entonces gozaba de paz. A lo cual pudo contribuir una circunstancia. Pilato, conforme á la costumbre de los gobernadores, había enviado al emperador Tiberio una relación respecto á Jesucristo. En los siglos segundo y tercero existían todavía dichas actas. San Justino, en sus *Apologías,* acota con esas actas, dirigiéndose á los emperadores, al Senado, al pueblo romano, y también Tertuliano en su *Apologético.* Añade éste, que Tiberio, persuadido de la divinidad de Jesucristo (3), propuso al Senado admitirle en el número de los dioses; pero que el Senado lo rehusó. Moveríase dicha corporación á denegar la propuesta, ora por lisonjear á Tiberio, que no había admitido igual honor, ora por afectar un resto de su antigua libertad, ora, en fin, porque los fieles no habían aguardado su senatusconsulto para adorar á Jesucristo. Por más que Tiberio no insistió en que prevaleciese su propuesta, mantúvose, sin embargo, en su opinión de que Cristo merecía los honores divinos, y prohibió molestar á sus discípulos. Así iba la Providencia disponiendo las cosas de tal suerte que la guerra y la paz contribuían al adelantamiento de la Iglesia. Permitió que fuesen perseguidos los fieles de Jerusalén, á fin de que, dispersándose por las provincias, esparciesen en ellas el conocimiento del Evangelio, y detuvo poco tiempo después esa misma persecución para que hallando menos obstáculos se difundiese más rápidamente la predicación. Hace, efectivamente, notar San Lucas que entonces la Iglesia gozaba de paz por toda la Judea, y Galilea, y Samaria, é iba estableciéndose procediendo en el temor del Señor y llenas de los consuelos del Espíritu Santo (4).

Sucedió por entonces que visitando Pedro á todos los discípulos, vino á los santos que moraban en Lidda, *ciudad que fué llamada también*

---

(1) Act., IX, 23-30; Ibid., XXII, 17-22; Gal., I, 17 24.
(2) Longino, *Fragm.*
(3) "Annunciata sibi ex Syria Palestina quae illie veritatem istius divinitatis revelarant.„ Sic Tertulianus.—*(Nota del traductor.)*
El texto de Tertuliano dice: Tiberius ergo, cujus tempore nomen christianum in saeculum inhoivit annuntiatum sibi ex Syria Palestina quod illie veritatem ipsius divinitatis revolaverat, setulit ad Senatum cum praerogativa suffragii sui,... etc. Edic. Hurter, pág. 34, núm. 24, con las notas.—*(Nota del Censor de la presente edición.)*
(4) Act., IX, 31.

Digitized by Google

Dióspolis. Y halló allí á un hombre llamado Eneas, que hacía ocho años que estaba postrado en una cama por estar paralítico. Díjole Pedro: Eneas, el Señor Jesucristo te cura; levántate y hazte tú mismo la cama. Y al momento se levantó. Y todos los que habitaban en Lidda y en los campos de Sarón le vieron y se convirtieron al Señor.

Había también en Joppe entre los discípulos una mujer llamada Tabitha, que traducido *al griego* es lo mismo que Dorcas, voz que significa cabra salvaje. Esta era llena de buenas obras y de limosnas que hacía. Mas aconteció en aquellos días que, cayendo enferma, murió, y lavado su cadáver, lo pusieron en un aposento alto. Y como Lidda estaba cerca de Joppe, oyendo los discípulos que Pedro estaba allí, le enviaron dos hombres, rogándole que, sin detención, pasase á verlos. Y levantándose Pedro, se puso en camino con ellos. Llegado que fué, condujéronle al aposento alto, y se halló rodeado de todas las viudas, que llorando le mostraban las túnicas y los vestidos que Dorcas les hacía. Entonces Pedro, habiendo hecho salir á todos, poniéndose de rodillas, hizo oración, y vuelto al cadáver, dijo: Tabitha, levántate. Al instante abrió ella los ojos, y viendo á Pedro, se incorporó. El cual, dándole la mano, la puso en pie. Y llamando á los santos y á las viudas, se la entregó viva. Lo que fué notorio en toda la ciudad de Joppe; por cuyo motivo muchos creyeron en el Señor. Y así fué que Pedro permaneció muchos días en Joppe en casa de un curtidor llamado Simón (1).

Fué Pedro el primero en convertir á los judíos, va á ser también el primero en convertir á los gentiles; doquiera el primero.

Había en Cesarea un hombre llamado Cornelio, el cual era centurión en una cohorte de la legión llamada itálica, religioso y temeroso de Dios, con toda su familia, que hacía muchas limosnas al pueblo, y estaba orando á Dios incesantemente. Este, pues, á eso de la hora de nona, en una visión vió claramente á un ángel entrar en su aposento y decirle: Cornelio. Y él, mirándole, sobrecogido de temor, dijo: ¿Qué queréis de mí, Señor? Respondióle: Tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria delante de Dios. Ahora, pues, envía alguno á Joppe, y haz venir acá á un cierto Simón, que tiene por sobrenombre Pedro. Este posa en casa de otro Simón, curtidor, cuya casa está cerca del mar. El te dirá lo que te conviene hacer. Luego que se retiró el ángel que le hablaba, llamó á dos de sus domésticos y á un soldado de los que estaban á sus órdenes, temeroso de Dios. A los cuales, después de habérselo confiado todo, los envió á Joppe.

„El día siguiente, mientras estaban ellos haciendo su viaje, y acercándose á la ciudad, salió Pedro á lo alto de la casa, cerca de la hora sexta, á hacer oración. Sintiendo hambre, quiso tomar alimento; pero mientras se lo aderezaban, le sobrevino un éxtasis, y en él vió el cielo abierto, y vió bajar como un gran lienzo que, pendiente de sus cuatro puntas, se descolgaba del cielo á la tierra, en el cual había todo género de anima-

(1) Act., IX, 32-43.

Digitized by Google

les cuadrúpedos, y reptiles de la tierra y aves del cielo. Y oyó una voz que le decía: Pedro, levántate, mata y come. Dijo Pedro: No haré tal, Señor; pues jamás he comido cosa profana é inmunda. Replicóle la misma voz: Lo que Dios ha purificado no lo llames tú profano. Esto se repitió por tres veces, y luego el lienzo volvió á subirse al cielo. Mientras estaba Pedro discurriendo entre sí qué significaría la visión que acababa de tener, he aquí que los hombres que enviara Cornelio, preguntando por la casa de Simón, llegaron á la puerta. Y habiendo llamado, preguntaron si estaba allí hospedado Simón, por sobrenombre Pedro. Y mientras éste estaba ocupado en discurrir sobre la visión, le dijo el Espíritu: He ahí tres hombres que te buscan. Levántate, baja, y vete con ellos sin dudar, porque soy yo el que los he enviado. Habiendo, pues, Pedro bajado, é ido al encuentro de los mensajeros, les dijo: Vedme aquí, yo soy el que buscáis. ¿Cuál es el motivo de vuestro viaje? Ellos respondieron: El centurión Cornelio, varón justo y temeroso de Dios, estimado y tenido por tal de toda la nación de los judíos, recibió aviso de un santo ángel para que te enviase á llamar á su casa, y escuchase lo que tú le digas. Pedro entonces, haciéndolos entrar, los hospedó consigo. Al día siguiente partió con ellos, acompañándoles también algunos de los hermanos *(eran seis)* desde Joppe. Y al día siguiente entró en Cesarea.

„Cornelio, por su parte, convocados sus parientes y amigos más íntimos, les estaba esperando. Y estando Pedro para entrar, le salió Cornelio á recibir, y postrándose á sus pies, le adoró. Mas Pedro le levantó, diciendo: Alzate, que yo no soy más que un hombre como tú. Y conversando con él, entró en la casa, donde halló reunidas muchas personas. Y les dijo: Vosotros sabéis cómo es cosa abominable para un judío el trabar amistad ó familiarizarse con un extranjero, pero Dios me ha enseñado á no tener á ningún hombre por impuro ó manchado. Por lo cual, luego que he sido llamado he venido sin dificultad. Ahora pregunto: ¿Por qué motivo me habéis llamado? A lo que respondió Cornelio: Cuatro días hace yo estaba orando en mi casa á la hora de nona, cuando he aquí que se me puso delante un personaje vestido de blanco y me dijo: Cornelio, oída es tu oración, y tus limosnas han venido en memoria delante de Dios. Envía, pues, á Joppe, y haz venir á Simón, por sobrenombre Pedro, el cual está hospedado en casa de Simón, el curtidor, cerca del mar, el que luego que llegue te hablará. Al punto, pues, envié por ti, y tú me has hecho la gracia de venir. Y ahora nosotros todos estamos en tu presencia, para escuchar cuanto el Señor te haya mandado decirnos.

„Entonces Pedro, dando principio á su discurso, dijo: Verdaderamente reconozco que Dios no hace acepción de personas: sino que en cualquiera nación el que le teme y obra bien, merece su agrado. Lo cual ha hecho entender Dios á los hijos de Israel anunciándoles la paz por Jesucristo: (el cual es el Señor de todos). Vosotros sabéis lo que ha ocurrido en toda la Judea, principiando por Galilea, después que predicó Juan el bautismo. A Jesús de Nazaret, como Dios lo ungió del Espíritu Santo y de virtud, el cual anduvo haciendo bienes, y sanando todos los oprimidos del

Digitized by Google

diablo, porque Dios era con él. Y nosotros somos testigos de todas las cosas que hizo en el país de Judea y en Jerusalén, al cual, quitaron la vida colgándole en una cruz. Pero Dios le resucitó al tercer día, y dispuso que se dejase ver; no á todo el pueblo, sino á los testigos que Dios había ordenado antes, á nosotros que comimos y bebimos con él, después que resucitó de entre los muertos. Y nos mandó que predicásemos y testificásemos al pueblo, que él es, el que Dios ha puesto por Juez de vivos y de muertos. A éste dan testimonio los profetas que cualquiera que cree en él, recibe en virtud de su nombre la remisión de los pecados.

„Estando aún diciendo Pedro estas palabras, descendió el Espíritu Santo sobre todos los que oían la palabra. Y los fieles circuncidados que habían venido con Pedro quedaron pasmados, al ver que la gracia del Espíritu Santo se derramaba también sobre los gentiles. Pues los oían hablar varias lenguas y publicar las grandezas de Dios. Entonces dijo Pedro: ¿Quién puede negar el agua del bautismo á los que, así como nosotros, han recibido también el Espíritu Santo? Y mandó que fuesen bautizados en el nombre del Señor Jesucristo. Entonces le rogaron que se quedase con ellos algunos días„ (1).

Así, pues, el primer gentil que entró en la Iglesia es un militar, un centurión. Lleva el mismo nombre de familia que los Escipiones y la madre de los Gracos, de cuya posteridad veremos salir multitud de santos. Y es Pedro quien le abre las puertas de la Iglesia y del cielo. A sólo Pedro revela Dios primeramente el misterio de la reunión de los judíos y de los gentiles en una misma Iglesia; misterio más difícil de creer para el común de los fieles educados en las máximas del judaísmo, según vamos á verlo ahora, y podremos observar también después.

"Supieron los Apóstoles y los hermanos de Judea que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios. Vuelto, pues, Pedro á Jerusalén, le hacían por eso cargo los fieles circuncidados, diciendo: ¿Cómo has entrado en casa de hombres incircuncisos, y has comido con ellos? Pedro entonces empezó á exponerles toda la serie del suceso„; y concluyó en estos términos: "Habiendo, pues, yo empezado á hablar, descendió el Espíritu Santo sobre ellos, como descendió al principio sobre nosotros. Y me acordé entonces de las palabras del Señor: Juan á la verdad ha bautizado con agua; mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo. Pues si Dios les dió á ellos la misma gracia, y del mismo modo que á nosotros, que hemos creído en nuestro Señor Jesucristo: ¿quién era yo para oponerme á Dios? Oídas estas cosas, se aquietaron, y glorificaron á Dios, diciendo: Luego también á los gentiles les ha concedido Dios la penitencia para alcanzar la vida„ (2).

5. Abierta así para todos los pueblos la puerta de la salvación, dispersáronse los Apóstoles para hacerlos entrar por ella. Mas antes compusieron un resumen substancial de la doctrina cristiana, al cual se le llamó

(1) Act., X.
(2) Act., XI, 1-18.

Digitized by Google

símbolo, porque, á semejanza del símbolo militar, ó lo que diríamos hoy santo y seña, serviría para distinguir los verdaderos fieles de los apóstatas, desertores y herejes. Esta fué la razón de que lo enseñasen sólo de viva voz; y durante varios siglos no se permitió escribirlo. Y de ahí provino el que la fórmula, aunque idéntica en substancia, se hallase expresada en términos algo diferentes, según las diferentes iglesias.

San Matías, según la tradición de los griegos, predicó el Evangelio en la Cólquida; San Judas en la Mesopotamia; San Simón en la Libia; San Mateo en Etiopía. Mas antes de dejar á los fieles de Judea, escribió, á ruego de éstos, su Evangelio en hebreo moderno ó siro-caldaico para que tuviesen en él un recuerdo y compendio de su predicación. San Bartolomé marchó á la Armenia mayor. Santo Tomás fué á la región de los Parthos y hasta las Indias. Empleó sus apostólicas fatigas San Felipe en la alta Asia y murió en Hierápolis de Frigia. Fué San Andrés enviado hacia los escitas, pasó á Grecia y á Epiro. Santiago, hijo de Alfeo, quedó en Jerusalén, de Obispo allí. Predica San Juan en el Asia Menor. Dícese que llegó hasta los Parthos, y su primera Epístola figuraba en otro tiempo con el nombre de éstos, en el sentido de haberles sido dirigida á ellos. Autores modernos añaden que llevaba en compañía suya á la santísima Virgen María, Madre de Jesús. Pero se equivocan. San Epifanio dice formalmente que cuando San Juan partió para Asia, no le siguió la santísima Virgen. Lo que ha causado la equivocación de esos autores, es una frase mal entendida del Concilio de Efeso. En su carta sinodal dice el Concilio que Nestorio fué condenado en la ciudad de Efeso, *donde Juan el Teólogo y la santísima Virgen Madre de Dios* (súplase) tienen templos (1), pues falta el verbo. Había, efectivamente, en Efeso una iglesia que llevaba el nombre de San Juan, y otra que tenía el nombre de María. Y en esta última era donde se reunió el Concilio, como lo recuerda su presidente San Cirilo en la *Apología*. Así es como los más sabios críticos (2) completan naturalmente esa frase, en vez de suponer gratuitamente que la santísima Virgen murió en Efeso y que hasta tenía allí su sepulcro. Tradición antigua es, y muy extendida, sobre todo en Oriente, haber muerto la santísima Virgen en Jerusalén, y el sentir común de la Iglesia es que resucitó poco después de su muerte, y fué llevada en cuerpo y alma al cielo.

Ya en 634 San Sofronio, patriarca de Jerusalén, en un himno sobre los Santos Lugares, canta afectuosamente *el huerto de Getsemaní que recibió en otro tiempo el cuerpo de María y en donde estaba su sepulcro;* mas no dice que el cuerpo estuviese allí (3).

En cuanto á los viajes del cabeza de los Apóstoles, San Pedro, resulta que fundó al principio la Iglesia de Antioquía, cuyo primer Obispo fué; marchó después á Roma, donde predicó el Evangelio, y fué también el pri-

---

(1) *Epist. Synod. ad Cler.*, cap. I, pág. 574,
(2) Cyril, *Apol ad imp. Theod.*
(3) *Specilegium romanum,* del Cardenal Mai, t. IV. pág. 116; V, 95-100.

Digitized by Google

mer Obispo hasta su muerte. Así lo trae al año tercero de Calígula, el 40 de la Era vulgar, la *Crónica* de Eusebio, restaurada, atendiendo á la versión romana (1). Tan célebres han sido siempre en la Iglesia estos dos Obispados de San Pedro, que la Cátedra de San Pedro en Antioquía y la Cátedra de San Pedro en Roma, vinieron á constituir dos fiestas solemnes. Créese comunmente que este Apóstol fué siete años Obispo de Antioquía y veinticinco Obispo de Roma. Enséñanos San Jerónimo (2) que le dieron muerte treinta y siete años después de la crucifixión del Salvador, que los más doctos de los antiguos y de los modernos ponen al año 29 de la Era vulgar, habiendo nacido el Salvador cuatro ó cinco años antes de esa Era. De manera que el Episcopado de San Pedro en Antioquía habría comenzado unos cinco años después de la muerte de Jesucristo, y su Episcopado en Roma unos doce años después de la misma fecha. No queremos decir con esto que habitase continuamente en dichas ciudades; pues vemos por su primera Epístola, y por el testimonio de Eusebio (3), que antes de ir á Roma, predicó el Evangelio en el Ponto, la Galacia, la Bitinia, la Capadocia y el Asia Menor, dirigiéndose á los judíos y los gentiles, pero más particularmente á los primeros.

Respecto á San Pablo, sabemos mejor sus viajes por su fiel compañero San Lucas, que nos los describe en sus Hechos de los Apóstoles. Véase cómo vuelve á tratar de él para seguir ya sin interrupción lo que al mismo se refiere:

"Entretanto los que se habían esparcido por la persecución suscitada con motivo de Esteban, llegaron hasta Fenicia y Chipre y Antioquía, predicando el Evangelio únicamente á los judíos. Entre ellos había algunos nacidos en Chipre y en Cirene, los cuales, habiendo entrado en Antioquía, conversaban asimismo con los griegos, anunciándoles el Señor Jesús. Y la mano de Dios los ayudaba, por manera que gran número de personas creyó y se convirtió al Señor. Llegaron estas noticias á oídos de la Iglesia de Jerusalén: y enviaron á Bernabé á Antioquía. Llegado allá, y al ver la gracia de Dios, se llenó de júbilo y exhortaba á todos á permanecer en el Señor con un corazón firme y constante. Porque era un varón bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe. Y así fueron muchos los que se agregaron al Señor. De aquí partió Bernabé á Tarso en busca de Saulo, y habiéndole hallado le llevó consigo á Antioquía. En cuya Iglesia estuvieron empleados todo un año é instruyeron tanta multitud de gente, que aquí en Antioquía fué donde los discípulos empezaron á llamarse cristianos.

"Por estos días vinieron de Jerusalén ciertos profetas á Antioquía: y uno de ellos, llamado Agabo, inspirado de Dios, anunciaba que había de haber una grande hambre por toda la tierra, como en efecto la hubo en tiempo de Claudio. Por cuya causa los discípulos determinaron contri-

---

(1) Euseb., *Chron. mediolan.*, 1818, pág. 372
(2) Hier., *De Scriptura in Paúl.*
(3) Euseb., *Hist.*, lib. III, cap. I.

Digitized by Google

buir, cada uno según sus facultades, con alguna limosna para socorrer á los hermanos habitantes en Judea. Lo que hicieron, en efecto, remitiéndolo á los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo.„ Fué también socorrido el pueblo del país por Izates, rey de Adiabena, y por su madre Elena, que había venido á Jerusalén; de quienes refiere Josefo que habían abrazado ambos el judaísmo (1), y Orosio que se habían hecho cristianos (2); lo cual no carece de verosimilitud. Porque en las historias que de Jesucristo han forjado los rabinos, hablan de una reina Elena que se había mostrado muy favorable á su causa (3).

Durante la estancia de Saulo y Bernabé en Jerusalén, sucedió el martirio de Santiago el Mayor, y la prisión de San Pedro.

Acababa de experimentar la Judea una nueva revolución política. Acusado Pilato ante Vitelio, nuevo gobernador de Siria, se había visto obligado á partir para justificarse ante el emperador en Roma; desde donde le enviaron desterrado á Viena, en las Galias. Nombró Vitelio á Marcelo para procurador de la Judea en lugar de Pilato, y depuso también á Caifás del puesto de sumo sacrificador, y le sustituyó con Jonatás, hijo de Anano ó Anás. A Vitelio sucedió Petronio en el reinado de Calígula. Pero entonces preparábase para la Judea un inesperado cambio en el gobierno. A Herodes Agrippa, nieto de Herodes el viejo (4), por Aristóbulo, no le había tocado nada en la partición. Marchóse á Roma á probar fortuna, y después de no pocas vicisitudes, nombróle Tiberio ayo de sus nietos, y luego lo puso en prisiones. Pero habiendo muerto Tiberio, y cuando llegó á ser emperador Calígula, devolvió la libertad á Herodes, le dió una cadena de oro del peso de la que en su prisión había llevado, y le hizo rey de Judea. Así, pues, Agrippa, que había marchado en estrechez de Palestina, volvía hecho rey. Excitó tamaña fortuna celos en el rey ó tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, y sobre todo en su mujer Herodiades. Marchó, pues, también él á Roma á procurar una mayor extensión de sus Estados; pero les enviaron desterrados á León de Francia, á él y á su mujer, dando por añadidura su reino al venturoso Agrippa. El cual, con el favor de César, procuraba conciliarse también el de los judíos.

Con tal designio se puso á perseguir á algunos de la Iglesia é hizo degollar á Santiago, hermano de Juan. Refiere Eusebio, siguiendo á Clemente de Alejandría, que al denunciador del santo Apóstol le hizo tal impresión el valor y constancia de éste, que se declaró él á su vez cristiano, y fué también sentenciado á ser degollado al mismo tiempo. Y cuando le llevaban al suplicio, en compañía de Santiago, le pidió perdón de haberle entregado así á sus verdugos. A lo cual, el Apóstol, deteniéndose un momento, le abrazó y le dijo: "La paz sea contigo„ (5).

---

(1) *Antiq.*, lib. XX, cap. II.
(2) Oros., lib VII, cap. VI.
(3) Bullet, *Hist. du christian.*
(4) O sea el Grande, como suele llamársele.— *(Nota de la vers. esp.)*
(5) Act., XII, 1 y 2; Euseb., *Hist.*, libro II, cap. VIII.

Digitized by Google

"Viendo Herodes que esto complacía á los judíos determinó también prender á Pedro. Eran entonces los días de los ázimos. Habiendo, pues, logrado prenderle, le metió en la cárcel, entregándole á la custodia de cuatro piquetes de soldados, de á cuatro hombres cada piquete, queriendo sacarle al pueblo después de la Pascua. Y mientras que Pedro estaba así custodiado en la cárcel, la Iglesia hacía sin cesar oración á Dios por él. Mas cuando iba ya Herodes á presentarle al público, aquella misma noche estaba durmiendo Pedro en medio de dos soldados, atado con dos cadenas, y los guardias ante la puerta de la cárcel haciendo centinela. Cuando de repente apareció un ángel del Señor, cuya luz llenó de resplandor toda la pieza, y tocando á Pedro en el lado, le despertó, diciendo: Levántate presto. Y se le cayeron las cadenas de las manos. Díjole el ángel: Ponte el ceñidor y cálzate tus sandalias. Hízolo así. Y le dijo: Toma tu capa y sígueme. Salió, pues, y le iba siguiendo, si bien no creía ser realidad lo que hacía el ángel, antes se imaginaba ver una visión. Pasada la primera y segunda guardia, llegaron á la puerta de hierro que va á la ciudad, la cual se les abrió por sí misma. Y habiendo salido, caminaron hasta lo último de la calle, y luego se apartó de él el ángel. Entonces Pedro, vuelto en sí, dijo: Ahora sí que conozco que el Señor verdaderamente ha enviado á su Ángel, y me ha librado de las manos de Herodes y de toda la expectación del pueblo de los judíos. Y considerando esto, se encaminó á casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, en donde estaban muchos congregados y orando. Habiendo, pues, llamado al postigo de la puerta, una doncella, llamada Rhode, salió á observar quién era. Y conocida la voz de Pedro, fué tanto su gozo, que, en lugar de abrir, corrió adentro con la nueva de que Pedro estaba á la puerta. Dijéronle: Tú estás loca. Mas ella afirmaba que era cierto lo que decía. Ellos dijeron: Sin duda será su ángel. Pedro, entretanto, proseguía llamando á la puerta. Abrieron, por último; le vieron y quedaron asombrados. Mas Pedro, haciéndoles señal con la mano para que callasen, les contó cómo el Señor le había sacado de la cárcel, y añadió: Haced saber esto á Santiago y á los hermanos, y partiendo de allí se fué á otro lugar„ (1).

San Lucas, cuyo único objeto en adelante es el seguir con los viajes de San Pablo, no nos dice adónde fué San Pedro, libertado ya de la prisión. Todo lleva á pensar que volvió al Occidente y á Roma, donde le veremos al escribir su primera Epístola. Mientras estaba preso hacía la Iglesia incesante oración por él. No se ha interrumpido esta devoción á San Pedro. Desde los primeros siglos vemos que su prisión y sus cadenas son objeto de una fiesta universal bajo el nombre *San Pedro ad vincula,* y los Papas, cuando quieren hacer un obsequio notable á los reyes cristianos, les envían limaduras de esas cadenas, encerradas en llaves de oro.

Luego que vino el día era grande la confusión entre los soldados sobre

(1) Act., XII, 3-17.

Digitized by Google

qué se habría hecho de Pedro. Herodes, haciendo pesquisas de él y no hallándole, hecha inquisición de los guardias, mandólos llevar al suplicio, y después se marchó de Judea á Cesarea, donde se quedó.

Alcanzóle á su vez el castigo. Disponíase á hacer la guerra á los de Tiro y Sidón; pero ellos, de común acuerdo, fueron á presentarse á él, y habiéndose captado el favor de Blasto, camarero mayor del rey, pidieron la paz, porque su país se abastecía del territorio de aquel monarca. Celebraba Herodes juegos por la salud del emperador Claudio, y habiéndoles señalado día para la audiencia, compareció en el teatro el segundo día de los espectáculos, de traje real, con vestidura de plata, cuyo brillo realzaban los rayos del sol, y sentado sobre su trono, les arengó públicamente. Y el pueblo prorrumpía en aclamaciones, diciendo: Voz es de un dios y no de un hombre. Y al punto le hirió un ángel del Señor por no haber dado gloria á Dios, y murió roído de gusanos. Fué esto á los cuarenta y cuatro años de su edad (1) y á los siete de su reinado, desde que fué puesto en libertad por Calígula, bajo el cual reinó cuatro años, y tres bajo Claudio. Dejó cuatro hijos, uno que se llamaba Agrippa, como él, de diecisiete años, y tres hijas: Berenice, casada con su tío Herodes, rey de Calcis, la cual tenía dieciséis años, y Mariana y Drusila, doncellas. Habiendo parecido el hijo demasiado joven para sucederle, volvió la Judea á poder de los romanos, y fué nombrado gobernador Cuspio Fado (2).

6. "Entretanto la palabra del Señor hacía grandes progresos, y se multiplicaba más y más cada día. Y Bernabé y Saulo se volvieron de Jerusalén, después de haber cumplido su ministerio, y llevaron consigo á Juan, por sobrenombre Marcos„ (3).

"Había en la Iglesia de Antioquía varios profetas y doctores, de cuyo número eran Bernabé y Simón, llamado el Negro, y Lucio de Cirene y Manahén, hermano de leche del tetrarca Herodes, y Saulo. Mientras estaban ejerciendo las funciones de su ministerio, y ayunando, díjoles el Espíritu Santo: Separadme á Saulo y Bernabé para la obra á que los tengo destinados. Y después de haberse dispuesto con ayunos y oraciones, los impusieron las manos y los despidieron.

„Ellos, pues, enviados así por el Espíritu Santo, fueron á Seleucia, desde donde navegaron á Chipre. Y llegados á Salamina *(capital de la isla),* predicaban la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos, teniendo consigo á Juan, que les ayudaba.„ Por este tiempo fué cuando Saulo se halló—bien fuese en cuerpo, bien en espíritu solamente—arrebatado hasta el tercer cielo y oyó palabras recónditas que no le es dado al hombre decir (4).

---

(1) ***Cincuenta y cuatro*** dice Josefo. Aunque leve la equivocación, todavía nos ha parecido conveniente rectificar ese dato.—*(Nota del Traductor.)*

(2) Act , XII, 18-23; Josefo, *Ant.*, libro XIX, cap. VII.

(3) Act., XII. 24-25.

(4) Act., XIII, 5 11; Corint., XII.

Digitized by Google

Hallándose en Roma San Pedro, escribió su primera Epístola á las Iglesias que había fundado en Asia. Sin detenerse particularmente en algún punto de dogma ó de disciplina, habla en general á todos los cristianos de la excelencia de su vocación y los deberes que de ésta se derivan. Esa Epístola—ha dicho uno de los protestantes más juiciosos (1)—tiene la vehemencia y majestad convenientes al genio del Príncipe de los Apóstoles.

"Pedro, Apóstol de Jesucristo, á los extranjeros que están dispersos por el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según la presciencia de Dios Padre, en santificación del Espíritu, para obedecer á Jesucristo y ser rociados con su sangre: Gracia y paz os sea multiplicada.

„Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia, nos ha reengendrado para la esperanza de vida, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse ni marchitarse, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados en la virtud de Dios por la fe, para la salud que ha de manifestarse en los últimos tiempos. En lo que os gozaréis, aunque al presente conviene que seáis afligidos un poco de tiempo con varias tentaciones: para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro (el cual es acrisolado con fuego) se halle digna de loor y de gloria y de honra en la venida manifiesta de Jesucristo, á quien amáis, aunque no le habéis visto: en quien ahora igualmente creéis, aunque no le veis: y creyendo en él os gozaréis con gozo inefable y lleno de gloria: alcanzando el fin de vuestra fe, la salud de vuestras almas. De la cual salud los profetas, que vaticinaron de la gracia que había de venir sobre vosotros inquirieron é indagaron, escudriñando cuándo y en qué punto de tiempo se lo daba á entender el Espíritu de Cristo que estaba en ellos: anunciando los tormentos que padeció Cristo y las glorias que los seguirían: á los cuales fué revelado, que no para sí mismos, sino para vosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por aquellos que os han predicado el Evangelio, habiendo sido enviado del cielo el Espíritu Santo, en cuyas cosas desean mirar los ángeles. Por lo tanto, ceñidos los lomos de vuestra mente, viviendo con templanza, esperad enteramente en aquella gracia que os es ofrecida, para la manifestación de Jesucristo: así como hijos obedientes, no conformándoos con los deseos que antes teníais en vuestra ignorancia: sino que, conforme á la santidad del que os llamó, sed también vosotros santos en todo vuestro proceder, pues escrito está: Santos habéis de ser, porque yo soy santo. Y pues que invocáis como Padre á aquel que, sin acepción de personas, juzga según el mérito de cada cual, habéis de proceder con temor durante el tiempo de vuestra peregrinación. Sabiendo que habéis sido rescatados de vuestra vana conversación que recibisteis de vuestros padres, no con oro ni con plata, que son cosas perecederas, sino por la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero inmaculado y sin mancha; predestinado, sí, ya antes

(1) Grocio.

Digitized by Google

de la creación del mundo, pero manifestado en los últimos tiempos por amor de vosotros, que por medio del mismo creéis en Dios, el cual le resucitó de la muerte y le glorificó, para que vuestra fe y vuestra esperanza fuese en Dios.

„Purificando vuestras almas en la obediencia de la verdad, por espíritu, para un amor de hermandad, sin fingimiento, con puro corazón, amaos unos á otros intensamente, puesto que habéis renacido, no de semilla corruptible, sinó incorruptible por la palabra de Dios vivo, la cual permanece eternamente. Porque toda carne es como la hierba: y toda su gloria como la flor de la hierba; se secó la hierba y cayó la flor. Pero la palabra del Señor permanece para siempre; y esta es la palabra que os ha sido evangelizada.

„Dejando, pues, toda malicia, y todo engaño, y fingimiento, y envidias, y toda suerte de detracciones, como niños recién nacidos, codiciad la leche racional, y sin dolo; para que con ella crezcáis en salud: si es caso que habéis gustado cuán dulce es el Señor.

Al cual allegándoos, que es la piedra viva, desechada, sí, por los hombres, mas escogida de Dios y honrada, también vosotros mismos, como piedras vivas, sed edificados casa espiritual, sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, que sean aceptos á Dios por Jesucristo. Por lo cual se halla en la Escritura. He aquí que yo pongo en Sión la principal piedra, escogida, preciosa: y el que creyere en ella no será confundido. Ella es, pues, honor á vosotros que creéis; mas á los incrédulos, la piedra que desecharon los edificadores, ésa vino á ser la clave del ángulo; y piedra de tropiezo, y piedra de escándalo para los que tropiezan en la palabra, y no creen en quien fueron puestos. Mas vosotros sois el linaje escogido, el sacerdocio real, gente santa, pueblo de adquisición: para que publiquéis las grandezas de aquel que de las tinieblas os llamó á su maravillosa luz. Vosotros, que antes no érais pueblo, y ahora sois el pueblo de Dios; que no habiais alcanzado misericordia, y ahora habéis alcanzado misericordia.

„Ruégoos, muy amados míos, que como extranjeros y peregrinos, os abstengáis de los deseos carnales que combaten contra el alma, llevando una vida ajustada, entre los gentiles, á fin de que por lo mismo que os censuran como malhechores; considerándoos por vuestras obras, glorifiquen á Dios en el día de la visitación. Someteos, pues, á toda humana criatura, y esto por Dios: ya sea al rey, como soberano que es: ya á los gobernadores, como puestos por él para castigo de los malhechores y alabanza de los buenos: porque tal es la voluntad de Dios, que obrando bien hagáis enmudecer la ignorancia de los hombres imprudentes: como libres, y no teniendo la libertad como velo para cubrir la malicia, mas como siervos de Dios. Honrad á todos, amad á los hermanos: temed á Dios: respetad al rey.

„Siervos, sed obedientes á los señores con todo temor, no tan solamente á los buenos y moderados, sido también á los de recia condición. Pues el mérito está en sufrir uno por respeto á Dios, que le ve, penas pa-

Digitized by Google

decidas injustamente. Porque ¿qué alabanza, si por vuestras faltas sois abofeteados, y lo sufrís? Pero, si obrando bien, sufrís con paciencia, en eso está el mérito para con Dios. Pues para esto fuisteis llamados: puesto que Cristo padeció también por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas. Que no hizo pecado ni fué hallado engaño en su boca; el que cuando le maldecían, no maldecía: padeciendo no amenazaba: mas se entregaba á aquel que le juzgaba injustamente; el que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero: para que muertos á los pecados vivamos á la justicia; por cuyas llagas fuisteis vosotros sanados. Porque erais como ovejas descarriadas; mas ahora os habéis convertido al Pastor y Obispo de vuestras almas.

„Asimismo las mujeres sean obedientes á sus maridos, para que, si algunos no creen á la palabra, por el trato de sus mujeres sean ganados sin la palabra, considerando vuestra santa vida, que es en temor. El adorno de las cuales no ha de ser exterior con los rizos del cabello, ni con dijes de oro, ni gala de vestidos; sino la persona interior del corazón en incorruptibilidad de un espíritu pacífico y modesto, que es rico delante de Dios. Porque así también antiguamente se ataviaban las santas mujeres que esperaban en Dios, viviendo sujetas á sus maridos. Como Sara obedecía á Abrahán, llamándole señor, de la cual sois hijas vosotras, si vivís bien, y sin amedrentaros ningún temor.

„Y vosotros, maridos, igualmente habéis de habitar con vuestras mujeres, tratándolas con honor y discreción como á sexo más flaco, y como á coheredoras de la gracia de la vida: á fin de que nada estorbe nuestras oraciones. Y, finalmente, sed todos de un mismo corazón, compasivos, amadores de la hermandad, misericordiosos, modestos, humildes. No volviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino, por el contrario, bendiciendo; pues para esto fuisteis llamados, para que poseáis bendición por herencia. Así, pues, el que de veras ama la vida, y quiere vivir días dichosos, refrene su lengua del mal, y sus labios no hablen engaño. Apártese del mal y haga bien; busque la paz, y vaya en pos de ella. Porque los ojos del Señor sobre los justos, y sus oídos á los ruegos de ellos; al paso que mira con ceño á los que obran mal. ¿Y quién hay que pueda dañaros, si no pensáis más que en obrar bien? Y también, si alguna cosa padecéis por la justicia, sois bienaventurados. Por tanto, no temáis por el temor de ellos, ni os conturbéis. Mas santificad en vuestros corazones al Señor Cristo, prontos siempre para responder á todo el que os demandare razón de aquella esperanza que hay en vosotros. Mas con modestia y con temor, teniendo una buena conciencia, para que en lo que dicen mal de vosotros sean confundidos los que desacreditan vuestro buen proceder en Cristo. Pues mejor es padecer (si Dios lo quiere así) haciendo bien, que obrando mal. Porque también Cristo murió una vez por nuestros pecados, el Justo por los injustos, para ofrecernos á Dios, siendo, á la verdad, muerto en la carne, mas vivificado por el espíritu. En el que también fué á predicar á aquellos espíritus que estaban en cárcel; los que en otro tiempo habían sido incrédulos, cuando en los días de Noé les estaba esperando

Digitized by Google

aquella larga paciencia de Dios, mientras se fabricaba el arca; en la cual pocas personas, es, á saber, ocho se salvaron en medio del agua. Lo que era figura del bautismo de ahora, el cual os hace salvos: no con quitar las manchas de la carne, sino justificando la conciencia para con Dios por la resurrección de Jesucristo. El cual está á la diestra de Dios, después de haber devorado la muerte, para que fuésemos herederos de la vida eterna: habiendo subido al cielo, y estándole sumisos los Angeles, y las Potestades, y las Virtudes.

„Habiendo, pues, Cristo padecido por nosotros en su carne, armaos también vosotros de esta misma consideración: que quien ha padecido en la carne, cesó de pecados; de suerte que ya el tiempo que le queda en esta vida mortal lo viva, no conforme á las pasiones humanas, sino conforme á la voluntad de Dios. Pues basta para éstos que en el tiempo pasado hayan cumplido la voluntad de los gentiles, viviendo en lujurias, en concupiscencias, en embriagueces, en glotonerías, en excesos de beber y en idolatrías abominables. Al presente extrañan mucho que no concurráis vosotros á los mismos desórdenes de torpeza, y os llenan de vituperios. Mas ellos darán cuenta á aquel que tiene dispuesto el juzgar á vivos y á muertos. Que aún por eso ha sido predicado también el Evangelio á los muertos, para que en verdad sean juzgados según hombres en carne, mas vivan según Dios en espíritu. Mas el fin de todas las cosas se ha acercado.

„Por tanto, sed prudentes y velad en oraciones. Y ante todas las cosas teniendo entre vosotros mismos constante caridad: porque la caridad cubre la muchedumbre de pecados. Ejercitad la hospitalidad los unos con los otros sin murmuración. Cada uno, según la gracia que recibió, comuníquela á los otros, como fieles dispensadores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, sean como palabras de Dios: si alguno tiene ministerio, ejercítelo conforme á la virtud que Dios da: para que en todas las cosas sea Dios honrado por Jesucristo, cuya es la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

„Carísimos, cuando Dios os prueba con el fuego de las tribulaciones, no lo extrañéis como si os aconteciese una cosa muy extraordinaria. Mas gozaos de ser participantes de la pasión de Cristo, para que os gocéis también con júbilo en la aparición de su gloria. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, seréis bienaventurados; porque lo que es de la gloria y el Espíritu de Dios reposó sobre vosotros. Pero ninguno de vosotros padezca como homicida, ó ladrón, ó maldiciente ó codiciador de lo ajeno. Mas si padeciere como cristiano, no se avergüence: antes de loor á Dios en este nombre. Porque es tiempo que empiece el juicio por la casa de Dios. Y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el paradero de aquellos que no creen al Evangelio de Dios? Que si el justo apenas será salvo, ¿el impío y el pecador en donde comparecerán? Y así, aquellos mismos que sufren según la voluntad de Dios, encomienden sus almas á su fiel criador, haciendo bien.

„Ruego, pues, á los presbíteros que hay entre vosotros, yo, presbíte-

Digitized by Google

ro como ellos, y testigo de la pasión de Cristo, y participante de la gloria que se ha de manifestar en lo venidero; apacentad la grey de Dios, que está entre vosotros, teniendo cuidado de ella, no por fuerza, sino de voluntad, según Dios: ni por amor de vergonzosa ganancia, mas de grado: ni como que queréis tener señorío sobre el clero, sino verdaderamente dechados de la grey. Y cuando apareciere el Príncipe de los Pastores, recibiréis inmarcesible corona de gloria.

„Asimismo, mancebos, obedeced á los ancianos. Y todos inspiraos la humildad los unos á los otros, porque Dios resiste á los soberbios, y da gracia á los humildes. Pues humillaos bajo la poderosa mano del Señor Dios para que os ensalce en el tiempo de su visita; descargando en su seno vuestras solicitudes, porque él tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios y velad, porque el diablo, vuestro adversario, anda como león rugiente alrededor de vosotros, buscando á quién devorar. Resistidles firmes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos, esparcidos por el mundo, sufren la misma tribulación. Mas el Dios de toda gracia, el que nos llamó en Jesucristo á su eterna gloria, después que hayáis padecido un poco, él os perfeccionará, fortificará y consolidará. A él la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Amén. Por Silvano, que os es hermano fiel, á lo que entiendo, os he escrito brevemente: amonestándoos y protestándoos que la verdadera gracia de Dios es ésta, en que vosotros permanecéis constantes. Os saluda la Iglesia, que está en Babilonia, elegida con vosotros, y mi hijo Marcos. Saludaos mutuamente en ósculo santo. Gracia sea á todos vosotros los que estáis en Jesucristo. Amén„ (1).

7. Esta Babilonia, desde donde escribe Pedro, y desde donde la Iglesia saluda á los cristianos de Asia, es Roma idólatra. Así lo ha comprendido toda la antigüedad cristiana. San Juan, el amigo particular de San Pedro, la designa con ese mismo nombre, y le da caracteres que no permiten desconocerla; es la ciudad de *los siete montes, la grande ciudad que tiene señorío sobre todos los reyes de la tierra, embriagada de la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús.* Ese cambio de nombres nos indica el misterio, el nudo de toda la historia humana. Roma, Babilonia es el fondo, la misma ciudad, la cabeza de aquel imperio que pasa sucesivamente de los asirios á los persas, de los persas á los griegos, de los griegos á los romanos, y cuyos pies comienzan ahora á ser heridos por la piedra desprendida del monte. Hasta el mismo nombre de Babilonia, que quiere decir confusión, le cuadraba entonces mejor que el de Roma, que indica fuerza; porque su fuerza, concentrada entonces en manos del César, servía sólo á la confusión.

Aquella familia que pesaba sobre el mundo, se había encumbrado entre los horrores de las guerras civiles. Julio César y César Augusto habían abrevado sus raíces con la sangre de los ciudadanos proscritos. Augusto, adoptado por su tío César, se casó tres veces; repudió á la primera mujer el día mismo de las bodas, repudió á la segunda para casarse

(1) I Petr.

Digitized by Google

con la tercera. A ésta había hecho que la repudiase su marido, no obstante tener un hijo, llamado Tiberio, y hallarse ya en cinta, llevando ya otro, que se llamó Druso. De estas tres mujeres sólo de la segunda tuvo Augusto una hija, llamada Julia, que le deshonró por sus disoluciones. Tuvo sucesivamente tres maridos, Marcelo, Agripa y Tiberio, y se portó, en fin, tan mal, que su padre la confinó á una isla, donde Tiberio, su último marido, la hizo morir de hambre. Había tenido de Agripa tres hijos y dos hijas. Dos de sus hijos perecieron, se dice, por órdenes secretas de Livia, tercera mujer de Augusto, la cual quería asegurar el imperio á los hijos que había tenido de su primer marido. El último de los hijos de Julia y Agripa, después de haber sido adoptado por Augusto, cuyo nieto era, fué confinado en una prisión y recibió después la muerte por Livia y Tiberio. De sus dos hermanas, la una fué relegada á una isla á causa de sus desórdenes; la otra, llamada Agripina, casó con Germánico, sobrino é hijo adoptivo de Tiberio, y fué al fin desterrada por éste á la misma isla á que antes había ido Julia, donde murió asimismo de hambre. Tuvo, entre otros hijos, al emperador Calígula y á Agripina, la madre de Nerón. Augusto murió cuando llevaba ya cuarenta y cuatro años de reino, dicen que envenenado por Livia, su mujer, á quien se le hacía tarde ver en el trono á su hijo Tiberio. Tiberio, adoptado por Augusto, había sido obligado á repudiar su primera mujer, á quien amaba, y de la cual tenía un hijo, llamado Druso, para casarse con Julia, viuda de Agripa, é hija única de su padre adoptivo. Druso fué envenenado por su misma mujer, y dejó un hijo á quien dió muerte el emperador Calígula y una hija á quien dió muerte el emperador Claudio. Tiberio no dejó hijos de Julia, de la cual se divorció y á quien redujo á morir de hambre. Había adoptado, por orden de Augusto, á su sobrino fraterno, Germánico. Le hizo envenenar, hizo morir de hambre á su mujer Agripina, como también á dos de los hijos de éstos. Retirado en la isla de Caprea, á dos cosas nada más atendía: á inventar cada día nuevas crueldades, y á discurrir nuevos desórdenes. Desde su infancia había dicho de él uno de sus profesores que era cieno amasado con sangre. En su última enfermedad fué ahogado por su hijo adoptivo Calígula, que fué su sucesor, y le sobrepujó en crueldad y en lujuria. Tuvo Calígula sucesivamente tres mujeres, de las cuales, las dos últimas las arrebató á sus maridos. Bien pronto estableció en su palacio un lugar de prostitución, deshonró á las mujeres más distinguidas de Roma en presencia de sus maridos mismos ó de sus madres, y vivió incestuosamente con sus tres hermanas. Su crueldad igualaba á sus lascivias. Hizo morir á su abuela, á su suegro, á su hermano adoptivo y á los amigos que le habían procurado el imperio. Su gran diversión era ver correr sangre humana. Cuando no había criminales á quienes ejecutar, hacía coger los primeros sujetos que se encontrasen en la plaza ó en el anfiteatro. Su gran máxima era que todo le estaba permitido respecto á todos; su principal anhelo que el pueblo romano no hubiera tenido más que una sola cabeza, para tener el gozo de cortársela; su único pesar, que no ocurriesen grandes calamidades en su tiempo. Fué muerto á los veintinueve años, y

Digitized by Google

tuvo por sucesor á su tío Claudio, anciano imbécil y sanguinario, que invitaba por la noche á cenar ó á una partida de dados las personas á quienes por la mañana había hecho morir. Fué casado seis veces, repudió la primera mujer, perdió la segunda, divorcióse de la tercera y de la cuarta, mató á la quinta que era Mesalina, y la sexta fué su propia sobrina Agripina, la cual concluyó por envenenarle para que reinase su hijo Nerón. El nombre de éste ha venido á ser ya en sí mismo una infamia. Nerón hizo morir á su hermano, á su madre, á sus dos mujeres, á sus dos tías, á sus dos preceptores, ya que nada digamos de los demás. Puso fuego á Roma por los cuatro costados. En medio de estas crueldades hacía de cómico en el teatro, viajaba á Grecia para ganar lauros como flautista. Y en cuanto á la disolución, sobrepujó á sus mismos predecesores. Celebró públicamente bodas sodomíticas; desposóse públicamente con uno de sus cortesanos, tomándolo como mujer, y con otro tomándolo como marido. Tal fué en su interior la familia de los Césares.

¡Y tales hombres eran emperadores, es decir, soberanos del mundo! ¡Y tales hombres eran sumos pontífices! Hacían los dioses, reglamentaban el culto, mandaban como señores en la religión. ¡Y semejantes hombres eran dioses! Tenían templos ya en vida, adorábanse sus imágenes y se les ofrecían sacrificios. Calígula se edificó á sí mismo templos y altares, se ofreció él mismo sacrificios, se consagró á sí mismo por pontífice de su propio culto, con su mujer, su caballo y los cónsules (1).

¡Ah! Si á tales hombres, con semejante poderío hubiesen pesado sobre el mundo hasta que el contagio de su ejemplo y la acción continua de su tiranía, se les hubiesen asemejado todos los hombres, y se hubiesen asemejado á su familia todas las familias, ¿qué se habrían hecho entonces la piedad, la justicia, el pudor y la humanidad? ¿Qué habría sido de toda la tierra?

¿Pero no podría hallarse acaso el remedio en el Senado romano? Pocos rasgos bastarán para que pueda juzgarse de eso. Era el Senado quien votaba templos y honores divinos, en vida, á Tiberio, á Calígula, á Claudio y á Nerón. El mismo Tiberio hallaba tanta bajeza en aquella corporación, que exclamaba á menudo: "¡Oh hombres, hechos para la servidumbre!„ Cuando Nerón hubo dado muerte á su madre, el Senado hizo por ello acciones de gracias en todos los templos de Roma. Cuando Nerón quiso dar muerte á los más virtuosos senadores, pronunció el Senado la sentencia de muerte. De todo esto nos informa un senador, Tácito. Y hasta confiesa, con harta ingenuidad, haberse portado como los demás. *Nuestras manos*—dice—*arrastraron á Helvidio á la prisión* (2). Era el digno hijo de uno de los más dignos romanos.

¿Y podría acaso fundarse mejor una esperanza de salud en la Filosofía? Oigamos á un filósofo de aquellos tiempos: "¿Quién piensa en la Filosofía—dice Séneca,—sino cuando no hay espectáculos, ó cuando la lluvia

(1) *Vide*: Suetonio, Tácito, Dión, Plutarco.
(2) *Vita Agricolae*, núm. 45.

Digitized by Google

impide permanecer en ellos, y no sabe uno cómo matar el tiempo?„ Vemos, pues, que las más famosas escuelas filosóficas mueren por no haber quien suceda á los fundadores. La Academia, así antigua como moderna, se halla sin jefe. ¿Enseña alguien las máximas de Pirrón? La tan famosa escuela de Pitágoras no encuentra profesor. Para el oficio de histrión hay discípulos y maestros en abundancia; pero para la Filosofía, ninguno (1). Y aun además los pocos que á ella se dedicaban deshonraban con su conducta tal estudio. "Tales son—dice el mismo Séneca—la mayor parte de los filósofos que resultan, satirizándose con toda elocuencia á sí propios. Si los oís perorar contra la avaricia, la corrupción y la ambición, creeríais que están haciendo un proceso contra su conducta; que hasta tal punto rebotan contra su cabeza los dardos que lanzan al público. Sólo pueden considerarse como unos médicos cuyas recetas anuncian remedios, pero cuyos frascos contienen venenos„ (2).

Habría podido Séneca presentarse como ejemplo él mismo. Habla bellamente acerca del desprecio de las riquezas, acerca del amor de la pobreza, y esquilmaba las provincias con sus usuras, y acaparó en cuatro años de favor más de cincuenta y ocho millones de nuestra moneda. Exalta por doquiera la virtud del sabio, y fué desterrado por sus adulterios, y se le acusa de haberse entregado á la sodomía, y de haberla enseñado á su discípulo. "No adula el sabio„, dice él, y en su destierro dirigía á Claudio las más bajas adulaciones, le llamaba una magna é ilustre divinidad; y cuando murió Claudio, hizo de él la más sangrienta sátira. "Muere el sabio antes que faltar á lo justo„; y cuando Nerón hubo envenenado á su hermano, Séneca no rehusó los despojos de la víctima. Y cuando Nerón consultó sobre el asesinato de su madre á sus dos preceptores, Séneca preguntó al punto si la habían de degollar soldados ú otras personas. Y, una vez consumado el parricidio, escribió Séneca la apología que Nerón recitó en el Senado. Había dedicado á su discípulo dos libros sobre la clemencia; mas, conforme á los principios de la filosofía estoica que profesaba, considera allí como vicios la misericordia y el perdón de las injurias, y declara que la clemencia es el lote de las personas de ínfimo valer como las mujercillas (3). La clemencia, para él, no es sino la moderación en la venganza. Y aprovechó la lección el discípulo: no hubo en él perdón ni misericordia. En cuanto á la venganza, fué en ella alguna vez más moderado que su profesor. Permitióse un orador célebre hablar mal de Séneca, y fué condenado á la pérdida de bienes y á destierro. Séneca hubiera querido que con su hijo se hiciese otro tanto; pero opúsose Nerón, "porque encontró—dice Tácito—que se había extremado demasiado la venganza„ (4).

Hacíanle á Séneca la objeción de que no hacen los filósofos lo que

(1) Sene., *Nat quaest.*, lib. VII in fine.
(2) *Frag. Senec.* apud Lactant, lib. III, núm. 15.
(3) *De Clement*, lib. II, sub fine.
(4) *Annal.*, lib. XIII, núm. 43.

Digitized by Google

dicen, á lo cual responde Séneca que ya era mucho hacer el decir. Pero halla en los mismos dichos de ellos una impotencia radical; pues que se contradicen en puntos capitales. Necesitábase, según él, una Filosofía que no se limitase á preceptos de moral, ya de antemano sabidos por todos, sino que estableciese dogmas, decretos, artículos de doctrina, y que imprimiese la firme persuasión de ellos en los espíritus. "Hallándose—decía—corrompido el mundo, como lo estaba, no bastaban ya los preceptos, era preciso algo más eficaz, dogmas ciertos, principalmente acerca de Dios.„ Hasta intentó presentar un modelo de esto, pero queda muy inferior á Sócrates y á Platón. "La inmortalidad del alma, las penas y recompensas de una vida futura, en que habían constituído aquellos filósofos la medula de su moral, plácele á Séneca creerlas—dice,—pero no se atreve á hacer profesión de ello „ En fin, á Séneca, sobre todo, es aplicable lo que de todos los sabios del paganismo ha dicho San Pablo: que eran inexcusables, porque habiendo conocido á Dios no lo glorificaron como á Dios. El mismo Séneca escribió estas palabras: "No hay más que un solo monarca supremo, una sola divinidad. Adoramos, sin embargo, varios, no con la mira de agradar á los dioses, sino por deferencia á las costumbres y á las leyes de nuestro país.„ Así es como este gran filósofo, este grave senador, que miraba como indecoroso para él—dice San Agustín—ponerse la máscara en un teatro, no se avergonzaba de disfrazarse en los templos, no ya para divertir al pueblo, sino para engañarlo (1).

He aquí el estado de la Filosofía representada en uno de sus más famosos adeptos, Séneca, que había podido aprovecharse de todos los trabajos de sus predecesores; Séneca, cuya elocuencia admiraban todos los jóvenes romanos; Séneca, que con sus inmensas riquezas podía acometer las mayores empresas; Séneca, que como preceptor y principal ministro, disponía, como quien dice, del universo. ¡Y con todos estos medios la Filosofía se reconoce impotente para hacer el bien! ¡Y con todos estos medios su discípulo llega á ser Nerón!

8. Y sin embargo, lo que la Filosofía griega y romana declaraban no poder hacer con los auxilios juntos de la elocuencia, las riquezas y el poder: otra Filosofía, lo realizaba entonces allí mismo: y destituída de todos esos auxilios humanos, hacía no solamente para algunos discípulos escogidos, sino para la muchedumbre de las ciudades y de los campos, lo que Séneca declaraba imposible. Y aquella Filosofía era tal, que respondía á lo que Séneca había comprendido que debiera ser, uniendo el dogma y la moral acerca de Dios y acerca del hombre, é imprimiendo la fe, la esperanza y el amor en los corazones: y era la Filosofía de un Judío crucificado; y la predicaba en Roma Pedro, el pescador, según lo hemos visto por su Epístola, y lo vemos aún mejor por la Iglesia de Roma, Epístola siempre viva y que continuamente nos habla. Y esa Filosofía del Judío crucificado invadía ya entonces el imperio romano. Ade-

(1) *De Civ. Dei,* lib. V, cap. XVI.

Digitized by Google

más de Plinio y Tácito, contemporáneos de Séneca, nos lo atestigua también el mismo Séneca. "Ha hecho—exclama—tales progresos la superstición judaica, que está ya recibida en todas las regiones; dieron los vencidos la ley á los vencedores„ (1). Como en la opinión de los paganos se confundía aún á los cristianos con los judíos, todo induce á creer que el filósofo se refería á la propagación del cristianismo.

Llámalo superstición á causa de los sábados ó días de descanso; pare cíale que era esto perder la séptima parte de su vida. Pero quien se quejaba de que los romanos, ocupados toda su vida de los espectáculos obscenos ó sangrientos del circo, no tenían un dia para la Filosofía, hubiera fácilmente podido saber que los judíos y los cristianos observaban precisamente el día del sábado, ó del reposo, para darse más desembarazadamente á la Filosofía; pero á la Filosofía verdadera, á la Filosofía divina, á la única que ha librado al mundo así de la superstición de la idolatría como de la superstición de los filósofos mismos; pues Séneca nos enseña que *los filósofos eran una nación crédula* (2), que admitían de buen grado toda suerte de fábulas para apoyar sus discordes sistemas.

¡Admirable contraste! Por un mismo tiempo, Séneca, filósofo, elocuente y rico, educa á un nuevo emperador, y Pedro, pescador de Galilea, hombre sin letras, sin dinero, sin crédito, educa un nuevo género humano. El alumno de Séneca resultó lo que fué Nerón, el alumno de Pedro resultó lo que es el universo cristiano. Leed las obras de Séneca y encontraréis á cada paso frases de admirable sentido y expresión; pero si consideráis el conjunto hallaréis tan sólo una mezcla abigarrada, sin vigor y sin consistencia; las parcelas, digámoslo así, lo son todo y el conjunto no es nada. Pedro, el pescador, en una sola Epístola sentó los principios eternamente fecundos de la regeneración universal, enseñando á los hombres que son hijos de Dios por Jesucristo nuestro Señor, y que deben mostrarse dignos de esta divina adopción. Dos ó tres renglones bastan para asegurar los fundamentos de la humana sociedad. "Temed á Dios, respetad al rey, amad á los hermanos, honrad á todos.„ Por respeto á Dios estad sumisos á toda humana criatura que se halle constituída sobre vosotros, ya sea al rey, como soberano que es; ya á los gobernadores, como puestos por él para castigo de los malhechores y alabanza de los buenos. A causa de Dios, por la gloria de su santa ley, es por lo que debemos estar sometidos á toda especie de Constitución pública justa; á causa de Dios, pues, dice muy bien uno de los más ilustres sucesores de San Pedro, y no contra Dios, porque entonces tiene cabida aquella otra sentencia de Pedro: "Que se debe obedecer á Dios antes que á los hombres„ (3).

Al fin de esta Epístola dice el Apóstol: "Os saluda mi hijo Marcos.„ Refiérese al evangelista San Marcos, su discípulo é intérprete ó secreta-

---

(1) *Frag. Senec.* apud S. August. *De Civ. Dei.*
(2) *Quaest. nat.*, lib. VI, núm. 26.
(3) Ep. Nicolai I *ad episcop.*

Digitized by Google

rio. Escribió éste su Evangelio á ruego de los fieles de Roma que deseaban tener por escrito lo que San Pedro les había predicado de viva voz. Y así siguió más el orden de las predicaciones del Apóstol que el de los tiempos y el de los hechos. Pasa en silencio aquello que más honorífico es para su maestro, como aquellas palabras que le dijo Jesucristo: "Bienaventurado eres Simón, hijo de Juan.„ Y en cambio, cuenta por menudo sus tres negaciones. Se ve bien que no era el espíritu del hombre quien inspiraba al maestro y al discípulo. Habiendo sabido Pedro por revelación lo sucedido, se alegró mucho del afecto de los fieles, y autorizó aquel escrito para ser leído en las Iglesias (1).

Era Roma la capital del mundo y en particular del Occidente. Funda en ella Pedro la Iglesia romana, y pone en aquella ciudad su silla para apacentar desde allí los corderos y ovejas de Jesucristo; de suerte que no habrá en todo el universo más que un solo rebaño y un solo pastor. Antioquía era la capital del Oriente: y allí había llevado Pedro su silla. Alejandría era la capital de Egipto y del Mediodía: y allá envía Pedro á su discípulo Marcos para que funde una Iglesia en su nombre. Y estas tres Iglesias llevarán por superminencia el nombre de patriarcales y apostólicas. Tan constante es esto, que en el siglo V un emperador y un Concilio ecuménico, queriendo procurar la dignidad patriarcal al Obispo de la Nueva Roma (esto es, Constantinopla), la piden al sucesor de Pedro en estos términos: "Dignaos extender sobre la Iglesia de Constantinopla un rayo de vuestra apostólica primacía„ (2). Lo cual hace ver que en el pensamiento de la Iglesia el patriarcado es solamente una emanación parcial de la primacía de San Pedro, cuya plenitud reside en la Sede romana.

De Roma fué también desde donde envió San Pedro otros discípulos á las diversas regiones de Occidente. Hecho universalmente admitido por los antiguos es que en toda Italia, las Galias, las Españas, Africa, Sicilia é islas adyacentes, no se fundó Iglesia alguna, sino por los que el Apóstol San Pedro ó sus sucesores habían puesto de Obispos (3).

9. Saulo y Bernabé, entretanto, después de haber recorrido toda la isla de Chipre, llegaron á Pafos, residencia del procónsul romano, y en donde los paganos adoraban á la diosa de la voluptuosidad. Encontraron allí á cierto judío, mago y falso profeta, llamado Bar Jesús, *(conocido también por la denominación de Elimas),* el cual estaba con el procónsul Sergio Paulo, varón prudente. Este, habiendo hecho llamar á Bernabé y á Saulo, deseaba oir la palabra de Dios. Mas Elimas, el Mago (porque así se interpreta su nombre), se les oponía, procurando apartar al procónsul de la fe. Mas Saulo, que es también llamado Pablo, fijando en él sus ojos, dijo: "Oh, lleno de todo engaño y de toda astucia, hijo del diablo, enemigo de toda justicia, ¿no cesarás nunca de trastornar los caminos rectos del Señor? Mas he aquí ahora sobre ti la mano del Señor, y quedarás ciego

---

(1) Euseb., *Hist.*, lib. II, cap. XIV.
(2) Carta del Conc. de Calced. á San León, t. IV, *Concil.*, col. 817.
(3) Epist. *Inn.* I, ad *Decent.*

Digitized by Google

sin ver la luz del día hasta cierto tiempo. Y al momento cayó en él obscuridad y tinieblas, y andaba buscando á tientas quién le diese la mano. El procónsul entonces, cuando vió este hecho, abrazó la fe, maravillado de la doctrina del Señor.

„Pablo y sus compañeros, habiéndose hecho á la vela desde Pafo, aportaron á Perge de Pamfilia. Mas Juan, apartándose de ellos, se volvió á Jerusalén. Ellos, empero, pasando por Perge, fueron á Antioquía de Pisidia, y entrando el sábado en la Sinagoga, tomaron asiento. Y después de la lección de la ley y de los profetas, les enviaron á decir los príncipes de la Sinagoga: Hermanos, si tenéis alguna cosa de edificación que decir al pueblo, hablad. Y levantándose Pablo y haciendo con la mano señal de silencio, dijo: Varones israelitas y los que teméis al Señor *(así se llamaba á los gentiles que servían al verdadero Dios, sin abrazar el judaísmo),* oid: El Dios del pueblo de Israel escogió á nuestros padres, y ensalzó al pueblo, mientras habitaban como extranjeros en Egipto, de donde los sacó con el poder soberano de su brazo. Y soportó las costumbres de ellos en el Desierto por espacio de cuarenta años. Y destruyendo siete naciones en tierra de Canaán, distribuyó entre ellos por suerte aquella tierra, casi cuatrocientos cincuenta años después. Y en seguida les dió jueces hasta el profeta Samuel. Y después pidieron rey; y les dió Dios á Saúl, hijo de Cis, de la tribu de Benjamín, por espacio de cuarenta años. Y removido éste, les dió por rey á David, al cual abonó diciendo: He hallado á David, hijo de Jesé, hombre conforme á mi corazón, que hará todas mis voluntades. Del linaje de éste ha hecho nacer Dios, según su promesa, á Jesús, para ser el Salvador de Israel. Habiendo Juan predicado, antes de manifestarse su venida, bautismo de penitencia á todo el pueblo de Israel. Y cuando Juan cumplía su carrera, decía: No soy yo el que pensáis que yo soy; mas he aquí que viene en pos de mí aquel á quien yo no soy digno de desatar el calzado de sus pies. Varones hermanos, hijos del linaje de Abrahán, y los que entre vosotros temen á Dios, á vosotros es enviada la palabra de esta salud.

„Porque los que moraban en Jerusalén y los príncipes de ella, no conociendo á éste, ni á las voces de los profetas, que cada sábado se leen, las cumplieron sentenciándole: y no hallando en él ninguna causa de muerte, pidieron á Pilato que se le quitase la vida. Y después de haber ejecutado todas las cosas que de él estaban escritas, descolgándole de la cruz, le pusieron en el sepulcro. Mas Dios le resucitó, al tercero día, de entre los muertos: y le vieron muchos días aquellos que subieron juntamente con él de Galilea á Jerusalén: los cuales hasta el día de hoy están dando testimonio de él al pueblo. Y nosotros os anunciamos aquella promesa que fué hecha á nuestros padres: la cual ciertamente ha cumplido Dios á nuestros hijos, resucitando á Jesús, como también está escrito en el Salmo II: Tú eres mi Hijo, yo hoy te he engendrado. Y que lo haya resucitado de entre los muertos para nunca más volver á la corrupción, lo dijo de esta manera: Yo cumpliré fielmente las promesas juradas á David. Y por esto dice también en otro lugar: No permitirás que tu

Digitized by Google

santo experimente la corrupción. Porque David, en su tiempo, habiendo servido, según la voluntad de Dios, murió, y fué sepultado con sus padres, y padeció la corrupción. Pero aquel á quien Dios ha resucitado de entre los muertos, no vió corrupción. Ahora, pues, hermanos míos, tened entendido que por éste se os anuncia remisión de los pecados y de todas las manchas de que no habéis podido ser justificados en virtud de la ley mosaica: todo aquel que cree en él es justificado. Por lo tanto, mirad no recaiga sobre vosotros lo que se halla dicho en los profetas: Mirad, menospreciadores, y maravillaos, y quedad desolados; porque voy á ejecutar una obra en vuestros días, obra que no creeréis si alguno os la contare. Y al salir de la sinagoga de los judíos les rogaban las gentes que al otro sábado les hablasen sobre el mismo asunto. Y despedida la sinagoga, muchos de los judíos y prosélitos, temerosos de Dios, siguieron á Pablo y á Bernabé: y éstos, con sus razones, los exhortaban á perseverar en la gracia de Dios. Y el siguiente sábado concurrió casi toda la ciudad á oir la palabra de Dios. Y cuando los judíos vieron las turbas, se llenaron de celo y contradecían con blasfemias á lo que Pablo decía. Entonces Pablo y Bernabé les dijeron con firmeza: A vosotros convenía que se hablase primero la palabra de Dios; mas porque la desecháis y os juzgáis indignos de la vida eterna, desde este punto nos volvemos á los gentiles. Porque el Señor así nos lo mandó: Yo te he puesto para lumbre de las naciones, para que seas en salud hasta el cabo de la tierra„ (1). Cuando esto oyeron los gentiles, se gozaron, y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban preordinados para la vida eterna. Y la palabra del Señor se esparcía por todo aquel país. Mas los judíos concitaron á algunas mujeres devotas é ilustres y á los principales de la ciudad, y movieron una persecución contra Pablo y Bernabé: y los echaron de su territorio. Pero éstos, sacudiendo el polvo de sus pies contra ellos, se fueron á Iconio. Y los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo„ (2).

Llegado que hubieron á la capital de la Licaonia, Pablo y Bernabé, "acaeció en Iconio, que entraron juntos en la sinagoga de los judíos, y allí predicaron de manera que creyó un crecido número de judíos y de griegos. Mas los judíos que no creyeron, levantaron é irritaron el ánimo de los gentiles contra sus hermanos. Sin embargo, se detuvieron allí mucho tiempo trabajando con confianza en el Señor, que daba testimonio á la palabra de su gracia, concediendo que se hiciesen por sus manos prodigios y milagros. De suerte que la ciudad estaba dividida en dos bandos: unos estaban por los judíos, y otros por los Apóstoles. Mas como los gentiles y los judíos con sus caudillos se amotinasen para ultrajar á los Apóstoles y apedrearlos; entendiéndolo ellos, huyeron á Listra y Derbe, ciudades de Licaonia, y á toda aquella comarca, y allí predicaron el Evangelio„ (3).

(1) Isai., XLIX, 6.
(2) Act., XIII.
(3) Act., XIV, 1-6.

Digitized by Google

En Iconio fué donde San Pablo instruyó y convirtió á Santa Tecla, tan celebrada por los Padres de la Iglesia, como San Crisóstomo, San Gregorio Nacianzeno, San Gregorio de Nysa, San Ambrosio y San Agustín. Era ésta una doncella que se había aplicado á la literatura y al estudio de la Filosofía profana. Estaba ya prometida á un esposo noble, rico y poderoso, cuando llegó el Apóstol, que con sus discursos encendió en su corazón un ardiente amor á la virginidad. Así que, habiendo renunciado por el esposo celestial, á las bodas de este mundo, tuvo que sufrir terribles asaltos; contrariando su propósito el esposo rehusado, los padres, los parientes, los amigos y los jueces y magistrados de la ciudad. Mas de todo triunfó la santa doncella, de las lágrimas de sus deudos, de las seducciones del mundo y de las amenazas de los jueces. Pero ¿qué decimos de las amenazas? No sólo de amenazas, sino de cuanto más terrible puede intentar la autoridad pública contra una tierna jovencita. La expusieron en el teatro á las fieras, la condenaron á las llamas, pero de uno y otro martirio la libró el poder divino. Los leones echados contra ella se humillaron á sus pies, y no osaron tocarle. Finalmente, después de haber pasado por el fuego, y haber sido expuesta á las fieras, no hubo tormento que no padeciese. Por esto se le ha dado comunmente el título de primera mártir entre las mujeres, así como San Esteban es el protomártir entre los hombres: por más que, según la opinión común, haya terminado la Santa en paz sus días. Pero el antiguo uso de la Iglesia era conceder el título de mártires á quienes habían padecido por la fe tormentos de suyo mortales, aun en el caso de que por milagro hubiesen sobrevivido (1).

"Y en Listra había un hombre lisiado de los pies, cojo desde el vientre de su madre, el cual nunca había andado. Este oyó predicar á Pablo, quien poniendo en él los ojos, y viendo que tenía fe de que sería curado, le dijo en alta voz: Levántate y mantente derecho sobre tus pies. Y al instante saltó en pie, y echó á andar. Las gentes, viendo lo que Pablo acababa de hacer, levantaron el grito, diciendo en su idioma licaónico: Dioses son éstos que han bajado á nosotros en figura de hombres. Y llamaban á Bernabé, Júpiter, y á Pablo, Mercurio; porque él era el que llevaba la palabra. Además de eso, el sacerdote de Júpiter, cuyo templo estaba á la entrada de la ciudad, trayendo ante las puertas toros y guirnaldas, intentaba, seguido del pueblo, ofrecerles sacrificios. Lo cual apenas entendieron los Apóstoles Bernabé y Pablo, rasgando sus túnicas, rompieron por medio del gentío, clamando y diciendo: Hombres, ¿qué es lo que hacéis? Nosotros hombres somos también mortales, así como vosotros, y os predicamos que, de estas cosas vanas, os convirtáis al Dios vivo, que hizo el cielo, y la tierra, y el mar, y todo cuanto hay en ellos; el que, si bien en los siglos pasados permitió que las naciones echasen cada cual por su camino, no dejó con todo de dar testimonio de quién era, haciendo bien del cielo, dando lluvias y tiempos favorables para los frutos, dándonos abun-

(1) *Acta Sanctorum*, 23 Sept.

Digitized by Google

dancia de manjares, y llenando de alegría nuestros corazones. Y diciendo esto apenas pudieron apaciguar las gentes que no les ofreciesen sacrificio.

„Mas como ellos se detuviesen y enseñasen, sobrevinieron algunos judíos de Antioquía y de Iconio: y habiendo ganado la voluntad del pueblo, y apedreando á Pablo, le sacaron, arrastrando, fuera de la ciudad, creyendo que estaba muerto. Mas rodeándole los discípulos, se levantó y entró en la ciudad, y al día siguiente se partió con Bernabé á Derbe. Y habiendo predicado el Evangelio en aquella ciudad y enseñado á muchos, se volvieron á Listra y á Iconio y á Antioquía *(de Pisidia)*, confirmando los corazones de los discípulos, enseñándolos á perseverar en la fe: y que por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el reino de Dios. Y luego que hubieron ordenado, por la imposición de manos, presbíteros en cada una de las iglesias, después de oraciones y ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído. Y atravesando la Pisidia fueron á Pamfilia, y anunciando la palabra del Señor en Perge descendieron á Atalia; y desde allí navegaron á Antioquía, de donde habían sido encomendados á la gracia de Dios para la obra que acababan de cumplir. Y habiendo llegado y congregado la Iglesia, contaron todas las cosas que Dios había hecho con ellos, y cómo había abierto la puerta de la fe á los gentiles„ (1).

A este relato de su viaje añade San Lucas que se detuvieron con los discípulos de Antioquía, no poco tiempo, es decir, un intervalo de tiempo considerable, tal vez varios años. Fué entonces cuando tuvo San Pablo una revelación, en la cual le mandó Dios ir á Jerusalén, á fin de que confiriese con los otros Apóstoles el Evangelio que él y Bernabé habían predicado entre los gentiles. Iban catorce años entonces, ó desde su conversión ó desde la ida que, tres años después, había hecho á Jerusalén para ver á San Pedro.

En verdad, Pablo no abrigaba duda alguna de haber predicado hasta entonces legítimamente el Evangelio. Con todo; como lo había aprendido no de los hombres, sino de nuestro Señor Jesucristo mismo, y como su vocación había sido extraordinaria; dióle orden el Señor de que confiriese con los otros apóstoles que estaban en Jerusalén, y principalmente con Pedro, á fin de que los falsos apóstoles no se atrevieran á desacreditar en la opinión de los pueblos ni su persona, ni su doctrina, y hacer así inútil é infructuosa su predicación. Tomó por compañeros de su viaje á Bernabé y á Tito. Este último, á quien había convertido del gentilismo á la fe y regenerado en Jesucristo, era para él como un hijo muy querido. Acogiéronles Pedro, Santiago y Juan, reputados como columnas de la Iglesia, con la debida estimación y benevolencia; y Tito, aunque no circunciso, fué, sin embargo, admitido por aquellos mismos Apóstoles, no solamente á los actos de la vida civil, sino también á los de la Religión. Algunos falsos hermanos, no pudiendo sufrir la libertad que el Apóstol daba á los gentiles convertidos, de no observar la ley de Moisés, veían

(1) Act., XIV, 7-26.

Digitized by Google

con malos ojos, que un incircunciso comunicase con ellos, y comenzaban á pretender que debía obligarse á Tito á la ley de la circuncisión. Pero Pablo no quiso consentirlo, ni ceder á la autoridad de aquéllos. Los verdaderos Apóstoles, que eran de su mismo sentir, no habiendo hallado nada que añadir ni quitar en su Evangelio, le dieron la mano, y también á Bernabé, como á sus compañeros en el ministerio apostólico. Y además, atendiendo á que Pablo no había recibido menor gracia para la conversión de los gentiles, que Pedro para la de los circuncidados, resolvióse que mientras Pedro, con Santiago y Juan, se aplicaría especialmente á la conversión de los judíos á la fe, trabajarían principalmente Pablo y Bernabé en llamar á ella los gentiles; recomendándoles solamente que se acordasen de los pobres de Judea, y que no descuidasen el hacer colectas para éstos en las provincias más ricas adonde hubiesen llevado el Evangelio (1).

Habiendo vuelto Pablo y Bernabé de Jerusalén á Antioquía, llegó también allí Pedro poco tiempo después. Enseñado por Dios mismo, á no considerar como inmundos en algo á los gentiles que habían purificado su espíritu y su fe, comía libremente con ellos, hasta que vinieron algunos de la Judea que le enviaba Santiago. A la llegada de éstos cambió de proceder Pedro. Sabiendo que ellos, aunque cristianos, estaban todavía apegados á la observancia de la ley mosaica, temió escandalizarlos; comenzó á no presentarse en las mesas donde comían cristianos incircuncisos, y á no frecuentar su trato con la misma libertad. El ejemplo del Príncipe de los Apóstoles en cosa tan conforme á las ideas de ellos, pronto fué abrazado y seguido por todos los otros judíos, de suerte que Bernabé mismo se dejó llevar de la corriente, y usaba para con los gentiles semejante proceder. Pareció á San Pablo tal simulación reprensible y poco conforme al espíritu y sinceridad del Evangelio; y como el ejemplo de Pedro parecía servir á los demás de justificación, de pretexto y de excusa, determinóse á reprender, delante de todos, en la persona de Pedro, la falta de todos. Díjole, pues, libremente y de manera que lo oyesen los demás: Si tú, con ser judío, vives, sin embargo, con la libertad de los gentiles, y sin obligarte á una escrupulosa observancia de las ceremonias mosaicas, ¿cómo con tu ejemplo induces y obligas, en cierto modo, á los gentiles á judaizar?

Para formar un juicio recto acerca de esta conducta de San Pedro, mirada por unos como muy grave falta, y por otros como acción inocente y hasta laudable, es necesario recordar bien el estado de las cosas. Acordes admitían Pedro y Pablo que los gentiles convertidos á Dios y regenerados en Jesucristo, eran realmente puros y santos ante Dios y dignos de la vida eterna. Pablo convenía también con Pedro en que era, sin embargo, permitido á un judío convertido observar las ceremonias judaicas, pues se las veremos observar al mismo hasta el punto de circuncidar á su discípulo Timoteo. En estas ceremonias estaba comprendido el no comunicar demasiado fácilmente con los gentiles, el no comer con ellos. Por lo

(1) Gal., II, 1-10.

Digitized by Google

que toca á esta ley ó ceremonia se hallaban Pedro y Pablo también acordes sobre que debía prescindirse de ella en estos dos casos: cuando era necesario conversar con los gentiles para instruirlos en los Sacramentos; cuando podía practicarse sin que chocase ni escandalizase á los judíos. Quedaba, pues, una sola dificultad; es, á saber, si por no ofender y disgustar á esos mismos judíos, y no incurrir, al juicio de ellos, en una impureza legal, era lícito abstenerse de las comidas de los gentiles. Pedro, que, en lo convenido con Pablo, se había encargado principalmente de la conversión de los circuncisos, abrazó la opinión favorable al judaísmo. Lo hizo con pura y recta intención para no enajenarse el espíritu de sus neófitos, para que le escuchasen con más atención y amor, y para promover con mejor éxito en su propia nación los progresos de la Religión de Jesucristo. Pablo, por otra parte, juzgó, según dejamos dicho, poco conforme á la verdad y al espíritu del Evangelio aquella conducta y aquel sentir de Pedro. De los dos pueblos, judío y gentil, debía hacerse un solo rebaño, sin quedar nada en pie del muro divisorio que los había separado hasta entonces. Fusión que se obtendría difícilmente si no tenían libertad de comunicar en los asuntos de la vida civil. Para lo cual era preciso, bien obligar á los gentiles á circuncidarse para evitar la aversión de los judíos, ó bien obligar á los judíos á tratar libremente con los gentiles convertidos á la fe por más que no fuesen circuncisos. Los dos Apóstoles querían igualmente que las naciones fuesen exentas de la penosa ley de la circuncisión. Así que, por más que fuese aún permitido á los judíos observar las ceremonias mosaicas y sus legítimas tradiciones, debía esto entenderse, no obstante, salvo el espíritu del Evangelio, y sin perjuicio de las leyes de la caridad cristiana, según la cual los mismos judíos habían de mirar á los gentiles convertidos y regenerados en Jesucristo como puros, santos y sin tacha, y tratarlos como á miembros de la misma santa sociedad, de la misma Religión y del mismo cuerpo. Debía, pues, desterrarse del espíritu de aquéllos todo lo que recordaba su antigua separación respecto á las naciones idólatras. Si, pues, Pedro se hubiese obstinado en la opinión contraria, ciertamente que su falta habría sido grave y de gran perjuicio al Evangelio. Mas apenas el santo Apóstol conoció por la amonestación de su colega el perjuicio que su proceder podía causar á la Religión y á la fe; cambió al punto de conducta en esto, y se dió á frecuentar los gentiles con la misma libertad que al principio. Su falta fué, pues, solamente de inadvertencia: excusable, sin duda, cuando el hombre, en la dura necesidad de indisponer á uno de los partidos, se esfuerza particularmente en no ofender á aquel que cree recomendado especialmente á sus cuidados. Presentábase la dificultad, ó de ofender á los judíos comiendo con los gentiles, ó de ofender á los gentiles alejándose de sus mesas; el escándalo de los unos y de los otros sería irrazonable, y, por lo tanto, desatendible. En realidad, los gentiles tenían razón; pero teniendo Pedro, como judío, el derecho de observar las ceremonias judaicas, se imaginó tener también el de no tomar en cuenta el escándalo de ellos. En lo cual, bien que se equivocase, dos cosas pueden servirle de ex-

Digitized by Google

cusa: la caridad para con sus compatriotas, especialmente sometidos á su celo, y la humildad con que sufrió que Pablo le rectificase públicamente, no obstante de ser él cabeza de toda la Iglesia y supremo pastor de la grey toda. Esta reflexión hacen los santos Padres, entre otros, San Cipriano y San Agustín (1).

La reprensión pública de Pablo y el humilde y pronto cambio de proceder de Pedro apagaron, por entonces, en Antioquía, toda controversia sobre las ceremonias legales. Pero después de la partida de San Pedro para Jerusalén, algunos venidos de Judea excitaron más violento incendio, sosteniendo, enfrente de los gentiles convertidos al cristianismo, que si no se circuncidaban, según el rito de Moisés, no podían salvarse. Los judíos mismos, según nos informa Josefo, estaban en aquella época divididos acerca de la necesidad de la circuncisión respecto á los gentiles que, abandonando el culto de los ídolos, reconocían un solo Dios. Según los unos, bastaba observar exactamente los preceptos y las reglas invariables de las costumbres; según otros, era necesario sujetarse también á la circuncisión y á la observancia de los mandatos ceremoniales. La primera opinión dominaba entre los judíos dispersos por las provincias; la segunda, entre los de Palestina, especialmente los de Jerusalén. Habiendo un judío, llamado Ananías, que se dedicaba al tráfico en la Adiabena, provincia situada entre el imperio de los romanos y el de los partos, convertido al culto del único verdadero Dios á Isates, hijo de Elena, reina de aquel país, la cual había igualmente abrazado la religión judaica, no juzgó deber obligarle á la ley de la circuncisión, sino que le aseguró podía servir á Dios sin estar circuncidado, con tal de hallarse bien resuelto á imitar en cuanto á las costumbres á los judíos. Cierto Eliazar, de la provincia de Galilea, fué de contrario parecer; habiendo hallado á Isates ocupado en la lectura de los libros de Moisés, le dijo audazmente que el agradar á Dios no consistía todo en leer aquellos libros, sino que era además necesario poner en práctica lo que con tanto rigor prescriben é inculcan, y le persuadió con esto á circuncidarse. San Pedro, como hemos visto, no tuvo reparo por los judíos de Antioquía convertidos á la fe, y á vista de ellos comunicaba libremente con los gentiles. Mas luego que vió en Antioquía judíos venidos de Jerusalén, comenzó á no presentarse en las mesas. Y asimismo vemos hasta ahora, que fueron sólo judíos venidos de Jerusalén quienes turbaron la paz en Antioquía, sosteniendo que no podían salvarse sin la circuncisión. Y habiéndose originado sobre esto una conmoción, y oponiéndoseles Pablo y Bernabé, acordóse que fuesen Pablo y Bernabé y algunos de los otros á los Apóstoles y presbíteros de Jerusalén sobre esta cuestión. Ellos, pues, enviados por la Iglesia, pasaron por la Fenicia y Samaria, contando la conversión de los gentiles, y daban grande gozo á todos los hermanos. Y cuando llegaron á Jerusalén fueron recibidos por la Iglesia y por los Apóstoles, á quienes refirieron cuán grandes cosas había Dios obrado por medio de ellos. Pero algunos de la

(1) Cyp., *Epist. ad Quint.*; Aug., *De Bapt contra Donat.*, lib. II, cap. II.

Digitized by Google

secta de los fariseos que han abrazado la fe se han levantado diciendo que era necesario que ellos fuesen también circuncidados, y que se les mandase guardar la ley de Moisés.

Y se congregaron los Apóstoles y presbíteros para tratar de esta controversia. Y después de un maduro examen, levantándose Pedro, les dijo: "Hermanos míos, bien sabéis que mucho tiempo hace fuí yo escogido por Dios entre nosotros, para que los gentiles oyesen de mi boca la palabra evangélica y creyesen. Y Dios, que penetra los corazones, dió testimonio de esto, dándoles el Espíritu Santo, del mismo modo que á nosotros. Ni ha hecho diferencia entre ellos y nosotros, habiendo purificado con la fe sus corazones. Pues ¿por qué ahora tentar á Dios con imponer sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Pues nosotros creemos salvarnos por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, así como ellos„ (1).

Así habló Pedro. No decide precisamente, hace más: muestra que desde hace tiempo, y por su ministerio, había Dios mismo decidido la cuestión, y hecho entender que ni los gentiles, ni aun tampoco los judíos, estaban ya obligados á la circuncisión, sino que obtenían la salvación por la fe en Jesucristo. "Y calló toda la multitud, y escuchaban á Bernabé y á Pablo, que les contaban cuantas maravillas y prodigios por su medio había obrado Dios entre los gentiles. Después que hubieron acabado, tomó Santiago la palabra, y dijo: Hermanos míos, escuchadme: Simón os ha manifestado de qué manera ha comenzado Dios desde el principio á mirar favorablemente á los gentiles para tomar de entre ellos un pueblo consagrado á su nombre. Y con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: Después de esto volveré y reedificaré el Tabernáculo de David, que cayó, y repararé sus ruinas y lo levantaré. Para que busquen al Señor los demás hombres y todas las naciones sobre las que ha sido invocado mi nombre, dice el Señor hacedor de estas cosas. Desde la eternidad tiene conocida el Señor su obra. Por lo cual yo juzgo que no se inquiete á los gentiles que se convierten á Dios, sino que se les escriba que se abstengan de las contaminaciones de los ídolos, y de la fornicación y de animales sofocados y de la sangre. Porque en cuanto á Moisés, ya de tiempos antiguos tiene en cada ciudad quien predique su doctrina en las sinagogas, donde se lee todos los sábados.

„Entonces pareció bien á los Apóstoles y á los presbíteros, con toda la Iglesia, elegir algunas personas de ellos, y enviarlas á Antioquía con Pablo y Bernabé, á Judas, que tenía el sobrenombre de Bársabas, y á Silas, sujetos principales entre los hermanos. Y les escribieron por mano de ellos así: Los Apóstoles y los presbíteros hermanos, á los hermanos que son de los gentiles y están en Antioquía, y en Siria, y en Cilicia, salud: Por cuanto hemos oído que algunos que han salido de nosotros, desasosegando vuestras conciencias, os han alarmado con sus discursos, diciendo que os circuncidéis y guardéis la ley, sin habérselo mandado, congre-

(1) Act., XV, 1-11.

Digitized by Google

gados en uno nos ha parecido escoger algunas personas y enviároslas con nuestros carísimos Bernabé y Pablo, hombres que han expuesto sus vidas por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Enviamos, pues, á Judas y á Silas, los cuales os dirán también de palabra esto mismo. Porque ha parecido al Espíritu Santo, y á nosotros, de no poner sobre vosotros más carga que estas cosas necesarias: Que os abstengáis de cosas sacrificadas á ídolos, y de sangre, y de animal sofocado y de la fornicación; de lo cual si os guardareis, haréis bien. Dios sea con vosotros„ (1).

10. Tales fueron la ocasión y la forma del primer Concilio. Suscítase una gran disputa sobre la doctrina en Antioquía. Al punto se lleva la cuestión al lugar donde estaba Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, con algunos de sus colegas. Reúnense con los presbíteros, ó ancianos. De quiénes eran estos ancianos ó presbíteros, ya nos ha enterado antes San Lucas al decirnos, que San Pablo los ordenaba en cada iglesia por la imposición de manos, acompañada de oraciones y ayunos. Vese que eran los primeros pastores canónicamente ordenados. Según el sentir más común y más antiguo tenía cada uno de los Apóstoles, y por consiguiente también y sobre todo su jefe, el don de la infalibilidad. Pero convenía dar el ejemplo á los Concilios venideros. Se comenzó, pues, por la discusión, por el examen, que fué maduro. Habla Pedro y callan todos; pone por fundamento la revelación que á él se le hizo acerca de la vocación de los gentiles. Refieren Pablo y Bernabé los prodigiosos resultados de esa vocación. Santiago, Obispo de Jerusalén, partiendo de la sentencia de Pedro, muestra cómo halla dicha sentencia apoyo en los profetas, y propone una aplicación práctica de la misma, adecuada para facilitar la reunión de los dos pueblos en uno. El decreto del Concilio es el decreto del Espíritu Santo y de la Iglesia: se les envía á las demás Iglesias particulares no para su examen, sino para su cumplimiento.

Lo que era Jerusalén por la presencia de Pedro y de algunos de los más ilustres discípulos, ha venido á serlo Roma como sede de los sucesores del mismo Pedro, donde asisten siempre hombres eminentes en dignidad y en doctrina. Y como la disputa sobre las ceremonias legales fué llevada á Jerusalén, donde estaba Pedro, del mismo modo es ley inviolable de la Iglesia llevar á Roma las causas difíciles de la fe. Y como al primer eco de la voz de Pedro se calmaron en Jerusalén todas las disputas, de la misma manera deben cesar todas las contiendas desde que Pedro ha hablado por boca de sus sucesores. Y, en fin, así como la decisión adoptada en Jerusalén, aunque no hubiese sido formada en un Concilio realmente ecuménico, fué, sin embargo, propuesta y recibida como oráculo del Espíritu Santo, así también los Concilios particulares de Roma, bajo la autoridad y confirmación de los romanos Pontífices, han tenido en sus definiciones la fuerza de Concilios ecuménicos, á los cuales ningún católico rehusa una autoridad suprema é infalible.

El temperamento propuesto por Santiago conciliaba muy bien la difi-

(1) **Act., XV, 12-20.**

Digitized by Google

cultad. Reconocíase que eran puros y santos los fieles procedentes del gentilismo, y que se hallaban exentos de la ley ceremonial; pero al mismo tiempo se les recomendaba que evitasen en las comidas lo que podría chocar más á los convertidos del judaísmo; conviene á saber: las viandas inmoladas á los ídolos y la sangre. Según la explicación de San Pablo, intérprete segurísimo del decreto del Concilio, podían los fieles comer indiferentemente de todo lo que se vendía, sin andarse informando de si había ó no había sido sacrificado á los ídolos, siempre que no resultaba escándalo para los débiles (1). Era, pues, solamente una ley de circunstancias á causa de la idolatría que aún reinaba. En cuanto á la prohibición de comer la sangre y, por consiguiente, animales sofocados, traía mayor antigüedad que la de la ley de Moisés; pues, cuando salió del arca, se le había notificado á Noé, con la mira de apartar más eficazmente al hombre del derramamiento de sangre humana, y también porque de todas las partes de la víctima era la sangre lo que principalmente se ofrecía á Dios en los sacrificios. Mientras continuaban ofreciéndose sacrificios de esta especie en el Templo de Jerusalén, concíbese que los judíos, aun convertidos al cristianismo, temiesen obrar contra tal prohibición; pero cuando después de la destrucción final del Templo, se reconoció bien que Dios no pedía ya sangre de animales, y, habiendo crecido infinitamente á los ojos del prójimo la estimación del hombre, redimido con el precio de la sangre de Jesucristo, cesó el objeto de la ley, debía ésta naturalmente caer en desuso. Prohíbe el Concilio, finalmente, la fornicación; porque los gentiles, en su mayor parte, sólo miraban como criminal el adulterio, y respecto á la simple fornicación no ponían óbice.

Los enviados del Concilio, Pablo y Bernabé, Judas y Silas, llegado que hubieron á Antioquía, juntaron á los fieles y les entregaron la expresada carta. La cual fué leída con gran consuelo y alegría. Judas y Silas, por su parte, siendo, como eran, profetas, consolaron y confortaron con muchísimas reflexiones á los hermanos. Y después de haberse detenido allí por algún tiempo, los hermanos, los despacharon en paz á los que los habían enviado. Silas, no obstante, tuvo por bien quedarse allí, y así Judas se volvió solo á Jerusalén. Silas es el mismo Silvano, por el cual había enviado San Pedro su primera carta (2).

Por lo que toca á Pablo y Bernabé, se estaban en Antioquía enseñando y predicando con otros muchos la palabra del Señor. Mas pasados algunos días, dijo Pablo á Bernabé: Volvamos á visitar á los hermanos por todas las ciudades en donde hemos predicado la palabra del Señor, para ver cómo les va. Y Bernabé quería también llevar consigo á Juan, por sobrenombre Marcos. Mas Pablo le rogaba y decía (que pues se había separado de ellos desde Pamfilia y no había ido con ellos á la obra) que no debían llevarle. La discusión entre los dos vino á parar en que se

(1) 1 Cor., X.

(2) Silas es también llamado Silvano en la primera y segunda á los tesalonicenses.—(*Nota del P. Scio, añadida en esta traducción.*)

Digitized by Google

apartaron uno de otro, y Bernabé, tomando consigo á Marcos, se embarcó para Chipre. Pablo, eligiendo por su compañero á Silas, emprendió su viaje, después de haber sido encomendado por los hermanos á la gracia de Dios. Discurrió, pues, por la Siria y Cilicia, confirmando las iglesias: y mandando que se observasen los preceptos de los Apóstoles y de los presbíteros (1).

La severidad de Pablo y la dulzura de Bernabé fueron ambas provechosas para Juan Marcos: aprendió á ser más constante, y le veremos más tarde ser fiel acompañante del primero de los citados Apóstoles Otra ventaja de aquélla separación fué que el Evangelio se dilatase por más pueblos. A partir de esta época, San Lucas, aplicado enteramente á describir los viajes y trabajos de Pablo, no nos da más noticias de Bernabé. Así que nada ó casi nada se sabe del resto de su vida.

Tenemos bajo el nombre de San Bernabé una carta en que se menciona la ruina del Templo, y que fué, por lo tanto, escrita después de tal suceso. El asunto y las excelentes instrucciones que contiene, la hacen digna de los tiempos apostólicos, y se cree comunmente que se remonta á esa antigüedad; pero es, con todo, difícil persuadirse que sea obra de un Apóstol. Divídese en dos partes: dogmática la primera y moral la otra. En aquélla demuestra el autor contra los judíos que habiéndose perfectamente cumplido los oráculos de los profetas, al venir el Hijo de Dios á la tierra, en su Pasión y muerte, como también en su gloriosa Resurrección, debía cesar la ley para dejar el puesto al Evangelio. Lo cual hace ver que iba dirigida á aquellos cristianos que, convertidos del judaísmo, permanecían demasiado aferrados á las observancias legales. En la segunda parte, describe dos sendas: una de luz, la cual preside el ángel del Señor, y otra de tinieblas, en la cual preside el ángel de Satanás. Da excelentes reglas á los que quieren caminar por la primera, y hace de la segunda la más negra y aterradora descripción para inspirar en todos los ánimos un justo horror hacia la misma. ¿Puede uno persuadirse—dice el Cardenal Orsi—que una carta tal, escrita para defensa de la fe católica y edificación de los fieles, haya sido mirada por la Iglesia como obra auténtica de San Bernabé, esto es, de un Apóstol lleno del Espíritu Santo, y llamado con Pablo al Apostolado, por vocación extraordinaria del cielo, y que, sin embargo, no la haya puesto, como las Epístolas de los otros Apóstoles, en el catálogo de los libros sagrados y canónicos? Por otra parte, hállanse en ella algunos pasos menos dignos de la sabiduría y gravedad de un Apóstol, el cual, ciertamente, no habría jamás dicho de los Apóstoles que habían sido pecadores sobre toda iniquidad, ni hubiera escrito que el mundo sólo debía durar seis mil años. Un Apóstol hubiera guardado también mayor exactitud y reserva en sus alegorías ó interpretaciones alegóricas de las divinas Escrituras. No hubiera citado como oráculos del Espíritu Santo sentencias que no se hallan en los libros sagrados. Todo esto corrobora el acierto de la Iglesia en excluir este escrito del nú-

(1) **Act. XV, 30-41.**

Digitized by Google

merode los libros sagrados, y prueba que no haríamos honor á San Bernabé en creerle autor de semejante carta. Según la común tradición murió este Apóstol en la isla de Chipre, su patria, donde, no lejos de Salamina, y hacia fines del siglo V, se halló su cuerpo con el Evangelio de San Mateo transcrito de su mano (1).

Habiendo Pablo recorrido con Silas la Siria y la Cilicia, llegó á Desbe y á Listra, donde halló un discípulo, llamado Timoteo. Era un joven de quien todos los hermanos de Listra y de Iconio testificaban favorablemente y que desde su niñez había estudiado las sagradas letras. Su padre era griego, pero su madre, Eunice, era judía, que había abrazado el cristianismo, y lo mismo Loida, su abuela. Decidió Pablo tomarle por compañero de sus viajes y trabajos. Mas antes le circuncidó por causa de los judíos que había en aquella comarca, los cuales sabían todos que su padre era griego, y no se hubieran plegado á recibir las instrucciones de un incircunciso. Más adelante fué Pablo. Juzgando por las disposiciones de aquel joven, y por anteriores profecías á este propósito, que Dios elegía á Timoteo para el sagrado ministerio, le impuso las manos, fuese entonces, fuese después, con los sacerdotes de la Iglesia, y así le fué comunicada la gracia.

Conforme iban visitando las ciudades Pablo y Silas, recomendaban á los fieles la observancia de los decretos acordados por los Apóstoles y los presbíteros que estaban en Jerusalén. Y las Iglesias se confirmaban en la fe y crecían en número cada día. Y después que hubieron atravesado la Frigia y la Galacia, donde parece que entonces convirtió á los gálatas San Pablo, les prohibió el Espíritu Santo predicar la palabra de Dios en el Asia propiamente dicha, ó Jonia. Y habiendo ido á Misia intentaron pasar á Bitinia, pero tampoco se lo permitió el Espíritu de Jesús. Con esto, atravesando la Misia, bajaron á Troade, en la costa, no lejos de la antigua Troya Y de noche se le mostró á Pablo una visión. Se le puso delante un hombre, macedonio, que le decía: Pasa á Macedonia, y ayúdanos (2).

Hallamos en el profeta Daniel un ángel príncipe de los judíos; otro, príncipe de los persas, y otro, príncipe de los griegos. Por donde se ve que los ángeles presiden á la custodia de las monarquías, principados y provincias. Es, pues, verosímil que el que excitaba á Pablo á pasar á Macedonia y tender una mano protectora sobre aquellos pueblos oprimidos por la tiranía del demonio, era el ángel tutelar del país. Dos ciudades tenía Macedonia y también dos principales comarcas: era la primera de dichas ciudades, Filipos, que tomó ese nombre del padre de Alejandro, que la había ensanchado y fortificado; la segunda era Tesalónica. No había aún cuatro siglos que de las cercanías de esta última ciudad había partido Alejandro, subyugada ya la Grecia, para ir á cumplir, sin saberlo, las profecías de Daniel, derrocando el imperio de los persas. Y he aquí que

(1) Orsi, sust. ec. t. I.
(2) Act., XVI, 1-9.

Digitized by Google

un conquistador muy diferente se dispone á pasar de Asia á Europa, á fin de conquistar para Jesucristo la Macedonia, la Grecia y las demás regiones de Occidente.

Luego que tuvo Pablo esta visión al punto dispusimos—dice San Lucas, cuya manera de expresarse muestra que ya por entonces acompañaba al Apóstol—marchar á Macedonia, cerciorados de que Dios nos llamaba á predicar el Evangelio á aquellas gentes. Por lo cual, habiéndose embarcado en Troade, navegaron directamente á Samotracia y al día siguiente á Nápoles ó, en griego, Neápolis, es, á saber, Ciudad Nueva. Y de allí á Filipos, colonia romana y ciudad principal de aquella parte de Macedonia, donde se detuvieron algunos días. Y un día de sábado salieron fuera de la ciudad hacia la ribera del río, en donde parecía estar el lugar para la oración ó *proseuca*, como si dijéramos oratorio, donde solían los judíos juntarse para orar en los pueblos en que no había sinagoga, y, sentándose allí, hablaron á las mujeres que habían acudido. Y una mujer, por nombre Lidia, tratante en púrpura, natural de Tiatira, temerosa de Dios, estaba escuchando, y el Señor le abrió el corazón para recibir bien las cosas que Pablo decía. Y cuando fué bautizada, ella con su familia, rogó y dijo: Si habéis hecho juicio que yo soy fiel al Señor, entrad en mi casa y posad allí. Y les obligó.

„Aconteció, pues, que yendo ellos á la oración, los encontró una muchacha que estaba obsesa de espíritu pithón, la cual daba mucho que ganar á sus amos haciendo de adivina. Esta, siguiendo detrás de Pablo *(y de sus compañeros)*, daba voces diciendo: Estos hombres son siervos del Dios excelso, que os anuncian el camino de la salud. Y esto lo hacía muchos días. Mas al fin, Pablo, dolido de esto, vuelto hacia ella, dijo al espíritu: Yo te mando, en nombre de Jesucristo, que salgas de esta muchacha. Y al punto salió. Pero viendo los amos que se les había escapado la esperanza de su lucro, prendiendo á Pablo y á Silas los llevaron al foro ante los jefes de la ciudad; y presentándolos á los magistrados, dijeron: Estos hombres alborotan nuestra ciudad; son judíos y predican ritos que á nosotros no nos es lícito recibir ni guardar, siendo, como somos, romanos. Y el pueblo se atropelló contra ellos y los magistrados, haciéndoles rasgar las túnicas, los mandaron azotar con varas. Y, después de haberles dado muchos golpes, los metieron en la cárcel, mandando al carcelero que los tuviese á buen recaudo. Y luego que recibió esta orden, los puso en un calabozo y los apretó los pies en el cepo. Mas á eso de media noche, puestos Pablo y Silas en oración, cantaban las alabanzas de Dios, y los demás presos les estaban escuchando. Y súbitamente se sintió un terremoto tan grande, que se movieron los cimientos de la cárcel: y se abrieron luego todas las puertas, y fueron sueltas las prisiones de todos. En esto, despertando el carcelero y viendo las puertas de la prisión abiertas, desenvainó la espada y se quería matar, pensando que se habían huído los presos. Mas Pablo clamó en alta voz: No te hagas ningún mal, porque todos estamos aquí. El entonces pidió una luz y entró dentro, y, temblando, se arrojó á los pies de Pablo y de Silas. Y sacándolos fuera, les dijo: Seño-

Digitized by Google

res, ¿qué es lo que debo hacer yo para salvarme? Y ellos le dijeron: Cree en el Señor Jesús, y serás salvo tú y tu casa. Y le predicaron la doctrina del Señor á él y á todos los que estaban en su casa. Y tomándolos en aquella misma hora de la noche, les lavó las llagas: y luego recibió el bautismo así él como toda su familia. Y habiéndolos llevado á su casa, les puso la mesa y se regocijó con toda su familia de haber creído en Dios.

„Luego que amaneció, los magistrados enviaron los lictores ó alguaciles provistos de sus varas con orden al carcelero que pusiese en libertad aquellos hombres. El carcelero dió esta noticia á Pablo, diciendo: Los magistrados han ordenado que se os ponga en libertad; pues ahora salid é id en paz. Mas Pablo les dijo: ¿Cómo? ¿Después de habernos azotado públicamente, sin oirnos en juicio, siendo ciudadanos romanos, nos metieron en la cárcel, y ahora nos echan fuera en secreto? No será así; mas vengan y sáquennos ellos mismos. Y los alguaciles hicieron saber estas palabras á los magistrados. Y ellos temieron cuando oyeron que eran romanos; y así, viniendo, procuraron excusarse con ellos, y sacándolos de la cárcel, les suplicaron que se fuesen de la ciudad. Salidos, pues, de la cárcel, entraron en casa de Lidia; y habiendo visto á los hermanos, los consolaron y después partieron„ (1).

Fueron los cristianos de Filipos las primicias de San Pablo; así que les profesó un afecto incomparable y también ellos á él, como lo vemos en su Epístola á los Filipenses, la más amorosa de todas.

Pablo y sus compañeros, después que hubieron pasado por Anfípolis y Apolonia, llegaron á Tesalónica, en donde había una sinagoga de judíos. Pablo, según su costumbre, entra en ella, y por tres sábados disputaba con ellos sobre las Escrituras; declarando y demostrando que había sido necesario que Cristo padeciese y que resucitase de entre los muertos: y este Cristo *(les decía)* es Jesús que yo os anuncio. Algunos de ellos creyeron, y se unieron á Pablo y á Silas; pero de los griegos ó gentiles, que ya adoraban á Dios, una gran multitud y no pocas mujeres ilustres„ (2).

El filósofo y sabio más universal de la antigüedad, Aristóteles, había nacido entre Filipos y Tesalónica. No lejos de aquella ciudad, en Pella, había cuidado de la educación del más famoso conquistador. Y en el espacio de dos siglos, los libros de Aristóteles habían caído en olvido, y no leemos que hubiese dejado escuela alguna de discípulos en toda la Macedonia. ¡Y he aquí que en pocas semanas un extranjero perseguido, y que huye de una en otra ciudad, funda dos numerosas Iglesias, no solamente entre sus compatriotas, los judíos, sino más aún, entre los compatriotas del filósofo, y hasta entre las mujeres; dos Iglesias donde se profesa de palabra y obra una doctrina y una moral tan altas, que ni Aristóteles ni Platón pudieron alcanzarlas! ¡Y las cartas que ese extranjero va á escribir luego á aquellas sociedades de sabios y de santos, cartas muy diferentes de las de Aristóteles, habrán de ser leídas, explicadas, admiradas,

(1) Act., XVI, 10-40.
(2) Act., XVII, 1-4.

Digitized by Google

y puestas en práctica, no sólo por todos los ciudadanos de Macedonia y Grecia, sino hasta en las selvas de la Germania y de la Bretaña!

Mas los judíos, que habían permanecido incrédulos en Tesalónica, "tomando del vulgo de la plaza algunos malos hombres y reuniendo gente, amotinaron la ciudad, y echáronse sobre la casa de Jasón en busca de Pablo y de Silas para presentarlos á la vista del pueblo. Mas como no los hubiesen encontrado, trajeron por fuerza á Jasón y á algunos de los hermanos ante los magistrados de la ciudad, gritando: Estos son los que alborotan la tierra: han venido acá, y Jasón los ha hospedado en su casa. Todos estos son rebeldes á los edictos de César, diciendo que hay otro Rey, que es Jesús. La plebe y los magistrados, oyendo esto, se alborotaron. Mas recibida satisfacción de Jasón y de los otros, dejáronlos ir libres. Y los hermanos, luego que llegó la noche, enviaron á Pablo y á Silas á Berea. Y cuando llegaron, entraron en la sinagoga de los judíos.

„Eran éstos más nobles que los de Tesalónica, y recibieron la palabra con grande ansia y ardor, escudriñando todo el día atentamente las Escrituras para ver si estas cosas eran así. De suerte que muchos de ellos creyeron, como también muchas señoras griegas de distinción y no pocos hombres. Mas cuando los judíos de Tesalónica supieron que Pablo había también predicado en Berea la palabra de Dios, fueron allá á turbar y levantar el pueblo. Y los hermanos, luego al punto, hicieron salir á Pablo para que fuese hasta el mar: más Silas y Timoteo se quedaron allí. Y los que acompañaban á Pablo le llevaron hasta Atenas, y después de haber recibido sus órdenes para Silas y Timoteo que muy pronto viniesen á él, se despidieron„ (1).

Continuaba siendo Atenas el centro de la cultura y de las letras humanas. Había perdido su importancia política; pero los futuros cónsules y los futuros Césares iban allí para aprender, en aquellas escuelas, á pensar acertadamente, y á expresarse bien. Así que afluían allí de todas partes retóricos y filósofos. Y es más: como en Filipos, Tesalónica y Berea, había en Atenas una sinagoga de judíos, donde hasta atenienses aprendían también á conocer y servir al Dios verdadero. Debía ser muy antigua. Hacía ya casi un siglo que el pueblo de Atenas había concedido una corona y una estatua de oro al descendiente de los Macabeos, el sumo sacerdote Hircano, para demostrarle el agradecimiento por la benevolencia con que acogía á los que de Atenas iban á Jerusalén.

II. "Mientras que Pablo los estaba esperando en Atenas *(á Silas y Timoteo)*, se consumía interiormente su espíritu viendo la ciudad entregada á la idolatría. Y así disputaba en la sinagoga con los judíos y con los prosélitos, y en la plaza cada día con los que allí se le ponían delante. También algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos disputaban con él, y unos decían: ¿Qué quiere decir este sembrador de palabras? Y otros: Parece que es predicador de nuevos dioses; porque les anunciaba á Jesús y la resurrección. Al fin, cogiéndole, le llevaron al Areópago, diciendo: ¿Po-

(1) **Act., XVII, 1-15.**

Digitized by Google

dremos saber qué doctrina nueva es ésta que predicas? Porque te hemos oído decir cosas que nunca habíamos oído. Y así, deseamos saber qué quiere ser esto. (Es de advertir que los atenienses todos y los forasteros que allí moraban no entendían en otra cosa que en decir ó hacer algo de nuevo).„ (1)

No leemos que los discípulos de Platón y de Aristóteles hayan disputado con el Apóstol. Como admitían la existencia de Dios, su providencia, la inmortalidad del alma y las penas y recompensas de otra vida, de tal suerte, que hasta en Platón parece encontrarse un presentimiento de la resurrección de los cuerpos; como, en fin, unos y otros ponían en Dios el origen de la moral y de las leyes, no debió parecerles extraña ni despreciable la doctrina de Pablo. En caso muy diferente se encontraban los epicúreos y los estoicos. No reconocían los primeros ni Providencia, ni inmortalidad del alma, y ponían toda la felicidad del hombre en el placer. Los estoicos enseñaban que no se podía ser feliz sino por la sabiduría, es decir, la virtud; pero pretendían no deber la sabiduría sino á sí mismos, y ponían sus pretendidos sabios encima de la Divinidad. Fácil es ver cuán opuestas á una doctrina de penitencia y humildad, debían ser esas dos sectas, nacidas del placer y del orgullo.

"Puesto, pues, Pablo en medio del Areópago, dijo: Ciudadanos atenienses, echo de ver que vosotros sois casi nimios en todas las cosas de religión. Porque pasando, y viendo vuestros simulacros, hallé también un ara en que estaba escrito: *Al Dios no conocido*. Pues ese Dios que vosotros adoráis sin conocerle es el que yo vengo á anunciaros. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, siendo como es el Señor de cielo y tierra, no está encerrado en templos hechos de mano. Ni necesita del servicio de las manos de los hombres, como si estuviese menesteroso de alguna cosa; antes, él mismo está dando á todos la vida, y el aliento y todas las cosas. El es el que de uno solo ha hecho nacer todo el linaje de los hombres, para que habitase en toda la haz de la tierra, señalando el orden de los tiempos, y los términos de la habitación de cada pueblo, para que buscasen á Dios, por si rastreando y como palpando, pudieren, por fortuna, hallarle, como quiera que no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él mismo vivimos, y nos movemos, y somos: y como dijeron también algunos de vuestros poetas: Porque de él también somos linaje. Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la divinidad es semejante á oro, ó plata ó piedra labrada por arte ó industria de hombre. Y Dios, disimulando los tiempos de esta ignorancia, intima ahora á los hombres que todos en todas partes hagan penitencia, por cuanto tiene determinado el día en que ha de juzgar al mundo con rectitud, por medio de aquel varón constituído por él, dando de esto á todos una prueba cierta con haberle resucitado de entre los muertos.„

Habíanle escuchado hasta aquí con sosiego; "mas al oir mentar la resurrección de los muertos, los unos hacían burla y los otros dijeron: Te

(1) Act., XVII, 16 21.

Digitized by Google

oiremos otra vez sobre esto. De esta suerte Pablo salió de en medio de aquellas gentes. Sin embargo, algunos se le juntaron y creyeron, de los cuales fué Dionisio, el areopagita, y cierta mujer, por nombre Dámaris, con algunos otros„ (1).

Cuatrocientos cincuenta años hacía que Sócrates, el más ilustre de los filósofos, había sido acusado de las mismas cosas que San Pablo, y casi en los mismos términos. Sócrates no se atrevió á confesar la verdad íntegra, indispuso á sus jueces por la arrogancia de su actitud, y fué condenado á beber la cicuta. Pablo, al contrario, dijo íntegra la verdad; pero la dijo de tal manera, que en vez de ofender á los jueces, debió dejarlos gustosos. La alabanza que más ambicionaban los atenienses era la de ser el pueblo más religioso. Pablo se insinúa tocando este punto. Y del Dios que les anuncia, háceles ver que le adoran ya. Cuando quiere que deduzcan que nada de divino tienen los ídolos, cita en son de elogio las palabras de sus poetas. Un discurso tan lleno de habilidad y de sentido no podía menos de agradar al pueblo más ingenioso de todos.

Mas ¿cuál era este Dios no conocido, de Atenas? Creemos con San Agustín (2) que era el verdadero Dios, y que el Apóstol no hacía un sofisma, al decirles: "Pues ese Dios que vosotros adoráis sin conocerle es el que yo vengo á anunciaros.„ En un diálogo atribuído á Luciano, un personaje convertido por un amigo al cristianismo, quiere al pronto jurar por los dioses de la mitología, y el cristiano se lo prohibe; mas cuando jura por el *no conocido de Atenas*, no se lo impide el cristiano, antes bien, después de haberle instruído de la naturaleza del verdadero Dios, concluye: "Habiendo, pues, encontrado el No Conocido de Atenas, alcemos las manos al cielo y démosle gracias„ (3). Como los atenienses tenían de antiguo en su ciudad una sinagoga de judíos, que varios de ellos frecuentaban, no puede desecharse la posibilidad de que adorasen á Dios verdadero bajo la confusa noción de Dios no conocido; los mismos judíos no le daban generalmente otro nombre que el nombre solo de Dios. Por otra parte, desde cuatro siglos y medio antes habían los atenienses más de una vez oído á Sófocles decirles en pleno teatro estas palabras, tan á menudo citadas por los Padres de la Iglesia: "Hay ciertamente un Dios, un solo Dios, que hizo esta máquina del cielo y la tierra, y el paso del cerúleo mar y el ímpetu del viento; mas la gente mortal, en el extravío de su corazón, levanta estatuas de dioses, como para hallar en estas imágenes de madera, de bronce, de oro y de marfil, un consuelo á sus males. Ofréceles sacrificios, conságrales fiestas, figurándose que en eso consiste la piedad„ (4). Dijo San Pablo á los atenienses: *Ese Dios que vosotros adoráis sin conocerle,* en el mismo sentido en que dijo Jesucristo á la samaritana: "Vosotros adoráis lo que no conocéis;

(1) Act., XVIII, 22-34.
(2) Aug., lib. I *cont. Crescon.*, cap. XXIX.
(3) *Philopatris* apud Lucian.
(4) Sophocl., apud S. Justin., *De Monarch.* et alibi.

Digitized by Google

pero nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud procede de los judíos.„ Dios es desconocido para los paganos en comparación con los judíos, para los judíos en comparación con los cristianos, para los cristianos en comparación con los santos del cielo.

Después de haberse detenido bastante tiempo en Atenas, pasó Pablo á Corinto, que era de todas las ciudades griegas la más comercial y voluptuosa. Seis siglos y medio antes habíanse reunido allí los siete sabios de Grecia, en el domicilio de uno de ellos, Periandro, dueño absoluto de la ciudad. Vióse entonces á lo que llegaba el poder ó el querer de la Filosofía. Con la reunión de los siete sabios no ganó la posteridad otra cosa que el relato de su banquete. Periandro continuó siendo tirano de Corinto, y Corinto la ciudad más corrompida. En un solo templo de Venus había más de mil cortesanas dedicadas á esta infame deidad, y tenemos versos del poeta Simonides en honor de ellas.

Tal era la ciudad adonde San Pablo iba á predicar el Evangelio, es decir, el desprecio de las riquezas y la mortificación de los sentidos. "Habiendo hallado allí un judío, llamado Aquila, natural del Ponto, que poco antes había llegado de Italia con su mujer Priscila (porque había el emperador Claudio mandado salir de Roma á todos los judíos), se juntó con ellos. Y como sabía el mismo oficio, se hospedó en su casa, y trabajaba en su compañía. Porque su oficio era de hacer tiendas. Y todos los sábados disputaba en la sinagoga haciendo entrar en sus discursos el nombre del Señor Jesús y convencía á los judíos y á los griegos„. Sabemos por Suetonio que Claudio echó de Roma á los judíos á causa de los frecuentes tumultos que excitaban á propósito del Cresto, es decir, del Cristo, pues aun más adelante usaron los autores paganos el primer nombre (1). Vese que los judíos de Roma hacían lo mismo que los de Filipos y de Tesalónica.

12. La Iglesia de esta ciudad tuvo también, por análogos motivos, bastante que sufrir. Y habiéndolo sabido Pablo, envió allá á Timoteo, que había vuelto á reunirse con él en Atenas. Y habiéndole traído á Corinto noticias más circunstanciadas Timoteo y también Silas ó Silvano, escribió á los tesalonicenses la primera de sus Epístolas, que, por esta razón, nos creemos en el caso de insertar aquí íntegra:

"Pablo y Silvano y Timoteo á la Iglesia de los tesalonicenses, en Dios Padre y en nuestro Señor Jesucristo. Gracia sea á vosotros y paz de Dios nuestro Padre y de nuestro Señor Jesucristo. Siempre damos gracias á Dios por vosotros, haciendo continuamente memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos delante del Dios y Padre nuestro de las obras de vuestra fe, de los trabajos de vuestra caridad y de la firmeza de vuestra esperanza en nuestro Señor Jesucristo: como que sabemos, amados hermanos, que vuestra elección es de Dios, porque nuestro Evangelio no se anunció á vosotros sólo en palabras, sino también en milagros y en Espíritu Santo, y en grande plenitud de persuasión, porque ya sa-

(1) Suet., Claud., núm. 25.

Digitized by Google

béis cuáles fuimos entre vosotros por vosotros. Y vosotros os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de muchas tribulaciones con gozo del Espíritu Santo: de modo que os habéis hecho modelo á todos los que han creído en Macedonia y en Acaya, pues que de vosotros se difundió la palabra del Señor, no sólo por la Macedonia y por la Acaya, sino que por todas partes se ha divulgado en tanto grado la fe que tenéis en Dios, que no tenemos necesidad de decir nada sobre esto. Porque ellos mismos publican el suceso que tuvo nuestra entrada entre vosotros, y cómo os convertisteis á Dios, abandonando los ídolos por servir al Dios vivo y verdadero, y para esperar de los cielos á su Hijo Jesús, á quien resucitó de entre los muertos, y el cual nos libró de la ira venidera.

„Porque vosotros mismos sabéis, hermanos, cómo nuestra llegada á vuestra ciudad no fué en vano. Antes habiendo primero padecido y sido afrentados, como lo sabéis, en Filipos; puesta en nuestro Dios la confianza, pasamos animosamente á predicaros el Evangelio de Dios en medio de muchos obstáculos. Porque nuestra exhortación no fué de error, ni por inmundicia, ni por engaño. Mas según fuimos aprobados de Dios para que se nos confiase el Evangelio, así hablamos, no para agradar á los hombres, sino á Dios, que prueba nuestros corazones Porque nuestro lenguaje nunca fué de adulación, como sabéis, ni un pretexto de avaricia: Dios es testigo. Ni buscando gloria de los hombres, ni de vosotros, ni de otros. Pudiendo, como apóstoles de Cristo, seros gravosos; mas nos hicimos párvulos en medio de vosotros, como una nodriza que acaricia á sus hijos. De tal manera apasionados por vosotros, que deseábamos con ansia daros no sólo el Evangelio de Dios, sino también nuestra misma vida; tan amados llegasteis á ser de nosotros. Pues ya os acordáis, hermanos, de nuestro trabajo y fatiga; trabajando de día y de noche, por no gravar á ninguno de vosotros, predicamos entre vosotros el Evangelio de Dios. Vosotros sois testigos, y Dios, de cuán justa y santa y sin querella fué nuestra mansión entre vosotros, que habéis abrazado la fe, sabiendo, como sabéis, que nos hemos portado con cada uno de vosotros como un padre con sus hijos, amonestándoos, consolándoos y conjurándoos á llevar una vida digna de Dios, que os ha llamado á su reino y gloria. Por lo cual damos también sin cesar gracias á Dios, porque cuando oyéndonos recibisteis de nosotros la palabra de Dios, la recibisteis, no como palabra de hombres, mas, según ella es, en verdad, como palabra de Dios, el cual obra en vosotros, que habéis creído. Porque vosotros, hermanos, os habéis hecho imitadores de las Iglesias de Dios que hay en Judea, reunidas en Jesucristo, siendo así que habéis sufrido de parte de los de vuestra propia nación las mismas persecuciones que aquéllas han sufrido de los judíos: los cuales también mataron al Señor Jesús y á sus propios profetas, y á nosotros nos han perseguido, y desagradan á Dios, y son enemigos de todos los hombres, prohibiéndonos predicar á los gentiles á fin de que se salven, para ir siempre ellos llenando la medida de sus pecados: porque llegó la ira de Dios sobre ellos hasta el cabo.

Digitized by Google

„Mas nosotros, hermanos, después de haber estado por un poco de tiempo separados de vosotros, de vista, no de corazón, tanto más nos hemos apresurado con mucho deseo para veros en persona; por eso quisimos pasar á visitaros, y en particular, yo, Pablo, una y otra vez; pero Satanás nos lo ha estorbado. Porque ¿cuál es nuestra esperanza, ó nuestro gozo ó corona de gloria? ¿Por ventura no sois vosotros ante nuestro Señor Jesucristo para el día de su advenimiento? Sí, vosotros sois nuestra corona y nuestro gozo.

„Por lo cual, no pudiéndolo más sufrir, tuvimos por bien quedarnos solos en Atenas: y hemos enviado á Timoteo, nuestro hermano y ministro de Dios en el Evangelio de Jesucristo, para confirmaros y esforzaros en vuestra fe: á fin de que ninguno se conturbe por estas tribulaciones; pues vosotros mismos sabéis que á esto estamos destinados. Porque ya cuando estábamos con vosotros os predecíamos que habíamos de padecer tribulaciones, como así ha sucedido, y lo sabéis. Por esto mismo, no pudiendo ya sufrir más, envié á informarme de vuestra fe, temiendo que el tentador os hubiese tentado, y se hiciese vano nuestro trabajo. Pero ahora que Timoteo, regresado aquí de vosotros, nos ha traído noticias de la fe y caridad vuestra, y como conserváis siempre buena memoria de nosotros, deseando vernos, como nosotros también á vosotros, con eso, hermanos, hemos tenido gran consuelo á vista de vuestra fe, en medio de todas nuestras necesidades y tribulaciones. Porque ahora vivimos puesto que vosotros estáis firmes en el Señor. Y en efecto, ¿qué hacimiento de gracias podemos dar al Señor por vosotros, por todo el gozo que experimentamos por vuestra causa delante de nuestro Dios? Esto es lo que nos hace rogarle noche y día, con la mayor instancia, que podamos pasar á veros y acabar las instrucciones que faltan á vuestra fe. ¡Oh! ¡Quiera el Dios y Padre nuestro, y nuestro Señor Jesucristo dirigir nuestros pasos hacia vosotros! Entretanto, el Señor os multiplique, y aumente vuestra caridad entre vosotros, y para con todos, así como nosotros también os la tenemos: para confirmar vuestros corazones sin reprensión en santidad delante de Dios y Padre nuestro, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos. Amén.

„Por lo demás, hermanos, os rogamos y os conjuramos por el Señor Jesús, que según aprendisteis de nosotros el modo cómo debéis portaros y agradar á Dios, así procedáis para adelantar más y más. Porque ya sabéis qué preceptos os he dado en nombre del Señor Jesús. Pues esta es la voluntad de Dios, vuestrasantificación; que os abstengáis de la fornicación, que sepa cada uno de vosotros poseer su vaso en santidad y honor; no en afecto de concupiscencia, como los gentiles que no conocen á Dios; y que ninguno oprima ni engañe en nada á su hermano: porque el Señor es vengador de todas estas cosas, como antes os lo hemos dicho y protestado; porque no nos ha llamado Dios para inmundicia, sino para santificación. Y así, quien desprecia estos preceptos no desprecia á un hombre, sino á Dios; el cual ha puesto también su Espíritu Santo en nosotros.

Y por lo que mira á la caridad fraterna no hay necesidad de escribi-

Digitized by Google

ros; pues vosotros mismos aprendisteis de Dios el amaros unos á otros. Y así lo hacéis con cuantos hermanos hay en toda Macedonia. Pero os rogamos que adelantéis más y más, y que procuréis vivir en sosiego, que hagáis vuestra hacienda, y trabajéis con vuestras manos, conforme os tenemos ordenado, y que os portéis honestamente con los que están fuera: y no codiciéis cosa alguna de nadie. Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque, si creemos que Jesús murió, y resucitó: así también Dios traerá con Jesús á aquellos que durmieron por él. Esto, pues, os decimos en palabra del Señor, que nosotros los vivientes, que quedaremos hasta la venida del Señor, no nos adelantaremos á los que durmieron. Por cuanto el mismo Señor, á la intimación, y á la voz del arcángel, y al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán los primeros. Después nosotros, los vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados prontamente con ellos en las nubes á recibir á Cristo en los aires, y así estaremos con el Señor eternamente. Consolaos, pues, los unos á los otros con estas verdades.

„Y acerca de los tiempos y de los momentos, no habéis menester, hermanos, que os escribamos. Porque vosotros sabéis muy bien que, como el ladrón de noche, así vendrá el día del Señor. Porque cuando dirán paz y seguridad; entonces los sobrecogerá de repente la ruina, como el dolor á la mujer que está en cinta, y no escaparán. Mas vosotros, hermanos, no vivís en tinieblas, para que os sorprenda como ladrón aquel día: puesto que todos vosotros sois hijos de la luz é hijos del día: no lo somos de la noche ni de las tinieblas. No durmamos, pues, como los demás; antes bien estemos en vela y vivamos con templanza. Pues los que duermen, duermen de noche, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Mas nosotros, que somos del día, seamos sobrios, vestidos de cota de fe y caridad y por yelmo esperanza de salud. Porque no nos ha puesto el Señor para ira, sino para alcanzar la salud por nuestro Señor Jesucristo, el cual murió por nosotros á fin de que, ora velando, ora durmiendo, vivamos juntamente con él. Por lo cual consolaos mutuamente, y edificaos los unos á los otros, como ya lo hacéis.

„Asimismo, hermanos, os rogamos que tengáis especial consideración á los que trabajan entre vosotros, y os gobiernan en el Señor y os amonestan; dándoles las mayores muestras de caridad por sus desvelos. Conservad la paz entre vosotros mismos. Os rogamos también, hermanos, que corrijáis á los inquietos, que consoléis á los pusilánimes, que soportéis á los flacos, que seáis sufridos con todos. Mirad que ninguno vuelva á otro mal por mal: antes tratad de hacer siempre bien unos á otros y á todo el mundo. Estad siempre gozosos. Orad sin intermisión. En todo dad gracias: porque esta es la voluntad de Dios en Jesucristo para con todos vosotros. No apaguéis el Espíritu. No despreciéis las profecías. Examinadlo todo; y abrazad lo que es bueno. Guardaos de toda apariencia de mal.

Digitized by Google

„Y el Dios de la paz os haga santos en todo: á fin de que vuestro espíritu entero, y el alma y el cuerpo se conserven sin reprensión en la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os ha llamado, el cual también lo cumplirá. Hermanos, orad por nosotros. Saludad á los hermanos todos en ósculo santo. Os conjuro por el Señor, que se lea esta carta á todos los santos hermanos. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros. Amén„ (1).

13. Tal es la primera Epístola de San Pablo. Respira en ella algo desconocido á la antigüedad, una caridad toda del cielo. Tenemos varias cartas de aquellos siete sabios que un tiempo se habían reunido en Corinto; pero ninguna es comparable á las de San Pablo. El único filósofo griego que pudiera algún tanto presentarse en paralelo es Platón. Trece son sus cartas, catorce las de Pablo. Platón tendía, aunque desde muy lejos, al mismo intento, de la regeneración de los hombres. Expone en sus cartas, por qué no había tomado parte en gobierno alguno; parecíanle malas todas las Constituciones políticas de entonces, y casi incurables aquellas legislaciones, sin una preparación milagrosa, favorecida por las circunstancias. Según él sólo la Filosofía ortodoxa y verdadera podía discernir lo que era justo, así respecto al Estado como respecto al individuo, y el género humano no cesaría de ser desgraciado sino cuando llegasen á gobernar ortodoxos y verdaderos filósofos, ó cuando los gobernantes fuesen verdaderamente filósofos (2). La verdadera Filosofía es la constancia, la fe, la sinceridad (3). Para alcanzarla es menester ante todo conocer á Dios, jefe y autor de todo lo que existe y de todo lo que existirá, así como también al Señor, Padre del jefe y del autor, y conocerle hasta donde puede el más favorecido conocerle (4). La servidumbre y la libertad excesivas son igualmente malas: moderadas son igualmente buenas. Es moderada la servidumbre que debemos á Dios; inmoderada la que exigen los hombres. Dios es la ley de los hombres sabios; la de los insensatos, la voluptuosidad (5). Tales son las ideas de Platón y tales sus palabras. Para atraer á esto los hombres, buscaba ya en Roma, ya en Italia, jóvenes de generosa índole, á fin de influir por ellos en la muchedumbre. Porque el dirigirse á la muchedumbre misma, lo miraba como absurdo é imposible. En Siracusa, en Sicilia, se atrajo á Dión, y por persuasión de éste, á Dionisio, el joven. Entre sus cartas hay tres para Dión y sus amigos, y cuatro para Dionisio. En una de las cartas á éste último, es donde, al hablar de la naturaleza del Ser primero, parece reconocer en él como tres personas (6).

En cuanto al resultado, Dionisio arrojó á Dión, é hizo vender como esclavo á Platón. Dión, á su vez, arrojó á Dionisio, que se vió reducido

---

(1) I. Thessal.
(2) Epist. VII.
(3) Ibid. X.
(4) Ibid. VI.
(5) Ibid. VIII.
(6) Ibid. II.

Digitized by Google

á hacerse maestro de escuela en Corinto. He ahí los éxitos que obtuvo Platón. ¡Y he aquí que Pablo escribe su primera carta á una multitud de hombres, mujeres y niños, que, después de unos meses de instrucción, profesan, aman y practican lo que Platón juzgaba imposible, persuadir al pueblo, lo que no pudo él, en efecto, persuadir á unos cuantos escogidos discípulos! Y Pablo les habla un lenguaje desconocido para la Grecia. Platón en sus cartas es elegante y culto; pero en vano buscaríamos en ellas aquella alma, aquella caridad y aquella sobreabundancia de vida con que rebosa en ideas y sentimientos el escrito de Pablo, como raudal que, saliendo de Dios, sube hasta la vida eterna. Si en Platón es superior la elegancia de las palabras, es infinitamente superior en Pablo la elocuencia de las cosas.

Habiendo recibido los cristianos de Tesalónica su carta, divulgóse el rumor de que estaba próximo el día del juicio, de que hablaba dicha carta. Pablo los tranquilizó por medio de una segunda Epístola. En ella, después de felicitarles en Dios por el aumento continuo de su fe y de su caridad, en medio de las tribulaciones que les labraban para hacerlos dignos del reino celestial, mientras que sus perseguidores se preparaban un eterno castigo, añade: "Mas os rogamos, hermanos, por el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra reunión con él: que no abandonéis ligeramente vuestros sentimientos, ni os alarméis con falsas revelaciones, con ciertos discursos ó con cartas que se supongan enviadas por nosotros, como si el día del Señor estuviese ya muy cercano. Y no os dejéis seducir de nadie en manera alguna: porque no será sin que antes venga la apostasía y sea manifestado el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta sobre todo lo que se llama Dios, ó es adorado, hasta llegar á poner su asiento en el templo de Dios, dando á entender que es Dios. ¿No os acordáis que cuando estaba todavía entre vosotros os decía estas cosas? Y sabéis qué es lo que ahora le detiene, á fin de que sea manifestado en su tiempo. Porque ya está obrando el misterio de la iniquidad; sólo que el que está firme ahora, manténgase hasta que sea quitado de en medio. Y entonces se dejará ver aquel inicuo á quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida á aquel inicuo que vendrá con el poder de Satanás, con toda suerte de milagros, de señales y de prodigios falsos, y en toda la seducción de la iniquidad para aquellos que perecen; por no haber recibido y amado la verdad á fin de salvarse. Por eso Dios les enviará (1) operación de error, para que crean á la mentira y sean condenados todos los que no creyeron á la verdad, antes consintieron á la iniquidad (2).

Este inicuo de quien habla el Apóstol es el Anticristo, el postrero de los falsos profetas y de los falsos Cristos, el postrero y más peligroso de los seductores, el último y más violento perseguidor, respecto al cual no

---

(1) Permitirá Dios que den oídos á todo error y falsa doctrina. (Romanos, I, 26.)—*(Nota del P. Scio, puesta aquí por el traductor.)*
(2) II Thessal., II, 1-12.

Digitized by Google

hacen más que prepararle el camino los otros, principalmente Mahoma, fundador del imperio anticristiano. Llegará cuando desaparezcan los últimos restos del cuarto imperio, ó del imperio romano. Ahí está el obstáculo que le impide comparecer al presente. Así, al menos, lo han pensado la mayor parte de los Padres y de los intérpretes. Porque nada tenemos de absoluta certeza respecto al recóndito sentido de estas misteriosas palabras; pues no han llegado hasta nosotros con certeza las instrucciones más detalladas que el Apóstol había dado de viva voz á los tesalonicenses.

De todo ello saca San Pablo la siguiente consecuencia: "Y así, hermanos, estad firmes, y conservad las tradiciones que aprendisteis, ó por palabra ó por carta nuestra.„ Es decir, que para resistir á todas las seducciones, especialmente á la última, es menester conservar las tradiciones orales de los Apóstoles con no menos fidelidad que sus escritos. Termina con amenazas severas para algunos inquietos y haraganes y les recuerda lo que ya les había dicho, á saber: "Que quien no quiere trabajar tampoco coma.„ "Y si alguno no obedeciere—dice—á lo que ordenamos en nuestra carta, notadle á este tal, y no tengáis comunicación con él, para que se avergüence. Mas no le miréis como enemigo, antes bien corregidle como á hermano. Así el mismo Señor de la paz os dé siempre paz en todo lugar. El Señor sea con todos vosotros. La salutación de mi propio puño, Pablo: que es la señal en cada carta. Así escribo. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén„ (1).

En esta misma carta instaba San Pablo á los tesalonicenses á rogar por él para que la palabra de Dios se propagase y fuese glorificada como lo era entre ellos, y para que él y sus compañeros se viesen libres de hombres díscolos y malos. Alude á las persecuciones que tenía que sufrir en Corinto. Desde la llegada de Timoteo y Silas, se aplicaba aún con más ardor á la predicación, testificando á los judíos que Jesús era el Cristo. Mas creciendo asimismo la obstinación de ellos y su oposición al Evangelio, Pablo, no pudiendo ya sufrir sus blasfemias, sacudió sus vestiduras en señal de injusta indignación, y les dijo, como en anuncio de todas las calamidades que iban á caer sobre ellos: "Vuestra sangre sea sobre vuestra cabeza; yo no tengo la culpa. Desde ahora me voy á los gentiles.„ (2) Tal vez entre los judíos que blasfemaron de Jesucristo y del Evangelio estarían aquellos en cuya casa había habitado hasta entonces el Apóstol con Aquila y Priscila. Y sería probablemente eso lo que le movería á dejar, como dejó en efecto, dicha casa, y se pasó á la del prosélito convertido, Tito Justo, que estaba contigua á la sinagoga, presidida ésta por un tal Crispo. El cual, aprovechándose de la vecindad del Apóstol, abrazó con toda su familia la Religión cristiana, y el Apóstol le bautizó por su propia mano: honor que sólo tuvieron, después de él, Caio y la casa de Estefanas, llamada por el mismo Apóstol, con Fortunato y Acaio, las

(1) II Thessal., III, 14-18.
(2) Act. XVIII, 6.

Digitized by Google

primicias de la fe y el cristianismo en Acaya. Pablo dejaba á Silas y á Timoteo el cuidado de bautizar, á fin de aplicarse él por completo á la predicación de la divina palabra, habiendo sido llamado especialmente á esa vocación por Jesucristo.

Tales fueron las persecuciones, apuros, trabajos, temores y angustias reunidas, digámoslo así, para asaltarle, que tuvo necesidad de una visión celestial para renovar su ardor. Apareciósele Jesucristo una noche y le exhortó á no temer, y á proseguir predicando, y no callar, "porque estoy—le dijo—contigo, y nadie llegará á maltratarte; porque ha de ser mía mucha gente en esta ciudad„. Animado con estas palabras el Apóstol, detúvose en Corinto dieciocho meses (1). Lo cual no ha de entenderse en términos que no haya podido hacer él mismo excursiones á los puntos vecinos en rededor, y por medio de sus compañeros Silas y Timoteo propagar la fe en casi toda la Acaya, ó al menos en las principales ciudades. Vemos, en efecto, que su segunda carta, escrita pocos años después, va dirigida, no sólo á los de Corinto, sino también á los fieles de toda la Acaya.

Entre todas las conversiones que consiguió San Pablo en Corinto, ninguna debió exasperar tanto á los judíos como la de Sóstenes, sucesor de Crispo en la presidencia de su sinagoga. La conversión de dos personajes tan distinguidos y jefes de su secta, uno en pos del otro precisamente les había de irritar y enfurecer en extremo. Así que se levantaron unánimes contra Pablo, y lo llevaron al tribunal del procónsul de Acaya, acusándole de enseñar un culto contrario á la Ley de ellos, y por consiguiente, no autorizado, como lo estaba aquella por las leyes romanas. Era entonces procónsul de Acaya, Galión, hermano del filósofo Séneca. Al punto que Pablo iba á responder á las acusaciones alegadas contra él por los judíos, anticipósele el procónsul diciendo á sus acusadores: "Si se tratase verdaderamente de alguna injusticia ó de algún enorme crimen, sería razón, oh judíos, que yo admitiese vuestra delación. Mas si son cuestiones de palabras y de nombres, y cosas de vuestra Ley, allá os las hayáis: que yo no quiero meterme á juez de esas cosas„ (2).

El permiso concedido por las leyes romanas á la religión judía extendíase á todas las sectas en que por entonces se hallaba dividida; de suerte que bajo el nombre de judíos eran tolerados en el imperio, así los fariseos como los saduceos, como los esenios y hasta los samaritanos. Como todos estos profesaban el culto de un solo Dios, según la ley de Moisés, no juzgaron los romanos que les compitiese decidir quiénes interpretaban mejor la ley, persuadidos de que tales controversias de religión debían ser definidas por los sacerdotes y pontífices de los mismos judíos.

Era mirada entonces la Religión cristiana como secta del judaísmo, y permitida como tal en todo el imperio romano. Procedió, pues, cuerdamente Galión al rehusar entender de las diferencias que se habían suscitado entre Pablo, doctor y maestro de los cristianos, y los rabinos, maes-

(1) Act. XVIII, 7-11.
(2) Act., XVIII, 12-16.

Digitized by Google

tros de la Sinagoga, y mandar á éstos salir de su tribunal. Picados entonces de la inhibitoria del procónsul, descargaron los judíos (1) su cólera sobre Sóstenes, príncipe poco antes de la sinagoga, contra quien se hallaban irritadísimos, y excitaron á los dependientes del tribunal á golpearle á vista del mismo Galión, sin que éste hiciese caso de ello. Sóstenes, después de haber sufrido esta afrenta con admirable resignación, se adhirió á Pablo y le siguió á Efeso, donde el santo Apóstol le dispensó el honor de unir á su propio nombre el del mismo Sóstenes, en el encabezamiento de la primera Epístola que escribió, como veremos, en aquella ciudad, á los fieles de Corinto.

Viéndose Pablo libre de aquella tormenta sin que le maltratasen, no obstante ser él contra quien más furor tenían los judíos, hizo á Dios, en acción de gracias, un voto (2) semejante al de los nazarenos, voto que solían hacer los judíos cuando por la misericordia divina escapaban de gran peligro. Los que hacían tal voto debían, durante todo el tiempo de su nazarenato, abstenerse de vino y de licores que embriagan, y dejaban crecer los cabellos, cosa que era entre los antiguos señal de servidumbre, de penitencia y de duelo. Al cumplirse el plazo del voto tenían aún que ofrecer, en la puerta del Tabernáculo ó del Templo, el holocausto ó sacrificio propiciatorio y el de acción de gracias, raparse la cabeza y arrojar los cabellos en el fuego que había servido para el último sacrificio. Pablo, que en todas las cosas que no eran contra el Evangelio, se hacía de grado judío con los judíos y gentil con los gentiles, juzgó que no podía hacer en aquella ocasión voto más acepto á Dios que éste que los primeros acostumbraban á practicar, según las prescripciones de la ley de Moisés. Conciliábase así el afecto de los menos alejados para con él, y confundía á sus enemigos, que le perseguían como destructor de los ritos y de las ceremonias legales. Después de haberse detenido muchos días en Corinto, y á punto ya de embarcarse en el puerto de Cencris para Siria, quiso al menos cumplir su voto en parte, haciéndose cortar el cabello; y reservando para cuando llegase á Jerusalén, ofrecer los sacrificios acostumbrados, ó bien comisionar á alguien que pusiese las manos en la cabeza de las víctimas al ser éstas inmoladas á nombre de él en el atrio del Templo. Lo cual era permitido á quienes por asuntos públicos se hallasen lejos de la Ciudad Santa ó fuera de Judea. Disponiéndose, pues, el Apóstol á emprender tan larga navegación, quiso desde luego cumplir su voto, temiendo tal vez incurrir en el navío, lleno de toda clase de gentes, en alguna

---

(1) Aunque consta de la Escritura que maltrataron á Sóstenes, no se sabe positivamente quiénes fueron ni por qué causa. Habla nuestro autor acomodándose á la opinión de ser ya por entonces Sóstenes cristiano; pero aunque sea muy autorizada tal opinión, no es seguro que estuviese por aquella fecha ya convertido; antes parece tal vez más obvio que sería maltratado en esta ocasión, ya por los suyos, ya por otros, yendo al frente de los acusadores, como príncipe de la sinagoga: que es la calificación que le da en este pasaje el sagrado texto.—(*N. del T.*)

(2) Podría tal vez referirse dicho voto á Aquila, y no á San Pablo.—(*N. del T.*)

Digitized by Google

mancha legal: lo que le obligaría á comenzar de nuevo el tiempo de su nazarenato (1).

14. Créese que por este tiempo, hallándose con el Apóstol á la banda de Acaya y Beocia, escribió San Lucas su Evangelio; y es, por otra parte, sentir común de los antiguos, que como San Marcos recogió el suyo de las predicaciones de San Pedro, cuyo intérprete era, así también San Lucas, fiel y asiduo compañero del Apóstol en sus viajes, puso por escrito el que el mismo Apóstol predicaba. Según lo cual, varios han creído que San Pablo lo miraba como obra propia suya, y que en ese sentido habla en su segunda carta á Timoteo, cuando dice: "Según mi Evangelio„ (2); y no han vacilado en hacer autor de él, en cierta manera, al mismo Apóstol, persuadiéndose, no sin razón, que podía atribuirse al maestro la obra del discípulo. Hasta hubo quien pretendiese que San Lucas no había hecho más que escribir al dictado de su maestro, y no era, por tanto, más que un copista; lo cual, en ese sentido estricto, no podría sostenerse. Sea cualquiera la parte que el Apóstol haya podido tener en dicho Evangelio, no se debe robar á San Lucas la gloria de haber sido verdadera y propiamente su autor. El mismo Apóstol no intentó, ciertamente, disputarle esa gloria, si, como sienten comunmente los intérpretes, es á él á quien alude en aquellas palabras de su segunda Epístola á los Corintios: "Os hemos también enviado con él al hermano nuestro, que se ha hecho célebre en todas las Iglesias por el Evangelio, y el cual, además de eso, ha sido escogido por las Iglesias para acompañarnos en nuestros viajes„ (3). San Lucas mismo, al principio de su Evangelio, advierte á Teófilo, que habiendo intentado varios (y ya vemos qué pocos con buen éxito) escribir la historia de Jesucristo, le había parecido oportuno emprender esa obra, habiendo adquirido las convenientes noticias de aquellos mismos que desde el principio habían sido testigos y luego ministros de la divina palabra. Entre estos testigos oculares no está comprendido ciertamente San Pablo. No puede, pues, ser verdad que hubiese éste sido como el autor, y San Lucas un mero copista, ni que á sólo San Pablo debiese el Evangelista las noticias que tuvo presentes para su obra.

No era San Lucas judío de nación, toda vez que escribiendo el Apóstol á los colosenses, y saludándolos primeramente en nombre de Aristarco, de Marcos, primo de Bernabé, y de Jesús, por sobrenombre Justo, añade: "Estos son los circuncisos, y ellos solos son los que me ayudan en el reino de Dios, y han sido mi consuelo.„ Pone después los saludos de Epaphras, del muy amado Lucas, médico, y de Demas, que, por consiguiente, no eran de los circuncisos (4). Por la misma razón no ha podido ser tampoco, como algunos lo han imaginado, uno de los setenta y dos discípulos, y es el único entre los gentiles escogido por el Espíritu Santo para

---

(1) Act., XVIII, 18. (Véase nuestra nota anterior.)
(2) II Tim., II, 8.
(3) II Cor., VIII, 18.
(4) Coloss., IV, 10-12 y 14.

Digitized by Google

escribir los libros divinamente inspirados por él mismo. No obstante lo cual, hay quienes pretenden que haya sido pariente del mismo Apóstol, fundados en aquel pasaje de la Epístola á los Romanos donde los saluda de parte de Lucio, de Jasón y de Sosipater, á los cuales llama "mis parientes.„ Lucius es el mismo nombre que Lucas, traído á una flexión latina, como Silas se cambia á menudo en Silva no. Y es tanto más verosímil esto, cuanto que estando entonces San Lucas, lo mismo que los otros, allí recordados, en compañía del Apóstol, y siendo por añadidura uno de sus más ilustres compañeros, no habría dejado, por su parte, de saludar á los romanos.

Así como el Evangelio de San Mateo había sido escrito con atención á los fieles convertidos en Judea, y el de San Marcos con atención á los fieles convertidos por el Príncipe de los Apóstoles en Roma, así también el de San Lucas parece haber sido con atención á los convertidos por San Pablo en la Grecia y en el Asia, y particularmente á cierto Teófilo, amigo particular del santo evangelista, y que según el epíteto que le da de *optimo* (en el griego, muy poderoso), se conjetura haber sido un personaje ilustre y de consideración, investido tal vez de alguna dignidad en el imperio, pues está probado por muchos ejemplos que era costumbre dar semejante título á tales personas, como en posteriores tiempos el de excelencia. Así en Los Actos cierto Tertulo, acusando á San Pablo ante Félix, gobernador de Siria, le llama optimo Félix, y San Pablo mismo, hablando sobre el propio asunto á Festo, sucesor de Félix, le da igual título: óptimo Festo. Mas lo que hace á Teófilo, más ilustre que cualesquiera otros títulos es la profesión de la Religión verdadera; el haber merecido que su nombre aparezca, no sólo en el encabezamiento de este Evangelio, sino también al frente de los Actos de los Apóstoles, que á él dirigió también el mismo San Lucas.

15. Después de haber cumplido, como hemos visto, su voto, embarcóse Pablo en compañía de Aquila y Priscila y arribó á Efeso, capital de la Jonia. Entró, según acostumbraba, en la sinagoga para disputar con los judíos. Pero estas primeras discusiones fueron tan pacíficas que disponiéndose á marchar el Apóstol, y á continuar su viaje á Siria, le rogaron que se detuviese más tiempo. A lo cual no condescendió sin embargo, pero les prometió volver. Y entretanto les dejó á Aquila y Priscila. Embarcado, pues, nuevamente fué á Cesarea, y tomando allí tierra, se puso en camino para Jerusalén. Después de saludar á la Iglesia, y cumplir las cosas para las cuales había principalmente emprendido el viaje, fué á Antioquía, donde se detuvo algún tiempo. Saliendo de allí, atravesó de nuevo la Galacia y la Frigia, visitando las iglesias que había fundado ya en aquellas provincias y confirmando á los discípulos en la fe. Recibiéronle los Galatas como á un ángel de Dios, como al mismo Jesucristo. Prontos, si fuera posible, á sacarse los ojos para dárselos á él (1).

Durante este viaje del Apóstol á través de Palestina, Siria y Asia,

(1) Act., XVIII, 19-23; Galat., IV, 14 y 15.

Digitized by Google

llegó á Efeso cierto judío llamado Apolo, hombre elocuente y muy versado en las divinas Escrituras, y lleno de espíritu y fervor. Estaba persuadido de que las antiguas profecías concernientes á la venida del Mesías prometido se habían cumplido en Jesucristo, y lleno de esta fe entró en la sinagoga de Efeso, y con gran celo se esforzaba en atraer los judíos á estos mismos sentimientos. Mas no estaba completamente instruído de las enseñanzas del Evangelio. Originario de Alejandría y habiendo ido á Jerusalén por el tiempo en que San Juan Bautista predicaba el bautismo de la penitencia para preparar los judíos á la predicación de Cristo, había abrazado su doctrina y recibido su bautismo. Vuelto á Alejandría, es de creer que no conocería más que por la fama, hasta esta coyuntura, los hechos del Salvador, los misterios de su muerte y resurrección, y no habiendo encontrado ningún ministro evangélico que le instruyese completamente, en tales materias había comprendido en esto la verdad sólo por el estudio particular de las Sagradas Escrituras. Viendo lo cual Aquila y Priscila se pusieron á instruirle más á fondo en el camino del Señor. Recibidas estas nuevas instrucciones concibió el pensamiento de pasar á Acaya, á fin de trabajar allí, con su doctrina y su elocuencia, en confirmar en la fe á los hermanos y en redargüir á los judíos obstinados. Fué, pues, allá con cartas comendaticias de Aquila y Priscila, y su ida fué de mucho provecho para animar á los fieles, que más de una vez vieron á los jefes de las sinagogas en las disputas públicas reducidos á vergonzoso silencio, no pudiendo resistir ni á la vehemencia de su espíritu ni á la fuerza de los argumentos con que probaba que, según las Escrituras, Jesús era el Cristo (1). Con sus predicaciones y sus controversias hizo tanto provecho en Corinto, que pudo comparársele á Pablo, el cual, en efecto, no tuvo reparo en escribir que Apolo había regado la viña que él había primeramente plantado. Entre los mismos corintios se originó una reprensible emulación á este propósito, porque los unos se jactaban de haber tenido por maestro á Pablo y los otros á Apolo.

Hallábase éste todavía en Corinto, cuando Pablo, habiendo recorrido las provincias superiores del Asia, volvió á Efeso con intento de pasar allí todo el tiempo preciso para fundar una ilustre iglesia. Había entonces en aquella ciudad algunos discípulos que, como Apolo, por más que creyesen en Jesucristo, no habían recibido otro bautismo que el de Juan. Suponiéndolos bautizados con el de Jesucristo, preguntóles el Apóstol si habían recibido el Espíritu Santo. Podía razonablemente dudarlo, pues no había habido hasta entonces en Efeso Apóstol ni Obispo que pudiese imponerles las manos y administrarles el Sacramento de la Confirmación. Respondieron que ni siquiera habían oído si había Espíritu Santo. Sorprendido de tal respuesta, preguntóles San Pablo nuevamente que con cual bautismo habían sido, pues, bautizados; y enterado de que había sido el de Juan, dispuso que fuesen bautizados en el nombre de Jesucristo. Y luego, habiéndoles impuesto las manos el mismo Pablo, descendió sobre

(1) Act., XVIII, 24-28.

Digitized by Google

ellos el Espíritu Santo, no sólo con los efectos invisibles de su gracia, sino también con las señales extraordinarias y manifiestas de su divina presencia, hablando los neófitos distintamente lenguas que antes no sabían, prediciendo las cosas futuras, interpretando las divinas Escrituras y celebrando los loores de Dios en alta voz y con vivo fervor.

Por espacio de tres meses, después de la vuelta á Efeso de Pablo, presenció, como de ordinario, aquella sinagoga sus controversias, sus predicaciones y sus triunfos. Mas cuando vió él que algunos judíos, tal vez de los principales, se endurecían más cada vez en su infidelidad y hasta blasfemaban del camino del Señor en presencia de los oyentes, abandonó la pérfida sinagoga por no irritar más el furor de aquellos impíos, y separó de ellos á los nuevos discípulos. Retiróse á la mansión de un cristiano, llamado Tirano, en cuya escuela platicaba todos los días. Duró esto por espacio de dos años, de suerte que todos los que habitaban en Asia oyeron la palabra del Señor, así judíos como gentiles. Puede conjeturarse que el Apóstol no estuvo todo aquel tiempo fijo en Efeso, sino que recorrió también las otras ciudades de la Jonia, y aun acaso de toda el Asia proconsular. Puede, además, decirse que sin que se apartase de Efeso, pudo el resultado ser el mismo, en atención á la inmensa concurrencia que de toda el Asia afluían á aquella ciudad, que por su gran comercio podía considerarse como el mercado de aquellas comarcas, en la cual tenía de ordinario su residencia el procónsul, donde por último, estaba el famoso templo de Diana, tenido por una de las maravillas del mundo, y que atraía á Efeso, no sólo del Asia, sino del mundo todo, gran número de extranjeros. Con razón, pues, pareció al Apóstol aquella gran ciudad teatro digno para su apostólico celo. Para glorificar aún más ante tantos pueblos á su fiel ministro y dar mayor realce á su predicación, dignóse Dios obrar por medio de él extraordinarios milagros. Cosa jamás vista y oída; hasta de los pañizuelos que habían tocado su cuerpo quiso el Omnipotente servirse para instrumento de prodigios, para lanzar de los enfermos las dolencias, y de los poseídos á los espíritus malignos. Los falsos reformadores de la Iglesia, que tanto han declamado y declaman todavía contra el uso de las santas reliquias, no hubieran según eso dejado de condenar entonces como una necia superstición la devoción con que estos primeros cristianos aplicaban á los energúmenos y á los enfermos los lienzos que habían tocado al cuerpo de Pablo. Mas Dios, que hubiera entonces confundido el amargo celo de esos falsos sabios, mediante los milagros con que manifestó serle acepta en aquellas prácticas la sencillez de la fe, no ha dejado de condenar la temeridad de estos tales con parecidos milagros, obrados mediante la aplicación de las reliquias de los santos, según los irrebatibles testimonios que todos los siglos ofrecen (1).

Tenían también los judíos en aquellos tiempos sus exorcistas, que iban de una en otra población á exorcizar los poseídos, para sacar de ello dine-

(1) Orsi, *Hist. Eccl.*, tomo I.

Digitized by Google

ro. De tales exorcistas eran siete hijos de cierto Sceva, jefe de una de las veinticuatro familias sacerdotales. Habiendo, pues, llegado á Efeso y viendo el poder que tenía Pablo sobre los demonios por el nombre de Jesucristo; tentaron también de conjurarlos por Jesús, á quien Pablo predicaba, aunque no tuviesen ellos mismos el debido respeto ni para Jesucristo ni para San Pablo. Parecida cosa había tenido lugar en vida de nuestro Señor, que lo había tolerado; por ser entonces sazón de hacer brillar principalmente su mansedumbre. Mas no quiso sufrir que se abusase siempre de su nombre por vanidad y por interés: y se sirvió del demonio mismo para castigar tal profanación. Porque el poseído dijo á aquellos judíos: "Conozco á Jesús, y sé quién es Pablo, mas vosotros, ¿quién sois? Y al instante el hombre, que estaba poseído de un pésimo demonio, se echó sobre ellos, y apoderóse de dos y los maltrató de tal suerte que los hizo huir de aquella casa desnudos y heridos. Cosa que fué notoria á todos los judíos y gentiles que habitaban en Efeso: y todos ellos quedaron llenos de temor, y era engrandecido el nombre del Señor Jesús. Y muchos de los creyentes venían á confesar y á declarar todo lo que habían hecho. Muchos asimismo de los que se habían dado al ejercicio de vanas curiosidades, hicieron un montón de sus libros y los quemaron á vista de todos: y valuados se encontró que montaba á cincuenta mil piezas de plata.„ Esas vanas curiosidades eran, según todo inclina á suponerlo, artes mágicas á que eran muy dados los efesios (1).

16. A pesar de que los gálatas, cuando pasó por allí el Apóstol, le habían recibido como á un ángel de Dios, como al mismo Jesucristo; le llegó, con todo, á Efeso la desagradable noticia de un gran cambio causado entre ellos por algunos falsos apóstoles que sostenían ser indispensable la circuncisión, y también las otras ceremonias mosaicas. Como era Pablo quien con más fuerza combatía su herejía y amparaba con más celo la libertad evangélica contra las tentativas de ellos; esforzábanse también éstos por su parte en menguar la autoridad del mismo. Decían, pues, que era un Apóstol de segundo orden, escogido é instruído por los primeros Apóstoles, discípulos inmediatos y familiares de Jesucristo; que, por consiguiente, debía darse mayor crédito á aquellos Apóstoles de primer orden, que parecían ser las columnas de la Iglesia, como Pedro, Santiago y Juan, que á Pablo, el cual no había visto á Jesucristo ni tratado familiarmente con él. Si éstos, pues, lejos de emprenderla con el uso de las ceremonias legales, lo favorecían, por el contrario; si Pedro en Antioquía, ciudad no de judíos sino de gentiles, se había abstenido de la mesa de éstos y de sus manjares, no correspondía que se hiciese caso del dictamen de Pablo, que para ganar más fácilmente á los gentiles, los dispensaba de la observancia de los ritos mosaicos, y no hablaba de éstos con el debido respeto y estima.

Para destruir semejantes calumnias y hacer volver los gálatas á la sana doctrina, escribióles de su mano una vehemente carta, donde co-

(1) Act., XIX.

Digitized by Google

mienza por decir que él es Apóstol no por vocación de los hombres, sino por la de Jesucristo y del Padre. Y demuestra ser esto así con hacer notar que, después de su conversión, en vez de regresar á Jerusalén para hacerse instruir por los Apóstoles, marchó desde luego á Arabia, y no fué á Jerusalén sino tres años después, á ver á Pedro, con el cual estuvo solamente quince días, y no vió á otro alguno de los Apóstoles, sino á Santiago, el pariente del Señor.

Después de haber pasado mucho tiempo en Siria y en Cilicia, sin que hasta entonces le conociesen de vista las iglesias de Cristo que había en Judea, había vuelto al cabo de catorce años á Jerusalén, con Bernabé y Tito, y confirió con los fieles de allí el Evangelio que á los gentiles predicaba, particularmente con los que parecían de mayor consideración, sin que encontrasen nada que añadir ni quitar. Y finalmente, si Pedro había empezado á separarse de las mesas de los gentiles con algún escándalo y sorpresa de éstos, él, por su parte, no había temido reprenderle acerca de eso en público.

Habiendo así, para justificarse y sostener su autoridad, expuesto estos hechos, de los cuales pone á Dios por testigo, prueba con muchos argumentos, tomados de la Sagrada Escritura y de la preeminencia del Nuevo sobre el Antiguo Testamento, que una vez establecido aquél, debía cesar éste; que se recibe la justificación de la gracia, no por las obras de la ley mosaica, sino por el espíritu de la fe, y que es hacer inútil para sí mismo la redención por Cristo, el poner su esperanza en la circuncisión. Añade que predicando la observancia de las ceremonias legales hubiera podido finalmente evitar las persecuciones que había sufrido, y hacer desaparecer el escándalo de la cruz. Tales eran, en realidad, el artificio y el intento de los falsos apóstoles:los cuales no eran perseguidos ni por los gentiles como judíos, pues se hallaba permitida en el imperio romano su religión, ni por los judíos, pues se hacían un mérito de ganar por la conversión de los gentiles otros tantos prosélitos al judaísmo; así que no tanto por celo de la ley les obligaban á circuncidarse, cuanto á fin de gloriarse en su carne, contándolos entre sus prosélitos. "Pero en cuanto á mí—dice al terminar su carta,—líbreme Dios de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. , porque yo traigo impresas en mi cuerpo las señales del Señor Jesús„, esto es, las marcas de los golpes por amor suyo sufridos (1).

Durante este tiempo, en Efeso y en toda el Asia Menor, crecía, se extendía y fortalecía la palabra del Señor en prodigiosa manera. El ejemplo del santo Apóstol, sus singulares virtudes, su desinterés, sus lágrimas, su solicitud, su invencible paciencia contribuían á ello no menos que los milagros. Sin tomar de nadie oro, ni plata, ni vestido, sino con sólo el trabajo de sus manos, subvenía á las necesidades propias y á las de sus compañeros. No contentándose con predicar en los sitios públicos y de día, iba además de casa en casa y de noche, exhortándolos, con lágrimas,

(1) Galat.

Digitized by Google

á todos en general, tanto gentiles como judíos, y á cada uno en particular á la penitencia y á la fe. Nada pudo jamás impedirle de cumplir su ministerio apostólico, ni las más terribles tentaciones, ni los peligros á que se hallaba frecuentemente expuesto por la malicia de los pérfidos judíos. Menciona estas cosas en su primera carta á los corintios, escrita, como veremos, desde esta ciudad. Después de recordar que en cada hora está á peligro: cada día, hermanos—prosigue,—muero por vuestra gloria: y añade que había lidiado con las bestias en Efeso: es decir, según la interpretación mejor fundada, que había sido expuesto en el anfiteatro para ser devorado por las bestias feroces: y lo hubiera sido, en efecto, seguramente, si Dios, contra todas las probabilidades humanas no le hubiera libertado de aquel trance.

Era el tercer año de la predicación del Apóstol en Efeso y en las vecinas ciudades del Asia, cuando, por especial moción del Espíritu Santo, resolvió visitar las iglesias de Macedonia y de Acaya, pasar de allí á Jerusalén, y de Jerusalén á Roma. Tiempo había que tenía vivos deseos de ver aquella capital del mundo no para admirar sus profanas grandezas, sino para ver y abrazar á aquellos cristianos, cuya fe era celebrada en todo el universo; para recibir de ellos y prestarles recíprocamente espiritual consuelo; para confirmarlos en la fe, y para esparcir, finalmente, en aquel vasto campo la semilla del Evangelio y recoger no menos fruto que en las otras naciones, siendo para él un deber el predicar á griegos y á romanos, á sabios y á ignorantes. Por esto pedía continuamente al Señor que, al efecto, le deparase, si era de su voluntad, alguna favorable ocasión. Y si bien hasta entonces habían surgido impedimentos, tuvo el consuelo de entender sobrenaturalmente que después de ir á Jerusalén, bajando por la Macedonia y Acaya, debía también ver á Roma. Y habiendo enviado á Macedonia á dos de los que le ayudaban en su ministerio, Timoteo y Erasto, él se quedó por algún tiempo en Asia.

17. Parece que después de partir Timoteo fué cuando le llegaron al Apóstol noticias aflictivas de Corinto. Le noticiaron que había en aquella Iglesia contiendas y rivalidades, como en las escuelas de los filósofos, donde surgían tantos partidos como maestros; que un cristiano daba allí un terrible escándalo, sin haber sido reprendido; que varios, teniendo litigios, los llevaban á los tribunales de los jueces infieles; que se cometían desórdenes en las reuniones religiosas y, especialmente, en las refecciones, después de la Eucaristía; que varios no usaban convenientemente de los dones sobrenaturales, con especial afición á hablar en lenguas desconocidas, y hasta había quien atacaba uno de los principales artículos de la fe cristiana, la resurrección. Además de estos informes de los expresados desórdenes, informes que habían dado al Apóstol algunos sujetos particulares, habíale consultado la Iglesia de Corinto en pleno sobre varios puntos de disciplina, entre otros respecto al matrimonio y la continencia, como también sobre el uso de las viandas inmoladas á los ídolos.

Escribióles Pablo una carta donde, después de haberlos saludado con mucho afecto y elogio, entra en materia del siguiente modo: "Mas os

Digitized by Google

ruego encarecidamente, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos tengáis un mismo lenguaje y que no haya entre vosotros cismas; antes bien, viváis perfectamente unidos en un mismo pensar y en un mismo sentir. Porque de vosotros, hermanos míos, se me ha significado por los de Chlöe, que hay entre vosotros contiendas. Quiero decir que cada uno de vosotros toma partido, diciendo: Yo, en verdad, soy de Pablo, y yo de Apolo, pues yo de Cephas, y yo de Cristo. Pues qué, ¿Cristo se ha dividido? ¿Por ventura, Pablo fué crucificado por vosotros ó habéis sido bautizados en el nombre de Pablo? Gracias á Dios porque no he bautizado á ninguno de vosotros, sino á Crispo y á Cayo, para que no pueda decir nadie que habéis sido bautizados en mi nombre. Verdad es que bauticé también á la familia de Estefana; por lo demás no me acuerdo de haber bautizado á otro alguno que yo sepa. Porque no me envió Cristo á bautizar, sino á predicar el Evangelio, no en sabiduría de palabras, para que no se haga inútil la cruz de Jesucristo. Porque la palabra de la cruz, á la verdad, locura es para los que perecen: mas para los que se salvan, esto es, para nosotros, es la virtud y poder de Dios. Porque escrito está: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes. ¿En dónde está el sabio? ¿En dónde el escriba? ¿En dónde el escudriñador de este siglo? ¿No es verdad que Dios ha convencido de fatua la sabiduría de este mundo? Porque ya que el mundo, á vista de la sabiduría divina, no conoció á Dios por medio de la ciencia; plugo á Dios salvar á los que creyesen en él, por medio de la locura de la predicación. Así es que los judíos piden milagros, y los griegos buscan sabiduría; mas nosotros predicamos á Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos, y locura para los gentiles, si bien para los que han sido llamados tanto judíos como griegos, Cristo es la sabiduría de Dios y la virtud de Dios. Porque lo que parece una locura en Dios es mayor sabiduría que la de los hombres, y lo que parece debilidad en Dios es más fuerte que los hombres „ (1).

"Y yo, hermanos, cuando vine á vosotros, no vine con sublimidad de palabra ni de sabiduría, á anunciaros el testimonio de Cristo. Puesto que no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros sino á Jesucristo, y éste crucificado. Y yo estuve entre vosotros con pusilanimidad y temor, y mucho temblor: y mi conversación y mi predicación no fué en palabras persuasivas de humano saber, sino con los efectos sensibles del espíritu y de la virtud de Dios. Para que vuestra fe no estribe en saber de hombres, sino en el poder de Dios. Esto no obstante, enseñamos sabiduría entre los perfectos: mas no sabiduría de este siglo, ni de los príncipes de este siglo: que son destruídos, sino que hablamos sabiduría de Dios en misterio, sabiduría recóndita, la cual predestinó Dios antes de los siglos para gloria nuestra; sabiduría que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo; porque si la hubieran conocido nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria... Mas Dios nos lo reveló á nosotros por su Espíri-

(1) I Cor., I, 10-25.

Digitized by Google

tu, porque el Espíritu lo escudriña todo, aun las profundidades de Dios... Mas el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios: pues para él todas son una necedad, y no puede entenderlas: puesto que se han de discernir con una luz espiritual„ (1).

„Y así es, hermanos, que yo no os pude hablar como á hombres espirituales, sino como á personas carnales. Como á párvulos en Cristo, os he alimentado con leche y no con manjares sólidos, porque no erais todavía capaces de ellos; y ni aun ahora lo sois; pues sois todavía carnales. En efecto, habiendo entre vosotros celos y discordias; ¿no es claro que sois carnales, y andáis según el hombre? Porque diciendo uno: Yo soy de Pablo, y el otro: Yo de Apolo; ¿no estáis mostrando ser aún hombres carnales? ¿Pues qué es Apolo? ¿O qué es Pablo? Ministros por los cuales creisteis, y eso según el don que á cada uno ha concedido el Señor. Yo planté, Apolo regó; más Dios es el que ha dado el crecimiento. Y así, ni el que planta es algo ni el que riega; sino Dios que da el crecimiento... Por tanto, nadie se gloríe en los hombres. Porque todas las cosas son vuestras; sea Pablo, sea Apolo, sea Cephas, sea mundo, sea vida, sea muerte, sean presentes, sean por venir; todo es vuestro; vosotros empero de Cristo, y Cristo de Dios„ (2).

Echase de ver que si San Pablo no se cuidaba de una elocuencia y sabiduría de palabras, frases y silogismos; hallaba, en cambio, elocuencia y sabiduría enteramente divina: elocuencia de ideas y de sentimientos, que penetraba á lo íntimo del corazón y levantaba la mente al cielo.

Después de haber apartado á los corintios del apego hacia él y sus colegas, dispónese á humillarlos en lo tocante á ellos mismos. "Algunos andan tan engreídos, como si yo nunca hubiese de volver á vosotros. Mas bien pronto pasaré á veros, si Dios quiere, y examinaré, no las palabras de los que así andan hinchados, sino su virtud. Que no consiste el reino de Dios en palabras, sino en la virtud. ¿Qué queréis? ¿Que vaya á vosotros con vara, ó con caridad y espíritu de mansedumbre?„ (3). Es ya una voz pública de que entre vosotros se cometen deshonestidades, y tales cuales no se oyen ni aun entre los gentiles, hasta llegar alguno á abusar de la mujer de su padre. Y andáis aún hinchados de orgullo, y no os habéis, al contrario, entregado al llanto, para que fuese quitado de entre vosotros el que ha cometido tal maldad. Por lo que á mí toca, aunque ausente de ahí con el cuerpo, mas presente en espíritu, ya he pronunciado, como presente, esta sentencia contra el que así pecó. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, congregados vosotros y mi espíritu, con la potestad de nuestro Señor Jesús, sea ese que tal hizo entregado á Satanás para castigo de su cuerpo, á trueque de que su alma sea salva en el día de nuestro Señor Jesucristo. No tenéis, pues, motivo para gloriaros. ¿No sabéis que un poco de levadura aceda toda la masa? Echad fuera la vieja

(1) I Cor., II.
(2) I Cor., III.
(3) Ibid., IV.

Digitized by Google

levadura, para que seáis una nueva masa... Os envié á decir en la carta que no os mezcléis con los deshonestos. Claro está que no entiendo decir con los deshonestos de este mundo, ó con los avaros, ó con los ladrones, ó que adoran ídolos; porque si no debiérais salir de este mundo. Mas ahora os escribí que no os mezcléis, esto es, si aquel que se llama hermano es deshonesto, ó avaro, ó idólatra, ó maldiciente, ó dado á la embriaguez, ó ladrón, con este tal, ni aun tomar alimento„ (1).

Así, pues, la posición de los cristianos públicamente escandalosos y de los excomulgados, como aquel incestuoso de Corinto, era mucho peor que la de los mismos paganos. Con éstos podían comer los fieles, mas con aquéllos no. El excomulgado era además entregado á Satanás para ser afligido por él en el cuerpo ó en los bienes temporales y ser así traído á penitencia. La excomunión estaba en uso no sólo entre los judíos, sino en todos los pueblos de la antigüedad.

Pasando á otro abuso, los interpela el Apóstol: "Osa alguno de vosotros, teniendo negocio contra otro, llamarle á juicio ante los inicuos y no delante de los santos? ¿No sabéis que los santos han de juzgar á este mundo? Pues si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿no seréis dignos de juzgar de estas menudencias? ¿No sabéis que hemos de ser jueces hasta de los ángeles? ¿Cuánto más de las cosas del siglo? Por tanto, si tuvieséis diferencias por cosas del siglo, tomad por jueces á los más ínfimos de la Iglesia. Para confusión vuestra lo digo. Pues qué, ¿no hay entre vosotros algún hombre sabio que pueda juzgar entre sus hermanos? ¿Sino que el hermano trae pleito con el hermano: y esto en el tribunal de los infieles? Ya, por cierto, es una falta en vosotros el andar en pleitos unos con otros. ¿Por qué no toleráis antes el agravio? ¿Por qué antes no sufrir el fraude? Mas vosotros sois los que agraviáis y defraudáis, y eso á vuestros propios hermanos. ¿No sabéis que los inicuos no poseerán el reino de Dios?„ (2).

Prohibe San Pablo, según vemos, á los cristianos demandarse unos á otros ante los magistrados infieles, y les ordena que tomen por juez á un hombre sabio de la Iglesia. Así que hallamos también á los mas santos Obispos ocupados en conocer de las cuestiones temporales de los cristianos y juzgarlas. Hasta nos dicen que esta ocupación les era muy gravo-

---

(1) I Cor., V.

Ha parecido conveniente trasladar á esta traducción española, para mejor inteligencia, las dos siguientes notas, que en el cap. V, de esta *I Epist. ad Cor*, pone el P. Scio al ver. 5 de dicho capítulo:

"1.ª Sea excomulgado ó separado de la Iglesia. Esto significa *sea entregado á Satanás*, porque el excomulgado, queda privado de todos los socorros que se hallan en la sociedad de los fieles, queda expuesto á todo el furor de los demonios.

„2.ª Estas palabras dan á entender que, además del efecto ordinario de la excomunión, el demonio iba á entrar en el cuerpo de aquel malvado para atormentarle de diferentes maneras, y para que, volviendo sobre sí, se arrepintiese de la enormidad de su delito. Y esto fué un efecto extraordinario de la virtud y poder del santo Apóstol.„ S. Thomas.

(2) I Cor., IV.

Digitized by Google

sa, y que hubieran de grado querido eximirse de ella, pero no podían verificarlo. ¿Y por qué? Porque—responde San Agustín (1)—nos ha obligado el Apóstol á estas penosas funciones, no por su propia voluntad, sino conforme á la voluntad de aquel que por él hablaba. No nos atrevemos á decir: ¡Oh hombre! ¿Quién me ha constituído juez y partidor entre vosotros? Porque el Apóstol ha constituído á los eclesiásticos para conocer en estas cosas al prohibir á los cristianos pleitear en el *foro* (2).

Créese que Pablo hizo esta prohibición ya para resguardar á los fieles del peligro de idolatría con que se tropezaba en los tribunales paganos, ya para no escandalizar á los idólatras con la vista de cuestiones entre los cristianos mismos. Y en nada hacía agravio con eso á los tribunales seglares, pues que no es obligatorio recurrir á ellos; sino que quien no se dirige á ellos no puede reclamar el auxilio de la fuerza pública. Por otra parte, entre los hijos de Israel los intérpretes supremos de la ley de justicia eran los levitas, los sacerdotes y sobre todo el Sumo Sacerdote, de cuya sentencia no había apelación; no debían serlo menos los sacerdotes y Pontífices cristianos. Así que hoy todavía ellos son quien decide finalmente si en las leyes civiles hay algo injusto ó no.

Como era en Corinto extrema la corrupción, insiste Pablo sobre los altos motivos de la pureza cristiana. "El cuerpo no es para la fornicación, sino que es para el Señor: y el Señor para el cuerpo. Así como Dios resucitó al Señor, nos resucitará también á nosotros por su virtud. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y quitaré yo, pues, los miembros de Cristo, y los haré miembros de ramera? No lo permita Dios. ¿No sabéis que quien se junta con una ramera, se hace un cuerpo con ella? Porque serán—dijo—los dos una carne. Al contrario, quien está unido al Señor, es con él un mismo espíritu. Huid la fornicación. Cualquier otro pecado que cometa el hombre está fuera del cuerpo; pero el que fornica, contra su cuerpo peca. Por ventura, ¿no sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y que ya no sois de vosotros. Porque comprados fuisteis por grande precio. Glorificad á Dios y llevadle en vuestro cuerpo„ (3).

Tal doctrina había producido en Corinto prodigioso cambio. Adviértese esto en las aclaraciones pedidas al Apóstol no sólo acerca de la pureza del matrimonio, sino acerca del estado de virginidad. "En orden á las cosas sobre que me habéis escrito—dice,—loable cosa es en el hombre no tocar mujer; mas, por evitar la fornicación, viva cada uno con su mujer, y cada una con su marido. El marido pague á su mujer el débito, y de la misma suerte la mujer al marido. La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido. Y asimismo el marido no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer. No queráis defraudaros el derecho

(1) S. Aug., *De opere monach.*, cap XXIX.
(2) Ibid., in Psalm, CXVIII, sermo XXIV.
(3) I Cor., VI.

Digitized by Google

recíproco, á no ser por algún tiempo, de común acuerdo, para dedicaros á la oración: y después volved á cohabitar, no sea que os tiente Satanás por vuestra incontinencia. Mas esto digo por indulgencia, no por mandamiento. A la verdad, me alegrara que fuerais todos tales como yo mismo; mas cada uno tiene de Dios su propio don, quién de una manera, quién de otra. Pero sí que digo á las personas no casadas y viudas, bueno les es si así permanecen, como también permanezco yo. Mas si no tienen don de continencia, cásense. Pues vale más casarse que abrasarse. Mas aquellos que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor, que la mujer no se separe del marido: que si se separare por justa causa, no pase á otras nupcias, ó reconcíliese con su marido, que se quede sin casas, ó que haya paz con su marido. Ni tampoco el marido repudie á su mujer.„ Así, bajo la ley del Evangelio no hay ya divorcio, como bajo la de Moisés.

Presentábase á menudo entonces una dificultad. Convertíase el marido, y no la mujer; ó bien hacíase cristiana la mujer, permaneciendo judío ó pagano el marido. Decide el Apóstol que si el consorte infiel consiente en quedarse, no debe el fiel separarse; que si el consorte infiel se separa él mismo, no está obligado el fiel á seguirle, y entra de nuevo en su anterior libertad. Con esta ocasión exhorta á los cristianos de Corinto en general á permanecer tranquilos cada uno en el estado en que le halla la vocación divina: al circunciso que no afecte parecer incircunciso, al gentil que no se haga circuncidar, al esclavo que no se impaciente de verse en tal condición, sin perjuicio de que si puede hacerse libre, se aproveche más bien. Porque aquel que siendo siervo es llamado al servicio del Señor, liberto es del Señor, y de la misma manera aquel que es llamado siendo libre, se hace siervo de Cristo. "Rescatados habéis sido á gran costa—concluye,—no queráis haceros siervos de los hombres„ (1). Vese por esta sentencia que fruto es de la sangre del Redentor el ennoblecimiento del hombre, en la consideración de sus semejantes y la abolición insensible de la esclavitud.

"En orden á las vírgenes no tengo mandamiento del Señor, mas doy consejo, como quien ha conseguido misericordia del Señor para ser fiel. Pienso, pues, que esto es bueno á causa de la necesidad que apremia, porque bueno es al hombre el estarse así. ¿Estás ligado á mujer? No busques soltura. ¿Estás libre de mujer? No busques el casarte. Mas si te casares, no por eso pecas. Y si una doncella se casa, tampoco peca; pero estos tales sufrirán en su carne aflicciones y trabajos. Mas yo os perdono. Y lo que digo, hermanos, es: Que el tiempo es corto, y que así lo que importa es que los que tienen mujer vivan como si no la tuviesen, y los que lloran como si no llorasen, y los que se huelgan como si no se holgasen, y los que hacen compras como si no poseyesen, y los que usan de este mundo como si no usasen, porque pasa la figura de este mundo. Quiero, pues, que viváis sin inquietud. El que no tiene mujer, anda solí-

(1) I Cor., VII, 1-24

Digitized by Google

cito de las cosas del Señor, cómo ha de agradar á Dios. Al contrario, el que tiene mujer anda afanado en las cosas del mundo, cómo ha de agradar á la mujer, y se halla dividido. De la misma manera la mujer no casada, ó una virgen, piensa en las cosas del Señor para ser santa de cuerpo y de alma. Mas la que es casada piensa en las cosas que son del mundo, y cómo agradar al marido. En verdad esto os digo para vuestro provecho, no para echaros un lazo, sino solamente para exhortaros á lo más loable y á lo que habilita para servir á Dios sin ningún estorbo„ (1).

Sigue luego una larga explicación acerca de las viandas sacrificadas á los ídolos, por la cual vemos que varios, bajo el pretexto de que el ídolo era una cosa vana, un nada en el mundo, sin poder para bien ni para mal, concluían que era un fútil escrúpulo abstenerse de los manjares sacrificados. Responde el Apóstol que, á la verdad, el ídolo no es nada, y que el uso de tales viandas es en sí acción indiferente. Sin embargo, como muchos no podían todavía persuadirse de eso, y calmar las inquietudes de su conciencia, era esto motivo suficiente para abstenerse de ellas, pidiendo la caridad que nos abstengamos hasta de cosas lícitas, cuando el usarlas redundaría en ocasión de tropiezo á los débiles. Lo cual prueba con su propio ejemplo. Lícito le era llevar en los viajes alguna mujer hermana que les asistiese, como hacían los otros Apóstoles, excepto Bernabé; tenía, por todas las leyes naturales y divinas derecho á vivir á expensas de aquellos á quienes instruía en el camino de la eterna salvación; y con todo, por no dar sombra siquiera de escándalo á los flacos, no había querido hacer uso de su derecho. Añade y dice en segundo lugar, no ser cierto que el comer manjares inmolados debiese tenerse en general por una acción lícita é indiferente. Por más que ídolo sea un nada, una divinidad falsa y quimérica, sin embargo, aquellas cosas que inmolaban á los ídolos los gentiles, las sacrificaban á los demonios; de suerte que el participar de los restos de tales sacrificios, especialmente en los templos y otros sitios públicos consagrados á su culto, vendría á ser beber el cáliz de los demonios, ser participantes de la mesa de los demonios, tener sociedad con ellos. Ahora bien; ¿dónde puede darse cosa más indigna que el ver sentado á la mesa de los demonios y bebiendo su cáliz al que en el cáliz del Señor bebe la sangre de Jesucristo y en su banquete participa de su cuerpo?

Así, pues, la consideración de que el ídolo no es nada y que no puede contaminar las carnes sacrificadas ni obrar en ellas cambio físico alguno, autorizaba sólo para comprar indiferentemente toda clase de viandas expuestas en los mercados públicos, sin andar preguntando con escrúpulos si alguna porción era acaso resto de un sacrificio profano. Autorizaba también dicha consideración al cristiano invitado por un infiel para un convite doméstico, á que comiese libremente de todo lo que le pusiesen delante, sin meterse en más preguntas. Mas si el dueño de la casa ó alguno de los convidados le advierte que aquel manjar ha sido inmolado á los

(1) I Cor., VII, 25-35.

Digitized by Google

ídolos, ora porque aquél quiera que participe de él por devoción, ora porque éstos manifiesten escrúpulo, prevalece entonces la obligación del escándalo, que nos preceptúa, por miramiento hacia la conciencia del prójimo, abstenernos de cosas cuyo uso sería permitido (1) en otro caso. "Pero, en fin—concluye,—ora comáis, ora bebáis ó hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios. No deis motivo de ofensión ni á los judíos, ni á los gentiles, ni á la Iglesia de Dios: al modo que yo también en todo procuro complacer á todos, no buscando mi particular utilidad, sino la de los demás, á fin de que se salven„ (2).

Entre las reglas disciplinarias que el Apóstol daba de viva voz, ¿quién hubiera pensado en una reglamentación sobre velarse ó no la cabeza los hombres y las mujeres, si un abuso que se había introducido en Corinto no le hubiera obligado á tocar nuevamente este punto en su carta? "Os alabo, hermanos, de que en todas las cosas os acordáis de mí y guardáis mis instrucciones como yo os las enseñé. Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón: y el varón cabeza de la mujer: y Dios la cabeza de Cristo.„ De estas altas consideraciones viene á la consecuencia de que el hombre no debe orar ni profetizar cubierta de un velo la cabeza, pues que es imagen y gloria de Dios. Al contrario, la mujer que ora ó profetiza debe cubrirse la cabeza con un velo en señal de sujeción, y por causa de los ángeles, quiere decir de los sacerdotes y demás sagrados ministros. Y como sobre estas materias, de suyo indiferentes, puede haber diversos usos y razonamientos, concluye acudiendo á la autoridad en estos términos: "Pero si, no obstante, alguno se muestra terco, nosotros no tenemos esa costumbre, ni la Iglesia de Dios„ (3).

Ni era ése el único abuso que se había introducido en las reuniones religiosas de los Corintios; otro más grave se presentaba, que ocasionaba turbación y ofendía la caridad, hasta en aquella institución que era el símbolo de la caridad misma y de ella tomaba su nombre. Habíase adoptado la costumbre de tener, después de celebrados los sagrados Misterios, una comida en común en el mismo local; banquete á que se daba el nombre de *agape*, ó caridad, al cual debía cada uno contribuir según sus medios, y participar de él igualmente todos. Pues institución tan hermosa y tan propia para fomentar la mutua caridad, había degenerado de su santidad primitiva. Comía allí cada uno en particular la cena que al efecto había llevado; de donde resultaba que mientras unos tenían de comer hasta la saciedad, pasaban otros hambre. Así, allí donde los ricos debieran únicamente distinguirse por la frugalidad, modestia y templanza, pensaban sólo en triunfar por la magnificencia y el lujo; y los pobres, en vez de encontrar allí consuelo y asistencia, no sacaban más que confusión y tristeza. Para hacer comprender cuán mal estaba todo esto, re-

---

(1) *Puni*, dice el original francés. Compréndese que es errata por *permis*.
(2) I Cor., X y VIII, 9-10.
(3) I Cor. IX, 1-16.

Digitized by Google

cuerda la institución de la Eucaristía y concluye que el que comiere ese pan ó bebiere del cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor, y que es preciso que el hombre se pruebe á sí mismo antes de recibirlo, para no tragarse y beberse su propia condenación. "Por eso hay—dice—entre vosotros muchos flacos y enfermos, y muchos que mueren.„ Quiere, pues, y ordena que en aquellos banquetes de caridad, establecidos más bien para saciar el hambre de los pobres que la de los ricos, esperen éstos á aquéllos. Si tienen hambre, que coman en casa, para no dar en la iglesia ocasión de envidia y escándalo á sus hermanos, ni volver de allí con la maldición en lugar de la bendición. "Las demás cosas—dice—yendo yo ahí, las ordenaré.„ Estas palabras se refieren evidentemente á la celebración de los divinos Misterios, y comprenden todos aquellos ritos sagrados que, en el orden de la liturgia, observan universalmente todas las Iglesias, y que se cree, con razón, que tienen su común origen en la tradición apostólica; no habiendo juzgado los Apóstoles oportuno poner por escrito todas las reglas que daban á las Iglesias.

Reprendiendo luego en el uso de los dones sobrenaturales algunos desórdenes que no poco turbaban la paz y el decoro de las reuniones solemnes, puntualiza ordenadamente el Apóstol esos mismos dones, y hace mención de los diversos grados y oficios que había en el gobierno de la Iglesia. Hallábanse dotados unos de profunda sabiduría, otros de una fe muy viva, otros del don de hacer milagros, otros del de profecía ó del de discreción de espíritus, otros del de lenguas, y otros del talento de interpretarlas. De la misma manera que en el cuerpo humano hay una admirable diversidad de miembros destinados á diversas funciones, de las cuales son unas más nobles que las otras; pero necesarias, sin embargo, todas para la conservación, ornato y crecimiento del mismo cuerpo. Ocupan el primer lugar los Apóstoles, el segundo los profetas, el tercero los doctores, y vienen después los que han recibido alguna gracia particular, ya para obrar milagros, ya para curar los enfermos, ya para gobernar y dirigir las conciencias, ya para hablar diversas lenguas, ya, finalmente, para interpretarlas.

Todos estos dones concedíalos el Espíritu Santo según su beneplácito; mas en tal abundancia, que el Apóstol se vió en el caso de poner reglas para el uso de los mismos. Había en las reuniones de los fieles tantos que tenían el don de profecía, ó el de hablar diversas lenguas, ó el talento de interpretarlas, que, de querer indiscretamente hacer todos uso de sus dones, resultaba gran confusión. Si cuando os congregáis—viene á decirles el Apóstol—uno de vosotros se halla inspirado para un himno, otro para instruir, este para revelar alguna cosa de Dios, aquel para hablar lenguas, otro para interpretarlas, hágase todo para edificación. Mientras habla uno cállese el otro. El don de profecía está, en cuanto á suuso, sometido á la voluntad de los profetas.

El Espíritu divino obra en ellos suavemente, ilumina su entendimiento, humilla y sosiega su alma y les deja, en fin, la libertad de hablar ó callarse, según mejor conviene. Todo al contrario de lo que sucede con

Digitized by Google

los falsos profetas del paganismo, que, agitados por el demonio, que les turba el ánimo y los enfurece, vense obligados á hablar á pesar suyo. "Porque Dios no es autor de desorden, sino de paz; y esto es—añade el Apóstol—lo que yo enseño en todas las Iglesias de los santos.„ Por donde se ve que no tan sólo en la Iglesia de Corinto, sino también en las otras, repartía Dios sus gracias con tanta abundancia (1).

Observábase en los corintios grande afición á tales dones; el Apóstol les eleva el pensamiento aun á mayor altura. "Voy, pues, á mostraros un camino todavía más excelente. Si yo hablare todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles y no tuviere caridad, vengo á ser como metal que suena ó campana que retiñe. Y si tuviese el don de profecía, y penetrase todos los misterios, y poseyese todas las ciencias y si tuviere toda la fe de manera que trasladase los montes y no tuviere caridad, nada soy. Y si distribuyere todos mis bienes para sustento de los pobres, y si entregare mi cuerpo para ser quemado y no tuviere caridad nada me aprovecha. La caridad es paciente, es benigna; la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal, no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad, todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. La caridad nunca fenece, aunque se hayan de acabar las profecías, y cesar las lenguas y ser destruída la ciencia. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos. Mas cuando viniere lo que es perfecto, abolido será lo que es en parte.

.....

„Ahora vemos como por espejo y en imágenes obscuras; mas entonces cara á cara. Ahora conozco en parte; mas entonces conoceré como soy conocido. Y ahora permanecen estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad; mas de éstas la mayor es la caridad„ (2).

Después de haber mostrado cómo las rivalidades de los corintios debían cambiarse en una santa emulación de amar más á los otros, pasa Pablo á fortalecerlos en la fe de la resurrección. Recuérdales lo que ya de viva voz les había predicado respecto á la resurrección de Cristo, es á saber, que había resucitado al tercero día, según las Escrituras; que había aún testigos vivos y muy fidedignos que habían visto á Cristo después de su resurrección, el cual se había aparecido primeramente á Cephas y luego á los once Apóstoles, posteriormente fué visto por más de quinientos hermanos juntos, "y el postrero de todos, como á un abortivo, se me apareció también á mí. Porque yo soy el menor de los Apóstoles, que no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios. Mas, por la gracia de Dios, soy lo que soy, y su gracia no ha sido vana en mí; antes he trabajado más copiosamente que todos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. Así es que, tanto yo como ellos, esto es lo que predicamos todos, y esto habéis creído. Ahora bien; si se

(1) I Cor. XII (y XIV).
(2) I Cor., XIII.

Digitized by Google

predica á Cristo como resucitado de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Pues si no hay resurrección de muertos tampoco resucitó Cristo. Mas si Cristo no resucitó, luego vana es nuestra predicación, y vana es también vuestra fe. Y somos asimismo hallados por falsos testigos de Dios: porque dimos testimonio contra Dios, diciendo que resucitó á Cristo, al cual no resucitó si los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es vuestra fe, porque aún estáis en vuestros pecados. Por consiguiente, aun los que murieron en Cristo son perdidos. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, los más desdichados somos de todos los hombres. Mas ahora Cristo resucitó de entre los muertos, primicias de los que duermen. Porque así como por un hombre vino la muerte, por un hombre debe venir también la resurrección de los muertos. Y así como en Adán mueren todos, así también todos serán vivificados en Cristo. Mas cada uno en su orden: las primicias Cristo; después los que son de Cristo, que creyeron en su advenimiento. En seguida será el fin, cuando hubiere entregado el reino á su Dios y á su Padre, cuando hubiere destruído todo imperio, y toda potencia y toda dominación. Pues debe reinar hasta que ponga á todos sus enemigos debajo de sus pies. Y la enemiga muerte será destruída la postrera: porque todas las cosas sujetó debajo de los pies de él. Y cuando dice: Todo está sujeto á él se exceptúa, sin duda, aquel que sujetó á él todas las cosas. Y cuando todo le estuviere sujeto; entonces aun el mismo Hijo estará sujeto á aquel que sujetó á él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos...

„Mas dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? Ó ¿con qué cuerpo vendrán? Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si antes no muere. Y cuando siembras, no siembras el cuerpo que ha de ser, sino el grano desnudo, por ejemplo, de trigo ó de alguna otra especie. Mas Dios le da el cuerpo como quiere, y á cada una de las semillas su propio cuerpo. No toda carne es una misma carne, sino que una es la de los hombres, otra la de las bestias, otra la de las aves, otra la de los peces. Y cuerpos hay celestiales y cuerpos terrestres; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrestres. Una es la claridad del sol, otra la claridad de la luna, y otra la claridad de las estrellas. Y aun hay diferencia de estrella á estrella en la claridad. Así sucederá también en la resurrección de los muertos. El cuerpo, á manera de una semilla, es puesto en la tierra en estado de corrupción, y resucitará incorruptible. Es sembrado en vileza, y resucitará en gloria; es sembrado en flaqueza, resucitará en vigor. Es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual„ (1).

Habiendo Pablo fortalecido así á los fieles de Corinto en la doctrina de la caridad y de la inmortalidad, les recomienda las colectas en favor de los santos, es decir, de los cristianos de Judea. Les da respecto á este asunto la misma norma que había dado á las Iglesias de Galacia. "El

(1) I Cor., XV.

Digitized by Google

primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte y guarde en su casa lo que guste, á fin de que no se hagan las colectas al tiempo de mi llegada. En estando yo presente, á aquellos sujetos que me hubiereis designado los enviaré con cartas á llevar vuestras liberalidades á Jerusalén. Que si la cosa mereciere que yo también vaya, irán conmigo.„ Les recomienda á Timoteo como ministro fiel, la casa de Estefanas, de Fortunato y de Acaico, que eran las primicias de la Acaya. Les noticia que, á pesar de sus instancias, Apolo no había querido ir á verlos por entonces con los hermanos que llevaban la carta. Y concluye con estas palabras: "Las iglesias de Asia os saludan. Os saludan, con grande afecto en el Señor, Aquila y Priscila, con la Iglesia de su casa, en la que me hallo hospedado. Os saludan todos los hermanos. Saludaos vosotros unos á otros con el ósculo santo. La salutación de mí, Pablo, va de propia mano. El que no ama á nuestro Señor Jesucristo sea anatema. *Maran Atha.* (Estas dos últimas son palabras hebreas: *Viene el Señor*. Y contienen una amenaza del juicio final.) La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros. Mi amor con todos vosotros en Cristo Jesús. Amén„ (1).

18. Si la estancia de Pablo en Efeso fué para él continuado martirio, puede especialmente decirse esto de los últimos meses, á los cuales deben referirse aquellas palabras de su segunda carta, escrita, según veremos, poco después de su partida de Asia. "Porque no queremos, hermanos, que ignoréis la tribulación que padecimos en el Asia, los males de que nos vimos abrumados, tan excesivos y tan superiores á nuestras fuerzas, que nos hacían pesada la misma vida. Pero si sentimos pronunciar allá dentro de nosotros el fallo de nuestra muerte, fué á fin de que no pusiésemos nuestra confianza en nosotros, sino en Dios, que resucita á los muertos„ (2).

Entre esas nuevas tribulaciones que sufrió el Apóstol después de haber escrito su primera carta, refiérenos San Lucas la sedición excitada contra él por cierto platero, llamado Demetrio, cuya ocupación era hacer templitos de plata que representaban el famoso templo dedicado á Diana en la ciudad de Efeso Como la curiosidad de ver aquel soberbio monumento, tenido por una de las maravillas del mundo, ó bien la devoción hacia aquel ídolo, atraía de todas las partes del mundo gran número de viajeros, lograba Demetrio gran despacho de tales templitos, y á muchos artífices que trabajaban al efecto, les proporcionaba no pequeña ganancia. Habiéndolos, pues, convocado, comenzó á ponderar por una parte las grandes ganancias que les procuraba la devoción de los pueblos á aquel templo y á la imagen de Diana; y por otra los esfuerzos de Pablo y el buen éxito de sus predicaciones contra el culto de los ídolos, de donde resultaba que no solamente en Efeso, sino también en casi toda el Asia, muchos habían dejado de tener por dioses á los que se hacen con las manos. Lo cual hacía ver que su oficio iba á decaer y perder su importancia,

(1) I Cor., XVI.
(2) II Cor., I.

Digitized by Google

y á disminuirse las ganancias, y á perder su estimación el templo y la majestad de aquella á quien el Asia y el mundo entero adoraban.

Al oir lo cual se encendieron en ira y alzaron clamores, diciendo: "¡Viva la gran Diana de los efesios!„ Llenóse luego la ciudad de confusión, y corrieron todos impetuosamente al Teatro, acostumbrado lugar de las reuniones públicas, arrebatando consigo á Gayo y Aristarco, macedonios, compañeros del Apóstol en su viaje. Quería Pablo salir á presentarse en medio del pueblo, mas los discípulos no se lo permitieron. Algunos también de los señores principales del Asia, que eran amigos suyos, enviaron á rogarle que no compareciese en el Teatro; por lo demás, unos gritaban una cosa y otros otra; porque todo el concurso era un tumulto, y la mayor parte de ellos no sabían á qué se se habían juntado. Los judíos, de quienes todo el mundo sabía que tenían igual horror á los ídolos, temían que viniese á descargar sobre ellos aquella tormenta. Ayudaron, pues, para que saliese de entre el tropel á un tal Alejandro á fin de que desde un sitio visible perorase en pro de su causa y volviese todo el odio y furor del pueblo contra los cristianos. El cual pidió silencio con la mano para apaciguar el tumulto y que le oyeran favorablemente, é iba á comenzar su peroración. Mas luego que conocieron ser judío, levantando la voz toda la muchedumbre, y sin querer oir razones continuaron clamando casi por espacio de dos horas: "¡Viva la gran Diana de los efesios!„ Al fin un hombre prudente y de posición allí, sosegó aquel tumulto y clamores y dijo: "¿Quién hay que ignore que la ciudad de Efeso está dedicada al culto de la gran Diana, hija de Júpiter? Y ya que nadie puede contradecir esto, debéis sosegaros y no proceder inconsideradamente. Estos hombres que habéis traído aquí, ni son sacrílegos ni blasfemadores de nuestra diosa. Mas si Demetrio y los artífices que le acompañan tienen queja contra alguno, audiencia hay y procónsules, acúsense los unos á los otros. Y si demandáis algo sobre otros negocios, en legítimo ayuntamiento se podrá despachar. De lo contrario, estamos á riesgo de que se nos acuse de sediciosos por lo de hoy, no pudiendo alegar ninguna causa para justificar esta reunión.„ Y habiendo dicho esto, despidió el concurso (1).

Por lo que hace á la historia y pretendidos prodigios del filósofo y mago Apolonio de Tyana, que suelen colocar hacia esta época, no nos creemos obligados á entrar en ningunos pormenores sobre este particular. Porque no tenemos de la tal historia más garantías que las de Filostrato, sofista, cortesano de Julia, mujer del emperador Severo, que cerca de dos siglos después, y por agradar á su protectora, compuso sobre la base de las informes memorias, según dice, de un tal Gamis de Nínive, una narración, con menos carácter de historia que de novela, llena de contradicciones y de cuentos ridículos. Pondremos aquí algunos ejemplos, por los cuales se podrá juzgar del resto de la obra.

Hace decir á Apolonio: "Sé todas las lenguas, sin haber aprendido

(1) **Act., XIX.**

Digitized by Google

ninguna; conozco hasta los pensamientos secretos de los hombres.„ Y poco antes nos le presenta estudiando con diferentes maestros, y aplicándose, entre otras materias, á hablar bien el dialecto ático; en seguida, poco después, durante sus viajes por la India, nos le muestra continuamente obligado á valerse de intérprete, y muy sorprendido cuando un habitante del país le habla en griego.

Encuentra en sus viajes una mujer blanca hasta la cintura y negra en el resto del cuerpo, y luego montañas en donde los monos plantaban pimienta, y más adelante dragones de fuego. Quien podía matar uno de éstos, encontraba en la cabeza piedras semejantes al anillo de Giges. Vió en la colina de los Bracmanes el pozo de sandaraca y su admirable agua, cerca del pozo un golfo que lanzaba fuego y llamas de color plomizo; pero lo más notable, dos toneles de piedra negruzca, lleno el uno de lluvias, y el otro de vientos, con los cuales los bracmanes hacían de cuando en cuando regalos á sus amigos. Un día los bracmanes y Apolonio, habiéndose frotado con cierto ungüento de ambar amarillo, se pusieron á golpear la tierra con los bastones, y á cada golpe el suelo se tornaba ondulante como la mar, y los sacudía á dos codos de altura en el aire, donde permanecían suspendidos unos minutos. Cuando se ponían á la mesa, la tierra desplegaba también bajo sus pies alfombras de verdura, y llegaban espontáneamente pan, platos, cubiertos y manjares, cuatro cántaras semovientes andaban de uno á otro lado, sirviendo las unas, vino, y las otras, agua fresca ó templada, al gusto de cada uno; y además cuatro coperos de bronce circulaban alrededor de los convidados y les presentaban las copas llenas; hacia el fin de la comida, para los brindis, tomábase de manos de un Tántalo de bronce una maravillosa copa, que, como viva fuente, llenábase á la continua de un delicioso vino. Y así que uno había bebido, la misma tierra aderezaba para cada cual suaves y cómodos lechos.

Después de uno de estos banquetes en que el rey de la India se había puesto ebrio hasta perder la razón, pusiéronse á tratar de Filosofía Apolonio y el jefe de los bramas, Iarcas. Contó éste gravemente cómo su alma, habiendo habitado en otro tiempo el cuerpo de un rey, había gobernado su imperio, hecho la guerra y dado muestras de gran sabiduría; Apolonio, á su vez, refirió á los circunstantes cómo la suya había residido antes en el cuerpo de un piloto egipcio y jugado como tal una chusca partida á los piratas. Informóse en seguida de si entre los indios había el agua de oro, pidió noticias sobre los pigmeos, como también acerca de aquella raza de hombres que tienen un solo pie extremadamente ancho, del cual se sirven no sólo para andar, sino para ponerse á la sombra. En una plática secreta recibió de Iarcas sendos anillos maravillosos que tenían los nombres de los siete planetas, y que Apolonio se ponía religiosamente en el día de cada uno de éstos.

Al volver de la India atravesaron un país donde las piedras no eran de piedra, sino de bronce, y lo mismo la arena. Después de todos sus viajes era tan sabio que entendía hasta la lengua de los gorriones, y ha-

Digitized by Google

cía cosas prodigiosas. Entre otras, estuvo de conversación á solas una noche con el alma de Aquiles, le preguntó si había sido sepultado, y si las musas y las nereidas habían llorado mucho en su entierro; pero sobre todo divisó un día en Efeso á la peste, que se paseaba disfrazada de mendigo, y habiéndola hecho acribillar á pedradas, cambióse aquel disfraz en un gran perro (1).

Ciertamente, que quien le presenta á uno gravemente como historia tan pueriles fábulas, se despoja á sí propio de todo crédito, y sería perder el tiempo y hacer agravio al buen sentido de los lectores ponerse á refutarle formalmente. Así lo han comprendido entre los antiguos, Lactancio, Eusebio, San Crisóstomo, San Agustín, Focio, Suidas, y entre los modernos, Scalígero, Vosio y Casaubón (2).

Hacia principios del siglo IV, Hierocles, furioso perseguidor de los cristianos, en su cargo de gobernador de Bitinia y después de Egipto, intentó oponer á la Historia del Evangelio la de Filostrato. Mas sólo consiguió con ello suministrar un testimonio más en confirmación de la verdad del cristianismo. La vida de Jesucristo la escribieron testigos oculares que la sellaron con su sangre, fué recibida en depósito por otros testigos, que la han publicado sin interrupción por todo el mundo: han muerto por ella más testigos que letras hay en sus páginas; hállase escrita no solamente en los libros, sino en multitud de instituciones siempre subsistentes, y en todas las naciones que ha convertido, y en el universo por ella transformado, y en el imperio eterno que aquí ha fundado. Así que cuando al cabo de tres siglos de prueba, viene un Hierocles, no á poner en duda la verdad de la misma, pero sí á oponerle el personaje de una fabulosa novela, ¿qué otra cosa significa, sino que es tan incontestable la verdad del Evangelio, que para ponerla en duda hubiera sido preciso persuadirse cosas mil veces más absurdas que los cuentos de Filostrato?

Calmada la conmoción suscitada en Efeso por Demetrio, convocó Pablo á los discípulos, y haciéndoles una paternal exhortación, se despidió y se puso en camino para Macedonia. Mas, antes de pasar de Asia á Europa, hubiera deseado detenerse en Troade, habiendo encontrado allí disposiciones favorables para predicarles con fruto el Evangelio. Había esperado encontrar en aquella ciudad á Tito, y no habiendo sucedido así, el deseo que tenía de volverle á ver lo más pronto posible, para saber por él el estado de la Iglesia de Corinto, no daba treguas á su ánimo. Por esto, después de haber abrazado á los fieles de Troade, atravesó el Helesponto, pasó á Macedonia para visitar á su paso aquellas Iglesias, recoger las limosnas para los pobres de la Judea, y encaminarse hacia la Acaya. Aunque no haya podido detenerse mucho tiempo en Macedonia, sufrió, sin embargo, allí muchas penas, según atestigua él mismo por las siguientes palabras: "Pues así que hubimos llegado á Macedonia no he

(1) Philost., *Vita Apol.*
(2) Véase Tillemont, tomo I.

Digitized by Google

tenido sosiego ninguno según la carne, sino que he sufrido toda suerte de tribulaciones: combates por defuera; por dentro, temores.„ Pero Dios, que consuela á los humildes, le consoló con la venida de Tito, el cual le dió las mejores noticias de sus amados corintios, y de los buenos efectos que había producido su carta en la mayor parte de ellos. Pues tan lejos de haberles indispuesto ó irritado ó resfriado para con él, les había inspirado, al contrario, un deseo más ardiente de volverle á ver, una verdadera y saludable penitencia, y una sincera voluntad de reparar los desórdenes que tan fuertemente les había reprendido.

Este gozo, con todo, lo menguaba el pesar de saber que algunos de ellos no se habían corregido de sus liviandades, que algunos falsos apóstoles predicaban la observancia de las ceremonias judaicas como necesarias á todos para la salvación, y que se esforzaban en desacreditar su apostolado, procurando hacerle pasar por un destructor de la ley, por un hombre que, sin ser enviado por Jesucristo ni por sus primeros Apóstoles, se había ingerido por sí mismo en el ministerio, é indigno, por consiguiente, del nombre de Apóstol.

Deseando Pablo no hallar cosa que reprocharles á su llegada á Corinto, escribióles una segunda carta, en la cual les participa sus últimas tribulaciones en Asia; les explica por qué, contra sus primeras intenciones, había retardado su viaje á Corinto; perdona al incestuoso, recomendando ya la indulgencia para que el tal no fuese consumido de demasiada tristeza; exalta el ministerio evangélico sobre el de Moisés; da á los corintios diversas instrucciones, especialmente la de evitar el comercio con los infieles; los exhorta y excita con el ejemplo de los cristianos de Macedonia á preparar abundante limosna para los cristianos pobres de Judea.

Para tapar luego la boca á los falsos apóstoles que intentaban deprimir su apostolado, se ve en la precisión de manifestar los dones y gracias que de Dios había recibido, sus trabajos, fatigas, sufrimientos y méritos. Lo cual hace con mucha repugnancia y calificándose casi de insensato en esto. Entre otras cosas, estuvo preso en las cárceles y en riesgo de la vida frecuentes veces; cinco veces fué azotado por los judíos, tres azotado con varas por los gentiles, apedreado una vez y recibiendo en tales ocasiones innumerables golpes; naufragó tres veces; estuvo una noche y un día como hundido en la alta mar, luchando con una furiosa tempestad; vióse á menudo en peligros en ríos, en la mar, en despoblado, en las ciudades, y entre falsos hermanos. A lo cual había que añadir el trabajo y fatiga, vigilias, hambre y sed, ayunos, frío y desnudez, y su aplicación cotidiana, su continua solicitud por todas las Iglesias. Viniendo luego á los dones y visiones celestiales, recuerda lo que le había sucedido catorce años antes, su prodigioso rapto al tercer cielo donde oyó arcanos que no le era permitido ó posible referir. Pero más que en las revelaciones protesta complacerse en las enfermedades, ultrajes, necesidades, persecuciones y angustias sufridas por amor de Cristo; de donde, finalmente, concluye que no era inferior á los primeros Apóstoles, y da,

Digitized by Google

como prueba de su Apostolado, su constante y generosa paciencia, sus milagros, sus prodigios y los demás extraordinarios efectos que por él había obrado el poder divino (1).

Esta carta, en cuyo encabezamiento figura al lado del nombre del Apóstol el de Timoteo, fué llevada á Corinto por Tito, encargado de recoger allí limosnas para los pobres de Judea. Al cual dispuso el Apóstol que le acompañasen en tal viaje dos hermanos, cuyos nombres no indica, pero en elogio de los cuales dice lo siguiente: "Os hemos enviado también con él al hermano nuestro, que se ha hecho célebre en todas las Iglesias por el Evangelio, y el cual, además de eso, ha sido escogido por las Iglesias para compañero de nuestra peregrinación„ (2).

Creen comunmente los intérpretes que estas palabras se refieren á San Lucas, célebre en las Iglesias del mundo entero por haber escrito y publicado el Evangelio, y que hallamos haber sido inseparable compañero del Apóstol en sus viajes En cuanto al otro hermano, enviado también con Tito á Corinto, dice de él que en muchas ocasiones ha experimentado su gran celo, pero que en ésta se había excedido á sí propio con afectuosa solicitud. No es fácil adivinar á quién, entre los discípulos de San Pablo, cuadraría mejor que á los otros este elogio.

El motivo de enviar dos personas tan notables para recoger las limosnas de los corintios, fué el quitar á sus enemigos, y especialmente á los falsos apóstoles, todo pretexto de vituperarle con motivo de la administración de aquella gran suma, cuyo depositario debía ser para trasladarla á Judea. Porque atendía el Apóstol á obrar el bien con tal miramiento, que mereciese aprobación, no sólo delante de Dios, sino también delante de los hombres.

Poco después pasó de Macedonia á Grecia, es decir á Acaya, y fué por tercera vez á Corinto, como él mismo lo dice dos veces en su carta. No se sabe precisamente cuándo hizo su segundo viaje. Permaneció solamente tres meses. Y en cuanto á saber lo que entonces hizo, nada nos dice San Lucas. Pero no habrá omitido seguramente arreglar todo lo tocante á la celebración de los misterios divinos, conforme á la promesa que les había hecho en su primera carta; lo cual debe entenderse de aquellos ritos que se observan comunmente en todas las iglesias, particularmente que la Eucaristía se recibiese sólo por quienes estuviesen en ayunas.

19. Antes de salir de Corinto y darse á la vela para Jerusalén, escribió el Apóstol su extensa Epístola á los Romanos. Aunque escrita después que las dirigidas respectivamente á los Tesalonicenses, á los Gálatas y á los Corintios, ha merecido, con todo, en la serie de las Epístolas, el primer lugar, sea por ir dirigida á la metrópoli del imperio, sea á causa de la dignidad de la Iglesia romana, Madre y maestra de todas las Iglesias del mundo, sea porque el Apóstol pone allí los fundamentos de la doctrina, desenvuelve con mayor amplitud los misterios de la gracia sobre que

(1) II Cor.
(2) II Cor., VIII, 18.

Digitized by Google

versan las otras cartas, y de donde depende, por consiguiente, la inteligencia de las mismas.

El asunto de la carta está tomado de las disputas que los cristianos circuncisos, celosos siempre de sus ceremonias, lo mismo en Roma que en otros puntos, suscitaban contra los gentiles que habían abrazado la fe sin sujetarse al yugo de las observancias judaicas. Comenzando la vanidad á deslizarse ya en el imperio de la verdad, en vez de creerse cada cual inferior á su hermano, según las reglas de la humildad cristiana, habían introducido muchos feas rivalidades y perniciosas disputas sobre la preeminencia. Gloriábanse los judíos de que Dios les había dado la ley, y en su tiempo el Mesías, el cual hasta no había predicado sino á ellos; y pretendían que por haber observado la misma ley, habían merecido la luz del Evangelio. Los gentiles replicaban, por el contrario, que si ellos no habían tenido de Dios tantas luces como los judíos, le habían, con todo, conocido, principalmente los sabios; que si el Mesías había sido prometido y dado á los judíos, también le habían rechazado; y que así era más justo que Jesucristo favoreciese á los gentiles, los cuales le habían adorado al punto que le habían conocido; que no á los judíos, los cuales, habiéndole conocido con anterioridad, le habían crucificado.

Instrúyeles, pues, San Pablo tan sabiamente, que quita á unos y otros el orgullo del propio mérito, y reúne á los dos pueblos en Jesucristo, como en la piedra angular, por las ataduras de la gracia y la esperanza de la humildad.

Confunde primeramente á los gentiles, haciéndoles ver que si habían conocido á Dios y su justicia, no le habían glorificado como á Dios, sino que se habían entregado á los más abominables excesos; y después á los judíos, haciéndoles ver que hacían ellos lo mismo que en los demás condenaban. Prueba con el ejemplo de Abrahán que el principio de la verdadera justificación es la fe; pero la fe viva y que obra por la caridad, y no las obras de la ley y de la naturaleza, destituídas de la fe y la gracia, como pretendían los judíos (1). Habla luego del pecado original, cuyos funestos efectos vivamente describe, particularmente en la fuerza de la concupiscencia, en los apetitos de la carne, en el desvío hacia el bien y la inclinación á toda especie de mal. Desenvolviendo en seguida la profunda materia de la elección y de la reprobación, con motivo de la vocación de los gentiles y del abandono de los judíos, cuya conversión final predice sin embargo, sienta los principios de la predestinación gratuita de cada elegido á la gracia y á la gloria, y nos advierte que miremos semejantes cuestiones como enteramente incomprensibles y superiores al humano entendimiento (2).

Finalmente, á los dogmas de la fe añade las reglas de las costumbres, explicando en varios capítulos todos los principios y deberes de la piedad y de la vida cristiana. Entre otras cosas, recomienda la obediencia á las

(1) Rom., I-IV.
(2) Rom, V-XI.

Digitized by Google

potestades superiores, porque no hay potestad que no provenga de Dios; recomiéndala á todos, sin exceptuar, según advierte San Crisóstomo, ni sacerdote, ni profeta, ni quienquiera que sea. Mas también, según el mismo Padre, habla de la potestad y no del hombre que puede estar investido de ella. Porque el que haya gobiernos, y el que unos manden y otros obedezcan, para que no marche todo al acaso, empujados acá y allá los pueblos, como las olas de la mar, digo que es obra de la divina Sabiduría (1). Y así nos lo hace notar también el Crisóstomo, que nos dice que no hay príncipe sino de Dios; sino que habla de la cosa en sí misma, diciendo: No hay potestad sino de Dios; y las que son de Dios son ordenadas.

Cítanse muy á menudo aquellas palabras de San Pablo: *Rationabile obsequium vestrum* (2), como formando por sí solas una frase completa con el verbo *sit* sobreentendido, y las traducen: *Que vuestra obediencia sea racional.* Más allá fué todavía un traductor de la Biblia, y en lugar de *vuestra obediencia,* puso *vuestra fe.* Como estas palabras así traducidas parecen á algunos una perentoria autoridad en favor del predominio de la razón humana sobre la fe divina, hemos procurado, por el examen del texto mismo, y consultando los mejores intérpretes, ver cuál era su sentido más natural y más conforme á la letra; y hemos encontrado que es enteramente diferente del que pretenden darle los tales argumentadores.

He aquí el texto griego: Παρακαλῶ οὖν ὑμᾶς, ἀδελφοί, διὰ τῶν οἰκτιρμῶν τοῦ θεοῦ παραστῆσαι τὰ σώματα ὑμῶν θυσίαν ζῶσαν, ἁγίαν, εὐάρεστον τῷ θεῷ, τὴν λογικὴν λατρείαν ὑμῶν. En latín: *Obsecro itaque* (3) *vos fratres, per misericordiam Dei, ut exhibeatis corpora vestra hostiam viventem, sanctam, Deo placentem, rationabile cultum vestrum.* Pone la Vulgata *obsequium vestrum;* pero como estas palabras no indican si están en nominativo ó en acusativo, como las precedentes, hemos preferido poner *cultum,* que denota el mismo caso y expresa completamente la misma idea que el griego. He aquí la traducción más literal que hemos podido hacer: *Os conjuro, hermanos, por las misericordias de Dios, que hagdis de vuestros cuerpos una víctima viva, santa, agradable á Dios, como vuestro culto racional ó espiritual.* Los intérpretes dan la siguiente explicación: San Pablo hace comprender á los cristianos de Roma que si los judíos ofrecieron á Dios otras víctimas diferentes de sí mismos, animales muertos irracionales, deben ellos ofrecerle sus propios cuerpos, como víctima viva, santa, agradable y animada por el espíritu y la razón.

El P. Bernardino de Picquigny, que siguiendo la benévola exhortación del Papa Clemente XI, hizo en francés un compendio de su *Triple exposición latina de las Epístolas de San Pablo,* traduce así las palabras en

---

(1) Chrys., Hom. XXIII; *In Rom.*, XIV.
(2) Rom., XII, 1.
(3) Este *itaque,* que con razón pone la Vulgata por el οὖν griego, se echa de menos en la edición francesa que traducimos.

Digitized by Google

cuestión: *Os conjuro por las entrañas de la misericordia divina, que le consagréis vuestros cuerpos como hostias vivientes, santas, purificadas de toda mancha de pecado, agradables á Dios, como ofrecidas por un espíritu puro y santificado.*

Añade en su corolario de piedad: "Nótese la práctica que San Pablo nos exhorta á todos á seguir; es á saber: que en reconocimiento á las misericordias de Dios para con nosotros, le ofrezcamos nuestros cuerpos, todas sus acciones y todos sus movimientos, como una hostia racional y espiritual, y que hagamos esa ofrenda con un espíritu interior, puro y santificado.

„Alude San Pablo á los antiguos sacrificios en que se inmolaban animales, bueyes, corderos, etc., y les opone una nueva manera de sacrificio interior y espiritual, pero que la ha querido siempre Dios, ya que, como siguiendo á San Agustín, dice Santo Tomás, el sacrificio visible que exteriormente ofrecemos á Dios es el signo del sacrificio invisible por el cual nos ofrecemos interiormente á su servicio.

„Enséñanos, pues, y exhórtanos San Pablo á ofrecer á Dios, no cuerpos de animales mudos irracionales é incapaces de glorificar á Dios, sino nuestros cuerpos vivos, santos, agradables á Dios, capaces de glorificarle, ya por las acciones santas, ya por la mortificación de las acciones animales.„

La Biblia de Sacy (edición de Rondet), Cornelio a Lápide, y Estio reconocen, como Picquigny, ser el sentido directo y literal el que dejamos indicado.

Y, últimamente, San Crisóstomo, explicando estas mismas palabras, se pregunta: "¿Qué es, pues, este culto racional? Es el servicio espiritual, la vida según Jesucristo. Según el que ofrece un sacrificio en la casa del Señor, se modera y recoge, cualquiera que pueda ser él por otra parte: así también nosotros debemos obrar durante toda nuestra vida como quien debe hacer ofrecimiento y sacrificio á Dios. Cumpliréis este precepto si cada día le ofrecéis sacrificios, si cada día os hacéis sacerdote y sacrificador de vuestro propio cuerpo y con virtud que corresponda en el alma; si, por ejemplo, le ofrecéis la castidad, la limosna, la mansedumbre, el olvido de las injurias. He aquí cómo ofrecéis un culto racional, es decir, un culto que nada tiene de corporal, de grosero, de sensible.„

Según todo esto, es error, nos parece, el suponer que esas palabras, *rationabile obsequium vestrum,* formen frase aparte y quieran decir: "Que vuestra obediencia ó vuestra fe sea racional.„ No son más que continuación y complemento de las precedentes, y señalan el carácter distintivo del culto, que es el ser espiritual hasta en lo que tiene de externo. Nos creemos en el caso de insistir sobre esta observación, porque no es raro ver citadas abusivamente estas palabras de San Pablo, ya en periódicos, ya en circulares, ya también hasta en ciertas apologías de la Religión, que conceden así fácil ventaja al racionalismo.

Emplea el Apóstol todo el cap. XIV en aclarar y conciliar un caso de conciencia, que presentaba dificultades á los primeros fieles. Creíanse

Digitized by Google

algunos obligados todavía á la distinción de manjares y á la observancia de las fiestas designadas por la ley de Moisés; mientras otros, mejor instruídos, sabían que Jesucristo nos libertó de esas observancias legales; pero la libertad de éstos escandalizaba á los primeros, que estaban persuadidos de lo contrario. Díceles, pues, San Pablo lo que á continuación ponemos con varias frases explicativas, intercaladas en el mismo texto, para su más fácil comprensión:

"Recibid *también, os lo encarezco, y tratad con afabilidad* al que todavía es flaco en la fe sin andar *con él* en disputas de opiniones, *que no conducen sino á extinguir la caridad. Os digo esto por remediar un desorden que hay entre vosotros, y que puede traer muy desagradables consecuencias.* Porque uno cree que puede comer de todo, mientras el *otro, al contrario, que es* flaco *en la fe, no estando aún bien instruído de la libertad que le da el Evangelio no* come *sino* legumbres, *y renuncia al uso de las viandas por temor de comer alguna prohibida en la ley.* El que come, *pues, de todo, porque sabe que esto es permitido*, no desprecie al que, *hallándose menos instruído,* no se atreve á comer *de todo;* y el que no come *de todo, por creer que le está prohibido,* no se meta en juzgar al que come *de todo, y no le mire como á un prevaricador;* pues que Dios lo ha recibido por suyo. *En efecto.* ¿Quién eres tú para *atreverte* así á juzgar al que es siervo de otro? *Si hace bien ó hace mal,* si cae ó se mantiene firme, esto pertenece á su amo; pero firme se mantendrá; pues *todo*poderoso es Dios, *á quien pertenece* para hacerle estar firme. *Así que de ningún modo os inquietéis. Hay todavía entre vosotros otra causa de divisiones que es casi de la misma índole;* pues uno hace diferencia entre día en día, *teniendo particular respeto á las fiestas legales;* al paso que otro tiene todos los días por iguales. *Ahora en todo esto, hermanos míos, cumple que* cada uno abunde en su sentido, *qué obre según su plena persuasión, y que deje á los otros igual libertad, sin pretender condenarlos; pues que tienen todos ellos buenas intenciones, y se proponen todos un buen fin en esta diferenciación que hacen de manjares y de días, porque* el que hace distinción de días, la hace para *agradar á* el Señor. Y el que come *de todo* para *agradar á* el Señor, come, pues da gracias á Dios. Y el que no come *de todo*, por respeto al Señor lo hace, y así es que da gracias á Dios. *Así muestran uno y otro con esas acciones de gracias que obran únicamente por Dios con designio de agradarle; y que dél sólo refieren todas sus acciones, como todos debemos hacer.* Porque ninguno de nosotros, para sí vive, y ninguno para sí muere. Porque si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos, para el Señor morimos. Y así que vivamos, que muramos, del Señor somos. Porque á este fin murió Cristo y resucitó, *y volvió á la vida,* para adquirir un soberano dominio sobre muertos y vivos. Ahora bien; ¿por qué tú, *que sigues todavía la ley*, condenas á tu hermano, *que no la sigue?* ¿O por qué tú, *que no la sigues,* desprecias á tu hermano, *que aún la guarda? ¿No es eso usurpar á Jesucristo su derecho de juzgarnos, y prevenir el juicio que él ha de hacer de todos nosotros?* Pues todos compare-

Digitized by Google

ceremos ante el tribunal de Cristo. Pues escrito está: Yo juro por mí mismo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla: y que toda lengua *ó nación* ha de confesar *que soy* Dios. Así que cada uno de nosotros ha de dar cuenta á Dios de sí mismo. No nos juzguemos, pues, ya más unos á otros *en adelante;* antes bien, pensad de no causar tropiezo ó escándalo al hermano, *como hacéis cuando lo llevdis con vuestro ejemplo á comer de manjares que cree prohibidos.*

„*No que tales viandas tengan nada de malo en sí mismas; pues* yo sé y estoy persuadido, según *la doctrina de* el Señor Jesús, que nada hay inmundo de suyo, y que no hay cosa inmunda sino para el que cree que es inmunda; *de suerte que los que tienen la conciencia recta y el espíritu ilustrado pueden comer de toda especie de manjares, sin temor de mancillarse; pero hay, sin embargo, ocasiones en que deberán abstenerse de ellos.* Pues si por causa de la comida contristas á tu hermano *y le escandalizas*, ya tu proceder no es conforme á caridad, *y faltas al más esencial precepto de la Religión. Repara, pues, esto* y no quieras por tu manjar perder á aquel por quien Cristo murió. No sea, pues, blasfemado nuestro bien, *y no demos ocasión á los hombres escrupulosos y mal enterados para condenar como delito la libertad que nos adquirió Jesucristo de comer manjares prohibidos por la ley; vale más privarse de ellos. Así como así, ese uso de los manjares no es de gran ventaja para la salvación.* Que no consiste el reino de Dios en el comer ni el beber, sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo. Y quien así sirve á Cristo, agrada á Dios y tiene la aprobación de los hombres. Por lo cual procuremos las cosas que contribuyen á la paz, y observemos *todas* las que pueden servir á nuestra mutua edificación. *Y así* no quieras por un manjar destruir la obra de Dios, *siendo motivo de perdición á tu hermano, creado á su imagen y semejanza, y redimido con la sangre de Jesucristo.* Todas las cosas, en verdad, son limpias, *como ya os lo he dicho,* pero hace mal el hombre en comer de ellas con escándalo de los otros. Y *al contrario,* hace bien en no comer carne y en no beber vino, ni en tomar otra cosa por la cual su hermano se ofende, se escandaliza ó se debilita *en la fe. ¿Estás persuadido de que todas las viandas son puras?* ¿Tienes *acerca de esto una* fe *ilustrada?* Tenla para contigo delante de Dios. Dichoso aquel que no es condenado por su misma conciencia en lo que resuelve. Pero aquel que hace distinción de viandas, si come *contra su conciencia,* es condenado *por ella misma y por las reprensiones que le intima,* porque no obra de buena fe *y según la persuasión de su espíritu.* Y todo lo que no se hace según la fe, *según esta persuasión interior y este buen testimonio de la conciencia,* es pecado. OMNE AUTEM QUOD NON EST EX FIDE, PECCATUM EST.„

Resulta claro por el mismo contexto de este pasaje, que no habla aquí San Pablo de la fe que nos hace cristianos; sino de la buena fe, de la persuasión íntima, de la confianza que nos hace obrar sin inquietud y sin escrúpulo, persuadidos de que aquello que hacemos es lícito. Tres here-

Digitized by Google

siarcas, sin embargo, Lutero, Calvino y Jansenio, por haber hallado un Padre de la Iglesia que, según confesión del mismo Jansenio, se equivocó respecto al sentido literal de este pasaje, han deducido y sostenido tenazmente que todo lo que no tiene por motivo ó por principio la fe cristiana, es pecado; que, por consiguiente, todas las obras y acciones de los infieles, aun la limosna y la castidad conyugal son otros tantos pecados: error que la Iglesia católica anatematizó justamente así en aquellos tres heresiarcas, como en Baio y Quesnel, que lo reproducen.

Aunque Pablo no hubiese estado en Roma cuando escribió á los romanos, era, sin embargo, Apóstol suyo, lo mismo que de las demás naciones, y tenía autoridad para prescribirles leyes. Años hacía que deseaba con ardor ir á aquella capital del mundo, cuya fe era celebrada por todo el universo. Lo que principalmente le había impedido hasta entonces emprender dicho viaje, era la resolución que había tomado de anunciar el Evangelio principalmente en aquellos lugares donde no se había oído aún el nombre de Jesucristo, á fin de que no pudiese haber apariencia de que intentaba aprovecharse, como hacían los falsos apóstoles, de las fatigas de los demás y edificar sobre los cimientos de otro. Mas ahora, habiendo difundido el nombre de Jesucristo y el conocimiento del Evangelio por todos los países que median desde Jerusalén hasta la Iliria, es á saber: Siria, Fenicia, Arabia, Cilicia, Pamfilia, Pisidia, Licaonia, Galacia, el Ponto, Capadocia, Paflagonia, Frigia, la Troade, el Asia, Caria, Licia, Jonia y las islas de Chipre, de Creta y otras menores, Tracia, Macedonia, Tesalia, el Atica, Acaya y acaso también la Iliria, dispónese á cumplir su deseo. Como no tenía motivo para permanecer en lo que nosotros llamamos el Oriente, pensaba debía pasar al Occidente, y después de haber estado en Jerusalén, ir en derechura á España, y no detenerse más que á su paso en Roma.

Tal era su proyecto cuando escribía á los romanos. Mas, como veremos, la divina Providencia lo llevó á cabo de una manera muy diferente. Pensaba ver á Roma tan sólo á su paso y detenerse principalmente en España, y es un problema histórico si llegó á estar en España (1), mientras que Roma fué el campo que en los últimos años de su vida cultivó con sus sudores, bañó con sus lágrimas, regó con su doctrina y consagró con su sangre toda. La persecución suscitada contra él en Jerusalén, su prendimiento, en cuya consecuencia tuvo que apelar al César, cambia-

---

(1) **Además de lo que sobre este punto, tan interesante para nuestra patria, deberá decirse en las adiciones de la presente traducción, justo será notar aquí brevemente la impropiedad con que se expresa el autor, al calificar de problema histórico la venida de San Pablo al suelo español, admitida hoy generalmente: como corresponde efectivamente á un hecho cuyo proyecto vemos consignado en las Sagradas Páginas; y cuya realización nos atestiguan constantes tradiciones de España y aun del extranjero; no menos que el testimonio de graves y antiguos escritores.**

Como algo más adelante se deja el autor otra vez llevar del mismo infundado prejuicio, será también ocasión entonces para insistir nosotros en desvanecerlo.—*(Nota del traductor.)*

Digitized by Google

ron los planes que había formado. Tal vez se lo temía ya, cuando muestra presentir las tribulaciones que le esperaban, y ruega á los romanos que le asistan con sus oraciones, "para que sea librado—dice—de los infieles que hay en Judea„ (1).

Envió el Apóstol esta carta á Roma por Febe, diaconisa de la Iglesia de Cechrea, puerto cercano á Corinto. La recomienda muy especialmente á los romanos, rogándoles que la acojan como deben recibirse los santos, y la asistan en cualquier asunto que necesite de su favor, así como ella había atendido á muchas personas, y entre otras á él mismo. Siguen después los saludos para muchos particulares, de donde puede inferirse cuántas personas ilustres se encontraban ya entonces en la Iglesia de Roma. "Saludad—dice—á Prisca y Aquila, que trabajaron conmigo en servicio de Jesucristo, los cuales, por salvar mi vida, expusieron sus cabezas, por lo que no solamente yo me reconozco agradecido, sino también las Iglesias todas de los gentiles.„ Saluda también con los mismos á la Iglesia de su casa, de la cual hace también mención al fin de su primera Epístola á los corintios, lo que hace creer que en Efeso, en Roma y tal vez en Corinto era la casa de ellos lugar destinado á las reuniones para los actos de piedad y religión. "Saludad—añade—á mi querido Epeneto, primicia de Cristo en Asia. Saludad á María, la cual ha trabajado mucho entre vosotros (según otras lecciones, *entre nosotros* ó para asistirnos, que tal vez habría asistido al Apóstol en Asia y en Grecia). Saludad á Andrónico y á Junia, mis parientes y comprisioneros, que son ilustres entre los Apóstoles, y los cuales creyeron en Cristo antes que yo. Saludad á Ampliato, á quien amo entrañablemente en el Señor; saludad á Urbano, coadjutor nuestro en Cristo Jesús, y á mi amado Estaquis. Saludad á Apeles, probado servidor de Jesucristo. Saludad á los de la familia de Aristóbulo. Saludad á Herodión, mi pariente. Saludad á los de casa de Narciso, que creen en el Señor.„ No puede saberse con certeza si este Narciso es ó no el famoso liberto de Claudio, que fué muerto en el primer año de Nerón. De las palabras del Apóstol no puede concluirse que fuese cristiano el sujeto aludido, ni que se trate de un vivo. Al contrario, cuando no le saluda él, ni tampoco á los de la casa todos, sino tan sólo á los que creían en Jesucristo, vese claramente por un lado que su familia no era cristiana, y por otro que el mismo podía no haber abrazado todavía la fe. Y por último, podía muy bien su casa, aun muerto él, ser todavía llamada la casa de Narciso. "Saludad á Trifena y á Trifosa, las cuales trabajan para el servicio del Señor. Saludad á nuestra carísima Persida, la cual ha trabajado mucho por el Señor. Saludad á Rufo, escogido del Señor, y á su madre, que también lo es mía—encarecimiento que añade el Apóstol ó bien por la respetable edad de aquella señora, ó bien porque en diversas ocasiones hubiese cuidado de él como de su propio hijo.—Saludad á Asincrito, á Flegonte, á Hermas—que comunmente se conceptúa ser el autor del libro *El Pastor* de que más adelante trataremos, — á Patro-

(1) Rom., XV.

Digitized by Google

bas, á Hermes y á los hermanos que viven con ellos. Saludad á Filólogo y á Julia, á Nereo y su hermana, y á Olimpiade y á todos los santos que están con ellos. Saludaos unos á otros en ósculo santo. A vosotros os saludan todas las Iglesias de Cristo.

. . . . . .

„Os saluda Timoteo, mi coadjutor, y Lucio *(que muchos estiman ser el mismo San Lucas),* Jasón *(que en el tumulto de Tesalónica expuso su vida por la del Apóstol)* y Sosipatro„ á los cuales tres llama el mismo Apóstol sus parientes.„ Tercio, que escribió la carta, es decir, que sirvió de amanuense á San Pablo, pone aquí hacia el último su saludo. Y vienen después los de Cayo, que daba hospitalidad al Apóstol, y toda la Iglesia, de Erasto, questor ó tesorero de la ciudad, y de Cuarto. Y pone luego la acostumbrada conclusión: "La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.„

20. Después de haber permanecido tres meses en Acaya, pensó San Pablo embarcarse para Judea, y hacer este viaje directamente por mar como más corto y más pronto. Pero habiendo descubierto que los judíos le armaban asechanzas para detenerle, asesinarle ó robarle, ora fuese por corsarios ó ladrones, ora de cualquier otro modo, cambió de idea, y, en lugar de hacerse á la vela desde el puerto de Cencris, púsose en camino para Macedonia. Acompañáronle en este viaje Sopatro ó Sosipatro, hijo de Pirro, con Aristarco y Segundo de Tesalónica, macedonios, por lo tanto, todos tres: Cayo de Derbe y Timoteo de Listra, ambos de Licaonia, y, por último, Títico y Trófimo, de Asia.

Llegado que hubieron unos y otros con el Apóstol á Filipos, pasaron al punto á Troade, con orden de esperarle allí hasta después de la Pascua y los siete días de los Acimos. Pasada dicha solemnidad, llegaron San Pablo y San Lucas, en cinco días de navegación, á Troade, y permanecieron allí una semana. El último día, que era domingo, reuniéronse los fieles para partir el pan, lo cual, en el lenguaje de los escritores sagrados, significa frecuentemente la celebración de los sagrados misterios. Pablo, que iba á marchar al siguiente día, alargó la plática hasta media noche en el cenáculo ó sala alta, donde se celebraba la reunión, y donde ardían numerosas antorchas. El día de domingo, el cenáculo, en lo más alto de la casa, la profusión de luces, todo indica que los fieles se habían reunido, no para un banquete ordinario, sino para la consagración solemne y la recepción de los sagrados misterios. Mientras que estaban atendiendo al discurso de Pablo, sucedió que á un mancebo, llamado Eutico, estando sentado sobre una ventana, donde se había puesto para ver ú oir mejor, le sobrecogió un sueño muy pesado, y, vencido al fin del sueño, cayó del tercer piso de la casa abajo, y le alzaron muerto. Bajó Pablo al punto, se echó sobre el cadáver, y, habiéndolo abrazado, le devolvió la vida. Y habiendo vuelto á subir al cenáculo, partió el pan, es decir, celebró la Eucaristía, y habiendo platicado todavía con ellos hasta rayar el día, dejó á todos los fieles muy consolados de ver entre ellos al jovencito resucitado.

Digitized by Google

Terminada la reunión, los compañeros de Pablo se hicieron á la vela para Asón, ciudad poco distante de Troade. El Apóstol anduvo aquel trecho de camino por tierra; y habiéndolos alcanzado en Asón, se embarcó allí con sus compañeros, y llegó con ellos á Mitilene, capital de la isla de Lesbos, desde donde, siguiendo su navegación, llegaron al día siguiente delante de Chío, y al otro día aportaron á Samos, ó más bien, según el texto griego, frente á Samos, á la isleta que toma su nombre del vecino promontorio de Trogylio. Desde allí desplegaron velas nuevamente y tomaron tierra al siguiente día en Mileto, segunda, si no ya primera ciudad de Jonia.

No había querido el Apóstol pararse en Efeso, sino pasar de largo hasta Mileto, por recelo de que los fieles de aquella ciudad, singularmente afectos á él, le obligasen á detenerse en Asia más de lo que quisiera, por cuanto se daba prisa con el fin de celebrar, si le fuese posible, el día de Pentecostés en Jerusalén. Mas desde Mileto envió á Efeso á llamar á los ancianos de la Iglesia, es á saber, según lo dice en el siguiente siglo San Ireneo, originario de aquel país (1), los Obispos y sacerdotes, así de Efeso como de los lugares circunvecinos del Asia, para darles el último adiós y las últimas instrucciones. Recordóles las lágrimas que había vertido y las tribulaciones que había padecido por las asechanzas de los judíos contra él, así como su incansable asiduidad en exhortarlos, amonestarlos, predicarles la verdad, de día y de noche, en público y por las casas, ya á todos en general, ya en particular á cada uno. "Y ahora, he aquí que, constreñido del Espíritu, voy á Jerusalén, no sabiendo las cosas que allí me han de acontecer, sino lo que el Espíritu Santo me asegura por todas las ciudades, diciendo: Que en Jerusalén me aguardan cadenas y tribulaciones. Pero yo ninguna de estas cosas temo, ni aprecio más mi vida que á mí mismo, con tal que de esta suerte concluya mi carrera y cumpla el ministerio que he recibido del Señor Jesús para predicar el Evangelio de la gracia de Dios. Ahora bien; yo sé que no veréis más mi cara todos aquellos por los cuales he pasado predicando el reino de Dios. Por tanto, os protesto en este día que estoy limpio de la sangre de todos, pues no he dejado de intimaros todos los designios de Dios. Velad sobre vosotros y sobre toda la grey, en la cual el Espíritu Santo os ha instituído Obispos para gobernar la Iglesia de Dios, que ha ganado él con su propia sangre. Porque sé que, después de mi partida, os han de asaltar lobos voraces que destrocen el rebaño. Y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que sembrarán doctrinas perversas para llevar discípulos tras de sí. Por tanto, estad alerta teniendo en la memoria que por espacio de tres años no he cesado ni de día ni de noche de amonestar con lágrimas á cada uno de vosotros. Y ahora, por último, os encomiendo á Dios y á la palabra de su gracia, á aquel que puede acabar el edificio, y haceros participar de su herencia con todos los santos."

(1) Iren., l. III, c. XIV.

Digitized by Google

Y concluído este razonamiento, se puso de rodillas é hizo oración con todos ellos. Y aquí comenzaron todos á deshacerse en lágrimas, y, arrojándose al cuello de Pablo, le besaban, afligidos sobre todo por aquella palabra que había dicho que "ya no verían más su rostro„. Lo cual les había dicho por conjetura y no por revelación; pues, como veremos, volvió efectivamente á Asia, después de su primera prisión en Roma.

De Mileto fué el Apóstol, con San Lucas y sus otros compañeros, á la isla de Cóos, y al día siguiente á la de Rodas, y de allí á Pátara, en las costas de Licia. Habiendo hallado allí una nave que pasaba á Fenicia, se embarcaron en ella. A la altura de Chipre dejaron dicha isla á la izquierda, y fueron á echar el áncora en Tiro, donde debía la nave dejar su cargamento. En Tiro encontraron cristianos, los cuales, previendo por espíritu profético, los males que esperaban á Pablo en Jerusalén, le disuadían de tal viaje. Mas él, después de haberse detenido una semana en aquella ciudad, se dispuso á embarcarse nuevamente. Acompañáronle aquellos piadosos cristianos, con sus mujeres y niños, hasta la ribera, y puestos allí de rodillas, oraron juntos, y le hicieron una tierna despedida. Pablo y sus acompañantes pasaron desde Tiro á Ptolemaida, en donde saludaron á los hermanos, y se detuvieron con ellos un día. Partiendo al siguiente, llegaron á Cesarea, en donde los recibió Felipe, uno de los siete diáconos, que era evangelista, conviene á saber, especialmente encargado de anunciar el Evangelio. Este Felipe tenía cuatro hijas, que, como premio de su virginidad, tenían don de profecía.

Habiéndose detenido allí algunos días, llegó de Judea el profeta Agabo, que, habiendo ido á visitarlos, cogió el ceñidor de Pablo, y atándose con él de pies y manos, dijo: "Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al hombre cuyo es este ceñidor, y entregarle han en manos de los gentiles.„ Esta profecía en acción conmovió de tal suerte á los compañeros de Pablo y á los cristianos de Cesarea, que unos y otros le rogaban que no pasase á Jerusalén. Pero Pablo les respondió: "¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy pronto, no sólo á ser aprisionado, sino también á morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús. Y viendo que no podían persuadirle, dejaron de instarle más, y dijeron: Hágase la voluntad del Señor. Animados con su ejemplo, lejos de abandonarle por miedo nadie de los que con él habían venido, se le agregaron aún y le acompañaron á Jerusalén algunos de los discípulos de Cesarea, trayendo consigo un tal Mnasón, originario de Chipre, antiguo discípulo, que se cree comunmente haber sido uno de los setenta y dos, y en cuya casa habían de hospedarse.

Llegados á Jerusalén Pablo y sus compañeros, los recibieron los hermanos con mucho gozo. Al día siguiente, habiendo ido á visitar á Santiago, Obispo de la ciudad, encontraron congregados en su casa todos los presbíteros. "Y habiéndolos saludado, les contó una por una todas las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por su ministerio. Ellos, oído esto, glorificaban á Dios, y después le dijeron: Ya ves, hermano, cuantos millares hay de judíos que han creído, y que todos son celosos de la ley.

Digitized by Google

Ahora éstos han oído decir que tú enseñas á los judíos que viven entre los gentiles á abandonar á Moisés, diciéndoles que no deben circuncidar á sus hijos ni seguir las costumbres. ¿Qué es, pues, lo que se ha de hacer? Sin duda se reunirá toda esta multitud de gente, porque luego han de saber que has venido. Por tanto, haz esto que vamos á proponerte; aquí tenemos cuatro hombres con obligación de cumplir un voto. Unido á éstos purifícate con ellos y hazles el gasto en la ceremonia, á fin de que se hagan la rasura de la cabeza; con eso sabrán todos que lo que han oído de ti es falso, y que, por el contrario, aun tú mismo continúas en observar la ley. Por lo que hace á los gentiles que han creído, ya les hemos escrito que habíamos decidido que se abstuviesen de manjares ofrecidos á los ídolos, y de sangre, y de animales sofocados y de la fornicación. Pablo, pues, tomando consigo aquellos hombres, se purificó al día siguiente con ellos, y entró en el Templo, haciendo saber cuándo se cumplían los días de la purificación, hasta que se hiciese la ofrenda por cada uno de ellos.

21. „Estaban para cumplirse los siete días que duraba la purificación, cuando los judíos venidos de Asia, habiéndole visto, amotinaron á toda la gente y le prendieron, gritando: Favor, israelitas; este es aquel hombre que sobre andar enseñando á todos en todas partes contra la nación, contra la Ley y contra este lugar, ha introducido también los gentiles en el Templo y profanado este lugar santo. Porque habiendo visto en la ciudad á Trofimo de Efeso con Pablo, pensaban que lo había introducido en el Templo. Con esto se conmovió toda la ciudad y se amotinó el pueblo. Cogieron á Pablo, le llevaron arrastrando fuera del Templo, y cerraron inmediatamente las puertas. Mientras estaban tratando de matarle, fué avisado el tribuno de la cohorte *(romana, que estaba de guardia junto al Templo)*, de que toda Jerusalén estaba alborotada. Al punto tomó soldados y centuriones y corrió hacia ellos. Los cuales, al ver el tribuno y los soldados, cesaron de maltratar á Pablo. Prendióle entonces el tribuno y le hizo atar con dos cadenas, y le preguntó quién era y qué había hecho. Pero entre aquel tropel de gente, quiénes gritaban una cosa, y quiénes otra. De suerte que no pudiendo, con aquel tumulto, averiguar lo cierto mandó que lo llevasen á los reales. Tenían éstos en la fortaleza Antonia, inmediata al Templo. Al llegar á las gradas *(que subían á la fortaleza)*, fué preciso que los soldados le llevasen en peso á causa de la violencia del pueblo. Porque le seguía el gentío gritando: ¡Que muera!

„A punto de entrar ya en la fortaleza, díjole Pablo al tribuno: ¿Se me permite hablarte una palabra? A lo cual respondió el tribuno: ¿Sabes el griego? ¿No eres tú quizá aquel egipcio que pocos días ha moviste un alboroto y llevaste al desierto cuatro mil hombres sicarios? *(Que así designaban á una multitud de asesinos esparcidos entonces por Judea.)* Díjole Pablo: Yo soy ciertamente ciudadano de Tarso, en Cilicia, ciudad bien conocida. Suplícote, pues, que me permitas hablar al pueblo. Y concediéndoselo así el tribuno, Pablo, en pie sobre las gradas, hizo señal con la mano al pueblo, y siguiéndose gran silencio, habló en lengua hebrea, diciendo: Hermanos y padres, oid la razón que voy á daros ahora

Digitized by Google

de mi persona. Y cuando oyeron que les hablaba en lengua hebrea, redoblaron el silencio. Y dijo: Yo soy judío, nacido en Tarso, de Cilicia, pero me crié en esta ciudad, instruído á los pies de Gamaliel, según verdad en la ley de nuestros padres, y muy celoso de la misma, así como todos vosotros lo sois hoy; yo perseguí de muerte á los de esta nueva doctrina, aprisionando y metiendo en la cárcel á hombres y á mujeres, como me son testigos el Sumo Sacerdote y todos los ancianos.„ Refirió después la historia de su conversión, tal como la hemos consignado, y y añadió que, habiendo regresado á Jerusalén y estando orando en el Templo, había visto en un éxtasis al Señor, que le mandó salir luego de aquella ciudad, porque no estaba dispuesta á recibir su testimonio. Y continuando su relato, añadió: "Yo dije: Señor, ellos mismos saben que yo era el que encerraba en cárceles y azotaba por las sinagogas á los que creían en ti. Y cuando se derramaba la sangre de Esteban, testigo tuyo, estaba yo presente, y lo consentía, y guardaba las ropas de los que le mataban. Pero él me dijo: Anda, que yo te quiero enviar lejos de aquí, hacia los gentiles.

„Hasta esta palabra estaban escuchándole los judíos, mas al llegar aquí levantaron el grito, diciendo: Quita del mundo á un tal hombre, que no es justo que viva. Y como ellos diesen alaridos y echasen de sí sus ropas y arrojasen polvo al aire, ordenó el tribuno que le metiesen en la fortaleza y que le azotasen y atormentasen, para descubrir por qué causa gritaban así contra él. Ya que le hubieron atado con las correas, dijo Pablo al centurión que estaba allí: ¿Os es lícito á vosotros azotar á un ciudadano romano y sin ser condenado? El centurión, oído esto, fué al tribuno y le dijo: Mira lo que haces, pues este hombre es ciudadano romano. Llegándose entonces el tribuno á él, preguntóle: Dime, ¿eres tú romano? Respondió él: Si que lo soy. A lo que replicó el tribuno: A mí me costó una gran suma de dinero este privilegio. Pues yo lo soy de nacimiento.„ Vemos, efectivamente, en Josefo, por varios decretos de las ciudades y de los procónsules, que desde tiempo de César había judíos ciudadanos romanos en Asia, entre otros sitios, en Efeso y en Sardes. Debía haberlos en Tarso, tanto más que esta ciudad había seguido siempre el partido de César y de Augusto (1). Así que al punto se apartaron de él los que iban á darle el tormento. Y el mismo tribuno entró en temor después que supo que era ciudadano romano, por haberle hecho atar. Al día siguiente, queriendo cerciorarse del motivo porque le acusaban los judíos, le quitó las prisiones, y mandó juntar á los sacerdotes con todo el Sinedrio, y sacando á Pablo le presentó en medio de ellos (2).

Pablo entonçes, fijos los ojos en el Sinedrio, les dijo: "Hermanos míos, hasta este día me he portado yo delante de Dios con toda buena conciencia. En esto, el príncipe de los sacerdotes, Ananías, mandó á sus ministros que le hiriesen en la boca. Entonces Pablo le dijo: Herirte ha Dios á

(1) Josephus, *Ant.*, lib. XIV, cap. X; *Dión*, lib. XLVII, núms. 26-31.
(2) Act., XXII.

Digitized by Google

ti, pared blanqueada. ¿Tú estás sentado para juzgarme según la Ley y contra la ley mandas herirme? Los circunstantes le dijeron: ¿Cómo maldices tú al Sumo Sacerdote de Dios? A esto respondió Pablo: Hermanos, no sabía que fuese el príncipe de los sacerdotes. Porque escrito está: No maldecirás al príncipe de tu pueblo „

Como el Sinedrio se había reunido, no en el Templo, sino en la torre ó fortaleza Antonia, tal vez en la misma habitación del tribuno, no tenía el Sumo Sacerdote ningún ornato é insignia que le declarasen por tal á quien por otra parte no le conocía. Desde hacía veinticinco años poco había parado Pablo en Jerusalén, y durante ese tiempo había habido muchos Pontífices. Porque la potestad temporal los cambiaba á su albedrío. Podía, pues, fácilmente no conocer al que lo era entonces.

"Sabiendo, empero, Pablo que parte de los que asistían eran saduceos y parte fariseos, exclamó en medio del Sinedrio: "Hermanos míos, yo soy fariseo, hijo de fariseo, y por causa de mi esperanza de la resurrección de los muertos, es por lo que voy á ser juzgado. Desde que hubo proferido estas palabras se suscitó discordia entre los fariseos y saduceos y se dividió la asamblea en dos partidos. Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángel, ni Espíritu; cuando, al contrario, los fariseos confiesan lo uno y lo otro. Hubo, pues, grande vocería. Y levantándose los doctores del partido de los fariseos, porfiaban diciendo: Nada de malo hallamos en este hombre; ¿quién sabe si le habló algún Espíritu ó ángel? No resistamos á Dios. Y enardeciéndose más la discordia, temeroso el tribuno de que despedazasen á Pablo, mandó bajar á los soldados para que lo quitasèn de en medio de ellos y lo condujesen á la fortaleza. A la siguiente noche se apareció el Señor á Pablo y le dijo: Ten constancia; porque así como has dado testimonio de mí en Jerusalén, conviene que lo des también en Roma„ (1).

Al otro día, más de cuarenta judíos vinieron á presentarse á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos, y les dijeron: Nosotros nos hemos obligado con voto y grandes imprecaciones á no probar bocado hasta que matemos á Pablo. Ahora, pues, no tenéis más que avisar al tribuno de parte del Sinedrio pidiéndole que haga conducir á Pablo delante de vosotros, como que tenéis que averiguar de él una cosa con más certeza. Nosotros, de nuestra parte, estaremos prevenidos para matarle antes que llegue. Tuvo aviso de ello Pablo por su sobrino, hijo de su hermana, é hizo que llevase á éste, ante el tribuno, un centurión, el cual dijo: Pablo, el preso, me ha pedido que traiga á este joven, que tiene que comunicarte alguna cosa. El tribuno, tomando de la mano al mancebo, le llevó aparte, y le preguntó qué era lo que tenía que comunicarle. Explicóle el joven la conjuración. Entonces el tribuno despidió al muchacho y le prohibió que dijese á nadie que le había dado aviso de esto. Y llamando á dos centuriones les dijo: Tened prontos doscientos soldados que vayan hasta Cesarea, y setenta de á caballo, y doscientos lanceros desde la hora tercera

(1) Act., XXIII.

Digitized by Google

de la noche, y preparad cabalgaduras en que sea conducido Pablo con toda seguridad, al gobernador Félix. Porque temió no sucediese acaso que los judíos le arrebatasen en el camino para asesinarle, según el sacrílego voto, y después padeciese él mismo la calumnia de haberlo permitido, sobornado por el dinero de los judíos. Los soldados, pues, habiendo tomado á Pablo, le condujeron aquella misma noche á Antipátrida. Desde allí, habiendo regresado los otros soldados, quedaron para ir con él los de á caballo, y siguieron al día siguiente á Cesarea, donde le presentaron al gobernador con la carta del tribuno, que decía: "Claudio Lysias al óptimo gobernador Félix, salud. A ese hombre, preso por los judíos y á punto de ser muerto por ellos, acudiendo con la tropa le libré, noticioso de que era ciudadano romano: y queriendo informarme del delito que le acusaban, condújele á su Sinedrio. Allí averigüé que es acusado sobre cuestiones de su ley de ellos; pero que no ha cometido ningún delito digno de muerte ó de prisión. Y avisado después de que los judíos le tenían urdidas asechanzas, te lo envío á ti, previniendo también á los acusadores que recurran á tu tribunal. Ten salud.„

Leída que hubo la carta el gobernador, preguntó de qué provincia era Pablo, y sabido que era de Cilicia le dijo: Te oiré en viniendo tus acusadores. Entretanto mandó que le custodiasen en el pretorio ó palacio de Herodes„ (1).

Al cabo de cinco días llegó á Cesarea el Sumo Sacerdote Ananías con algunos ancianos y cierto orador llamado Tértulo, que había de llevar la voz y sostener la causa ante el gobernador. Y habiéndose citado á Pablo, comenzó Tértulo su acusación en estos términos: Como por medio de ti, gozamos de una paz profunda, y muchas cosas sean corregidas por tus providencias, en todo tiempo y lugar lo reconocemos, óptimo Félix, con todo hacimiento de gracias. Mas por no detenerte mucho tiempo, te ruego que, según tu clemencia, nos oigas un breve rato. Hemos hallado que este hombre es pestilencial, y que levanta sediciones á los judíos por todo el mundo, y es cabeza de la secta sediciosa de los nazarenos, el cual, además, intentó profanar el Templo; y por eso, habiéndole preso, quisimos juzgarle según nuestra ley. Pero sobreviniendo el tribuno Lysias, le arrancó á viva fuerza de nuestras manos, mandando que acudiesen á ti sus acusadores; tú mismo, examinándole como juez, podrás reconocer la verdad de todas estas cosas de que le acusamos. Todo lo cual confirmaron los judíos allí presentes.

Pablo, por su parte, habiéndole hecho el gobernador señal para que hablase, respondió: Sabiendo yo que hace muchos años que tú gobiernas esta nación, emprendo con mucha confianza el justificarme. Bien fácilmente puedes certificarte que no ha más de doce días que llegué á Jerusalén para adorar. Y ni me hallaron en el Templo disputando con alguno, ni amotinando gente en las sinagogas, ó en la ciudad, ni te pueden pro-

(1) Ibid.

Digitized by Google

bar las cosas de que ahora me acusan. Pero confieso delante de ti que, siguiendo una doctrina que ellos llaman herejía, sirvo yo á mi Padre y Dios, creyendo todas las cosas que están escritas en la Ley y en los profetas, teniendo esperanza en Dios, como ellos también la tienen, que ha de verificarse la resurrección de los justos y de los pecadores. Y por esto procuro tener siempre mi conciencia sin tropiezo delante de Dios y delante de los hombres. Ahora, después de muchos años, vine á repartir limosnas á los de mi nación, y á cumplir mis ofrendas y votos. Y en esto me hallaron, purificado en el Templo, no con gente ni con alboroto. Y éstos que me han encontrado fueron unos judíos de Asia, que debían comparecer ante ti y acusarme, si tenían algo contra mí; pero digan estos mismos si, congregados en el Sinedrio, han hallado en mí delito alguno, á no ser que lo sea una expresión con que exclamé en medio de ellos, diciendo: Veo que por la resurrección de los muertos me formáis hoy vosotros causa.

Félix, que estaba bien informado de aquel género de vida, ó de la Religión cristiana, aplazó para otra ocasión la resolución del asunto, diciendo que de nuevo les daría audiencia cuando el tribuno Lysias viniese de Jerusalén á Cesarea. Entretanto ordenó á un centurión que guardase al Apóstol, pero dándole más holgura, quitándole acaso las cadenas, y sin que se impidiese á los suyos entrar á verle y asistirle.

Habiendo vuelto con su mujer Drusila, el gobernador, que se había ausentado por unos días, hizo llamar á Pablo y le oyeron la explicación de los principales misterios de la fe de Jesucristo y de la moral del Evangelio. Era Drusila judía de nacimiento y de religión, hija del primer rey Agripa, el que hizo dar muerte á Santiago, y hermana de Agripa el joven, que vivía entonces. Habíase casado primeramente con Aziz, rey de Emeso, que se había avenido á circuncidarse. Mas habiéndola visto Félix, y habiéndose enamorado de ella por su belleza, la persuadió que dejase á su marido. Consintió ella, y con menosprecio de su religión y desdoro de su estado, tomó como esposo á Félix, pagano y de baja extracción, pues había sido esclavo y se había elevado por el favor de su hermano Pallas, liberto del emperador Claudio. Era cruel y licencioso. Así, que inculcando Pablo la doctrina de la justicia, de la castidad y del juicio venidero, despavorido Félix, le dijo que bastaba por entonces: "Por ahora retírate, que á su tiempo yo te llamaré „ Y, en efecto, le llamaba á menudo y conversaba con él, no porque pensase en aprovecharse de su doctrina, sino con la esperanza de que le diese alguna suma considerable de dinero para conseguir su libertad. Como había oído que pasaba por un jefe de la secta de los nazarenos, y que había venido á traer á Jerusalén las limosnas recogidas en Macedonia, en Grecia y Asia, no podía persuadirse de que dejasen de aplicar buena parte de ellas á sacarle lo más pronto posible de la prisión. Mas no era ésa la intención del Apóstol; y así resultaron fallidas tales esperanzas del gobernador; el cual, pasados dos años, tuvo por sucesor á Porcio Festo, sin que, en tan largo tiempo, hubiese despachado la causa del santo, cuya inocencia debía comprender bien. Por congraciarse con los judíos, á quienes durante todo su gobierno

Digitized by Google

había hecho padecer las más horribles violencias y la más bárbara tiranía, dejó preso á Pablo (1).

Llegado que hubo á la provincia Festo, subió tres días después á Jerusalén desde Cesarea. Presentáronsele luego los príncipes de los sacerdotes y los judíos de más viso, para renovar ante él las acusaciones contra el Apóstol; y le pedían como especial gracia que le mandase conducir á Jerusalén: tramando ellos asechanzas para asesinarle en el camino. Mas Festo, prevenido ya tal vez de que no se fiase de ellos, les contestó que Pablo estaba bien custodiado en Cesarea, para donde iba á volver él cuanto antes. "Por lo tanto, los principales—dijo—de entre vosotros, vengan también *(á Cesarea)*, y acúsenle si es reo de algún crimen.„ Efectivamente, después de haberse detenido en Jerusalén ocho ó diez días, regresó á Cesarea.

Al día siguiente, sentado en su tribunal, mandó comparecer á Pablo. Los judíos que habían venido de Jerusalén hicieron contra él muchas y graves acusaciones, que no podían probar; poniendo en claro Pablo que en nada había delinquido ni contra la Ley de los judíos, ni contra el Templo, ni contra el César ó la pública tranquilidad. Mas Festo, queriendo congraciarse con los judíos en los comienzos de su gobierno, le dijo: "¿Quieres subir á Jerusalén y ser allí juzgado de estas cosas delante de mí?„ Pablo, que vería la trascendencia de la pregunta, y á Festo inclinándose ya á entregarle á los judíos, respondió: "Ante el tribunal de César estoy, que es donde debo ser juzgado; ningún mal he hecho yo á los judíos, como tú lo sabes mejor. Que si en algo he ofendido ó he hecho alguna cosa digna de muerte, no rehuso morir; pero si no hay nada de cuanto éstos me imputan, ninguno tiene derecho para entregarme á ellos. Apelo á César. Entonces Festo, habiéndolo tratado con los del Consejo, respondió á su vez: ¿A César has apelado? Pues á César irás.„

Pasados algunos días, bajaron á Cesarea para cumplimentar al nuevo gobernador de Judea, el joven rey Agripa, hermano de Drusila, y su otra hermana Berenice, mujer primero de Herodes, rey de Calcide y después de Polemón, rey del Ponto. Habiéndose detenido allí bastantes días, hizo Festo conversación con el rey acerca de Pablo, diciéndole: "Aquí dejó Félix preso á un hombre, sobre el cual, estando yo en Jerusalén, recurrieron á mí los príncipes de los sacerdotes y los ancianos de los judíos, pidiendo que fuese condenado. Yo les respondí: Que los romanos no acostumbran á condenar á ningún hombre antes que el acusado tenga presentes á sus acusadores y lugar de defenderse para justificarse de los cargos. Habiendo, pues, concurrido ellos acá sin dilación alguna, al día siguiente, sentado yo en el tribunal mandé traer al dicho hombre. A quien, estando presentes sus acusadores, ningún delito opusieron de los que yo sospechaba; solamente tenían con él algunas cuestiones sobre su superstición y sobre un cierto Jesús, difunto, que Pablo afirmaba estar vivo. Perplejo yo en una causa de esta naturaleza, le dije si quería ir á Jeru-

(1) **Act., XXIV.**

Digitized by Google

salén y ser allí juzgado de estas cosas. Mas interponiendo Pablo apelación para que su causa se reservase al juicio de Augusto, di orden para que se le mantuviese en custodia hasta remitirle á César. Entonces dijo Agripa á Festo: Desearía yo también oir á ese hombre. Mañana—respondió Festo—le oirás.

„Con eso, al día siguiente, habiendo venido Agripa y Berenice con mucha pompa, y entrando en la sala de la audiencia con los tribunos y personas principales de la ciudad, fué Pablo traído por orden de Festo. El cual dijo: Rey Agripa y todos vosotros que os halláis aquí presentes, ya veis á este hombre, contra quien todo el pueblo de los judíos ha acudido á mí en Jerusalén, representándome con grandes instancias y clamores que no debe vivir más. Y yo he hallado que no ha hecho cosa alguna digna de muerte. Pero habiendo él mismo apelado á Augusto he determinado enviársele. Del cual no tengo cosa cierta que escribir al señor. Por eso os le he presentado, y mayormente á ti, oh rey Agripa, para que, examinándole, tenga yo algo que escribir. Porque me parece sinrazón enviar un hombre preso, y no informar de las acusaciones que le hacen (1). Entonces Agripa dijo á Pablo: Se te permite hablar en tu defensa.

„Entonces Pablo, extendiendo la mano, comenzó á dar así sus razones: Tengo á gran dicha mía, oh rey Agripa, el poder hacer hoy mi defensa ante ti de todos los cargos de que me acusan los judíos. Mayormente sabiendo tú todas las costumbres de los judíos y las cuestiones que se agitan entre ellos, por lo cual te suplico que me oigas con paciencia. Y en primer lugar, por lo que hace al tenor de vida que observé en Jerusalén desde mi primera juventud entre los de mi nación, es bien notorio á todos los judíos; sabedores son de antemano, si quieren confesar la verdad, que yo, siguiendo desde mis primeros años la secta más segura de nuestra religión, viví cual fariseo. Y ahora soy acusado en juicio por la esperanza que tengo de la promesa hecha por Dios á nuestros padres, promesa cuyo cumplimiento esperan nuestras doce tribus, sirviendo á Dios noche y día. Por esta esperanza, oh rey, soy acusado yo de los judíos. Pues qué, ¿juzgáis acaso increible el que Dios resucite á los muertos? Yo, en verdad, había pensado que debía hacer la mayor resistencia contra el nombre de Jesús Nazareno. Y así lo hice en Jerusalén, y yo encerré en cárceles á muchos santos, habiendo recibido poder de los príncipes de los sacerdotes: y cuando los hacían morir, consentí también en ello. Y muchas veces, castigándolos por todas las sinagogas, los forzaba á blasfemar, y enfureciéndome más y más contra ellos los perseguía hasta en las ciudades extranjeras. En este estado, yendo un día á Damasco con poderes y comisión de los príncipes de los sacerdotes, siendo el mediodía, vi, oh rey, en el camino una luz del cielo más resplandeciente que el sol, la cual, con sus rayos, me rodeó á mí y á los que iban juntamente conmigo. Y habiendo todos nosotros caído en tierra, oí una voz que me decía en

(1) Act., XXV.

Digitized by Google

lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro empeño es para ti el cocear contra el aguijón. Yo entonces respondí: ¿Quién eres tú, Señor? Y el Señor me dijo: Yo soy Jesús, á quien tú persigues. Pero levántate y ponte en pie, porque por esto te he aparecido, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto y de otras que te mostraré apareciéndome á ti de nuevo. Y yo te libraré de este pueblo, y de los gentiles, á los cuales ahora te envío, á abrirles los ojos para que se conviertan de las tinieblas á la luz, y del poder de Satanás á Dios, y con esto reciban la remisión de los pecados y tengan parte en la herencia de los santos, mediante la fe en mí. Así que, oh rey Agripa, no fuí rebelde á la visión celestial, antes bien comencé á predicar primero á los que están en Damasco y en Jerusalén, y por todo el país de Judea, y después á los gentiles, que hiciesen penitencia y se convirtiesen á Dios, haciendo dignas obras de penitencia. Por esta causa me prendieron los judíos, estando yo en el Templo, é intentaban matarme. Pero, ayudado del auxilio de Dios, he perseverado hasta el día de hoy, testificando la verdad á grandes y á pequeños, no predicando otra cosa más que lo que Moisés y los Profetas predijeron que había de suceder, que Cristo había de padecer, que había de ser el primero de la resurrección de los muertos, para anunciar la luz al pueblo y á las gentes.

„Diciendo él esto en su defensa, exclamó Festo: Estás loco, Pablo; las muchas letras te sacan fuera de sentido.

„Y Pablo respondió: No deliro, óptimo Festo, sino que hablo palabras de verdad y de cordura. Que bien sabidas son del rey estas cosas, y por lo mismo hablo delante de él con tanta confianza, pues creo que nada de ello se le encubre. Porque no han sido hechas estas cosas en algún rincón oculto. ¿Crees, oh rey Agripa, en los profetas? Yo sé que sí crees.

„Entonces Agripa dijo á Pablo: Por poco me persuades á hacerme cristiano.

„Y Pablo: Pluguiese á Dios que por poco y por mucho, no solamente tú, sino también todos cuantos me oyen fueseis hechos hoy tales cual yo soy, salvo estas prisiones. Y *(cuando hubo dicho esto),* se levantó el rey y el gobernador y Berenice y los que estaban sentados junto á ellos. Y retirándose de allí, hablaban unos con los otros, diciendo: Este hombre no ha hecho cosa por la cual deba morir ni estar preso. Y Agripa dijo á Festo: Podía este hombre darse por libre, si no hubiera apelado á César„ (1).

22. Luego, pues, se determinó que Pablo navegase á Italia y que fuese entregado, con otros presos, á un centurión de la cohorte denominada Augusta, el cual se llamaba Julio. Subiendo en Cesarea á una nave de Adrameto, se hicieron á la vela empezando á costear las tierras de Asia. San Lucas y Aristarco, macedonio de Tesalónica, no quisieron abandonar al Apóstol, y por su parte, el centurión Julio le trataba con mucha humanidad. Así que cuando llegaron á Sidón, le permitió salir á visitar sus amigos y atender á su persona. Partidos de allí fueron bogando por

(1) Act. XXVI.

Digitized by Google

debajo de Chipre, por ser contrarios los vientos. Y habiendo atravesado el mar de Cilicia y Pamfilia aportaron á Lystra, ó como pone el texto griego, á Mira, ciudad de la Licia. Allí el centurión, encontrando una nave de Alejandría que pasaba á Italia, les trasladó á ella. Navegaron por muchos días lentamente, y arribaron con trabajo en frente de Guido, ciudad situada al extremo de la península de Caria, desde donde fueron hacia la isla de Creta, junto á Salmón. Costearon aquel sitio con grandes dificultades, y sólo á fuerza de trabajo y paciencia pudieron ganar un abrigo en un lugar llamado Buenos-Puertos, cercano á la ciudad de Thalasa.

Habíase perdido mucho tiempo en aquella penosa navegación; avanzaba el otoño, había pasado ya el ayuno solemne que celebraban los judíos en su séptimo mes, correspondiente en parte á Septiembre y en parte á Octubre; parecía peligroso aventurarse por la mar. Tal era al menos la opinión de Pablo. Pero el centurión daba más crédito al piloto y al patrón del barco, y por otra parte, el puerto aquel no parecía á propósito para invernar.

Desplegaron, pues, de nuevo las velas con el intento de ir á Fenice, otro puerto meridional, y pasar allí la estación dificultosa. Al pronto, soplando un viento de mediodía, favorable á su intento, levaron anclas muy confiados é iban costeando la isla de Creta. Pero á poco tiempo se levantó en contra un viento tifónico del nordeste; y no pudiendo resistir la nave, fuerza les fué dejarla é ir á merced de los vientos, que la arrojaron hacia una isleta llamada Cauda, sobre el mismo lado de Candia. Arreciando cada vez más la fuerte tempestad, viéronse al día siguiente precisados á arrojar al mar el cargamento; y tres días después echaron asimismo al mar los aparejos de la nave. Entretanto, había muchos días que no se dejaba ver ni el sol ni las estrellas y la borrasca era continuamente tan furiosa que ni aun tomaban alimento, perdida ya toda esperanza de salvamento.

Quiso el cielo, sin embargo, dejar lucir, en medio de tanta desolación, un rayo de esperanza. Apareciόse al Apóstol un ángel, y le dijo que no temiese, que él, sin falta, había de comparecer ante César y que Dios le había hecho gracia de todos los que con él navegaban.

Comunicó esto Pablo á aquellos abatidos navegantes, exhortándolos á tener buen ánimo, porque, si bien se perdería la nave, se salvarían todos, como se le había prometido. Iban ya catorce días de tempestad y el bajel había ido á parar al Adriático y continuaba hecho juguete de los vientos, y los marineros, á eso de media noche, barruntaron hallarse á vista de tierra. Por lo que tiraron la sonda y hallaron veinte brazas de agua, y poco más adelante sólo hallaron ya quince. Entonces, temiendo caer en algún escollo, echaron por la popa cuatro áncoras, aguardando con impaciencia el día.

Su intento era escaparse del navío, y ya echaban al mar el esquife con pretexto de querer largar las anclas de proa, cuando Pablo dijo al centurión y á la tropa: "Si estos hombres no permanecen en el navío,

Digitized by Google

vosotros no podéis salvaros.„ Entonces los soldados cortaron las amarras del esquife, y lo dejaron perder.

Y al empezar á ser día, Pablo, avisado acaso por Dios de ser aquel el día de su naufragio, les aseguró nuevamente que no perecerían ellos; y como iban catorce días que no comían, los exhortó á tomar algún alimento á fin de que, reanimadas las fuerzas, pudiesen, al romperse la nave, sostenerse en las olas y llegar á tierra. Y él mismo, tomando pan, dió gracias á Dios en presencia de todos, y empezó á comer. Con lo cual, animados los demás por su ejemplo, comieron también ellos, que iban en la nave un total de doscientas setenta y seis personas. La tempestad en vez de calmar se enfurecía. Los marineros, por aligerar aún más la nave, arrojaron el trigo á la mar.

Cuando vino el día distinguieron claramente la tierra; pero no la reconocían. Echaban sí de ver cierta ensenada que tenía playa y pensaban cómo podrían arrojar allí la nave y maniobraban al efecto. Mas tropezando en una lengua de tierra que tenía mar por ambos lados, encalló la nave, é hincada la proa, quedó inmoble, mientras que la popa iba abriéndose con los golpes de la mar. Los soldados entonces deliberaron matar á los presos por temor de que alguno se escapase á nado. Mas el centurión, queriendo salvar á Pablo, vedó la ejecución de tan bárbaro proyecto, y mandó que los que supiesen nadar saltasen los primeros al agua y saliesen á tierra; á los demás, parte los llevaron en tablas y algunos sobre los despojos de la nave. Y así se verificó, con tanta felicidad que todas las personas salieron salvas á tierra.

Ignoraban aún á qué playas los había arrojado la tempestad. Supieron por los habitantes del país, los cuales se apresuraron con mucha humanidad á auxiliarlos, que su isla se llamaba Mélita, hoy Malta. Los bárbaros, que así los llama al estilo de griegos y romanos San Lucas, encendieron una gran hoguera para enjugar y confortar á los que en tan cruda estación y después de tantos días de continuas fatigas, acababan de salir de las olas. Habiendo Pablo recogido una porción de sarmientos, los echó al fuego, al tiempo que una víbora, adormecida tal vez por el frío hasta entonces, saltó por el calor, y le trabó de la mano. Al verlo los bárbaros se decían entre sí, que sin duda aquel hombre era algún homicida, pues que, habiéndose salvado de la mar, le perseguía aún la venganza divina y no le dejaba la vida.

Mas Pablo, sacudiendo la víbora en el fuego, no padeció daño alguno. Los insulares, que sabían bien los efectos de aquel mortal veneno, juzgaban que iba á hinchar y caer en tierra y expirar. Mas, después de aguardar largo rato, reparando que ningún mal le acontecía, pasaron de uno á otro extremo y decían que era un Dios. En aquellas cercanías estaban las posesiones del primer personaje de la isla, llamado Publio, que acogiendo benignamente al Apóstol y sus compañeros, les dió generosa hospitalidad tres días. Hallábase el padre de Publio postrado con dos enfermedades harto peligrosas en los viejos: fiebres y disentería. Entró Pablo á verle, y haciendo oración é imponiendo sobre él las manos, le curó. Des-

Digitized by Google

pués de este milagro, todos los que tenían enfermedades en aquella isla, acudían á él, y eran también curados. Por cuyo motivo le hicieron muchas honras, y cuando partió le proveyeron de todo lo necesario.

Al cabo de tres meses hiciéronse á la vela en una nave de Alejandría que había invernado en aquella isla y tenía la divisa de Castor y Polux. Llegados á Siracusa, detuviéronse allí tres días. Desde allí, costeando las tierras de Sicilia, fueron á Reggio, en la Calabria, y al día siguiente, soplando el Sur, en dos días se pusieron en Puzol: donde, habiendo encontrado cristianos, fueron instados por éstos Pablo y sus compañeros para que se detuviesen con ellos una semana; y después marcharon á Roma. Sabiéndolo los de aquella ciudad, por aviso sin duda de los de Puzol, tenían tal deseo de ver y abrazar al Apóstol, que no quisieron dejar de salir á recibirle, quiénes al Foro Apio, quiénes á Tres Tabernas, á más de treinta millas de Roma éstos, y á más de cincuenta millas los primeros. Consolóse Pablo al verlos, dió gracias á Dios, y cobró nuevo aliento y confianza.

Era entonces prefecto del Pretorio ó Capitán de las guardias, Afranio Burro, colega de Séneca en la educación de Nerón, y acreditado por sus talentos militares, su probidad y la severidad de sus costumbres. A éste entregó sus prisioneros, entre los cuales se contaba San Pablo, el centurión Julio, que durante el viaje le había tratado muy considerada y humanamente. A sus buenos oficios para con Burro se debería sin duda el permiso que tuvo el Apóstol en Roma de estar de por sí en una casa, fuera de las prisiones públicas, con un soldado de guardia. Solía, según los usos de entonces, en tales casos llevar el soldado encargado de la guardia atada á la mano izquierda una larga cadena que sujetaba la mano derecha del prisionero.

Pasados tres días, convocó Pablo á los principales de los judíos, y, una vez reunidos, les dijo: cómo sin haber hecho nada contra su nación ni contra las costumbres de sus mayores, le habían preso los judíos de Jerusalén y entregado por criminal reo de muerte en poder de los romanos; que éstos, examinada su causa, habían querido ponerle en libertad no encontrándole culpable de ningún delito de pena capital; pero que, oponiéndose á ello los judíos, se había visto obligado á apelar á César, no con el fin de acusar en cosa alguna á los de su nación "Por este motivo, pues—concluyó,—he procurado veros y hablaros para que sepáis que por la esperanza de Israel me veo atado con esta cadena.„

Respondiéronle los judíos que no habían recibido contra él carta alguna de sus hermanos de Judea, y que tampoco había llegado de allá nadie á anunciarles ó decirles mal de él. "Mas deseamos—añadieron—saber cuáles son tus sentimientos, pues de esa secta tenemos noticia que en todas partes se le contradice.„ Habiendo, pues, señalado un día para más larga conferencia, vinieron en gran número á su alojamiento; y les exponía desde la mañana hasta la noche las enseñanzas del verdadero reino de Dios, la doctrina y los misterios de Jesucristo, confirmando sus asertos con la ley de Moisés y los oráculos de los profetas. Unos creían las cosas que decía, y otros no. Y no estaban acordes entre sí.

Digitized by Google

Pablo entonces dijo: ¡Oh! Con cuánta razón habló el Espíritu Santo á nuestros padres por el profeta Isaías, diciendo: Ve á ese pueblo y diles: Oiréis con vuestros oídos, y no entenderéis; y por más que veréis con vuestros ojos, no percibiréis. Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, y de los oídos oyeron pesadamente, y apretaron sus ojos, de miedo que con ellos vean, y oigan con sus oídos y entiendan con el corazón, y así se conviertan, y yo les sane. Pues os hago saber á vosotros que á los gentiles es enviada esta salud de Dios, y ellos la recibirán.

Por terribles que fuesen estas palabras, nada bastó á calmar los ánimos soberbios de los judíos ni á terminar sus disputas. En cuanto á Pablo, permaneció por dos años enteros en la casa que había alquilado, en donde recibía á cuantos iban á verle, predicando el reino de Dios, y dando las enseñanzas concernientes á nuestro Señor Jesucristo, sin que nadie se lo vedase (1).

23. Según hemos ya visto, eran los cristianos de Filipos las primicias de su apostolado en Europa y en Macedonia. Así que parece no haber habido otros que fuesen de él más amados ni que le amasen más. Preséntase en ellos como una especie de derecho privilegiado para atender al cuidado del Apóstol.

Desde que supieron su estancia en Roma, le enviaron á Epafrodito, apóstol, ó sea Obispo de ellos, con abundantes socorros. Este, en nombre de los filipenses, le asistió con tal celo en su prisión, que con esto cayó enfermo á punto de morir; pero plugo á Dios que sanase, dando así recompensa á su caridad, y favoreciendo así también al Apóstol para que, á sus demás aflicciones, no se añadiese la de perder un tan querido y fiel compañero de sus trabajos y combates por el Evangelio.

Causó viva pena á los filipenses la noticia del peligro de Epafrodito, quien, á su vez, estaba más angustiado considerando la pena de ellos. San Pablo, pues, atendiendo más á la consolación recíproca de uno y otros que á la suya propia, luego que le vió algo restablecido, se apresuró á enviarle de nuevo á Macedonia con una carta á los santos de Filipos, á los Obispos y diáconos principalmente, entendiéndose comunmente que estos Obispos citados en la dirección de la carta son los presbíteros, siendo Epafrodito el apóstol ú Obispo, propiamente dicho, de los filipenses.

Ternura y caridad tan sólo respira esta carta, sin que se halle en ella reproche alguno. Díceles San Pablo que ha juzgado, no ya útil, necesario, el enviarles á Epafrodito, su hermano, cooperador y colega, y apóstol de ellos, el cual le había fielmente asistido en sus necesidades. Se le devolvía principalmente por el grande deseo que le había conocido de volver á verlos, y cita como prueba del tierno afecto que les tenía Epafrodito, la tristeza que le causó el saber que estaban noticiosos de su enfermedad, la cual, en efecto, lo había traído á punto de muerte. "Pero Dios—les dice—tuvo misericordia de él; y no sólo de él, sino también de

(1) **Act., XXVIII.**

Digitized by Google

mí, para que no padeciese tristeza sobre tristeza. Por eso le he despachado más presto, á fin de que con su vista os gocéis de nuevo, y yo esté sin pena„ (1).

¡Cuán hermosa es y amable esta amistad de los santos! Regocíjanse ó apesáranse más del regocijo ó pesar de aquéllos á quien aman, que del suyo propio.

Anúnciales Pablo á sus amados Filipenses que su prisión, lejos de perjudicar á los progresos del Evangelio, había redundado en mayor provecho para ese fin; de suerte que sus cadenas por Cristo habían llegado á ser notorias en todo el palacio del Emperador y á todos los demás. Hasta en la corte de Nerón había cristianos. Díceles cómo, por otra parte, muchos hermanos en el Señor, cobrando bríos con sus cadenas, con mayor ánimo se atrevían á predicar sin miedo la palabra de Dios. Si en esto movía á los unos verdadero celo y espíritu de caridad y deseo de complacer al santo prisionero; había, sin embargo, otros que predicaban á Cristo por espíritu de envidia y como por tema, imaginándose agravarle el peso de sus cadenas, como si pudiese causarle pena el verlos en lugar suyo dilatar y confirmar la fe en la capital del mundo. Sobre lo cual declara, que para él es de sumo gozo ver que se anuncia á Cristo, sea con aparente ó verdadero celo. En suma, de nada se contrista ni se turba. Con tal de que Cristo sea glorificado en su cuerpo, no le inquieta el vivir ni el morir. Y por más que la muerte sería más conforme á su deseo, porque, desligándole de los lazos del cuerpo, le uniría más íntimamente á Jesucristo; veía que su vida les era útil y necesaria para adelantamiento y consolación de ellos Por eso tiene confianza y hasta seguridad, no sólo de quedar con vida, sino aun de recobrar la libertad, y volver á verlos.

Y á propósito de este pensamiento les exhorta con íntima efusión á mostrarse cada vez más dignos del Evangelio. "Por lo tanto, si hay—les dice—alguna consolación en Cristo, si algún refrigerio de caridad, si alguna comunicación de espíritu, si algunas entrañas de compasión; haced cumplido mi gozo, sintiendo todos una misma cosa, teniendo una misma caridad, un mismo ánimo, unos mismos pensamientos; no haciendo nada por tema ni por vanagloria, sino que cada uno, por humildad, mire como superiores á los otros; mirando cada cual no sus propios intereses, sino á lo que redunda en bien del prójimo. Porque habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo en el suyo Jesucristo, el cual, teniendo la naturaleza de Dios, no tuvo por usurpación el ser igual á Dios, y no obstante, se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo hecho semejante á los hombres y hallado en la condición como hombre. Se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual también Dios le ensalzó, y le dió un nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno, y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre„ (2).

(1) Philipp., II, 25-28
(2) Philip., I y II.

Digitized by Google

Mientras no llegaba el tiempo de que el Apóstol pudiese tener el consuelo de ver á sus amados filipenses, resolvió enviarles cuanto antes á Timoteo, considerando que no tenía ninguna persona tan unida de corazón con él, ni que se interesase por ellos con afecto más sincero. Confía ir él también luego. Pero entretanto le será consuelo saber noticias de ellos por aquel querido discípulo. Atendido lo cual espera enviarle luego que vea cómo se arreglan sus asuntos. Entretanto le prestaba en la prisión los oficios que un hijo afectuoso pudiera prestar á su padre (1).

Después de haberlos puesto en guardia contra los falsos apóstoles, que así en Macedonia como en Asia no cesaban de inculcar á los fieles la necesidad de circuncidarse y de observar las ceremonias judaicas; exhorta el Apóstol en particular á Evodia y á Sintique á la concordia y á la paz. Y como se interesaba tanto por verlas pronto enteramente reconciliadas, añade: "También te pido á ti, oh fiel compañero, que asistas á esas que conmigo han trabajado en el Evangelio con Clemente.„

En Grecia, donde era dificultoso para los hombres hablar en particular á las mujeres, era necesario valerse para su conversión ó bien de los maridos ó bien de otras mujeres cristianas, que por este motivo seguían á los Apóstoles y tomaban parte en las tareas y en el buen resultado de sus misiones. De esas catequistas serían probablemente Evodia y Sintique, y como entre ellas había surgido alguna división, no sólo las exhorta el Apóstol á que se reconcilien entre sí, sino que ruega también á Epafródito, su Obispo, que debe de ser la persona á quien ya directamente van sus palabras, que coadyuve á este fin. Mucho podrían, en efecto, su solicitud pastoral, sus ruegos, su autoridad y su celo.

En cuanto al Clemente, de quien hace allí también honrosa mención, créese comunmente ser el mismo que, después de Lino, sucedió al Príncipe de los Apóstoles en la sede romana, y ya hablaremos de ello más adelante (2). Lo que es muy de notar en esta carta es la salutación que á los filipenses envía el Apóstol: "Os saludan todos los santos, y principalmente los que son de la casa de César„ (3).

Ese César era Nerón, que ocupaba entonces el trono. Así, pues, en la corte misma donde Séneca, con toda su filosofía, con toda su elocuencia, con todas sus riquezas, con todo su crédito, sólo alcanza á hacer de Nerón un monstruo, cuyo más execrable crimen, el parricidio, no se avergüenza de justificar; allí Pablo, judío, y prisionero y encadenado, hace creer en Jesucristo y su Religión, y persuade la continencia, la modestia, la templanza y el desprecio de los placeres, los honores y las riquezas; y por decirlo de una vez, en aquella misma corte forma Pablo santos. ¡Tanto va del filósofo al Apóstol!

Una de las conversiones más célebres que éste logró durante el tiempo de su primera prisión en Roma, fué la de Onésimo, esclavo de File-

---

(1) Philip., II, 19.
(2) Philip., IV, 22.
(3) Véase también mas adelante sobre eso la nota del traductor.

Digitized by Google

món. Había robado á su amo, y para evitar los merecidos castigos, se había fugado á la capital del mundo, donde la divina Providencia le llevó á los pies del santo prisionero. Era Filemón un distinguido cristiano de Colosas, renombrada ciudad de Frigia. Amábale tiernamente San Pablo, y confiaba mucho en su amistad. Habiendo, pues, en medio de sus cadenas, convertido y regenerado á Onésimo, no quiso conservarlo á su lado, sino que lo envió otra vez á Filemón, con una carta donde le aconseja y ruega con las más tiernas y eficaces expresiones, que le reciba, no ya como á siervo, sino como á hermano; que le perdone sus faltas, y le condone el detrimento que le haya causado.

Dícele que él, Pablo, anciano ya y además entonces prisionero de Jesucristo, por más que tenga mucha libertad para mandarle lo conveniente, prefiere, sin embargo, suplicarle en favor de Onésimo, hijo espiritual suyo, á quien entre sus cadenas ha traído á la fe. "El que en algún tiempo—añade—te fué inútil, mas ahora es útil para ti y para mí, el cual te le vuelvo á enviar. Tú de tu parte, recíbele como á mis entrañas; yo había pensado retenerle conmigo para que me sirviese por ti, durante la prisión en que estoy por el Evangelio. Pero nada he querido hacer sin tu consentimiento, para que tu beneficio no fuese como forzado, sino voluntario. Que quizá él te ha dejado por algún tiempo á fin de que le recobrases para siempre no ya como siervo, mas en vez de siervo, como hermano muy amado, de mí en particular; pero ¡cuánto más de ti en la carne y en el Señor! Por lo tanto, si me tienes por compañero, recíbele como á mí. Y si algún daño te hizo ó te debe algo, apúntalo á mi cuenta. Yo, Pablo, lo escribí de mi puño, yo lo pagaré, por no decirte que aun á ti mismo te me debes. Sí, hermano. Reciba yo de ti este gozo en el Señor. Da, en nombre del Señor, este consuelo á mi corazón. Confiado en tu obediencia te escribo, sabiendo que harás aún más de cuanto digo." Le ruega al mismo tiempo que le prevenga también hospedaje, esperando que por las oraciones de ellos, volvería desde su prisión de Roma al Asia.

Aunque en el discurso de la carta habla á Filemón sólo, sin embargo en la inscripción va también dirigida á la mujer del mismo, Apia, á la cual llama el Apóstol su carísima hermana, y á Arquipo, á quien denomina su compañero en la milicia de Cristo, y á la Iglesia, esto es, á todos los fieles que solían congregarse, en la casa de Filemón y de Apia. Concluye con las salutaciones de Epafras, que, como Pablo, estaba en Roma prisionero por Jesucristo, de Marcos, Aristarco, Demas y Lucas, que se cree comunmente ser el Evangelista. A todos cuales los llama el Apóstol sus cooperadores, esto es, compañeros de sus trabajos en la conversión del mundo (1).

Habiendo vuelto Onésimo á su amo con esta carta, recibióle él con toda la bondad, afabilidad y caridad que deseaba San Pablo. Y como éste le había dejado entender que la asistencia de aquel servidor le sería de gran consuelo en su prisión, no tardó Filemón en volvérsele á enviar á

(1) Philem.

Digitized by Google

Roma. Y al año siguiente el Apóstol lo mandó nuevamente á Colosas con Títico. El cual era de Asia, y había acompañado al Apóstol en su viaje á Acaya y á Jerusalén: y habiendo venido á encontrarle en Roma, parece haber ocupado un lugar distinguido en su confianza y entre sus cooperadores en el ministerio apostólico: así que por dos veces en sus cartas lo llama su carísimo hermano y fiel ministro en el Señor.

El motivo que tuvo San Pablo para escribir á los de Colosas fué el precaverlos contra ciertos herejes que, procedentes del judaísmo é imbuídos en la filosofía platónica, procuraban persuadir á los gentiles convertidos á la fe la observancia de las ceremonias judaicas, y les enseñaban un culto falso y supersticioso de los ángeles, como si ellos solos, y no Jesucristo, fuesen nuestros medianeros para con Dios.

La creencia común de los judíos, de los gentiles y de los cristianos es que debajo de Dios, sumo criador del cielo y de la tierra y supremo Señor de todas las cosas, existe una innumerable multitud de seres intermediarios, buenos los unos, malos los otros, llamados comunmente ángeles, genios ó demonios, que encontraremos algunas veces llamados *dioses* en nuestras mismas Escrituras—dice Orígenes (1)—porque tienen en sí algo de divino. Según la misma universal creencia, por ellos gobierna Dios el mundo físico, el sol, la luna y las estrellas, la tierra y cuanto ella contiene. Todas las cosas corporales son regidas por los ángeles: dice Santo Tomás. A estas verdades había mezclado Platón un error que parece haberlo tomado de los egipcios, es á saber, que el Dios supremo, después de haber creado los dioses inferiores dejó á éstos la creación del hombre. Abusaron de todo esto los primeros herejes para introducir opiniones más ó menos singulares, en casi todas las cuales se representaba á Jesucristo como inferior á esos seres sobrehumanos, ó al menos como uno de ellos.

He aquí por qué San Pablo en todas sus Epístolas, pero principalmente en esta á los colosenses, recuerda que Jesucristo es la imagen substancial del Dios invisible, y que es engendrado ante toda criatura. Pues por él fueron criadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, ora sean tronos, ora dominaciones, ora principados, ora potestades. Y él es ante todas las cosas, y todas subsisten por él. Y él mismo es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, y el principio, el primero á renacer de entre los muertos, para que en todo tenga él la primacía, pues plugo al Padre poner en él la plenitud de todo ser, y reconciliar por él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra por medio de la sangre que derramó en la cruz. En él están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. En él habita la plenitud de la divinidad corporalmente. En él tenemos nuestra perfección, en él, que es la cabeza de todo principado y potestad, que ha borrado por su sangre en la cruz la ley ritual de Moisés, y cancelado la cédula del decreto formado contra nosotros, y que, despojando á los principados y potestades

(1) Orig., *Cont. Cels.*, lib. V, núm. 4. S. Th., 1, q., 10, a., 1.

Digitized by Google

enemigas, los sacó valerosamente en público, triunfando de ellos en su propia persona. La ley era sólo la sombra de lo porvenir; Jesucristo es ya el cuerpo y la realidad. Y para con él no hay distinción de gentil y judío, de circunciso y no circunciso, de bárbaro y de escita, de esclavo y libre, sino que Cristo es todo en todos. "Estad sobre aviso—les dice—para que ninguno os engañe con filosofías y vanos sofismas, según la tradición de los hombres, conforme á las máximas del mundo y no según Cristo.„ Exhórtalos á que, por el contrario perseveren cimentados en la fe, y firmes é inmobles en la esperanza del Evangelio que oyeron, y que ha sido predicado á todas las naciones que habitan debajo del cielo.

De esta admirable doctrina acerca de Jesucristo saca el Apóstol la más perfecta moral. "Sino que Cristo es todo en todos. Revestíos, pues, como escogidos que sois de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia: sufriéndoos los unos á los otros, y perdonándoos mutuamente si alguno tiene queja contra otro: así como el Señor os ha perdonado, así lo habéis de hacer también vosotros. Pero sobre todo, mantened la caridad, que es el vínculo de la perfección: y triunfe en vuestros corazones la paz de Cristo, á la cual fuisteis asimismo llamados para formar un solo cuerpo: enseñándoos y animándoos unos á otros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando de corazón con gracia las alabanzas á Dios. Todo cuanto hacéis, sea de palabra ó de obra, hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando por medio de él gracias á Dios Padre. Mujeres, estad sujetas á los maridos, como es debido en el Señor. Maridos, amad á vuestras mujeres y no las tratéis con aspereza. Hijos, obedeced á vuestros padres en todo, porque esto es agradable al Señor. Padres, no provoquéis á ira á vuestros hijos para que no se hagan de ánimo apocado. Siervos, obedeced en todo á vuestros amos temporales, no sirviéndolos sólo mientras tienen la vista sobre vosotros, como si no deseaseis más que complacer á los hombres, sino con sencillez de corazón y temor de Dios. Todo lo que hagáis hacedlo de corazón, como por el Señor, y no por los hombres. Sabiendo que recibiréis del Señor el galardón de la herencia. A Cristo el Señor es á quien servís. Mas el que obra mal llevará el pago de su injusticia, porque en Dios no hay acepción de personas. Vosotros, señores, tratad á los siervos según lo que dictan la justicia y la equidad: sabiendo que también vosotros tenéis Señor en el cielo.

„Perseverad en la oración... y orando juntamente por nosotros para que Dios nos abra la puerta de la predicación á fin de anunciar el misterio de Cristo, por el cual todavía estoy preso, y para que yo lo manifieste de la manera con que debo hablar de él... De todas mis cosas os informará Titico, mi carísimo hermano, y fiel ministro, y consiervo en el Señor. Al cual he enviado á vosotros expresamente para que sepa el estado de vuestras cosas, y consuele vuestros corazones, juntamente con Onésimo, mi muy amado y fiel hermano, que es de vosotros. Estos os informarán de todo lo que aquí se hace. Os saluda Aristarco, mi compañe-

Digitized by Google

ro en la prisión, y Marcos, primo de Bernabé, acerca del cual ya recibisteis encargo; si fuese á vosotros, recibidle bien. Os saluda también Jesús, por sobrenombre el Justo: éstos son de los circuncisos, y ellos solos son los que me ayudan en el reino de Dios, y han sido mi consuelo. Os saluda Epafras, que es de vosotros, siervo de Jesucristo, siempre solícito en rogar por vosotros en sus oraciones, para que seáis perfectos y cumplidos en toda voluntad de Dios. Porque yo soy testigo de lo mucho que se afana por vosotros, y por los de Laodicea y de Hierápolis. Os saluda el muy amado Lucas, médico, y también Demas. Saludad vosotros á los hermanos de Laodicea y á Ninfas, y á la Iglesia que está en su casa. Leída que sea esta carta entre vosotros, haced que se lea también en la Iglesia de Laodicea, como el que vosotros asimismo leáis la de los laodicenses. Finalmente, decid á Arquipo: Considera bien el ministerio que has recibido del Señor, á fin de desempeñar todos sus cargos. La salutación de mi mano. Pablo. Acordaos de mis cadenas. La gracia sea con vosotros. Amén„ (1).

Cuando escribió á Filemón estaba prisionero con él Epafras. Aquí es Aristarco el designado como tal; lo cual demuestra suficientemente que las dos cartas no fueron escritas en un mismo tiempo. También nos lo hace ver el que en la primera habla de Arquipo con elogio y en la segunda le dirige una advertencia. Arquipo parece haber sido el Obispo de Colossas, ó al menos uno de sus principales presbíteros. En cuanto á Epafras, San Pablo lo representa como el apóstol de Colosas, de Laodicea y de Hierápolis. El fué principalmente quien le instó á que escribiese á aquellas Iglesias; por más que no hubiese predicado en ellas y que no fuese allí conocido personalmente.

Pero ¿cuál era esa carta de los laodicenses que había de leerse en la Iglesia de Colosas? No lo sabemos. Hay quien piensa que era la Epístola á los Efesios, considerándola como una circular á todas las Iglesias de Asia, de suerte que llevase en el título de sendos ejemplares los nombres de las diversas ciudades á que se dirigía y que pudo igualmente llamarse Epístola á los Efesios, á los Laodicenses, etc., según que llevaba en la inscripción el nombre de la una ó la otra ciudad. Y como Laodicea estaba más cerca de Colosas que Efeso, el Apóstol, escribiendo á los de Colosas, la denomina más bien de Laodicea que de Efeso: porque debía venir á Colosas, no de Efeso, sino de Laodicea. Puede todo esto ser así. Es al menos probable que el Apóstol escribió á los Efesios al principio de su primera cautividad en Roma. Si hubiera sido durante la segunda, hubiera hablado de su próxima muerte, como lo verifica en su segunda Epístola á Timoteo. Si hubiera sido durante la primera, hubiera unido á su nombre el de Timoteo, y hablado de su próxima liberación, como lo practica en sus Epístolas á los Filipenses y á Filemón. Es, pues, de creer que la escribiese antes de llegar á su lado Timoteo, y antes de saber cómo tendría término su primera cautividad. Concíbese también por qué de-

(1) Coloss.

Digitized by Google

seaba tanto que esa Epístola fuese leída en Colosas, pues que trata el mismo asunto de la Epístola á los Colosenses, la grandeza de Jesucristo, pero más elevadamente todavía (1).

"Bendito—exclama—el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en bienes celestiales en Cristo. Así como nos eligió en el mismo antes del establecimiento del mundo, para que fuésemos santos y sin mancilla delante de él en caridad.„ Y así prosigue exponiendo esta sublime doctrina. En Cristo y por Cristo nos ha hecho hijos adoptivos Dios; por su sangre logramos la redención y el perdón de los pecados; por él nos ha dado á conocer el Padre el misterio de su inefable beneplácito, que había propuesto en sí mismo para restaurar en Cristo, á la plenitud de los tiempos, todas las cosas de los cielos y las de la tierra, por él mismo. Lo cual ha comenzado ya á cumplir, resucitándole de entre los muertos y colocándole á su diestra en los cielos, sobre todo principado, y potestad, y virtud, y dominación, y sobre todo nombre, por celebrado que sea, no sólo en este siglo, sino también en el futuro. Y todas las cosas sometió bajo los pies de él; y le puso por cabeza sobre toda la Iglesia, la cual es su cuerpo y la plenitud de aquel que lo llena todo en todas las cosas. El es la paz nuestra; él quien de los dos pueblos, judío y gentil, ha hecho uno, rompiendo, por medio del sacrificio de su carne, el muro de separación, esa enemistad que los dividía, derogando con sus decretos evangélicos las ceremonias mosaicas, para formar en sí mismo un solo hombre nuevo de estos dos pueblos, y, reconciliando con Dios por medio de la Cruz, ambos pueblos ya reunidos en un solo cuerpo, destruyendo en sí mismo la enemistad de ellos. "Y viniendo, evangelizó paz á vosotros, que estabais lejos; y paz á aquellos que estaban cerca. Por cuanto por él los unos y los otros tenemos entrada al Padre, unidos en el mismo Espíritu. De manera que ya no sois extranjeros, ni advenedizos; sino que sois ciudadanos de los santos y domésticos de Dios, pues estáis edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y profetas en Jesucristo, el cual es la principal piedra angular, sobre el cual, trabado todo el edificio, se alza para ser un templo santo del Señor; por él entráis también vosotros á ser parte de la estructura de este edificio para llegar á ser morada de Dios por medio del Espíritu.

„Yo, pues, que estoy entre cadenas por el Señor, os conjuro que os

---

(1) No juzgamos inoportuno trasladar aquí, á ejemplo del traductor italiano, la nota que Mons. Martini, cuya clásica versión de la Biblia es tan conocida, consigna su diversa opinión en cuanto á este punto.

"No veo—dice—cómo por la Vulgata han podido pretender algunos intérpretes que Pablo hubiese escrito una carta á los de Laodicea, cuando la Vulgata, aún más claramente que el texto griego, indica una carta, no de Pablo á los laodicenses, sino más bien de los laodicenses á Pablo. Esta carta, pues, de los laodicenses quiere el Apóstol que la lean los colosenses, como útil para la edificación de los mismos. Así el Crisóstomo, Teodoreto, Erumenio y otros.„

Sin embargo de lo cual, la reciprocidad que ordena de la lectura de ambas cartas parece indicar más bien una escrita, no al Apóstol, sino por él; como lo era ésta á los colosenses.

Digitized by Google

portéis de una manera que sea digna del estado á que habéis sido llamados, con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos unos á otros con caridad, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en vínculo de paz; un cuerpo y un espíritu como fuisteis llamados en una esperanza de vuestra vocación. Uno es el Señor, una la fe, uno el bautismo. Uno el Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todas las cosas, y en todos nosotros. Mas á cada uno de nosotros ha sido dada la gracia según la medida de la donación de Cristo... Y así él mismo á unos ha constituído Apóstoles, á otros profetas, y á otros evangelistas, y á otros pastores, y doctores, á fin de que trabajen en la perfección de los santos en las funciones de su ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos, en la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, á varón perfecto, según la medida de la edad cumplida de Cristo *(ó sea según la cual Cristo se ha de formar místicamente en nosotros),* por manera que ya no seamos niños fluctuantes, ni nos dejemos llevar aquí y allá de todos los vientos de opiniones, por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia para introducir el error. Antes bien, siguiendo la verdad con caridad, en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza: y de quien todo el cuerpo, trabado y conexo entre sí, recibe por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente á cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfección mediante la caridad.„

Sacó Pablo de aquí las mismas instrucciones morales que en la Epístola á los Colosenses, pero entretejiendo con ellas otras cada vez más altas consideraciones. "Las mujeres estén sujetas á sus maridos como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia: de la que él mismo es Salvador, como de su cuerpo. De donde así como la Iglesia está sujeta á Cristo, así las mujeres lo han de estar á sus maridos en todo. Vosotros, maridos, amad á vuestras mujeres como Cristo amó á su Iglesia, y se entregó á sí mismo por ella para santificarla, purificándola con el bautismo de agua por la palabra de vida, á fin de hacerla comparecer delante de él llena de gloria, sin mancha, ni arruga ni cosa semejante, sino siendo santa é inmaculada. Así también deben amar los maridos á sus mujeres como á sus propios cuerpos. Quien ama á su mujer, á sí mismo ama. Porque nadie aborreció jamás su carne, antes bien, la sustenta y cuida, así como también Cristo á la Iglesia; porque somos miembros de su cuerpo, de su carne, de sus huesos. Por esto dejará el hombre á su padre y á su madre, y se allegará su mujer; y serán los dos una carne. Este sacramento es grande; mas yo digo en Cristo y en la Iglesia... Hijos, obedeced á vuestros padres en el Señor; porque esto es justo. Honra á tu padre y á tu madre, que es el primer mandamiento que va acompañado con recompensa. Para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra. Y vosotros, padres, no provoquéis á ira á vuestros hijos, mas educadlos corrigiéndolos é instruyéndolos según el Señor. Siervos, obedeced á vuestros señores temporales con temor y con respeto, en sencillez de corazón, como á Cristo. No sirviéndolos sola-

Digitized by Google

mente cuando tienen la vista sobre vosotros, como si no pensaseis mas que en complacer á los hombres, sino como siervos de Cristo, que hacen de corazón la voluntad de Dios, y servidlos con buena voluntad, haciéndoos cargo que servís al Señor y no á los hombres: estando ciertos de que cada uno de todo el bien que hiciere, recibirá del Señor la paga, ya sea esclavo, ya sea libre. Y vosotros, amos, haced otro tanto con ellos, excusando las amenazas: considerando que unos y otros tenéis un mismo Señor allá en los cielos, y que no hay en él acepción de personas.

„Por lo demás, hermanos, confortaos en el Señor y en el poder de su virtud. Revestíos de toda la armadura de Dios para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no es nuestra pelea contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los gobernadores de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos en los aires. Por lo tanto, tomad todas las armas de Dios para poder resistir en el día aciago y sostenernos apercibidos en todo. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con el cíngulo de la verdad, y vestidos de la loriga de la justicia, y calzados los pies, prontos al Evangelio de la paz, embrazando en todos los encuentros el broquel de la fe con que podáis apagar todos los dardos encendidos del maligno; tomad también el yelmo de la salud, y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, haciendo en todo tiempo con espíritu continuas oraciones y plegarias, y velando para lo mismo con todo empeño, y orando por todos los santos y por mí, á fin de que se me conceda el saber desplegar mis labios para predicar con libertad, manifestando el misterio del Evangelio„ (1).

Llevó á los efesios esta Carta Titico, el mismo que más adelante llevó asimismo la de los colosenses.

Después de dos años de prisión en Cesarea y dos en Roma, recobró al fin Pablo la libertad. Había salido de Roma, pero no de Italia. Timoteo, al cual había enviado á Filipos, había sido preso allí, pero acababan de soltarle. Esperándole para hacer con él el viaje á Jerusalén, escribió Pablo su Carta á los hebreos, es decir, á los fieles convertidos del judaísmo. Completa en esta carta el asunto que había ya tratado en la de los efesios y en la de los colosenses. Propónese en ella dos fines. Primero, confirmar á los hebreos en la fe y desapegarlos enteramente de las observancias legales: para lo cual les da á conocer la grandeza de Jesucristo, la excelencia de su sacerdocio, la virtud de su sacrificio, el cambio de la ley por el advenimiento del Pontífice eterno. En segundo lugar, consolarlos en las persecuciones que por la fe sufrían, á cuyo intento les propropone el ejemplo de todos los antiguos fieles, el ejemplo de Jesucristo, y los anima con la consideración de la recompensa eterna.

Después de Dios, los seres de mayor excelencia en la ley antigua son los profetas, los patriarcas, Moisés y Aarón, los ángeles. Pablo muestra á Jesucristo superior á todo ésto. Superior á los profetas, que eran meros hombres y siervos de Dios; mientras que Jesucristo es Dios é Hijo de

(1) Ephes.

Digitized by Google

Dios. Superior á los patriarcas, que fueron los padres de la nación judía y los herederos de cierta porción de tierra; al paso que Jesucristo es el Creador del mundo y el heredero de todos los bienes de Dios. Superior á Moisés, que gobernó el pueblo judío y alcanzó esplendente gloria por su comunicación con Dios; en tanto que Jesucristo es el resplandor de la gloria del Eterno Padre, y la figura de su substancia, creador, gobernador y conservador del universo. Superior á Aarón, el cual, en expiación de los pecados de los judíos, ofreció sacrificios con sangre de animales; cuando Jesucristo expió los pecados del mundo entero con su propia sangre; Aarón entraba solamente una vez al año en el *Sancta Sanctorum;* Jesucristo penetró hasta lo más alto del cielo, y allí está sentado á la diestra de Dios Padre. Superior á los ángeles, ya por su origen, puesto que es el Hijo de Dios, que no lo es ángel alguno; ya por su más excelente honor, porque adoradores suyos son ellos; ya por la mayor excelencia del oficio, porque siervos suyos son ellos, y Jesucristo es Rey. Sobrepújalos también en poder: él creó los cielos y la tierra y él los renovará; cosa que no pueden los ángeles. Supéralos, finalmente, en gloria: está sentado á la diestra de Dios Padre como igual; los ángeles son enviados para ejercer su ministerio en favor de los hombres.

"Porque—exclama el Apóstol—¿á cuál de los ángeles dijo jamás: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy? Y asimismo: ¿Yo seré Padre suyo y él será hijo mío? Y otra vez al introducir á su primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios. Asimismo, en orden á los ángeles, dice: El que hace á sus ángeles espíritus y á sus ministros llama de fuego. Mientras que al hijo le dice: El trono tuyo, oh Dios, por los siglos de los siglos: cetro de rectitud el cetro de tu reino. Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso, oh Dios, el Dios tuyo te ungió con óleo de júbilo mucho más que á tus compañeros. Y en otro lugar: Tú eres, oh Señor, el que al principio fundaste la tierra, y obras de tus manos son los cielos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos como vestidos envejecerse han, y como un manto los mudarás y quedarán mudados; pero tú eres para siempre el mismo y tus años nunca se acabarán. En fin, ¿á qué ángel ha dicho jamás: Siéntate tú á mi diestra, mientras tanto que pongo á tus enemigos por tarima de tus pies? ¿Por ventura no son todos ellos unos espíritus que hacen el oficio de servidores enviados para ejercer su ministerio en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud?... Pues si la ley promulgada por los ángeles fué firme, y toda transgresión y desobediencia recibió el justo castigo que merecía, ¿cómo lo evitaremos nosotros si desatendemos tan grande salud? La cual, habiendo comenzado el Señor á predicarla, ha sido después confirmada hasta nosotros por los que la habían oído, atestiguándola Dios con señales y portentos y variedad de milagros, y con los dones del Espíritu Santo, que ha distribuído según su beneplácito."

De lo que más se gloriaban los judíos era del sacerdocio de Aarón. De aquí que el Apóstol atiende, en varios capítulos, á hacerles ver cuán-

Digitized by Google

to mayor era el sacerdocio destinado á reemplazarlo, el sacerdocio de Jesucristo. "Por lo cual vosotros, santos hermanos, partícipes que sois de la vocación celestial, considerad al Apóstol y Pontífice de nuestra profesión, Jesús.„ La grandeza de tal Pontífice supera á todas; ha penetrado los cielos, es Hijo de Dios. "Pues no es tal nuestro Pontífice que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias, mas tentado en todas las cosas á semejanza nuestra, excepto el pecado... Cristo no se arrogó la gloria de hacerse Pontífice, sino que se la dió el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Al modo que también en otro lugar dice: Tú eres Sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec... Sobre lo cual podríamos decir muchas cosas...„ Melquisedec, en efecto, significa Rey de justicia: es Rey de Salem ó Rey de paz, "sin padre, sin madre, sin genealogía, sin ser conocido el principio de sus días, ni el fin de su vida, sino que, siendo por todo esto imagen del Hijo de Dios, permanece sacerdote eternamente. Contemplad ahora cuán grande sea éste á quien el mismo patriarca Abrahán dió "los diezmos de los mejores despojos„ ya que Abrahán y en él toda su posteridad, Leví y Aarón le pagan el diezmo y reciben su bendición. "Y si la perfección fuese por el sacerdocio levítico (por cuanto el pueblo bajo éste recibió la ley), ¿qué necesidad había de que se presentase después otro sacerdote según el orden de Melquisedec y no según el de Aarón? Porque, mudado el sacerdocio, es forzoso que también se mude la ley... Como lo declara *(la Escritura)* diciendo: Tú eres sacerdote eternamente, según el orden de Melquisedec. Queda, por tanto, abrogada la ordenación antecedente, por su flaqueza é inutilidad. Porque la ley ninguna cosa llevó á perfección sino que fué introductora de mejor esperanza, por la cual nos acercamos á Dios.„

Tanto es superior este sacerdocio al otro cuanto que ha sido establecido con juramento, según aquellas palabras: "Juró el Señor y no se arrepentirá. Tú eres sacerdote por toda la eternidad.„ Habiendo venido al mundo Cristo, este Pontífice de los bienes futuros, entró en el santuario del cielo por medio de un tabernáculo, más excelente y más perfecto que el de Moisés, por su propio cuerpo, tabernáculo no hecho de mano de hombre, esto es, no de formación semejante á la nuestra, y entró no con sangre de machos de cabrío, ni de becerros, como Aarón, sino con su propia sangre, habiéndonos obtenido una redención eterna, y entró para presentarse ahora por nosotros ante el acatamiento de Dios, y para destrucción del pecado con el sacrificio de sí mismo. Porque es imposible que con sangre de toros y de machos de cabrío se quiten los pecados. Por eso el Hijo de Dios, al entrar en el mundo, dice: "Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me apropiaste un cuerpo. Holocaustos por el pecado no te agradaron. Entonces dije: Heme aquí que vengo, en el principio del libro está escrito de mí. Para hacer, oh Dios, tu voluntad...„ Por esta voluntad, pues, somos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo.

Así hace ver el Apóstol que lo que más extrañaba á los judíos incrédulos, el escándalo de la cruz, es, al contrario, nuestra salud y nuestra gloria, el sacrificio predicho por los profetas, el sacrificio divino del Pon-

Digitized by Google

tífice eterno por la redención del mundo. Lo que alejaba á los unos era precisamente lo que debía atar con inviolable lazo á los otros. "Por tanto, hermanos—les dice el Apóstol,—teniendo confianza de entrar en el santuario *(del cielo)* por la sangre de Cristo, por un camino nuevo, y de vida que nos consagró el primero por el velo, esto es, por su carne *(ó sea, su costado abierto),* teniendo asimismo al gran sacerdote sobre la casa de Dios... mantengamos inconcusa la esperanza que hemos confesado (que fiel es quien hizo la promesa)... Porque aun un poquito de tiempo, el que ha de venir, vendrá, y no tardará. Entretanto mi justo vive por la fe.„

Lo cual prueba el Apóstol con el ejemplo de todos los antiguos justos, comenzando desde Abel, Henoc, Noé y Abrahán hasta los jueces y los profetas, "los cuales, por la fe, conquistaron reinos, obraron justicia, alcanzaron las promesas, taparon las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, evitaron el filo de la espada, convalecieron de sus enfermedades, fueron fuertes en la guerra, desbarataron ejércitos extranjeros: mujeres hubo que recibieron resucitados á sus difuntos. Mas otros fueron estirados en el potro, no queriendo redimir la vida por asegurar otra mejor en la resurrección. Otros asimismo sufrieron escarnios y azotes, además de cadenas y cárceles; fueron apedreados, aserrados, puestos á prueba, muertos á filo de espada: anduvieron girando de acá para allá, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, desamparados, angustiados, maltratados: de los cuales el mundo no era digno: yendo perdidos por las soledades, por los montes, y en las cuevas y en las cavernas de la tierra.

„Sin embargo, todos éstos, tan recomendables por el testimonio de su fe, no recibieron la promesa, habiendo Dios dispuesto, por un favor particular que nos ha hecho, el que no recibiesen sino juntamente con nosotros el cumplimiento de su felicidad. Ya que estamos, pues, rodeados de una tan gran nube de testigos, descargándonos de todo peso y de los lazos del pecado que nos tienen ligados, corramos con paciencia al término del combate que nos es propuesto. Poniendo los ojos en el autor y consumador de la fe, Jesús, el cual... sufrió la cruz... y está sentado á la diestra de Dios Padre... Porque vosotros no os habéis acercado á monte sensible y á fuego encendido, y torbellino, y negra nube, y tempestad, y sonido de trompeta y estruendo de una voz... Mas os habéis acercado al monte de Sión y á la ciudad de Dios vivo, la celestial Jerusalén, al coro de muchos millares de ángeles, á la Iglesia de los primogénitos, que están alistados en los cielos, y á Dios, juez de todos, y á los espíritus de los justos perfectos, y á Jesús, mediador de la nueva alianza, y á la aspersión de aquella sangre, que habla mejor que la de Abel.„

El es aquel "cuya voz hizo entonces temblar la tierra; pero ahora promete más, diciendo: Una vez todavía, y yo conmoveré no tan sólo la tierra, sino también el cielo. Mas con decir: Una vez todavía declara la mudanza de las cosas movibles, como cosas hechas *(sólo para algún tiempo)* á fin de que permanezcan aquellas que son inmobles. Así que ateniéndonos nosotros á aquel reino que no está sujeto á mudanza nin-

Digitized by Google

guna, conservemos la gracia: mediante la cual, agradando á Dios, le sirvamos con temor y reverencia„.

Añade el Apóstol que en este culto, en esta Iglesia donde nos hallamos unidos á los ángeles y á los antiguos justos, hay un sacrificio, del cual participan los fieles por la comida. "Tenemos—dice—un altar *(literalmente en el griego* (1): lugar donde se inmola la víctima), del cual no tienen facultad de comer los que sirven al tabernáculo„ ó los que creen que debe observarse la Ley antigua. Vese que habla del santo sacrificio del cuerpo y la sangre de Jesucristo, del cual participamos por la comunión, y que llama en otra parte la mesa del Señor.

"Obedeced á vuestros Prelados—dice al último—y estadles sumisos, ya que ellos velan, como que han de dar cuenta de vuestras almas, para que lo hagan con alegría y no penando, pues esto no es provechoso para vosotros.

„Orad por nosotros... Y tanto más os ruego que hagáis esto, á fin de que cuanto antes me vuelva Dios á vosotros. Y el Dios de paz, que por la sangre del testamento eterno resucitó de entre los muertos al gran pastor de las ovejas, Jesucristo nuestro Señor, os haga aptos para todo bien, á fin de que hagáis su voluntad, obrando él en vosotros lo que sea agradable á sus ojos, por Jesucristo: al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén. Ahora, hermanos, os ruego que llevéis á bien todo lo dicho para exhortaros y consolaros, aunque os he escrito brevemente. Sabed que nuestro hermano Timoteo está en libertad: con el cual, si viene presto, iré á veros. Saludad á todos vuestros Prelados y á todos los santos. Los hermanos de Italia os saludan. La gracia sea con todos vosotros. Amén„ (2).

En esta carta no pone Pablo su nombre, no menciona su cualidad de Apóstol, no habla nada de la vocación de los gentiles. Lo cual mira á contemplar la disposición de ánimo de los judíos, á la mayor parte de los cuales sólo su nombre les era odioso, y que se irritaban de ver á los gentiles entrar en lugar de ellos en la Iglesia. Hace más: para agradarles, les muestra á Jesucristo mismo como apóstol suyo; y si les anuncia la abolición de la ley y el sacerdocio levítico, en que ponían ellos toda su gloria, les hace al mismo tiempo ver algo infinitamente más glorioso todavía en la ley y el sacerdocio eterno de uno de su gente, Jesucristo, Hijo de David é Hijo de Dios. Vemos, pues, que, en efecto, se hace todo á todos, á fin de ganarlos á todos para Jesucristo.

Entre los deberes de piedad que les recomienda está aquello de: "Acordaos de vuestros Prelados, los cuales os han predicado la palabra de Dios, cuya fe habéis de imitar considerando el fin de su vida„ (3). Créese que alude al martirio de Santiago, el Menor, Obispo de Jerusalén, que sufrió la muerte por entonces con otros varios.

---

(1) θυσιαστήριον.
(2) Hebr., XII, 10.
(3) Hebr., XIII, 7.

Digitized by Google

24. A este Santiago se le llama también hermano del Señor. Era hijo de Alfeo y de María, hermana de la santísima Virgen. He aquí el retrato que Eusebio y San Jerónimo presentan de la santidad del mismo, según Hegesipo: Vivió siempre en virginidad. Era nazareno, esto es, consagrado al Señor, y como tal no bebió nunca vino ni otro ningún licor de los que causan embriaguez, y no se cortó nunca el cabello. Se abstuvo de baño y de perfumes, y no comía cosa viviente, excepto el cordero pascual, que era de precepto. No llevaba sandalias ni usaba más vestido que un manto y una túnica de lino. Prosternábase tan á menudo para orar, que sus rodillas se habían vuelto tan duras como la piel de un camello. Tan eminente santidad le mereció de parte de los judíos el sobrenombre de Justo (1).

Añade Hegesipo que tenía el privilegio de entrar cuando quisiese en aquella parte del Templo donde la ley no permitía que entrasen sino los sacerdotes, pues no usaba de lana, sino tan sólo vestidura de lino. Circunstancia difícil de comprender, y que ha hecho bastante dudosa la autoridad de Hegesipo entre los doctos. Porque si Santiago era de raza sacerdotal ningún privilegio necesitaba para entrar en el recinto reservado á los sacerdotes, y si no lo era, ¿quién se persuadirá de que los Sumos Sacerdotes de los judíos iban á concederle ese inaudito privilegio porque andaba vestido de lino?

Por lo que toca á su martirio, he aquí cómo lo refiere el historiador Josefo: Muerto Festo, dió Nerón el gobierno de Judea á Albino, y el rey Agripa quitó el cargo de sumo sacrificador á José para conferirlo á Anano, hijo de Anano. (Este Anano, el padre, es el Anás ante quien llevaron á nuestro Señor Jesucristo.) Era el nuevo pontífice hombre audaz y emprendedor, y que pertenecía además á la secta de los saduceos, la más implacable y severa en los procesos y juicios. Encontrando ocasión favorable con la muerte de Festo y la ausencia de Albino, que se hallaba en camino todavía, convocó el consejo de los jueces, y trajo ante ellos á Santiago, hermano de Jesús, llamado Cristo, y algunos otros, los acusó de haber contravenido á la ley, y los hizo condenar á ser apedreados. Acción ésta que desagradó mucho á todos aquellos entre los habitantes de Jerusalén que eran piadosos y verdaderamente devotos de la observancia de nuestras leyes (2).

Tales son, en substancia las palabras de Josefo, el cual añade que por las quejas de esos hombres rectos fué Anano amenazado con los últimos suplicios por Albino, y depuesto por Agripa. Josefo pudo ser testigo ocular de esos acontecimientos. Tal era, por otra parte, la idea que se tenía de la santidad y justicia de aquel santo Apóstol que, según Orígenes y Eusebio, no vaciló dicho escritor en atribuir al indigno asesinato de aquel justo los males que agobiaron á su nación hasta la total ruina de Jerusalén.

---

(1) Euseb., lib. II, cap. XXIII.
(2) Joseph., *Ant.*, lib. XX, cap. VIII.

Digitized by Google

Añade Hegesipo las siguientes circunstancias. Llevaron al Apóstol á la plataforma del Templo, y quisieron obligarle á renegar de Cristo, con voz que la oyese todo el pueblo.—Será—le dijeron—el medio de desengañar á los extraviados.—Lejos de acceder á tales exigencias, comenzó el santo á confesar á Jesucristo de la más solemne manera. Alzando luego la voz para ser oído de una gran muchedumbre de judíos venidos á Jerusalén con motivo de la fiesta de la Pascua, dijo que Jesús, Hijo del hombre, que había sido crucificado, estaba sentado á la diestra de la Soberana Majestad, como Hijo de Dios, y que vendría un día sobre las nubes del cielo para juzgar al universo entero. Transportados de furor los escribas y fariseos, exclamaron:—¿Cómo? ¿También el Justo se ha extraviado?—Subieron al punto al sitio en que estaba, y le precipitaron de allí abajo. No murió el Apóstol al caer, tuvo aún fuerza para ponerse de rodillas. En esta postura levantó las manos al cielo, y rogó á Dios que perdonase á sus verdugos, diciendo, como su divino Maestro:—No saben lo que hacen.—Descargó el populacho una lluvia de piedras sobre él, hasta que al fin un batanero le acabó, descargándole un golpe en la cabeza con el mazo que usaba para batir los paños. Fué enterrado el santo junto al Templo, en el mismo sitio donde había sido martirizado, y erigióse una columnita sobre su sepulcro„ (1).

En el Talmud de los judíos háblase varias veces de Jacob, ó Santiago, discípulo de Jesús Nazareno y de sus milagros (2). No es dudoso que sea Santiago, Obispo de Jerusalén. Gobernó aquella Iglesia por espacio de veintinueve años. Ni se ve que se haya alejado de la ciudad. Allí estaba al tiempo del primer Concilio, allí cuando Pablo vino á visitar á Pedro, allí cuando el mismo Pablo volvió de Corinto. Mas si, á ejemplo del Salvador, no salió de Judea, escribió al menos á las doce tribus diseminadas por todo el universo. Llámase su Epístola, católica ó universal, porque no va dirigida á ninguna Iglesia particular, sino á todos los fieles procedentes de la circuncisión. He aquí ahora el asunto que principalmente trata.

Había San Pablo atendido en la mayor parte de sus cartas á mostrar que lo que salva al hombre no eran las obras ú observancias legales de la ley de Moisés, como son la circuncisión, la distinción de manjares, sino la fe en Jesucristo, la fe que obra por la caridad. No faltaron quienes abusaron de esta doctrina, hasta pretender que el hombre se salva por la sola fe, sin las obras de la caridad cristiana. Contra semejante error principalmente escribe Santiago:

"No os engañéis—dice,—hermanos míos muy amados. Toda dádiva excelente y todo don perfecto de arriba viene, como que desciende del Padre de las luces, en quien no cabe mudanza ni sombra de variación. Porque de su voluntad nos ha engendrado, por palabra de verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas... Por tanto, rechazando

(1) Hegesipo, apud *Euseb.*
(2) Vide Bullet.

Digitized by Google

toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra que ha sido ingerida en vosotros y que puede salvar vuestras almas. Pero habéis de ponerla en práctica y no sólo escucharla, engañándoos á vosotros mismos. Porque quien se contenta con oir la palabra y no la practica, éste será comparado á un hombre que contempla en un espejo su rostro nativo, y que no hace más que mirarse, y se va, y luego se olvida de cómo está. Mas quien contemplare atentamente la ley perfecta de la libertad, y perseverare en ella, no haciéndose oyente olvidadizo, sino ejecutor de la obra: éste será bienaventurado en su hecho. Que si alguno se precia de ser religioso sin refrenar su lengua, antes bien, engañando su corazón, la religión suya es vana. La religión pura y sin mancilla delante de Dios Padre es esta: Visitar los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones, y preservarse de la corrupción de este siglo„ (1).

"Hermanos míos—continúa el Apóstol,—no queráis poner la fe de la gloria de nuestro Señor Jesucristo en acepción de personas. Porque si entrando en vuestra congregación un hombre con sortija de oro y ropa preciosa, y entrando al mismo tiempo un pobre con un mal vestido, ponéis los ojos en el que viene con vestido brillante, y le decís: Siéntate tú aquí en este buen lugar; diciendo, por el contrario, al pobre: Tú estate allí en pie, ó siéntate aquí á mis pies, ¿no es cierto que hacéis distinción dentro de vosotros mismos y os hacéis jueces de sentencias injustas? Oid, hermanos míos muy amados, ¿por ventura no ha elegido Dios á los pobres de este mundo para ser ricos en fe y herederos del reino que prometió Dios á los que le aman? Vosotros, al contrario, habéis afrentado al pobre. ¿Los ricos no os apremian con su poder y os arrastran ellos mismos á los juzgados? ¿No blasfeman ellos el buen nombre que ha sido invocado sobre vosotros? Si cumplís la ley regia según las Escrituras: Amarás á tu prójimo como á ti mismo, bien hacéis. Mas si tenéis acepción de personas, cometéis pecado, siendo reprendidos por la ley como transgresores.

„... Así habéis de hablar y obrar, como que empezáis á ser juzgados por la ley de la libertad. Porque se hará juicio sin misericordia á aquel que no usó de misericordia: pero la misericordia sobrepuja al juicio. ¿De qué servirá, hermanos míos, el que uno diga que tiene fe si no tiene obras? ¿Por ventura á este tal la fe podrá salvarle? Caso de que un hermano ó una hermana estén desnudos y necesitados del alimento cotidiano, ¿de qué le servirá que alguno de vosotros les diga: Id en paz, defendeos del frío, y comed á satisfacción, si no le dais lo necesario para e reparo del cuerpo? Así también, la fe, si no tuviere obras, muerta es en sí misma... Tú crees que Dios es uno, haces bien; también lo creen los demonios, y se estremecen. ¿Pero quieres saber, oh hombre vano, cómo la fe sin obras está muerta? Abrahán, nuestro padre, ¿no fué justificado por las obras, ofreciendo á su hijo Isaac sobre el altar? ¿Ves cómo la fe

(1) Jacob., I.

Digitized by Google

acompañaba á sus obras, y por las obras la fe vino á ser consumada? En lo que se cumplió la Escritura, que dice: Creyó Abrahán á Dios, y le fué imputado á justicia, y fué llamado amigo de Dios. ¿No veis cómo por las obras es justificado el hombre, y no por la fe solamente?... Porque así como el cuerpo sin el espíritu es muerto, así también la fe sin las obras es muerta„ (1).

Después de varias instrucciones morales dice Santiago hacia el fin de su carta: "No os resintáis, hermanos, uno contra otro, para que no seáis juzgados. Mirad que el juez está delante de la puerta. Tomad, hermanos, por ejemplo de paciencia en los malos sucesos y desastres, á los profetas que hablaron en nombre del Señor. Ved, que tenemos por bienaventurados á los que así padecieron. Oído habéis la paciencia de Job y visto el fin del Señor, porque el Señor es misericordioso y compasivo... ¿Hay entre vosotros alguno que esté triste? Haga oración. ¿Está contento? Cante salmos. ¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame á los presbíteros de la Iglesia y oren por él, ungiéndole con el óleo en nombre del Señor, y la oración de la fe salvará al enfermo y el Señor le aliviará: y si se halla con pecados, se le perdonarán„ (2).

Toda la tradición cristiana ha visto en estas últimas palabras el sacramento de la Extremaunción. Señala, en efecto, Santiago, el sujeto que le recibe, que es el enfermo; los ministros de este sacramento, que son los sacerdotes; la materia, que es el óleo; la forma, que es la oración de la fe por el enfermo; la aplicación de una y otra al sujeto, es á saber, la unción del enfermo en el nombre del Señor; el efecto propio para el cuerpo, que es la curación ó el alivio de su mal; y el efecto para el alma, es á saber: la remisión de los pecados.

Consérvase todavía un escrito con el nombre de liturgia de Santiago. Es el orden de las oraciones y ceremonias del santo sacrificio de la Misa, tal como los cristianos de Siria lo siguen aun en nuestros días, como procedente de aquel Apóstol. No cabe duda en que habiendo sido Santiago durante veintinueve años Obispo de Jerusalén, haya ordenado todo lo concerniente al culto divino, principalmente al santo sacrificio, y que lo haya ordenado de acuerdo con los demás Apóstoles, que estuvieron allí varios años antes de dispersarse por el mundo. Pero en aquellos primeros tiempos esas liturgias no se escribían, transmitíanse por el uso y de memoria. Así, pues, cuando más adelante se puso por escrito la de Jerusalén, no estuvo mal el atribuirla á Santiago, pues que de él procedía, y no se había hecho tal vez más que añadir algunas palabras para confesar más la antigua fe, de una manera más explícita, contra los nuevos errores. Tuvieron así las principales Iglesias del mundo sus liturgias escritas, que se encontraron todas conformes en el fondo: prueba palpable de que tenían su común origen en la tradición apostólica. Difiere á menudo el estilo de las oraciones, pero el sentido es siempre el mismo, y

(1) Jacob., II.
(2) Jacob., V, 9-15.

Digitized by Google

varía poco el orden de las ceremonias. En todas hay las mismas partes: la lectura de las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, la instrucción que seguía después, la oblación por el sacerdote de los dones sagrados, el prefacio ó exhortación, el *Sanctus* ó sea Trisagio, la oración por los vivos y por los difuntos, la consagración hecha por las palabras de Jesucristo, la invocación sobre los dones consagrados, la adoración y la fracción de la Hostia, el beso de paz, la oración dominical, la comunión, la acción de gracias y la bendición del sacerdote.

Sucedió á Santiago en la silla de Jerusalén su hermano San Simeón. Cuatro personas hallamos en San Mateo y en San Marcos con este honroso título de hermanos del Señor, y son: Santiago y José, Simón ó Simeón, y Judas. Puede creerse que los cuatro fueron hijos de una madre, es á saber: de María, hermana de la santísima Virgen, pero que no eran todos de un mismo padre. El primero de ellos es llamado en el Evangelio expresamente hijo de Alfeo, y el último se llama él mismo en su Epístola, no hijo de Alfeo, sino Judas, hermano de Santiago. Por último, Hegesipo asegura positivamente que el tercero era hijo de Cleofás (1). De donde podemos concluir, no sin algún fundamento, que Santiago y José, á quienes siempre se nombra juntos, eran hijos del primer marido, llamado Alfeo, y sus hermanos, Simeón y Judas, que van también siempre juntos, hijos de un segundo, marido llamado Cleofás (2).

25. Libre ya de las cadenas que le habían detenido dos años en Cesarea y otros dos en Roma, realizó Pablo, sin duda, el deseo que, según ya consignamos, había expresado á los filipenses. á Filemón y á los hebreos, de ir á verlos. No parece, pues, que fuese por este tiempo cuando hizo el viaje á España, si es que hizo alguna vez semejante viaje, del cual no tenemos pruebas ciertas ni tradición constante y unánime en los antiguos autores (3). Lo que hay de cierto es que navegando hacia el Oriente,

---

(1) Apud, *Euseb.*

(2) Orsi.

(3) Ocasión será, según indicábamos en una nota anterior, de llamar brevemente la atención sobre este pasaje, donde insiste el autor en dudar de la venida de San Pablo á España. Puede disimularse algo que en obra tan vasta estuviese, como suelen los extranjeros, tal vez desfavorablemente prevenidos, menos enterado en asuntos de nuestra nación. Pero cumple indicar aquí cuán graves testimonios y tradiciones apoyan ese hecho, generalmente admitido ya aun por descontentadizos críticos.

Alude Rohrbacher al deseo que el Apóstol había manifestado de ir á Judea. Pues por ahí pudo reparar en la Epístola á los Romanos cuán firme propósito mostraba San Pablo de pasar á España. Y si á consideraciones tales acudimos, poderosas son las que hace el docto Ambrosio de Morales, exponiendo bien: que desde el año 60 en que, recuperada su libertad, salió de Roma San Pablo, hasta que volvió allá por la época de su martirio, quedan ocho años de la nunca ociosa vida del Apóstol de las gentes; para los cuales, parece empleo harto adecuado la predicación del Evangelio por Italia, Francia, y España; por todo el Occidente, según San Jerónimo.

Con lo de hacerle entonces ir de nuevo á Judea (y es observación del erudito D. Vicente de la Fuente), parece no compadecerse bien lo que San Pablo dijo á los Judíos de Roma (Act., XXVIII) cuando después de

Digitized by Google

esto es, hacia Palestina, abordó Pablo á la isla de Creta ó Candía, y después de pasar allí breve tiempo, dejó á Tito la inspección general de toda la isla para que diese la última mano á lo que la escasez de tiempo no le había permitido arreglar por sí mismo, y particularmente á fin de que pusiese en las principales ciudades Obispos, en quienes concurriesen las prendas propias de verdaderos y excelentes pastores. De Candía créese comunmente que pasó á Judea, no habiendo motivo alguno para dudar de que cumpliese el deseo de volver á ver y abrazar á aquellos sus queridos hermanos, según la promesa que les había hecho de ir allá pronto en compañía de Timoteo. De Palestina fué el Apóstol á Efeso, donde, después de haber dejado á cargo de Timoteo el gobierno de aquella Iglesia y de haber visitado las demás de Asia, especialmente la de Colosas, fué á Macedonia. De allí es, según dictamen de muchos, de donde escribió su primera Epístola al mismo Timoteo. Vense en ella, así como también en la de Tito, escrita por la misma época, muchos datos notables respecto á la jerarquía de la Iglesia y la disciplina eclesiástica de aquellos tiempos.

Vemos primeramente en una y otra: que no es un colegio de sacerdotes y mucho menos de seglares, sino dos personas, Timoteo y Tito, los

---

recordar la dureza de ellos, les hace saber: que á los gentiles era enviada aquella salud de Dios, y éstos la oirían.

Y que, en efecto, la oyeron de su boca en España, nos lo atestiguan autores santos y escritores graves: San Doroteo, Obispo de Tiro, testigo tan antiguo; San Epifanio, que lo da como cosa llana; San Jerónimo, que lo dice en dos lugares, y que en otros dos, ocasionados á duda, no asienta lo contrario; San Crisóstomo, que diversas veces lo afirma. Tráelo también San Gregorio en sus *Morales*, y San Anselmo en el comentario de la Epístola *ad Romanos*. Refiérenlo asimismo Teofilacto y Eucumenio; y entre los españoles, San Isidoro y el cronista D. Lucas de Tuy.

Hay además la venerable tradición de la Iglesia de Tarragona aquí, y de la de Narbona en Francia. Celebra ésta por su primer Obispo á Paulo, que dice haberle sido dado por San Pablo, cuando éste vino á España. Y á su tradición responde aquí la de la Iglesia de Tarragona y otras sus comarcanas en sus Oficios de rezo; con las cuales consuenan el martirologio de Beda, el romano y el de Usuardo. Y en algunos de los documentos aludidos se indica que dicho santo Obispo Paulo era el procónsul Sergio Paulo, cuya conversión refieren los Actos de los Apóstoles (Act., XIII), y que vino á España con San Pablo. De modo que pudo ser mas bien á la vuelta, cuando lo dejó de Obispo en Narbona.

Basten estos someros apuntes como reparo al poco mirado aserto de nuestro autor; y para recordar, así los antiguos escritores, como las tradiciones eclesiásticas que apoyan la venida de San Pablo á España. Donde había aún entonces mayor motivo para inflamar su celo, por la falta de Santiago, Apóstol propio y Patrono de nuestra patria: el cual, después de haber evangelizado esta región, había, de regreso á Jerusalén, coronado allí su vida con glorioso martirio.

Añadiremos, por último, que muestran aún hoy en Tarragona la piedra sobre que se ponía San Pablo para predicar: y que en lo alto de la puerta de la iglesia de San Miguel, en Viana, de Navarra, hay esta inscripción, de sabor antiguo:

"Paulus præco crucis
Fuit nobis primordia lucis."

(Nota del traductor.)

Digitized by Google

encargados por el Apóstol de gobernar el uno la Iglesia de Efeso, y el otro la de Candía. A ellos en particular es á quien prescribe las reglas á que han de ajustarse en el gobierno eclesiástico, principalmente en cuanto á las ordenaciones de Obispos ú otros ministros; la promoción de las viudas al grado de diaconisas, regular las reuniones públicas de los fieles, distribuir los bienes de la Iglesia para el sostenimiento de las viudas pobres y de los sacerdotes ocupados en el cuidado de las almas ó en el ministerio de la divina palabra; recibir las acusaciones contra esos mismos sacerdotes y corregirlos cuando por su mala conducta diesen un escándalo público; guardar el depósito de la fe, y conservarle contra los ataques, insultos y profanaciones de los novadores; y reprimir, en fin, la audacia y temeridad de los que intentaban introducir en el cristianismo diferentes sectas de perdición.

Tales son las principales funciones de gobierno que debía ejercer en la isla de Candía y en Efeso, no un colegio sacerdotal, sino una persona determinada, Tito y Timoteo; no porque debiesen éstos hacerlo todo por sí mismos y sin auxilio de otros ministros, sino porque esos cooperadores debían recibir de ellos la ordenación y el poder, estarles subordinados y sumisos á su juicio y corrección. Tales Obispos ó altos inspectores fueron Timoteo en Efeso; Tito en Candía; Aniano, sucesor de San Marcos, en Alejandría; Evodio, que lo fué de San Pedro, en Antioquía; y Simeón, de Santiago, en Jerusalén. Tales eran también los siete ángeles ú Obispos de las principales ciudades de Asia, á los cuales iban dirigidas las cartas que consigna San Juan en su Apocalipsis. En todas aquellas iglesias vemos, no un colegio de ángeles, sino un solo ángel encargado del gobierno de su respectiva iglesia: á él únicamente se le atribuye la gloria, cuando la grey se halla en buen estado; contra él se vibran las amenazas, si por alguna negligencia se introducen los lobos en el redil, ó si se advierte cualquier otro motivo de reprensión. Evidente prueba de que desde entonces, como en todos los siglos subsiguientes, el colmo de la autoridad estaba en una sola persona, designada algunas veces indistintamente con los nombres de *Obispo* ó *presbítero,* pero á la cual se hizo propio muy luego el primer dictado para distinguirla de los simples presbíteros.

Encontramos también en estas dos cartas indicios bastante claros del derecho metropolítico, del cual no parece que pueda negarse haber puesto su fundamento los Apóstoles mismos. Deja San Pablo á Tito el gobierno de la isla de Creta, con poder de establecer, según lo juzgase oportuno, sacerdotes y Obispos en las muchas ciudades de que se gloriaba entonces aquella isla. Lo mismo en Efeso, otorga á Timoteo la facultad de ordenar sacerdotes y Obispos, como puede concluirse de las instrucciones que le da, igualmente que á Tito, tocante á las cualidades que deben tener los elevados á tan alta dignidad. Ahora bien; natural es que la ordenación imprimiese en los nuevos ministros, hacia quienes los habían consagrado, aquel respeto y veneración que hacia un padre sienten los hijos; y que entre las Iglesias fundadas por estos Obispos en poblaciones

Digitized by Google

menores y las Iglesias establecidas en aquellas ciudades más ilustres, de las cuales recibían sus pastores y los ministros de la celestial doctrina, se formase una dependencia como la de las hijas para con su madre, sobre todo si estas últimas habían sido instruídas en la fe por un Apóstol ó por algunos de sus más íntimos discípulos. Por eso mismo se hacía también natural que en las disputas suscitadas sobre fe, costumbres y disciplina recurriesen á estas mismas las otras Iglesias, como á autorizados oráculos, y que implorasen su auxilio contra los prevaricadores del sagrado ministerio, contra los perturbadores del orden y la paz, y contra los corruptores de la doctrina del Evangelio. Podemos, pues, mirar á Tito como metropolitano de Candía, y á Timoteo como metropolitano y primado, si no de toda el Asia proconsular, de la Jonia al menos (1).

El conjunto de la Iglesia, desde los tiempos apostólicos, indúcenos fácilmente á creer que esa jurisdicción de Tito en Candía y de Timoteo en Asia, no era extraordinaria en ellos, sino que pasó á sus sucesores. No sólo vemos en los libros del Nuevo Testamento las Iglesias fundadas en diferentes ciudades y designadas con sus nombres, como las iglesias de Jerusalén, de Antioquía, de Efeso, de Corinto, de Tesalónica, de Filipos, de Colosas, de Esmirna y otras, sino que vemos también las Iglesias de diferentes provincias designadas con sus nombres, como de Judea, de Samaria, de Siria, de Cilicia, del Asia, del Ponto de la Galacia, de Capadocia, de Bitinia, de Macedonia, de Acaya, etc. Parece, pues, que así como requería la unidad de la Iglesia en cada ciudad que todos sus ministros estuviesen bajo la autoridad y jurisdicción de un Obispo, esa misma unidad de la Iglesia en cada provincia, exigía que todos los Obispos de la provincia se hallasen unidos por la autoridad de un solo jefe, encargado de mantener entre ellos la paz, la concordia y la unión, de corregir sus deficiencias, de impedir que la negligencia ó la connivencia de alguno diese ocasión á los herejes, los cismáticos ó los libertinos, para corromper el buen orden, la pureza de la fe y la santidad de las costumbres.

Pudo servir de modelo para establecer semejante jerarquía en la Iglesia, la forma política del Imperio romano, y el gobierno, así sagrado como civil, de los judíos dispersos por todo el mundo. Además de los magistrados particulares de las ciudades, había también en las provincias del Imperio pretores ó procónsules, según que pertenecían, respectivamente, ó al emperador ó al Senado: los cuales funcionari s vigilaban la conducta de los magistrados, los reunían en ciertas épocas para consultar con ellos, proveer al bien público y mantener la tranquilidad y la paz en su jurisdicción. Así también los judíos, además de los Sinedrios establecidos en ciertas ciudades, tenían también en las provincias los que ellos llamaban patriarcas ó primados, y cuya autoridad se extendía á todas las sinagogas y á todos los Sinedrios de aquellas provincias. ¿Por qué, pues, la Iglesia, nacida en la sinagoga y propagada en el imperio, no habría adoptado una forma de gobierno tan natural y tan propia para hacer de todos los fieles

(1) Orsi, tomo I, lib. II.

Digitized by Google

un solo cuerpo, mediante la unión de sus principales miembros con la Iglesia romana, fuente y centro de la unidad: del mismo modo que la subordinación de todos los magistrados de las provincias á Roma y la dependencia de los Sinedrios provinciales respecto al gran Sinedrio de Jerusalén, hacía del mundo todo un mismo imperío y de todos los judíos una sola corporación religiosa?

Pues cual fuese la ordenación de los que eran destinados al gobierno de las Iglesias, lo encontramos en la misma Epístola. Avisa en ella á Timoteo, que cuide de no malograr la gracia que le había sido dada por las manos de los *Presbíteros,* según la palabra que allí usa, y principalmente, según se deduce de la segunda Epístola, por la imposición de las manos del mismo. Aunque Timoteo haya sido llamado por el cielo á la dignidad episcopal mediante una revelación particular que el Apóstol llama profecía, ésta no le confería, sin embargo, ni el carácter episcopal ni el poder de ejercer ese sagrado ministerio; pues ese carácter, esa gracia, ese poder, le fueron dados tan sólo cuando el Apóstol, con los otros Obispos, invocando sobre él al Espíritu Santo para que le colmase de fortaleza, de caridad y de prudencia, le impuso las manos. Por eso todas las Iglesias del mundo han mirado siempre esta sagrada ceremonia como un signo sensible y eficaz de la gracia divina, y de consiguiente, como uno de los Sacramentos de la nueva ley, instituídos por Jesucristo; han tenido siempre por indudable que los ministros elegidos para el gobierno de las Iglesias no tenían, sin la imposición de manos, ni el carácter ni la gracia de su orden; han mirado siempre á los Obispos como ministros ordinarios de la ordenación, y, en su consecuencia, como intrusos en el sagrado ministerio, y meros legos, á los que no podían hacer subir la sucesión de su sacerdocio hasta los Apóstoles.

Y ciertamente, no sólo San Pablo recuerda en su Epístola que por la imposición de manos ha ordenado de Obispo á Timoteo, sino que supone también que con el mismo rito debía Timoteo, á su vez, ordenar otros Obispos y sacerdotes: así que le advierte que mire bien á quién impone las manos para ordenarle.

Con la dignidad y el carácter episcopales confiaban y encomendaban también los Apóstoles á aquellos de sus discípulos á quienes colocaban al frente del gobierno de las Iglesias, el sagrado depósito de la doctrina de Cristo: á fin de que la guardasen y defendiesen, sin permitir jamás que hombres impíos, temerarios y amigos de novedades, lacerasen la integridad ó alterasen la santidad ó corrompiesen el sentido de esa doctrina. Por esto Pablo, en las dos Epístolas de que hablamos, y en la segunda al mismo Timoteo, los exhorta tanto á permanecer fieles en la fe y en la doctrina aprendida de él y que les había confiado ante un gran número de testigos; á conformar á ella, así su propia conducta como la instrucción de los fieles; á que no se contenten con reprimir, detestar y arrojar de la casa de Dios á los que negaban abiertamente la resurrección de la carne ó cualquier otro artículo de la fe, como los que condenaban el uso del matrimonio ó de las cosas que crió Dios para nuestro alimento; sino que

Digitized by Google

eviten también, alejen y destierren de la Iglesia las cuestiones inútiles y vanas, los discursos y disputas extravagantes y pueriles que ciertos espíritus inquietos, turbulentos y ambiciosos, hombres sin autoridad y sin misión, falsos filósofos y falsos apóstoles, procuraban ya entonces introducir; como si en semejantes disputas consistiese la substancia de la divina sabiduría, y no fuesen bastantes para la salvación las verdades que los Apóstoles y sus discípulos predicaban.

Finalmente, no sólo quiere San Pablo que los Obispos velen sobre el depósito de la fe y la substancia de las enseñanzas católicas, sino que condenen también las novedades profanas en las expresiones y las oposiciones de una *gnosis* ó ciencia que falsamente se llama tal; pues fácilmente pueden, al abrigo de nuevas expresiones, introducirse doctrinas nuevas. Este sagrado depósito que, con la imposición de las manos confiaban los Apóstoles á sus discípulos, fué por éstos fielmente transmitido á los sucesores. Por lo tanto, así como siempre se ha tenido por falsos pastores y verdaderos lobos á los que no podían hacer subir hasta los Apóstoles su ordenación; así también se ha mirado como falsos doctores y maestros de perdición á los que turbaban é interrumpían la tradición de sus Iglesias, y se desviaban de la doctrina que sus predecesores habían recibido originariamente de los Apóstoles, y éstos de Jesucristo. Por esto los Padres, para confundir á los novadores y convencerlos de novedad, recurrían siempre á la sucesión de los legítimos pastores, por medio de los cuales se había conservado la tradición en las Iglesias, especialmente en las Iglesias apostólicas, y principalmente en la de Roma, con la cual, por su principado y porque era la piedra contra la cual no podían nunca prevalecer las puertas del infierno, debían estar acordes en el dogma todas las Iglesias del mundo.

Cuando el Apóstol escribió su primera carta á Timoteo, tenía determinado pasar de nuevo á Asia é ir á encontrarle en Efeso. Escribiendo después á Tito, le encarga que venga sin demora á buscarle en Nicópolis, cuando le hubiese enviado á Artemas ó á Títico, tal vez para cuidar en su ausencia de las Iglesias de Candía. Había resuelto pasar el invierno en Nicópolis, y, en su consecuencia, quiere que por de pronto le envíe Tito un cierto Zenas, jurisconsulto, al cual no vemos mencionado en otra parte, pero cuya memoria se celebra en las Μηναῖον de los griegos y en varios martirologios. No sabemos á cual Nicópolis se refiere aquí el Apóstol, si á una situada en el golfo de Ambracia, en Epiro, según quieren algunos, si á una en Tracia á las márgenes del Neso, según quieren otros. Como quiera que sea, ello es cierto que Pablo cumplió su resolución de volver al Asia; y en este último viaje fué, según creen algunos, cuando padeció en Antioquía, Iconio y Listra, las persecuciones y trabajos de que habla en su segunda Epístola á Timoteo.

Satisfecho su deseo de visitar las principales Iglesias del Asia, partió de allí para Roma el Apóstol, teniendo, á lo que parece, por compañeros en su viaje á Demas, Crescente, Tito, Lucas, Títico, Erasto y Trófimo. En efecto, invitando á Timoteo á que viniese presto á Roma

Digitized by Google

y trajese consigo á Juan-Marcos, le dice que sólo Lucas está con él, habiéndole abandonado Demas por amor de este siglo y habiendo partido Crescente á la Galacia, ó la Galia, porque en griego es el mismo nombre, y Tito á Dalmacia, sin duda para anunciar allí el Evangelio. En cuanto á Títico, Erasto y Trófimo, al primero le había enviado á Efeso; el segundo había quedado en Corinto, donde había antes ejercido el cargo de cuestor ó tesorero de la ciudad, y al tercero lo había dejado enfermo en Mileto. Sabemos que, además de ir por Corinto y Mileto, había pasado el Apóstol en este viaje también por Troade, porque había dejado allí un capote, en casa de Carpo, libros y pergaminos, los cuales ruega á Timoteo que se los lleve á Roma.

No se sabe si fué antes ó después de San Pablo, ó si con él, cuando hacia este tiempo volvió también San Pedro á Italia y Roma. Lo cierto y testificado por toda la tradición es que hacia los últimos años de Nerón estuvieron los dos Apóstoles en Roma, predicaron allí la fe de Jesucristo, afirmaron la Iglesia, extendieron la Religión, ganaron para el cielo muchos elegidos, padecieron muchas y violentas persecuciones, y recibieron, en fin, por una gloriosa muerte, la corona y las palmas del martirio. Precedieron á su viaje revelaciones del Espíritu Santo que les ordenaba ir á aquella ciudad como á campo de sus últimos combates y de su triunfo. Más necesidad que nunca tenía entonces la Iglesia romana de su asistencia.

26. Disgustado Nerón del aspecto rústico y gran sencillez de los antiguos edificios de Roma, de la poca amplitud y alineamiento de las calles, ó bien tal vez queriendo por mero capricho y barbarie procurarse la diversión de tan nuevo y cruel espectáculo; con la esperanza también de apropiarse por semejante medio los inmensos tesoros y las cosas preciosas que se habrían de descubrir entre los escombros, tomó la inaudita y bárbara resolución de entregar á las llamas aquella metrópoli del universo. Seis días duró el incendio; y el estrago fué tan terrible, que de los catorce barrios de que constaba entonces Roma, sólo cuatro se conservaron intactos, tres fueron completamente destruídos, y en los otros siete, únicamente quedaron algunos restos de casas quemadas. Contemplaba el tirano esta horrible tragedia desde lo alto de una torre, y, vestido de un traje teatral, cantaba un poema compuesto por él sobre la toma de Troya. Pero pronto, vuelto acaso algo en sí mismo de aquel frenesí, comenzó á avergonzarse de tan detestable acción, é hizo lo posible para lavarse de tan infamante nota y quitar al pueblo la persuasión de que él era el autor de aquel horrible desastre. Y resultando que, por más medios á que apelaba, no lograba conseguirlo, hallándose demasiado persuadidos de lo contrario los romanos, quiso hacer recaer la odiosidad de ello sobre los cristianos.

Hemos visto ya por Tácito y Suetonio la idea que los paganos formaban de los cristianos. Represéntanlos esos dos historiadores como una secta perniciosa, merecedora del odio del género humano, suscitada primeramente en Judea por Cristo á quien hizo morir Poncio Pilato, y ex-

Digitized by Google

tendida después á Roma misma, donde, como en común sentina, se juntaban las infamias del universo.

Lisonjeándose, pues, con que, de gentes tan detestadas fácilmente se creería todo género de mal, intentó acriminarles de aquel terrible incendio. Hizo arrestar primeramente á los que hacían más franca profesión de cristianos, y habiendo descubierto por éstos un inmenso número de otros, condenólos á los más horribles tormentos. Cubiertos unos con pieles de animales, eran devorados por los perros; á otros los crucificaban; á otros los untaban con pez y otras materias combustibles, puestos á lo largo de las calles en postes, que les atravesaban la garganta, y después, al fenecer el día, les prendían fuego, á fin de que, consumiéndose paulatinamente, sirviesen como luminarias nocturnas. Durante este tiempo, Nerón, vestido de cochero, celebraba en sus jardines los juegos del circo, y rodeado del más abyecto populacho, guiaba él mismo un carro á la luz de las funestas antorchas (1). Este triste espectáculo, al cual alude Juvenal en su primera sátira, movió á compasión á los mismos gentiles, que veían con pena inmolar aquellos desgraciados, no por la pública utilidad, sino á la cruel diversión de un solo hombre.

Tal fué la primera persecución que tuvo que padecer la Iglesia, fundada sobre la piedra; ensayando el infierno, por medio de Nerón, su conato de prevalecer contra ella; pero precisamente desde aquel primer campo de batalla, desde Roma, sigue desde entonces esta Iglesia gobernando el universo. Los que, en el transcurso de los siglos, la han combatido, políticos, herejes, cismáticos, ateos, no han conseguido tampoco mejor éxito que su predecesor Nerón.

Ignórase si durante el hervor de esta persecución estaban en Roma los santos Apóstoles. Lo que sabemos es que vinieron allí hacia ese tiempo, por celestial inspiración sin duda, para animar á los fieles con su presencia, sostener á la Iglesia, sacudida por tan terrible huracán, y reparar, mediante conversiones más numerosas todavía, las pérdidas que acababa de experimentar; dado que las victorias y coronas de los mártires pudiesen decirse pérdidas, y no más bien riquezas de la Iglesia. Parece cierto, por otra parte, que si Pablo se hallaba en Roma al tiempo que Nerón daba rienda á su furor contra los cristianos, no fué aprisionado. Vemos, por Tácito, que Nerón hizo detener primeramente á los que hacían más descubiertamente profesión de cristianos y se gloriaban de serlo. Ahora bien; si el Apóstol hubiese caído entonces en sus garras, no es dudoso que le hubiera inmolado á su furor entre los primeros. Poco después, escribiendo su segunda Epístola á Timoteo, le informa el santo de que acaba de ser presentado al tirano; pero que, con la gracia de Dios, defendió tan bien él mismo su causa (2), que fué librado de la boca del feroz león, para que acabase de predicar y le oyesen las diferentes naciones que

(1) Tacit. Annal., l. XV. Suet., Nero.
(2) Explicación que de las palabras del Apóstol hace el autor.— *(Nota de la traducción).*

Digitized by Google

afluían á Roma, como á centro del imperio, anunciarles las doctrinas del Evangelio.

Esto nos conduce á creer más bien que habiéndose aplacado, con la vista de los nuevos edificios, que surgían más magníficos sobre las ruinas de los antiguos, aquel furor, lamentaciones y tumulto del pueblo, cesó también la persecución suscitada contra los cristianos, disponiendo así las cosas la Providencia á fin de que los Príncipes de los Apóstoles tuviesen la facilidad de extender la Religión y fortalecerla aún mejor en Roma antes de su martirio. Ciertamente que si cuando San Pablo compareció por primera vez ante Nerón, hubiesen sido los cristianos perseguidos como tales y como sectarios destinados á la muerte por el odio del género humano, no hubiera tenido motivo alguno para quejarse de que en aquella ocasión nadie le hubiese asistido (1); no hubiera podido justificarse ni defenderse: no había entonces medio ninguno de escapar de las garras del león furioso.

Es de creer que San Pablo fué entonces preso con otro pretexto que la profesión y predicación de la fe cristiana. Porque en otro caso, ¿qué asistencia hubieran podido prestarle en su defensa pública ante el tirano los cristianos de quienes él se queja, y que pudiendo algo en la corte del César le habían abandonado y dejado solo en las uñas de la fiera? Como San Clemente, en su célebre carta á los Corintios, atribuye la primera causa del martirio de los santos Apóstoles á celos y envidia, puede ser que también en esta ocasión fuese nuestro santo reducido á prisión por la envidia y manejos de los judíos, que le representarían como un hombre sedicioso que causaba tumultos y escándalos (2).

Sea como quiera, resulta que mientras estaba prisionero por Jesucristo escribió el Apóstol su segunda Epístola á Timoteo. En ella le exhorta á venir á Roma, y á no avergonzarse de él, aunque preso, ya que padecía como predicador y Apóstol y maestro de las gentes, funciones que ejercía en la misma prisión; pues dice que la palabra de Dios no está encadenada; como si dijera: los gentiles no han podido quitarme el valor y la libertad para anunciar esa palabra aun en medio de mis cadenas.

Esta carta va con las dos de que antes hemos hablado; la primera al mismo Timoteo y la dirigida á Tito. Exhórtale también en ella de nuevo á no dejar ociosa la gracia que por la imposición de sus manos había recibido, á guardar el depósito de la fe, de las tradiciones, de la sana doctrina y hasta el modelo de las santas palabras que de él había oído, á fin de poder evitar y atajar las pláticas vanas y profanas; le indica que este sagrado depósito debe confiarlo á personas aptas por su integridad y talentos para instruir á los demás; le advierte que huya de contiendas de palabras y de cuestiones necias é inútiles, que no sirven sino para escandalizar á los oyentes.

Adviértele nuevamente cómo nunca faltarán en el mundo, y aun en la

(1) Tim., IV, 16.
(2) Orsi, t. I, l. II.

Digitized by Google

Iglesia, hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altaneros, soberbios, blasfemos, desobedientes, ingratos, malvados, sin afecto, sin paz, traidores, orgullosos y entregados á sus deleites. Y presenta como tales á aquellos que guardando sólo una apariencia de piadosos, sin conocer la virtud ni el espíritu de la piedad, se entran por las casas y cautivan á las mujercillas cargadas de pecados y arrastradas de diversas pasiones.

En las palabras del Apóstol sobre esto vemos un vivo retrato de los discípulos de Simón Mago, de los Nicolaitas y de toda la hez de los antiguos y nuevos gnósticos, y finalmente, de todos los herejes en general; porque pagados de sí mismos, y encubriendo con el velo de una aparente piedad la realidad de sus pasiones, siempre casi se han valido de las mujeres para propagar sus sectas de perdición. Contra semejantes seductores, hombres turbulentos y corrompidos, perseguidores de todos los que quieren vivir píamente en Jesucristo, exhorta y conjura el Apóstol á su querido Timoteo á permanecer firme en las verdades que él le había enseñado y depositado en su corazón, á predicarlas con celo, asiduidad y entera libertad, empleando exhortaciones, ruegos y reprensiones, oponiendo la roca inconmovible de la sana doctrina al aluvión de falsos doctores que con doctrina agradable y lisonjera arrastran fácilmente las muchedumbres, siempre más ávidas de escuchar fábulas y cuanto lisonjea las pasiones, que no la verdad.

Además de las personas de quienes antes hemos hablado, menciona el Apóstol en esta carta, haciendo su elogio, á Onesíforo, que le había consolado muchas veces. Sin contar las atenciones que para él había tenido en Efeso y de las cuales debía estar enterado Timoteo, le noticia cómo al llegar á Roma le buscó diligentemente hasta encontrarle, y le visitó á menudo; y le alaba por no haberse avergonzado de su cadena, es decir, de no haberse avergonzado de tratar familiarmente con un hombre encadenado por Jesucristo. Había Onesíforo pasado de esta vida poco antes, y por eso el Apóstol ruega al Señor que derrame sus misericordias sobre su familia y se la conceda también al mismo en el día del Juicio (1), confirmando así con su ejemplo la doctrina y tradición constante, la costumbre universal de la Iglesia de orar por los difuntos. Hace también honrosa mención de Prisca, ó Priscila, y Aquila, ya favorablemente citados en otro lugar; de Eubulo, acerca del cual no nos dan más detalles las Sagradas Escrituras; de Pudente, en cuya casa tenemos tradición de haberse hospedado San Pedro y haber celebrado allí los divinos oficios, de suerte que se la tuvo como la primera Iglesia de Roma, consagrada al culto divino por el mismo Príncipe de los Apóstoles en el paraje donde está hoy la iglesia titulada de San Pedro *ad vincula,* ó según quieren otros, la de Santa Pudenciana. Sigue mencionando en igual sentido á Lino, del cual veremos á su tiempo que fué sucesor inmediato de San Pedro en la Silla de Roma; y por último á Claudia, que varios han creído ser la mujer de Pudente.

---

(1) II Tim., I, 16-18, y IV, 19.

Digitized by Google

Mas si de éstos se alaba, quéjase de todos los asiáticos que estaban en Roma, y de ellos nombra especialmente á Figelo y Hermógenes, por haberse apartado de él en el tiempo de su prisión. Recuerda también con dolor la apostasía de Himeneo y de Fileto, los cuales, seducidos por los discípulos de Simón Mago, sostenían haber llegado ya la resurrección prometida, y por ende, negaban la futura resurrección de los muertos. Quéjase, finalmente, de un cierto operario llamado Alejandro, que dice haberle hecho mucho mal, y predice que el Señor le trataría según sus obras. Si es aquel mismo Alejandro de quien se hace mención en los *Hechos de los Apóstoles* á propósito del tumulto suscitado en Efeso por los gentiles, y que lograron hacerle lugar en el teatro los judíos para que sostuviese su causa, habrá que decir que de judío se había hecho cristiano, pero no había perseverado en la sinceridad de la fe. En su consecuencia, como ya lo había escrito el Apóstol antes al mismo Timoteo, le había entregado al poder de Satanás para que aprendiese á no blasfemar. Mas no habiéndose aprovechado de este castigo medicinal, habiendo, por el contrario, llegado á ser como un enfermo, no ya sólo incurable, sino furioso, perseguidor de su médico y enemigo declarado de su doctrina, previene nuevamente el Apóstol á su amado Timoteo que le tenga alejado de su comunión, porque no infectase la grey con el contagio de su herejía (1).

Con razón se mira esta carta como el último testamento del santo Apóstol, pues la escribió cuando se consideraba como víctima llevada ya al pie del altar, rociada ya con las libaciones solemnes; cuando cierto ya de ser desligado de las ataduras del cuerpo, se daba cuenta de hallarse al fin de su gloriosa carrera, cercano al término de sus combates y á punto de recibir la corona de justicia. Por eso insta á Timoteo, no una vez sino dos, á que venga presto á su lado y á que venga antes de la primavera, trayendo consigo á Juan Marcos, porque le era del caso para el ministerio.

27. Por este mismo tiempo, según dejamos ya indicado, hallábase también el Príncipe de los Apóstoles en Roma, gozando de entera libertad, no obstante aplicarse con no menor celo que Pablo á consolidar la Iglesia y extender el imperio de la fe, á combatir las supersticiones, á derribar la impiedad, hacer guerra contra los vicios, y procurar la estima de la virtud. Así que puede mirarse como un señalado milagro de la Providencia que bajo un príncipe como Nerón, pudiese San Pedro no solamente vivir en Roma, sino disfrutar de tal libertad que le fuese permitido llegar en esto á público y solemne combate con el infierno, y conseguir contra él, en la presencia del tirano mismo, gloriosa victoria.

Nerón se entregaba apasionadamente á la magia. En Plinio (2) hallamos que imaginaba por medio de sus encantamientos mandar hasta á sus mismos dioses. Si para sorprender los más secretos misterios del arte

(1) II Tim.
(2) Plin., *Hist. nat.*, l. XXX, c. II.

Digitized by Google

era preciso buscarlos en las humeantes entrañas de víctimas humanas, eso para Nerón era sólo un atractivo más de tales artes. Tenía además á su disposición los que en ellas pasaban por más hábiles maestros. Nunca los más severos edictos habían podido limpiar completamente á Roma de caldeos, astrólogos y otras gentes dadas á esas execrables prácticas, que encontraban siempre protectores poderosos. Cuando el emperador mismo los protegió, afluyeron de todas las partes del mundo. Tirídates, obligado hacia aquella época, por Corbulón, á ir á Roma para recibir de manos del César la corona de Armenia, llegó allí con un gran número de magos, ó sujetos que practicaban las artes mágicas, ora porque fuese también él mismo del gremio, ora tal vez también por agradar al emperador, á quien comunicó todos los misterios de la secta.

No podía desperdiciar Simón Mago tan favorable ocasión para hacer admirar sus prestigios en Roma. Era su principal objeto desacreditar los milagros de los Apóstoles, oponerse á los progresos de la Religión cristiana, difamar la doctrina de Jesucristo y de sus discípulos, y hacerse pasar él mismo como una entidad superior al hombre, como una virtud divina, bajada del cielo para libertar á los hombres de la corrupción y llevarlos á la inmortalidad de la gloria. Henchido de tales ideas, jactóse el impostor de que se elevaría en los aires á presencia del emperador y del pueblo. Y como veía en San Pedro á su capital enemigo, quiso, á fin de cubrirle de confusión, que llevasen á éste por fuerza al teatro, á fin de que viese con sus propios ojos la gloria de aquel Simón á quien tanto desacreditaba.

Comenzó, en efecto, á volar levantado en el aire por sus demonios, y aclamado por todo el teatro, que desde aquel punto no le miraba ya como un hombre, sino como un dios. Pedro, entretanto, prosternado interiormente ante Dios, al cual están mal de su grado sujetas las potestades del aire, humildemente le suplicaba que quitase la fuerza á los demonios y confundiese á aquel soberbio usurpador de su gloria. Oyó el Altísimo los humildes ruegos de su siervo. Abandonado de sus demonios el mago, cayó de lo alto de los aires, y se quebró las piernas, viniendo á ser la risa de la muchedumbre.

Además de los autores cristianos que, según Arnobio, escritor del siglo tercero (1), celebraron todos, con unánime voz, esta victoria del Príncipe de los Apóstoles, encontramos aún en los autores paganos varias cosas que parecen confirmarla mucho. Y primeramente, para que nadie repute increible el vuelo de Simón Mago, asegura Cleodenes en Luciano, que después de haber tratado él mismo de ridículo y fabuloso lo que le contaban de esta clase de hechiceros, había cambiado de opinión, viendo por sus propios ojos á cierto bárbaro del Norte volar y pasearse sobre el agua y andar despacio en medio de las llamas. Curioso Nerón de ver también él semejante espectáculo, según Dión Crisóstomo refiere, encontró quien se ofreciese á satisfacer su anhelo; así que le colmó de atenciones,

(1) Arnob., *Cont. Gent.*, lib. II.

Digitized by Google

y mientras que el protagonista se disponía á su grande empresa hizo que fuese espléndidamente tratado en su corte. El haber pasado, finalmente, de las promesas al efecto este nuevo Icaro, el haber intentado un día volar, y el haber comenzado también á elevarse en los aires, cosas son que vemos en la vida de Nerón por Suetonio (1); quien añade que después de los primeros esfuerzos cayó, y tan cerca del emperador, que el manto imperial resultó manchado de sangre. Datos todos que armonizan perfectamente, en cuanto á lo substancial del hecho por lo menos, con lo que del vuelo y caída de Simón Mago nos refieren los escritores eclesiásticos.

Después de este caso comenzó Nerón no sólo á despreciar á los hechiceros, sino también á odiarlos y perseguirlos: y porque un considerable número de filósofos se daban á la magia, ó bien, porque tornándose él cada vez más furioso y brutal, quisiese acabar hasta con el nombre de la virtud, para entregarse sin freno á la impiedad y al vicio, se puso á perseguir á los filósofos, é hizo prender y dar muerte á muchos hombres de bien, porque en ciudad y corte tan corrompidas, llevaban una vida algo sobria y honrada, siguiendo principalmente las máximas de la filosofía estoica (1).

Por uno y otro título no podían dejar de ser comprendidos en aquella persecución los cristianos, y especialmente los Apóstoles, pues por una parte hacían profesión de la más sublime filosofía, y traían á los hombres á la práctica de las más puras y perfectas virtudes; y por otra á causa de los milagros que obraban, pasaban en el concepto de los gentiles como autores de maleficios y reos de superstición y de magia. Despertóse, pues, de nuevo, en el corazón del tirano, la rabia contra los cristianos, especialmente contra San Pedro, y no podría tardar mucho la orden de arrestarle. En consecuencia de lo cual, temiendo los fieles por una vida tan preciosa para la Iglesia, empezaron á conjurarle con lágrimas á que saliese al punto de Roma, y se alejase de las garras de aquel león furioso que procuraba su muerte. Cedió por fin el buen Pastor á las reiteradas instancias é inquietud de sus ovejas (2). Por más que supiese que dentro de poco había de derramar su sangre en Roma y perder la vida, podía dudar, sin embargo, de que estuviese tan próxima la época de su martirio, y quiso, en la duda, consolar á los fieles, que con tanto amor y solicitud le invitaban á que partiese. Mas no bien había salido de Roma, vió á Jesucristo que se dirigía á la ciudad. Y habiéndo el Apóstol preguntado á su divino Maestro adónde iba: "Voy á Roma—le dijo el Señor—para ser nuevamente crucificado.„ Comprendió al punto Pedro el sentido de estas palabras. Como no podía Jesucristo ser nuevamente crucificado en su propia persona, comprendió su Vicario que se acercaba la hora en que en él mismo había de cumplirse eso. Volvió, pues, á la ciudad con más prontitud de la que había tenido para dejarse persuadir á salir de ella.

No pudiendo, pues, dudar de su próxima muerte, no se limitó á ejer-

---

(1) Suet., *Nero*, cap. II.
(2) Orsi, tomo I, lib. II.

Digitized by Google

citar los últimos actos de su solicitud pastoral respecto á los cristianos de Roma, sino que quiso recordar también sus instrucciones á los fieles del Ponto, de Galacia, de Capadocia, del Asia, de Bitinia, ó más bien, á todos los fieles en general, escribiéndoles una segunda Epístola. Es el último adiós del padre á sus hijos, del pastor á sus ovejas; sus advertencias alcanzan á todos los siglos.

"Simón Pedro, siervo y Apóstol de Jesucristo, á los que alcanzaron igual fe con nosotros por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo. La gracia y paz crezca más y más en vosotros por el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesucristo.

„Como todas las cosas que miran á la vida y la piedad nos han sido dadas por la divina potencia por el conocimiento de aquel que nos llamó por su propia gloria y virtud, por el cual nos ha dado muy grandes y preciosas promesas: para que por ellas seáis hechos participantes de la naturaleza divina; huyendo de la corrupción de la concupiscencia que hay en el mundo. Vosotros, pues, aplicando todo cuidado, juntad á vuestra fe virtud y á la virtud ciencia, y á la ciencia templanza, y á la templanza paciencia, y á la paciencia piedad, y á la piedad amor de vuestros hermanos, y al amor de vuestros hermanos caridad. Porque si estas virtudes se hallan en vosotros, y van creciendo más y más; no quedará estéril y sin fruto el conocimiento que tenéis de nuestro Señor Jesucristo. Mas quien no las tiene está ciego, y anda con la mano á tientas, olvidado de qué manera fué lavado de sus antiguos delitos. Por lo tanto, hermanos míos, sed muy solícitos para hacer cierta vuestra vocación y elección por las buenas obras; porque haciendo esto, no pecaréis jamás. Pues de este modo os será dada largamente la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

„Por lo cual no cesaré de amonestaros siempre sobre estas cosas: y esto aunque estéis instruídos y confirmados en la presente verdad. Pues me parece justo, mientras que estoy en este tabernáculo, excitaros con amonestaciones: estando cierto de que presto tengo que dejar mi tabernáculo, según que me lo ha significado ya nuestro Señor Jesucristo. Mas yo cuidaré de que aun después de mi muerte podáis con frecuencia hacer memoria de estas cosas. Porque no os hemos hecho conocer el poder y la presencia de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas ingeniosas: sino como testigos oculares de su grandeza. Porque recibió de Dios Padre honra y gloria, cuando descendió á él de la magnífica gloria una voz de esta manera: Este es mi Hijo amado, en quien estoy complaciéndome, escuchadle. Y nosotros oimos esta voz venida del cielo, estando con él en el monte santo. Y aún tenemos más firme la palabra de los profetas: á la cual hacéis bien de atender, como á una antorcha que luce en un lugar tenebroso, hasta que el día esclarezca, y el lucero matutino nazca en vuestros corazones. Bien entendido ante todas cosas que ninguna profecía de la Escritura se hace por interpretación propia. Porque no

(1) Orígenes, *In Joan*, cap. XXI; Ambr., *Sermo* 68.

Digitized by Google

traen su origen las profecías de la voluntad de los hombres: sino que los varones santos de Dios hablaron siendo inspirados del Espíritu Santo.

„Verdad es que hubo en el pueblo falsos profetas, así como habrá entre vosotros falsos doctores, que introducirán sectas de perdición, y negarán á aquel Señor que los rescató: atrayendo sobre sí mismos apresurada ruina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por quienes será blasfemado el camino de la verdad. Y usando de palabras fingidas harán tráfico de vosotros por avaricia: mas el juicio que tiempo ha que les amenaza va viniendo á grandes pasos; y la perdición de ellos no se duerme. Porque si Dios no perdonó á los ángeles delincuentes, sino que, amarrados con cadenas infernales, los arrojó al abismo para ser atormentados y reservados para el juicio: si tampoco perdonó al mundo antiguo, bien que preservó al predicador de la justicia, Noé, con siete personas, al anegar con el diluvio el mundo de los impíos: si reduciendo á cenizas las ciudades de Sodoma y Gomorra, las condenó á desolamiento, poniéndolas para escarmiento de aquellos que viviesen en impiedad... sabe el Señor librar de tentaciones á los justos, reservando los malos para los tormentos en el día del juicio: y mayormente aquellos que para satisfacer sus impuros deseos, siguen la concupiscencia de la carne, y desprecian la potestad; osados, pagados de sí mismos, que, blasfemando, no temen sembrar herejías, como quiera que los ángeles, con ser tanto mayores en fuerza y poder, no condenan con palabras de execración ni maldición á los de su especie. Mas éstos, como bestias sin razón, nacidas para el lazo y la matanza, blasfemando de las cosas que ignoran, perecerán en los vergonzosos desórdenes en que están sumergidos, recibiendo la paga de su iniquidad, ya que ponen su felicidad en pasar cada día entre placeres: siendo la misma horrura y suciedad, regoldando deleites, mostrando su disolución en los convites que celebran con vosotros, teniendo los ojos llenos de adulterio y de continuo pecar. Atraen con halagos las almas inconstantes, teniendo un corazón ejercitado en avaricia, como hijos de maldición; han dejado el camino recto y se han descarriado, siguiendo la senda de Balaam de Bosor, el cual codició el premio de la maldad, mas tuvo quien reprendiese su sandez: una muda bestia en que iba montado, hablando en voz humana, refrenó la necedad del profeta. Estos son fuentes sin agua y nieblas agitadas de torbellinos, para los cuales está reservada la obscuridad de las tinieblas. Porque profiriendo discursos pomposos llenos de vanidad, atraen á los deseos impuros de la carne á los que poco antes habían huído de los que viven en el error: prometiéndoles libertad, cuando ellos mismos son esclavos de la corrupción, pues quien de otro es vencido queda esclavo del que le venció. Porque si después de haberse apartado de las asquerosidades del mundo por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, enredados en ellas otra vez son vencidos, su postrera condición viene á ser peor que la primera. Porque mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia, que después de conocido volver atrás y abandonar la ley santa que se les había dado. Pues les ha acontecido lo que dice aquel proverbio

Digitized by Google

verdadero: Tornóse el perro á lo que vomitó; y la puerca lavada á revolcarse en el cieno.

Habla aquí San Pedro de los gnósticos, nombre que significa *ilustrados, iluminados*. Todo consistía, según ellos, en la ciencia: la fe y la virtud eran sólo para el vulgo. Mirándose á sí mismos como más sabios que los demás, renegaban de la soberanía y supremo dominio de Jesucristo; despreciaban la jerarquía de los verdaderos ángeles é introducían fabulosas é interminables genealogías de pretendidas emanaciones divinas, cuyos pormenores veremos más adelante. En tiempo de San Pedro asistían ésos todavía á los agapes de los cristianos; pero para procurarse una ocasión de desórdenes. No rechaza el Apóstol la ciencia, lo que hace es señalarle su puesto, anteponiendo la fe y la virtud, la fe que le sirve de base, y la virtud práctica que le obtiene las luces de lo alto. Y esta ciencia consiste en conocer más perfectamente á Jesucristo como Hijo de Dios, como nuestro Dios y Señor, no siguiendo ingeniosas fábulas y sofísticos mitos, sino el testimonio de los Apóstoles y de los profetas. Después de haber designado así los seductores de su época, señala los de los últimos tiempos.

"Esta es ya, carísimos, la segunda carta que os escribo, procurando en las dos avivar con mis exhortaciones vuestro ánimo sincero, para que tengáis presentes las palabras de los santos profetas, de que ya os hablé, y los mandamientos que el Señor y Salvador os dió por sus Apóstoles, sabiendo esto primeramente que en los últimos tiempos vendrán impostores artificiosos, arrastrados de sus propias concupiscencias, diciendo: ¿Dónde está la promesa ó venida de él? Porque desde la muerte de nuestros padres todas las cosas permanecen así como en el principio de la creación. Y es que ignoran voluntariamente que los cielos eran primeramente, y la tierra, de agua, y por agua estaba sentada por palabra de Dios: por las cuales cosas aquel mundo de entonces pereció anegado en agua. Así los cielos que son ahora y la tierra se guardan por la misma palabra para ser abrasados por el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos. Mas esto sólo no se os encubra, muy amados, que un día delante del Señor es como mil años, y mil años como un día. No tarda, pues, el Señor su promesa como algunos lo piensan, sino que espera con paciencia por amor de vosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan á penitencia. Vendrá, pues, como ladrón el día del Señor: en el cual pasarán los cielos con espantoso estruendo, los elementos con el calor se disolverán, y la tierra y las obras que hay en ella serán abrasadas. Pues ya que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cuáles os conviene ser en santidad de vida y piedad, esperando y apresurándoos para la venida del día del Señor, en el cual los cielos ardiendo serán deshechos, y los elementos se fundirán con el ardor del fuego? Bien que esperamos, según sus promesas, nuevos cielos y nueva tierra en que habitará la justicia. Por tanto, muy amados, esperando estas cosas, procurad que seáis de él hallados en paz, inmaculados é irreprensibles. Y creed que es para salvación la longanimidad de nuestro

Digitized by Google

Señor: según que también nuestro carísimo hermano Pablo os escribió conforme á la sabiduría que se le ha dado, como también en todas sus cartas, hablando en ellas de esto, en las cuales hay algunas cosas difíciles de entender, cuyo sentido los indoctos é inconstantes pervierten de la misma manera que las demás Escrituras, para su propia perdición. Así que vosotros, oh hermanos, avisados ya, estad alerta, no sea que, seducidos de los insensatos, vengáis á caer de vuestra firmeza. Antes bien, creced en la gracia y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea la gloria ahora, y por el día de la eternidad. Amén„ (1).

Tal fué la última instrucción pastoral del Príncipe de los Apóstoles. Es de la mayor importancia. Atiende en ella á lo presente y á lo porvenir; á los fieles de entonces los precave contra las seducciones de los gnósticos; á los fieles de los últimos tiempos contra la mofa de los incrédulos. Juzga las Epístolas de San Pablo, las pone entre las Sagradas Escrituras; designa los hombres ignorantes y ligeros que pervierten su sentido, recuerda que la Escritura ni se formó ni se explica por el juicio privado. Percíbese en todo la autoridad del que fué para siempre encargado de confirmar á sus hermanos.

28. Entretanto la persecución era inminente. Acabaron de reavivarla las conversiones que obraron ambos Apóstoles en el palacio mismo de Nerón, y entre las desgraciadas víctimas de sus desórdenes.

Que después de haber hecho perecer primeramente multitud de cristianos como reos del incendio, los haya el tirano perseguido como cristianos, y publicado contra ellos, no solamente en Roma, sino también en todo el imperio, severas leyes y crueles edictos; cosa es que vemos por antiguos monumentos, á los cuales sólo pueden oponerse débiles conjeturas. Entre las laudables providencias de aquel príncipe, pone Suetonio el haber agobiado á los cristianos con diversos suplicios (2), lo cual, sin duda, ha de entenderse no ya de cuando les acusó falsamente del incendio de Roma; pues su conducta de entonces fué detestada por los paganos mismos, sino de cuando los persiguió como gentes entregadas á una superstición nueva y funesta.

Más de un siglo después, alegándose contra los cristianos ser contraventores de las leyes que prohibían bajo graves penas su Religión y merecedores por ello de que se les aplicasen en toda su severidad, responde Tertuliano, entre otras cosas: que era preciso recordar el origen de esas leyes para juzgar qué atención merecían; su primer autor era Nerón, y el segundo Domiciano, considerado por su crueldad como otro Nerón (3). Añade que semejantes leyes no habían sido confirmadas ni por un Trajano, que antes en parte las había desvirtuado, vedando hacer pesquisas respecto á los cristianos; ni por un Adriano, aunque explorador de todas las cosas curiosas; ni por un Vespasiano, aunque vencedor de los judíos;

---

(1) II Petr.
(2) Suet., *Nero*, núm. 16.
(3) Tert., *Apol.*, núm 5.

Digitized by Google

ni por un Antonino Pío, ni por un Vero ni por algún otro estimable emperador. Si en el reinado de varios de estos príncipes fueron cruelmente perseguidos los cristianos, no era en virtud de una ley que hubiesen ellos mismos promulgado, sino á consecuencia de las que habían en otro tiempo publicado los dos abominables tiranos. Severo Sulpicio, después de haber hablado de los cristianos á quienes se dió muerte con pretexto del incendio de Roma, añade que la Religión fué también proscrita por rigorosas leyes, y que en virtud de los edictos públicos no se permitía ser cristiano (1). Paulo Orosio escribe también que Nerón hizo que se atormentase y matase á los cristianos en Roma, y ordenó que se les hiciesen sufrir iguales suplicios en las provincias. No podía imputárseles el incendio de Roma á los cristianos esparcidos por el imperio, era pues la Religión lo que en ellos se perseguía, y esto por orden del príncipe (2).

Lo mismo había dicho ya, antes que Osorio y Sulpicio Severo, el autor del libro *De la muerte de los perseguidores:* "Viendo Nerón—dice—que no sólo en Roma, sino en todas partes y cada día, una gran multitud abandonaba el culto de los ídolos, abrazaba la nueva Religión y condenaba la antigua; execrable tirano como era, emprendió derribar este celestial edificio y destruir la justicia„ (3). El motivo de esta nueva persecución era, pues, sostener el antiguo culto de los ídolos, abatir la nueva Religión, pues habiendo sido ésta hasta entonces permitida en el imperio, confundida en cierta manera con la religión judía, no podían los gobernadores de las provincias proceder contra los cristianos, ni castigarlos con penas capitales sin nuevos rescriptos de Roma.

Queriendo, pues, Nerón exterminar el nombre cristiano, hizo crucificar al Príncipe de los Apóstoles y degollar á San Pablo, lisonjeándose sin duda de que podría con facilidad derribar el edificio una vez echadas á tierra sus dos principales columnas. Ya, como antes hemos visto, estaba poco tiempo había prisionero San Pablo. Fué asimismo detenido San Pedro y puesto en la cárcel Mamertina, al pie del Capitolio, donde, según se asegura, convirtió á la fe á sus dos guardias, Proceso y Martiniano, que fueron bautizados en el mismo sitio, habiéndose formado allí milagrosamente una fuente cuyas aguas, sin disminuir jamás, brotan aún hoy del seno de aquellas rocas (4). Según San Jerónimo, padeció Pedro el martirio el año trigésimoséptimo después de la crucifixión de Jesucristo (5), lo cual viene á dar al año 66 de la Era vulgar, habiendo muerto Jesucristo, según la opinión más fundada, el año 29, bajo el consulado de los dos Géminos. Según lo cual, habría San Pedro gobernado la Iglesia treinta y siete años. En cuanto al día de su martirio, Eusebio y la mayor parte de los antiguos, lo ponen el veintinueve de Junio. Antes de

(1) *Hist.*, lib. II.
(2) L., VII, c. 7.
(3) *De morte pers.*, cap. II.
(4) Acta S. S., 29 Junii.
(5) *De scrip. de Petro.*

Digitized by Google

crucificarle le azotaron con varas, como era uso. Es también antigua tradición que fué crucificado con la cabeza hacia abajo, manera de crucificar más ignominiosa á la par que más cruel. Sin duda Pedro, en su humildad, se alegraba de ser así tratado todavía peor que el Hijo de Dios, y pudo ser, según lo quieren varios, que él mismo pidiese eso á los jueces, ó al menos les diese ocasión para ello, protestando que era indigno de morir como había muerto su divino Maestro.

El mismo año y el mismo día cortaron la cabeza á San Pablo; afortunado y glorioso día para la Iglesia romana, en el cual ambos Apóstoles, después de haber difundido allí el tesoro de su doctrina, le dieron también su propia sangre, la enriquecieron con sus despojos mortales y sus trofeos; trofeos y despojos de que se gloría y se ha gloriado siempre la Iglesia romana, con mayor razón que la Roma pagana de los despojos y trofeos del mundo vencido.

Las sagradas reliquias del Príncipe de los Apóstoles fueron colocadas en el monte Vaticano, cerca del palacio de Nerón, y las de San Pablo junto al camino de Ostia. Tenemos de esto un célebre testimonio en un autor eclesiástico, el sacerdote Gaio, que florecía en Roma poco más de un siglo después de la muerte de nuestros santos. Puedo mostraros—dice—los trofeos de los Apóstoles. Porque ya vayáis al Vaticano, ya al camino de Ostia, encontraréis los trofeos de los fundadores de esta Iglesia (1). Y también como trofeos y monumentos de victoria sobre la impiedad miraban estas santas reliquias los antiguos Padres, particularmente San Crisóstomo y San Agustín, cuando al probar contra los judíos y los gentiles la divinidad del Hijo de Dios, su infinito poder, y la verdad de la Religión, mostraban, cómo los emperadores y los primeros dignatarios del imperio, abandonando el culto de los ídolos, se prosternaban humildemente ante el sepulcro de estos dos Apóstoles, á quienes habían en un principio tratado como á viles malhechores.

"Aquellos—dice San Crisóstomo—que durante su vida eran violentamente arrastrados de aquí para allá, mofados, aprisionados, sujetos á los más crueles ultrajes, reciben después de su muerte más honores que los mismos monarcas. ¿Queréis verlo? Pues mirad cómo en la regia ciudad de Roma corren las gentes al sepulcro de un pescador y de un constructor de tiendas, sin prestar atención ninguna á lo demás, á los emperadores, los cónsules y los jefes de los ejércitos„ (2). Y escribiendo San Agustín á los habitantes de Madaura, idólatras aún, les decía: "Veis los templos de los ídolos arruinados unos, demolidos otros, cerrados aquí, destinados allá á diferentes usos, y los ídolos mismos hechos pedazos, entregados á las llamas ó destruídos de cualquier otra manera? Los poderes del siglo que en otro tiempo por esos mismos ídolos perseguían al pueblo cristiano los veis, vencidos y subyugados, no por nuestra resistencia, sino por nuestra paciencia, volver contra esos mismos ídolos su celo y sus leyes, veis

(1) Apud Euseb., lib. II, CXXV.
(2) Chrysost., *In* II Cor.

Digitized by Google

al augusto jefe del más noble imperio deponer su diadema y suplicar humildemente ante el sepulcro de Pedro el Pescador„ (1).

Otra prueba del amor y reconocimiento de los primeros fieles y de los romanos, especialmente hacia los Príncipes de los Apóstoles, la tenemos en sus imágenes, que se encuentran numerosas en los cementerios de Roma, esculpidas á menudo sobre las urnas sepulcrales y en las copas que servían para los agapes ó banquetes de caridad. Doctos anticuarios han demostrado que esos vasos son anteriores no sólo á la paz dada por Constantino á la Iglesia sino también á la última de las persecuciones suscitadas contra ella por Diocleciano. Cosa que no debe parecerles extraña á los nuevos iconoclastas, que pretenden que se ha entrado en la Iglesia la idolatría con la veneración de las imágenes; pues que Eusebio nos suministra un testimonio irrefragable, no sólo tan antiguo sino más todavía. Atestigua haber visto las imágenes pintadas de los dos Apóstoles, "las cuales—dice—se han conservado hasta nuestros días„ (2). Y advierte, además, que esto no debe sorprendernos por ser costumbre de los antiguos honrar así á sus bienhechores, y que, en fin, por igual motivo habían conservado siempre los cristianos de Jerusalén la cátedra de Santiago, su primer Obispo, mostrando bastantemente con esto, según deducción del mismo Eusebio, de qué manera, así los primeros cristianos, como los de nuestros días, han siempre tributado y tributan todavía á los santos el honor que se merecen por su amor á Dios.

Si en todos tiempos han tenido los hombres la loable costumbre de conservar, por medio de la pintura, la fisonomía de los personajes ilustres que consolidaron con leyes, ó ilustraron con sus doctrinas ó defendieron y engrandecieron con su valor las repúblicas y los imperios, ¿quién intentará censurar á los antiguos cristianos de Roma el procurarse la satistacción de tener siempre á la vista las imágenes de aquellos á quienes con razón miraban como á fundadores de aquella Iglesia, como á maestros y defensores?

Por fuerza había visto una de esas imágenes el autor del diálogo intitulado *Philopatris*, que anda entre las obras de Luciano, pero que varios creen más antiguo, y que escribió tal vez hacia fines del siglo primero, bajo el imperio del emperador Trajano. Represéntanos á San Pablo con la cabeza un tanto calva, nariz aguileña y de agraciada curvatura, tal como le vemos todavía en algunos monumentos de *Roma Subterránea,* particularmente en los que se hallan bastamente esculpidos. Así nos le describen también las Actas de Santa Tecla, que varios pretenden ser las mismas que fueron falsamente atribuídas á San Pablo por un sacerdote del Asia, á quien en castigo de esa impostura depuso San Juan Apóstol. Aquel sacerdote podía haber visto al mismo Apóstol de las gentes en persona. Y es desde luego, en general, una gran prueba de antigüedad para los retratos, el resultar conformes al original.

---

(1) Epist. CCXXXII, pár. XLII.
(2) Chrysost., *In II Cor.*, c. XXVI.

Digitized by Google

Poco después de la muerte de los santos Apóstoles, escribió San Clemente su célebre carta á los Corintios, en la cual, mencionando antes su glorioso martirio, añade que mientras vivían aún, se había reunido á ellos una gran multitud de elegidos, que habiendo sufrido muchos suplicios y tormentos con invencible paciencia, "han sido—dice—*entre nosotros* del más glorioso ejemplo„; ilustre testimonio de la estancia y muerte de ambos Apóstoles en Roma. Porque cuando escribiendo desde esa misma ciudad dice: "Fué *entre nosotros* del más generoso ejemplo aquella multitud de fieles que se habían reunido á estos dos santos mientras vivían„, quiere, sin duda decir: "mientras vivían entre nosotros„ y no mientras vivían en Judea, Grecia, Asia, Galacia, Bitinia, Capadocia ó el Ponto.

Cuáles fueron los suplicios y tormentos que sufrieron aquellos bienaventurados discípulos de los Apóstoles nos lo noticia más detalladamente Hermas, que hacia aquel tiempo escribió en Roma sus libros intitulados *El Pastor*. "Fueron—dice—las prisiones, los azotes, las fieras, las cruces„ (1). Ignoramos tanto los nombres como la condición de aquellos primeros mártires de la Iglesia romana, Madre fecunda de tan magnánimos héroes. Sabemos, sin embargo, por un antiguo y grave autor, que en ese número estaba comprendida la mujer del Príncipe de los Apóstoles; del cual refiere que, viéndola llevar á la muerte, tuvo gran gozo de que Dios la llamase á tan alta gloria, y que, llamándola por su nombre, la animó diciéndola: "Acuérdate del Señor„ (2). De ese número fueron también Proceso y Martiniano, guardias de la cárcel Mamertina, con otros cuarenta y siete soldados bautizados en la misma prisión, y cuyo triunfo celebra en sus fastos la Iglesia romana. Además, habiéndose extendido, como hemos visto, la llama de la persecución también á las provincias, hay asimismo otras Iglesias que se glorían de haber tenido mártires en tiempo de Nerón, como Pisa y Luca, sus Torpete y Paulino; Milán, sus Gervasio y Protasio, con su padre Vital y su madre Valeria, y también Celso y Nazario; Rávena, su Apolinario; Aquilea, igualmente Hermagoras, su primer Obispo, y Fortunato.

Conserva la ciudad de Brescia, no tan sólo la memoria de su San Alejandro, sino también las Actas del martirio de aquel santo, cuyo contenido damos aquí en su brevedad y sencillez primitivas:

Alejandro, natural de Brescia, de ilustre familia é instruído en las verdades de la Religión cristiana, marchó, adolescente aún, á Marsella, al lado del bienaventurado Lázaro, Obispo de aquella ciudad, á tiempo que perseguía á los cristianos el emperador Claudio. Habiendo pasado de allí á Aix, al lado del bienaventurado Obispo Máximo, y fortalecido por éste en la fe y enardecido á sufrir el martirio por Jesucristo, volvió á Brescia, donde, vendidos sus bienes y distribuídos á los pobres, entró, por el deseo que tenía del martirio, en el templo de Diana, y compelió á los demonios, en el nombre de Cristo, á que rompiesen los ídolos. Hecho

(1) Lib. I, cap. III.
(2) Clem. Alex., *Strom.*, lib. VII.

Digitized by Google

lo cual, le cogieron los sacerdotes de los ídolos y le llevaron al prefecto Feliciano, quien, después de haber informado á Nerón y recibido respuesta de que Alejandro debía sacrificar á los dioses ó expirar en crueles suplicios, le expone la orden del emperador y le exhorta á sacrificar á Marte. Pónese Alejandro de rodillas como si fuese á adorar el ídolo de Marte, dirige su plegaria á Cristo nuestro Señor, y al punto viene á tierra la estatua de Marte y queda hecha polvo. Por lo cual, irritado Feliciano, manda que sea dislacerado con correas y que le echen por la boca aceite hirviendo con pez y azufre. Viendo el prefecto que ningún mal ha recibido de esto, ordena que se le taladren las manos, que se pase por ellas una cuerda, y se ate esta cuerda al cuello de un toro indómito, y que el mártir sea así arrastrado por la ciudad; y que, por fin, amputados los brazos y la lengua, se le corte la cabeza. Como en aquel lugar apareciesen por divina virtud cuatro hachas encendidas junto al cuerpo del mártir y muchos se convirtiesen á Cristo á causa de este milagro, el Obispo Anathalón le dió sepultura y después edificaron los brescianos un templo allí en su nombre„ (1).

Tales son las Actas de San Alejandro de Brescia. La persecución de Claudio á que se refieren la dejamos anteriormente mencionada, cuando aquel Emperador expulsó á los judíos de Roma á causa de los frecuentes tumultos que suscitaban á propósito de Cristo.

En cuanto á la persecución de Nerón, también España se gloría de haber producido mártires en aquella época; y como prueba de que ella asimismo sufrió mucho en aquella persecución, nos muestra una inscripción dedicada por entonces á Nerón concebida en estos términos: "A Claudio Nerón César Augusto, soberano pontífice, por haber purgado la provincia de ladrones y de los que inculcaban al género humano una nueva superstición„ (2). De esta inscripción, cuya autenticidad no tenemos motivo para poner en duda, dedúcese fácilmente cuán violenta fué aquella persecución, ya que los gentiles, que miraban la Religión cristiana como una nueva y perniciosa superstición, la daban por enteramente aniquilada.

29. No fué aquélla la última vez que se llamó superstición á la Religión de Jesucristo, ni la última vez que han celebrado su derrota, pero después de dieciocho siglos (3) ahí está en pie todavía confundiendo á la vez el orgullo de los filósofos y la prudencia de los legisladores y el poderío de los conquistadores: Juntemos los antiguos filósofos á los modernos. En pugna entre sí y consigo mismos, lejos de reunir los ánimos bajo una regla cierta, ofrecen sólo horrible confusión de opiniones y de sistemas arbitrarios y contradictorios: no hay en el mundo necedad alguna

---

(1) Act. SS. 26 Aug.—*Monuments inédits sur l'apostolat de Sainte Marie-Madeleine en Provence*. Apud Migne, 1848, tomo I, pág. 521 y siguiente.

(2) Gruter, pág. 238.

(3) Hoy son ya diecinueve; advertencia aplicable á análogos pasajes.

Digitized by Google

que no sostengan, no hay vicio tan infame que no lo autoricen. Si hay entre ellos quienes expresen elocuentemente verdades comunes, máximas de moral ya anteriormente conocidas, desmiéntenlas con su conducta. Ya hemos visto á Séneca escribiendo hermosas frases acerca de la virtud, el desprecio de las riquezas y la grandeza de alma, y acumulando, sin embargo, tesoros, arruinando con sus usuras las provincias, y enseñando á Nerón á hacer la apología del parricidio. Miremos á otra parte. Doce pescadores procedentes de Judea anuncian por todo el universo una doctrina que, después de dieciocho siglos de pruebas, es siempre una y siempre santa; lo que enseñan lo practican ellos; para difundir esta doctrina de salvación sacrifican su reposo, sus bienes, su vida; dos de ellos la predican osadamente en la capital del mundo, y ganan á esa doctrina generosos discípulos hasta en la corte de Nerón, y para poner el sello á sus enseñanzas, sufren la prisión y la muerte ante los ojos del mismo Séneca.

Pues juntemos ahora todos los legisladores de todos los siglos y de todos los pueblos, desde aquel Senado romano que decretaba para Nerón divinidad y templos, hasta aquellos legisladores modernos que legalizaron el asesinato y el bandolerismo, y ¿qué encontraremos en el Código común á todos ellos? Un montón informe de leyes buenas, malas, injustas, bárbaras, atroces; donde el crimen, con tal que sea poderoso, encuentra cuanto precisa para trocarse en virtud y proscribir á la inocencia. Muy diferente es la ley que los doce pescadores de Judea promulgan para toda la tierra: una, como lo es Dios, de quien procede, y como él santa y sin tacha, implacable para todo mal, favorable á todo bien; como Dios, presente á todo, regulando todas nuestras acciones, lo mismo las más secretas que los actos públicos; como Dios, dominando todas las cosas, á los grandes y á los pequeños, á los reyes y á los pueblos; ley soberana é inmutable, como Dios, contra la cual cuanto se dice es falso, y cuanto se hace, nulo.

Consideremos los fundadores de los imperios, los conquistadores famosos: su obra la cambian, derrocan y destruyen otros. Consideremos los políticos del siglo, que se jactan de constituir naciones, sus edificios se derrumban sobre los edificadores mismos, sólo construyen ruinas. Mientras que el jefe de los doce pescadores llega solo y sin armas á la capital del mundo, y establece allí, á pesar de los Nerones y Domicianos, la sede de un imperio nuevo, que extiende sus pacíficas conquistas entre todos los pueblos, y sin distinción de gobiernos y lenguas, los reúne á todos en una gran familia, bajo la autoridad de un mismo Padre. Todo lo que derriba los otros imperios ataca durante diez y ocho siglos á esta nueva monarquía romana, y después de diez y ocho siglos, el pescador Pedro, contando en la larga serie de sus sucesores, apenas cinco ó seis que fuesen sólo dignos de figurar entre los soberanos de la tierra, gobierna todavía en Pío IX (1) esta santa Iglesia, cuyos límites son los del mundo,

(1) Hoy León XIII.

Digitized by Google

y su duración la de los tiempos. Aparecía entonces esta Iglesia como un mundo nuevo surgiendo del caos. Perseguida por doquiera, atraía todas las miradas por la constancia de los fieles y la inocencia de sus costumbres. De lo cual tenemos una elocuente pintura en la carta á Diognetes, impresa entre las obras de San Justino, mártir, pero, según todas las apariencias, de un autor muy más antiguo, y discípulo de los Apóstoles.

"Los cristianos—dice, comparando su manera de vida con la de los judíos y de los gentiles—los cristianos no se distinguen de los demás hombres por el país ni por la lengua, ni por las instituciones políticas, no habitan ciudades propias suyas, ni tienen un dialecto extraño para los demás, no hacen una vida singular; no se aplican á estudiar los sistemas de algunos espíritus curiosos, ni á defender opiniones humanas como muchos: sino que, habitando las ciudades de los griegos y de los bárbaros, según la suerte de cada cual; y siguiendo el uso de los habitantes en cuanto al comer y vestir y en lo demás que toca á la presente vida, ofrecen con todo á nuestros ojos una maravillosa y verdaderamente increible sociedad.

„Habitan en su patria, pero como inquilinos. Toman parte en todo como ciudadanos, y tienen que sufrir todo como extranjeros. Toda tierra extranjera les es patria, y toda patria les es extranjera. Se casan como los demás; tienen hijos, mas no los abandonan. Tienen común la mesa, no así el lecho. Viven en la carne, mas no según la carne. Están en la tierra, mas son ciudadanos del cielo; obedecen á las leyes sancionadas, pero su vida supera las leyes. Aman á todo el mundo. y todo el mundo los persigue; no se los conoce, y se los condena; se les trae á la muerte, y son vivificados. Son pobres y enriquecen á muchos; faltos de todo, y en todo abundan; se los vilipendia, pero los vilipendios se les tornan en gloria; se los blasfema, y se tributa homenaje á su virtud. Se los insulta, y bendicen; se los ultraja y corresponden con muestras de honor. Haciendo el bien, son castigados, como quien obra mal; y cuando se los castiga lo reciben como un beneficio. Los judíos les hacen guerra como á extranjeros, y los griegos los persiguen, y sus aborrecedores no pueden decir por qué los odian.

„Para decirlo todo en una palabra, lo que es el alma en el cuerpo, eso son en el mundo los cristianos. Extiéndese el alma por todos los miembros del cuerpo, y los cristianos por las ciudades del mundo. Habita el alma en el cuerpo sin ser del cuerpo; habitan los cristianos en el mundo sin ser del mundo. El alma invisible está en el cuerpo visible como en una fortaleza; y aunque se ve á los cristianos, no se ve, sin embargo, su espíritu de religiosa piedad. Repugna la carne al alma y le hace guerra sin haber recibido de ella daño alguno, sino porque no le permite darse á los placeres; repugna el mundo los cristianos, sin haber recibido de ellos mal ninguno, porque son opuestos á los placeres. Quiere el alma al cuerpo que la odia, y los cristianos aman á los que les odian. El alma está encerrada en el cuerpo, pero es ella quien conserva el cuerpo; los cristianos están encerrados en el mundo como en una prisión, pero ellos son quienes sostienen el mundo.

Digitized by Google

„Habita el alma inmortal morada mortal; los cristianos, como de tránsito en medio de las cosas perecederas de la tierra, aguardan los bienes incorruptibles del cielo. Maltratada el alma en cuanto al alimento y la bebida, se hace mejor; así también los cristianos, llevados diariamente al suplicio, ven aumentar su número. Dios mismo es quien les ha confiado en el mundo tan sublime puesto, que no les es lícito rehusar.

„Pues, como he dicho, no se les ha confiado una invención humana, ni es discurso mortal lo que tan cuidadosamente juzgan deber custodiar, ni se les ha encomendado economía de misterios humanos, sino que el mismo Todopoderoso, creador de todo é invisible Dios, ha hecho descender del cielo su verdad, que es su Verbo, y quiso que tuviese firme asiento en sus corazones. Ha enviado á los hombres, no, como alguno pudiera conjeturar, algún ministro, algún embajador, algún príncipe, ora de los que gobiernan las cosas terrestres, ora de los que tienen á su cargo el gobierno de las cosas del cielo, sino al autor mismo y creador del universo; aquel por quien hizo los cielos y dió lindes á la mar; aquel mismo que con su poder mantiene la armonía y concordia de los elementos; aquel que ha dado al sol los espacios de su carrera de cada día; aquel á quien obedece la luna para dar á las noches su claridad; aquel cuya voz reconocen los astros para acompañar á la luna en su luminosa senda; el que ha colocado á todas las criaturas en sus órdenes y límites, al cual obedecen los cielos y las cosas que en ellos hay, la tierra y las cosas que hay en la tierra, el mar y las cosas que hay en el mar, el fuego, el aire, los abismos y cuanto existe en las alturas y cuanto existe en las profundidades y cuanto existe en el intermedio. A este mismo es á quien envió á los hombres, no para ejercer sobre ellos un tiránico imperio, sino en la clemencia, en la mansedumbre, como rey que envía á un hijo rey. De forma que Dios ha enviado un Dios para salvar á los humildes, no para forzarles; porque en Dios no hay violencia. Ha enviado como quien llama, no como quien persigue: lo envió como quien ama. Un día le enviará al universo para juzgar. ¿Y quién podrá sostener su presencia?„ (1).

Esta carta no fué escrita en Roma, sino en Grecia, pues que no se hace mención alguna de Roma, ni de los romanos, ni de sus dioses, sino de los griegos y de sus dioses, así como también de las ciudades griegas y de la persecución que los cristianos tenían por parte de los griegos. Y, sin embargo, se presenta en ella á los cristianos como perseguidos por todos, sentenciados y llevados diariamente al suplicio, como se ve claramente todavía por las siguientes palabras: "¿No los veis que, arrojados á las fieras para que renieguen del Señor, no son, sin embargo, vencidos? ¿No veis que su número aumenta cada día tanto más, cuantos más verdu-

---

(1) El texto griego lo expresa de este modo: "Ha enviado Dios á Dios, le ha enviado de un modo adecuado á los hombres, como Salvador ha enviado; como persuadiendo, no violentando: pues no hay violencia en Dios. Ha enviado como amando, no juzgando; pues le enviará á él á juzgar. ¿Y quién podrá sostener su presencia?„—*(Nota del traductor.)*

Digitized by Google

gos hay para llevarlos al suplicio?„ Y más adelante: "Admirarás entonces á los que ahora sufren las llamas por la justicia.„

Que esta carta á Diognetes debe ser de un autor más antiguo que San Justino, y debe haber sido escrita por un discípulo de los Apóstoles en un tiempo en que la Religión cristiana pasaba por una manera de vivir y una religión enteramente nueva, y además durante una persecución general de los cristianos; pero, sin embargo, antes de la destrucción del Templo, y cuando los judíos ofrecían todavía en él sacrificios: lo hallamos expresamente consignado: "Discípulo de los Apóstoles—dice el autor—llego á ser ahora doctor de las naciones. Lo que á mí me han enseñado, enseño yo á los que se muestran dignos discípulos de la verdad.„ La Religión cristiana era entonces tan nueva, que los hombres preguntaban llenos de admiración: "¿De dónde viene este nuevo género de vida, y de qué depende el no haber aparecido en el mundo hasta hoy y no antes?„ Y, por último, al refutar á los judíos, no les opone ni la ruina del Templo, ni la cesación de los sacrificios; supone, por el contrario, que continúan ofreciéndolos, y que su culto subsistía aún con todo el aparato y toda la pompa de las ceremonias. Exprésase el autor en tal sentido no sólo en un pasaje, sino en varios.

Así, pues, los fieles por aquel tiempo, y esto hasta en las provincias del imperio, eran arrastrados al suplicio, arrojados á las fieras, entregados á las llamas; y en esa persecución se unían á los gentiles los judíos, sin parar mientes estos infelices en los funestos presagios que por varias maneras su próxima desolación les anunciaban.

Digitized by Google

LIBRO XXVI

Digitized by Google

SUMARIO

1. Destino temporal de los cuatro grandes imperios y de la sociedad de los hebreos.—**2.** Fúnebres predicciones de Jesús, hijo de Anano, y otros siniestros pronósticos.—**3.** Causa de la obstinación de los judíos.—**4.** El Papa San Lino. **5.** Los Sumos Sacerdotes y los gobernadores romanos en Judea. Sublevación y desastre de los judíos. Huída de los cristianos.—**6.** Invasión de Vespasiano. Turbulencias interiores y sitio de Jerusalén.—**7.** Estravagancias y muerte de Nerón. — **8.** Los emperadores Galba, Otón y Vitelio. Elección de Vespasiano. **9.** Nuevos horrores en Jerusalén. — **10.** Continuación del sitio por Tito. Crueldades de los sitiadores para con los judíos. Come una madre á su hijo.— **11.** Jesús y María para los cristianos y para los judíos.— **12.** Incendio del Templo Toma y destrucción de la ciudad. Monumento de aquel desastre.— **13.** Ruina de la sinagoga. Ebión, Menandro, Cerinto y los nicolaítas.— **14.** Epístola de San Judas.— **15.** El Papa San Clemente. Sus Epístolas á los corintios y á los vírgenes. **16.** Introdúcese por primera vez el Cristianismo en las Galias. San Lázaro, primer Obispo de Marsella, y sus hermanas Marta y María Magdalena evangelizan la Provenza. San Maximino, uno de los setenta y dos discípulos, primer Obispo de Aix. Envía San Pedro á Trófimo, primer Obispo de Arlés, con otros varios. Envía el Papa San Clemente á Dionisio, primer Obispo de París. — **17.** *El Pastor* de Hermas.— **18.** El Papa San Cleto. Actos de crueldad de Vespasiano. **19.** Tito. Feliz comienzo del reinado de Domiciano. Horrores de sus últimos años. — **20.** Persecución contra los cristianos. Confiesa heroicamente la fe San Juan, y es desterrado.— **21.** El Papa Anacleto.— **22.** Obispos, terapeutas y solitarios de Alejandría.— **23.** Visión de San Juan en la isla de Patmos. **24** Cartas á las siete Iglesias de Asia.— **25.** Revelaciones relativas al castigo del pueblo judío, el castigo del imperio romano y la glorificación de la Iglesia. Cumplimiento.— **26.** Muerte de Domiciano. El emperador Nerva. Devuélvese la paz á la Iglesia.— **27.** Logra San Juan que vuelva nuevamente á Dios un joven extraviado. Sus milagros, su gobierno pastoral. Su Evangelio.— **28.** Sus Epístolas, sus últimas recomendaciones.— **29.** Unidad de Dios y unidad de la Iglesia.— **30.** Organización divina de la Iglesia y de su liturgia.— **31.** Cualidades que forman á los santos en la Iglesia y en dónde estriba la fortaleza de la misma Iglesia.

Digitized by Google

LIBRO XXVI

DESDE EL AÑO 66 AL 100 DE LA ERA CRISTIANA

Destrucción de Jerusalén por los romanos.—Predice San Juan la caída y desmembramiento del imperio romano.

Cuando dividía el Altísimo las gentes, cuando separaba á los hijos de Adán fijó los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel„ (1). Esto había dicho Moisés en su postrer cántico. Tales palabras nos recuerdan que en los designios de la Providencia hay una misteriosa correlación entre el pueblo de Israel y los demás pueblos. Así que hemos visto á este singular pueblo en contacto con todas las naciones intluyentes del mundo: con Egipto por Abrahán, Jacob, José, Moisés, Aarón y por una estancia de siglos; con Fenicia por David y Salomón y por una continua vecindad; con los imperios de los asirios, de los persas, de los griegos, por la cautividad, por Daniel, Ester, Mardoqueo, y por la traducción de los sagrados Libros al griego; con el imperio de los romanos por las alianzas de los Macabeos y por su dispersión en todo el mundo.

Así que, los profetas unen casi siempre á las profecías correspondientes sólo á Israel, profecías relativas á lo restante del género humano. Daniel sobre todo, que tan precisamente anuncia la reedificación de los muros de Jerusalén después de la cautividad de Babilonia, la venida del Mesías, el suplicio que á éste dará su pueblo, la reprobación de aquel pueblo ingrato, la desolación en el lugar santo, la cesación de los sacrificios, la destrucción de la ciudad y del Templo seguida de una final desolación; este mismo Daniel anuncia con igual precisión el conjunto y la sucesión de las cuatro grandes monarquías; anuncia en particular que aquel Cris-

(1) Deut., XXXII, 8. Quando dividevat Altissimus gentes: quando separabat filios Adam, constituit terminos populorum juxta numerum filiorum Israel.

Digitized by Google

to, á quien aquel pueblo daría muerte, aquella piedra desprendida de la montaña vendría á herir en los pies y reducir á polvo la gran estatua de los cuatro metales, aquel imperio universal con cuatro dinastías, los asirios, los persas, los griegos y los romanos.

Israel y esta monarquía sucesiva de cuatro pueblos soberanos eran, pues, en manos de Dios, un plan elemental, una construcción preparatoria para producir algo más perfecto, para preceder al advenimiento de Cristo. Una vez venido Cristo, debía desaparecer paulatinamente lo que había de elemental y preparatorio; como se quitan los andamios á medida que se acaba el edificio. Jerusalén, el Templo con toda su magnificencia, no eran sino la figura de una realidad aún más magnífica todavía. Llegada la realidad, no era ya necesaria la figura.

Y hasta dañosa la hacía la mala disposición de los judíos. Tan ciegamente apegados estaban á la corteza de la letra, á la belleza material de Jerusalén y del Templo, á la gloria temporal de su nación, que por esto mismo desconocieron á Cristo, y le dieron muerte. Habíales predicho, con todo, cuales serían las consecuencias de su crimen, que sería sitiada su ciudad y estrechada por todas partes, y arruinado su Templo, y que no quedaría allí piedra sobre piedra. Había añadido que no pasaría aquella generación sin que todo eso no fuese cumplido. Hacía luego cuarenta años que había dicho esto. Ellos, con todo, después de haber dado muerte al Maestro, excitaban á los paganos para que hiciesen morir á sus discípulos.

2. Vino á la sazón otro Jesús á hacer resonar noche y día en sus oídos el presagio terrible de su próxima desventura. He aquí lo que de él nos dice un testigo ocular, el historiador Josefo: "Un cierto Jesús, hijo de Anano, hombre plebeyo y rústico, cuatro años antes de encenderse la guerra en suma paz y opulencia de la ciudad, habiendo venido al día festivo en que se acostumbra adornar y ataviar las cosas sagradas del Templo en honor de Dios, comenzó á exclamar de súbito:—Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalén y el Templo, voz contra los recién casados y recién casadas, voz contra todo este pueblo.—Y clamando así continuamente día y noche, rodeaba todas las plazas y calles de la ciudad. Mas algunos de los hombres distinguidos, llevando á mal el adverso presagio, cogen á aquel hombre y le dan muchos azotes. Y él, sin hablar en secreto nada, ni por sí ni contra los que le maltrataban, perseveraba en vociferar las mismas cosas. Los magistrados, pues, juzgando lo que era verdad ser más bien movimiento y voz divinamente enviada la de aquel hombre, llévanlo al prefecto de los romanos, donde lacerado hasta los huesos, ni suplicó á nadie ni vertió una lágrima; sino bajando, como mejor podía, á más lastimero tono, la voz respondía á cada golpe:—¡Ay, ay de Jerusalén!—Y preguntándole Albino, (pues éste era el juez) quién era, y de dónde, y por qué decía estas cosas, nada respondió. Ni cesó en el lamento de la mísera ciudad hasta que Albino, tomándolo por loco, le dejó libre. Y él hasta el tiempo de la guerra, ni se acercaba á ninguno de los habitantes, ni se le vió hablar; sino dia-

Digitized by Google

riamente, como quien medita una oración, decía la queja:—¡Ay, ay de Jerusalén!—Ni dijo mal á ninguno aunque cada día le maltratasen, ni á los que le ofrecían alimento decía bien. Su sola respuesta á todos era el triste presagio. Pero principalmente en los días festivos daba sus voces, y haciendo esto por siete años y cinco meses continuos, ni se le enronqueció más la voz, ni se cansó, hasta que en el tiempo del sitio, sobrevenida ya la realidad de los vistos augurios, acabó también él. Pues rodeando la ciudad sobre el muro, nuevamente,—¡Ay, ay de la ciudad, del Templo y del pueblo!—clamoreaba. Y por último, habiendo añadido:—Y ¡ay de mí también!—una piedra, disparada de una máquina, le mató al instante, y él exhaló el alma lamentando aún todas aquellas desdichas„ (1).

Según este irrecusable testimonio, ¿no diríamos que la venganza divina se había hecho en cierta manera visible en aquel hombre, el cual subsistía sólo para pregonar sus decretos; y que le había comunicado su fuerza á fin de que sus clamores igualasen las desdichas del pueblo, y que, por fin, debía él mismo perecer por un efecto de aquella venganza que por tanto tiempo había anunciado, para hacerla más sensible y más presente, al ser, no sólo profeta y testigo, de ella, sino también su víctima? Este profeta de las desventuras de Jerusalén llamábase Jesús. Parecía como que el nombre de Jesús, nombre de salud y de paz, debiese tornarse para los judíos, que lo despreciaban en la persona de nuestro Salvador, voz de funesto presagio; y como si, habiendo rechazado aquellos ingratos á un Jesús que les anunciaba la gracia, la misericordia y la vida, Dios les enviase otro Jesús que sólo tenía que anunciarles males irremediables y el inevitable decreto de su próxima ruina (2).

No eran éstos los únicos avisos que daba el cielo á aquel desventurado pueblo. Otros varios nos refieren Josefo y el mismo Tácito (3). Primeramente un siniestro meteoro, de la forma de una espada flameante, apareció durante un año precisamente sobre la ciudad. Habiéndose reunido el pueblo para la fiesta de los Azimos, de repente, á eso de la novena hora de la noche, cercó el altar y el Templo una luz tan brillante que parecía como si estuvieran en pleno día, lo cual duró por una media hora. Tomábanlo á buen augurio las personas ignorantes, mas los intérpretes de las cosas sagradas no juzgaban así. En la misma solemnidad la puerta oriental del Templo, de desmedida magnitud y tan pesada que veinte hombres podían apenas abrirla y cerrarla, se abrió ella sola hacia la sexta hora de la noche. El vulgo ignorante se alegraba también con este prodigio, persuadiéndose que Dios abría la puerta de los beneficios; pero las personas más prudentes vieron en ello desde entonces un signo de que no estaba ya en seguridad el Templo, y que vendría pronto á ser presa de

---

(1) *De bello jud.*, lib. VII, cap. XII.
(2) Bossuet.
(3) Josefo, *Bell. jud.*, lib. VII, cap. XII; Tácit., *Hist.*, lib. XV, capítulo XIII.

Digitized by Google

los gentiles y reducido á soledad. Finalmente, pocos días después de la misma fiesta sucedió un tan extraño portento increible, y que ciertamente—dice Josefo—parecería fábula si no estuviese atestiguado por testigos oculares y no hubiesen en pos sobrevenido las calamidades correspondientes á presagios tales. Viéronse en todo el país, antes de ponerse el sol, carros corriendo por los aires, batallones armados atravesando las nubes y desparramados alrededor de la ciudad. En la solemnidad de Pentecostés, habiendo entrado de noche los sacerdotes en lo interior del Templo para desempeñar, como de costumbre, sus ministerios, oyeron primero un gran rumor y un gran movimiento, y después la voz de una gran multitud que decían á una:—Salgamos de aquí.

Los testimonios de Josefo y de Tácito se hallan también confirmados por el testimonio general de los judíos. Es tradición constante, atestiguada en su Talmud y confirmada por todos los rabinos, que cuarenta años antes de la destrucción de Jerusalén, que es aproximadamente por el tiempo de la muerte de nuestro Señor Jesucristo, veíanse incesantemente en el Templo cosas extrañas. Aparecían allí cada día nuevos prodigios, y particularmente abríanse por sí propias las puertas del mismo, de manera que un famoso rabino exclamó un día: ¡Oh Templo! ¡Oh Templo! ¿Por qué te destruyes á ti mismo? ¿Por qué nos separas de ti? Sé que serás destruído, porque de ti dijo el profeta Zacarías: Abre tus „puertas Líbano, y que el fuego devore tus cedros (1).

3. ¿Qué estorbos hubo, pues, para que aquel desdichado pueblo no abriese los ojos? Dos fueron las causas que principalmente contribuyeron á esto—según Josefo.—Primeramente una multitud de falsos profetas que, aun después de haber sido tomada la ciudad, prometían todavía un socorro extraordinario de Dios. El pueblo por una parte daba crédito á tales impostores, mientras que por otra cerraba los ojos y se tapaba las orejas para no ver ni oir las señales ciertas y los avisos verdaderos, mediante los cuales le predecía Dios su ruina. Así se ve por Josefo (2). "Mas—añade el mismo—lo que los indujo principalmente á aquella guerra fué un oráculo ambiguo sacado también de las Sagradas Escrituras, según el cual hacia aquel tiempo alguno de entre ellos debía salir de su país para tener el imperio de todo el orbe. Interpretáronlo á favor de sus deseos, y muchos sabios cayeron en esa equivocación. Y que aquel oráculo cuadraba al imperio de Vespasiano, que fué creado emperador cuando se hallaba en Judea.„ Tácito (3) dice en el mismo sentido que "pocos judíos se atemorizaban de los presagios que les anunciaban su ruina; la mayor parte confiaba en una antigua predicción contenida, según ellos, en los antiguos libros de sus sacerdotes; que el Oriente prevalecería, y que de la Judea saldrían los dominadores del mundo; palabras misterio-

(1) Bullet, *Hist. du christianisme*, etc.
(2) *De bello judaico*, lib. VII, cap. XII y sig.
(3) Tácit., *Hist.*, lib. V, cap. XIII, etc.

Digitized by Google

sas que designaban á Vespasiano y á Tito.„ Lo mismo, y casi en los mismos términos, dice Suetonio (1).

Concíbese que los paganos Tácito y Suetonio aplicasen á Vespasiano y á su hijo las antiguas predicciones relativas al Mesías. Mas cuando Josefo, sacerdote judío, incurre en esta sacrílega adulación; cuando, para preparar el camino, guarda en toda su *Historia* el más completo silencio sobre estas famosas profecías, que siglos había constituían la esperanza y la gloria de su nación, no puede uno menos de lamentar la bajeza del cortesano, que para halagar á unos señores, cuyo favorito había llegado á ser después de haber sido cautivo suyo, miente á su religión y falsea la Historia. El rey de Israel, conquistador prometido, aquel cuyo nombre es el Oriente, había, en efecto, venido; ya sus enviados, sus Apóstoles, habían partido de Judea para conquistar el mundo; ya el jefe de ellos, Pedro, el pescador, había puesto su cátedra en Roma, la señora del universo: aquella cátedra pastoral, desde donde se extenderá su dominio por la fuerza de la palabra, más lejos que llegó nunca el de los Césares por la fuerza de las armas. Veíase ya en aquella eterna sede esa sucesión de Pontífices que ha llegado hasta nosotros y que no concluirá hasta el término de los siglos.

4. Sucedió en ella á San Pedro, San Lino. Respecto á la cronología de los primeros Papas seguiremos, con el Cardenal Orsi, el catálogo formado reinando el Papa Liberio, hacia el año 354, y publicado por Bucherio. Según este antiguo documento, que consigna el comienzo y el fin de casi todos los pontificados por los años de los cónsules, Jesucristo recibió pasión y muerte bajo el consulado de ambos Géminos, el año 29 de la Era vulgar, que, como es sabido, comienza cuatro años después del nacimiento del Salvador. Poco después, bajo el consulado de Longino y de Vicinio, comenzó San Pedro á gobernar la Iglesia; pero sin salir de Judea. Unos doce años más adelante, en el 41, siendo Calígula cuarta vez cónsul, salió de Palestina el Príncipe de los Apóstoles con sus colegas, y desplegó su autoridad suprema por toda la tierra. Hacia el año 56, después del consulado de Nerón y de Vetus, y bajo el de Saturnino y de Escipión, como veinticinco años desde que había empezado á gobernar la Iglesia en Judea, habiendo San Pedro conferido el orden episcopal á San Lino, San Clemente y San Cleto, encargó, especialmente al primero, de gobernar la Iglesia de Roma en su ausencia. El año 65 (2), siendo cónsules Nerva y Vestinio, veinticinco años después de haber salido de Judea, padeció San Pedro el martirio, y tuvo por sucesor á San Lino, coadjutor suyo ya. Este, después de un pontificado de unos doce años (3), murió

---

(1) Suet., *Vespas.*
(2) Según otros el 66.
(3) No resulta aquí muy claro este cálculo sobre la duración del pontificado de San Lino. Más adelante, al tratar de San Clemente, explica el autor su pensamiento, diciendo que, de los doce años de San Lino, se han de contar solamente dos después de la muerte de San Pedro. Así quedan en efecto más armonizadas las fechas y duración que á los diferentes

Digitized by Google

en 67, bajo los cónsules Capitón y Rufo. Sucedióle San Clemente al siguiente año, bajo el consulado de Itálico y de Thachalo, y gobernó la

---

pontificados de los primeros sucesores de éste señala Rohrbacher; ó más bien Orsi, á quien en eso sigue. Adoptaron algunos tal sistema con la mira de aminorar así las dificultades que ya desde antiguo presentó esta cuestión; pues tanto como es inconcusa é innegable la legítima sucesión de los Romanos Pontífices en la Silla de San Pedro, es asunto controvertido el de la serie y orden cronológico de los primeros que después del Príncipe de los Apóstoles la ocuparon. Bien entendido que esta diferencia en los detalles no puede afectar á la sucesión continuada de los Pontífices Romanos; la cual oponía ya San Ireneo como irrebatible argumentación contra los herejes de su tiempo.

Mas no por eso deja de ser deseable esclarecer con la posible exactitud, quiénes fueron, y en qué orden los primeros inmediatos sucesores de San Pedro. Convendrá por lo mismo advertir: que no es tan obvio este punto, como á la simple lectura de nuestro autor pudiera parecerlo.

Antes bien, vemos ya á principios del siglo V presentarse sobre esa materia varias opiniones; fruto algunas del intento de conciliar los datos de diferentes documentos y catálogos. Alcanza en medio de éstos señalado lugar, dada su antigüedad, el conocido con el nombre de Catálogo de Liberio, por haberse compaginado en tiempo de dicho Papa (y llamado también Crónica de San Dámaso, por juzgarse que éste lo recopiló y corrigió): documento publicado, como dice el autor, por Bucherio (el docto jesuíta P. Boucher), y á cuyas noticias se atuvieron después varios escritores, entre ellos Orsi. Acerca del mismo se han hecho recientemente detenidos estudios; que, claro es, no podía conocerlos aquel apreciable historiador († 1761). Lo cual no quiere decir, que por su tiempo, y aun antes, no se hubiese estudiado y resuelto en sentido contrario al que adopta en alguna de las más importantes cuestiones sobre esta materia.

Pluma de mejor corte que la nuestra, y espacio suficiente en largo discurso, requiriría para ser debidamente explanada. Limitarémonos en la presente nota á indicar el orden de los aludidos primeros Pontífices, según nos parece ya hoy adoptado por graves autores modernos, y conforme al tan autorizado cuanto antiguo testimonio de San Ireneo. Tendremos así entonces que después de San Pedro, en orden sucesivo, ocuparon la Silla Pontificia: San Lino, San Cleto (ó sea Anacleto), San Clemente, San Evaristo, San Alejandro, San Sixto, etc.

Este orden se aparta más principalmente del propuesto por el Catálogo liberiano, y seguido por nuestro autor, en lo del lugar que debe ocupar San Clemente, y en lo de figurar allí como distintos San Cleto y San Anacleto, mientras que aquí los ponemos por un sólo y mismo Papa

Respecto al lugar que ha de ocupar San Clemente, parece que puede, con bastante seguridad, ponérsele, según hemos hecho, en el tercero después de San Pedro; por más que lo coloquen en el segundo los que, como Orsi, se acomodaron al anónimo autor del citado Catálogo liberiano. Cambió éste en su lista el orden que vemos en la del Canon de la Misa; en vez de cuya enumeración *Lini, Cleti, Clementis,* tenemos en dicho Catálogo: Lino, Clemente, Cleto. ¿Fué este un cambio puramente casual? ¿Se tomó de las llamadas Constituciones Apostólicas, que traen ese orden ó de algunos documentos análogos? No es fácil decidirlo, ni decir tampoco hasta qué punto pudieran contribuir para señalar más antiguo puesto en la lista de los Papas á San Clemente, ciertas tendencias que bullían en Oriente entre los herejes judaizantes (ebionitas esenios, elkesaítas), los cuales pretendían ampararse con el excelso nombre de aquel Pontífice, y propenderían á adoptar lo que conceptuasen le magnificaba, acercándole más á San Pedro. Ello es que en la apócrifa carta de San Clemente á Santiago resulta aquél, no ya el segundo, sino el primero inmediato sucesor de San Pedro; en cuyo caso no quedaría lugar para San Lino y San Cleto, reducidos, en efecto, según esta rara opinión (sostenida ya antiguamente por Rufino), á meros coadjutores de San Pedro, muertos antes que él. Esta versión ha dejado raíces. Pueden reconocerse sus vestigios en el

Digitized by Google

Iglesia hasta bajo el séptimo consulado de Vespasiano, en el año 76. Fué sucesor suyo San Cleto, que reinó hasta el noveno consulado de Do-

---

Liber pontificalis. Repetida por algunos escritores y renovada en nuestros días por la autorizada pluma de Mons. Hefele, la mencionamos, para que al hallarla reseñada en otros autores, no se atribuya más importancia de la que realmente merece al extraño é infundado aserto de esa supervivencia de San Pedro.

Ciñéndonos, pues, á nuestro asunto, no hallamos motivo para mover á San Clemente del tercer puesto entre los sucesores de San Pedro; ya que (aparte de lo arriba dicho) en la antigüedad sólo difieren de esto el Catálogo liberiano (que ya conocemos); el poema contra Marción (donde puestos como distintos Cleto y Anacleto, aparece San Clemente en cuarto lugar); Tertuliano, cuestionablemente, y sin cuestión Optato Milevitano y San Agustín (que le ponen el segundo). Mientras que con el Canon de la Misa le colocan, como nosotros, además de otros documentos litúrgicos, San Ireneo, Eusebio, San Epifanio, San Jerónimo, el Catálogo de Felix IV, *Liber pontificalis*, el Catálogo antiguo, señalado por Mabillón, de la Abadía de Corbia, y otro posterior, de la misma procedencia, así como el publicado por Sehcelstrate, que terminaba en San Gregorio, y otro, publicado por los Bolandos, que concluía ya en Vigilio, y en general, otros Catálogos y documentos más modernos; sin que, por otra parte, tengan verdadera fuerza los argumentos que sobre la carta de San Clemente á los Corintios (descrita ya como auténtica en esta HISTORIA), ha alegado antes alguien, y renovado en nuestro tiempo Mons. Hefele para ancianizar, digámoslo así, el pontificado de este santo.

Más dificultad ofrece, sin duda, el otro punto de discrepancia que hemos señalado, es á saber: la identificación de San Cleto y San Anacleto en un solo Pontífice.

Esta opinión había encontrado ya también, en tiempo de Orsi, quien la sostuviese. La defendió el jesuíta Papebrochio y después el P. Pedro Lazzeri, de la misma Compañía. Y eso que tal identidad se había hecho más difícil de traslucir, desde que, restablecido, en documentos posteriores, San Clemente al puesto de que el Catálogo liberiano le había apartado, quedó su nombre como en el *Liber pontificalis*, separando los de Cleto y Anacleto. Así ha venido después, y así era común en tiempo de los citados escritores ese orden, adoptado también por el meritísimo Baronio, cuya autoridad pesaba, por otra parte, en contra de la identificación por ellos propuesta. Salvaron la dificultad suponiendo que el mismo Cleto hubiese renunciado en San Clemente y vuelto después al Solio Pontificio: resultando Anacleto, esto es, llamado de nuevo, ó nuevamente Cleto.

Ya que no se adopte hoy esa explicación, ha ido, sin embargo, ganando terreno lo substancial de su aserto: la identidad de Cleto y Anacleto en sí misma. Y tal es la tesis que intentamos dilucidar aquí brevemente.

En favor de ella tenemos el ya citado gravísimo testimonio de San Ireneo y también al autor romano del libro contra Artemón (atribuído á Caio) de principio del siglo III, y á los autores de los diferentes Catálogos que vinieron á noticia de Eusebio, lo cual le da títulos muy anteriores á los que se alegan en pro de la otra opinión.

Concurren también á comprobar ésta de la identidad de Cleto y Anacleto otros respetables testimonios antiguos, como son: las *Actas* de San Alejandro; los ya citados Optato y San Agustín, por más que éste en otro pasaje, reconoce la distinción; San Epifanio; San Jerónimo, que fué precisamente Secretario del Papa San Dámaso, y no ignoraba ser este punto controvertido; los dos antiguos Catálogos de Corbia, y uno publicado por Montfaucon y otro perteneciente á la Biblioteca de Oxford, dejando á un lado, por brevedad, no por desfavorable, el examen de los matirologios, y sin entrar á citar tampoco documentos más modernos; pues, como observará el lector, nos ceñimos, según procede en semejantes cuestiones, á los antiguos.

Ahora, á su vez, la tradición de suponer bajo los mencionados nombres dos diversos Papas, cuenta á su favor: el referido Catálogo liberiano,

Digitized by Google

miciano, año de 83. Le sucedió San Anacleto en el año siguiente, y gobernó hasta el 95, siendo décimaséptima vez cónsul Domiciano (1).

---

el autor del poema contra Marción, las antiguas pinturas de la Basílica de San Pablo, aunque en ellas el orden y las cifras serán posteriores y derivadas del *Liber pontificalis* (y así no las hemos citado á propósito de San Clemente), el Catálogo de Félix IV, el antes citado Catálogo, que terminaba en Vigilio y el otro posterior, pues concluía en San Gregorio. Pero parece que todas estas autoridades podrán considerarse como dependientes de la primera, esto es: del tantas veces mencionado Catálogo liberiano.

Independiente de él podríamos conceptuar como testimonio aparte en igual sentencia el de dos fragmentos de listas pontificales, señalados en el Martirologio jeronimiano; pero tan revueltos y averiados, que sólo por verosimilitud los referiríamos al siglo IV. No sabemos si esa tradición subiría más, si estaría en el Catálogo de San Hipólito; y únicamente se puede, no teniendo otros documentos, arriesgar conjeturas.

Pero en todo caso parece que la tal tradición de dos Pontífices diversos, según el Catálogo de Liberio, no debe de haber gozado de gran crédito en el IV siglo, ya que nadie la sigue en Africa ni en Oriente y Catálogos que, por otras circunstancias coinciden con el liberiano (los de Optato y San Agustín), se apartan ahí de ella. Y en Roma mismo no parece tener esa tradición fuerza bastante para imponerse á los cataloguistas de los siglos V y VI, como lo advierte el erudito presbítero Sr. Duchesne (Duchesne, *Le Liber Pontificalis*). Y en efecto, según el mismo, resultaría omitido Anacleto en el Catálogo del siglo V, que, juntamente con el liberiano, se habría tenido presente en la redacción del *Liber pontificalis* No falta, pues, motivo para decir con el citado crítico, respecto á esa versión: que en tales condiciones, sería imprudente presentarla como una tradición primitiva y oficial de la Iglesia Romana.

Ahora, sí, tanto como para la diversidad de las personas resulta débil el fundamento de tal distinción, es fácil de encontrar la diversidad de los nombres (que tal vez á ella debió su origen la que se hizo de las personas). Y así vemos que aun entre los autores y documentos que no admiten tales dos Pontífices, y ponen ahí uno sólo, llámanle unos Cleto, y Anacleto otros, siendo tal vez la forma más genuína Anaclitus (de Ἀνάγλητος.)

Para probar que á los dos nombres corresponde un solo Pontífice alega también el P. Colombier (*Les premiers successeurs de S. Pierre*, par le R. P. C. Colombier, artículo publicado en la *Revue des Questions Historiques* correspondiente al mes de Abril de 1876) que, aun suponiendo dudoso el caso, acabaría de resolverlo en tal sentido la cronología. Pues entiende que no es posible, sin contradecir los demás datos, formar arreglada la de los Papas, si se cuenta con uno más; aun prescindiendo de la grave equivocación que dicho P. Colombier encuentra en el punto de partida del Catálogo liberiano.

No hay aquí espacio para explanar ese punto. Sólo diremos que la aludida cronología de estos primeros Pontífices resulta, en efecto, algo implicada, y la calculan diversamente los diversos autores.

Sobre lo cual añadiremos, que el citado presbítero Sr. Duchesne, en su docto estudio sobre el *Liber pontificalis* no se atreve á marcar los años del pontificado de cada uno de estos primeros Papas, hasta llegar á San Sixto; señalando empero los sabidos veinticinco años para San Pedro, mas sin decidir desde qué fecha hayan de contarse.

No entraremos tampoco ahora nosotros en disquisiciones cronológicas, que ni el apremio de la brevedad, en una ya demasiado extensa nota, lo consiente; ni faltará tal vez lugar oportuno para que sea tratada esa materia en la presente HISTORIA. Y entretanto, ya nuestro autor va presentando, como los demás, fechas más ó menos aproximadas para el desenvolvimiento de los sucesos. Respecto de los cuales ya se habrá visto que aquellos á que se refiere la presente nota exigían, efectivamente, que al publicar, hoy traducido, su libro, sometiésemos al ilustrado criterio del lector las sumarias indicaciones aquí consignadas.—(*Nota del trad.*)

(1) Orsi, tomo I, lib. II, núm. 25.

Digitized by Google

Apenas establecida en Roma ya la sede de Pedro, el pescador, era más firme y poderosa que el trono de los Césares. Sin ellos y á pesar de ellos subían á ocuparla los Pontífices; desde ella se organizaba por todo el mundo aquel reino que no es de este mundo; á pesar de ellos, de su Senado, de sus treinta legiones, aniquilábase allí lo que en más tenían ellos, su divinidad, su pontificado supremo, y se les dejaba tan sólo la administración de las cosas materiales.

5. No era éste el caso de los sucesores de Aarón en Jerusalén. Una creciente instabilidad anunciaba su próxima ruina. Desde los tiempos del antiguo Herodes, ora los descendientes de aquel príncipe, ora los gobernadores romanos, cambiaban á su antojo esos Pontífices. De tal suerte que hubo veintiocho en el espacio de ciento siete años, lo cual, tomándolos uno con otro, no llega á cuatro años para cada cual. Entre los muchos inconvenientes de esto, resultó también que al fin llegaron á ser muchos los pontífices depuestos. Como conservaban todos los honores de su dignidad, necesitábase con qué sostenerla. Abrumaron con exacciones á los meros sacerdotes. Y á tal estado llegó la situación que ya sólo salían rodeados de gente armada; veníanse á las manos en las calles, sin que osase nadie separarlos; tomaban á la fuerza los diezmos de los sacerdotes inferiores, algunos de los cuales, entre los más pobres de éstos, viéronse reducidos á morir de hambre (1).

Si los jefes indígenas de la religión fomentaban de tal suerte la división y la anarquía, ¿qué no harían los jefes extranjeros del Estado? Desde Pilato, sucedíanse los gobernadores romanos en Judea, casi siempre más malvados el uno que el otro. El mismo Pilato lo era tanto que fué condenado á destierro por Calígula. Por rechazar á Cristo, habían vociferado los judíos: "No tenemos más rey que César.„ Calígula quiso serles no sólo su rey, sino también su dios. Mandó colocar su propia estatua en el Templo de ellos, y oponiéndose á eso los judíos, iba á exterminarlos cuando le atajó la muerte. Bajo Claudio obtuvo Herodes Agripa la Judea. Mas después del fallecimiento de este príncipe que, por complacerlos, había hecho dar muerte á Santiago, volvieron á caer bajo el látigo de los gobernadores romanos. A Cuspio Fado sucedió Tiberio Alejandro, judío apóstata, y después Cumano, que fué condenado á destierro por Claudio, y bajo cuyo mando habían perecido veinte mil judíos en una revuelta ocasionada por la insolencia de un soldado romano cerca del Templo. Imperando Nerón tuvieron por gobernador á Félix, digno ministro de tal amo. Era un esclavo liberto de Claudio. Dando rienda á su disolución y á su crueldad, ejerció poder de rey con alma de esclavo, según la frase de Tácito (2).

Hallábase Judea llena de ladrones y de asesinos. De ellos castigaba á veces Félix, de ellos pagaba otras para dar muerte á las personas que le desagradaban. Así hizo asesinar al Sumo Sacerdote Jonatás, que le

(1) Josefo, *Ant.*, lib. XX, cap. VI in fine.
(2) *Hist.*, lib. V, cap. IX.

Digitized by Google

reprendía su mala conducta. Creciendo en atrevimiento los facinerosos, se esparcieron por la ciudad y hasta en el Templo, llevando bajo sus vestidos los puñales, *sica* en latín, de donde les provino el nombre de sicarios. Allí, revueltos con la multitud, mataban á quien querían, clamando enseguida más alto que nadie contra los asesinos. Y entretanto que los sicarios regaban así de sangre la ciudad y el Templo, surgían impostores y falsos profetas que atraían al pueblo á los desiertos. Un egipcio reunió de este modo treinta mil hombres, y los condujo al monte de los Olivos como para arrojar á los romanos. Fué deshecha su tropa; pero él escapó.

Festo, sucesor de Félix, se esforzó en reprimir á los ladrones. Pero muerto él, Albino, que le reemplazó, hizo todo lo contrario: soltó por dinero los ladrones que estaban presos; servíase de sus propios guardias para saquear los bienes de los desvalidos. Sólo miraba como culpable á quien no tenía medios de darle. Pareció, con todo, un hombre de bien todavía en comparación de su sucesor Gesio Floro. Albino se escondía aún para obrar mal; Floro se gloriaba de ello. Tomaba dondequiera y tomaba todo; saqueaba no sólo á los particulares, sino á ciudades enteras; hasta entraba á la parte con los ladrones, y les vendía á tal precio la impunidad de los crímenes que cometían; más bien que magistrado era verdugo.

Irritado un día en Jerusalén, envió soldados á saquear el mercado, con orden de matar á quienes allí hallaran; tres mil quinientas personas (1), hombres, mujeres y niños fueron degollados por aquellos satélites, y éstos trajeron á Floro varios prisioneros, entre los cuales había personas distinguidas, y hasta quienes habían sido nombrados caballeros romanos. El gobernador los hizo azotar ante su tribunal, y crucificarlos después. Otra vez, so pretexto de robustecer las buenas relaciones que se habían reanudado, invitó á los habitantes de Jerusalén á salir al encuentro de las tropas romanas, que llegaban de Césarea. Le complacieron. Pero las tropas, en vez de contestar al saludo, dieron sobre el pueblo, según las órdenes secretas del gobernador, y mataron una gran parte de los así reunidos. El designio de Floro era empujar á la guerra el pueblo, á fin de saquearle con mayor libertad aún, y libertarse del recelo de acusaciones. Lo consiguió. No obstante los reparos del joven rey Agripa y de su hermana Berenice, tomó el pueblo de Jerusalén las armas. Mas había aún medio de contener la sedición, y los principales de la ciudad pidieron al efecto tropas á Floro. Pero él, que no deseaba otra cosa que verlo todo en desorden, no pensó en enviárselas (2).

(1) Está conforme á la traducción francesa de Josefo por el célebre Arnaud d'Andilly. El texto griego en la edición de Havercamp. (Amstelcedami, 1726) pone tres mil seiscientas. Seiscientas treinta sólo dicen las ediciones latinas, y hemos cotejado cuatro diversas; y lo mismo pone la antigua traducción española de Juan Martín Cordero Y aun á mayor abundamiento, hemos consultado además la edición incunable de Venecia *per magistrum Raynaldum de Nauimagio almanum* Anno salutis M.CCCC.XXX; y lejos de aumentar el número, pone tan sólo doscientas treinta: que nunca serían pocas Es detalle de poca importancia.

(2) Josefo, *De bello judaico*, lib. II.

Digitized by Google

Prevalecieron, pues, los sediciosos ayudados por los sicarios, que se unieron á ellos. Apoderáronse pronto de varias fortalezas, cuyas guarniciones degollaron. No perdonaban á sirios ni romanos. Estos, en cambio, asesinaban sin piedad hasta á los judíos que se estaban quietos en sus hogares. Los moradores de Cesarea mataron así veinte mil, en Ptolemaida fueron degollados dos mil, dos mil quinientos en Ascalón, diez mil en Damasco, trece mil en Scitópolis, cincuenta mil en Alejandría: donde un judío apóstata capitaneaba esta matanza. Otro apóstata provocó más adelante parecido desastre contra los judíos de Antioquía. Y lo mismo á proporción pasaba en las demás ciudades, donde todo estaba lleno de cadáveres de hombres, mujeres y niños de toda condición, insepultos (1).

En medio de estos horrores adelantóse al fin, con un ejército romano, el gobernador de Siria, Cestio Galo, que acabó de llevarlo todo á sangre y fuego en las ciudades que encontró abandonadas, como Zabulón, Antipátrida y Lydda; ó bien indefensas, como Joppe. Ocho mil fueron pasados al filo de la espada en esta última población. Llegó, por último, bajo los muros de Jerusalén. Hubiera podido tomarla sin molestia, si algunos de los suyos no hubiesen sido ganados por Floro, ó si se hubiese fiado más de ciertos judíos bien intencionados que se ofrecían á abrirle las puertas de la ciudad, ó bien si hubiera apretado más vigorosamente el sitio. "Mas no quiso Dios—dice Josefo—que fuese Jerusalén tomada tan fácilmente, ni que tan pronto se pusiese término á sus males.„ Retiróse Cestio impensadamente. Tenía aquella retirada todas las trazas de huída. Siguiéronle de cerca los judíos picando á la continua su retaguardia. Habiéndose entrado en los desfiladeros perdió allí cuatro mil hombres, trescientos ochenta caballos con su bagaje y sus máquinas de guerra, y se dió aún por contento con sacar á salvo lo restante de su ejército durante la noche y á favor de una estratagema. Era esto en el duodécimo año del imperio de Nerón, el año 66 de la Era vulgar, á 8 de Noviembre.

Aprovecharon los cristianos de Jerusalén aquellos momentos para retirarse á otra parte. Jesucristo había dicho á sus discípulos:" Por tanto, cuando viereis que la abominación de la desolación, que fué dicha por el profeta Daniel, está en el lugar santo...„ ó como trae San Marcos, "estar en donde no debe: entonces los que están en la Judea, huyan á los montes.„ Refiere San Lucas lo mismo en otros términos: "Pues cuando viereis á Jerusalén cercada de un ejército, entonces sabed que su desolación está cerca; entonces los que están en la Judea huyan á los montes„ (2). Habían venido aquellas señales. El ejército romano acababa de cercar á Jerusa-

---

(1) Ibid., cap. XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, etc.

(2) Cum ergo videritis abominationem desolationis, quae dicta est a Daniele propheta, stantem in loco santo, qui legit intelligat; tunc qui in Judaea sunt, fugiant ad montes. (Matth., XXIV, 15 y 16.)—Cum autem videritis abominationem desolationis stantem ubi non debet... (Marc., XIII, 14.) Cum autem videritis circumdari ab exercitu Jerusalem, tunc scitote quia appropinquavit desolatio ejus. (Luc., XXI, 20.)

Digitized by Google

lén con sus insignias donde estaban representados aquellos ídolos que la Escritura llama la abominación de la desolación, y además los ladrones y los sediciosos cometían diariamente otras abominaciones en medio del Templo mismo, que estaba en su poder. Recordábanse también los cristianos de una reciente predicción de San Pedro y de San Pablo: Que en breve plazo enviaría Dios un rey que subyugase á los judíos, y arrasase sus ciudades, y los sitiase á ellos, acabados de hambre y sed. Que entonces sucedería que se alimentarían de los cuerpos de los suyos, y se consumirían unos á otros, y que últimamente caerían en manos de los enemigos, viendo ante sus ojos acerbísimamente maltratadas sus mujeres, violadas y prostituídas sus vírgenes, descuartizados sus jovencitos, aplastados sus párvulos, y todo, en fin, llevado á sangre y fuego, y ellos cautivos á perpetuidad y exterminados en sus tierras á causa de haberse ensañado con vanagloria contra el Altísimo y tan completamente probado Hijo de Dios (1).

El historiador Josefo mismo hace notar que existía una cierta tradición de que la ciudad sería tomada y el Templo entregado á las llamas cuando hubiese prevalecido la sedición y hubiesen los habitantes profanado por sus manos el lugar consagrado al Altísimo (2). No es inverosímil que el historiador se refiera á la mencionada profecía de los Apóstoles; porque Phlegon mismo, autor pagano, cuyo testimonio aduce Orígenes, escribió que todo lo que Pedro había predicho se había cumplido con toda exactitud (3). Así, pues, los cristianos, abandonando á Jerusalén, se retiraron allende el Jordán, á la ciudad de Pela, correspondiente al rey Agripa, donde durante el hervor de la guerra, vivieron en paz bajo la protección de Dios (4).

Por otra parte, los judíos de Jerusalén y de la Palestina, envalentonados con su feliz éxito contra Cestio, se preparaban más que nunca para la guerra. Escogieron sus más valerosos jefes para ejercer el mando en las plazas y en los diferentes cantones de la Judea. Josefo, hijo de Gorión, y el pontífice Anano tuvieron el mando en Jerusalén. Josefo, el historiador, que ocupaba un lugar distinguido en el orden de los sacerdotes, tuvo el gobierno de las dos Galileas. (5) Durante este tiempo, los demás judíos dispersos por todo el imperio, aplaudían la persecución de Nerón contra los cristianos. No pensaban que la Providencia iba á servirse de ese mismo Nerón para ejecutar el decreto de su venganza contra ellos mismos.

6. Hallábase Nerón entonces en Acaya, dándose en espectáculo como músico. Cuando supo la derrota de Cestio envió á Vespasiano para reemplazarlo. Muy luego el nuevo general, acompañado de su hijo Tito, entró en Judea con un ejército de sesenta mil hombres. Contábanse entre ellos

---

(1) Lact., *Inst.*, lib. IV, cap. XXI.
(2) *De bello jud.*, lib. IV, cap. VI, según Orsi.
(3) Phlegon, lib. XIII y XIX, *Chron.*; *Apud* Orig., lib. II, *Cont. Cels.*
(4) Euseb., *Hist.*, lib. III, cap. III.
(5) Josefo, lib. II, cap. XLIX.

Digitized by Google

las fuerzas auxiliares de cuatro reyes: Agripa, rey de la Judea allende el Jordán; Antíoco, rey de Comagena; Sohemo, rey de Enreso, y Malc, rey de los árabes. Agripa asistía en persona. Fué primeramente invadida Galilea. La ciudad de Gadara fué tomada al primer ataque y entregada á las llamas; la de Jotapat, tomada por asalto después de cuarenta días de sitio, y quemada luego y arruinada. Mataron allí cuarenta mil hombres. Josefo, que mandaba la plaza, fué descubierto en una caverna donde se había refugiado; rindióse voluntariamente á los romanos, á pesar de los cuarenta judíos refugiados con él, que prefirieron matarse unos á otros. Jope, recientemente reedificada, fué tomada y arruinada de nuevo. La misma suerte tuvo Tariquea, de donde se vendieron treinta mil cautivos. Tiberiades sólo se libró por los ruegos de Agripa. Las demás fortalezas iban cayendo una tras otra. (1)

En Jerusalén, donde afluían los fugitivos, todo era divisiones. Querían unos la paz, otros la guerra. Los Pontífices y la masa del pueblo formaban el partido moderado; pero los sicarios y los foragidos, que se daban el nombre de celosos de la pública libertad, de la independencia de la nación, respiraban tan sólo sangre y carnicería. Hubo combates entre ambos partidos; rechazados los celosos al segundo recinto del Templo, llamaron en su auxilio á los idumeos; mataron en el Templo mismo á Zacarías, hijo de Baruc, uno de los hombres más honrados de la ciudad, y cometieron tantos otros excesos, que los idumeos mismos, horrorizados, se retiraron. Dividiéronse entonces entre sí los celosos en dos facciones, una de las cuales se esparció por la ciudad y por los campos, mientras la otra continuaba ocupando el segundo recinto del Templo; el recinto exterior ocupábalo el pueblo y el interior los sacerdotes en armas. De todo estaba informado Vespasiano y apremiábanle á que se aprovechase de la ocasión. Pero él juzgó más oportuno aguardar algún tiempo, pues que destruyéndose ellos mismos los judíos, con continuas matanzas, descansaba entretanto su ejército, para aplastarlos después con mayores bríos. Llevó por fin, su ejército hacia Jerusalén y aquella criminal ciudad iba á sufrir su último castigo, cuando vino una circunstancia á suspenderlo (2).

7. Habíale tocado la vez á Nerón. Aquel asesino de su padre, de su madre, de su hermano, de su mujer, de sus preceptores y de cuanto había mejor en el imperio, aquel primer perseguidor de los cristianos acababa, en fin de morir en el año catorce de su reinado. Había salido de Roma y de Italia para una expedición por Grecia, pero expedición de músico y de histrión. Cantaba en los teatros de las diferentes ciudades, acompañado de un grupo de mancebos para aplaudir. Había pena de muerte contra quienes no fuesen á oirle, palos para quien mostrase aburrimiento, prohibición de retirarse antes que concluyese. Recogió en aquella ridícula expedición hasta mil ochocientas coronas, é hizo celebrar otros tantos sacrificios en toda la extensión del imperio. Volvía á Italia y á Roma, so-

(1) Josefo, lib. III, cap. XIX.
(2) *Ibid.*, lib. IV, cap. XI-XIX; lib. V, cap. I.

Digitized by Google

bre un carro de triunfo, entraba en las ciudades por brechas abiertas exprofeso como para los vencedores de los juegos olímpicos, cuando supo que Vindex, gobernador de las Galias, y Galba, gobernador de las Españas, se habían insurreccionado, y venían á Italia. Mientras perdía el tiempo con designios á cuál más extravagante, sus guardias proclamaron emperador á Galba. Vióse obligado á huir de noche y esconderse en una marisma, y, por último, en el tugurio de uno de sus esclavos. Allí, habiendo sabido que el Senado le había declarado enemigo público y le hacía perseguir para infligirle el más infame suplicio, sacó un puñal y dijo llorando: "¡Qué artista se pierde en mí!„ Deteníase, cuando oyendo el ruido de los caballos que le perseguían, y excitado por sus acompañantes, se hundió el puñal en la garganta auxiliado por su secretario, el 9 ó el 11 de Junio del año 68 á la edad de treinta y un años (1).

8. Los pretorianos ó soldados de la guardia imperial habían proclamado á Galba en ausencia del mismo. Llegado que hubo á Roma halláronle demasiado viejo, demasiado severo y demasiado avaro. Matáronle, pues, á los siete meses de reinado. y nombraron en lugar suyo á Otón. Dos soldados fueron los autores de aquella nueva revolución. Era Otón hombre plagado de deudas y desórdenes; habíase abandonado á Nerón en sus orgías de Sodoma. Reinó sólo tres meses. Le derrocó Vitelio. Era éste el general de la Germanía inferior. Su padre, después de haber sido gobernador en Siria, fué el primero que adoró á Calígula como á un Dios. Vil adulador de los emperadores lo era también hasta de los esclavos de ellos, y había colocado entre sus dioses domésticos las imágenes de Narciso y de Palas, esclavos libertos de Claudio y de Nerón, lo era sobre todo de Mesalina, y ufano de haber tenido el honor de descalzarla, llevaba bajo su vestidura y besaba de cuando en cuando una de las sandalias de aquella infame princesa. Y el hijo era parecido á tal padre. Educado en la presencia de Tiberio, en los desórdenes de la isla de Capri, mereció la benevolencia de Calígula por su destreza como cochero, y la de Claudio por su afición á los juegos de azar, y la de Nerón por todos sus vicios. Proclamado emperador por su ejército, no gobernaba, sino que se dejaba gobernar por sus favoritos, principalmente por un esclavo con quien se entregaba habitualmente á la sodomía. En lo que no tenía igual era en comer y beber hacía cuatro ó cinco comidas al día, entre las cuales provocaba el vómito para tener siempre apetito. No cedía á Nerón en crueldad. Visitando el campo de batalla, donde más de un mes antes sus tropas habían batido á las de Otón, y que estaba todavía sembrado de cadáveres infectos, pronunció estas horribles palabras: "El cuerpo de un enemigo muerto siempre huele bien, sobre todo si es un compatriota„; después de lo cual se sorbió varias amplias copas de vino. Mientras que era todavía un simple particular y cargado de deudas, un receptor le había apretado con viveza para que pagase sus contribuciones: encumbrado al imperio, le hizo venir y le envió al suplicio; mas de pronto le llamó

(1) Suet., *Nero*, Dion Cas.

Digitized by Google

otra vez; y ya aplaudían las gentes aquel acto de clemencia, cuando mandó que le matasen á su vista, "para disfrutar—decía—de tan hermoso espectáculo„ (1). Tales eran los Césares que unos soldados daban á Roma para que fuesen juntamente sus emperadores, sus soberanos pontífices y sus dioses.

Habiendo sabido en Judea Vespasiano la muerte de Nerón y la elección de Galba, envió á su hijo Tito ante el nuevo emperador para cumplimentarle y recibir sus órdenes. Apenas llegado á Grecia, supo Tito que habían dado muerte á Galba. Volvióse entonces al lado de su padre, Vespasiano: el cual se vió pronto, á su vez, proclamado emperador por los ejércitos de Judea, de Siria y de Egipto, á los cuales siguieron luego los de Panonia de Iliria, de la misma Italia, y, finalmente, del Occidente entero. Las tropas de Vitelio fueron derrotadas hasta en Roma, y él mismo, después de mil ultrajes, muerto y arrojado al Tiber, después de un reinado de ocho meses (2).

9. Lejos de aprovecharse de este intervalo, Jerusalén destrozábase á sí propia cada vez más. Un tal Simón Bargioras, ó sea hijo de Gioras, se había puesto á la cabeza de una banda de ladrones, y saqueaba el país. Su tropa llegó por fin á contar cuarenta mil hombres, con los cuales se apoderó de la Idumea. Vino á presentar asedio ante Jerusalén, porque habían llevado allí á su mujer, cogida mediante una emboscada; y tuvieron que devolvérsela. Y bien pronto los pontífices y el pueblo, agobiados en extremo de la tiranía de los sicarios que ocupaban el Templo, llamaron á Simón en su auxilio y le recibieron como un libertador. Hubo entonces tres facciones sobre las armas: Simón, con quince mil hombres, ocupaba la ciudad; Juan de Giscala, con seis mil, el segundo recinto del Templo, y Eleazar el recinto interior, ó sea el de los sacerdotes, con dos mil cuatrocientos hombres. Pero este último recinto dominaba por su elevación al segundo, el cual á su vez dominaba la ciudad. Estas tres facciones trababan continuos combates, destruían por el fuego almacenes de trigo que hubieran podido bastar por algunos años para el alimento de todo el pueblo; el pillaje, el robo, el asesinato, parecían sólo cosa de juego. Sin embargo, dejábase penetrar hasta el atrio de los sacerdotes á las personas que querían ofrecer sacrificios en el Templo; las cuales, según Josefo, eran siempre muchas, no sólo de los judíos, sino también de otros. Unicamente se las registraba para ver si llevaban armas. Pero sucedía con frecuencia que, piedras ó dardos lanzados por los sicarios del segundo recinto, mataban al sacerdote en el altar, y mezclaban con la de la víctima su sangre (3).

Tal era el estado de Jerusalén cuando vino Tito á sitiarla. Habíale dejado su padre esta empresa al partir para Italia. Comenzó por hacer un reconocimiento alrededor de la ciudad y estuvo á punto de ser preso ó muer-

---

(1) Suet., Tácit., Dion.
(2) Suet., Tácit., Dion.
(3) Josefo, libs. V y VI.

Digitized by Google

to en una salida que hicieron los judíos. Envió varias veces á ofrecerles la paz, entre otros, por medio del historiador Josefo, que gozaba de su favor. Mas los sitiados no quisieron dar oídos á nada, é hicieron, por el contrario, varias salidas funestas para los romanos. Divididas siempre entre sí las tres facciones interiores, reuníanse contra el enemigo exterior. Respiraba entonces un tanto el pueblo, porque en el tiempo restante devorábanlo aquéllas como presa común. Y pronto hasta quedaron reducidas á dos dichas tres facciones. En la fiesta de Pascua, Eleazar, que ocupaba el atrio de los sacerdotes, abrió las puertas para que el pueblo pudiese venir más fácilmente á cumplir sus deberes religiosos. Juan de Giscala que ocupaba el segundo recinto, envió algunas de sus gentes al atrio de los sacerdotes, con armas escondidas bajo las vestiduras, y cuando vieron ser ya bastantes, acometieron contra cuanto pudiera resistirles, y se hicieron así dueños del Templo todo.

10. Entretanto apretaba Tito vigorosamente el asedio. Además de sus fortificaciones naturales, defendían á Jerusalén tres recintos de murallas. Ya Tito se había apoderado de los dos primeros, á pesar de los increibles esfuerzos de los sitiados. Ofrecióles nuevamente la paz, y nuevamente la rechazaron. Entonces, para cortar toda comunicación con el exterior, cercó toda la ciudad con un muro de circunvalación, flanqueado de altas torres. El hambre, que era ya extremada en Jerusalén, tornóse entonces horrible. Una inmensa muchedumbre se había reunido allí, tanto á causa de la fiesta, cuanto porque no encontraba donde habitar en las ciudades arruinadas. Consumió muy pronto las existencias de víveres. Convirtióse Jerusalén en verdadera imagen del infierno. Reinaban en ella á un tiempo guerra, hambre y peste. Los facciosos ó celosos quitaban al pueblo lo poco que le quedaba; forzabanlas casas, y si encontraban algo apaleaban por haberlo escondido; y si no encontraban nada, atormentaban más cruelmente todavía por haberlo escondido demasiado bien. Entre los parientes mismos no había ya compasión; y la mujer arrancaba el pan de la boca á su marido, y el hijo á su padre, y, cosa aún de más espanto, la madre al hijo desfalleciente entre sus brazos. La desesperación empujó á algunos á salir tomando las armas, y arrojarse como frenéticos sobre los romanos. Tito, bien fuese por cólera, bien por inspirar á los sitiados mayor miedo y horror, y excitarlos á rendirse, mandó crucificar á cuantos se cogiesen. Llevábanse así al suplicio quinientos por día, y más á veces. A poco se hizo tan considerable el número de crucificados, que ya no había sitio para las cruces, ni cruces para el suplicio.

A la vista de esta selva de hombres ajusticiados en torno á la ciudad, los facciosos volviéronse cada vez más obstinados, y con sus falsos profetas persuadieron al pueblo que tal era la suerte de todos los que se daban á los romanos. Huían otros sólo por ponerse en salvo, cuando se reparó que uno de ellos estaba buscando en el propio excremento el oro que había tragado para aprovecharlo en su caso. Bastó esto para que los árabes y los sirios que se hallaban en el ejército romano, ocupados únicamente en el pillaje y en apoderarse de los despojos de los judíos, comen-

Digitized by Google

zasen á abrir el vientre á cuantos caían en sus manos. En una sola noche sufrieron dos mil de esta manera los efectos de su horrible barbarie. Y hasta romanos hubo que incurrieron en tamaña atrocidad.

No bastando ya en la ciudad los vivos para enterrar los muertos, ha llábanse calles y plazas llenas de cadáveres insepultos. Sin embargo, desde el 14 de Abril, en que había comenzado el sitio, hasta el 1.° de Julio, esto es, en dos meses y medio, se había enterrado á expensas del público á seiscientos mil pobres, de los cuales ciento quince mil ochocientos ochenta salieron por sólo una de las puertas de la ciudad. Pero cansados de tributar á los difuntos estos deberes de piedad, llenaban de cadáveres vastos edificios y cerraban después las puertas, ó bien los arrojaban desde lo alto de los muros en simas cercanas, que bien pronto se vieron colmadas de muertos. Haciendo Tito una ronda, vino á notarlo estremecido por el hedor que se exhalaba de aquellos montones de cadáveres; y alzó gimiendo los ojos al cielo, y tomó á Dios por testigo de que no debían imputársele á él tamaños horrores (1).

Continuaban entretanto los facciosos en las mismas tropelías. Entraban en las casas, no tan sólo para robar á los vivos, sino también á los muertos, y, después de haberlos despojado, marchaban riéndose. Probaban la punta de sus espadas en los cadáveres, y á veces sobre quienes todavía respiraban; pero si alguno les pedía que le rematasen, mofábanse de él. Nada parecía capaz de conmover á aquellos monstruos. Tal sucedió, sin embargo, que á ellos mismos les causó horror.

Habíase refugiado en Jerusalén y hallábase entre los sitiados una mujer noble y rica de allende el Jordán. Tomáronle los sediciosos todas sus riquezas, y, por fin, hasta los víveres que había ocultado. Exasperada por el dolor los llenaba de injurias y maldiciones, haciendo por su parte lo posible para obligarlos á darle muerte; mas ninguno se la otorgó. Por último, no pudiendo más, de hambre y desesperación, toma el niño que tenía á sus pechos, y mirándole con extraviados ojos:—¡Infeliz niño!—le dice—¿Para qué te guardaré yo? ¿Para morir de hambre, para ser esclavo de los romanos, ó para caer en las manos de estos facciosos, peores todavía? Sirve más bien para alimento mío, sé una furia para estos tiranos, ven á ser el objeto de narración para siempre funesta y la única desdicha que cabe añadir ya á las desventuras de los judíos.—Y esto diciendo, degüella á su hijo y, cocido, come la mitad y esconde la restante.

Acuden luego los sicarios, atraídos por el olor de aquel execrable manjar; amenazan de muerte á la mujer, si no les presenta aquel alimento.—Os he guardado una buena porción—les dice, y les descubre lo que había quedado de su hijo. Sobrecogidos de horror quedaron inmóviles y como fuera de sí.—Es mi niño—prosiguió;—hazaña mía es ésta; ¡comed, pues, ya que he comido yo misma! No seáis más tiernos que una madre,

(1) Josefo, *Bell. jud.*, lib. VI.

Digitized by Google

ni más compasivos que una mujer. Que si sois demasiado timoratos de conciencia y rechazáis la víctima que os ofrezco, bueno, me he comido ya una mitad, tendré también que comerme la otra.

Y ellos, por toda respuesta, echaron á huir temblando.

Habiéndose esparcido el rumor del suceso por la ciudad, estremecíase cada cual como si hubiese cometido aquel crimen, y envidiaba la suerte de los que habían muerto antes de ver y oir semejante desastre. Llegado que hubo tal noticia al campo de los romanos, rehusaban unos creerlo, sentíanse otros movidos á compasión de los infelices sitiados, é irritábanse otros cada vez más contra ellos. Tito disculpábase ante Dios, protestando que él por su parte había ofrecido á los judíos, con la paz y el privilegio de gobernarse por sus propias leyes, perdón y olvido de lo pasado. Pero ya que en vez de concordia habían querido sedición; en vez de paz, guerra; en vez de abundancia, hambre; ya que habían comenzado ellos mismos á incendiar el Templo, dignos eran de tal banquete; que, por su parte, quería sepultar bajo las ruinas de la patria de aquella gente tan atroz maldad, porque el sol no alumbrase en la tierra una ciudad donde las madres tomaban semejantes manjares, los cuales, por otro aspecto, cuadraban todavía más á los padres que á las madres, toda vez que ni aun después de tan grandes calamidades, querían todavía deponer las armas (1).

Las hijas de Sión vieron entonces dolorosa y ampliamente verificarse la predicción de Cristo y halláronse en el caso de exclamar efectivamente: "Dichosas las estériles, y los vientres que no concibieron y los pechos que no lactaron.„ Y así como Tito quería sepultar bajo los escombros de la infame ciudad el recuerdo de aquella abominación; así los judíos debieron desear de dolor y confusión, que las montañas y las colinas cayesen sobre ellos y los sepultasen entre sus ruinas.

11. Llamábase aquella desesperada madre, María. Y aquel hombre que durante siete años no había cesado de clamar:—¡Ay de Jerusalén, ay del Templo!—aquel hombre llamábase Jesús. Jesús y María, nombres de gracias, de misericordia, de consolación, de salvación, de dicha para los cristianos; nombres de terror, de calamidades, y de desolación para los judíos. Gran misterio encierra esto.

12. Entretanto Tito, después de furiosos combates, se había apoderado del tercero y último recinto de la ciudad y tomado la fortaleza Antonia, que estaba unida al Templo por un pórtico donde los judíos habían puesto fuego. Aproximase, finalmente, al Templo mismo y aquel día cesó el sacrificio perpetuo por falta de hombres que lo ofreciesen. En su deseo de conservar aquel soberbio monumento, Tito probó todavía, ya por medio de Josefo, ya por sí mismo, á inducir á los judíos, que se habían hecho fuertes en él, á rendirse, pero en vano. Apoderóse entonces de la primera cerca del Templo, que tenía tres. Después de haber procurado en

(1) Josefo, *Bell. jud.*, lib. VII, cap. VII.

Digitized by Google

vano conmover las puertas de la segunda, vióse obligado á ponerles fuego, tomando todas las precauciones para preservar de las llamas la parte interior y más magnífica de aquel vasto monumento. Pero un soldado, movido—dice Josefo—como de sobrenatural impulso, tomó un tizón ardiendo, sosteniéndole uno de sus camaradas, lo arrojó por una ventana en las habitaciones contiguas. Estalló al punto un horrible incendio que no pudo remediar el César. Clamaba éste, amenazaba, daba órdenes con la voz y con las manos, pero sin fruto. Los soldados, olvidando las leyes de la disciplina, que observaban severamente por doquiera en las demás ocasiones, y atentos únicamente al saqueo y la matanza, ni oían sus gritos, ni respetaban sus órdenes ni se inquietaban de sus amenazas. Pereció con el Templo una muchedumbre de toda clase de personas, y entre ellas seis mil del pueblo, hombres, mujeres y niños, que se habían refugiado allí por la palabra de un falso profeta que les había prometido de parte de Dios una milagrosa liberación. Los tiranos habían sobornado á varios de semejantes impostores para ilusionar á la multitud é impedir que se rindiese á los romanos.

Arrojados del Templo los facciosos, retiráronse á la parte más alta y más escarpada de la ciudad. Habiéndoseles intimado, por medio de Josefo, que se rindiesen salva la vida, se obstinaron en defenderse. Entonces fué cuando Tito abandonó la ciudad inferior al saqueo de los soldados y al estrago de las llamas. A la vista de cuyo incendio, en vez de desistir de su desesperada obstinación, tornáronse los asediados más feroces todavía, no dándoseles ya nada de la vida después de la ruina de la ciudad y del templo. Pero pronto, después de una atroz carnicería de ellos y del resto de los habitantes, fueron dominados en aquellas últimas defensas, y por fin, tras diferentes combates, cayó todo en poder del vencedor. Permitió Tito al soldado, la matanza, el saqueo y el pillaje, y que saciase su codicia y furor, mandó abatir hasta los cimientos lo que de la ciudad y el templo quedaba, y después hizo pasar por encima el arado. Cumplióse así la predicción del Salvador, que de aquel vasto monumento y de aquella soberbia ciudad no quedaría piedra sobre piedra. Conserváronse sólo tres torres, Phasael, Hípica y Marianne, y una parte de la muralla al Occidente, ésta para servir de campamento á los soldados que estuviesen de guarnición y aquélla para mostrar á la posteridad cuáles eran la ciudad y fortaleza que había conquistado el valor de los romanos. Todo el resto de la ciudad—dice Josefo—fué arrasado y allanado, de suerte que costaba trabajo creer que hubiese estado nunca habitado (1).

Perecieron en el sitio de Jerusalén—según el testimonio de Josefo—un millón y cien mil judíos. No ofrece la Historia ejemplo igual ni de tantas víctimas, ni de tan trágicas muertes, ni de tan horrible confusión. Mezclando la predicción de los males que iban á venir sobre Jerusalén con los que han de preceder y acompañar á la final desolación del uni-

(1) Josefo, lib. VII, *De bello judaico.*

Digitized by Google

verso, había dicho Jesucristo que desde el origen del mundo no se había visto, ni nunca hasta el fin se vería, más espantoso desastre.

Así como en los libros de los profetas es el más conmovedor símbolo de la felicidad de los santos aquella paz y abundancia de todos los bienes que inundaron á Jerusalén, ciudad fiel y escogida por Dios para morada suya entre los hombres y trono de su gloria; así también Jerusalén reprobada, abandonada de Dios, cercada por sus enemigos, entregada al furor, desesperación y rabia de sus propios hijos, vueltos sus más crueles enemigos, fué propuesta por Jesucristo como la figura y símbolo del infierno; la severidad del juicio que ejerció Dios sobre sus pérfidos moradores, como una viva imagen del que ejercerá sobre el mundo entero, cuando en majestad venga, al fin de los siglos, á juzgar á los vivos y á los muertos. En efecto; nada más adecuado para representarnos el infierno, tal sobre todo como será después de la resurrección general: es decir, aquella prisión estrecha para tantos millones de hombres allí encerrados, aquellos crueles ministros de la venganza divina que los atormentarán, aquel fuego y llama que nunca se apagarán, aquella hambre y sed que los devorarán, aquellas lúgubres imágenes que espantarán sus ánimos, aquella rabia y furor de que estarán agitados; nada, digo, más adecuado para representarnos todo esto que una ciudad con tres millones de almas al menos dentro de sus muros, apretada de afuera por un formidable ejército que por todas partes la asedia, desgarrada dentro por las más crueles facciones, presa de mil fieros tiranos que, hollando las leyes, la justicia y la religión, matan á los sacerdotes cabe los altares, violan las vírgenes, profanan el lecho nupcial, degüellan sin piedad los inocentes, arrancan el pan de la boca á los que se mueren de hambre, asesinan impunemente á los habitantes en sus casas, se ríen de las lágrimas, insultan á los que exhalan el postrer suspiro, y se muestran no menos sedientos de su sangre que de sus haberes. Una ciudad donde sólo se ve en plazas y calles, cuerpos ó ya muertos y medio putrefactos, ó que luchan contra las últimas acometidas de la muerte, ó que de puro debilitados no pueden sostenerse, no tienen fuerza para hablar, para mover la lengua, para abrir la resequida boca, ó que, recogiendo el poco aliento que aún les queda, acumulan imprecaciones contra los autores de sus males, y, lanzando por última vez moribundas miradas hacia el cielo, invocan contra los mismos la venganza divina; donde, finalmente, tantos y tantos llaman y desean la muerte sin poder obtenerla. Una ciudad, en fin, defendida hasta el extremo de la desesperación contra un ejército victorioso, y entregada como botín á la licencia y el furor de la soldadesca, y que fenece al cabo ahogada en sangre y consumida por las llamas entre los gemidos, los clamores y la matanza de sus míseros habitantes. Tal fué Jerusalén á la sazón de su último asedio; así pereció, habiendo atraído sobre sí, por sus atroces crímenes, la maldición de los hombres, y por la muerte del Hijo de Dios, el peso de las maldiciones divinas (1).

(1) Orsi, lib. II, núm. 32.

Digitized by Google

Cansados estaban ya los soldados romanos de tanta carnicería, y con todo quedaban aún con vida muchos judíos. Mandó entonces Tito que se matase tan sólo á los que aún no habían depuesto las armas, y que á los demás se les hiciese prisioneros, especialmente á los más jóvenes y vigorosos. Ejecutóse la orden del César de modo que además de los obstinados, cogidos con las armas en la mano, perecieron también muchos viejos y otras personas incapaces de soportar la fatiga. De ciento ocho mil prisioneros, murieron once mil de hambre. De los noventa y siete mil restantes fueron puestos en venta los menores de diecisiete años, y en cuanto á los de más edad, los unos, cargados de cadenas, fueron enviados á Egipto para emplearlos en las obras públicas; y otros distribuídos en diversas provincias para combatir en los espectáculos, ya unos contra otros, á guisa de gladiadores, ya contra las fieras, que al cabo debían de devorarlos. A Simón de Gioras y Juan de Giscala, con otros setecientos en la flor de la edad, reserváronlos para la solemnidad del triunfo.

Encontrándose Tito en Cesarea, celebró allí el día natalicio de su hermano Domiciano con juegos públicos, en que dos mil quinientos judíos y más perdieron miserablemente la vida, ora por el fuego, ora combatiendo unos con otros ó con las fieras. Otros tantos, y de igual manera, perecieron en Berito, donde el mismo Tito celebró con más pompa aún el aniversario de su padre (1).

¿Podía, por ventura, verificarse más claramente la predicción de Jesucristo, que los hijos de la mísera Jerusalén serían llevados en cautiverio á todas las naciones, y la ciudad hollada por los gentiles?

Llegado á Roma el César, celebró con Vespasiano su triunfo de la Judea. Según costumbre, lleváronse en el triunfo los despojos más ricos y notables de la nación; entre otros, la mesa de oro, el candelabro de oro de siete brazos, y los otros vasos que se habían salvado del Templo, y que fueron consagrados al demonio en el templo de la paz, edificado por Vespasiano; y en fin, el libro de la Ley y los velos del santuario, que fueron guardados en el palacio. Levantóse á Tito su arco triunfal donde se ven todavía esculpidos en relieve el candelero y la mesa. El Senado y el pueblo romano le erigieron, en el año 77 de la Era cristiana, en el circo máximo, una inscripción, que se ve allí todavía, "en memoria de que de orden de su padre, con sus consejos y bajo sus auspicios, dominó la nación de los judíos y destruyó la ciudad de Jerusalén, la cual hasta él todos, generales, reyes y pueblos habían vanamente atacado, ó no se habían atrevido á acometerla„ (2). Acuñáronse asimismo, en honor de Vespasiano y su hijo, muchas medallas. Tienen por el anverso la cabeza del emperador, y por el reverso una mujer sentada al pie de una palmera, en una actitud de desolación, inclinada la cabeza y apoyada en la mano, y á veces con las manos atadas delante ó bien á la espalda, con la leyenda JUDEA VENCIDA, JUDEA TOMADA, JUDEA CAUTIVA. Vendiéronse las

(1) Josefo, lib VII.
(2) *Annales de philosophie chretiénne,* 3.ª serie, tomo XX.

Digitized by Google

tierras de los judíos, y se les impuso por tributo, dondequiera que se hallasen, que habían de pagar todos los años al Capitolio las dos dracmas que, según la ley, tenían costumbre de llevar al Templo de Jerusalén para el culto del Dios verdadero.

13. Arruinada Jerusalén, sede de la religión judaica, así como también el Templo, lugar de los sacrificios, y viéndose claramente cumplidos los oráculos del Salvador en estos memorables acontecimientos, es de creer que cierto número de judíos, de galileos y de samaritanos abrieron sus ojos á la luz, y en el común naufragio, no viendo otro puerto, se refugiaron en el seno de la Iglesia. Pero sabemos también que algunos, no pudiendo por un lado negar enteramente la misión divina de Jesucristo, y no queriendo por otro renunciar á sus antiguas preocupaciones, probaron á formar un nuevo sistema de religión, en parte cristiano y en parte judío, ó hablando con más propiedad, ni judío ni cristiano; pues que desfiguraban por extraña manera los dogmas de una y otra religión, y sentaban principios igualmente reprobados por la Iglesia y por la sinagoga. Los cabezas, ó más bien, propagadores de tales sectas, fueron Ebión y Menandro, judío el primero y samaritano el otro. Tocante al primero, si bien reconocía á Jesucristo como un hombre santo y de eminente virtud; negaba, sin embargo, su divinidad, como también el que hubiese nacido de madre virgen. Muy posible es que el historiador Josefo haya tenido ideas á este tenor. Admitía Ebión el Evangelio de San Mateo fuera de los dos primeros capítulos, y rechazaba todos los demás libros del Nuevo Testamento. Tenía veneración hacia San Pedro, mas llenaba de calumnias á San Pablo. Celebraba el domingo como los cristianos, daba el bautismo y consagraba la eucaristía, pero con agua sola en el cáliz. Observaba el sábado al uso de los judíos; y como sostenía que la fe en Jesucristo no era suficiente para la salvación, obligaba á sus discípulos á la ley de la circuncisión y á la observancia de las ceremonias judaicas (1).

Así como Ebión fué cabeza de la impía secta que osó negar la divinidad de Jesucristo, fué Menandro el jefe de la que le negaba la humanidad. Discípulo de Simón Mago, no menos instruído que su maestro en los misterios de la magia, sostenía que en ella estaba el único y verdadero medio de obtener la salvación; distinguía el Dios Supremo y las inteligencias espirituales ó eones invisibles, de los ángeles, creadores, según él, del universo y autores de la ley; estos últimos eran quienes habían inspirado á los patriarcas y los profetas; y á su servidumbre habían estado sujetos, no sólo los adoradores de los ídolos, sino también los hijos de Israel, bajo el pesado yugo de las ceremonias mosaicas. A ejemplo de su maestro, jactábase de haber sido enviado por las inteligencias invisibles, para libertar á los hombres de aquella mísera servidumbre, y mostrarles el camino de la salvación; el cual hacía consistir en un estado superior á

(1) Epifanio, *Haeres.*, XIX, núm. 5; Tillemont, art. *Ebionites;* Bergier *Dict. théolog.*

Digitized by Google

os sentidos y en una sublime ciencia de las cosas invisibles, ciencia á la que se disponía el alma por medio de las artes mágicas cuyos secretos había él aprendido en las escuelas y libros de los discípulos de Platón, entre los cuales habían comenzado varios, desde entonces, á darse á la teurgia.

Aunque generalmente se cuenta entre los herejes á Simón y Menandro y asimismo á sus discípulos, parece, sin embargo, que, hablando con propiedad, hubieran debido ser mirados como infieles. La sola razón para que se les haya tomado por una secta cristiana, es que se habían formado alguna idea de la divinidad de Jesucristo, se glorificaban de su nombre, y habían reconocido, en cierta manera, la necesidad del bautismo para obtener la inmortalidad. Proferían los nombres del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sin reconocer, con todo, ni confesar realmente la Trinidad; pues estos nombres sólo expresaban, en boca de ellos, los diversos oficios de una sola persona. Ni corrompían menos que el de la Santísima Trinidad, el inefable misterio de la Encarnación. No pudiendo concebir cómo la substancia divina, ó una inteligencia perfecta emanada de ella, de cualquier grado que fuese, había podido unirse á una porción de la materia, y mucho menos revestir la naturaleza humana con todas sus enfermedades; Jesucristo, según ellos, había sido solamente un fantasma, un simulacro de hombre que sólo en apariencia había hecho lo que á la humanidad corresponde (1).

Cualquiera que fuese la oposición entre estas dos sectas, es á saber, la de los menandrianos y simonianos por un lado, y la de los ebionitas por otro, parece, sin embargo, que Cerinto probó á conciliarlos en cierta manera; y que de la mezcla de sus opiniones compuso una tercera secta, á guisa de horrible monstruo de dos contrarias naturalezas. Para contentar á los ebionitas, enseñaba que Jesús era un puro hombre, nacido de María y de José como los demás hombres, pero de mérito singular y de santidad y sabiduría extraordinarias. Y después, para conceder algo á los discípulos de Simón, decía que sobre este hombre santo, llamado Jesús al tiempo de su nacimiento, había descendido, cuando fué bautizado en el Jordán, en figura de paloma, el Cristo, es decir, una virtud ó un espíritu que le envió el Dios supremo é invisible, á fin de llenarle de su conocimiento y comunicar por él ese conocimiento á los mortales. Después de haber empleado su ministerio para ilustrar nuestra ignorancia, y haberse servido de él como de un instrumento para obrar entre nosotros cosas admirables y superiores á las fuerzas de la naturaleza, había el Cristo abandonado á Jesús al poder de las tinieblas y la muerte, y se había vuelto allá de donde había venido: siendo, como espíritu é inteligencia, impasible é inmortal.

En cuanto á este punto, pues, no diferían los cerintianos de los menandrianos. Estaban acordes también en no reconocer en Jesús más que

---

(1) Epifanio y Orsi, lib. II, núm. 42.

Digitized by Google

una simple impresión de la virtud divina; pero, según Cerinto, habíase hecho esa impresión en un hombre real; y según los discípulos de Menandro, en un vano simulacro, hombre tan sólo en apariencia. Igualmente Cerinto tenía las mismas ideas que Simón Mago y Menandro sobre las cosas divinas y la creación del mundo. Tenía también él su Sigé, su Biso, su Pleroma, es decir, Silencio, Profundidad y Plenitud, y además otros eones ó substancias invisibles é inefables, superiores al Creador del universo, del cual habían recibido la ley los judíos. En consonancia á este sistema habría debido Cerinto tener la misma aversión que los simonianos á la Ley. Pero por no contrariar á los ebionitas, parece que encontró algún principio para permitir su observancia.

Y, en verdad, que Cerinto haya logrado agradar á los judíos, favorecer sus imaginaciones, consolarlos de sus desastres, á lisonjear sus vanas esperanzas, y mantener en crédito su culto: cosa es que claramente vemos por la descripción que hace del reinado futuro de Cristo después de la resurrección general. Fué, según se cree, el primero á imaginar un reinado de mil años que había de reinar Jesucristo en la tierra; la capital del reino había de ser Jerusalén los hombres, resucitados, habían de gozar la abundancia de todos los bienes, nadar en los deleites sensuales, y habían de ser satisfechas todas las pasiones humanas; y en fin, habían de restablecerse entonces las fiestas de los judíos, la inmolación de las víctimas y sus sacrificios. Todo lo cual era conforme á lo que los judíos carnales se imaginaban de su Mesías y del reino del mismo. En tal modo entendían ellos los oráculos de los profetas. Así que, en vez del reino espiritual que se les había prometido bajo los velos y alegorías de los bienes temporales, esperaban un rey y un reino tan poderoso, tan rico, tan venturoso que no tendría nada que envidiar á los más hermosos días del reinado de Salomón. Antes de la destrucción de Jerusalén y del Templo lisonjeábanse los judíos del próximo cumplimiento de sus anhelos y sus esperanzas; pero después de su última desolación, forjó Corinto para consolarlos nuevas revelaciones, donde señaló la época del nuevo reino para el plazo de la futura resurrección, que, según las ideas de aquellos tiempos, no debía estar muy remoto (1).

Estas tres herejías habían nacido fuera de la Iglesia; sus autores no habían sido nunca sinceramente cristianos, ni recibidos en su comunión; mas la herejía de los nicolaítas nació, como quien dice, en su gremio, si es que el autor de ella fué Nicolás, uno de los primeros diáconos, á los cuales, los Apóstoles mismos constituyeron en aquel cargo como á sujetos de inteligencia y prudencia, llenos del Espíritu Santo. para realzar el lustre del sagrado ministerio y mantener el buen orden en la casa del Señor. Le miran como fundador y maestro de aquella impía secta San Ireneo, San Hipólito, San Gregorio de Nisa, San Hilario, San Jerónimo, San Paciano y otros varios. Pero le disculpan Clemente de Alejandría,

(1) Epifanio, *Haeres.*, lib. XIX, núm. 5; lib. XXIX, núm. 7; Orsi, *ubi supra.*

Digitized by Google

Eusebio, San Victorino, el autor de las *Constituciones Apostólicas,* San Agustín, Teodoreto y algunos otros, según los cuales, los herejes habrían tomado ocasión de una acción imprudente de Nicolás y algunas palabras mal entendidas, para deshonrar su nombre. Refiere Clemente de Alejandría: que habiéndole reprochado los Apóstoles el ser demasiado celoso de su mujer, Nicolás, para defenderse de aquella tacha, presentó su mujer á los hermanos permitiéndole que tomase por esposo, en lugar suyo, á quien mejor quisiese. Lo cual hizo únicamente por mostrar cuán ajeno se hallaba de celos; cierto por lo demás de que ninguno de ellos aceptaría tal oferta ni consentiría en semejante unión. Refiere, además, el citado autor, cómo solía decir Nicolás que era preciso abusar de su propia carne, es decir, maltratarla y mortificarla; pero que estas palabras fueron tomadas en otro sentido por personas impuras y maliciosas, y junto con aquella poco circunspecta acción, sirviéronles de pretexto para despreciar las reglas del matrimonio, cubriéndose con su nombre, como si él hubiese sido el jefe y autor de su secta. Para mostrar cuán lejos se hallaba, en efecto, Nicolás de las máximas y desórdenes de ellos, alega como prueba el mismo antiguo autor: que sus hijas vivieron hasta la ancianidad vírgenes, y que su hijo único guardó la continencia. Indicio manifiesto de que su casa no había sido un lugar de disolución, sino una escuela de templanza y de santidad, tal como convenía, no solamente á uno de los primeros diáconos, sino en general, según el Apóstol, á todos los diáconos de la Iglesia.

Tanto respecto á los principios dogmáticos, cuanto á los de moral, difería poco en el fondo la secta de los nicolaítas de la de los simonianos y menandrianos, de los cerintianos y de toda esta horrura de herejes que vomitó el infierno desde los primeros tiempos de la naciente Iglesia, y que vanamente se arrogaban el común título de gnósticos y sabios. Unos y otros suponían una Divinidad suprema y desconocida, de la cual se habían propagado diversas substancias espirituales é invisibles, á las cuales daban, según su capricho, diversos nombres, sin estar acordes tampoco del todo en la descripción que, de sus emanaciones, sucesiones y combinaciones diversas, hacían. Además de esto fantaseaban también otros principios y substancias inferiores, enemigas de las primeras y en guerra siempre con ellas: á estas segundas atribuían la creación de este mundo visible, cuya materia, según ellos, era mala é impura de suyo; y además la ley antigua y la constitución política de los judíos, que en sus diversos estados habían vivido en la opresión y servidumbre de estas potencias enemigas y malignas. Coincidían también estas sectas en reducir á nada el misterio de la Encarnación, por más que fuesen diferentes las sendas que adoptaban para pervertir la recta inteligencia del mismo. Tenían todas ellas, finalmente, la moral más corrompida y hasta donde imaginarse puede, opuesta tanto á las leyes de la razón cuanto á las santas máximas del Evangelio. Según ellos, nada era de suyo justo ó injusto; máxima detestable, principio fecundo de los más atroces desórdenes, principalmente en quienes se jactaban de haber recibido la misión de devolver

Digitized by Google

la libertad á los hombres. Veda el pudor indicar siquiera las infamias con que violaban las leyes todas de la naturaleza. Ninguna acción es de suyo ni buena, ni de mérito, ni necesaria para la salvación; tal era otra de sus máximas, no menos fecunda en perniciosas consecuencias. Así que era para ellos cosa indiferente comer manjares consagrados á los ídolos ó abstenerse de ellos, renegar vergonzosamente de la fe ante los poderes públicos y sacrificar á los demonios, ó confesarla generosamente y sufrir el martirio. Llevar una vida austera, afligir la carne con ayunos, vivir en virginidad y continencia, mirábanlo como locura. Eran asimismo ajenos á las obras de caridad cristiana, como el socorrer á las viudas y huérfanos, á los prisioneros, á los oprimidos y á los que padecían hambre. Para ellos toda la perfección consistía en elevarse al conocimiento de aquella divinidad suprema y desconocida. Según tal principio, resultaban inútiles las buenas obras, y vana la distinción entre la virtud y el vicio; dejarse de tales preocupaciones, que así las calificaban en su lenguaje, era emanciparse de la antigua servidumbre y reconquistar la verdadera y perfecta libertad.

Parece, según todos los indicios, que ya desde el tiempo de los Apóstoles se arrogaron el fastuoso nombre de gnósticos, es decir, sabios ó prudentes, y de ellos habla San Pablo cuando encarga á Timoteo que guarde el depósito de la fe y evite las novedades profanas en las expresiones y las contradicciones de una pretendida gnosis ó ciencia. (1) En cuanto á su infame carácter y á sus depravadas costumbres, señálanlos abiertamente los Príncipes de los Apóstoles en sus últimas cartas, sin designarlos, sin embargo, con nombre especial ninguno; y sólo hacia fines de aquel siglo, cuando escribió San Juan su Apocalipsis, hallamos el de nicolaítas. Podía entonces haber muerto tiempo había el diácono Nicolás; y por esta época es cuando vemos que los herejes comenzaron á atribuir sus errores á antiguos discípulos de los Apóstoles. Así Basílides se jactaba de haber tenido por maestro á un tal Glaucias, discípulo é intérprete de San Pedro; y Valentín, á un cierto Teodato, discípulo—decía él—de San Pablo. Ni sería increible que hacia fines de aquel siglo hayan comenzado asimismo los gnósticos á atribuir con semejante impostura sus errores y desórdenes á uno de los primeros diáconos y á llamarse del nombre de él, nicolaítas, sea cualquiera el motivo que los inducía á colgarle este oprobio á él más bien que á otro.

14. Ni fueron sólo San Pedro y San Pablo los únicos Apóstoles que se cuidaron de dar la voz de alarma á los fieles contra la seducción de estos diferentes herejes. San Judas, por sobrenombre Tadeo ó Lebeo, les escribía también sobre lo mismo, hacia aquel tiempo, una carta concebida en los siguientes términos, y que tiene, no sólo el mismo sentido, sino, mu-

(1) ***Devitans profanas vocum novitates, et oppositiones falsi nominis scientiæ.***
ἐκτρεπόμενος τας βεβήλους καινοφωνίας
και αντιθέσεις τῆς ψευδωνύμου γνώσεως.

Digitized by Google

chas veces, hasta las mismas expresiones que la segunda de San Pedro:

"Judas, siervo de Jesucristo, y hermano de Santiago, á los amados de Dios Padre y guardados y llamados en Jesucristo. La misericordia y la paz y la caridad sean colmadas en vosotros. Asimismo, deseando yo escribiros acerca de nuestra común salud, me ha sido necesario escribiros ahora para que combatáis por la fe que ha sido enseñada una vez á los santos. Porque se han entrometido con disimulo ciertos hombres impíos, de quienes estaba ya muy de antemano predicho que vendrían á caer en este juicio; los cuales cambian la gracia de nuestro Dios en una desenfrenada licencia, y niegan que Jesucristo es nuestro Soberano y Señor. Mas quiéroos traer á la memoria, puesto que ya habéis sabido todo esto, cómo Jesús, salvando al pueblo de tierra de Egipto, destruyó después á aquellos que no creyeron; y que á los ángeles que no guardaron su principado, sino que desampararon su lugar, los tiene reservados con cadenas eternas en tinieblas para el juicio del grande día. Así como Sodoma y Gomorra y las ciudades comarcanas, entregadas al pecado nefando, fueron puestas por escarmiento, sufriendo pena de fuego eterno. De la misma manera éstos también contaminan su carne, y desprecian la dominación, y blasfeman la majestad (ó sea que despreciaban el dominio de nuestro Señor Jesucristo, y blasfemaban de las majestades y dignidades ó de los ángeles).

„Cuando el arcángel Miguel, disputando con el diablo, altercaba sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió á fulminar contra él sentencia de maldición, sino que le dijo: Mándete el Señor. Estos, al contrario, blasfeman de todas las cosas que no saben, y se pervierten en aquellas cosas que saben naturalmente, como bestias irracionales. ¡Ay de ellos! Porque anduvieron en el camino de Caín, y por precio se dejaron llevar del error de Balaán, é imitando la rebelión de Coré, perecerán como él. Estos son los que contaminan los festines, banqueteando sin rubor, apacentándose á sí mismos, nubes sin agua, llevados de aquí para allá por los vientos, árboles otoñales, infructuosos, dos veces muertos, desarraigados; olas bravas de la mar que arrojan la espuma de sus torpezas; estrellas errantes, á quienes está reservada una tenebrosísima tempestad que ha de durar para siempre.

„Y Enoch, que fué el séptimo, después de Adán, profetizó también de éstos, y dijo: He aquí que viene el Señor, entre millares de sus santos, á juzgar á todos los hombres y á redargüir á todos los malvados de todas las obras de su impiedad y de todas las injuriosas expresiones que profirieron contra Dios los impíos pecadores.

„Estos son murmuradores quejumbrosos, que andan según sus pasiones, y su boca profiere palabras orgullosas, los cuales muestran admiración á las personas por causa de interés. Mas vosotros, carísimos, acordaos de las palabras que os fueron dichas por los Apóstoles de nuestro Señor Jesucristo, los cuales os decían que en los últimos tiempos vendrán impostores que seguirán sus pasiones llenas de impiedad. Estos son los que se separan á sí mismos, sensuales, que no tienen el Espíritu.

Digitized by Google

„Mas vosotros, carísimos, elevándoos á vosotros mismos, como un edificio, sobre el fundamento de nuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, manteneos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna. Y aquellos que están ya sentenciados, corregidlos; á los unos ponedlos en salvo, arrebatándolos de entre las llamas, y tened lástima de los demás con temor, aborreciendo aun hasta la ropa que está contaminada de la carne.

„Y á aquel que es poderoso para guardaros sin pecado, y para presentaros sin mancilla y llenos de alegría ante la vista de su gloria en la venida de nuestro Señor Jesucristo; á solo Dios Salvador nuestro, por Jesucristo nuestro Señor, sea gloria y magnificencia, imperio y poder ante todos los siglos, y ahora y en todos los siglos de los siglos. Amén.„

Este final se lee en el griego así:

"Y á aquel que es poderoso para guardaros sin pecado y para presentaros sin mancilla, y llenos de alegría ante la vista de su gloria, á Dios sólo, sabio, Salvador nuestro, sea gloria y magnificencia, imperio y poder, ahora y en todos los siglos. Amén„ (1).

Según este texto, el final se referiría todo él á Jesucristo. Lo cual puede muy bien ser. El principal intento de los gnósticos era rebajar á nuestro Señor Jesucristo. Así, pues, San Judas, lo mismo que los otros Apóstoles, procura manifestar que Jesucristo es nuestro Dios, nuestro Señor y nuestro Salvador; que á él sólo pertenece el poder y la gloria por todos los siglos; que él es quien tiene encadenados en el infierno los ángeles rebeldes para juzgarles en el gran día; que él es quien castigó á Sodoma y Gomorra, para que fuesen en la tierra una imagen del fuego eterno; que él es quien, salvando de Egipto á Israel, hizo perecer los incrédulos; él á quien invoca Miguel, el príncipe de los ángeles, contra Satanás. El es de quien han hablado y han dado testimonio todos los hombres, inspirados por Dios, desde Enoch, antes del diluvio, hasta los Apóstoles. Finalmente, todo se compendia en él.

Mientras que, con la ruina de Jerusalén y del Templo, se derrumbaban también la sinagoga y el sacerdocio de Aarón, continuaban sucediéndose en Roma los Pontífices de la Iglesia cristiana sobre la cátedra de Pedro. Habiendo muerto San Lino, después de un pontificado de doce años, á contar desde la época en que San Pedro le encargó de gobernar la Iglesia romana en su ausencia, y de casi dos solamente después del martirio del mismo Apóstol, tuvo por sucesor á Clemente, el mismo de quien hace mención San Pablo en su Epístola á los Filipenses (2).

Es dictamen unánime el no tenerle por autor de las Recogniciones, de las Clementinas, de los Cánones Apostólicos ni de algunas otras cartas decretales; pero con igual unanimidad se recónoce ser obra auténtica de su pluma la Carta á los corintios que corre con su nombre. No hay en

---

(1) *Epist. Jud.*

(2) Véase nuestra nota anterior sobre los primeros sucesores de San Pedro.—*(Nota del traductor.)*

Digitized by Google

esto controversia entre los eruditos, sino para poner en claro si debe reconocerse igualmente como de él la segunda Carta á los mismos corintios, porque ni ha gozado tanta celebridad, ni ha tenido entre los antiguos la misma aceptación y aplauso que la primera, que ha sido siempre considerada como uno de los más preciosos monumentos de la Iglesia después de las Sagradas Escrituras. Hasta hubo quienes llegaron á insertarla en el canon de los libros divinamente inspirados. Mas si éstos se propasaron, y si la Iglesia no aprobó su juicio privado, no pasaron la meta aquellos que alabaron el estilo como digno de un discípulo de los Apóstoles por su noble sencillez, y tomaron de ahí ocasión para creer al mismo Clemente intérprete ó redactor de la Epístola de San Pablo á los hebreos (1), siendo parecido el carácter de ambas cartas, y encontrándose en ellas los mismos sentimientos, las mismas frases, y alguna vez las mismas palabras. Fué escrita esta de que ahora tratamos por el santo Pontífice en nombre de su Iglesia de Roma. Por eso, aunque comunmente se la cita con su nombre, llámásela con todo la Carta de los romanos. Escribióla poco después de la muerte de los Apóstoles, en cuya familiaridad había vivido, y cuando le parecía oir sonar aún los ecos de su voz.

Dió ocasión á esta carta un cisma muy grave suscitado en la Iglesia de Corinto por unos cuantos sediciosos que, celosos de algunos sacerdotes de gran mérito y probada virtud, persiguiéronlos sin cesar hasta que llegaron, por sus calumnias y artificios, á verlos desposeídos de sus dignidades. Por esto el santo presenta en primer término los grandes males que de los celos y la envidia resultaron siempre. Además de los ejemplos antiguos, adúceles el de los Príncipes de los Apóstoles, que, por envidia, fueron perseguidos en muchas maneras y obtuvieron por último la corona del martirio; el de un gran número de elegidos que, habiéndose unido á ellos, tuvieron parte en las mismas persecuciones y en la misma corona, y finalmente, el de dos ilustres señoras, Damaide y Dirce, que, por envidia, habían sido gravemente maltratadas, y no obstante los inauditos suplicios que con constancia sufrieron, no se habían apartado del sendero de la fe, antes bien, habían, sin embargo de su delicada complexión, conseguido gloriosa victoria. Exhórtalos repetidamente y por muchos motivos, á huir las disensiones y disputas; á abrazar la penitencia; á practicar la caridad, la humildad y la mansedumbre; á conservar

---

(1) Claro que esto no puede entenderse en sentido de negar que sea San Pablo el verdadero y legítimo autor de dicha Epístola.—*(Nota de la traducción española.)*

La cononicidad de esta carta está declarada por el Concilio de Trento, ses. IV, *De Cononicis Scripturis.*—Véase sobre este punto Cornely, *Introductio in Sacram Scripturam*, vol. III, pág. 532; París 1886.—La carta de San Clemente á los corintios, es un documento que prueba en su tenor mismo el ejercicio de la autoridad del Primado Pontificio — según implícitamente confiere el más docto quizá de los racionalistas modernos. A. Harnack. (Véase Fuster, Jugman, *Patología*, I, pág. 131.) - *(Nota de esta edición.)*

Digitized by Google

el buen orden en las funciones de la Iglesia; á no turbar y sí respetar la jerarquía eclesiástica; á guardar la sumisión debida á sus legítimos pastores.

"Consideremos—dice entre otras cosas—á los que militan bajo nuestros capitanes, cuán ordenada, fuerte y sumisamente obedecen las órdenes. No todos son generales, ni tribunos, ni centuriones, ni subcenturiones, ni cabos, sino que cada uno en su grado cumple lo que el rey ó los jefes mandan. No pueden existir los mayores sin los menores, ni los menores sin los mayores. Hay cierta mutua armonía en todos, de donde resulta el común provecho... A este modo... debemos nosotros ordenadamente hacer todas las cosas que el Señor nos mandó cumplir. Que se hagan á sus debidos tiempos las oblaciones y los oficios divinos, y no temeraria ó desordenamente, sino á sus determinados tiempos y horas, y donde y quienes deban celebrarlos: dispúsolo él mismo, según su excelsa voluntad, para que, hechas todas las cosas conforme á su beneplácito, le fuesen aceptas... Tiene el Sumo Sacerdote asignadas sus funciones, y los sacerdotes su propio puesto, y los levitas sus peculiares ministerios; el seglar está sujeto á los preceptos propios de los seglares.„

Añade que para establecer este orden en todo, fué enviado Jesucristo por Dios, y los Apóstoles por Jesucristo: que habiendo ido éstos, después de recibido el Espíritu Santo, á predicar el Evangelio en las ciudades y las provincias, escogieron las primicias de su mies allí para ordenarlos de Obispos y diáconos, y para gobernar á aquellos que abrazasen después la fe. No contentos con esto, y previendo que se suscitarían un día disputas respecto al Episcopado, establecieron la forma que debía servir de regla para la sucesión, es á saber: que muertos los primeros, se les diese por sucesores, con el consentimiento de toda la Iglesia, otras personas dotadas de las mismas cualidades; que, gobernando éstos con humildad y en paz la grey de Cristo, debían permanecer tranquilos en sus dignidades; pues no se podía, sin manifiesta injusticia, deponerlos.

Nótase en esta carta que, hablando de la resurrección de los cuerpos, cita San Clemente, entre otros símiles tomados de la naturaleza, el del fénix, que renace de sus cenizas. No hizo en ello más que seguir, sin examinarla, la opinión de su tiempo, que Tácito mismo cuenta con gravedad en su historia (1). Mas digno de notarse es cómo en un elocuente cuadro de la armonía que reina en el universo, designa abiertamente los antípodas, ó aquella parte del globo que llamamos el Nuevo Mundo.

"Los cielos—dice,—moviéndose bajo su disposición, en paz le obedecen. El día y la noche siguen el curso que les ha señalado, sin estorbarse mutuamente. El sol, y la luna y los coros de los astros, según su mandato, en no perturbada concordia, siguen los términos que les están señalados, fecunda según sus decretos, ofrece la tierra en sus propios tiempos el alimento á los hombres, y á los animales y á todos los vivientes que hay en ella, no repugnando ni mudando las leyes que le ha impuesto:

(1) *Annal.*, VI, 1, núm. 23.

Digitized by Google

Lo investigable de los abismos y los inefables arcanos de las profundidades en los mismos mandatos se contienen. La masa del inmenso mar, levantándose, por virtud suya, en acumuladas olas, no traspasa los marcados límites, sino que, según le ordenó, así procede. Pues le dijo:—Hasta aquí llegarás, y tus olas en ti se quebrarán.—El océano, invadeable para los hombres, y los mundos tras él colocados, por las mismas disposiciones del Señor son regidos. Las estaciones de primavera, estío, otoño é invierno pacíficamente se suceden unas á otras. Las alternativas de los vientos, en el propio tiempo sin tropiezo cumplen su oficio. Y las fuentes perennes, para uso y salud creadas, ofrecen incesantemente sus manantiales para vida de los hombres. Y también en los consorcios de los mínimos animales reina concordia y paz. Todas estas cosas el magno Creador y Señor dispuso que en paz y concordia estuviesen, bienhechor para todo y sobre abundantemente para nosotros, que recurrimos á sus misericordias por nuestro Señor Jesucristo, al cual gloria y majestad por los siglos de los siglos. Amén„ (1).

Con esta carta fueron enviados á Corinto cinco legados, es á saber: Claudio, Efebo, Valerio, Vitón y Fortunato, sin duda para que, merced á su prudencia, celo y sabiduría, trabajasen todavía de viva voz para calmar las disensiones y restablecer la tranquilidad y la paz. Así que los romanos ruegan á los de Corinto que se los vuelvan á enviar con presteza, á fin—dicen—de que nos traigan lo más pronto posible la feliz noticia de vuestra paz y concordia, que ardientemente deseamos.

Escribióse esta carta después de la muerte de Nerón, y antes de la destrucción de Jerusalén y del Templo. Supónese en ella expresamente que los sacrificios matutino y vespertino se ofrecían aún en Jerusalén, en el recinto del Templo, al pie del altar y después de haber el ministro y los pontífices examinado atentamente la víctima. Por otra parte, los romanos se disculpan al principiar de no haber estado tan prontos como hubieran querido en proveer á los males de la Iglesia de Corinto, que había reclamado su asistencia, y dan como causa de este retardo las calamidades y desdichas que les habían sobrevenido. Lo cual se refiere á la persecución de Nerón, en que padecieron el martirio San Pedro y San Pablo, con un gran número de otros fieles, según dice la carta.

En el siglo pasado (2) se descubrieron otras dos cartas de San Clemente, dirigidas á los eunucos espirituales, ó sea á los que se conservan en virginidad, y que parecen auténticas. De ellas habla San Jerónimo cuando dice: "En las Epístolas que Clemente, sucesor del Apóstol Pedro, escribió á las personas vírgenes, versa casi enteramente el discurso sobre la excelencia de la virginidad„ (3). No son indignas estas cartas de aquel cuyo nombre llevan. Encuéntrase allí la aplicación de los consejos del Apóstol respecto al celibato y la virginidad; recomiéndase en ellas

(1) Labbé, *Collect. Conc.*, tomo I; Cotel, *Padres apost.*
(2) El penúltimo ya hoy.
(3) Lib. I, *Ad Jovin.*, cap. VII.

Digitized by Google

encarecidamente dicho estado, sin perjuicio, con todo, del honor debido al matrimonio, que debe también mirarse como un estado santo (1).

En cuanto á la primera introducción del cristianismo en las Galias, han variado en Francia las opiniones de dos siglos á esta parte. Habíase creído hasta entonces allí, como doquiera: que el cristianismo había sido predicado en la Galia meridional por San Lázaro, primer Obispo de Marsella, por sus dos hermanas, Santa Marta y Santa María Magdalena, y por San Maximino, uno de los setenta y dos discípulos, primer Obispo de Aix, á quien, reinando el emperador Claudio, había enviado San Pedro á las Galias, acompañado de otros misioneros, los siete siguientes Obispos: Trófimo de Arlés, Pablo de Narbona, Marcial de Limoges, Austremonio de Clermont, Gaciano de Tours y Valerio de Tréveris; que el Papa Clemente, tercer sucesor de San Pedro, envió á Dionisio Areopagita, primer Obispo de París.

Por otra parte, San Epifanio dice de San Lucas "que predicó en Dalmacia, en la Galia, en Italia, pero principalmente en la Galia„ (2). El mismo Padre refiere también que Crescente, discípulo de San Pablo, fué á predicar á la Galia, y que es un error el aplicar á la Galacia lo que dice el Apóstol á este propósito en su segunda Epístola á Timoteo. San Isidoro de Sevilla cuenta también al Apóstol San Felipe entre los que predicaron el Evangelio en las Galias (3). Así que desde el año 190 San Ireneo probaba la verdad de la fe católica por la unanimidad de la tradición en todas las iglesias del mundo, entre las cuales pone á las establecidas entre los celtas ó galos (4). Algunos años después decía Tertuliano á los judíos que las diversas naciones de las Galias se habían sometido á Cristo con el resto del universo (5). Las diversas naciones de las Galias son las cuatro provincias en que Augusto las había dividido: Narbona, Lyón, Bélgica y Aquitania. Tal era, pues, la antigua tradición, tanto del país como de fuera, respecto á la primera introducción del cristianismo en las Galias.

Hacia fines del siglo diecisiete, siguiendo á Launoy, doctor sospechoso y temerario, y fiados de su autoridad, un cierto número de escritores más ó menos inficionados de jansenismo, haciéndose eco unos de otros, propusieron y sostuvieron que esta antigua y común tradición acerca de la primera introducción del cristianismo en las Galias era falsa é inventada desde el siglo X. Hasta no faltaron católicos que, sin mirar las cosas de cerca, repitieron lo que oían decir. Y vino á ser la opinión

---

(1) Las halló Santiago Wetstein, protestante, en un manuscrito siriaco del Nuevo Testamento en 1752. Hízolas imprimir con una versión latina aquel mismo año, y reimprimir en 1757. Hízose una traducción francesa en 1763. Véase á Godescard y las *Actas de Leipsik*, Enero, 1756, *item* los *Concilios*, de Mansi, tomo I, págs. 144 y 151.

(2) Epiph., *Haeres.*, LI.

(3) Isid., *De vita et morte sanctor.*, CLXXIV.

(4) Iren., lib. I, cap. III.

(5) Tertul., *Adv. judaeos*, cap. VII.

Digitized by Google

dominante en Francia. Pusiéronse á cambiar la tradición de los Breviarios y los Misales, así en París como en otras Diócesis. Ya no fué una sola persona Santa María Magdalena, hicieron de ella tres: la mujer pecadora y penitente; María la hermana de Lázaro; y, por último, María Magdalena, de la cual había lanzado el Señor siete demonios. De la venida de Lázaro y sus dos hermanas á Provenza, acordaron que no había tal cosa. La misión de los siete Obispos la retardaron á dos siglos más adelante. Todo ello porque tal era el parecer de Launoy y de otros tales, que caminaban más ó menos por las huellas de Lutero y de Calvino. Sin embargo, la Iglesia romana, tanto en su Breviario como en su Misal y en su martirologio, y en sus más aprobados escritores, conservaba la antigua tradición, tan honrosa, por otra parte, para Francia.

Hoy, en 1848, un sacerdote francés, el presbítero Sr. Faillón, de la Congregación de San Sulpicio, acaba de demostrar, con multitud de monumentos inéditos ó poco conocidos, que la Iglesia romana tenía razón, y que los liturgistas franceses hicieron mal en cambiar y echar á tierra tan precipitadamente su antigua tradición por argumentos á cual más baladíes„ (1).

Prueba primeramente que Santa María Magdalena, María la hermana de Lázaro, y la pecadora penitente son una misma y sola persona. Pruébalo por la tradición primitiva, perpetua y general de griegos y latinos. Entre los griegos, salvo dos ó tres Padres que, así de paso, admiten ó suponen varias personas, todos los demás han reconocido y enseñado esta que podremos llamar unidad de persona, especialmente los que han tratado más expresamente la cuestión; de éstos son Amonio Saccas, maestro de Orígenes, en su *Armonía de los Evangelios*, y Eusebio de Cesarea, en sus *Cánones Evangélicos*, traducidos por San Jerónimo. Orígenes fué el primero que imaginó ser aquí varias las mujeres y no una sola. Y todavía no se halla muy acorde consigo mismo: reconoce hasta dos veces que muchos intérpretes del Evangelio hablan únicamente de una sola mujer. El, en un pasaje, propone tres, y aun cuatro, persuadido de que éste era el medio de resolver más fácilmente las objeciones de Celso. En otro lugar admite tres; más adelante dos sólo; y, en fin, pasaje hay en que parece admitir una nada más. De suerte que Orígenes ha sido citado en pro y en contra de la propuesta distinción. San Crisóstomo conviene en que todos los evangelistas parecen hablar de una sola persona; en cuanto á su opinión particular, él distingue dos, y aun varias pecadoras. He ahí los dos Padres griegos que más se apartan del antiguo y común sentir. San Efrén, diácono de la Iglesia de Edesa, en Siria, vivía en el siglo IV; y como sus escritos se leían públicamente después de la

(1) "Monumentos inéditos respecto al apostolado de Santa María Magdalena en Provenza y sobre los demás apóstoles de aquella región, San Lázaro, San Maximino, Santa Marta y las Santas María Jacobe y Salomé„, por el autor de la *Ultima Vida de M. Olier*, dos tomos en 4.° Apud Migne.

Digitized by Google

Sagrada Escritura, podemos mirar su sentir como el de la Siria toda. Este, pues, dice positivamente que la pecadora penitente, María, la hermana de Lázaro, y María Magdalena, poseída de siete demonios, es una sola y misma persona, que, después de una vida escandalosa, mereció ser asociada á los Apóstoles y á los Evangelistas para anunciar la resurrección del Salvador. En cuanto á la tradición de la Iglesia latina, hace ver el autor cómo los Padres latinos suponen todos, sin excepción, que María Magdalena es la misma que la hermana de Marta, ó la pecadora. Y, por último, con un tan curioso como edificante trabajo, expone la aplicación alegórica que hacen los santos doctores de las diversas acciones de la pecadora, de María la hermana de Lázaro y de María Magdalena á la gentilidad, primero pecadora, arrepentida después, y santamente devota al cabo, como de una misma y sola persona á otra, asimismo, sola personalidad.

Por lo que toca á los argumentos de Launoy y consortes para introducir en los Breviarios la distinción de María Magdalena, los dos principales son dos harto singulares equivocaciones. Citábase á favor de la distinción un pasaje de San Teófilo de Antioquía, que vivía en el siglo II. El pasaje está en regla; pero, en vez de ser de San Teófilo de Antioquía, es de Teofilacto, escritor del Bajo Imperio, que vivía, no precisamente en el siglo II, sino en el siglo XI. Tratándose de críticos que intentaban dar lecciones á la Iglesia romana no es flojo el *quid pro quo*. Pero he aquí otro que no le va en zaga. Los reformadores jansenianos de la liturgia en Francia, apoyáronse en el Martirologio romano para introducir en el Breviario de París, á 19 de Enero, la fiesta de Santa María y de Santa Marta, innovación que fué imitada en otras muchas diócesis. Un jesuíta flamenco, el P. Dusoulier, hizo ver que esta innovación galicana se fundaba sólo en una mala inteligencia. He aquí todo lo que el Martirologio romano dice á 19 de Enero: *Fiesta de los Santos Mario y Marta, su mujer, y de sus hijos Audifacio y Abacuc, nobles persas, que habiendo venido á Roma en el reinado de Claudio, padecieron allí el martirio.* Pues ¿cómo á los tales liturgistas les ocurrió encontrar en este anuncio la fiesta de Santa María y de Santa Marta, hermanas de Lázaro? Helo aquí. En lugar de *Mario y Marta, su mujer,* uno de estos modernos doctores leyó *María y Marta* y suprimió prudentemente lo demás. Y los otros le creyeron y lo repitieron sobre su palabra. Cuando el jesuíta puso en claro este chistoso misterio, tuvieron los novadores de París bastante sentido común para suprimir dicha fiesta en una nueva edición de su Breviario, pero continuó figurando en los Breviarios de provincias. Tales son los dos principales argumentos de los modernos, para distinguir de María Magdalena á María, hermana de Marta y de Lázaro.

Ni son tampoco más perentorios los argumentos contra la misión apostólica de Lázaro, Marta y Santa María Magdalena, lo mismo que de San Maximino en Provenza. En el siglo XVII estaba reconocida esta misión por todas las iglesias de Occidente. Launoy la negó, en atención á que San Lázaro había muerto en Chipre, Santa Marta en Betania y Santa

Digitized by Google

María Magdalena en Efeso, y ningún monumento anterior al siglo XI hablaba de su apostolado en Provenza. Para probar que la constante tradición de los provenzales y del Occidente entero, respecto á San Lázaro, es falsa, sólo cita Launoy á un compilador del siglo XI ó del XII, que hablando de las reliquias de un San Lázaro *justo,* descubiertas en Chipre en tiempo del emperador León IV, lo confunde con San Lázaro de Betania, calificado por doquiera de *mártir*, y de quien los chipriotas no han creído ni sabido nunca que estuviese enterrado en su tierra. San Epifanio, Obispo de Salamina en Chipre al fin del siglo IV, habla detalladamente de San Lázaro y del carácter de su resurrección, pero no dice ni supone en modo alguno que estuviese su tumba en el país, lo cual no habría dejado de hacer si estuviese en esa persuasión. Finalmente, unos monjes griegos de la isla de Chipre misma, consultados acerca del lugar de la muerte de Lázaro, después de la publicación de la obra de Launoy, respondieron: "Que era constante por antiguos monumentos de las iglesias griegas, que Santa María Magdalena, Santa Marta, su hermana, y San Lázaro, su hermano, habían abordado á Provenza y que yacían en dicho país." Asimismo, respecto á Santa María Magdalena, aduce Launoy para probar que murió en Efeso, que en un fragmento griego de actas apócrifas se habla de una Santa María Magdalena, *virgen y mártir,* llevada al suplicio en Efeso, y que se supone ser la hermana de Lázaro. Pero la hermana de Lázaro no ha sido nunca calificada de virgen ni de mártir. Añádase que Polícrates, Obispo de Efeso, en la carta donde á fin del siglo II enumera todas las glorias de su iglesia, no dice una palabra del sepulcro de Santa María Magdalena, como tampoco del de la santísima Virgen: prueba bien clara de que no había tales sepulcros. Puédese también concluir, que si no habla de la virgen y mártir María Magdalena, cuya gloria en Occidente celebra Gregorio de Tours, es que aquella virgen de Efeso no había sufrido el martirio aún en tiempo de Polícrates, sino que lo padeció más adelante. En cuanto á Santa Marta, Launoy y sus copistas ayóyanse en Flodoardo para asegurar que murió en Betania. Pero Flodoardo dice solamente, que en su tiempo se veía aún en Betania la casa de Marta trocada en iglesia: nada dice ni de su muerte ni de su sepulcro.

Mas el gran argumento de Launoy es que ningún monumento anterior al siglo XI habla del apostolado de Lázaro, Marta y María Magdalena en Provenza. No está mal escogida la época, puesto que durante los siglos VIII, IX y X fué saqueada la Galia meridional por los sarracenos, que destruyeron todos los archivos y monumentos de las iglesias. Con todo, escaparon todavía del estrago bastantes monumentos, ya escritos, ya de otra clase, para probar ellos solos lo que ya probaba suficientemente la tradición siempre viva y general; es á saber: el apostolado de los Santos Lázaro, Marta y María Magdalena, así como también de San Maximino, en Provenza.

He aquí la serie de estos monumentos, publicados por el citado autor: 1.° Una antigua *Vida de Santa Magdalena,* escrita en el siglo V ó

Digitized by Google

en el VI, y transcrita textualmente en otra más extensa que compuso en el siglo IX el B. Rábano Mauro, Arzobispo de Maguncia, las cuales confirman punto por punto la tradición viva.—2.° Presenta el autor, como documentos todavía más antiguos que las páginas de las expresadas *Vidas*, diversos sepulcros de la cripta de Santa Magdalena; primeramente el de San Maximino. Muestra que este sepulcro confirma la verdad de la *Vida* antigua y prueba cómo desde los primeros siglos, y probablemente antes de dada por Constantino la paz á la Iglesia, honraban los cristianos en Provenza á San Maximino, su Apóstol, como uno de los setenta y dos discípulos del Salvador.—3.° A este sepulcro añade el de Santa Magdalena, que confirma la verdad de la *Vida* antigua y prueba que desde los primeros siglos de la Iglesia los cristianos de Provenza creían poseer y honraban el cuerpo de Santa Magdalena, la misma de quien hace mención el Evangelio.—4.° Muestra cómo mucho tiempo antes de los estragos de los sarracenos en Provenza se honraba la Sainte-Baume como el lugar del retiro de Santa Magdalena.—5.° Que antes de los estragos de aquellas hordas, se honraba en Aix el oratorio de San Salvador como un monumento santificado por la presencia de San Maximino y de Santa Magdalena, y que á estos santos apóstoles de aquel país debe atribuirse, en efecto, el origen de dicho oratorio.—6.° Que las Actas del martirio de San Alejandro de Brescia, en Italia, prueban que en el reinado del emperador Claudio eran: San Lázaro, Obispo de Marsella, y San Maximino, Obispo de Aix.—7.° Que antes de los estragos de los sarracenos el cuerpo de San Lázaro, resucitado por Jesucristo, estaba enterrado en Marsella, en la iglesia de San Víctor, y que tiene buen fundamento el atribuir el origen de las criptas de aquella abadía al mismo San Lázaro, primer Obispo de Marsella.—8.° Que la cárcel de San Lázaro en Marsella es un monumento antiguo que confirma el martirio y el apostolado de aquel santo.—9.° Que el sepulcro de Santa Marta en Tarascón era muy venerado en los siglos V y VI; que viéndose atacado de una enfermedad Clodoveo, fué allá en persona y obtuvo su curación.—10. Que antes de los estragos de los sarracenos se tributaba honor á Santa Marta como á apóstol que había sido de la ciudad de Aviñón.—11. Que las disputas respecto al asunto del primado de Arlés no tienen nada que contraríe el apostolado de nuestros santos, y que los Arzobispos de Arlés, en vez de reclamar contra esa misma creencia, la han expresamente, reconocido y confirmado.—12. Que el Apostolado de San Lázaro, de Santa Marta y de Santa María Magdalena está confirmado por los más antiguos martirologios de Occidente.—13. Que al principio del siglo VIII los provenzales escondieron las reliquias de sus santos apóstoles para librarlos de las profanaciones de los sarracenos, y pusieron en un sepulcro, con el cuerpo de Santa María Magdalena, una inscripción del año 710, concebida en estos términos: "El año del nacimiento del Señor 710, el día 6 de Diciembre, bajo el reinado del excelente rey de los Francos, Odoíno, en tiempo de los estragos de la pérfida nación de los sarracenos, este cuerpo de la carísima y venerada Santa María Magdalena fué, por temor á

Digitized by Google

dicha pérfida nación, trasladado muy secretamente de noche, desde su sepulcro de alabastro á éste, que es de mármol, del cual retiramos el cuerpo de Sidonio, porque aquí está más oculto „ Como ha hecho notar el docto Pagi, ese rey de los francos, Odoíno ú Odoíco, no es otro que el famoso Eudo (Eudes), duque de Aquitania, á quien hallamos que se le da algunas veces el nombre de Odón y otras el de Otton, Odoíco ú Odoíno. Era de la primera dinastía de los reyes de los francos, en la cual vemos que todos los príncipes llevaban el título de rey. Por otra parte, fué precisamente de 700 á 710, mientras que los francos de Neustria y de Austrasia disputaban sobre quién habría de ser, so color de mayordomo de Palacio, amo de los reyes holgazanes; fué precisamente por este tiempo, decimos, cuando el duque Eudo, Odón, Odoín ú Odoíco era el único defensor y por ende el único rey de la Francia meridional contra las invasiones de los sarracenos.

En la parte subsiguiente de su obra expone el autor de los ***Monumentos inéditos*** los principales hechos referentes al culto de los expresados santos desde las incursiones de los sarracenos hasta nuestros días. En cuanto al envío de los siete Obispos á las Galias por San Pedro, durante el imperio de Claudio, aunque el autor no se haya propuesto directamente por objeto probarlo; presenta, con todo, nuevas y notables pruebas de ello: primeramente un antiguo manuscrito, que estaba en otro tiempo en la Iglesia de Arlés, en el cual están recogidas las cartas de los Papas á los Arzobispos de aquella metrópoli, desde el Papa San Zósimo hasta San Gregorio Magno. Ahora bien; inmediatamente después de las cartas del Papa Pelagio á Sapaudo, que murió en 586, y antes de las de San Gregorio á Virgilio se lee este título en letras rojas: *De los siete varones enviados por San Pedro á las Galias para predicar la fe,* y después las siguientes palabras. "Bajo el emperador Claudio, el Apóstol Pedro envió á las Galias, para predicar la fe de la Trinidad á los gentiles, algunos discípulos, á los cuales asignó particulares ciudades; fueron Trófimo, Pablo, Marcial, Austremonio, Gaciano, Saturnino y Valerio; en fin, otros varios que el bienaventurado Apóstol les había designado por compañeros„ (1). Rábano Mauro, en su *Vida de María Magdalena,* habla asimismo de Trófimo de Arlés, de Pablo de Narbona, de Marcial de Limoges, de Saturnino de Tolosa, y de Valerio de Tréveris, como enviados en el tiempo mismo de los Apóstoles (2).

Por lo que mira en particular á San Trófimo, le ha honrado siempre la Iglesia de Arlés como uno de los setenta y dos discípulos y enviado por San Pedro. Verdad es que Gregorio de Tours, que escribía hacia fin del siglo VI, concluye en un pasaje, que Trófimo y los siete discípulos fueron enviados bajo el imperio de Decio, en 250, lo cual deduce de las actas de San Saturnino, ó más bien, de la data de estas actas, las cuales, según la fama pública, dicen ellas, ponen el consulado de Decio y de Gra-

(1) Tomo II, págs 373 y sigs.
(2) Ibid., págs. 293 y 294.

Digitized by Google

to para la venida de San Saturnino á Tolosa, sin mencionar á los otros Obispos (1). Pero el mismo Gregorio no presta mucho crédito á este dato, ó bien no se halla de acuerdo en esto consigo propio; pues que en otro pasaje dice que San Saturnino había sido ordenado por los discípulos de los Apóstoles, lo cual supone el fin del primer siglo ó el principio del segundo (2).

Mas existe á favor de Trófimo un testimonio siglo y medio anterior á Gregorio, testimonio mucho más solemne y auténtico, la carta de diecinueve Obispos al Papa San León en favor de la Iglesia de Arlés para suplicarle que devolviese á aquella metrópoli los privilegios que le había quitado. "Toda la Galia sabe—decían,—y no lo ignora la santa Iglesia romana, haber la ciudad de Arlés merecido la primera en las Galias recibir de San Pedro á San Trófimo por Obispo, y haber sido ella la ciudad desde la cual el don de la fe se comunicó á las otras provincias de las Galias." Querían estos diecinueve Obispos mostrar en su exposición que la Iglesia de Arlés era más antigua que la de Viena. Mas si San Trófimo no hubiese fundado la Iglesia de Arlés hasta mediados del tercer siglo, ¿cómo habrían podido todos aquellos Obispos atribuirle mayor antigüedad que á la Iglesia de Viena, floreciente ya en el siglo II, según lo vemos por la Carta de dicha Iglesia y la de Lyón á las Iglesias del Asia en tiempo de Marco Aurelio el año 177? Pretender, con algunos críticos, que al decir enviado por *San Pedro* querían los Obispos expresar meramente que San Trófimo había sido enviado por la *Sede Apostólica*: es atribuirles una simpleza, y desconocer el estado de la cuestión. El Papa Inocencio I atestigua que todos los Obispos de las Galias han sido enviados por aquella Sede, es decir, por San Pedro ó por sus sucesores. ¿Cómo, pues, los diecinueve Obispos habrían podido concluir de tal premisa que la Iglesia de Arlés era más antigua que la de Viena? Finalmente, la misma Iglesia de Viena contradice á Gregorio de Tours por conducto del más sabio de sus Arzobispos, San Adón. Dice éste al 27 de Enero de su martirologio: *En Arlés, fiesta de San Trófimo, Obispo y confesor, discípulos de los Apóstoles Pedro y Pablo.* Más añade en su libro de la fiesta de los Apóstoles, al poner: *Fiesta de San Trófimo, de quien escribió el Apóstol á Timoteo:* "He dejado á Trófimo enfermo en Mileto." *Este Trófimo, ordenado Obispo por los Apóstoles en Roma, fué enviado el primero á Arlés, ciudad de la Galia, para predicar allí el Evangelio de Cristo. De su manantial, como escribe el bienaventurado Papa Zósimo, han recibido todas las Galias los arroyos de su fe. Durmió en paz en la misma ciudad.* Así que, San Adón de Viena no sólo asegura que San Trófimo de Arlés fué enviado allí de primer Obispo por los Apóstoles, sino que lo prueba con la autoridad del Papa Zósimo, un siglo anterior á Gregorio de Tours.

Un testimonio anterior todavía al de los diecinueve Obispos y aun al

(1) Tomo II, págs. 349 y sigs.
(2) Ibid., pág. 365.

Digitized by Google

del Papa Zósimo, me hace ver que no podemos atenernos, respecto á San Trófimo, á la época de Gregorio de Tours. Hacia el año 252 ó 253, Faustino, Obispo de Lyón, y los otros Obispos de la misma provincia, escribieron al Papa San Estéban y á San Cipriano de Cartago contra Marciano, Obispo de Arlés, que, inficionado del cisma y error de Novaciano, se había separado de la comunión de aquéllos *largo tiempo había* y rehusaba la absolución á los penitentes aun en el trance de la muerte. San Cipriano exhortó al Papa, lo más tarde en 254, á escribir cartas á la provincia para excomulgar y deponer á Marciano y sustituirle otro. "*Largo tiempo ha*—dice Cipriano—que se ha separado de nuestra comunión. Bástele haber dejado morir, *los años anteriores*, muchos de nuestros hermanos sin darles la paz.„ Estas expresiones, *los años anteriores* y *largo tiempo ha*, empleadas lo más tarde al principio de 254, hacen subir naturalmente á 250 ó 251 la época en que Marciano se separó de sus colegas. Su episcopado había debido comenzar antes de 250. ¿Cómo entonces hacer bajar, con Gregorio de Tours hasta 250, en tiempo de Decio, la fecha en que fué enviado de Roma San Trófimo? Y hay que tener presente que la persecución de Decio se desencadenó desde 249, y fué tan terrible que, martirizado el Papa Fabián en 20 de Enero de 250, pasáronse más de dieciséis meses sin poder elegir nuevo Papa. Y de ello da por razón San Cipriano: "Que encarnizado el tirano contra los Pontífices de Dios hacía las más horribles amenazas, irritándole menos la noticia de que le disputase el imperio un rival, que la de que un Pontífice de Dios se estableciese en Roma. Ciertamente que apenas se comprende cómo el Papa Fabián, martirizado ya el 20 de Enero de 250, pudiese enviar aquel mismo año siete Obispos con numerosos compañeros á las Galias, mientras que sí se comprende durante el imperio de Claudio. Así Longueval y Tillemont se separan de Gregorio de Tours en cuanto á la época de la venida de aquellos enviados, especialmente respecto á San Trófimo. Y el erudito De Marca no sólo se separa en esto de él, sino que le refuta.

Lo mismo pasa tocante á San Dionisio, primer Obispo de París. Cuéntale Gregorio de Tours entre los siete Obispos enviados de Roma en el reinado de Decio. No cita autoridad alguna para ello; pues las actas de San Saturnino de Tolosa hablan únicamente de Saturnino, y en modo alguno de Dionisio ni de Trófimo. Por el contrario, Fortunato, Obispo de Poitiers, y contemporáneo de Gregorio, dice expresamente que San Dionisio, primer Obispo de París, fué enviado por el Papa San Clemente. Lo dice en la antigua *Vida de Santa Genoveva*, de la cual le reconoce como autor Pedro de Marca (1), y en un himno compuesto en honor de San Dionisio. Así, pues, el erudito Pedro de Marca pronuncia á favor la misión de San Dionisio por el Papa San Clemente. El docto Antonio Pagi saca la misma conclusión por iguales razones, á las cuales añade otras varias. Como Gregorio de Tours se equivocó en varios puntos de las antigüedades eclesiásticas, no es de ningún peso su opinión particular

(1) Epist. ad Valessium.

Digitized by Google

respecto á la venida de San Dionisio. Así que, después de él, se ha continuado creyendo y diciendo, con su contemporáneo Fortunato, que San Dionisio fué enviado por el Papa San Clemente. Prueba de ello tenemos en un privilegio del rey Thierri en 733, en una escritura del rey Pipino de 768 y en las actas del Concilio de París de 825. En todos estos documentos se dice efectivamente haber sido San Dionisio enviado á las Galias por San Clemente, sucesor de San Pedro. Podemos añadir á esos documentos los antiguos Breviarios de París, que hasta el 1700 dicen ó suponen todos haber sido enviado San Dionisio por el Papa San Clemente. Francisco Pagi, reuniendo los argumentos de Antonio Pagi y de Marca robustece la conclusión con nuevos argumentos. Más adelante pasa el célebre Mabillón. No sólo reconoce como indudable la misión de San Dionisio por el Papa San Clemente; sino que añade que los argumentos de los que sostienen que San Dionisio, primer Obispo de París, es el mismo que San Dionisio Areopagita, no son de despreciar.

Según todo lo cual consideramos suficientemente probado: primero, que San Dionisio, primer Obispo de París, fué enviado á las Galias por el Papa San Clemente; segundo, que San Trófimo, Obispo de Arlés, fué enviado allí con otros varios por San Pedro mismo; tercero, que los santos Lázaro, Marta y María Magdalena, con San Maximino, uno de los setenta y dos discípulos, fueron los Apóstoles de la Provenza; San Lázaro, primer Obispo de Marsella, y San Maximino, primer Obispo de Aix; y cuarto, que Santa María Magdalena, la pecadora penitente, y María, hermana de Lázaro, son una sola y misma persona. Y deseamos de todo corazón que en cada iglesia particular se hagan parecidos trabajos acerca de sus antigüedades.

No menos celebridad que la Epístola de San Clemente á los corintios han gozado los libros de Hermas, titulados *El Pastor*. Créese comunmente ser el autor de ellos aquel Hermas de quien habla San Pablo en su carta á los romanos, y parece haberlos escrito en el tiempo en que el Pontífice San Clemente gobernaba la Iglesia universal, porque parece que sólo á él pueden aplicarse aquellas palabras del libro primero: "Escribirás dos libritos; entregarás uno de ellos á Clemente, que lo enviará á las otras ciudades, porque á su cargo corresponde eso, y el otro á Graptè—que se cree haber sido una diaconisa de la Iglesia romana,—que lo hará saber á las viudas y á los huérfanos; y por lo que á ti toca, lo leerás en esta ciudad á los que gobiernan la Iglesia, esto es, que tienen alguna parte en su gobierno bajo un Pastor supremo.„ Por más que haya escrito en Roma, no se duda, sin embargo, que lo haya hecho en griego, siendo entonces muy común dicha lengua, aun entre las gentes del pueblo, según se echa de ver por un gran número de piedras é inscripciones sepulcrales encontradas en los cementerios y labradas toscamente, compuestas por lo tanto y grabadas por personas vulgares é ignorantes. Pero habiendo poco á poco caído en desuso la lengua griega, acaeció que los libros de Hermas, aunque escritos en Occidente, fueron más célebres y venerados entre los orientales, donde se leían públicamente en las igle-

Digitized by Google

sias. Hasta encontramos allí haber sido citados entre los libros santos y puestos en el canon de las Sagradas Escrituras, mientras que los occidentales han hablado de ellos á veces con gran desprecio y respetado poco su autoridad. Era Hermas hombre de excelente piedad y de muy grande sencillez; caracteres ambos que se traslucen también en sus libros; donde se hallan, por una parte, las más excelentes reglas en punto á costumbres, y no hay duda que en ellas nos representa su propio corazón, lleno de amor á la virtud, penetrado de un vivo dolor de sus faltas, animado del espíritu de penitencia, desasido del cuidado de las cosas temporales y alzándose continuamente á las contemplaciones celestiales; y, por otra parte, una manera de concebir y representar las cosas que parece no muy propia en una persona de espíritu levantado. Por más que Hermas nos relate sólo visiones y revelaciones, no puede negarse que en algunas desearíamos encontrar algo más la gravedad y decencia que á tales materias convienen. Mézclanse y confúndense á menudo en el espíritu del hombre las imágenes é impresiones del cielo con las que nacen de su propio natural; y no siempre es fácil hacer de ellas exacto discernimiento. Y de ahí viene el tomar tal vez como efectos extraordinarios de la gracia, los que provienen de la naturaleza ó de ciertas disposiciones habituales.

Y del mismo modo que estamos muy lejos de tener por un visionario á este santo discípulo de los Apóstoles, así tampoco podríamos determinarnos á tomar como otros tantos oráculos del cielo cuanto dice haber visto ú oído en sus frecuentes visiones.

Puede, pues, considerarse esta obra desde dos puntos de vista diferentes. El primero se nos la representa como una obra enteramente divina, trazada por ministerio de los ángeles, embellecida de matices celestiales, y propia, por lo tanto, para infundir en nuestros corazones el amor de la virtud más pura. Y desde ese punto de vista únicamente la han mirado los Padres que la han tenido por obra divinamente inspirada; y prevenidos con tal opinión, han cerrado los ojos ante los defectos que desde otro punto de vista se descubren en ella; defectos que han movido á otros Padres á menoscabar su crédito tal vez con algún exceso, por el único motivo, sin duda, de contrarrestar la excesiva autoridad que muchos le atribuían. Mantuviéronse sí en lo justo aquellos que han considerado esta obra como un libro eclesiástico, venerable por su antigüedad, muy útil para la instrucción de los fieles, y, en muchos puntos, como irrecusable testimonio de las tradiciones apostólicas. En cuanto á los errores que, desacertadamente, le han atribuído algunos falsos críticos, quedó debidamente vindicado, en cuanto á esto, el libro, por la pluma de estimables sabios; de modo que no deben semejantes acusaciones disminuir la opinión que el mismo se merece, así como tampoco parecidas imputaciones dirigidas por tales críticos contra las obras de San Justino, San Ireneo y otros Padres de los primeros siglos, no impiden que los católicos las tengan en la mayor veneración (1).

(1) Orsi, lib. II, núm. 34.

Digitized by Google

Constituye el fondo de los tres libros de Hermas la construcción mística de la Iglesia y el ministerio de los ángeles. Aparécese primeramente la Iglesia como una mujer anciana, porque fué creada ante todas las cosas, y el mundo ha sido hecho por ella. Esas son las palabras de la revelación. Pero se la representa principalmente como una torre que se edifica sobre un inmenso cimiento cuadrado, que figura á Jesucristo. Presiden á la construcción seis ángeles principales, y un sin número de otros traen y preparan las piedras, las cuales son los fieles. Distínguense allí el ángel de la penitencia, el del castigo, el de la equidad, y hasta el ángel que tiene poder sobre los animales. Pero el que ha recibido autoridad sobre los hombres y los ángeles para construir la Iglesia, es el arcángel San Miguel Las piedras que han de entrar en este edificio sácanse de diversos sitios, entre otros, de doce montañas, emblema de las naciones del universo (1).

Reinaba todavía Vespasiano, cuando San Cleto sucedió (2) á San Clemente, que figura en el número de los mártires. A Vespasiano, después de un reinado de doce años, sucedióle Tito, su hijo mayor, y á éste, muerto á los dos años, dos meses y veinte días, su hermano Domiciano. Aunque á Vespasiano no se le cuenta entre los perseguidores, tenemos, no obstante, en los monumentos de *Roma subterránea,* una inscripción que da campo á conjeturar que su reinado no estuvo enteramente indemne del derramamiento de sangre cristiana. He aquí el sentido de dicha inscripción: "Cristo es quien te ha dado todas las cosas, y tú correspondes con la muerte de Gaudencio; así muestras, cruel Vespasiano, tu reconocimiento; mas Cristo le ha preparado otro teatro en el cielo„ (3).

A los enemigos de la Religión nunca les faltaba pretexto para hacer odiosos á los cristianos aun en el ánimo de los emperadores más humanos, y para llevarlos á la muerte, ya como sacrílegos, ya como sediciosos, ya á causa de su culto y nuevo género de vida, como enemigos y perturbadores de la tranquilidad pública. Ni fué, por otra parte, sólo esa la ocasión en que Vespasiano se mostró cruel. Hizo prender en medio del Senado á uno de los más ilustres senadores, le envió por de pronto al destierro, y poco después á la muerte. Más extraña crueldad cometió todavía con Sabino y Eponina. En la revolución que le había traído á él mismo al solio, había tomado Sabino el título de César en las Galias. Fué derrotado, se dió la muerte, y se escondió durante algunos años en una gruta, donde sólo le visitaban su esposa Eponina y dos esclavos fieles. Hizo de incógnito el viaje á Roma, para ver de obtener su perdón por el intermedio de sus amigos. No habiendo podido alcanzarlo, volvióse á su subterráneo, donde las frecuentes visitas de su mujer dieron lugar á que fuese descubierto al cabo de nueve años.

---

(1) Cotel., *PP. apostolici.*
(2) V. Nota anterior del traductor.
(3) *Roma soterran.*, lib. III, cap. XXII.—Es una obra en que están descritos los monumentos subterráneos de Roma.

Digitized by Google

Llevado ante Vespasiano, imploró su clemencia, con su mujer y sus hijos. Ningún peligro había en otorgarle gracia. Vespasiano, sin embargo, le hizo dar muerte á él y su mujer, y aun también, si hemos de dar crédito á Dión, á sus dos hijos de poca edad. En cuanto á sus costumbres, tenía dicho emperador un serrallo de concubinas. Su avaricia era de lo más sórdido. Hacía tráfico de todo, incluso la justicia, que la vendía en su nombre una concubina. Y con todo, en comparación de los emperadores anteriores, y también á causa de varias buenas cualidades, fué mirado como un buen príncipe. Fué entre los doce Césares el único que falleció de muerte natural, y el único también que tuvo por sucesor á su hijo (1).

Ese hijo era Tito. Temía el pueblo ver renovadas bajo su cetro las crueldades de Tiberio y los escándalos de Nerón. Porque, en efecto, durante la vida de su padre, se había abandonado á toda suerte de vicios y había admitido á su intimidad los hombres más corrompidos. Sin embargo, apenas subió al trono, cuando cambió de conducta. Acostumbróse de tal modo á hacer bien, que, recordando una noche que no se le había presentado ocasión de favorecer á alguno, pronunció aquella sentencia: "Amigos, he perdido el día.„ Mereció, en fin, el dictado de Delicias del género humano. Pero murió á los dos años de reinado.

Un paralelo curioso podemos hacer aquí. Si un príncipe cristiano hiciera degollar unos hombres por otros ó por bestias feroces, se le miraría como un monstruo. Pues Tito hacía todas estas cosas cuando daba combates de gladiadores. y obligaba á miles de prisioneros de guerra á matarse unos á otros en honor de su padre y de su hermano. Y no solamente su siglo no se lo llevaba á mal, sino que fué eso tal vez uno de los motivos para que se le apellidase Delicias del género humano; ¡tanto va de la idea que se formaban de la humanidad y de la virtud los paganos más perfectos, á las ideas que en ese punto tienen la generalidad de los cristianos!

A Tito sucedió Domiciano, su hermano, que pasó por haberle ahogado en su última enfermedad, á fin de reinar más. Sin embargo, su subida al trono pareció prometer más felices días. Mostróse afable, morigerado, desinteresado, amigo de la justicia, enemigo de los delatores. Restableció la Biblioteca, que había sido presa de las llamas, dictó varias leyes ventajosas, dotó á Roma de algunos buenos edificios. Tenía, ó aparentaba, tanto horror de la sangre, que prohibió inmolar bueyes ú otros animales. Suetonio nos atestigua que veló tan bien sobre los magistrados de la ciudad y de las provincias, que nunca se les vió más humanos ni más justos; mientras que después de él, la mayor parte de entre ellos se dieron á todos los crímenes. Finalmente, si su reinado no hubiera sido más largo que el de su hermano, se le hubiera, tal vez, colocado más alto que éste; pues reformó varios abusos que éste había introduci-

(1) Suet., *Vesp.*, Tácit., Dión.

Digitized by Google

do, como la multitud de eunucos. Pero en vez de dos años reinó quince, y después de haber comenzado á sobrepujar á Tito en la bondad de su gobierno, concluyó por igualar á Nerón y Calígula en crueldad, en disoluciones y en locuras.

Comenzó al principio por intervalos; pero finalmente á la continua; pareció que quería abatir de un solo golpe toda la república. Pronto se vió el adulterio en las grandes familias; cubierta la mar de proscritos; manchados los riscos de homicidios, las más atroces crueldades en Roma; nobleza, opulencia, honores rehusados ó recibidos, mirados como otros tantos crímenes, y la virtud el más imperdonable de todos ellos; los delatores, con salario no menos vergonzoso que sus maldades, repartiéndose como un botín sacerdocios y consulados, gobernando las provincias, dominando en el palacio, llevando todo á compás de su capricho; el odio ó el terror armando á los esclavos contra sus dueños, á los libertos contra sus patronos; y finalmente, aquellos á quienes faltaba un enemigo, agobiados por sus amigos. Tal es el cuadro general que nos traza Tácito (1).

A la crueldad juntaba una hipocresía de clemencia más cruel todavía. Hacía acusar en el Senado á los más ilustres senadores; y después, antes de procederse á la votación, intercedía por ellos con enfática benevolencia; pero la tal intercesión se reducía á rogar al Senado que les dejase la elección de la muerte. Y el Senado se prestaba á esta atroz comedia. Los últimos tres años de su reinado fué principalmente cuando más soltó la rienda á su tiranía. Así que Tácito, á su suegro Agrícola, muerto en el duodécimo año, le felicita por no haber visto las calamidades de los siguientes. Tomaba entonces Domiciano los títulos de señor y de dios. Dictó él mismo á su secretario una carta que comenzaba con estas palabras: "Nuestro dios y señor ordena.„ Y con arreglo á esto, se determinó que no se le daría otro nombre al escribirle. Y hallamos, en efecto, un ejemplo de esta sacrílega adulación en el poeta Marcial (2).

En el año catorce de su reinado puso Domiciano el colmo á sus crímenes con una violenta persecución contra los cristianos. Hizo dar muerte á un muy extraordinario número de ellos, tanto en Roma como en las provincias. Envió encargo, hasta los más remotos términos de su imperio, para que á cuantos hacían profesión de cristianismo se les tratase como á enemigos declarados del Estado. Suetonio menciona esta persecución, y nos refiere que Domiciano obligó á cuantos en Roma vivían, según la norma de los judíos, á pagar las mismas gabelas que los judíos y que los trató con extremado rigor. Claro es que Suetonio se refiere aquí á los cristianos, porque todos los escritores paganos, griegos y latinos, hablan de ellos como de gentes que seguían las costumbres judías (3).

Entre muchas personas ilustres que padecieron por tan santa causa, podemos contar á diversos parientes del mismo emperador, es á saber:

---

(1) *Hist.*, lib I, cap. II.
(2) Lib. V, epig. VIII.
(3) Suet., *Domitian.*

Digitized by Google

Flavio Clemente, su primo hermano, y su colega en el consulado, y á las dos Flavias Domitilas, mujer la una y sobrina la otra de Flavio Clemente. Era hijo de Flavio Sabino, hermano de Vespasiano, que fué muerto por los soldados de Vitelio, siendo gobernador de Roma. Su hijo mayor, llamado asimismo Flavio Sabino, fué cónsul con Domiciano el primer año de su reinado, y ajusticiado poco tiempo después por orden de aquel príncipe porque el heraldo que proclamó sus nombres había dicho por equivocación:—Flavio Sabino, cónsul.—Flavio Clemente, siguiendo las órdenes del emperador, se casó con Flavia Domitila, parienta cercana de Domiciano, y no su hermana, como lo asegura Filostrato, pues Domitila, su única hermana, había muerto antes de subir Vespasiano al trono. Flavia Domitila era, según resulta de las obras de Dión Casio y de Quintiliano, hija de Domitila y sobrina de Domiciano. Clemente tuvo de ella dos hijos, á los cuales Domiciano, que carecía de ellos, quiso transmitir el imperio, y en virtud de ello les cambió los nombres é hizo llamar al uno Vespasiano y al otro Domiciano. Dícenos Quintiliano (1) que tuvo él á su cargo la enseñanza de los nietos de la hermana del emperador, lo cual prueba que Flavia Domitila, mujer de Clemente, era hija de la Domitila, hermana del emperador, porque aquellos dos jóvenes eran seguramente los hijos que Clemente tuvo de Flavia Domitila.

Era Clemente cónsul aquel año; más apenas había depuesto los fasces, cuando el emperador, en virtud de una sospecha ligera é infundada—dice Suetonio—ordenó que se le diese muerte. Asegura Dión Casio, que fué acusado de ateísmo: crimen—dice aquel autor—por el cual se condenó entonces á otras muchas personas que habían adoptado los usos de los judíos. Que es la forma en que todos los autores paganos presentan siempre á los cristianos, según se prueba con pasajes de Orígenes y otros escritores de los primeros siglos. El ateísmo era crimen que se imputaba á los cristianos, porque rehusaban adorar los falsos dioses del paganismo. Hablando Suetonio de Flavio Clemente, dice que en manera alguna era de temer, por su carácter de pereza é inacción; otra de las acusaciones, como lo hace notar Tertuliano, se intentaba contra los cristianos, porque llevaban una vida retirada y rehuían las dignidades, y tanto más cuanto que en éstas iba envuelta casi siempre algo de idolatría. Vese, pues, que la profesión del cristianismo es el único crimen que se alegó contra Flavio Clemente, y que debe ser, por lo tanto, colocado entre los ilustres héroes que murieron por la fe.

Acusada fué de impiedad asimismo Flavia Domitila, mujer de Flavio Clemente. Otro crimen le achacaron también, el haber rehusado su obediencia á las órdenes del emperador, cuando éste quería que pasase á segundas nupcias pocos días después de muerto su marido; fué relegada á la isla de Pandatario, en la bahía de Pozzuoli, conocida hoy por la denominación de Santa María. Añade Dión que Glabrión, que había sido cón-

(1) Quint. Inst. or. præf., IV.

Digitized by Google

sul con Trajano, fué condenado á muerte por esa misma inculpación de ateísmo y otras.

Tenía Flavio Clemente, por parte de su hermana, una sobrina llamada también Flavia Domitila, que fué desterrada hacia aquel mismo tiempo, y por la misma causa, á la isla de Poncia, no lejos de la otra. Se la venera como virgen y mártir, con sus eunucos, los mártires San Nereo y Aquileo. Tres siglos después veíanse todavía las celdas que había ocupado con las personas de su séquito (1). Tal vez á estas dos ilustres mujeres alude Tácito al decir, que hacia el fin del reinado de Domiciano, desterró este príncipe á varias damas de la primera nobleza (2).

Martirio más ilustre todavía en esta época fué el de San Juan. Ignórase en qué año, ni de qué manera, ni por qué motivo vino á Roma aquel santo Apóstol en tan avanzada edad. Lo que hay de cierto es que encontrándose en Roma el año décimocuarto de Domiciano, fué, por orden de éste, echado en una caldera de aceite hirviendo, y que, por virtud de Dios, salió de ella más vigoroso que había entrado; y que fué luego relegado á la isla de Patmos (3).

Hasta hubo parientes de Jesucristo, según la carne, que le confesaron en aquella persecución. Eran dos nietos del Apóstol San Judas, llamado hermano del Señor. Como la sacrílega adulación del historiador Josefo y otros había aplicado á Vespasiano y su familia las profecías relativas al Mesías, tenían que hacerse sospechosos á Domiciano los cristianos que las aplicaban á un hijo de David. Quiso, pues, apoderarse de la familia de aquel rey de Israel. Unos herejes le designaron á los dos nietos de San Judas como parientes de Cristo-Rey. Llevados ante Domiciano é interrogados si eran de la familia de David, confesáronlo ingenuamente, y preguntándoles en seguida cuáles eran sus bienes, contestaron que su haber consistía en algunas yugadas de tierra que cultivaban ellos mismos por su mano para tener con qué vivir y pagar los impuestos públicos; y al mismo tiempo mostraban sus manos callosas y sus cuerpos endurecidos en el trabajo. Preguntados últimamente acerca de Cristo y su reino, de qué índole era y en qué tiempo y en qué sitios aparecería, respondieron que no era un reino terreno ni de este mundo, sino angélico y celestial, que se manifestaría al fin de los siglos, cuando Cristo viniese en su gloria á juzgar á los vivos y á los muertos, y retribuir á cada cual según sus obras. Oído lo cual Domiciano, en vez de tratarles con su ordinaria crueldad, les despidió libres—dice Hegesipo (4),—como personas bajas de quienes nada había que temer. Refiérese que estos hombres, así puestos en libertad, fueron promovidos á dignidades eclesiásticas como mártires de Jesucristo y parientes suyos, y que, devuelta la paz á la Iglesia, vivieron hasta los tiempos de Trajano.

---

(1) *Acta Sanctorum*, 12 Mail.
(2) *Agric.*, núm. 45.
(3) Tert., *De praescript.*, núm. 36; Hieron., *In Jovin.*
(4) Apud Euseb., lib. III, cap. XX.

Digitized by Google

Entretanto sucedíanse los Obispos en las sillas principales. San Anacleto había sucedido en Roma á San Cleto (1), en los primeros años de Domiciano; y San Aniano, primer Obispo de Alejandría, después de San Marcos, tuvo por sucesor á Abilio, de quien se lee en las Constituciones, vulgarmente llamadas Apostólicas, haber sido ordenado por el evangelista San Lucas. Y efectivamente, según otros monumentos también, y según los títulos de las traducciones siriaca y persa de su Evangelio, resulta haber estado San Lucas en Egipto y señaladamente en Alejandría, y haber predicado allí en greco-egipcio.

Desde el tiempo en que San Marcos fué á aquella ciudad, había en las cercanías monasterios de Terapeutas. Según el cuadro que de ellos nos traza Filón, eran judíos contemplativos, que, á ejemplo de los profetas y sus discípulos, vivían en el retiro meditando las Sagradas Escrituras y reuniéndose en los días de sábado para alabar á Dios. De creer es que la mayor parte de ellos abrazaron el cristianismo; pues por una parte no se habla ya más de ellos desde Filón, y por otra es cierto que desde tiempos de San Marcos había cristianos á quienes el deseo de una vida más perfecta les llevaba á retirarse al campo en las inmediaciones de Alejandría, y á permanecer encerrados en casa, rezando, meditando la Sagrada Escritura, ocupándose en trabajos de manos, y no tomando su comida hasta después de puesto el sol (2).

Mientras estaba San Juan en la isla de Patmos, por la palabra de Dios y por el testimonio que había dado de Jesucristo, un día de domingo vióse arrebatado en espíritu, y oyó detrás de sí una grande voz como de trompeta, que decía: "Lo que ves, escríbelo en un libro y envíalo á las siete Iglesias que hay en el Asia: á Efeso, y á Esmirna, y á Pérgamo, y á Thyatira, y á Sardis, y á Filadelfia y á Laodicea. Entonces me volví para reconocer la voz que hablaba conmigo. Y vuelto, vi siete candeleros de oro: y en medio de los siete candeleros de oro, á uno semejante al Hijo del hombre, vestido de ropa talar, ceñido á los pechos con una faja de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como lana blanca y como nieve, y sus ojos como llama de fuego, sus pies semejantes á bronce fino cuando está en horno ardiente, y su voz como ruido de muchas aguas. Y tenía en su mano derecha siete estrellas: y de su boca salía una espada de dos filos: y su rostro resplandecía como el sol en su fuerza. Y así que le vi, caí á sus pies como muerto. Mas él puso su diestra sobre mí, diciendo: No temas: yo soy el primero y el último. Y el que vivo, y he sido muerto; y he aquí que vivo en los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno. Escribe, pues, las cosas que has visto, tanto las que son, como las que han de suceder después de éstas. El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y los siete candeleros de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete Iglesias, y los siete candeleros son las siete Iglesias„ (3).

(1) V. Notas anteriores.
(2) *Cass.*, II, cap V; Inst., *Collat.*, XVIII, 5, 6.
(3) Apocalyp., cap. I.

Digitized by Google

"Escribe al ángel de la Iglesia de Efeso: Esto dice el que tiene las siete estrellas en su mano derecha, el que anda en medio de los siete candeleros de oro: Sé tus obras, y tu trabajo, y tu paciencia, y que no puedes sufrir á los malos: y que probaste á aquellos que se dicen ser apóstoles y no lo son: y los has hallado mentirosos. Y tienes paciencia, y has padecido por mi nombre, y no desmayaste. Mas tengo contra ti que has dejado tu primera caridad. Por tanto, acuérdate de donde has decaído: y arrepiéntete y haz las primeras obras: porque si no vengo á ti, y moveré tu candelero de su lugar, si no te corrigieres. Mas esto tienes, que aborreces los hechos de los nicolaítas, que yo también aborrezco. Quien tiene oído, escuche lo que el Espíritu dice á las Iglesias: al vencedor daré á comer del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de mi Dios.

„Y al ángel de la Iglesia de Esmirna escribe: Esto dice el primero y el último, que murió y vive: Sé tu tribulación y tu pobreza, mas rico eres: y eres blasfemado por aquellos que dicen que son judíos y no lo son, mas son sinagoga de Satanás. No temas ninguna de estas cosas que has de padecer. Mira que el diablo ha de meter á algunos de vosotros en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación diez días. Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida. Quien tiene oído, oiga lo que dice el Espíritu á las Iglesias: El que venciere no recibirá daño de la segunda muerte.

„Y escribe al ángel de la Iglesia de Pérgamo: Esto dice el que tiene la espada de dos filos: Sé en dónde moras, en dónde está la silla de Satanás: y conservas mi nombre, y no negaste mi fe. Aun en aquellos días en que Antipas, testigo mío fiel, fué martirizado entre vosotros, donde Satanás mora. Mas tengo contra ti algunas cosas: porque tienes ahí los que siguen la doctrina de Balaán, que enseñaba á Balac á poner tropiezo delante de los hijos de Israel, para que comiesen y fornicasen. Así tienes tú también los que siguen la doctrina de los nicolaítas. Por lo mismo, arrepiéntete: cuando no, vendré á ti presto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. El que tiene oído, escuche lo que dice el Espíritu á las Iglesias: Al vencedor daré yo maná escondido, y le daré una piedrecita blanca: y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, que nadie lo sabe, sino aquel que le recibe.

„Y escribe al ángel de la Iglesia de Thyatira: Esto dice el Hijo de Dios, que tiene los ojos como llamas de fuego, y los pies semejantes al bronce fino: Conozco tus obras, y tu fe, y caridad, y tus servicios, y paciencia, y las postreras obras que hiciste, que exceden á las primeras. Pero tengo algunas cosas contra ti: porque permites á cierta mujer Jezabel, que se dice profetisa, el enseñar, y seducir á mis siervos, para que caigan en la fornicación, y coman de las cosas sacrificadas á los ídolos. Y hele dado tiempo para hacer penitencia: y no quiere arrepentirse de su torpeza. Yo la voy á reducir á una cama, y los que adulteran con ella, se verán en grandísima aflicción, si no hicieren penitencia de sus obras. Y castigaré de muerte á sus hijos, y sabrán todas las Iglesias que yo soy el que escudriño las entrañas y los corazones: y daré á cada uno de vos-

Digitized by Google

otros según sus obras. Pero os digo á vosotros, y á los demás que estáis en Thyatira: A cuantos no siguen esta doctrina y que no han conocido las profundidades de Satanás, como ellos las llaman, yo no echaré sobre vosotros otra carga: Mas guardad bien aquello que tenéis hasta que yo venga. Y al que hubiere vencido, y observado hasta el fin mis obras, yo le daré autoridad sobre las naciones, regirlas ha con vara de hierro, y serán quebrantadas como vaso de alfarero, conforme al poder que yo tengo recibido de mi Padre: y le daré la estrella de la mañana. Quien tiene oído, escuche lo que el Espíritu dice á las Iglesias„ (1).

"Y escribe al ángel de la Iglesia de Sardis: Esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas: Yo conozco tus obras, y que tienes nombre de viviente, y que estás muerto. Sé vigilante, consolida lo restante que estaba para morir. Porque no hallo tus obras cumplidas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido, y oído, y guárdalo, y haz penitencia. Porque si no velares, vendré á ti como ladrón, y no sabrás á qué hora vendré á ti. Con todo, tienes en Sardis unos pocos sujetos que no han contaminado sus vestiduras: y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque lo merecen. El que venciere será así vestido de vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles. Quien tiene oído, escuche lo que dice el Espíritu á las Iglesias.

„Y escribe al ángel de la Iglesia de Filadelfia: Esto dice el Santo, y el verdadero, el que tiene la llave de David: el que abre, y ninguno cierra: cierra y ninguno abre. Yo conozco tus obras. He aquí puse delante de ti una puerta abierta, que ninguno puede cerrar: porque tienes poca fuerza, y con todo has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre. He aquí voy á traer de la sinagoga de Satanás los que dicen que son judíos y no lo son, mas mienten. He aquí los haré venir, y que adoren ante tus pies, y sabrán que yo te he amado. Ya que has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la tentación, que ha de venir sobre todo el mundo para probar á los moradores de la tierra. Mira que vengo luego: mantén lo que tienes, no sea que otro se lleve tu corona. Al que venciere yo le haré columna en el templo de mi Dios, y no saldrá jamás fuera: y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, que desciende del cielo y viene de mi Dios, y el nombre mío nuevo. Quien tiene oído, escuche lo que dice el Espíritu á las Iglesias.

„Y escribe al ángel de la Iglesia de Laodicea: Esto dice la misma Verdad, el testigo fiely verdadero, el que es principio de las criaturas de Dios. Conozco bien tus obras, que no eres frío ni caliente: ¡ojalá fueras frío ó caliente! Mas porque eres tibio, que no eres frío ni caliente, te comenzaré á vomitar de mi boca. Porque estás diciendo: Rico soy y estoy lleno de bienes, y de nada tengo falta; y no conoces que eres un cuitado, y mi-

---

(1) Apocalyp., cap. II.

Digitized by Google

serable, y pobre, y ciego, y desnudo. Aconséjote que compres de mí el oro afinado en el fuego, con que te hagas rico, y te vistas de ropas blancas, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez, y unge tus ojos con colirio para que veas. Yo á los que amo, los reprendo y castigo. Arde, pues, en celo, y haz penitencia. He aquí que estoy á la puerta, y llamo: si alguno escuchase mi voz, y me abriere la puerta, entraré á él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere le haré sentar conmigo en mi trono: así como yo también he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, escuche lo que el Espíritu dice á las Iglesias„ (1).

Son estas siete Iglesias de Asia aquellas de las cuales tomaba San Juan especial cuidado; los ángeles de estas Iglesias son los Obispos de ellas; las advertencias que se les dirigen, no tanto miran á las cualidades personales de los mismos, cuanto al estado de dichas Iglesias. Tal es, al menos, el sentido en que comunmente se entienden. De los siete Obispos sólo dos nos son conocidos: el de Efeso y el de Esmirna. El primero, San Timoteo, consagrado Obispo de Efeso por San Pablo, y que murió por la fe, al año siguiente. El segundo, San Policarpo, consagrado Obispo por San Juan mismo, y que más adelante coronó una larga y muy santa vida con glorioso martirio. Esta primera visión pasaba como en la tierra, donde el Hijo del hombre andaba en medio de los siete candeleros ó de las siete Iglesias, para gobernarlas. Cosa de mayor alteza viene en seguida.

"Después de esto miré: y vi una puerta abierta en el cielo, y la primera voz que oí, como de trompeta, que hablaba conmigo, me dijo: Sube acá, y te mostraré las cosas que han de suceder en adelante. Al punto fuí elevado en espíritu: y vi un trono colocado en el cielo, y sobre el trono estaba uno sentado. Y el que estaba sentado era parecido á una piedra de jaspe, y de sardia: y había alrededor del trono un arco iris, de color de esmeralda. Y alrededor del trono veinticuatro sillas: y sobre las sillas veinticuatro ancianos sentados, revestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas. Y del trono salían relámpagos, y voces, y truenos: y delante del trono siete lámparas ardiendo, que son los siete espíritus de Dios. Y á la vista del trono había un mar transparente como el vidrio, semejante al cristal: y en medio del trono, y alrededor del trono cuatro animales (*ó séres vivientes*) llenos de ojos delante y detrás. Y el primer animal semejante á un león, y el segundo animal semejante á un becerro, y el tercer animal que tenía cara como de hombre, y el cuarto animal semejante á una águila volando. Y los cuatro animales, cada uno de ellos tenía seis alas: y alrededor y dentro están llenos de ojos, y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo, el Señor Dios omnipotente, el cual era, el cual es, y el cual ha de venir. Y cuando aquellos animales daban gloria, y honor, y bendición al que estaba sentado en el trono, que vive en los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postraban delante del que estaba sentado en el trono, y adoraban al que vive en los

(1) Apocalyp., cap. III.

Digitized by Google

siglos de los siglos, y echaban sus coronas delante del trono, diciendo: Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir gloria, y honra, y poderío: porque tú criaste todas las cosas, y por tu querer subsisten y fueron criadas„ (1).

La puerta abierta en el cielo significa que van á ser revelados los grandes secretos de Dios. Hállase colocado un trono para el juicio. Vese además un Senado de veinticuatro asesores. Es el conjunto de los santos del Antiguo y Nuevo Testamento, representados por sus jefes y guías. Figurados los del Antiguo en los doce Patriarcas, y los del Nuevo en los doce Apóstoles. Son todos iguales en dignidad y años, porque lo que se cumple en el Nuevo Testamento, se halla figurado y comenzado en el Antiguo. Este mismo conjunto de los santos se halla luego representado en las doce puertas de la santa ciudad, donde están escritos los nombres de las doce tribus, y en los doce fundamentos de esa misma ciudad, donde están escritos los nombres de los doce Apóstoles. Los cuatro animales, ó seres vivientes, son los cuatro evangelistas, ó tal vez más bien los cuatro profetas mayores: Isaías, representado por el león de la tribu de Judá; Jeremías, sacerdote, representado por el becerro del sacrificio; Ezequiel, llamado siempre hijo del hombre, representado por rostro humano; Daniel, cuya vista penetrante atraviesa todos los siglos, representado por el águila volando. Están llenos de ojos delante y detrás, porque relatan ,con maravillosa penetración, así lo presente como lo porvenir.

Vió luego San Juan en la mano derecha del que estaba sentado sobre el trono un libro escrito dentro y fuera, sellado con siete sellos. "Y vi un ángel fuerte que decía á grandes voces: ¿Quién es digno de abrir el libro, y de levantar sus sellos? Y ninguno podía, ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra, abrir el libro, ni mirarlo. Y yo lloraba mucho, porque no fué hallado ninguno digno de abrir y leer el libro, ni mirarlo. Entonces uno de los ancianos me dijo: No llores: he aquí el león de la tribu de Judá, la raíz de David, que ha vencido, para abrir el libro, y levantar sus siete sellos.

„Y miré, y vi en medio del trono y de los cuatro animales, y en medio de los ancianos, un cordero en pie, así como muerto, el cual tenía siete cuernos, y siete ojos: que son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra. El cual vino, y recibió el libro de la mano derecha de aquel que estaba sentado en el trono. Y cuando tomó el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero, teniendo todos cítaras y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos: y cantaban un cántico nuevo, diciendo: Digno eres, Señor, de recibir el libro, y de abrir sus sellos; porque tú has sido entregado á la muerte, y con tu sangre nos has rescatado para Dios de todas las tribus, y pueblos, y lenguas, y naciones: y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.

„Vi también y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de

(1) Apocalyp., IV.

Digitized by Google

los animales y de los ancianos, y su número era millares de millares, los cuales decían en alta voz: Digno es el cordero que ha sido sacrificado de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria y la bendición. Y á toda criatura que hay en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y las que hay en el mar y cuanto allí hay, oí decir á todos: Al que está sentado en el trono y al Cordero bendición, y honra, y gloria y poder en los siglos de los siglos. Y los cuatro animales decían: Amén. Y los veinticuatro ancianos cayeron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos„ (1).

¿A quién no conmovería tan solemne aparato? Colocados en sus tronos el juez y los veinticuatro asesores, se presenta el libro que contiene los juicios; pero á solo el cordero de Dios le es dado abrirlo. Ese cordero está en pie y vivo; mas parece como muerto é inmolado á causa de sus llagas, que ha ido con ellas al cielo. Está en medio del trono como mediador y para impedir que los relámpagos y los truenos que parten del trono lleguen hasta nosotros. Los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos entonan las alabanzas del cordero. Innumerables ángeles unen la suya á esas voces. Y finalmente, todas las criaturas que hay en el cielo y en la tierra, y debajo de la tierra y en el mar, se juntan en un concierto de gloria y adoración á Dios y al Cordero, al Padre y al Hijo. Y los egregios varones que han comenzado el solemne acto, le dan también término: con un amén los vivientes; y prosternándose los ancianos, y adorando al que vive por eternidades de eternidades.

¿Mas dónde están los reos á quien se ha de juzgar y castigar? Dos se presentan por de pronto, el pueblo judío y el Imperio romano; figura uno y otro de un tercero, que habrá de ser el mundo todo. La ejecución del primero ha comenzado ya; pero no está terminada. Así que se le dice al Apóstol: "Escribe, pues, las cosas que has visto, tanto las que son, como las que han de suceder después de éstas.„ La ejecución del segundo debe igualmente verificarse pronto, ya que expresamente se dice: "No selles las palabras de la profecía de este libro, pues el tiempo está cerca„ (2). Nos limitaremos á señalar en estas palabras proféticas las dos primeras ejecuciones, dejando á los tiempos futuros la designación del tercero (3).

"Y vi que el Cordero abrió uno de los siete sellos, y oí que uno de los cuatro animales decía, como con voz de trueno: Ven y verás. Y miré: y vi un caballo blanco, y el que lo montaba tenía un arco, y le fué dada una corona, y salió victorioso para vencer.

„Y cuando abrió el segundo sello, oí al segundo animal que decía: Ven y verás. Y salió otro caballo bermejo: y al que lo montaba se le concedió el poder de desterrar la paz de la tierra, y de hacer que los hombres se matasen unos á otros, y se le dió una grande espada.

„Y cuando abrió el tercer sello, oí al tercer animal que decía: Ven y

(1) Apocalyp., V.
(2) Apocalip., XXII, 10.
(3) Bossuet, *Sobre el Apocalipsis.*

Digitized by Google

verás. Y apareció un caballo negro: y el que lo montaba tenía una balanza en su mano. Y oí como una voz en medio de los cuatro animales, que decía: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario, mas al vino y al aceite no hagas daño.

„Y cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto animal que decía: Ven y verás. Y apareció un caballo pálido: cuyo jinete tenía por nombre Muerte, y le seguía el infierno, y le fué dado poder sobre la cuarta parte de la tierra para matar con espada, con hambre, y con mortandad y por medio de las fieras de la tierra.

„Y cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que fueron muertos por la palabra de Dios y por ratificar su testimonio. Y clamaban en voz alta, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor (santo y verdadero), difieres hacer justicia y vengar nuestra sangre contra los que habitan en la tierra? Diósele luego á cada uno de ellos un ropaje blanco: y se les dijo que descansasen un poco de tiempo, en tanto que se cumplía el número de sus consiervos y hermanos, que también habían de ser muertos como ellos.

„Y miré cuando abrió el sexto sello: y al punto se sintió un gran terremoto, y se tornó el sol negro como un saco de cilicio: y la luna se volvió toda como sangre: y las estrellas cayeron del cielo sobre la tierra, como la higuera deja caer sus higos cuando es sacudida de recio viento: y el cielo desapareció como un libro que es arrollado: y todo monte y toda isla fueron movidos de sus lugares. Y los reyes de la tierra, y los príncipes, y los tribunos, y los ricos, y los poderosos y todos los hombres, así esclavos como libres, se escondieron en las grutas y entre las peñas de los montes: y decían á los montes y á las peñas: Caed sobre nosotros y escondednos de la cara del que está sentado sobre el trono y de la ira del Cordero, porque llegado es el día grande de la cólera de ellos, y ¿quién podrá sostenerse en pie?„ (1).

Los cuatro primeros sellos parecen haber encerrado sucesos ya cumplidos cuando el santo Evangelista escribía su revelación. Preciso era recordarlos por su enlace con el conjunto. El vencedor coronado que sale para la victoria es evidentemente Jesucristo, el cual desde el día de su Ascensión sólo victorias tiene. Y otras pruebas de ello veremos más adelante. El primero de los cuatro misteriosos seres, de los cuatro profetas mayores, es quien llama la atención del Apóstol hacia la aparición del héroe que venía caballero en blanco corcel. ¿Quién efectivamente anunció la victoria de Jesucristo, la propagación de su Evangelio con mayor magnificencia que el sublime Isaías? Los tres jinetes que siguen son únicamente los ejecutores á las órdenes del héroe coronado: la guerra, el hambre y la peste. La guerra de los romanos, señalada por Jeremías, profeta de las desventuras de Jerusalén; el hambre, señalada por Ezequiel, al cual se le había dicho que los moradores de Jerusalén comerían el pan

(1) Apocalyp., VI.

Digitized by Google

por peso, en inquietud, y beberían el agua por medida, en angustia (1); la peste ó la mortandad, señalada por Daniel, que con precisión tanta había predicho los últimos males de Jerusalén. A estos tres siniestros jinetes se les da potestad de exterminar la cuarta parte de la tierra ó del país por la espada, por el hambre, por la mortandad, por las bestias fieras. Esta última calamidad la hemos visto verificarse en los anfiteatros de Cesarea y de Berito, y las otras en el sitio de Jerusalén.

Al abrirse el quinto sello aparecen las almas santas de los mártires, aparecen bajo el altar, porque ya entonces la Iglesia colocaba sus cuerpos debajo del altar del Señor, como para unir los miembros á su cabeza. La venganza que piden es justa y misericordiosa: es que se manifieste la justicia de Dios á fin de que los hombres vivan en su santo temor y se conviertan; es que el reino del pecado, tan rigoroso para con ellos, sea destruído. Es acogida su plegaria. Reciben una blanca vestidura, que es la gloría de los santos, esperando la resurrección. Por ahora se les dice que esperen un poco todavía hasta que se cumpla el número de los mártires predestinados en Israel. Mas ya desde entonces, sin embargo, al abrirse el sexto sello, se anuncia la última é irrevocable vindicta divina: primeramente sobre los judíos, y después sobre el Imperio perseguidor; pero es la vindicta presentada todavía confusamente y en general. Las grandes calamidades públicas hállanse descritas en los profetas como si fuese un desquiciamiento de la naturaleza toda: tiembla la tierra, obscurécese el sol, tórnase sangrienta la luna, caen las estrellas del cielo: es que todo parece perecer para los que perecen. Más hay: y es que hacia aquel tiempo ocurrieron calamidades tales, que los escritores profanos, uno de los cuales fué testigo ocular, las describen casi en los mismos términos que San Juan.

Reinando Tito, el monte Vesubio, que desde tiempo inmemorial no daba motivo alguno de temor, y se hallaba cubierto de árboles y viñas, tuvo de pronto una erupción. Eran al principio sacudidas violentas de la tierra que conmovían las montañas hasta la cima; ruidos subterráneos, como de trueno; prolongados mugidos, que hacían resonar la cercana ribera; un suelo caldeado, casi ardiente; la mar hirviendo y el suelo inflamado: parecía que todos los elementos se hacían una guerra de la cual iban á ser víctimas los hombres. Cuando de pronto ábrese con estrépito el Vesubio, lanza á los aires enormes rocas, y torbellinos de llamas y de humo; álzanse nubes de cenizas, desaparece el sol, cámbiase el día en espantosa noche. Todo es gritos y desesperación de gentes que escapan del campo á las casas y de las casas al campo, de la tierra á la mar, de la mar á la tierra; pues doquiera reinaba espanto y muerte. En dos ciudades próximas á aquel sitio, Pompeya y Herculano, estaba el pueblo reunido en el teatro para presenciar un espectáculo, cuando dichas ciudades quedaron sepultadas bajo una lluvia de ceniza ardiendo, según se presentan aún en nuestros días. Aquellas nubes de ceniza, que mataban los pájaros en el

(1) Ezech., IV, 16.

Digitized by Google

aire y los peces en la mar, pasaron hasta Africa, Siria y Egipto. En Roma se obscureció por varios dias la lumbre del sol. Estaban las gentes en que sobrevenía la destrucción de la naturaleza toda. Siguióse una peste tan violenta que por bastante tiempo se contaban cada día, y sólo en Roma, diez mil muertos. Y acaeció, para más, un incendio que consumió una considerable parte de la ciudad (1).

Calamidades semejantes se presentaron en el reinado de Trajano. Afligieron á Grecia, Asia y la Galacia pavorosos temblores de tierra; pero nada igualó al desastre de Antioquía. Trajano, victorioso, asentaba allí su corte largo tiempo hacía; habíase reunido innumerable multitud de gentes de guerra, mercaderes, embajadores, y curiosos de todas las naciones, cuando vino á derruir la ciudad un temblor de tierra con sonido de truenos, é impetuosos vientos, y fuegos subterráneos. Como Dios, para usar las expresiones mismas del pagano Dión Casio, sacudió así la ciudad por muchos días y muchas noches, pereció una inmensa multitud, y, entre otros, uno de los cónsules. Al mismo Trajano le costó trabajo escapar, saltando por una ventana. Poco tiempo antes había condenado á las fieras á un mártir de los más ilustres, á San Ignacio, Obispo de Antioquía. Lo cual parece un comentario natural de la profecía. Apenas la sangre del mártir ha hecho oir su voz desde debajo del altar, cuando se anuncia ya la vindicta de Dios.

"Después de esto vi—continúa el Apóstol—cuatro ángeles que estaban sobre los cuatro ángulos de la tierra, deteniendo los cuatro vientos de la tierra, para que no soplasen sobre la tierra ni sobre la mar, ni sobre árbol alguno. Y vi otro ángel que subía del nacimiento del sol, y tenía la señal del Dios vivo: y clamó en alta voz á los cuatro ángeles á quienes era dado poder de dañar á la tierra y á la mar, diciendo: No hagáis mal á la tierra, ni á la mar, ni á los árboles, hasta tanto que señalemos á los siervos de nuestro Dios en sus frentes.

„Oí también el número de los señalados, que eran ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de los hijos de Israel. De la tribu de Judá, doce mil señalados: De la tribu de Rubén, doce mil señalados: De la tribu de Gad, doce mil señalados: De la tribu de Asér, doce mil señalados: De la tribu de Nephtalí, doce mil señalados: De la tribu de Manasés, doce mil señalados: De la tribu de Simeón, doce mil señalados: De la tribu de Leví, doce mil señalados: De la tribu de Isacar, doce mil señalados: De la tribu de Zabulón, doce mil señalados: De la tribu de Joseph, doce mil señalados: De la tribu de Benjamín, doce mil señalados.

„Después de esto vi una grande muchedumbre, que ninguno podía contar, de todas naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas: que estaban en pie ante el trono, y delante del Cordero, cubiertos de vestiduras blancas, y palmas en sus manos: Y exclamaban á grandes voces, diciendo: La salud á nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al Cordero.

---

(1) Suet., *Tit.*, núm. 8; Dión, Plin., lib. VI, *Epist.*, XVI y XX.

Digitized by Google

„Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos, y de los cuatro animales: y se dejaron caer ante el trono sobre sus rostros, y adoraron á Dios, diciendo: Amén. Bendición, y gloria, y sabiduría, y acción de gracias, honra, y poder, y fortaleza á nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

„Y tomando la palabra uno de los ancianos, me dijo: Estos que están cubiertos de blancas vestiduras, ¿quiénes son? ¿y de dónde vinieron? Y le dije: Mi Señor, tú lo sabes. Y díjome: Estos son los que vinieron de grande tribulación, y lavaron sus vestiduras, y las emblanquecieron en la sangre del Cordero. Por esto están ante el trono de Dios, y le sirven día y noche en su Templo, y el que está sentado en el trono, morará sobre ellos. No tendrán hambre, ni sed nunca jamás, ni caerá sobre ellos el sol ni ningún ardor: porque el Cordero, que está en medio del trono, será su pastor, y los llevará á fuentes de aguas vivas, y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos„ (1).

He aquí suspendida la venganza; marcados los elegidos antes de que se verifique, y sacados de las doce tribus de Israel; la innumerable muchedumbre de los otros mártires sacados de la gentilidad; la felicidad y la gloria de los santos. La señal de Dios con que están sellados los escogidos, es la letra Tau, que tenía la forma de cruz. Hay ciento cuarenta y cuatro mil señalados en las tribus de Israel. Es que había en Jerusalén una Iglesia santa de aquella nación, que subsistió allí aun después de la ruina del Templo, y se conservó hasta el tiempo de Adriano, bajo quince Obispos sacados de los judíos convertidos. Venían á ella muchos judíos; y cuando hubieron venido todos los que Dios había elegido para que entrasen, fueron los judíos dispersados y exterminados de la Judea. Vense, pues, levantados los sellos y abierto el libro, es decir, revelados los designios de Dios. Vese sobre quién debe caer primeramente la ira del justo Juez, sobre los judíos. Vese por qué se dilata el vengar la sangre de los mártires y de donde había de sacarse un número tan grande de sus hermanos que era preciso completar primero (2).

"Y cuando hubo abierto el último sello, fué hecho silencio en el cielo, casi por media hora. Y vi siete ángeles que estaban en pie delante de Dios: y les fueron dadas siete trompetas.

„Vino entonces otro ángel, y púsose ante el altar con un incensario de oro: y le fueron dados muchos perfumes, para que pusiese de las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro, que estaba ante el trono de Dios. Y el humo de los perfumes encendidos de las oraciones de los santos subió por la mano del ángel delante de Dios.

„Y el ángel tomó el incensario, y lo llenó del fuego del altar, y arrojando este fuego á la tierra, sintiéronse truenos, y voces, y relámpagos, y un grande terremoto.

---

(1) Apocalyp. VII.
(2) Bossuet, *Explicación del Apocalipsis.*

Digitized by Google

„Y los siete ángeles, que tenían las siete trompetas, se aprestaron para tocarlas.

„Y el primer ángel tocó la trompeta, y formóse una tempestad de granizo y fuego, mezclados con sangre, y descargó sobre la tierra, con lo que la tercera parte de la tierra se abrasó, y fué abrasada la tercera parte de los árboles, y quemada toda la hierba verde.

„Y el segundo ángel tocó la trompeta: y se vió caer en el mar como un gran monte, todo de fuego, y la tercera parte del mar se convirtió en sangre, y murió la tercera parte de las criaturas que vivían en el mar, y pereció la tercera parte de las naves.

„Y el tercer ángel tocó la trompeta: y cayó del cielo una grande estrella ardiendo, como una tea, y cayó en la tercera parte de los ríos, y en las fuentes de las aguas: Y el nombre de la estrella se dice Ajenjo; y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo: y murieron muchos hombres por las aguas, porque se tornaron amargas.

„Y el cuarto ángel tocó la trompeta: y fué herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, de tal manera que se obscurecieron en su tercera parte, y así quedó privado el día de la tercera parte de su luz, y lo mismo la noche.

„Y entonces miré, y oí la voz de un águila (según varios ejemplares, de un ángel) que volaba por medio del cielo, que decía en alta voz: ¡Ay, ay, ay de los moradores de la tierra, por las otras voces de los tres ángeles que han de tocar la trompeta!„ (1).

Comienza á ejecutarse aquí contra los judíos la venganza preparada en el capítulo precedente. El granizo y el agua mezclados de fuego significan el comienzo de su desolación bajo Trajano, cuyos generales hicieron perecer un sinnúmero de ellos. La gran montaña ardiendo que cae sobre el mar, es el poderío de los romanos, que cae con toda su fuerza sobre los judíos, en tiempo de Adriano, y les mata más de seiscientos mil, sin contar los que perecieron consumidos por el hamdre y por el fuego, y los innumerables esclavos que fueron vendidos por toda la tierra; de suerte que los judíos consideraron este desastre como el mayor que nunca les hubiese sucedido, mayor aún que el que les sobreviniera bajo Tito. Aniquilóse todo lo que le había quedado de gloria á Jerusalén; perdió hasta su nombre, dejándole Adriano solamente el suyo que él mismo le había impuesto. Tuvieron también los romanos inmensas pérdidas en esta guerra: era una montaña ardiendo, pero cayó en la mar, y sólo por su magnitud prevaleció.

La grande estrella, la estrella ardiente que cae del cielo, es el falso Mesías, Cochebas, causa única de la desdicha que San Juan acaba de describir. El nombre cuadra bien; pues Cochevas significa estrella; mas el asunto cuadra aún mejor, ya que, como veremos luego, jactábase Bar-Cochevas de ser un astro bajado del cielo en auxilio de su nación. San Juan hace ver, para confundirle, que no baja este tal, sino que cae del

(1) Apocalip., VIII.

Digitized by Google

cielo, como aquellos fuegos que al caer se disipan. Su nombre simbólico es Ajenjo, amargura, porque la miseria de los judíos fué entonces irremediable. Les fué prohibido bajo pena de muerte entrar en Jerusalén, y aun subir á sitio desde donde pudiese verse la ciudad, y pagaban bien cara la libertad de venir tan sólo un día del año á regar con sus lágrimas el lugar en donde había estado el Templo.

El obscurecimiento de la tercera parte del sol, de la luna y de las estrellas, es el obscurecimiento de las profecías por la malicia de los judíos en aquel mismo tiempo. Akiba, rabino famoso, alteró el sentido de ellas para aplicarlas á su falso Mesías Bar-Cochebas. Todos los judíos entraron más que nunca en el mismo designio. Hicieron entonces la compilación de sus deuterosas, es decir, de sus tradiciones ó de su Talmud. Adensóse el velo que cubría sus corazones. Parecía haber sacado ya Dios los elegidos que entre ellos hubiese. El manantial de las conversiones de aquel pueblo quedó, como quien dice, agotado con la extinción de la Iglesia que formaban ellos en Jerusalén. La Iglesia que se conservó allí componíanla tan sólo gentiles, y de entre éstos salieron ya los Obispos, según más adelante veremos.

"Y el quinto ángel tocó la trompeta, y vi que una estrella cayó del cielo en la tierra, y le fué dada la llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo del abismo: y subió humo del pozo, como humo de un grande horno: y se obscureció el sol y el aire con el humo del pozo. Y del humo del pozo salieron langostas á la tierra: y les fué dado poder, como tienen poder los escorpiones de la tierra: Y les fué mandado que no hiciesen daño á la hierba de la tierra, ni á cosa alguna verde, ni á ningún árbol: sino solamente á los hombres que no tienen la señal de Dios en sus frentes: y les fué dado no que los matasen: sino que los atormentasen por cinco meses: y su tormento como tormento de escorpión cuando hiere á un hombre. Y en aquellos días buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán: y desearán morir, y huirá la muerte de ellos.

„Y las figuras de las langostas eran parecidas á caballos aparejados para la batalla: y sobre sus cabezas tenían como coronas semejantes al oro: y sus caras eran así como caras de hombres. Y tenían cabellos como de mujeres. Y sus dientes eran como dientes de leones: Y vestían lorigas como lorigas de hierro: el estruendo de sus alas como estruendo de carros de muchos caballos que corren al combate: Y tenían colas semejantes á las de los escorpiones, y había aguijones en sus colas: y su poder para dañar á los hombres cinco meses: y tenían sobre sí por rey al ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abaddón, en griego Apollyón, que quiere decir en latín Exterminans (esto es: el Exterminador).

„El un ay se pasó ya, mas luego después van á venir dos ayes todavía„ (1).

En esta visión hay algo más terrible que lo visto hasta ahora: va el infierno á abrirse, y va á presentarse el demonio por primera vez segui-

(1) Apocalyp., IX, 1-12.

Digitized by Google

do de combatientes de la más extraña figura que San Juan haya puesto en su libro. Hay también una estrella que cae del cielo. Por las estrellas, en las sagradas letras, son entendidos los doctores. A los falsos doctores llámalos San Judas estrellas errantes ó exhalaciones errantes; y aquellos fuegos que caen del cielo no menos adecuadamente los representan.

Esta estrella caída á quien es dado abrir el pozo del abismo, parece ser el heresiarca Teodoto de Bizancio. Hombre sabio, y por tal tenido. Preso por la fe durante la persecución de Marco Aurelio, la había abandonado él sólo, mientras que sus compañeros de prisión habían ido al martirio. Como los que conocían su ciencia le reprochasen una caída tan vergonzosa en un hombre tan sabio, respondióles como única razón, que en todo caso, si había renegado de Jesucristo, había renegado de un puro hombre, y no de un Dios: detestable disculpa, que pretendía cubrir una cobardía con una blasfemia.

Esa impiedad, tomada de los judaizantes Cerinto y Ebión, propagada por Praxeas, Noeto, Sabelio, Pablo de Samosata, y sobre todo por Arrio, vino á ser como una humareda del abismo, que obscureció con falsas doctrinas al Sol de justicia, esto es á Jesucristo, ó más bien, la fe pura que de su divinidad se tenía. Las langostas salidas de aquella negra humareda nos representan el sinnúmero de herejías que de aquella primera herejía brotaron. A la manera que las langostas, tampoco las herejías son aptas para elevarse como las aves, ni para adelantarse por el suelo con pasos regulares, como los animales terrestres; sino que proceden siempre como saltando de una en otra cuestión, y devastando la mies de la Iglesia. No tienen dirección normalizada, innova cada uno según su fantasía, y todo se hace por cábala. Y lo mismo que las langostas, tampoco ellas concluyen el año, no tienen vida perfecta ni tiempo cumplido, como la Iglesia. Mueren, renacen y vuelven á morir otra vez.

Langostas son éstas que no devastan la hierba ni los campos y las mieses, sino á los hombres, y no á todos, sino á aquellos que no tienen la señal de Dios, que no son del número de sus elegidos; y dañan no tanto con la violencia, cuanto por un secreto veneno, á manera de los escorpiones. No les atribuye San Juan guerra temporal, sino un contagio espiritual, la seducción. Tienen la apariencia de la verdad, pero nada más que la apariencia. Sus coronas parecen, nada más, ser de oro, sus lorigas parecen, nada más, ser de hierro. Tienen por rey al ángel del abismo. Pues por más que las herejías no guarden orden, y hagan poco caso de sus autores, á quienes las más de las veces niegan; están, en efecto, dominadas por el ángel del abismo, que secretamente las guía, y ese ángel se llama el Exterminador, Apollyon, en griego; es decir, el que mata, el que hace perecer; aquel á quien el Hijo de Dios le llama homicida desde el principio, porque su seducción trajo la muerte á nuestros primeros padres: de modo que la seducción es su principal arma de exterminio, como sucede también con los herejes, á quienes anima (1).

(1) **Bossuet.**

Digitized by Google

Y después que pasó el primer ay, "el sexto ángel tocó la trompeta, y oí una voz que salía de los cuatro ángulos del altar de oro, que está ante los ojos del Señor, la cual decía al sexto ángel, que tenía la trompeta: Desata los cuatro ángeles que están atados en el grande río Eufrates.

„Y fueron desatados los cuatro ángeles, que estaban aprestados para la hora, y día, y mes, y año, en que debían matar la tercera parte de los hombres.

„Y el número de las tropas de á caballo era de doscientos millones. Porque yo oí el número de ellas.

„Y así vi los caballos en visión: y los que los cabalgaban vestían lorigas de fuego, y de color de jacinto, y de azufre: y las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones: y de su boca salía fuego, y humo, y azufre.

„Y de estas tres plagas fué muerta la tercera parte de los hombres, del fuego, del humo, y del azufre, que salían de sus bocas. Porque la fuerza de los caballos está en su boca y en sus colas: pues las colas de ellos semejantes á serpientes, que tienen cabezas: y con ellas dañan.

„Y los otros hombres que no fueron muertos de estas plagas, no por eso hicieron penitencia de las obras de sus manos, con dejar de adorar á los demonios, y á los simulacros de oro, y de plata, y de bronce, y de piedra, y de madera, que ni pueden ver, ni oir, ni andar: ni tampoco se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus maleficios, ni de su fornicación, ni de sus hurtos„ (1).

Hasta ahora no se hacía referencia á ídolos; prueba de que sólo se trataba del pueblo judío. Ahora le llega la vez á la muchedumbre idólatra, al pueblo romano. El cual, efectivamente, llegaba en sus confines al Eufrates. Era dicho río la fatal barrera que lo defendía contra los persas, y contra el diluvio de pueblos bárbaros que habían de despojarle y desmembrarle un día.

Aquellos ángeles atados, buenos ó malos, son los que tenían en sus manos dicha barrera. Hasta entonces no la habían franqueado impunemente los persas. Pero bajo el imperio de Valeriano, uno de los más violentos perseguidores de la Iglesia, su innumerable caballería hizo una irrupción tan súbita, que se hallaron á la vista de Antioquía antes que se hubiese tenido de ello noticia alguna, y á la sazón que todo el pueblo estaba en el teatro, cuando de pronto una actriz divisó al enemigo, y exclamó: "¡O esto es un sueño, ó allí vienen en efecto los persas„ (2). Fué quemada la ciudad y devastado el país. Adelantáronse los persas hasta Cesarea de Filipo, junto á las fuentes del Jordán. Venían cubiertos de hierro, de punta en blanco, ellos y sus caballos; combatían de frente y de espalda, y disparaban aun huyendo. Con lo cual herían por la cabeza y por la cola. El mismo Valeriano, después de una sangrienta derrota, cayó prisionero, y se vió reducido á servir de poyo al rey de Persia cuando

(1) Apocalyp., IX. 13-21.
(2) Ausm., *Marcell.*, lib. XXIII, cap. V.

Digitized by Google

montaba á caballo, y fué últimamente desollado vivo y colgada su piel en un templo para perpetuo monumento de la derrota y vergüenza de los romanos.

Al mismo tiempo unos diez pueblos bárbaros, suevos, alanos, germanos, hérulos, vándalos, francos, sármatas, godos, y escitas, atacaron el imperio por todas sus fronteras; mientras que treinta tiranos lo desgarraban y arruinaban interiormente con la peste y el hambre. Jamás se habían visto tan grandes males, ni tan universales, ni tantos á la vez.

"Y vi otro ángel fuerte descender del cielo, revestido de una nube, y sobre su cabeza el arco iris, y su cara era como el sol, y sus pies como columnas de fuego: Y tenía en su mano un librito abierto: y puso su pie derecho sobre la mar, y el izquierdo sobre la tierra: Y clamó en alta voz, como un león cuando ruge.

„Y luego que hubo clamado, siete truenos articularon sus voces. Y articulado que hubieron los siete truenos sus voces, yo las iba á escribir: cuando oí una voz del cielo que me decía: Sella las cosas que han hablado los siete truenos, y no las escribas.

„Y el ángel que vi estar sobre la mar y sobre la tierra, levantó al cielo su mano: y juró por el que vive en los siglos de los siglos, que crió el cielo y las cosas que hay en él, y la tierra y las cosas que hay en ella, y la mar y las cosas que hay en ella: Que no había ya más tiempo: sino que cuando se oyere la voz del séptimo ángel, comenzando á sonar la trompeta, será consumado el misterio de Dios, según lo tiene anunciado por sus siervos los profetas.

„Y oí la voz del cielo que hablaba otra vez conmigo, y que decía: Ve, y toma el libro abierto de mano del ángel que está sobre la mar y sobre la tierra. Y me fuí al ángel, y le dije que me diese el libro. Y me dijo: Toma el libro, y devóralo: y hará amargar tu vientre, mas en tu boca será dulce como la miel. Y tomé el libro de mano del ángel, y lo devoré: y era dulce en mi boca como la miel: y cuando lo hube devorado, quedó mi vientre lleno de amargura. Y me dijo: Es necesario que de nuevo profetices á las naciones, y pueblos, y lenguas, y á muchos reyes„ (1).

Hállase propuesta aquí como cercana la última venganza. El cuaderno ó pequeño escrito abierto es la sentencia ya pronunciada, y próxima á ejecutarse. Y es sentencia irrevocable; los pies del ángel son como columnas de fuego. El imperio va á ser aplastado por doquiera; el ángel huella con un pie la mar y con otro la tierra. Ya no hay más dilación; el ángel jura que no habrá ya más tiempo, y que va á consumarse el misterio de Dios, es decir, la glorificación de la Iglesia y el término de las persecuciones, por terribles castigos de los perseguidores. Este aserto causa al principio alegría al profeta, por ver el poder de Dios ejercitado sobre sus enemigos; mas luego siente aflicción de ver á tantos hombres perdidos. Lo que sigue no es ya concerniente á un solo pueblo, sino á una muchedumbre de pueblos y de reyes.

(1) Apocalyp., X.

Digitized by Google

„Entonces se me dió—continúa San Juan—una caña á manera de vara, y díjoseme: Levántate y mide el Templo de Dios, y el altar y los que adoran en él. Pero el atrio exterior del Templo déjalo fuera, y no lo midas; por cuanto está dado á los gentiles; los cuales han de hollar la ciudad santa cuarenta y dos meses. Y daré á mis dos testigos, y profetizarán mil doscientos y sesenta días, vestidos de sacos.

„Estos son dos olivos, y dos candeleros, que están delante del Señor de la tierra. Y si alguno les quisiese dañar, saldrá fuego de la boca de ellos, que devorará á sus enemigos: y si alguno les quisiese hacer daño, así conviene que sea consumido. Estos tienen poder de cerrar el cielo, para que no llueva en el tiempo que ellos profeticen: y tienen también potestad sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para afligir la tierra con toda suerte de plagas siempre que quisieren.

„Y cuando acabaren su testimonio, lidiará contra ellos la bestia que sube del abismo, y los vencerá, y los matará. Y los cuerpos de ellos yacerán en las plazas de la grande ciudad, que es llamada espiritualmente Sodoma, y Egipto, donde el Señor de ellos fué también crucificado.

„Y los de las tribus y pueblos, y lenguas, y naciones estarán viendo sus cuerpos por tres días y medio: y no permitirán que se les dé sepultura. Y los moradores de la tierra se gozarán por la muerte de ellos, y se alegrarán: y se enviarán presentes los unos á los otros, porque estos dos Profetas atormentaron á los que moraban sobre la tierra. Pero al cabo de tres días y medio entró en ellos el espíritu de vida enviado de Dios. Y se alzaron sobre sus pies, con lo que un terror grande sobrecogió á los que los vieron. Y oyeron una grande voz del cielo que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube: y los vieron los enemigos de ellos.

„Y en aquella hora fué hecho un grande terremoto, y cayó la décima parte de la ciudad: y perecieron en el terremoto siete mil personas: y los demás hombres fueron atemorizados y dieron gloria á Dios del cielo. Se pasó el segundo ay: y he aquí el tercer ay vendrá presto.

„Y el séptimo ángel tocó la trompeta: y se sintieron grandes voces en el cielo que decían: El reino de este mundo ha venido á ser de nuestro Señor y de su Cristo: y reinará por los siglos de los siglos. Amén.

„Y los veinticuatro ancianos que delante de Dios están sentados en sus sillas, se postraron sobre sus rostros, y adoraron á Dios, diciendo: Gracias te damos, Señor Dios todopoderoso, que eres, y que eras, y que has de venir: porque has recibido tu gran poderío, y has entrado en tu reino. Y las gentes se han airado, mas ha llegado tu ira, y el tiempo de ser juzgados los muertos, y de dar el galardón á tus siervos los profetas, y los santos, y á los que temen tu nombre, chicos y grandes, y de exterminar á los que inficionaron la tierra.

„Y se abrió el Templo de Dios en el cielo: y el arca de su testamento fué vista en su Templo, y se formaron rayos, y voces, y terremoto, y pedrisco espantoso„ (1).

(1) Apocalyp., XI.

Digitized by Google

Aquí tenemos un cuadro general de la última persecución de la Iglesia bajo Diocleciano, y de su triunfo en tiempo de Constantino: figura una y otra de su persecución y de su triunfo final en la consumación de los siglos. El atrio exterior del Templo se deja á los gentiles; las iglesias materiales fueron derribadas bajo Diocleciano. Los cuarenta y dos meses, ó mil doscientos sesenta días, ó tres años y medio son la duración ordinaria de las persecuciones, por una cierta correspondencia con la de Antíoco. El número siete en la Escritura designa alguna cosa completa; el de tres y medio, que es la mitad, alguna cosa imperfecta y que no llega á su término; las persecuciones no llegarán nunca al término completo que se proponen los perseguidores.

Los dos testigos que profetizarán durante aquel tiempo, no sólo prediciendo, sino también exhortando y consolando, pueden ser las dos clases en la Iglesia, los sacerdotes y los legos, figuradas la una en el Sumo Sacerdote Jesús, hijo de Josedec, y la otra en Zorobabel, príncipe de Judá, á los cuales se aplica originariamente la comparación de los dos olivos y los dos candeleros (1).

La bestia que sube del abismo, y que pronto tendremos ocasión de conocerla mejor, los vencerá y matará, ó al menos se imaginará haberlo realizado; los habitantes de la tierra se alegrarán de ello, y pondrán en España y en otras partes aquella inscripción (2). A los emperadores Dio-

---

(1) Zach., IV.

(2) Lo que aquí el autor nos presenta como una inscripción, viene á ser, en realidad, un compuesto de dos, pertenecientes efectivamente á nuestra España y harto discutidas. Parece, por lo tanto, oportuno, que al publicarse en español la obra, se puntualice el texto de dichas inscripciones, para rectificar al menos un error que ocurre en el original francés.

Helas aquí, tomándolas de Grutero, que es á quien cita nuestro autor. Dice la una:

DIOCLECIANVS . IOVIVS . ET
MAXIMIANVS . HERCVLEVS
CAES . AVGG
AMPLIFICATO . PER . ORIEN
TEM . ET . OCCIDENTEM
IMP . ROM
ET
NOMINE . CHRISTIANORVM
DELETO . QVI . REMP . EVER
TEBANT.

y la otra:

DIOCLECIAN . CAES
AVG . GALERIO . IN . ORI
ENTE . ADOPT . SVPERS
TITIONE . CHRIST
VBIQ . DELETA . ET . CVL
TV . DEOR . PROPAGATO

El verdadero concepto quedaría enteramente desfigurado por el error á que nos referimos. Porque se hace allí decir á la mencionada inscripción "que los emperadores habían aumentado *el culto de Dios*„. Con lo cual se le presta un sentido que aun los menos instruídos lectores extrañarán, como muy ajeno al ánimo de aquellos paganos; cuando lo que realmente

Digitized by Google

cleciano y Maximiano, por haber extendido el imperio romano, extinguido el nombre de los cristianos que destruían el Estado, abolido su superstición por toda la tierra, y aumentado el culto de los dioses (1).

Pero cuando ya creían aniquilados á ambos testigos, levántanse éstos llenos de vida y de gloria, y suben al cielo.

Y la gran ciudad, Roma y su imperio, Sodoma por su impureza, Egipto por su tiranía y sus abominables supersticiones, esta gran ciudad, vese de pronto sacudida por las guerras de sus emperadores, unos contra otros. Maxencio, hijo de Maximiano, establecido en Roma y sostenido por Maximiano en Oriente, es atacado por Galerio, y bate á Severo, otro emperador que enviaba contra él Galerio. Toda Italia se ve devastada por los vencedores y los vencidos. Acude Galerio á la venganza con un inmenso ejército. Repuesto en el imperio Maximiano, se enemista con su hijo y con su yerno, á quienes arma uno contra otro; su yerno, que era Constantino, marcha contra Maxencio, y le hace trizas; victoria que le constituye dueño de Roma, y luego, en seguida, del mundo entero.

Resuenan entonces en el cielo aquellas voces: "El reino de este mundo ha venido á ser de nuestro Señor y de su Cristo.„ Y se abrió el templo de Dios, y fué vista allí el arca de su testamento; abierta está la Iglesia á las naciones, todos los misterios se descubren en ella, y la presencia de Dios es manifiestamente declarada.

"En esto apareció un gran prodigio en el cielo: Una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas: y estando en cinta, clamaba con angustias de parir, y sufría dolores de parto.

„Y fué visto en el cielo otro prodigio: y he aquí un grande dragón bermejo que tenía siete cabezas y diez cuernos: y en las cabezas siete diademas, y la cola de él arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las hizo caer sobre la tierra:

„Y el dragón se paró delante de la mujer que estaba de parto, á fin de tragarse el hijo luego que ella le hubiese parido.

„Y parió un hijo varón, el cual había de regir todas las naciones con cetro de hierro: y su hijo fué arrebatado para Dios y para su trono, y la mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios para que allí la sustenten por espacio de mil doscientos y sesenta días.

„Y hubo una batalla grande en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban con el dragón, y lidiaba el dragón, y sus ángeles: Y no prevalecieron éstos, y nunca más fué hallado su lugar en el cielo. Y fué lanzado fuera aquel gran dragón, aquella antigua serpiente, que se llama diablo y Sa-

---

aparece aplaudido es el haber propagado *el culto de los dioses*. Hemos, pues, rectificado en la traducción castellana tan singular equivocación.

Pudo ser simplemente errata en el francés, pero repetida, desgraciadamente, en distintas ediciones, y trasladada de ahí á alguna apreciable edición extranjera.—*(Nota del Traductor.)*

(1) Apud Gruter.

Digitized by Google

tanás, que anda engañando al universo orbe: y fué arrojado en tierra, y sus ángeles fueron lanzados con él.

„Y oí una grande voz en el cielo que decía: Ahora se ha cumplido la salud, y la virtud, y el reino de nuestro Dios, y el poder de su Cristo: porque ha sido ya precipitado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba día y noche ante la presencia de nuestro Dios. Y ellos le vencieron por la sangre del cordero, y en virtud de la palabra que han confesado, y por la cual desamaron sus vidas, hasta perderlas por obedecer á Dios. Por tanto regocijaos, oh cielos, y los que en ellos moráis. ¡Ay de la tierra y del mar, porque el diablo bajó á vosotros lleno de furor, sabiendo que le queda poco tiempo!

„Viéndose, pues, el dragón precipitado á la tierra, persiguió á la mujer, que parió el hijo varón. Y fueron dadas á la mujer dos alas de grande águila para que volase al desierto, á su lugar, en donde es guardada por un tiempo y tiempos, y la mitad de un tiempo, lejos de la serpiente.

„Y la serpiente lanzó de su boca en pos de la mujer, agua como un río, á fin de que fuese arrebatada de la corriente.

„Mas la tierra socorrió á la mujer, y abrió la tierra su boca, y sorbió el río, que había lanzado el dragón de su boca.

„Y se airó el dragón contra la mujer: y se fué á hacer guerra contra los otros de su linaje, que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo. Y se paró sobre la arena de la mar„ (1).

Aquí el combate del infierno contra la Iglesia se declara abiertamente. Esa mujer revestida del sol, es la Iglesia, toda resplandeciente con la luz de Jesucristo; tiene bajo sus pies la luna, las dudosas y variables luces de la humana sabiduría, y en su cabeza una corona de doce estrellas, los doce Apóstoles. Está próxima á parir en dolor un pueblo de mártires para el cielo, y una nueva humanidad en la tierra, que gobernarán ambos el resto de las naciones.

El verdadero autor de la guerra que se hace á la Iglesia es el gran dragón, la antigua serpiente, el diablo, Satanás, el príncipe de este mundo, el dios de este siglo, y el dios, por tanto, del idólatra imperio de los romanos, cuyos emblemas lleva en efecto.

Con la persecución de Diocleciano y sus colegas, creyó el dragón devorar la posteridad de la Iglesia y aniquilarla; mas si arrastró con su cola una tercera parte, fué otra transportada al cielo por el martirio, y otra se refugió en los desiertos.

Mas entonces el jefe de los ángeles buenos, Miguel, el defensor de la Iglesia, le combate, y le vence; es abatida la vanagloria de los demonios y la idolatría que hacía de ellos dioses y les atribuía lugar en el cielo. Furioso el dragón, hace nuevas tentativas bajo Maximino Daza, bajo Licinio, bajo Juliano el Apóstata, pero en vano. La tierra misma ayuda á la Iglesia con emperadores cristianos. Airado contra la mujer, el dra-

(1) Apocalyp., XII.

Digitized by Google

gón partióse á hacer guerra á otros hijos de aquélla fuera del imperio, de ahí la cruel persecución que los cristianos sufrieron entonces en Persia.

"Y vi una bestia que subía del mar, la cual tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre los cuernos diez diademas, y sobre las cabezas nombres de blasfemia. Y la bestia que vi era semejante á un leopardo, y sus pies como pies de oso, y su boca como boca de león. Y le dió el dragón su poder y grande fuerza.

„Y vi una de sus cabezas como herida de muerte: y fué curada su herida mortal. Con lo que toda la tierra, pasmada, se fué en pos de la bestia. Y adoraron al dragón que dió poder á la bestia: y adoraron á la bestia, diciendo: ¿Quién hay semejante á la bestia? ¿Y quién podrá lidiar con ella?

„Y le fué dada boca con que hablaba altanerías y blasfemias: y se le dió facultad de obrar por cuarenta y dos meses. Y abrió la boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar su nombre, y su Tabernáculo, y á los que moran en el cielo. Y le fué dado que hiciese guerra á los santos, y que los venciese. Y le fué dado poder sobre toda tribu, y pueblo, y lengua y nación, y le adoraron todos los moradores de la tierra, aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero, que fué muerto desde el principio del mundo.

„Quien tiene oídos escuche: El que hiciere á otro esclavo, en esclavitud parará: quien con cuchillo matare, con cuchillo es preciso que muera. Aquí está la paciencia y la fe de los santos.

„Y vi otra bestia que subía de la tierra, y que tenía dos cuernos semejantes á los del Cordero, mas hablaba como el dragón. Y ejercía el poder de la primera bestia en su presencia: é hizo que la tierra y sus moradores adorasen á la primera bestia, cuya herida mortal fué curada. É hizo grandes maravillas, de manera que aun fuego hacía descender del cielo á la tierra á la vista de los hombres. Y engañó á los habitantes de la tierra con los prodigios que se le permitieron hacer delante de la bestia, diciendo á los moradores de la tierra que hagan la figura de la bestia, que tiene la herida de espada y vivió. Y le fué dado que comunicase espíritu á la figura de la bestia, y que hable la figura de la bestia: y que haga que sean muertos todos aquellos que no adoraren la figura de la bestia. Y á todos los hombres, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, hará tener una señal en su mano derecha ó en sus frentes: y que ninguno pueda comprar ó vender sino aquel que tiene la señal, ó nombre de la bestia, ó el número de su nombre.

„Aquí hay sabiduría. Quien tiene inteligencia calcule el número de la bestia. Porque es número de hombre: y el número de ella seiscientos sesenta y seis„ (1).

Había visto Daniel la sucesión de los cuatro grandes imperios bajo dos diferentes imágenes: primeramente una estatua de cuatro metales,

(1) Apocalyp., XIII.

Digitized by Google

cuyas piernas, de hierro, terminaban con diez dedos, en parte de hierro y en parte de arcilla; y después cuatro bestias, de las cuales la última tenía diez cuernos, como la estatua tenía diez dedos.

Aparece aquí de nuevo la misma bestia, el imperio romano, con sus diez cuernos ó potencias, en las cuales habrá de desmembrarse por último.

Vense además siete cabezas: los siete emperadores perseguidores que á la vez tuvo. Diocleciano, Maximiano, Constancio Cloro, Galerio, Maxencio, Maximino y Licinio,

Estas cabezas tenían nombres de blasfemias: llamábase Diocleciano, Júpiter; Maximiano, Hércules; Galerio, Marte (1).

Tenía esta bestia semejanzas de tres animales. Asemejábase al leopardo, que, por la variedad de sus colores, representa la inconstancia de Maximiano Hercúleo, que dejó y volvió á tomar varias veces el imperio. Sus pies de oso son por Galerio, animal venido del Norte, á quien su humor brutal y salvaje, y hasta su rostro, informe en su enorme gordura, con su aspecto feroz, le daban parecido con el oso. Su más suave pasatiempo era criar estos animales en su palacio, y hacerles devorar hombres. La boca de león es Diocleciano, que era como la primera cabeza que se presentaba delante en aquel cuerpo monstruoso; porque era él el primer emperador que había adoptado á los otros. Estos tres emperadores, que formaban como el cuerpo de la bestia, fueron los autores y los más violentos ejecutores de la persecución. "Estos tres animales feroces —dice Lactancio—se encrudelecían desde Oriente á Occidente„ (2).

Esta bestia, este imperio idólatra, muestra, en fin, una sola cabeza, y aun ésa mortalmente herida: por la derrota de Maximiano y Licinio recibió la idolatría romana mortal herida; pero curó de ella bajo el emperador Juliano, cuyo inseparable dictado de el *Apóstata* da precisamente en griego el misterioso número seiscientos sesenta y seis: α (2), π (80), ο (70), ς (6). α (1), τ (300), η (8), ς (200); total: 666.

Y ese nombre caracteriza perfectamente así á Juliano como á la idolatría por él sostenida, y á Satanás, padre de la misma; pues lo que más resaltaba en todo esto era la apostasía, la defección para con Dios. Como emperador, Juliano era la cabeza de la primera bestia resucitada, era aquella boca vanidosa, que se vanagloriaba más que todos sus predecesores, y blasfemaba contra Dios, contra su Iglesia y contra sus santos, como lo vemos aún por los escritos que dejó. Como filósofo dado á la magia, era la segunda bestia, salida de la tierra, que tenía alguna semejanza con el Cordero, pero hablaba como el dragón. Sábese que probó á imitar al Cordero, é introducir en el paganismo una disciplina parecida á la cristiana en la erección de hospitales, en la distribución de limosnas, y en la subordinación y regularidad de los pontífices; mas, con esto, blasfemaba del Hijo de Dios.

---

(1) Cf. las inscripciones insertas en la anterior nota del traductor.
(2) *De mort. persec.*, núm. 16.

Digitized by Google

La herida mortal que á la idolatría había inferido Constantino, curóla él, restableciendo toda la idolatría, desde que subió al trono. Cercado de filósofos y de hechiceros, pretendió, ó hasta tal vez creyó, estar en comercio con los dioses del Olimpo, que, al decir de su amigo y panegirista Libanio, le visitaban familiarmente y le dirigían en los asuntos; bien sea que se ilusionase por prestigios humanos, bien que los malignos espíritus ligasen más á su dominio este apóstata por medio de apariciones.

En cuanto á los falsos prodigios, Eunapio, enemigo encarnizado de los cristianos, refiere del filósofo y hechicero Máximo, el grande oráculo de Juliano, que un día encendió, con palabras mágicas, las antorchas que el ídolo de Hecate, diosa del infierno y de la magia, tenía en la mano (1). Por las promesas de sus hechiceros y de sus adivinos, principalmente de Máximo, fué como ambicionó Juliano el imperio. Como las abominaciones de la magia se practicaban las más de las veces en cavernas ó capillas subterráneas, tal vez por eso está representado Juliano en una bestia que sube de la tierra.

Esta segunda bestia hizo adorar de nuevo á la primera. En lugar del nombre de Jesucristo, puso Juliano en las enseñas imperiales las imágenes de los falsos dioses y la suya propia. Su estandarte particular era un dragón de púrpura (2). Hizo hablar á la imagen, al consultar de nuevo los ya enmudecidos oráculos, y pretendiendo tener de ellos respuestas.

Para atormentar la conciencia de los cristianos, hizo echar agua consagrada al demonio sobre cuanto se vendía en el mercado, á fin de que ninguno de los que abominaban semejante agua pudiese comprar nada. Ya Diocleciano no dejaba comprar, ni vender, ni aun siquiera tomar agua de las fuentes, sino después de haber ofrecido incienso á los ídolos colocados por todas partes.

Pero mientras el infierno triunfaba en la tierra por el imperio de la idolatría romana, preparábase en el cielo su derrota.

"Y miré: y he aquí el Cordero, que estaba en pie sobre el monte Sión, y con él ciento y cuarenta y cuatro mil, que tenían escrito sobre sus frentes el nombre de Él, y el nombre de su Padre.

„Y oí una voz del cielo, como voz de muchas aguas, y como voz de grande trueno: y la voz que oí era como de citaristas que tañían sus cítaras. Y cantaban como un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro animales, y de los ancianos: y ninguno podía decir aquel cántico, sino aquellos ciento y cuarenta y cuatro mil que fueron rescatados de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres: Porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero adonde quiera que vaya. Estos fueron rescatados de entre los hombres por primicias para Dios y para el Cordero, y en la boca de ellos no fué hallada mentira: porque están sin mancilla ante el trono de Dios.

„Y vi otro ángel volando por medio del cielo, que tenía el Evangelio

---

(1) Eunap., *in Maxim.*
(2) Amm., *Marcell.*, lib. XV, núm. 12.

Digitized by Google

eterno para predicarlo á los moradores de la tierra, y á toda nación, y tribu, y lengua, y pueblo: diciendo en alta voz: Temed al Señor y dadle honra, porque vino la hora de su juicio: y adorad á aquel que hizo el cielo, y la tierra, la mar y las fuentes de las aguas.

„Y otro ángel le siguió diciendo: Cayó, cayó aquella Babilonia la grande, que dió á beber á todas las naciones del vino de la ira de su prostitución.

„Y los siguió el tercer ángel diciendo en alta voz: Si alguno adorare la bestia y su imagen, y tomare la señal en su frente, ó en su mano: éste beberá también del vino de la ira de Dios, de aquel vino puro preparado en el cáliz de su ira, y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles, y delante del Cordero. Y el humo de los tormentos de ellos subirá en los siglos de los siglos: y no tienen reposo día ni noche los que adoraron la bestia, y su imagen, y el que tomare la señal de su nombre.

„Aquí está la paciencia de los santos, que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús.

„Y oí una voz del cielo, que me decía: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde hoy más dice el Espíritu que descansen de sus trabajos: porque las obras de ellos los siguen.

„Y miré, y he aquí una nube blanca: y sobre la nube sentado uno semejante al Hijo del hombre, que tenía en su cabeza una corona de oro, y en su mano una hoz afilada.

„Y salió otro ángel del Templo clamando en alta voz al que estaba sentado sobre la nube: Echa tu hoz, y siega: porque es venida la hora de segar, por estar ya seca la mies de la tierra. Y el que estaba sobre la nube echó su hoz sobre la tierra, y la tierra fué segada.

„Y salió otro ángel del Templo, que hay en el cielo, que tenía también una hoz aguzada.

„Y salió del altar otro ángel que tenía poder sobre el fuego: y clamó en alta voz á aquel que tenía la hoz aguzada, diciendo: Mete tu hoz aguzada, y vendimia los racimos de la viña de la tierra: porque maduras están las uvas de ella.

„Y metió el ángel su hoz aguzada en la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó la uva en el grande lagar de la ira de Dios: Y la vendimia fué pisada en el lagar fuera de la ciudad, y corrió sangre del lagar en tanta abundancia, que llegaba hasta los frenos de los caballos por espacio de mil seiscientos estadios„ (1).

Después del horrible espectáculo de las persecuciones en que los Maximianos, los Galerios, los Maximinos y los Maxencios convertían su propio palacio en una carnicería de cristianos y un lugar de prostitución para las doncellas y las esposas que arrebataban á los padres y á los maridos; muéstranos San Juan una corte harto diversa, la del Cordero de Dios, cercado de una multitud de almas virginales, que cantan un nuevo é inefable cántico. De aquella corte parten los acuerdos del cielo.

(1) Apocalyp., XIV.

Digitized by Google

Uno, primeramente proclamado, exhorta á todos los moradores de la tierra á temer al Señor, porque ha llegado la hora de su juicio sobre la gran Babilonia. Otro nos representa ese juicio como cumplido ya. "¡Cayó, cayó aquella Babilonia la grande!„ Es la devastación de Roma, de Italia y de todo el imperio romano por Alarico y Atila en el siglo V.

Otro tercero recuerda los eternos tormentos de los idólatras y de los apóstatas.

Vese, por último, la ejecución general del decreto. Dos aguzadas hoces siegan y vendimian la tierra.

Es la primera la espada de Alarico, que saquea á Roma y sus provincias; la segunda, la espada de Atila, que pisa el lagar fuera de la ciudad, que perdona á Roma por respetos de San León, pero que inunda de sangre todo lo demás de Occidente. En la batalla que dió cerca de Chalons fué tanta la sangre derramada, que, según el relato de aquellos tiempos (1), tornóse un arroyo en notable torrente. Podía así subir la sangre hasta los frenos de los caballos literalmente. Estos dos reyes bárbaros tenían ellos mismos la impresión de que eran instrumentos de la venganza divina. Atila tomaba en sus cartas y edictos los títulos siguientes: "Atila, hijo de Bendemo, nieto del gran Nemrod, por la gracia de Dios, rey de los hunos, de los medos, de los godos y de los dacios; terror del universo y azote de Dios.„ Solía decir que ante él caían las estrellas y temblaba la tierra; que era un martillo para el mundo entero, y que donde sentaba el pie su caballo no volvía á crecer la hierba. Alarico, á quien se pedía que respetase la gran ciudad, respondió:—Siento en mí algo que me lleva á destruir á Roma.—Y á la reflexión que le hicieron sobre la numerosa población de aquella ciudad, que podían tomar las armas, contesta:—Cuanto más espesa la hierba, mejor prende la hoz.—Es la imagen misma que fué mostrada á San Juan.

"Y vi otra señal en el cielo, grande y maravillosa, siete ángeles que tenían las siete plagas postreras: Porque en ellas es consumada la ira de Dios. Y vi así como un mar de vidrio revuelto con fuego, y á los que vencieron la bestia y su imagen, y el número de su nombre, que estaban sobre la mar de vidrio, teniendo las cítaras de Dios: Y que cantaban el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios todopoderoso: justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los siglos. ¿Quién no te temerá, Señor, y no engrandecerá tu nombre? Porque tú sólo eres piadoso: y todas las gentes vendrán y adorarán delante de ti, porque se han manifestado tus juicios„ (2).

Este cántico nos hace saber que el feliz efecto de la venganza de Dios en Roma idólatra, cuyos últimos preparativos vemos aquí, será la conversión de naciones enteras. Eso es lo que llena de júbilo á los santos mártires, y esto es lo que vemos en la continuación de la Historia.

---

(1) Jornand., *De reb. goth.*
(2) Apocalyp., XV, 14.

Digitized by Google

"Y después de esto miré, y he aquí que se abrió en el cielo el Templo del tabernáculo del testimonio: Y salieron del Templo los siete ángeles que traían las siete plagas, vestidos de lino limpio y blanquísimo, y ceñidos por el pecho de bandas de oro. Y uno de los cuatro animales dió á los ángeles siete copas de oro, llenas de la ira de Dios, que vive en los siglos de los siglos. Y se llenó el Templo de humo á causa de la majestad de Dios y de su virtud: y no podía entrar ninguno en el Templo, hasta que fuesen consumadas las siete plagas de los siete ángeles„ (1).

"Y oí una voz grande del Templo que decía á los siete ángeles: Id y derramad las siete copas de la ira de Dios sobre la tierra.

„Y fué el primero, y derramó su copa sobre la tierra, y vino una llaga cruel y maligna sobre los hombres que tenían la señal de la bestia: y sobre aquellos que adoraron su imagen.

„Y el segundo ángel derramó su copa sobre la mar, y se tornó sangre como de un muerto: y murió en la mar toda alma viviente.

„Y el tercero derramó su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre. Y oí decir al ángel de las aguas: Justo eres, Señor que eres y eras santo, en estos juicios que ejerces: Porque derramaron la sangre de los santos y los profetas, les has dado también á beber sangre: que bien lo merecen. Y oí que dijo otro desde el altar: Ciertamente, Señor Dios todopoderoso, verdaderos y justos son tus juicios.

„Y el cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, y le fué dado afligir á los hombres con ardor y fuego Y ardieron los hombres de grande ardor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, en vez de hacer penitencia para darle gloria.

„Y el quinto ángel derramó su copa sobre la silla de la bestia: y se tornó su reino tenebroso, y se comieron sus lenguas de dolor. Y blasfemaron al Dios del cielo por sus dolores, y por sus heridas, mas no se arrepintieron de sus obras.

„Y el sexto ángel derramó su copa sobre aquel grande río Eufrates: y secó su agua á fin de abrir camino á los reyes de Oriente.

„Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta tres espíritus inmundos, á manera de ranas. Porque son espíritus de demonios que hacen prodigios, y van á los reyes de toda la tierra con el fin de coligarlos en batalla para el día grande del Dios todopoderoso.

„He aquí que vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela y guarda sus vestiduras, para que no ande desnudo y vean su fealdad.

„Y los congregará en un lugar, que en hebreo se llama Armagedón.

„Y el séptimo ángel derramó su copa por el aire, y salió una grande voz del templo, desde el trono, que decía: Esto es hecho.

„Y siguiéronse relámpagos, y voces y truenos, y hubo un gran temblor de tierra. Y la ciudad grande se rompió en tres partes: y cayeron

(1) Apocalyp., XV, 5-8.

Digitized by Google

las ciudades de las gentes, y la gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para darle el cáliz del vino de la indignación de su ira. Y todas las islas desaparecieron, y no quedó rastro de montes. Y cayó del cielo sobre los hombres granizo del grandor como de un talento, y los hombres blasfemaron de Dios por la plaga del pedrisco: plaga que fué en extremo grande„ (1).

Esta gran ciudad, esta gran Babilonia, á la cual tiene presente Dios, para castigarla es evidentemente Roma idólatra, como lo hemos visto ya, y lo veremos todavía más adelante. Las siete plagas de que antes se habla, precedieron, pues, al castigo final de Roma idólatra. Vemos efectivamente esas terribles plagas aparecer á la vez en la Historia, como en la profecía, hasta que el imperio de la Roma pagana desaparezca enteramente.

La primera aquella úlcera maligna y peligrosa, lo cual se entiende del carbunclo y del tumor de la peste, es aquel contagio que, habiendo comenzado bajo la persecución de Galo y de Volusiano, se recrudeció bajo Galiano, después de caer preso su padre, Valeriano, y asoló todo el universo durante diez años. Entonces fué cuando San Cipriano escribió su libro *De la mortalidad*. Aquella gran enfermedad atacaba particularmente á los que tenían el carácter de la bestia y que adoraban su imagen, es decir, á los idólatras que adoraban á los emperadores y á sus imágenes. Pues por más que los cristianos no estuviesen completamente exentos de aquella peste—dice San Dionisio de Alejandría, que es de aquel tiempo (2)—afligía, sin embargo, más á los gentiles, y fué para ellos el más extremado y terrible de todos los males. Pero por lo que á nosotros toca—dice,—lo hemos mirado más bien como un remedio ó como una prueba, que como una pena. Añade que los gentiles arrojaban de su lado á los amigos y parientes, mientras que los cristianos, al contrario, auxiliaban hasta á las personas más indiferentes, y cogían el mal por asistir á los enfermos.

La segunda plaga denota las guerras y las carnicerías que hacían redundar de sangre humana todo el cuerpo del imperio, representado por una mar, cuyas aguas se tornaban sangre: y esta sangre, parecida á la de un cuerpo muerto, pinta con espantosa verdad el deplorable estado del grande imperio, que, destituído de la autoridad, alma y vida de los Estados, parecía ser ya solamente un cadáver.

La tercera plaga, que fué el volverse sangre los ríos y las fuentes, nos designa también las provincias ensangrentadas por las guerras civiles. Porque á la par que la peste asolaba por doquiera el imperio, veíase así mismo desmembrado casi por tantos tiranos como provincias contaba. San Dionisio de Alejandría nos representa inundada por torrentes de sangre su ciudad, donde el prefecto Emiliano había usurpado el poder. Pues como Galieno descuidaba el gobierno hasta tal punto que

(1) Apocalyp., XVI.
(2) Euseb., lib. VII, cap. XXII.

Digitized by Google

ni siquiera se hablaba de él en los ejércitos, surgían por todos lados tiranos y usurpadores que tomaban el título de Augustos, y que excitaban en seguida funestas guerras, mientras que Galieno sólo pensaba en comer y divertirse. Laméntase Claudio, su sucesor, de que la república había padecido bajo Galieno mil tiranos (1); pero, sin exageración, nos muestra la Historia treinta que se levantaron en diversas regiones. Añádase á esto las invasiones de los bárbaros, que por este mismo tiempo desolaban las provincias del imperio, y se encontrará que la palabra de la profecía se torna historia: *Y se convirtieron en sangre.*

La cuarta plaga, que surgió por el derramamiento de la copa sobre el sol, y que produjo tan horribles calores, indica la sequía, la esterilidad y el hambre que de ellas forzosamente se origina: azotes de que hablan incesantemente los autores de aquella época. Vemos en San Dionisio de Alejandría, al Nilo como desecado por ardientes calores; San Cipriano y Eusebio nos hablan de hambres tales como jamás se habían visto. En vez de reconocer en esto el castigo de la sangre de los mártires, los idólatras blasfemaban iracundos contra el Dios de los cristianos; y para refutarlos fué para lo que escribió, entre otros, San Agustín, sus libros *De la Ciudad de Dios.*

La quinta plaga que cae sobre el trono de la bestia y que vuelve tenebroso su reino, es el envilecimiento de la grandeza y majestad de los emperadores; el cual aconteció cuando Valeriano, vencido y hecho esclavo de los persas, sirvió al rey de éstos como escabel para subir al caballo; cuando, después de muerto, le arrancaron la piel, y la colgaron en su templo como eterno monumento de tan hermosa victoria; cuando, no obstante todas estas indignidades á que sometieron á aquel emperador, resultaba todavía la dignidad imperial más deshonrada por la molicie é insensibilidad de Galieno, su hijo. Y finalmente; ¿podía la dignidad imperial descender á mayor envilecimiento del que le resultó entonces por el crecido número de los que se la atribuyeron? Había entre ellos muchos hombres insignificantes, y hasta mujeres; avergonzado el Senado, exclamaba:—Libradnos de Victoria y de Zenobia (2).—Tornáronse cada vez más violentas las blasfemias de los idólatras, como podemos enterarnos de ello en San Agustín, en Orosio, y hasta en el pagano Zósimo, que atribuye toda la desventura del imperio á Constantino, por no haber celebrado los juegos seculares en honor de los falsos dioses.

La sexta plaga, que cae sobre el Eufrates, nos muestra el paso abierto á los pueblos del Oriente para entrar en las comarcas del imperio, según lo hemos visto ya en la sexta trompeta.

Los tres espíritus impuros que salen de la boca del dragón ó de Satanás, de la boca de la bestia ó de Roma idólatra, de la boca del falso profeta, que es la segunda bestia ó la falsa filosofía que hemos visto personificada en Juliano el Apóstata; estos espíritus de demonios que hacen

(1) Trebell. Pollio.
(2) Trebell. Pollio, *in Val Gall.*, XXX tyr., etc.

Digitized by Google

prodigios y que van á los reyes de la tierra, son manifiestamente los adivinos y los hechiceros, que animaban á los príncipes contra los cristianos por medio de prestigios y falsos oráculos, y los inducían á emprender guerras, prometiéndoles la victoria con tal que persiguiesen á la Iglesia. Por la adivinación y la magia retenía Satanás á los pueblos en el bebedizo de la idolatría; era la adivinación uno de los principales resortes de la política romana; por los augures y los arúspices gobernaba el Senado al pueblo; en fin que, según vemos por Porfirio, Plotino, Jámblico y el mismo Juliano, la filosofía había completamente degenerado en superstición teúrgica. El jefe de los hechiceros de Egipto impulsó á Valeriano á perseguir á los fieles, á quienes antes favorecía (1). Bajo Diocleciano habían los fieles gozado quietud por cerca de diecinueve años, cuando Galerio y el primer arúspice le excitaron á perseguirlos, diciendo el segundo que la presencia de hombres profanos tornaba inútiles los sacrificios. Cristianos que se hallaban presentes habían hecho la señal de la cruz (2). Por último, Juliano estaba cercado de adivinos y de hechiceros, el principal de los cuales, Máximo, le prometía la victoria contra los persas (3).

Los pueblos que hacían la guerra á Roma, tenían asimismo ellos sus hechiceros y sus adivinos: los persas, sus magos; los germanos, sus druidas. Veremos también á los magos excitar á los reyes de Persia contra los cristianos.

De estos espíritus dice que juntaron á los reyes en un sitio llamado en hebreo Armagedón, ó sea, montaña de Magedón.

Este nombre recuerda antiguas batallas, con las cuales se comparan batallas posteriores. Sisara, general de un rey de Chanaán, fué derrotado en Mageddo, y después muerto. Ocozías, rey de Judá, murió en Mageddo, de una herida que había recibido en la batalla contra Jehu, donde Jorán, el rey de Israel, había sido muerto de una flecha. Josías, rey de Judá, fué también muerto en Mageddo, en la batalla contra Nechao, rey de Egipto.

La profecía quiere, pues, decir que los emperadores serán llevados por sus adivinos á guerras donde perecerían; lo cual se cumplió ya en Valeriano, que fué derrotado, hecho prisionero y desollado; ya en Juliano, que fué también derrotado y muerto. Estas dos guerras desgraciadas con los persas comenzaron la ruina del imperio, que, debilitado como estaba, no tenía ya fuerza para resistir á los enemigos del Oriente y del Occidente. Por esto, al derramarse la séptima copa, sale ya aquella voz: "Esto es hecho„, y poco después lo de que "la ciudad grande se rompió en tres partes„. Porque, en efecto, después de la toma de Roma por Alarico, el imperio de Occidente fué, al pie de la letra, dividido en tres: Honorio en Rávena, Atalo en Roma y un Constantino en las Galias. Mas he aquí el gran acontecimiento más detalladamente presentado.

---

(1) Euseb., lib. VII, cap. IX.
(2) Lact., *De mort.*, X; *Inst.*, IV.
(3) Eunap., *In Max.*

Digitized by Google

"Y vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas, y me habló diciendo: Ven, te mostraré la condenación de la gran ramera, que está sentada sobre las muchas aguas, con la cual se amancebaron los reyes de la tierra, y se embriagaron los moradores de la tierra con el vino de su prostitución.

„Y me arrebató en espíritu al desierto. Y vi una mujer sentada sobre una bestia bermeja, llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la mujer estaba vestida de púrpura y de escarlata, y adornada de oro, y de piedras preciosas y de perlas, y tenía un vaso de oro en su mano lleno de abominación y de la inmundicia de sus fornicaciones. Y en su frente escrito un nombre: Misterio: Babilonia la grande, madre de las deshonestidades y abominaciones de la tierra.

„Y vi á esta mujer embriagada con la sangre de los santos y de la sangre de los mártires de Jesús. Y al verla quedé sumamente atónito.

„Y me dijo el ángel: ¿Por qué te maravillas? Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene siete cabezas y diez cuernos. La bestia que has visto, fué y no es, y saldrá del abismo, é irá en muerte: y se maravillarán los moradores de la tierra (aquellos cuyos nombres no están en el libro de la vida desde la creación del mundo) cuando vean la bestia, que era y no es, y que con todo es (1). Y aquí hay sentido que tiene sabiduría. Las siete cabezas son los siete montes sobre los que está sentada la mujer, y también son siete reyes. Cinco cayeron, el uno es, y el otro aun no vino: y cuando venga, debe durar poco tiempo. Y la bestia que era y no es: y esa misma es la octava, y es de los siete, y va á perdición. Y los diez cuernos que has visto son diez reyes: los cuales todavía no han recibido reino, mas recibirán poder como reyes por una hora en pos de la bestia. Estos tienen un mismo designio, y entregarán á la bestia sus fuerzas y poder. Estos pelearán contra el Cordero, y el Cordero los vencerá: porque es el Señor de los señores, y el Rey de los reyes, y los que están con él son los llamados, los escogidos y los fieles.

„Y me dijo: Las aguas que viste, en donde está sentada la ramera, son pueblos, y naciones, y lenguas. Y los diez cuernos que viste en la bestia, esos aborrecerán á la ramera, y la dejarán desolada, y desnuda, y comerán sus carnes, y á ella la quemarán con fuego. Y la mujer que viste es la grande ciudad, que tiene señorío sobre los reyes de la tierra.„

Vese quién es esta mujer, cuál es ésta ciudad, que en tiempo de San Juan tenía la soberanía sobre todos los reyes de la tierra y que estaba asentada sobre siete montes: es evidentemente Roma; no Roma cristiana, perseguida entonces, sino Roma idólatra, Roma perseguidora, Roma embriagada de la sangre de los mártires. La bestia sobre que está sentada es el imperio romano. La mujer y la bestia son en el fondo una misma cosa: Roma y su Imperio. La bestia tiene color bermejo: es la sangre del

---

(1) Estas palabras: "y que con todo es„, no están en la Vulgata, pónelas, sin duda, el autor, porque las añaden algunos códices griegos: καίπερ ἐστί.—*(Advertencia del traductor.)*

Digitized by Google

universo, al cual ha subyugado, y la de los cristianos, á los cuales degüella. La mujer está vestida de púrpura: es el color de los emperadores, y la vestidura solemne de los principales magistrados romanos.

Tenía en la mano una copa de oro.

Jeremías había dicho: "Cáliz de oro Babilonia en la mano del Señor, que embriaga toda la tierra; del vino de ella bebieron las gentes y por eso quedaron vacilantes„ (1).

En la mano del Señor era Babilonia la copa de su venganza. La copa de oro que tiene Roma idólatra está llena de la inmundicia de su prostitución ó de su idolatría, con que envenenaba toda la tierra. De Tiro se dice, que después de su restablecimiento se prostituirá de nuevo á los reinos de la tierra. A Nínive, asimismo, se la llama meretriz bella y agradable, llena de maleficios, que vendió las naciones en sus prostituciones. Isaías habla también á Babilonia como á una prostituta: "Se revelará tu ignominia y se verá tu oprobio, tú que estás hecha á delicadezas„ (2).

Pero á Roma idólatra se la llama la gran ramera; nunca, en efecto, la igualó otra alguna; pues además de sus dioses particulares, adoró á todos los dioses de las otras naciones, que todos tenían sus templos en Roma. Los montes sobre que se hallaba asentada estaban consagrados á falsos dioses. Lleno estaba todo de nombres de blasfemia. Adoraba y hacía adorar á sus emperadores; se adoraba y se hacía adorar á sí misma. Tomaba el título de diosa de la tierra y de las naciones.

Sobre su frente está escrito: "Misterio: Babilonia la grande.„ Y efectivamente, era ella, aun en mayor grado que la antigua, la tierra de los ídolos, el monte apestado que corrompía la tierra toda. Y en el fondo, como lo hemos hecho notar ya, la Babilonia de Nemrod y la Babilonia de Rómulo venían á ser el mismo reino y el mismo imperio, reino del hombre, reino de la tierra, y no reino del cielo, reino de Dios. Nabucodonosor y algunos otros reyes de Babilonia se hacían adorar bajo pena de muerte; otro tanto hacen los emperadores de Roma. Y el hombre de pecado, que, hacia el fin de los tiempos, se hará pasar por Dios, no hará más que consumar ese misterio de iniquidad.

Las siete cabezas de la bestia, sobre la cual se sienta la gran ramera, significan también siete reyes. Cinco cayeron, se le dice á San Juan, el uno es, y el otro aún no vino. Lo cual pone al profeta hacia el tiempo de Constantino. Cinco emperadores perseguidores habían caído desde el año 311 al 313, es á saber: Diocleciano, Maximiano, Galerio, Maximino y Maxéncio. Uno sólo quedaba todavía, Licinio, que había de ser el sexto. Otro que debía durar poco tiempo, no había aún venido, es Juliano el Apóstata, que no subió al trono hasta 361, después del hijo de Constantino, y no reinó veinte meses completos. Eso explica también las palabras que siguen después: "Y la bestia que era y no es, esa misma es la octava; y es también de los siete, y va á perdición.„ Esta bestia es el imperio idó-

(1) Jerem., LI, 7.
(2) Isaías, XXIII, 16 y 17; Nahum, III, 4; Isaías, XLVII.

Digitized by Google

latra y perseguidor; bajo Constantino no lo era ya, en un sentido; volvió á serlo bajo Juliano, que siendo él solo emperador. representaba la misma bestia. Juliano era de los siete perseguidores; mas como uno de ellos, Maximiano Hercúleo, había sido emperador dos veces, resultaba ser Juliano, en cierto sentido, también el octavo.

Los diez cuernos son aquella decena de reyes bárbaros que sirvieron primeramente al imperio, y luego lo desmembraron, y cuyos diferentes lotes han venido á ser los reinos de nuestros días. Atribúyeles la profecía cuatro caracteres, de los cuales atestiguan efectivamente todas las historias.

Primeramente, en el tiempo en que escribía San Juan, ó bien en el que acaba de mencionar, el de Constantino, aquellos reyes destructores no habían aún recibido el reino que habían de tener en el imperio, y hasta, propiamente hablando, no tenían ningún reino fijo, sino que salían todos de sus países, ó, como quiera, de los lugares donde se hallaban, en busca, con todo su pueblo, de establecerse en otra parte, y en un imperio extranjero. Era éste un designio común á todos ellos. Jamás se vió cosa igual.

Añade la profecía: "Y entregarán á la bestia sus fuerzas y poder„, sus ejércitos estarán á sueldo de Roma y en alianza con los emperadores. Es el segundo carácter de estos reyes destructores de Roma, y la señal de la próxima decadencia de aquella ciudad, tan triunfante en otros tiempos, el haber venido, finalmente, á tal estado de flaqueza, que no pueda ya formar ejércitos, sino de estas tropas bárbaras; ni sostener su imperio, sino contemplando á los que venían á invadirlo. Tan enflaquecida se hallaba entonces—según nos dice el historiador Procopio (1)—la majestad de los príncipes romanos, que, después de muchos agravios de parte de los bárbaros, no encontraban para encubrir su vituperio mejor medio que convertir á sus enemigos en aliados, abandonándoles hasta la Italia misma bajo el especioso título de confederación y alianza. Prueba de ello es, entre otras, que el godo Alarico, que tomó á Roma, era uno de sus condes, es decir, uno de los principales funcionarios de su imperio.

El tercer carácter, según la profecía, es que combatirán contra el Cordero, pero éste los vencerá. La Historia nos los presenta efectivamente en un principio enteramente idólatras y perseguidores, y después hechos cristianos y católicos. Orosio refiere en la primera mitad del quinto siglo que se han visto las iglesias de Jesucristo llenas de hunos, de suevos, de vándalos, de borgoñones y de muchos otros pueblos, para confusión de los romanos, que permanecían obstinados en sus errores en medio de los cristianos (2).

Un último carácter de los referidos es que odiarán á la ramera. Y, en efecto, la odiaron al principio, ya que vendrán para saquearla y devastar su imperio. Tendrán siempre este odio en el pecho, pues no dejarán nun-

(1) Procop., *De bell. goth.*, I.
(2) Oros., lib. VII, cap. XLI.

Digitized by Google

ca el deseo de aprovecharse de sus pérdidas, sin embargo de que la sostendrán algún tiempo como aliados y mercenarios suyos; pero al fin la reducirán á la última desolación, cuando fué saqueada Roma, y tomado como presa el imperio todo. Comerán sus carnes, sus tesoros y sus provincias. Y á ella la quemarán con fuego, lo cual sucedió bajo Alarico, bajo Genserico y bajo Totila.

"Y después de esto vi descender del cielo á otro ángel, que tenía gran poder: y la tierra fué esclarecida de su gloria. Y exclamó fuertemente, diciendo: Cayó, cayó Babilonia la grande: y se ha convertido en morada de demonios, y en guarida de todo espíritu inmundo y en albergue de toda ave sucia y abominable: porque todas las naciones bebieron del vino de la ira de su disolución: y los reyes de la tierra estuvieron amancebados con ella: y los mercaderes de la tierra se han enriquecido con el precio de sus regalos.

"Y oí otra voz del cielo que decía. Salid de ella, pueblo mío, para que no tengáis parte en sus pecados, y que no recibáis de sus plagas. Porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y se ha acordado el Señor de sus maldades. Dadle á ella el retorno que os ha dado ella misma, y aun redobládselo según sus obras: en la copa que ella os dió á beber dadle á beber doblado. Cuanto ella se ha glorificado, y ha vivido en deleites; dadle otro tanto de tormento y de llanto: ya que dice en su corazón: Yo estoy sentada reina, y no soy viuda, y no veré llanto. Por esto en un día vendrán sus plagas, muerte, y llanto y hambre, y será quemada con fuego: porque fuerte es el Dios que la juzgará.

„Y llorarán y se herirán los pechos sobre ella los reyes de la tierra, que vivieron con ella amancebados, al ver el humo de su incendio. Estando lejos por miedo de los tormentos de ella, dirán: ¡Ay, ay de la gran ciudad de Babilonia, aquella ciudad fuerte: porque en una hora vino tu condenación.

„Y los negociantes de la tierra llorarán, y se lamentarán sobre ella; porque nadie comprará ya sus mercaderías; mercaderías de oro y de plata y de pedrería y de perlas y de lino finísimo, y de púrpura, y de seda, y de escarlata (y toda madera olorosa, y todo vaso de marfil, y todo vaso de piedras preciosas, y de cobre, y de hierro, y de mármol, y de cinamomo), y de perfumes, y de ungüentos, y de incienso, y de vino, y de aceite, y de flor de harina, y de trigo, y de bestias de carga, y de ovejas, y de caballos, y de carrozas, y de esclavos, y de almas de hombres. Y las frutas del deseo de tu alma se retiraron de ti, y todo lo substancioso pereció para ti, ni lo hallarás ya más. Los mercaderes de estas cosas, que se enriquecieron, estarán lejos de ella, por miedo de los tormentos de ella llorando y haciendo lamento, y diciendo: ¡Ay, ay de aquella grande ciudad que estaba cubierta de lino finísimo, y de púrpura, y de grana y cubierta de oro y de piedras preciosas, y de perlas: que en una hora han desaparecido tantas riquezas.

„Y todo piloto, y todo navegante del mar, y los marineros, y cuantos trafican en el mar se pararon á lo lejos, y viendo el lugar del incendio

Digitized by Google

de ella, dieron voces diciendo: ¿Qué ciudad hubo semejante á esta grande ciudad? Y echaron polvo sobre sus cabezas, y dieron alaridos, y llorando y lamentando decían: ¡Ay, ay de aquella grande ciudad en la cual se enriquecieron con su comercio todos los que tenían navíos en la mar: porque en una hora ha sido desolada!

„Regocíjate sobre ella, cielo, y vosotros, santos Apóstoles y profetas: porque Dios ha juzgado vuestra causa cuanto á ella.

„Y un ángel fuerte alzó una piedra, como una gran piedra de molino, y la echó en la mar, diciendo: Con tanto ímpetu será echada Babilonia, aquella gran ciudad, y ya no será hallada jamás. Ni jamás en ti se oirá la voz de los tañedores de cítara, ni de músicos, ni de tañedores de flauta, y trompeta no se oirá en ti más: y maestro de ninguna arte no será hallado en ti jamás: y ruido de muela no se oirá en ti jamás: y luz de lámpara no lucirá jamás en ti: ni voz de esposo y de esposa no será oída más en ti: porque tus mercaderes eran los príncipes de la tierra; porque en tus hechicerías erraron todas las gentes. Y en ella ha sido hallada la sangre de los profetas y de los santos: y de todos los que fueron muertos sobre la tierra„ (1)

Aquí está el desenlace de la profecía y la gran catástrofe: la caída de Roma pagana. Las imágenes con que se pinta esta caída están, en su mayor parte, tomadas de los profetas que anunciaban la ruina de Babilonia; lo cual ayuda á entenderlas bien.

Después de saqueada y tomada por Ciro, vemos á Babilonia subsistir todavía, hasta el tiempo de Alejandro, con cierta especie de gloria, pero no comparable con lo que antes había sido. Lo que hace que los profetas la consideren como destruída, es el haber sido efectivamente saqueada, sin haber habido ya más remedio alguno á la pérdida que padeció de su imperio. Roma llegó en esto á bastantes mayores desastres, pues que, además de perder su imperio, vino á ser el juguete de las naciones que había vencido, desecho de sus propios príncipes, y la presa del primer advenedizo. Tomada, saqueada, quemada en 410 por Alarico, rey de los godos, en 455 por Genserico, rey de los vándalos, fué sitiada en 544 por Totila, rey de los ostrogodos. Sus habitantes, según el testimonio de Procopio, después de haberlo consumido todo, y no encontrando ya perros ni ratones, para conservarse en vida, ni ninguna otra especie de animales, buscaron ortigas para alimentarse, y llegaron después á comer excrementos; en fin, la peste, la guerra y el hambre desolaron de tal suerte aquella infortunada ciudad, que, cuando entró Totila, halló haber quedado sólo quinientas personas del infinito número de gentes que antes había y, habiendo quemado ó demolido todos los edificios, se llevó aquel resto de los habitantes, sin dejar uno.

Ni pararon aquí las desventuras. Dejó un ejército para impedir que alguien se acercase á los escombros de la ciudad y á sus humeantes ruinas; de modo que los magnates de Roma, los magistrados y los príncipes

(1) Apocalyp., XVIII.

Digitized by Google

aliados, que fueron á su socorro con un ejército al mando de Belisario, viéronse reducidos á contemplar la humareda de su incendio, y permanecieron largo tiempo en el puerto de Roma sin osar aproximarse. Así lo refiere el historiador Procopio, que se hallaba presente (1).

Ya bajo Alarico había sido tan grande el desastre de Roma, que San Jerónimo nos la presenta ya entonces como convertida en sepulcro de sus hijos, reducida por el hambre á alimentos abominables, y asolada por el hambre antes de serlo por la espada; de suerte que no le quedaba más que un corto número de sus ciudadanos, y que los más ricos, reducidos á la mendicidad, no encontraron consuelo sino muy lejos de su patria, en la caridad de sus hermanos. Nunca Babilonia experimentó nada tan horroroso (2). Era preciso que los antiguos judíos saliesen de Babilonia para no ser envueltos en su suplicio. Aplica San Juan á Roma estas palabras, como las otras que se habían dicho para Babilonia: Dios hizo salir de allí su pueblo por varias maneras.

Una secreta providencia alejó á muchas personas buenas, y, entre otras, al Papa Inocencio, á quien hizo salir—dice San Agustín—como en otro tiempo de Sodoma al justo Lot, no fuese que llegase á ver la ruina de un pueblo entregado al pecado (3). Santa Melania, con varios magnates de Roma, salieron también de allí en aquel tiempo, por una especie de presentimiento de la ruina de aquella gran ciudad (4). Mucho tiempo antes había puesto Dios en el corazón á Santa Paula y muchos romanos ilustres el retirarse con sus familias á Belén (5). Y, en general, sabemos por Paulo Orosio, que un gran número de cristianos se retiraron de Roma, siguiendo aquel precepto del Evangelio: Cuando os persiguieren en una ciudad, huid á otra (6).

Y era que Roma no podía desentenderse de sus errores y sus falsos dioses. Continuaba imputando á los cristianos todas las desgracias del imperio. La mayoría del Senado era siempre idólatra. Los templos, abiertos nuevamente por Juliano, no se había podido volver á cerrarlos. El cristianismo era mirado como la religión particular de los emperadores, y el paganismo como la del imperio. Todo en Roma estaba infectado—dice San Ambrosio—del humo de los sacrificios impuros, y los ídolos provocaban por doquiera el rigor de Dios„ (7). Finalmente, en el mismo año en que fué tomada Roma por Alarico, el cónsul Tértulo, celoso idólatra, inauguró su magistratura, según la costumbre de los gentiles, con vanos presagios de aves, y haciendo valer en el Senado la cualidad de pontífice, que esperaba tener muy luego, quería resucitar con ella toda la religión pagana (8).

---

(1) Procop., lib. III, cap. VIII.
(2) Epist., XVI, *Ad Princip.*
(3) August., *De excid. urb.*, núm. 7.
(4) *Hist., Lausiac.*, cap. CXVIII.
(5) Hieron., Epist., VII.
(6) Oros., lib. VII, cap. XLIV, 49.
(7) *Relat. Symm.*, Epist. XXXI.
(8) Salv., lib. VI; Oros., lib. VII, núm. 42; Zos., VI.

Digitized by Google

Así que la idolatría había vuelto aún otra vez en Roma á ser la religión dominante, habiéndolo permitido Dios así para no dejar dudoso el motivo de sus justas venganzas. Sirviéronle de instrumento los godos. Vencidos repetidas veces y vendidos como esclavos en todas las comarcas del imperio, dieron, por fin, á Roma el pago de los males que de ella habían recibido (1). Sólo entonces fué allí realmente arruinada la idolatría. De ahí aquellos triunfales cánticos de los santos.

"Después de esto oí como voz de muchas gentes en el cielo, que decían: La salud, y el poder y la gloria es á nuestro Dios. Porque sus juicios verdaderos son y justos, pues ha condenado á la gran ramera, que estragó la tierra con su prostitución, y ha vengado la sangre de sus siervos de las manos de ella. Y otra vez dijeron: Aleluya.

„Y el humo de ella sube en los siglos de los siglos.

„Y se postraron los veinticuatro ancianos y los cuatro animales, y adoraron á Dios, que estaba sentado en el trono, y decían: Amén: Aleluya.

„Y salió del trono una voz que decía: Decid lóor á Dios todos sus siervos, y los que le teméis, pequeños y grandes.

„Y oí como voz de gran gentío, y como ruido de muchas aguas, y como voz de grandes truenos, que decían: Aleluya; porque reinó el Señor Dios nuestro Todopoderoso. Gocémonos, y alegrémonos y démosle gloria, pues son llegadas las bodas del Cordero, y su esposa está ataviada. Y se le ha dado que se vista de tela de lino finísimo, brillante y blanco. Y este lino finísimo son las virtudes de los santos.

„Y me dijo: Escribe: Bienaventurados los que han sido llamados á la cena de las bodas del Cordero: y me dijo: Estas palabras de Dios son verdaderas.

„Y me prosterné á sus pies para adorarle. Y me dice: Mira no lo hagas, que yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos, que tienen el testimonio de Jesús. Adora á Dios. Porque el espíritu de profecía es el testimonio de Jesús.„

Vemos aquí la consumación del principal suceso del Apocalipsis: el castigo de Roma idólatra y la desmembración de su imperio en una decena de reinos. San Juan no nos da la historia de estos diez reyes ó reinos, sino que harán la guerra al Cordero, pero el Cordero los vencerá con la espada de su palabra.

Algo más nos explica Daniel. Entre los diez cuernos de la cuarta bestia vió nacer uno de en medio de ellos, que, pequeño al principio, pero creciendo á ojos vistas, echa abajo tres de los primeros. Vió que ese cuerno tenía dos ojos; que hablaba soberbiamente por, contra ó sobre el Altísimo; haciendo la guerra á los santos, y prevaleciendo contra ellos; imaginándose que puede mudar los tiempos y las leyes, y obteniendo así la potestad hasta un tiempo, dos tiempos y la mitad de un tiempo. Después de

(1) Trebell. Poll., *in Claud.*

Digitized by Google

la cual se tendrá el juicio, en que se le quitará la potestad de modo que sea destruído y perezca para siempre. Y el imperio, y la potestad y la grandeza de todos los reinos que hay bajo el cielo será dada al pueblo de los santos del Altísimo; cuyo reino es un reino eterno, y todos los reyes le servirán y obedecerán (1).

Los caracteres de este cuerno preponderante convienen muy bien—y tal es también la aplicación que generalmente se hace—al imperio mahometano, que al comienzo del siglo VII, el año 622, en la Arabia, provincia romana en otro tiempo, se levanta pequeño al principio, pero grande y formidable muy luego; abate y hasta anula tres reinos: el de los persas en Asia, el de los visigodos en España y el de los griegos de Constantinopla; su jefe Mahoma se las echa de vidente y profeta, habla elocuentemente de Dios contra los idólatras, y habla ensoberbecido contra Dios, negando la divinidad de su Hijo; hace la guerra á los santos, esto es, á los cristianos, y prevalece contra ellos en una gran parte de la tierra; se imagina poder cambiar las leyes y los tiempos, ó la manera de contarlos; á la ley de Moisés y á la de Jesucristo sustituye el Alcorán. Tendrá así la potestad hasta un tiempo, dos tiempos y la mitad de un tiempo; es decir, tres años y medio, ó cuarenta y dos meses, ó mil doscientos sesenta días, número misterioso que más de una vez hemos visto presentarse en el Apocalipsis.

Hemos visto al Altísimo, con los que asisten en su presencia y sus santos, juzgar al rey de Babilonia; vémosle asimismo en el Apocalipsis juzgar, con los ángeles y los santos á Roma idólatra y ebria de la sangre de los mártires; aquí Daniel nos le muestra juzgando al imperio anticristiano.

Cuando la sentencia contra Roma idólatra fué ejecutada por los bárbaros, dióse la potestad á los santos del Altísimo, á los cristianos, que formaron desde entonces nuevos reinos, un nuevo género humano denominado la cristiandad. Cuando se ejecute la sentencia final contra el imperio anticristiano de Mahoma, entonces se dará al pueblo de los santos el imperio, la potestad, y la grandeza de todos los reinos que hay bajo el cielo.

Tal vez á esa nueva victoria de Cristo se refiere San Juan cuando dice: "Y vi el cielo abierto, y pareció un caballo blanco y el que estaba montado sobre él se llamaba Fiel y Veraz, el cual con justicia juzga, y pelea. Eran sus ojos como llama de fuego, y en su cabeza muchas diademas, y tenía un nombre escrito que nadie ha conocido, sino él mismo. Y vestía una ropa teñida en sangre, y él se llama el Verbo de Dios. Y los ejércitos que hay en el cielo le seguían vestidos de un lino finísimo, blanco y limpio, en caballos blancos. Y de la boca de él salía una espada de dos filos: para herir con ella á las gentes. Y él las regirá con vara de hierro: y él mismo pisa el lagar del vino del furor de la ira del Dios Todopoderoso. Y tiene en su vestidura y en su muslo escrito: Rey de reyes y señor de los señores.

(1) Daniel, VII.

Digitized by Google

„Y vi un ángel que estaba en el sol, y clamó en alta voz, diciendo á todas las aves que volaban por medio del cielo: Venid y congregaos á la grande cena de Dios: para comer carnes de reyes, y carnes de tribunos, y carnes de poderosos, y carnes de caballos, y de sus jinetes, y carnes de todos libres, y esclavos, y pequeños, y grandes.

„Y vi á la bestia, y á los reyes de la tierra y las huestes de ellos congregados para pelear contra el que estaba montado sobre el caballo y contra su ejército. Y la bestia fué presa, y con ella el falso profeta: que á vista de la misma había hecho prodigios con que sedujo á los que recibieron la marca de la bestia, y á los que adoraron su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos en un estanque de fuego, que arde con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada que sale de la boca del que estaba montado en el caballo, y todas las aves se hartaron de la carne de ellos.„

Tenemos todavía aquí á la bestia, ó la soberanía idólatra, y el falso profeta, ó la falsa sabiduría. Nada hay que la antigua Roma haya idolatrado tanto como á sí misma; se hacía adorar, hacía adorar su imagen ó sus emperadores, hacía adorar los dioses que ella reconocía, y no quería que se adorasen otros. Esta arrogancia pasó más ó menos á sus diez cuernos, á esa decena de reinos en que se desmembró el suyo.

Aun los emperadores cristianos de Constantinopla tomaron por mucho tiempo títulos equivalentes al de divinidad. A los reyes bárbaros les costó trabajo reconocer otra ley, es decir, en el fondo, otra divinidad, que su voluntad y su fuerza. A menudo pretendían unos y otros, como los Césares de la Roma pagana, oficiar, digámoslo así, de sumos pontífices, ya que no de dioses. Más de una vez tuvo la Iglesia que sufrir de ellos tanto como de los emperadores paganos.

La falsa sabiduría, una Jurisprudencia anticristiana, una Filosofía atea, estuvieron interpretando á su arbitrio el Derecho romano, el Derecho de Roma pagana, el Derecho de la bestia. En su consecuencia, desde varios siglos, el poder político se ha declarado independiente de la religión y de la moral enseñada é interpretada por la Iglesia. Y más de una vez se ha visto á ese poder, ya en manos de uno solo, ya en las de varios, perseguir á la Iglesia de Dios en estos últimos tiempos con tanto furor y malicia como en otro tiempo los Galerios y los Julianos. Volvemos á encontrar así en algún modo á la bestia y al falso profeta.

Puede entenderse ahora que, á la caída del imperio anticristiano de Mahoma, el Hijo de Dios, que lleva ya varias diademas en su frente, en señal de los varios reinos que le están sometidos, acabará de vencer los restos políticos de la bestia y de su falso profeta, y los precipitará ambos en el abismo de fuego. Tal vez entonces haya de realizarse también de una manera particular lo que San Juan añade:

"Y vi descender del cielo un ángel que tenía la llave del abismo y una grande cadena en su mano. Y prendió al dragón, á aquella serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y le ató por mil años: y le metió en el abismo, y le encerró, y puso sello sobre él para que no engañe más á

Digitized by Google

las gentes, hasta que sean cumplidos los mil años: después de los cuales ha de ser soltado por un poco tiempo.

„Y vi tronos, y se sentaron en ellos, y se les dió potestad de juzgar: y vi las ánimas de los que habían sido degollados por la confesión de Jesús, y por la palabra de Dios, y los que no adoraron la bestia ni á su imagen, ni recibieron su marca en sus frentes, ó en sus manos, y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Los otros muertos no entraron en vida hasta cumplirse los mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección: en éstos no tiene poder la segunda muerte; antes serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años„ (1).

Hemos visto arriba que el dragón, ó Satanás, después de haber perseguido en vano á la mujer misteriosa, ó á la Iglesia, cuando ésta huyó al desierto, se marchó á hacer guerra á los demás hijos de ella que guardaban los mandamientos de Dios y tenían el testimonio de Jesucristo. Y la Historia nos ha mostrado efectivamente, después de las persecuciones del imperio romano, una violenta persecución en Persia. No se dice que el dragón haya vuelto de allí. Puédese, pues, creer que, lanzado de Roma, donde estaba su trono y su corte, se haya retirado al Asia. Y en realidad, vemos su dominación, la idolatría, el error, prevalecer en aquel gran continente. Puede ser, pues, que después de haber destruído el imperio anticristiano de Mahoma, acabe el Hijo de Dios de destruir también los restos de la idolatría en todo el mundo, y que el dragón, autor de ella, sea encadenado en el abismo durante mil años, es decir, durante una considerable serie de siglos.

Puede ser que, haciéndose el universo todo cristiano y católico, reine en él por doquiera Jesucristo con sus santos y sus mártires, como reina ya con ellos en una vasta extensión. Consiste este reino de los mártires con Jesucristo en dos cosas: primera, en la gloria que tienen en el cielo con Jesucristo, que los hace asesores suyos; segunda, en la manifestación de esa gloria sobre la tierra por los grandes y justos honores que se les tributan en la Iglesia, y por los infinitos milagros con que Dios los honra, aun á vista de sus enemigos, esto es, de los infieles que los habían despreciado. Esta es la resurrección primera—dice San Juan,—resurrección á la gloria, pero que no corresponde aún al cuerpo; ya que sólo se ven todavía en el trono con Jesucristo las almas de los mártires. Puede ser, pues, que desde la destrucción del imperio mahometano hasta el fin de los siglos haya un largo período de triunfo y de paz para la Iglesia.

„Mas al cabo de los mil años será desatado Satanás, y saldrá de su cárcel, y engañará las naciones que hay sobre los cuatro ángulos del mundo, á Gog y Magog, y los juntará para dar batalla, cuyo número es como la arena del mar.

„Y subieron sobre la anchura de la tierra, y cercaron los reales de los santos, y la ciudad amada.

---

(1) Apocalyp., XX, 1-6.

Digitized by Google

„Mas Dios llovió fuego del cielo que los consumió: y el diablo, que los engañaba, fué precipitado en el estanque de fuego y azufre, donde también la bestia y el falso profeta serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos„ (1).

Todos ven aquí la última seducción y la última persecución, la del Anticristo, de aquel hombre de pecado, hacia el fin de los siglos, en que Satán, más desencadenado que nunca, ejerciera ilimitadamente su seducción por medios hasta entonces no oídos. El campamento de los santos, la ciudad amada, es la Iglesia, que Satanás, seguido de todos los idólatras, herejes é impíos atacará con nuevo encarnizamiento. Pero el fuego del cielo los consumirá. Cumpliráse entonces, sin duda, á la letra, lo que dice San Pedro, que los cielos, que son ahora, y la tierra, se guardan reservados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos (2); como también de lo que dice San Pablo, de que el Señor destruirá al perverso aquel con el resplandor de su venida (3). A lo cual concuerdan las siguientes palabras del Apocalipsis:

"Y vi un gran trono blanco, y á uno sentado en él, á cuya vista desapareció la tierra y el cielo, y no quedó nada de ellos.

„Y vi á los muertos grandes y pequeños estar delante del trono, y fueron abiertos los libros: y fué abierto también otro libro, que es el de la vida: y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.

„Y dió la mar los muertos que estaban en ella: y la muerte y el infierno dieron los muertos que estaban en ellos: y fué hecho juicio de cada uno según sus obras.

„Y el infierno y la muerte fueron arrojados en el estanque del fuego. Esta es la muerte segunda.

„Y el que no fué hallado escrito en el libro de la vida, fué lanzado en el estanque del fuego„ (4).

Vese aquí distintamente la resurrección general de los cuerpos y el juicio universal y final. No son aquí almas solas que resucitan para la gloria, como ha un momento se nos presentaban, sino cuerpos, pues parte de ellos surgen de la mar. No es un juicio particular de Babilonia, de Roma idólatra, del mundo pagano, sino un juicio universal de todos los muertos. Este juicio será la consumación de todas las cosas.

"Y vi un cielo nuevo, y una tierra nueva. Porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y ya no había mar.

„Y yo Juan vi la ciudad santa, la Jerusalén nueva que de parte de Dios descendía del cielo, compuesta, como una esposa ataviada para su esposo.

„Y oí una gran voz que venía del trono y decía: Ved aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y morará con ellos. Y ellos serán su pueblo: y el mismo Dios en medio de ellos será su Dios: Y limpiará Dios

---

(1) Apocalyp., XX, 7-10.
(2) II Pet., III, 7.
(3) II Thess., II, 8.
(4) Apocalyp., XX, 11-15.

Digitized by Google

toda lágrima en los ojos de ellos: y la muerte no será ya más: y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas son pasadas.

„Y dijo el que estaba sentado en el trono: He aquí que hago nuevas todas las cosas.

„Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son muy fieles y verdaderas.

„Y me dijo: Esto es hecho: Yo soy el alfa y la omega: el principio y el fin. Yo daré de balde á beber al que tuviese sed, de la fuente del agua de la vida. El que venciere poseerá estas cosas, y seré yo su Dios, y él será mi hijo. Mas á los cobardes, é incrédulos, y execrables, y homicidas, y deshonestos, y hechiceros, é idólatras, y á todos los embusteros, la parte de ellos será en el lago que arde con fuego y azufre: que es la segunda muerte.

„Y vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo diciendo: Ven y te mostraré la esposa novia del cordero.

„Y me llevó en espíritu á un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo y venía de Dios, que tenía la claridad de Dios: y la luz de ella era semejante á una piedra preciosa de jaspe, á manera de cristal. Y tenía un muro grande y alto con doce puertas: y en las puertas doce Ángeles y los nombres inscritos, que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel. Por el Oriente tenía tres puertas, por el Septentrión tres puertas, por el Mediodía tres puertas, y tres puertas por el Occidente. Y el muro de la ciudad tenía doce fundamentos, y en estos doce los nombres de los doce Apóstoles del Cordero.

„Y el que hablaba conmigo tenía una caña de medir, que era de oro, para medir la ciudad, y sus puertas, y el muro.

„Y la ciudad es cuadrada, tan larga como ancha: y midió la ciudad con la caña de oro, y tenía doce mil estadios: y la longitud, y la altura, y la anchura de ella son iguales. Y midió su muro, y tenía ciento cuarenta y cuatro codos, de medida de hombre, que era la del ángel. Y el material de este muro era de piedra jaspe: mas la ciudad era oro puro, semejante á un vidrio limpio.

„Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados de toda piedra preciosa. El primer fundamento era jaspe: el segundo, zafiro: el tercero, calcedonia: el cuarto, esmeralda: el quinto, sardonica: el sexto, sardio: el séptimo, crisólito: el octavo, berilo: el nono, topacio: el décimo, crisopaso: el undécimo, jacinto: el duodécimo, amatista.

„Y las doce puertas son doce perlas, una en cada una: y cada puerta era de una perla: y la plaza de la ciudad era oro puro, y transparente como el cristal.

„Y no vi templo en ella: porque el Señor Dios todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero.

„Y la ciudad no ha menester sol ni luna que alumbren en ella: porque la claridad de Dios la alumbra, y la lámpara de ella es el Cordero. Y á la

Digitized by Google

luz de ella andarán las gentes: y los reyes de la tierra llevarán á ella su gloria y su majestad. Y sus puertas no se cerrarán el fin de cada día: porque no habrá allí noche. Y á ella llevarán la gloria y la honra de las naciones. No entrará en ella cosa contaminada, ni ninguno que cometa abominación y mentira: sino solamente los que se hallan escritos en el libro de la vida del Cordero„ (1).

"Y me mostró un río de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero,

„En medio de la plaza de la ciudad, y de la una y de la otra parte del río, el árbol de la vida, que da doce frutos, en cada mes su fruto: y las hojas del árbol para sanidad de las gentes.

„Y no habrá allí jamás maldición; antes bien, los tronos de Dios y del Cordero estarán en ella, y sus siervos le servirán. Y verán sus caras: y su nombre estará en las frentes de ellos.

„Y allí no habrá jamás noche: ni necesitarán luz de antorcha, ni luz de sol: por cuanto el Señor Dios los alumbrará, y reinarán por los siglos de los siglos„ (2).

¡Admirable cuadro de la renovación y de la glorificación de todas las cosas en Jesucristo! Por él fué creado todo; por él es restaurado todo. Dios y hombre, junta en su persona la divinidad y la humanidad, y en la humanidad la criatura espiritual y la corporal Es el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin. La gloria que comunica á sus escogidos se esparce sobre toda la creación. El primero, resucita él con un cuerpo glorioso; resucitan como él sus escogidos; con ellos resucita gloriosa la naturaleza entera. Viene un nuevo cielo y una nueva tierra. Transfórmanse todas las figuras en inefable realidad.

El tabernáculo de Moisés es el universo transfigurado, renovado, glorificado, donde Dios habita con sus hijos como bajo una tienda. Preséntase Jerusalén; pero una Jerusalén enteramente celestial; los doce Apóstoles, las doce tribus de Israel, las naciones con sus reyes fieles á Cristo. Preséntase el oro y las piedras preciosas, pero transformadas en algo infinitamente más precioso todavía. Preséntase el paraíso con su río de agua vivífica y su árbol de vida; pero ya no está vedado comer ó beber de ellos; mas ya no hay maldición ni muerte; no teme ya Adán comparecer ante Dios, le ve cara á cara; enjúganse todas las lágrimas; llegaron las bodas del Cordero, la unión perfecta de Dios á la naturaleza humana, figurada por la unión de Adán y Eva. Dios había plantado de su mano el paraíso terrenal, había hecho el luminar del sol para que presidiese al día, y la luna para que presidiese á la noche; pero ahora será él mismo el sol, él mismo el dia, él mismo el templo, él mismo todo en todos. Todas las criaturas—nos dice San Pablo—están suspirando por esta revelación de gloria (3). ¡Qué no deberá, pues, hacer un cristiano! Pero volvamos á las últimas palabras de San Juan.

(1) Apocalyp., XXI.
(2) Apocalyp., XXII, 1-5.
(3) Rom., VIII, 22.

Digitized by Google

"Y me dijo: Estas palabras son muy fieles y verdaderas. Y el Señor Dios de los espíritus de los profetas envió su ángel para mostrar á sus siervos las cosas que deben suceder pronto.

„Y he aquí que vengo aprisa. Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro.

„Y yo, Juan, soy el que he oído y visto estas cosas. Y después que las oí, y las vi, me postré á los pies del ángel, que me las mostraba, para adorarle: Pero él me dijo: Guárdate, no lo hagas; que yo soy un consiervo tuyo, y de tus hermanos los profetas, y de los que observan las palabras de la profecía de este libro: Adora á Dios.

„Díjome también: No selles las palabras de la profecía, porque el tiempo está cerca. El que daña, dañe aún: y el que está en suciedades, ensúciese aún: y el que es justo, justifíquese más y más: y el que es santo, más y más se santifique. He aquí que vengo presto, y mi galardón va conmigo, para recompensar á cada uno según sus obras. Yo soy el alfa y la omega, el primero y el postrero, principio y fin. Bienaventurados los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero: para tener derecho al árbol de la vida, y á entrar por las puertas en la ciudad. Fuera los perros, y los hechiceros, y los lascivos, y los homicidas, y los que sirven á ídolos, y todo aquel que ama y hace mentira. Yo, Jesús, he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las Iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella espléndida de la mañana.

„Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que lo oye diga: Ven. Y el que tiene sed, venga: y el que quiere, tome de balde el agua de la vida.

„Porque protesto á todo el que oye las palabras de la profecía de este libro: Que si alguno añadiere á ellas cualquiera cosa, pondrá Dios sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios le quitará á él del libro de la vida y de la ciudad santa, y de las cosas que están escritas en este libro.

„Dice el que da testimonio de estas cosas: Ciertamente vengo presto. Amén. Ven, Señor Jesús.

„La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén„ (1).

He aquí cómo da fin San Juan á su libro del Apocalipsis, el cual, á su

---

(1) Apocalyp., XXII.

Bossuet ha escrito sobre el Apocalipsis estas notables palabras: "A pesar de las profundidades de este libro divino, se siente al leerle una impresión tan dulce como magnífica al propio tiempo de la majestad de Dios. Se ven tan altas ideas de los misterios de Jesucristo, tan vivo reconocimiento del pueblo que redimió con su sangre, imágenes tan nobles de sus victorias y de su reino, con tan maravillosos cantos para celebrar sus grandezas, que bastan para arrebatar de admiración cielo y tierra. Verdad es que se siente también espanto leyendo los efectos terribles de la justicia de Dios, las ejecuciones sangrientas llevadas á cabo por sus santos ángeles, sus trompetas que anuncian sus juicios, sus copas de oro llenas de su cólera implacable y las incurables llagas con que hieren á los impíos; pero las dulces y arrebatadoras pinturas que se mezclan á estos espantosos espectáculos, producen luego la confianza en que el alma des-

Digitized by Google

vez, da fin á la colección de las Sagradas Escrituras: Amén. Ven, Señor Jesús. La Iglesia, su esposa, y el alma fiel, no cesan de invitarle y desear su reino. Admirable conclusión de la Escritura, que comienza con la creación del mundo, y concluye en la consumación del reino de Dios, que es también llamada una creación nueva.

26. Entretanto Domiciano, que había relegado á Patmos al Apóstol profeta, recibió al cabo la pena de sus crímenes. Tan cruel y odioso se había hecho, que sus propios libertos, sus mismos oficiales, y hasta su mujer, conspiraron contra él, y lo mataron, á los cuarenta y cinco años de edad y quince de reinado, el 18 de Septiembre del año 96. Sucedióle Nerva, que tenía más de setenta años, adoptó á Trajano, y murió después de haber reinado dos años escasos. Habiendo el Senado anulado todos los decretos de Domiciano, quedaron en libertad de regresar á su domicilio los desterrados, y entre ellos, San Juan.

Vuelto al Asia, aplicóse nuevamente á cuidar con particular celo de aquellas Iglesias á las cuales desde la isla de Patmos había instruído, con sus cartas, en nombre del Hijo de Dios.

Residía ordinariamente en Efeso, desde donde hacía á menudo excursiones á las provincias vecinas, ya para instituir Obispos, ya para erigir y reglamentar Iglesias enteras, ya para admitir en el clero á los que juzgaba dignos.

27. En una de estas ciudades, no muy lejos de Efeso, después de haber consolado á los hermanos con sus discursos, vió el Apóstol á un joven de alta estatura é interesante fisonomía y de un genio ardoroso. Volviéndose hacia el Obispo á quien acababa de ordenar: — Os recomiendo á éste—le dijo,— os le recomiendo vivamente, en presencia de toda la Iglesia, y tomando á Jesucristo por testigo.—Prometió el Obispo tener mucho cuidado de él, y por su parte, Juan, no cesó de exhortarle á ello, con las mayores instancias.

Habiendo, pues, el Obispo llevado á su casa aquel joven, nada omitió para educarle bien, hasta que le vió dispuesto para el santo bautismo. Una vez bautizado dicho joven, creyó el Obispo no tener ya nada que temer, y remitió poco á poco de su antigua vigilancia. Dejado demasiado pronto el joven á sí mismo, dan en frecuentar su trato algunos jóvenes de su edad, ociosos y dados á toda especie de desórdenes. Atráenle primeramente con suntuosos banquetes; persuádenle después á que salga de noche con ellos, para despojar á los pasajeros; y le inducen, por fin, á acciones aún más culpables. Acostumbrábase así al mal cada día; y á la manera de un corcel vigoroso y sin freno, una vez extraviado del recto camino, cuanto más generosa era su índole, tanto más impetuosamente corría

---

cansa más tranquilamente después del vivo asombro que la causaron tantos horrores„.

La isla de Patmos, de que se habla en el Apocalipsis, es una islita del mar Egeo, una de las Esporades, al Este de Caria: Es una roca casi toda árida, de treinta millas romanas de circunferencia. En la isla se enseña una gruta donde se cree escribió San Juan el Apocalipsis.

Digitized by Google

al precipicio. Desesperando, por fin, de su salvación, no puso ya límites á sus excesos; antes formó empeño de sobrepujar á todos sus compañeros de desórdenes. Habiendo, pues, formado una banda de ladrones y habiéndose declarado su jefe, los superaba á todos en crímenes de toda especie.

Volvió en esto el Apóstol á la misma ciudad, una vez terminados los asuntos para que le habían llamado.—Ahora bien—dijo al Obispo;—devolvedme el depósito que Jesucristo y yo os hemos confiado en presencia de la Iglesia.—Sorprendido quedó el Obispo, creyendo que le hablaba de un depósito de dinero. Mas cuando el Apóstol añadió: — Lo que os pido es aquel joven, es el alma de nuestro hermano, — bajó el Obispo los ojos, y llorando,--¡Ay!—le respondió. — Ha muerto.—¿Y cómo?¿De qué muerte?—replicó el Apóstol.—Ha muerto para Dios—dijo el Obispo;—se ha hecho un malvado, un perdido, un ladrón; en vez de estar en la Iglesia, anda en los montes con una tropa de foragidos como él.

A estas palabras, rasga sus vestiduras el santo anciano, exhala un grito y se da una palmada en la frente, diciendo:—¡Pues á buen guardián he dejado el alma de mi hermano! Vaya; tráiganme inmediatamente un caballo, y un hombre que me sirva de guía.—Y al punto salió de la iglesia, vestido como estaba, y se puso en camino.

Llegado que hubo á aquellos parajes, le cogieron los bandidos que estaban de centinela, y á ruego suyo, le condujeron á su capitán, á quien encontró todo pertrechado de armas. Mas apenas éste reconoció á San Juan, cuando echó á correr de vergüenza. Corrió el santo en pos de él con todas sus fuerzas, sin reparar en su avanzada edad, y gritándole una y otra vez: -¿Por qué, hijo mío, huyes de tu padre, anciano y sin armas? ¡Oh, hijo mío! Ten compasión de mí. No temas; puedes esperar la salvación. Yo mismo satisfaré por ti á Jesucristo; sufriré de grado por ti la muerte, como el Señor la ha sufrido por nosotros. Daré mi vida por la tuya. Detente, nada más; Jesús es quien me envía.

Párase á estas palabras el joven, volviendo la vista al suelo; y arrojadas las armas, comienza á temblar y á llorar amargamente; abraza tiernamente al santo anciano, pidiéndole perdón entre gemidos y suspiros; expía sus malandanzas con un bautismo de lágrimas; pero con todo, oculta la mano derecha. Sosiégale el Apóstol; afírmale con juramento que le ha obtenido del Salvador su perdón, póstrase en oración delante de él, le besa la mano derecha, como purificada de sus asesinatos, por la penitencia, y le trae de nuevo á la Iglesia. Allí eleva por él frecuentes oraciones, ayuna con él continuamente, suaviza su espíritu con palabras llenas de ternura, y no le deja hasta después de haberlo devuelto á la Iglesia, hasta después de haber hecho de él, para todos, un grande ejemplo de penitencia y de resurrección espiritual (1).

Hizo San Juan en Efeso varios milagros, y entre otros, el de resucitar un muerto. En su vigilancia sobre todas las cosas, depuso á un sacerdote de Asia, convicto de haber falsamente publicado, bajo el nombre de

(1) Euseb., lib. III, cap. XX y XXIII.

Digitized by Google

San Pablo, la relación de sus viajes con Santa Tecla, aunque decía haber tenido intención de honrar al Apóstol con aquella impostura. En fin, era ya muy entrado en edad, y tenía más de noventa años, cuando escribió su Evangelio. Con dificultad se decidió á ello. Porque los primeros cristianos más gustaban de practicar las máximas del Evangelio que de escribirlas. Mas habiéndoselo rogado la mayor parte de los Obispos del Asia, y los enviados de un gran número de Iglesias, dispuso ayunos y oraciones públicas, y pronunció las palabras: "En el principio era el Verbo„, al salir de una profunda revelación. Fué su designio referir varias acciones del Salvador, de que los otros evangelistas no habían hablado; transmitirnos sus discursos, de que sólo una corta parte habían escrito los otros; y refutar, por último, á los herejes, entre los cuales negaban unos la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y otros la realidad de su carne. Refútalos también en sus cartas, en la primera especialmente, que es como un compendio de su Evangelio. Comienza de una manera parecida.

28. "Lo que fué desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que miramos y palparon nuestras manos del Verbo de la Vida: y la vida fué manifestada, y la vimos, y damos de ella testimonio, y nosotros os anunciamos esta vida eterna que era en el Padre y nos apareció á nosotros; lo que vimos y oímos eso os anunciamos, para que tengáis también vosotros comunión con nosotros, y nuestra unión sea con el Padre y con Jesucristo, su hijo. Y estas cosas os escribimos para que os gocéis y vuestro gozo sea cumplido„ (1).

Inventaban los herejes doctas fábulas; atestiguaban los Apóstoles lo que con sus oídos habían oído, con sus ojos habían visto, y con sus manos habían tocado. Y el sumario de su predicación es el Verbo de vida, que desde el principio era en el Padre; pero que se ha hecho visible en su encarnación; este es el fundamento sobre el cual levantan todo el edificio de la fe y de la moral cristiana.

"Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es hijo de Dios. Y quien ama al padre ama también á su hijo. En esto conocemos que amamos á los hijos de Dios, si amamos á Dios y guardamos sus mandamientos. Porque este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos, y los mandamientos de él no son pesados. Así es que todo hijo de Dios vence al mundo: y ésta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

„Jesucristo es el que vino con agua y sangre; no con el agua solamente, sino con el agua y con la sangre. Y el Espíritu es el que testifica, que Cristo es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, y el agua y la sangre, y estos tres son una misma cosa *(ó mejor, conforme al griego, para una misma cosa)*. Si recibimos el testimonio de los hombres

(1) I Joann., I, 1-4.

Digitized by Google

mayor es el testimonio de Dios. Ahora bien; Dios, cuyo testimonio es el mayor, es el que ha testificado de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios tiene en sí el testimonio de Dios. El que no cree al Hijo, le hace mentiroso; porque no cree en el testimonio que Dios ha dado de su Hijo. Y este es el testimonio, que Dios nos ha dado vida eterna. Y esta vida está en su Hijo. Quien tiene al Hijo, tiene la vida; quien no tiene al Hijo, no tiene la vida. Estas cosas os he escrito á vosotros, que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios„ (1).

Vemos aquí que se aplica San Juan en cada palabra, podemos decir, á insinuar la fe en Jesucristo como único autor de la salvación. El es quien ha venido con el agua del bautismo, figurada en la que brotó de su costado en la cruz; y ha venido también con la sangre que ha derramado para quitar los pecados del mundo. Tres testigos del cielo le han prestado testimonio: el Padre, declarándolo su Hijo, ya en el Jordán, ya en el Tabor; el Verbo eterno, por sus discursos y sus milagros, y por la comunicación manifiesta de su divinidad á su humanidad; el Espíritu Santo, por los Patriarcas, por Moisés, por David, por los profetas, por Simeón, por Juan Bautista, por su venida visible sobre él en el bautismo, por los dones que derramó sobre los Apóstoles. Y estos tres son una misma cosa; admirables palabras que vemos citadas, desde el siglo III, por San Cipriano, y en el V por San Fulgencio y cuatrocientos Obispos de Africa, para proclamar, contra los arrianos, el misterio de la Santísima Trinidad, el misterio de un solo Dios en tres personas (2). Estos tres testigos atestiguan desde lo alto de los cielos la divinidad de Jesucristo.

Otros tres para probar su humanidad cita San Juan: el espíritu que entregó en manos del Padre; el agua que vertió de sus ojos por las lágrimas y de su costado abierto después de su muerte, y finalmente, la sangre que vertió en su circuncisión y, sobre todo, en la cruz. Acordes están estos testigos para una misma cosa: para probar que era verdaderamente hombre.

He aquí ahora en qué términos habla San Juan de los herejes que negaban una ú otra de estas verdades:

"Hijitos, es ya la última hora, y como habéis oído que el Anti-cristo viene, así ahora muchos se han hecho Anti-cristos, por donde conocemos que es la última hora. Salieron de entre nosotros, mas no eran de nosotros: porque si hubieran sido de los nuestros, hubieran, cierto, permanecido con nosotros: mas para que se vea claro que no todos son de nosotros. Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y sabéis todas las cosas. No os he escrito á vosotros como si ignoráseis la verdad, mas como á los que la sabéis, y porque ninguna mentira es jamás de la verdad. ¿Quién es mentiroso sino aquel que niega que Jesús es el Cristo? Este tal es un Anti-cristo que

(1) I Joann., V. 1-13.
(2) S. Cyp., *Epist. ad Jubai;* S. Fulg., *De Trin.*, cap. IV; Víctor Vit., lib. III, *De persec. Vandal.*

Digitized by Google

niega al Padre y al Hijo. Cualquiera que niega al Hijo tampoco reconoce al Padre; quien confiesa al Hijo también al Padre confiesa. Lo que oísteis desde el principio permanezca en vosotros. Si permaneciere en vosotros lo que oisteis desde el principio, vosotros también permaneceréis en el Hijo y en el Padre„ (1).

"Carísimos, no queráis creer á todo espíritu, mas probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas se han levantado en el mundo. En esto se conoce el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo vino en carne es de Dios: y todo espíritu que desune á Jesús no es de Dios: y este tal es un Anti-cristo, de quien habéis oído que viene, y ya desde ahora está en el mundo.

„Vosotros, hijitos sois de Dios, y vencisteis á aquel, porque el que está en vosotros, es mayor que el que está en el mundo. Ellos del mundo son, por eso hablan del mundo, y el mundo los oye. Nosotros de Dios somos. Quien á Dios conoce, nos oye; el que no es de Dios no nos oye; en esto conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error„ (2).

De esta fe perfecta en Jesucristo deduce á cada paso el discípulo amado el gran precepto de la caridad.

"Carísimos, amémonos los unos á los otros; porque la caridad procede de Dios. Y todo aquel que ama, de Dios es nacido y conoce á Dios. El que no ama, no conoce á Dios; porque Dios es caridad. En esto se demostró la caridad de Dios hacia nosotros, en que Dios envió al mundo á su Hijo unigénito, para que vivamos por él.

En esto consiste su caridad; no que nosotros hayamos amado á Dios, sino que él nos amó primero á nosotros, y envió su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Carísimos, si así nos amó Dios también nosotros debemos amarnos unos á otros„ (3).

"Si alguno dijere: yo amo á Dios, y aborreciese á su hermano, mentiroso es. Pues el que no ama á su hermano á quien ve, ¿á Dios, á quien no ve, cómo podrá amarle? Y este mandamiento tenemos de Dios: que el que ama á Dios, ame también á su hermano.„

De este amor saldrá la gloria eterna.

"Mirad qué tierno amor ha tenido hacia nosotros el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos. Por esto el mundo no nos conoce; porque no conoce á Dios. Carísimos, ahora somos hijos de Dios, y no aparece aún lo que habemos de ser. Sabemos, sí, que cuando se manifestare claramente, seremos semejantes á él; porque le veremos como él es„ (4).

Concluye el Apóstol su carta con las siguientes palabras: "Sabemos también que vino el Hijo de Dios, y que nos dió entendimiento para que conozcamos al verdadero Dios y estemos en su verdadero Hijo. Este es

---

(1) I Joann., II, 18-26.
(2) I Joann., IV, 1-6.
(3) I Joann., IV, 7 11.
(4) Ibid, III, 1 y 2.

Digitized by Google

el verdadero Dios y la vida eterna. Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén„ (1).

Esta carta la citan varios antiguos bajo el nombre de Epístola á los Partos. Estos pueblos, que disputaban entonces á los romanos el imperio del mundo, ocupaban una vasta extensión de país, que comprendía la Persia, toda la región entre el Tigris y la India y tal vez la misma China. Había muchos judíos esparcidos en los dominios de aquel gran pueblo. Y hasta puede notarse en los Hechos, que los judíos que de allí venían para celebrar la Pascua en Jerusalén, son los que van enumerados en primer lugar. Dado lo cual, varios de ellos se hicieron cristianos, y buen número de partos indígenas siguieron su ejemplo, como lo vemos en los mártires de Persia. Y hasta es posible que San Juan hubiese ido á predicar allí la fe. El no llevar la carta en su encabezamiento el nombre ni el título del Apóstol deberíase tal vez á la circunstancia de la guerra entre los partos y los romanos, y al deseo de evitar toda sospecha en el caso de que viniese la carta á caer en sus manos. Cuando después de haber dicho que Jesucristo es el verdadero Dios, añade: "Guardaos de los ídolos„, puédese entender, no sólo de los ídolos materiales de metal, piedra ó madera, sino principalmente de los ídolos intelectuales, las falsas ideas que los herejes anticristianos, particularmente los magos, se formaban del verdadero Dios.

Además de esta carta general, escribió San Juan otras dos más breves á amigos particulares, en las cuales hallamos los mismos pensamientos y el mismo lenguaje. Va dirigida la una á una madre de familia.

"Heme holgado en extremo, porque he hallado de tus hijos que andan en el camino de la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del Padre. Y ahora ruégote, señora, no como si te escribiese con nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde un principio, que nos amemos unos á otros. Y esta es la caridad, que andemos según los mandamientos de Dios. Porque tal es el mandamiento que habéis recibido desde el principio, y según el cual debéis caminar:

„Porque muchos impostores se han levantado en el mundo, que no confiesan que Jesucristo vino en carne: negar esto es ser un impostor y un Anti-cristo. Vosotros estad sobre aviso, para no perder el fruto de vuestros trabajos, sino que antes bien recibáis cumplida recompensa.

„Todo el que se aparta, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene á Dios: el que persevera en la doctrina, éste tiene al Padre y al Hijo.

„Si alguno viene á vosotros, y no trae esta doctrina, no le recibáis en casa, ni le saludéis. Porque quien le saluda, comunica en sus malas obras„ (2).

La otra carta va dirigida á un tal Cayo, de quien no tenemos más noticias. Hela aquí íntegra:

---

(1) Ibid, V, 20 y 21.
(2) II Joann., 4-11.

Digitized by Google

"El presbítero al muy amado Cayo, á quien yo amo en verdad.

„Carísimo, ruego al Señor que te prospere en todo, y que te conserve en salud, así como tu alma se halla en buen estado. Mucho me he gozado por la venida de los hermanos, y el testimonio que dan de tu piedad, como que sigues el camino de la verdad. No tengo yo mayor gozo de otra cosa, que de oir que mis hijos van por el camino de la verdad. Carísimo, te portas con fidelidad en todo lo que haces con los hermanos, y particularmente con los peregrinos, que han dado testimonio de tu caridad en presencia de la Iglesia: y tú harás bien en hacerlos asistir y conducir en sus viajes con el decoro debido á Dios. Porque por su nombre han emprendido el viaje, sin tomar nada de los gentiles. Nosotros, pues, debemos recibir á estos tales á fin de cooperar á la verdad.

„Hubiera, por ventura, escrito á la Iglesia, mas aquel que pretende tener la primacía entre ellos, Diotrefes, no nos recibe. Y por eso, si yo fuere allá, daré á entender las obras que hace, esparciendo palabras malignas contra nos: y como si esto no le bastase, no solamente no hospeda él á nuestros hermanos; sino que á los que les dan acogida se lo veda, y los echa de la Iglesia.

„Carísimo, no has de imitar lo malo, sino lo que es bueno. El que hace bien, es de Dios: quien mal hace, no vió á Dios.

„Todos dan testimonio á favor de Demetrio, y aun la misma verdad: y nosotros también lo damos: y tú sabes que nuestro testimonio es verdadero.

„Muchas cosas tenía que escribirte: mas no he querido hacerlo por medio de tinta y pluma. Porque espero verte en breve, y hablaremos de boca á boca. La paz sea contigo. Te saludan los amigos. Saluda á nuestros amigos, á cada uno en particular.„

Fueron también las últimas palabras del santo anciano, palabras de amistad y de caridad. No permitiéndole ya su avanzada edad dirigir largos discursos, no por eso dejaba de hacer que le llevasen á la reunión de los fieles, y les decía de cada vez: "Hijitos míos, amaos unos á otros.„ Preguntáronle al fin sus discípulos por qué les decía siempre lo mismo. "Porque es—les respondió—el precepto del Señor, y si bien se practicare, basta„ (1).

29. Con pena dejamos aquí á los santos Apóstoles y á los sagrados libros; pero al dejarlos guardamos la celestial herencia que nos han legado: la fe en Dios y en su Iglesia, un solo Dios y una sola Iglesia...

Un solo Dios en tres personas; tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa: un solo Dios, un solo Señor, Jesucristo, verdadero Dios; San Juan lo ha dicho: Dios, cuyo trono permanece en los siglos de los siglos; Dios, que desde el principio creó el cielo y la tierra. San Pablo lo dijo antes que San Juan, y David antes que San Pablo (2). Este Verbo Dios se hizo

(1) Hieron., *In Galat.*
(2) Hebr., I; Psalm., XLIV, 7, y CI, 26.

Digitized by Google

carne y habitó entre nosotros, murió por nosotros, resucitó para resucitarnos á nosotros con él, subió á los cielos para prepararnos lugar y desde allí ha de venir nuevamente á juzgar á los vivos y á los muertos y á consumar todas las cosas; todos los Apóstoles lo han dicho: Una Iglesia, una grey, un pastor: una Iglesia edificada por el que edificó el universo; una Iglesia edificada sobre la piedra, contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno.

Un pastor, Pedro, al cual se le dice: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y: Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. Pedro, que, después de la Ascensión de su Maestro, hace elegir un Apóstol, y hubiera podido elegirlo él solo; Pedro, que es el primero que promulga el Evangelio y la Iglesia á todas las naciones congregadas, el primero que recibe en ella á los judíos, el primero que recibe á los gentiles, y el primero que decide en el Concilio; Pedro, que marcha á la nueva Babilonia á establecer su sempiterna cátedra sobre las ruinas de la idolatría, y gobernar desde allí el mundo cristiano.

Con Pedro, su jefe, tenemos á los Apóstoles, que predican y fundan Iglesias hasta los extremos términos del mundo; ordenan, por la imposición de manos, Obispos para sucederles, á los cuales mandan también que ordenen así á otros, dando reglas de las circunstancias que han de reunir, los deberes que han de cumplir respecto á los ministros inferiores y á los fieles, y éstos respecto á ellos.

30. Vemos desde entonces como un ejército formado en batalla. Hay reglas de disciplina para el buen orden en las Asambleas, para la represión de los espíritus ligeros é inquietos, para la excomunión de los escandalosos y de los herejes.

Vemos desde entonces una liturgia majestuosa. En un día de domingo tiene San Juan su divina revelación. Hay una asamblea presidida por un venerable Pontífice, sentado en un trono, y rodeado de veinticuatro ancianos ó presbíteros. Hay ornamentos sacerdotales, vestiduras blancas, cíngulos, coronas, instrumentos del culto divino, un altar, candeleros, incensarios, un libro sellado. Menciónanse allí himnos, cánticos y una fuente de agua que da la vida. Ante el trono y en medio de los sacerdotes hállase un cordero en estado de víctima, al cual se tributan los honores de la divinidad. Bajo el altar están los mártires, que piden que sea vengada su sangre. Presenta un ángel á Dios incienso, y se dice que es el emblema de las oraciones de los santos ó de los fieles. En una palabra, San Juan nos hace ver nuestras ceremonias sagradas, ó transportadas del cielo, ó transportadas al cielo.

31. Vemos también en San Pablo la reunión del primer día de la semana: un altar del sacrificio, una víctima de que sólo los fieles tienen derecho á participar, una Comunión del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesucristo. De lo cual hasta algunos participaban indignamente. Porque entonces, como hoy, no eran todos perfectos; entonces, como hoy, había paja mezclada con el trigo. Al lado de los verdaderos Apóstoles, los había falsos; al lado de los mártires, había apóstatas; al lado de los fervo-

Digitized by Google

rosos, había tibios, y al lado de los edificantes había escandalosos. Ni faltaban quienes los mismos agapes convertían en ocasión de desórdenes; había seductores que se introducían en las casas; aun entre los predicadores del Evangelio, no eran todos un San Pablo, los había que buscaban su propio interés y no el de Jesucristo; y, finalmente, entre los Apóstoles mismos, hubo un Judas.

No es ni el siglo, ni el país en que viven, lo que hace los santos; sino la fe, la humildad, la desconfianza de sí mismo, la paciencia, la caridad y la confianza en sólo Dios. Entre dolores nacen los hijos de la Iglesia para el cielo. Su único apoyo en la tierra es Jesucristo, que ha prometido estar continuamente con su Iglesia hasta la consumación de los siglos.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO XXVII

Digitized by Google

Digitized by Google

SUMARIO

1. Causa las persecuciones la política. Pruebas deducidas de la táctica que en su proceder observaban los hombres graves de Roma.—**2.** Multiplícanse los mártires en tiempo de Trajano. Correspondencia de Trajano y Plinio. — **3.** Intriga de los judíos. Martirio de San Simeón. Su vigilancia contra los herejes.—**4.** Episcopado y martirio de San Ignacio.—**5.** Sus cartas á los romanos y á otras Iglesias. Resumen de su teología.—**6.** Actas de su martirio.—**7.** Epístola de San Policarpo á los Filipenses.—**8.** El cristianismo y el paganismo en aquella época.—**9.** San Papías.—**10.** San Dionisio Areopagita. Sus cuatro *Vidas* por autores griegos. Presentan como un mismo personaje á San Dionisio, primer Obispo de Atenas, y San Dionisio, primer Obispo de París.—**11.** Las objeciones de los jansenistas prueban que los griegos y la Iglesia romana no van desacertados.—**12.** Lo que es menester ante todo para juzgar adecuadamente de las obras de San Dionisio Areopagita.—**13.** Las objeciones de los críticos modernos contra las obras de San Dionisio prueban esa misma autenticidad.—**14.** Historia de las obras de San Dionisio.—**15.** Libro de los *Nombres divinos.* — **16.** *Teología simbólica.*—**17.** *Teología mística.*—**18.** *Jerarquía celestial.* — **19.** *Jerarquía eclesiástica.* — **20.** Preocupación de ciertos críticos que tachan de novedad en San Dionisio ceremonias que se ven ya en las Epístolas de los Apóstoles y en el Apocalipsis de San Juan.—**21.** Otros santos personajes de la misma época.—**22.** Los Papas Evaristo y Alejandro. Estado de la Iglesia romana.—**23.** Levantamiento de los judíos. Horrores que cometen, desastres que les sobrevienen. — **24.** Licenciosidad, obras públicas, expediciones y muerte de Trajano. El Emperador Adriano. Su carácter.—**25.** Los gnósticos. Su doctrina. Sus escuelas y sus principales jefes.—**26.** Torpezas y extravagancias de Adriano.— **27.** Apologías de Cuadrato y de Arístides. — **28.** Cartas de Serenio Graniano. Fin de la persecución.—**29.** Causa é historia del martirio de Santa Sinforosa y de sus siete hijos. **30.** Disoluciones y crueldades de Adriano en sus últimos años. Pruebas de la persecución bajo su cetro.—**31.** Nuevos levantamientos de los judíos. Sus causas y resultados. Persecución que contra los cristianos ejercen los sublevados.— **32.** Sucesión de los Obispos de Jerusalén. — **33.** Recopilación del Talmud por los rabinos.—**34.** Traducción de Aquila.—**35.** Pureza y unidad de la fe en la Iglesia.—**36.** Quiere Adriano levantar templos á Jesucristo.—**37.** Muerte de Adriano. El Emperador Antonino. Prendas y defectos del mismo. Hombres célebres de su tiempo: Epicteto, Plutarco, Máximo de Tiro, Numenio, Celso y Luciano.—**38.** San Justino. Su vida y origen. Su conversión. Sus viajes.—**39.** Su obra. *Exhortación á los griegos.* Sus principales enseñanzas.—**40.** Valentino, Cerdón y Marciano. Sus herejías.—**41.** Persecución del tiempo de Antonino. Apología de Justino al Emperador, al César y á los magistrados y pueblo romano. Su contenido. —**42.** Decreto del Emperador Antonino en favor de los cristianos. Término de la persecución. San Policarpo, San Justino, San Hegesipo.—**43.** Conferencia del Papa Aniceto con San Policarpo relativamente al día de la celebración de la Pascua. Diferencias y dificultades acerca de esta materia. San Hegesipo. Sus viajes y trabajos en favor del cristianismo y de la Iglesia.—**44.** Viaje de San

Digitized by Google

Justino á Asia. Su conferencia y diálogo con Trifón. Su contenido y resultados. El santo promete escribir su diálogo con el judío, al efecto de sostener su opinión relativa á la reedificación de Jerusalén, que sería asiento del imperio cristiano. Cumple su promesa al establecerse definitivamente en Roma. - **45.** Muerte de Antonino Marco Aurelio su sucesor. Envenenamiento de Lucio Vero por el Emperador. Decreto de persecución contra los cristianos, que se encuentra en las actas de un mártir de Autún.—**46.** Marco Aurelio como filósofo. Su preceptor Apolonio. Superticiones del Emperador.—**47.** Martirio de Santa Felicidad y de sus siete hijos.—**48.** Martirio de San Policarpo, según la carta de la iglesia de Esmirna á las otras iglesias. Contenido de la misma.—**49.** Apostasía de Peregrino. Sus extravagancias referidas por Luciano. Suicidio de Peregrino.—**50.** El filósofo Crescente. Sus ataques y calumnias á los cristianos. Sus disputas con San Justino referidas por éste en su segunda apología dirigida á los Emperadores, al Senado y al pueblo. -**51.** Extracto del contenido de ésta. **52.** Martirio de San Justino y sus compañeros, según consta de las actas que aún se conservan.—**53.** Otros escritos de San Justino.—**54.** Discípulos de San Justino. Taciano. Su conversión. Sus trabajos contra Crescente y en favor del cristianismo. Sus errores, su herejía y su separación de la Iglesia. Casiano. Diversos nombres dados á los partidarios de la herejía de Taciano.—**55.** Bardesano. Sus primeros trabajos en pro del cristianismo. Su apostasía y separación de la Iglesia. Su herejía. Su hijo Hamonio —**56.** Montano. Herejía de los montanistas. Sus discípulos. Priscila y Maximilia. Impugnadores del montanismo.—**57.** Otros defensores de la fe. San Dionisio. Sus escritos indicados por Eusebio. Algunos pasajes de los mismos. San Melitón. Sus escritos sobre la Pascua. Otras obras del mismo Prodigio obrado por Dios en favor del Emperador Marco Aurelio en Germanía.—**58.** Persecución de los cristianos. Las Galias. Los mártires de Lyón y Viena. Carta de los cristianos de Lyón y Viena á sus hermanos de Asia. Cartas y trabajos de estos mártires contra los montanistas. El mártir Sinforiano.—**59.** Persecuciones en otras provincias. Apología de Atenágoras Extracto de la misma. Otra obra filosófica de Atenágoras. Apología de Melitón. Claudio Apolinar. Milciades.—**60.** Teófilo de Antioquía. Sus tres libros á Antolico. Extracto de su contenido. Otras obras y trabajos de Teófilo —**61.** Muerte de Marco Aurelio Paz de la Iglesia. La escuela de Valentino. Sus representantes. Sus impugnadores. San Ireneo. Sus trabajos y escritos. Su obra titulada *Manifestación y refutación de la ciencia ó gnosis*. Su contenido y extracto de la misma.—**62.** La escuela de Alejandría. San Panteno. Sus escritos. Clemente de Alejandría. Sus obras *Advertencia á los griegos y El pedagogo*. La herejía de Teodoto. Sus discípulos. Defensores de la fe.—**63** Controversia sobre la celebración de la Pascua. San Víctor y Polícrates. Diferentes Concilios. Energía del Papa. Resultado de aquella controversia y de esta energía.—**64.** Consecuencias finales y significación de la lucha sostenida en este siglo entre la Filosofía humana y la sabiduría del cristianismo.

Digitized by Google

LIBRO XXVII

DESDE EL AÑO 100 AL 197 DE LA ERA CRISTIANA

Roma idólatra persigue á la Iglesia; regenera la Iglesia al género humano.

MADRE de la idolatría era Roma: hacía adorar sus dioses á la tierra toda; y entre sus dioses los que más hacía adorar eran sus emperadores. Hacíase adorar á sí misma, y alzábanle templos las provincias vencidas, de modo que al mismo tiempo era, por decirlo así, idólatra é idolatrada, esclava y objeto de la idolatría. Jactábase de ser, por su origen, ciudad santa, consagrada con augurios favorables y edificada bajo felices presagios. Júpiter—decían ellos,—el señor de los dioses, había escogido su morada en el Capitolio, donde se le suponía más presente que en el Olimpo mismo y en el cielo en que reinaba. Habíala Rómulo dedicado á Marte, de quien era hijo, y á eso se debió el que fuese tan guerrera y tan victoriosa. Los dioses que en ella habitaban le habían dado un destino, ante el cual tendría que inclinarse todo el universo. Eterno había de ser su imperio, todos los dioses de los demás pueblos y de las demás ciudades debían inclinársele, y ponía al Dios de los judíos en la serie de los por ella vencidos.

Por lo demás, como creía deber sus victorias á su religión, eran para ella enemigos de su imperio los que no querían adorar á sus dioses, á sus héroes y á ella propia. Mezclábase en esto la política. Estaba Roma persuadida de que los pueblos soportarían de mejor gana el yugo que una ciudad amada de los dioses imponía; combatir su religión era atacar uno de los cimientos de la dominación romana.

Tal fué la causa de las persecuciones que sufrió la Iglesia durante trescientos años, además de que fué siempre una de las máximas de Roma el no sufrir otra religión que la que su Senado autorizaba. Así vino á ser objeto de su aversión la naciente Iglesia. Roma inmolaba á sus dioses la

Digitized by Google

sangre de los cristianos en toda la extensión de su imperio, y con esa sangre se embriagaba ella misma en su anfiteatro más que todas las otras ciudades. Así lo querían la política romana y el odio insaciable de los pueblos (1).

Ahora la idolatría es la causa, el principio y el término de todos los males. Díjolo la sabiduría divina (2), y lo repite la humana: "Es necesario—dice un filósofo romano—propagar la religión, pero arrancar hasta las últimas raíces de la superstición, porque ésta agobia á la pobre humanidad y la turba continuamente con sus adivinos, sus presagios, sus augures, sus auspicios, sus escrutadores de entrañas, sus intérpretes de relámpagos, de truenos, de sueños, hasta el punto de que no puede tenerse nunca el espíritu tranquilo. El sueño mismo, que parecería un refugio contra las inquietudes, viene á originarlas nuevas.„ Así se expresa Cicerón„ (3).

Todo lo cual no era todavía sino una porción de la idolatría, de aquella gran superstición que, descuidando el culto del Dios verdadero, iba divinizando las criaturas, hasta sus vicios mismos, y dándoles honor mediante infamias. ¿Y qué remedio hallaba Cicerón para todos estos males? Los temores nacidos de la interpretación de los sueños serían menos poderosos, y más bien se los despreciaría, si filósofos de los más renombrados no se hubiesen constituído abogados de los sueños„ (4). Así que los mismos filósofos no hacían otra cosa que aumentar la superstición. Cicerón lo prueba aún mejor con su ejemplo. Era él mismo augur, esto es, uno de los adivinos públicos encargados de predecir lo futuro por el canto ó el vuelo de las aves, y se gloría de ello en su *Tratado de las Leyes,* y no pone allí ninguna contra tales supersticiosas observancias, que en otros escritos muestra como agobiadoras de la mísera humanidad; antes al contrario, alaba allí á la república romana de haber gobernado los pueblos con esta clase de medios; establece colegios de adivinos para interpretar el vuelo y el canto de los pájaros, el aspecto de las entrañas de las víctimas, los rayos del cielo y otros presagios, y señala pena capital para quien no obedeciere la decisión de aquellos adivinos (5). Roma, con su poder, su política, sus leyes y sus sabios, era, pues, propiamente el imperio de la superstición, era la ciudadela donde el príncipe de este mundo, el dios de este siglo, el autor de todo mal, reinaba como amo. Para regenerar al humano linaje tenía que vencer la Iglesia todo eso.

Un siglo después de Cicerón continuaban las cosas en tal estado. Tres escritores filósofos florecían entonces: Plinio el Viejo, Tácito y Plinio el Joven. Tenemos del primero una *Historia natural,* que es como una en-

---

(1) Bossuet, *Sobre el Apocalyp.*, cap. III.
(2) Sap., XIV, 27.
(3) Cic., *De Divinat.*, lib. II, in fine.
(4) Ibidem.
(5) Cic., *De Leg.*, lib. II, números 8 y 9.

Digitized by Google

ciclopedia de todo lo que en su tiempo se sabía. Léense en ella las siguientes palabras: "Por lo cual, buscar la efigie ó forma de Dios, á la flaqueza humana lo atribuyo. Quienquiera sea dios todo él es sentido, todo vista, todo oído, todo alma, todo ánimo, todo el mismo. Y el imaginarlos innumerables, y forjarlos también de las virtudes y vicios de los hombres... ó (según quería Demócrito) dos absolutamente, la Pena y el Beneficio: llega á mayor inepcia... El creer que haya entre los dioses matrimonios, y en tan larga duración no nacer de éstos nadie, y que unos son de edad y siempre canos, y otros mancebos y muchachos, de fosco color, aligeros, cojos, nacidos de un huevo, y que á días viven, á días mueren, es casi delirio de niños. Pero sobre toda desvergüenza es el imaginar entre ellos adulterios, y además, pendencias y odios, y hasta haber también númenes de los hurtos y de los crímenes„ (1).

Bien hablado sin duda. Pero Plinio, poco acorde consigo mismo, restablece en un pasaje lo que en otro destruye. Sienta como principio al comienzo de su *Historia:* que el universo es una divinidad eterna, inmensa, no engendrada, y nunca perecedera; que está todo entero en todo; que encierra todas las cosas en sí mismo; que él mismo es el todo. En una palabra, no reconoce otro dios que el universo. Pero entonces todas las porciones del universo serán divinas, se podría, se debería adorarlas todas; y ahí tenemos la justificación de la más monstruosa idolatría.

Conviene Plinio en que todos creían en la Providencia: y él la toma á risa, con la alegación de que tendría la Providencia demasiado que hacer. Mas si, según sus teorías, el universo es dios, y si un dios es todo espíritu, y si todo en él es dios íntegramente, ¿cómo ignoraría lo que en él mismo pasa, ó, más bien, lo que él mismo hace?

Reconoce Plinio que los hombres creían en la inmortalidad del alma: y él trata de imaginación vana esa creencia. Pero si se nos presenta al universo como un dios eterno, imperecedero, lo serán también todas sus partes, tanto el hombre como lo demás.

Desecha Plinio la adivinación, excepto la que se deduce de ciertos rayos que pretende proceden de los planetas de Saturno y de Júpiter; con lo que, esas mismas supersticiones, que debidamente rechaza, las restablece bajo una forma sagrada. Pero si el universo es un dios espíritu, las partes del universo participarían de su infinita inteligencia, y podrían y deberían ser consultadas.

He aquí cómo Plinio, amontonando á granel, en su obra, mezclados lo verdadero y lo falso, se encontraba sin regla y sin fuerza para sostener lo uno y refutar lo otro.

Tácito, que tocaba más de cerca la verdad, no la reconoció ni la sirvió mejor. "Los judíos - dice—no conciben á Dios sino por el pensamiento, y uno solo; y tienen como profanos á los que hagan imágenes de los dioses en materias corruptibles, y en figuras de hombres. Y que aquel sumo ser es inmutable é imperecedero. Y, por lo tanto, no hay ningún

(1) Plin., *Nat. Hist.*, lib. II, cap. VII.

Digitized by Google

simulacro en sus ciudades ni tampoco en sus templos. Ni tienen figuras de esta clase en adulación de los reyes ni en honor de los Césares„ (1).

Quietos estuvieron en tiempo de Tiberio. Habiéndoles mandado después César Calígula pusiesen en el Templo su imagen, prefirieron alzarse en armas, movimiento que se disipó por la muerte de César (2).

Tácito conocía, pues, un pueblo entero que aborrecía la idolatría y que adoraba únicamente á Dios. Hasta nos da noticia de que ese pueblo hacía numerosos prosélitos, y que lo primero que les enseñaba era á despreciar los dioses ó los ídolos (3). Añade que la mayor parte de los judíos tenían fe en una antigua predicción contenida en los libros de sus sacerdotes, según la cual el Oriente había de prevalecer, y de la Judea habían de salir los dominadores del mundo (4).

El mismo Tácito es para nosotros testigo del cumplimiento de esa profecía, cuando nos muestra á Cristo sentenciado al último suplicio bajo el poder de Poncio Pilato, y á los cristianos sus discípulos, llenando pronto, no sólo la Judea, sino la misma Roma, donde Nerón hace morir una inmensa multitud de ellos sin que se les probase otra cosa que ser odiados del mundo (5).

He aquí, sin duda, preciosos indicios. Nada más fácil que descubrir por ellos la verdad toda entera. Los libros de los judíos estaban traducidos al griego, y se leían en las sinagogas de Roma; su historia, escrita por Josefo, y dedicada á Tito, el amigo de Tácito, colocada estaba en las bibliotecas públicas; los cristianos, tan numerosos en Roma bajo el reinado de Nerón, lo eran más todavía en tiempo de Vespasiano y de sus hijos; el cónsul Flavio Clemente, sobrino de Vespasiano, y primo de Tito, era cristiano con su familia. Era, pues, fácil á Tácito, y era su deber como historiador, el poner del todo la verdad en claro, y ayudar á los cristianos y los judíos á libertar el mundo de la superstición de la idolatría. Pero no hace tal: después de haber tributado un tan honroso testimonio á sus creencias, los tacha á unos y otros de la más execrable superstición, porque no adoraban los ídolos; y concluye de ahí que eran merecedores del último suplicio.

Plinio el Joven, sobrino de Plinio el Viejo, y amigo íntimo de Tácito, se muestra todavía más apático para con la verdad. Burlábase el tío de los

---

(1) Tácit., *Hist.*, lib. V, núm 5.
(2) Ibid, núm. 9.
(3) Tacit., *Hist.*, lib. V, núm. 5.
(4) Ibid., núm. 13.
(5) *Annal.*, lib. XV, núm. 44.

Trasladamos literalmente del autor esta última frase. La que él interpreta de Tácito, dice: "haud perinde in crimine incendii, quam odio humani generis convicti sunt„: palabras sobre cuya traducción é inteligencia son diversos los pareceres. El seguido por nuestro autor, repútalo Brotier, en su comentario sobre dicho pasaje, como el menos probable.—*(N. del T.)*

Por el aborrecimiento del linaje humano. Así traduce el texto de Tácito Alamos de Barrientos, Madrid, 1614.—*(Nota del Censor de la presente edición.)*

Digitized by Google

augures y demás adivinos; entre las cartas del sobrino hay una en que solicita del emperador Trajano la dignidad de augur, ó sea de adivino por medio de las aves, y otra carta en que se gloría de haber obtenido tal dignidad (1). Alaba á Trajano cara á cara de que antes de salir de casa consultaba el vuelo de las aves, como intérpretes de los dioses (2). Alábale de haber hecho dios á Nerva, como antes Tiberio á Augusto, Nerón á Claudio, Tito á Vespasiano, Domiciano á Tito, y le felicita de antemano por la propia divinidad (3).

Ni eran éstas supersticiones de mera fórmula, ya que, imperando Trajano, fué cuando, para desviar un funesto presagio llegado á Roma, los pontífices paganos, y eso que eran los primeros del Senado, declararon que era preciso enterrar vivos en la plaza pública á dos hombres y dos mujeres naturales de Grecia y de las Galias. Lo cual así se ejecutó (4).

2. Pero lo que eran la política y filosofía romanas, nada nos lo muestra mejor que la conducta de Plinio el Joven en Bitinia. Recién llegado allá, de gobernador, lleváronle á su tribunal multitud de cristianos. Encontróse perplejo, porque nunca había asistido á causas de esta especie, toda vez que no había reglas precisas en tal materia, y sobre todo, por ser tanto el número de cristianos; ya que según escribía él á Trajano, en la carta que íntegra hemos insertado en otro lugar, corrían riesgo una muchedumbre de personas de toda edad, sexo y condición, atendido que el contagio de aquella superstición, como él la llamaba, había ganado, no sólo las ciudades, sino también los lugares y las aldeas. Los templos estaban abandonados, y los sacrificios solemnes hallábanse, había tiempo, interrumpidos, y rara vez se compraban víctimas.

No se contentó Plinio con los rumores populares; quiso inquirir á fondo el asunto de los cristianos. Interrogó á los que se habían retirado años hacía de las asambleas cristianas; y los apóstatas no son propensos á alabar las sociedades de cuyo seno han desertado. Pasó á más. Para saber lo cierto, hizo dar tormento á dos mujeres esclavas que ejercían entre los cristianos el cargo de diaconisas. Y lo único que de todo esto sacó en limpio fué, que los cristianos acostumbraban á reunirse un día dado antes de salir el sol, cantar entonces, allí reunidos, un himno en honor á Cristo, como á Dios; que hacían promesa jurada, no de crimen alguno, sino de no cometer hurto, ni robo ni adulterio, de no faltar á la palabra, de no negar un depósito, y que luego se retiraban, reuniéndose después de nuevo para un banquete, pero modesto é inocente; y aun así, habían dejado de celebrar estas segundas asambleas después de las leyes de Trajano contra las asociaciones (5).

---

(1) Plin., *Epist.*, lib. X, 8, y lib. IV, 8.
(2) *Panegyr.*, núm. 76.
(3) Ibid., números 11 y 35.
(4) Plutarc., Quest. rom.
(5) Plin., lib. X, epíst. XCVII, inserta ya en el libro XXIV de la presente HISTORIA.

Digitized by Google

Pensaría uno que en vista de estos maravillosos efectos que producía en la muchedumbre el cristianismo, habría Plinio explorado el origen y la naturaleza de una religión tan diferente del paganismo, y que habría reconocido en ella la divina regeneración de la humanidad, que se habría hecho apóstol de ella, ó le habría consagrado, al menos, una benévola tolerancia. Nada de eso: en aquella religión que prohibe todos los crímenes, y ordena todas las virtudes, ve tan sólo una superstición mal dirigida y excesiva; aquellos cristianos que, adorando á Cristo, se comprometían á una vida de santidad, los apremia á que adoren á los dioses ó ídolos del imperio, al parricida é incestuoso Júpiter, á la impúdica Venus, al adúltero y homicida Marte, al engañador y ladrón Mercurio, cosa que el mismo Plinio el Mayor llamaba delirio y exceso de desvergüenza. Con estos ídolos colocaba la imagen del emperador, es decir, de un hombre mortal, que no obstante algunas cualidades estimables, se daba á la bebida y á las infamias de Sodoma. A los que, según el ejemplo que él mismo les daba, llamaban dioses á aquellos ídolos, les ofrecían incienso, así como también á la imagen del emperador, y maldecían, por último, de Cristo, dejábalos ir el gobernador filósofo. Pero á los que eso rehusaban, amenazábalos tres veces con el suplicio, y después los enviaba á él; aunque no fuese más—decía—que para castigar su inflexible obstinación. ¡Y esa inflexible obstinación en el bien es la que ha regenerado al mundo!

Pero Plinio era lo que se dice un hombre político y un hombre de Estado; y en consecuencia de ello, creía que invocar y hacer invocar como dioses á ídolos de madera, de piedra ó de metal, adorar y hacer adorar la imagen del emperador, maldecir y hacer maldecir de Cristo, y dar muerte á los que no querían hacer otro tanto, era salvar á Roma y al universo. Así que se congratula de que nuevamente se comenzase á frecuentar los templos y á comprar víctimas, y se lisonjea de que, tomando las cosas como él, llegarían los hombres del Estado á conseguir ver á la muchedumbre corregida de una superstición, en la cual se hacía promesa jurada de evitar todos los crímenes.

Plinio, sin embargo, ignoraba las primeras reglas de la conducta que debía seguir, y se declara, respecto á esto, al emperador, manifestándole que, como nunca había asistido á procesos de cristianos, no sabía lo que en ellos se castigaba ó se inquiría; y que no poco había dudado si debía de hacerse diferencia de edad, y si no debía hacerse distinción entre los más jóvenes y los de más robusta edad; si el arrepentimiento merecía perdón, ó si á quien una vez había sido cristiano, no se le debía de tomar en cuenta el haber dejado de serlo; si lo que se castigaba era el nombre sólo, sin crimen, ó los crímenes asociados al nombre. Y mientras aguardaba á saber lo que debía hacerse, daba muerte á los cristianos fieles á sus juramentos, y despachaba libres á los apóstatas. Respondióle Trajano que había hecho bien; que no podía establecerse en general cosa fijamente determinada; que no debían buscarse los cristianos, pero sí castigarlos si eran denunciados y convictos; que era preciso perdonar á los apósta-

Digitized by Google

tas que sacrificasen á los ídolos; y, finalmente, que no se debía admitir libelo sin nombre de autor (1).

De esta correspondencia de Plinio y Trajano, resultan varios hechos dignos de especial atención. Vese que, aun después de la revocación de los edictos de Domiciano y de su abolición por el Senado, sin que Trajano hubiese dictado ninguna nueva disposición, eran perseguidos los cristianos en las provincias, puestos al tormento, condenados á muerte, aunque no resultasen convictos de crimen alguno, sino únicamente por la constancia en profesar su religión. Vese que un sabio, un filósofo, un amigo de la literatura, como Plinio, sin saber qué fuese lo que debía castigarse en las personas que le eran denunciadas, hacía perecer muchas de ellas en los suplicios, tan sólo porque, fieles al único Dios verdadero, rehusaban prostituir, como el Gobernador sus adoraciones ante la imagen de un sodomita, y otras deidades de ese jaez. Vese que un Trajano, cuya clemencia, bondad y justicia son, sin embargo, alabadas, al mismo tiempo que proclama la inocencia de los cristianos, puesto que prohibe investigar quiénes lo son, ordenaba, sin embargo, castigarlos con el último suplicio, cuando eran denunciados por quienes deseaban privarles de los bienes y de la vida, castigando así en los inocentes el crimen de sus delatores. Vese, en fin, que la política romana no estaba atenta á la justicia y á la verdad, sino á lo que consideraba como su interés del momento: hacer adorar los dioses del imperio y al emperador mismo, y maldecir de Cristo.

Por lo que aconteció en Bitinia podemos juzgar de lo que sucedería en las otras provincias. Plinio, con toda su dulzura y humanidad, hace perecer desde luego un gran número de cristianos, y no suspende las ejecuciones, sino cuando llega á causarle espanto la multitud, cada vez mayor, de los que resultaban puestos en peligro por los denunciadores. Y es, que sepamos, el único que propuso dudas á Trajano en favor de los cristianos. ¿Qué no debieron sufrir éstos, cuán grande debió de ser el número de sus mártires en otras provincias bajo gobernadores menos humanos que Plinio? Tanto más que al principio de su reinado no prestó Trajano la atención necesaria á la elección de ministros.

Por otra parte, si la respuesta del emperador prohibe que se hagan investigaciones para averiguar cristianos, por el ministerio público de la justicia; no prohibe las delaciones particulares; al contrario, las fomenta, les da un carácter legal, toda vez que previene al gobernador que se dé muerte á todos los que resulten así denunciados y convictos. Ahora bien; si antes de esa respuesta las denuncias se multiplicaban hasta el punto de asustar al mismo Plinio, ¡cuánto no debieron de crecer éstas cuando se vieron autorizadas por el rescripto imperial! ¡Con qué furor los diversos enemigos de los cristianos, ya los que codiciaban sus despojos, ya los que se irritaban de su modestia y de la severidad de sus costumbres, ya los que, como los sacerdotes de los ídolos, estaban interesados

(1) Plin., lib. X, epist. XCVIII, inserta ya en el libro XXIV de la presente HISTORIA.

Digitized by Google

en mantener el crédito de las supersticiones antiguas, con qué furor, decimos, espiarían todos los pasos de aquéllos, á fin de tener ocasión de traerlos ante los tribunales, cuando llegaron á saber que no era ya libre á los magistrados admitir ó no admitir las delaciones, y que á un cristiano delatado no le quedaba ya medio entre la muerte y la apostasía! Lo asombroso aquí no es el que, en medio de tantos enemigos y espías resultase incalculable el número de los mártires; es, sí, el que la religión cristiana, muy lejos de quedar ahogada, se dilataba más cada día y echaba siempre más profundas raíces.

Si, como varios pretenden, al mismo tiempo que Plinio perseguía los cristianos en el Ponto y en la Bitinia, ejercitaba Arrio Antonino una parecida persecución en el Asia proconsular, tendremos una prueba más del gran número de mártires bajo el imperio de Trajano. Refiere Tertuliano que, persiguiendo dicho Antonino violentamente la religión, los cristianos de una ciudad se presentaron todos á una ante su tribunal; envió al suplicio algunos, y á los demás les dijo: Desgraciados, si tanto deseáis morir, precipicios tenéis y cuerdas (1).

Cierto que sólo un corto número de aquellos fervientes cristianos fueron llevados á la muerte en dicha circunstancia; pero, por de pronto, no era la primera ejecución que ordenaba el gobernador; sucedió el hecho en tiempo de persecución vehemente, y es verosímil que los cristianos de la ciudad no tomaran la extrema resolución, de presentarse todos á su tribunal, sino después de haber visto morir muchos de sus hermanos, y haberse persuadido que no había otro medio de escapar de sus persecuciones. Por otra parte, esto no sucedió más que en una sola ciudad, donde el procónsul se encontraba en persona; ¡pero cuántas otras ciudades ilustres y populosas había en aquella provincia no menos llenas de cristianos que las del Ponto y de Bitinia! ¿No habrán conceptuado los magistrados un mérito el perseguir á los cristianos con la vehemencia de que les daba ejemplo el procónsul? En fin, que, ora sea este Arrio Antonino el que fué más adelante emperador, y sucesor de Adriano, como quiere Baronio, ora su abuelo materno, según otros críticos; resulta siempre que ambos eran de un natural clemente y equitativo, como Plinio. Si, pues, tuvo horror de verter tanta sangre, de segar de un solo golpe tantas cabezas, creible es que en parecidas circunstancias no sucedía lo mismo con otros gobernadores que, en su mayor parte, tiranizaban y saqueaban las provincias (2).

3. Aparte del celo por la religión nacional del imperio, y por el restablecimiento del culto de los ídolos, y de los templos, que en muchos sitios comenzaban á ser abandonados, veíanse los gobernadores excitados á tales persecuciones por los judíos, enemigos implacables de nuestra Religión, y que, además de mil calumnias, aprovechaban también todas las ocasiones y pretextos para encender contra ella el furor de los perse-

(1) Tert., *ad Scap.*, núm. 5.
(2) Orsi, t. II, lib. III.

Digitized by Google

guidores. Prueba de ello tenemos en aquellos herejes judaizantes que acusaron ante Atico, gobernador de Siria, al santo Obispo de Jerusalén, Simeón, ya como descendiente de David, ya como cristiano. Esta última era la principal acusación. Atormentáronle, en efecto, cruelmente, por varios días para hacerle renegar de la fe; pero confesó á Jesucristo con tanta constancia, que el gobernador, los asistentes, y los verdugos mismos no salían del asombro que les causaba ver cómo un hombre de aquella edad (tenía ciento veinte años) podía soportar tan crueles tormentos. Por último, le condenaron, como al Salvador, á muerte de cruz (1).

Había sucedido en la Silla episcopal de Jerusalén al Apóstol Santiago; cuyo hermano era por la madre, mas no por el padre, pues él era hijo de Cleofás, y el Apóstol de Alfeo. Fué, por lo tanto, muy largo su episcopado, y si tuvo por ende el dolor de ver las horribles calamidades con que castigó Dios el endurecimiento de su nación, tuvo también asimismo el consuelo de ver el cumplimiento de las profecías, y de verse preservado él y su grey de las predichas calamidades. Extremada era su vigilancia en conservar el depósito de la santa doctrina y su solicitud en preservar á su Iglesia de los lazos de ciertos herejes, que no osaron, mientras él vivió, presentarse á cara descubierta; pero procuraron en secreto corromper la pureza de la fe.

Fué el primero en atreverse un tal Thebutho, que, picado de que no le hubiesen hecho Obispo, se puso á esparcir los funestos gérmenes de una corrompida doctrina. Seguía una de las sectas en que se hallaban entonces divididos los judíos por lo tocante á la religión; llamábanse esenos, galileos, hemerobaptistas unos, y masboteos, samaritanos, saduceos, y fariseos, por último, otros. Como muchos de los judíos que abrazaban el cristianismo entraban con su apego á las ceremonias mosaicas, y no acertaban á desprenderse de sus antiguas ideas, de que las obras de la ley eran necesarias para la salvación, y que no bastaban al efecto el bautismo y el Evangelio; así también los que de las citadas sectas pasaban á la religión cristiana venían con sus errores particulares, y se esforzaban para introducir en ella sus monstruosas opiniones De ahí un Simón, un Cleofás, un Dositeo, un Gorteo, de quienes tomaron nombre los simonianos, los cleobianos, los dositeanos, los gorteanos. Los cuales dieron origen á los menandrianos, marcionitas, carprocráticos, valentinianos, basilidianos, saturnilianos y otros semejantes monstruos, de cuyo seno surgieron los falsos Cristos, los falsos profetas, los falsos apóstoles, que, difundiendo una falsa doctrina contra Dios y su Cristo, desgarraron la unidad de la Iglesia.

Tuvo Simeón la gloria de defender contra el contagio y asechanzas de éstos su Iglesia de Jerusalén, que, mientras él vivió, conservóse como virgen pura y sin mancha. Mas cuando, á su muerte, no quedaba en la tierra ninguno de los primeros discípulos que habían visto con los pro-

(1) Euseb., lib. IV, cap. XXII, *Acta Sanctorum*, 18 Febr.

Digitized by Google

pios ojos á Jesucristo, y oído con los propios oídos su doctrina, aquellas diversas herejías, que habían estado como escondidas entre sombras, comenzaron á levantar cabeza y á presentarse con mayor descaro„ (1).

Tuvo por sucesor Simeón á uno, llamado Justo, judío también de nación; pues en aquella época infinitas personas habían pasado del judaísmo á la religión cristiana. Por donde podemos juzgar con cuánto celo había trabajado el santo anciano en la conversión de sus hermanos, y cuánto había bendecido el Señor sus trabajos. Durante el sitio había trasladado su grey á Pella; mas cuando vió á Jerusalén levantada en cierto modo de sus ruinas y en estado de poderse habitar sin riesgos, llevó allá de nuevo sus ovejas, y restableció allí su cátedra.

Por más que los romanos hubiesen destruído enteramente la ciudad, menos las torres; cómo dejaron de guarnición una legión entera, es decir, seis mil hombres, preciso fué desde luego alzar para ellos algunas toscas habitaciones, y permitir después que de las cercanías viniesen á establecerse allí las gentes necesarias para el servicio de tanta multitud. Había además permitido Tito á las personas inhábiles para el uso de las armas, como los ancianos y las mujeres, permanecer junto á las ruinas del Templo (2). Cómo, por otra parte, no obstante las matanzas de la última guerra, habían quedado muchos judíos dispersos en toda Palestina, es cierto que nada habrán procurado con mayor anhelo que venir á establecerse cerca de la antigua ciudad con la mira de reparar en algo sus ruinas, restaurar allí el antiguo culto, y hacerla nuevamente centro de su religión, no pudiendo ofrecer en otra parte á Dios sus sacrificios, ni celebrar sus más augustas ceremonias, cosas por las cuales debían tener mayor celo que nunca, aunque no fuese más que porque los cristianos les reprochaban hallarse ya ahora sin culto y sin Dios. Y aunque en el principio, y humeante la ciudad todavía, es de creer que los romanos tomaron las precauciones necesarias para no permitir á toda clase de personas, que viniesen á establecerse allí; es, empero, verosímil que, con el tiempo, se tornaron más indulgentes, que hicieron, como vulgarmente se dice, la vista gorda respecto á muchas cosas, y que vieron sin recelo levantarse una nueva ciudad desprovista de fortificaciones y con una guarnición bastante numerosa para tener á raya á los habitantes.

Volvieron, pues, allá los cristianos con los judíos, ya que á ellos no podía menos de serles sumamente agradable honrar al Altísimo en un lugar que Cristo había ilustrado con su presencia divina, en donde, á las antiguas ceremonias había sustituído el sacrificio de su cuerpo y su sangre, donde se había efectuado el misterio de nuestra redención, adonde había sido enviado el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, y de donde, como de primaria fuente, se habían repartido por toda la tierra las ben-

(1) Euseb., lib. III, cap. XXXII; S. Epiphan., *Haeres.*, 29, c. 7; *Haeres.*, 30, c. 2; Tillemont, libs. I y II; Lequien, *Oriens Christianus*, t. III, páginas 140.

(2) Josefo, *De bello judaico*, lib. VII, cap. XXXIV.

Digitized by Google

diciones del cielo. En el gobierno de esta Iglesia, compuesta toda de circuncisos, tuvo, pues, Simeón por sucesor á Justo, y éste sucesivamente otros doce, judíos también todos, que hasta el tiempo de Adriano los gobernaron santamente, y se mostraron dignos de suceder á un Apóstol y á un discípulo de Jesucristo, esto es á Santiago y Simeón.

Después de los santos personajes que habían tenido la dicha de ser instruídos en la escuela misma de la sabiduría divina, vienen aquellos que, habiendo conversado familiarmente con los Apóstoles y los discípulos del Señor, fueron en el segundo siglo los fieles intérpretes de la palabra divina, canales puros de las tradiciones apostólicas, y defensores de la fe contra los desmanes de las herejías.

4. Aparece á la cabeza de estos grandes hombres San Ignacio, mártir, por sobrenombre Teóforo. Habiendo abrazado la fe por ministerio de los Apóstoles, particularmente de San Juan, fué uno de los más íntimos discípulos que tuvieron ellos; recibió de sus manos la ordenación, y fué destinado por ellos al Obispado de Antioquía, Iglesia la más célebre de todo el Oriente y metrópoli de toda Siria. Sucedió á San Evodio, que había á su vez sucedido al mismo San Pedro. Gobernó aquella Iglesia durante la tempestad suscitada por la persecución de Domiciano. Prudente y experimentado piloto, ora recurría, mediante el ayuno y la oración, al que manda á los vientos y á la mar; ora con el resplandor de su doctrina, disipaba las nubes que aquellos tiempos tempestuosos pudieran formar en el alma de los neófitos; ora por el temple de su alma inspiraba valor á los pusilánimes y los animaba á la perseverancia. Pasada la tempestad, alegrábase de que la Iglesia hubiese recobrado la calma; pero afligíase en cuanto á sí mismo, por no haber sido hallado digno del martirio. Sometido, sin embargo, á las disposiciones de la Providencia, atendía á todos los oficios, aplicábase á todo cuanto á un buen pastor corresponde, edificando á su grey con sus egregias virtudes, alimentándola todos los días con el pan de la divina palabra, y preservándola, por su vigilancia, contra todas las asechanzas del cisma y de la herejía.

En este intervalo parece sería cuando le sucedió lo que él mismo refiere en su carta á los cristianos de Filadelfia. Algunos de entre ellos, que tenían el proyecto de romper la concordia y de separarse de su Obispo, pensaban en reducirle y atraerle á su partido. Mas lleno del Espíritu de Dios, que todas las cosas conoce y no puede ser seducido, exclamó en alta voz en medio de la asamblea: - Cuidad de adheriros al Obispo, á los sacerdotes, á los diáconos.—Y sospechando los culpables que el hablar así era porque había adivinado sus maquinaciones, pone de testigo á Dios, por cuyo nombre se hallaba encadenado, de cómo nada había sabido por ningún conducto humano, sino que el Espíritu Santo le había inspirado decir:—No hagáis nada sin el Obispo; conservad vuestro cuerpo como el templo de Dios; amad la unidad, huid las disensiones; sed imitadores de Jesucristo, como Jesucristo lo es de su Padre.

Que en realidad haya permanecido, antes de su viaje á Roma, algún tiempo en Filadelfia, lo dice él muy á las claras en la misma carta cuan-

Digitized by Google

do da gracias á Dios de que su conciencia nada le reprende respecto á ellos, y de que nadie entre ellos podía jactarse de que él le hubiese sido gravoso, ni en secreto, ni en público, ni en poco, ni en mucho. Ruega, sin embargo, á todos aquellos entre quienes se había encontrado, que no tomen sus palabras como un reproche.

Acercábase, no obstante, el momento señalado por el cielo para recompensar los trabajos del siervo fiel y colmar sus votos. Engreído Trajano con las victorias conseguidas sobre los dacios, los escitas y otras naciones; persuadido que nada faltaba á su gloria, sino someter también al mismo Dios de los cristianos, y obligar á éstos á que sacrificasen á sus divinidades, suscitó contra ellos una persecución tan violenta, que se vieron en situación de perder, ó la fe, ó la vida. Amenazaba el peligro especialmente á los Obispos: juzgando el enemigo que le sería fácil destruir el ejército, una vez abatida su cabeza; deshacer el rebaño, una vez muerto ó seducido el pastor.

Habiendo, pues, partido de Roma con tal proyecto, llegó Trajano á Antioquía; y se detuvo allí algún tiempo, á fin de hacer los preparativos de la guerra contra los Partos. Aun sabiendo que eran los Obispos las primeras víctimas destinadas al sacrificio, Ignacio, inquietándose únicamente por su Iglesia, no quiso ni abandonarla, ni librarse del furor de la persecución mediante la fuga; dejóse, por el contrario, conducir, sin resistencia, ante el emperador, lisonjeándose que podría, con su sangre, templar el ardor de la cólera del monarca, ó animar con su ejemplo á sus ovejas para que no temiesen la muerte. Díjole Trajano al verlo:—¿Quién eres tú, mal demonio, que te apresuras á traspasar nuestras órdenes, y persuades á otros á menospreciarlas para que malamente perezcan?—Nadie —respondió Ignacio—llama mal demonio á Teóforo. Pues que los demonios se retiran lejos de los siervos de Dios. Pero si tú crees que yo merezco un nombre tan odioso por haberme hecho formidable á ellos y me llamas malo contra los demonios, yo me gloriaré de llevarlo, pues recibí de Cristo, mi Rey celestial, el poder de frustrar todos los designios de ellos.—¿Y quién es ese Teóforo?—añadió el emperador.—Aquel que lleva á Cristo en su corazón—replicó Ignacio.—¿Y te parece—repuso Trajano—que nosotros no tenemos en el corazón dioses que nos auxilian contra los enemigos?—¿Dioses?—volvió á exclamar Ignacio.—Te engañas; esos no son dioses, sino demonios. No hay más que un Dios que hizo el cielo y la tierra y el mar y cuanto en ellos se encierra. Ni hay más que un Jesucristo, el Hijo único de Dios, á cuyo reino aspiro.—A lo cual contestó Trajano:—¿Hablas de aquel Jesús á quien hizo clavar en una cruz Poncio Pilato?—Antes bien dirás—contradijo Ignacio—que ese Jesús crucificó al pecado y á su autor, y que da á quienes le llevan en su corazón el poder de aterrar al infierno y su potestad.—Pues qué—le preguntó el emperador,—¿llevas en tu corazón á Jesucristo?—Así es—respondió Ignacio,—porque está escrito: Yo habitaré en ellos y les acompañaré en todos sus pasos.

Irritado Trajano de estas vivas y perentorias respuestas, pronunció

Digitized by Google

contra él esta sentencia:—Mandamos que Ignacio, que se gloría de llevar en sí al Crucificado, sea puesto en prisión, y conducido por los soldados á la gran ciudad de Roma para servir allí de pasto á las bestias y de espectáculo al pueblo.—Oído lo cual, Ignacio exclamó gozoso:—Gracias te doy, Señor, por haberme dado un colmado honor en tu amor y haberme hecho digno de ser, como tu Apóstol Pablo, puesto en cadenas.—Y dicho esto, ofreció con júbilo sus manos á los hierros, y oró por su Iglesia, recomendándola con lágrimas al Señor, y se entregó á la crueldad de los inhumanos soldados, que debían llevarlo á Roma para ser pasto de los leones (1).

La intención de Trajano al transportar así, lejos de sus ciudades, los Obispos sentenciados á muerte, era agotarles la paciencia, resfriarles, con las incomodidades de un largo viaje, el ardor de la caridad, doblegarlos, en fin, á su poder, y triunfar de su constancia. Pero burló la Providencia tales cálculos; el viaje del santo mártir hasta Roma, semejante fué al del sol que, en su curso del oriente al ocaso, va esparciendo, por doquiera que pasa, torrentes de luz y de calor (2).

En el deseo ardiente que tenía de padecer, partió el santo muy apresurado y gozoso de Antioquía para Seleucia, donde se embarcó con dos de sus discípulos, Filón, diácono de Cilicia, y Agatopodes, que se cree sean los que escribieron las actas de su martirio, y con diez soldados que formaban su guardia. Después de larga y penosa navegación, abordaron á Esmirna, ciudad célebre de Jonia, que disputaba entonces á Efeso la primacía. Desde que tomaron tierra, dióse prisa Ignacio á ir á ver á San Policarpo, Obispo de aquella ciudad, discípulo que había sido, como él, del Apóstol San Juan. ¿Y quién podrá decir ó imaginar el consuelo de tales amigos al volverse á ver? sus abrazos, sus lágrimas y sus pláticas? Si el Obispo de Antioquía se alegraba de verse en cadenas por Jesucristo, ¡con qué afectuosa ternura, con qué santa envidia, no besaría sus cadenas Policarpo!

Tan pronto como las iglesias de Acaya tuvieron noticia de la llegada del santo mártir á Esmirna, pusiéronse todas en movimiento para darle testimonio de amor y veneración, proveer á cuanto necesitase, aprovecharse de sus ejemplos; admirar su constancia, fervor, y piedad; oir sus instrucciones, disfrutar de su conversación, darle y recibir de él la postrera despedida; y en fin, por medio de sus Obispos y sus diáconos, celebrar con él los divinos misterios, y recibir de sus manos la sagrada Eucaristía. Así la iglesia de Efeso le envió á su Obispo Onésimo, á quien él llama hombre de inefable caridad; al diácono Burrho, digno de tal iglesia y de tal pastor, como también á Croco, Euplo y Frontón. Y á Ignacio le pareció que veía en la reunión de estos cinco legados toda la cristiandad á que pertenecían. Enviáronle los magnesianos á Damas, su Obispo,

---

(1) Véanse las actas del martirio de San Ignacio en las *Acta Sanctorum* (1.° de Febrero), y en Ruinart.
(2) Chrysost., *Homil. in S. Ignat.*

Digitized by Google

hombre digno de Dios, á los sacerdotes Baso y Apolonio, y al diácono Soción, en los cuales dice asimismo haber admirado, con los ojos de la fe y de la caridad, á toda la muchedumbre de ellos. Mandáronle, en fin, los tralianos á su Obispo Polibio, que al verle encadenado por Jesucristo, le felicitó así en su propio nombre, como en el de su iglesia.

Conmovido Ignacio de las muestras de benevolencia que le daban, alábalos como verdaderos imitadores de Dios, y añade que en su Obispo había visto como un espejo de su caridad; que el aspecto de éste era ya una instrucción, y que su mansedumbre constituía su fortaleza, y que aun los ateos mismos debían venerarle. Llama aquí el santo mártir ateos é infieles, á los herejes que negaban la realidad de la Encarnación de Jesucristo. Cuando el santo vió luego la ternura con que todos le amaban, las lágrimas que por él vertían, el pesar que tomaban de verlo conducir así á Roma, destinado á ser pasto de los leones, y más aún de ver extinguirse una lumbrera tal en la Iglesia, temió que en vez de ayudarle con sus oraciones á consumar la carrera, pidiesen á Dios su libertad, y le robasen así la corona que veía ya lucir sobre su cabeza. Por eso, tanto en sus conversaciones particulares, como en todas sus cartas, conjuraba á todas las iglesias, y especialmente á Policarpo, para que le obtuviesen de Dios el salir pronto del combate, á fin de que, sepultado en las entrañas de las bestias, y desapareciendo de los ojos del mundo, compareciese ante Jesucristo

5. Lo que más cuidado le daba eran las oraciones de los romanos y el excesivo amor de éstos hacia él. Habiendo, pues, encontrado en Esmirna unos cristianos que iban en derechura á Roma, les dió para los de la capital una carta que no tiene, podemos decir, más objeto que el conjurarlos á que no retarden con sus oraciones la ejecución del martirio que le está preparado. En la inscripción de esta carta podemos ver un ilustre testimonio de la primacía de la Iglesia romana. Cuando escribe el santo á las Iglesias de otras ciudades dice, añadiendo muchas alabanzas: á la Iglesia que *hay* en Efeso, á la Iglesia que *hay* en Magnesia, á la Iglesia que *hay* en Esmirna (1). Pero con los romanos usa diferente lenguaje. A la Iglesia que *preside* en el país de Roma, á la Iglesia que *preside* en la caridad, dice el título (2), y al fin de la carta: Acordaos de la Iglesia de Siria en vuestras oraciones; que no tenga otro Obispo más que Jesucristo, y vuestra caridad (3).

Aun en el caso de que no tuviésemos, respecto á la autenticidad de esta carta, tantas pruebas como respecto á las obras de Plinio y de Cicerón; bastaría leerla para convencerse de que sólo pudo escribirla un Ignacio, un hombre enteramente henchido de Dios, un hombre enteramente transformado en Jesucristo y todo abrasado en el fuego de la caridad. Cuanto más extraordinarios son los pensamientos, más admirables,

(1) Ἐκκλησίᾳ... τῇ οὔσῃ ἐν Σμύρνῃ. Coteler, *Patres Apost.*, t. II, pág. 86.
(2) Ἥτις προκάθηται ἐν τόπῳ χώρου Ῥωμαίων...καὶ προκαθημένη τῆς ἀγάπης. Ibid., página 26.
(3) Μόνος αὐτὴν Ἰησοῦς Χριστὸς ἐπισκοπήσῃ, καὶ ὑμῶν ἀγάπη. Ibid , pág. 30.

Digitized by Google

sorprendentes, superiores al modo ordinario de ver las cosas, contrarios á las reglas de la prudencia humana, emitidos sin método y sin artificio, tanto más nos muestran un hombre movido por el Espíritu Santo á hablar y escribir, abandonado á los transportes de su caridad, y que, puesta la mente y el corazón en la eternidad y en el cielo, considera como sus delicias los tormentos; como su gloria, las ignominias; como sus riquezas, la pobreza; como su muerte, la vida; y como su vida, la muerte.

"Temo—les dice—á vuestra caridad, no sea que me perjudique. . Porque si callareis de mí, seré de Dios; mas si me amáis, según la carne, tendré que seguir nuevamente mi carrera... Escribo á las Iglesias, y á todos digo, que yo de buen grado moriré por Dios, con tal que vosotros no me lo estorbéis. Os suplico, pues, que no me mostréis un amor inoportuno. Dejadme ser pasto de las fieras, por medio de las cuales se me franquea alcanzar á Dios; pan soy de Dios, y por los dientes de las fieras sea molido, para ser hallado puro pan de Cristo. Halagad más bien á las fieras para que se conviertan en sepulcro mío, y nada dejen de mi cuerpo; para que, una vez dormido en la muerte, no sirva yo de peso á nadie. Entonces seré verdadero discípulo de Cristo, cuando ni mi cuerpo verá el mundo.

„Rogad por mí á Cristo para que se cumpla mi sacrificio... ¡Ojalá vaya á las fieras para mí preparadas, que deseo se hallen prontas, y á las cuales acariciaré, para que me devoren luego, y no me suceda como con otros á quienes, reverenciándolos, no llegaron! Y si ellas repugnaren acometerme, á la fuerza las incitaré. ¡Dispensadme: sé yo lo que me conviene. Ahora empiezo á ser discípulo de Cristo; que cosa alguna de las visibles y las invisibles no me vede seguir á Jesucristo. Fuego, cruz, manadas de fieras, heridas, tensiones, dislocaciones, quebrantamientos, golpes en todo el cuerpo, crueles tormentos del diablo, vengan sobre mí, con tal que yo pueda solamente conseguir á Jesucristo. Más me vale morir por Jesucristo, que imperar de uno á otro confin de la tierra. Busco á aquel que murió por nosotros: á aquel quiero que por nosotros resucitó.

Perdonadme, hermanos, no me impidáis la vida, no me queráis la muerte; no me entreguéis al mundo, cuando quiero yo ser de Dios. Dejadme ver la luz pura, que, cuando allá llegue, yo seré hombre de Dios. Permitidme ser imitador de la Pasión de mi Dios. Si alguien le tiene en sí mismo, entienda lo que quiero y compadézcase de mí, comprendiendo el anhelo que me apremia. El príncipe de este siglo quiere arrebatarme, y torcer la voluntad que para Dios tengo. Nadie de vosotros, los presentes, le ayude, antes bien, haceos de mi partido, esto es, del de Dios. No tengáis envidia. Y aunque yo en persona os rogare otra cosa, no me deis crédito; sino más bien á esto que os escribo. Pues os escribo viviendo con el deseo de la muerte. Crucificado está mi amor. Ni hay en mí ardor de afecto á la materia, sino un manantial vivo y que me habla, diciéndome interiormente:—Ven al Padre.—No me complazco en el alimento corruptible, ni en los deleites de este mundo. Quiero el pan de Dios, el pan celestial, el pan de la vida, que es la carne de Jesucristo, Hijo de Dios,

Digitized by Google

que en el tiempo se hizo hombre del linaje de Abrahán y de David, y quiero la bebida de Dios, la sangre del mismo que es incorruptible caridad y perenne vida. No quiero ya vivir según los hombres. Y este propósito se realizará, si vosotros quisiereis. Si padeciere, será muestra de que me quisisteis bien; pero si eso se me rehusare, muestra será de que me odiasteis„ (1).

No menos dignas de un discípulo de los Apóstoles y de un mártir de Jesucristo son las otras epístolas. Todas están inspiradas en la misma caridad, dictadas con el mismo espíritu, animadas de los mismos sentimientos. Vese en todas brillar la misma luz, percíbese el mismo fuego, admírase la misma sencillez. En todas, por decirlo de una vez, se pinta á sí mismo, es decir, á un hombre que vive por la fe, que todas sus esperanzas tiene en el cielo, enteramente abrasado de amor divino, que sólo para Jesucristo respira, que se felicita de sus cadenas, que desea ardientemente la consumación de su martirio; un hombre lleno de ternura para sus hermanos, de respeto para sus colegas, de amor á toda la jerarquía y unidad de la Iglesia, de celo contra los herejes, los cismáticos y los perturbadores de la paz; un hombre, en fin, plenamente instruído de los más sublimes misterios, que tenía de ellos, en su espíritu, y sabía comunicarlas á otros, las más exactas y nobles ideas, y á quien la ciencia no le hinchaba el ánimo porque sólo se gloriaba de saber en Jesucristo.

No desagradará al lector ver aquí un resumen de la doctrina del santo mártir acerca de los principales artículos de la Teología cristiana. Comenzando por las tres personas divinas, tenemos sobre la igualdad de las mismas dos testimonios; en su carta á los magnesianos, donde los exhorta primero á confirmarse cada vez más en la doctrina del Señor y de los Apóstoles, á fin de que todo les aproveche en el Hijo, el Padre y el Espíritu Santo; y luego á estar sometidos á su Obispo como Jesucristo lo está, según la carne, al Padre, y los Apóstoles á Cristo, al Padre, y al Espíritu (2). Al añadir: *según la carne,* da claramente á entender que hay en Jesucristo otra naturaleza, según la cual, no está sujeto al Padre, y que ésa no puede ser sino la naturaleza misma del Padre, la cual, por consiguiente, debe ser una en las tres personas divinas, que son, igualmente, el principio de nuestra felicidad, y á quien estaban igualmente sometidos los Apóstoles.

Además de esto, encontramos particularizados, en todas sus cartas, los más palmarios testimonios de la divinidad de Jesucristo, de su generación eterna, de su coexistencia con el Padre ante todos los siglos. Una vez en la inscripción de la carta á los efesios, y dos en la escrita á los romanos, llama á Jesucristo, nuestro Dios. Además, en la primera de dichas cartas llama al mismo Cristo, Dios existente en el hombre, Dios manifestado en el hombre, Dios llevado en el seno de María; y á su san-

(1) *Epistola S. Ignatii ad Romanos,* Coteler., *Patres Apostol.,* t. II, páginas 26-31.
(2) *Epist. ad Magn.,* núm. 13.

Digitized by Google

gre la sangre de Dios; y en la segunda: nuestro Dios Jesucristo, que existe en el Padre. Vemos en la dirigida á los tralianos: "Dios Jesucristo„, y en la que puso á la Iglesia de Esmirna: "Glorifico á Jesucristo Dios„ é "hicisteis bien en recibirlos como á ministros de Cristo Dios„. Y en la otra á los magnesianos: "De Jesucristo, que era con el Padre ante los siglos. . un solo Dios: que se manifestó por Jesucristo su Hijo, que es su Verbo eterno, y no venido en pos de silencio.„ Y finalmente, en la de Policarpo: "Espera á aquel que está sobre el tiempo, no sujeto al tiempo; invisible, hecho visible por nosotros; impalpable é impasible, hecho pasible por nosotros, y que por nosotros toleró toda suerte de padecimientos.„

Con no menor acierto explica la unión de las dos naturalezas divina y humana en la persona del Verbo, con estas hermosas palabras de la carta á los efesios: "Un solo médico hay, carnal á un tiempo y espiritual, hecho y no hecho, Dios en el hombre, verdadera vida en la muerte, pasible é impasible de María y de Dios, es Jesucristo nuestro Señor.„

Palabras con las cuales el santo mártir, siglos antes de que surgiesen, dejaba derribadas tres perniciosas herejías: la de Arrio, la de Eutiques y la de Nestorio. La primera, al llamar á Jesucristo, Dios no hecho, es decir, no creado, sino engendrado del Padre; y las otras dos, al presentar en el mismo Cristo dos generaciones, la una de Dios y la otra de María, y al atribuirle también ser juntamente hombre y Dios, pasible é impasible, la vida y la muerte.

Pero cómo los que, en vida de los Apóstoles, enseñaban secretamente que el Verbo divino había tomado solamente la apariencia de la carne humana, y que, de consiguiente, no había padecido muerte y resucitado tampoco más que en apariencia, difundían ahora descaradamente su impía doctrina; combate el santo particularmente esa herejía en la mayor parte de sus epístolas, sin nombrar á los autores de ella; los señala, pinta sus costumbres, y se esfuerza en hacerlas odiosas á los fieles. Dirigiéndose á los magnesianos, después de haber hablado extensamente contra los herejes judaizantes, añade: "Y esto os escribo, carísimos, no porque sepa que ninguno de vosotros abrigue en su ánimo tales afectos, sino que, como menor que vosotros, quiero que estéis precabidos, para que no caigáis en el anzuelo de vana doctrina; antes bien, tengáis plena certeza del Nacimiento, Pasión y Resurrección cumplidas en tiempo de la prefectura de Poncio Pilato: las cuales verdaderamente realizó Jesucristo, nuestra esperanza.„

Por donde se ve que los herejes procedentes del judaísmo, y que intentaban unir la observancia del Evangelio á la de las ceremonias legales, eran también los principales maestros y propagandistas de la vana opinión de que Jesucristo no había tomado, en realidad, la carne humana.

Con no menor celo exhorta á los tralianos, que se guarden de ellos, como de veneno oculto, como de planta que el Padre no había plantado, y que producía frutos de muerte; recuérdales que Jesucristo había verdaderamente nacido, había verdaderamente comido y bebido, que había

Digitized by Google

sido verdaderamente perseguido bajo el poder de Poncio Pilato, verdaderamente crucificado, y había verdaderamente muerto á vista del cielo y de la tierra y del infierno; que había verdaderamente salido del sepulcro, resucitándole el Padre, como nosotros mismos, á ejemplo suyo, seremos un día resucitados. Y añade: "Mas si, como algunos ateos, esto es, infieles, dicen haber padecido él (Jesucristo) en apariencia... ¿por qué estoy yo en cadenas? ¿Por qué deseo luchar con las fieras? Pues qué: ¿muero por ventura en vano?„

Más expresamente todavía trata esta materia en la carta que escribió desde Troade á los de Esmirna. Felicítalos por la firmeza de su fe en Jesucristo, el cual, verdaderamente, es del linaje de David según la carne, é Hijo de Dios según la divinidad; que verdaderamente nació de María, y fué bautizado por Juan, verdaderamente atravesado de clavos bajo Poncio Pilato y Herodes el Tetrarca; que verdaderamente padeció, así como verdaderamente se resucitó á sí mismo, y no solamente en apariencia, como lo dicen algunos infieles, hombres vanos en quienes no hay más que un fantasma de cristianismo. Dice que estas cosas se las recuerda sólo por preservarlos contra ciertas bestias en forma humana, de las cuales, tan lejos de acogerlas, hay que evitar, en lo posible, hasta su encuentro, limitándose á rogar por ellos, para que se conviertan á penitencia. Luego añade: "Si todo esto lo hizo el Señor tan sólo en apariencia, también yo tan sólo en apariencia estoy preso. ¿Por qué, pues, me he entregado á la muerte, al fuego, á la espada, á las fieras?... Niéganle así algunos necios; pero más bien se atraen el ser por él negados, fautores más bien de la muerte que de la verdad.„

No quiere el santo escribir sus nombres, porque son infieles, ni siquiera mencionarlos hasta que vengan al arrepentimiento. Las costumbres de estos tales no eran menos corrompidas que su fe. "No se cuidan —dice—de la caridad, ni de la viuda, ni del huérfano, ni del oprimido, ni del preso, ni del libre, ni del hambriento ó sediento. Se abstienen de la Eucaristía y de la oración, por no confesar ser la Eucaristía la carne de Jesucristo nuestro Salvador, la cual padeció por nuestros pecados, y el Padre, por su benignidad, la resucitó... Conviene, pues, abstenerse del trato de estos tales, y ni privadamente ni en público mencionarlos.„

Por último, en la carta á los efesios: "Los corruptores de las familias no heredarán el reino de Dios. Si, pues, los que tal cometen, según la carne, reos son de muerte, ¡cuánto más los que corrompen con la mala doctrina la fe de Dios, por la cual fué crucificado Jesucristo! Quien tal hiciere, al fuego inextinguible irá; como asimismo quien le dé oídos. ¿Dónde está la jactancia de los que se tienen por entendidos? Pues Jesucristo nuestro Dios, según los designios de Dios, fué concebido de María, descendiente de David, pero por obra y gracia del Espíritu Santo; y nació, y fué bautizado para purificar el agua con su Pasión. Y al príncipe de este mundo se le ocultó la virginidad de María, y su parto y, asimismo, la muerte del Señor; tres misterios rumorosos, pero efectuados en el silencio de Dios. ¿Cómo, pues, se manifestó á los siglos? Apareció en el

Digitized by Google

cielo una estrella que superaba en resplandor á todas las otras, y su luz era inefable, y causó asombro su novedad. Pues los demás astros, con el sol y la luna, le hacían coro, y ella extendía sus luces sobre todos. Y causaba turbación averiguar de qué procedería esta extraña novedad en ellos. Por lo cual disipóse toda magia, y abolióse todo vínculo de malicia, destruyóse la ignorancia, hundióse el antiguo reinado, habiéndose manifestado Dios en la humanidad para renovarnos á la vida eterna.„

A lo que hemos ya referido tocante al Misterio de la Encarnación, hay que añadir lo que enseña en cuanto á la necesidad de creer en Jesucristo: "Nadie yerre aquí—dice escribiendo á la Iglesia de Esmirna.—Las criaturas celestiales, y los gloriosos ángeles, y los príncipes visibles é invisibles, si no creyesen en la sangre de Jesucristo, sujetos estarán á juicio.„ Y en la carta á los de Filadelfia: "Amemos también á los profetas, porque ellos anunciaron el Evangelio, esperaron en Cristo, y le aguardaron; por el cual, y creyendo en él, consiguieron la salvación unidos á Jesucristo; pues que eran santos y dignos de admiración, y consiguieron testimonio de Cristo y ser contados en el Evangelio de la común esperanza.„ Y más abajo: "El mismo es la puerta del Padre, por la cual entran Abrahán, Isaac y Jacob, y los profetas, y los Apóstoles y la Iglesia.„ Y en la carta á los magnesianos: "Porque los divinos profetas vivieron según Jesucristo. Por eso padecieron también persecuciones, inspirados de su gracia para que los que eran incrédulos supiesen con certeza que hay un solo Dios, que se manifestó por Jesucristo, su Hijo, el cual es su Verbo, no venido en pos de silencio. Si, pues, aquellos que vivieron en el orden antiguo llegaron á una nueva esperanza... ¿cómo podremos nosotros vivir sin él mismo, á quien los profetas, siendo en espíritu discípulos suyos, esperaban y aguardaban como Maestro? Y por eso que justamente aguardaban, en su venida los resucitó de entre los muertos.„

De haber sido justificados los antiguos Padres, mediante la mera fe de la esperanza en el futuro Mesías, concluye el santo, no sólo que no era ya necesario observar las ceremonias legales, simples signos de los futuros misterios, sino también que semejante observancia era vana, supersticiosa é incompatible con la profesión del cristianismo. Por eso, en el mismo pasaje advierte á los magnesianos que no se dejen seducir por doctrinas extrañas y de viejas fábulas, "las cuales—dice—para nada sirven, pues si todavía vivimos según la ley judaica, confesamos no haber recibido la gracia„. Y más abajo: "Hechos, pues, discípulos suyos, aprendamos á vivir como cristianos, pues quien se llama con otro nombre fuera de éste, no es de Dios. Arrojad, pues, el mal fermento, añejo y ácido; y transmutaos en el nuevo fermento, que es Jesucristo... Absurdo es: hacer profesión de Jesucristo, y judaizar. Pues no creyó el cristianismo en el judaísmo, sino el judaísmo en el cristianismo, para que toda lengua creyente se congregase en Dios„ (1).

Si se ha de entender que la fe justificante sea una creencia desnuda y

(1) *Ad Magnes.*

Digitized by Google

muerta, ó bien la fe viva y animada por la caridad, decídelo bellamente con las siguientes palabras: "Si perfectamente tuvieséis en Jesucristo la fe y la caridad, que son el principio y fin de la vida. Principio ciertamente la fe, y fin la caridad. Las cuales dos coadunadas son de Dios, y las demás cosas concernientes á la probidad vienen como consecuencia... Así como por los frutos se conoce el árbol, así por las obras se discernirán los que hacen profesión de cristianos„ (1). Y en otro lugar: "Son como dos suertes de moneda: una de Dios, otra del mundo, y cada una tiene impresa su propia marca; así los infieles tienen la de este mundo, y los fieles, la caridad de Dios Padre por Jesucristo„ (2). Y en otra parte además: "Nadie se enorgullezca del lugar que ocupa, pues el todo es la fe y la caridad, á las cuales nada hace ventaja„ (3), y finalmente, entre ambas virtudes da expresamente la ventaja á la caridad (4).

No menor celo que contra los herejes abrigaba contra los cismáticos el santo Obispo; y después de la fe en Jesucristo, nada recomienda más en sus cartas que la concordia, la paz, la subordinación á los legítimos pastores, el respeto debido á cada uno, según los diversos grados de la eclesiástica jerarquía. Tendríamos que ser extensos en demasía, si quisiéramos insertar todos los pasajes referentes á esta materia. Baste para edificación de los lectores, dar á conocer sus principales pensamientos. Siendo Jesucristo seguro intérprete del Padre, y habiendo, por su autoridad, distribuído los Obispos en las diversas regiones de la tierra, preciso es que los fieles estén de acuerdo con los Obispos, para estar de acuerdo con la voluntad divina. Esta buena inteligencia debe asemejarse, á la que entre sí guardan las cuerdas de una lira, á fin de que, cantando unidos, y como con una sola voz, á Jesucristo y al Padre, formen una suave y agradable armonía, y reconozca Dios en eso que son dignos miembros de su Hijo. Además, esa unión debe ser tan íntima é inalterable como la de la Iglesia con Jesucristo mismo con su Padre. Quien es enviado por el Padre para gobernar á su familia, debe ser escuchado como el que le envía; los fieles deben, pues, mirar al Obispo como al Señor mismo, y obedecerle como al Padre de Jesucristo, Obispo de todos„ (5).

En honor del que nos la preceptúa, debe ser esta obediencia verdadera y sincera, no fingida y simulada; ya que el hipócrita no tanto engaña al Obispo visible, cuanto insulta al invisible, que sabe todas las cosas, aun las más secretas y escondidas. "Procurad hacer todas las cosas en concordia de Dios, presidiendo el Obispo en vez de Dios, y los presbíteros en vez del Colegio Apostólico, y los diáconos... encargados del ministerio de Jesucristo... Reverenciaos mutuamente. Ninguno considere al prójimo según la carne; antes bien, amaos siempre en Jesucristo unos á

(1) *Ad Ephes.*, núm. 14.
(2) *Ad Magnes.*, núm. 5.
(3) *Ad Smyrn.*, núm. 6.
(4) *Ad Magnes.*, núm. 1.
(5) *Ephes.*, números 3, 4, 5 y 6.

Digitized by Google

otros... Y á la manera que Jesucristo nada hizo sin el Padre... ni por sí ni por ministerio de sus Apóstoles; así tampoco vosotros hagáis cosa alguna sin el Obispo y los presbíteros. Ni intentéis que nada razonable os parezca en particular á vosotros; sino que, concordes todos en lo mismo, tengáis una oración, una súplica, un sentir, una esperanza, una caridad é inmaculado gozo... Acudid todos, como quien dice, á un único templo de Dios, á un único altar, al único Jesucristo, que de un solo Padre salió y á él volvió y con él en unidad persevera„ (1).

Y en otra parte: "Que todos asimismo reverencien á los diáconos como ministros de Jesucristo, y al Obispo como figura de Jesucristo, Hijo del Padre, y á los presbíteros como un Senado de Dios y Colegio de los Apóstoles. Sin éstos no hay Iglesia (2). Nadie haga sin el Obispo cosa alguna tocante á la Iglesia. Téngase por legítima Eucaristía la que se hace por el Obispo ó por quien de él haya recibido facultad. Donde esté el Obispo esté también la muchedumbre, al modo que donde estuviere Jesucristo allí está la Iglesia católica. Sin el Obispo no es lícito ni bautizar ni celebrar agapes; pero lo que él aprobare, eso también es acepto á Dios, para que sea firme y válido todo lo que se hace... Bueno es honrar á Dios y al Obispo. A quien honra al Obispo, Dios le honra; quien ejecuta algo á escondidas del Obispo, sirve al diablo (3). Donde está el pastor, allí le habéis de seguir como las ovejas siguen al suyo„ (4).

Lo que el santo mártir dice á las Iglesias de Asia tocante al amor, respeto y sumisión que deben á sus Obispos, y cuyo elogio hace, se aplica en general á todo Obispo católico, pero principalmente al jefe de todos los Obispos, al padre común de todos los fieles, respecto al cual los pastores mismos son ovejas.

El motivo de recomendar con tanto celo San Ignacio la unidad de la Iglesia, la subordinación á la jerarquía eclesiástica, la paz, la unión y la concordia entre los fieles, y la inviolable adhesión á los legítimos pastores, fué sin duda el oponerse á los esfuerzos de los cismáticos y de los herejes, que, no contentos ya con difundir clandestinamente nuevas y perniciosas doctrinas, habían además formado, por su propia autoridad, nuevos conventículos, levantado altar contra altar, donde, á su estilo cada cual, celebraban sus asambleas y sus profanos misterios.

A fin de que todos pudiesen ponerse en guardia contra aquellas comuniones cismáticas, expone los caracteres de la verdadera Iglesia, es á saber: una, católica, incorruptible y apostólica. "El cual, por su resurrección—dice en un pasaje refiriéndose á Jesucristo,—levanta su estandarte por los siglos para congregar á sus fieles y santos, ora judíos, ora gentiles, en un solo cuerpo de su Iglesia„ (5). Y en otro lugar: "Donde estu-

---

(1) *Ad Magnes.*, números 3, 6 y 7.
(2) *Ad Trall.*, núm. 3.
(3) *Esmyrn.*, números 8 y 9.
(4) *Philadelph.*, núm. 2.
(5) *Smirn.*, núm. 1.

Digitized by Google

viere Jesucristo, allí está la Iglesia católica„ (1). Y en otro también: "Recibió el Señor la unción en la cabeza, para comunicar á la Iglesia la incorruptibilidad„ (2). Y luego nada se halla con mayor frecuencia en sus cartas que exhortaciones á los fieles para que estén sometidos al Obispo y á los sacerdotes, como á Jesucristo y á los Apóstoles, sin duda porque habían recibido, cada uno según su grado, la potestad y autoridad comunicada á Jesucristo por el Padre, y á los Apóstoles por Jesucristo. Nos da á entender, finalmente, que en esta sociedad universal así subordinadal tiene la Iglesia romana la presidencia y, como Jesucristo, una suprema inspección que á doquiera se extiende. Esta humilde sumisión á la Iglesia es el medio que el santo mártir presenta con mayor frecuencia como e, más eficaz para preservarse de la seducción del error. Así, después de haber dicho á los tralianos: "Guardaos, pues, de estos tales„, es á saber de los seductores y de los herejes, añade inmediatamente: "Lo cual cumpliréis, no siendo orgullosos, y no separándoos de Jesucristo Dios y del Obispo y de los preceptos de los Apóstoles„ (3).

Así como la fe y la caridad son los vínculos que nos unen interiormente con Jesucristo y su Iglesia, del mismo modo son los sacramentos los conductos principales por cuyo medio nos comunica el mismo Jesús los frutos de su Pasión y muerte, y los sagrados vínculos que unen exteriormente á los hombres en un mismo cuerpo de religión. Encontramos en las cartas del santo mártir las más elevadas ideas respecto á esta materia.

Tocante al bautismo, vemos que Jesucristo quiso ser bautizado para santificar el agua por su Pasión, es decir, á fin de que el agua, impregnada de la virtud de su sangre, pudiese lavar nuestras almas de todas las manchas espirituales (4). Respecto á la penitencia, enseña tan claramente no haber pecado alguno para el cual no tenga poder de perdonarlo la Iglesia, y estar la puerta de la reconciliación abierta á todos los que se convierten, que algunos escritores protestantes han creído ver en ello una prueba de que esas cartas no podían ser del santo mártir, sino que habían sido escritas en época muy posterior, es á saber, después de los decretos de la Iglesia contra los errores de los montanistas y de los novacianos: cómo si la verdad no fuese más antigua que el error, y cómo si la Iglesia no hubiese condenado todas las nuevas herejías, precisamente porque siempre han sido contrarias á las antiguas tradiciones, según lo fueron ciertamente los errores de los montanistas y novacianos á estos cánones de nuestro santo. "Los que son de Dios y de Jesucristo están con el Obispo; y todos los que, movidos del espíritu de penitencia, vuelven á la unidad de la Iglesia, serán también de Dios, á fin de que vivan según Jesucristo.„ Y más adelante: "A todos los que se arrepien-

(1) *Smirn.*, núm. 8.
(2) *Ad Ephes.*, núm. 17.
(3) *Trall.*, núm. 7.
(4) *Eph.*, núm. 18.

Digitized by Google

ten les perdona, pues, Dios, si se convierten á la comunión con Dios y á la unión con el Obispo„ (1).

En cuanto al sacramento del Orden, puede cualquiera ver claramente en los textos arriba citados con cuánto motivo el Concilio de Trento ha definido, que los Obispos son superiores á los simples presbíteros, y que hay en la Iglesia católica una jerarquía divinamente instituída, compuesta de Obispos, y sacerdotes y ministros. Así, en la carta á los magnesianos, alaba á los santos sacerdotes que, sin reparar en ser joven su Obispo, le prestaban la debida obediencia, ó más bien, la prestaban no tanto á él como al Padre de Jesucristo, Obispo de todos, y del cual, según en otra carta hallamos escrito, son figura los Obispos visibles. Así también, en el título de la carta á los de Filadelfia, haciendo mención del Obispo, los sacerdotes y los diáconos, dice que han sido designados por la sentencia de Jesucristo, establecidos por su voluntad y confirmados por el Espíritu Santo. Por último, así como procura darnos una elevada idea del sacerdocio, haciendo que el Obispo ocupe el lugar de Jesucristo ó de su Padre, y los sacerdotes el del Colegio Apostólico, así también que miremos á los diáconos como ministros para los santos misterios; y es el primero en advertirnos que no han sido principalmente designados para asistir á las mesas„ (2).

Al sacramento del Matrimonio se refiere el siguiente pasaje de su carta á Policarpo: "Di á mis hermanas que amen al Señor y que vivan contentas con sus maridos en lo corporal y en lo espiritual. Y lo mismo á mis hermanos, encárgales, en nombre de Jesucristo, que amen á sus cónyuges como el Señor á la Iglesia. Si alguno puede permanecer en castidad en honor de la carne del Señor, permanezca con humildad. Si por ello tiene jactancia, es perdido. Procede que los esposos y las esposas se casen con la autoridad del Obispo, para que las bodas sean según Dios, y no según la concupiscencia„ (3).

Pero lo que sobre todo merece especial atención, son los pasajes en que habla de la sagrada Eucaristía, así como de la oblación y celebración del santo Sacrificio. Lo primero, nos ofrece irrefragable testimonio de la presencia real de Jesucristo en el sacramento el pasaje donde se hace mención de ciertos herejes que se abstenían de la oración y la Eucaristía, porque rehusaban confesar ser la carne de nuestro Señor, la cual padeció por amor nuestro, y que ha sido resucitada por el Padre.

La oración de que aquellos herejes se abstenían era la oración pública y solemne, ordenada principalmente á la celebración del santo Sacrificio, y que tenía su complemento haciendo partícipes del divino banquete á los asistentes el que presidía la santa reunión. Como según antiquísimo uso, cuyas pruebas tenemos en los Padres y las liturgias de todas las Iglesias, los que distribuían los sagrados dones decían estas palabras ú

(1) *Philadelph.*, números 3 y 8.
(2) *Ad Trall.*, núm. 2.
(3) *Ad Policarp.*, núm. 5.

Digitized by Google

otras equivalentes: *El cuerpo, la sangre de Jesucristo.* Y los que recibían estaban obligados á responder: *Amén*, Así es, así lo creo, así lo confieso; no nos sorprenderá que los herejes, que no creían que la Eucaristía es la verdadera carne de Jesucristo, no asistiesen á las reuniones de los fieles ó á la oración solemne.

Pero cómo es imposible que los hombres se reúnan en corporación religiosa sin la comunión de algún signo sensible, los herejes y los cismáticos de aquel tiempo celebraban aparte sus ilegítimas asambleas y sus profanos misterios. Por eso el santo mártir no se cansa de advertir á los fieles "que sólo hay un templo de Dios, un altar y una eucaristía„ (1); "porque sólo hay una carne de nuestro Señor y un cáliz de su sangre„ (2); "así como no hay más que un solo Obispo con los sacerdotes y diáconos„ (3); que "no debe mirarse como Eucaristía legítima sino la celebrada por el Obispo ó por aquel á quien él haya concedido permiso„ (4), y finalmente, sólo es puro quien viene al altar único, donde asiste el Obispo con los sacerdotes y los diáconos. Lo que en estas palabras merece especial atención es la expresión altar, empleada por el santo mártir, y no tan sólo en este pasaje, para designar la sagrada mesa, en la cual se celebraba la solemne oblación del cuerpo y la sangre de Jesucristo: oblación que, por consiguiente, debe ser mirada como propio y verdadero sacrificio, ya que entre el altar y el sacrificio hay necesaria conexión.

Hállanse, además, en diversos pasajes de estas cartas, tocante á la doctrina y la disciplina de la Iglesia, cosas dignas de notarse; pero respecto á las cuales nos limitaremos á indicarlas á la piadosa atención del lector. Lo que tan ardientemente le hacía desear el martirio era, entre otros motivos, la persuasión de que inmediatamente después de su muerte gozaría de la presencia de Dios en el cielo. Así escribía á los romanos: "Perdonadme, hermanos. No me impidáis vivir... Dejadme gozar la luz pura: cuando allá llegue seré de Dios. Hay en mí un manantial que me habla y me dice interiormente:—Ven al Padre„ (5).

Persuadido estaba también de que los santos en el cielo no olvidan á la Iglesia, y no dejan de ayudar á los fieles que viven en la tierra; de ahí aquel afectuoso deseo en la carta á los tralianos: "Que os sirva de santificación mi espíritu, no sólo ahora sino cuando ojalá esté gozando de Dios„ (6).

Tenían los primeros cristianos la costumbre de reunirse y de dirigir á Dios himnos de alabanza en honor de los santos mártires que habían terminado felizmente su glorioso combate. A este uso parece aludir nuestro Santo cuando escribe á los romanos: "No os pido más sino que me dejéis ser inmolado á Dios, mientras está aún preparado el altar, para que

(1) *Ad Magnes.*, núm. 7.
(2) *Ad Philadelph.*, núm. 4.
(3) *Ad Smyrn.*, núm. 8.
(4) *Ad Trall.*, núm. 8.
(5) *Ad Rom.*, números 6 y 7.
(6) *Ad Trall.*, núm. 13.

Digitized by Google

haciéndoos en caridad un coro, entonéis cantos al Padre en Jesucristo por haber juzgado al Obispo de Siria digno de ser traído desde el Oriente al Occidente. Bueno me es recibir del mundo muerte, á fin de nacer para Dios„ (1).

Da á entender que los dos Príncipes de los Apóstoles, San Pedro y San Pablo, fueron los particulares Apóstoles de los romanos, cuando escribe á éstos: "No como Pedro y Pablo os preceptúo. Apóstoles eran ellos, un sentenciado yo; libres ellos, siervo todavía yo. Pero si padeciere, me tornaré liberto de Jesucristo, y resucitaré libre por él„ (2).

Aunque exhorta á los fieles de Efeso á reunirse con la mayor frecuencia posible para ofrecer á Dios acciones de gracias ó la eucaristía y tributarle la debida gloria; practicábanlo así, con todo, los cristianos, especialmente el domingo: día que, como en su carta á los magnesianos lo insinúa el santo, había sucedido al sábado de los hebreos.

Al final de su carta á la Iglesia de Esmirna, saluda á las vírgenes, llamadas viudas, en razón de haber sido por privilegio admitidas en el orden de las diaconisas, las cuales, según el Apóstol, debían escogerse de entre las viudas.

Tales son las instrucciones que daba á las Iglesias de Asia nuestro Santo. Habría podido escribir de cosas más abstractas y sublimes; pero quería acomodarse á la inteligencia de cada uno y no escribía por hacer ostentación de su saber: ya que la mayor ciencia, si no va acompañada de las otras virtudes, no basta para ser contado en el número de los discípulos, única gloria á que aspiraba Ignacio. Por eso escribe á los tralianos: "¿Por ventura no podría escribiros cosas celestiales? Mas recelo que siendo vosotros aún párvulos, pudiera con ello causaros daño; y que no alcanzando á comprenderlas, dispensadme la franqueza, resultaseis ahogados. Pues yo mismo, no por esto de estar preso, y que puedo entender las cosas celestiales y los lugares de los ángeles, y los coros y disposiciones de los Principados, las cosas visibles é invisibles, podré, aparte de esto, contarme aún por discípulo; pues mucho me falta para estar cercano á Dios„ (3).

Los mismos sentimientos de humildad resplandecen también en todas sus demás cartas: "Aunque esté encadenado por el nombre de Cristo, no por esto soy perfecto. Pues ahora empiezo á ser discípulo„ (4).

Y á los magnesianos: "Pues aunque estoy preso por Cristo, no soy de comparar con uno de vosotros que no lo estáis„ (5).

A los tralianos, á los romanos y á los de Esmirna: "Recordaos en

---

(1) *Ad Rom.*, núm. 2.
(2) *Ad Rom.*, núm. 4.
(3) *Ad Trall.*, núm. 5.
Interpretan otros diferentemente este pasaje, y dándole también el sentido de que el Santo dice: "Que con estar preso por Jesucristo, no por eso puede entender las cosas celestiales, etc.„
(4) *Ad Ephes.*, núm. 3.
(5) *Ad Magnes.*, núm. 12.

Digitized by Google

vuestras oraciones de la Iglesia que está en Siria, de la cual no soy digno de llamarme Obispo y padre; que aún me avergüenzo de ser contado entre sus hijos, sin merecerlo yo, que soy el último, y como hijo abortivo entre ellos„ (1).

En los escritos y epístolas de los Apóstoles, tenemos la doctrina inmediatamente enseñada á éstos por Jesucristo; en las epístolas de San Ignacio vemos esta misma doctrina interpretada por los Apóstoles á sus primeros discípulos. Así que pueden con razón considerarse como el canal más respetable de las tradiciones apostólicas. Por eso hemos creído que debíamos detenernos algo en el contenido de dichas cartas, á fin de dar exacta idea de la doctrina y de la disciplina de la Iglesia; contra la cual con tanta violencia se ha desatado la herejía en estos últimos siglos (2).

6. Volviendo, pues, á tomar ahora el hilo de nuestra historia, diremos: que desde Esmirna llevaron á San Ignacio á Troade, donde tuvo el consuelo de saber que el Señor había devuelto la tranquilidad y la paz á su Iglesia de Antioquía, según vemos por sus tres últimas cartas á las Iglesias de Filadelfia y de Esmirna, y al santo Obispo Policarpo. Pero no se limita á comunicarles esa noticia que, con motivo, supone habrá de serles muy grata, y la atribuye, principalmente, al fervor de las oraciones de ellos; sino que encarecidamente les ruega que escojan un diácono ú otra persona autorizada, y lo envíen como diputado á Siria para felicitar, en su nombre, á los de Antioquía; y glorificar con ellos al Señor, por haberles devuelto su primera grandeza, y por haber vuelto á ocupar su sitio los miembros dispersos por el furor de la persecución.

Es de cierto cosa asombrosa, ver el ardor con que el santo mártir se esfuerza á poner en movimiento todas las iglesias del Asia; y con qué solicitud secundaron sus deseos aquellas iglesias. A todas hubiera querido escribir; pero apremiado á embarcarse y á marchar de Troade á Nápoles (3) en Macedonia, y de allí por tierra á Filipos, ruega á Policarpo: que les escriba de su parte, para que envíen también diputados, ó al menos cartas de felicitación, que pudiese llevar á Antioquía el delegado de Esmirna (4). Tan á pechos tomaba el santo dicha legación, que recomendaba al mismo Policarpo, juntase una especie de Concilio, para tratar en él dicho asunto, y elegir una persona digna de semejante ministerio.

Las disposiciones de las iglesias eran tales como las requería este oficio de caridad. Cuando escribía á las de Filadelfia, habíanse las más cercanas anticipado ya á sus deseos, enviando al efecto á Antioquía sus Obispos, y algunas á sus presbíteros y sus diáconos (5). Finalmente, San Policarpo, al escribir á los filipenses, se hallaba todavía indeciso sobre si

---

(1) *Ad Trall.*, núm. 13; *Rom.*, núm. 9; *Smyrn.*. núm. 11.
(2) Orsi, lib. III; *Le Nourry Apparat. ad Biblioth. PP.*
(3) O sea *Nauplia*, sobre el golfo de su nombre, en el Peleponeso.—*(N. del T. E.)*
(4) *Ad Polycarp.*, núm. 7.
(5) *Ad Philadelph.*, núm. 10.

Digitized by Google

confiaría este encargo á otro, ó si lo desempeñaría él mismo en persona.

Cuando veamos á las mismas Iglesias del Asia ponerse en movimiento para visitar, socorrer, y consolar á Peregrino, famoso impostor de aquel siglo, desde el punto que tuvieron noticia de hallarse prisionero por Jesucristo (1), nos espantará menos el ver á San Ignacio pedir, y á ellas tomar, semejante solicitud por una Iglesia como la de Antioquía, metrópoli hasta entonces de Siria, y acaso de toda el Asia. Créese que la persecución cesó en aquella parte del mundo con la partida de Trajano para la guerra pártica.

Habiendo Ignacio pasado por mar desde Troade á Nápoles, y de allí atravesado por tierra toda la Macedonia hasta Epiamno, que después se llamó Durazzo, á orillas del mar Adriático, se embarcó allí de nuevo, bajó el golfo, y por el estrecho de Sicilia, entró en el mar de Toscana.

A vista de Puzzuoli deseaba vivamente poder bajar á tierra, por seguir el mismo camino que en otro tiempo el Apóstol, llevado, como él, cargado de cadenas, para hacer triunfar la fe en la capital del mundo. Pero siendo contrarios los vientos, preciso fué pasar de largo. Por fin, después de un día y una noche de favorable navegación, llegaron á Porto, en la embocadura del Tíber. Tocaban á su término los espectáculos públicos en que Ignacio había de ser expuesto á las fieras. No menos que los soldados deseaba el santo mártir llegar en tiempo á Roma; pero sus compañeros de viaje se afligían tanto más, cuanto que veían acercarse el momento que iba á separarles de aquel hombre justo.

Habiéndose esparcido en Roma el rumor de su llegada, salieron en tropel los cristianos á su encuentro, llenos de alegría y de temor; regocijábanse de ver y de abrazar á aquel hombre lleno de Dios; pero gemían de ver que iban á perderle tan pronto. Algunos de los más emprendedores se lisonjeaban de poder aplacar al pueblo, para que no pidiese su muerte en los juegos de entonces; y poder así obtener su gracia del emperador, ó al menos, retardar algún tiempo su martirio. Conoció, por el Espíritu, sus intenciones el Santo, y habiéndolos saludado con sumo afecto, los conjuró más vivamente aún que lo había efectuado en su carta, que tuviesen para con él una verdadera caridad y no le envidiasen su dicha. Después, arrodillados todos, rogó al Hijo de Dios que se apiadase de su Iglesia, que hiciese terminar la persecución, y conservarse entre los cristianos la mutua caridad.

Conducido, por último, al anfiteatro, adonde había concurrido toda Roma, y expuesto, según la orden del emperador, á las fieras, fué, conforme él mismo lo había deseado, hecho pedazos por dos leones, y devorado completamente por ellos de tal manera que sólo quedaron los huesos mayores. Recogidas con respeto aquellas reliquias, y envueltas en un lienzo blanco, fueron transportadas á Antioquía, y conservadas en la Iglesia como inestimable tesoro. Acaeció esto, según las actas, bajo el

(1) Lucian., *De mort. Peregr.*

Digitized by Google

consulado de Sura y Seneción, es decir, el año 107 de Jesucristo, décimo de Trajano, el 20 de Diciembre, celebrándose en Roma la fiesta que los paganos llamaban *sigillaria* ó de los muñecos, que, unida á la de las saturnales, prolongaba durante siete días la licencia del pueblo.

Fueron escritas las actas de su martirio por testigos oculares, que se cree haber sido el diácono Filón de Cilicia y Reo Agatopodes, que habían acompañado al santo hasta Roma, y llevaron sus reliquias á Antioquía. He aquí cómo concluyen su relato:

"Habiendo presenciado estas cosas nosotros mismos con lágrimas y velando en casa toda la noche, pedíamos mucho de rodillas y en oración al Señor que á nuestra flaqueza diese más cierto conocimiento de los sucesos; y habiéndonos quedado dormidos en ligero sueño, le veíamos unos que venía como á abrazarnos, y otros veíamos al bienaventurado Ignacio en oración dispuesto á bendecirnos, y otros cubierto de sudor, como si saliese de un gran trabajo, y presentándose al Señor con gran confianza é inefable gloria.

„Y llenos de gozo viendo esto, y habiéndonos comunicado nuestros diferentes sueños, alabamos á Dios, dador de todo bien, y loando al santo, os manifestamos el día y el tiempo, para que, congregados en la época del martirio, comuniquemos con este atleta y varonil mártir de Cristo, que conculcó al diablo y venció hasta el fin sus insidias, glorificando en su venerable y santa memoria á Jesucristo nuestro Señor„ (1).

7. No había llegado aún á Esmirna relación cierta del martirio de Ignacio, cuando escribió Policarpo su célebre carta á los filipenses; más sin embargo, algún rumor de ello había ya oído, ó al menos por conjetura le suponía ya muerto. Por esto después de proponerles los ejemplos que con sus propios ojos habían visto en Ignacio, en Zósimo, en Rufo y en varios otros de su Iglesia, que no habían corrido en vano, sino que se habían conquistado un asiento en el reino del Señor, cuya Pasión habían imitado, pudo bien rogarles que le enviasen las noticias más ciertas que adquirir pudiesen respecto á Ignacio (2).

Si esta carta de Policarpo se hubiese perdido con otras que escribió á las Iglesias cercanas, para confirmarlas en la fe, y aun á algunos cristianos en particular, habríase probablemente perdido la memoria de Zósimo, de Rufo y demás mártires de Filipos. Lo cual nos muestra cuán temerario sería, después del naufragio de tantos monumentos, pretender desmentir á los antiguos autores que, acordes, han celebrado la inmensa muchedumbre de los que sellaron con su sangre su fe en Jesucristo.

Habían rogado los filipenses á Policarpo que enviase su carta á la Iglesia de Antioquía por el diputado mismo que él mandase á Siria. Habiéndole pedido también una copia de todas las cartas que San Ignacio

---

(1) *Accta SS.*, 1 Febrero.
Parece que más bien habrá querido citar ó las *Acta Sincera* de Ruinat, ó á Cotelerio.
(2) Apud Coteler, tomo II.

Digitized by Google

hubiese escrito, tanto á él y á su Iglesia de Esmirna, como á las demás Iglesias de Asia, respóndeles respecto al primer extremo que enviaría su carta á Antioquía por su diputado, ó que la llevaría él mismo en persona, si iba allá, como pensaba hacerlo, de tener ocasión favorable. Respecto al segundo, les manda con la suya las cartas de Ignacio, y recomienda mucho la utilidad de las mismas; porque contienen—dice—la fe y la paciencia, es decir, elevadas instrucciones respecto á la fe, y grandes ejemplos de paciencia; en fin, cuanto puede contribuir á la edificación.

Igual elogio podemos aplicar á su misma carta; brilla en ella el carácter de su fe, y encuéntrase además allí un compendio, como quien dice, de lo que solía enseñar en su predicación. Después de felicitar á los filipenses por el buen acogimiento que habían dispensado á aquellos vivos modelos de la verdadera caridad, esto es, á Ignacio y los suyos, y por haberlos acompañado como era debido á hombres santos, cargados de cadenas, las cuales son las diademas de los escogidos de Dios; después de alabar su fe, y darles instrucciones generales respecto á la conducta moral, pasa á darlas en particular á cada clase de personas. A los casados primero y á las casadas, y luego á las viudas, á quienes llama altares del Señor; á los diáconos, á quienes llama ministros de Dios y de Jesucristo, y no hombres; á los jóvenes, á quienes encarga particularmente que repriman sus pasiones y que estén sujetos á los sacerdotes y á los diáconos, como á Dios y á Jesucristo; á las vírgenes, á quienes exhorta á conservar sin mancha la pureza de sus conciencias; y á los sacerdotes, á quienes invita á practicar todas las obras de la piedad cristiana, á estar henchidos de ternura y misericordia para con todos, á traer al redil los extraviados, visitar los enfermos, ocuparse en el cuidado de los pobres, particularmente de las viudas y de los huérfanos, apartarse enteramente de la cólera y la avaricia, no hacer acepción de personas, evitar juicios injustos, no creer de ligero lo malo, no ser excesivamente severos en sus juicios, teniendo presente que todos somos pecadores; y, finalmente, alejarse de los hombres escandalosos, de los falsos hermanos que falsamente se cubren con el nombre del Señor y seducen á los espíritus ligeros.

Las palabras siguientes nos hacen ver á quiénes aludía el santo: "Todo el que no confesare haber venido Jesucristo en carne, es un antecristo; y quien no confesare el martirio de la cruz, es del diablo; y quien torciere á sus propios deseos la palabra de Dios, y dijere que no hay resurrección ni juicio, ese tal, primogénito es del diablo„; título que sabemos se lo aplicó de viva voz á Marción, cuando, habiéndose encontrado, al preguntarle aquel heresiarca si le conocía:—Sí—le respondió,—te conozco por el primogénito del diablo.

Por lo demás, vemos aquí á San Policarpo condenar aquellos mismos herejes, contra los cuales San Ignacio clama, digámoslo así, en todas sus cartas; es á saber, los que negaban la realidad de la carne, de la Pasión y de la resurrección de Cristo. De donde podemos concluir que aquella herejía, más que otras, infestaba entonces la Iglesia. Manifiesta también

Digitized by Google

el santo mucho pesar por el pecado en que uno de los sacerdotes de aquella Iglesia, llamado Valente, y su mujer habían caído. Parece que la avaricia habría sido el móvil de su caída. Exhorta, sin embargo, á los filipenses á que les perdonen, y procuren traerlos de nuevo á la unidad de la Iglesia, como á miembros descarriados. Termina su carta con las siguientes palabras: "Os escribo por Crescente, que os lo he recomendado ya, y que os le vuelvo á recomendar, porque ha vivido entre nosotros sin reproche, y espero que ahí lo mismo. Os recomiendo también á su hermana, cuando vaya ahí. El Señor os conserve en su gracia y á todos los vuestros. Así sea„ (1). Leíase todavía públicamente esta Epístola en tiempo de San Jerónimo en las reuniones solemnes de los fieles de Asia.

8. Parémonos aquí un momento á contemplar la nueva humanidad, la humanidad cristiana, que se levanta más admirable cada día en medio de la humanidad envejecida en el paganismo, como renuevo inmortal que surge de entre las astillas de putrefacto tronco. Mostrábase por entonces el paganismo con lo más florido que en época alguna tuvo: un Tácito, un Plinio, un Trajano. Y sin embargo, después de cuanto habían dicho acerca de la verdad Sócrates, Platón, Cicerón y Séneca, con todas las luces y experiencia que podían además tener ellos, no ven esos tres hombres de Estado, esos tres grandes políticos, otro más noble empleo para el poder romano, y de consiguiente, para todo el humano linaje, que abrir de nuevo sus desiertos templos, procurar que se compren animales para rociar con su sangre los abandonados altares, hacer, finalmente, á todos los hombres adorar dioses cuya imitación castigaban ellos mismos en los hombres con pena de muerte. ¡Y esos tres grandes políticos reputan digno de muerte á quienquiera que rehuse pensar como ellos!

Volviendo á otro lado la vista, vemos toda el Asia en movimiento; llegan enviados de Esmirna, y de Efeso, y de Trales y de Filadelfia. ¿Qué ocurre, pues? Un hombre, el jefe de los cristianos de Antioquía, es llevado á Roma para ser devorado por las fieras y servir así de espectáculo al pueblo. ¿Y cuál es, según eso, su crimen? Haber dicho á Trajano que no hay más que un solo Dios, el cual ha hecho el cielo, la tierra, la mar y cuanto en ellos se encierra. ¿Y con qué objeto vienen esos enviados? Vienen á ver, oir, alabar, bendecir, y felicitar á aquel hombre condenado á muerte. ¿Y qué es lo que á éste en tal situación le da temor? El no recibir la muerte. Tanto sus palabras como sus cartas respiran tan sólo amor de Dios y del prójimo, unión, y caridad; misericordia hacia las viudas, los huérfanos y los pobres. ¿Y qué sentimientos abrigan aquellos cristianos hacia Trajano y sus ministros? He aquí lo que el jefe de los cristianos de Esmirna escribe á los de Macedonia: "Rogad por todos los santos. Rogad también por los reyes, por las potestades, por los príncipes, así como también por los que os persiguen y os odian, y por los

(1) Apud Coteler., t. II.

Digitized by Google

enemigos de la cruz; á fin de que todos os reconozcan por vuestras obras, y seáis en él perfectos„ (1). Tales se mostraban entonces el paganismo por un lado, y el cristianismo por otro.

9. En tiempo de Policarpo y de Ignacio vivía también San Papias, Obispo de Hierápolis, en Frigia. Amigo de Policarpo, parece haber sido, como éste, discípulo del Apóstol San Juan. Era más aficionado á tradiciones orales y singulares, que á libros escritos. Había, sin embargo, escrito él cinco libros de interpretaciones de los discursos del Señor. Era, según nos lo pinta Eusebio, un hombre elocuente, pero de mediano talento, lo cual le hizo admitir extrañas parábolas y predicaciones del Salvador, las cuales decía haberlas sabido de los antiguos discípulos, y que tenían más corte de fábulas que de verdades; entre otras, que después de la resurrección de los muertos, reinaría Jesucristo corporalmente mil años en la tierra. Como era de los antiguos, y por otra parte un santo hombre, dió ocasión á que cayesen algunos otros en ese error (2).

10. Contemporáneo asimismo de Ignacio y de Policarpo fué San Dionisio Areopagita, discípulo de San Pablo y primer Obispo de Atenas. Tenemos tres *Vidas* suyas escritas por autores griegos: la primera, por San Metodio, Obispo de Constantinopla, que nació en fines del siglo VIII y murió en 847; la segunda, por Miguel Singelo ó Sincelo, sacerdote de Jerusalén, contemporáneo de San Metodio y que, como él, padeció también por la causa de las santas imágenes; la tercera, por Simeón, persona de consideración por su familia, sus empleos y su ciencia, el cual, en el siglo X reunió cuantas *Vidas* de santos pudo descubrir. En la mayor parte de ellas, como puede verse cotejándolas con las anteriores, no hizo más cambios que variar las frases, para hacer más agradable el estilo, lo cual le valió el sobrenombre de Metafrastes, ó sea transformador de frases. A estas tres *Vidas* puede añadirse el compendio que de ellas da el griego Nicéforo en su *Historia eclesiástica* (3).

Según relatan estos autores, nació Dionisio Areopagita en la ciudad de Atenas, de familia ilustre; cultivó las ciencias, especialmente la Astronomía, y fué uno de los jueces del Areópago. Pagano aún, observó aquel extraordinario obscurecimiento del sol á la muerte del Salvador, y dedujo que, una de dos; ó el Dios de la naturaleza padece, ó la máquina del mundo va á disolverse. Cuando vino San Pablo á anunciar á los atenienses aquel Dios desconocido, á quien sin conocerle adoraban, fué Dionisio uno de sus discípulos. Aprovechóse también de las lecciones de un docto cristiano llamado Hieroteo. Hiciéronle Obispo de Atenas, y se distinguió tanto por su celo y virtud, como por su ciencia. Mereció hallarse presente con los Apóstoles al tránsito y funerales de la santísima Virgen, Madre de Dios, cuyo cuerpo transportaron los mismos Apóstoles desde

---

(1) Epit. Polycarp ad Philipp., n. 12.
(2) Euseb., lib. III, cap. XXXIX.
(3) *Obras de San Dionisio Areopagita,* en griego y en latín, 2 vol. in folio. París. 1644, t. II, p. 315 y siguientes.

Digitized by Google

la montaña de Sión al sepulcro, en el jardín de Getsemaní, de donde fué recibida en el cielo. Así lo dice expresamente el sacerdote de Jerusalén. Más de dos siglos antes San Sofronio, patriarca de la misma santa ciudad, cantaba con amante afecto en un himno sobre los Santos Lugares: "El jardín de Getsemaní, que recibió en otro tiempo el cuerpo de la santa Madre de Dios, y en donde estaba su sepulcro„, pero no habla del cuerpo mismo como que estuviese allí (1). Tenemos, pues, aquí, respecto á tan memorable suceso, la tradición expresa y constante de la Iglesia hierosolimitana, y aun de todo el Oriente.

Desde Jerusalén no volvió San Dionisio á residir en Atenas, sino que siguiendo el ejemplo de los Apóstoles, y particularmente, de San Pablo, su maestro, pasó á Occidente. Presentóse en Roma al Papa San Clemente, discípulo y sucesor de San Pedro. San Clemente le envió á las Galias con varios compañeros. Uno de ellos, Saturnino, predicó el Evangelio en la Aquitania, y Dionisio, buscando las regiones donde dominaba aún la idolatría, se adelantó hasta París, ciudad pequeña, pero muy dominada del paganismo. Su compañero Luciano fué á anunciar el verdadero Dios á los de Beauvais. Otros dos, es á saber, los presbíteros Eleuterio y Rústico, quedaron con él para trabajar en la conversión de los parisienses. La ciudad de éstos, llamada también Lutecia, estaba encerrada en una isla. Dionisio levantó allí un templo al verdadero Dios, y convirtió bastante gente, ya con su predicación, ya con sus milagros. Sufrió la persecución bajo Domiciano, con maravillosa constancia, y continuó evangelizando los pueblos, aun bajo el imperio de Trajano. Coronó, por último, su apostólica vida, con la palma del martirio, y fué decapitado con los Santos Rústico y Eleuterio. San Metodio y Simón Metafrastes dicen que Dionisio tomó en sus manos la cabeza, la llevó por espacio de dos mil pasos, y la depositó en las manos de una mujer cristiana. Tal es, en suma, el relato de los autores griegos. Y como nunca á los griegos se los ha tenido por aficionados á lisonjear á los latinos, inspira naturalmente, dicho relato cierta confianza.

Los más antiguos martirologios ponen el martirio de San Dionisio en 3 de Octubre, bajo el imperio de Adriano, el cual comenzó á reinar el año 119. Sostiénese que la colina donde fueron decapitados él y sus compañeros, tomó de ahí el nombre de Monte de los mártires ó Montmartre. Más lejos, y después, se edificó el monasterio de San Dionisio, cuya iglesia ha venido á ser panteón de los Reyes de Francia, y en torno del cual se formó una ciudad. Hacia mediados del siglo IX, 834, creyendo Ludovico Pío deber á San Dionisio su restauración en el trono, mandó á Hilduino, abad de aquel célebre monasterio, reunir cuanto pudiese encontrar acerca de la vida y obras del santo patrono. Compuso Hilduino, bajo el título de *Areopagíticas,* memorias sacadas de las historias de los griegos, de los libros de San Dionisio, y aun también de autores latinos, de antiguas escrituras de la Iglesia de París, y particularmente, de las actas

(1) *Spicilegium romanum* del Cardenal Mai, t. IV, p. 116, vers. 95-100.

Digitized by Google

del martirio de San Dionisio, escritas por el testigo ocular Visvio. El dominico francés Natal Alejandro cree en la autenticidad de estas actas; y de ellas y de otras dieciocho pruebas, infiere, que en el siglo I vino San Dionisio á las Galias; que el Obispo de París es el mismo de Atenas, San Dionisio Areopagita efectivamente; y que no son sin réplica los argumentos de los que esto contradicen (1).

Pensamos en este punto como el dominico francés y como los jesuítas franceses Lansel, Cordier, Halloix y otros: ó mejor, pensamos con los griegos, San Metodio, Patriarca de Constantinopla, el bienaventurado Miguel, sacerdote de Jerusalén, y Simón Metafrastes. Y lo que nos confirma en este modo de ver, es el origen y los argumentos del partido contrario. Los autores de la *Galia cristiana,* en el artículo sobre la *Iglesia de París,* exponen tres opiniones: la primera que sostiene, y prueba con argumentos positivos, ser el primer Obispo de Atenas y el primer Obispo de París, el mismo San Dionisio, Areopagita, enviado á las Galias por San Clemente; la segunda, que sin admitir la identidad de la persona, sostiene y prueba, con argumentos afirmativos, que San Dionisio, Obispo de París, fué enviado allí ya en el primer siglo por el Papa San Clemente; la tercera, que para hacer rechazar las dos primeras, y no traer á San Dionisio á París hasta el tercer siglo, se apoya, no tánto en argumentos positivos, cuanto en argumentos negativos (2). Los autores de la *Galia cristiana* citan, en favor de la tercera opinión, la autoridad científica del doctor Launoy y la autoridad judicial de Luis Antonio de Noailles, Arzobispo de París, el cual, en 1700, *reformó* la creencia y la práctica de su Iglesia, y de un solo é idéntico San Dionisio hizo dos, de los cuales puso, al Areopagita, en el día 3 de Octubre, y al parisiense en el día 9. Pero todos saben que dicho Prelado, más distinguido por su piedad que por su doctrina, fué toda su vida burla juguete de la secta janseniana. En cuanto al doctor Launoy, ya hemos tenido ocasión, y aun en adelante la tendremos más todavía para conocerle como espíritu temerario, de un catolicismo dudoso por lo menos, y que para sostener sus novedades, no temía falsificar los textos de los Padres y de los Concilios. En una palabra, la misma influencia de secta que puso tres Marías en lugar de María Magdalena, en el Breviario de París, puso también dos Dionisios en lugar de uno. El Breviario romano continúa trayendo, en conformidad con los autores griegos, á San Dionisio Areopagita como un solo Obispo, que lo fué de Atenas y de París. Esta conformidad de Roma y de la Grecia es merecedora de atención aun para los católicos mismos.

---

(1) Propositio sanctum Dionisyum primo saeculo in Gallias venisse; unumque et eumdem esse Atheniensium et Parisiensium episcopum, vere Areopagitam, probabile est; nec inconcussa sunt et invicta, virorum eruditorum, qui hanc opinionem impugnarunt argumenta. *In historiam ecclesiasticam saeculi I,* Dissertatio XVI.

(2) Restat jam tertia opinio, non tam argumentis affirmantibus quam negantibus nixa.

Digitized by Google

11. Para los jansenistas es otra cosa. Bástales que Roma apruebe ó parezca aprobar una cosa, para contradecirla ellos. Tan sincera es esa antipatía, que se extiende á cuantos se hallan acordes con Roma, así sean griegos, y aun griegos del Bajo Imperio. Así que San Metodio, Patriarca de Constantinopla; Miguel, sacerdote de Jerusalén, á quien Cedreno califica de bienaventurado; Simeón Metafrastes, Nicéforo Calixto, dicen concordes que Dionisio Areopagita fué Obispo de Atenas y luego de París; esto es incontestable. Sin duda; pero Roma dice lo mismo; pues entonces ya los griegos Metodio, Miguel, Simeón y Nicéforo no saben lo que se dicen, y no merecen crédito alguno. Otro motivo tienen los jansenistas para recusar á esos historiadores griegos; y es el que, según sus historias, resultaría que Dionisio Areopagita, antes de pasar al Occidente, había asistido con los Apóstoles á la muerte y los funerales de la santísima Virgen en Jerusalén, y no en Efeso, en donde los jansenistas y compañía ponen su muerte y entierro, por la razón de que había en aquella ciudad una iglesia de la santísima Virgen María. Y, efectivamente, no ha treinta años (escribimos esto en 1850) hemos visto en una parroquia bastante buena de París, siempre que el predicador comenzaba á tratar de la devoción á la santísima Virgen, ó de análoga materia, que un cierto número de personas, que se nos advirtió eran jansenistas, se salían de lá iglesia por no oir semejantes predicaciones ultramontanas. Natural es, pues, que los jansenistas recusen la autoridad de nuestros tres ó cuatro historiadores griegos. Sus argumentos á este efecto son de lo más curioso. "La autoridad del abad Hilduino—dicen—y de los otros escritores de Occidente, respecto á la identidad de San Dionisio de Atenas y de San Dionisio de París nada prueba, puesto que han tomado esa opinión de los griegos: y, por otra parte, la opinión de los griegos respecto á San Dionisio de París y San Dionisio de Atenas nada prueba, puesto que han tomado esa opinión de los latinos de Occidente, esto es, del abad Hilduino y otros. Tropiézase con un complaciente y fiel eco de esta argumentación donde menos se lo esperaría uno (1). Confiemos, sin embargo, para honor de París y de Francia, que se hallará un católico francés que crea de corazón y conozca á fondo las enseñanzas de la Iglesia acerca de la naturaleza humana y la gracia divina, en el cual se adunen la ciencia y valor suficientes para examinar esta cuestión de San Dionisio sin otros miramientos que los debidos á la verdad.

12. Decimos *un católico francés que crea de corazón y conozca á fondo las enseñanzas de la Iglesia acerca de la naturaleza humana y la gracia divina,* porque la causa fundamental de la antipatía de los jansenistas contra San Dionisio Areopagita y sus obras, es, que en tales materias no piensa como ellos, sino como la Iglesia romana.

Según la santa Iglesia, con Santo Tomás, nos lo enseña: Es la gracia un don *sobrenatural* que Dios concede al hombre para merecer la vida

(1) *Acta Sanctorum,* 9 Octobr. Commentarius praevius, particularmente § 4 y 5.

Digitized by Google

eterna. Esta gracia es un don *sobrenatural,* no sólo respecto al hombre decaído de la perfección de su naturaleza, sino respecto al hombre en la integridad de su naturaleza: *sobrenatural*, no sólo respecto al hombre, sino respecto de toda criatura; no sólo respecto á toda criatura actual mente existente, sino también respecto á toda criatura posible. He aquí la razón de ello, explanada por el Angel de las Escuelas. La vida eterna consiste en conocer á Dios, en ver á Dios, no ya á través del velo de las criaturas, lo cual hace la Teología natural, no ya como en un espejo, en enigma y en semejanzas, lo cual hace la fe, sino en verle tal como es, en conocerle tal como él se conoce, *le veremos como él es,* dice el Discípulo Amado (1). Y San Pablo: *Ahora vemos como por espejo en obscuridad, mas entonces cara á cara. Ahora conozco en parte: mas entonces conoceré como soy conocido,* ó más bien, según la fuerza del texto original, *superconoceré* como soy *superconocido* (2). Pues bien; todos saben, todos conceden, que de Dios á una criatura cualquiera media una distancia infinita. Es, según esto, naturalmente imposible á una criatura, quienquiera que sea, ver á Dios tal como él es, tal como él mismo se ve. Necesitaría para ello una facultad visiva infinita, una facultad que no tiene naturalmente, y que no puede tenerla naturalmente. Hay más. La visión intuitiva de Dios, que constituye la vida eterna, sobrepuja en tal modo á toda criatura, que ninguna se alzaría por sus propias fuerzas á concebir idea de eso. Sí, nos dice San Pablo, recordando á Isaías, "que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió, cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman„ (3). Así, pues, para que el hombre pueda merecer la vida eterna y aun concebir el pensamiento de ella, le es necesario, en cualquier estado de naturaleza, un socorro sobrenatural, una cierta participación en la naturaleza divina. No pudiendo el hombre elevarse en este sentido hasta Dios, es preciso que descienda Dios hasta el hombre para deificarlo en cierta manera. Pues bien; esa inefable condescendencia de Dios, esa participación en la naturaleza divina, esa deificación del hombre, eso es la gracia. He ahí lo que en su *Summa Theologica* nos enseña Santo Thomás (4), y en sus decisiones la Iglesia y en sus obras San Dionisio Areopagita.

Ahora bien; los jansenistas piensan de diferente modo que San Dionisio y Santo Tomás y la Iglesia. Bayo y los jansenistas suponen que en el primer hombre la gracia no era otra cosa que la naturaleza; que el primer hombre podía así, por sus solas fuerzas naturales, elevarse sobre

---

(1) Videbimus eum sicuti est.—(I Joann., III, 2.)

(2) Videmus nunc per speculum in oenigmate; tunc autem facie ad faciem. Num cognosco ex parte: tum autem cognoscam sicut et cognitus sum. Τότε δέ ἐπιγνωσομαι, καθὼς και ἐπεγνωσθην.—(I Cor., XIII, 12.)

(3) Sed sicut scriptum est. Quod oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quae praeparavit Deus iis qui dilligunt illum. (I Cor., II, 9; Isai., LXIV, 4.)

(4) *Summa Sancti Thomae.* Pars prima. quaest. XII, art. 4.—Quaestio XXIII, art. 1. in corp.—Quaest. LVI y LIII, art. 2 —Pars secunda secundae, quaest. art. 5 in corp.

Digitized by Google

sí mismo, salvar la distancia infinita que separa á la criatura del Criador, y ver á Dios inmediatamente en su esencia. De donde concluyen necesariamente que si el hombre caído necesita la gracia propiamente dicha, es sólo para curar y restaurar la naturaleza. Hay todavía hoy católicos sinceros, pero tan poco cautos sobre esto, que admiten ó dejan pasar el veneno jansenista como doctrina de la Iglesia. Por ejemplo: en una obra recomendable, sin embargo, por las religiosas intenciones de su autor, hemos leído, no sin asombro, estas palabras: "La gracia de Dios por Jesucristo es el retorno de la vida primitiva. Así que parece sobrenatural, y lo es efectivamente; pero solamente en relación á nuestra corrompida naturaleza. Porque en relación á la naturaleza primitiva, es natural, ya que es aquella naturaleza misma reintegrada en nosotros„ (1). Encierran estas palabras precisamente el error que ha condenado la Iglesia en los jansenistas, particularmente en aquella proposición de Quesnel: *La gracia de Adán es una secuela de la creación, y era debida á la naturaleza sana é íntegra* (2). Y en aquella otra de Bayo: *La elevación y exaltación de la naturaleza humana á la participación de la naturaleza divina, era debida á la integridad de la primera creación, y debe, por consiguiente, decirse natural, y no sobrenatural* (3). Concíbese, pues, que personas dominadas de tales prevenciones, aun entre los eruditos católicos, no sean competentes para apreciar debidamente las obras de San Dionisio Areopagita, ni las cuestiones con ellas relacionadas.

13. Los críticos modernos han sentado como principio que las obras atribuídas á San Dionisio Areopagita no pueden ser suyas. Aducen como una prueba: que en los siglos II y I no se hablaba como habla él; no había ni las ideas ni las expresiones que usa, tales como *superesencia, sobresubstancial, superbondad, bondad supereminente, supercíencia, superconocimiento,* etc. (4). Tales críticos, sean en número cuantos se quiera, habrán de permitirnos que les opongamos ciertas obras del siglo I, en las cuales se encuentran las mismas ideas y las mismas expresiones. Estas obras singulares, que andan ordinariamente reunidas en un solo volumen, son los cuatro Evangelios y las Epístolas de los Apóstoles, particularmente las de San Pablo, el maestro precisamente de San Dionisio Areopagita. Un pasaje, bastante conocido, de tales obras es la oración del Padrenuestro. En el texto griego, que es el original, leemos esta petición: El pan nuestro *superesencial, supersubstancial,* dánosle

---

(1) *Estudios filosóficos acerca del cristianismo,* por Augusto Nicolás.—2.ª edición. Bruselas, 1846, tomo II, pág 207.

(2) Gratia Adami est sequela creationis, et erat debita naturae sanae et integrae. *(Prop.* XXXV.)

(3) Humanae naturae sublimatio et exaltatio in consortium divinae naturae debita fuit integritati primae creationis, ac proinde naturalis dicenda est, et non supernaturalis. *(Prop.* XXI.)—Para mayores detalles sobre estas materias, véase un opúsculo *De la Grace et de la nature,* por el autor de la presente HISTORIA.

(4) Véase, entre otros, el *Diccionario* de Feller, edición de los señores Weiss y Bussón.

Digitized by Google

hoy (1); que traduce así la *Vulgata* en San Mateo: *Panem nostrum supersubstantialem da nobis hodie.* ¿Sería demasiado exigir á los críticos modernos, que antes de juzgar acerca de los Padres de la Iglesia, sepan al menos el *Pater noster?*

San Pablo, en todas sus Epístolas, especialmente en las que dirige á los cristianos de Efeso y de Colosas, exhorta á todos los fieles á elevarse, por la gracia de Dios y la santidad de su vida, al perfecto conocimiento de Dios y de su Cristo. Y á ese conocimiento perfecto no lo llama simplemente gnosis, conocimiento, ciencia, sino *epignosis, superconocimiento, superciencia* (2): atendido que da de Dios, de su esencia, de sus atributos y de sus obras, ideas infinitamente superiores á lo que puede imaginar de más sublime la ciencia humana. "La ciencia (conocimiento ó gnosis)—dice á los corintios—se acabará. Porque en parte conocemos y en parte profetizamos; así cuando viniese lo que es perfecto, abolido será lo que es en parte. Ahora vemos como por espejo en obscuridad; mas entonces cara á cara. Ahora conozco en parte: mas entonces *superconoceré*, como soy *superconocido*„ (3). San Pedro, en su segunda Epístola, emplea, y varias veces, la misma expresión (4).

Hay más: el único maestro de los Apóstoles, Jesucristo, les da el ejemplo de ese lenguaje. En el texto griego de San Mateo, literalmente dice: "Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Y nadie *superconoce* al Hijo sino el Padre: ni *superconoce* ninguno al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiere revelarlo„ (5). Trátase, como vemos, del conocimiento supereminente, supercientífico, superintelectual, que el Padre esencialmente tiene del Hijo y el Hijo esencialmente del Padre. Ninguna criatura puede participar del mismo, sino por la gracia y revelación del Hijo. Y ese mismo Hijo dice, por dos veces, á sus Apóstoles: "Uno sólo es vuestro Maestro, el Cristo„ (6). Los primeros herejes, á pretexto de una pretendida gnosis, intentaban rebajar á Cristo, presentándolo como inferior á las potestades celestiales. He ahí por qué los Apóstoles en todas sus Epístolas, y particularmente San Pablo, en las dirigidas á los efesios y á los colosenses, recuerdan que Jesucristo es la imagen substancial del Dios invisible, que es engendrado ante toda criatura. Por él y para él fueron criadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, ora sean tronos, ora dominaciones, ora principados, ora potestades. Es ante todas las cosas y todas se concentran y subsisten en él. Está sentado á la diestra de Dios Padre en las regiones *supercelestes* (7), sobre todo principado y potes-

---

(1) Τὸν ἄρτον ἡμῶν τον ἐπιούσιον δος ἡμῖν σήμερον. (Matth., XI, 11; Luc., VI, 3.)
(2) Ephes., I, 17; IV, 13; Coloss., I, 9 y 10; II, 2; III, 10.
(3) Αρτι γινώσκω εκ μέρους, τότε δὲ ἐπιγνώσομαι, καθώς και ἐπεγνώσθην. (I Cor., XIII, 12.)
(4) II Petr., I, 2, 3 y 8.
(5) πάντα μοι παρεδοθη ὑπό τοῦ πατρός μου· και οὐδεὶς επιγινωσκει τον υἱόν, εἰ μή ὁ πατὴρ· οὐδὲ τὸν πατέρα τις ἐπιγινώσκει, εἰ μὴ ο υἱός, ᾧ ἐὰν βούληται ὁ υιος ἀποκαλύψαι. (Matth., XI, 27; Luc., X, 22.)
(6) Matth., XXIII, 8 y 10.
(7) Ἐν τοις ἐπουρανίοις. (Ephes., I, 20.)

Digitized by Google

tad y virtud y dominación, y sobre todo nombre que se puede nombrar, no sólo en este siglo, más aun en el venidero Todas las cosas están sometidas bajo sus pies. Es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, el primogénito de entre los muertos; para que en todo tenga él la primacía; pues plugo al Padre poner en él la plenitud de todo ser; y reconciliar por él todas las cosas consigo; pacificando, por la sangre que derramó en la cruz, tanto lo que está en la tierra como lo que está en el cielo. En él están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia: tesoros cuya participación produce la epignosis, el conocimiento sobrenatural y perfecto del misterio de Dios y de su Cristo (1)

Ahora bien; lo que hacen contra los gnósticos los Apóstoles en todas sus Epístolas, lo que hace particularmente San Pablo, continúalo contra los mismos gnósticos en sus obras San Dionisio, discípulo de aquel Apóstol. Encuéntranse en ellas las mismas miras, el mismo fondo de doctrina, encuéntranse, á menudo, las mismas ó parecidas expresiones; las cuales parecen extrañas para quien no se halla familiarizado con el texto original del Nuevo Testamento; pero para los versados en él, vienen á ser como la filiación de un discípulo y contemporáneo de los Apóstoles.

14. Las obras de San Dionisio Areopagita han gozado de gran celebridad desde el siglo V, y son dignas de esa fama por la elevada Teología que encierran: comprenden los libros de la *Jerarquía celeste* y de la *Jerarquía eclesiástica;* los *Tratados de los nombres divinos* y de la *Teología mística*, y además diez cartas. Había compuesto también algunos otros escritos que no han llegado hasta nosotros. En cuanto á las obras de San Dionisio en general, las vemos citadas en una *Homilía* de Orígenes, traducida por Rufino. San Dionisio de Alejandría, contemporáneo de Orígenes, escribe notas para servir á la inteligencia de los escritos de San Dionisio Areopagita: á quien cita con elogio en un sermón San Crisóstomo. San Cirilo de Alejandría, que corresponde á los primeros años del siglo V, invoca, entre otros testimonios, el de San Dionisio Areopagita contra los herejes que negaban el dogma de la Encarnación. Juvenal, Obispo de Jerusalén, en una carta al emperador Marciano hablando acerca del tránsito de la santísima Virgen, cita, como tradición de la Iglesia, el relato mismo de nuestro Areopagita sobre ese punto: "Estaban allí – dice — con los Apóstoles Timoteo, primer Obispo de Efeso, y Dionisio Areopagita, según él mismo nos da noticia en su libro„ (2). En la primera mitad del siglo VI, Leoncio de Bizancio, en un libro que compuso contra Nestorio y Eutiques, cita en primer lugar, entre los antiguos, á Dionisio Areopagita contemporáneo de los Apóstoles. En otro tratado pone la lista de los Padres que ilustraron la Iglesia desde Jesucristo al reinado de Constantino, y cita, entre ellos, á nuestro autor: "Estos doctores—dice—fueron Ignacio, por sobrenombre Teóforo, Ireneo, Justino, filósofo y mártir, Clemente é Hipólito, Obispos de Roma,

(1) Coloss., I, 15-20; II, 2 y 3.
(2) *De los nombres,* cap. III.

Digitized by Google

Dionisio Areopagita, Metodio de Patara, Gregorio, taumaturgo, etc.„ San Anastasio Sinaíta escribió reflexiones místicas sobre la obra de los seis días, donde recuerda, en los siguientes términos, un pasaje del libro *De los Nombres Divinos*: "Este Dionisio, ilustre contemporáneo de los Apóstoles y versado en la ciencia de las cosas divinas, enseña en su sublime *Teología* que el nombre dado por los griegos á la Divinidad significa que todo lo ve y contempla.„ El Papa San Gregorio Magno explica algunas funciones de los espíritus bienaventurados con las propias palabras de Dionisio, á quien llama antiguo y venerable Padre.

Si las obras de San Dionisio no se ven citadas más á menudo en los cuatro primeros siglos, hay para ello una razón particular en la índole misma de dichas obras. Desenvuelve el autor en ellas la más sublime teología, aquella que no se enseñaba á todos los fieles, sino solamente á los más perfectos; como San Pablo nos lo enseña en su primera Epístola á los corintios: *Sapientiam autem loquimur inter perfectos* (1). Así que el autor dirige sus escritos á un Obispo, á Timoteo, recordándole la obligación del secreto sobre tales cosas ante personas que no fuesen capaces de entenderlas bien.

El siglo VII lleno está enteramente de la gloria de San Dionisio. Los más señalados escritores, santos Obispos. Papas y Concilios, el Oriente y el Occidente, le proclaman autor de los libros que hoy poseemos bajo su nombre. Ni una voz discorde quebranta esta solemne unanimidad. Hasta los herejes invocan esa indiscutible autoridad ó sienten su fuerza. El filósofo y mártir San Máximo, se la cita al monotelita Pirro, que se convierte: enriquece, además, con piadosas y sabias notas las obras del doctor apostólico. El Papa San Martín, en pleno Concilio Lateranense, invoca contra el monotelismo la autoridad de San Dionisio de Atenas. "El ilustre Dionisio, en su libro *De los Nombres Divinos*, nos enseña que el Señor fué formado de la sangre de una Virgen, contrariamente á las leyes de la naturaleza, y que anduvo á pie enjuto sobre las olas, sin que la movilidad de éstas cediese bajo el peso de su cuerpo. Y dice también en su carta á Cayo: Abajándose el Señor hasta nuestra substancia, le ha comunicado la gloria de su ser„, etc. Y el Concilio de Letrán, compuesto de 140 Obispos, escuchó estas citas hechas por orden del Papa, y las aprobó ya como expresión del dogma católico, ya como procedentes de San Dionisio Areopagita. Otro Papa, San Agatón, en su carta á los emperadores, apóyase igualmente en los pasajes que acabamos de recordar, y designa á su autor en los siguientes términos: Dionisio Areopagita, Obispo de Atenas. Las citas del Papa se compulsaron y hallaron conformes en el sexto Concilio general. San Sofronio, Patriarca de Jerusalén, en una carta de Sergio de Constantinopla, fautor del monotelismo, recurre á la autoridad de San Dionisio, como los ya citados Papas y Concilios. Y ni el monotelita Sergio, de Constantinopla, ni el monotelita Ciro, de Alejandría, ni Macario de Antioquía, declinan la autoridad que se les

(1) I Cor., II, 6.

Digitized by Google

opone, sino que se limitan á interpretarla á su modo. Vemos, pues, que todas las grandes Sedes de la cristiandad, Roma, por boca de sus Pontífices; Alejandría, Antioquía, Jerusalén, Constantinopla, por sus Patriarcas; la Iglesia, en varios Concilios, afirman tener por auténticas las obras conocidas bajo el nombre de San Dionisio Areopagita.

Entre los subsiguientes testigos de esta tradición, vemos en el siglo VIII á San Metodio de Constantinopla, San Juan Damasceno, el Papa Adriano, el segundo Concilio ecuménico de Nicea; en el IX, á Miguel, Sacerdote de Jerusalén, el erudito Focio, el Abad Hilduíno, Hincmaro de Reims, el Papa San Nicolás; en el X, á Suidas y Simón Metafrastes; el célebre monje Eutimio, en el XI; y en los siglos XII y XIII, al historiador Jorge Paquimero, entre los griegos, y entre los latinos, Hugo de San Víctor, Pedro Lombardo, Alejandro de Hales, Alberto Magno, San Buenaventura, Santo Tomás. Posteriormente, el Concilio de Florencia, los insignes Cardenales Besarión, Baronio, Belarmino, los doctos Marsilio Ficino y Pico de la Mirandola. Desde el siglo XVI, ciertos críticos, ora protestantes, ora de un catolicismo dudoso, han reclamado contra esta tradición de los siglos, y han suscitado dudas sobre la autenticidad de las obras de San Dionisio Areopagita; pero otros críticos, y de los más juiciosos Haloix, Schelstrate, el P. Honorato de Santa María, Natal Alejandro, han hecho ver que las razones al efecto alegadas no son concluyentes. Como éstos pensamos nosotros.

Así que desde la primera edición de la presente HISTORIA, hemos tenido la satisfacción de ver ilustrada esta cuestión en una obra á cuyo extracto nos limitamos en la mayor parte de lo dicho, y á la cual remitimos para las pruebas detalladas (1), así como también á la disertación de Natal Alejandro (2).

Compuso, en primer lugar, San Dionisio Areopagita, unas *Instituciones Teológicas*, las cuales, empero, no han llegado hasta nosotros. Explicaba en ellas lo concerniente á la unidad de naturaleza y trinidad de personas en Dios.

15. El libro *De los Nombres Divinos* va dirigido á San Timoteo. Toma allí San Dionisio como regla, lo mismo que en las *Instituciones*, el mostrar la verdad acerca de Dios, no por palabras persuasivas de humano saber, sino por demostraciones del poder inspirado del Espíritu Santo. El mejor

---

(1) *Oeuvres de Saint Denys l'Areopagite*, traduites du grec; precédés d'une introduction ou l'on discute l'authenticité de ces livres, par l'abbé Darboy. París, 1845.

(2) Natal Alexand., *Histor. Eclesiast. saec.*, I, Dissertatio XXII.

No obstante esto, y haber adoptado también Mgr. Freppel esa opinión de la autenticidad de dichas obras, no puede asegurarse que haya prevalecido; antes, por entonces mismo, la consideraron otros desechada con inapelable fallo. (M. Hautcœur, *Revue des sciences ecclesiastiques*, 1862.)

He aquí lo que en esta materia dice el excelente Wouters: "Quum iam a VI sæculo Patres horum operum meminerint, sequitur ea, si non a Dionysio, saltem IV aut V, sæculo ab autore incerto fuisse composita. Eum (Dionysium) diversum esse a S. Dionysio Parisiensi, hodie consentiunt eruditi.—(*N. del T.*)

Digitized by Google

comentario á estas palabras del discípulo lo tenemos en aquellas otras de su maestro, á las cuales alude: "Y mi conversación y mi predicación no fué en palabras persuasivas de humano saber, sino en demostración del espíritu y de la virtud; para que vuestra sabiduría no estribe en saber de hombres, sino en la virtud de Dios. Esto no obstante, entre los perfectos hablamos sabiduría; mas no sabiduría de este siglo ni de los príncipes de este siglo... sino que predicamos la sabiduría de Dios en misterio, la que está encubierta, la que Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria; la que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo; porque si la hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. Antes como está escrito: Que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman. Mas Dios nos lo reveló á nosotros por su Espíritu: porque el Espíritu lo escudriña todo, aun las profundidades de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre, que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado. Lo cual también anunciamos, no con doctas palabras de humana sabiduría, sino conforme nos enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual á lo espiritual. Mas el hombre animal *(el que sólo tiene su alma sin el Espíritu de lo alto)* no percibe aquellas cosas que son del Espíritu de Dios; porque le son una locura, y no las puede entender porque se juzgan espiritualmente. Mas el espiritual juzga todas las cosas; y él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor?... Mas nosotros sabemos la mente de Cristo„ (1). De estos principios de San Pablo concluye su discípulo que toda la enseñanza acerca de Dios debe sacarse de las Escrituras, en las cuales nos comunica Dios el conocimiento de sí mismo, según nuestro alcance.

Sobre los nombres divinos, aun sacados de la Sagrada Escritura, hace San Dionisio esta observación. Como Dios está infinitamente elevado sobre todas las cosas, y es, sin embargo, la causa de todas ellas, ningún nombre tomado de éstas puede propiamente convenirle, y, sin embargo, le convienen los nombres de todas, hasta cierto punto. Ambos asertos prueba con la Escritura. Cuando Jacob preguntó: "¿Cuál es tu nombre?„, respondióle Dios como reprendiendo: "¿Por qué preguntas mi nombre?„ (2). Y cuando Manué hizo la misma pregunta, se le respondió: "¿Por qué preguntas por mi nombre, que es admirable?„ (3). "En efecto—concluye San Dionisio;—sólo un nombre hay verdaderamente admirable, sólo un nombre sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el futuro„ (4). "Con todo, en la misma Escritura, Dios es llamado y se llama él mismo con varios nombres: El que es ó Jehová, Dios ó

(1) I Cor., II, 4-16.
(2) Genes., XXXII, 29.
(3) Judic., XIII, 18.
(4) Ephes., I, 21.

Digitized by Google

Eloim, Señor ó Adonai, Dios de los dioses, Señor de los señores, Santo de los santos, Rey de los reyes, el Anciano en días, la vida, la luz, la verdad, la sabiduría, la inteligencia, el Verbo, la salvación, la justicia, la santificación y la redención. Habita los corazones, los espíritus y los cuerpos, el cielo y la tierra; constantemente inmutable está en el mundo, en torno del mundo, tras el mundo, tras los cielos, tras toda substancia; es sol, estrella, fuego y agua, viento, rocío y nube, piedra angular y roca; es todo lo que tiene ser, y no es nada de lo que tiene ser. Á saber, según se explica San Dionisio, es supereminentemente, superesencialmente todo lo que tiene ser; y no es formal y propiamente, nada de lo que tiene ser. Por eso está igualmente propio el no aplicar ninguna denominación y el aplicárselas todas al supremo Autor de todo cuanto existe: con ello confesamos que posee sobre la creación absoluto imperio, que todas las cosas se relacionan á él como á su centro, le reconocen como su causa, principio y fin, y que *él es todo en todos* (1), según la expresión de las Escrituras„ (2). Tal es, en su conjunto, la doctrina que expone San Dionisio en el primer capítulo de *Los Nombres Divinos*, y que desenvuelve y aplica en los otros doce.

En el segundo cita el siguiente extracto de los *Elementos de Teología* del bienaventurado Hieroteo, su maestro después de San Pablo:

"La divinidad del Señor Jesús es la causa y el complemento de todo; mantiene las cosas en un armonioso conjunto, sin ser todo ni parte; y no obstante, es todo y parte, porque comprende en sí y posee por excelencia, desde toda eternidad el todo y las partes. Como principio de perfección es perfecta en las cosas que no lo son; y en el sentido de que brilla con una perfección superior y antecedente, no es perfecta en las cosas que lo son. Forma suprema y original, da una forma á lo que no la tiene; y en lo que tiene una forma parece carecer de ella, precisamente á causa de lo excelente de la suya propia. Substancia superesencial, todas las substancias penetra sin manchar su pureza, sin descender de su sublime alteza. Determina y clasifica entre ellos los principios de las cosas, y queda eminentemente por sobre todo principio y toda clasificación. Fija la esencia de los seres. Es la duración, más fuerte que los siglos y ante todos los siglos. Su plenitud aparece en lo que falta á las criaturas; su superabundancia resplandece en lo que las criaturas poseen. Indecible, inefable, superior á todo entendimiento, á toda vida, á toda substancia, tiene sobrenaturalmente lo que es sobrenatural, y supereminentemente lo que es supereminente. De ahí proceden (y obtengannos misericordia los loores que tributamos á estos prod gios que superan todo entendimiento y toda lengua); de ahí procede que abajándose hasta nuestra naturaleza, y tomando realmente nuestra substancia, y dejando ser llamado hombre, el Verbo divino fué superior á nuestra naturaleza y á nuestra substancia, no sólo porque se unió á la humanidad sin alteración ni confusión de su divini-

(1) *Omnia in omnibus.*—(I Cor., XV, 28.)
(2) S. Dion. Areopag., *De divinis nominibus*, cap. I.

Digitized by Google

dad, sin que su infinita plenitud se resintiese de este admirable anonadamiento, sino—cosa mucho más admirable todavía—porque se mostró superior á nuestra naturaleza y á nuestra substancia en las cosas mismas propias de nuestra naturaleza y de nuestra substancia, y poseyó de una manera trascendente, lo que es nuestro, lo que es de nosotros„ (1).

En el capítulo IV examina San Dionisio, entre otras, estas cuestiones: "¿Qué es el mal y de dónde procede?„ Saca por conclusión: "El mal, en primer lugar, no viene de Dios, y todo lo que existe es bueno en cuanto que existe. El mal, como tal, no es bueno para nada; tiene sólo una apariencia de bien que puede seducir, pero no existe puro y por sí mismo; es un accidente del bien. El mal no viene de Dios, y no está en Dios; no está en las cosas mismas. Así no está en los ángeles; de consiguiente, los demonios no son malos por naturaleza, sino por una caída que no les ha privado, con todo, de sus esenciales facultades. Hay asimismo cierto sentido, en el cual puede decirse que el mal alcanza á nuestras almas, pero es siempre como privación y no como substancia; no existe tampoco en los animales, ni en la totalidad de la naturaleza, ni en los cuerpos, ni en la materia bruta. Es más: la privación no es mala en sí misma. El bien es, pues, la perfección; el mal un defecto. El bien tiene una sola causa, el mal varias. El mal no es más que un accidente que sobreviene á las substancias. El mal puede subsistir bajo el imperio de la Providencia, que le impide alterar substancialmente las naturalezas invadidas por él. Síguese, pues, que el mal no es ni realidad ni potencia alguna.„

En el capítulo VII explana las proposiciones siguientes: "Toda sabiduría viene de la Sabiduria divina, que es insondable, incomprensible é inapreciable para el hombre. A esta infinita Sabiduría deben los ángeles su inteligencia, los hombres su razón y los brutos su sensibilidad. Por esta Sabiduría conoce Dios todo de inefable manera. Por lo que á nosotros toca, sólo imperfectamente nos es dado conocerla. Este conocimiento de Dios es manifestado al hombre por la palabra revelada, que funda así la fe.„

16. Después del libro *De los Nombres Divinos*, compuso San Dionisio una *Teología Simbólica*, que no ha llegado hasta nosotros. Mostraba en ella cómo las cosas divinas llevan nombres tomados de las cosas sensibles; cómo tiene Dios forma y faz, miembros y órganos; cómo habita lugares y reviste ornamentos; por qué, finalmente, le atribuímos valor, tristezas y cólera, transportes de alborozo, juramentos y maldiciones, y sueño y despertar, y los otros símbolos y piadosas imágenes, bajo los cuales suele representarse á la Divinidad.

17. Compuso, por último, en cinco capítulos bastante breves, una *Teología Mística*, de la cual nos muestra en Moisés esta imagen: "Mandóle Dios primeramente santificarse y alejarse de todo lo profano. Después de toda esta purificación, oye Moisés diversas trompetas, ve muchas luces que lanzan de todas partes purísimos rayos. Es después separado de

(1) Darboy, pág. 361.

Digitized by Google

la muchedumbre, y con la flor de los sacerdotes arriba á la cumbre de las elevaciones divinas. Con esto no tiene todavía comunicación familiar con Dios, no le contempla todavía á él mismo (pues que hombre ninguno le verá y vivirá), pero ve el lugar en donde él está.„

Así es como á almas privilegiadas que se disponen al efecto por la pureza del corazón y por la oración, Dios amorosamente las eleva, aun en esta vida, no hasta la visión del mismo, como la tendremos en el cielo, sino hasta conocerle, hasta entreverle con una claridad superior á cuanto puede pensarse y decirse, á toda ciencia terrenal. Tales eran Moisés y Elías; tal fué San Pablo, arrebatado hasta el tercer cielo; tales hallaremos á Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, Santa Teresa, San Juan de la Cruz. Este conocimiento supereminente de Dios y de las cosas divinas, forma la Teología mística.

Para dirigir á las criaturas intelectuales hacia esta infinita dicha, de la cual era la de Moisés sólo un preludio, ha establecido Dios entre esas criaturas dos administraciones: la jerarquía celeste entre los ángeles; la jerarquía eclesiástica entre los hombres. Sobre una y otra escribió San Dionisio un tratado.

18. Desde el principio del mundo vemos constantemente esos espíritus ministratorios enviados por Dios para la salvación de los hombres. Tales se nos presentarán los querubines á la puerta del paraíso terrenal, los tres ángeles que visitan á Abrahán, los dos que ven á Lot. Tal es el ángel que ejercita su providencial ministerio en favor de Agar y de Ismael, padre de los árabes; el ángel de Dios en el sacrificio de Isaac, los ángeles de Dios que por la escala de Jacob subían y bajaban. Tenemos la lucha de Jacob con un ángel: Los ángeles ante Dios y entre ellos Satanás. El ángel de Jehová en la zarza ardiente, donde da su misión á Moisés. El ángel de Dios, guía del campo de Israel. Después del pecado del pueblo, Dios se hace reemplazar por un ángel. Aparécese un ángel á Balaán. Da el ángel de Dios sus órdenes á Josué. Un ángel se aparece á Gedeón, y lo constituye en salvador del pueblo. Anuncia un ángel el nacimiento de Sansón. El profeta Elías es alimentado por un ángel. Isaías ve los serafines ante el trono de Dios, y recibe la misión de ellos. El arcángel San Rafael y Tobías. Los querubines que vió el profeta Ezequiel. El arcángel San Gabriel revela á Daniel la época del advenimiento de Cristo. Los tres ángeles, de los persas, de los griegos, y del pueblo de Dios. El arcángel San Gabriel anuncia á Zacarías el nacimiento del Precursor, á María el nacimiento del Salvador. Anuncian los ángeles á los pastores de Belén que ha nacido el Salvador. Jesucristo nos menciona los ángeles de los niños. Un ángel asiste á Jesucristo en el huerto. Anuncian los ángeles su resurrección. Los Apóstoles, y especialmente San Pedro, puestos en prisión, son libertados por un ángel. San Pablo en sus Epístolas, y especialmente en la dirigida á los colosenses, nombra varios grados en la jerarquía de los ángeles. San Juan, en su revelación, ve los querubines, como también el ministerio ejercido por los ángeles sobre las naciones y sobre la Iglesia.

Digitized by Google

De estos y otros hechos, como también de las enseñanzas de los profetas y de los Apóstoles, á quienes llama los antiguos teólogos, deduce San Dionisio todo el fondo de su *Jerarquía Celeste,* jerarquía una, pero distinta en tres órdenes, y cada orden en tres coros. Los serafines, los querubines y los tronos forman el primer orden; las virtudes, las potestades y las dominaciones, el segundo; los principados, los arcángeles y los ángeles, el tercero.

El principio de la jerarquía, ya de la celeste ya de la eclesiástica, es el manantial de vida, la esencia de la bondad, la causa única, causa de cuanto existe, la Trinidad, que, por bondad, da á cuanto existe, así ser, como ser bien. Esta soberana y divinísima bienaventuranza, esta unidad trina, que verdaderamente existe, de una manera incomprensible para nosotros, pero que la conoce muy bien ella misma, desea la salvación de las criaturas inteligentes, así de nosotros como de las inteligencias superiores; pero esta salvación, que consiste en ver á Dios tal como es, no puede llegar para los que se salvan, sino en tanto que son deificados. Ahora bien, esa deificación es la semejanza y unión con Dios tanto como posible sea. El fin común de toda jerarquía es la dilección continua hacia Dios y las cosas divinas, dilección inspirada de Dios y consumada por la unión; es, aun antes que eso, la fuga absoluta é irrevocable de cuanto es contrario á esa dilección; es el conocimiento de las cosas en la realidad de su ser, la vista y el conocimiento de la verdad sagrada; es la participación divina, hasta donde ser pueda, de la perfección única, de aquel que es soberanamente uno; es el disfrute de la intuición, que nutre intelectualmente y deifica á quienquiera que la contempla. Decimos, pues, que esta divinamente suprema bienaventuranza, la divinidad por naturaleza, el principio de la deificación, que deifica á los deificados, ha establecido, por divina bondad y gracia, la jerarquía para la salvación y la deificación de todos los seres, ora racionales, ora puramente espirituales„ (1).

Esta doctrina muestra por doquiera San Dionisio ser la de las Escrituras divinas, y en particular de los Apóstoles. Da comienzo á la *Jerarquía Celeste* con estas palabras: "Toda dádiva excelente y todo don perfecto de lo alto es, que desciende del Padre de las luces. Más es: toda emanación de esplendor que por sus beneficios deja el Padre rebosar sobre nosotros, nos simplica como poder únífico, nos llama y nos trae de nuevo hacia la unidad del Padre que nos reúne, y hacia la simplicidad deífica de su ser. Porque todas las cosas vienen de Dios y vuelven á Dios, como lo dicen las Sagradas Letras.„

Efectivamente, el Apóstol Santiago es quien dice: "Toda dádiva excelente y todo don perfecto, de lo alto es, que desciende del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación. Porque de su

---

(1) *De hierarchia ecclesiastica*, cap. I.

Digitized by Google

voluntad nos ha engendrado por palabra de verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas„ (1).

Y es San Pablo quien dice á los romanos, hablando de Dios: "Porque de él, y por él y para él son todas las cosas„ (2). Todo es de él como causa, todo es por él como medio, todo es para él como fin. El discípulo amado es quien nos enseña nuestra futura semejanza con Dios: "Sabemos—dice—que cuando él apareciere seremos semejantes á él; porque le veremos como él es„ (3).

Y San Pablo nos enseña nuestra transformación en Dios, cuando dice, escribiendo á los corintios: "Así todos nosotros, contemplando á cara descubierta, como en un espejo, la gloria del Señor, somos transformados de claridad en claridad en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor„ (4). Y el mismo Apóstol nos enseña también nuestra unificación espiritual con Dios en aquellas palabras que dirige á los citados corintios: "Quien se adhiere al Señor es con él un mismo espíritu„ (5). Y el mismo San Pablo todavía es quien nos enseña que Dios será finalmente todo en todas las cosas, pues dice el Apóstol á los repetidos corintios: "Todas las cosas están sujetas á él, exceptuando, sin duda, aquel que sujetó á él todas las cosas. Y cuando todo le estuviere sujeto, entonces aun el mismo Hijo quedará sujeto á aquel que sujetó á él todas las cosas para que Dios sea todo en todos„ (6).

Para que el cristiano lector pueda más fácilmente quilatar la doctrina y el estilo de San Dionisio, traducimos, lo más literalmente posible, un pasaje del cuarto capítulo de su *Jerarquía celeste*:

"Es, ante todo, verdad, el decir que la superesencial Trinidad (7), por bondad, haciendo subsistir todas las cosas, las ha traído á la existencia. Porque propio es de la causa de todas las cosas y suprema bondad llamar á la comunión de sí misma los seres, según cuadra á la índole de cada uno. Por eso todas las cosas participan de la Providencia emanada de la superesencial divinidad y universal causa. Porque ni siquiera serían, si no participasen de la esencia y del principio de los seres. Así todas las cosas inanimadas por el mismo hecho de existir tienen esa participación; porque la existencia de todas es la Divinidad que supera esa existencia, las cosas vivientes participan de ese mismo poder vivificante que sobre-

---

(1) Jacob, I, 17 y 18.
(2) Ex ipso, et per ipsum, et in ipso (en el griego, **in ipsum**, εἰς αὐτόν) sunt omnia.—(Rom., XI, 36.)
(3) Scimus quoniam cùm apparuerit, similes ei erimus: quoniam videbimus eum sicuti est.—(I Joann., III, 2.)
(4) Nos vero omnes revelata facie, gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformamur, a claritate in claritatem, tamquan a Domini Spiritu.—(II Cor., III, 18.)
(5) Qui adhaeret Domino unus spiritus est.—(I Cor., VI, 17.)
(6) Omnia subjecta sunt ei; sine dubio praeter eum qui subjecit ei omnia. Cum autem subjecta fuerint illi omnia; tunc et ipse Filius subjectus erit ei, qui subjecit sibi omnia, ut sit Deus omnia in omnibus.—(I Corinthios, XV, 27.)
(7) En griego *thearquia*.

Digitized by Google

puja toda vida: los seres que gozan de razón y espíritu, participan de esa sabiduría que sobrepuja toda razón y toda inteligencia, y que es, por sí misma eternamente perfecta. Es, pues, claro que las diversas naturalezas más se aproximan á la Divinidad, cuanto en múltiples maneras participan de ella.

Por eso las santas falanjes de las naturalezas celestiales han participado de la munificencia divina más que las naturalezas dotadas, ya sólo de la existencia, ya de la vida, sin uso de razón, y hasta que aquellas tales como nosotros, dotadas de razón: porque, proponiéndose la imitación de Dios, y contemplando por trascendental manera aquel sublime ejemplar, y queriendo acomodar á él su propia forma, justamente gozan de más amplia participación suya; y siempre, en lo posible, con el firme deseo del amor divino, á mayor perfección aspiran, y perciben puras las primordiales ilustraciones, y según ellas se ordenan, y tienen una vida totalmente intelectual. Estos son, pues, los que primera y multíplicemente participan de Dios, y menos imperfectamente y en multíciples maneras expresan el misterio de la naturaleza infinita; y de ahí el que se les honre sobre todos, con el nombre de ángeles, comunicándoseles en primer término el esplendor divino, y haciéndosenos por su ministerio la revelación de los secretos que superan nuestro alcance. Así como enseña la Teología (la Sagrada Escritura), la ley nos ha sido intimada por los ángeles (1). Así, tanto antes como después de la ley, los ángeles guiaban hacia Dios á nuestros ilustres antepasados, ora prescribiéndoles reglas de conducta, y trayéndolos del error y de una vida profana al recto sendero de la verdad (2), ora manifestándoles la constitución de los órdenes celestiales, ó dándoles el misterioso espectáculo de las cosas sobrehumanas, ó explicándoles en nombre del cielo los acontecimientos futuros (3).

„Si alguno quiere decir que Dios se reveló inmediatamente y por sí mismo á personas piadosas, sepa ése, por las positivas afirmaciones de las Escrituras, que nadie en el mundo ha visto ni verá la esencia íntima de Dios (4), sino que Dios se aparecía á los santos en manera á él decorosa, y por visiones que ellos pudiesen conllevar (5). Y estas visiones, que mostraban en sí figurada divina semejanza, como en figura de lo que á toda figura excede, y elevando hacia Dios á los favorecidos con ellas: llámalas la Teología, en su lenguaje colmado de saber, teofanías, pues que comunican al hombre una divina luz y sagradamente le dan un cierto conocimiento de las cosas divinas.

„Nuestros gloriosos ascendientes recibían por ministerio de las potestades celestiales la inteligencia de esas visiones divinas. ¿No nos enseña la tradición de las divinas Escrituras que el mismo Dios dió á Moisés

(1) Act., III, 7, 38 y 53; Galat., III, 19; Hebr., II, 2.
(2) Matth., II, 13; Act , XI, 13.
(3) Daniel, VII, 10; Isai., X.
(4) I Joann., IV, 12.
(5) Gen., III, 8, y XVIII, 1.

Digitized by Google

aquella sagrada legislación (1) para mostrarnos que era bosquejo de otra más divina y sagrada? Y asimismo nos enseña claramente la Teología (la Escritura) que esa legislación se nos transmitió por ministerio de los ángeles, como mostrándonos que es requisito del orden divino el que las cosas inferiores se eleven á Dios por las superiores. Y esta regla no atañe solamente á los espíritus superiores é inferiores uno á otro, sino á los que están en las mismas filas, queriendo el soberano autor de todo orden que en cada jerarquía hubiese órdenes y potestades primeras, medias y últimas, á fin de que los más divinos fuesen entre los inferiores sus iniciadores y guías para la aproximación, la iluminación y comunión divina.

„Veo también que el misterio de la filantropía de Jesús se reveló primero á los ángeles, y luego por mediación de ellos vino á nosotros la gracia de ese conocimiento. Así el divinísimo Gabriel anunció á Zacarías, con ser éste un jerarca, que el hijo que, contra toda esperanza, por favor de Dios, le nacería había de ser el profeta de la operación divina que Jesús había de manifestar misericordiosamente en su carne para la salvación del mundo (2) Y él mismo anunció á María cómo se obraría en ella el inefable misterio de la Encarnación divina. Otro ángel informa á José el completo cumplimiento de las divinas promesas hechas á su ascendiente David. Otro anunció la buena nueva á los pastores purificados por el apartamiento y quietud de la soledad y con él multitud de los celestiales ejércitos enseña á los habitadores de la tierra aquel celebradísimo himno de gloria. Pero alcemos el pensamiento á revelaciones en extremo sublimes todavía de la Escritura. Advierto que Jesús mismo (causa superesencial de las substancias supracelestes), al tomar nuestra naturaleza sin alteración de la naturaleza divina, no se desdeñó de aceptar el orden de cosas establecido para la humanidad; antes bien se sometió dócilmente á las órdenes del Padre, transmitidas por los ángeles. Y así por un ángel se le notifica á José la voluntad divina tocante á la huída á Egipto y al regreso á Judea (3). Pero ¿y no vemos al Hijo mismo sujetarse él á las órdenes transmitidas por medio de los ángeles? Omito decir, porque es bien sabido, lo que en nuestras tradiciones consta; cómo un ángel confortó á Jesús en la agonía del Huerto (4), y cómo el mismo Jesús, colocándose para operar felizmente nuestra redención, entre los intérpretes de la divinidad, fué llamado Angel del Gran Consejo (5), porque como él mismo en calidad de mensajero dice: Todas las cosas que había oído del Padre nos las hizo saber„ (6).

Tal es la *Teología* de San Dionisio Areopagita; que no viene á ser otra que la Sagrada Escritura, la palabra de Dios. Sus teólogos, sus maestros en la ciencia de Dios y de las cosas divinas son los profetas y los Apóstoles. Sólo á éstos cita. Apenas si les añade uno ó dos contempo-

(1) **Núm., XI; Act., VII; Gal., III.**
(2) **Luc., I, 13.**
(3) **Matth.. II.**
(4) **Luc., XXIII, 43.**
(5) **Isai., IX.**
(6) **Joann., XV, 15.**

Digitized by Google

ráneos: Hieroteo, su maestro después de San Pablo, y su amigo San Ignacio de Antioquía, que terminó su mortal carrera algunos años antes que él; bien que todavía esta última cita la miran algunos como añadidura posterior al texto puesta por una mano extraña.

19. La jerarquía eclesiástica tiene el mismo fin que la celeste: la santificación de las almas y su semejanza con Dios. Compónese también de tres órdenes, el Pontífice ú Obispo, el sacerdote y el diácono, que se perpetúan por la ordenación pontifical. Estos tres órdenes purifican, iluminan y perfeccionan las almas por tres principales sacramentos: el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. Hasta hay como tres órdenes en el pueblo fiel: los catecúmenos, los neófitos y los que aspiran á la perfección, como los monjes, ascetas ó terapeutas, imitadores de los esenios y de los antiguos discípulos de los profetas, de quienes en su tiempo hemos hablado. Esta jerarquía cristiana ha sido precedida aquí en la tierra por otra, la de Moisés, que era figura de ella. He aquí cómo expone San Dionisio el conjunto de estas tres jerarquías.

"La santísima jerarquía de las naturalezas supracelestes no tiene otro sacramento que el puro é inteligible conocimiento de Dios y de las cosas divinas en el grado que respecto de ellas es dable, y asimismo un estado proporcional de conformación y asemejamiento á la divinidad. Allí son iluminadores y maestros en la santa perfección, los espíritus más próximos á Dios; porque, bondadosa y discretamente, hacen llegar á los órdenes subalternos las deíficas luces que les da directamente la Trinidad, perfección esencial y fuente de toda sabiduría. Los de grados inferiores á estas naturalezas primeras, que son por ellos elevados á la gracia de la iluminación divina son iniciados, y así debe llamárseles.

„Después de esta jerarquía sobrehumana y enteramente celeste, queriendo Dios, en su bondad, difundir sobre nosotros la santidad de sus preciosos dones, dió primeramente á la infancia de la humanidad, conforme al símil que usa la Escritura (1), la jerarquía de la ley, y le envió una luz que pudiesen conllevar sus débiles ojos, disimulando la verdad bajo imperfectas imágenes, bajo rasgos muy apartados de la pureza de los originales, bajo símbolos obscuros, bajo enigmas cuyo profundo sentido costaba trabajo descubrir. Ahora bien; en aquella jerarquía de la ley, el misterio, la gracia, es que era el hombre elevado á la adoración espiritual de Dios. Los cabezas (Pontífices, sacerdotes y levitas) son los que fueron iniciados en la ciencia del tabernáculo por Moisés, primer iniciador y maestro de los antiguos Pontífices, pues, delineando el tabernáculo espiritual en la jerarquía que preparaba la nuestra, llamó todas las ceremonias legales imagen del ejemplar que le había sido mostrado en el monte Sinaí (2). Los iniciados son los que, ayudados de los símbolos sacramentales se elevaban, según sus fuerzas, á una más alta inteligencia de los misterios.

---

(1) Galat., III. 24.
(2) Exod., XXV, 40.

Digitized by Google

Ahora, para esta más levantada iniciación, la teología (la palabra de Dios) entiende nuestra jerarquía, á la cual llama complemento sagrado y fin de la precedente. Porque nuestra jerarquía es juntamente celeste y legal, y, como un medio que une dos extremos, participa de ambas; de la primera, en razón de las contemplaciones espirituales con que está enriquecida; de la segunda, á causa de los muchos símbolos que la materializan, por decirlo así, y con cuyo auxilio se eleva hacia la divinidad„ (1).

Hablando de la ordenación eclesiástica se expresa San Dionisio, acerca de la vocación divina en los siguientes términos:

"Proclama el Pontífice el nombre de los ordenandos y las órdenes que van á recibir. Esta ceremonia anuncia que, poseído de amor á Dios, se presenta el consagrador como el intérprete de la elección celestial; que no llama á las dignidades por caprichoso favor, sino que obra bajo la inspiración de lo alto en la consagración de los Ministros de la Iglesia. Así, que Moisés, el que instituyó las ceremonias de la ley, no elevó á la dignidad sacerdotal á Aarón, no obstante ser su hermano y juzgarle grato á Dios, hasta tanto que, impulsado por moción divina, le consagró Pontífice según el rito que Dios mismo, consagrador soberano, le prescribió. Y aún mucho más, nuestro primero y divino cabeza jerárquico (pues que el amabilísimo Jesús se dignó hacerse nuestro Pontífice) vemos en las Escrituras (2) que no se arrogó la gloria él mismo, sino que fué glorificado por aquel que le dijo: "Tú eres Sacerdote eternamente, según el orden de „Melquisedec„ (3). Por lo cual, cuando se trata de elevar los Apóstoles al honor del episcopado, por más que, como Dios fuese el autor de toda consagración, refirió, no obstante, según el espíritu de la jerarquía, aquella acción á su adorable Padre y al Espíritu Santo, recomendando á los discípulos, según en la Escritura vemos, que no partiesen de Jerusalén, sino que esperasen el cumplimiento de la promesa del Padre, "la „cual—dijo—oísteis de mi boca; mas vosotros habéis de ser bautizados „en el Espíritu Santo„ (4). Así procede también el corifeo de los Apóstoles con sus diez colegas en la dignidad pontifical; porque, tratándose de elegir un duodécimo Apóstol, deja religiosamente la elección á la Divinidad. "Muéstranos—dice—cuál has destinado„ (5). Y recibió en el número de los doce al que fué designado por divina suerte„ (6).

En el *Tratado de jerarquía eclesiástica* señala San Dionisio el sentido espiritual de todas las ceremonias de los Sacramentos, particularmente del Bautismo y del Orden. En lo cual se muestra fiel discípulo de San Pablo, que en todas sus Epístolas, especialmente en la de los hebreos, cuida de revelarnos en toda ocasión el sentido misterioso de lo contenido

(1) *De ecclesiastica hierarchia*, cap. V.
(2) Hebr., V, 5.
(3) Psalm. CIX, 4.
(4) Act., I, 4.
(5) Ibid., I, 24.
(6) *De ecclesiastica hierarchia*, cap. V.

Digitized by Google

en el Antiguo Testamento, como el sacerdocio de Melquisedec, el de Aarón, las funciones de los sacerdotes y de levitas en el Tabernáculo.

20. Más hay. Modernos críticos han dicho y otros han repetido: "Las obras atribuídas á San Dionisio Areopagita no pueden ser suyas, visto que se habla en ellas de ceremonias que no han estado en uso hasta el siglo V, por ejemplo los incensarios y el incensar en el divino sacrificio.„ Todo lo que prueba esta objeción es que quienes la hacen ó la repiten, inclusos los Bolandos del día 9 de Octubre, no han leído ó han olvidado especialmente las de San Juan. Porque en ellas hemos visto, en ellas vemos ya desde entonces una liturgia espléndida. En un día de domingo tiene San Juan su divina revelación. Vese allí una reunión presidida por un Pontífice sentado sobre un trono y rodeado de veinticuatro ancianos ó presbíteros. Vense vestiduras sacerdotales, túnicas blancas, cíngulos, coronas, instrumentos del culto divino, un altar, candeleros, incensarios, un libro sellado. Y aquel altar, aquellas coronas, aquellos cíngulos, aquellos candeleros, aquellos incensarios son de oro. Háblase allí de himnos, de cánticos y de una fuente de agua que da la vida. Ante el trono y en medio de los presbíteros se halla un cordero en estado de víctima, al cual se tributan honores divinos. Bajo el altar están los mártires que piden que su sangre sea vengada. Un ángel presenta á Dios el incienso, del cual se advierte que es el emblema de las oraciones de los santos ó de los fieles. En una palabra, San Juan nos hace ver las sagradas ceremonias, ó transportadas del cielo, ó transportadas al cielo. Pero diríase que de tres siglos á esta parte, ciertos críticos han cerrado los ojos para no ver.

Finalmente, tal es al menos nuestra íntima persuasión, los fieles católicos que hayan leído con fe, amor é inteligencia, máxime en el texto original, por una parte el Nuevo Testamento, particularmente las Epístolas de San Pablo, y por otra las obras de San Dionisio Areopagita, reconocerán sin dificultad que San Pablo y San Dionisio son dos escritores del mismo tiempo, que tienen el mismo pensamiento, y que el segundo es verdaderamente discípulo del primero.

21. "En aquella época (de Dionisio, de Ignacio y de Policarpo)—dice Eusebio—florecían también otras muchas personas igualmente dignas de figurar en primer término entre los sucesores de los Apóstoles. Maravillosos y divinos discípulos de aquellos grandes hombres, donde encontraban que sus maestros habían puesto ya los cimientos de una Iglesia, acababan sobre ellos el comenzado edificio, haciendo avanzar de día en día la predicación del Evangelio, y esparciendo en el mundo la semilla del reino de Dios. Inflamados de una filosofía celestial, empezaban, cumpliendo el mandato del Salvador, distribuyendo sus bienes á los pobres; abandonaban después su patria, y emprendían largos viajes, ejercitando las funciones de evangelistas, con la ambición de predicar á Jesucristo y de comunicar los libros de los santos Evangelios á los que aún no habían oído la doctrina de la salvación. Cuando habían asegurado en lejanas y bárbaras regiones los cimientos de esta fe divina y ordenado pastores que cuidasen de aquella nueva plantación, partían al punto, acompaña-

Digitized by Google

dos siempre de la gracia y de la virtud de Dios, á otras naciones. Obraba allí por ellos el Espíritu muchos prodigios, y al primer rumor de su predicación, todos aquellos pueblos, en masa, abrazaban el culto del verdadero Dios„ (1).

22. Bajo el imperio de Trajano, gobernó Evaristo la Iglesia romana, después de Anacleto (2), durante trece años, desde el consulado de Valente y de Vetus, hasta el de Galo y de Bradua, es decir, desde el año 96 al 108 de Jesucristo; y después de su muerte, Alejandro por ocho años, desde el consulado de Palma y de Tulo, hasta el de Elcano y de Vetus, es decir, desde 109 á 116, según se encuentran designados sus pontificados en el antiguo calendario de Liberio (3).

Puede juzgarse cuál era en aquellos tiempos el estado de la Iglesia romana, por las magníficas alabanzas que le da San Ignacio en el título de la Epístola que desde Esmirna le escribió. Llámala Iglesia muy amada, llena de luz, digna de Dios, llena de decoro, justamente dichosa, merecedora de alabanza, perfectamente ordenada, castísima, la que preside en la caridad, la que tiene la ley de Cristo, la que lleva el nombre del Padre, unida según la carne y según el espíritu, llena de la gracia de Dios, sin división y sin mezcla alguna de matiz extraño. Atribúyese á Evaristo la institución de los títulos de Roma, y se dice que puso la regla de que al Pontífice romano le asistiesen siete diáconos cuando predica. Alejandro pasa por autor de algunos ritos tocante á la bendición del agua y á la oblación del santo Sacrificio. En Alejandría tuvo Abilio por sucesor á Cerdón, y éste á Primo, hacia el duodécimo año de Trajano. Y en Antioquía fué ordenado Obispo Heros, en el sitio de Ignacio (4).

Mientras que la doctrina de Cristo, regada cada día con la sangre de los mártires y los sudores de los discípulos de los Apóstoles, crecía y florecía; mientras que los cristianos, perseguidos, crucificados, expuestos á las fieras, cansaban con su paciencia el furor de sus enemigos, mientras que en medio de las tempestades echaba la religión más profundas raíces, los judíos, nación turbulenta siempre é inquieta, no pudiendo sufrir en paciencia el yugo de los romanos á que les había humillado la justicia divina, se tornaban cada día más desgraciados, y hacían cada día más pesadas sus cadenas con los tumultos que excitaron en diversas partes del imperio. No se concibe que bajo un emperador como Trajano, uno de

---

(1) Euseb., lib. III, cap. XXXVII.
(2) Véanse notas anteriores sobre este punto.
(3) Las Actas del Papa Alejandro, admitidas como auténticas por los Bolandos, y sostenidas en igual sentido por Schelstrate, habían sido rechazadas por Dom. Ruinart en las *Acta Sincera*. El motivo de la antipatía que había contra estas Actas era que no cuadran con las miras del jansenismo y del galicanismo. El descubrimiento de los sepulcros de San Alejandro y de los santos Evencio y Teódulo, hecho en 1844, y del cual se dió cuenta en el *Journal de Rome*, en la *Civiltà* y en los *Annales de philosophie chrétienne*, muestra cuán vanos eran los recelos de la crítica. Las revelaciones de las catacumbas confirman los testimonios de las antiguas actas.
(4) Orsi, lib. III.

Digitized by Google

los mayores que en las artes de la paz y de la guerra han tenido los romanos, y durante su estancia en Oriente á la cabeza de fuerzas imponentes, con las cuales había triunfado de los partos y ensanchado los límites del imperio, se hayan atrevido aquellos desgraciados á sublevarse y tomar las armas; cómo han podido, dispersos como estaban por las diversas partes del mundo, pensar en sacudir el yugo y restablecer su situación. Parecía, en dictamen de Eusebio (1), como si les empujasen á ello los malos genios, á cuyo maltratamiento les había abandonado la venganza del cielo y que ya, medio siglo antes, habían hecho de su país una verdadera imagen del infierno.

No se ocurre otra explicación cuando reflexiona uno, que, no contentos con atacar y degollar á los griegos y romanos entre quienes habitaban, llevaron además su rabia hasta comer su carne, beber su sangre, ceñirse con sus intestinos y cubrirse con sus pieles (2). De ellos serraron muchos por medio, comenzando por la cabeza, hicieron que los despedazasen los animales, obligáronlos á combatir unos con otros, queriendo acaso vengarse así de los tratamientos parecidos que después de la ruina de Jerusalén habían tenido que sufrir muchos de sus hermanos de parte de los romanos. Espanta la muchedumbre de los que hicieron perecer así. En sólo la Libia Cirenaica asesinaron aquellos furiosos doscientos veinte mil, y en la isla de Chipre doscientos cuarenta mil. Ni Trajano ni los pueblos así ultrajados dejaron impunes tamañas atrocidades. Los habitantes de Alejandría mataron todos los judíos que se hallaban en la ciudad. Los habitantes de Chipre prohibieron, bajo las más severas penas, á todo judío entrar en la isla, y daban muerte hasta á los que por equivocación ó empujados por la tempestad arribaban á ella. Marcio Turbón enviado contra ellos con un ejército de fuerzas terrestres y marítimas, mató una infinidad, así en la Libia como en Egipto. Igual carnicería de ellos hizo en la Mesopotamia Lucio Quieto: que era el más valeroso capitán que tenían entonces los romanos; y por haber reprimido la sedición en aquellas comarcas, dióle el emperador el gobierno de Palestina. No menos que un hombre así se necesitaba para tener á raya aquella provincia en medio de tan violentas conmociones. Es de creer que en aquellos tumultos fueron degollados muchos cristianos, ora por los gentiles, ora por los judíos; por éstos á causa de su implacable odio contra ellos, y por aquéllos á causa de que los confundían aún con los judíos.

24. Trajano, en tanto, mostrábase en medio de sus triunfos, y sus triunfos con él. Juntamente con el vino y los amores infames era la gran pasión deaquel emperador la gloria. Hizo obras inmensas en diversas provincias del imperio. Veíanse en todas partes sus arcos de triunfo y sus trofeos, leíase su nombre por doquiera; de suerte que se le comparaba á la parietaria, hierba que brota en todas las murallas. Envidiando á Ale-

(1) Libro IV, cap. II.
(2) Diom., lib. LXVIII.

Digitized by Google

jandro Magno, quiso igualarle, si no sobrepujarle. Fué esto una de las principales causas de la guerra contra los partos ó los persas. Hízose dueño de la Armenia y la redujo á provincia romana; apoderóse asimismo de la Mesopotamia, á la cual dió igual destino. Abgaro, príncipe de Edesa, compró su benevolencia, prostituyéndole su propio hijo. De regreso en Antioquía, para descansar durante el invierno, estuvo Trajano á punto de perecer en el terrible terremoto que abatió aquella ciudad. Al siguiente año, 115, pasó el Tigris, sometió la Asiria, tomó á Ctesifonte, capital de los partos, á Susa, antigua metrópoli de los persas, visitó á Babilonia hecha ruinas, bajó por el Éufrates y el golfo Pérsico hasta el grande Océano y saqueó parte de la Arabia Feliz. Al volver á las provincias conquistadas que se habían sublevado, pero que habían sido sujetas ya casi del todo por sus lugartenientes, dió un Rey á los Partos y otro á los Albaneses. Asómbrase el Senado romano cada día de oir hablar de nombres hasta entonces desconocidos y de nuevos pueblos que reconocían el poder de Roma. Decreta á Trajano cuantos triunfos quisiese. Prepáranse Roma é Italia á recibirle con todos los honores imaginables. Pero no había de volver á verlas. Tenía puesto sitio á Atra, ciudad de los árabes agarenos ó descendientes de Agar, conocidos después con el nombre de sarracenos. Derrotado y obligado á levantar el sitio, cayó enfermo, con sospechas de estar envenenado, y volvió á ponerse en camino para regresar á Europa. Pero llegado que hubo á Selinunte, en Cilicia, murió en el año 117, á los diecinueve años, seis meses y quince días de reinado, á punto que todos los países conquistados sacudían el yugo. Expulsaron los partos al rey que él les había puesto, y pusieron al que él había expulsado. Volviéronse la Armenia y la Mesopotamia á sus antiguos señores. En eso pararon las grandes y gloriosas hazañas de Trajano. A cambio de tantos gastos, tantos peligros y tanta sangre derramada, sólo quedó á los romanos la vergüenza de un fracaso (1).

No dejaba Trajano hijos ni había tampoco designado sucesor. Proporcionóle uno su mujer Plotina. Fué éste Adriano, cuyo tutor había sido Trajano, y al cual había casado con su bisobrina. Mandaba en aquel entonces los ejércitos de Siria. Pariente y deudo de Trajano, nada había omitido para hacerse adoptar. Para complacerle se bajaba hasta compartir sus vinolentos desórdenes y hasta á abandonarse á él para sus desórdenes de Sodoma. Pero aquellas cobardes infamias no habían logrado éxito. Y Adriano estaba tal vez á punto de quedarse sin la sucesión del imperio si no hubiera sido por las intrigas de la emperatriz Plotina, que, según Dión, alimentaba hacia él una pasión criminal. Atacado Trajano de un accidente apoplético, que le dejó sin poder hablar, dió ella á entender que el emperador adoptaba á Adriano y escribió en ese sentido al Senado. Avisado de estas disposiciones antes que se divulgase la muerte de Trajano, se hizo Adriano proclamar emperador por su ejército en Antioquía, concluyó un tratado con los partos, abandonó el resto de lo

(1) Tillemont, *hist. des Emp.*, Crévier.

Digitized by Google

conquistado al otro lado del Eufrates y volvió á tomar aquel río por frontera del romano imperio.

Era Adriano de índole inconstante y desigual, un compuesto de buenas y malas cualidades. Alábale Dión como un príncipe muy humano, y, sin embargo, sobre todo al principio y al fin de su reinado, dió hartos ejemplos de crueldad; mostró un gran respeto hacia el Senado, y no obstante, hizo dar muerte á muchos de los más graves senadores; era apasionado de las bellas artes, de los artistas hábiles, de los letrados y de los sabios; pero era envidioso de su gloria é hizo, por envidia, dar muerte á algunos; era codicioso de saber más, extremó ese deseo hasta las vanidades de la astrología judiciaria y los misterios de la magia. Era muy dado á las supersticiones griegas y romanas, lo cual no le impidió demostrar que conocía la nada de las mismas, haciendo construir templos sin ídolos; era muy enemigo de divinidades y ceremonias extranjeras, y con todo no fué perseguidor atroz de los cristianos; tenía una desmedida ambición de gloria, pero no emprendió, sin embargo para adquirirla, guerra que no fuese necesaria ó justa. Y finalmente, aunque dado á las diversiones de la caza y sumido en las más infames disoluciones, no dejó de aplicarse por entero al gobierno y de llevar la mayor parte del tiempo una vida sobria y austera (1).

Siendo, pues, así el carácter de este emperador, no debe extrañarnos la diversidad de juicios que han emitido acerca de su reinado, ya los paganos en cuanto al imperio, ya los cristianos en lo tocante á la Iglesia. Si, por una parte, no podían contarle los romanos en el número de sus peores príncipes, parecíales, no obstante, que no podía contársele entre los buenos; asimismo los cristianos le han celebrado á veces como protector de su religión, y otras le han contado entre sus perseguidores. Por más que no haya publicado Adriano edicto alguno contra ellos, la disposición de Trajano, en su carta á Plinio, no estaba revocada, y si estaba prohibido á los magistrados hacer pesquisas acerca de los mismos, había orden de castigarlos cuando eran acusados y convictos. Bastaba semejante disposición para que los fieles no estuviesen nunca seguros, y para que los paganos pudiesen á su arbitrio perseguirlos y hasta hacerlos perecer impunemente. Iba aumentando cada día la muchedumbre de los cristianos; cada día se presentaba más floreciente la religión, con lo cual aumentaba, también por lo mismo, para ellos la dificultad de substraerse á las miradas y á la envidia de sus enemigos.

25. Lo que más les perjudicaba en el ánimo de los paganos, era la opinión, cada vez más en auge, de que hollando, como ateos, todo temor de Dios y todo sentimiento de religión, violaban en sus reuniones las más santas leyes del pudor con execrables consorcios y las de la humanidad, degollando desapiadadamente niños para comer su carne. Eran ocasión de esta calumnia las herejías impías que, con denominación general, se lla-

(1) Dion, Tillemont, Crévier.

Digitized by Google

man de los gnósticos. Palabra esésta que significa doctos, ilustrados. Eran los gnósticos gentes que, desdeñando la fe y la moral cristiana, tal como se predicaba y se creía en toda la tierra, se forjaban religiones que decían más sabias. Su pretendida ciencia venía á parar en un nuevo politeísmo, que, bajo nombres algo diferentes, renovaba todas las extravagancias y torpezas del antiguo.

Hesiodo y Homero exponen la generación de los dioses, poco más ó menos, de la siguiente manera: "Había primeramente el Caos y la Tierra. Del Caos nacieron el Erebo y la Noche; del Erebo y de la Noche, el Éter y el Día. De la Tierra nació el Cielo; del Cielo y de la Tierra nacieron el Océano y Téthis; del Océano y de Téthis, Saturno y Rea; de Saturno y de Rea, Júpiter y Juno, así como también los demás dioses." Ahora, pues, cámbiense los nombres, y tendremos la theogonía y la cosmogonía de los gnósticos, donde todo se engendra igualmente por parejas de seres masculinos y femeninos. Véase aquí su sistema tal como lo completa Valentín por este tiempo de que estamos tratando:

"Había primeramente *Bithos* y *Sige* ó *Ennoia*, es decir, el fondo ó la profundidad, y el pensamiento silencioso; Bithos y Sige engendraron á *Nous* y *Aletheia*, es decir, al Espíritu y la Verdad." Estos dos primeros pares forman una tétrade ó un cuadrado, que era como la raíz y fundamento de todo el sistema. A estos dioses superiores llamábalos Valentín eones, palabra griega que significa vidas y siglos. De *Nous* y de *Aletheia* nacieron *Logos* y *Zoe*, es decir, el Verbo y la Vida, y de éstos, el Hombre y la Iglesia. Tal es la ogdoada, ó sea el octavario de los principales ones. El Verbo y la Vida engendraron una década ó decena de otros: el Profundo y la Mixtión, Aquel que no envejece y la Unión, Aquel que ha nacido de sí mismo y la Deleitosidad, el Inmóvil y la Combinación, el Hijo Unico y la Bienaventurada.

"Y por lo que mira al Hombre y la Iglesia, engendraron á su vez una duodecada ó docena: el Paráclito y la Fe, el Paternal y la Esperanza, el Maternal y la Caridad, el Elogio y la Inteligencia, el Eclesiástico y la Beatitud, el Perfecto y Sofía ó la Sabiduría. Estos treinta eones componen el Pleroma ó la Plenitud divina. El recinto del Pleroma era fortalecido y custodiado por Horo ó el Término, engendrado por Profundo.

En esto, el último ó la última de los eones femeninos, Sofía, con curiosidad de conocer á Bithos, el gran padre de toda la familia, se escapó del Pleroma, al cual, sin embargo, la recondujo Horo ó el Término, llamado también *Stauros* ó la Cruz. El esfuerzo que esta Sofía, ó Sabiduría, en griego, había hecho para salir, le hizo dar á luz una especie de aborto, llamado Achamoth, ó sabiduría, en hebreo. Habiendo vuelto á entrar su madre Sofía en el Pleroma, Nous y Aletheia engendraron el Cristo y el Espíritu Santo, para fortificar el recinto agrietado. Y además, para que ningún otro eón intentase renovar tal aventura, enseñóles á todos el Cristo, que Bithos era incomprensible. En reconocimiento de esa revelación, todos los eones juntamente produjeron á Jesús ó el Salvador, dándole cada uno lo mejor que tenía; de suerte, que él era la flor

Digitized by Google

del Pleroma, así por el estilo como lo era Pandora de todos los dioses de Hesiodo.

„Entretanto, la pobre Achamoth, abandonada, fuera del Pleroma divino, hallábase entregada á la tristeza y á las pasiones; esta tristeza produjo la substancia material, y por secuela el mundo visible: sus lágrimas hicieron los ríos y la mar; su abatimiento hizo la tierra. Finalmente, volvióse hacia el Cristo, y esa conversión produjo la substancia animal. Movido el Cristo á compasión, le envió al Salvador con sus ángeles. Al verlos se echó á reir, y su risa hizo la luz; con la alegría abrazó á los ángeles, y dió á luz la substancia espiritual.

„De esta misma Achamoth y de la substancia animal nació el Demiurgo ó criador del universo, que tuvo por hijo un segundo Cristo, pero de grado inferior. Este Demiurgo es el dios de los judíos, que se creía el único Dios, porque ignoraba que hubiese otros mayores por sobre él. El es quien formó los siete cielos, el cuarto de los cuales es el paraíso. Hizo después el fuego, el aire, el agua, la tierra, el mundo y el diablo; hizo, finalmente, al hombre material de una materia invisible, y luego le inspiró el alma, haciéndole así á su imagen en cuanto á lo material, y á su semejanza en cuanto á lo animado. Revistióle en seguida de la túnica de piel, es decir, de esta carne sensible. Recibió además el hombre la semilla espiritual que Achamoth había recibido de los ángeles y que había depositado en el Demiurgo, sin que él lo reparase, á fin de que él la sembrase en el alma, en el cuerpo material donde debía germinar y crecer. Esta semilla espiritual era la que llamaban los gnósticos la Iglesia inferior, imagen de la Iglesia superior, que estaba en el Pleroma.

„El segundo Cristo, hijo del Demiurgo—decían ellos—es quien pasó por María como por un canal; el Salvador salido del Pleroma con las perfecciones de los eones todos, había descendido sobre aquel Cristo en su bautismo. Pero se retiró cuando fué presentado á Pilato, y quedó sólo el Cristo animal, y fué quien padeció. El final de todas las cosas será cuando los hombres espirituales sean formados ó perfeccionados por la gnosis ó ciencia. Entonces Achamoth, su madre, habiendo ya la semilla espiritual recibido toda su perfección, pasará de la región media en el Pleroma, y se desposará con el Salvador, formado por todos los eones. Hélos ahí el esposo y la esposa. Los hombres espirituales, despojados de sus almas y vueltos espíritus puros, entrarán también en el Pleroma y serán las esposas de los ángeles que rodean al Salvador. El autor de este mundo, el Demiurgo, pasará á la región media, donde estaba su madre, é irá seguido de las almas de los justos; pero nada animal entrará en el Pleroma. Aparecerá entonces el fuego que está oculto en el mundo, se incendiará, consumirá la materia toda, y se consumirá con ella hasta aniquilarse„ (1).

Tal era, prescindiendo de muchas variantes, la filosofía de los gnósti-

(1) Iren., *Adv. haeres.*, lib. I.

Digitized by Google

cos, ó sea hombres de ciencia. Antes de que Valentín le hubiese dado los últimos toques, Carpócrates de Alejandría decía, en general, que Jesucristo era hijo de José, nacido como los demás hombres, y distinguido solamente por su virtud; que los ángeles habían hecho el mundo, y que para llegar á Dios, que está por sobre ellos, era preciso haber cumplido todas las obras del mundo y de la concupiscencia, á la cual era preciso obedecer en todo, diciendo que éste era aquel adversario al cual nos manda el Evangelio que cedamos mientras que estamos con él en el camino. Que el alma que resistía á su concupiscencia era castigada, pasando, después de su muerte, á otro cuerpo, y luego á otro, hasta que hubiese cumplido todo. Que así lo más seguro era solventar esta deuda cuanto antes, cumpliendo en el cuerpo en que se está todas las obras de la carne. De donde se seguía que todas las impudicias estaban no sólo permitidas sino mandadas.

Basílides, de Alejandría también, ponía genealogías sin término, desde el Padre que no tiene origen, hasta las trescientas sesenta y cinco generaciones de ángeles, de cada una de las cuales hizo un cielo; pero había olvidado casar á sus personajes de dos en dos. Saturnino de Antioquía y el samaritano Menandro, que fué á habitar allí, decían sólo que había un Padre, desconocido para todos, que había hecho los ángeles, los arcángeles, las virtudes y las potestades; pero que siete ángeles habían hecho el mundo y al hombre mismo.

Simón Mago, patriarca del gnosticismo, decía que era él mismo la soberana potestad que permitía ser llamada según querían todos los hombres; que había aparecido entre los judíos como Hijo, en Samaria como Padre y en las demás naciones como Espíritu Santo. Traía consigo una mujer, llamada Elena ó Selene, esto es, Luna, la cual había comprado en Tiro, donde era esclava prostituída. Llamábala la primera concepción de su espíritu, la madre de todas las cosas, por quien él había hecho los ángeles y los arcángeles. Decía que aquella idea, saliendo de él, y conociendo sus voluntades, había engendrado los ángeles y las potestades que habían hecho el mundo; que éstos habían detenido á su madre por envidia, no queriendo que se les creyese producidos por otra. Que ella era la bella Elena, causa de la guerra troyana. Pasando de cuerpo en cuerpo, había, por fin, llegado á aquella infamia de ser expuesta en un lugar de disolución. Era la oveja perdida, por la cual decía haber venido á fin de libertarla á ella la primera y salvar luego á los hombres, dándose á conocer á ellos. "Porque - decía él—como vi que los ángeles gobernaban mal el mundo, y que cada uno de ellos quería ser el primero, vine á corregir todo, y descendí bajo la figura de las virtudes de las potestades y de los ángeles; y hasta he parecido ser hombre entre los hombres sin serlo; y he parecido padecer en Judea, sin padecer en efecto. Los profetas—añadía—fueron inspirados por los ángeles, autores del mundo; por eso, los que creen en mí y en Selene no deben ya pararse ahí. Deben hacer lo que quieren, como que son libres. Porque los hombres se salvan por mi gracia y no por las buenas obras, pues que no hay obras que sean

Digitized by Google

buenas por su naturaleza sino por accidente y por la institución de los ángeles, autores del mundo, que han dado preceptos á los hombres para reducirlos á servidumbre. Por eso destruiré yo el mundo y libertaré á los míos de la servidumbre de los que lo hicieron „ Para atraerse más secuaces, eximiéndolos del peligro de muerte á que se exponían los cristianos, les enseñó Simón que fuesen indiferentes en cuanto á la idolatría. Adoráronle á él mismo bajo la forma de Júpiter, y á Selene bajo la de Minerva. Sus sacerdotes vivían en la disolución, aplicábanse á la magia, á los hechizos, á los filtros para dar el amor, á la explicación de sueños y á todas las vanas curiosidades (1).

Cuesta trabajo concebir cómo hombres que se daban por sabios hayan llegado á tamaño delirio. Hemos visto en nuestros días otros simonianos renovar las mismas extravagancias. Decían que habiendo el catolicismo terminado ya su carrera, iba á reemplazarle la ciencia y llevar á la humanidad al colmo de la perfección. Y la tal ciencia se redujo á decir que todo era Dios, y que todo se reducía en un cierto San-Simón, que se levantó la tapa de los sesos; y después en un Sr. Enfantín, á quien los nuevos gnósticos llamaron por ende el Padre supremo, y al cual han buscado la mujer libre como una nueva Elena á un nuevo Simón. Su moral corre parejas con la de los primeros simonianos; porque uno de sus principales artículos es la abolición del matrimonio y la comunidad de mujeres (2). Las principales escuelas de los antiguos gnósticos estaban en Antioquía y Alejandría. El fondo de su sistema se encontraba en la mitología griega, tal como muchos filósofos, y Platón mismo, intentaban alegorizarla. Además, como Antioquía era la capital del Oriente, posible es que los gnósticos hayan tenido alguna relación con los bracmanes de la India, que hoy todavía, al mismo tiempo que profesan no haber más que un solo Dios, hacen salir de él una interminable genealogía de divinidades masculinas y femeninas apareadas de dos en dos, entre las cuales hay varias cuyo culto autoriza y hasta consagra las más nauseabundas infamias. Así pasaba en Alejandría. Bastábales á los gnósticos tomar la mitología de los sacerdotes paganos de Egipto, que clasificaba sus divinidades poco más ó menos como los bracmanes, y á varias les tributaban honor con los más horribles desórdenes. Toda la diferencia que iba de ellos á los gnósticos, era el darse éstos el nombre de cristianos y abusar de las palabras del Evangelio para dar color de cristianismo á sus monstruosas impiedades. Así encontraban los treinta eones en los treinta años de la vida oculta de nuestro Señor Jesucristo. Los encontraban también en la parábola de los viñadores, que son enviados unos á la primera hora, otros á la tercera, otros á la sexta, otros á la nona, otros á la undécima. Porque uno, tres, seis, nueve y once, son treinta (3). Sus otras pruebas eran de la misma laya.

---

(1) Iren., *Adv. haeres.*; Epiph., *Panar.*
(2) Escribíase esto en el mes de Octubre de 1834.
(3) Iren., *Cont. haeres.*, lib. I.

Digitized by Google

A ellos alude, sin duda, el emperador Adriano en una carta escrita desde Egipto, el año 134, á Serviano, su cuñado, cónsul tercera vez. Hablando de los habitantes de Alejandría, de donde acababa de salir, como de un pueblo ligero, voltario, inconstante, muy levantisco, muy vano y muy insolente, dice, entre otras cosas: "Los hay que adoran á Serapis, y que son cristianos; los hay hasta devotos á Serapis que se dicen obispos de Cristo. No hay jefe de sinagoga entre los judíos, samaritano, sacerdote cristiano, que no sea allí matemático ó astrólogo, arúspice, charlatán. Hasta al patriarca, cuando va á Egipto, le apremian los unos á adorar á Serapis y los otros á adorar á Cristo. No hay dios que les sea común á todos. Los cristianos, adoran á este; los judíos, al de más allá, y cada nación, á otro„ (1).

Como los gnósticos, principalmente los basilidianos, eran muchos en Alejandría, y que no ponían dificultad en adorar los dioses de los paganos y en asistir á sus profanos espectáculos, es natural entender de ellos lo que dice Adriano. Y no permite casi dudarlo, el que tenemos medallas y piedras grabadas suyas, donde los nombres de Jao ó Jehová, Adonaí, Sabaoth, Jesús, Christos, Michael, Gabriel, Raphael, se ven unidos á las imágenes de Serapis, de Anubis, de Toth y otras divinidades egipcias, y hasta también alguna vez divinidades griegas. Representan los más de estos grabados algunos misterios del Pleroma gnóstico, ó alguna invocación de magia. Los nombres hebreos eran tenidos por los más eficaces al efecto. Y estos nombres y ciertas incripciones, ora totalmente hebraicas, ora escritas á medias en esa lengua, hacen deducir que muchos judíos compartían los sueños de los gnósticos.

El filósofo judío Filón de Alejandría, que florecía hacia la mitad del siglo primero, muestra en sus escritos marcada tendencia al gnosticismo, por su manía de alegorizarlo todo. Hállase esta tendencia todavía más señalada, ó, mejor, un formal gnosticismo en los libros del Talmud, compilados hacia el fin del siglo segundo. Reuniendo todos estos datos, se concibe lo que dice Adriano del patriarca de los judíos, que cuando iba á Egipto le constreñían los unos á adorar á Jesucristo, y los otros á Serapis. Daban entonces los judíos el título de patriarcas á ciertos inspectores de sus sinagogas, enviados por el supremo Sinedrio de Judea; al paso que dicho título aún no se usaba entre los cristianos.

26. Por lo demás, Adriano igualaba entonces, si no sobrepujaba, á los gnósticos en torpezas y extravagancias. En esa misma carta á Serviano habla su Antinoo. Era este de un joven bitinio, de rara hermosura, al cual llevaba por doquiera consigo, y con el cual se entregaba á las infamias sodomíticas, pues no le bastaban innumerables adulterios. Como era al mismo tiempo de una curiosidad y superstición grandes, y se daba á todos los prestigios de la adivinación y de la magia, persuadióse de que tenía necesidad de una víctima voluntaria que diese libremente su vida. Ofrecióse Antinoo, y fué aceptado su ofrecimiento. Adriano le inmoló y

(1) Vospisc, *Saturn.*

Digitized by Google

le lloró después como una mujer. "Tal fué—escribe Dión (1)—la verdadera muerte de Antinoo, por más que Adriano, para encubrir su abominable barbarie, esparciese entre el público el rumor de que se había ahogado en el Nilo.„ Había perecido Antinoo en Besa, ciudad de la Tebaida. Adriano la reedificó magníficamente, y le dió el nombre de Antinoa ó Antinopla, y tuvo allí Antinoo un templo, con sacerdotes y profetas; porque fué un dios que había de dar oráculos, y hasta se dieron algunos compuestos por Adriano. Muy luego se llenó el mundo de imágenes de Antinoo, presentadas á la adoración de los pueblos. Afirmando los astrónomos haber descubierto una nueva estrella en el cielo, publicó Adriano que era el alma de Antinoo recibida, y se le puso su nombre al astro. Reíanse de ello los habitantes de Alejandría, según se ve por las quejas que en la referida carta formula Adriano. Y no tenían razón los egipcios; porque Antinoo no valía menos que el dios gato que ellos tenían en Bubaste, ó su dios buey de Menfis ó su dios macho cabrío de Mendes. Ni los gnósticos podían objetar tampoco nada, ya que, según ellos, cuanto más se daba uno á las codicias de la carne tanto más pronto era libertado de la corrupción de la materia y transportado al recinto espiritual y divino del Pleroma. Sólo los cristianos tenían derecho para reir y lamentar tales vergüenzas y para sostener contra todos los paganos en general, que por aquel nuevo dios, cuya infame historia sabía todo el mundo, podía juzgarse de los antiguos.

Ni fué éste el sólo dios que promulgó Adriano durante sus viajes, que viajando pasó gran parte de su reinado. Habiendo muerto la emperatriz Plotina, viuda de Trajano, hizo de ella una diosa, como había hecho ya de Trajano un dios. Y por fin, se hizo dios á sí mismo. En una de las temporadas que pasó en Atenas se consagró á sí propio un templo y un altar, y después otros templos en Asia (2).

27. Con todo, al recorrer así las diferentes provincias del imperio, reformó más de un abuso, dictó más de una disposición provechosa. Así, habiendo oído ó leído en Atenas las apologías que le presentaron Cuadrato y el filósofo ateniense Arístides, concibió sentimientos más justos y tolerantes respecto á la religión cristiana. Cuadrato, que había sido discípulo de los Apóstoles, es contado con Agabo, Judas, Silas, las hijas de Felipe, y Amías, de Filadelfia, entre los profetas del Nuevo Testamento.

Hay quien ha creído que este Cuadrato era el Obispo de Atenas de ese mismo nombre, que sucedió al mártir Publio, y según el testimonio de San Dionisio, Obispo de Corinto, reunió de nuevo aquella Iglesia, casi dispersa por el furor de la persecución, y encendió de nuevo el ardor de la fe en el corazón de los fieles, abatidos por el temor. Han pensado otros que era uno de aquellos evangelistas que, sin estar adheridos á ninguna Iglesia particular, iban predicando el Evangelio por las diversas partes del

(1) Dion, *In Adrian.*
(2) Tillemónt, *Hist. de los Emp.*

Digitized by Google

mundo, y pasando de una á otra nación se ocupaban sólo en fundar nuevas Iglesias. Sin que podamos decidir nada, nos inclinamos con Orsi á la segunda sentencia, visto que Eusebio, al hablar del evangelista, no le da nunca el título de Obispo de Atenas, ni cuando habla del Obispo el de evangelista.

Como quiera que sea, á todas sus prerrogativas, de discípulo de los Apóstoles, profeta, evangelista y Obispo de las naciones, quiso nuestro Cuadrato añadir la de primer apologista; pues fué el primero en escribir un libro dedicado expresamente á defender la santidad de nuestra religión y la inocencia de los cristianos contra las calumnias de los infieles. Conservábase todavía dicha obra en tiempo de Eusebio y de San Jerónimo, y el grande elogio que le tributan nos hace más sensible su pérdida. Admirábanse en ella, según Eusebio, la excelencia de su espíritu y la pureza de su fe; de obra utilísima la gradúa San Jerónimo, y llena de luces y digna de un discípulo de los Apóstoles. No nos queda hoy más que un pequeño fragmento que nos hace conocer la antigüedad de su autor. Para probar que no había habido prestigios ni ilusiones en los milagros de Jesucristo, dice: "Los prodigios del Salvador eran siempre visibles porque eran verdaderos. Veíase á los que había curado, á los que había vuelto de la muerte á la vida. Se les ha visto no sólo en el momento de su curación ó resurrección, sino también después; no solamente mientras estaba en la tierra el Salvador, sino también largo tiempo después de su partida, al punto que algunos de ellos han llegado hasta nuestros días„ (1).

Arístides, filósofo ateniense, en un discurso presentado al mismo emperador, é ilustrado con sentencias de muchos antiguos filósofos, defendió igualmente la verdad de la fe. Pero es asimismo de lamentar su pérdida, como también la falta de noticias de las acciones de estos grandes hombres, que los primeros tuvieron el mérito y la gloria de consagrar su talento, elocuencia y erudición á vindicar contra las prevenciones de la ignorancia, contra las calumnias de la maldad, contra el desdén del falso saber, la sublime filosofía de la Cruz.

28. Lo que más contribuyó á poner término á la persecución fueron las cartas de Serenio Graniano, procónsul de Asia, al mismo emperador. Representábale que parecía una iniquidad dar muerte á los cristianos, sin que se los acusase de crimen alguno, sin que se los hubiese oído en justicia, sino tan sólo por complacer á los tumultuosos gritos del populacho. Antigua costumbre del imperio romano era que el pueblo que, ora en Roma, ora en las provincias asistía á los espectáculos públicos, pidiese al emperador ó á los gobernadores cuanto en la agitación y furor de aquellas diversiones populares le venía en mientes. Uno de los gritos que más á menudo resonaron durante aquel siglo en los teatros fué el de: *Los cristianos á los leones*. Y ocasiones hubo en que los procónsules y los

(1) Euseb., lib. IV, cap. III.

Digitized by Google

gobernadores eran obligados á ceder, aun mal de su grado, á semejantes aclamaciones. No hubiera ciertamente tomado tanta fuerza ese uso si se hubiesen despreciado semejantes clamores. No hubiera tenido Graniano necesidad de representar al emperador lo enorme de tamaño exceso ni de implorar su autoridad para reprimirlo, si el populacho no se hubiera tornado insolente más allá de toda medida, y no hubiera éste llegado á ese extremo si los otros procónsules y gobernadores no hubiesen tenido la costumbre de ceder á tales violencias. Poco después de haber escrito la aludida carta, murió Graniano ó dejó la provincia; pues la respuesta de Adriano va dirigida no á él, sino á Minucio Fundano, sucesor suyo. Estaba concebida en los signientes términos: "He recibido la carta que me había escrito el muy ilustre Serenio Graniano, tu predecesor. Hame parecido digno de grave atención el asunto para evitar que esos hombres, los cristianos, no queden expuestos á las vejaciones, y que no se dé á los delatores ocasión de calumnias. Si los habitantes tienen acusaciones precisas que presentar contra los cristianos, y que pudiesen sostenerlas en persona ante tú tribunal, recurran á esa vía jurídica; pero que no pretendan imponerse únicamente con quejas vagas y gritos tumultuosos. Porque es mucho más razonable que si alguno quiere presentar una acusación conozcas tú de ella. Si, pues, alguno los acusa y los convence de haber hecho algo contra las leyes, en tal caso juzga tú según la gravedad del delito. Mas si alguno intenta la acusación por calumnia, castígalo según merece su crimen„ (1).

Fué mucho más favorable á los cristianos este rescripto de Adriano que el de Trajano. Prohibían uno y otro que se les castigase sin acusación jurídica; pero el primero quería que se les diese muerte por la sola profesión de su religión, sin más crimen; mientras que el segundo no quiere que se les castigue como cristianos, sino cuando hayan hecho alguna cosa contra las leyes. Este rescripto, ú otros parecidos, fué también remitido á otros gobernadores, que tanto más lo necesitaban cuanto que, dejándose llevar del torrente, no se les había ocurrido siquiera acudir al emperador, como Graniano, é implorar su autoridad contra tan detestable abuso.

29. ¿Cuánto tiempo duró la paz que esta disposición de Adriano procuró á la Iglesia? Podríamos decirlo con más seguridad, si estuviésemos ciertos del año en que se dió dicho rescripto, si supiésemos, por otra parte las épocas en que perecieron diversos mártires, que la tradición de diferentes Iglesias nos enseña haber padecido bajo el reinado de Adriano; si estuviésemos seguros de que todos los gobernadores hubiesen interpretado favorablemente y ejecutado conforme á su espíritu el rescripto imperial; si, finalmente, no conociésemos tanto la natural inconstancia del mismo emperador, como su innata crueldad y su pasión por las artes de la magia y, por lo tanto, su trato con las gentes de esa profesión,

---

(1) **Euseb., lib. IV, capítulos VIII y IX.**

Digitized by Google

que no desaprovechaban nunca una circunstancia para indisponer á los emperadores contra los cristianos. Esta última causa parece, en efecto, haber sido la que provocó el martirio de Santa Sinforosa y de sus siete hijos, cuyas actas poseemos escritas con suma sencillez, é insertas en la colección de las *Actas sinceras de los mártires.*

Había levantado Adriano en el Tíbur, ó Tíboli, el magnífico palacio cuyos restos se admiran allí todavía. Quiso hacer la dedicación del mismo con los ritos profanos, y comenzó por ofrecer sacrificios á los demonios que habitan los ídolos, pues quería obtener de ellos oráculos. Su curiosidad en tal materia era extrema. Su respuesta fué que la viuda Sinforosa, con sus siete hijos los atormentaba todos los días, invocando á su Dios, que para obtener todo lo que pedía bastábale al emperador obligarla á que les tributase incienso. Según el testimonio del emperador Constantino, dió Apolo á Diocleciano una respuesta semejante, si no más vergonzosa, cuando dijo que los hombres justos que vivían en la tierra eran quien le impedían decir la verdad, y que por eso su trípode daba sólo oráculos falsos. De esa respuesta se había originado la persecución de Diocleciano. Adriano mandó detener á Sinforosa y á sus hijos.

Cuando la llevaron á su presencia, la invitó primeramente con palabras muy suaves á sacrificar á los ídolos. Respondióle la santa:—Mi marido Getulio y su hermano Amancio eran tribunos vuestros cuando por el nombre de Cristo, y por no haber querido sacrificar á los ídolos sufrieron diversos suplicios, y como generosos atletas, triunfaron de vuestros demonios con la muerte: porque prefirieron ser degollados antes que dejarse vencer. Y si su muerte ha parecido de oprobio ante los hombres, los ha cubierto ante los ángeles de gloria inmortal; decorados de los trofeos de sus padecimientos, gozan ahora con aquellos bienaventurados espíritus de una vida sin fin en presencia del Rey eternal de los cielos.—Dijo Adriano:—O sacrificas con tus hijos á nuestros dioses todopoderosos, ó yo te haré ofrecer á ti misma en sacrificio con ellos.—¿Y de dónde me viene—replicó Sinforosa— esto de merecer con mis hijos ser ofrecida en holocausto á mi Dios?—No he de sacrificarte—dijo el emperador—á tu dios, sino á los míos.—Vuestros dioses—repuso la santa—no pueden recibirme en sacrificio. Que si me hacéis quemar, por el nombre de Cristo, mi Dios, el fuego que me consuma quemará y atormentará á vuestros demonios mucho más que á mí.—Escoge—dijo Adriano—una de dos: ó sacrificar á mis dioses, ó expirar entre suplicios.—Y la santa:—En vano pensáis moverme con vuestras amenazas; mi más ardiente deseo es ir á descansar con mi esposo, á quien vos habéis hecho morir por el nombre de Cristo —Manda entonces el emperador que sea llevada al templo de Hércules, que le mortifiquen el rostro á bofetadas y que la cuelguen después de los cabellos. Y como permaneciese inconmovible en su santa resolución, la hizo arrojar al río con una gran piedra al cuello. Su hermano Eugenio, que era uno de los principales del consejo de Tíboli la sacó del agua y la enterró en un barrio de la ciudad.

Al siguiente día mandó Adriano traer á su presencia los siete hijos de

Digitized by Google

Sinforosa. Viendo que ni promesas ni amenazas lograban que sacrificasen á los ídolos, hizo poner alrededor del templo de Hércules siete postes, sobre los cuales los extendieron con poleas, y los atormentaron por diversas maneras. A Crescencio, el mayor, atravesáronle con una espada la garganta; al segundo, que se llamaba Julián, le hundieron en el pecho puntas de hierro; Nemesio recibió un golpe en el corazón; Primitivo en el estómago; á Justino le rompieron el espinazo; á Estracteo le abrieron las costillas, y á Eugenio, el más joven, le hendieron á lo largo. Esta diversidad de miembros, en que según la sentencia imperial debía darse la herida de muerte, no dejaría, ciertamente, de tener algún misterio de magia, cosa que sólo podrá causar extrañeza ó dudas á quien no sepa ó no reflexione cuán vanas y ridículas eran las prácticas de aquellas sacrílegas artes.

Al otro día, habiendo ido Adriano al mismo templo, mandó que se quitasen los cadáveres y se arrojasen en una profunda fosa. Llamaron los pontífices paganos á aquel sitio *Los Siete Biothanotes,* ó los siete ejecutados. Añaden las Actas que después de su martirio cesó por dieciocho meses (1) la persecución. En este intervalo tributóse á sus cuerpos el debido honor, y se les colocó religiosamente en sus tumbas con los nombres propios de cada uno, escritos además con mayor gloria en el libro de la vida.

30. Como en algunos ejemplares se encuentra que después acaeció la muerte de Adriano, es de creer que el martirio de Sinforosa y sus hijos tuvo más bien lugar en los últimos años que en los primeros de aquel emperador; y que la paz devuelta por dieciocho meses á la Iglesia toca á los primeros tiempos de su sucesor Antonino. Los dos últimos años de su vida, después de haber adoptado á Lucio Vero, retiróse Adriano á su casa de campo de Tiboli, y allí, débil ya y enfermo, no menos de espíritu que de cuerpo, abandonóse sin miramiento al furor de sus pasiones. Como no tenía ya la fuerza de reprimir su natural curioso lascivo y cruel, entregóse por entero á los placeres, tiñóse en la sangre de muchos ilustres personajes; inquieto más que nunca del porvenir. habrá tenido más íntimo y frecuente comercio con los hechiceros, que no habrán dejado de atizar su crueldad contra los adoradores del Dios verdadero (2.

Indicio cierto de la persecución ejercida en aquellos tiempos en Roma contra la Iglesia, es la muerte de San Telesforo, el cual, según atestigua San Ireneo, terminó su vida con glorioso martirio.

Había sucedido á San Sixto, que había ocupado la Silla de San Pedro, después de Alejandro, durante diez años y unos meses desde el consulado de Níger y de Aproniano hasta el tercero de Vero y de Ambíbulo; es decir, desde 117 á 126. Así que en el Calendario de Liberio, el pontificado de Telesforo, al cual se dan once años y meses, comienza con los

---

(1) **Apud Ruinart, et Acta SS. 18 Julii.**
(2) **Dión, *Sparciano;* Tillem., Crevier.**

Digitized by Google

cónsules del año 127, Ticiano y Gallicano, y se prolonga hasta el segundo consulado de César Lucio Elío, con Balbino, cuyos nombres designan el año 137, penúltimo de Adriano (1).

A estos últimos años del mismo emperador podrá corresponder el martirio del adolescente Mario, que tenía ya alguna graduación en el ejército, y cuya memoria se ha conservado en la siguiente inscripción: "En tiempo del emperador Adriano, Mario, jefe de soldados, y joven todavía, vivió bastante, pues dió su sangre y vida por Jesucristo; al fin descansa en paz. Sus amigos, con llanto y temor, le erigieron este monumento.„ Aquel temor procedía, sin duda, de la violencia de la persecución, que todavía duraba. Por donde se ve qué confianza merece el imprudente escritor que, habiéndose propuesto disminuir el número de los mártires, y por eso mismo hacer la apología de los perseguidores, escribió en favor de Adriano, que en su reinado no hubo persecución alguna y que no hay ningún monumento auténtico de un solo mártir que haya dado entonces su sangre por Jesucristo.

Tenemos todavía otra prueba de aquella persecución en la segunda apología del mártir San Justino. Refiere que uno de los motivos que más poderosamente le trajo á convertirse, fué el ver á los cristianos, á quienes los gentiles achacaban los más horribles crímenes, sufrir intrépidos la muerte y los más crueles suplicios. Reflexionaba el sabio filósofo que ninguno dado á los placeres y á la disolución, y que pusiese sus delicias en comer carne humana, habría podido nunca aceptar la muerte con tanto valor, y que muy lejos de arrostrarla, hubiera hecho todo lo posible para librarse de las pesquisas de los magistrados. Añade que además de los nuestros, que sufrían la muerte á consecuencia de aquellas calumnias, se daba también tortura á los esclavos, á niños y á delicadas mujeres, para obligarlos, por medio de tormentos, á declarar contra ellos aquellos fabulosos crímenes. Ahora bien; la conversión del santo mártir tuvo lugar en los últimos años del reinado de Adriano. Así, pues, no obstante el rescripto del emperador á Minucio Fundano, la persecución duraba aún contra los cristianos, si no como tales, al menos como sospechosos de aquellos crímenes atroces, que particularmente en tiempo de Adriano comenzaron á imputárseles. En todo caso, es manifiestamente falso que no hayan sufrido bajo Adriano persecución alguna los cristianos.

31. Otro perseguidor habían tenido poco antes en Barcochebas, famoso impostor, y jefe de la sublevación de los judíos contra el imperio romano. Tres diversos motivos pudieron, después de tantos desastres, decidir aquella desventurada nación á tomar de nuevo las armas. Primeramente Adriano quería establecer en Jerusalén una colonia de gentiles, los cuales hubieran edificado allí templos, levantado altares á sus ídolos é introducido la práctica de todas las supersticiones paganas. Además el emperador prohibía á los judíos circuncidar á sus hijos, lo que era qui-

(1) Orsi.

Digitized by Google

tarles el sello de su alianza con Dios, el signo que los distinguía de los paganos y la gracia que creían obtener por aquel sacramento. Y vino, en tercer lugar, la ambición y temeridad del citado Barcochebas, que supo aprovecharse de la agitación en que se encontraba el pueblo por los dos precedentes motivos, para determinarlo á la guerra. Como su nombre significa estrella ó hijo de la estrella, seducidos los judíos por el más acreditado de sus rabinos, llamado Akiba, le tomaron por el verdadero Mesías, por aquella estrella que tantos siglos antes se había predicho que había de nacer un día de la raza de Jacob, y con esta idea le consideraron y siguieron como estrella venida del cielo para salvar á la oprimida nación.

En un principio no concedieron los romanos grande importancia á las conmociones de la Judea, tantas veces abatida y conquistada, con lo cual dieron tiempo á los rebeldes para tomar sus medidas, prepararse á la guerra y aumentar sus filas, atrayendo, no sólo ya de los pueblos vecinos una muchedumbre ávida de pillaje, sino también á los de su nación, esparcidos por las provincias y en todo el Oriente. No comprendieron al fin la importancia de esta guerra hasta que vieron que ponía en movimiento el universo todo. Tinio Rufo, gobernador de Judea, dió muerte desde luego á una infinidad de personas, sin distinción de edad ni de sexo, y no hizo con eso otra cosa que irritar á los sublevados. Entonces Adriano agregó á Julio Severo, que gobernaba la gran Bretaña. Era el más valeroso general de su tiempo. Tanto había crecido el número de los enemigos, que aquel prudente y hábil capitán no se atrevió á atacarlos frente á frente, trabando con ellos una batalla general. Los fué atacando separadamente, encerrándolos cada vez más y interceptándoles los víveres. Si con tal sistema se hizo más larga la guerra, fué, en cambio, menos arriesgada; no carecía de peligro venir á las manos contra una muchedumbre de gentes resueltas á batirse desesperadamente. En el espacio de poco más de dos años que duró esta guerra, murieron unos seiscientos mil judíos, sin contar los consumidos por el hambre, el fuego y la miseria, ni los que á vil precio fueron vendidos en el mercado de Terebinto y después en el de Gaza; ni los que por falta de compradores fueron trasladados á Egipto. Consideraron los judíos este desastre como el mayor que jamás experimentaron, incluso el que sufrieron en tiempo de Tito.

Dicen que perecieron entonces doble número de hombres que los que habían salido en otro tiempo de Egipto: lo que daría un millón doscientos mil combatientes, porque salieron seiscientos mil combatientes, sin contar los niños y las mujeres, que; finalmente, ni Nabucodonosor ni Tito les había hecho tanto daño como Adriano. No se sabe si han de tomarse estas expresiones á la letra, ó si los judíos hablaron así porque el último golpe que no deja esperanza es siempre más sensible. La victoria ésta en todo caso la pagaron bien cara los romanos: costó tanta sangre, que en las cartas que el emperador escribió al Senado, omitió el acostumbrado saludo de: "Si estáis bien vosotros y vuestros hijos, yo y el ejér-

Digitized by Google

cito también lo estamos.„ No le bastó el ánimo para decir que un ejército así enflaquecido se hallaba bien (1).

Pereció Barcochebas en el asedio ó en la toma de Bether, donde se habían principalmente hecho fuertes los insurgentes. Durante la guerra había hecho padecer solamente á los cristianos crueles suplicios para obligarlos á blasfemar y á renegar de Jesucristo, como también á tomar las armas contra los romanos (2). Estos cristianos perseguidos eran judíos de nación, y parece que su martirio completó el número de los ciento cuarenta y cuatro mil que habían sido señalados, es decir, aquella muchedumbre de elegidos de todas las tribus de Israel, en favor de los cuales, según hemos visto en el Apocalipsis, había Dios diferido vengar la sangre de los mártires y suspendido por un tiempo la completa ejecución de sus terribles amenazas. Después del reinado de Tito, habiéndose restablecido poco á poco Jerusalén, los cristianos convertidos del judaísmo habían regresado de Pella. Tuvieron allí sucesivamente quince Obispos (3), todos hebreos de origen, que habían abrazado la fe con alma y corazón, y llenaban dignamente su ministerio. En la última persecución de Bacochebas cupo, pues, á aquella Iglesia la gloria de enviar al cielo un gran número de mártires, que unieron sus voces á las de sus hermanos para pedir á Dios venganza de la sangre que habían hecho verter los hombres incrédulos y obstinados en su perfidia (4).

Oyó la justicia divina sus voces, ó, mejor, la voz de su inocente sangre. Cuanto quedaba de gloria en Jerusalén fué aniquilado; perdió hasta aquel nombre tan venerado en las sagradas letras, y se la impuso el profano nombre de Aelia Capitolina. Las piedras que habían servido antes para el edificio del templo fueron empleadas en la construcción de un teatro; y allí donde por tantos siglos se había adorado con aquel respeto y magnificencia al Dios verdadero, colocaron las estatuas de los falsos númenes. Pero nada fué para los desventurados judíos más sensible que el verse perpetuamente desterrados de su capital, tan orgullosa y venerada en otro tiempo, el no poder verla y contemplarla ni aun de lejos, y hallarse reducidos á comprar harto caro el permiso de ir un día á bañar con sus lágrimas el lugar donde antes había, con toda gloria, florecido su religión. Duró esto hasta el tiempo de San Jerónimo, quien nos hace de aquella lúgubre ceremonia la descripción siguiente:

"Les está prohibido entrar en Jerusalén, á no ser para llorar sobre las ruinas de su desgraciada ciudad, y aun ese permiso sólo lo obtienen á precio de dinero; después de haber comprado la sangre del Salvador, compran ahora sus propias lágrimas. Les sacan impuestos hasta por su lloro. ¡Qué triste y funesto espectáculo el ver en el día en que Jerusalén fué tomada por los romanos venir con lúgubre aparato muchedumbre de

(1) Dión, *In Adr.*; Bossuet, *Histoire abregée*, etc. tomo III, pág. 192 y sig., edic. de Versalles.
(2) Justin., *Apolog.*, I, núm. 31.
(3) Euseb., lib. IV, cap. V.
(4) Orsi, lib. III.

Digitized by Google

pueblo, mujeres decrépitas, viejos cargados de años y cubiertos de andrajos, que testifican la cólera del Señor en sus abatidos cuerpos y en sus desgarrados vestidos! Pueblo desgraciado, al que, sin embargo, no se sabe cómo llorarlo. El Calvario donde crucificaron al Salvador, venlo ahora resplandeciente de gloria; el sitio de la Resurrección, resplandeciente de luz, y el estandarte de la Cruz, brillando sobre el Monte de los Olivos; y vienen—¡infelices!—á llorar sin esperanza sobre las ruinas de su Templo. Todavía tienen los ojos inundados de lágrimas, esparcido el cabello, extendidos al cielo los lívidos brazos, cuando viene el soldado á pedirles una cuota para permitirles llorar más tiempo„ (1).

Pero esta desolación de los judíos redundó en gloria de la religión; porque se cumplió entonces perfectamente lo que San Juan había predicho á los cristianos, que aquellos hombres soberbios, que tanto los habían despreciado y afligido, se verían abatidos á sus pies y obligados á confesar que eran más felices que ellos, pues podían permanecer en la santa ciudad, de donde los judíos se veían para siempre desterrados. Sirvió también esta tempestad para purificar en la era de aquella Iglesia, hasta entonces un poco judaizante, el buen grano del Evangelio, separándolo de la cizaña y la paja de muchas ceremonias judaicas. Había sido hasta entonces una Iglesia compuesta en su mayor parte de judíos convertidos y gobernada por quince Obispos de la misma nación, los cuales enumera Eusebio con el siguiente orden: Santiago, hermano del Señor; Simeón, hijo de Cleofás; Justo, Zaqueo, Tobías, Benjamín, Juan, Matías, Felipe, Séneca, Justo, Leví, Efrém, José y Judas. Pero hecha Jerusalén colonia romana, y habiendo reemplazado los paganos á los judíos, comenzaron á tener la principal representación en aquella Iglesia los paganos convertidos, y fué preciso poner al frente de ellos Obispos convertidos del gentilismo, el primero de los cuales se llamaba Marcos. En fin, así como este último golpe abatió enteramente la superstición judaica, y extinguió hasta la débil esperanza que de ver restablecer en Jerusalén el antiguo culto pudieran abrigar los judíos, así también dió nuevo realce á las pruebas de la religión cristiana, que, según las profecías, había de suceder al judaísmo y levantarse sobre sus ruinas.

Muy lejos de abrir los ojos á la luz, aplicáronse los doctores judíos ó rabinos con más ahinco que nunca á cegarse á sí mismos y á sus compatriotas. Por entonces fué cuando comenzaron á escribir su Talmund ó *Doctrina*, enorme compilación de sus tradiciones orales. Tiene el Talmud dos partes: la Mischna ó segunda ley, que es el texto, y la Guemara ó el complemento, que es el comentario. Pero hay dos Talmudes: uno de Jerusalén, en el cual el texto es del rabino Judas Haccadosch y el comentario de varios rabinos; otro el Talmud de Babilonia, compilado por rabinos que se retiraron á aquel país después del último desastre de los judíos, en tiempo de Adriano. La colección entera comprende por lo menos doce volúmenes en folio, escrito todo en una jerga de diversas lenguas. Tenía

(1) Hieron., *In Soph.*, cap. II.

Digitized by Google

por objeto obscurecer el verdadero sentido de las profecías que les mostraban á Jesucristo. Sin embargo de lo cual se encuentran allí confesiones favorables á la verdad cristiana. Pero lo que, sobre todo, se halla, es multitud de asertos y fábulas parecidas á las de los gnósticos y de los paganos por lo extravagantes y hasta por lo indecentes. Con todo, los judíos ponen el Talmud por encima de la ley de Moisés. "Ocuparse con la Biblia —dice el Talmud—es mérito ó demérito; ocuparse con la Mischna es un mérito, y tiene recompensa; pero ocuparse con la Guemara, es el mayor de los méritos posible„ (1). Esta colección de tradiciones farisaicas, comentadas y preconizadas por los rabinos, es lo que constituye el mayor obstáculo para la conversión de los judíos.

No poco sirvió entonces para esa conversión la nueva traducción de las Sagradas Escrituras que hacia ese tiempo emprendió Aquila, con la expresa intención, según atestigua San Epifanio, de contradecir la de los Setenta, de que usaban, á ejemplo de los Apóstoles, las Iglesias, y para obscurecer ó debilitar los testimonios concernientes á Jesucristo (2). Era Aquila natural de Sinope, en el Ponto, y gentil de profesión. Mas habiendo ido á Jerusalén, y viendo los milagros que allí hacían los cristianos y edificado de su santa vida, se convirtió á la religión cristiana, y pidió y recibió el bautismo. Con poco fruto, y sin estar verdaderamente corregido de sus pasados extravíos, pues entregado á las más vanas observancias de la astrología judiciaria, no dejaba pasar día sin levantar su horóscopo: por lo cual le reprendieron vivamente los doctores, pero sin éxito; al contrario, habiéndose aferrado á sostener algunas proposiciones falsas é incoherentes, principalmente tocante al destino y sus consecuencias, fué al fin arrojado de la Iglesia como incorregible. Irritado de esta afrenta, tornóse apóstata, y se hizo prosélito del judaísmo y se dejó circuncidar. Habiéndose dedicado después al estudio de las letras hebreas, y habiendo adquirido perfecto conocimiento de la materia, se aplicó con todo cuidado, pero, según se cree, con poco recta intención á hacer de las Sagradas Escrituras una nueva versión del hebreo al griego. Poco satisfecho de la primera, emprendió una segunda, en la cual extremó á veces la exactitud gramatical.

35. Así, pues, Roma pagana defendía sus antiguos ídolos con la cuchilla; esforzábanse los gnósticos para introducir entre los mismos cristianos nuevos ídolos, é intentaban los judíos obscurecer la luz que, cada vez más brillante, surgía de los sagrados libros. Pero la Iglesia, siempre una, aunque esparcida por toda la tierra, guardaba y predicaba la fe que de los Apóstoles había recibido, la fe en un solo Dios Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra y de la mar, y de cuanto en ellos se encierra; y en Jesucristo único, Hijo de Dios, hecho hombre por nuestra salud; y en el Espíritu que por los profetas ha predicho los designios de Dios, la venida de Jesucristo nuestro Señor, su nacimiento de una Vir-

(1) Talmud, Tratado Baba-Metzigna, fol. 33.
(2) Epiph., *De Mens.*, números 14 y 15.

Digitized by Google

gen, su Pasión, su resurrección de entre los muertos, su ascensión á los cielos en carne, y su nuevo advenimiento en la gloria del Padre, para restaurar las cosas todas, resucitar los cuerpos de todos los hombres, á fin de que ante Jesucristo nuestro Señor, nuestro Dios, nuestro Salvador y nuestro Rey, según la voluntad del Padre invisible, doblen todas las cosas la rodilla, así las que hay en el cielo, como las que hay en la tierra y las que hay en lo profundo, y que toda lengua le confiese cuando él pronuncie sobre todos justo juicio, cuando precipite al fuego eterno los ángeles rebeldes y los hombres malvados, y dé á los justos vida y gloria eternas. Esta fe y esta predicación que había recibido, guardábala fielmente la Iglesia, aunque diseminada por el mundo, como habitando todos una sola casa; creíala de la misma manera, como teniendo todos una sola alma y un solo corazón, y la predicaba y transmitía como teniendo una sola boca. Pues por más que haya muchos dialectos en el mundo, la fuerza de la tradición es una y la misma. No creen ni predican de otro modo las Iglesias fundadas en Germanía, ni las de Iberia ó España, ni las establecidas entre los celtas, ni las de Oriente, de Egipto, de la Libia ó del medio de las tierras, sino que así como en el universo el sol creado por Dios es uno y el mismo, así también la predicación de la verdad brilla por doquiera é ilumina á todos los hombres que quieren venir al conocimiento de la verdad. Palabras son éstas y pensamiento de San Ireneo, á quien pronto veremos presentarse en esta historia (1).

36. Hasta parece que el mismo veleidoso Adriano entreabrió un momento los ojos á esta luz. Porque en el siguiente siglo, al decir de Lampridio, se creyó que dicho emperador había tenido designio de admitir á Jesucristo en el número de los dioses y de erigirle un templo; que por esto edificó templos en todas las ciudades, sin poner en ellos ídolos; pero que le disuadieron de su intento los que, habiendo consultado los oráculos, encontraron que, si el pensamiento se llevaba á efecto, se harían cristianos todos los hombres y quedarían desiertos los demás templos (2).

37. Sin embargo, Adriano, antes de morir, dió muerte, entre otros, á su cuñado Serviano y á su bisobrino Fusco; hizo morir, de pesar ó con veneno, á su mujer Sabina, y después hizo de ella una diosa; hizo dar muerte al César Vero é hizo de él un dios. En lugar suyo adoptó á Tito Antonino, al cual le hizo adoptar á la vez un joven hijo de Vero y uno de sus propios parientes, llamado Marco Annio, más conocido por el nombre de Marco Aurelio. Haciéndose cada vez más crueles sus padecimientos y no consiguiendo nada con los remedios, deseaba morir y no podía; pedía veneno ó una espada, mas nadie se los daba; rogaba y mandaba que le matasen, pero nadie le obedecía. Lamentábase de no tener el poder de hacerse morir, él, que podía aún hacer morir á los demás. Púsose, en fin, á comer y beber lo que no le convenía, y murió clamando que la multitud de médicos le había matado. Corría el año 138. Como en los úl-

(1) Iren., *Contra haeres.*, lib. I, capítulos II y III.
(2) Lamprid., *Alex Sever.*, núm. 43.

Digitized by Google

timos tiempos había hecho dar muerte á varios senadores, mostró el Senado mucha repugnancia para hacer de él un dios. Sin embargo, vencidos por las lágrimas y ruegos de su hijo adoptivo Antonino, le concedieron la divinidad, un templo, sacerdotes, una cofradía y espectáculos; indigna comedia injuriosa al verdadero Dios é inútil para el muerto (1).

Antonino, que le sucedió, reunía toda especie de excelentes cualidades. Diósele el sobrenombre de Piadoso, á causa de su piedad para con su suegro, su padre adoptivo y los dioses; ó bien porque siendo de un natural muy clemente fué casi el único entre tantos príncipes, que reinó sin derramar sangre de los ciudadanos, y tampoco, en cuanto estaba en su mano, de los enemigos. Puede, sin embargo, reprochársele su vergonzosa indulgencia con el libertinaje y los desórdenes públicos de su mujer, y, sobre todo, la infamia sacrílega con que, después de la muerte de aquella prostituta imperial, hizo que se le decretase la divinidad, templos y altares (2). Ni estaba exento él mismo de manchas en esa materia. Sin contar una concubina y acaso varias, nos noticia su yerno Marco Aurelio que estuvo mucho tiempo sujeto al pecado de Sodoma (3) Como Adriano, su predecesor, y Marco Aurelio, su sucesor, no menos que ellos, profesaba grande estimación á los oradores y los filósofos; asignóles en todas las provincias del imperio honores y pensiones. Así que bajo estos emperadores, que eran también ellos mismos filósofos y oradores, se vieron florecer las ciencias y muchos varones señalados en letras. Fueron los más célebres Epicteto, Plutarco, Máximo de Tiro, Numenio, Celso y Luciano.

Había Epicteto sido primeramente esclavo. Fué de la secta de los estoicos. Su gran máxima era abstenerse y sufrir. Arriano, su discípulo, nos ha dejado un *Manual* de su filosofía, el cual, corrigiendo por la humildad y la caridad cristianas el orgullo y la dureza, podría ser colocado á continuación de tantos libros más excelentes que por doquiera ha multiplicado el cristianismo.

Plutarco es conocido de todos. No tanto era un filósofo, cuanto un historiador, un narrador elegantemente candoroso. Sacerdote de Delfos, sacerdote de Apolo, también fuera de allí muéstrase generalmente como un devoto pagano. Atento sólo á cuanto podía realzar el honor de Grecia, donde había nacido, no extiende á más sus investigaciones. De los judíos habla sólo superficial é inexactamente. No nombra á los cristianos. Únicamente en el tratado en que examina por qué la mayor parte de los oráculos habían cesado en su tiempo, refiere que bajo el reinado de Tiberio, que se enteró del hecho, una voz extraordinaria hizo oir en Grecia esta noticia: "El gran Pan ha muerto„, y que á este anuncio siguieron largos gemidos, sin que á nadie se viese. La época de esta narración es precisamente la de la muerte de Jesucristo. Y Plutarco hace notar que

(1) Dion., *Esparciano;* Tillemónt, Crevier.
(2) Jul. Capitol., *Anton.*, núm. 5.
(3) Pensamientos de Marco Aurelio, l. ., c. 13.

Digitized by Google

desde aquella época principalmente es cuando los oráculos, los cuales atribuye él principalmente á los demonios, comenzaron á cesar. En cuanto á la Filosofía, combate Plutarco igualmente las exageraciones del estoicismo profesado por Epicteto y la moral inmunda de los epicúreos.

Máximo de Tiro, que profesaba el platonismo, ha dejado varios discursos, donde lo que hay acaso más notable son las siguientes palabras: "En las otras cosas piensan los hombres muy diferentemente unos de otros. Pero en medio de esta diferencia general de sentir sobre todo lo demás, á pesar de sus eternas disputas, encontraréis por el mundo todo unanimidad de sufragios en favor de la divinidad. Por doquiera confiesan los hombres que hay un Dios, padre y rey de todas las cosas, y varios dioses, que son los hijos del Dios supremo, y que comparten con él el gobierno del universo. He ahí lo que piensan y afirman unánimemente griegos y bárbaros, los habitantes del continente y los de las costas marítimas, los sabios y los que no lo son.„

Numenio, otro platónico, decía de su maestro: "¿Y que es Platón, sino Moisés hablando en ático?„

El epicúreo Celso fué el primer filósofo que atacó directamente al cristianismo. Su libro, intitulado *Discurso de la verdad*, no era más que una sátira contra los judíos y los cristianos. Sentaba, por de pronto, una porción de falsedades contra Moisés, y en seguida, haciendo trabar disputa á un cristiano y un judío, concluía por burlarse de ambos. Pero aunque él sólo pensase en presentarlo todo en ridículo, se le escapan con todo confesiones tales que bastan para probar la verdad de todo el cristianismo. Conviene en que Jesucristo es un judío crucificado que se había asociado diez ó doce ignorantes pescadores, que durante su vida tenía pocos discípulos, y que después de su muerte se aumentaban á un sinnúmero, que le adoraban como á un Dios y que eran por ello condenados á diversos suplicios; no les reprocha, sin embargo, por otro crimen que por reunirse en secreto, contra la prohibición de los magistrados, detestar los simulacros y sus altares, y blasfemar de los dioses. No niega que Jesucristo, y hasta los cristianos de su tiempo, hubiesen hecho milagros, sólo que los atribuye á la magia. Dice entre otras cosas: "Razón tienen los cristianos en pensar que los que viven santamente serán recompensados después de la muerte, y que los malos padecerán eternos suplicios. Por lo demás este sentir les es común con todo el mundo„ (1). Ahora en cuanto á saber lo que él mismo pensaba, sería cosa difícil, su filosofía es un caos ininteligible, y su obra un tejido de contradicciones.

El filósofo Luciano envolvía en sus burlas juntamente á los cristianos, á los filósofos y á los dioses del paganismo. Pero lo más fuerte que dice contra los primeros limítase á dar un aspecto jocoso á su doctrina y su caridad, como podía aguardarse de un pagano ingenioso, cuyo único objeto era excitar la risa. En un diálogo que dirige al mismo Celso, y en el

(1) Origen., *Contra Cels.*

Digitized by Google

cual refiere la historia de un famoso impostor de su tiempo, llamado Alejandro, que daba oráculos, dice que aquel falso profeta tenía aversión á los cristianos, porque desenmascaraban sus supercherías, y que en cada una de sus sesiones gritaba: "¡Fuera los cristianos!„ (1).

En el diálogo, Filopatris ó el Patriota, Critias, encolerizado, encuéntrase con su amigo Trifón, que le pregunta por qué motivo va tan enfadado. Júrale Critias por Júpiter Aereo, que su enfado no es contra él. Replícale Trifón que el jurar por quien, para satisfacer su impudicia, se había vuelto cisne, sátiro y toro, no era manera de darle seguridades. —¿Juraré, pues, por Apolo?—dice Critias.—¡Qué!—responde Trifón.—¿Por aquel falso profeta que engañó á los de Salamina y á otros mil?—Critias va repasando todos los dioses, y sobre cada uno hace Trifón observaciones parecidas.—¿Por quién, pues, habré de jurar?—dice, al fin, Critias,—Trifón.—Por el Dios altísimo, máximo, inmortal, que reina en los cielos; por el Hijo del Padre, por el Espíritu que procede del Padre; una misma cosa de tres, tres de una misma cosa; ese es el Zeus, ese es el Dios que hay que reconocer.—Pero—interrumpe Critias—tú me enseñas Aritmética; uno que es tres, tres que son uno.—Cállate—contesta Trifón, —silencio sobre los misterios. Lo mismo que á ti me ocurrió al principio; mas luego que hube encontrado al galileo de frente calva y nariz aguileña, que ha subido hasta el tercer cielo (vese que alude á San Pablo), nos enseñó estas maravillosas doctrinas, nos regeneró por el agua, nos introdujo en el camino de los bienaventurados y nos libertó del camino de los malos.—Trifón añade la Historia de la creación tal como la ha escrito el hombre de lengua tartamuda—dice,—esto es, Moisés, el dogma de la Providencia, que todo lo ve, y que á cada cual retribuirá según sus obras y responde á diversas dificultades. Critias concluye:—Dices muy bien, y me haces un efecto contrario al de Niobe, la cual fué convertida en piedra; yo de piedra me he vuelto hombre. Tomo, pues, á ese Dios por testigo de que no te sucederá mal.

Refiérele después el motivo que le había enfadado tanto. Le había llevado uno por puertas de hierro, pavimentos de bronce, y varias escalas á una casa dorada, donde unos hombres pálidos vinieron jubilosos á su encuentro, esperando que traía alguna mala noticia. Habíales respondido que todo iba bien así en la ciudad como el mundo... Ellos, al contrario, anunciaban turbulencias, derrotas de ejércitos:—He aquí—decían —que á fuerza de ayunar desde hace diez días y de cantar himnos toda la noche, hemos soñado estas cosas.—Estas conversaciones fueron lo que le había puesto de tan mal humor. Trifón le aconseja dejar á aquellos charlatanes y comenzar su oración por el Padre y terminar el cántico que contiene sus alabanzas. Llega al punto un tercer personaje que anuncia que han sido derrotados los persas, que se ha tomado á Susa y que toda la Arabia va á ser subyugada. Entonces Trifón concluye:—Pues

(1) Luciano, *Pseudomantis.*

Digitized by Google

que hemos encontrado al desconocido de Atenas, adorémosle, alcemos al cielo las manos, y tributémosle acciones de gracias.

La victoria sobre los persas, la toma de Susa y la circunstancia de un cristiano instruído por San Pablo, señalan indudablemente la guerra de Trajano contra los persas ó los partos. A través de las jocosidades del autor, échase de ver que tenía un conocimiento exacto de la doctrina cristiana.

En cuanto á las costumbres de los cristianos, los presenta en su *Muerte de Peregrino* extremamente caritativos unos con otros, no repugnando nada para asistir á los que se hallaban presos, despreciándolo todo y hasta sus vidas, por aquel que había sido crucificado en Palestina, y á quien adoraban como Dios.

Por lo que á los filósofos toca, nos traza de ellos Luciano un cuadro muy diferente. En unos diez diálogos nos los muestra disputando entre sí sobre todo y no concertándose en nada; nos los muestra tales como hemos visto ya, aduladores y parásitos de los grandes ó de los ricos, por el día en los festines, por la noche en sitios de disolución; por la mañana engañando, por dinero, á la juventud, á propósito de la sabiduría, haciendo consistir toda su filosofía en el manto y la barba; el cínico de tono rudo, cara remangada, aire bárbaro, aspecto fiero y salvaje, glorificándose de su impudencia, ladrando á todo el mundo para hacerse admirar de todo el mundo, declamando contra el placer y la riqueza, y escondiendo en su alforja oro, y perfume y un espejo, y no aguardando las tinieblas para entregarse á las más sucias voluptuosidades, injuriando á quien no le da nada, y arrojando la máscara de filósofo luego que se ha enriquecido en su papel de filósofo mendigo; al estoico, con la virtud continuamente en la boca, corrompiendo á la mujer de su discípulo, prostituyendo la suya, prestando á usura por la razón de que los intereses son la consecuencia del capital, y al filósofo toca sacar las consecuencias de los principios; al platónico y al peripatético encubriendo, bajo un exterior más digno, amores sodomíticos. Hasta tiene Luciano un diálogo cuya conclusión es que los amores de esa especie son el privilegio de los filósofos. Todos, en fin, codiciosos de ser invitados á buenos banquetes, hartándose allí de vino y de manjares, haciendo llevar á casa lo que no pueden tragar, disputándose los bocados más golosos, injuriándose unos á otros con las más groseras invectivas, echándose en cara mutuamente infamias, y acabando en tirarse los vasos y los platos á la cabeza y por trabarse de los pelos. Tal es el retrato que el filósofo Luciano nos traza de los filósofos de su tiempo. Respecto á su impudencia es él mismo una prueba de ello, por las obscenidades con que mancha gran parte de sus obras (1).

38. Un filósofo digno de este nombre, verdaderamente digno de llamarse amigo de la verdad por haberla buscado con sinceridad, abraza-

---

(1) Luciano, ***Vitar. auctio. Piscator. Hermotimus. Amores. Icaromenipp. Bis accusatus. Fugitivi. Convivium seu Lapithae.***

Digitized by Google

do con ardiente fe, practicado con constancia, predicado con valor, y, en fin, selládola con su sangre, fué el santo mártir Justino (1).

Había nacido en Naplusa, ciudad de la Palestina, llamada antiguamente Sichen, y que, en tiempo de Alejandro Magno, era la metrópoli de Samaria. Habiendo establecido allí una nueva colonia, que llamó Flavia, del nombre de su familia, Vespasiano la concedió, según todas las apariencias, el derecho de ciudadanía romana. Uno de sus primeros colonos pudo haber sido Baquio, abuelo de nuestro santo, y padre de Prisco, del que nació Justino hacia el comienzo de este siglo. Como su padre, Justino era griego de origen y pagano de religión. Desde su juventud se dedicó apasionadamente al estudio de la Filosofía, á fin de conocer á Dios y alcanzar la ciencia del soberano bien. Para tal objeto se dirigió desde luego á un estoico, á quien abandonó al poco tiempo en vista de que, en lugar de poder comunicarle esa ciencia, no sólo la ignoraba, sino que alardeaba de menospreciarla por no creerla necesaria. Bien pronto, también, se disgustó de un profesor peripatético y después de un pitagórico célebre. Del primero, por haberle exigido honorarios, "bajeza—dice Justino—indigna de un filósofo„; del segundo, porque, antes de elevarle al soberano bien y á la suma belleza, le exigía que aprendiera la Astronomía, la Música y la Geometría. Disgustábale á Justino que se le quisiera obligar á hacer tan largo rodeo. Vólvió, pues, su mirada hacia los platónicos, y, por fortuna, desde poco antes, se había fijado en Naplusa uno de los principales de ellos, hombre prudente, bajo cuya dirección se puso Justino. En esta escuela hacía rápidos y diarios progresos. Parecía que la inteligencia de las cosas suprasensibles se levantaba sobre las cosas terrenas y que la contemplación de las ideas daba alas á su espíritu. Por lo que, jactándose de haber llegado á ser sabio en tan poco tiempo, se imaginaba que estaba á punto de ver directamente al mismo Dios, porque tal era el fin de la filosofía platónica.

Infatuado así con su saber, salió un día de la ciudad, dirigiéndose hacia un paraje solitario situado no lejos del mar, para entregarse á sus meditaciones acostumbradas. Llegaba ya al sitio donde pensaba hallarse solo, cuando notó que le seguía un anciano de aspecto venerable. Volvióse para verle y, como le mirara atentamente, el anciano le dijo entonces: — ¿Me conoces acaso?—No — respondió Justino. — ¿Por qué, entonces, me miras tan fijamente?—Extraño que me sigáis á un sitio donde no creí encontrar á nadie. — Lo que aquí me trae — contestó el anciano — es la inquietud que tengo por algunos amigos que se hallan viajando. Vengo aquí para saber alguna noticia de ellos y ver si los descubro por alguna parte; pero, tú mismo, ¿por qué te encuentras en esta soledad?

Y como Justino le contestara que se retiraba allí para entregarse á

---

(1) El abate Frappel, en su curso de *Elocuencia sagrada* en la Sorbona, año 1858-1859, ha tratado extensamente esta cuestión. Al mismo tiempo que nos traza de San Justino y de sus obras el más fiel retrato, nos da una historia completa de la Apologética en el siglo II. Se leerá con interés y con fruto este importante y concienzudo trabajo.

Digitized by Google

sus meditaciones filosóficas, se entabló acerca de este objeto una larga plática entre ambos, en la que el sabio y venerable anciano procuró y logró convencer á Justino de la vanidad de la ciencia de que se gloriaba y descubrirle las fuentes de donde procede en los hombres el conocimiento de la verdad.

Como le demostrara que ni Pitágoras, ni Platón, ni ningún otro filósofo eran guías seguros para alcanzar el fin que se proponía, ni llegar al término á que aspiraba, Justino le preguntó qué maestros era necesario seguir si aquéllos no habían conocido la verdad. "En una época muy remota—dijo el anciano—y mucho antes que aquellos que se creyeron filósofos, hubo hombres justos, dichosos y queridos de Dios, que, hablando por el Espíritu divino, anunciaron de antemano lo que pasa hoy en el mundo. A éstos se les llamó profetas. Sólo ellos han conocido la verdad y la han anunciado á los hombres sin temer ni considerar á nadie, y sin dejarse vencer por la gloria. Predicaron lo que habían sabido y visto por el Espíritu Santo, que los amaba, y sus escritos subsisten aún. Cuando se les lee con fe, contribuyen poderosamente á dar á conocer los principios, el fin y todo lo que conviene saber á un filósofo. Sin usar de demostraciones en sus discursos, el testimonio que dan de la verdad está por encima de toda demostración. Sus oráculos, ó cumplidos ya, ó cumpliéndose diariamente á nuestra vista, nos obligan á concederles una entera y absoluta creencia. Añadió los milagros reales que obraban celebrando un solo Dios creador y padre de todas las cosas y anunciando á los hombres á su hijo Jesucristo, lo que no han hecho ni hacen jamás los falsos profetas, á quienes anima un espíritu engañador é inmundo. Estos procuran sólo realizar ciertos prodigios para suspender el ánimo de los hombres y celebrar las alabanzas del espíritu del error y los demonios. Mas por vuestra parte, rogad ante todo que se os abran las puertas de la luz, porque ninguno puede ver ni entender estas cosas si Dios y su Cristo no le dan la inteligencia de ellas."

Cuando hubo dicho estas palabras y otras muchas más, el anciano, al retirarse, le indujo á meditar largo tiempo en ellas. Después, Justino no volvió ya á verlo más; pero este discurso encendió en su corazón un ferviente y vivo amor de los profetas y de los hombres que son amigos de Dios. "Reflexionando en todo lo que acababa de oir—dice terminando su relación,—hallé que sólo aquélla era la filosofía cierta y útil; y he aquí cómo y por qué soy al presente filósofo" (1).

Aparte las razones alegadas por el anciano, lo que le decidió más poderosamente á observar el cristianismo, fué la constancia de los mártires. Veía una prueba convincente de la verdad de su religión y de la falsedad de las inmoralidades que se les imputaban, en el poco temor que sentían de la muerte y de todo lo que más horroriza á la naturaleza humana (2). Su conversión tuvo lugar hacia los años 132 á 136, ó sea, en los últimos del reinado de Adriano.

(1) Justin., *Dial. cum Tryph.*, núm. 1-8.
(2) *Apolog.*, II, núm. 12.

Digitized by Google

Después que fué iniciado en los santos misterios, Justino se dedicó enteramente á la lectura de los libros sagrados. Desde luego echaba de ver en ellos cierta majestad terrible, capaz de asustar á los que se apartan del recto camino; pero cuanto más lo meditaba, más sentía en su meditación un agradable reposo. El diálogo con Trifón nos muestra claramente cuán versado se hallaba en estos estudios, porque en él se ven innumerables pasajes de la Escritura, citados de memoria, según lo pedía el discurso, y aplicados con una destreza y fuerza lógica admirables. Y no se dedicó menos á todos los ejercicios de la piedad cristiana, porque Justino fué uno de los primeros ascetas que, antes de la institución de la vida monástica, cumplió todas las principales obligaciones de ella, poniendo sus bienes en común ó repartiéndolos á los pobres y viviendo en el celibato y enteramente extraño á los negocios del siglo.

Para demostrar que al hacerse cristiano no había renunciado á la vida de filósofo, sino que se había consagrado al estudio y la práctica de una filosofía más santa y sublime, San Justino conservó el palio ó manto. Este vestido, que entre los paganos era el distintivo de los filósofos, parece que fué adoptado por los cristianos que hacían profesión de una vida más austera. Con este espíritu, y sólo en este sentido, fué usado por Arístides, de quien más arriba hemos hablado, por Tertuliano, por San Porfirio y el gran Heráclco, Obispo de Alejandría, que no temió juntar el manto del filósofo con el sacerdocio de Jesucristo.

Muchas razones y conjeturas sacadas, ya de sus obras, ya de las actas de su martirio, nos demuestran que Justino fué también revestido del sacerdocio. En todo caso, su gracia sacerdotal fué grandemente beneficiosa para la Iglesia de Cristo, como lo prueban los eminentes servicios que la prestó, edificándola con su ejemplo, instruyéndola con sus libros, defendiéndola de viva voz y por escrito, enriqueciéndola con su sangre é ilustrándola con su glorioso martirio. Para ensalzar y defender la verdad, tuvo ciertamente nuestro santo un ardor maravilloso y tal como convenía á un hombre que se creía llamado por Dios á este único ministerio. Lo que prueba que había abrazado un género de vida en la cual no podía faltar á sus deberes sin incurrir en la eterna condenación, es que corrió, por cumplirlos, los más inminentes peligros. "Nuestro deber—dice en cierto lugar de sus obras—es dar á conocer á todos nuestra vida y nuestra doctrina á fin de que las faltas de los que pecan por ignorancia no nos sean imputables ni tengamos que compartir con ellos el castigo que merecen„ (1). "Como he obtenido de Dios—dice en otra parte—la gracia de entender las Escrituras, me esfuerzo en hacer á todo el mundo participante de esta gracia por miedo de incurrir en el enojo de Dios y temiendo su eterno juicio„ (2). "Tal es mi resolución—concluye en otro sitio;—en todas mis palabras tengo siempre el propósito de decir la verdad y la diré sin temor ni consideración alguna, aunque llegara por ello

(1) *Apolog.*, I, núm. 3.
(2) *Ibid.*, núm. 58

Digitized by Google

á ser despedazado„ (1). He aquí un verdadero filósofo, es decir, un hombre amante sincero de la verdad y la sabiduría. En cambio, Platón y Séneca, ocultando la verdad, no osaban predicarla públicamente por no exponerse á los peligros. Y así puede decirse que éstos se amaban antes á sí mismos.

39. Por lo demás, para ejercer su celo, el santo mártir no pudo elegir teatro más á propósito que Roma, donde, según parece, fijó su residencia después de su conversión. Antes había hecho un viaje á Alejandría. Los judíos de esta ciudad le enseñaron en la isla del Faro las ruinas de las celdas donde, según decían, habían hecho los setenta su célebre versión de las Santas Escrituras. Puede creerse también que publicara allí su pequeño discurso á los griegos para darles cuenta de los motivos que le habían hecho abandonar su religión y abrazar el cristianismo. Una vez en Roma, dió á luz un discurso mucho más largo intitulado *Refutación de los griegos,* que bien puede asegurarse que no es otro que el que hoy conocemos bajo el título de *Exhortación á los griegos y gentiles.* Como es el primer escrito de este género que aparece en la Historia de la Iglesia, hemos creído conveniente hacer un resumen de él, conservando, casi siempre, las mismas palabras del santo.

"Se trata, helenos, de hallar la religión verdadera. Para todo el que piense seriamente, nada es más importante, si hemos de temer el juicio futuro y final, proclamado, tanto por los poetas y filósofos, como por los profetas y nuestros legisladores.

„Para conseguir más seguramente aquel fin, necesario es, ante todo, examinar quiénes sean los autores de vuestra religión y de la nuestra, y la época en que han vivido.

„¿Cuáles son vuestros doctores, oh helenos? ¿Los poetas? ¿Pero qué cosa más ridícula que sus teogonías? ¿No hace nacer Homero todos vuestros dioses del mar? ¿No los representa, lo mismo que Hesiodo, después de él, como viciosos, celosos y sujetos á los infortunios, como los mortales?

„Y si alegáis vuestros filósofos, ¿no son sus sistemas aún más ridículos que la teología de vuestros poetas? El más antiguo de todos ellos, Tales, pretende que el principio de todas las cosas es el agua; Anaximandro, que es el infinito; Anaximeno, que es el aire; Heráclito, que es el fuego; Pitágoras, que son los números; Epicuro, que son los átomos; Empedocles, que son á la vez el fuego, el aire, el agua y la tierra. ¿Cómo, pues, oh helenos, los que conceden importancia á su salud, pueden esperar en conciencia aprender la Religión verdadera de hombres que no se hallan de acuerdo en nada?

„¿Os limitaréis á vuestros dos filósofos más célebres, Platón y Aristóteles? Pero también éstos se contradicen entre sí. Según Platón, el fuego viene á ser la esencia del Dios Supremo. Aristóteles, en cambio, asegurando que Platón se engaña, dice que aquella esencia se halla cons-

(1) *Dial. cum Tryph.*, núm. 120.

Digitized by Google

tituída por una quinta substancia semejante al éter, y cita, en apoyo de su opinión, al mismo Homero. ¿Y cómo estos dos hombres se hallarían conformes acerca de las cosas celestiales, cuando respecto á las de aquí abajo, por ejemplo, el alma humana, no hacen más que contradecirse? El uno distingue en estas tres partes; el otro no ve en ella sino dos solamente; el primero hace de ella un ser inmortal; el segundo la considera como una inteligencia mortal; aquél quiere que se halle siempre en movimiento; éste que esté en perpetuo reposo. Bien puede decirse además, que no sólo se contradice el uno al otro, sino que se hallan en contradicción consigo mismos: Platón admite á veces tres principios del universo: Dios, la materia y la idea; otras añade una cuarta: el alma universal. Y en tanto afirma que la materia es creada, como que es increada.

„¿Y de dónde procede que vuestros sabios no solamente disputen entre sí, sino que no se hallen de acuerdo consigo mismos? Pues procede, de que en lugar de querer aprender de los que saben, pretenden por sí mismos, con la fuerza de su inteligencia, llegar á conocer claramente las cosas del cielo, cuando no pueden penetrar las cosas terrenales. En suma: vuestra filosofía no es más que un caos informe de opiniones discordantes, y el único mérito que un hombre de buen sentido puede conceder á vuestros filósofos, es que prueban á maravilla, los unos contra los otros, que se engañan y no dicen la verdad.

„Hallándose, pues, probado por sus mismas contradicciones que vuestros maestros nada pueden enseñar de cierto ni de verdadero acerca de la religión, necesario es recurrir, para tal objeto, á nuestros antepasados. Y desde luego, éstos, en el orden del tiempo, preceden con mucho á vuestros sabios. Después no enseñan nada según su sentido particular y privado; no se contradicen entre sí, ni destruye el uno lo que el otro establece ó afirma. Exentos de todo espíritu de envidia y de disputa, nos transmiten, tan sólo, la doctrina que han recibido de Dios.

„En efecto; es naturalmente imposible al espíritu humano elevarse al conocimiento de cosas tan altas y divinas. Para ello era absolutamente necesario que la gracia de Dios descendiera sobre ciertos hombres virtuosos y santos. Ni necesitan para esto del arte de la palabra, ni del de la disputa, sino solamente presentarse como puros órganos á la operación del espíritu de Dios, que, por su medio, quería revelarnos el conocimiento de las cosas divinas y celestiales. Y así, aunque vivieran en tiempos y lugares diversos, hablan siempre de Dios, de la creación del mundo, de la del hombre, de la inmortalidad del alma, del juicio final, en fin, de todo lo que más nos importa saber, con un acuerdo tan perfecto, que no parecen tener más que una sola boca y una misma lengua.

„El primero de entre ellos es Moisés, quien, según nuestros historiadores, tales como Polemón, Appión, Tolomeo, Helanico, Filocaro, Castor, Alejandro Polihistor, de acuerdo con Filón y Josefo, florecía hacia el tiempo de Ogiges y de Inaco, y escribió antes que Cadmo importase las letras de la Fenicia á la Grecia. Diodoro le llamó el más antiguo de los legisladores, y refiere de él varias cosas que debía haber aprendido

Digitized by Google

de los sacerdotes de Egipto. La historia debida á Moisés, con los escritos de otros profetas, fué traducida al griego por setenta intérpretes que el rey Tolomeo hizo venir de Jerusalén á Alejandría. Este hecho ha sido atestiguado por los mismos habitantes del país, que muestran aún los restos de las casas que habitaron estos intérpretes en la isla de Faros, y vosotros mismos podéis cercioraros de ello, por el testimonio de Filón, Josefo y muchos otros.

„Y en vano dirá alguno que esos libros no fueron escritos para nosotros, sino para los judíos que los conservan en sus sinagogas, y que pretendemos, sin razón, haber sacado de allí nuestra religión. Porque cualquiera que esté al corriente de estas cosas, sabe, que en esos mismos libros se echa de ver que las doctrinas en ellos contenidas no son para los judíos solos, sino también para nosotros. En cuanto á que tales libros se conserven por los judíos, bien puede decirse que esto es un efecto de la divina Providencia. Si nosotros los hubiéramos escrito, nuestros adversarios tendrían en esto un pretexto para decirnos, ó que los habíamos supuesto, ó que los habíamos alterado; pero así, bien podemos cerrarles la boca, tomándolos, como los tomamos, de la sinagoga de los judíos.

„Necesario es, pues, oh helenos, que pensando en el porvenir y en ese terrible juicio predicado por sagrados y profanos, dejéis de ateneros al inconsiderado error de vuestros padres, y ceséis de tener por verdad lo que ellos han podido transmitir, quizá engañándose á sí mismos. Es necesario examinar muy atentamente á aquellos que llamáis vuestros maestros; porque por una particular providencia de Dios, se vieron, á su pesar, obligados á decir muchas verdades acerca de nosotros y para nosotros, principalmente los que estuvieron en Egipto y se aprovecharon de la religión de Moisés y sus antepasados. Porque ninguno de vosotros, si ha leído á Diodoro y á los otros historiadores, ignora, según creo, que Orfeo, Homero, Solón, Pitágoras, Platón y algunos otros, que viajaron por Egipto y se aprovecharon allí de los libros de Moisés, escribieron después, y á causa de esto, lo contrario de lo que antes habían dicho sobre los dioses.

Así Orfeo, que puede considerarse como el primer autor del politeísmo, enseñó después la unidad de Dios en sus versos á Museo, su hijo. Sófocles, proclama la misma verdad en la escena, Pitágoras ha dicho igualmente: "Dios es uno y no se halla fuera del mundo, como algunos „pensaron, sino todo entero en el mismo, y contempla todas las genera„ciones á su alrededor, atempera todos los siglos, y es el padre y el prin„cipio de todas las cosas.„ Del mismo modo, cuando Platón dice: "Según „la palabra antigua, Dios, posee en sí mismo el principio, el medio y el „fin de todas las cosas„, entiende por palabra antigua la ley de Moisés. Si no lo dice expresamente es por miedo á la cicuta, y temiendo ser acusado, como Sócrates, de negar los dioses de la ciudad. En otra parte hace alusión á los profetas cuando escribe: "Damos por principios del fuego y de los otros cuerpos lo que nos parece más verosímil; porque, por lo que hace á sus verdaderos principios, sólo Dios y aquellos hom-

Digitized by Google

bres queridos por Dios, los conocen. En el mismo sentido se expresa la más antigua de las sibilas, cuyos libros se conservan en todo el universo.

„Necesario es, por consiguiente, oh helenos, renunciar á los antiguos errores de vuestros padres y estudiar, con vuestros sabios, las historias mucho más antiguas de Moisés y los profetas. En ellas hallaréis, en un lenguaje simple y fácil, lo que vuestros filósofos han envuelto en frases y alegorías„ (1).

"Lo que—según el santo mártir—produjo las extravagancias del politeísmo, fué el olvido de la palabra antigua, revelada por Dios y conservada pura en la religión de Moisés y los patriarcas„, "ó—como dice en otra parte—el olvido de las creencias católicas„ (2). Y lo que empujó á los filósofos á más grandes extravagancias aún, á aquella infinidad de sistemas contradictorios, fué la creencia de que por sí mismo y por medio de su razón particular podían elevarse á la ciencia de las cosas divinas el no haberse atenido fielmente á la palabra antigua y haber establecido, cada uno á su manera, ciertos artículos para formar sectas y dejarles su nombre.

40. Bajo el cristianismo las mismas causas producen los mismos efectos. Las herejías renovaron las extravagancias del politeísmo y las de la filosofía. Y si el orador romano pudo decir hace diecinueve siglos que no hay absurdo que no haya sido sostenido por algún filósofo, del mismo modo puede asegurarse hoy que no hay extravagancia ni impiedad imaginable que no haya sido enseñada por algún heresiarca. Hacia la misma época que Justino, llegaron á Roma tres famosos herejes, á saber, Valentino, de Egipto; Cerdón, de Siria, y Marción, del Ponto.

Valentino, cuyo origen no es muy conocido, hombre elocuente y de espíritu culto, había aspirado á un Obispado en Chipre, pero para este cargo fué elegido un mártir. Despechado por ello, abrazó y perfeccionó, como hemos visto, el sistema de los gnósticos. Después de haber infestado el Egipto, llegó á Roma, bajo el pontificado de Higinio, que había sucedido á Telesforo hacia el fin del reinado de Adriano. Al principio disimuló su impiedad, fingió ser católico y obtuvo ser admitido á la comunión. Mas reconocido al fin por lo que era bajo el pontificado siguiente de Pío y arrojado de la Iglesia, salió furioso de Roma, volviendo á la isla de Chipre, donde se hundió más y más en el abismo de su impiedad.

Cerdón sacó también el fondo de sus errores de los gnósticos; pero le dió una nueva forma. No temió enseñar abiertamente la existencia de dos dioses: el uno bueno y misericordioso, el otro justo y severo; el uno desconocido é invisible, el otro visible y manifiesto; el primero padre de Jesucristo, el segundo Creador del universo; aquél autor de la gracia, éste de la ley, añadiendo todas las consecuencias perniciosas que se deducen de tan absurdo principio. Llegó á Roma bajo el mismo Papa Higinio, y respetó también por algún tiempo, quizá más sinceramente que Valentín, la autoridad del Príncipe de los Apóstoles en sus sucesores.

(1) Justin.; *Exhort.*
(2) *De monarchia.*

Digitized by Google

Por lo cual, presentándose en un principio á la Iglesia, hizo una humilde confesión, abjuró de sus errores y perseveró ó, al menos, fué tolerado en ella algún tiempo. En esta conducta de la Iglesia vemos una prueba de su paciencia y tolerancia al admitir en su seno aun á los herejes relapsos. De todos modos, inconsistente en sus buenas resoluciones, Cerdón en tanto sembraba secretamente sus errores, en tanto venía á acusarse humildemente de ellos, hasta que, convencido, en fin, públicamente de sus excesos, previno el juicio de la Iglesia, separándose él mismo de ella.

Uno de los que sedujo primero en Roma, fué Marción, que llegó allí cuando Cerdón y Valentín repartían secretamente el veneno de sus funestas doctrinas. Marción era originario de Sinope, en el Ponto. Habiendo abrazado la continencia, y haciendo en la casa misma de su padre, Obispo católico, la vida de asceta, fué arrebatado por una pasión impura, que le llevó hasta corromper una virgen. Su padre y Obispo, ilustre por su piedad, por su celo, por su sana doctrina y por el cumplimiento de sus deberes de pastor vigilante, le arrojó de la Iglesia inmediatamente. En vano Marción hizo apremiantes instancias para ser admitido á penitencia y reconciliarse con la Iglesia. Su anciano padre, rígido observador de la disciplina y más indignado aún por el deshonor que su hijo había hecho á su carácter sagrado, le rechazó constantemente. Por lo cual, no pudiendo soportar el ser menospreciado en su país, partió secretamente para Roma, donde llegó en el tiempo en que se hallaba vacante la Silla apostólica por la muerte de Higinio. Una vez allí, se presentó á los principales del clero, que eran aún de los que habían instruído los discípulos de los Apóstoles, pidiéndoles ser admitido en la comunión. Sus súplicas fueron igualmente vanas, porque aquéllos no querían hacer nada en este asunto sin la participación y el consentimiento de su propio padre y pastor. Empujado entonces por la cólera y resuelto á vengarse, se juntó á Cerdón.

Todos los antiguos autores están conformes en que Marción fué discípulo de aquél. Pero sea que fuese más audaz que su maestro, sea que tuviese más espíritu y talento para el mal ó que fuera más instruído en las opiniones de los filósofos, lo cierto es que Marción propagó su impía secta con tanto éxito, que obscureció el renombre de Cerdón hasta tal punto que sus partidarios son más conocidos bajo el nombre de marcionistas que bajo el de cerdonianos. Su capital error era el de los dos principios supremos: el uno bueno y autor del bien, y el otro malo y autor del mal; aquél padre de Jesucristo y autor de la gracia, y éste creador de la materia y autor de la ley. Consecuentemente á esto debía negar, como negó, en efecto, que el Hijo de Dios hubiese realmente encarnado, y que nuestros cuerpos debieran resucitar algún día, porque, según sus principios, repugnaba al Hijo del Dios bueno tomar la corrupción é impureza de la materia, y al alma tener por compañero de su gloria un cuerpo malo por naturaleza (1).

(1) Iren., Epiph. *Adv. haeres.*

Digitized by Google

Ignórase en qué año abandonaron estos tres herejes á Roma. Sabemos solamente, que cuando el santo mártir Justino publicó su primera apología, Valentino, el más anciano de aquéllos, y Marción, el más joven, habían llevado muy lejos sus errores é infestado con sus doctrinas gentes de toda especie y condición. Pero esta apología fué escrita el año 150 de Jesucristo. El santo mártir habla en ella de un libro que había ya compuesto contra todas las herejías, y ofrece presentarlo á los príncipes y al Senado si éstos tenían deseo de conocerlo. Los antiguos mencionan aún otro libro que había compuesto contra Marción. Eusebio hace un gran elogio de uno y otro, pero ambos se han perdido sin llegar hasta nosotros.

Atleta generoso del cristianismo, Justino le vengaba á la vez contra el politeísmo, cuyo absurdo revelaba, y contra las herejías, que recaían en idénticas extravagancias, por cuanto abandonaban igualmente la única regla de verdad y de certidumbre, la creencia en la antigua doctrina revelada por Dios. Bien pronto tuvo aún la gloria de defenderle contra el furor de los idólatras en una pública apología.

41. A pesar de la reputación de dulzura y clemencia que ha dejado el emperador Antonino, no es menos cierto que bajo su reinado sufrieron los fieles una persecución cruel. En prueba de ello tenemos la siguiente inscripción, erigida al mártir San Alejandro en el cementerio de Calixto y concebida en estos términos: "Alejandro no ha muerto, y aunque su cuerpo repose en esta tumba, él vive por encima de los astros. Acabó sus días y su carrera bajo el emperador Antonino, quien, deudor de grandes servicios á los cristianos, les pagó mal por bien; porque todo el que siquiera doblara la rodilla para adorar al verdadero Dios era conducido al suplicio. ¡Oh tiempos desgraciados, en los que no podemos escapar ni aun en las cavernas, en medio de los sacrificios y de las oraciones! ¿Qué más miserable que la vida? Y al mismo tiempo, ¿qué más miserable que la muerte cuando no es permitido á los amigos y parientes dar sepultura á sus difuntos? Ahora Alejandro brilla en el cielo. Su vida duró poco, etc.„ (1).

Aunque Adriano, padre adoptivo de Antonino, ordenó en su carta á Minucio Fundano que se dejara en paz á los cristianos si no resultaban culpables de otro crimen contra las leyes del imperio, tal era, sin embargo, el odio que el príncipe de las tinieblas, el dios de este siglo, inspiraba á los idólatras contra aquéllos, que todos los rescriptos de los emperadores que les favorecieran, eran ó mal obedecidos ó fácilmente olvidados, ó violados impunemente.

De esto tenemos la prueba en la misma apología de Justino dirigida al emperador, á sus hijos, al Senado y al pueblo romano. Mientras que los cristianos, según vemos por aquella inscripción del sepulcro de Alejandro, se quejaban valientemente de no hallar seguridad ni aun en los antros y las cavernas, Justino tomó su defensa con maravillosa intrepidez, poniendo al frente su nombre y designando, para que no se le con-

(1) *Rom. subter.*, cap. XXIII, *et apud Mabill.*, t. I, *Mus ilab.*, p. 135.

Digitized by Google

fundiera con ningún otro, no solamente su patria, sino los nombres de sus antepasados.

"Al emperador Tito Elío Adriano Antonino Pío, César Augusto; á Verísimo, su hijo, filósofo; á Lucio, igualmente filósofo, hijo de César por naturaleza y de Pío por adopción; al sagrado Senado y á todo el pueblo romano: En favor de hombres de toda condición injustamente odiados y perseguidos, yo, Justino, hijo de Prisco, nieto de Baquio, de la Colonia Flavia Neapolis en la Siria Palestina, presento esta demanda.„

Con la misma libertad prosigue su discurso protestando que presentaba este escrito, no para lisonjearlos ni para captarse su benevolencia con dulces palabras, sino para pedirles que los cristianos fueran juzgados según las leyes y no condenados temerariamente.

Nada más injusto que la manera de proceder contra ellos. Se les imputaba los crímenes más atroces, pero de hecho no se les castigaba sino por el nombre y la profesión de cristianos. En efecto; para ser absuelto bastaba con negar ser cristiano, y los que confesaban serlo eran condenados sin otra prueba, á pesar de que el orden de justicia exigía que se examinara severamente la vida de cada uno para ser castigado ó absuelto según sus obras. Necesario era atribuir esa irritante injusticia á las instigaciones de los demonios, espíritus perversos, que habiéndose hecho temibles á los hombres, habían sido adorados como dioses. Cuando Sócrates, por medio de la razón, el verbo ó la palabra trató de destruir esa superstición, aquéllos le hicieron morir como ateo y como introductor de nuevos dioses. Algo parecido sucede con los cristianos: "Porque—dice Justino—la razón, el verbo ó la palabra, no solamente condenó entre los griegos por Sócrates, el culto de los demonios, sino que también ha sido condenada esa práctica entre los bárbaros por la razón, el Verbo ó palabra hecho hombre y llamado Jesucristo. Como creemos en esta palabra y no tememos llamar demonios impuros á los autores de todos estos males, somos considerados como ateos. Y lo somos, sin duda, con respecto á estos pretensos dioses, pero de ninguna manera en relación con e verdadero Dios, Padre de la justicia, de la castidad y de las otras virtudes, sin mezcla de vicio alguno. Porque á éste le adoramos en espíritu y verdad, le adoramos conjuntamente con el Hijo que ha salido de él y nos ha enseñado, como á los ángeles fieles, todas estas cosas, y conjuntamente también con el Espíritu profético.

„Y no se diga que se ha hallado culpables algunos cristianos; porque esto puede ser, sin duda alguna, en atención á que ese nombre, así como el de filósofo, es común á muchas personas que no piensan siempre de la misma manera. Por esto pedimos que se les juzgue, no según el nombre solo, sino según los hechos. Si son culpables, que se les castigue, no como cristianos, sino como malhechores, y si son inocentes, que se les absuelva aun siendo cristianos. En cuanto á nuestros delatores, no pedimos su castigo, bastante pena tienen con su maldad é ignorancia. Y supuesto que está en nuestras manos librarnos, con sólo negar, de vuestras persecuciones, es claro que hablamos de esta suerte por vosotros mismos. Sin

Digitized by Google

embargo, tampoco queremos vivir por una mentira, porque esperamos en recompensa la vida eterna.

„Platón mismo enseña que los malos serán juzgados y castigados por Minos y Radamanto; nosotros creemos con él que este juicio tendrá lugar, pero será por Jesucristo, que reunirá las almas á sus cuerpos y las castigará con suplicios eternos. Se dirá quizá que esto es un error, pero no podrá decirse que es un crimen.

„No adoramos los dioses que colocáis en vuestros templos, porque sería demasiado absurdo é injurioso para el verdadero Dios, considerar como dioses imágenes muertas, que antes que un obrero liberto las formara con el cepillo y la sierra, no eran frecuentemente más que utensilios destinados á los usos más viles, y después no representan sino á los malos genios.

„Sabemos, por otra parte, que Dios no tiene necesidad de ofrendas materiales. Para agradarle basta con imitarle; practicar la castidad, la justicia, la caridad y las demás virtudes que le son propias. Los que se hagan dignos de ella por sus obras, gozarán de su presencia y reinarán con él inmortales é incorruptibles. Como tuvo poder para crearnos cuando no éramos, creemos que lo tendrá también para revestirnos de la inmortalidad y hacernos gozar de su presencia. Ya en este mismo momento hemos alcanzado la fe sólo por su gracia.

„Cuando se os dice que nosotros esperamos un reino, sospecháis, sin duda, que se trata de un reino humano; más si esto fuera así, si aguardáramos un reino semejante, evitaríamos la muerte para gozar de él algún día. Pero, al contrario, la sufrimos con placer, porque nuestras esperanzas no se hallan en las cosas presentes, y el reino que aguardamos es el reino de Dios. Por lo demás, contribuímos más que nadie al orden público, enseñando que ni el malo ni el justo pueden substraerse á Dios y que cada uno recibirá de él ó un castigo eterno ó una eterna recompensa. Ni vuestras leyes, ni vuestros suplicios pueden contener á los perversos; porque saben ellos que de vosotros, que sois hombres, pueden ocultarse. Pero si estuvieran persuadidos que hay un Dios al que nada se oculta, ni una acción, ni un pensamiento, convendréis que el temor al menos los contendría en el deber. Sin embargo, parece que tenéis miedo de que todo el mundo viva bien y de no tener que castigar á nadie, y estos pensamientos más propios son del verdugo que de los buenos príncipes.

„Después de esto, todo hombre razonable convendrá en que no somos ateos, puesto que adoramos primeramente al Dios eterno, creador del universo; en segundo lugar, á su Hijo Jesucristo, crucificado bajo Poncio Pilatos, y en tercero, al Espíritu profético. Se nos reprocha como una locura el adorar un hombre crucificado, pero este hombre es el Hijo de Dios y la razón soberana. Para convencerse de ello basta ver el maravilloso cambio que se ha obrado en nuestras costumbres desde el momento en que por él seguimos al solo Dios inmortal. Otras veces amábamos el desarreglo y la licencia, al presente sólo la pureza nos agrada. Empleábamos antes las artes mágicas y ahora nos abandonamos á la voluntad

Digitized by Google

de Dios. Procurábamos enriquecernos por todos los medios, y en cambio ponemos hoy en común nuestros bienes para dividirlos con los indigentes. Nos odiábamos hasta la muerte y seguíamos nuestra costumbre de no comer más que con nuestros compatriotas, pero desde la venida de Jesucristo vivimos familiarmente y oramos por nuestros enemigos. Nos esforzamos por convertir á los que nos persiguen para que vivan según los preceptos de Cristo y esperen del soberano Dios iguales recompensas que nosotros. Para demostraros que no queremos sorprenderos por medio de sofismas, os citaremos aún, antes de haber desarrollado las pruebas de la verdad de nuestra creencia, algunas de las enseñanzas de Cristo, para que veáis, poderosos príncipes, que su doctrina no puede dejar de ser la verdad. Sus discursos eran cortos y concisos, porque no era un sofista, y su palabra era la virtud de Dios.

„En lo relativo á la castidad, condena hasta los malos pensamientos. Podría mostraros gran número de personas, de uno y otro sexo, que, habiendo seguido desde su infancia la doctrina de Cristo, conservan á la edad de sesenta y setenta años toda su pureza. De éstos podría presentaros muchos ejemplos en todas las condiciones humanas. Porque ¿á qué hablaros de la multitud innumerable de aquellos que del desarreglo han pasado á una vida ordenada? También nos manda amar á todos los hombres, aun á nuestros enemigos, partir nuestros bienes con los pobres y soportar con paciencia las injurias. Podríamos presentaros además gran número de los que, por haber venido á nosotros, se han transformado de violentos en humildes, habiéndose dejado vencer ó por la vida arreglada de sus vecinos, ó por la extraordinaria paciencia de sus compañeros de viaje ó por la fidelidad que probaban en sus negocios. Del mismo modo, nos prohibe hacer juramentos en nuestros discursos. El nos ha dicho: "Este es el gran mandamiento: Adorarás al Señor tu Dios sirviéndole á „él sólo de todo corazón y con todas tus fuerzas.„ Ahora, ¿quién no ve que no es ser cristiano el confesar sólo de boca la doctrina de Cristo? El que con esto se conforma no alcanzará su fin. Cristo mismo así lo declara. Para estos cristianos de nombre, nosotros mismos os pedimos un castigo. Por lo demás, en lo relativo á los tributos que nos imponéis, á causa de sus enseñanzas, os los pagamos con mayor diligencia que nadie.

„De este modo nosotros adoramos á Dios solo; pero servimos con alegría en lo demás. Y si nos desdeñáis mientras oramos por vosotros y os exponemos claramente todas las cosas, en ello nada perderemos, persuadidos como estamos que cada uno sufrirá, por medio del fuego eterno, la pena que sus acciones merezcan, y que Dios le pedirá de ellas cuenta proporcionada al poder que les haya concedido. Ved cómo los emperadores que han reinado antes que vos han muerto como todo el mundo. Si después de la muerte nada se sintiera, la ventaja sería de todos los malos. Pero puesto que el sentimiento permanece cuando se ha dejado de vivir y hay un suplicio eterno para los perversos, no debéis despreciar las verdades que os anunciamos. Que el hombre se sobrevive á sí mis-

Digitized by Google

mo, la creencia general y los oráculos os lo atestiguan, de acuerdo también con las doctrinas de Empedocles, de Pitágoras, de Platón, de Sócrates, de Homero. Añadid nuestro propio testimonio, ya que nosotros esperamos de Dios más aún, la resurrección de los cuerpos, que no es más difícil para Dios ni más increible que la creación y la generación humana, de que tenemos todos los días la experiencia.

„Y supuesto que decimos algunas cosas de las que aseguran vuestros poetas y filósofos, y otras las enseñamos sobre una autoridad más alta y divina, y somos nosotros los únicos que dan de su doctrina una demostración verdadera, ¿por qué somos también los únicos á quienes se odia?

„Cuando decimos, en efecto, que Dios ha creado y ordenado el universo, hablamos el lenguaje de Platón; que todo se acabará por un incendio violento, el de los estoicos; que después de la muerte hay un suplicio para los malos y una recompensa para los justos, el de nuestros poetas y filósofos; que no deben adorarse las obras de vuestras manos, el del poeta Menandro. Cuando decimos que el Verbo ó la razón, el primogénito de Dios, Jesucristo nuestro Señor, ha sido engendrado de una manera sobrenatural, que ha sido crucificado y muerto, y que en seguida, lleno de vida, subió al cielo, no podéis tampoco hallarlo extraño, puesto que referís cosas semejantes de los hijos de vuestro Júpiter y cuando hacéis la apoteosis de vuestros emperadores.

„No pretendemos, sin embargo, que abracéis lo que nosotros decimos, únicamente porque hablamos como los otros, sino porque, como lo haremos ver en este discurso, nada hay tan verdadero como las cosas antiguas que todos vuestros autores y nosotros mismos hemos aprendido de los profetas y en seguida de Jesucristo, único Hijo de Dios propiamente engendrado, y que es su razón, su Verbo, su primogénito, su poder, y hecho hombre por su voluntad para rescatar al género humano. Al presente no queremos sino mostraros la injusticia de vuestro odio.

„Desde luego, aunque nosotros decimos las mismas cosas que los griegos, somos, no obstante, los únicos á quienes odiáis, y esto por el nombre de Cristo. No hacemos mal alguno y se nos lleva al suplicio. Aquí se adoran los árboles, allí las flores; éstos los ratones ó los gatos; aquéllos los cocodrilos y otros animales sin número; todos son impíos, los unos respecto á los otros, porque no adoran las mismas cosas, y los mismos animales son para los unos dioses, para los otros bestias y víctimas para los demás. Y, sin embargo, el único reproche que tenéis que hacernos, es que no adoramos los mismos dioses que vosotros. Adoráis las infamias de los dioses viciosos, y después nos amenazáis con la muerte porque hemos renunciado á ellas por Jesucristo, porque tenemos piedad de los que aún creen en ellos, y porque nos hemos consagrado al único Dios, eterno y perfecto. En fin, después de la Ascensión de Cristo, ha habido algunos impostores que han pretendido pasar por dioses. No solamente no los habéis perseguido, sino que los habéis colmado de honores. Por ejemplo. Simón el Samaritano, de la villa de Gitton, habiendo hecho, en tiempo del emperador Claudio, por el arte de los demonios, que le poseían, algu-

Digitized by Google

nas operaciones mágicas, ha sido reconocido como dios en Roma, vuestra ciudad imperial, y honrado, como tal, con una estatua levantada en el Tibre, entre dos puentes, con esta inscripción latina: "A Simón, dios santo.„ La mayor parte de los samaritanos, y otros, en gran número, continúan adorándolo. Por los mismos medios y artificios, Menandro, discípulo de Simón, ha seducido también mucha gente en Antioquía. Marción enseña aún al presente que es necesario creer en otro dios más grande que el Creador. Todos ellos se llaman cristianos. No sabemos si hacen lo que se cuenta de ellos; derriban las lámparas, comen carne humana y cometen otras abominaciones; pero lo que sí sabemos es que no los perseguís ni los hacéis morir por sus doctrinas.

„Por nuestra parte, tal es nuestro horror por semejantes abominaciones, que hasta miramos como un crimen la exposición de los niños. Primero, porque vemos que la mayor parte de las veces se les educa para prostituirlos. En todas las naciones se ven multitud de niños y niñas destinados á usos vergonzosos, y á los cuales se les alimenta como á rebaños de bestias. En lugar de exterminarlos de vuestro imperio, sacáis tributos de ellos. Los que abusan de estos miserables, además del crimen que cometen contra Dios, pueden llegar por azar á abusar de sus propios hijos. Y después, como si la luz de Dios hubiese sido enteramente extinguida, nos imputáis estas infamias, que cometéis impunemente en público. En segundo lugar, porque es de temer que á esos niños, así expuestos, les sobrevenga algún peligro, y seamos así culpables de homicidio. Por eso nosotros no contraemos matrimonios más que para la educación de los hijos, ó bien, renunciando á la unión conyugal, guardamos perfecta continencia. Asimismo, para probar que en nuestros misterios no hay ninguna de las infamias que nos atribuís, uno de los nuestros presentó solicitud al gobernador de Alejandría, Félix, para que permitiera á un cirujano convertirle en eunuco, porque se decía que este permiso era necesario. Félix no contestó á la solicitud, y aquel joven quedó así tranquilo y satisfecho con el testimonio de su propia conciencia. Tenía esto lugar en el tiempo en que, por el miedo á Adriano, todos los griegos comenzaron á adorar como á un dios, el objeto de sus infames amores, Antinoo.„

Para prevenir que los gentiles pudieran asegurar que no siendo más que un hombre Cristo, había obrado por medio de la magia aquellos prodigios que le habían hecho pasar por el Hijo de Dios, Justino demuestra enseguida, por las predicciones conservadas hasta entonces por los judíos, enemigos jurados de los cristianos, y traducidas al griego bajo el rey Tolomeo, que realmente lo era, porque todas ellas, hasta las que se remontan á millares de años, se hallaban cumplidas en él. Para esta prueba cita los principales acontecimientos, indica una clave para entenderlos, y hace notar que el Espíritu profético habla unas veces en nombre del Padre y del Hijo, y otras en el suyo propio. Invita á los romanos á asegurarse por sí mismos de la verdad de las profecías, principalmente, de aquellas que anunciaban que los judíos tendrían príncipes de su nación

Digitized by Google

hasta el momento de la manifestación de Cristo, y refiere en seguida otras no menos visiblemente cumplidas, como las relativas á la ruina de Jerusalén y á la conversión de los gentiles. Al mismo tiempo previene ciertas objeciones que pudieran surgir en el espíritu de los paganos. Porque conocidos, como son, estos sucesos, de antemano, podrían ellos pensar que todo se realiza y sucede de un modo necesario y según un destino inevitable. En su consecuencia, prueba el libre albedrío de la voluntad humana, por la experiencia y por la autoridad de los profetas, á los cuales son deudores los poetas y filósofos griegos de todo cuanto de bueno han dicho acerca de la inmortalidad del alma, de las penas de la vida futura y del culto de Dios. Las semillas de la verdad se encuentran en todos ellos; pero ni la comprendieron del todo, ni la han expuesto con exactitud, por cuya razón se contradicen.

Otra objeción que trata de prevenir es ésta: "Puesto que Cristo no ha venido al mundo hasta hace ciento cincuenta años, todos los que antes vivieron no son culpables de ninguna manera, en cuanto no han conocido la verdad, que sólo se ha manifestado por Aquél.„ Justino contesta así: "Hemos dicho y mostrado más arriba que Cristo es el primogénito de Dios, la razón y la palabra de que participa todo el género humano. Los que antes vivieron según esa palabra y razón son cristianos verdaderos, aunque hubieran pasado como ateos, tales como Sócrates, Heráclito y otros entre los griegos, y entre los bárbaros, Abrahán, Ananías, Azarías, Elías y muchos otros que sería largo enumerar. Por la misma razón han sido enemigos de Cristo todos aquellos que vivieron sin esta palabra y razón.„ Concluye observando que el cumplimiento de tantas profecías constituye una presunción cierta de que las demás se cumplirán de igual modo y que los cristianos no habrían creído jamás que un hombre crucificado fuera el primogénito de Dios, el juez de los vivos y los muertos, si no hubieran visto con sus propios ojos y en multitud de ejemplos el cumplimiento de aquéllas.

"Pero los que enseñan las fábulas de vuestros poetas—dice Justino—no dan, á los jóvenes que las aprenden, ninguna prueba de su verdad, porque sólo fueron inventadas por los malos genios para seducir al género humano. Sabían que los profetas anunciaban el advenimiento de Jesucristo, é imaginaron varios hijos de Júpiter con la esperanza de que se considerara la historia de Jesucristo como una invención semejante. Y en la misma historia de sus dioses y de sus héroes imitaron varias circunstancias de su vida, que habían sido anunciadas de antemano. Todo, menos la cruz, ha sido notado por ellos, y esto porque los profetas no hablaron de ella sino por símbolos. No hay, sin embargo, ningún otro signo tan grande del poder y del imperio de Cristo en la naturaleza y en la vida del hombre, ni hay ni se hace nada importante sin la cruz. Los mástiles con sus velas desplegadas, los principales útiles de la labranza, el hombre mismo cuando extiende sus manos para orar, los estandartes romanos y hasta las imágenes de los emperadores divinizados, todo presenta la forma de la cruz. No contentos con oponer á Cristo, antes de su

Digitized by Google

aparición, divinidades fabulosas, los malos demonios le opusieron después de su venida diversos impostores para apartar de él á los hombres. Entre éstos, Simón el Mago ha sido considerado como un dios por el Senado y el pueblo romano y honrado como tal con una estatua. Hay dos cosas, sin embargo, que los malos espíritus no han podido hacer; destruir la creencia en el castigo de los malos por el fuego, y ocultar á los hombres el advenimiento de Cristo. Todo lo que ellos han podido conseguir es llevar á las impíos, por quienes oramos y á quienes queremos convertir, á que nos odien y á que nos persigan de muerte.„ Justino hace ver, además, que los filósofos han tomado de los profetas varios de sus dogmas, y especialmente Platón, de Moisés, y añade: "Entre nosotros se pueden aprender estas verdades de aquellos mismos que, no conociendo las letras, aunque son bárbaros y groseros por su lenguaje, son sabios y fieles por su espíritu.„

En fin, como era necesario justificar á los cristianos relativamente al objeto de sus asambleas y ceremonias, el santo mártir, creyéndose dispensado del secreto que á este respecto imponía la Iglesia á sus hijos delante de los infieles, habla así:

"Expondremos ahora de qué manera somos consagrados á Dios y regenerados en Cristo, para que no se crea que lo disimulamos maliciosamente. A los que, persuadidos de la verdad de nuestras doctrinas, prometen conformar con ellas su vida, les enseñamos á orar, ayunar y á pedir á Dios el perdón de sus culpas pasadas, orando y ayunando nosotros al mismo tiempo que ellos. En seguida los regeneramos por medio del agua en la misma forma en que lo fuimos nosotros mismos. Porque son lavados en esa agua en el nombre de Dios nuestro Señor, padre de todas las cosas, y de nuestro Salvador Jesucristo, crucificado bajo Poncio Pilato, y del Espíritu Santo, que, por medio de los profetas, ha predicho todo lo referente á Jesucristo Tal ablución se denomina iluminación, en cuanto que por su virtud las almas son esclarecidas.

„Después de esta ablución, llevamos al nuevo fiel allí donde se hallan reunidos nuestros hermanos para orar y suplicar fervorosamente y en común, tanto por nosotros mismos y por el neófito, cuanto por todos los nuestros que están repartidos en los diversos lugares de la tierra, á fin de que, conociendo la verdad, podamos por las obras y la observación de los mandamientos, alcanzar la salud eterna. Una vez terminadas las oraciones, nos saludamos por el ósculo de paz, y se le presenta á aquel que preside á los hermanos, pan y una copa de vino y agua. Y tomándolos, éste alaba la gloria del Padre en el nombre del Hijo y del Espíritu Santo y hace una larga acción de gracias que todo el pueblo ratifica, diciendo: Amén, es decir, en hebreo: Así sea. Hecho lo cual, los que nosotros llamamos diáconos, distribuyen á cada uno de los asistentes el pan, el vino y el agua consagrados por la acción de gracias, y lo llevan también á los ausentes.

„A este alimento le llamamos Eucaristía, y ninguno puede participar de él si no cree en la verdad de nuestra doctrina, si no ha sido re-

Digitized by Google

generado y purificado por el bautismo y si no vive conforme á las enseñanzas de Cristo. Porque para nosotros no es un alimento cualquiera ni es un pan común y una bebida ordinaria, sino que, como en virtud de la palabra de Dios, Jesucristo ha tomado, para nuestra salud, carne y sangre, y, según el curso ordinario de las cosas, aquel alimento ha de llegar á ser nuestra sangre y nuestra carne, siendo consagrado por la oración, que contiene las divinas palabras, viene á ser la misma carne y sangre de Jesucristo encarnado. El día, pues, del sol—así es como los paganos llaman al domingo—todos los que se hallan en la ciudad y en el campo, se reúnen en un mismo sitio. Si hay lugar á ello, se leen los comentarios de los apóstoles y los escritos de los profetas. Cuando el lector ha terminado, el que preside dirige un discurso al pueblo para exhortar á todos á imitar tan hermosos ejemplos y enseñanzas. Después nos levantamos todos juntos, y, hechas nuestras oraciones, hacemos el ofrecimiento dicho del pan, el vino y el agua. El Prelado celebra èn seguida la oración y la acción de gracias con todo el fervor de que es capaz, y el pueblo responde: Amén. Entonces se distribuyen á todos los presentes las cosas consagradas y se las envía también á los ausentes por medio de los diáconos. Los más ricos hacen ofrendas voluntarias, que se guardan por el Prelado, quien con ellas asiste á los huérfanos, á las viudas, á los enfermos, á los indigentes y á los extranjeros; en una palabra, á todos los que realmente lo necesitan. Y nos reunimos dicho día del sol, porque fué el primer día de la creación, aquel en que Dios hizo suceder la luz á las tinieblas, y el mismo en que Jesucristo resucitó de entre los muertos y apareció á sus discípulos enseñándoles cuanto acabamos de exponeros.„

En estas palabras tenemos un resumen de la antigua liturgia. La cual consistía entonces, como hoy, en la lectura de los profetas y los Apóstoles; es decir, de los escritos del Antiguo y Nuevo Testamento, en la ofrenda del pan y del vino mezclado con agua, en la oración en común entre toda clase de personas, en la celebración de las alabanzas de Dios, en la conmemoración de sus beneficios y en la consagración de los dones mediante las palabras que Jesucristo pronunció en la institución misma del Sacramento: "Este es mi cuerpo, esta es mi sangre„, y en la distribución de esos dones consagrados.

Según el bienaventurado mártir, en esta santa oblación consiste la parte más importante del culto divino. Por eso en esta apología la opone á los sacrificios de los idólatras, para probar que, sin razón alguna, acusaban á los cristianos de ateísmo. En el diálogo con Trifón sostiene que dicha oblación había sustituído los antiguos sacrificios de la ley, siendo ella la víctima pura, que después de la reprobación de los sacrificios judaicos debía, según la predicción de Malaquías, ser ofrecida en todo tiempo y lugar: "Si—dice el santo,—he aquí lo que nuestro Señor ha predicho respecto á los sacrificios que le ofrecemos en todas partes, es decir, tocante al pan y á la copa eucarística que, como hemos visto, no son un alimento común y una bebida ordinaria, sino la carne misma y la sangre del Ver-

Digitized by Google

bo de Dios encarnado„ (1). No se podría exponer más claramente la doctrina católica sobre el sacrificio de la Misa.

En fin, el santo acaba con estas palabras: "Si estas cosas os parecen conformes á la razón y á la verdad, respetadlas, y si sólo veis en ellas tonterías, despreciadlas si os agrada, pero al menos no condenéis á morir á gentes que no hacen mal alguno. Porque os anunciamos de antemano que no podréis escapar al juicio de Dios si perseveráis en esa injusticia, mientras que por nuestra parte siempre exclamaremos: Hágase la voluntad de Dios. Habríamos podido solicitar el ser juzgados conforme á las ordenanzas del grande é ilustre César Adriano, vuestro padre. Sin embargo, á este respecto, no hemos querido apoyar nuestra demanda, sino en la justicia de nuestra causa. Con todo, adjuntamos á ella una copia de aquellas ordenanzas, á fin de que veáis que aun en esto decimos la verdad„ (2).

Aunque el reinado de Antonino pasa como favorable para los cristianos y este emperador no sea puesto en el número de sus perseguidores, basta, sin embargo, leer esta apología para persuadirse de que en la misma Roma, á los ojos del emperador y de sus hijos, los cristianos eran perseguidos á muerte. Ningún tiempo es menos parecido á los tiempos de paz que los descritos por el santo mártir en estos términos: "Todo el mundo—dice dirigiendo su palabra á los príncipes,—todo el mundo os llama piadosos, filósofos, protectores de la justicia y amantes de la doctrina. Es necesario ver si lo sois en efecto. Respecto á los otros acusados, no los castigáis sino después de haberlos convencido de sus delitos, pero en cuanto á nosotros el solo nombre os basta para juzgarnos culpables de los crímenes que se nos imputan y para condenarnos sin misericordia. Pedimos que examinéis las acciones de los acusados; que el malo sea castigado por malo y no por cristiano y que el inocente, aunque sea cristiano, sea absuelto como inocente. Podríamos solicitar también, en virtud del rescripto de Adriano, que los delatores fueran severamente castigados; pero no queremos hacerlo, porque para ellos bastante suplicio es su misma ceguedad y su extremada malicia. Y aunque sabemos que la pena de muerte se haya decretado contra los que la confiesan, profesamos y confesamos, no obstante, la fe de cristianos. En cambio, vosotros parece que teméis que el mundo llegue á ser cristiano y que no encontréis culpables en quienes ejercer la severidad de vuestra justicia. Pensamiento es éste más propio de un verdugo que de un príncipe, y no es ésta, sin embargo, la idea que tenemos de vosotros. Al contrario, estamos persuadidos que amando como amáis la piedad y la filosofía, no queréis apartaros de la recta razón. Que, si á ejemplo de los hombres privados de sentido, preferís la costumbre á la verdad, no hacéis en ello sino lo que podéis hacer. Porque cuando los súbditos prefieren la opinión á la verdad, los príncipes mismos no pueden hacer muchas veces sino lo que hacen los ban-

(1) Dialog. núm. 41.
(2) S. Justin., *Apolog.*, I.

Digitized by Google

didos en los bosques„ (1). Como se ve, tal lenguaje no indica tiempos de paz para los cristianos, sino una persecución sangrienta. Y si Antonino se mostró á veces favorable á aquéllos, no fué ciertamente en esta época.

No eran tratados mejor que los de Roma los fieles del Asia y de Grecia. Así vemos que dirigen igualmente al emperador quejas sobre las vejaciones que sufrían de sus compatriotas. Una de las causas que excitaban más á los pueblos contra los cristianos eran las calamidades públicas. Los idólatras se imaginaban que eran un efecto de la cólera de los dioses, que se vengaban así de los ultrajes que les hacían los cristianos menospreciando su culto, y esto hacía que se hallaran persuadidos que, sólo con su sangre, podían aplacar la ira de sus divinidades ofendidas. Tal idea era confirmada por los sacerdotes paganos. Los cuales, cuando no conseguían, ni aun interponiendo la autoridad de los oráculos, inspirar los mismos sentimientos á los jueces y á los magistrados, excitaban al populacho á gritar en los teatros y en las plazas públicas:—¡Los cristianos á las llamas! ¡Los cristianos á los leones!

42. Bajo el reinado de Antonino, se sucedieron, tanto en Roma como en las provincias, diversas calamidades; entre otras un hambre cruel, la ruina del Circo, la inundación del Tíber, un incendio que consumió en Roma trescientas cuarenta casas, y un temblor de tierra que destruyó algunas ciudades en Asia y en la isla de Rodas. Tales azotes, con los cuales castigaba Dios las injusticias cometidas hacia el fin del anterior reinado, contra los cristianos, en vez de abrir los ojos á los impíos, sirvieron para cegarlos más aún; porque de aquí tomaron ocasión para renovar la persecución, que había quedado como adormecida por la muerte de Adriano. De todo esto tenemos una prueba cierta en el decreto que el emperador Antonio Pío envió á los comunes, ó mejor dicho, al Consejo general del Asia en favor de los cristianos que, como hemos visto, acababan de implorar su justicia. Este decreto que, según demuestran Tillemont, Pagi y Orsi, es del emperador Antonino, y no de Marco Aurelio, está concebido en los siguientes términos:

"El emperador Tito Elío Adriano Antonino Augusto Pío, soberano pontífice, el quinto año de su poder tribunicio, cónsul por tercera vez, padre de la patria, á los pueblos del Asia, salud:

„No dudo que los dioses sabrán descubrir á los cristianos, por más esfuerzos que éstos hagan por ocultarse, porque tienen á la vez más poder é interés que vosotros en castigar á los que rehusan adorarlos. Pero ya que no dejáis de molestar á esa gente, de acusarlos de ateísmo y de imputarles otras cosas, de que no presentáis nunca pruebas, cuidaros de no hacerlos más obstinados en sus sentimientos, porque está visto que antes que vivir prefieren morir por su Dios. Y si prefieren prodigar sus vidas á hacer vuestra voluntad, siempre quedarán vencedores y por encima de vosotros. En cuanto á los temblores de tierra pasados y presentes, bueno es advertiros que comparéis vuestra conducta con la suya. Cuando

(1) S. Justin., números 2, 4, 5, 7 y 13.

Digitized by Google

ocurren estas desgracias os desalentáis completamente, y en cambio ellos muestran entonces mayor confianza en Dios. En tales momentos abandonáis las cosas sagradas, y parece que desconocéis los dioses é ignoráis la manera de adorarles, pero al mismo tiempo os causan envidia aquellos que honran á Dios y los perseguís hasta la muerte.

„Algunos gobernadores de las provincias escribieron á mi divino padre respecto á estas gentes, y les contestó prohibiendo que se les molestara, á menos que no emprendieran alguna cosa contra el imperio romano. Otro gran número de aquéllos me han escrito á mí también sobre el mismo objeto, y les he dado idéntica respuesta á la de mi padre. Si, pues, se continúa molestándoles ó suscitándoles algunas dificultades como cristianos, que sea absuelto el acusado, aun cuando resulte ser tal cristiano; pero que el acusador sea castigado conforme al procedimiento y á las formas.„

Esta ordenanza fué promulgada en Efeso y fijada en la Casa consistorial del Asia, es decir, en el lugar donde los diputados de las ciudades se juntaban para deliberar en común acerca de los negocios públicos. Otra semejante se envió á diferentes ciudades, entre ellas á Larisa, Tesalónica, Atenas y, en general, á toda la Grecia. En el ejemplar del decreto, que refiere Eusebio, el emperador toma aún el nombre de Marco Aurelio. Se creía que esto era un error, pero se hallan otras inscripciones en que ese nombre va unido á los otros nombres de Antonino (1).

En virtud de estos rescriptos, la paz sucedió á la guerra, y la calma á la tempestad. Entonces, San Policarpo, San Justino y San Hegesipo, las tres personas más ilustres que entonces tuvo la Iglesia, gozando de alguna libertad, pudieron emprender diversos viajes, ora para su instrucción particular, ora para el bien general de la religión. En Roma, San Pío, que, después de la muerte de Higinio, ocupó la silla de San Pedro algunos años, había tenido por sucesor á San Aniceto. Bajo el pontificado de éste, Valentino y Marciano continuaron enseñando sus impiedades en la metrópoli del imperio y de la fe. No sin algún particular designio de la Providencia, llegó por entonces San Policarpo á Roma. Por su edad y por su celo y doctrina, gozaba de grande autoridad en la Iglesia. No sólo había conversado familiarmente con los Apóstoles y con otros discípulos del Señor, y en especial con San Juan, sino que había sido ordenado por ellos mismos Obispo de Esmirna. Penetrado de la doctrina de tan excelentes maestros y lleno de su espíritu, cada vez que oía las blasfemias de algún hereje, exclamaba:—¡Ah, Dios mío, y qué tiempos me habéis reservado!—Habiendo, pues, venido á Roma bajo el pontificado de Aniceto, tuvo ocasión aquí de devolver al seno de la Iglesia á muchos de aquellos á quienes Valentino y Marciano habían seducido, protestando y asegurándoles en alta voz que sólo la doctrina que esta Iglesia enseñaba era la que había aprendido de boca misma de los Apóstoles. Como encontrara un día al hereje Marciano y éste le preguntase que si le conocía,

(1) Euseb., l. IV, c. XXVI. Bullet., *Hist. du christian.*

Digitized by Google

—Sí—respondió.—Te conozco por el primogénito de Satanás.—Tal era el cuidado de los Apóstoles y de sus discípulos de no comunicarse ni con una palabra ni con un saludo amistoso, con los que corrompían la verdad (1).

43 En las conferencias que el Papa Aniceto tuvo con Policarpo acerca de algunos artículos sobre los cuales el último había venido á consultar con la Cátedra Apostólica, llegaron á hablar del tiempo de la celebración de la Pascua. Por lo que hace al día de esa celebración, la costumbre de la Iglesia romana era diferente de la de las Iglesias de Asia. En Roma, el día consagrado á esta gran fiesta, era el domingo siguiente al décimo cuarto del mes de Nisán, que, en parte, corresponde al mes de Marzo y al de Abril. En Asia se solemnizaba esta misma fiesta, según el rito judaico, el décimocuarto de la luna, y así como la costumbre de la Iglesia romana se remontaba hasta el príncipe de los Apóstoles, así también la de las Iglesias del Asia se apoyaban en el ejemplo de San Juan, quien en ésta como en otras observancias y prácticas condescendía benévolamente con los cristianos conversos del judaísmo, que formaban quizá la porción más importante de aquellas Iglesias.

Y si bien los predecesores de Aniceto, y principalmente Pío, Higinio, Telesforo y Sixto, no observaron nunca ni permitieron observar en la Iglesia romana otro rito; jamás arrojaron, sino antes bien admitieron en la comunión eclesiástica á los sacerdotes que venían á Roma de aquellas Iglesias donde se seguían usos y costumbres diferentes. Tal fué también la conducta de Aniceto, quien acogió á San Policarpo con todas las demostraciones de benevolencia y estima que correspondían al mérito de una tan alta é ilustre persona. Aprovechando la ocasión, le habló además de este artículo. Como San Policarpo gozaba de grande autoridad en las Iglesias de Asia, el santo Papa presumía, con razón, que si lograba persuadirle á conformarse á la Iglesia romana para la celebración de la Pascua, era cosa fácil ganar después los otros Obispos de aquella comarca.

No sin razón los soberanos Pontífices, tan tolerantes aún en aquel tiempo, comenzaron á no ver con buenos ojos la disciplina de los asiáticos. Hasta la última dispersión de los judíos bajo el imperio de Adriano, habíase permitido á la Iglesia de Jerusalén, compuesta principalmente de judíos convertidos, practicar las ceremonias mosaicas que no eran enteramente incompatibles con la observancia de los Evangelios. Con tal ejemplo, la misma tolerancia se hacía extensiva á las Iglesias que de alguna manera judaizaban, porque en su origen había sido allí considerable el número de circuncidados. Pero habiendo servido, en los designios de la Providencia, la espada de los romanos para librar enteramente la Iglesia misma de Palestina de la servidumbre de la ley mosaica, era necesario separar también en otras partes la semilla del Evangelio de las espinas de las instituciones legales. No parecía conveniente que los cristianos se uniesen á los judíos para entregarse á la alegría el día mismo

(1) Iren., l. III, c. III. Euseb., l, IV, c. XIV.

Digitized by Google

en que estos impíos habían dado la muerte á su Redentor, en vez de unirse á sus hermanos repartidos por todo el mundo, para solemnizar el día de su gloriosa resurrección.

Tenía, pues, Aniceto razones muy graves para persuadir á Policarpo á que abandonase sus antiguos usos. Pero la autoridad ó el ejemplo de San Juan pesaban en su espíritu más que todas las razones que en una conferencia pacífica y amigable le propuso el soberano Pontífice. Tal diversidad de opiniones no aflojó, sin embargo, entre ellos, los lazos de concordia. Al contrario, para honrar más á su huésped, quiso San Aniceto que celebrase en su presencia la Eucaristía en la Iglesia, separándose al fin después de haberse abrazado tiernamente y haberse dado el beso de paz. Esta controversia no volvió á promoverse hasta el pontificado de San Víctor, hacia el fin de este siglo (1).

Bajo el mismo pontificado de Aniceto llegó igualmente á Roma San Hegesipo, hombre también muy célebre en los fastos de la Iglesia. Era judío de nación, y de la profesión del judaísmo había pasado á la religión cristiana, lo que debió tener lugar en su juventud, supuesto que es contado entre los hombres ilustres que florecieron en tiempos muy próximos á los Apóstoles, y llamados, por esto, hombres apostólicos. Eusebio, después de haber hecho mención de Saturnino, Basílides y Carpócrates, que, especialmente bajo el imperio de Adriano, difamaron la religión en el espíritu de los gentiles por sus perversas doctrinas y sus costumbres depravadas, añade que no faltó á la verdad un gran número de abogados y defensores que la vengaron contra las herejías, no solamente de viva voz, sino también por sus escritos. Entre éstos pone en primer término y rango á Hegesipo, y deduce de sus obras que florecía bajo el mismo imperio de Adriano. Este santo, en efecto, describiendo el origen del culto de los falsos dioses, dice que la ceguedad gentílica les erigió desde luego templos y monumentos "como vemos—añade—que se hace al presente, pues se celebran aún espectáculos sagrados instituídos en nuestros días en honor de Antinoo, su esclavo, por el emperador Adriano„ quien levantó también en su honor una ciudad que llamó de su nombre Antinópolis, y estableció, para cuidar su templo, sacerdotes con el título de profetas, título que tomaban entre los egipcios los que ocupaban el primer rango en las cosas sagradas.

No podía Hegesipo emprender su viaje á Roma con una intención más recta y santa. A imitación de los antiguos filósofos de Grecia, que recorrían los países lejanos, la Italia, el Egipto y aun las provincias más remotas de Oriente, para conversar con los hombres más célebres de estas comarcas, y aprender de ellos la doctrina, la religión, la forma de gobierno y las leyes que reinan en las diversas naciones, del mismo modo Hegesipo, en su viaje á Roma, visitó los Obispos de gran número de Iglesias, á fin de instruirse en sus tradiciones y poder con más eficacia y seguridad oponer á los herejes la unión de las diferentes Iglesias del

(1) Iren., Socr , 1, V, c. XXI.

Digitized by Google

mundo en la misma fe, como una prueba invencible de que aquéllos se habían apartado de la doctrina de Jesucristo y de sus Apóstoles. Entre los Obispos y las Iglesias que visitó, Hegesipo hace particular mención de la de Corinto y de su obispo Primo á causa de haber tenido con él varias conversaciones tan agradables para el uno como para el otro, y haber reconocido que esta Iglesia había perseverado hasta entonces en la verdadera y santa doctrina.

Pero el fin principal de su viaje era Roma, el asiento de la religión, de la cual parten y en la cual terminan, como los rayos en su centro, todas las Iglesias del universo. Por esto, una vez que hubo llegado allí, se dedicó á componer la sucesión de sus Obispos, desde su origen hasta Aniceto, que ocupaba á la sazón la cátedra de San Pedro, y hace notar que éste tenía entonces por diácono á Eleuterio, quien, después de Sotero, le sucedió en el Pontificado. Eleuterio era Papa cuando Hegesipo escribió sus célebres comentarios cuya pérdida no será nunca bastante sentida. A lo que parece, éstos constituían el objeto y el fruto de sus viajes, porque en ellos había recogido todo cuanto de notable había sucedido en la Iglesia desde la Pasión de Jesucristo hasta entonces, habiéndolos escrito además en un lenguaje simple y sencillo, para imitar en lo posible el estilo de aquellos cuyas virtudes reflejaba. Murió hacia el año 180, bajo el imperio de Comodo, y su memoria se conserva en los fastos de la Iglesia (1).

44. Hacia el tiempo en que los santos Policarpo y Hegesipo llegaron á Roma, partió San Justino para el Asia. Ignoramos el motivo especial que le hizo emprender este viaje; pero como se había consagrado enteramente al servicio de Dios y de la Iglesia, y no sentía en su corazón otros negocios ni intereses que los de la religión, debemos creer que fué por ellos también por los que se movió en esta ocasión. No conocemos este viaje del santo mártir sino por su diálogo con Trifón. El cual, después de las Epístolas de los Apóstoles, y especialmente de las de San Pablo, constituye el documento más antiguo y más completo que nos queda para demostrar y defender la religión cristiana contra la perfidia judaica. Conviene, por consiguiente, dar una justa idea y un conocimiento sucinto del mismo.

A punto de partir de Efeso, y no esperando Justino para ello más que un tiempo favorable para la navegación, se paseaba un día en las galerías públicas de la ciudad, cuando encontró á un individuo á quien no conocía y que iba acompañado de otros seis. El desconocido le saludó políticamente, expresándole el deseo de conversar con él á causa de que por su vestido había conocido que era filósofo. Justino le saludó á su vez, preguntándole su nombre y su condición. Ingenuamente contestó aquél que era un hebreo llamado Trifón, que, arrojado de su patria por la última guerra, se había retirado á Grecia, residiendo habitualmente en Corinto, donde se había aplicado al estudio de la Filosofía, por lo cual se

(1) Euseb., l. IV, c. VIII. *Acta SS., 7 apot.*

Digitized by Google

complacía en departir con los filósofos. Manifestóle el santo su extrañeza de que, siendo judío no se dedicara á la lectura y al estudio de Moisés y de los profetas, en vez de entregarse enteramente al de los filósofos. Porque aunque estos últimos hayan hablado de Dios, conocido su unidad y disertado sobre su Providencia, hablaron, sin embargo, de estas cosas como si en la realidad hubiera varios dioses, y limitaron la Providencia á las cosas universales, á los géneros y las especies, negándola respecto de los individuos y personas particulares, y esto para gozar de plena libertad para hacer y decir cuanto les viniera en mientes, sin tener que esperar ni temer nada de la justicia divina.

En seguida refiere que él mismo, movido por el deseo de conocer á Dios, se había puesto bajo la disciplina y dirección de diferentes maestros, y hasta llegó á imaginarse que había aprovechado mucho en la escuela de un filósofo platónico (1), pero que, habiendo encontrado un día un anciano desconocido, éste le hizo comprender la vanidad de la Filosofía humana, y desde entonces se había dirigido á la fuente de la verdadera sabiduría, que es Jesucristo, predicho y anunciado otras veces por hombres inspirados por Dios. Sólo consagrándose enteramente al estudio de estos hombres superiores había llegado á ser verdadero filósofo, porque no hay otra Filosofía cierta y saludable. Y como deseaba que todo el mundo llegara á ser verdadero filósofo en este sentido, el santo dijo, volviéndose á Trifón: "Si, pues, tenéis también algún cuidado por vuestra salvación y alguna confianza en Dios, fácil os será, mucho más que á mí, que por entonces era completamente extraño á estas doctrinas, fácil os será, repito, mediante el conocimiento de Cristo y la participación de sus misterios, conseguir la verdadera felicidad„ (2).

A estas palabras rompieron á reirse los compañeros de Trifón, quien, por su parte, sonriendo modestamente, le respondió que, aplaudiendo todo lo demás, admiraba sobre todo su ardor por las cosas divinas; pero que habría conseguido más si, en lugar de engañarse con lisonjeros discursos y de haber seguido á hombres obscuros, hubiera continuado en la escuela de Platón ó de otro filósofo, ejercitándose en las virtudes morales. Quizá, movido de compasión, le hubiese Dios hecho partícipe de mejor suerte. Pero habiéndole abandonado para poner toda su confianza en un hombre, poca esperanza de salvación podía quedarle. Le exhortó, pues, á hacerse circuncidar y á seguir la ley de Moisés; "porque en cuanto á Cristo—añadió—no se sabe si ha nacido ya, ni el lugar donde se halle, debiendo quedar desconocido hasta que Elías venga á consagrarle y á manifestar su advenimiento á todo el mundo. Vosotros concedéis, no obstante, ligeramente gran confianza y fe á vanos rumores, y os figuráis y creéis ya en un Cristo, por quien moris mal aconsejados„.

Por aquí se ve que ya desde entonces los judíos no osaban decir que

---

(1) Justin., *Dialog. eum Tryph.*, n. 2.
(2) Ibid., N. 3.

Digitized by Google

el Mesías no hubiese venido y que, como lo han hecho siempre después, sólo buscaban vanas sutilezas para eludir las profecías.

Por lo demás, Justino, teniendo piedad del desconocido y de sus extravagancias, ofreció probarle que si los fieles habían abrazado la religión de Cristo, profesándola con tanta constancia, á pesar de los ultrajes de los hombres y los suplicios de los tiranos, era por haber creído, no en cuentos frívolos, sino en sólidas pruebas, y en razones llenas del espíritu, de la fuerza y de la gracia de Dios (1).

Los compañeros de aquél comenzaron de nuevo á reir y á gritar de una manera insolente. Justino se levantó para marcharse, pero Trifón le retuvo por el manto, suplicándole que no le dejara hasta que no hubiese cumplido su promesa. "Si así lo queréis—respondió el santo,—haced de manera que vuestros amigos sean prudentes y escuchen en silencio, que si negocios más apremiantes les obligan á marcharse á otra parte, que se vayan en paz; en cuanto á nosotros, busquemos algún lugar solitario y acabemos tranquilamente nuestra conferencia.„ Este partido fué aceptado por Trifón, y después que dos de los compañeros se hubieron retirado, se adelantó, en compañía de Justino y de los otro cuatro, hacia un sitio donde había dos asientos laterales de piedra, en uno de los cuales se sentaron Justino y Trifón, y en el otro, frente á frente, sus compañeros. Habiendo hecho mención uno de éstos de la última guerra de los judíos, el santo esperó á que acabasen de hablar de ella.

En seguida comenzó por preguntarles si no reprochaban á los cristianos el no observar las ceremonias mosaicas y si no los creían culpables de los crímenes que se les imputaban, como el comer carne humana en sus asambleas nocturnas, y entregarse en la obscuridad de las tinieblas á las más abominables impurezas, ó bien si no los condenaban por otra cosa que por haber abrazado una doctrina que, á su parecer, era falsa (2). Trifón contestó: "En cuanto á las diversas acusaciones que se os hacen, el vulgo no merece ninguna especie de crédito; la naturaleza repugna demasiadamente esas cosas. Al contrario, sé que los preceptos de vuestro Evangelio son tan grandes y tan maravillosos, que no creo que pueda nadie cumplirlos; porque yo he tenido la curiosidad de leerlos. Lo que más nos extraña, lo que nos cuesta más trabajo creer es que pretendiendo tener piedad y distinguiros de los otros, vivís, sin embargo, como el común de las gentes, sin circuncidaros, sin observar ni las fiestas ni el sábado, y sobre todo, que pongáis vuestra esperanza en un hombre crucificado.„ Y concluyó diciendo que si Justino les mostraba cómo los cristianos podían esperar alguna recompensa de Dios cuando precisamente no observaban su ley, él y sus compañeros le escucharían con gusto y en seguida examinarían otras dificultades.

Sería demasiado largo seguir al santo, paso á paso en esta conferencia, porque ella duró todo el día y aun el siguiente hasta la noche. Basta-

(1) Justin., N. 9.
(2) Ibid., N. 10.

Digitized by Google

rá con indicar sus principales puntos y objetos. El primero concierne á la ley de Moisés, que el santo mártir prueba por muchas razones haber sido abolida. El segundo á la divinidad de Jesucristo, su encarnación y crucifixión. El tercero á la vocación de los gentiles y de la Iglesia.

Se admira en todo este diálogo el gran estudio que el santo mártir había hecho de las Escrituras, y la profunda inteligencia que Dios le había dado de ellas, en particular de las profecías. Cita de éstas tantos y tan largos pasajes conforme se presenta la ocasión, que bien claro se echa de ver que las sabía de memoria. Todo lo que del Antiguo Testamento puede alegarse de más claro, fuerte y propio para convencer la obstinación judaica, lo emplea San Justino con una fuerza tan maravillosa que frecuentemente ni Trifón ni sus amigos sabían qué responderle. Y llegó á tal, que atacados en sus últimas trincheras, no queriendo, sin embargo, convenir en su derrota, volvían á las mismas dificultades ya esclarecidas, negando aquello de que ya estaban convencidos cuando se daban cuenta de las consecuencias que de ello se seguían. De esto se queja el santo con razón, más de una vez.

Por mucho esfuerzo que hicieron para escapar de sus argumentaciones, los obligó, sin embargo, á confesar varias verdades, que condenando la sinagoga, establecen la autoridad de la Iglesia. Como, por ejemplo, tocante al primer artículo; que Dios, al dar á los judíos, por conducto de Moisés, sus preceptos relativos á las ceremonias, lo hizo considerando la dureza de su corazón, dándoles con ellas un como freno que los alejara del culto de los ídolos, hacia el que sentían una gran inclinación (1). Que Dios había prometido en las Escrituras la institución de un nuevo Testamento, además de aquel que fué promulgado sobre el monte Horeb. Que esta nueva alianza había sido publicada, no como la antigua, en medio de relámpagos y truenos, sino de un modo dulce é insinuante, y propia para hacernos distinguir las reglas invariables de la justicia de aquellos otros preceptos dados á un solo pueblo para domar su orgullo y contener la dureza de su carácter. Trifón confiesa que todo esto se hallaba predicho en las Escrituras divinas. Admitidos estos principios, fácil era concluir que no debía reprocharse á los cristianos el no cumplir dicha ley, dada á los judíos únicamente para distinguirlos de las otras naciones; una ley sin la cual los antiguos patriarcas que precedieron á Moisés y á Abrahán llegaron á ser justos; una ley en la que, si bien se considera, no consiste la verdadera justicia, por lo que había sido abolida y reemplazada por la ley universal en el corazón de los fieles, quienes, antes de violarla, se hallaban dispuestos á sufrir los más crueles suplicios.

Respecto á la persona de Jesucristo, bien que Trifón y los que le acompañaban estuviesen persuadidos, como todos los judíos, que su Mesías, su Cristo, debía ser un hombre rodeado de toda la gloria de este mundo, y que todo lo alcanzase plenamente, más de una vez, sin embar-

(1) Justin., N. 67.

Digitized by Google

go, se vió obligado por el santo mártir á distinguir dos advenimientos de Cristo (1): en el uno, sujeto á los sufrimientos; en el otro, revestido de gloria para juzgar á todos los hombres con soberano imperio sobre todas las naciones y todas las monarquías. Trifón no pudo menos de convenir en que el santo le había probado, por testimonios irrecusables de la Escritura, que Cristo era un Dios personalmente distinto del que adoraban los judíos bajo la idea de Creador del universo (2). Y llegó hasta permitir que los gentiles le reconociesen y adoraran como á su Cristo, su Señor y su Dios, pero que no pretendieran obligar á ello á los judíos, á los cuales bastaba el culto del Creador (3).

Finalmente, habiendo demostrado el santo que Cristo debía ser verdadero Hijo de Dios y verdadero Dios; que su Padre debió enviarle á este mundo para ser luz de las naciones, que debió comunicarle su gloria, que este Hijo debía nacer de una Virgen y hallarse sujeto al sufrimiento y al dolor, Trifón lo admitió así, conviniendo en que todo esto era enteramente conforme á la idea que las divinas Escrituras nos dan de Jesucristo (4). No le quedaba más que una duda: ¿se puede demostrar verdaderamente que, según las profecías debiera sufrir una muerte tan cruel y tan infame como la de la cruz, visto que en los libros santos se pronuncia una maldición contra los que son condenados á este género de suplicio? Justino se aplicó entonces á probarle el misterio de la cruz con tal abundancia y claridad de textos, desarrollando sobre todo el Salmo XXI, donde se predicen tan evidentemente la Pasión y la crucifixión del Mesías, que ni Trifón ni sus amigos tuvieron nada que replicar. Parecía que el fruto de este discurso debió haber sido su conversión. Pero por más que haga el hombre exteriormente para sembrar, plantar y segar la tierra del corazón humano, ésta queda siempre estéril y la semilla de la divina palabra infructuosa, si Dios no la vivifica y la fecunda con la virtud de su gracia.

Y debían parecer tanto menos alejados de la religión de Cristo cuanto nada habían tenido que oponer á los pasajes tan claros donde el santo mártir les había mostrado predichos varios siglos antes lo que entonces se veía tan evidentemente cumplido tocante á la reprobación de la nación judía y á la vocación de todos los pueblos por el culto del verdadero Dios. Nada tuvieron tampoco que responder cuando les aseguró que los dones de las profecías habían pasado de la sinagoga á la Iglesia (5); que los demonios, conjurados por el nombre de Jesucristo, no podían resistir á su divino poder (6); que cuanto más se persiguiera á los fieles, más se multiplicarían. "Es cosa manifiesta—dijo el santo—que ni descuartizarnos, ni crucificarnos, ni aprisionarnos ni arrojarnos á las

(1) Justin., N. 85.
(2) Ibid., N. 36, 38, 49.
(3) Ibid., N. 63, 129.
(4) Ibid., N. 64.
(5) Ibid., N. 89.
(6) Ibid., N. 85.

Digitized by Google

bestias ó á las llamas, nada puede impedirnos confesar á Jesucristo. Al contrario, cuanto más se nos maltrata más aumenta el número de los fieles y de los que abrazan la piedad verdadera; sucediéndonos en esto lo que vemos que pasa en las vides, cuando se las corta algunas ramas brotan otras nuevas, más fecundas y vigorosas„ (1).

Todos escuchaban en silencio mientras el santo les probaba que Jesús era el verdadero Mesías (2), por la bendición repartida en su nombre, según la promesa hecha á Abrahán, sobre todas las naciones del universo; de suerte que no había pueblo alguno donde su nombre no fuera conocido, ni clase de hombres en la cual no hubiese sufrido un gran número los más crueles suplicios antes que negarle. Este mismo nombre había venido á ser así no solamente terrible á los demonios, sino también formidable á todos los reinos de la tierra y á todos los poderes temporales. Porque aunque los emperadores, los reyes, los príncipes, los magistrados no hubieren aún abrazado la religión, más de una vez, sin embargo, quedaban extrañados y confusos viendo los milagros de los cristianos y aumentar sin cesar su número, en medio de las más violentas persecuciones. No pudiendo negar estas cosas por ser demasiado notorias, los judíos las escuchaban sin decir nada. Y nada hubieran podido replicar, porque el santo, previniendo sus objeciones, procuró probarles que no se podían aplicar las profecías que hablan de la vocación de los gentiles al pequeño número de prosélitos que los judíos procuraban hacer entre las naciones. No le fué difícil al santo demostrarles que sus pretensiones á este respecto eran vanas y ridículas; porque tan pequeño número no respondía de ninguna manera á la magnificencia de las divinas promesas, y además que los que pasaban al judaísmo no formaban aquel nuevo pueblo al que Dios había prometido una nueva alianza, un nuevo espíritu y una nueva ley.

Ni Trifón ni sus compañeros tuvieron nada que oponer á tantas razones, por lo cual, habiendo dejado de hablar Justino, aquél quedó algún tiempo pensativo (3). En seguida declaró, en su nombre y en el de sus compañeros, que habían tenido gran placer en su conferencia, de la cual habían sacado mucho más de lo que esperaban. Añadió que habrían conseguido más ventajas aún si hubieran podido reunirse frecuentemente para examinar las divinas Escrituras; pero como estaba para partir y esperaba cada instante ponerse en camino, le suplicaban se acordara de ellos y los considerase como verdaderos y fieles amigos. El santo respondió que, por su parte, tenía iguales deseos y haría con gusto todos los días lo mismo, á poder permanecer en Efeso; pero que los exhortaba á preferir en los asuntos de su salvación á la opinión de sus rabinos la doctrina del Cristo de Dios omnipotente. En fin, deseándole un viaje feliz y una navegación favorable, se despidieron de él, mientras el santo, de-

(1) Justin., N. 110.
(2) Ibid., N. 121.
(3) Ibid., N. 142.

Digitized by Google

seándoselo también, les decía que el mayor bien que podía desearles era el llegar á conocer que sólo por este camino se alcanzaba la verdadera inteligencia humana, comprendiendo, como él, que Jesús es el verdadero Cristo de Dios (1).

San Justino tuvo esta conferencia con Trifón bajo el reinado de Antonino Pío, según se desprende de las palabras siguientes: "No os es permitido perseguirnos, á causa de los que al presente tienen el imperio; pero cuando tenéis ocasión ó medio de hacerlo, desencadenáis contra nosotros vuestro furor„ (2). Por donde se ve que los cristianos se hallaban entonces bajo el imperio de un príncipe que los protegía contra sus enemigos. En tiempos de persecución manifiesta, no habría faltado á los judíos ocasión, si no de matar por sí mismos á los cristianos, al menos de unirse á los gentiles para excitar, como lo hicieron frecuentemente, su furor contra ellos. San Justino no pudo hablar del poder que tuvieran los judíos para perseguir á los cristianos, cuando ellos se levantaron con las armas en la mano y bajo la dirección de Barcocheba, para sacudir el yugo del imperio, porque dicho poder les había sido quitado por Adriano, y cuando es muy claro que no fué bajo el reinado de éste cuando tuvo lugar el encuentro del santo mártir con Trifón. Así es necesario entender esa especie de poder que les había quedado, aun después de su último desastre, de maltratar á los cristianos cuando se manifestaba alguna persecución contra éstos por parte de los gentiles. Lo que les reprocha en otros lugares del mismo diálogo, como cuando dice: "Por lo que hace á vosotros, no solamente son arrojados los cristianos de sus posesiones y de sus bienes, sino de todo el universo, sin que puedan encontrar en ninguna parte seguridad para sus vidas„ (3). Y en otra parte: "En cuanto á lo que á vosotros se refiere, cada vez que os es permitido, procuráis manchar vuestras manos en nuestra sangre„ (4). Ciertamente, no fué Marco Aurelio, sucesor de Antonino, quien quitó esta facultad á los judíos, porque como veremos, no fué nunca favorable á los cristianos y los dejó durante su reinado ser el blanco de sus perseguidores. De todo ello es necesario concluir, que este diálogo debe referirse á la época en que Antonino, movido por las apologías del santo mártir y de los otros hermanos de Asia, comenzó á mostrarse favorable á los cristianos, y puso fin por sus edictos á las violencias á que habían estado expuestos en todo el imperio.

Justino había prometido escribir su diálogo como prueba de su sinceridad, porque habiendo dicho á Trifón que Jerusalén sería reedificada y en ella reinarían los santos con Jesucristo, este judío no quiso creer que tal fuera su parecer, sino que hablaba así para evitar las objeciones y quedar vencedor en la disputa. Ofendido de esta sospecha, el santo contestó: "No soy, oh Trifón, tan desgraciado, que pueda tener una cosa en el

---

(1) Justin., *Dialog. cum Triph.*
(2) Ibid., N. 16.
(3) Ibid., N. 110.
(4) Ibid., N. 133.

Digitized by Google

pensamiento y otra en la lengua. Ya os lo he dicho, y lo repito, que no soy yo sólo de este parecer, sino que hay otros muchos de la misma opinión y lo consideramos como cierto é indudable. No quiero ocultar, sin embargo, y ya lo he dicho expresamente, que entre los buenos y sinceros cristianos hay también muchos de una opinión contraria. Y para que estéis seguros que no quiero engañaros, sabed que tengo proyectado escribir estas conferencias que juntos hemos sostenido y en ellas profesaré públicamente este artículo, como lo hago ahora delante de vosotros„ (1).

El santo cumplió su palabra. Es verosímil que de regreso á Roma, donde había fijado su domicilio, escribió allí este diálogo, en el cual trata de sostener su error acerca del reino de los mil años, por muchos textos de las divinas Escrituras, entre los cuales cita el Apocalipsis como un libro escrito por San Juan, uno de los Apóstoles del Señor. Todo el mundo sabe cuánto han abusado los novadores de este error, que San Justino compartió con otros Padres, para atacar la autoridad de las tradiciones. Pero esto mismo sirve para confundir su temeridad; porque el santo nos enseña, que á pesar del testimonio de Papias, primera fuente de este error para los católicos, que aseguraba haberlo recibido de los discípulos de los Apóstoles, á quienes sin duda había entendido mal, en la Iglesia había muchos que atacaban esta doctrina. Y esto hace ver, que siempre fué mirada como opinión particular, y no como dogma, que la Iglesia universal testimonie haberle sido transmitido por conducto de las tradiciones apostólicas.

45. El emperador Antonino murió el año 161, después de haber reinado veintidós. Según la costumbre, se le convirtió en un dios. Marco Aurelio, su hijo adoptivo, le sucedió, dividiendo la dignidad imperial con su hermano adoptivo, Lucio Vero, de suerte que por la primera vez se vieron dos emperadores ó dos Augustos. Al nombre de Antonino, que llevaba por su adopción, Marco Aurelio juntaba el de filósofo, porque desde su infancia se había dedicado al estudio de la tilosofía.

Si para merecer el nombre de filósofo ó amante de la sabiduría es necesario amar, como San Justino, la verdad sobre todas las cosas, buscarla con ardor infatigable, profesarla, una vez hallada, con valor, publicarla altamente y disipar los errores y las prevenciones que impiden á los hombres reconocerla, no hay duda que Marco Aurelio de nada tenía menos que de filósofo. Luminosas apologías le habían sido presentadas por filósofos cristianos; desde hacía un siglo, millares de personas de toda edad, sexo y condición, á costa de su fortuna y de su vida, abjuraban públicamente el culto de los ídolos para adorar, por una santa religión, el sólo Dios verdadero; en sus escritos, él mismo da testimonio de la constancia de los fieles en sufrir la muerte. Y sin embargo, este filósofo tan ensalzado, no conoció, ni la extravagancia de la idolatría ni la extravagancia criminal de adorar, en lugar del sólo Dios verdadero, una multi-

(1) Justin., N. 80.

Digitized by Google

tud confusa de dioses adúlteros, incestuosos, parricidas, ó bien por la más grande de las maldades; habiendo conocido la verdad, puso todo su empeño en ocultarla al conocimiento de los hombres; en lugar de instruir él mismo á los diversos pueblos de su imperio, hizo morir á todos los que, siendo más filósofos que él, hacían profesión de ella y la anunciaban sin temor; en lugar de desengañar á los romanos de sus divinidades escandalosas, las aumentó, añadiendo algunas nuevas.

Lucio Vero, su hermano adoptivo y su colega en el imperio, igualaba, por sus desarreglos, á los Tiberios y Nerones. Después de haberlo sufrido muchos años sin protestar, Marco Aurelio le envenenó, según el rumor público, que Dión Casio da como verdadero, é hizo de él en seguida un Dios (1). Faustina, su mujer, hija de Antonino, sobrepujó á su madre por la disolución de sus costumbres y su crapuloso libertinaje. Algunas veces se trató de inclinar á Marco Aurelio á que la repudiara; pero el tan celebrado filósofo, respondía: "Si repudiamos la mujer, será necesario repudiar también la dote. Y esta dote era el imperio. Lejos, pues, de reprocharle sus adulterios, concedía honores á aquellos con quienes los cometía y que eran designados hasta en el teatro por la voz pública (2). En sus escritos da las gracias á los dioses por haberle concedido una mujer tan virtuosa (3). En vida le confirió el título de *Madre de los ejércitos,* ó el sobrenombre de la *Pudorosa* (4). A su muerte la consagró como diosa, la levantó un templo, estableció en su honor una comunidad de jóvenes, llamadas Faustinianas, y obligó á los recién casados á ofrecerle un sacrificio como á su divinidad tutelar. Así lo aseguran á la vez Julio Capitolino y Dión Casio (5). Después de haberles conferido los honores divinos á su mujer y á su colega, tomó toda clase de precauciones para legar el imperio á Comuodo, su hijo, cuyas inclinaciones anunciaban desde su infancia otro Nerón. A tal fin lo hizo sacerdote, pontífice, cónsul, césar, emperador, antes de la edad de diecinueve años.

Comunmente se ha supuesto, con Tertuliano, que Marco Aurelio no publicó contra los cristianos ningún nuevo edicto, y que las persecuciones que tuvieron lugar bajo su imperio fueron sólo ocasionadas por el furor de los pueblos y por la debilidad ó malquerencia de los magistrados. Pero hay equivocación en esto. En las actas de un célebre mártir de Autún, que todos los buenos críticos colocan bajo este emperador, el juez hace leer el siguiente decreto: "El emperador Aurelio á todos sus administradores y oficiales: Hemos sabido que los que en nuestros días se llaman cristianos violan las disposiciones legales. Arrestadles, y si no sacrifican á nuestros dioses, castigadlos con diversos suplicios, de tal suerte que la justicia se una á la severidad, y el castigo cese cuando cese el cri-

---

(1) Jul. Capit. M. Ant. phil., n. 16. Dion., l. LXXII.
(2) Si uxorem dimittimus reddamus et dotem. Jul. Capitol. 12.
(3) N. 29.
(4) L. 1, n. 17.
(5) Jul. Capitol., n. 19 y 26.

Digitized by Google

men„ (1). Como se ve, el crimen que era necesario castigar era la fidelidad á la religión cristiana; la apostasía exceptuaba de la pena. Melitón, Obispo de Sardes, dirá lo mismo en su apología de Marco Aurelio en persona, "que los cristianos del Asia Menor eran perseguidos, según los nuevos edictos, con más violencia que nunca„ (2). Marco Aurelio era, pues, filósofo en el mismo sentido que el epicúreo Celso, quien por entonces escribía contra los cristianos en el mismo sentido que Crescente, *el Cínico,* que, vencido por San Justino en la disputa, le denunció y le hizo castigar á muerte.

Los filósofos se irritaban de ver á los cristianos descubrir las contradicciones, los absurdos y el ridículo de sus diversos sistemas, y oponerles la Filosofía grande y sublime de los primeros hombres, Filosofía una, como Dios, del cual es el pensamiento, inmensa, como Él, en sus puntos de vista, y como Él, sin embargo, al alcance de los más simples. Temían que esta divina Filosofía, una vez extendida, hiciera que se les mirase como á unos charlatanes semejantes á los que Luciano les representaba desde entonces en sus diálogos. El populacho veía por su parte con disgusto una religión que condenaba todo cuanto él amaba, los sangrientos espectáculos del circo, la licencia y disolución de las fiestas paganas. Añádase á esto los sacerdotes de los ídolos, que eran en Roma los primeros personajes del Estado, y tenían á su cabeza, bajo el título de soberano pontífice, al jefe mismo del imperio.

46. Si como hombre tenía Marco Aurelio un gran fondo de bondad natural, como filósofo tenía una buena dosis de vanagloria. Su preceptor le daba el ejemplo de ella. Era un estoico llamado Apolonio. A invitación de Antonino, vino de Calcis, en Siria, á Roma. Era éste un viaje de cuatrocientas á quinientas leguas. Cuando Antonino supo su llegada, le invitó á ir á Palacio para presentarle su discípulo. El filósofo respondió que no era propio del maestro ir en busca del discípulo, sino del discípulo ir á buscar al maestro. Después de haber andado quinientas leguas para vender más caras sus lecciones, rehusó, por vanagloria, andar quinientos pasos más. El indulgente Antonino dijo sonriendo:—Ha sido más fácil á Apolonio venir de Calcis á Roma, que de su alojamiento al Palacio.—Y le censuró igualmente su avaricia—dice Capitolino,—concediéndole grandes salarios„ (3); porque los filósofos de este tiempo, repitiendo sin cesar que el sabio no tiene necesidad de nada, aceptaban voluntariamente pensiones de seiscientas piezas de oro (4). De éstos era el estoico Apolonio.

Marco Aurelio asistió á su escuela y á la de otros sofistas aun después de ser emperador. Su natural bondad llegó á convertirse en una especie de apatía estoica, que llevó muchas veces hasta la afectación y la

---

(1) Jul. Capitol., n. 26. Dion., l. LXXI, n. 3.
(2) *Acta SS.,* 22. Aug., *Acta S. Symph. Ruinart.* Euseb., l. IV, c. 26.
(3) Sul. Capitol. Antonin., n. 16.
(4) Taciano, *Discurso sobre los griegos.*

Digitized by Google

hipocresía; como cuando, después de la muerte de su prostituta mujer, dió las gracias á los dioses por habérsela concedido tan excelente.

Para adquirir la reputación de buen príncipe, por una superstición real ó solamente fingida, se mostró el más devoto de los idólatras. Antes de partir para la campaña de Germanía, y á fin de captarse la voluntad de los dioses, les preparó durante siete días un solemne festín. Suntuosas mesas fueron colocadas en los templos, en las que se sirvieron los más exquisitos manjares á sus ídolos de madera, de piedra y de metal, que eran colocados alrededor de aquéllos en ricos cojines. El emperador dió tanta importancia á tales ceremonias, que la expedición fué retardada por ellas, y con su ocasión se inmolaron tantos bueyes de color blanco que los mismos paganos, riéndose, hacían circular, bajo el nombre de bueyes blancos, la petición ó el epigrama siguiente: "Los bueyes blancos al emperador Marco Aurelio: Si tú vuelves vencedor, nosotros estamos perdidos„ (1). Véase cómo la Filosofía sobre el trono curaba la superstición de los pueblos. Otras víctimas que inmoló á sus ídolos fueron los cristianos.

47. Entre el pequeño número de éstos de los que tenemos la historia fiel, ó al menos sin alteración notable, ocupa el primer lugar la de Santa Felicidad y sus siete hijos. Aunque su martirio fué colocado por algunos bajo Antonino Pío, nos parece, sin embargo, más verosímil ponerle en el reinado de Marco Aurelio, porque en las actas se hace mención de varios Augustos, y esto ocurrió en el imperio romano por primera vez cuando Marco Aurelio elevó á Lucio Vero á esa suprema dignidad.

Lo que ocasionó esta persecución fueron las sugestiones de los pontífices paganos. Los cuales le presentaron al supersticioso emperador de tal manera irritados contra él y el imperio á sus ídolos, exponiéndole además los insultos que les hacía Felicidad y sus hijos, que el único medio de apaciguar á aquéllos era obligar á esta ilustre viuda y á su numerosa familia á adorarlos. En las actas vemos también otro motivo por el cual el emperador, los magistrados, los sacerdotes de los ídolos y el pueblo, fueron movidos á las persecuciones contra los cristianos, á saber, las calamidades públicas que afligieron al imperio durante todo el reinado de Marco Aurelio.

El emperador ordenó, pues, á Publio, prefecto de Roma, que obligara á Felicidad y á sus hijos á calmar la cólera de los dioses por medio de los sacrificios. El prefecto quiso ante todo emplear para ello recursos dulces y amistosos. Pero la santa viuda protestó valientemente que ni sus promesas podrían reducirla ni sus amenazas quebrantarla.—Porque tengo conmigo—dijo—el Espíritu Santo, que no me dejará vencer por el diablo y estoy por ello cierta que te venceré en vida, y después de la muerte triunfaré de ti más seguramente.—Desgraciada—dijo Publio—

---

(1) Amiano Marcelino, l. XXV, n. 4. — Οἱ λευκοὶ βόες Μορχῷ τῳ Καίσαρι ἂν σῳ νικήσῃς, ἡμεῖς ἀπωλόμεθα. Jul. Capitol., n. 13.

Digitized by Google

si tantos encantos tiene para ti la muerte, no impidas, al menos, vivir á tus hijos.—Mis hijos vivirán—replicó la santa—si rehusan sacrificar á los ídolos, pero si, por desgracia, cometieran semejante crimen su perdición será eterna.

Después de haber terminado sin éxito esta conferencia particular, el prefecto constituyó al siguiente día su Tribunal en la plaza de Marte, é hizo comparecer allí á la santa matrona y á sus hijos.—Ten piedad — le dijo entonces el prefecto—de tus hijos, jóvenes que se hallan en la flor de su edad, con las esperanzas más lisonjeras.—Tu compasión—contestó la madre — es una impiedad, y tus dulces palabras constituyen la mayor de las crueldades.—Y volviéndose á sus hijos:—Mirad arriba, y considerad el cielo, hijos míos. Allí está Jesucristo y os esperan los santos; combatid por vuestras almas y mostraos dignos y fieles á su amor.—A estas palabras, Publio hizo que le dieran una bofetada, diciendo:—¿Cómo osas en mi presencia despreciar las órdenes de nuestros señores?—En seguida llamó, uno después de otro, á los siete jóvenes.

Habiendo confesado el primero osadamente, fué azotado y encarcelado. El segundo, llamado Félix, confesó también y fué puesto en prisión. Felipe, el tercero, una vez en presencia del pretor, éste le dijo:—Nuestro señor el emperador Antonino (Marco Aurelio llevaba también este nombre) te ordena sacrificar á los dioses todopoderosos.—A lo que Felipe contestó:—Esos en cuyo honor se quiere que yo sacrifique, ni son dioses, ni todopoderosos, sino vanos simulacros privados de sentimientos, y todo el que sacrifique en sus aras se precipita en una eterna desventura.—Al momento fué arrancado Felipe de la presencia del pretor, y á Silvano, que ocupó su lugar, Publio le habló de este modo:—A lo que veo conspiráis, con la más ruin de las madres, contra las órdenes de los príncipes, para correr todos juntos á vuestra perdición.—Si temiéramos — dijo Silvano—esta pérdida pasajera, caeríamos en un eterno suplicio. Mas como sabemos con certeza qué recompensas esperan á los justos, y qué castigos aguardan á los pecadores, despreciamos sin miedo la ley de los hombres para observar las leyes de Dios. Porque los que desprecien los ídolos, y sirvan á Dios Todopoderoso, hallarán la vida eterna; pero los que adoren á los demonios, caerán, con ellos, en el fuego eterno.—Alejandro siguió á Silvano.—Ten compasión de tu edad; salva una vida que está aún en la infancia, sacrifica á los dioses, y llegarás á ser amigo de los emperadores. — Por mi parte — respondió Alejandro,— soy servidor de Jesucristo, á quien confieso de palabra, creo de corazón y adoro sin cesar. La edad tierna que veis, tiene la prudencia de la edad madura cuando se adora á un sólo Dios; y vuestras divinidades serán precipitadas, con sus adoradores, en un suplicio eterno.—Vital, el sexto, respondió con igual constancia, y Marcial, el último de los siete, fué puesto en presencia del pretor, que le dijo: - Vosotros solos os acarreáis vuestra desgracia, despreciando las órdenes de los Augustos.—¡Ah! ¡Si supieráis—contestó Marcial — qué tormentos están reservados á los que adoran á los demonios! Dios difiere aún hacer brillar su venganza sobre vosotros y sobre

Digitized by Google

vuestros ídolos; pero todos los que no confiesan que Jesucristo es verdadero Dios, serán arrojados al fuego eterno.

Publio llevó el proceso verbal de este interrogatorio al emperador, quien envió los siete hermanos á diferentes jueces, para hacerlos morir de diferentes suplicios. Así el primero expiró bajo látigos armados de balas de plomo en sus puntas. El segundo y el tercero fueron molidos á garrotazos. El cuarto fué precipitado desde una altura. Al quinto, sexto y séptimo, se les cortó la cabeza. Por último, después de haber, por sus lágrimas y apremiantes exhortaciones, como parido de nuevo á la vida eterna y enviado al cielo su numerosa familia, la madre tuvo igualmente la dicha de ser decapitada por amor de Jesucristo. Esta santa es justamente celebrada, como más que mártir, por haber sufrido en sus hijos un martirio renovado siete veces. Su memoria ha sido siempre ilustre en la Iglesia, así como la de sus hijos. Como fueron condenados á muerte por diversos jueces, y en lugares distintos, sus santos despojos fueron también depositados en cementerios diferentes. Los de Félix y Felipe, en el cementerio de Priscila; los de Marcial, Vital y Alejandro, en el de los Jordanés; los de Silvano en el cementerio de Máximo; y, en fin, los del restante en el de Pretexto (1).

48. La persecución no era menos enconada en Asia que en Roma. Tenemos la prueba de ello en la célebre epístola de la Iglesia de Esmirna á la de Filadelfia y á todas las Iglesias del mundo, referente al martirio del muy santo Obispo Policarpo. En ella se dice que éste fué como el sello de esta persecución, porque tuvo la gloria de poner fin á ella y de vencer al infierno con su muerte. Otros mártires habían allí combatido también antes que él. Aunque no sabemos sus nombres, á excepción del de Germánico, la misma epístola nos da á conocer su paciencia, su amor por Dios, y su valor para sufrir los más horribles suplicios. "Fueron—dice la carta—de tal manera desgarradas sus carnes por los azotes, que no solamente quedaban sus huesos al descubierto, sino que se les veía el interior del cuerpo y hasta las venas y las arterias. Tocados á compasión los asistentes, se quejaban; pero, por su parte, ellos ni arrojaban un grito ni un suspiro, como si hubieran sido extraños á sus cuerpos, ó como si Jesucristo los consolara con su presencia. El fuego parecía frío á los que por su medio eran atormentados, porque de una parte, miraban aquel eterno fuego que jamás podrá extinguirse, y de otra, las recompensas prometidas á los que perseveran; bienes inefables que el ojo del hombre no ha visto, que no ha oído su oreja, ni imaginado su corazón; pero que, desde entonces, el Señor hacía brillar á sus ojos, porque no eran ya hombres, sino ángeles. Los que fueron condenados á las fieras, sufrieron largo tiempo diversas torturas en la prisión. El tirano se lisonjeaba de hacerles renegar de Cristo; mas las astucias del infierno fueron vanas. El que manifestó más valor, sosteniendo á los demás con su ejemplo, fué el esfor-

(1) Apud. Ruinart, et *Acta Sanctorum,* 10 jul.

Digitized by Google

zado Germánico. En el momento mismo del combate, el procónsul le exhortaba á tener piedad de su juventud; sin responder nada, se adelantó hacia las bestias, á fin de salir más pronto de este mundo impío. Sorprendido é irritado por este heroico valor, el pueblo gritó con una sola voz:—¡Abajo los ateos! ¡Que se busque á Policarpo!

„Un hombre imprudente y temerario, llamado Quinto, frigio de nación, obscureció, sin embargo, por su parte, esa gloria del nombre cristiano. El mismo se había presentado al procónsul, arrastrando á otros tras de sí. Mas cuando vió las bestias y oyó sus rugidos, palideció de horror, y se dejó persuadir por las exhortaciones del procónsul á jurar por la fortuna de César y á ofrecer sacrificios. Es por esto por lo que no aprobamos—dice la Iglesia de Esmirna—á los que se presentan ellos mismos á los jueces; porque esto no lo enseña el Evangelio.„

Pasa en seguida la carta á narrar el martirio de Policarpo. El cual supo los clamores del pueblo sin conmoverse. Su intención fué, desde luego, la de permanecer en la ciudad; pero cediendo á las súplicas de muchos, se retiró á una pequeña quinta, bastante próxima, acompañado de algunas personas. Toda su ocupación, de día y de noche, era orar, según su costumbre, por todas las Iglesias del mundo. Tres días antes de ser arrestado, tuvo una visión, en la que le pareció ver ardiendo la cabecera de su lecho. Comprendió bien pronto el sentido misterioso de este sueño profético, y dijo á sus compañeros:—Yo debo ser quemado vivo.—Como continuaran las persecuciones, pasó aún á otra casa de campo. Los que le buscaban llegaron, sin embargo, allí bien pronto. Y no encontrándole, detuvieron á dos criados. Uno de los cuales, sometido á la tortura, prometió descubrirlo todo, y cual otro Judas, traicionando á su maestro, se puso á la cabeza de los soldados, que marcharon armados, como para prender á un asesino ó á un ladrón famoso. Llegaron á la casa y encontraron al santo reposando en una alta cámara, de donde podría haber escapado por otro lado; pero no quiso él hacerlo así, y dijo:—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—En su consecuencia, salió á su encuentro, y les habló sin perder su calma. Sus afables maneras, su aire lleno de majestad y la dulzura de sus palabras, les inspiraron por su persona un respeto tan profundo, que sorprendidos y fuera de sí mismos, no podían alcanzar la razón por la que los magistrados se preocupaban tanto por la prisión de un anciano de esta edad y de este mérito. Por su parte, el santo, les hizo dar de comer y de beber cuanto quisieron, les suplicó le permitieran retirarse durante una hora para orar libremente. Y habiéndolo obtenido, prolongó su oración no solamente una hora sino dos, con tan gran fervor, que todos los que le oían quedaban maravillados, y algunos sintieron haber venido á prender á tan divino anciano.

Acabada su oración, y habiendo llegado la hora de partir, fué conducido á la ciudad montado en un asno Herodes el Iresiarca, y su padre Nicetas, vinieron al encuentro y le subieron en su carro. Herodes, habiéndole, en virtud de su cargo, hecho subir á su coche, procuró, como su padre, ganarle por medio de dulces palabras, diciéndole entre otras:—¿Qué

Digitized by Google

mal hay en decir Señor César, sacrificar y salvarse?—Los paganos aplicaban á sus Césares el nombre de Señor en un sentido que no convenía más que á Dios. Policarpo no respondió desde luego nada; mas como le apremiaran cada vez con mayor insistencia:—No—dijo resueltamente,—no haré nada de lo que me aconsejáis.—Entonces le colmaron de injurias y le arrojaron del carro con tal precipitación, que, al caer, se hirió una pierna. No se quejó por ello el santo, sino que, como si nada sintiese, marchó alegremente en medio de los soldados y se dejó llevar al anfiteatro. El ruido era allí tan grande, que nada se oía. Cuando entró en él se oyó, sin embargo, una voz del cielo que dijo:—¡Valor, Policarpo, tente firme!—Nadie vió al que hablaba; pero todos los cristianos que se hallaron presentes oyeron la voz.

Cuando el pueblo supo que se hallaba preso, se levantó un gran tumulto. Se le presentó al procónsul, quien le preguntó si era Policarpo, á lo que respondió que sí. El procónsul le exhortó á renegar de Jesucristo, á tener piedad de su avanzada edad, y, haciéndole otras reflexiones semejantes, concluyó por estas palabras:—Jura por la fortuna de César, vuelve en ti y di: "¡Abajo los ateos!„—Era ésta una exclamación ordinaria contra los cristianos. Policarpo miró con mirada severa á toda la multitud del pueblo infiel que se hallaba reunida en el anfiteatro, extendió las manos hacia ellos, levantó los ojos al cielo y exclamó suspirando:—¡Abajo los ateos!—El santo mártir pronunció estas palabras en bien diverso sentido del que el procónsul deseaba. Por ateos ó impíos éste entendía los cristianos; el otro, los gentiles; el uno quería que fueran exterminados los adoradores del verdadero Dios; el otro pedía que no hubiera ya más idólatras, sino que todos se convirtieran á su religión. Por eso al pronunciar dichas palabras tenía la mano extendida hacia el pueblo profano y las miradas elevadas al cielo.

El procónsul le apremiaba aún á jurar por la fortuna de César y á decir injurias de Cristo; pero Policarpo respondió:—Hace ochenta y seis años que sirvo á Jesucristo y no me ha hecho mal alguno; ¿cómo podría yo blasfemar de mi Rey y Salvador?

A pesar de esta respuesta tan bella y tan digna de un anciano Obispo, de un discípulo de los Apóstoles, el procónsul no se dió por vencido. Al contrario, repetía con más fuerza:—Jura por la fortuna de César.—Lo que en el espíritu de los paganos equivalía á decir:—Jura por el genio y la divinidad de César.—Si creéis—replicó el santo—que redunda en vuestro honor el que yo jure por lo que llamáis la fortuna de César y fingís ignorar lo que soy, yo lo diré libremente, escuchadlo: Soy cristiano. Y si deseáis conocer la razón del cristianismo, concededme un día más y lo sabréis.—Y como el procónsul le dijera que diera esas razones al pueblo:—Por lo que á vosotros se refiere, bien quisiera hacerlo, porque se nos enseña dar á los príncipes y á los poderes constituídos el honor que les es debido y que á nosotros en nada nos perjudica; pero respecto del populacho no creo que sea digno de que ante él me defienda.—Tengo á mi disposición bestias feroces—dijo el procónsul,—y si no cam-

Digitized by Google

bias te expondré á ellas.—Y Policarpo: —Hacedlas venir, porque no cambiaré en nada, y antes me agrada pasar de los sufrimientos á la justicia.—El procónsul replicó:—Yo te haré quemar si tú no cambias y desprecias las fieras —Policarpo respondió:—Me habláis de un fuego que quema una hora y en seguida se extingue, porque no conocéis el fuego del juicio futuro y del suplicio eterno que está reservado á los impíos. ¿Pero qué tardáis? Haced lo que os agrade.—Dijo estas y otras palabras con tales muestras de valor y alegría y el rostro tan lleno de gracia, que, extrañado el procónsul, decidió ya enviar su heraldo á gritar tres veces en medio del anfiteatro:—Policarpo ha confesado que es cristiano.

A estas palabras, la multitud de paganos y judíos que habitaban en Esmirna, poseída de un horrible furor, gritaron en altas voces:—Ese es el doctor del Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses, el que enseña á toda clase de gentes á no sacrificarles y á no adorarlos.—Y gritando de tal suerte, pedían al asiarco Felipe que soltase un león contra Policarpo. El asiarco era el magistrado elegido por el Consejo común de toda el Asia para la intendencia de todo lo que se refería á la religión, de la que formaban parte los espectáculos. Felipe contestó que esto no era ya permitido, porque los combates de las fieras habían ya terminado Entonces acordaron pedir todos que Policarpo fuera quemado vivo. Era necesario que se cumpliera su predicción. Todo el pueblo corrió en muchedumbre á recoger sarmientos y otras leñas á las tiendas y á los baños, siendo en esto los judíos, según su costumbre, los más osados y diligentes.

Cuando la hoguera estuvo pronta, Policarpo se despojó de todos sus vestidos é hizo esfuerzos para quitarse él mismo su calzado, cosa de que no tenía costumbre, porque tal era la veneración que sus virtudes inspiraban desde antes de su vejez á los fieles, que se disputaban todos el honor de quitárselo por tocarle su cuerpo y besarle los pies. Y como el verdugo se dispusiera á clavarle en el poste que se elevaba en medio de la hoguera, él le dijo:—Dejadme así; aquel que me da fuerzas para soportar el fuego, me las dará también para permanecer firme sobre la hoguera sin la precaución de vuestros clavos.—Se contentaron, pues, con ligarle; y así, con las manos atadas detrás en el palo, como un noble carnero elegido en el rebaño para ser ofrecido á Dios en holocausto, levantó los ojos al cielo, é hizo la siguiente oración:—Señor Dios Topoderoso, Padre de vuestro Hijo bendito y bien amado Jesucristo, por quien hemos recibido la gracia de conoceros; Dios de los ángeles y de las potestades; Dios de todas criaturas y de todas las naciones de los justos que viven en vuestra presencia; os doy gracias por haberme permitido alcanzar este día y esta hora, en la cual yo tomaré parte en el número de vuestros mártires, en el cáliz de vuestro Cristo para resucitar en la vida eterna del alma y del cuerpo, en la incorruptibilidad del Espíritu Santo. Que sea yo admitido en este día en vuestra presencia como víctima pingüe y agradable así como lo habéis preparado, predicho y cumplido, vos que sois el verdadero Dios, incapaz de mentira. Porque os alabo sobre todas las cosas y os bendigo y

Digitized by Google

glorifico con el eterno Pontífice celestial Jesucristo, vuestro Hijo bien amado con quien gloria á vos y al Espíritu Santo, ahora y en los siglos futuros. Amén.

Cuando hubo acabado su oración y dicho: "Amén„, los que estaban encargados de ello pusieron fuego á la hoguera. Y levantándose una gran llama, se vió entonces un milagro sorprendente; porque el fuego se extendió alrededor del mártir como una bóveda ó como una vela de navío inflada por el viento. El santo se hallaba en medio, semejante, no á la carne quemada, sino al oro y la plata en un horno, y exhalando un olor como el del incienso ú otros perfumes delicados. Los profanos, viendo que las llamas no podían consumir aquel cuerpo, pidieron á uno de los que en los anfiteatros dan el último golpe á las fieras, que le hundiera la espada en el seno. De la herida salió tal abundancia de sangre, que el fuego se extinguió, y todo el pueblo quedó sorprendido al verla diferencia que había entre los infieles y los elegidos. "Del número de estos últimos — dicen las actas — fué ciertamente en nuestros días el glorioso mártir Policarpo, Obispo de Esmirna, doctor apostólico y profético; porque todo lo que predijo, ó lo vemos ya cumplido, ó se cumplirá algún día.

„Pero el enemigo de los justos, el envidioso demonio, viéndoles después de su ilustre martirio y de su vida siempre irreprochable, con la cabeza coronada de inmortalidad y en la mano las palmas de la victoria, se esforzó al menos en arrebatarnos el consuelo de poseer su cuerpo y de comunicar con sus santas reliquias. Y despertó en el espíritu de Nicetas, padre de Herodes, la idea de prevenir al procónsul que no entregara su cuerpo, "por temor—decía—de que los cristianos abandonaran al Crucificado para adorar á éste„. Eran los judíos quienes sugirieron á los gentiles semejantes ideas, y quienes guardaban cuidadosamente el cuerpo del mártir para que los nuestros no le arrebatasen. Ignoraban los insensatos que nunca podríamos abandonar á Jesucristo, que murió por la salud de todos, ni adorar á otro en su lugar Porque nosotros le adoramos por ser Hijo de Dios, mientras que amamos á los mártires como discípulos é imitadores de este Maestro, á causa de su invencible afecto por su Rey y Señor.

„¡Pluguiese á Dios que entráramos también algún día en esta sociedad y llegáramos á ser, como ellos, discípulos suyos! El centurión, viendo el empeño de los judíos, hizo quemar, según la costumbre de los gentiles, el cuerpo del santo mártir. En seguida retiramos sus huesos, más preciosos que las joyas, y los pusimos en lugar conveniente. Dios nos concederá la gracia de reunirnos todos los años para celebrar su nacimiento inmortal por el martirio, acordándonos así de los que han combatido, y pudiendo disponer también á la imitación de tan nobles ejemplos á los que en el porvenir han de sostener la misma lucha.„

Tal fué el martirio de Policarpo; es decir, de aquel admirable Obispo que en la ciudad de Esmirna consiguió, con otros doce de Filadelfia,, la corona de la victoria. Sólo su memoria se conserva, sin embargo, en

Digitized by Google

todo el mundo, de tal manera, que hasta los paganos mismos hablan de él en todas partes (1).

De tal modo se refiere todo esto en una carta escrita algún tiempo después del martirio del santo. Habiendo tenido los cristianos de Filadelfia, ciudad de Licaonia, según Plinio, ó de Pisidia, según otros, noticia de este martirio, escribieron á los de Esmirna pidiéndoles una relación más exacta del mismo. Los discípulos de Policarpo se apresuraron á satisfacer tan piadoso deseo, enviándoles por medio de uno de sus hermanos, llamado Marco, una relación que ellos denominan compendio. Al final de éste, y para extender más la gloria de su santo maestro, suplican á los filomelianos que manden copias de él á las ciudades más distantes y remotas. Por esto, aunque en la inscripción de la carta no se expresa más que el nombre de Filadelfia, ellos añaden sin embargo: "Y á todas las Diócesis de la santa Iglesia católica repartidas por toda la tierra.„ De aquí procede, sin duda, que á la cabeza de algunos ejemplares de dicha carta se lea el nombre de Filadelfia. Según los cálculos más probables, el martirio de San Policarpo tuvo lugar el 23 de Febrero del año 166.

Entre los cristianos más diligentes en procurarse esta carta de la Iglesia de Esmirna, fué, sin duda, San Ireneo, discípulo del santo mártir; porque al final de los antiguos ejemplares, tanto griegos como latinos, de ella, se halla casi siempre la nota siguiente: "Transcrito del libro de Ireneo, discípulo de Policarpo, por Gayo, que conoció al mismo Ireneo y vivió con él; del ejemplar de Gayo, yo, Sócrates de Corinto, he sacado una copia. En seguida, yo, Pionio, ocupándome en recoger los antiguos ejemplares de dicha carta, y habiendo hallado, por revelación del mismo San Policarpo, algunos ejemplares de ella muy estropeados por el tiempo, los he transcrito de nuevo conforme al original de Sócrates.„

Hubo, en efecto, en tiempo de San Ireneo, como veremos en su lugar, un cierto Gayo, célebre en la historia eclesiástica, que pudo muy bien conocer al santo ó en Roma ó en las Galias; porque fué un Obispo que no estando asignado á ninguna Iglesia determinada, ni teniendo Silla fija, predicaba el Evangelio á todas las naciones. No es inverosímil, por lo tanto, que sea este el mismo Gayo que atestigua en este lugar haber copiado del ejemplar de Ireneo las actas del martirio de San Policarpo. Del mismo modo se transfiere el martirio de San Pionio hasta el tiempo del emperador Decio, y este santo mártir pudo ser ese mismo Pionio que tanto cuidado puso en recoger, renovar y multiplicar las copias de la carta de la Iglesia de Esmirna, donde era sacerdote; porque no conocemos á otro, sino á él, que hubiera podido merecer las revelaciones de Policarpo, habiendo sido su gran imitador y habiendo sufrido con igual constancia el martirio del fuego.

Por lo demás, San Ireneo, de quien primero se habla en la nota citada, fué el más ilustre discípulo del santo mártir. Jamás le nombra en sus escritos sin colmarle de elogios, sin dar nuevas pruebas de su ternura y

(1) Apud Eusebium, Ruinart, et *Aeta SS.*, 23 jan.

Digitized by Google

amor hacia él, y de su veneración por su memoria. Tal afecto se manifiesta muy principalmente en una de sus cartas á un cierto Florín, que había caído en varias herejías. Entre otras cosas, le dice: "Cuando yo era aún niño, os vi en el Asia inferior, en casa de Policarpo, cuando viviendo con brillo en la corte del emperador, ibais á ver al santo Obispo y procurabais adquirir su estimación. Lo que en aquel tiempo sucedía, lo tengo más presente en la memoria que lo que después ha pasado, porque lo que aprendemos de niños crece en nosotros con la inteligencia y se confunde con ella; de suerte que podría decir el sitio donde el bienaventurado Policarpo tomaba asiento cuando hablaba, su manera de vivir y de andar, su figura y los discursos que al pueblo hacía. Cómo nos refería que había vivido con Juan y con los que habían visto al Señor, cómo se acordaba de sus discursos, de lo que les había oído decir tocante al Señor, sus milagros y sus doctrinas. Policarpo refería todo esto de la misma manera que las Santas Escrituras, habiéndolo aprendido de aquellos que habían visto con sus propios ojos al Verbo de vida. Dios me concedía entonces la gracia de escuchar estos discursos con gran atención y de grabarlos, no sobre el papel, sino en mi corazón, y por la misericordia divina los repaso continuamente en mi espíritu. Y yo puedo asegurar delante de Dios, que si el bienaventurado y apostólico Pontífice hubiera oído algo semejante, habría tapado sus oídos y habría exclamado, según su costumbre:—¡Ah, buen Dios, y qué tiempos me habéis reservado para oir tales cosas!—Y se hubiera marchado en seguida del lugar donde las oyera, estuviese de pie ó sentado„ (1).

Poco tiempo antes que Policarpo, sumiso á las órdenes de la Providencia y á las voluntades del cielo, sufriese por la verdadera religión y por amor de la gloria verdadera, el martirio del fuego, un filósofo cínico, llamado Peregrino, apóstata del cristianismo, había también acabado sus días y su culpable vida, por un exceso de locura y de vanidad, en medio de las llamas. No hablaríamos quizá aquí de él si Luciano, describiéndonos su muerte, no nos hubiera descrito también su vida, dando además, sin quererlo, glorioso testimonio de las virtudes cristianas al hablar de la prisión que aquél sufrió por la fe. Dice, pues, que Peregrino, siendo convencido de enormes delitos y sospechoso de parricidio, se vió obligado á abandonar su patria, Parión, en la Troada. Fugitivo de país en país llegó á Palestina, donde aprendió con tal éxito las doctrinas de los cristianos, que pronto fué considerado no sólo como profeta, sino como jefe y presidente de sus asambleas: Interpretaba las Escrituras y aun las componía él mismo, hasta el punto que llegó á ser mirado por los cristianos como un legislador y un dios. Todavía, según se dice, adoran allí como tal á un hombre crucificado por haber introducido este nuevo culto en el mundo. Ahora es de notar que Luciano pone todo esto en boca de dos sofistas que en los juegos Olímpicos hacían quizá realmente el uno el panegírico, y el otro la crítica ó sátira de dicho personaje.

(1) Euseb., lib. V, cap. 15.

Digitized by Google

Sea como fuese de esto, lo cierto es que Peregrino fué detenido y aprisionado con gran satisfacción suya, puesto que su designio no era otro que adquirir crédito y gloria. Cuando los cristianos tuvieron noticia de su prisión, como si esta desgracia particular fuera una calamidad pública, se pusieron todos en movimiento y emplearon todo su poder para librarlo de ella. No pudiendo conseguirlo desde luego, se apresuraron todos á ofrecerle los más claros testimonios de su piedad y amor para dulcificar cuanto fuera posible las incomodidades de su prisión. Apenas amanecía, se aglomeraba en la puerta de la cárcel una muchedumbre de ancianas, viudas y huérfanos. Las principales y más distinguidas personas de entre los fieles, ganando la confianza de los guardias y centinelas, pasaban la noche con él dentro de la prisión, celebrando en ella convites, acompañados de discursos sagrados. Hasta llegaron diputados de las Iglesias de Asia para visitarle, consolarle y entregarle socorros. Es una cosa increible el cuidado y diligencia con que los cristianos se ayudaban mutuamente en tales ocasiones, sin ahorrar para ello ninguna clase de trabajos. De esta manera, con el pretexto de la persecución, Peregrino logró reunir bien pronto considerable suma de dinero.

"Porque estos miserables—añade Luciano,—en la esperanza de vivir siempre y ser inmortales, desprecian la muerte y aun se ofrecen ellos mismos á los suplicios. Su legislador los ha convencido que todos llegan á ser hermanos, desde que renuncian á los dioses griegos, y adoran el Crucificado y viven según sus leyes, y de esta suerte desprecian todas las cosas, las ponen todas en común y reciben estos dogmas con ciega obediencia. Si, pues, entre ellos se halla algún impostor que sepa sacar partido de ello y aprovechar la ocasión, fácilmente puede llegar á enriquecerse abusando de su credibilidad.„

Peregrino, sin embargo, fué puesto en libertad por el gobernador de Siria que, siendo amante de las letras, favorecía á cuantos hacían profesión de ellas. Además, cuando se convenció que sólo por vanidad despreciaba la muerte, tuvo piedad de él, libertándole. Los cristianos le siguieron aún algún tiempo, proveyéndole de todo, hasta que tuvieron que abandonarle por haberle visto cometer cierto crimen que, según parece, consistió en haber comido manjares prohibidos.

Luciano refiere después sus diversos viajes á Egipto, á Italia, á Grecia, con una multitud de extravagancias dignas de un hombre que había abandonado el cristianismo para entregarse á la filosofía cínica. Habiendo llegado á Roma, se puso á declamar contra toda clase de personas, principalmente contra el emperador, quien le soportaba con su habitual benevolencia, no queriendo que se le reprochara el haber castigado á un filósofo, y mucho menos á un filósofo cínico, por la libertad de hablar de que estos últimos hacen una profesión particular. Pero el gobernador de Roma, no pudiendo sufrir por más tiempo sus insolencias, acabó al fin por arrojarle de la ciudad, lo que contribuyó mucho á aumentar su crédito. Por su parte, él se comparaba con Dión, Musonio, Epicteto y otros parecidos filósofos que, bajo otros emperadores, habían sufrido por la

Digitized by Google

virtud. En fin, después de haber aún viajado y asistido varias veces á los juegos olímpicos, dándose cuenta de que caía en menosprecio porque ni decía ni hacía nada nuevo, anunció que en los juegos siguientes se arrojaría, á imitación de Hércules, en el fuego para enseñar así á los mortales á no temer la muerte. En efecto; llegados los juegos siguientes, hizo levantar una hoguera, y por la noche, cuando la luna comenzó á aparecer, se presentó acompañado de multitud de cínicos, cada uno con una brillante antorcha en la mano. Allí, en presencia de una muchedumbre inmensa del pueblo, y encendida la hoguera de sarmientos y maderos, Peregrino, después de haber arrojado en ella algunos granos de incienso y de haber invocado á los demonios de su padre y de su madre, saltó en medio de las llamas y quedó consumido en ellas, mártir del infierno y de la vanidad. Los cínicos alababan su constancia, la tontería vulgar le admiraba, mientras que los más prudentes ó se mofaban de su extravagancia, como Luciano, ó tenían piedad de su locura.

50. Mientras Peregrino se daba la muerte para dar qué hablar de su persona, otro filósofo cínico declamaba contra los cristianos de Roma. Era éste el filósofo Crescente, conocido por sus infames amores y su avaricia, y tan querido, sin embargo, de Marco Aurelio. Trataba públicamente de ateos é impíos á los cristianos. San Justino le provocó á una pública conferencia, donde, en presencia de gran número de testigos, habría de convencerle claramente, ó de que ignoraba por completo las cosas de los cristianos, ó de ser, en otro caso, el más embustero de los hombres; de una soberana ignorancia, si realmente él consideraba á los cristianos como públicamente los trataba, ó de una incomparable mala fe, si, conociendo sus doctrinas y sus misterios, osaba, á pesar de eso, difamarlos, queriendo hacerlos pasar en el espíritu de los príncipes, de los magistrados y del pueblo por hombres sin religión, sin piedad y sin Dios. Estas discusiones se renovaban muy frecuentemente, porque tantas veces como el temerario cínico, haciendo gala de su desvergüenza profesional, osaba provocar al santo, otras tantas le salía éste al encuentro, consiguiendo siempre la victoria (1).

De tales discusiones habla el santo en su segunda apología, dirigida, como la primera, á los emperadores, al Senado y al pueblo romano (2). En ella supone que la noticia de aquellas disputas se había extendido de tal modo, que era dudoso que los príncipes mismos no la conociesen. Así resulta de las siguientes palabras: "Debéis saber que, habiéndole propuesto varias cuestiones á este respecto, yo he reconocido claramente, y aun le he convencido, de que nada entendía de nuestra religión. Y para mostrar que digo la verdad, si por acaso no tenéis conocimiento de esta discusión, estoy pronto á renovarla en vuestra presencia. Esto sería un acto digno de la majestad imperial. Por lo demás, si conocéis las cuestiones que le he propuesto y las respuestas que ha dado á ellas, estaréis

(1) Euseb., l. IV, cap. XVI.
(2) N. 3.

Digitized by Google

ya convencidos de que no conoce nada de nuestras doctrinas, ó de que si las conoce, y sólo por un vil respeto humano no osa confesar la verdad, á ejemplo de Sócrates, es claro que no es un verdadero filósofo, un hombre que ama la sabiduría, sino un hombre que más bien ama la vanagloria y no tiene en nada esta bella sentencia del mismo Sócrates: "Ningún hombre „debe ser puesto por encima de la verdad.„ Cierto es, no obstante, que un cínico á quien todo es indiferente, no puede conocer otro bien que esta indiferencia misma.„

Así, con tan generoso desprecio y con tal libertad habla el santo de su adversario en una solemne petición y demanda y en un tiempo donde era fácil á cualquiera, y principalmente á un filósofo, vengarse de los cristianos, puesto que bastaba denunciarlos á los magistrados para exponerlos, sin que fuesen culpables de ningún otro delito, á un peligro cierto de muerte.

51. Un caso atroz de esta cruel injusticia, acaecido por entonces en Roma misma y ante los ojos, por decirlo así, de estos emperadores, que se tenían por dulces y clementes, dió ocasión á nuestro santo para dirigirles esta segunda apología. En ella comenzó por referir el hecho de la manera siguiente:

"Cierta mujer, cuyo marido era extremadamente libertino, aunque ella no lo era menos, consiguió enmendarse á sí misma, una vez que conoció las enseñanzas de Cristo. Mas no se contentó con esto, sino que se propuso inducir á lo mismo á su marido, enseñándole las máximas que ella había aprendido, y dándole á conocer los castigos y los fuegos eternos preparados á cuantos viven en la incontinencia y de una manera opuesta á la razón. Todas estas exhortaciones fueron inútiles, y el marido, continuando siempre sus escandalosos desarreglos, obligó á la mujer á cambiar de conducta á este respecto. Como no creía que la piedad le permitiese vivir por más largo tiempo con un hombre que, contra las leyes de la naturaleza y de la justicia, se permitía todos los medios para saciar sus brutales pasiones, resolvió separarse de él. No obstante, por consideración á sus padres, que la exhortaban á tener paciencia, haciéndole esperar que su marido entraría algún día en el buen camino, aunque violentándose, esperó aún algún tiempo. Su marido, sin embargo, partió por entonces á Alejandría, donde vivió más desordenadamente que nunca. Temiendo entonces hacerse cómplice de tantos crímenes é impiedades, si permanecía por más tiempo unida á él, participando de una misma mesa y de un mismo lecho, le envió un acta de separación. Si su marido hubiera sido un hombre razonable, se habría creído dichoso, viendo que su mujer, á quien había conocido encenagada con los criados y mercenarios en toda clase de vicios y en los desórdenes de la borrachera, no solamente se había enmendado, abandonando aquella vida que deshonraba á su familia, sino que le exhortaba á él mismo para que la abandonase igualmente. Pero hizo todo lo contrario; para vengarse de ella la acusó de ser cristiana.

„Entonces, oh príncipe, os dirigió ella una solicitud y obtuvo de vues-

Digitized by Google

tra clemencia que le fuese permitido, antes de responder á la acusación, arreglar sus negocios domésticos. Su marido, no pudiendo ya perseguirla, volvió su furor contra un tal Ptolomeo que le había antes instruído en la doctrina de los cristianos. Suplicó, pues, á un centurión amigo suyo que se apoderase de aquél y que le preguntara tan sólo si era cristiano. Y como Ptolomeo era hombre franco y enemigo de toda clase de engaños y de mentiras, confesó libremente la verdad y fué bien pronto reducido á prisión, donde sufrió por mucho tiempo grandes rigores. Llevado, en fin, á presencia de Urbico, prefecto de la ciudad, éste no le hizo tampoco más que esta pregunta:—¿Eres cristiano?—Firme en la pureza de su conciencia y seguro de la santidad del cristianismo, Ptolomeo confesó que, en efecto, había estudiado en esta divina escuela de la virtud y que quien niega ser cristiano lo hace, ó porque cree mala esta religión ó porque se considera á sí mismo indigno y como alejado de ella por sus costumbres; ninguna de cuyas dos cosas tienen lugar en un verdadero cristiano.

„Habiendo, pues, condenado Urbico á Ptolomeo á ser conducido al suplicio, un cierto Lucio, cristiano también, indignado por tan irracional juicio, no pudo menos de decir al prefecto:—¿Por qué especie de justicia condenáis á un hombre que no ha sido convencido ni de adulterio, ni de fornicación, ni de homicidio, ni de robo ni, en fin, de ningún otro crimen, á un hombre que no es culpable más que de haber confesado el nombre de cristiano? Vuestro juicio, oh Urbico, deshonra al religioso emperador, al filósofo hijo de César y al sagrado Senado.—Por toda respuesta el prefecto le dijo:—Pero tú también pareces del número de esas gentes.—Y habiendo contestado Lucio que nada era más cierto, Urbico le hizo conducir igualmente al suplicio. Por ello le testimonió Lucio gran reconocimiento: porque por su medio estaba seguro de librarse de tan inicuos señores para ir á presencia del Padre y Monarca de los cielos.

„Se nos dirá quizá—añade el santo:—"Si tenéis tan grandeseo de ir con „vuestro Dios y vuestro Padre, daos la muerte vosotros mismos y dejad„nos tranquilos.„ Expondré por qué no lo hacemos y por qué cuando se nos cuestiona hacemos osada profesión de nuestra creencia. No es al azar como Dios ha hecho el mundo, sino para ser habitado por el género humano. No es indiferente tampoco á nuestras acciones, sino que ama á cuantos le imitan y desdeña á los que obran mal. Si nosotros nos diéramos todos la muerte, iríamos contra los designios de Dios, destruiríamos, en cuanto de nosotros depende, la raza de los hombres, y les impediríamos, también en cuanto está á nuestro alcance, el conocimiento de las enseñanzas divinas. Vivimos, pues, y morimos para dar testimonio de la verdad cuando se nos interroga y para desengañaros si es posible de vuestras injustas prevenciones.

„Si alguno en su interior pensara que si Dios estuviera con nosotros no seríamos el blanco de las acechanzas de los malos, yo le responderé: Después de haber creado el universo, Dios confió á los ángeles la providencia sobre el hombre y sobre las cosas que existen bajo el cielo.

Digitized by Google

Pero creados con libre albedrío estos ángeles, desacataron las órdenes de su Señor y sojuzgaron al género humano por medio de supersticiones y de esa muchedumbre de crímenes que los poetas atribuyen á vuestras divinidades. Ahora el Padre de todas las cosas ha enviado á su Hijo, á su Verbo, por cuyo medio ha creado el universo, al Cristo Jesús hecho hombre para salvar á los que creen y derrocar el imperio de los demonios. Para convenceros de ello, os basta con mirar. En dondequiera, en vuestra ciudad y en toda la tierra, los cristianos, en nombre de Jesucristo, crucificado bajo Poncio Pilato, arrojan los demonios de todos los que los poseen. Y si Dios difiere el castigo de los ángeles y de los hombres, es en consideración y teniendo presente á los cristianos, causa final de la naturaleza. Sin esto no podríais ni vosotros ni los demonios mismos hacer lo que hacéis; pero el fuego del juicio caerá sobre la tierra como en otro tiempo el diluvio, que no perdonó más que á la familia de un solo hombre, á quien nosotros llamamos Noé y vosotros Deucalión. Creemos, como los estoicos, en la destrucción de todo por el fuego, pero no lo atribuimos, como ellos, á una necesidad inevitable. Tampoco atribuimos á la fatalidad las acciones buenas ó malas de los hombres, sino á su libre voluntad. Y porque Dios ha creado á los ángeles y á los hombres con libre albedrío, por eso los castiga, con justicia, por sus crímenes, con un fuego eterno. Tal es la naturaleza de la criatura inteligente, el ser susceptible de virtud ó de vicio. No merecería nunca alabanzas si no tuviera poder de determinarse á un lado ó á otro. A causa de esto, los legisladores y los filósofos que han seguido la recta razón han distinguido en todas partes entre lo que es necesario hacer y lo que debe evitarse; y esto sería absurdo, si todo sucediera por un destino inevitable.

„Y que no se consideren vanas palabras y vanos temores lo que nosotros decimos acerca de los fuegos que atormentarán por siempre á los malos, porque en pocas palabras se puede demostrar su verdad. Si no hay infierno, no hay Dios, á menos que se hable de un Dios insensible; y si no hay virtud ni vicio, los legisladores fueron siempre injustos castigando á los que violan las leyes justas. Pero puesto que no lo son, puesto que el legislador supremo les enseña por la razón ó la palabra á hacer lo que él hace, aquéllos, lejos de cometer agravio alguno, no hacen otra cosa que conformarse con sus doctrinas.

„Que por lo que se refiere á sus frecuentes contradicciones, éstas proceden de no haber conocido más que en parte la razón ó el Verbo, que es el Cristo, cuya simiente es innata á todo el género humano. Sócrates, el más decidido de todos, fué acusado, como nosotros, de introducir nuevos demonios y de no creer en los dioses de la ciudad. Sin embargo, desterraba de su república los malos genios, aquellos que, según las relaciones de los poetas, han cometido muchos crímenes; enseñaba á los hombres á huir de Homero y de los otros poetas, y les exhortaba á conocer al Dios desconocido por la investigación de la razón ó del Verbo, cuando decía: "Por lo que hace al Padre y Creador del universo, es difícil hallarle, y "cuando se le ha hallado, es peligroso el manifestarlo á todo el mundo.„

Digitized by Google

Esto es casi todo lo que, con su poder, ha hecho nuestro Señor Jesucristo. Sócrates no pudo persuadir á ninguno de sus discípulos á morir por este dogma. Pero Cristo, á quien ese filósofo conoció en parte, en cuanto era y es la razón ó la palabra que está en el universo, que ha predicho el porvenir por medio de los profetas, y ha venido á ser, por último, semejante á nosotros, nos ha enseñado estas cosas y ha persuadido de su verdad, no solamente á los filósofos y personas cultas, sino á los artesanos y gentes del pueblo, que sostienen esas máximas hasta la muerte, y no pueden ser detenidos en su asentimiento á la verdad que ellas encierran, ni por sus antiguos prejuicios, ni por las amenazas de los hombres; y es que ahora siguen, no la debilidad de la razón humana, sino aquello que constituye la fuerza del Padre inefable. Por lo demás, ni los hombres malos ni los demonios tendrían fuerza contra nosotros, ni podrían hacernos matar si todo hombre, por el mero hecho de serlo, no estuviera destinado á morir. Y así, cuando somos llamados á pagar esta deuda, lo hacemos con alegría.

"Nos acusáis de cometer secretamente crímenes horribles. Pero si vosotros los cometéis en público, ¿no podríamos, escudados con vuestro ejemplo, sostener osadamente que son tan sólo acciones virtuosas? ¿Que al degollar á los niños, como decís, y de lo que nos acusáis, no hacemos otra cosa que celebrar los misterios de Saturno, donde, según se dice, vertéis no solamente sangre de viles animales, sino sangre humana, y esto por la mano del más ilustre personaje del imperio? Y en cuanto á los pretendidos incestos, ¿no podríamos decir que seguimos el ejemplo de vuestro Júpiter y vuestros demás dioses, y que ponemos en práctica la moral de Epicuro y de los poetas? Mas todo lo contrario; si somos perseguidos, es precisamente porque decimos que es necesario huir de semejantes máximas y de aquellos que las practican. Por donde ninguna de aquellas acusaciones nos quebranta, sabiendo que tenemos por testigo de nuestros pensamientos y de nuestras acciones al Dios justo é inefable.

"Por lo que á mí hace, habiendo reconocido que eran los malos genios los que arrojaban tales odiosidades sobre las divinas enseñanzas de los cristianos, me reía de esas calumnias y de la multitud que las repite. Todos mis esfuerzos, todos mis votos se dirigían á llegar á ser cristiano, no porque las doctrinas de Platón, que yo había estudiado, se hallen muy alejadas de Cristo, sino por no hallarse enteramente conforme con ellas mismas; y esto sucede también con otras muchas, como las de los estoicos, los poetas y los historiadores. Porque cada uno, según la porción que le corresponde de la razón divina, que se halla repartida en todos como una semilla, ha expresado de un modo elocuente lo que de ella naturalmente conocía. Pero cuando en las cuestiones más elevadas aventuran juicios contrarios á los precedentes, muestran bien á las claras que no tenían una ciencia completa de ellas. En una palabra: cuanto dijeron de bueno los unos y los otros, se halla en las enseñanzas de los cristianos, que con el Dios inefable adoran su razón y su palabra, de la cual todos los escritores han participado en algún modo, por lo que han podi-

Digitized by Google

do entrever la verdad, hasta que Cristo se ha hecho hombre para curar todos los males participando de ellos„ (1).

Así hablaba el filósofo cristiano á los emperadores filósofos y al Senado de la Roma pagana. Nada puede haber más bello ni más elevado y claro al mismo tiempo. Es la verdadera inteligencia de la Filosofía y de la razón humana.

"Os suplicamos—concluye el santo—que una vez que la hayáis despachado como os parezca, esta solicitud se haga pública, á fin de que los otros conozcan lo que somos y podamos vernos libres de las falsas sospechas que nos exponen al suplicio. Porque es propio de la naturaleza de los hombres conocer lo que es bueno y honesto, y lo que es malo y vergonzoso, y es conveniente que se sepa que condenamos las infamias que se nos imputan y que es precisamente por esto por lo que hemos renunciado á los dioses que han cometido tales crímenes y que exigen otros semejantes. Si lo ordenáis así expondremos nuestras máximas públicamente, para que, si es posible, todo el mundo se convierta. Tal es también el único propósito que nos mueve en este escrito. Si sanamente se la juzga, nuestra doctrina, lejos de ser vergonzosa, es, al contrario, sublime y superior á toda la Filosofía humana. Al menos vale más que todos los escritos de los epicúreos y que tantas poesías infames y tantas comedias impúdicas como se representan y se leen con entera libertad.„ Se ve por esta segunda apología, así como por la primera, que estos emperadores filósofos permitían los escritos que pueden corromper los pueblos y destruir los imperios, mientras prohibían los que pudieran salvar al mundo, como los escritos de los cristianos.

En esta misma solicitud Justino decía al filósofo Marco Aurelio que, conocidas las maquinaciones de los filósofos, particularmente de Crescente, el Cínico, aguardaba de un día á otro ser atado á un poste para ser quemado vivo ó devorado por las fieras (2). Lo que el santo había previsto no tardó efectivamente en cumplirse. Taciano, su discípulo, atestigua que su muerte fué la obra de esos filósofos de nombre, y principalmente de Crescente. Unos y otros se hallaban irritados de que Justino les reprochase sin temor alguno sus maldades, su avaricia y la corrupción de sus costumbres (3).

52. En las actas de su martirio que han llegado hasta nosotros y llevan todos los caracteres de la mayor sinceridad, vemos que, habiendo sido detenidos Justino y algunos otros que con él estaban, fueron llevados á presencia del prefecto de Roma, llamado Rústico. Este les exhortó desde luego á obedecer á los dioses y los edictos del emperador. El santo le respondió:—Todo el que obedezca los preceptos de nuestro Salvador Jesucristo no podrá jamás ser ni vituperado ni condenado.—Y como el pre-

(1) Apol., edición de Dom. Maran. Véase también Lenourry, *Appart. ad Bibliotecam Patrum*, t. I.
(2) N. 3.
(3) Taciano, *Oratio adv. gentes*, n. 13.

Digitized by Google

fecto le preguntase á qué clase de estudios se había dedicado, el santo contestó:—He examinado toda especie de doctrina, y me he decidido por la de los cristianos, aunque no sea del agrado de los que se dejan engañar por falsas opiniones.—¡Cómo, miserable!—replicó Rústico.—¿Te complaces en semejante ciencia?—Sin duda—contestó Justino,—porque me hace marchar, con los cristianos, por una senda recta y en una doctrina pura.—¿Y qué doctrina es ésa?—La doctrina verdadera que profesamos consiste en creer en un solo Dios, creador de todas las cosas visibles é invisibles, y en confesar á nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, anunciado por los profetas, que vendría á juzgar al género humano, que ha publicado la salud y que instruye á los que verdaderamente son sus discípulos. Por mi parte, no siendo más que un hombre, soy incapaz de decir cuanto cabe de su divinidad infinita. Esto sólo es propio de aquellos profetas que, inspirados por Dios, predijeron algunos siglos antes que su Hijo vendría á este mundo.—Preguntóle en seguida el prefecto que en qué lugar se reunían los cristianos; á lo que contestó Justino: —Cada uno se junta donde quiere y puede. ¿Os imagináis que tenemos costumbre de juntarnos todos en un mismo sitio? No es así; el Dios de los cristianos no se halla encerrado en ningún sitio particular, antes al contrario, aunque invisiblemente, él lo llena todo, el cielo y la tierra, y los fieles le adoran en todas partes, y en todas partes celebran su gloria. —Pero—insistió el prefecto—lo que quiero que me digas es el lugar donde tenéis vuestras asambleas y en donde tú tienes tu escuela.—En cuanto á mí—respondió el santo,—hasta ahora he vivido siempre hacia los baños de Timiotino, cerca de la casa de un tal Martín. Esta es la segunda vez que he venido á Roma y no conocía otro lugar. Si alguno ha querido buscarme, le he comunicado la doctrina de la verdad.—¿Eres, pues, cristiano?—concluyó Rústico.—Seguramente—respondió Justino—soy cristiano.

Volviéndose entonces el prefecto hacia los compañeros del santo mártir, preguntó desde luego á Caritón:—Y tú, ¿eres cristiano?—Sí, soy cristiano, por la gracia de Dios—respondió éste.—Interrogada después una mujer, llamada Caritana, dió la misma respuesta.—Y tú, ¿qué eres?—continuó el prefecto dirigiéndose á Evelpisto.—Soy esclavo del emperador, pero devuelto á la libertad verdadera por Cristo, he venido á ser, por su gracia, participante de las mismas esperanzas que esos á quienes acabas de interrogar.—Preguntado después de Evelpisto, Hierax, contestó igualmente:—Soy cristiano, puesto que sirvo y adoro al mismo Dios.—¿Y es Justino—replicó el prefecto—quien os ha hecho á todos cristianos?—Yo he sido cristiano—dijo Hierax—y lo sería sin él.—Y yo también—añadió Peón, poniéndose de pie—soy cristiano.—¿Y quién te enseñó á serlo?—preguntó Rústico.—Mis padres—repuso Peón—me han enseñado á confesar este santo nombre.—Evelpisto, tomando la palabra:—Por mi parte, siempre he escuchado con gusto las instrucciones de Justino, pero ha sido, sin embargo, de mis padres de quienes he aprendido á ser cristiano.—Interrogado acerca del lugar donde se hallaban sus padres, contes-

Digitized by Google

tó que estaban en Capadocia. Iguales preguntas se dirigieron á Hierax, que dijo:—Nuestro verdadero padre es Jesucristo, y nuestra madre verdadera es la fe, por la que creemos en él. En cuanto á los padres que he tenido sobre la tierra han muerto ya, y yo he sido traído aquí de Licaonia en Frigia.—El prefecto preguntó por último á Liberio si era también cristiano é impío contra los dioses.—Sí—contestó el mártir,—también soy yo cristiano, porque sirvo y adoro al solo Dios verdadero.

Entonces el prefecto, dirigiéndose á Justino:—Escucha—le dijo,—tú que pasas por elocuente y crees poseer la verdadera ciencia, ¿crees también que subirás al cielo cuando tu cuerpo sea desgarrado por el látigo desde la cabeza hasta los pies?—Sí—dijo Justino,—si yo sufro lo que dices, espero gozar de lo que gozan ya los que guardaron los preceptos de Jesucristo.—¿Te imaginas, pues—continuó el prefecto.—que subirás al cielo para recibir alguna recompensa?—No lo imagino, lo sé—respondió Justino,—y estoy tan seguro de ello que no me cabe ninguna duda acerca de esto.—Vengamos á lo principal—concluyó Rústico:—Reuníos todos y sacrificar en común á los dioses.—Ningún hombre de buen sentido —replicó Justino—deja la piedad para arrojarse en la impiedad y en el error.—Si no obedecéis mis órdenes—dijo el prefecto,—seréis atormentados sin misericordia.—¡Ah! Lo que más deseamos—respondió Justino—es precisamente sufrir tormentos por nuestro Señor Jesucristo; porque eso nos dará confianza para presentarnos delante de su terrible tribunal, donde todo el mundo debe comparecer.—Otro tanto dijeron los demás compañeros, añadiendo:—Haced pronto lo que queráis, porque somos cristianos y no sacrificaremos á los dioses.

Oído lo cual, el prefecto pronunció la sentencia en estos términos: "Que los que no han querido sacrificar á los dioses ni obedecer el edicto del emperador, sean azotados y conducidos después al suplicio, según prescriben las leyes.„ De este modo los santos mártires, alabando á Dios, fueron llevados á la muerte, y después de haber sufrido la flagelación, decapitados á fuerza de hachazos. Sus cuerpos fueron recogidos secretamente por algunos fieles y enterrados en lugar conveniente (1).

Tal fué el fin de San Justino, que con razón merece, como prerrogativa especial, el título de mártir ó de testigo; porque dió testimonio de las verdades de la fe, no solamente con su sangre, lo que le es común con todos los mártires, sino por medio de sus palabras y de sus escritos y defendiéndolas valientemente contra las calumnias de los herejes, de los judíos y de los gentiles. Por eso Tertuliano, en su libro contra los valentinianos (2), al enumerar los hombres ilustres por su santidad y su doctrina, que antes de él habían combatido las herejías, celebra en primer lugar á *Justino, filósofo y mártir*. Eusebio (3) le pone por encima de todos los que florecieron en tiempo del emperador Antonino, y con Ta-

(1) Ruinart, *Act. martyrum*, 1 de jun.
(2) Cap. VI.
(3) Lib. IV, cap. XI.

Digitized by Google

ciano (1) le llama hombre muy digno de la admiración de todo el mundo. A su ejemplo, los otros escritores eclesiásticos celebran á competencia su santidad, su doctrina y su celo.

53. Además de las dos apologías, el *Diálogo con Trifón* y la *Exhortación á los gentiles*, de que hemos hablado detalladamente, tenemos también de San Justino el libro *De la Monarquía ó de la unidad de Dios*, al menos la segunda parte. En éste dice que la idolatría sólo se introdujo en el mundo por olvido de la creencia católica ó universal. En seguida prueba, por el testimonio de los poetas, que no se creyó más que en un Dios y que los otros no eran tenidos por dioses. Había compuesto á más de éstas otras obras, de las que no nos quedan sino fragmentos ó los títulos de ellas, en Eusebio; tales son: Un libro contra todas las herejías, otro contra Marción, uno del alma, y otro, por último, titulado *El salmista*. Se le atribuyen también otros diversos tratados, especialmente, si es que no formaba parte de la obra contra Marción, uno de la Resurrección y otro acerca de la obra divina de los seis días. Aunque Eusebio no haga especial mención de ellos, pueden, con todo, haber formado parte de las numerosas obras del santo mártir que, según el testimonio del mismo Eusebio, estaban por entonces en manos de gran número de personas.

54. Entre los discípulos del santo mártir, el más célebre fué Taciano. Asirio de nacimiento (2), filósofo de profesión, y más tarde, bajo la dirección de Justino, cristiano excelente, fué, por último, después de la muerte del santo, hereje y jefe de la impía secta de los encratistas. Todo lo que sabemos de su vida hasta el momento en que se apartó de la Iglesia, lo conocemos por su discurso contra los helenos, única de sus numerosas obras que ha llegado hasta nosotros. Tuvo desde joven un vehemente deseo, no sólo de aprender las diversas ciencias, sino aun de conocer las diferentes leyes y costumbres de los pueblos, y particularmente su religión, sus solemnes ceremonias y sus misterios secretos. No contento con adquirir sus conocimientos por medio de la lectura de los filósofos, de los oradores, de los historiadores y de los poetas, emprendió largos viajes, visitó diversos países, y se hizo iniciar en los misterios de diferentes cultos (3). Hallando en todas partes la misma disolución de costumbres, igual extravagancia en las opiniones sobre las cosas divinas é idénticas abominaciones en el culto de los dioses, entre otras, los sacrificios humanos en Roma, comenzó á entrar en sí mismo, á reflexionar mejor y á investigar alguna otra vía para llegar al conocimiento de la verdad.

La Providencia le descubrió este nuevo sendero, haciendo caer en sus manos ciertos libros que los helenos tenían por bárbaros; pero que eran, sin comparación, más antiguos y más divinos que todas sus ciencias y que todas sus pretendidas divinidades. Habiéndose familiarizado con su lec-

(1) Oratio, *Contra gentes*, n. 16.
(2) Oratio, *Adv gentes*, n. últ.
(3) Orat., *Contra gentes*, n. ult.

Digitized by Google

tura, la naturalidad y sencillez de su estilo, que huye de todo artificio, bastó para persuadirle de que allí se explica la creación del mundo de una manera fácil de comprender, de que se hallan cumplidas muchas predicciones y de que hay en ellos preceptos admirables del Monarca único y soberano de todas las cosas. Por medio de tal lectura, que acompañaba de prudentes reflexiones, Dios le abrió los ojos haciéndole comprender claramente cuánto por una parte eran abominables las supersticiones idolátricas de los griegos, que sometiendo á los hombres á multitud de tiranos, les hacían adorar también falsos dioses en lugar de la Divinidad verdadera, y cuánto, por otra, era digna de amor y de respeto la Religión de los bárbaros, es decir, de los cristianos, que librando á los hombres de la tiranía de crueles usurpadores, los reconciliaba con su verdadero y legítimo Señor.

En fin, después de haber viajado mucho y de haberlo observarlo todo con atención, Taciano llegó á Roma, donde encontró nuevos motivos para abandonar la idolatría, en aquella multitud de estatuas que se veían allí transportadas de la Grecia, y entre las cuales notó que un gran número de ellas estaban consagradas, como á otras tantas divinidades, á personas célebres únicamente por su disolución y por toda clase de infamias.

Es verosímil que Dios se sirvió también de San Justino para efectuar su conversión Es cierto, al menos, que desde entonces se unió al santo mártir en la defensa de la religión contra las calumnias de los filósofos, especialmente de Crescente. Así tuvo él mismo parte en sus persecuciones, y el cínico le persiguió con sus asechanzas como á Justino. Mas por un secreto juicio de Dios, no tuvo la dicha de morir por Jesucristo, aunque á juzgar por sus palabras, estuviese dispuesto al martirio. "Yo no quiero reinar—dice;—no pienso en enriquecerme, rechazo los honores del mando, odio la fornicación, no atravesaría los mares por motivos de avaricia, ni aspiro á la corona de los atletas; estoy exento de la manía de la gloria; desprecio la muerte, soy superior á toda clase de enfermedad y la tristeza no me consume el alma. Si soy esclavo, soporto pacientemente la servidumbre; si soy libre, no me enorgullezco con mi libertad (1). ¿Me ordena el emperador pagar los tributos? Pronto estoy á ello. ¿El Señor quiere que le sirva? Reconozco en el acto mi deber. El hombre quiere ser honrado humanamente. Sólo Dios debe serlo sin ninguna especie de temor. Si alguno me mandase renegar de mi Dios, entonces solamente no obedecería, antes moriría, que ser ingrato y embustero (2). Bien que Epicuro, despreciador de todos los dioses, asista, sin embargo, á sus fiestas con una antorcha en la mano; por mi parte, no ocultaría ni á los príncipes ni á los magistrados mis sentimientos respecto al verdadero Dios y á su soberano dominio sobre todo el universo. ¿Por qué querer persuadirme á que disimule mi profesión? Y tú, que te alabas de no

(1) Orat., n. 27.
(2) N. 4.

Digitized by Google

temer la muerte, ¿por qué me induces á huirla por medios bochornosos? Yo no cometería jamás esta bajeza„ (1).

Nada era más peligroso para un cristiano en esta época, que irritar á los filósofos; porque éstos lo podían todo en la corte de un príncipe que no menos se dedicaba á la Filosofía que al gobierno del mundo, y se honraba tanto con el título de filósofo como con el de Augusto. Era, por consiguiente, una prueba de verdadero valor, esa libertad con la que Taciano demostraba en todos sus discursos, de un lado, la vanidad de las opiniones de aquéllos, la impiedad de sus dogmas, la bajeza de su conducta y lo ridículo de sus maneras y costumbres. "¿Qué es—dice — lo que esos filósofos tienen de maravilloso y de grande? Descubren negligentemente uno de sus hombros, se dejan crecer el cabello y la barba y llevan uñas como garras de fieras. Aseguran que no tienen necesidad de nadie, y necesitan, sin embargo, un curtidor para sus alforjas, un sastre para sus vestidos y tornero para su bastón, y gentes ricas y un buen cocinero para su paladar delicado y sus entrenimientos. Y tú, cínico, parecido al animal á quien debes tu nombre, ladras descaradamente delante de todo el mundo como si no tuvieras necesidad de nada. Sin embargo, si dejan de darte algo, te vengas de ello, cargas de injurias á los ricos y haces de la Filosofía un oficio. ¿Te declaras partidario de Platón? Bien pronto un sofista epicúreo se te pondrá enfrente. ¿Pretendes seguir á Aristóteles? Serás blanco de las invectivas de los discípulos de Demócrito. Pitágoras, heredero de las doctrinas de Ferecides, asegura qce ha sido Euforbo; pero Aristóteles combate la inmortalidad del alma. Divididos así, por tantas opiniones contradictorias, nos atacáis, sin embargo, á nosotros, que no tenemos, por decirlo así, más que un espíritu y una lengua. Tal entre vosotros pretende que Dios es un cuerpo; yo, por mi parte, creo que es incorpóreo; tal, que el universo es indisoluble; yo, que se disolverá algún día; tal, que el incendio del mundo se repetirá varias veces; yo, que esto no ocurrirá más que una sola vez; tal, que los jueces de las almas son Minos y Radamanto; yo, que es Dios mismo; tal, por último, que el alma sola goza de inmortalidad; yo, que el cuerpo mismo participará también de ella. ¿En qué, pues, oh helenos, os hacemos agravio? ¿Por qué á nosotros que seguimos la razón de Dios nos odiáis como á los más infames de los hombres? No somos antropófagos; lo que á este respecto publicáis contra nosotros, son calumnias; es precisamente entre vosotros, son vuestros dioses mismos, quienes, á ejemplo de Saturno, hacen comidas semejantes„.

A este vigor de espíritu y de carácter, Taciano unía una vasta erudición. Demuestra perfectamente la antigüedad de nuestra doctrina. Moisés y Homero son los autores más antiguos, el uno entre los bárbaros y el otro entre los griegos. Pero entre los escritores griegos que habían investigado la época en qne viviera Homero, el que le considera más antiguo le hace vivir antes de la descendencia de los heráclidas, en los ochenta

(1) Orat., n. 27.

Digitized by Google

años después de la guerra de Troya. Pero Moisés es más antiguo, no ya que la toma, sino que la fundación misma de Troya. Taciano lo prueba por los autores fenicios, caldeos y egipcios. Beroso, caldeo, hablaba de la guerra que Nabucodonosor hizo en Judea, por donde se veía el tiempo de las historias de los judíos. Tres historiadores fenicios, Teodoto, Hipsícrates y Moch, hacían mención de Hirán y de Salomón, poniéndolos cerca del tiempo de la guerra de Troya; y ya se sabe cuánto Salomón es posterior á Moisés. En fin, Tolomeo de Mendes, en Egipto, coloca la salida de los judíos bajo la dirección de Moisés, en tiempo del rey Amosis, que se remontaba al de Inaco, después del cual hay veinte generaciones antes de la guerra de Troya, es decir, cuatrocientos años, lo que prueba también por medio de la serie de reyes de Atenas y de Macedonia. Taciano demuestra, además, que Moisés es más antiguo aún que los autores griegos anteriores á Homero de que queda alguna noticia, más antiguo también que los héroes y los dioses. "Es necesario, pues, creer—concluye—que aquél supera á todos en antigüedad y que los sofistas griegos, después de haberlos sacado de esta fuente, han adulterado los dogmas, ó porque no los comprendían, ó porque querían mezclar á ellos sus invenciones.„ Termina la obra con estas palabras: "He aquí, oh helenos, lo que he escrito para vosotros yo, Taciano, sectario de la filosofía de los bárbaros, nacido en Asiria, instruído al principio en vuestra doctrina y más tarde en ésta que ahora profeso. Conozco hoy quién es Dios y cuáles son sus obras, y me presento delante de vosotros dispuesto á examinar estos dogmas, que nadie podrá arrancar nunca de mi alma„ (1).

Tales eran los sentimientos de Taciano cuando compuso este discurso. Como en él no se notan ninguno de los errores que este desgraciado escritor adoptó y propagó después, sino, al contrario, la expresa condenación de los mismos, es de creer que le compuso antes de abandonar la Iglesia y de hacerse autor de la secta de los encratistas. Era esta secta un retoño de la de los valentinianos. en el cual Taciano injertó algunos errores propios de los marcionistas, añadiendo á ellos alguna cosa suya para darse la gloria de la invención. Supuso con Valentino que la materia es increada y eterna; atribuyó la creación del universo al soberano Dios, mediante el ministerio de un eón inferior, de quien creía que fuera esta palabra: "Que la luz sea hecha„; expresión, según él, no de mandato, sino de súplica, para que fuese creada. De una manera parecida negó con Valentín la resurrección de los muertos; juzgó la carne humana indigna de ser tomada por el Hijo de Dios, y despojó al hombre del libre albedrío, queriendo que fuese, ó naturalmente bueno y espiritual, ó por necesidad carnal y malo, según que desde el origen la simiente divina le hubiese sido infundida ó no. Rechazó, finalmente, la ley de Moisés, considerándola como no establecida por Dios, sino por este eón ó Demiurgo, por cuyo ministerio fueron creadas las cosas visibles. En seguida Taciano aprendió de la escuela de Marción á condenar el matrimonio y á abo

(1) Orat., n. 42.

Digitized by Google

minar de la carne y el vino, que por consecuencia desterró de los misterios divinos, no ofreciendo en el cáliz más que agua. En fin, á los errores de los valentinianos y marcionistas, añadió Taciano, por cuenta propia, la condenación eterna de Adán, error que nadie antes de él había defendido y que todos los antiguos Padres han detestado unánimemente como una impiedad manifiesta, porque era negar de algún modo que el demonio hubiese sido vencido por Jesucristo, si Adán, á quien el diablo había vencido desde luego y cautivado, no hubiese sido redimido por Jesucristo (1).

No se comprende qué motivos pudo tener Taciano para desesperar de la salvación de Adán, como no sea su aversión al matrimonio, como si el Cristo hubiese juzgado indigno de la salud al que, contra la prohibición de Dios, fué el primero en usar de la mujer, la cual, según los que condenan el matrimonio, era el árbol de vida del cual había prohibido al hombre gustar sus frutos bajo pena de eterna maldición. Como consecuencia de esta enemiga al matrimonio y de su profesión de continencia, sus discípulos fueron llamados encratistas, esto es, continente.

Por lo demás, no solamente no se notan en sus discursos ninguna clase de vestigios de estos errores, sino que la mayor parte de ellos son condenados allí expresamente. Niega que la materia fuese, como Dios, eterna y sin principio, y enseña, por el contrario, que fué creada, no por otros, sino por el mismo soberano Dios que ha hecho el universo (2). Confiesa y demuestra contra los gentiles la resurrección de los cuerpos, y dice entre otras cosas: "Bien que mi carne, entregada á las llamas, se resuelva en un vapor sutil, este vapor será conservado en el vasto seno del mundo. Aunque yo sea ahogado en los ríos, sumergido en el mar ó devorado por las fieras, no por eso dejaré de ser recogido en los tesoros del Señor. El ateo no ve lo que hay depositado en estos tesoros divinos; mas el día que quiera, Dios restablecerá esa substancia visible á él solo, en su primer estado„ (3). No duda tampoco en predicar un Dios nacido en forma humana. Enseña también que los ángeles y los hombres han sido creados por Dios con libre albedrío, á fin de que el impío, siéndolo por su culpa, sea castigado justamente, y el justo sea recompensado por sus buenas obras. La presciencia divina no impide la libertad, y el origen ó primera causa del mal se halla tan sólo en el libre albedrío. "Nosotros—dice—no hemos sido creados para morir; pero nuestra libertad nos ha perdido; éramos libres y hemos venido á ser esclavos Ninguna especie de mal ha sido hecha por Dios; sólo nosotros hemos producido la iniquidad; pero así como la hemos dado nacimiento, así también podemos repudiarla„ (4). Aunque Taciano se mofa de los matrimonios de los dioses, no los condena en los hombres; y si alaba especialmente á las vírgenes, asegu-

(1) S Ireneo, lib. III, c. 23.
(2) Orat., *Adver gentes.*, n. 5.
(3) Idid, n. 6.
(4) Oratio, *Contra gentes*, n. 25, 7, 11.

Digitized by Google

ra, sin embargo, que toda clase de personas era admitida á profesar nuestra Filosofía y que solamente eran desterrados de ella el libertinaje y la impudicicia. Finalmente, había también grabado en su espíritu, no sólo las instrucciones de San Justino, á quien llama un hombre digno de admiración, sino los sentimientos de piedad que se habían despertado en su alma cuando admiraba en los libros santos la explicación tan inteligible de la creación del universo y la monarquía ó soberanía universal del mundo; dos puntos que los herejes de aquel tiempo atacaban con más ardor.

Pero aunque Taciano permaneciera aún en la Iglesia cuando escribió su discurso, no tardó mucho en separarse de ella. Lo que le llevó á este extremo fué, sin duda, la alta estima en que se tenía á sí mismo y á sus talentos, la ambición de gloria y de nombre y el deseo de adquirir autoridad sobre cierto número de partidarios, en lugar de quedar humildemente sometido á la divina autoridad de la Iglesia (1). Dió nacimiento á su impía secta en la Mesopotamia, desde donde se repartió por el Oriente y á diversas provincias del Asia, sobre todo después de haber sido reforzada por un tal Severo, de quien estos herejes, además del nombre de encratistas, de tacianistas y otros varios, recibieron también el de severianos. Como sucede frecuentemente en las sectas heréticas, Severo introdujo algunas reformas ó cambios en las doctrinas de su maestro; porque á éste se le acusa de haber rechazado la ley de Moisés, mientras que Severo y los severianos admitían la ley y los profetas con los Evangelios. Se asegura que Taciano tuvo la audacia de corregir el estilo de las Epístolas de San Pablo, queriendo hacerle más elegante. Los severianos, cargando de maldiciones al mismo Apóstol, rechazaban enteramente sus Epístolas, siendo quizá este odio contra él la causa de que desecharan también los Actos de los Apóstoles, en los cuales se habla de sus gloriosas y heroicas acciones (2).

De la misma escuela de Taciano y de la misma secta de los encratistas, pudo quizá salir aquel Casiano que hacia fines de este siglo corroboraba la herejía de los docetas ó de los que negaban la realidad de la carne humana en la persona de Jesucristo. Por lo que se refiere al matrimonio, se hallaba de acuerdo con Taciano en detestarlo tanto como el adulterio (3); pero parece haberse apartado de los senderos de su maestro, prefiriendo el sistema de Marción, en lo tocante á la creación del mundo y la naturaleza humana de Cristo, mientras aquél se atenía más á los principios de Valentino. El mismo Taciano, sin embargo, ha sido inculpado de este error; es decir, de no reconocer en el Cristo más que un puro fantasma ó una apariencia de carne humana. Lo que ha podido dar lugar á juzgarle culpable de esta loca impiedad, es su *Harmonía evangélica,* la más famosa de sus obras después del discurso contra los

(1) S. Ireneo. l. I, c. 28.
(2) S. Epif., *Haert. fabul.*, l. I, c. 20.
(3) Clemente Alej. Strom., l. 3.

Digitized by Google

griegos. Como en dicha obra prescinde de las genealogías de Jesucristo y de todo cuanto demuestra que nuestro Señor nació, según la carne, de la raza de David, se puede fácilmente creer que se hallaba inficionado del error de los marcionitas, que reducían el misterio de la Encarnación á una simple apariencia. Pero los discípulos de Valentino, de acuerdo, en algún modo en esto, con los marcionitas, no admitían tampoco que el cuerpo del Redentor descendiera de la raza de David, porque, según ellos, había descendido inmediatamente del cielo, pasando sólo por el seno de María, como por un canal, sin tomar nada de ella.

Esta obra de Taciano tuvo gran aceptación. No solamente los encratistas y los docetas se servían de ella, como favorable que era á sus errores, sino también muchos católicos que, en su simplicidad, no se daban cuenta del fraude, y en cambio hallaban cómodo tener en un solo libro ordenadamente narradas todas las acciones del Redentor, referidas conforme á los cuatro libros del Evangelio. En el siglo V Teodoreto, Obispo de Ciro, descubrió más de doscientos ejemplares de dicha obra en diversas iglesias de su diócesis, de las cuales los quitó, poniendo en su lugar los cuatro Evangelios. Se ha creído largo tiempo que esta obra se había perdido; pero el sabio Asemani descubrió en el Oriente una traducción árabe de ella, que llevó á Roma. Taciano compuso, además, otros escritos, ya antes, ya después de su caída. Ninguno ha llegado hasta nosotros. Se dieron diversos nombres á los partidarios de su herejía. Además de tacianistas, encratistas y severianos, fueron llamados hidroparástatas y acuarianos, á causa de su aversión por el vino y porque no ofrecían más que agua en los santos misterios. Fueron aún llamados apotactitas ó *renunciantes,* porque no contentos con abstenerse del matrimonio, pretendían renunciar también á todos los bienes de la tierra, y llegaban hasta condenar, como personas incapaces de salvación, á cuantos poseían alguna cosa ó estaban casados. Los arrojaban de su comunión como á seres inmundos, y se daban á sí mismos el nombre de cátaros ó puros; título que, poco después, se atribuyeron los novacianos con igual arrogancia. Por idéntico motivo, se llamaron aún *apostólicos,* en cuanto pretendían imitar la vida de los Apóstoles. En fin, como alguno de ellos, para manifestar más su pobreza y austeridad, se cubría con un saco, se les ve designados algunas veces con el nombre de sacóforos ó portasacos. Mas con tantas apariencias de rigor y austeridad, su conducta no dejaba de ser sospechosa para algunos, á causa de su mucha familiaridad con las mujeres, á quienes atraían, por toda clase de medios, á su secta, llevándolas en sus viajes y viviendo con ellas en común. Si tal intimidad es peligrosa para personas de sólida y verdadera piedad, mucho más ha de serlo, en efecto, para los que no tienen sino un fantasma de ella (1).

55. Muy parecidas á la conducta y á la suerte de Taciano, fueron la suerte y la conducta de Bardesano. Como Taciano, éste se mostró católico durante algunos años, y se sirvió, no menos que él, de su inmensa erudi-

(1) Véanse Tillemont y Orsi, l. IV.

Digitized by Google

ción para defender la religión contra los gentiles y contra los herejes de su tiempo. Y así como Taciano sufrió con San Justino las persecuciones de Crescente, filósofo cínico, así Bardesano resistió valerosamente las persecuciones de Apolonio, filósofo estoico y preceptor de Marco Aurelio. Bardesano, como Taciano, apostató de la fe y se separó de la Iglesia; en fin, tanto el uno como el otro fueron jefes de dos sectas de perdición.

Era sirio de nación y originario de Edesa, en Mesopotamia, donde gozaba del favor de Abgaro, príncipe muy santo, como le llama San Epifanio, y que abolió en Osroena la bárbara costumbre de hacerse eunucos, seguida por los sacerdotes de Cibeles, ordenando cortar las manos á los que cometieran tal crimen contra sí mismos. Como las herejías se multiplicaban diariamente en la Mesopotamia, Bardesano, que era muy elocuente en su lengua natural, lleno de fuego y de vivacidad en la controversia, escribió gran número de diálogos y una infinidad de opúsculos contra Marción y los demás jefes ó defensores de sectas heréticas. Como unía á la erudición y la elocuencia, un gran celo por defender la fe, tuvo una multitud considerable de discípulos que tradujeron sus obras del sirio al griego. Del vigor y la fuerza que conservaban en unas lenguas extrañas, San Jerónimo deducía la belleza y la gracia que deberían tener en su lengua natural. La más célebre de todas sus obras era su diálogo *Del destino*, contra la astrología judiciaria, dirigido á un cierto Antonino, que Eusebio entendió ser el mismo emperador Marco Aurelio Antonino.

En un largo fragmento de esta obra, Bardesano, queriendo mostrar que la diversidad en las costumbres de los hombres, no proviene de la naturaleza ni de la necesidad que les imponen los astros, cita el ejemplo de los cristianos, los cuales, aunque nacidos en climas distintos, y frecuentemente bajo las mismas constelaciones que muchos bárbaros, seguían, sin embargo, en todas partes las mismas leyes, diferentes, en mucho, á las de todas las otras naciones. "¿Qué diremos—así se expresa— de la secta de los cristianos á la que nosotros pertenecemos? Multitud tan numerosa, repartida en tan diversos climas, es, sin embargo, en todos los pueblos y en todos los países, conocida y llamada por un solo y mismo nombre. Los cristianos de Partia, no tienen varias mujeres, aunque sean partos; los de Media, no arrojan sus muertos á los perros; los de Persia, no se casan con sus hijas, aunque sean persas; los que viven entre los bactrianos y los galos, no corrompen los matrimonios; los que se hallan en Egipto, no adoran ni al buey Apis, ni al perro, ni al macho cabrío, ni al gato. En cualquier parte donde se hallen, resisten á las leyes y á las costumbres malas, y la constelación que haya presidido á su nacimiento, no les fuerza á realizar los males que sus superiores les han prohibido. Soportan, además, con paciencia las enfermedades, la pobreza, los dolores, y aun lo que se estima como infamia. Si podemos todo, lo seremos todo; pero si no podemos nada, no nos pertenecemos y seremos sólo instrumentos de los demás„ (1).

(1) Apud Eusebium, *Praeparat evangelica*, l. VI, c. 8.

Digitized by Google

Escribió también otros diversos libros con ocasión de las persecuciones que contra los cristianos tenían lugar por entonces. Solicitado él mismo por Apolonio, confidente de Marco Aurelio, á abandonar la religión cristiana, para complacer á su señor, respondió con gran energía y prudencia, declarando, entre otras cosas, que no temía á la muerte, supuesto que no podía evitarla, aun no resistiendo al emperador (1). Esta acción le colocó casi en el rango de los confesores de la fe. Pero, en fin, bien así, como un navío que se va á pique por el peso mismo de sus preciosas mercancías, este desgraciado naufragó, tanto más funestamente, cuanto más arrastró en su caída á multitud de personas que tenían en él demasiada confianza.

Dió desde luego en los errores de Valentino, mas reconociendo sus evidentes absurdos, no sólo abandonó esta escuela, sino que combatió con gran energía su doctrina, demostrando que la mayor parte de sus dogmas no eran más que fábulas y extravagantes invenciones. Se lisonjeaba, por consecuencia de esto, de haber escapado al naufragio y de haber entrado en el puerto (2); pero conservando algunos restos de su extravío, ellos le sirvieron para formar en seguida un nuevo cuerpo de doctrina, y para comenzar una nueva secta, que tomó de él su nombre.

Bardesano tuvo un hijo llamado Harmonio, que heredó de su padre, con su erudición, sus errores. Perfectamente instruído en las ciencias de los griegos, fué el primero en componer versos en su lengua natural, y en ponerlos en música. Pero imbuído, como se hallaba, de los errores de su padre y de las opiniones de los filósofos griegos acerca del alma, así como el nacimiento y muerte del cuerpo, los insinuó en sus himnos á fin de que los sirios, encantados con la dulzura del verso y la melodía del canto, tragasen más fácilmente el veneno. Para remediar estos males é inconvenientes, el célebre San Efrén, de Siria, compuso, cerca de dos siglos después, otros himnos en los mismos aires que los de Harmonio, pero llenos de pura doctrina y propios para inspirar una piedad verdadera. Se arrancó, pues, de entre las manos de los fieles los primeros himnos, infestados del veneno de la herejía, y se les sustituyó con éstos del santo diácono en honor de los santos mártires, y su canto hacía más solemnes las funciones y ceremonias (3).

56. Hacia la misma época nació la secta de los montanistas. Su autor, Montano, nacido en Frigia, apenas abrazó el cristianismo cuando ya aspiró á las más altas dignidades No habiéndolas conseguido, se hizo y proclamó profeta. Sujeto á convulsiones epilépticas, pretendió que en esos accesos recibía el espíritu de Dios ó la divina inspiración para dar un nuevo grado de perfección á la religión y á la moral cristiana. "Dios —decía—no ha revelado desde luego á los hombres todas las verdades, sino que ha proporcionado sus lecciones á los grados de capacidad rela-

(1) S. Epiph., ubi supra.
(2) Euseb., ubi supra.
(3) Sozomone, l. III, cap. 16, lib. IV, c. 29.

Digitized by Google

tiva. Las que dió á los Patriarcas no eran tan amplias como las que más tarde dió á los judíos, y éstas son menos extensas que las que ha concedido á todos los hombres por medio de Jesucristo y sus Apóstoles. Este divino Maestro dijo frecuentemente á sus discípulos que tenía aún muchas cosas que enseñarles, pero que no estaban todavía en estado de entenderlas. Les había prometido enviarles el Espíritu Santo, y lo recibieron, en efecto, el día de Pentecostés, pero también ha ofrecido un Paracleto, un consolador, que debe enseñar á los hombres toda verdad. Ese Paracleto soy yo, quien debe enseñar á los hombres lo que no saben todavía„ (1).

Cerca de un siglo después de Montano, Manes anunció también que era él el Paracleto prometido por Jesucristo, y en el siglo séptimo, Mahoma, aun ignorando todo esto, se valió del mismo artificio para persuadir á las gentes de que era enviado por Dios para establecer una nueva religión. Estos tres impostores son refutados por los pasajes mismos del Evangelio, de que ellos abusaban. Sólo á los Apóstoles había prometido Jesucristo enviarles el Paracleto, el Espíritu de verdad que había de permanecer con ellos siempre y debía enseñarles todas las cosas (2). Era, por consiguiente, absurdo imaginar un Paracleto diferente del Espíritu Santo enviado á los Apóstoles y pretender que Dios quería aún revelar á los hombres otras verdades que aquellas que habían sido enseñadas por su ministerio.

Montano y sus primeros discípulos no cambiaron nada del símbolo de la fe, pero pretendieron que su moral era mucho más perfecta que la de los Apóstoles. Era, en efecto, más austera: primero, rehusaban por siempre la penitencia y la Comunión á todos los pecadores que habían cometido grandes crímenes, sosteniendo que ni los sacerdotes ni los Obispos podían absolverlos; segundo, imponían á sus sectarios nuevos ayunos y abstinencias extraordinarias tres cuaresmas y dos semanas, durante las cuales habían de abstenerse, no sólo de toda clase de carne, sino de todo lo que tuviera jugo; porque no vivían más que de alimentos secos; tercero, condenaban las segundas nupcias, como adulterios; el adorno de las mujeres, como una pompa diabólica, y la Filosofía, la literatura y las bellas artes, como ocupaciones indignas de un cristiano; cuarto, pretendían, también, que no era permitido huir para evitar la persecución, ni rescatarse de ella por dinero.

Por medio de esta afectación de severa moral, Montano sedujo á varias personas distinguidas por su rango y nacimiento, particularmente á dos damas ricas, llamadas Priscila y Maximila, las cuales aceptaron las

---

(1) Eusebio, l. V, c. 16.

(2) Et Ego rogabo Patrem et alium Paraclitum dabis vobis ut maneat vobiscum in aeternum. (S. Juan, c. XIV, v. 16 y 17.)

Paracletus autem Espíritus sanctus, quem mittet Pater in nomine meo ille vos docebit omnia. (Ibid., 26.)

Cum autem venerit Paraclitus quem Ego mittam vobis a Patre Spiritum varitatis. (16, v. 15 y 26.)

Digitized by Google

visiones de este fanático, y aun profetizaron, como él, y le imitaron en sus pretendidos éxtasis. Pero las falsas predicciones de estos iluminados contribuyeron á desacreditarlos bien pronto. Se les acusó también de hipocresía, de afectar una moral austera para ocultar mejor el desarreglo de sus costumbres, y mirados como verdaderos poseídos, fueron condenados y excomulgados por el Concilio de Hierápolis. Arrojados así de la Iglesia, formaron una secta y se dieron una disciplina, estableciendo además una jerarquía. Su capital era la pequeña ciudad de Pepuza, en Frigia, que ellos llamaban Jerusalén, y de ahí les vino el nombre de pepucianos, de frigios y de catafrigios. Se repartieron, en efecto, por toda la Frigia, por la Galacia y por la Lidia; pervirtieron enteramente la Iglesia de Tiatira, y de toda esta región se halla desterrada la Iglesia por espacio de ciento doce años.

57. Desde un principio fueron refutadas sus doctrinas por varios escritores; por Milciades, sabio apologista de la religión cristiana; por Asterio Urbano, sacerdote católico; por Claudio Apolinar, Obispo de Hierápolis. Estos autores reprochan á Montano y á sus profetisas los accesos de furor y de locura, durante los cuales pretendían profetizar estos visionarios indecencias, en las que los verdaderos profetas no incurrieron jamás; la cólera conque declamaban contra los pastores de la Iglesia que los habían excomulgado; la oposición que había entre su moral y sus costumbres; su molicie y hábitos mundanos y los artificios de que se servían para conquistar prosélitos y otras cosas semejantes. Estos sectarios se vanagloriaban de tener también mártires de sus creencias, pero Asterio Urbano les probó que nunca los habían tenido, porque entre los que ellos citaban, los unos habían comprado su libertad con dinero y los otros habían sido condenados por verdaderos crímenes (1).

Como las herejías se multiplicaban, Dios multiplicó también en su Iglesia el número de los defensores de la verdad. Por entonces florecieron Hegesipo, del que ya hemos hecho varias veces mención; Filipo, Obispo de Gortina, en la isla de Gandía, que escribió un libro muy elegante contra Marción; Modesto, que más feliz que ningún otro, descubrió en una de sus obras los fraudes y errores de ese hereje; Musano, que escribió un libro muy bien hecho, dirigido á algunas personas que se habían dejado seducir por los encratistas; Rodón, que refutó los errores de Taciano, de quien había sido discípulo, y en fin, San Dionisio, Obispo de Corinto, de quien debe hacerse una mención especial; San Apolinar, Obispo de Hierápolis; San Melitón, Obispo de Sardes; Atenágoras, filósofo de Atenas; San Ireneo, sacerdote primero y después Obispo de Lyón, y San Teófilo, Obispo de Antioquía (2).

San Dionisio fué uno de los más ilustres Prelados de este siglo, y pudo haber sucedido á San Primo, que ocupaba la silla de Corinto cuando San Hegesipo llegó allí en uno de sus largos viajes. No contento con velar

(1) Eusebio, lib. V, cap. 17-18, Orsi libro IV, Tillemont, Fleuri, Bergier.
(2) Ibid., lib. IV, c. 25 y 28.

Digitized by Google

sobre su rebaño é instruir á su pueblo, extendía su celo y su caridad sobre otras provincias por medio de las excelentes cartas que dirigió á muchos Obispos. Eusebio cuenta siete de ellas, á las cuales da el nombre de católicas ó universales, en cuanto iban dirigidas principalmente no á los Obispos cuyos nombres llevan al frente, sino á sus Iglesias y á las naciones enteras. Por lo que de ellas nos ha conservado el mismo autor, se ve cuánto debemos deplorar la pérdida de tan piadosos monumentos eclesiásticos (1).

Escribió la primera á los lacedemonios para instruirlos en la fe ortodoxa y exhortarlos á la paz y á la unión. En la segunda, dirigida á los atenienses, procura despertar en éstos la fe, induciéndolos á llevar siempre una vida digna del Evangelio. Habíase debilitado la fe de los atenienses después de la muerte de Publio, su Obispo, que en las persecuciones de este tiempo había sufrido el martirio. Mas habiéndole sucedido Cuadrato, de nuevo reunió los miembros de esta Iglesia, que el furor de las persecuciones había dispersado, y un ardor semejante al de otros tiempos comenzó á despertarse entre aquéllos. Por lo demás, en esta carta, en la que hace mención de San Dionisio Areopagita, convertido por San Pablo, y de quien afirma que fué el primer Obispo de Atenas, el santo Obispo no parece haber tenido otro fin que el de persuadirles á ser en lo sucesivo firmes en sus resoluciones. La tercera fué escrita á los fieles de Nicomedia, capital de Bitinia. En ella defendía con gran energía y vigor la regla de la fe; es decir, los principales artículos del símbolo de los Apóstoles, contra la herejía de Marción.

Escribiendo á los gortinianos y á otras iglesias de Creta, alaba altamente la virtud de Filipo, Obispo de Gortinia, atribuyendo á su celo y á su vigor la piedad y la generosidad de sus ovejas, á las que advierte, sin embargo, que no se dejen sorprender por los engaños de los herejes. En la epístola á la iglesia de Amastris y á todas las iglesias del Ponto, indicaba desde luego que había sido excitado á escribir por Baquílides y Evelpisto, probablemente, dos sacerdotes ó dos Obispos del país. En seguida, habiendo hablado de Palma, su Obispo, les explicaba algunos pasajes de la Escritura, les instruía extensamente sobre el matrimonio y la virginidad, exhortándoles á recibir, con benevolencia, á todos cuantos quisieran hacer penitencia, ya hubieran caído en herejía, ó ya hubiesen cometido otra cualquier falta. Esto prueba que en esta carta se propuso combatir la secta naciente de los montanistas que, como hemos visto, condenaban las segundas nupcias y negaban á la Iglesia la facultad de absolver del homicidio, del adulterio y de la idolatría.

En la sexta carta, dirigida á los fieles de Gnosa, en Creta ó Candía, San Dionisio exhorta á Pinito, Obispo de la misma, á considerar la debilidad del común de los hombres y á no imponer á los fieles de un modo general el yugo de la virginidad ó continencia perpetua, como si se tratase de una virtud absolutamente necesaria para la salvación. San Pinito,

(1) **Eusebio, lib. VI, c. 23.**

Digitized by Google

que era muy elocuente, y uno de los más grandes hombres de este siglo. contestó á esta carta. Después de testimoniar gran respeto y estima por San Dionisio y por su carta, le suplica que le dé á su pueblo un alimento más fuerte, rogándole que escriba nuevas cartas para sugerirle máximas diferentes y excitarle á una más alta perfección, para evitar que, acostumbrados á ser siempre alimentados con leche, no envejecieran en la infancia de la vida espiritual, sin aspirar nunca á ser hombres perfectos. En esta carta de Pinito se echa de ver, como en un cuadro fiel, la pureza de su fe, su solicitud por el progreso de su pueblo, su gran elocuencia y la claridad con que penetraba las cosas más santas.

Un maravilloso cambio puede aquí notarse. En la isla de Creta ó Candía, que hasta entonces no fué famosa más que por la vida afeminada y voluptuosa de sus habitantes, la virginidad y la continencia perpetuas llegaron á ser de tal modo generales, que un santo Obispo llegó á temer que se quisiera hacer de ellas una obligación común á todo el mundo.

En cuanto á la carta de San Dionisio á la Iglesia de Roma, Eusebio la creyó más importante y más propia de la historia eclesiástica que las anteriores. Por eso no hace más que indicar sumariamente los principales objetos de estas últimas, mientras que respecto de aquélla, se creyó en el deber de referir algunos fragmentos, para mostrar, sobre todo, la antigua y loable costumbre de los pontífices romanos, de subvenir, por medio de sus socorros, á todas las Iglesias del universo que se hallaban en la indigencia, y á las necesidades de todos los fieles, principalmente de los que se hallaban desterrados por la fe, ó que por los mismos motivos estaban condenados á trabajos públicos, tales como las canteras y las minas.

La cátedra de San Pedro estaba ocupada entonces por Sotero, que había reemplazado á Aniceto, muerto, según Eusebio, en el octavo año de Marco Aurelio, después de haber ocupado la silla apostólica once años. San Dionisio, después de alabar la generosidad de los romanos, que desde el origen del cristianismo practicaban estas obras de misericordia, añade: "Vuestro bienhechor Obispo Sotero, no solamente ha conservado esta costumbre, sino que la ha aumentado, distribuyendo limosnas más abundantes á los indigentes de provincias y recibiendo y consolando, con una afabilidad llena de amor, como un padre á sus hijos, á todos los hermanos que de estas mismas provincias van á Roma. Eusebio testifica también, por su parte, que las liberalidades universales de la Iglesia romana habían continuado hasta su tiempo.

San Dionisio decía aún en esta misma carta al Papa Sotero: "Hemos celebrado hoy el santo día del domingo, y hemos leído vuestra carta. Haremos lo mismo en lo sucesivo, así como de la que hemos recibido de Clemente. De esta manera, seremos abundantemente provistos de más excelentes instrucciones." En esta misma epístola decía también á los romanos, que, San Pedro y San Pablo, después de haber predicado en Corinto, fueron juntos á Italia y habían sufrido al mismo tiempo en Roma un glorioso martirio. Añadía, por último, que ciertos apóstoles del diablo

Digitized by Google

habían alterado sus otras cartas, quitando y añadiendo en ellas lo necesario para hacerlas sospechosas, y al mismo tiempo, favorables á sus errores. Contra ellos pronuncia esta terrible sentencia: *¡Desgraciados de vosotros!* Y concluye, que no debía parecer extraño que hubieran ensayado corromper los Santos Evangelios, cuando creían de su interés alterar escritos de una autoridad mucho menor (1). Lo que obligó al santo á quejarse de esta suerte, pudo haber sido quizá la obligación de satisfacer al Papa, al cual se habían tal vez denunciado estas cartas, por no haber leído de ellas más que copias alteradas por los herejes.

Además de estas cartas universales ó católicas, escribió una particular á una santa mujer, llamada Crisófora, para darle diversos y saludables consejos. Sabemos, en fin, que el santo Obispo había hecho ver en sus escritos de qué filósofos había deducido sus errores cada herejía y de dónde éstas habían extraído su veneno. Como éste no parece haber sido el objeto de las cartas precedentes, puede deducirse de aquí que publicó aún otras obras para la defensa de la fe católica y la utilidad de la Iglesia.

El mismo objeto había sido tratado ya por San Melitón, que gobernaba la iglesia de Sardes, en Lidias, al mismo tiempo que San Dionisio gobernaba la de Corinto en Acaya. Era aquél uno de los más ilustres defensores que la religión tuvo en estos siglos. Policarpo, Obispo de Efeso, hace de él un gran elogio en pocas palabras, cuando, escribiendo al Papa Víctor, le pone en el número de esos eunucos espirituales que alaba Jesucristo, por haber practicado el celibato en consideración al reino de los cielos, y añade que en todas sus acciones era guiado por un instinto particular del Espíritu Santo (2). Todo esto es conforme al título de profeta que le era dado comunmente por los católicos, como lo afirma Tertuliano en sus libros contra la Iglesia (3), donde no puede menos de alabar su elocuencia, así como la belleza y la vivacidad de su espíritu. Créese también que, como profeta, escribió un libro de sus profecías. Parece que la Providencia le había destinado á ser una como imagen viviente de los profetas verdaderos, á tiempo que los montanistas, bajo el especioso título de su pretendida profecía, turbaban la paz de la Iglesia esparciendo sus novedades. Como el santo, además de su cualidad de profeta, era uno de los más ilustres Obispos que entonces tuvo la Iglesia, los fieles y las iglesias particulares le consultaban como á un oráculo.

Bajo el proconsulado de Servilio Paulo, tiempo en el cual el Obispo Sagaris sufrió el martirio en Laodicea, se suscitó en esta iglesia una gran controversia tocante á la solemnidad de la Pascua. Melitón escribió sobre esta materia dos libros, que poco después dieron ocasión á Clemente de Alejandría para componer una obra sobre el mismo objeto. Un cierto Onésimo, á quien el santo califica de hermano, le suplicó que le determi-

---

(1) Eusebio, l. IV, c. 23.
(2) Eusebio, l. V, c. 24.
(3) Apud. S. Hieron, de viris illustri. bus.

Digitized by Google

nase un catálogo exacto de los libros del Antiguo Testamento, con un extracto de todos los pasajes que se refirieran á Jesucristo y á los demás artículos de nuestra fe. Para satisfacerle, Melitón emprendió desde luego un largo viaje. No habiendo sido aún fijado en la Iglesia por un consentimiento enteramente unánime y por un decreto solemne el catálogo de los libros santos, Melitón se persuadió que yendo él mismo á los lugares que habían sido centro de la religión judaica y donde la tradición de estas cosas había podido conservarse mejor, podía adquirir de ello datos más seguros y ciertos.

Yéndose, pues, á Palestina, allí debió de consultar no solamente los cristianos convertidos del judaísmo, sino aun á los más doctos y renombrados rabinos. De este modo aprendió que tal era el orden de los libros recibidos sin contestación en todas las sinagogas como canónicos y divinamente inspirados: los cinco libros de Moisés: el Génesis, el Éxodo, el Levítico, los Números y el Deuteronomio; Josué, los Jueces y Ruth, los cuatro libros de los Reyes y los dos de Paralipómenos; los Salmos de David, los Proverbios de Salomón; el Eclesiastes y el Cantar de los Cantares; Job; los profetas Isaías y Jeremías, los doce menores, en un libro; Daniel y Ezequiel; en fin, Esdras.

Tal es el más antiguo catálogo de las divinas Escrituras que se halla en los autores eclesiásticos. Fué seguido por diferentes Padres, algunos de los cuales añadieron solamente Ester. Pero como al mismo tiempo no dejan de citar como libros sagrados y divinos aquellos otros que la Iglesia ha insertado después en el Canon, no hay razón para que los modernos herejes opongan la autoridad de aquél á la autoridad de la Iglesia. Del viaje de Melitón á Palestina se concluye, con razón, que la Iglesia no se había explicado aún claramente sobre este punto, por lo cual el santo entendió debía referirse á la tradición y al común sentir de los judíos más sabios y más eruditos. Es cierto que habiendo la sinagoga cerrado y sellado, desde los tiempos de Esdras y de Nehemías, el Canon que no contenía así más que los libros enumerados por Melitón, no admitía ninguno más, aunque los judíos mismos reconociesen otros como divinos é inspirados, pero de una inspiración menos excelente, por decirlo así, que la de aquéllos, sin poder determinar nunca en qué consistía esta diferencia. Pero la Iglesia no se creyó en el caso de respetar los escrúpulos que la sinagoga pudo tener para no alterar el número de veintidós libros recibidos en el Canon, en cuanto correspondían á las veintidós letras del alfabeto hebreo, antes creyó más justo y conveniente hacer el mismo honor á todos los libros que consideraba como inspirados por Dios, colocándolos en el mismo rango. Añadió, pues, al Canon de la sinagoga descrito por Melitón, los libros de Ester, de Tobías, de Judit, el Eclesiástico, la Sabiduría y el primero y segundo libro de los Macabeos. Pero, volviendo á la obra emprendida por Melitón á instancias de Onésimo, en ella recogió en seis libros todo cuanto en Moisés y los profetas encontró más á propósito para demostrar los misterios de Jesucristo y confirmar la doctrina de la fe.

Digitized by Google

Además de estos seis libros de extractos, de los dos sobre la Pascua y del de sus profecías, de que hemos hecho mención, el santo Obispo había compuesto muchos otros, de los cuales apenas nos quedan más que los títulos, que son: *De la regla para vivir bien y de los profetas, De la Iglesia, Del domingo, De la naturaleza del hombre, De la formación del hombre, De la obediencia que los sentidos deben á la fe; Del alma, del cuerpo y de la inteligencia; Del bautismo, De la verdad, De la Generación de Cristo, De la hospitalidad,* un libro que titula *La llave,* el del diablo y del Apocalipsis de San Juan, y otro, por último, cuyo objeto es difícil de determinar, en cuanto que su título lo mismo puede significar Dios corporal, Dios en un cuerpo, Dios revestido de un cuerpo (1).

Algunos le han atribuído, como otros á Tertuliano, el error de creer en un Dios corporal. Pero si poseyéramos el libro de Melitón, no dudamos que sus palabras podrían interpretarse en un sentido recto, como varios lo han hecho respecto de Tertuliano. No podemos persuadirnos que hombre de tan universal crédito, lleno del Espíritu Santo y contado poco después de su muerte entre las más grandes lumbreras de la Iglesia del Asia, pudiera enseñar tan grosera blasfemia. La última de sus obras fué la que compuso para la defensa de la religión cristiana y que dirigió al emperador Marco Aurelio. A su debido tiempo hablaremos de ella.

Este emperador estuvo expuesto á perecer con todo su ejército en la Germanía. He aquí cómo Dión refiere el suceso: "Habiendo vencido Marco Aurelio á los marcomanos y á los Jazyges, hizo después á los cuados una guerra ruda y tenaz, en la cual consiguió sobre los bárbaros y contra toda esperanza una victoria que debió enteramente al favor particular de Dios; porque hallándose los romanos en el más grande é inminente peligro, fueron salvados del mismo de una manera admirable y por completo divina. Se habían dejado encerrar por los enemigos en un sitio desventajoso; estrechándose y uniéndose los unos á los otros, pudieron entonces defenderse con bravura de las escaramuzas de los bárbaros, que bien pronto, cambiando de táctica, dejaron de atacarlos. Como eran muy superiores en número á los romanos, se apoderaron de todos los pasos y quitaron á éstos todos los medios de obtener agua, esperando así conseguir por el calor y la sed lo que no alcanzaron con las armas. Hallábanse de esta suerte los romanos en situación desesperada, colmados de heridas, afligidos por las enfermedades, abatidos por el ardor del sol y por la sed, sin poder avanzar ni combatir, obligados á permanecer sobre las armas y expuestos á un calor sofocante, cuando de repente se vió juntarse las nubes por todas partes y caer una abundante lluvia como favor particular de Dios. Desde que comenzó á llover, los romanos levantaban la cabeza para recibir el agua en la boca, poniendo en seguida sus broqueles y cascos para beber mejor y poder abrevar sus caballos. Los bárbaros llegaron á este punto á atacarlos de manera que los romanos se vieron obligados á beber y á combatir al mismo tiempo; porque

(1) Eusebio, l. V, c. 26.

Digitized by Google

se hallaban tan sedientos que hubo muchos que, heridos como estaban, bebían su propia sangre mezclada al agua recogida en sus cascos, y como antes pensaban en extinguir su sed que en defenderse y rechazar los enemigos, habrían tenido, sin duda, un gran fracaso si una terrible granizada y multitud de rayos no hubieran caído sobre los bárbaros. Dión vivía en el tiempo mismo de este suceso (1).

En tiempos posteriores, un siglo y aun varios después de este acontecimiento, otros escritores paganos, entre ellos Julio Capitolino, el poeta Claudio y el orador Temistio, recuerdan el mismo prodigio, porque todos veían en él una intervención directa del cielo. La memoria del mismo ha sido también perpetuada en la columna Antonina y por medallas. Entre los autores cristianos de la época, San Apolinario de Hierápolis hace mención de él, así como Tertuliano, y después de ellos Eusebio, San Jerónimo, Orosio, Xifilino; cristianos y paganos se hallan de acuerdo sobre la realidad del prodigio, dividiéndose tan sólo al tratar de asignar su verdadera causa.

Los primeros lo atribuían unánimemente á las oraciones de los soldados cristianos que había en el ejército; los segundos se entregan á diversas conjeturas. Según Dión, corría la noticia de que un mago egipcio, llamado Armufis, que acompañaba al emperador, conjuró á Mercurio y á otros demonios dominadores del aire, obteniendo de ellos una lluvia. Claudio se pregunta: "¿Fué la magia de los caldeos la que movió á los dioses, ó fué, como yo creo, la virtud de Marco?„ Julio Capitolino y Temiscio lo atribuían á las oraciones de Marco Aurelio. Y tal fué, en resumen, la explicación que del suceso dieron comunmente los paganos. Existe una medalla que representa en un lado la imagen de Marco Aurelio y en el reverso la de Mercurio, con una copa en una mano y el caduceo en la otra, con esta inscripción: "Piedad del emperador y una fecha que indica el año 174 „

De todos los autores cristianos, el abreviador de Dión, Xifilino, es quien da más detalles. Según él, había en el ejército de Marco Aurelio una legión de soldados de Militina que adoraban todos á Cristo. No sabiendo el emperador cómo salir del apuro, y habiéndole dicho el tribuno de esa legión que los cristianos podían obtenerlo todo por sus oraciones y que allí en el ejército había una legión de ellos, Marco Aurelio les recomendó que suplicaran á su Dios. Oyólos éste favorablemente y luego al punto los bárbaros fueron heridos por los rayos y refrescados los romanos por la lluvia. Sorprendido Marco Aurelio, alabó á los cristianos por una orden del día, y dió á la legión el nombre de Fulminante. Se dice que existe una carta del mismo relativa á esto. Así habla Xifilino (2), pero se trata de un griego de Constantinopla que vivía en el siglo undécimo, nueve siglos después del suceso, y que, por otra parte, no indica los autores en que se apoya.

(1) Dion in Marcum Aurel.
(2) In Dion.

Digitized by Google

Eusebio, que en el cuarto siglo reasumía los autores contemporáneos, no dice que toda la legión de Militina fuese cristiana, y da á entender solamente que los cristianos eran en gran número. El nombre de Fulminante se encuentra ya aplicado bajo Trajano y aun bajo Augusto á la duodécima legión, que tenía sus cuarteles de invierno y se reclutaba en Capadocia, de la cual Militina era la ciudad principal. Es verdad que Eusebio hace decir á San Apolinario, Obispo de Hierápolis—otra ciudad de Capadocia,—contemporáneo del prodigio, "que la legión que, con sus oraciones, consiguió aquella gracia, recibió el nombre de Fulminante, que convenía muy bien al caso„; mas como no cita las propias palabras del santo, no es seguro que tradujera bien su pensamiento, tanto más cuanto en este mismo lugar llama por inadvertencia á Marco Aurelio hermano de Antonino, añadiendo al fin de toda su relación: "Por lo demás, cada uno creerá lo que quiera„ (1).

Tertuliano, citado también por Eusebio, y contemporáneo de dicho suceso, habla de él hasta dos veces en sus escritos. En su Apologética apela hasta á la carta del emperador: "Que se lean las cartas donde este príncipe, cuyo testimonio es entre vosotros de tan gran peso, atestigua que la horrible sed que devoraba á su ejército en la Germanía fué apaciguada por la lluvia que el cielo concedió quizá á las oraciones de los soldados cristianos„ (2) Esta palabra *quizá* nos hace sospechar que, en el pensamiento de Tertuliano, Marco Aurelio no atribuía este prodigio á los soldados cristianos más que de una manera dubitativa. El mismo escritor habla aún de esto en su solicitud al procónsul de Africa: "Marco Aurelio, en su expedición contra los cuados, obtuvo también, por las oraciones de los soldados cristianos, la lluvia necesaria para apagar la sed que allí sufrió. ¡Cuántas sequías no han sido evitadas por nuestras genuflexiones y ayunos! Entonces mismo, cuando el pueblo gritaba:—Dios de los dioses, tú que eres sólo poderoso, has dado, bajo el nombre de Júpiter, testimonio de nuestro Dios„ (3).

Estas palabras parecen un comentario cristiano de la representación del prodigio que se ve aún en Roma en la columna Antonina. Un Júpiter pluvioso reparte desde lo alto de los aires una lluvia mezclada de relámpagos y rayos, que van á herir á los bárbaros, caídos en tierra, mientras que los romanos se hallan de pie con sus armas. Hay más: los dos sentimientos se reúnen y se concilian, por decirlo así, en estas palabras de Tertuliano: "Marco Aurelio obtuvo la lluvia por la oración de los soldados cristianos.„ Se ve, al menos, que lo uno no excluye lo otro. Esta misma legión de Melitina, llamada sin duda desde entonces más comunmente Fulminante, suministró más tarde los cuarenta mártires de Sebasta.

58. Si en los primeros momentos Marco Aurelio se mostró un poco más favorable á los cristianos, como supone Tertuliano, y como es natural

(1) Eusebio, l. V, c. 5.
(2) Apolog. n. 5.
(3) Ad Scapulam.

Digitized by Google

pensarlo, no impidió esto que tres años después volviera á encenderse una persecución de las más violentas, la cual produjo una multitud innumerable de mártires, según asegura Eusebio y puede conjeturarse por lo que sucedió en dos Iglesias de las Galias: Lyón y Viena.

Esta es la vez primera que la Galia cristiana aparece en la historia de la Iglesia, y hace su aparición con una muchedumbre de mártires y con una carta que es quizá el monumento más admirable del mundo, por la fe, la caridad y por la vida sobrenatural que en ella se respira. Los cristianos de Viena y de Lyón refieren á los cristianos de Asia todo cuanto han visto y han tocado y sufrido, y, sobre todo, las palabras que han recogido de boca de los santos y las que ellos mismos empleaban para exhortarlos á conseguir sobre la idolatría una victoria completa (1):

"Los servidores de Jesucristo que viven en Viena y Lyón, en la Galia, á nuestros hermanos de Asia y de Frigia que tienen la misma fe y la misma esperanza, la paz, la gracia y la gloria de parte de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Señor.„ Tal era la inscripción de la carta. Después de un corto preámbulo, comienzan así su narración:

"Jamás podrán expresar nuestras palabras, ni ninguna pluma podrá describir, la rabia de los gentiles contra los santos, ni la crueldad de los suplicios que han sufrido, con sin igual constancia, los bienaventurados mártires. El enemigo desplegó contra nosotros todas sus fuerzas, como para preludiar cuánto hará sufrir á los elegidos en su última aparición cuando haya recibido más poder contra ellos. Para ejercitar de antemano á sus ministros contra los servidores de Dios, no quedó nada que no se pusiera en obra. Se comenzó por prohibirnos no solamente la entrada en los edificios públicos, en los baños y en el foro, sino comparecer en ningún sitio. Mas la gracia de Dios combatió por nosotros, librando desde luego del combate á los más débiles, y exponiendo solamente á ellos á los hombres que, por su valor, parecían como otras tantas firmes columnas, capaces de sostener todos los esfuerzos del enemigo. Habiendo, pues, venido á las manos, estos héroes sufrieron toda suerte de oprobios y de tormentos; mas en su deseo de unirse cuanto antes á Jesucristo, todo lo tuvieron en poco, enseñándonos con su ejemplo que los afectos de esta vida no guardan ninguna proporción con la gloria futura que ha de brillar para nosotros.

„Comenzaron por soportar con la más generosa constancia todo lo que se puede sufrir de parte de un populacho insolente; las aclamaciones injuriosas, el robo de sus bienes, los insultos, las prisiones y arrestos, las pedradas y todos los excesos á que puede entregarse un pueblo furioso y bárbaro contra aquellos á quienes considera sus enemigos. Arrastrados en seguida al foro, fueron interrogados delante de todo el pueblo por el tribuno y las autoridades de la ciudad, y, después de haber confesado generosamente la fe, fueron encarcelados hasta la llegada del presidente. Tan pronto como llegó este magistrado (se cree que fuera Severo, que

(1) **Eusebio, lib. V, c. 1. y sigs.**

Digitized by Google

llegó á ser más tarde emperador y persiguió violentamente á los cristianos) los confesores fueron conducidos á su tribunal, y, como los tratase con toda clase de crueldades, Vecio Epagato, uno de nuestros hermanos, dió un bello ejemplo de la caridad en que ardía por Dios y por el prójimo. Era éste un joven de conducta tan pura y arreglada, que, no obstante su juventud, había ya merecido el elogio que hace la escritura del anciano Zacarías. A semejanza de éste, marchaba de una manera irreprochable por las vías del Señor, siempre pronto á prestar al prójimo toda clase de servicios, lleno de fervor y celo por la gloria de Dios. En el acto del juicio, lleno de indignación á la vista de la iniquidad que contra nosotros se cometía, pidió permiso para defender la causa de sus hermanos y demostrar que no había ni ateísmo ni impiedad en nuestras costumbres. A esta proposición, la multitud que rodeaba el tribunal, comenzó á gritar contra él, porque era muy conocido, y el presidente, sorprendido por tan justa demanda, por toda respuesta se informó de él mismo si era cristiano. Epagato respondió en voz alta y distinta, que, en efecto, lo era, y bien pronto fué puesto con los mártires y apellidado el *abogado de los cristianos;* nombre glorioso que mereció en cuanto que, tanto ó más que Zacarías, llevaba dentro de sí, como abogado y consolador, al Espíritu Santo, y como testimonio de esta ardiente caridad que le llevaba á dar con alegría su sangre y su vida por la defensa de sus hermanos. Era un verdadero discípulo que seguía por todas partes al Cordero divino.

„Estas primeras pruebas dieron bien pronto por resultado la distinción entre aquellos cristianos que se hallaban preparados al combate y los que no estaban dispuestos á él. Los primeros, como dignos jefes, se declaraban con alegría, y nada deseaban tanto como consumar su martirio; mas se echaba de ver la debilidad y la cobardía de algunos que no se hallaban dispuestos á sostener tan rudo choque. En éste cayeron próximamente diez, lo que nos causó un dolor increible y resfrió el celo de aquellos de entre nosotros que, no habiendo sido arrestados, no cesaban, á pesar del peligro, de asistir á los mártires en sus dolores. Por entonces estábamos en continua alarma por el resultado incierto del combate; no porque temiéramos los tormentos, sino que temblábamos de ver sucumbir nuevas víctimas.

„No obstante, se aprisionaba cada día á aquellos á quienes la Providencia juzgaba dignos de reemplazar á los que caían. Se detuvo así á las personas más distinguidas y á los más firmes sostenedores de las dos Iglesias de Lyón y de Viena. Como el presidente había ordenado que se nos buscase á todos, se echó mano para esto hasta de nuestros esclavos paganos. Estas almas serviles, temiendo los sufrimientos que veían sufrir á los santos, y, excitados por la malicia del demonio y de la soldadesca, nos acusaban ya de hacer las comidas horribles de Tiestes, ya de los amores incestuosos de Edipo, ó de otros crímenes tan horrendos que no nos atrevemos ni á repetirlo, ni á creer que hayan existido hombres capaces de cometerlos. Habiendo sido extendidas estas declaraciones en

Digitized by Google

el público, los paganos se desencadenaron contra nosotros como otras tantas bestias feroces. Aquellos á quienes su parentesco había inspirado alguna moderación respecto á nosotros, no guardaron ya miramiento. De este modo se cumplió la predicción del Señor: *Un tiempo vendrá en el que todo el que os haga morir, creerá haber rendido con ello culto á Dios.*

„Se hizo sufrir entonces á los santos mártires tormentos tan atroces, que no hay palabras que puedan expresarlos. Satanás puso todo su esfuerzo en arrancar de su boca la confesión de las blasfemias y de las calumnias de que se nos cargaba. El furor del pueblo, del gobernador y de los soldados se encarnizó particularmente contra Santo, diácono de Viena; contra Maturo, neófito, pero ya atleta generoso; contra Atalo, oriundo de Pérgamo, columna y sostén de esta cristiandad, y contra Blandina, joven esclava por cuyo medio Jesucristo ha hecho conocer cuánto sabe glorificar delante de Dios lo que parece más vil y despreciable á los ojos de los hombres. Todos temíamos por esta criatura, y su madre misma, que era también del número de los mártires, tenía miedo de que no tuviera fuerzas suficientes para confesar su fe, á causa de la debilidad de su cuerpo. Ella mostró, sin embargo, tanto valor, que llegó hasta fatigar á los verdugos, que se relevaban para atormentarla desde la mañana hasta la noche. Después de haberle hecho sufrir todos los géneros de suplicios, no sabiendo ya qué hacerle, se confesaron vencidos, extrañándose de que respirase aún en un cuerpo desgarrado por todas partes, dando testimonio de que, lejos de creer que hubiera podido soportar tan fuertes y variados tormentos, entendían que una sola especie de ellos era suficiente para arrancarle el alma. Pero la santa mártir, como un vigoroso atleta, cobraba nuevas fuerzas, confesando la fe, y reposaba, y como se refrescaba cambiando los tormentos en delicias, mientras decía:—Soy cristiana, y entre nosotros no se comete mal alguno.

„El diácono Santo sufrió también por su parte con un valor sobrehumano todos los suplicios que los verdugos pudieron imaginar con la esperanza de arrancarle alguna palabra que redundase en deshonor de la religión. Llevó la constancia tan lejos, que ni aun quiso decir su nombre, su ciudad, su país, ni si era libre ó esclavo. A todas estas preguntas respondía en lengua romana:—¡Soy cristiano!—haciendo de esta cualidad como su nombre, su patria, su condición; en una palabra, como su todo, sin que los paganos pudieran arrancarle jamás otra palabra.

„Tal firmeza irritó extraordinariamente al gobernador y á los verdugos, quienes, después de haber empleado todos los demás suplicios, enrojecieron al fuego láminas de cobre y se las aplicaron á las partes más sensibles del cuerpo. El santo mártir vió abrasarse su carne sin cambiar de postura y permaneció inquebrantable en la confesión de la fe; porque Jesucristo, fuente de vida, derramaba sobre él un rocío celestial que le refrescaba fortificándole. Quemado y desgarrado, su cuerpo no era más que una pura llaga, que ya no conservaba la figura huma-

Digitized by Google

na. Mas Jesucristo, que en él sufría, hacía también brillar allí su gloria; confundía á los enemigos y animaba á los fieles, haciéndoles ver con este ejemplo que nada puede temerse cuando se posee la caridad del Padre, y nada se sufre cuando se considera la gloria del Hijo. En efecto; los verdugos se apresuraron algunos días después á aplicarle nuevas torturas á tiempo que la inflamación de sus llagas las hacía más dolorosas y cuando no podía sufrir el más ligero contacto. Se lisonjeaban que sucumbiría así á los dolores, ó, al menos, que, expirando en medio de los suplicios, intimidaría á los demás. Mas, contra la creencia de todo el mundo, su cuerpo, desfigurado y dislocado, adquirió, con los nuevos tormentos, su primera forma y el uso de todos sus miembros, de tal suerte que esta segunda tortura fué, por la gracia de Jesucristo, el remedio de la primera.

„Confundido así el enemigo, atacó entonces á las personas que más fácilmente pudieran ser vencidas. Biblisa era del número de los que habían renunciado á la fe, y el demonio, que había experimentado la debilidad de esta mujer, mirábala ya como su presa. No dudó que el demonio la obligaría á acusarnos de los más vergonzosos crímenes y la hizo atormentar; pero en medio de los suplicios, como si entrara en sí misma, pareció acometida de una profunda somnolencia. El sentimiento de los dolores pasajeros, recordándole las penas eternas, le confortó de tal modo, que respondió así á las pretensiones de los impíos:—¿Y cómo se comerán ellos á sus propios hijos, cuando ni aun les está permitido comer la sangre de los animales?—Habiendo confesado en seguida que era también cristiana, fué de nuevo puesta en el número de los mártires.

„Habiendo así Jesucristo concedido por su gracia la victoria sobre toda clase de suplicios á los confesores por su constancia, todavía el demonio dirigió contra ellos nuevas maquinaciones. Los hizo arrojar en calabozos obscuros y muy incómodos. Se les colocó sus pies en trabas de madera, extendiéndolos con violencia hasta el quinto agujero. Soportaron también allí todas las penas que los ministros, enfurecidos por el demonio, podían hacer sufrir á los prisioneros. Varios murieron en la prisión. Dios lo permitió así para su gloria. Porque los que habían sido tan cruelmente atormentados que no podía esperarse que sobrevivieran á tantos males, por más cuidado que se pusiera en curarles sus llagas, vivieron también en aquellas horribles estancias. En las que se hallaban, á la verdad, destituídos de todo socorro humano, pero de tal manera justificados por el Señor que á su vez animaban y fortificaban á los demás; mientras los que habían sido recientemente presos y cuyos cuerpos no estaban endurecidos por los sufrimientos, no pudiendo aguantar las molestias y la infección de estos calabozos murieron todos en poco tiempo.

„Entretanto fué detenido el bienaventurado Potino, que gobernaba, como Obispo, la iglesia de Lyón. Tenía más de noventa años, y se hallaba por entonces enfermo. Como apenas podía sostenerse y respirar á causa de sus achaques, aunque el deseo del martirio le inspirase un nuevo ardor, fué necesario transportarle al tribunal. La edad y la violencia de sus males habían ya descompuesto su cuerpo, pero su alma permane-

Digitized by Google

cía aún agregada á él para servir al triunfo de Jesucristo. Mientras que los soldados le conducían, era seguido por los magistrados y todo el pueblo, que gritaba contra él, como si hubiera sido el mismo Cristo. Pero nada pudo abatir al santo anciano, ni impedirle confesar altamente la fe. Interrogado por el gobernador cuál era el Dios de los cristianos,—Tú lo sabrás—dijo—si eres digno de él. Al punto fué abrumado á fuerza de golpes, sin consideración á su avanzada edad. Los que se hallaban próximos le golpeaban á puñetazos y á patadas, los que estaban más lejos le arrojaban lo que encontraban á mano. Todos se hubieran creído culpables de un gran crimen si no se hubiesen esforzado en insultarle para vengar el honor de sus dioses. Apenas respiraba ya cuando fué arrojado á la prisión, donde entregó su alma dos días después.

„Vióse entonces un efecto bien singular de la divina Providencia, y un gran milagro de la infinita misericordia de Jesucristo, milagro muy raro por cierto entre los cristianos, pero que demuestra, mejor que ningún otro, la potencia del Salvador. Los que habían apostatado seguían prisioneros en los mismos calabozos que los confesores, porque su apostasía de nada les había servido. Al contrario, los que generosamente habían confesado la fe no eran retenidos prisioneros más que como cristianos, éste era todo su crimen; en cambio á los apóstatas se les retenía como homicidas y facinerosos. Estos últimos tenían, pues, que sufrir mucho más que los otros; porque la expectación del martirio, la esperanza de las promesas, la caridad de Jesucristo, el Espíritu del Padre, llenaban de alegría á los santos confesores; pero los apóstatas se hallaban de tal manera atormentados por los remordimientos de su conciencia, que cuando aparecían delante del pueblo se les distinguía por su aire triste y consternado. Así se veía las gracias y la majestad brillar con una santa alegría sobre el rostro de los unos, que se hallaban adornados con sus propias carnes, como una esposa se halla engalanada con sus ornamentos, y exhalaban un olor tan dulce que algunos creían que se untaban con un perfume precioso; mientras que los otros estaban tristes, abatidos y desfigurados. Los paganos mismos les insultaban como á hombres bajos y afeminados, y porque habían renunciado al estimable, al glorioso, al inmortal nombre de cristianos, no se les dió otro que el de homicidas. No sirvió poco esto á confirmar á los fieles en la fe. En el instante en que eran aprisionados comenzaban por confesarla, sin admitir en su pensamiento las sugestiones del demonio.

„Mas es necesario ahora referiros los diversos géneros de suplicios por los cuales consumaron su martirio; porque presentaron á Dios una corona compuesta de toda especie de flores, y era justo que ellos recibiesen la corona de la inmortalidad, como generosos atletas que han vencido en diversos géneros de combates. Maturo, Sancto, Blandina y Atalo, fueron condenados á las fieras, y para exponerles á ellas se dieron expresamente á los paganos estos crueles espectáculos. Maturo y Sancto sufrieron de nuevo en el anfiteatro toda clase de tormentos, como si antes no hubieran sufrido ninguno, ó como bravos campeones que, ha-

Digitized by Google

biendo ya vencido varias veces, iban á combatir por la última corona. Fueron primeramente azotados con vergas, según la costumbre, y en seguida abandonados á las mordeduras y bocados de las fieras, y entregados á los otros tormentos que, el pueblo enfurecido, pedía que se les hiciese sufrir. En fin, se les sentó en la silla de hierro enrojecida al fuego; su carne quemada repartía un olor insoportable, pero los espectadores, en vez de moderarse con esto se mostraban más rabiosos, queriendo domar á todo trance la paciencia de los mártires. No se pudo, sin embargo, sacar otra palabra de Sancto que la confesión que acostumbraba hacer desde el comienzo. Estos dos generosos atletas dados en espectáculo al mundo, suministraron, durante un día entero, la cruel diversión que varias parejas de gladiadores habrían acostumbrado á dar, y como después de tantos tormentos todavía respirasen, fueron, en fin, degollados en el anfiteatro.

„En cuanto á Blandina, fué suspendida á un poste para ser devorada por las fieras. Como estuviera atada en forma de cruz y oraba fervorosamente, inspiraba gran valor á los otros mártires, que creían ver en su hermana una representación del que había sido crucificado por ellos, á fin de enseñarles que todo el que sufra aquí abajo por su gloria, gozará en el cielo de vida eterna con Dios su Padre. Mas ninguna fiera osó tocarla, y se la volvió á la prisión para reservarla á otros combates, con lo cual, apareciendo victoriosa en más de un encuentro, atrajo, de un lado, una condenación más terrible sobre la malicia de Satanás, y levantaba, de otro, el ánimo de sus hermanos, que veían cómo una pobre joven, débil y despreciable, pero asistida por la fuerza invencible de Jesucristo, triunfaba del infierno tantas veces, y conseguía, por medio de una gloriosa victoria, la corona de la inmortalidad. En fin, como Atalo era muy conocido y distinguido por su mérito, el pueblo pedía con insistencia que se le hiciese combatir también. Entró, pues, con santa resignación y serenidad en la arena. El testimonio de su conciencia le hacía intrépido, porque se hallaba aguerrido en los ejercicios de la milicia cristiana y había sido siempre entre nosotros testigo fiel de la verdad. Se le obligó desde luego á dar una vuelta por el anfiteatro con un cartel delante, en el que se leía en latín: *Es Atalo el cristiano.* El pueblo bramaba contra él; pero habiendo sabido el gobernador que se trataba de un ciudadano romano, mandó volverlo á la prisión con los demás. Mientras tanto, escribió al emperador respecto á los mártires, y esperaba la decisión.

„Este retraso no fué inútil; Jesucristo se sirvió de él para ejecutar por su medio los adorables designios de su misericordia infinita. Los vivos dieron vida á los muertos; los mártires obtuvieron gracia para los que no lo eran; fué una inefable alegría para la Iglesia, Madre y virgen al mismo tiempo, el recibir vivos en su seno á casi todos los que había antes arrojado como engendros sin vida. Ya se comprende que queremos hablar de aquellos que en los primeros combates habían vergonzosamente renegado de la fe. Refugiados ahora entre los brazos de los mártires y recibidos en el seno y las entrañas de su caridad, fueron como concebidos de

Digitized by Google

nuevo y recobraron sus primeros órganos, sintiendo despertarse en sus corazones una vida nueva. Fortificados interiormente por la gracia de Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que le invita misericordiosamente á penitencia, bien pronto se hallaron en estado de reparar sus faltas por medio de una confesión pública y solemne de la religión; porque luego al punto se recibió el rescripto del Emperador, ordenando dar muerte á cuantos confesaran la fe, y absolver á todos los que de ella renegasen.

„Para ejecutar esta sentencia, el gobernador eligió un día solemne, en el cual acudían á la ciudad gentes de todas las naciones. Sentado, pues, en su tribunal, en medio de la plaza pública, hizo llevar allí á los bienaventurados mártires para hacerles sufrir un segundo interrogatorio y darlos en espectáculo á esta infinita multitud del pueblo. Interrogó desde luego á los que habían permanecido firmes en la fe, condenando á los ciudadanos romanos á la decapitación y á los otros á ser expuestos á las fieras. Grande fué la gloria que consiguió Jesucristo por la generosa confesión de los que en un principio habían renegado de su nombre. Estos fueron preguntados aparte como por pura ceremonia y para ser inmediatamente puestos en libertad. Pero, con gran sorpresa de los paganos, todos se declararon valerosamente cristianos, y fueron, por consecuencia, puestos en el número de los mártires. No quedaron excluídos de este dichoso número más que algunos chicuelos, hijos de perdición que no habían tenido jamás la menor traza de fe, ni ningún temor de Dios, ningún respeto por el traje nupcial de su bautismo, sino antes habían deshonrado, por su desarreglada conducta, la religión que profesaban. Todos los demás se reunieron en la Iglesia de Dios.

„Mientras que se les interrogaba, un tal Alejandro, frigio de origen y médico de profesión, que desde hacía largos años habitaba en las Galias, se hallaba cerca del tribunal. Era conocido de todo el mundo á causa de su amor á Dios y á la libertad con que predicaba el Evangelio, porque ejercía también las funciones de apóstol. Situado así junto al tribunal, exhortaba por signos y por medio de gestos á los que eran interrogados, á permanecer firmes y á confesar la fe. El pueblo, que se apercibió de ello y que estaba furioso de ver á los que habían renegado de la fe confesarla ahora con tanta constancia, gritó contra Alejandro, al cual se culpaba de este cambio Preguntándole el gobernador qué era y él, respondió:—Soy cristiano.—Y fué al momento condenado á las fieras. Al siguiente día entró en el anfiteatro con Atalo, á quien el gobernador, por dar gusto al pueblo, abandonó á este suplicio, no obstante su carácter de ciudadano romano. Después de haber sufrido cuantos tormentos pueden imaginarse, ambos fueron al fin degollados. Entretenido interiormente con Dios, Alejandro no dejó escapar ninguna palabra, ni queja alguna. Por su parte, Atalo, mientras se le quemaba sobre la silla de hierro, y el olor de sus carnes se extendía por todos lados, decía en latín al pueblo:—Ved aquí lo que es comer carne humana; lo que vosotros hacéis aquí; pero nosotros, ni comemos hombres, ni cometemos ningún otro crimen.—Como

Digitized by Google

se le preguntara qué nombre se le daba á Dios,—Dios—dijo—no tiene ningún nombre como le tenemos nosotros los mortales.

„En fin, después de todos ellos el último día de espectáculos se hizo comparecer de nuevo á Blandina y á un joven de unos quince años, llamado Póntico. Diariamente se les había llevado al anfiteatro con el objeto de intimidarlos con la presencia de los suplicios que se hacía sufrir á los otros. Los gentiles querían obligarlos á toda costa á jurar por sus ídolos. Mas como ellos permanecieran firmes en despreciarlos, el pueblo se enfureció hasta el punto de que, sin ninguna compasión ni por la juventud del uno ni por el sexo de la otra, se les hizo pasar por toda clase de tormentos, instándoles tenazmente á que juraran. Pero su constancia fué invencible; porque Póntico, animado por su hermana, que le exhortaba y le fortificaba en presencia de los paganos, soportó valientemente todos los suplicios y entregó su espíritu.

„La bienaventurada Blandina quedó, pues, la última, como una madre generosa que, después de haber enviado delante de sí á sus hijos victoriosos, á quienes había animado al combate, se apresura á reunirse con ellos. Entró en la misma liza con tanta alegría como si hubiese ido á un festín nupcial y no á una carnicería, donde debía de servir de pasto á las fieras. Después que sufrió los azotes, las mordeduras de las bestias, la silla de hierro, se la envolvió en una red y se la presentó á un toro, que la arrojó varias veces al aire; pero la santa mártir, ocupada en la esperanza que le daba su fe, se entretenía con Jesucristo y era insensible á los tormentos. Por último, esta inocente víctima fué degollada, y los paganos mismos confesaron que no vieron jamás una mujer que hubiera sufrido tanto con tan heroica constancia.

„El odio y el furor que el demonio inspiraba á los idólatras no se saciaba con la sangre de los mártires. La vergüenza de haber sido vencidos irritó más aún al gobernador y al pueblo, para que al fin se cumpliesen las palabras de la Escritura: "Que los malos lleguen á ser más malos „aún, y los justos más justos todavía.„ Su rabia se extendióhasta más allá de la muerte. Arrojaron al muladar, para que fuesen devorados por los perros, los cuerpos de todos aquellos á quienes las infecciones y los otros males de la prisión habían hecho morir, guardándolos noche y día por temor de que algunos de nosotros los enterrase. Recogieron también los miembros de los que habían combatido en el anfiteatro, restos de las fieras y de las llamas, con los cuerpos de los decapitados, haciéndolos guardar de igual modo varios días por los soldados. Los unos temblaban de rabia y rechinaban los dientes á la vista de las santas reliquias, buscando aún ocasiones de insultarlas más todavía. Los otros se mofaban de ellas, alabando á sus ídolos, á cuya venganza atribuían la muerte de los mártires. Los más moderados sonreían con maliciosa compasión, insultándolas y diciendo:—¿Dónde está su Dios y de qué les ha servido un culto que han preferido á la vida misma?—Tales eran los diversos sentimientos que respecto á nosotros inspiraba el odio á los paganos. Por nuestra parte, sentíamos profundo dolor por no poder enterrar los cuerpos de los mártires.

Digitized by Google

En vano procurábamos aprovechar la obscuridad de la noche ó ganar á los guardias por dinero y aplacarlos por medio de nuestras súplicas. Todo fué inútil, porque creían haber conseguido bastante si los mártires quedaban sin sepultura. Sus cuerpos permanecieron seis días expuestos á toda suerte de ultrajes, y después fueron quemados por los gentiles y arrojadas sus cenizas al Ródano, á fin de que no quedara ninguna reliquia de ellos sobre la tierra. Obraron así como para vencer la potencia de nuestro Dios y quitar á los confesores toda esperanza de resurrección.—Es sólo—decían—la esperanza de resucitar algún día la que les ha hecho introducir esta religión extranjera, y la que les ha llevado á despreciar los tormentos y á recibir la muerte con alegría; veremos ahora si lo consiguen, y si su Dios los arranca de nuestras manos.„

Después de haber descrito de este modo el martirio de sus gloriosos atletas, los cristianos de Viena y de Lyón continúan haciendo en la misma carta el elogio de sus virtudes, celebrando particularmente su profunda humildad, su caridad hacia sus mismos perseguidores, su celo por la conversión de los que habían caído, su ternura en recibir á los penitentes, la pureza de su fe, y su solicitud por la paz de la Iglesia. "Deseaban de tal modo imitar á Jesucristo—añaden,—que después de haber confesado su nombre y sufrido el martirio, no una, sino muchas veces; después de haber sido expuestos á las fieras, quemados, cubiertos de llagas, no se atribuían el carácter de mártires ni nos permitían darles este nombre. Porque si alguno de nosotros al escribirles ó al hablarles les llamaba mártires, le reprendían severamente. Reservaban este título á Jesucristo, el verdadero y fiel mártir ó testigo, el primogénito de entre los muertos y la clave de la vida, y hacían mención de aquellos que habían salido de este mundo.—Sólo son mártires—decían—los que Jesucristo se ha dignado recibir en la confesión de su nombre, sellándolos así por su muerte. Nosotros no somos más que pobres confesores.—Al mismo tiempo conjuraban con lágrimas á sus hermanos para que rogaran por ellos, á fin de que se les concediera el poder de sufrirlo todo por Jesucristo, y mostrando por sus actos la fuerza de los mártires, hablaban á los mártires con entera libertad, soportaban con constancia los más crueles sufrimientos y rehusaban aquel título llenos de profundo temor de Dios. Pero cuanto más se humillaban más han sido después ensalzados. Su caridad no era menor que su humildad. Excusaban á todo el mundo, no acusaban á nadie y siempre se mostraban prontos á recibir á su comunión á los penitentes. Como el glorioso y perfecto mártir San Esteban, pedían al Señor no les imputara á sus verdugos y perseguidores los pecados que contra ellos cometían. Mas si este ilustre jefe de los mártires rogó por sus verdugos, ¿cuánto más rogaría por sus hermanos? El más grande combate que tuvo que sostener con el demonio fué precisamente para salvar de sus garras á los que parecía ya haber devorado. Porque no se elevaban á la gloria á costa de los que habían caído, sino que liberalmente y por su abundancia, suplían á las necesidades de los otros, manifestándoles una ternura maternal, y derramando por ellos

Digitized by Google

muchas lágrimas delante del Padre celestial. Pidieron la vida y les fué concedida la vida, de la que dieron parte á sus hermanos, subiendo al cielo, por último, coronados con toda clase de victorias. Después de haber amado la paz y habérnosla recomendado, alcanzaron á Dios en ella, no dejando á la Iglesia, su Madre, ningún motivo de turbación ni de disgusto, ni á sus hermanos ninguna semilla de división ni de discordia, sino la alegría y la paz, la caridad y la unión.„

En la misma carta encontramos más de una prueba de su celo por la pureza de su fe, de su sumisión á la autoridad de la Iglesia, y de su interés en mostrarse alejados del espíritu y de las prácticas de los novadores, y de su escrupulosa delicadeza en este punto. Entre los mártires se hallaba uno, llamado Alcibiades, acostumbrado hacía mucho tiempo á una vida austera y á no comer sino pan y agua. Así continuaba en la prisión; pero Atalo, después de su primer combate en el anfiteatro, supo por revelación que Alcibiades no hacía bien en no hacer uso de las demás cosas criadas por Dios, y que esto era ocasión de escándalo para los demás. El santo se dejó persuadir, y desde entonces comió de todo con acción de gracias. De este modo se ve que Dios visitaba á los mártires con sus favores y que el Espíritu Santo era su consejero. Había en este tiempo, como ya lo hemos indicado, diversas sectas heréticas que, por superstición y como consecuencia de sus errores, se abstenían del vino y de la carne. Los montanistas fingían además una vida austera é insultaban á los cristianos, que no querían sujetarse á esas nuevas leyes de abstinencia y á los nuevos ayunos que Montano y sus falsas profetisas pretendían imponer á los fieles. En tales circunstancias no es extraño que Dios no aprobase la singular austeridad de Alcibiades y que los mártires no viesen con buenos ojos su extraordinaria abstinencia de carnes y de vino. Temían quizá que semejante conducta pareciera una imitación afectada ó una tácita aprobación de aquellas herejías (1).

Aunque no hacía mucho tiempo que Montano, Teodoto, otro Alcibiades, Priscila y Maximila habían causado gran escándalo y turbación en la Frigia y el Asia por sus novedades y sus pretendidas profecías, como existían grandes relaciones entre los fieles del Asia y los de las Galias, estos últimos se hallaban ya plenamente instruídos de aquéllas. Y aun parece que los asiáticos les habían escrito sobre este particular para conocer sus sentimientos y opiniones acerca de ellas, porque los santos mártires les escribieron sobre esto varias cartas desde la prisión, las cuales no fueron enviadas hasta después de su muerte con la historia de su martirio. La abundancia de milagros que la gracia divina obraba aún en muchas Iglesias impedía á algunos condenar abiertamente las profecías de estas hipócritas y las visiones de sus fanáticas sibilas. Pero aunque sus cartas no han llegado hasta nosotros, podemos juzgar por su conducta que los santos mártires de Lyón no eran de este número. Aparte de que desaprobaron la rigurosa abstinencia de uno de sus compañeros por la

(1) Euseb., lib. V, cap. 1 y siguientes.

Digitized by Google

conformidad que, exteriormente al menos, pudiera tener con el rigorismo de los montanistas, la ternura y delicadeza con que levantaban á los caídos, hace ver bien claramente cuánto se apartaban de aquel espíritu de dureza con que dichos herejes rechazaban de la comunión de la Iglesia, sin esperanza de perdón ni de paz, á los que se habían hecho culpables de grandes crímenes, y, sobre todo, de idolatría. En fin, Eusebio nos atestigua que el juicio que emitieron sobre esas mismas profecías las Iglesias de Lyón y de Viena y que añadieron á la historia de sus mártires, era conforme á la regla de la fe y á las máximas de la verdadera piedad. Añade aún que para dar más peso á su particular juicio, unieron á su carta las de los mismos mártires sobre esta materia y que, tanto las unas como las otras, eran igualmente propias para calmar la turbación y procurar la paz de las Iglesias (1).

Mas como estos mártires no ignoraban que todas las Iglesias del mundo se hallan obligadas á marchar conformes con la Iglesia romana, escribieron también acerca de este asunto al santo Papa Eleuterio, que ocupaba entonces la Cátedra del Príncipe de los Apóstoles. Para llevar su carta á Roma, eligieron al más ilustre personaje del clero de Lyón y de Viena. Este era San Ireneo, á quien recomendaban vivamente al Papa, alabando su celo por la fe y la ley de Jesucristo (2).

Es muy extraño que en un tiempo tan calamitoso, en lo más fuerte de la persecución, cuando el Obispo Potino, ya muerto, había dejado viuda á esta Iglesia, cuando los principales del clero, detenidos y encerrados en horribles calabozos, esperaban de día en día ser degollados ó entregados á las fieras, hubieran querido privar á esta desolada cristiandad de una persona tan necesaria. Esto nos lleva á pensar que, á más de la razón de exponer al Soberano Pontífice sus opiniones y sentimientos acerca del espíritu y de las profecías de Montano, y además de concertarse con él sobre los medios más propios de apaciguar las Iglesias de Frigia, esta legación tenía también otro objeto: el interés mismo de su Iglesia. Después de la muerte de Potino, el principal cuidado de los santos confesores y de todo el clero debió de ser el dar á este afligido rebaño un buen pastor, que le preservara de una completa destrucción y pudiera, después de la tempestad, conducir al redil las ovejas descarriadas y reparar las pérdidas con nuevas conquistas. Ninguno tan á propósito para todo esto como Ireneo. Fué, pues, elegido de común acuerdo por los mártires y el clero para suceder á San Potino. Debiendo, pues, ir á Roma para recibir la ordenación del santo Papa Eleuterio, le entregaron también la carta concerniente á los negocios de la religión, dando así, según lo pedían las reglas de la Iglesia, un testimonio auténtico de su fe, de su piedad y de su mérito. A las demás virtudes que brillaban en estos santos mártires de Lyón, debemos, pues, añadir su prudente solicitud para proveer á esta Iglesia de tan ilustre y digno pastor.

---

(1) Euseb., lib. V, cap. 3.
(2) Ibid., lib. V, cap. 4.

Digitized by Google

Se conocen los nombres de cuarenta y ocho de estos mártires; pero, según parece, su número era mucho mayor, porque en algunos otros monumentos se dice que son innumerables, y San Eugenio, Obispo de Lyón en el siglo V, le llama un pueblo de mártires. Se puede añadir además á ese número los Santos Marcelo y Valeriano, que, huídos de Lyón, sufrieron el martirio en las ciudades vecinas, el primero en Trenorquio, ó sea Turnos, y el segundo en Chalons-sur-Saône. Otros dos jóvenes cristianos se escaparon de Lyón y fueron á refugiarse á casa de una pobre viuda, en un lugar vecino. Se llamaban Epipodo y Alejandro, habían estudiado bajo la dirección de unos mismos maestros, y se habían unido desde su infancia en estrecha amistad. Fueron descubiertos y conducidos al tribunal del gobernador, confesaron á Jesucristo como á Señor eterno y un mismo Dios con el Padre y el Espíritu Santo, y consumaron su martirio con un día de intervalo el uno del otro (1).

En Autún había hacia el mismo tiempo un joven, llamado Sinforiano, de una familia noble y cristiana. Se hallaba, en la flor de su edad, instruído en las bellas letras y educado en las más puras costumbres. La ciudad de Autún era de las más antiguas é ilustres de las Galias; pero también de las más supersticiosas. En ella se adoraba principalmente á Cibeles, á Apolo y á Diana. Se había reunido un día el pueblo para celebrar la solemnidad profana de Cibeles, á quien llamaban la madre de los dioses. El consular Heraclio se hallaba por entonces en Autún dedicado á buscar á los cristianos. Se le presentó á Sinforiano, que había sido detenido como sedicioso por no haber adorado el ídolo de Cibeles, que era conducido en un carro, seguido de una muchedumbre inmensa del pueblo. Heraclio, constituído el tribunal, le preguntó su nombre y condición:—Yo soy cristiano, y me llamo Sinforiano.—¿Tú cristiano?—dijo el juez.—Pues entonces tú te nos has escapado, porque entre nosotros no quedan ya muchos que profesen este nombre. ¿Por qué rehusas adorar la imagen de la madre de los dioses?—Sinforiano respondió:—Ya os lo he dicho; soy cristiano, adoro al Dios verdadero, que reina en el cielo; en cuanto á ese ídolo del demonio, si me lo permitierais lo destruiría á martillazos.—El juez dijo entonces:—Este no es solamente sacrílego, sino que quiere ser también rebelde. Que digan los oficiales si es ciudadano de este lugar.—Es de aquí—respondió un oficial,—y de una familia noble.—¿Por esto quizá presumes de independiente ó es porque ignoras las disposiciones de nuestros emperadores? Que las lea un oficial.—Se leyeron los edictos de Marco Aurelio, tal como los hemos antes referido, y después de acabada su lectura:—¿Qué te parece?—dijo Heraclio á Sinforiano.—¿Podemos faltar á las órdenes de los príncipes? Dos motivos de acusación existen contra ti: el sacrilegio contra los dioses y la rebelión contra las leyes. Si no obedeces se lavarán estos crímenes con tu sangre.—Mas como declarara Sinforiano en términos bien claros y terminantes que se hallaba invariablemente decidido por el culto del ver-

(1) Ruinart., *Acta marty.*, 4 Sept., 22 Abril.

Digitized by Google

dadero Dios y que detestaba las supersticiones de los idólatras, Heraclio le hizo apalear por sus lictores y llevar á la prisión.

Algunos días después le hizo comparecer de nuevo; ensayó persuadirle por medios dulces y delicados, y le ofreció una rica gratificación del Tesoro público, con los honores de la milicia, si quería sacrificar y servir á los dioses inmortales. Añadió á esto, que no podría menos de condenarle á la última pena si rehusaba adorar la estatua de Cibeles y las de Apolo y Diana.—Voy, pues—concluyó,—á hacer adornar los altares, y vendrás conmigo á ofrecer á nuestros dioses, con el incienso y los perfumes, sacrificios solemnes.—El santo mostró el caso que hacía de las promesas y las amenazas de Heraclio, con la siguiente respuesta:—Un magistrado encargado de los negocios públicos no debe perder el tiempo en discursos frívolos. Si es peligroso no avanzar paso á paso diariamente en el camino de la vida y la salud, ¿cuánto más lo será apartarse de él para dar en los escollos del vicio?—Poco atento á tan noble reflexión, Heraclio añadió aún:—Sacrifica á los dioses para que tomes parte en los honores del palacio.—Sinforiano replicó:—El juez envilece la majestad de su tribunal y abusa de la autoridad de las leyes, cuando se sirve de ellas para tender lazos al inocente. Tales son vuestras insidiosas promesas. Sólo nuestro Dios, que posee la felicidad verdadera, puede hacernos eternamente dichosos.—Dejando entonces de prometer el juez, le dijo en tono resuelto:—Si no sacrificas á la gran madre de los dioses, te haré sufrir hoy mismo los más atroces tormentos y te condenaré á muerte.—El santo protestó de que no temía más que al Dios Todopoderoso que le había dado el ser, á quien únicamente serviría. En seguida pintó con vivos colores y en su extravagancia la batahola y el furor de los coribantes en el culto insensato de la Cibeles, los oráculos de Apolo pronunciados por la mediación de los demonios, y las cacerías y correrías de Diana. Irritado Heraclio, pronunció la sentencia en estos términos:—Culpable de lesa majestad divina y humana, ya por haber rehusado sacrificar á los dioses, ya por haber hablado de ellos irrespetuosamente, ó ya, en fin, por haber ultrajado sus altares, perderá al momento la cabeza bajo la cuchilla vengadora de los dioses y de las leyes.

Cuando se le conducía fuera de la ciudad como una víctima al sacrificio, su madre, tan venerable por su piedad como por sus años, le gritó desde lo alto de las murallas:—Hijo mío, Sinforiano, mi querido hijo; acuérdate del Dios viviente, y ármate de constancia. No debe temerse la muerte que conduce con seguridad á la vida. Levanta tu corazón á lo alto, y mira al que reina en los cielos. No se te quita hoy la vida; se te cambia en otra mejor. Por una vida perecedera se te da hoy una eterna.—Después de su ejecución, algunas personas piadosas arrebataron secretamente su cuerpo, y le enterraron en una celdilla cerca de una fuente donde más tarde se levantó una majestuosa basílica y un monasterio célebre (1).

(1) Ruinart., *Acta SS. MM.*, 22 Aug.

Digitized by Google

59. Por lo que sucedió en las Galias puede juzgarse lo que ocurriría en otras provincias. Esta es una reflexión de Eusebio. La persecución era, en efecto, la misma en todas partes. Se echan de ver las pruebas de ello en las apologías de Atenágoras, de Melitón, de Claudio Apolinar, de Milciades, y en los libros de San Teófilo de Antioquía, á Autólico. Las dos primeras apologías pertenecen á este mismo año 177, décimoséptimo de Marco Aurelio. De esto se ha deducido que fueron escritas, según veremos, hacia el tiempo en que Cómodo fué asociado al imperio y al poder soberano, lo que no tuvo lugar antes del citado año.

La apología de Atenágoras lleva el título de legación, porque fué presentada á los emperadores Marco Aurelio y Cómodo, no como un escrito privado, sino en nombre de todos los cristianos de Grecia que, contra toda ley y contra toda justicia, eran indignamente maltratados por sus enemigos, en su honor, sus bienes y sus personas mismas. Y decimos de la Grecia por el título de filósofo ateniense que lleva su autor y va al frente de sus obras. Es muy extraño que nada sepamos de su vida y que apenas encontremos su nombre en los monumentos de la antigüedad, porque á juzgar por las dos obras que del mismo se han conservado, no solamente fué un filósofo docto y distinguido, sino también un gran ornamento de la religión cristiana, un escritor elocuente y un hombre lleno de celo por la causa de Dios y la defensa de sus hermanos, un autor digno de uno de los mejores siglos de la Iglesia, como lo fué, sin duda, el que ahora historiamos.

Dirigiéndose, pues, á los dos emperadores á quienes llama armenianos, sarmáticos y filósofos, que considera cómo el nombre más importante, Atenágoras les expone: "Que mientras le era permitido á todo el mundo, á todas las naciones, á todas las ciudades, á toda clase de personas, el vivir conforme á sus leyes, profesar tales ritos, honrar los dioses que fuesen de su agrado por más frívolas que fuesen esas leyes y ceremonias, por más ridículos que fueran esos dioses, cómo lo eran ciertamente los dioses—gatos y cocodrilos—de los egipcios, sólo á los cristianos les estaba prohibido profesar un nombre inocente y vivir según leyes muy santas. Contra todas las reglas de equidad, bastaba llamarse así y confesarse cristiano, para ser objeto del odio público, para ser maltratado impunemente de todas maneras, para ser despojado de sus bienes sin forma alguna de juicio, no tener ninguna seguridad personal y hallarse en peligro continuo de la vida. El pretexto para semejantes violencias era solamente las acusaciones vulgares de ateísmo, de incestos y de comidas y banquetes inhumanos. Si los cristianos fuesen convencidos de estos crímenes, nada más justo que exterminar su secta y castigar en ellos semejantes maldades, sin pararse en sexo ni edad. Pero de que tales acusaciones eran puras calumnias, y de que esas persecuciones no reconocían otro origen que el odio natural de la perfidia y el vicio contra la virtud y la inocencia, los emperadores mismos eran testigos irrefragables de ello, puesto que habían prohibido las investigaciones contra los cristianos, investigaciones que, á tener algún fundamento, por ligeras que

Digitized by Google

fuesen las sospechas ó indicios de aquellas abominaciones, nunca habrían sido ni demasiado exactas, ni exageradamente severas.

„Pero ninguna razón puede justificar la acusación de ateísmo dirigida contra personas que protestan reconocer y adorar un Dios soberano increado, invisible, incomprensible, inmutable, eterno, revestido de una luz y una belleza inefables y que, mediante su verbo, ha creado y conserva todas las cosas. Todos nuestros filósofos, cuando han tratado de buscar los principios de las cosas, se hallaron, sin quererlo, conformes en reconocer que Dios es uno; nosotros sostenemos que este Dios es quien ha creado el universo. ¿Por qué, pues, les permitís escribir y decir lo que quieren, y nos lo prohibís á nosotros, que damos pruebas ciertas de nuestras creencias? Vuestros filósofos y poetas no tienen más que conjeturas de las suyas, y se contradicen; porque en lugar de pedir el conocimiento de Dios á Dios mismo, han querido hallarlo cada uno en sí mismo. Nosotros, al contrario, además de los razonamientos que no producen más que una persuasión humana, tenemos como testimonio y garantía de nuestras concepciones y creencias á los profetas que han hablado de Dios y de las cosas divinas por el Espíritu Santo. Somos, por consiguiente, tanto menos ateos, cuanto que aún creemos que Dios tiene un Hijo. Y no se considere como ridícula esta creencia, porque la que creemos de Dios y de su Hijo, en nada se parece á las fábulas de los poetas, que no conciben á sus dioses como superiores á los hombres. El Hijo de Dios es el Verbo ó la razón del Padre, su misma idea y su virtud; porque todo ha sido hecho mediante él, y el Padre y el Hijo son una misma cosa. El Hijo está en el Padre, y el Padre en el Hijo, por la unión y la virtud del Espíritu; y el Hijo de Dios es el pensamiento y el Verbo del Padre. Y si por la superioridad de vuestro ingenio queréis penetrar lo que significa este nombre de Hijo, yo os lo diré en pocas palabras. Es la primera producción del Padre; pero no en el sentido de que haya sido hecho ó creado, porque desde el comienzo, siendo Dios un Espíritu eterno, tenía en sí mismo el Verbo, la razón. Esto es lo que dice el Espíritu profético: "El Señor me tuvo con„sigo al principio de sus obras, desde el principio antes que criase cosa „alguna.„ Y este mismo Espíritu que obra en los profetas, es como un destello y emanación de Dios, que procede de él y á él se refiere, como los rayos del sol. ¿A quién no extrañará, pues, que se les llame ateos á los que declaran que hay un Dios Padre, un Hijo Dios y un Espíritu Santo, que, unidos en potencia, sólo se distinguen en orden? Y no para en esto nuestra teología. Decimos aún que existen multitud de ángeles y de ministros que el Creador ha distribuído por su Verbo, para conservar el orden de los elementos, de los cielos y del universo.

„Pero nada hace ver mejor cuán infundada es dicha acusación, que la excelencia de la moral evangélica y la fidelidad de los cristianos en observarla. Amar á vuestros enemigos, bendecir á los que os maldicen, presentar la mejilla izquierda á quien os pega en la derecha, rogar por los que os persiguen, llevar una vida humilde y modesta, estando siempre dispuestos á perderla como cosa de poco valor en comparación de la que os

Digitized by Google

aguarda como premio y recompensa de la virtud. Tales son las máximas y las reglas que se enseñan entre los cristianos, los cuales las aprenden no para ponerlas en silogismos y en frases, como se hace con la filosofía moral en las Academias, sino para conformar á ellas su conducta. De este modo los ignorantes, los obreros, ancianas mujeres que no podrían probar por razonamientos la utilidad de nuestra doctrina, la demuestran prácticamente y mucho mejor por medio de sus obras. ¿Y cómo á hombres que observan esas leyes y llevan una vida semejante, de costumbres tan puras é inocentes, á hombres que ponen toda su atención y estudio en conocer á Dios y su Verbo, cual es la unión del Hijo con el Padre, la comunicación del Padre con el Hijo, qué sea el Espíritu y cual es la unión de los tres y la distinción en esta unidad del Espíritu, del Hijo y del Padre; á hombres que esperan una vida incomparablemente mejor que la presente, una vida á la que no pueden aspirar más que las almas exentas de toda falta, á hombres, en fin, que llevan su bondad hasta el punto de mirar como hermanos á sus propios enemigos, se les puede acusar de impiedad, de ateísmo, de irreligión?

„Que si los cristianos no ofrecen víctimas y sacrificios semejantes á los que se ofrecen en los templos á los ídolos, es porque saben que el Padre y Autor de todas las cosas no tiene necesidad ni del humo de las carnes asadas, ni del olor de los perfumes y las flores; porque no le falta nada ni dentro, ni fuera, y el sacrificio más agradable á sus ojos es reconocer y admirar en sus obras, su poder, su bondad y su sabiduría infinitas. Cuando, abundando en estos sentimientos piadosos, se elevan hacia él las manos puras, ¿qué necesidad hay de hecatombes? ¿A qué vienen los holocaustos, si Dios exige de mí un culto espiritual y una víctima no sangrienta?

„Si nosotros no adoramos á los mismos dioses que en la ciudad se adoran, tampoco las ciudades se hallan de acuerdo en adorar las mismas divinidades, y, sin embargo, no se acusan por esto de ateísmo é irreligión. Y aunque se concertaran todas ellas en mirar como dioses los mismos ídolos, en atención á que no saben distinguir entre la materia y Dios, nosotros, que tenemos este discernimiento y sabemos distinguir entre el Creador y la criatura, entre el soberano Ser y lo que apenas tiene sombra del mismo, entre las cosas que caen bajo los sentidos y las que se conciben apenas por la inteligencia, ¿iríamos por eso á adorar como á nuestros dioses estatuas de oro y de plata? ¿Pasaremos quizá por ateos porque rehusamos conceder á las obras el honor que sabemos no es debido más que á su artífice?

„Por muy bello que sea el mundo por su extensión, por su orden, por su simetría, no es á él, sin embargo, á quien debo adorar, sino á su arquitecto, á su Señor, á su motor soberano. Mucho menos dignas de ser adoradas por los hombres serán las imágenes hechas por los hombres mismos. Aunque gran número las veneren en los templos, no es por lo que son en sí mismas, sino por lo que representan y por su virtud y poder. Ni el uno ni el otro motivo puede justificar la idolatría ni excusar la impie-

Digitized by Google

dad de los adoradores de los ídolos; porque los dioses por ellos representados, según confesión de los poetas, de los historiadores y de los filósofos, han tenido un comienzo; se celebran, se leen sus nacimientos, sus amores, sus odios, sus adulterios, sus incestos, sus celos, sus rivalidades y sus venganzas.

„Y aunque no neguemos que en ciertas ocasiones y lugares se obren determinados efectos en nombre de esos ídolos, no por eso puede inferirse que debamos á los autores de esas operaciones los honores divinos. Además del Soberano Dios, los filósofos reconocen también substancias inferiores que han dividido en demonios y héroes. Igualmente sabemos nosotros que Dios ha creado multitud de ángeles para emplearlos como ministros en la ejecución de sus consejos en el Gobierno del mundo. Mas como los creó libres, los unos perseveraron en su amor al Soberano bien, y permanecieron fieles á su Creador; los otros prevaricaron, viniendo á ser espíritus rebeldes que, oponiéndose en cuanto pueden y les es permitido á la ejecución de los designios divinos, turban la paz y el orden del universo. Estos son los que, empeñados en arrebatar la gloria á Dios se aficionan á los ídolos, se complacen en el olor de las fumigaciones, en la sangre de las víctimas y en el humo de los sacrificios. Para engañar mejor á los desgraciados mortales y atraerse los honores divinos, toman la forma de esos mismos simulacros, se aparecen bajo imágenes semejantes y obran prodigios, que parecen sobrepujar las fuerzas comunes de la naturaleza. Sabemos, en fin, que gran número de estas estatuas han sido consagradas á dioses mortales, como en nuestro mismo tiempo ha sucedido, por ejemplo: en la Troada, á un tal Nerilino; en Pario á un cierto Alejandro (este famoso impostor de Luciano), y á un Proteo, que en los juegos olímpicos se arrojó en las llamas; en Egipto y otras partes á Antinoo, quien por la sola voluntad de Adriano fué recibido en el número de los dioses. Del mismo modo las más antiguas divinidades de los egipcios y los griegos no eran más que hombres, según lo atestiguan Herodoto y otros célebres historiadores, con los más ilustres poetas. De donde puede inferir todo el mundo que no se nos puede considerar como ateos cuando, contentos con adorar un solo Dios y á su Verbo, rehusamos rendir los honores divinos á los que se han arrogado injustamente el carácter de dioses, ó á los que se les atribuye tontamente semejante título.

„Y lo que acabamos de decir sirve también maravillosamente para justificar á los cristianos de las otras dos acusaciones de incesto é infanticidio. Porque no es verosímil que hombres que toman á Dios por modelo de su conducta y aspiran únicamente á ser en su presencia irreprensibles, y que se hallan persuadidos de que Dios conoce á todas horas cuanto piensan y dicen, en atención á que, siendo luz purísima, penetra y ve lo que pasa en lo más secreto de los corazones; que después de esta vida terrestre y pasajera, aguardan, en fin, otra más excelente, eterna y celestial, si se conservan puros, ó incurren en el fuego eterno si caen como los otros, no es verosímil, repito, que tales hombres se abandonen sin

Digitized by Google

moderación á los placeres de los sentidos y á las más bochornosas pasiones.

„Mas por decir algo acerca de estas dos calumnias, es desde luego muy extraño que nuestros enemigos nos imputen precisamente las infamias que no se avergüenzan de atribuir á sus dioses. Y más extraño es aún que, pretendiendo por este medio hacernos odiosos al género humano, no odien verdaderamente á su Júpiter, acusado de incesto con Rhea, su madre, y con Proserpina, su hija, ó al menos al inventor de estas fábulas, Orfeo, que ha hecho al mismo Júpiter más infame y abominable que Tieste. En cuanto á nosotros, tan lejos estamos de violar en los niños las leyes del pudor, de la naturaleza y de la sangre, que ni siquiera nos es permitido mirar á una mujer voluptuosamente. Una mirada libre y apasionada constituye para nosotros un adulterio; porque Dios formó los ojos para usos más nobles. Y siguiendo tales máximas, ¿se nos creerá culpables de tan graves faltas contra las más sagradas leyes de honestidad? Según la diferencia de edad, miramos como hijos á los unos, á los otros como hermanos y hermanas, honrando á los ancianos como á nuestros padres y madres. Por lo que tenemos gran cuidado de conservar la pureza de aquellos á quienes consideramos como nuestros parientes. Que si alguno se casa entre nosotros conforme á nuestras leyes, no se propone otro fin que el de criar hijos, procurando, en cuanto cabe, imitar la conducta del labrador, que una vez confiados sus granos y simientes á la tierra, espera con paciencia sus productos. Hallaréis, además, entre nosotros gran número de personas de uno y otro sexo que, con la esperanza de unirse más estrechamente á Dios, envejecen en el celibato. Si, pues, estamos persuadidos que el estado de virginidad nos une á Dios de una manera más íntima, y que los malos pensamientos y deseos nos alejan de él, ¿cuánto más deberá creerse que en nuestros actos y obras guardamos tales leyes y enseñanzas?

„No es más difícil rechazar y destruir la calumnia referente á nuestras comidas de carne humana. Que se les pregunte á nuestros acusadores si han visto alguna vez lo que dicen. Ninguno será bastante impudente para afirmarlo. Sin embargo, nosotros tenemos esclavos de los que no podemos ocultarnos. Ninguno de ellos ha podido decir mentira semejante contra nosotros. (Atenágoras no sabía aún lo que había ocurrido en Lyón.) ¿Y cómo, en efecto, acusar de homicidas y de comer carne humana á aquellos que no pueden presenciar siquiera la muerte injusta de ningún hombre? ¿Quién no se afectará con los espectáculos de los gladiadores y las fieras, en que os gozáis como en vuestra diversión favorita? Nosotros censuramos esos espectáculos, entendiendo que no hay apenas diferencia entre ver impasiblemente matar á un hombre y matarlo uno mismo. Tenemos también por homicidas á las mujeres que procuran abortar, y consideramos aún como homicidios las mismas exposiciones de los niños. ¿Cómo podríamos, pues, matarlos una vez ya criados? ¿Quién, creyendo en la resurrección de los muertos, osará convertirse en tumba de los que han de resucitar algún día? Si hay alguien capaz de semejantes crí-

Digitized by Google

menes, ha de ser entre aquellos que no temen el juicio futuro ni creen en la resurrección de los cuerpos, ó si imaginan que con éstos perecen también las almas. Los que se hallan persuadidos, al contrario, que no escaparán al riguroso examen que Dios ha de hacer de todas las acciones de nuestra vida, y que los cuerpos que han servido á las pasiones del alma participarán también de la pena, por eso mismo procurarán evitar hasta las menores faltas.

„Y si todo esto pareciese un sueño frívolo, si se creyera absurdo que un cuerpo descompuesto, podrido, evaporado, sea restablecido á su primitivo estado, bueno que se nos mire con compasión hasta mofarse de nuestra simplicidad, pero no que se nos acuse por ello de ningún designio perverso, porque tan inocente opinión no puede perjudicar á nadie. Por lo demás, no somos nosotros solos los que creen en la resurrección de los cuerpos. Podría señalaros muchos filósofos que dividen con nosotros estas creencias; pero, por ahora, no quiero empeñarme en discusión semejante. Después de haber disipado las calumnias por cuyo medio procuran nuestros enemigos obscurecer el nombre de cristiano, me resta sólo suplicaros que arrojéis sobre nosotros una mirada favorable. ¿Quién, mejor que nosotros, merece gozar de vuestra protección y obtener vuestras gracias? Porque nosotros rogamos sin cesar por vuestro imperio, á fin de que, como es justo, pase de las manos del padre á las del hijo, se extienda cada día más y sea próspero en todo; y, por nuestra parte, llevamos una vida tranquila é irreprensible, y cumplimos con exactitud cuanto se nos manda„ (1).

Tal es, en substancia, la apología presentada por Atenagoras á los emperadores Marco Aurelio y Cómodo, su hijo. Y decimos á su hijo Cómodo, porque su nombre se halla todo entero en la inscripción, y Atenágoras desea á esos dos príncipes que el hijo suceda al padre. En otra parte también lo dice más claramente: "Todo está sometido á vuestras majestades, al padre y al hijo, que habéis recibido del cielo el imperio„ (2).

Tenemos aún de Atenágoras otra obra notable: *De la resurrección de los muertos,* enteramente filosófica y dirigida á los paganos. En ella hace desde luego notar que, á causa de las faltas de los hombres, lo verdadero y lo falso se halla frecuentemente mezclado en toda doctrina. Por esto podrían emplear dos especies de métodos: ó escribir *de la verdad*, para los que sólo desean conocerla, ó *por la verdad,* contra los incrédulos y escépticos. El primer método es el más natural; pero siendo más útil el segundo, de él va á servirse desde luego. Sostiene, pues, que los que creen que Dios es el autor de todas las cosas, y consideran, sin embargo, la resurrección de los muertos como imposible, ó incierta, se hallan en el caso de demostrar una de estas dos cosas: ó que Dios no puede resucitar los muertos, ó que no quiere hacerlo.

(1) Athenag., *Legat. apud Yustin et in Bibliotheca PP. Lenoury. Apparat. ad Bibl. PP.*

(2) N. 18. Pagi y Fleury se engañan.

Digitized by Google

Si adoptan el primer partido, será preciso decir que Dios no tiene ni la sabiduría ni el poder necesarios para devolver á los cuerpos muertos la vida. Mas ninguno de esos dos atributos puede faltarle, en cuanto que, tanto el uno como el otro se hallan bien manifiestos en la creación de esos mismos cuerpos sacados por Dios de la nada. "Pero hay muchas personas—dicen los enemigos de estas doctrinas—que han sido devoradas por los peces y las fieras, y aun por los hombres mismos. Sus cuerpos se hallan así unidos inseparablemente á otros cuerpos, por donde su resurrección es imposible.„ Atenágoras responde que Dios ha destinado á cada animal los alimentos que le son propios y convenientes, con los cuales únicamente se alimentan y sostienen. Todo lo demás que comen se separa de sus cuerpos de diferentes maneras. Un alimento que repugna á la naturaleza del hombre, no aprovecha ni se incorpora á las partes y elementos de su ser que son necesarias para su resurrección. Por consiguiente, para que dicha dificultad tuviera alguna fuerza, será necesario probar que la carne humana es el alimento natural del hombre. En cuanto á la inocente objeción de que Dios no puede reanimar un cuerpo humano más que un alfarero recomponer una de sus obras, no le concede ninguna importancia, ni la juzga digna de respuesta; pero, en cambio, refuta el segundo supuesto, ó sea que Dios no quiera resucitar á los muertos. "Esto sucedería—dice—si se tratara de una acción injusta ó indigna de Dios.„ Y prueba en seguida que no se puede demostrar ni lo uno ni lo otro. Al contrario, puesto que no ha sido indigno de Dios, ni injurioso á los hombres el darles un cuerpo mortal y corruptible, menos puede serlo el convertírselo en inmortal é incorruptible.

Pasa después á probar la resurrección de los muertos. Su primera razón es el fin por el cual Dios ha creado al hombre. Ha sido hecho para vivir en la perpetua contemplación de las perfecciones divinas. Como Dios no hace nada inútilmente, el cuerpo que le ha sido dado al hombre con aquel objeto, debe participar también perpetuamente del mismo fin. La naturaleza del hombre exige, por consiguiente, su resurrección. Compuesto de un cuerpo y un alma que, unidos, tienen un fin común, deben tener también una común duración. La muerte no es más que una interrupción de esa unión, lo mismo que el sueño y las otras mutaciones que suceden durante la vida, que todas conducen á alcanzar la última de todas: la resurrección. El autor busca el tercer motivo en el juicio de Dios, que debe alcanzar tanto al alma como al cuerpo. Contra los que no conceden este principio hace notar que es necesario, ó negar la Providencia divina, ó convenir que los hombres son más desgraciados que los animales, si no obtienen en la otra vida la recompensa de sus acciones que no pueden prometerse en ésta. Mas no podrían obtenerla, si el cuerpo debe ser aniquilado y sólo el alma se conservase siempre; porque es injusto recompensar ó castigar al alma sola, cuando el cuerpo ha tenido igual parte en el bien ó en el mal. Y aun puede decirse que en las pasiones sexuales el cuerpo tiene mayor culpa, en cuanto que, casi siempre, ó arrastra al alma, ó la lleva sin que se dé cuenta, ó la empeña en ellas bajo

Digitized by Google

pretexto de la propia conservación. Y como además no puede concebirse ni el vicio ni la virtud en el alma únicamente, y las leyes han sido dadas al hombre todo entero y completo, de aquí puede sacarse la misma consecuencia. A estas pruebas añade el autor el fin particular del hombre, que no puede consistir ni en la sensibilidad, ni en los placeres materiales, que igualarían al hombre con los seres inorgánicos y materiales, ni tampoco en la felicidad del alma separada del cuerpo, porque sin éste, aquélla no constituye el hombre completo. Es, pues, necesario buscarle un destino común á las dos partes, que no pueden, por lo tanto, permanecer siempre separadas la una de la otra (1).

Hacia este mismo tiempo fué cuando San Melitón, Obispo de Sardes, presentó también su apología al mismo Marco Aurelio y á su hijo Cómodo. Por lo que de ella nos resta se ve que los cristianos no eran menos perseguidos en Asia que en la Grecia y en las Galias. "En virtud de ciertos nuevos decretos publicados en Asia—decía,—las personas que sirven á Dios se hallan expuestas á una persecución tal como ninguna otra de las hasta ahora sufridas; porque los calumniadores impudentes, ávidos de los bienes ajenos, se sirven de las ordenanzas para robar de día y de noche y saquear á los inocentes. Si esto se hiciera por orden vuestra, yo concedería que estaba bien hecho; un príncipe justo no ordena jamás nada injusto, y bajo este supuesto sufriríamos voluntariamente la muerte. La sola súplica que os haríamos en este caso es la de que por vosotros mismos examinárais si los acusados tan sólo de obcecación merecen realmente la muerte y los suplicios ó bien vivir en seguridad y reposo. Pero si no procediera de vosotros este consejo y esta nueva ordenanza, que no sería buena ni convendría aun contra enemigos bárbaros, con mucha más razón os suplicamos que no nos abandonéis al pillaje popular.„ Una circunstancia pudo encender de nuevo la persecución en Asia: el temblor de tierra que destruyó la ciudad de Esmirna; porque se atribuían á los cristianos todas las calamidades públicas.

Para obligar más al emperador en favor del cristianismo, Melitón añadía: "Nuestra filosofía ha florecido antes de ahora entre los bárbaros. Esclarecidos por ella vuestros pueblos, bajo el gran reinado de Augusto, gozó desde entonces de gran felicidad vuestro imperio. Dichosamente, vos y vuestro hijo conserváis esta filosofía, que ha sido elevada con vuestro imperio y honrada, á la par que las otras religiones, por vuestros antepasados. Nerón y Domiciano fueron los únicos que, á instigación de algunos envidiosos, quisieron desacreditar nuestra doctrina. En su tiempo la calumnia y la mentira se desbordaron contra nosotros sin ninguna especie de motivo ni de razón; pero la piedad de vuestros padres, corrigiendo su ceguedad, reprimió más de una vez por escrito á los que osaron molestarnos con nuevas persecuciones. Vuestro abuelo Adriano escribió á las ciudades y nominalmente á las de Larisa y Tesalónica y, en fin, á todos los griegos. Persuadidos de que estáis animados de los mismos sen-

(1) Athenag., *De ressurr, apud Justin. et in Biblioth.* PP., etc.

Digitized by Google

timientos hacia nosotros, y aun que nos juzgaréis con más sabiduría y humanidad, tenemos plena confianza de que nos concederéis lo que os pedimos„ (1).

Al elogio de Melitón, Eusebio añade el de Claudio Apolinar, que igualmente se señaló por su celo en la defensa de nuestra religión contra los gentiles y contra los judíos y los herejes de su tiempo. De las numerosas obras que había compuesto y que hasta el tiempo de Eusebio se hallaban en las manos de gran número de personas, este historiador no conoció más que las siguientes: La apología al mismo emperador Marco Aurelio, cinco libros contra los gentiles, dos de la verdad y dos contra los judíos. El mismo historiador añade que había escrito también varios tratados y cartas para refutar la naciente herejía de los catafrigios, cuando Montano, con sus falsas profetisas, sembraba las semillas y fundamentos de ella. Focio alaba la elegancia de su estilo, Teodoreto su erudición, no menos sagrada que profana.

En la misma época florecía también Milciades, á quien Tertuliano cuenta en el número de los hombres más eminentes en santidad que habían refutado antes que él los errores de Valentino (2), y entre los escritores del siglo III que, refutando á los paganos y herejes, habían sostenido al mismo tiempo la divinidad de Jesucristo antes del pontificado de San Víctor (3). Escribió contra Montano y sus fanáticas profetisas un excelente libro para demostrar que á ningún profeta convenía el hablar en una especie de furor, como lo hacían las sacerdotisas de Delfos, subidas en el trípode de Apolo. Dió además pruebas inequívocas de su profundo estudio de las Escrituras en otros dos libros publicados contra los gentiles, y en los dos que compuso contra los judíos. San Jerónimo (4) le pone entre el número de aquellos sabios escritores que llenaron sus obras de sentencias de los filósofos, hasta tal punto que el lector no sabe qué admirar más en ellas, si la erudición profana ó la ciencia de las divinas Escrituras. Por último, escribió en defensa de la filosofía cristiana, de la que hacía profesión, una notable apología dirigida á los jefes de este siglo, es decir, á los gobernadores de las provincias y quizá á los mismos emperadores Marco Aurelio y Cómodo.

60. Con gran perjuicio y menoscabo de la erudición eclesiástica han perecido las apologías de Apolinar y de Milciades, así como sus obras contra los paganos, en las cuales habríamos podido conocer mejor el estado de los cristianos durante los últimos años de Marco Aurelio; mas su pérdida puede suplirse en cierto modo por los tres libros de San Teófilo á Autólico, en los cuales echamos de ver que la persecución duró no solamente hasta la muerte de este emperador, sino aun los primeros años del reinado de Cómodo. Porque al fin de esta obra, que no terminó hasta

(1) Euseb., l. V, c. XXVI.
(2) *Cont. Valent.*, n. 5.
(3) Euseb., l. V, c. XXVII.
(4) *Epist. ad Magn.*

Digitized by Google

después de la muerte de Marco Aurelio, el santo se queja de que los gentiles hubiesen perseguido, y persiguieran aún, á los adoradores del verdadero Dios, enterrándolos á pedradas, dándoles diversas clases de muerte y no cesando en fin de hacerles sufrir todo género de suplicios.

Teófilo fué el sexto Obispo de Antioquía después de San Pedro. San Ignacio, que fué el segundo, tuvo por sucesor á Herón, éste á Cornelio, Cornelio á Heros y Heros á Teófilo el año 168 de Jesucristo. En cuanto á Autólico, era un pagano lleno del espíritu de la elocuencia, de gran lectura y de un profundo conocimiento de la Historia. Prevenido contra la religión cristiana, tratábala de doctrina extravagante y se inclinaba á creer fácilmente las calumnias que contra ella inventaban sus enemigos. Con todo, era gran amigo del santo Obispo de Antioquía, quien, bien lejos de rehuir su trato, le invitaba frecuentemente á conferenciar juntos.

El libro primero contiene el objeto de una de estas conferencias. Antólico, después de haber defendido el paganismo con pomposa elocuencia, pregunta y exige á Teófilo que le muestre su Dios.

El santo Obispo contesta que Dios sólo puede ser visto con los ojos del espíritu, y aun esto con ojos puros, no ofuscados por el pecado. Es imposible expresar la forma de Dios, porque es más perfecto y grande que cuanto el hombre puede concebir. Mas aunque no pueda contemplarse en sí mismo, sus obras lo revelan suficientemente bien, así como el alma que, siendo invisible, se manifiesta por sus actos en el cuerpo. Con todo nosotros veremos á Dios tal como es, cuando hayamos alcanzado la vida eterna.

Otro de los artículos que el filósofo pagano hallaba imposible de creer, era la resurrección de los muertos. Teófilo se extraña de su incredulidad y le pregunta si no sabe que todas las acciones de los hombres comienzan por la confianza y la fe. "El labrador no puede esperar la cosecha si no arroja la simiente á la tierra. El viajero no atravesará los mares si no se confía á la nave y al piloto, y el enfermo sólo recobra la salud si se abandona al médico. Ningún oficio ni ciencia puede aprenderse, en fin, sino confiándose desde luego en el maestro. Si, pues, el labrador cree en la tierra, el navegante en el buque y el enfermo en el médico, ¿cómo rehusaréis creer en Dios, que os ha dado tantas prendas de vuestra fe? ¡Y qué!—continúa.—¿Podréis creer que los ídolos tallados por las manos de los hombres son verdaderos dioses y obran prodigios, y dudáis que Dios, vuestro Criador, pueda restableceros en vuestro primitivo estado? Para creer en la resurrección esperaréis ver resucitar un muerto, pero ¿qué mérito habría en creer lo que de esa manera se ve? ¿Cómo creéis que Hércules y Esculapio recobraron la vida que habían perdido, y no creéis, en cambio, la palabra de Dios? Posible es, sin embargo, que si yo os presentara un muerto resucitado no lo creeriais tampoco.

„Dios os da á cada paso bastantes razones para que creáis en su doctrina. Las vicisitudes de las estaciones, de los días y de las noches no son otra cosa que muerte y resurrección. Y otro tanto se puede decir de las plantas y de los frutos que se reproducen de la simiente muerta y des-

Digitized by Google

compuesta. Otro tanto de las fases de la luna y de la curación de los enfermos que recobran sus carnes y nuevas fuerzas. En todo esto muestra Dios que puede obrarse igualmente una resurrección general.

„Yo mismo—añade Teófilo—no he creído desde luego; pero creo ahora, después de haber leído las Escrituras y los profetas que han predicho las cosas pasadas, presentes y futuras en el mismo orden que se han cumplido ya las primeras, que actualmente se cumplen las segundas y que, sin duda alguna, se cumplirán las últimas. Cierto, como estoy, del porvenir por el pasado y el presente, creo y me someto en un todo á Dios. Esto mismo deberiais hacer vosotros por temor de que, incrédulos hoy, os veáis obligados algún día á creer en los suplicios eternos, predichos por los profetas. Vuestros mismos filósofos y poetas, habiéndolo tomado de las Sagradas Escrituras para dar más fuerza á la creencia de sus doctrinas, han anunciado también castigos futuros para los impíos y los incrédulos. Así lo ha permitido la Providencia, para que nadie quede sin testimonio de esto ni pueda excusarse diciendo:—Nada hemos oído ni conocido de estas cosas.—Yo os exhorto, pues, á que leáis los escritos de los profetas, los cuales os enseñarán con más seguridad y certidumbre que vuestros poetas y vuestros filósofos, á evitar los suplicios eternos y á merecer la eterna felicidad. Porque el Señor, que nos dió boca para hablar, oídos para oir y ojos para ver, examinará algún día todas nuestras acciones, las juzgará con soberana equidad, dando á cada uno lo que en justicia merece, según sus obras. A los buenos una vida, una alegría y una paz eternas é inefables; á los malos y á los criminales é idólatras una eternidad de fuego y de tormentos. Me habéis preguntado, amigo mío, cuál era mi Dios, helo aquí. Ahora yo os exhorto á temerle y á creer en él.„

Algunos días después de esta conferencia, de la que habían salido más amigos que antes, Autólico propuso al santo Obispo tratar más á fondo, y con mayor extensión, la materia que había sido objeto de la citada conferencia. Para satisfacerle compuso un segundo libro. En el cual, después de haber demostrado cuán absurdas y contradictorias eran las supersticiones idolátricas, las opiniones de los filósofos sobre las cosas divinas y las fábulas de los poetas acerca del origen, la propagación y las acciones de sus dioses y sobre la formación del universo, opone á todas sus extravagancias la doctrina de los profetas, que enseñan todos de concierto que Dios ha criado por su Verbo todas las cosas de la nada. Desarrolla en seguida los primeros capítulos del Génesis, la obra de los seis días, la creación del hombre á imagen y semejanza de Dios, la formación de la mujer de una de las costillas de aquél, su caída y su destierro del paraíso terrenal, la muerte y los otros males á que fueron condenados en pena de su prevaricación, el nacimiento de los primeros hijos de Adán, el origen de las ciudades antes y después del diluvio, la invención de las artes en la descendencia de Caín, la fundación de las monarquías después del diluvio universal, la división de las lenguas y la dispersión de los pueblos por toda la superficie de la tierra y por todas las islas del mar.

Digitized by Google

"¿Y cómo podrían esos filósofos, poetas é historiadores—pregunta el santo—presentar una relación exacta de tantas y tan grandes verdades, necesarias para formar una idea justa del origen de las cosas, amar en ellas la bondad de Dios, temer su justicia y admirar su providencia, si todos ellos vivieron con posterioridad é introdujeron una multitud de dioses nacidos muchos años después de la fundación de las ciudades y posteriores á muchos reyes, á muchas naciones y á muchas guerras mencionadas en las divinas Escrituras? Si los profetas egipcios y caldeos y los otros autores quieren que les prestemos entera fe y crédito, que nos den desde luego una justa idea de las cosas sucedidas antes del diluvio, del origen del mundo y de la formación del hombre; que no se limiten á referirnos lo pasado, sino que predigan también el porvenir. Así lo hacen nuestros profetas. Su inteligencia, esclarecida por el Espíritu Santo, veía presentes los siglos futuros no menos que los pasados. Los cristianos son, pues, los únicos que poseen con certidumbre la verdad." Es por esta razón por la que el santo exhorta nuevamente á su amigo á leer las Sagradas Escrituras, asegurándole que en ellas hallaría, además, los más excelentes preceptos, ya para la vida civil, ya para el culto del verdadero Dios, y, sobre todo, los más eficaces motivos para la observación de esos preceptos, no sólo en los castigos temporales, sino principalmente en los suplicios eternos, con los cuales amenaza Dios á los hombres impíos y á los violadores de sus leyes. Tales amenazas se leen también en parte en los mismos poetas paganos, que las sacaron, sin duda alguna, de las mismas fuentes de los libros santos; pero en aquéllas aparecen sin fuerza alguna, mezcladas, como se hallan allí, con infinidad de fábulas groseras y ridículas. En fin, el santo le invita á conversar frecuentemente con él, esperando poder hacerle así comprender mejor, de viva voz, la verdad

Bien que hasta entonces ni los escritos ni las conferencias hubiesen convencido á su amigo, no por eso manifestó el santo Obispo menos celo. Esperaba triunfar al cabo, cuando hubiera conseguido desacreditar en el espíritu de Autólico á los poetas, los filósofos y los historiadores paganos, cuya lectura amaba éste apasionadamente y cuyas doctrinas y fábulas eran el fundamento de los cultos profanos. No dudaba poder arrancarle también de su ánimo las siniestras impresiones que, sin duda, le habrían producido las calumnias contra los cristianos. Finalmente, tenía la seguridad de demostrarle que la religión cristiana, lejos de ser, como se imaginaba, la más nueva, tomada desde su origen y sus principios, era la más antigua religión del universo. Tales fueron los objetos y la materia que el santo se proponía tratar en el libro tercero.

En el cual muestra desde luego, que no se debe conceder ninguna creencia ni á los poetas, ni á los historiadores, ni á los filósofos, cuando hablan del origen de las cosas y de las acciones de sus dioses; porque lo que refieren á este respecto, ni lo han visto con sus propios ojos, ni lo han oído á los que lo hubieran visto. En perpetua contradicción los unos con los otros y aun consigo mismos, en tanto afirman la existencia de los dioses y la providencia, en tanto lo niegan. Aún es mucho peor cuando se

Digitized by Google

trata de cuestiones morales. En este terreno autorizan los adulterios y los crímenes contra naturaleza, y no se avergüenzan en atribuir á sus dioses los más execrables banquetes y las más horrorosas maldades. Teófilo protesta que habría deseado no volver sobre esta materia, y que si lo hace es por hallarse persuadido que su amigo flotaba y cómo se inclinaba á creer las calumnias que imputaban á los cristianos los más abominables excesos y desacreditaban su religión como una cosa nueva destituída de pruebas. Hace, pues, ver que había tan manifiesta injusticia para inculpar á los cristianos dichos crímenes como motivos justificados para atribuirlos á los gentiles. Para persuadirse plenamente de ello, basta comparar la doctrina de los segundos con la de los primeros. Entre los filósofos se sabe de alguno que aconsejaba á los hijos hervir y comer la carne de sus padres. El vicio contra naturaleza ha sido común á muchos de los llamados sabios. Platón quería introducir en su república la comunidad de mujeres. Epicuro y los estoicos han aprobado el incesto del hijo con la madre, y del hermano con la hermana, y han llenado las bibliotecas con sus doctrinas á fin de que la juventud fuera desde temprano iniciada en ellas.

Al contrario, los cristianos confiesan y adoran un solo Dios creador del universo y que todo lo gobierna con su providencia. El es su único legislador y maestro, de quien han recibido una ley santa y aprendido á practicar la piedad, la justicia, la inocencia, á amar á los enemigos, á reparar sus faltas por la penitencia, á huir de la vanagloria, á obedecer á los príncipes y potestades, á reprimir hasta las miradas y pensamientos impuros, á alejarse de los combates de los gladiadores y demás espectáculos para no tomar parte alguna en la matanza de tantos desgraciados, ni mancillar los oídos ni los ojos con tantas obscenidades como allí impunemente se cantan, se representan y se cometen. "Ved, pues—añade el santo,—si semejantes personas pueden vivir como los brutos, revolcándose en las más abominables inmundicias, ó lo que es peor aún, comiendo carne humana. ¡Lejos de los cristianos el solo pensamiento de estos crímenes! Entre ellos habita la templanza; ellos honran la continencia, guardan la unidad del matrimonio, abrazan la castidad, destierran de sus moradas la injusticia, desarraigan el pecado, estudian la justicia, practican la ley y adoran y confiesan al solo Dios verdadero. Entre ellos preside la verdad, conserva la gracia, la paz asegura, la santa palabra conduce, la sabiduría enseña, la vida recompensa, Dios reina.„

En fin, lejos de ser nueva ni fabulosa, la doctrina de los cristianos es más antigua y verdadera que todas las otras. Teófilo lo demuestra así, exponiendo los errores y opiniones verdaderamente discordantes de los autores paganos, cuando calculan los años de la creación del mundo y describen el diluvio y sus consecuencias. Mientras en Moisés son referidas estas cosas con una simplicidad y exactitud maravillosas, en los autores profanos se hallan adulteradas y envueltas en mil fábulas; señal evidente de la mayor antigüedad del primero, en el que la verdad se manifiesta pura y simple.

Digitized by Google

Para hacer todo esto más evidente, se resuelve á probar que Moisés y la salida del pueblo de Israel de Egipto, precedieron varios siglos á la guerra de Troya, á la fundación de los más antiguos reinos de Grecia, á la institución de los juegos olímpicos y á otros sucesos memorables. El Templo de Salomón es cerca de siglo y medio más antiguo también que la fundación de Cartago por Dido, y el último de los profetas, Zacarías, vivió en tiempo de Ciro y de Darío Histarpes y, por consiguiente, fué contemporáneo de Solón, legislador de los atenienses, y anterior á Herodoto, á Tucidides, á Jenofonte y á otros célebres historiadores griegos, que comienzan sus Historias después de la fundación de la monarquía persa por Ciro. Y como esta prueba depende del conocimiento del tiempo, el santo expone la cronología de los hebreos desde su principio hasta el reinado del mismo Ciro, que les devuelve su libertad, y la de los romanos, desde Tarquino el Soberbio hasta la muerte de Marco Aurelio, acaecida, según su cómputo, el año del mundo 5698. Añade, no obstante, que por mucho cuidado que se pusiera en la ordenación de esta cronología, no era extraño que no resultasen del todo exactas y precisas, en atención á que, no habiéndose frecuentemente los historiadores sagrados cuidado de algunos meses y días, podrían éstos, añadidos en su conjunto, producir algunas diferencias, más ó menos notables, en el cómputo de los años. "Mas después de todo—dice el santo—ésta será una equivocación de cincuenta, de ciento, ó, si se quiere, de doscientos años, error de poca importancia, comparado con el de Platón, Apolonio de Egipto y otros escritores temerarios, de los cuales el primero cuenta doscientos millones de años, y el segundo ciento cincuenta millones trescientos setenta y cinco, desde el diluvio hasta su época„ (1).

Igual celo demostró San Teófilo contra los herejes que contra los gentiles. Fué el primero que escribió contra Hermógenes, quien, imbuído en la filosofía estoica, se esforzaba en introducir en la Iglesia la herejía de la materia increada y coeterna con Dios, lo que era igualarla á Dios mismo, aunque esta blasfemia produjo horror en el ánimo del mismo Hermógenes. Era pintor de profesión, y véase el retrato que de su espíritu y sus costumbres nos ha dejado Tertuliano, escribiendo contra él y contra su error de la materia eterna. "Es un hombre naturalmente inclinado á las herejías y á las turbulencias. Se tiene á sí mismo por elocuente, porque está siempre hablando; cree ser generoso porque no se avergüenza de nada, y entiende tener una conciencia recta y sincera, por murmurar, como lo hace, de todo el mundo. Pero, en realidad, él viola la ley de Dios tanto por sus pinturas cuanto por sus frecuentes matrimonios, acostumbrado como está á casarse con todas las mujeres á quienes pinta. Ultraja además esas mismas leyes, ya pintando las imágenes de los falsos dioses, ya alegándolos para justificar su incontinencia. De este modo siempre miente, á los ojos por medio de su pincel y al espíritu por su plu-

(1) Theophil., *ad Antolyc., in Justin.*, edit. 1613, *et in Biblioth.* PP. Lenoury, *Apparat. ad Biblioth.* PP.

Digitized by Google

ma, corrompiendo, por sus diversos adulterios, la integridad de la fe y la pureza del cuerpo. Bien puede decirse que por su inteligencia y espíritu abierto, ocupa el primer rango entre los que no le tienen„ (1). Además de la materia increada, Hermógenes enseñaba que el cuerpo de Jesucristo se halla en el sol; que el diablo y los demonios se han de disolver algún día para volver á la materia primera, y, en fin, que á esta materia y no al soplo de Dios debía su origen el alma. Este error es el que Tertuliano refuta en su libro titulado *Del origen del alma.*

Mas volviendo á Teófilo, diremos que consideraba el mar como una imagen de este mundo. "Como en el mar existen islas habitables y fértiles, provistas de agua dulce y con radas y puertos propios para servir de refugio á los maltratados por la tempestad, así Dios ha distribuído en el universo como sobre mar borrascoso, diferentes Iglesias, semejantes á islas seguras y cómodos puertos, donde se conserva el depósito de las santas doctrinas y donde se refugian cuantos quieren salvarse del naufragio y substraerse á los rayos de la justicia divina y al soplo de su cólera. Pero del mismo modo que en el mar hay otras islas estériles y secas, llenas de fieras, é inhabitables por consiguiente, que, en vez de defender á los navíos contra los vientos y las olas, los hieren y destrozan contra los escollos, así existen también en el mundo escuelas erróneas y sectas heréticas que hacen naufragar á cuantos se aproximan á ellas, tratando á los que caen en sus manos como los piratas tratan á los que sorprenden en medio de los mares„ (2).

Mientras tanto, los santos Obispos vigilaban contra esos peligros y rechazaban á tales piratas, ya por medio de reprensiones y exhortaciones que dirigían á los fieles, ya por los combates que abiertamente libraban contra los herejes, confundiéndolos en disputas particulares, ó refutando exactamente sus errores por sus obras públicas. Entre estos generosos combatientes, Eusebio señala el primer lugar al santo Obispo de Antioquía. Además del libro contra los errores de Homógenes compuso otro contra Marción, que todavía se conservaba en tiempos de Eusebio, pero que se ha perdido después con algunos otros escritos del mismo, dirigidos á la instrucción de los fieles, y con sus comentarios sobre los cuatro Evangelios que había reducido á un solo volúmen (3).

Teófilo murió el año 181, poco después de haber acabado sus libros á Autólico. Como hasta sus últimos días se quejara de las persecuciones que sufrían los cristianos, es necesario creer que no llegó á alcanzar el fin de la persecución renovada el año décimoséptimo de Marco Aurelio. Esta persecución se extendió hasta la Tracia, según se ve por la historia de Teodoto de Bizancio. El cual era curtidor de oficio, pero muy versado en las bellas letras. Tal singularidad en un hombre de su condición le había envanecido quizá de un modo extraordinario. Preso con otros muchos

---

(1) ***Ad Antolicum—ap. Just.***
(2) **Avers., *Hermog.*, n. 1.**
(3) **Euseb., 1, V, cap. XXIV.**

Digitized by Google

cristianos que sufrieron el martirio, tuvo la desgracia de apostatar de la fe. Los fieles de Bizancio le reprochaban sin cesar su debilidad y bajezas hasta que, aburrido, huyó á Roma, en donde, reconocido algún tiempo después, sufrió los mismos reproches. Se le preguntaba cómo un hombre tan sabio había abandonado la verdad, y en lugar de humillarse y abrazar la penitencia, llegó hasta arrojarse al abismo diciendo:—No es de Dios de quien he renegado, sino de un hombre.—¿De qué hombre?—se le dijo.—De Jesucristo—respondió,—que no es más que un hombre.—Esta herejía, igual á la de Cerinto y Ebión, y que tuvo grandes consecuencias, fué condenada por el Papa San Víctor, antes que Severo comenzara de nuevo la persecución de la Iglesia, lo que prueba que la caída de Teodoto tuvo lugar durante ó en la persecución de Marco Aurelio (1).

Ocupaba entonces la Silla de San Pedro el santo Pontífice Eleuterio, quien, si tuvo el dolor de ver diezmada la Iglesia por el azote imperial, tuvo también el consuelo de verla acrecentada con nuevos pueblos. Perseguida en el continente, la fe pasó el mar y fué á refugiarse entre los bretones, como en un nuevo mundo. Sin examinar ahora si desde el tiempo de los Apóstoles fué ó no arrojada la semilla de la nueva y celestial doctrina en esta gran isla, que conocemos hoy con el nombre de Inglaterra ó Gran Bretaña, es necesario creer que la naciente fe fué bien pronto ahogada por las supersticiones dominantes, ó arrastrada por el torbellino de las continuas guerras que agitaron estos pueblos hasta su continua sumisión al poder romano. A causa de esto, uno de sus reyes, habiendo abrazado la religión cristiana, inspirado por Dios, mandó por entonces una solemne embajada á Roma, suplicando al Papa que le enviase misioneros que instruyesen en la fe y administrasen los santos misterios en su pueblo. Su nombre romano, Lucio, indica que era uno de tantos reyes como los romanos establecían en los países conquistados para conservar el orden y la sumisión en las naciones remotas (2). Eleuterio, después de haber recibido con gran alegría á los embajadores de este Príncipe, envió á la isla algunos sacerdotes, que predicaron la fe con tanto éxito, que bien pronto se extendió desde la Bretaña, sometida á los romanos, hasta las partes más septentrionales de la misma; porque, cuando pocos años después escribía Tertuliano contra los judíos, la Cruz había sido enarbolada ya en aquellas regiones de la isla inaccesibles hasta entonces á las legiones romanas. El rey Luciano es honrado como santo el 3 de Diciembre.

61. Marco Aurelio murió el 17 de Marzo de 180. Cómodo reinó desde entonces solo. Se cree que la persecución duró aún los dos primeros años de su reinado. En esta época se descubrió una conspiración contra él, en la que se hallaron comprometidos muchos senadores y su propia hermana Lucila. Cómodo los hizo morir á todos, así como á su mujer, convencida de adulterio. En lugar de ésta puso á una concubina, á quien no faltó sino el nombre de emperatriz. Dión da á entender que ésta favoreció á

(1) Euseb., lib. V, cap. XXVIII.
(2) S. Beda. *Historia gentis angl.*, lib. I, cap. IV.

Digitized by Google

los cristianos, no se sabe por qué. El hecho es que dejaron entónces de ser perseguidos.

Esta inesperada calma, después de tan larga tempestad, atrajo á la Iglesia muchedumbre de personas de los más altos rangos. En Roma se apresuraron á adoptar la religión gran número de nobles y ricos, con todas sus familias. Tal fué Apolonio, senador é ilustre en las letras y la filosofía. Se vió, con todo, denunciado por uno de sus esclavos, que fué condenado á muerte conforme á las ordenanzas del príncipe. Se trata aquí, sin duda, de un rescripto dado por Marco Aurelio después del milagro de la legión Fulminante, que prohibía acusar á los cristianos por solo serlo. El esclavo fué, pues, crucificado con las piernas quebradas, por sentencia de Perennio, prefecto del Pretorio, quien, movido por mil exhortaciones é instancias, se propuso hacer cambiar de resolución á Apolonio. Mas como éste permaneciera inquebrantable, le ordenó dar cuenta de su fe delante del Senado. Apolonio compuso para el caso una hermosa y elocuente apología, que leyó en pleno Senado, y selló después con su sangre; porque, según una antigua ley de Trajano, una vez llevado á los tribunales y juzgado, ningún cristiano podía ser absuelto si no apostataba. Conforme, pues, al parecer de los senadores, sus colegas, Apolonio fué decapitado (1).

La ejecución de su delator quitó probablemente á los demás las ganas de hacer otro tanto. Bajo Cómodo, en efecto, no conocemos otros santos que sufrieran la muerte. Mas si los fieles gozaban de paz por lo que se refiere á los idólatras, no sucedía lo mismo en su relación con los herejes. Apenas las Iglesias de las Galias respiraban después de las últimas persecuciones, cuando ya llegaron algunos seductores para corromperla, los cuales obligaron á San Ireneo á componer contra ellos su famosa obra, la más antigua que, contra las antiguas herejías, se ha conservado.

La escuela de Valentino, cuyos más célebres discípulos fueron Segundo, Epifanio, Tolomeo, Colorbases, Marcos y Heracleón, se había dividido á la vez en varias sectas, y extendido hasta muy lejos. Según parece, esta escuela dió por entonces que hacer, más que ninguna otra, á los pastores del rebaño. La licencia de las costumbres, el puro platonismo en que habían transformado estos herejes la doctrina de Jesucristo, las prácticas misteriosas de teurgia y de magia á que se entregaban y el platonismo dominante en aquel tiempo, hacían que el sistema de Valentino sedujera fácilmente á las personas ilustradas y, por consecuencia, á las que no lo eran tanto. La libertad que se había arrogado Valentino de alterar la doctrina de los primeros gnósticos, se la apropiaron sus discípulos para reformar la suya, añadiendo y quitando lo que cada uno creía necesario ó más propio para darla el último complemento. De este modo bien puede decirse que, fuera de Antioquía, apenas si había alguien que profesase el puro valentianismo, ó que se llamase valenti-

(1) **Euseb.**, l. V, c. XXI. *Acth. SS.* 18. *apr.*

Digitized by Google

niano. Los diversos reformadores de este sistema daban cada uno su nombre á sus discípulos. Los unos se llamaban secundianos, los otros tolomaicos, estos colorbasianos, y marcosianos aquellos. Estos últimos fueron los que desde el Asia enviaron á algunos de los suyos para turbar las Iglesias de la Galia céltica y á las comarcas del Ródano. En donde, por medio de sus prestigios, consiguieron corromper y seducir á algunas mujeres, á quienes atrajeron fácilmente á su secta por la promesa de su espíritu, concediéndoles la facultad de consagrar una especie de eucaristía y dándoles á entender también que llegarían á ser profetas. San Ireneo nos enseña las prácticas de estos sacrílegos impostores.

Marco tomaba un cáliz mezclado de vino y agua. Después de una larga invocación, esta mezcla tomaba un color rojo de púrpura. "Era—según él decía—la soberana gracia que, por virtud de su oración, hacía fluir su sangre„; de suerte que los asistentes se apresuraban á gustar este brevaje. A las mujeres ricas era á quienes principalmente se dirigía. Después de haber hecho bendecir en su presencia un cáliz de vino y agua, vertía esta denominada eucaristía en un cáliz mucho más grande, diciendo palabras magníficas que prometían un acrecentamiento de gracia. El licor contenido en el primer cáliz parecía llenar entonces hasta rebosar el más grande. Frecuentemente decía á la que se proponía engañar: —Quiero haceros participante de mi gracia, es necesario que nosotros lleguemos á ser una misma cosa; recibe primeramente la gracia de mí y por mi conducto. He aquí que la gracia desciende á ti; abre la boca y profetiza.—Si la mujer respondía:—No he sido jamás profetisa, no sé profetizar,—hacía sobre ella otras invocaciones para sorprenderla, y le decía:—Abre la boca y di lo que quieras; tú profetizarás.—Deslumbrada por todos esos prestigios y sintiendo un calor y una extraordinaria palpitación, la desgraciada se aventuraba á proferir cuantas extravagancias se le ocurrían. Después, creyéndose ya profetisa, no escatimaba ni sus bienes ni su honor para testimoniar al impostor su reconocimiento. Para llegar más seguramente á sus fines se servía también de ciertos filtros, según confesión de algunas mujeres que, después de seducidas, volvieron al seno de la Iglesia. De este número era la mujer de un diácono de Asia. De una incomparable belleza, se dejó corromper por este impostor, á quien siguió largo tiempo. Convertida al fin con gran trabajo, pasó el resto de su vida expiando sus faltas con lágrimas y penitencias„ (1).

Y no era menor el libertinaje de sus discípulos. Vanagloriándose de haber llegado al más sublime grado de la virtud y la prudencia divina, se consideraban como impecables y se entregaban sin miedo á todas sus pasiones. Tales eran los impostores que, llegados á las Galias, sedujeron allí gran número de mujeres. Algunas de éstas hicieron penitencia pública; otras, detenidas por la vergüenza y desesperadas, en cierto modo, ó

(1) S. Ireneo, lib. I, cap. XIII y XXI.

Digitized by Google

apostataron enteramente de la fe, "ó no saben aún—dice el santo—á qué resolverse„.

Con la misma audacia que inventaron una nueva forma de eucaristía y una nueva especie de ordenación, instituyeron también nuevos ritos y nuevas maneras de bautizar. Llamaban á su bautismo redención y le ponían muy por encima del de Jesucristo, no siendo este último, según ellos, sino un bautismo carnal, que no servía más que para la remisión de los pecados; mientras el suyo era espiritual, que confería la perfección. En la manera de administrarlo no había, sin embargo, entre ellos uniformidad. Entre los unos la ceremonia consistía en un aparato nupcial y en algunas palabras profanas, y á todo esto lo llamaban las bodas espirituales. Bautizaban otros á sus catecúmenos con agua, diciendo:—En el nombre del padre desconocido de todas las cosas, en la verdad madre del universo, en aquel que ha descendido á Jesús, en la unión, la redención y la comunión de las virtudes.—Otros, para inspirar en las personas sencillas un gran respeto, por sus misterios, pronunciaban una larga serie de palabras hebreas. En fin, á imitación de los católicos, ungían también á sus neófitos con aceite de bálsamo, considerando esta unción sensible como una imagen de la unción espiritual. Persuadiéndose otros de que no era necesario sumergir á los hombres en el agua, hacían una mezcla de agua y aceite, la vertían sobre la cabeza profiriendo algunas palabras misteriosas y después los ungían con bálsamo. Otros despreciaban todas estas ceremonias sensibles, diciendo que era absurdo querer representar el misterio de la virtud invisible é inefable por cosas sensibles y corpóreas.—Puesto que nuestra corrupción no procede sino de nuestra ignorancia—decían,—la ciencia es el solo remedio á nuestros males y la redención perfecta del hombre interior —Otros, por último, diferían esta redención hasta el último momento de la vida, derramando entonces sobre la cabeza de los moribundos su agua mezclada con aceite, con las mismas bárbaras invocaciones. En seguida les enseñaban ciertas palabras que debían pronunciar cuando encontraran los principados y potestades, á fin de escapar de sus manos y pasar más adelante.

Si había mucho de extravagante y contradictorio en los ritos de estos sectarios, no lo había menos en sus dogmas. San Ireneo hace una larga exposición de ellos, á instancias de un amigo, San Hipólito, quien, para oponerse con más éxito á los progresos de la herejía, le había suplicado que le descubriese los ocultos misterios de los discípulos de Valentino, que nadie hasta entonces había desarrollado suficientemente y que le suministrara armas convenientes para abatir semejantes monstruos. La empresa era difícil, pero al mismo tiempo necesaria. Como el médico no puede curar un enfermo si no conoce su enfermedad, así tampoco se puede convertir ni convencer á los herejes si no se está bien instruído de sus máximas y de todos sus argumentos.

Antes de San Ireneo, habían entrado varios en la misma liza, sin haber podido conseguir en ella una victoria completa, por no conocer suficientemente el sistema de Valentino ni los diversos artificios puestos en

Digitized by Google

juego por sus discípulos para sostenerlo, parar los golpes ó rechazar los asaltos de sus adversarios. Para triunfar en obra semejante era, pues, necesario gran estudio, gran penetración de espíritu y además un conocimiento profundo de las divinas escrituras, y hallarse versado en la mitología y en los sistemas filosóficos, no ya sólo de los griegos, sino de los egipcios, de los caldeos, de los persas y de los de otras naciones orientales.

Antes de entregarse á esta empresa, San Ireneo leyó con atención todo cuanto pudo hallar escrito de los discípulos de Valentino, y tuvo, además, conferencias con algunos de ellos. De otro lado, y aunque desde su infancia se hubiera dedicado á las santas letras, no había por esto abandonado la lectura de los autores profanos, como se echa de ver por sus frecuentes citas de filósofos y poetas. Es, pues, con justo título, como Tertuliano asegura, que era hombre que había explorado todas las ciencias con gran cuidado y claridad de espíritu (1). Por lo mismo San Jerónimo le cuenta entre los Padres que han desarrollado los principios de cada herejía, mostrando las doctrinas de los antiguos filósofos, de donde tomaban aquéllas su origen (2), y Eusebio dice en su alabanza que había penetrado en los abismos profundos de los errores de Valentino, aun habiéndose diversificado esta herejía de mil maneras, y que había perseguido hasta en sus más ocultas guaridas esta tortuosa serpiente (3). La exposición completa de sus opiniones bastaría para desarmar á dichos herejes y asegurar á la Iglesia una victoria completa. "Bien así como una fiera que, oculta en la espesura del bosque, sale de improviso y desgarra á los caminantes, si se esclarece y alumbra el bosque, poniendo de manifiesto su madriguera, será más fácil prevenirse de sus ataques, y se le podrá también disparar flechas y herirla y matarla, del mismo modo —dice el santo—cuando hayamos puesto de manifiesto los tenebrosos misterios de la herejía, no necesitaremos muchos razonamientos para batirla en ruina„ (4). Esto no obstante, en el ardor de su celo, el santo acumula pruebas sinnúmero.

Aunque los cinco libros vayan dirigidos contra los valentinianos principalmente y en particular contra los marconianos, bien pudo, sin embargo, titular con razón su obra: *Manifestación y refutación del gnosticismo;* porque de la propia manera que combate á los gnósticos ó pretendidos sabios de su época, refuta allí á los de todos los tiempos. Después de haber desarrollado el sistema de Valentino, con sus treinta eones, demostrando que se reduce á una amalgama de diversas ideas particulares de algunos antiguos filósofos, lo destruye por completo, haciendo ver que todas sus partes son contradictorias, y se anulan recíprocamente las unas á las otras, que todo allí es contrario á las nociones del buen senti-

(1) *Adv. Valent.*, n. 5.
(2) Epist., LXXXIII.
(3) Eusebio, lib. IV, cap. XI.
(4) Iren., lib. I, cap. últ.

Digitized by Google

do, y que, en fin, tales novadores, por mucho que lo fuesen, habían de convenir con los católicos en que el creador del universo es Dios.

"Sin hablar de la Escritura, que no proclama otra cosa—concluye,—el testimonio de nuestros adversarios basta; porque en este sentido todos los hombres se hallan de acuerdo en este punto. Y desde luego, los antiguos han conservado por la tradición esta creencia, originaria del primer hombre, y celebran en sus himnos un solo Dios, creador del cielo y de la tierra. Los profetas recordaban á sus descendientes la misma verdad. Los gentiles la aprenden en el universo y en los seres; porque la criatura manifiesta á su creador, y el orden del mundo publica el de su ordenador. En fin, la Iglesia, repartida por toda la tierra, ha recibido de los Apóstoles la misma tradición. Siendo, por lo tanto, cierto por el testimonio de todos los hombres, que existe Dios, no hay duda que el inventado por nuestros adversarios se halla destituído de pruebas como de testimonios. Simón el Mago fué el primero que aseguró ser él el Dios supremo. Sus sucesores no hacen más que contradecirse en las impiedades que aventuran contra el Creador, demostrándose así que sus discípulos son peores que los mismos paganos; porque si estos últimos adoran las criaturas y los falsos dioses en lugar del Criador, al menos atribuyen el primer rango de la divinidad al Dios creador del universo, mientras los impíos á quienes combatimos, no hacen de él más que una especie de aborto„ (1).

La única depositaria fiel de esa tradición, que ha comenzado con el mundo y tiene su fuente en el mismo Dios, es la Iglesia católica, fácilmente reconocible por sus caracteres distintivos, que la hacen ser una, santa, universal y apostólica. Como en un bello paisaje ya conocido, para destruir de un solo golpe todas las herejías, Ireneo opone á sus continuas y contradictorias variaciones la majestuosa unidad de la Iglesia, enseñando en todas partes la misma verdad como el sol derrama por todas partes la misma luz (2). "La voz de la Iglesia—dice—resuena en todo el universo, enseñando á todos la fe en el mismo Padre, en su mismo Hijo y en el mismo Espíritu Santo; publicando idénticos preceptos, estableciendo la misma jerarquía, anunciando los mismos sucesos del Señor, prometiendo la misma salud á todo el hombre, al alma y al cuerpo. En todos los ámbitos del mundo predica iguales vías de salvación, y su predicación es verdadera, uniforme y constante. Es á ella á quien Dios ha comunicado su luz, y representa por eso aquel misterioso candelabro de siete brazos que reparte la luz de Cristo en las puertas, en la entrada, en la salida, sobre las calles y sobre las plazas de la ciudad. Y así es en el mundo lo que otras veces era el paraíso de las delicias, en el cual es necesario refugiarse para tomar el verdadero alimento de sus enseñanzas y de las divinas Escrituras„ (3).

---

(1) Iren., lib. I, cap. III.
(2) Lib. V, cap. XX.
(3) Idem.

Digitized by Google

"La santidad es—según este mismo Padre—tan inseparable de la Iglesia como el Verbo divino, su jefe invisible, y el Espíritu Santo que la anima y que ha depositado en ella la fe como en un vaso precioso, para conservarla en su primitiva pureza, renueva sin cesar el vaso y su contenido. Dios ha dado á la Iglesia este Santo Espíritu como otra vez dió al primer hombre el soplo vivificante para comunicar la vida á todos sus miembros, unirnos á Cristo, ser prenda de nuestra resurrección, afirmar nuestra fe y elevarnos por grados hasta Dios. En una palabra, donde está la Iglesia allí está el Espíritu de Dios, fuente de luz, de vida, de santidad, y donde está el Espíritu de Dios allí se halla la Iglesia, allí está la gracia. Los que se separan, pues, de la Iglesia no pueden ya participar del Santo Espíritu, no pueden ya alimentarse del vivificante alimento en el seno de esta madre, ni beber en esta purísima fuente que brota del cuerpo de Jesucristo„ (1).

Animada, como estaba, de este espíritu de vida y amor, la Iglesia en todo tiempo y lugar enviaba al Padre celestial multitud de mártires. Tan lejos se hallaban las otras sectas de esta gloriosa prerrogativa, que algunas de ellas enseñan que el martirio no es necesario. Si á veces ha sufrido alguno de ellos con nuestros mártires, no por eso es menos cierto que la Iglesia solamente es quien sufre los oprobios y las penas de los que son perseguidos por la justicia y martirizados por amar á Dios y confesar á su Hijo, cumpliéndose así las predicciones de los profetas, según las cuales aquellos en quienes reposa el Espíritu del Señor y que reciben el Verbo del Padre, serán perseguidos, lapidados y muertos. Debilitada con tanta pérdida, la Iglesia repara bien pronto sus fuerzas por nuevos fieles y se halla siempre completamente entera.

Además del gran número de mártires, tiene aún la Iglesia otras señales de santidad. Tales son los milagros que frecuentemente se obran en su seno. He aquí cómo San Ireneo habla, después de haber desenmascarado los vanos prestigios de los herejes: "Los verdaderos discípulos del Hijo de Dios obran en su nombre y cada uno según el don que de él ha recibido, muchos milagros, que redundan en beneficio de los otros hombres. Los unos arrojan tan eficazmente los demonios que frecuentemente los que de ellos han sido librados abrazan la fe y permanecen en la Iglesia. Los otros predicen el porvenir ó curan los enfermos por medio de la imposición de las manos. Algunos han resucitado también muertos, que han vivido varios años después entre nosotros. En fin, son innumerables las maravillas que diariamente obra la Iglesia en todo el mundo, por la salud de las naciones, en nombre de Cristo crucificado bajo Poncio Pilato. Y todo esto lo hace sin artificio ni interés. Habiendo recibido gratuitamente de Dios este poder, lo ejerce también gratuitamente. Para realizar tales prodigios no invoca los malos espíritus ni emplea ningún encanto ni curiosidad alguna impía; sino que en las públicas asambleas dirige, con gran pureza de corazón, sus oraciones á Dios, creador de

(1) Iren., lib. V, cap. XVII; lib. III, cap. XVII-XXIV.

Digitized by Google

todas las cosas, é invoca el nombre de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo„ (1).

La catolicidad ó universalidad de la Iglesia de Dios parecía á nuestro santo una de las pruebas más eficaces para combatir todas las herejías. De aquí su ardor en exaltar esta Iglesia, diseminada hasta los últimos confines de la tierra, extendiéndose por la Germanía, la España, las Galias, el Oriente, el Egipto, la Libia, la Judea y dando la vuelta al mundo; esta viña, no ya encerrada en un estrecho recinto, como la sinagoga, sino dilatada por todo el universo, elevada como una torre, visible y brillante en todo lugar, predicando en todas partes la verdad, en todas partes también esclareciendo á los hombres y haciendo, en fin, resonar su voz en las puertas de las ciudades, en las calles y en las plazas (2).

Recuerda, finalmente, con no menos cuidado, que la Iglesia ha recibido su fe de los Apóstoles y que éstos han establecido los Obispos para gobernar la Iglesia y por su sucesión no interrumpida conservar y transmitir á los siglos futuros la tradición de la doctrina católica, pura y sin tacha, tal como era en su primitiva fuente. En esa sucesión de Obispos, que remonta hasta los Apóstoles, consiste precisamente el carácter propio de Jesucristo, carácter que le distingue de los conventículos de los cismáticos y herejes. La verdadera Iglesia no podrá jamás estar sino allí donde se encuentra esa jerarquía eclesiástica. Es, á causa de esto, por lo que la verdadera Iglesia es más antigua que todas las otras sectas.

Con la misma facilidad que se demuestra que la Iglesia ha comenzado en Jesucristo y los Apóstoles, se puede demostrar también que el origen de cada herejía es posterior á los Obispos que los Apóstoles pusieron á la cabeza de las iglesias. "Antes de Valentino—dice el santo doctor—no había valentinianos; ni marcianitas antes de Marción. En pocas palabras; ninguna herejía es anterior á su inventor. Valentino vivió en Roma bajo el pontificado de Higinio, se acreditó bajo el de Pío y continuó hasta el de Aniceto. Cerdón vivió igualmente bajo el mismo Higinio, y Marción, que le sucedió, se distinguió bajo el mismo Aniceto. En toda esta alcurnia de pretensos gnósticos, que comenzó en Menau Oro, discípulo de Simón, y que después se dividió en varias sectas, cada uno reconoce por padre y jefe al autor de su secta particular, de quien toma su nombre. Mas la Iglesia subsistía ya desde hacía mucho tiempo cuando éstos comenzaron su apostasía y levantaron el estandarte de la revuelta„ (3).

La autoridad irrefragable de la Iglesia se halla estrechamente ligada á la de las tradiciones divinas y apostólicas, ya se trate de la interpretación legítima de las Escrituras, ya de lo que concierne á la publicación de ciertos dogmas, comunicados por los Apóstoles á sus discípulos y por sus legítimos sucesores en el gobierno de las Iglesias transmitidos hasta

(1) Iren., lib. II, cap. XXXI.
(2) Lib. IV, cap. XXXVI.
(3) Lib. III, cap. IV.

Digitized by Google

la última posteridad. En lo que se refiere al punto de combatir las herejías por medio de la autoridad de los libros divinos, el santo observa que, cuando se ven acosados de cerca, no sabiendo ya qué responder á los testimonios evidentes de las Escrituras, se contentan con decir, ó que no son auténticas ó que admiten diversos sentidos, y que, por consiguiente, su verdadera significación no podía ser comprendida por los que ignoran la tradición, con tanto mayor motivo cuanto la sabiduría perfecta no ha sido escrita sobre el papel, sino comunicada de viva voz.

"Mas cuando les oponemos la tradición que viene de los Apóstoles —dice el santo—y que por la sucesión de los Obispos se conserva en las Iglesias, rechazan esa misma tradición, prefiriéndose asimismos, no sólo á todos los Obispos del mundo, sino aun á los Apóstoles, alabándose de haber descubierto mejor que todos ellos la verdad. En el fondo, por consiguiente, no se conforman ni con la tradición ni con las Escrituras. Es necesario, pues, atacarlos por todas partes. Y para comenzar por la tradición publicada por los Apóstoles en todo el universo, fácil es ponerla en claro á cualquiera que desee conocer la verdad. Basta para ello enumerar los Obispos establecidos por los Apóstoles en las iglesias y sus sucesores hasta nosotros. Pero como sería demasiado largo referir las sucesiones de todas las iglesias, conviene echar mano de una vía más corta. Para confundir á todos cuantos de cualquier modo, por apego á sus propias ideas, por ceguedad ó por malicia ó vanagloria constituyen asambleas ilegítimas, bastará indicarles la tradición y la fe que la más grande y más antigua de todas las iglesias, la Iglesia conocida de todo el mundo, la Iglesia romana, fundada por los dos gloriosos Apóstoles Pedro y Pablo, ha recibido de estos mismos Apóstoles, anunciada á todos los hombres y transmitida hasta nosotros por la sucesión de sus Obispos. Porque á causa de su superior principado, es con esta Iglesia con quien deben necesariamente unirse y concertarse todas las iglesias; es decir, todos los fieles, en cualquier parte donde se hallen, y es en ella y por ella por quien los fieles de todos los países han conservado *siempre* la tradición de los Apóstoles„ (1).

Véase, según San Ireneo, la serie de los Obispos que gobernaron esta Iglesia hasta su tiempo: Lino, del cual hace mención San Pablo en su Epístola á Timoteo. Tuvo por sucesor á Anacleto y éste á Clemente, que había conocido á los Apóstoles y conversado con ellos, veía delante de sus ojos su tradición y oía resonar aún su predicación en sus oídos. A Clemente sucedió Evaristo, y á Evaristo, Alejandro. El sexto, después de los Apóstoles, fué Sixto, y en seguida Telesforo, que sufrió un glorioso martirio. Sucesivamente fueron Higinio, Pío, Aniceto, á quien Sotero sucedió. Ahora Eleuterio posee el episcopado, ocupando el duodécimo

(1) Iren., lib. III, cap. III, n. 2.—"Ad hanc enim Ecclesiam, propter potiorem principalitatem, necesse est omnem convenire Ecclesiam; hoc est eos qui sunt undique fideles in qua *semper* ab his, qui sunt undique, conservata est ea quae est ad apostolis traditio.„—Fleury, y otros después de él, han suprimido la palaba *siempre*. Esta supresión explica otras muchas.

Digitized by Google

rango después de los Apóstoles. "Por el canal de esta misma sucesión es por donde ha llegado hasta nosotros la tradición de los Apóstoles en la Iglesia. Y he aquí una demostración completa de que la fe llegada hasta nosotros es la fe una y vivificante que los Apóstoles han confiado á la Iglesia (1). "Poseyendo, pues, una demostración de tan gran peso, no es necesario—añade el santo—buscar en otra parte la verdad que tan fácilmente puede aprenderse de la Iglesia, donde los Apóstoles han juntado como en inmenso depósito todas las aguas de la divina sabiduría, á fin de que todo el que quiera pueda sacar de él el jugo de vida. De esta suerte, aunque los mismos Apóstoles no nos hubiesen dejado las Escrituras, bastaría seguir la tradición que ellos mismos han confiado á los que encargaban el gobierno de las Iglesias. Y de hecho, tal sucede, y esta es la observada por muchas naciones bárbaras, que creen en Jesucristo sin papel ni tinta, teniendo la doctrina de salud escrita en sus corazones por el Espíritu Santo y guardando fielmente la tradición antigua. Los que así han creído y creen sin letras, aunque sean bárbaros por su lenguaje, en cuanto á los sentimientos, á la conducta, á las costumbres, su fe les ha hecho muy sabios, muy agradables á Dios y muy fieles observadores de la justicia y la castidad. Y si alguno les anunciase en su dialecto las invenciones de los herejes, bien pronto taparían sus oídos, huirían muy lejos y no soportarían ni aun oir tales blasfemias. La tradición antigua los hace tan firmes en la fe, que no pueden ni aun concebir aquellas doctrinas monstruosas.„ Por último, después de haber propuesto la tradición viviente como regla muy suficiente de la fe, pasa á tratar más ampliamente del objeto principal de su propósito, á saber, de la prueba por las Escrituras (2).

No menor empeño que en describir la verdadera Iglesia, sus notas y sus prerrogativas, puso el santo en trazar el retrato y el carácter de los herejes. Su primer artificio era entonces, como lo ha sido siempre después, el afectar el lenguaje de los católicos, para quejarse en seguida de la extremada severidad de la Iglesia al separarlos de la comunión de los fieles y tratarlos como herejes, á pesar de su supuesta conformidad con sus enseñanzas. De este modo se insinuaban en el espíritu de la gente sencilla, embelleciendo el error y dándole los colores de la verosimilitud. Pero la verdad desdeña estos falsos ornamentos y se complace en el candor y la simplicidad de la infancia.

Por la misma razón, y para mejor seducir á los inocentes y rivalizar con la Iglesia, en la cual obraba Dios, como siempre, frecuentes milagros, los herejes alababan también sus prodigios, que no eran otra cosa que, ó prestigios de la magia, á la que eran muy dados, ó puras ilusio-

---

(1) "Hac ordinatione et succesione, ea quae est ab apostolis traditio et veritatis præconatio pervenit usque ad nos. Et est plenissima haec ostentacio, unam et eamdem verificatricem fidem esse, quae in Ecclesia ad apostolique usque nunc sit conservata et tradita in veritate.„—Iren., capítulo III, n. 3.

(2) Lib. III, cap. V.

Digitized by Google

nes. Porque jamás pudieron dar realmente la vista á un ciego, ni oído á los sordos, ni librar á los poseídos, ni curar á los paralíticos, ni devolver á los enfermos su salud primitiva. "Se hallaban tan lejos de haber resucitado á algún muerto, que sostienen que esta resurrección es imposible, bien que no sólo el Señor y los Apóstoles hubiesen resucitado á algunos, sino que muy frecuentemente sucede—dice San Ireneo—que habiéndolo pedido al cielo alguna Iglesia con muchas oraciones y ayunos, el espíritu de algún difunto ha vuelto á su cuerpo.„ Observa, además, que una vez apartados del sendero de la verdad, los herejes, por un justo castigo, caen de un error en otro, cambian de opinión según los tiempos y las circunstancias, no tienen jamás doctrina fija, se combaten los unos á los otros, se contradicen con frecuencia ellos mismos y se muestran más partidarios de los sofismas que discípulos de la verdad. Fundados no sobre la piedra, que es una, sino sobre la arena, no pueden construir edificio sólido y unido. Cerrados, como tienen, los ojos á la luz de la verdad, la buscan siempre, sin encontrarla jamás; se apartan necesariamente del recto camino, se extravían en mil senderos diferentes, sin principio, ni regla y caen en la fosa, como ciegos conducidos por ciegos (1).

Tocado de compasión por estos desgraciados, el santo exhorta á aquel que le había hecho emprender esta obra, y en su persona á los demás á quienes el Señor había concedido talentos, á trabajar ardientemente en su conversión, reprendiendo con moderación á los que se muestran menos apasionados y conservan algo de humano; pero rechazando con horror á los pertinaces y á aquellos en quienes parece haberse extinguido los últimos destellos de razón. Este celo iba acompañado de la más tierna caridad, según se echa de ver en estas bellas palabras: "Con muy justos motivos, la Iglesia, madre cariñosa, llora sobre los inventores y arquitectos de estas impiedades. No somos nosotros quienes publicamos sus locuras; son ellos mismos quienes las enseñan, las sostienen y hacen gloria de ellas, llevándolas como en triunfo. Por nuestra parte, rogamos de todo corazón por ellos, á fin de que salgan de la fosa que se han cavado, se levanten del abismo en que se han precipitado, abandonen la vida donde se agitan y la sombra en que se pierden, á fin de que vuelvan á la Iglesia y sean verdaderamente regenerados en su seno, que el Cristo sea formado en ellos y que conozcan al cabo al Creador del universo, verdadero Dios y Señor de todas las cosas. Tal es la oración que hacemos por ellos, amándolos más útilmente que se aman ellos á sí mismos; y si Dios quiere hacerles sentir los efectos de ella, entonces verán cuán saludable les ha sido este sincero amor de nuestra parte. Ahora les parecerá esta caridad dura y austera, porque, semejantes á los cirujanos, quemamos las carnes muertas y podridas, y comprimimos sus llagas para hacer salir la podredumbre y el veneno del orgullo. Mas, sea cualquiera la opinión que tengan de nosotros y lo que de nosotros digan ó refieran, no dejaremos

(1) Iren., lib. III, cap. XXV; lib. II, cap. XXXI; lib. III, cap. XXIV; lib. V, cap. XX.

Digitized by Google

por ello de tenderles la mano para ayudarles á salir del precipicio„ (1).

Ahora puede verse con cuánta justicia se ha dicho algunas veces que estos libros de nuestro santo son una refutación general de todas las herejías en cuanto que presta armas contra todas ellas. Podríamos demostrarlo si ésta fuera la ocasión de entrar en el examen de los dogmas particulares de que se trata en dichos libros. Porque, excepto el de los milenarios condenado después por la Iglesia, no hay error que el santo no haya refutado. Mas por obligados que estemos á pasar á otra cosa, no podemos omitir lo que aquél dice relativamente á la santa Eucaristía y sobre el sacrificio de la Misa y acerca de la Virgen María.

En el libro cuarto, después de haber mostrado que los sacrificios exteriores eran inútiles sin la caridad y las virtudes interiores, añade: "Nuestro mismo Señor Jesucristo, aconsejando á sus discípulos ofrecer á Dios las primicias de sus criaturas, no porque tuviese necesidad de ellas, sino para no quedar ellos mismos sin fruto y sin reconocimiento, tomó el pan, que es obra del Creador, y, dando gracias, dijo:—Este es mi cuerpo;—y tomando el cáliz, otra obra del Señor, declaró que era su sangre y enseñó la oblación nueva del Nuevo Testamento, que la Iglesia recibió de los Apóstoles, y la ofrece á Dios en todo el mundo, según lo que se dice en el profeta Malaquías: "Del levante al poniente, mi nombre es glorificado „en todas las naciones; y en todas partes se ofrece en mi nombre la víc„tima y el sacrificio puros.„

„Hay aquí oblaciones, como las había allí. Sacrificios había en el antiguo pueblo, y sacrificios hay en la Iglesia; lo que ha cambiado aquí es la especie; porque no son ya esclavos los que ofrecen, sino hombres libres. Sólo la Iglesia ofrece esta pura oblación al Creador, ofreciéndole con acción de gracias su obra. Los judíos no ofrecen esta clase de sacrificios; y por lo que hace á los herejes, ¿cómo podrían estar seguros que el pan, sobre el que son dadas las acciones de gracias, es el cuerpo de su Señor, y el cáliz su sangre si no le reconocen por el Hijo del Creador?—¿Y cómo—dicen ellos—una carne nutrida con el cuerpo y la sangre del Señor llegará á corromperse y no recibe la vida? Que cambien de opinión ó que dejen de ofrecer lo que dicen.—Pero nuestra creencia se halla precisamente conforme con aquélla. Porque como el pan que procede de la tierra, recibiendo la invocación divina, no es ya pan común, sino la Eucaristía misma, compuesta de dos cosas, la una terrestre (su carne) y la otra celestial (su alma y su divinidad), así nuestros cuerpos, recibiendo la Eucaristía, no son ya corruptibles, sino que tienen la esperanza de la resurrección (2).

„Después que el cáliz mezclado y el pan quebrantado reciben la palabra de Dios y vienen á ser la Eucaristía de la sangre y el cuerpo de Jesucristo, por los cuales la substancia de nuestra carne se acrecienta y subsiste, ¿cómo podrán negar que la carne sea susceptible del don de Dios

(1) Iren., lib. III, cap. últ.
(2) Lib. IV, cap. XXXIV.

Digitized by Google

que es la vida eterna, cuando es nutrida de la sangre y el cuerpo de Cristo de cuyos miembros forma parte? Así como el sarmiento depositado en tierra fructifica á su tiempo, y el grano de trigo caído en tierra y descompuesto se multiplica por el Espíritu de Dios que todas las cosas contienen, el uno y el otro son utilizados por el hombre, y, recibiendo la palabra de Dios, vienen á ser la Eucaristía, que es el cuerpo y la sangre de Cristo, así también nuestros cuerpos, que son alimentados con ella, siendo depositados en la tierra y descompuestos, resucitarán en su tiempo, dándoles el Verbo de Dios la inmortalidad por la gloria de Dios Padre„ (1). No cabe expresar más claramente la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, el cambio del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre, así como la naturaleza adorable del nuevo sacrificio.

No es menos notable el paralelo que establece entre Eva y María. "Lo mismo—dice—que Eva, esposa de Adán, pero virgen aún, fué, por su desobediencia, para sí y para todo el género humano, causa de muerte, así María, esposa de José, pero virgen sin embargo, ha sido, por su obediencia, para sí y para todo el género humano, causa de salud. Las cadenas que por su incredulidad nos había forjado Eva, María Virgen las ha roto por su fe. La una fué seducida por la conversación de un ángel, hasta huir de Dios, violando su mandato; la otra se halló dispuesta, por la conversación de un ángel también, á concebir y llevar á Dios en su seno, sometiéndose á su palabra. Si aquélla desobedeció á Dios, ésta fué dócil en obedecerle, y de esta suerte, la Virgen María ha venido á ser la abogada de Eva virgen, y el género humano, condenado á muerte por culpa de una virgen, ha sido salvado por la virtud de una virgen, habiéndose compensado así la desobediencia de la una por la obediencia de la otra, siendo de este modo también vencida la astucia de la serpiente por la sencillez é inocencia de la paloma„ (2).

Y no brilla menos en esta obra la humildad del santo que su caridad. Tanto los antiguos como los modernos autores se hallan de acuerdo en admirar su profunda erudición en las ciencias sagradas y profanas, la vivacidad de su espíritu, la nobleza de sus expresiones, la elegancia de sus comparaciones, la nobleza de su estilo, en una palabra, su elocuencia y su doctrina. He aquí, sin embargo, con qué modestia habla Ireneo de sí mismo á su amigo: "No estamos acostumbrados á escribir ni hemos aprendido el arte del discurso; pero la caridad nos obliga á dar á conocer las doctrinas que, ocultas hasta ahora, acaban de manifestarse por un efecto de la divina Providencia. Viviendo, como vivimos, entre los celtas, y acostumbrados á hablar ordinariamente un lenguaje bárbaro, no esperéis de nosotros ni el arte de la elocuencia, que no hemos aprendido, ni la fuerza y la gracia del estilo, que también ignoramos. Recibid con caridad lo que la caridad nos ha hecho escribir sin adornos, en un lenguaje simple aunque conforme con la verdad. Más capaces que nosotros, podréis hacer

(1) Iren., lib. V, cap. II.
(2) Lib. III, cap. XXXIII; lib. V, cap. XIX.

Digitized by Google

que en la vasta extensión de vuestro genio produzcan frutos abundantes y sazonados las semillas que recibís de nuestra parte. Lo que hemos indicado en pocas palabras podréis desarrollarlo según convenga, y lo que débilmente hemos expresado, adquirirá en vuestros labios la fuerza que le falta„ (1).

No tuvo el santo el propósito de escribir una obra tan larga; su intención primera fué exponer el sistema de la escuela valentiniana y hacer una corta refutación de ella en un segundo libro. Esto hubiera bastado para satisfacer á su amigo. "Pero—como él mismo dice en el prefacio del libro tercero—siendo liberal por su naturaleza, la caridad da siempre más que se le pide.„ A los dos libros primeros añadió, pues, otros tres, en los cuales combate á los pretensos sabios ó gnósticos por medio de la autoridad de la tradición y de las Escrituras. Los cinco libros, con todo, no fueron enviados á la vez, sino que, después de haber enviado á su amigo los dos primeros, compuso el tercero. Como de un lado habla allí de la versión de la Biblia hecha por Teodoción, que se publicó en 184 bajo el consulado de Marcelino, y de otro presenta como viviendo aún y ocupando la Cátedra apostólica al Papa Eleuterio, que, según el Catálogo liberiano, murió al año siguiente bajo el consulado de Materno, necesario es afirmar que el libro tercero fué escrito en este intervalo, y los dos últimos bajo el pontificado del Papa San Víctor.

62. Mientras que Ireneo escribía en las Galias, una escuela de doctores cristianos se había elevado en Egipto. El Obispo de Alejandría era entonces Demetrio, onceno sucesor de San Marcos. Los diez primeros fueron Aniano, Abilio, Cerdón, Primo, Justo, Eumeno, Marcos II ó Marciano, Celadión ó Claudiano, Agripino y Juliano. Desde los primeros tiempos había en esta ciudad una escuela de Sagradas Letras y maestros que en ella enseñaban, pero no llegó á hacerse célebre hasta la época y bajo la dirección de San Panteno.

Era éste siciliano de origen. Desde un principio se había dedicado al estudio de la elocuencia y de la filosofía estoica, y cuando se convirtió al catolicismo se sirvió de ésta para la defensa de la religión y para hacer más manifiestos sus divinos misterios. Después de haber recibido el bautismo, su principal estudio consistió, sin embargo, en ocultar cuanto le fué posible su talento, por su verdadero espíritu de humildad. Por esto Clemente de Alejandría no le halló oculto en Egipto sino después de haberle buscado largo tiempo con la ansiedad del cazador que persigue la caza en las profundidades de los bosques. Hasta entonces Clemente había tenido diferentes maestros; pero habiéndose relacionado con Panteno, descubrió en él un fondo tal de espíritu, un tesoso tan rico de sabiduría divina, que creyó ya innecesario buscar otros maestros que le guiaran en el conocimiento de la filosofía cristiana. Desde este tiempo, Panteno comenzó á brillar con tal esplendor en la Iglesia y la ciudad de Alejandría, que el Obispo Juliano le encargó de interpretar las Sagradas Le-

(1) *Praefat.*, lib. I.

Digitized by Google

tras en esta escuela. Los más famosos entre sus discípulos fueron este mismo Clemente y San Alejandro, Obispo más tarde de Jerusalén, que le llamaba su padre, su señor y hombre verdaderamente dichoso.

El renombre de Panteno no se encerró en los límites del imperio romano, sino que pasó hasta las Indias. Los pueblos de esta parte le enviaron embajadas para suplicarle fuera á anunciar el Evangelio á su país. Había aún en este tiempo algunos santos personajes que, con el nombre de evangelistas y llenos de celo por la causa de Dios, abandonaban voluntariamente su país y todas las cosas para extender siempre más, á ejemplo de los Apóstoles, la religión cristiana. Panteno fué del número de éstos. Después de haber recibido de Demetrio, Obispo de Alejandría, su misión, y probablemente la ordenación episcopal, anunció el Evangelio en las naciones orientales, penetrando hasta en la India, y predicando la fe á los bracmanes y otros filósofos del país. La historia no nos da detalle alguno sobre los frutos de su misión, enseñándonos solamente que encontró entre las manos de algunos cristianos un Evangelio de San Mateo en caracteres hebraicos, que les había dejado San Bartolomé, quien, según la tradición, había sembrado antes que nadie los primeros gérmenes de la fe en estas provincias. Créese que después de haber empleado varios años cultivando esta viña y haber marcado su celo por muchas acciones ilustres, volvió á Alejandría, donde se consagró de nuevo á la instrucción de los fieles, si no en la escuela pública, al menos en la suya particular. Lo cierto es que Panteno vivía aún cuando ya Orígenes ejercía con gran esplendor el cargo de profesor público, y lejos de estar celoso de la gloria de este joven, que no era más que discípulo del que lo era suyo, de Clemente, él mismo se encargaba de producirla, procurando, con afecto paternal, conciliarle la veneración, la amistad y la estima de los más grandes hombres de este siglo. Así es como San Alejandro de Jerusalén, en una carta á Orígenes, se felicita de haber conocido, por medio del bienaventurado Panteno, su mérito y comprobado su amistad (1).

No contento con haber predicado la verdad é instruído á los fieles de viva voz, el santo escribió aún algunos comentarios sobre las divinas Escrituras. Aunque desde su conversión los estudios sagrados fueron su ocupación principal é hicieron sus delicias, no creyó, sin embargo, deber renunciar enteramente al estudio de las letras humanas, á la lectura de los libros paganos y al examen de su filosofía. En sus lecciones y en sus libros se sirvió de las ciencias profanas para humillar y confundir el orgullo de los soberbios, que, enfatuados con la literatura humana, insultaban temerariamente la simplicidad de la fe. En esto fué imitado no sólo por Clemente de Alejandría, su principal discípulo, sino también por Orígenes, que se autorizaba con su ejemplo. Ignórase el año de su muerte, pero se cree generalmente que prolongó sus días hasta el fin del rei

(1) Euseb., lib. IV, cap. XIV.

Digitized by Google

nado de Severo ó hasta el comienzo de Antonino Caracalla, su hijo. La Iglesia honra su memoria el 7 de Julio.

Clemente igualó al menos, si no superó, la reputación de su maestro. Sus nombres eran Tito Flavio Clemente, y su sobrenombre Alejandrino, para distinguirle quizá del Papa Clemente, ó del cónsul y mártir Tito Flavio Clemente. Originario de Alejandría según unos, ó de Atenas según otros, y educado en el paganismo, su pasión por saber le hizo estudiar no solamente las letras humanas, la Filosofía y las diversas opiniones que habían reinado ó reinaban aún en las escuelas, sino también los diversos cultos de los bárbaros, así como los de los griegos y los romanos. Cuanto más avanzaba en su examen, más incertidumbres y contradicciones descubría en las doctrinas humanas, y más impiedad en las supersticiones secretas. Excitado por la gracia á la investigación de la Filosofía cristiana (1), no tardó en renunciar al culto de los ídolos y abrir los ojos á la luz del Evangelio. Esto sucedió probablemente en Atenas, porque entre sus maestros en la escuela de Cristo cuenta en primer lugar un Jónico, de quien había recibido lecciones en Grecia (2). De aquí pasó á aquella parte de Italia que llamaron los antiguos Gran Grecia, donde oyó á dos nuevos maestros, el uno de Celesiria y el otro de Egipto. De aquí pasó al Oriente, donde recibió las lecciones de otros dos, de un asirio y un judío. Por último, regresando de Palestina á Egipto, encontró aquí á Panteno, esta abeja de la Sicilia que, chupando las flores de la pradera de los Apóstoles y de los profetas, producía en el espíritu de sus oyentes un tesoro inmortal de conocimientos. Tanto se aficionó Clemente á oirle, que renunció á buscar otros maestros. Después de haber recorrido así tantos países y consultado tantos maestros, su uniformidad en la enseñanza le hizo conocer que esta doctrina les era llegada por una sucesión continua de padres á hijos, y que se remontaba hasta los santos Apóstoles Pedro, Pablo y Juan.

Cuando San Panteno marchó á predicar el Evangelio á las naciones de Oriente, le sustituyó en la plaza de catequista público Clemente Alejandrino, quien, por su vasta erudición, su celo y la pureza de sus costumbres, no era menos apto para ello que su maestro.

Su método en sus instrucciones públicas puede sernos conocido por sus libros, especialmente por su *Exhortación á los griegos* y por los tres libros del *Pedagogo,* porque estos fueron discursos pronunciados en la Iglesia para la instrucción de los catecúmenos y de los fieles.

En su exhortación comienza por decir que "lo que la fábula refiere de Anfión y de Orfeo lo hacía realmente entonces el Verbo ó la razón de Dios. Al sonido de su lira dícese que Anfión movía las piedras y Orfeo apaciguaba las fieras. Por el poder de su palabra, el Verbo, que es la verdad misma, transforma en hijos de Dios á hombres más duros que las piedras y más feroces que los leones. Este Verbo, aunque recientemente

(1) Euseb., *Praeparat. evang.*, lib. II, cap. III.
(2) *Strom.*, lib. I; *ap. Euseb.*, lib. V, cap. IX.

Digitized by Google

aparecido, era desde el principio, el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios. Este es el principio divino de todas las cosas, y nosotros somos sus criaturas razonables. Este Verbo, Cristo, después de habernos dado antes el ser, quiere darnos también la felicidad. Dios y hombre á la vez ha aparecido en nuestros días para guiarnos á la vida eterna. El universo en general, y el hombre particularmente, es una lira, cuya armonía ha roto el pecado. El Verbo de Dios, que es al mismo tiempo con David y antes de David, ha venido á restablecerla por el Espíritu, para ofrecer á Dios nuevos conciertos.

„En lugar de esta armonía divina, el paganismo no presenta más que un caos de invenciones humanas, de fábulas discordantes, de opiniones opuestas á las más rudimentarias nociones del buen sentido, de misterios que, por sus infamias, sublevan los sentimientos comunes de la moral. Sus dioses han sido evidentemente hombres mortales, y sus filósofos, entregados á sí mismos, no se hallan más de acuerdo.

„No obstante, como todos los hombres en general, y principalmente los que se ocupan en la razón y la palabra, participan, en cierto modo, de la influencia divina, á su pesar aquéllos confiesan muchas veces que existe un solo Dios inmortal y no engendrado, que verdaderamente habita siempre, como en su propia morada, en las más puras regiones de los cielos. Así sucede con Platón, Jenofonte, Cleante y Pitágoras, que debieron esta idea á los hebreos. Así también Arato, Sófocles y Orfeo entre los poetas. Mas para subir á la fuente donde éstos han bebido tales sentimientos, es necesario consultar las Escrituras proféticas. Allí se encuentran el culto de Dios y los fundamentos de la verdad. Y no alegueis, como excusa, la práctica de vuestros padres. El que no cesa de exhortaros, de instruiros por su Verbo, es Dios, nuestro verdadero Padre. Y vosotros, que sois hombres, creed en un Hombre-Dios, creed en el Dios viviente que ha sufrido y es adorado, creed también vosotros los esclavos en aquel que ha muerto, creed en aquel que entre todos los hombres es sólo el verdadero Dios„ (1).

Los libros del *Pedagogo* ó director de los niños son mirados con justo título como un compendio substancial y elegante de la moral cristiana y como un cuadro semejante de las costumbres del común de los fieles en estos primeros siglos de la Iglesia; porque no es verosímil que tan prudente y sabio director propusiese y prescribiera á los catecúmenos y á los neófitos á quienes trataba como á niños tiernos, un género de vida más austero que el que ordinariamente servía de regla al común de los cristianos.

En el primer libro expone desde luego cuál es nuestro institutor ó maestro, que es nuestro Señor Jesucristo, el Verbo que rige toda la naturaleza humana, el Dios clemente mismo; porque Dios y el Verbo, son ambos una misma cosa, Dios. Por esto se ha dicho: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era en Dios, y el Verbo era Dios.„ El Verbo es esa

(1) Clement. Alex., *Ex hors ad gentes*.

Digitized by Google

razón soberana que gobierna á los hombres del Antiguo Testamento por el temor y que ahora conduce á los del Nuevo por el amor.

En el segundo y tercero, prescribe los deberes de la vida cristiana en la comida, la bebida, el sueño, el uso del matrimonio, el vestido, los ejercicios del cuerpo, las conversaciones y los baños, condenando el lujo en los manjares, en los muebles y en los vestidos; la suntuosidad y la blandura de la cama, los juegos de azar, las diversiones vanas y peligrosas, y recomendando la economía, la templanza, la sobriedad, la frugalidad, la modestia y la decencia en los vestidos, los muebles, las comidas, las palabras, el empleo de las riquezas, el sueño y las demás acciones diarias ó necesarias para la vida. Para todas estas cosas no puede desearse reglas más ciertas, ni más santas, ni más discretas que las indicadas y prescritas en esta obra. Así ha podido decirse con alguna razón que después de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento no hay otros más propios para regular la vida de los fieles (1).

Estas dos obras no pueden haber sido escritas ni antes del año 189, en el que Clemente, después de la partida de San Panteno, ocupó la cátedra teológica de Alejandría, ni después del año 192, en que, cuando más tarde Víctor sucedió á Eleuterio en el soberano pontificado, un antiguo escritor cuenta á Clemente en el número de los escritores que, con anterioridad al pontificado de Víctor, habían sostenido ya en sus libros contra los gentiles ó contra los herejes de su tiempo, la divinidad de Jesucristo, negada por el apóstata Teodoto de Bizancio (2). Este famoso curtidor, que llegó á ser heresiarca por no haber tenido la constancia de sufrir el martirio, fué arrojado de la Iglesia por San Víctor en cuanto fué reconocido en Roma. No dejó por esto de hacerse, sin embargo, algunos partidarios que en lo sucesivo tuvieron el atrevimiento de dar su doctrina por la más antigua, pretendiendo que tal había sido la creencia de todos nuestros antepasados desde el tiempo mismo de los Apóstoles, y que la verdad no había sido alterada en este punto hasta el tiempo de Ceferino, sucesor de Víctor en la cátedra de San Pedro. Sabemos todo esto por un autor antiguo, que se cree ser Cayo, sacerdote de la Iglesia romana, que se hizo célebre bajo estos dos pontífices. Escribiendo contra estos desdichados sectarios, les opone, además de los libros divinos, los escritos de varios hermanos anteriores á la época de Víctor, que habían sido publicados contra los gentiles y los herejes de su tiempo. Tales fueron Justino, Milciades, Taciano, Clemente, Ireneo, Melitón y muchos otros que en sus libros han llamado á Jesucristo Dios y hombre y sostuvieron con energía su divinidad. Cita aún, además de los libros polémicos, los himnos y cánticos cuyas copias se hallaban desde el principio en manos de los fieles y que celebran á Jesucristo como el Verbo de Dios, atribuyéndole con la naturaleza humana la naturaleza divina. "Y puesto que la doctrina que

(1) Clement. Alex., *Pedagog.*; Lenourri, *Apparat. ad Bibliothecam Patrum.*
(2) Euseb., lib. V, cap. XXVIII.

Digitized by Google

ahora predica la Iglesia—concluye este autor—ha sido enseñada desde hace tanto tiempo, ¿cómo osan decir que todos, hasta la época de Víctor, y aun comprendiendo á éste, han predicado lo contrario? ¿Cómo no se avergüenzan de aventurar contra Víctor semejante calumnia, los que saben muy bien que fué él quien apartó y separó de la comunión á Teodoto, jefe y autor de su impiedad?„ (1).

Clemente merecía, en efecto, ser citado como testigo contra estos impudentes blasfemadores. Ya se ha visto con qué fuerza de expresión habla de la divinidad de Jesucristo y de su igualdad con el Padre. No menos atento á enardecer la piedad de sus oyentes que á instruirlos, los excita al final de su *Pedagogo* á bendecir y alabar noche y día al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, "que son—dice—un Dios soberanamente sabio y soberanamente justo„. Termina, en fin, su obra por un himno en alabanza de Jesucristo, en el que le canta, no solamente como Rey, jefe y pastor, títulos que en rigor podrían convenirle en cuanto hombre, sino como Verbo eterno, Eon infinito, eterna luz, fuente de misericordia y Dios de paz, atributos que le corresponden en cuanto Dios. Clemente recitó en la Iglesia este himno, que puede ser quizá uno de aquellos de que habla dicho autor, y que, según un uso antiguo, se cantaba en honor del Cristo como de un Dios. Era, ciertamente, digno de ser opuesto, con los otros más antiguos, á la sacrílega temeridad de Teodoto, que despojaba al mismo Cristo de su divinidad, haciendo de él un puro hombre.

Entre los primeros discípulos de este impío heresiarca, se cuentan: un Artemas ó Artemón; otro Teodoto, banquero de profesión; un Asclepiades ó Asclepiodoto; un Hermófilo, y un Apolónides ó Apolonio. Habiendo tomado por regla de su creencia su propia razón, sometiéndole la incomprensible majestad de los divinos misterios y la interpretación de las Escrituras, emplearon dos vías para acreditar su doctrina y defenderse contra los católicos, que les apremiaban y atacaban con los libros santos. Se entregaron desde luego al estudio de las ciencias humanas, especialmente de la Lógica, de la Física y de la Geometría, teniendo, á causa de esto, gran veneración por Aristóteles y Teofrasto, y muchos se entregaron también con ardor al estudio de los elementos de Euclides. Todo esto debía servirles, según ellos, para demostrar geométricamente y siguiendo las reglas más exactas de la dialéctica, que no se podía admitir en Dios más que una persona, y, por consiguiente, que Cristo, supuesta su distinción de con el Padre, á quien todos reconocían por el Creador y Señor del universo, no podía ser más que un puro hombre.

Mas como á todos sus razonamientos humanos oponían los fieles la palabra de Dios y los más claros testimonios de las Sagradas Escrituras, emplearon otro medio: el de corromper estas mismas Escrituras en los pasajes que eran contrarios á sus errores. Mas en su ejecución mostráronse animados del mismo espíritu de vértigo que los modernos sectarios cuando, pisoteando la autoridad de la Iglesia y de sus tradiciones,

(1) **Euseb., lib. V, cap. XXVIII.**

Digitized by Google

atribuían á cada uno el derecho de juzgar, según su sentido particular y privado, cuáles eran los libros ó los pasajes divinamente inspirados y cuál su verdadero sentido. Prefiriendo cada uno su sentimiento individual al de sus colegas y frecuentemente al de sus mismos maestros, se vió en poco tiempo multitud de ediciones diversas de los libros santos, ya que hubo entonces quien, so pretexto de corregirlos, los mutilaba de la manera más horrible. A causa de esto los ejemplares de Asclepiodoto no concuerdan con los de Teodoto, ni éstos con los de Hermófilo. Apolonio se entregó también más de una vez á esta empresa y sus últimas ediciones en nada se parecen á las primeras.

Semejante licencia de tomar como norma de la fe y como medida de los divinos misterios, la razón privada, debe necesariamente predisponer á la impiedad y al menosprecio total de las Escrituras mismas, porque como á cada momento se encuentran en ellas pasajes cuya comprensión sobrepujan las fuerzas de nuestra inteligencia, es necesario ó respetar absolutamente y sin reservas la autoridad, que las explica, ó rechazarlo todo de hecho. Varios discípulos de Teodoto adoptaron desde luego este último partido, y despreciando la ley y los profetas, se hundieron enteramente en el abismo. Otro tanto sucede todos los días á los modernos sectarios, que, como los teodocianos de otros tiempos, toman su razón particular por regla suprema de sus creencias.

Entre los discípulos de Teodoto el curtidor, los dos que gozaron de mayor reputación fueron Artemas ó Artemón y Teodoto, apodado el cambiante ó banquero. El primero debió contribuir más poderosamente que ningún otro á la propagación de la secta impía, porque los Padres del Concilio de Antioquía, Alejandro, Obispo de Alejandría, y el mismo Eusebio, la designan con el nombre de la herejía de Artemas y no de Teodoto. El otro se hizo después célebre dando nacimiento á una nueva herejía, que consistía en ser el abogado ó intercesor de los ángeles, como el Cristo lo era de los hombres. Como consecuencia de esto, añadía que Melquisedec no había tenido realmente padre ni madre y que su origen y su fin eran incomprensibles (1).

Pero si el error tenía entonces tan numerosos defensores, no era menor el de los de la verdad. Estos eran Ireneo, en las Galias; Cayo é Hipólito, en Roma; Panteno y Clemente en Egipto; era Orígenes que, niño aún, sorprendía ya por los prodigios de su inteligencia; era Tertuliano, en Africa, el primero entre los latinos, que entraba en lucha con su elocuencia de hierro. Además de estos nombres famosos, Eusebio cuenta un Heráclito, que había escrito sobre las Epístolas de San Pablo; un Máximo, á quien atribuye varios volúmenes sobre esta cuestión tan debatida por los herejes: *De dónde viene el mal,* y acerca de la creación de la materia; un Claudio y un Apión, que habían compuesto comentarios sobre la obra de los seis días; un Sesto, autor de un libro *De la Resurrec-*

(1) Euseb., lib. V, cap. XXI; lib. VII, cap. XXX; Theodor., *Hist.*, libro I, cap. III.

Digitized by Google

ción, y un Arabiano, autor de una obra cuyo objeto no especifica Eusebio. Este historiador añade que aún había otros muchos, pero que no había hallado en sus escritos ni el tiempo en que habían vivido, ni ninguna otra circunstancia para su historia (1). Había también otras muchas obras de autores absolutamente desconocidos, pero que por la manera como en ellas interpretan las Escrituras, se ve que eran ortodoxos. Entre los hombres notables de esta época, de los cuales Eusebio no nos da á conocer ni aun los nombres, cuentan algunos á un Isidoro y un Jerónimo, alabados por San Anatolio en el siglo tercero como hombres entendidos en las literaturas hebraica y griega y que habían escrito sobre el mes y día en que debía celebrarse la Pascua. Se puede añadir á éstos el filósofo Hermias, del que nos queda un elegante discurso á la manera de Luciano, intitulado *Los filósofos burlados.* Cada uno de éstos expone sus opiniones sobre la divinidad, sobre el alma humana y los principios de las cosas, lo que distribuye este nuevo Luciano, con tal arte, que el segundo destruye siempre las afirmaciones del primero, y esto con tanta gracia y donaire, que bien puede calificarse este discurso de obrita maestra. En ella se ve con qué facilidad y vigor confundían entonces los doctores cristianos á esos sabios tan ensalzados (2).

63. Pero lo que sobre todo hizo célebre el pontificado de San Víctor, fué la controversia acerca del día en que debía celebrarse la Pascua. Jamás discusión alguna produjo tanto ruido hasta entonces Para decidirla, gran parte de los Obispos del imperio se pusieron en movimiento y se reunieron en Concilio. Las Iglesias del Asia proconsular y otras de aquellas regiones celebraban la Pascua, siguiendo en esto á los judíos, el décimocuarto de la luna del mes judaico de Nisán, ó en cualquier día de la semana en que cayera. Ya al principio de este siglo el Papa Aniceto había intentado persuadir á San Policarpo á celebrar dicha fiesta el domingo siguiente, como la Iglesia romana y las otras del universo. Por respeto á San Juan, Policarpo persistió en el uso de los asiáticos, pero no por eso se turbó la paz.

Según parece, los sucesores de Aniceto Sotero y Eleuterio tomaron con mayor calor este negocio. Cuando Ireneo, escribiendo á Víctor en favor de los Obispos de Asia, le propone el ejemplo de sus predecesores, no dice nada de aquellos dos Pontífices, sino que de Aniceto pasa á los que le habían precedido en la Cátedra de San Pedro: Pío, Higinio, Telesforo y Sixto (3).

Ciertamente que los sucesores de Aniceto no veneraban menos á San Juan y los otros Apóstoles que, según afirmaba Policarpo, se hallaron conformes con los judíos respecto al día de la solemnidad pascual. Pero consideraban que las otras Iglesias habían abandonado las ceremonias judaicas cuando habían cesado los motivos por los cuales los Apóstoles

(1) Euseb., lib. V, cap. XXVII.
(2) Hermias, *Post Justinum.*
(3) Iren., *Ad R. P. Victorem.*

Digitized by Google

las habían tolerado. Antes de la última desolación de la Judea por Adriano, la Iglesia de Jerusalén, compuesta casi exclusivamente de judíos y gobernada por Obispos de esta nación, había judaizado en la celebración de la Pascua, como en otras muchas cosas. Pero después prevaleció allí el número de los gentiles, y aquella Iglesia sacudió el yugo de las ceremonias judaicas, conformándose en este punto, según veremos, con la Iglesia romana y las otras Iglesias del universo. Tal razón tenía la misma fuerza, al menos para las demás Iglesias del Asia. Si en tiempo de San Juan y los otros Apóstoles se hallaban compuestas en gran parte de judíos convertidos á la fe, actualmente los cristianos procedentes de la gentilidad eran en mayor número y tenían mayor prestigio. Tiempo era, pues, de quitar de estas Iglesias los restos de judaísmo tolerados hasta entonces.

Temían además los soberanos Pontífices que este excesivo apego de los cristianos del Asia á las costumbres antiguas tuviera por fundamento el error de que el Evangelio hacía una ley de esto, entendiendo que todo el que no se conformara con los judíos en el día de la celebración de la Pascua, violaba un precepto divino. Lo que había dado lugar á que Eleuterio lo creyera ó lo sospechara así, fué la conducta de Blasto y de Florino. Llegados éstos de Asia, trataron de introducir en Roma misma el judaísmo (1) y causar allí un cisma, esforzándose en persuadir á los fieles que debía celebrarse la Pascua según la ley de Moisés, es decir, el décimocuarto de la luna del primer mes. Y de hecho, como veremos, Polícrates y sus colegas no estaban enteramente exentos de este error, que sometía la gracia y la libertad del Evangelio á la servidumbre de la ley.

En este estado se hallaban las cosas, cuando San Víctor creyó llegado el momento de trabajar eficazmente para establecer en este punto la uniformidad en todas las Iglesias. Al efecto, reunió un Concilio de los Obispos de Italia, en el cual se decidió solemnemente que no era necesario suspender los ayunos y celebrar la Pascua más que el domingo, día consagrado desde el tiempo de los Apóstoles á la memoria de la gloriosa Resurrección de Jesucristo, y que en adelante no se toleraría ya á los que se obstinasen en conservar el uso de los judíos en la celebración de esta solemnidad. Víctor envió la carta sinodal, que llevaba al frente su nombre, á los principales Obispos de las provincias (2).

Con arreglo á las cartas del Papa, y de su Concilio, Teófilo de Cesarea convocó los Obispos de Palestina; Ireneo de Lyón, los de las Galias; Baquilo de Corinto, á los de Acaya, y, según otros, Demetrio de Alejandría, á los de Egipto, y Palma de Amastsis, á los del Ponto. En todos estos Concilios, así como en el de Osrocua ó de la antigua Asiria, se aplaudió unánimemente los decretos de Roma, y en sus cartas sinodales enviadas al Papa para ser, por su conducto, comunicadas á todos los

(1) Tertullian., ad calc., lib. *De Praescript.*
(2) Constant., *Epistolae rom. Pontif. in Victor.*, § 1, n. 1 y sig.

Digitized by Google

fieles, profesando todos la misma fe, convenían en establecer la misma regla, que declaraban venir de la tradición de los Apóstoles.

Por lo que hace á ordenar la reunión de los Obispos del Asia proconsular y á leerles la carta de Víctor y del Concilio romano, Polícrates, Obispo de Efeso, obedeció, como los demás. Pero en lugar de someterse á los decretos de Roma y de conformarse á las otras Iglesias del universo, se decidió á defender obstinadamente la antigua costumbre, por la autoridad y el ejemplo de San Felipe y San Juan, del número de los Apóstoles ambos; de Policarpo, Obispo de Esmirna; de Tracias, Obispo de Eumenia, y de Sagaris, Obispo no se sabe de qué Iglesia; los tres del número de los mártires; de un tal Papirio, del que no tenemos ninguna otra noticia cierta, y de Melitón, Obispo de Sardes, del que anteriormente hemos hablado. En su carta á San Víctor, Polícrates llega hasta decir que todos ellos celebraron la Pascua según el Evangelio, sin separarse de él en nada, sino observando la regla de la fe. A dicho número añade aún otros siete Obispos, que se gloría de haber tenido en su familia, los cuales habían solemnizado igualmente esta fiesta el día en que los judíos, después de haber quitado la levadura de sus casas, celebraban el primer día de los ácimos. Apoyándose enérgicamente en estos ejemplos, concluyó que no se dejaría asustar por las amenazas, recordando á la vez esta máxima: "Hay que obedecer á Dios antes que á los hombres." Bien que esta carta fuese escrita por Polícrates solo y no fuera firmada por ninguno de los otros Obispos, asegura, sin embargo, que expresa los sentimientos de todos ellos, porque, habiéndoles sido leída, todos la habían aprobado unánimemente (1).

Tanto consuelo y alegría como causaron al Papa San Víctor las cartas de los otros Concilios, tanta pena produjo en su ánimo la de Polícrates. Inflamado, no obstante, de santo celo, se resolvió á separar de la comunión á las Iglesias del Asia y de las provincias circunvecinas. Bien pronto ejecutó su designio, proscribiendo, por medio de sus cartas, á todos estos Obispos, como culpables de sentimientos contrarios á la fe ortodoxa y declarándolos separados de la comunión de la Iglesia (2).

Aunque esta resolución no tuvo la aprobación de todos los Obispos y parezca que el Papa lanzara sus rayos sin efecto alguno, no obstante, si bien se reflexiona y se examina con cuidado este asunto, se echará de ver que Víctor tuvo justo motivo para obrar con tal energía y rigor, y que obtuvo, si no por el momento, al menos en parte, su fin. El uso de celebrar la Pascua en el décimocuarto de la luna, en cualquier día de la semana que cayera, podía ser considerado, bajo diversas relaciones, ó como un punto de pura disciplina, ó como una cosa perteneciente á la fe.

Mientras se conservaba esa costumbre sólo por respeto á los antepasados que la habían practicado, no era ésta sino una cuestión de disciplina. Pero comenzó á degenerar en un error relativo á la fe cuando algunos se

(1) Euseb., lib. V, cap. XXIV.
(2) Orsi, lib. 5.

Digitized by Google

obstinaron en seguirla como un rito prescrito por el Evangelio, que no podía cambiarse sin ir contra un precepto divino y violar la regla de la fe. Y que tal era el pensamiento de Polícrates y de los otros Obispos asiáticos, se ve bien claramente por su carta á San Víctor. En ella alaban á los antiguos Obispos del Asia por haber celebrado la Pascua en su día legítimo, según lo ordena el Evangelio y sin alterar en nada la regla de la fe; y si ellos no se dejan intimidar por las amenazas del sucesor de San Pedro, es porque saben que es necesario obedecer á Dios antes que á los hombres.

Una vez comprendida semejante situación, se alabará, de un lado, el celo y la severidad de San Víctor, y de otro, el buen corazón de estos Obispos, que veían con pena separar de la unidad de la Iglesia tan gran número de colegas, recomendables, por otra parte, por su piedad. Víctor, que poseía la carta y conocía los sentimientos que la habían inspirado, creyó, con razón, que no debía dejar pasar más aquella obstinación en defender un error que condenaban todas las otras Iglesias, de acuerdo con la Cátedra apostólica. Pero San Ireneo y los demás Obispos, que hallaban excesivo el rigor del Papa, suponían que en esta disputa no se trataba más que de una pura cuestión de disciplina. La prueba de esto está en la misma carta de San Ireneo á Víctor. Suponiendo que estos negocios de Asia estaban en el mismo estado que en tiempo de Policarpo, propone en ella al Papa el ejemplo de Aniceto y sus más antiguos predecesores, que habían conservado inviolable la comunión y la paz con las Iglesias de Asia aunque celebrasen la solemnidad de la Pascua en día distinto que la Iglesia romana, y le exhorta á mirar esta variedad de disciplina con la misma indiferencia que se veía entre los fieles las distintas maneras de observar el ayuno los días precedentes á esa misma solemnidad (1).

Pero otros, mejor que San Ireneo y los Obispos de las Galias ó de provincias aún más apartadas, sabían de lo que se trataba y cuáles eran los verdaderos sentimientos de los Obispos de Asia. Nos referimos á los de Palestina, entre los cuales Eusebio señala á Teófilo de Cesarea, Narciso de Jerusalén, Casio de Tiro, y Claro de Tolemaida. "Habiendo Teófilo recibido del Papa Víctor—tales son los términos del Concilio, según el fragmento que de él nos ha conservado el Venerable Beda (2),—la autoridad para regular, sobre los lugares mismos donde había vivido el Salvador del mundo, de qué manera debían celebrar la Pascua todas las Iglesias católicas, reunió no solamente los Obispos de su provincia, sino los de otros diferentes países. Cuando estuvieron reunidos, les produjo la autorización que del Papa Víctor había recibido, y expuso la comisión de que

(1) Orsi, *Ubi supra.*

(2) Labbé, t. I, col. 596.—"Papae Victor. Romanae urbis episcopus direxit auctoritatem ad Theophilum caesariensis Palentinae autistitem... Percepta igitut auctoritate... omnes episcopus evocavit. Tunc Theophilus episcopus protulit auctoritatem ad se missam Victoris Papae et quid sibi operis fuisset injunctum, ostendit. Ex Beda, *De aequinoctio veniali.*„

Digitized by Google

estaba encargado. Examinada y decidida la cuestión, los Obispos dirigieron á Víctor una carta sinodal, en la que, después de haber establecido ampliamente la tradición apostólica sobre el día de la Pascua, se expresan de este modo: "Haced de suerte que las copias de nuestra carta „sean enviadas á todas las Iglesias, á fin de que no se nos repute cómpli„ces de los que tan fácilmente se extravían de la senda de la verdad.„ Tal manera de escribir hace ver que los Obispos de Palestina miraban á los de Asia como gentes extraviadas del camino de la verdadera creencia y que estaban persuadidos que no se podía tolerar su conducta sin tomar parte en su crimen„ (1).

¿Qué salida, qué terminación tuvo esta controversia? Aunque Eusebio no lo dice, créese, sin embargo, generalmente, que fué restablecida la paz entre San Víctor y los Obispos de Asia por mediación de San Ireneo, á condición, no obstante, de que el Papa tolerase la antigua costumbre de los asiáticos, y éstos reconocieran su error de considerarla como de institución divina y como una regla prescrita por Jesucristo mismo en el Evangelio. San Anatolio (2), que floreció á mediados del siglo siguiente, atribuye claramente á San Ireneo la gloria de haber arreglado estas diferencias, y añade que hasta su tiempo los asiáticos continuaban celebrando la Pascua el décimocuarto día de la luna después del equinocio de la primavera. Mas cuanto se habían alejado de la opinión errónea condenada por San Víctor en sus antepasados de que no se mirara aquella costumbre como una ley del Evangelio, puede conjeturarse de que el emperador Constantino cuenta á las Iglesias de Asia entre las que evitaban celebrar la Pascua el mismo día que los judíos (3). De donde puede concluirse que poco después de Anatolio, los asiáticos cambiaron de costumbre para conformarse con la Iglesia romana y con las otras Iglesias del mundo. Pero ciertamente no se habrían hallado dispuestos á este cambio si desde mucho tiempo antes no se hubieran habituado á considerar este rito como una simple costumbre y un punto de disciplina variable según las diversas circunstancias de los tiempos y de los lugares y según los diversos estados de las cosas. La severidad de Víctor no fué, pues, infructuosa si, habiendo obligado á los asiáticos á renunciar al error y al falso dogma, los predispuso así á arrojar de sus Iglesias, mucho tiempo antes del Concilio de Nicea, estos últimos restos de la levadura judaica.

¡Cosa admirable! La primera cuestión que conmueve á la vez toda la Iglesia y que la revela entera á sí misma y al universo, es una fiesta; la fiesta de la Resurrección, de la Resurrección del Hombre-Dios, resucitando con él á la humanidad regenerada. Esta humanidad, renaciendo á una vida nueva y celebrando su propia fiesta, es la Iglesia misma.

Antes de ahora, la humanidad estaba como yacente en su tumba. Las supersticiones de la idolatría la envolvían como en sudarios fúnebres. Los

(1) Euseb., lib. V, cap. XXV.
(2) Apud Hucher., *De doc. temp.*
(3) Euseb., *De vita Const.*, lib. III, cap. XIX.

Digitized by Google

Césares, los Pontífices de la Roma idólatra velaban en su sepulcro para retenerla en las sombras de la muerte. Pero una voz había resonado dentro:—¡Sal de la tumba!—Y la muerta, vivía; y la que estaba yacente, se levantaba; y la que estaba muda, hablaba; y la que parecía impotente, marchaba. Y los que creían poseer ya su cadáver, la acusaron de criminal porque vivía, y se esforzaron en apretar sus sudarios fúnebres, en volverla á la tumba y en reinar sobre ella. Fuerza, destreza, todo fué empleado para esto.

64. Durante un siglo, Roma idólatra vió á la filosofía ó sabiduría humana sobre el trono. Trajano, Adriano, Antonino, Marco Aurelio, Cómodo, son amigos, protectores de los filósofos, ó filósofos ellos mismos. Su gran negocio es sostener los ídolos quebrantados, remozar las viejas supersticiones, matar el cristianismo, ó, de otro modo, á la humanidad que resucita. Por esto, Ignacio expira por orden de Trajano; los cristianos de Bitinia, por orden de Plinio; Sinforoso, por orden de Adriano; Policarpo, Justino, los mártires de Lyón, por orden de Marco Aurelio y de sus procónsules.

Y después de este siglo de persecuciones y de muerte, la Iglesia junta sus Obispos en las Galias, en Italia, en Grecia, en Asia, en Egipto, en Palestina, en la antigua Asiria, para decidir el día que ha de celebrarse en toda la tierra la fiesta de la Resurrección.

En efecto; todo resucita: Dios y el hombre. Se conocía antes á Dios; pero era un conocimiento muerto y como envuelto en sombras. Ahora es una verdad que vive y obra. Ignacio la confiesa en Antioquía delante de Trajano; los cristianos de Bitinia delante del tribunal de Plinio; Arístides, Justino, Melitón, Atenágoras, Apolinar, en públicas apologías; Policarpo en el anfiteatro de Esmirna; Justino y sus compañeros de ambos sexos en el anfiteatro de Roma; un pueblo de hombres, mujeres y niños en el anfiteatro de Lyón. Su vida es morir por Dios.

Se conocía antes la inmortalidad del alma; pero esta verdad se hallaba obscurecida por las disputas de los filósofos y por las supersticiones del pueblo; ahora resplandece como el sol. El cristiano huye del vicio, practica la virtud, sufre la muerte, con la esperanza cierta de la vida eterna y de la resurrección.

Sentíase antes la degradación del hombre y la necesidad de un Redentor. Ahora se sabe con certidumbre que el Redentor ha venido, que es Jesús, Hijo de Dios, Dios mismo, un solo y mismo Dios, con el Padre y el Espíritu Santo; es en Él en quien se cree, en quien se espera y á quien se ama; es en Él, para Él y por Él por quien el hombre se ha regenerado, viniendo á ser una nueva criatura que se sobrepone á todas las pruebas y sufre la muerte con alegría.

Antes se sentía la necesidad de ofrecer sacrificios á Dios. Ahora se sabe cuál es el sacrificio verdaderamente puro y grato, y al que todos los otros figuraban. Es el sacrificio que ha ofrecido el Redentor mismo y que ofrece aún, por las manos de los sacerdotes, en todas las naciones, desde el Levante hasta el Poniente.

Digitized by Google

Se podía antes desear unirse á Dios; pero ahora se sabe el misterio de esta unión. Es Jesucristo dándonos á comer su carne y á beber su sangre para transformarnos en Él mismo.

De este modo los cristianos vienen á ser hombres enteramente nuevos, hombres divinos que aman á Dios y al prójimo. A Dios le aman más que á sí mismos, y toda su ambición se reduce á conocerle y servirle y á hacerle conocer y servir á todo el mundo. Aman al prójimo como á sí mismos, y aunque sea pobre ó esclavo, lo considera siempre como hermano suyo, hijo de Dios y heredero del mismo cielo No van á los espectáculos del circo, porque en ellos se vierte sangre humana. Su espectáculo principal es visitar al pobre, al enfermo y al prisionero. Y lo mismo aman á sus enemigos, que ruegan por los que los calumnian y persiguen. Aunque los emperadores abusan de su poder por pervertirlos y darles la muerte, no sólo ruegan por ellos, sino que enseñan, con Ireneo, que este poder les viene, no del diablo, al que le prostituyen, sino de Dios mismo, á cuyos servidores maltratan (1).

Con todo, esta multitud de cristianos, esta nueva humanidad, esta Iglesia, tiene un gobierno propio, que se extiende más allá del imperio romano; un pueblo de fieles, de ministros, de diáconos, de sacerdotes, de Obispos, entre los cuales existen diferencias notables, que echamos de ver en San Ignacio al comienzo de este siglo y al final de él en los tiempos de San Víctor, el Obispo principal, que reúne á todos los Obispos de su provincia, y esto sólo por medio de una carta del Obispo de Roma, sucesor de Pedro, pontífice de esta Iglesia, con la cual, á causa de su más poderoso principado, deben concertarse todas las otras Iglesias. Tales son las palabras de San Ireneo. Y desde entonces, esta Iglesia romana extiende las limosnas de su caridad y las enseñanzas de su fe hasta las últimas extremidades de la tierra. Digamos con Jacob: "Aquí está el campo de Dios.„ *Castra Dei sunt haec* (2).

---

(1) Iren., lib. V, cap. XXIV.
(2) Génes., XXXII, 2.

NOTA

Las disertaciones correspondientes á este tercer tomo, no han podido entrar por el mucho volumen del mismo, el cual, aun sin ellas, ha resultado más voluminoso que los dos primeros. Entrarán, pues, en el tomo IV.

Digitized by Google

ÍNDICE DEL TOMO III

Págs.

LIBRO XXI.—*Cumplimiento de las profecías relativas al imperio de los persas y al de los griegos.—Los Macabeos*..... 9

Duración del imperio de los asirios y del de los persas..... 9

Vindicta de Dios contra Babilonia, y sus misericordias con Israel, llevadas á cabo por los reyes de Persia..... 10

Origen de los medos y persas, y principales tribus de los mismos..... 11

Excelencia de la constitución política y moral de los antiguos persas. Su degeneración y causas de la misma. Su gobierno relativamente suave. Conducta más ilustrada de sus reyes, respecto á religión. Su protección á las letras..... 11

Origen de los griegos. Paralelo de su carácter con el de los orientales. Bases de la unidad griega..... 15

Atenas y Esparta. Su historia. Sus instituciones. Oposición de su carácter. Su rivalidad..... 16

Usurpación de Pisistrato. Causas de la guerra de los persas. Expediciones de Darío y de Jerjes. Resultado de las mismas..... 19

Preeminencia de Atenas. Siglo de Pericles. Alcibiades. Los treinta tiranos. 22

Retirada de los diez mil..... 24

Expedición de Agesilao al Asia. Pacificación de Grecia. Darío Codomano. 25

Retrato y primeras hazañas de Alejandro. Sus conquistas predichas por Daniel. Su expedición al Asia y al Africa. Derrotas y muerte de Darío. Penetra Alejandro en la India. Su muerte. Manchas que deshonran su vida. Partición de su imperio. Matanza de su familia. Cumplimiento de las profecías de Daniel..... 26

Los lagidas en Egipto. Canon de Tolomeo. Sobrenombres que tuvieron... 35

Los seleucidas en Siria. Sucesión de los reyes de Siria. Muerte sangrienta y corta duración del reinado de la mayor parte de ellos. Pomposa vanidad de sus sobrenombres. Beneficios de la dominación griega en Africa y en Asia..... 37

Estado de Judea. Alejandro en Jerusalén, celos, revolución y castigo de los Samaritanos. Los judíos en el mundo griego. Carta del rey de Lacede-

Digitized by Google

Págs.

monia. Canon de las Escrituras. La traducción de los Setenta, y fiesta en su aniversario..... 41
Trabajos ejecutados por Tolomeo Filadelfo. Victorias de Tolomeo Evergetes sobre Antíoco Teos. Tolomeo Filopator. Su lucha contra Antíoco el Grande. Su sacrilegio. Su castigo. Sus furores contra los judíos, los cuales son, milagrosamente libertados, y edicto del mismo á este propósito. 48
Tolomeo Epifanes. Exito infeliz de su lucha contra Antíoco el Grande. Protección que concede á los judíos éste. Sus derrotas y su muerte.... 53
Seleuco Filopator. Aristóbulo. Templo del Dios verdadero en Egipto. Jesús, hijo de Sirac. El Eclesiástico, sus enseñanzas y su objeto..... 54
Cumplimiento de las profecías de Daniel, respecto á la lucha entre Egipto y Siria y particularmente respecto á Antíoco Epifanes. Crápula y extravagancias de dicho Príncipe. Infamias de Jason, de Menelao y de sus afiliados. Prodigios en el cielo. Fin desventurado de Jasón..... 65
Matanzas y profanaciones de Antíoco. Su edicto. Servilismo de los samaritanos. La abominación de la desolación en Jerusalén y en el templo. Martirio de Eleazar y de los Macabeos. Juegos públicos en Daphne, y bajezas de Antioco..... 72
Nobles hechos de Matatías. Sus consejos á sus hijos y su muerte. Legitimidad de su resistencia. De la resistencia de los individuos y de la resistencia de las naciones..... 78
Judas Macabeo. Su elogio. Sus victorias sobre los generales de Antioco. Purificación del Templo. Nuevas victorias sobre los ejércitos sirios y sus aliados..... 83
Es rechazado Antíoco en el templo de Elimaida. Su furor. Su castigo. Su arrepentimiento. Su carta á los judíos. Su muerte..... 89
Carta de Judas á Aristóbulo. Su fecha. Advenimiento de Antíoco Eupator. Victorias de Judas sobre los idumeos. Derrota milagrosa de Timoteo y de Lisias. Concierto de paces. Solución de una cuestión cronológica... 90
Comiénzase de nuevo la guerra. Nuevas victorias de Judas. Oraciones por los muertos. Asedio de la fortaleza de Sión. Invasión de Eupator. Suplicio de Menelao. Heroica muerte de Eleazar. Nuevo tratado de paz..... 94
Usurpación de Demetrio. Intrigas ambiciosas de Alcimo. Inútiles asechanzas de Baquides. Agresión de Nicanor. Su amistad por algún tiempo con Judas. Su derrota. Sus amenazas. Muerte de Razías. Blasfemia de Nicanor. Sueño de Judas. Derrota, muerte y castigo de Nicanor. Alianza de los judíos y los romanos. Muerte gloriosa de Judas y elogio del mismo. Aflicción de Israel..... 98
Elección de Jonatás. Agresión de Baquides. Muerte de Alcimo. Inútiles asechanzas y derrota de Baquides. Tratado de paz..... 105
Pretensiones de Alejandro Balas. Sus cartas y las de Demetrio á Jonatás. Muerte de Demetrio. Honores tributados á Jonatás..... 106
Pretensiones de Demetrio II. Victoria de Jonatás sobre Apolonio. Conquista de la Siria por Tolomeo. Muerte violenta de Alejandro. Favor de Jonatás con Demetrio. Advenimiento de Antioco. Su carta á Jonatás, que derrota á los generales de Demetrio..... 109
Renovación de la alianza con los romanos y los espartanos. Nueva victoria de Jonatás. Su cautividad..... 112
Elección de Simón. Muerte dada á Jonatás y sus dos hijos por Trifon. Su sepultura. Usurpación de Trifón. Paz entre Jonatás y Demetrio. Inde-

Digitized by Google

Págs.

pendencia de Judea. Nuevos éxitos y tranquilidad del reinado de Simón. Embajada á Roma y á Esparta. Monumento público en memoria del gobierno de Simón. Inauguración de la autoridad soberana de Simón y circunstancias que en ella concurren..... 114

LIBRO XXII.—*Cumplimiento de las profecías acerca del imperio romano.—Preparación del mundo para el advenimiento de Jesucristo*..... 123

Profecía de Daniel acerca del imperio romano. Duración de la dominación romana comparada con la de los otros tres grandes imperios. Parte que le correspondió en el conjunto de la historia humana..... 123

Origen de Roma. Los Reyes. La república. Historia de la constitución romana. Conmociones interiores. Lucha contra Porsena..... 127

Devastaciones de los galos. Reducción de los samnitas. Guerra de Pyrro. Origen cananeo de los cartagineses. Tratado entre Roma y Cartago.... 134

Primera guerra púnica. Los romanos en el mar. Régulo. Guerra de los mercenarios en Cartago..... 138

Segunda guerra púnica. Aníbal. Entra en Italia. Triunfos de Levino en Macedonia, de Marcelo en Italia y Sicilia, de los Escipiones en España y en Africa. Conclusión de la paz. Victorias de la república contra Perseo y Antíoco..... 143

Tercera guerra púnica. Destrucción de Cartago, Corinto y Numancia..... 147

Diferencias que se observan entre el imperio romano y los tres grandes imperios que le precedieron. Misión de la Roma pagana. Su cumplimiento sucesivo en la historia de su vida externa, índole y variaciones de su constitución y carácter de sus conquistas. Misión paralela y superior del pueblo judío..... 149

Sube al trono Antíoco Sidetes. Su carta á Simón. Muerte de Trifón. Candebeo es derrotado por el hijo de Simón. Simón es muerto por Tolomeo. 154

Antíoco entra en Judea. Tratado de paz y amistad entre los sirios y Juan Hircano. Nueva independencia de Judea. Humillación de los samaritanos. Conversión de los idumeos. Renuévase la alianza entre judíos y romanos. Disturbios en Siria. Derrota de Antíoco. Conquista de Samaria y Galilea por Juan Hircano. Carta de los judíos de Palestina á los de Egipto. Favor de Onías y de sus hijos en la corte de los Tolomeos..... 156

Saduceos, fariseos y esenios..... 161

Carácter de Aristóbulo. Conquista y conversión de los iturreos. Asesinato de Antígono. Crueldad de Alejandro Janeo. Agitación durante su reinado. Regencia de Alejandra. Violencias de los fariseos..... 163

Lucha pasajera entre Aristóbulo é Hircano. Funestas consecuencias de las intrigas y crímenes de los fariseos. Dos hermanos negocian con Pompeyo, vencedor de Mitrídates. Cautiverio de Aristóbulo. Toma de Jerusalén. Pompeyo en el Templo. Su indiferencia tocante á la verdad. Decae su poderío. La Judea tributaria. Facilidad que tuvieron los romanos para conocer la verdad..... 167

Saqueo del Templo por Craso. Muerte violenta de Aristóbulo y de su hijo Alejandro. Favor de Hircano y los judíos con César. Observación acerca de un pasaje de Cicerón relativo á los judíos. Poder y popularidad del idumeo Antípatro y de sus hijos. Muerte violenta de César y Antípatro. Fin de la república romana. Antígono, rey por los partos, y Herodes por los romanos. Mutilación y cautiverio de Hircano. Muerte violenta de Antígono. Judá pierde el cetro..... 135

Digitized by Google

Págs.

Regreso de Hircano á Jerusalén. Pontificado del sacerdote Ananel. Reproches y tentativas de Alejandra. Pontificado y muerte violenta de Aristóbulo. Comparece Herodes delante de Antonio. Furor envidioso de Herodes entre Mariamne. Remordimientos y enfermedad de Herodes. Muerte violenta de Alejandra y de Costobaro..... 182

Servilismo é impopularidad de Herodes. Su barbarie con los complicados en una conjuración. Ciudades fundadas por él y edificios que levantó. Cásase con otra Mariamne. Trata de calmar la irritación del pueblo. Sus obras en el Templo. Se traslada á Roma. Su adulación á Agripa. Su magnificencia con los extranjeros. Profana el sepulcro de los reyes de Judá. Tiene envidia de sus hijos. Guerrea contra los árabes. Mata á sus dos hijos. Extínguese el linaje de los Macabeos. Proximidad del Mesías. 189

Consúmase la gran unidad material de los pueblos. Esperanza universal en el Mesías, sobre todo entre los judíos, esparcidos entonces por todo el imperio romano..... 199

LIBRO XXIII.—*Jesucristo*..... 207

Principio del Evangelio de San Juan. Los emblemas de los cuatro evangelistas. El Verbo. Su generación eterna. Diferencias entre su ser y el de las criaturas. Parte que le corresponde en la creación del universo. Su poder vivificante é iluminativo y vida de todas las cosas que se da en El. Sus destellos en el orden moral y embotamiento culpable de los hombres. Eminentes prerrogativas de los que le atienden. Su Encarnación. Caracteres que le distinguen de las anteriores manifestaciones de la Divinidad..... 207

San Juan Bautista, anunciado por los profetas. Visión de su padre Zacarías. Presagios de su sublime destino..... 214

La Anunciación. Eva y María. De la devoción á la santísima Virgen. La Visitación..... 216

Nacimiento, circuncisión y primeros años de San Juan Bautista..... 224

Inquietudes y visión de San José..... 225

Edicto de César Augusto. María y José en Belén. Natividad de nuestro Señor. Visión y adoración de los pastores..... 228

La Circuncisión de nuestro Señor. La adoración de los Reyes Magos..... 233

La Purificación de nuestra Señora. Cántico de Simeón. Ana la profetisa.... 236

La huída á Egipto. Degollación de los santos Inocentes. Crueldad y muerte desventurada de Herodes. Regreso á Judea. Del título de Nazareno dado á Jesucristo..... 239

Jesús disputa en el Templo con los doctores. Su vida oculta. Epoca de la muerte de San José. La familia de Herodes..... 244

Predicación de San Juan Bautista. Bautismo de nuestro Señor. Manifestación de la Beatísima Trinidad. Efectos del Bautismo..... 250

De cuándo empezó la Era cristiana..... 253

La genealogía de nuestro Señor, según San Mateo y según San Lucas. Explicación..... 254

Ayuno y tentación de Cristo y reflexiones que sugieren..... 256

Confesión de San Juan Bautista. Primeros discípulos de Jesucristo..... 260

Las bodas de Caná. De la intercesión de la santísima Virgen..... 263

Cristo arroja del Templo á los mercaderes y anuncia á los judíos su Resurrección..... 264

Su conversación con Nicodemo..... 266

Digitized by Google

Págs.

Nueva confesión de San Juan Bautista. Cristo habla á la samaritana en el pozo de Jacob. Curación del hijo de un señor de Cafarnaum..... 268
Principio de la predicación de nuestro Señor. Vocación de San Pedro, San Andrés y los dos hijos del Zebedeo. Los grandes y los pequeños en el reino de Cristo. Libra del demonio á un poseído en la Sinagoga de Cafarnaum. Curación de la suegra de Simón. Nueva predicación. Más curaciones y otras liberaciones de endemoniados. La pesca milagrosa, símbolo de la historia de la Iglesia..... 272
Curación de un leproso, y física y moral de un paralítico. Vocación de San Mateo. Respuesta á las acusaciones de los fariseos..... 276
Curación del paralítico de la piscina. Persecución de los judíos contra Cristo y justificación de nuestro Señor. Justifica á sus discípulos que recogían espigas en sábado. Curación de un hombre que tenía la mano seca. Nueva predicación y nuevas curaciones. Elección de los doce Apóstoles. 278
Sermón de la montaña. Curación de un leproso..... 283
El centurión de Cafarnaum. Resucita el hijo de la viuda de Naím. Respuesta que obtuvieron los enviados de San Juan Bautista. Elogio del mismo. Maldición contra las ciudades incrédulas..... 290
La Magdalena. Sana Cristo á un endemoniado que estaba sordo y mudo. Respuesta á las envidiosas calumnias de los fariseos. En qué consiste el pecado contra el Espíritu Santo y en qué sentido es irremisible. La Madre y los hermanos de Jesucristo..... 293
Parábolas del sembrador, del trigo y la cizaña, del grano de mostaza, del tesoro, de la perla y de la red. Por qué Cristo hablaba á los judíos solamente en parábolas. Nuestro Señor calma una tempestad y libra del demonio á un poseído del país de los gerasenos. Curación de la hija de Jairo, de la mujer que padecía de flujo de sangre, de dos ciegos y de un endemoniado mudo. Incredulidad de los moradores de Nazaret..... 296
Misión é instrucciones dadas á los doce Apóstoles y reflexiones que sugieren. Muerte de San Juan Bautista..... 303
Multiplicación de los panes. Cristo camina sobre el agua y anuncia la institución de la Pascua cristiana. Incredulidad de algunos de sus discípulos. Reflexiones acerca de la Eucaristía..... 307
Refutación de las acusaciones de los fariseos. Qué cosas son las que manchan al hombre. Por qué condenó nuestro Señor con tanta energía las vanas tradiciones de los fariseos. Es oída la Cananea y curado un sordomudo..... 313
Nueva multiplicación de los panes. Contestación á las preguntas indiscretas de los saduceos y fariseos. La levadura de los fariseos. Curación de un ciego..... 316
Confesión de San Pedro y promesa de Jesucristo. Nuestro Señor anuncia su Pasión á los Apóstoles. Necesidad y dicha de renunciarse á sí mismo. La Transfiguración. Observaciones acerca de este misterio. Curación de un endemoniado. Cristo anuncia nuevamente á los discípulos su Pasión y Resurrección..... 317
Milagro para el pago del tributo. La humildad enseñada á los Apóstoles. Anatema contra los escandalosos. La conversión de los pecadores. Objeto de la Encarnación. La autoridad de la Iglesia. Parábola del deudor insolvente. La dulzura enseñada á los Apóstoles. Necesidad del renunciamiento absoluto..... 323

Digitized by Google

Págs.

Son elegidos y reciben instrucciones setenta y dos discípulos. De qué debemos gozarnos más. Poder del Hijo de Dios. Suavidad del yugo del Evangelio. Parábola del samaritano..... 326

Marta y María. La vida activa y la contemplativa. La oración dominical. Necesidad de perseverar en la oración. Anatema contra los fariseos y los doctores de la Ley. A quién se ha de temer. Providencia de Dios. Autoridad judicial de Jesucristo. Inutilidad de la avaricia y de los cuidados materiales. Que se ha de vivir vigilantes. La caridad y la división traídas al mundo por Jesucristo. La paz de la conciencia es obligatoria. Parábola de la higuera estéril..... 328

Secta de Judas gaulonita. Impenitencia de los judíos. Curación de una mujer enferma. Corto número de los elegidos. Quejas de nuestro Señor acerca del endurecimiento de Jerusalén y anuncio de la Pasión. Curación de un hidrópico. Parábola de los primeros y los últimos lugares. Exhortación al desinterés en la invitación á los banquetes. Parábola del festín del padre de familia, figurativa de la historia de la Iglesia. Que no se ha de acometer lo que no se puede consumar..... 333

El pastor que perdió una oveja y la mujer que perdió un dracma. Parábolas del hijo pródigo y del mayordomo infiel. Indisolubilidad del matrimonio. Abusos de la Sinagoga en esta materia. Tres clases de eunucos. Parábola del rico avariento y de Lázaro. Anatema contra el escándalo. Poder de la fe. Siervos inútiles somos..... 337

Jesucristo en la fiesta de los tabernáculos. División de los judíos tocante á Cristo. Predica en el Templo. Diversos pareceres del pueblo acerca de nuestro Señor. Inútilmente envían soldados á que le prendan. La mujer adúltera. Jesucristo, luz del mundo. Verdad de su testimonio. Su misión. La verdadera libertad. Los hijos de Dios y los hijos del demonio. Jesucristo anterior á Abrahán. Huye de los judíos. El ciego de nacimiento..... 342

El verdadero pastor y el ladrón. El buen pastor y el mercenario. Cristo vuelve á anunciar su Resurrección á los judíos. Los diez leprosos. Futura venida de Cristo. Parábolas del juez inicuo y la viuda, y del fariseo y el publicano. Jesucristo declara su divinidad á los judíos y huye de ellos. Nuestro Señor bendice á los niños..... 348

Medios de alcanzar la perfección. Dificultad para los ricos de entrar en el reino de Dios. Promesas á los Apóstoles y sus imitadores. Parábola de los jornaleros y del padre de familia. Resurrección de Lázaro. Decreta contra Jesús la asamblea de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos.... 351

Nuevamente anuncia Cristo á sus Apóstoles su Pasión y Resurrección. Ambición de los hijos del Zebedeo. Grandeza de la Iglesia cristiana. El ciego de Jericó. Jesucristo en casa de Zaqueo. Parábola de los talentos. Dos ciegos recobran la vista. María unge los pies de nuestro Señor, de lo que murmura Judas. Respuesta de Jesucristo..... 355

El día de Ramos. Jesús llora sobre Jerusalén. Cojos y ciegos sanados. Murmuran de ello los príncipes de los sacerdotes y Cristo les reprende. Anuncia sus padecimientos y sus efectos. Incredulidad de la mayor parte de los judíos. Veracidad y cumplimiento de la palabra de Cristo. La higuera estéril, imagen de la Sinagoga. Jesucristo arroja del Templo á los vendedores. Poder de la fe. Necesidad del perdón de las ofensas para obtener misericordia..... 359

Digitized by Google

Págs.

Bautismo de San Juan. Apartamiento de los judíos del reino de Dios. Parábola de los vendimiadores homicidas. La piedra angular. Parábola del festín de boda. Del tributo debido al César. Dos objeciones de los saduceos á la resurrección y respuesta á las mismas. La resurrección está considerada en la Sagrada Escritura como una consecuencia del dogma de la inmortalidad del alma. El mayor de todos los Mandamientos..... 363

Cristo, hijo y Señor de David. Que se debe hacer lo que dicen los fariseos, mas no lo que hacen. Anatemas de Jesucristo contra los fariseos, Corrupción de la Sinagoga. El óbolo de la viuda..... 369

Predicción de la destrucción del Templo. Señales del fin del mundo. Anuncio de la ruina de Jerusalén. Los falsos profetas del porvenir. Exhortación á permanecer vigilantes. Relación y diferencia entre la ruina de Jerusalén y el fin del mundo. El siervo negligente. Las vírgenes prudentes y las vírgenes necias. Parábola de los talentos. Separación de los buenos y los malos en el juicio final..... 372

Consejo que tuvieron los príncipes de los sacerdotes para prender á Jesús. Traición de Judas. Celebración de la Pascua. Cristo lava los pies á los Apóstoles. Institución de la Eucaristía. La Eucaristía. Cumplimiento y figura. Cristo anuncia la traición de Judas..... 378

La manera de ser grande en la grey cristiana. San Pedro recibe la promesa de la indefectibilidad. La caridad mutua recomendada á los cristianos. Jesucristo anuncia á San Pedro sus negaciones. Unión de los hombres con Dios Padre por medio del Hijo. Vida y unidad de todos en Jesucristo. Odio del mundo al divino Maestro y sus discípulos. El mundo convicto de iniquidad por el Espíritu Santo. Promesas del mismo Espíritu. 381

Relaciones de las tres divinas Personas. Nuevo anuncio de persecución. Exhortaciones á orar y tener confianza. Protesta de San Pedro. Oración de Cristo á su Eterno Padre..... 388

Jesucristo en el Huerto de las Olivas. Su agonía. El beso de Judas. Jesucristo se entrega á los soldados. Abnegación de San Pedro. Curación de Malco. Huída de los discípulos. Jesucristo en casá de Anás y Caifás. Caída y arrepentimiento de San Pedro. Jesucristo es llevado á Pilato. Arrepentimiento y desesperación de Judas. Las dos realezas de Cristo. Es llevado de Pilato á Herodes y de Herodes á Pilato. Es pospuesto á Barrabás. Los azotes. La coronación de espinas. Debilidad de Pilato. Doble manera de contar las horas entre los romanos..... 393

Jesucristo con la cruz á cuestas. Simón el Cirineo. Las santas mujeres de Jerusalén. Por qué se negó Jesucristo á beber. La crucifixión. Cumplimiento de las figuras y las profecías. Ruega Cristo por sus verdugos. La inscripción de la santa Cruz. Echan suertes sobre las vestiduras de Cristo. Blasfemias de los sacerdotes y del pueblo. El buen ladrón. La Virgen queda confiada á San Juan. El eclipse de sol. El Salmo XXI. Dan á beber á Cristo hiel y vinagre. Su muerte. Prodigios que siguieron. Conversión del centurión. Atraviesan el costado de Cristo con una lanza. El santo sepulcro. Cristo desciende á los infiernos..... 403

Terremoto. Las santas mujeres y los dos Apóstoles en el sepulcro. Se aparece Cristo á María Magdalena y á las otras santas mujeres. Artificios de los sacerdotes para ocultar la Resurrección de Cristo. Los discípulos de Emaus. Cristo en medio de los Apóstoles. Les confiere autoridad para perdonar los pecados. Incredulidad de Santo Tomás..... 409

Digitized by Google

Págs

La pesca milagrosa. San Pedro es instituído Pastor universal. Nueva aparición á los Apóstoles en Galilea. Su misión. Promesa de enviarles el Espíritu Santo. La Ascensión..... 413

LIBRO XXIV.—*Historia natural del cristianismo, ó, en otros términos, partiendo de dos hechos bien notorios, ¿cuál es la manera más natural de explicar el cristianismo y su historia?*..... 419

Jesucristo es un judío crucificado; el universo adora á Jesucristo. Explicación de estos dos hechos..... 419

Estado actual del mundo. Los dogmas indicados, ó entrevistos, por Platón y las antiguas tradiciones son hoy universalmente conocidos y enseñados. La sociedad ideal de los antiguos sabios realizada en la Iglesia católica. La moral antigua simplificada, perfeccionada y vivificada. La elocuencia llega á ser en la cátedra cristiana lo que Sócrates deseaba que fuera. La antigua Europa bárbara transformada en reina del mundo... 422

Contraste entre la grandeza, la indestructibilidad y el rápido planteamiento de estas consecuencias, y la abyección de la causa que las produjo, considerada desde el punto de vista meramente humano..... 428

Paralelo entre la propagación del cristianismo y del islamismo. De la explicación, que pretende ser natural, de estos hechos, formulada por Gibbon. Opinión de Bayle y de J. J. Ronsseau..... 432

Imposibilidades y contradicciones que desde el punto de vista humano se observan en el establecimiento del cristianismo. Conciliación de todo desde el punto de vista sobrenatural. Conclusión..... 434

Los principales hechos evangélicos están reconocidos por los mahometanos, los paganos y los judíos..... 435

Pasaje de Josefo relativo á Jesucristo. Que todo el universo esperaba un Salvador que había de salir de Judea en la época de Jesucristo. Que desde hace diecinueve siglos ha dejado de esperar el universo. Conclusión..... 437

Prueba sacada del carácter intrínseco del Evangelio. Sentir de Napoleón acerca de la divinidad de Jesucristo..... 440

LIBRO XXV.—*Los apóstoles establecen la Iglesia*..... 449

El Cenáculo. El primado de San Pedro. Venida del Espíritu Santo. Don de lenguas. Sermón de San Pedro. Babel y la Pentecostés. Elección de Matías. Cumplimiento de las profecías..... 449

San Pedro cura á un cojo en la puerta del Templo. Su segunda predicación. San Pedro y San Juan en la cárcel. Su fortaleza. Nueva efusión del Espíritu Santo. Vida edificante de los primeros cristianos. San Bernabé. Castigo de Ananías y de Safira..... 453

Curaciones obradas por los Apóstoles. Su popularidad. Son encarcelados y un ángel les liberta. Razonamiento de Gamaliel. Los Apóstoles azotados. Murmuran los griegos de los hebreos. Elección de los siete diáconos. Celo y poder de San Esteban. Es acusado. Su defensa ante el Sanhedrín y su martirio..... 456

Persecución contra los fieles. San Felipe en Samaria. Simón Mago. Bautiza San Felipe al eunuco de la reina Candace. Conversión de San Pablo. Paz de la Iglesia. San Pedro cura al paralítico Eneas, resucita á Tabita y bautiza al centurión Cornelio..... 461

El símbolo. Dispersión de los Apóstoles. Que la Virgen santísima siguió habitando en Jerusalén. San Pedro en Antioquía, en Asia y en Roma. San

Digitized by Google

Págs.

Pablo y San Bernabé en Antioquía. Hambre predicha por Agabo. Revoluciones políticas en Judea. Martirio de Santiago. Un ángel da libertad á San Pedro. Muerte infeliz de Agripa..... 468
Misión y viaje de San Pablo y San Bernabé. Primera Epístola de San Pedro. 473
Roma y Babilonia. Infamia de los emperadores y abyección del Senado. Decadencia de la Filosofía. Inconsecuencia, deseos y tentativas de Séneca. 478
Propagación del cristianismo. San Pedro y Séneca. El Evangelio según San Marcos. Roma, Antioquía y Alejandría..... 482
San Pablo convierte á Sergio Paulo y deja ciego á Elimas. Predica en Antioquía de Pisidia y en Iconio. Persíguenle los judíos. Santa Tecla. Curación del cojo de Listra. Niégase San Pablo á recibir honores divinos. Los judíos mueven otra persecución. Continúa la predicación de San Pablo. Su regreso á Antioquía y su viaje á Jerusalén. Cuestión de la circuncisión de los gentiles. Actitud de San Pedro en este asunto..... 484
Primer Concilio de Jerusalén. La Sede de Roma juzga en última instancia. Sepáranse San Pablo y San Bernabé. De la carta atribuída á San Bernabé. Nuevo apostolado de San Pablo en el Asia Menor. Timoteo. San Pablo pasa á Macedonia. Sus predicaciones en Filipos, Tesalónica y Berea. Sus triunfos comparados con los de Aristóteles..... 493
San Pablo ante el Areópago de Atenas. Su proceder comparado con el de Sócrates. Del Dios desconocido de Atenas. San Pablo en Corinto. Sus triunfos comparados con los de los siete sabios..... 499
Primera Epístola á los tesalonicences..... 502
Las cartas de San Pablo comparadas con las de Plutón. Segunda Epístola á los tesalonicenses. Trabajos de San Pablo. Voto que hizo..... 506
El Evangelio según San Lucas. San Pablo regresa al Asia Menor. Predicaciones de Apolo. Ineficacia del bautismo de Juan..... 511
Empresas, milagros y tribulaciones de San Pablo en Efeso. Judíos exorcistas que fueron maltratados por el demonio..... 512
Epístola á los gálatas..... 515
Primera Epístola á los corintios. Sedición promovida por Demetrio el Platero. 517
Juicio que debe formarse de Apolonio de Tiane. San Pablo vuelve á Macedonia. Llegada de Tito. Segunda Epístola á los corintios. Viaje á Corinto. 528
Espístola á los romanos. Verdadero sentido de las palabras. *Rationabile obsequinm vestrum,* así como de estas otras: *Omne quod non est ex fide, peccatum est*..... 533
Salida de San Pablo para Jerusalén. Resucita á un muerto en Troade. Su adiós á los ancianos de Efeso. Profecías de Agabo. Llegada á Jerusalén. 541
El tribuno Lisias libra á San Pablo de las manos de los judíos. Habla el Apóstol á los judíos en el Sanhedrín. Es llevado á Cesarea y se defiende delante de Félix. Júzgale Festo nuevamente y el Apóstol apela al César. Su justificación delante de Agripa..... 544
Viaje del Apóstol á Roma. Naufraga en la costa de Malta. Milagros que obró en esta isla. Llegada á Roma. Predica á los judíos de la ciudad. Incredulidad de la mayoría de ellos..... 551
Epístola á los filipenses. Conversión de Onésimo y Epístola á Filemón. Epístola á los colosenses. Epístola á los efesios. Epístola á los hebreos..... 555
Martirio de Santiago el Menor. Su Epistola católica. Su liturgia..... 569
Viaje de San Pablo por Creta, Palestina, Asia y Macedonia. Epístolas á Tito y Timoteo..... 573

Digitized by Google

Págs.

Incendio de Roma por Nerón. Persecución contra los cristianos. Prisión de San Pablo. Segunda Epístola á Timoteo..... 579
San Pedro vence á Simón Mago. Nueva persecución. Aparécese Cristo á San Pedro cuando el Apóstol iba á salir de Roma. Segunda Epístola de San Pedro..... 583
Martirio de los dos Apóstoles. Sus reliquias é imágenes. Testimonios de San Clemente y de Hermas. Martirio de San Alejandro de Brescia y otros. Inscripciones en honor de Nerón..... 589
Las instituciones humanas y la Iglesia. Descripción de las costumbres cristianas de esta época en la carta de Diogneto..... 594
LIBRO XXVI.—*Destrucción de Jerusalén por los romanos.—Predice San Juan la caída y desmembramiento del imperio romano*..... 601
Destino temporal de los cuatro grandes imperios y de la sociedad de los hebreos..... 601
Fúnebres predicciones de Jesús, hijo de Anano, y otros siniestros pronósticos. 602
Causa de la obstinación de los judíos..... 604
El Papa San Lino..... 605
Los Sumos Sacerdotes y los gobernadores romanos en Judea. Sublevación y desastres de los judíos. Huída de los cristianos..... 609
Invasión de Vespasiano. Turbulencias interiores y sitio de Jerusalén..... 612
Extravagancias y muerte de Nerón..... 613
Los emperadores Galba, Otón y Vitelio. Elección de Vespasiano..... 614
Nuevos horrores en Jerusalén..... 615
Continuación del sitio por Tito. Crueldades de los sitiadores para con los judíos. Come una madre á su hijo..... 616
Jesús y María para los cristianos y para los judíos..... 618
Incendio del Templo. Toma y destrucción de la ciudad. Monumento de aquel desastre..... 618
Ruina de la sinagoga. Ebión, Menandro, Cerinto y los nicolaítas..... 622
Epístola de San Judas..... 626
El Papa San Clemente. Sus Epístolas á los corintios y á los vírgenes..... 628
Introdúcese por primera vez el cristianismo en las Galias. San Lázaro, primer Obispo de Marsella, y sus hermanas Marta y María Magdalena evangelizan la Provenza. San Maximino, uno de los setenta y dos discípulos, primer Obispo de Aix. Envía San Pedro á Trófimo, primer Obispo de Arlés, con otros varios. Envía el Papa San Clemente á Dionisio, primer Obispos de París..... 632
El Pastor de Hermas..... 640
El Papa San Cleto. Actos de crueldad de Vespasiano..... 642
Tito. Feliz comienzo del reinado de Domiciano. Horrores de sus últimos años..... 643
Persecución contra los cristianos. Confiesa heroicamente la fe San Juan, y es desterrado..... 644
El Papa Anacleto..... 647
Obispos, terapeutas y solitarios de Alejandría..... 647
Visión de San Juan en la isla de Patmos..... 647
Cartas á las siete Iglesias de Asia..... 647
Revelaciones relativas al castigo del pueblo judío, el castigo del imperio romano y la glorificación de la Iglesia. Cumplimiento..... 657
Muerte de Domiciano. El emperador Nerva. Devuélvese la paz á la Iglesia. 689

Digitized by Google

Págs.

Logra San Juan que vuelva nuevamente á Dios un joven extraviado. Sus milagros, su gobierno pastoral. Su Evangelio..... 689
Sus Epístolas, sus últimas recomendaciones..... 691
Unidad de Dios y unidad de la Iglesia..... 695
Organización divina de la Iglesia y de su liturgia..... 696
Cualidades que forman á los santos en la Iglesia y en dónde estriba la fortaleza de la misma Iglesia..... 696
LIBRO XXVII.—*Roma idólatra persigue á la Iglesia; regenera la Iglesia al género humano*..... 703
Causa las persecuciones la política. Pruebas deducidas de la táctica que en su proceder observaban los hombre graves de Roma..... 703
Multiplícanse los mártires en tiempo de Trajano. Correspondencia de Trajano y Plinio..... 707
Intriga de los judíos. Martirio de San Simeón. Su vigilancia contra herejes.. 710
Episcopado y martirio de San Ignacio..... 713
Sus cartas á los romanos y á otras Iglesias. Resumen de su teología..... 716
Actas de su martirio..... 728
Epístola de San Policarpo á los Filipenses..... 730
El cristianismo y el paganismo en aquella época..... 732
San Papias..... 733
San Dionisio Areopagita. Sus cuatro *Vidas* por autores griegos. Presentan como un mismo personaje á San Dionisio, primer Obispo de París.... 733
Las objeciones de los jansenistas prueban que los griegos y la Iglesia romana no van desacertados..... 736
Lo que es menester ante todo para juzgar adecuadamente de las obras de San Dionisio Areopagita..... 736
Las objeciones de los críticos modernos contra las obras de San Dionisio prueban esa misma autenticidad..... 738
Historia de las obras de San Dionisio..... 740
Libro de los *Nombres divinos*..... 742
Teología simbólica..... 745
Teología mística..... 745
Jerarquía celestial..... 746
Jerarquía eclesiástica..... 751
Preocupación de ciertos críticos que tachan de novedad en San Dionisio ceremonias que se ven ya en las Epístolas de los Apóstoles y en el Apocalipsis de San Juan..... 753
Otros santos personajes de la misma época..... 753
Los Papas Evaristo y Alejandro. Estado de la Iglesia romana..... 754
Levantamiento de los judíos. Horrores que cometen, desastres que le sobrevienen..... 754
Licenciosidad, obras públicas, expediciones y muerte de Trajano. El emperador Adriano. Su carácter..... 755
Los gnósticos. Su doctrina. Sus escuelas y sus principales jefes..... 757
Torpezas y extravagancias de Adriano..... 762
Apologías de Cuadrato y de Arístides..... 763
Cartas de Serenio Graniano. Fin de la persecución..... 764
Causa é historia del martirio de Santa Sinforosa y de sus siete hijos..... 765
Disoluciones y crueldades de Adriano en sus últimos años. Pruebas de la persecución bajo su cetro..... 767

Digitized by Google

Págs.

Nuevos levantamientos de los judíos. Sus causas y resultados. Persecución que contra los cristianos ejercen los sublevados..... 768
Sucesión de los Obispos de Jerusalén..... 771
Recopilación del Talmud por los rabinos..... 771
Traducción de Aquila..... 772
Pureza y unidad de la fe en la Iglesia..... 772
Quiere Adriano levantar templos á Jesucristo..... 773
Muerte de Adriano. El Emperador Antonino. Prendas y defectos del mismo. Hombres célebres de su tiempo: Epicteto, Plutarco, Máximo de Tiro, Numenio, Celso y Luciano..... 773
San Justino. Su vida y origen. Su conversión. Sus viajes..... 777
Su obra. *Exhortación á los griegos.* Sus principales enseñanzas..... 781
Valentino, Cerdón y Marciano. Sus herejías..... 784
Persecución del tiempo de Antonino. Apología de Justino al Emperador, al César y á los magistrados y pueblo romano. Su contenido..... 786
Decreto del Emperador Antonino en favor de los cristianos. Término de la persecución. San Policarpo, San Justino, San Hegesipo..... 796
Conferencia del Papa Aniceto con San Policarpo relativamente al día de la celebración de la Pascua. Diferencias y dificultades acerca de esta materia. San Hegesipo. Sus viajes y trabajos en favor del cristianismo y de la Iglesia. 798
Viaje de San Justino á Asia. Su conferencia y diálogo con Trifón. Su contenido y resultados. El santo promete escribir su diálogo con el judío, al efecto de sostener su opinión relativa á la reedificación de Jerusalén, que sería asiento del imperio cristiano. Cumple su promesa al establecerse definitivamente en Roma..... 800
Muerte de Antonino. Marco Aurelio su sucesor. Envenenamiento de Lucio Vero por el emperador. Decreto de persecución contra los cristianos, que se encuentra en las actas de un mártir de Autún..... 807
Marco Aurelio como filósofo. Su preceptor Apolonio. Supersticiones del Emperador..... 809
Martirio de Santa Felicidad y de sus siete hijos..... 810
Martirio de San Policarpo, según la carta de la iglesia de Esmirna á las otras iglesias. Contenido de la misma..... 812
Apostasía de Peregrino. Sus extravagancias referidas por Luciano. Suicidio de Peregrino..... 818
El filósofo Crescente. Sus ataques y calumnias á los cristianos. Sus disputas con San Justino referidas por éste en su segunda apología dirigida á los emperadores, al Senado y al pueblo..... 820
Extracto del contenido de ésta..... 821
Martirio de San Justino y sus compañeros, según consta de las actas que aún se conservan..... 825
Otros escritos de San Justino..... 828
Discípulos de San Justino. Taciano. Su conversión. Sus trabajos contra Crescente y en favor del cristianismo. Sus errores, su herejía y su separación de la Iglesia. Casiano. Diversos nombres dados á los partidarios de la herejía de Taciano..... 828
Bardesano. Sus primeros trabajos en pro del cristianismo. Su apostasía y separación de la Iglesia. Su herejía. Su hijo Hamonio..... 834
Montano. Herejía de los montanistas. Sus discípulos. Priscila y Maximilia. Impugnadores del montanismo..... 836

Digitized by Google

Págs.

Otros defensores de la fe. San Dionisio. Sus escritos indicados por Eusebio. Algunos pasajes de los mismos. San Melitón. Sus escritos sobre la Pascua. Otras obras del mismo. Prodigio obrado por Dios en favor del emperador Marco Aurelio en Germanía..... 838

Persecución de los cristianos. Las Galias. Los mártires de Lyón y Viena. Carta de los cristianos de Lyón y Viena á sus hermanos de Asia. Cartas y trabajos de estos mártires contra los montanistas. El mártir Sinforiano.

Persecuciones en otras provincias. Apología de Atenágoras. Extracto de la misma. Otra obra filosófica de Atenágoras. Apología de Melitón. Claudio Apolinar. Milciades..... 859

Teófilo de Antioquía. Sus tres libros á Antólico. Extracto de su contenido. Otras obras y trabajos de Teófilo..... 867

Muerte de Marco Aurelio. Paz de la Iglesia. La escuela de Valentino. Sus representantes. Sus impugnadores. San Ireneo. Sus trabajos y escritos. Su obra titulada *Manifestación y refutación de la ciencia ó gnosis*. Su contenido y extracto de la misma..... 874

La escuela de Alejandría. San Panteno. Sus escritos. Clemente de Alejandría. Sus obras *Advertencia á los griegos* y *El pedagogo*. La herejía de Teodoto. Sus discípulos. Defensores de la fe..... 887

Controversia sobre la celebración de la Pascua. San Víctor y Polícrates. Diferentes Concilios. Energía del Papa. Resultado de aquella controversia y de esta energía..... 894

Consecuencias finales y significación de la lucha sostenida en este siglo entre la Filosofía humana y la sabiduría del cristianismo..... 899

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

BIBLIOTECA CENTRAL
28-8°
78

8°
DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE BARCELONA
BIBLIOTECA CENTRAL
Reg.° 319521
Sig.ª 282(09)
Roh.

BIBLIOTECA DE CATALUNYA

Digitized by Google

BIBLIOTECA CENTRAL
22-8°
78

8°
DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE BARCELONA
BIBLIOTECA CENTRAL
Reg.° 319521
Sig.ª 282(09)
Rob.

BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001980483

Digitized by Google

Digitized by Google